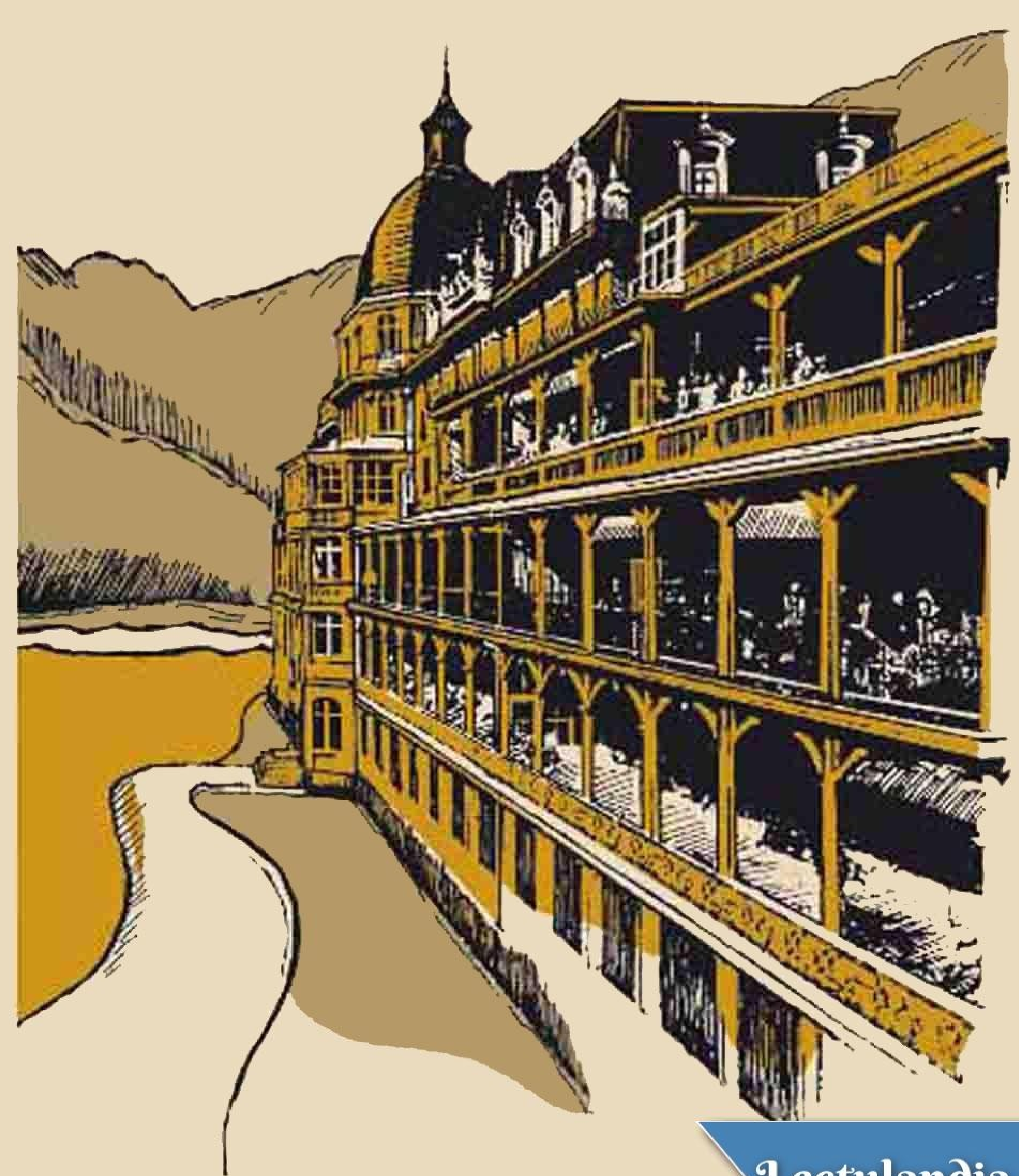
Thomas Mann

LA MONTAÑA MÁGICA



PRÓLOGO DE JAVIER ALFAY

«La montaña mágica» (*Der Zauberberg*, en el original alemán) es una novela de Thomas Mann que se publicó en 1924. Es considerada la novela más importante de su autor y un clásico de la literatura en lengua alemana del siglo XX que ha sido traducido a numerosos idiomas. Thomas Mann comenzó a escribir la novela en 1912, a raíz de una visita a su esposa en el Sanatorio Wald de Davos en el que se encontraba internada. La concibió inicialmente como una novela corta, pero el proyecto fue creciendo con el tiempo hasta convertirse en una obra mucho más extensa. La obra narra la estancia de su protagonista principal, el joven Hans Castorp, en un sanatorio de los Alpes suizos al que inicialmente había llegado únicamente como visitante. La obra ha sido calificada de novela filosófica, porque, aunque se ajusta al molde genérico de la novela de aprendizaje, introduce reflexiones sobre los temas más variados, tanto a cargo del narrador como de los personajes (especialmente Naphta y Settembrini, los encargados de la educación del protagonista). Entre estos temas ocupa un lugar preponderante el del «tiempo», hasta el punto de que el propio autor la calificó de «novela del tiempo», pero también se dedican muchas páginas a discutir sobre la enfermedad, la muerte, la estética, la política, etc.

Thomas Mann

La montaña mágica

ePUB v2.2
MayenCM 12.05.12

Título original: *Der Zauberberg*
Thomas Mann, 1924.
Traducción: Mario Verdaguer
Prólogo: Javier Alfaya

Editor: MayenCM
ePub base v2.0

Prólogo

Thomas Mann, que nació en 1875, tenía tan sólo veintiséis años cuando conoció el éxito y se consagró como un gran escritor: Fue gracias a la publicación en 1901 de una novela que sigue siendo hoy una de las mejores de nuestro siglo: Los Buddenbrook. Decadencia de una familia. Los Buddenbrook *es una novela tradicional, que sigue en la estela de las grandes realizaciones de la narrativa europea del siglo XIX, especialmente de la novela francesa y de modo especial de Balzac, el más fecundo —y tal vez el más genial— de los narradores franceses de ese siglo.*

Realmente debe ser difícil adaptarse desde tan joven al éxito y no perder la cabeza. Thomas Mann, nacido en la ciudad libre y hanseática de Lübeck en el seno de una familia de gran burguesía patricia, no parece haberla perdido en casi ningún momento de su existencia. Murió cuando acababa de cumplir exactamente ochenta años; tuvo seis hijos, recibió toda clase de honores y dignidades, y bajo la apariencia de una existencia burguesa de un supremo refinamiento hubo un hombre que vivió hasta el fondo las vicisitudes de un mundo convulso. Conoció dos guerras mundiales, tuvo que abandonar su país al producirse el acceso al poder del nazismo, se exilió en EEUU, país del que termino marchándose también, en 1955, porque incluso a él, Premio Nobel de Literatura de 1929 y acaso el escritor en lengua alemana más representado y admirado en los países anglosajones, llegaron salpicaduras de la campaña de histérico anticomunismo del senador Joseph McCarthy. Al fin y al cabo, Thomas Mann era un ardiente antifascista y había puesto su prestigio al servicio de la causa de la República española. Motivos más que suficientes para que se convirtiera en sospechoso en un país como los EEUU de entonces. Los dos últimos años de su vida los pasó en Suiza porque se negó a tomar partido por ninguna de las dos Alemanias y creía que Suiza era el país al que se adaptaba mejor su condición de europeo.

En 1912, Thomas Mann hubo de acompañar a su esposa, Katia, a pasar una temporada de reposo en Davos (Suiza), donde conoció el peculiar mundo de los grandes sanatorios antituberculosos, y posiblemente concibió allí la primera idea de la que iba a ser su obra maestra: La montaña mágica. *Comienza a trabajar en esta obra al año siguiente, en 1913, y la concluye once años más tarde, en 1924. A lo largo de ese tiempo Thomas Mann sufre una intensa evolución ideológica, desde un conservadurismo y nacionalismo extremos que aparecen claramente reflejados en su ensayo* Consideraciones de un apolítico*, hasta el liberalismo democrático que le lleva a apoyar la República de Weimar.*

La montaña mágica *es, en muchos sentidos, la culminación de la narrativa tal y como la concibieron los grandes realistas del siglo XIX. La historia de un joven*

ingeniero, Hans Castorp, que acude a Davos a visitar a un primo suyo militar, Joachim Ziemssen, seriamente enfermo de tuberculosis, alcanza la cualidad de todo un símbolo de la crisis de la conciencia europea que llega a su crisis con la I Guerra Mundial. Castorp cae enfermo también y se termina adaptando al ritmo lento y estupefaciente de la vida en el sanatorio donde está internado. Allí se enamora por primera vez en su vida de una hermosa mujer; Nadia Chauchat, una especie de aventurera —a la que dedica una de las más intensas declaraciones de amor que se hayan escrito en la literatura moderna—, que le hace entrever un mundo de sensaciones fascinante y agónico. Y escucha con apasionada atención las discusiones entre dos hombres que representan dos concepciones de la vida y de la historia perfectamente irreconciliables: el italiano Settembrini, masón y liberal, un tanto iluso pero agradable y bien intencionado, y Naphta, el ex jesuita, un ser singular cuya inteligencia, inmensa cultura y desdén por el humanitarismo le convierten en paradigma del intelectual enamorado del totalitarismo de derechas o de izquierdas.

Thomas Mann, como su hermano Heinrich, otro extraordinario novelista, no fue un renovador literario en el sentido que lo fueron sus contemporáneos Marcel Proust o James Joyce, aunque en su novela Carlota en Weimar *hiciera una espléndida incursión en la técnica del monólogo interior. Desde un punto de vista estrictamente formal, Thomas Mann no inventó nada, o apenas nada. Sin embargo, muchos, entre ellos el gran escritor italiano Cesare Pavese o Gyorgy Lukács el gran filósofo marxista húngaro, por no citar más que un par de ejemplos especialmente distinguidos, lo tuvieron por el mayor novelista del siglo XX, y es muy posible que sea así. Su profundidad, su extraordinaria habilidad para convertir el pensamiento más abstracto en material novelesco, su maravilloso sentido del tiempo narrativo, su capacidad para dar vida a una riquísima galería de personajes, su maestría al utilizar elementos simbólicos e integrarlos en el relato sin romper el equilibrio de éste, lo consagraron enseguida como un clásico —utilizando este término en su acepción más viva y menos académica.*

A Bertolt Brecht, que trató a Thomas Mann sobre todo en el exilio americano, le repelía su olímpico distanciamiento. Porque Thomas Mann pasó por los más crudos avatares de nuestra época y por una terrible historia familiar (su hermana, varios de sus hijos y uno de sus yernos se suicidaron) aparentemente sin alterarse. Pero acaso sea precisamente ese distanciamiento, en lo que tiene de equilibro entre fuerzas contrarias, lo que sigue dando a sus obras un atractivo que ha soportado cumplidamente el desgasto del tiempo.

JAVIER ALFAYA

Propósito

Queremos contar la historia de Hans Castorp, no por él (pues el lector ya llegará a conocerle como un joven modesto y simpático), sino por amor a su historia, que nos parece, hasta el más alto grado, digna de ser contada (en este sentido, debemos recordar en torno a Hans Castorp que ésa es su historia, y que no todas las historias ocurren a cualquiera). Se remonta a un tiempo muy lejano; ya está, en cierto modo, completamente cubierta de una preciosa herrumbre y es, pues, necesario contarla bajo la forma de un pasado remotísimo.

Esto tal vez no sea un inconveniente, sino más bien una ventaja; es preciso que las historias hayan pasado, y podemos decir que, cuanto más han pasado, mejor responden a las exigencias de la historia y que esto es mucho más ventajoso para el narrador que evoca murmurando las cosas pretéritas. Pero ocurre con ella como ocurre hoy con los hombres, y entre ellos no se hallan en último lugar los narradores de historias: es mucho más vieja que su edad, su antigüedad no puede medirse por días; ni el tiempo que pesa sobre ella por revoluciones en torno del sol. En una palabra, no debe su grado de antigüedad al tiempo, y con esta observación queremos aludir a la doble naturaleza, problemática y singular, de ese elemento misterioso.

Pero para no oscurecer artificialmente un estado de cosas claro, debemos manifestar que la extrema antigüedad de nuestra historia proviene de que se desarrolla antes de cierto cambio y cierto límite que han trastornado profundamente la vida y la conciencia…

Se desarrolla, o para evitar totalmente todo presente, se desarrolló en otro tiempo, en el pasado, en esos días consumados del mundo anterior a la Gran Guerra, con cuyo principio comenzaron tantas cosas que luego no han dejado apenas de comenzar. Esta historia se desarrolla, pues, antes. Tal vez mucho antes. Pero el carácter antiguo de una historia, ¿no es tanto más profundo, más completo y legendario, cuanto se desarrolla más inmediatamente antes de ahora? Además, quizá nuestra historia, desde otros puntos de vista y por su naturaleza íntima, tenga más o menos algo de leyenda.

La contaremos en detalle, exacta y minuciosamente. En efecto, el interés de una historia o el aburrimiento que nos produce, ¿han dependido jamás del espacio y el tiempo que ella exige? Sin temor a exponernos al reproche de haber sido meticulosos en exceso, nos inclinamos, al contrario, a pensar que sólo es verdaderamente divertido lo que ha sido meticulosamente elaborado.

Por lo tanto, el narrador no podrá terminar la historia de Hans Castorp de una sola vez. Los siete días de una semana no serán suficientes; tampoco bastarán siete meses. Lo mejor será que no se pregunte de antemano cuánto tiempo transcurrirá sobre la Tierra mientras la historia le tiene aprisionado entre sus mallas. ¡Después de todo, Dios mío, tal vez no llegarán a ser siete años!

Y después de esto, comencemos.

CAPÍTULO I

La llegada

Un modesto joven se dirigía en pleno verano desde Hamburgo, su ciudad natal, a Davos-Platz, en el cantón de los Grisones. Iba allí a hacer una visita de tres semanas.

Pero desde Hamburgo hasta aquellas alturas, el viaje es largo; demasiado largo, en verdad, con relación a la brevedad de la estancia proyectada. Se pasa por diferentes comarcas, subiendo y bajando desde lo alto de la meseta de la Alemania meridional hasta la ribera del mar suabo, y luego, en buque, sobre las olas saltarinas, por encima de abismos que en otro tiempo se consideraban insondables.

Pero el viaje, que tanto tiempo transcurre en línea recta, comienza de pronto a obstaculizarse. Hay paradas y complicaciones. En Rorschach, en territorio suizo, es preciso tomar de nuevo el ferrocarril; pero no se consigue llegar más que hasta Landquart, pequeña estación alpina donde hay que cambiar de tren. Es un ferrocarril de vía estrecha, que obliga a una espera prolongada a la intemperie, en una comarca bastante desprovista de encantos, y desde el instante en que la máquina, pequeña pero de tracción aparentemente excepcional, se pone en movimiento, comienza la parte que pudiéramos llamar aventurera del viaje, iniciando una subida brusca y ardua que parece no ha de tener fin, ya que Landquart se halla situado a una altura todavía moderada. Se pasa por un camino rocoso, salvaje y áspero, de alta montaña.

Hans Castorp —tal es el nombre del joven— se encontraba solo, con el maletín de piel de cocodrilo, regalo de su tío y tutor, el cónsul Tienappel —para designarle desde ahora con su nombre—, su capa de invierno, que se balanceaba colgada de un rosetón, y su manta de viaje enrollada en un pequeño departamento tapizado de gris. Estaba sentado junto a la ventanilla abierta y, como en aquella tarde el frío era cada vez más intenso, y él era un joven delicado y consentido, se había levantado el cuello de su sobretodo de verano, de corte amplio y forrado de seda, según la moda. Cerca de él, sobre el asiento, reposaba un libro encuadernado, titulado: *Ocean steamships*, que había abierto de vez en cuando al principio del viaje; pero ahora yacía abandonado y el resuello anhelante de la locomotora salpicaba su cubierta de motitas de grasa.

Dos jornadas de viaje alejan al hombre —y con mucha más razón al joven cuyas débiles raíces no han profundizado aún en la existencia— de su universo cotidiano, de todo lo que él consideraba sus deberes, intereses, preocupaciones y esperanzas; le alejan infinitamente más de lo que pudo imaginar en el coche que le conducía a la estación. El espacio que, girando y huyendo, se interpone entre él y su punto de procedencia, desarrolla fuerzas que se cree reservadas al tiempo. Hora tras hora, el espacio determina transformaciones interiores muy semejantes a las que provoca el tiempo, pero de manera alguna las supera.

Igual que éste, crea el olvido; pero lo hace desprendiendo a la persona humana de

sus contingencias para transportarla a un estado de libertad inicial; incluso del pedante y el burgués hace, de un solo golpe, una especie de vagabundo. El tiempo, según se dice, es el Leteo. Pero el aire de las lejanías es un brebaje semejante, y si su efecto es menos radical, es en cambio mucho más rápido.

Hans Castorp iba también a experimentarlo. No tenía la intención de tomar este viaje particularmente en serio, de mezclar en él su vida interior, sino más bien de realizarlo rápidamente, hacerlo porque era preciso, regresar a su casa tal como había partido y reanudar su vida exactamente en el punto en que la abandonó por un instante. Ayer aún estaba absorbido totalmente por el curso ordinario de sus pensamientos, ocupado en el pasado más reciente, en su examen y el porvenir inmediato: el comienzo de sus prácticas en casa de Tunder y Wilms (astilleros y talleres de maquinaria y calderería), y había lanzado, por encima de las tres próximas semanas, una mirada todo lo impaciente que su carácter le permitía. Sin embargo, le parecía que las circunstancias exigían su plena atención y que no era admisible tomarlas a la ligera. Sentirse transportado a regiones donde no había respirado jamás y donde, como ya sabía, reinaban condiciones de vida absolutamente inusuales, desmenuzadas y escasas, comenzó a agitarle, produciendo en él cierta inquietud. El país natal y el orden habían quedado no sólo muy lejos, sino también muchas toesas debajo de él, y la ascensión continuaba. Remontándose sobre esas cosas y lo desconocido, se preguntaba lo que sería de él allá arriba. Tal vez era imprudente y malsano dejarse llevar a esas regiones extremas para él, que había nacido y estaba habituado a respirar a unos metros apenas sobre el nivel del mar, sin pasar algunos días en un lugar intermedio. Deseaba llegar, pues pensaba que allí arriba se viviría como en todas partes y nada le recordaría, como ahora, en qué esferas impropias se encontraba. Miró por la ventanilla. El tren serpenteaba sinuoso por un estrecho desfiladero; se veían los primeros vagones, y la máquina vomitaba penosamente masas oscuras de humo, verdes y negras, que se deshacían. A la derecha, el agua murmuraba en las profundidades; a la izquierda, abetos oscuros, entre bloques de rocas, se elevaban en un cielo gris pétreo. Túneles negros como hornos se sucedían y, cuando volvía la luz, se abrían profundos abismos con pequeñas aldeas en el fondo. Luego los abismos se cerraban y aparecían nuevos desfiladeros con restos de nieve en sus grietas y cortaduras. Se detuvieron ante pequeñas y miserables estaciones, en terminales que el tren abandonaba en sentido inverso produciendo un efecto deplorable, pues ya no era posible saber en qué dirección se iba ni recordar los puntos cardinales. Surgían grandiosas perspectivas del universo alpino, como torres sagradas y fantasmagóricas, que no tardaban en desaparecer de la mirada respetuosa del viajero. Hans Castorp se dijo que debía de haber dejado tras él la zona de los árboles frondosos y la de los pájaros cantores, y este pensamiento de cesación, de empobrecimiento, hizo que, poseído por el vértigo y las náuseas, se cubriese la cara

con las manos durante dos segundos. Pero ya había pasado. Comprendió que la ascensión había terminado, y que habían culminado el desfiladero. En medio de un valle el tren rodaba ahora más fácilmente.

Eran aproximadamente las ocho. Aún había luz. En la lejanía del paisaje apareció un lago: el agua era gris y los bosques de abetos se elevaban por encima de las riberas y a lo largo de las vertientes, esparciéndose, perdiéndose, dejando tras ellos una masa rocosa y desnuda cubierta de bruma. Se detuvieron cerca de una pequeña estación; era Davos-Dorf, según Hans oyó que se anunciaba. Faltaba muy poco para llegar al término de su viaje. De pronto, oyó cerca de él la voz tranquila y hamburguesada de su primo Joachim Ziemssen, que decía:

—¡Buenos días! ¿Vas a bajar?

Y al mirar por la ventanilla, vio en el andén a Joachim en persona, con un capote oscuro, sin sombrero y con un aspecto tan saludable como nunca le había visto. Joachim se echó a reír y dijo:

—¡Baja de una vez! ¡Parece que no quieras molestarte!

—¡Pero si aún no he llegado! —exclamó Hans Castorp, absorto y sin moverse de su asiento.

—Claro que has llegado. Éste es el pueblo. El sanatorio está muy cerca de aquí. He tomado un coche. Dame las maletas.

Riendo, confuso por la agitación de la llegada y por volver a ver a su primo, Hans Castorp le dio sus maletas, su manta de invierno enrollada en el bastón, el paraguas y finalmente el *Ocean steamships*. Luego atravesó corriendo el estrecho pasillo y saltó al andén para saludar a su primo de una manera más directa y en cierto modo personal; le saludó sin excesos, como conviene entre personas de costumbres sobrias y rígidas. Aunque parezca extraño siempre habían evitado llamarse por sus nombres, por temor a una excesiva cordialidad. Como tampoco era adecuado llamarse por sus apellidos, se limitaban al «tú». Era una costumbre establecida entre primos.

Un hombre de librea y gorra galoneada observaba cómo se estrechaban la mano repetidamente —el joven Ziemssen con una rigidez militar— un poco cohibidos; luego se aproximó para pedir el talón del equipaje de Hans Castorp. Era el conserje del Sanatorio Internacional Berghof y manifestó su intención de ir a buscar la maleta grande del visitante a la estación de Davos-Platz, ya que los señores irían en el coche directamente a cenar. Como el hombre cojeaba visiblemente, Hans preguntó a Joachim:

—¿Es un veterano de guerra? ¿Por qué cojea de ese modo?

—¡Ésa sí que es buena! —contestó Joachim con cierta amargura—. ¡Vaya un veterano de guerra! A ése le pica la rodilla, o al menos le picaba, porque se hizo extraer la rótula.

Hans Castorp reflexionó lo más rápidamente posible.

—¡Ah, es eso! —exclamó.

Mientras andaba alzó la cabeza y se volvió ligeramente.

—¡Pero no me querrás hacer creer que todavía tienes algo! ¡Cualquiera diría que aún llevas el correaje y que acabas de regresar del campo de maniobras!

Y miró de soslayo a su primo.

Joachim era más ancho y alto que él; un modelo de fuerza juvenil que parecía hecho para el uniforme. Era uno de esos tipos morenos que su rubia patria no deja de producir a veces, y su piel había adquirido por el aire y el sol un color casi broncíneo. Con sus grandes ojos negros y el pequeño bigote sobre unos labios carnosos y perfilados, hubiera sido verdaderamente bello de no tener las orejas demasiado separadas. Esas orejas habían sido su única preocupación, el gran dolor de su vida, hasta cierto momento. Ahora tenía otros problemas.

Hans Castorp siguió hablando:

—Supongo que regresarás enseguida conmigo. No creo que haya ningún impedimento.

—¿Regresar contigo? —preguntó el primo, y volvió hacia Castorp sus grandes ojos que siempre habían sido dulces, pero que durante los últimos cinco meses habían adquirido una expresión cansina, casi triste—. ¿Qué quieres decir? ¿Cuándo?

—Pues dentro de tres semanas.

—¡Ya estás pensando en volver a casa! —contestó Joachim—. Espera un poco, acabas de llegar. Tres semanas no son nada para nosotros; pero para ti, que estás de visita, tres semanas son mucho tiempo. Comienza, pues, por aclimatarte; no es tan fácil, ya te darás cuenta. Además, el clima no es aquí la única cosa extraña. Verás cosas nuevas de todas clases, ¿sabes? Respecto a lo que dices sobre mí, eso no va tan deprisa. Lo de «regreso dentro de tres semanas» es una idea de allá abajo. Es verdad que estoy moreno, pero se debe a la reverberación del sol en la nieve, y esto no demuestra gran cosa, como Behrens siempre dice. En la última consulta general me anunció que aún tenía para unos seis meses.

—¿Seis meses? ¡Estás loco! —exclamó Hans Castorp. Ante la estación, que no se diferenciaba mucho de una especie de cuadra, tomaron asiento en el coche amarillo que les esperaba en una plaza empedrada, y mientras los dos caballos bayos comenzaban a tirar, Hans Castorp, indignado, se agitaba sobre el duro tapizado del asiento.

—¿Seis meses? ¡Si hace ya casi seis meses que estás aquí! Nadie dispone de tanto tiempo…

—¡Oh, el tiempo! —exclamó Joachim, y movió la cabeza varias veces hacia adelante, sin preocuparse de la honrada indignación de su primo— . No puedes ni imaginar cómo abusan aquí del tiempo de los hombres. Tres meses son para ellos como un día. Ya lo verás. Ya te darás cuenta. —Y añadió— : Aquí las opiniones

cambian.

Hans Castorp no cesaba de mirarle de reojo.

—¡Pero si te has recuperado de un modo magnífico! —dijo, encogiéndose de hombros.

—¿Sí? ¿Eso crees? —inquirió Joachim— . Bueno, es verdad, yo también lo creo —añadió, y se sentó más arriba en el almohadón, adquiriendo al mismo tiempo una posición más oblicua—. Me siento mejor —explicó—, pero a pesar de todo, no estoy completamente bien. A la izquierda, aquí arriba, donde antes se oía una especie de estertor, el sonido es aún un poco ronco; no es muy intenso, pero en la parte inferior aún se nota, y en el segundo espacio intercostal todavía se oyen ruidos.

—¡Qué sabio te has vuelto! —dijo Hans Castorp.

—Sí, y bien sabe Dios que es una ciencia ridicula; me gustaría haberla olvidado en el servicio militar —contestó Joachim—. Pero todavía expectoro —añadió, y encongiéndose de hombros en un gesto descuidado e irritado, mostró a su primo un objeto que sacó a medias del bolsillo interior de su abrigo y que se apresuró de nuevo a guardar: era un frasco plano y vacío, de cristal azul con un tapón de metal.

—La mayoría de nosotros aquí arriba llevamos esto —dijo— . Incluso tenemos un nombre para él, algo parecido a un apodo, bastante acertado, por cierto. ¿Contemplas el paisaje?

Era lo que hacía Hans Castorp y afirmó:

—¡Grandioso!

—¿Te parece? —preguntó Joachim.

Habían seguido un trecho del camino trazado irregularmente y paralelo a la vía del tren, en dirección al valle. Luego giraron a la izquierda y cruzaron la estrecha vía, atravesando un curso de agua y subiendo por un camino en ligera pendiente hacia la vertiente cubierta de boscaje; allí, sobre una meseta que avanzaba ligeramente, con la fachada orientada hacia el sudeste, un edificio esbelto, coronado con una torre de cúpula y que a fuerza de miradores y balcones parecía de lejos agujereada y porosa como una esponja, acababa de encender sus primeras luces. El crepúsculo avanzaba rápidamente. Un suave manto rojizo, que en un instante había animado el cielo cubierto, había palidecido, y en la naturaleza reinaba ese estado de transición descolorido, inanimado y triste, que precede a la entrada definitiva de la noche. El valle habitado se extendía ante ellos, alargado y ligeramente sinuoso, iluminado por todas partes, tanto en el fondo como en las vertientes, sobre todo en la de la derecha, que formaba un saliente en el que se escalonaban, como en marjales, las construcciones. A la izquierda algunos senderos subían a través de los prados y se perdían en la oscuridad musgosa de las selvas de coníferas. El telón de las montañas lejanas, más allá de la entrada del valle a partir de donde éste se estrechaba, era de un azul sobrio, de pizarra. Como el viento acababa de levantarse, la frescura de la noche

comenzó a hacerse sentir.

—No, francamente no me parece que esto sea tan formidable —dijo Hans Castorp —. ¿Dónde están los glaciares, las cimas blancas y los gigantes de la montaña? Me parece que esas cosas no están tan arriba.

—Sí lo están —contestó Joachim—. Puedes ver, en casi todas partes, el límite de los árboles. Se perfila con una nitidez sorprendente; cuando los abetos se acaban, todo se acaba también; tras ellos, no hay nada más que rocas, como puedes ver. Al otro lado, a la derecha del Diente Negro, se distingue incluso un glaciar. ¿Ves el color azul? No es muy grande, pero es un glaciar auténtico, el glaciar de la Scaletta. El Pic Michel y el Tinzenhorn, en aquella grieta (no puedes verlos desde aquí), permanecen todo el año cubiertos de nieve.

—Nieves perpetuas —dijo Hans Castorp.

—Sí, perpetuas, si quieres. Todo esto está a gran altura, y nosotros mismos nos hallamos espantosamente elevados. Nada menos que mil seiscientos metros sobre el nivel del mar. De manera que las grandes alturas ya no nos lo parecen tanto.

—Sí. ¡Qué ascensión! Sentía el corazón oprimido, te lo aseguro. ¡Mil seiscientos metros! Son casi cinco mil pies. En toda mi vida había estado tan arriba.

Invadido por la curiosidad, Hans Castorp aspiró una larga bocanada de ese aire extranjero para probarlo. Era fresco y nada más. Carecía de perfume, sabor y humedad; penetraba fácilmente y no decía nada al alma.

—¡Magnífico! —exclamó cortésmente.

—Sí, este aire tiene buena reputación. Por otra parte, el paisaje no se presenta esta noche en su aspecto más favorable. A veces tiene mejor apariencia, sobre todo bajo la nieve. Pero uno acaba por cansarse de él. Todos nosotros, los de aquí arriba, puedes creer que estamos indeciblemente cansados —dijo Joachim, y su boca se contrajo un momento en una mueca de disgusto que parecía exagerado, mal contenida y que le afeaba.

—Tienes un modo especial de hablar —dijo Hans Castorp.

—¿Especial? —preguntó Joachim con cierta inquietud volviéndose hacia su primo.

—No, no, es necesario que me perdones; he tenido esa impresión un momento — se apresuró a decir Hans Castorp.

Sus palabras respondían a la expresión «nosotros, los de aquí arriba», que Joachim había empleado cuatro o cinco veces y que, por la manera de decirla, parecía deprimente y extraña.

—Nuestro sanatorio está a más altura que la aldea. Mira —continuó diciendo Joachim—. Cincuenta metros. El prospecto asegura que hay cien, pero no son más que cincuenta. El sanatorio más elevado es el Schatzalp, al otro lado. Desde aquí no se puede ver. En invierno bajan sus cadáveres en trineo porque los caminos no son

practicables.

—¿Sus cadáveres? ¡Pero…! ¡Vamos! —exclamó Hans Castorp.

Y de pronto, estalló en una risa violenta e incontenible que sacudió su pecho y torció su rostro, reseco por el viento frío, en una mueca dolorosa.

—¡En trineo! ¿Y lo dices tan tranquilo? ¡Amigo mío, en estos cinco meses te has vuelto un cínico!

—No hay nada de cinismo —replicó Joachim encogiéndose de hombros—. ¿Y qué? A los cadáveres no les importa… Además, es muy posible que uno se vuelva cínico aquí arriba. El mismo Behrens es un viejo cínico, y un tipo famoso, dicho sea de paso; antiguo estudiante, miembro de una corporación y cirujano notable a lo que parece. Sin duda te resultará simpático. Y también tenemos a Krokovski, el ayudante, un hombre muy modesto. En el prospecto se menciona explícitamente su actividad. Practica la disección psíquica con los enfermos.

—¿Qué? ¿Disección psíquica? ¡Eso es repugnante! —exclamó Hans Castorp.

La alegría le embargaba. No podía contenerla. Después de lo anterior, lo de la disección psíquica había colmado su hilaridad y reía tan fuerte que las lágrimas le resbalaban por la mano con que se cubría los ojos, inclinado hacia adelante.

Joachim también empezó a reír. Aquello parecía sentarle bien, y así el humor de los dos jóvenes era excelente cuando bajaron del coche que, al paso, les había conducido por el camino de una cuesta zigzagueante y empinada hasta la puerta del Sanatorio Internacional Berghof.

El número treinta y cuatro

A la derecha, entre la puerta y la mampara, había la garita del portero. De ella salió a su encuentro, vestido con la misma librea gris que el hombre cojo de la estación, un criado de aspecto afrancesado que, sentado ante el teléfono, leía unos periódicos. Los acompañó a través del vestíbulo bien alumbrado, a la derecha del cual se encontraban los salones. Al pasar, Hans Castorp lanzó una mirada y vio que estaban vacíos.

—¿Dónde están los huéspedes? —preguntó a su primo.

—Hacen la cura de reposo —respondió éste— . Hoy me han dado permiso para salir, pues quería ir a recibirte. Normalmente también me tumbo en la galería después de cenar.

Faltó poco para que la risa se apoderara de nuevo de Hans Castorp.

—¡Cómo! ¿En noche oscura y con niebla os tumbáis en el balcón? —preguntó con voz vacilante.

—Sí, así nos lo ordenan. Desde las ocho hasta las diez. Pero ven a ver tu cuarto y a lavarte las manos.

Entraron en el ascensor, cuyo mecanismo eléctrico accionó el criado francés. Mientras subían, Hans Castorp se enjugaba los ojos.

—Estoy agotado de tanto reír —dijo resoplando—. ¡Me has contado tantas locuras! Tu historia de la disección psíquica ha sido demasiado. Además, estoy un poco fatigado por el viaje. ¿No tienes los pies fríos? Al mismo tiempo noto que el rostro me arde. Es desagradable. Comeremos enseguida, ¿verdad? Creo que tengo hambre. ¿Se come bien aquí arriba?

Caminaban en silencio por la alfombrilla del estrecho pasillo. Pantallas de vidrio lechoso difundían una luz pálida desde el techo. Las paredes brillaban, blancas y duras, recubiertas de una pintura al aceite parecida a la laca. Apareció una enfermera, con su bonete blanco, llevando ajustadas en la nariz unas antiparras cuyo cordón pasaba por detrás de su oreja. Al parecer, era una hermana protestante, sin vocación verdadera para su oficio, curiosa, agitada y afligida por el aburrimiento. En el suelo, en dos lugares del pasillo, había unos grandes recipientes en forma de globo, panzudos, de cuello corto, sobre cuyo significado Hans Castorp olvidó informarse.

—¡Aquí está tu habitación! —dijo Joachim—. Número 34. A la derecha está mi cuarto y a la izquierda hay un matrimonio ruso, un poco descuidado y ruidoso, a quien ya conocerás. Lo siento, no ha sido posible arreglarlo de otro modo. ¡Bien! ¿Qué te parece?

La puerta era doble, con un perchero en el hueco interior. Joachim había encendido la lámpara del techo y a su luz indecisa la cámara apareció alegre y limpia, con sus muebles blancos; sus cortinajes del mismo color, gruesos y lavables; su linóleo limpio y brillante y las cortinas de hilo adornadas con bordados sencillos y

agradables, de gusto moderno. La puerta del balcón estaba abierta, se veían las luces del valle y se escuchaba una lejana música de baile. El buen Joachim había colocado unas flores en un pequeño búcaro, sobre la cómoda; las había encontrado en la segunda floración de la hierba: un poco de aquilea y algunas campánulas, cogidas por él mismo en la pendiente.

—Eres muy amable —dijo Hans Castorp—. ¡Qué habitación más alegre! Con mucho gusto me quedaré aquí algunas semanas…

—Anteayer murió una americana —dijo Joachim—. Behrens aseguró que la habitación estaría lista antes de que tú llegaras y que, por tanto, podrías disponer de ella. Su novio estaba a su lado; era un oficial de la marina inglesa, pero no demostró mucho valor. A cada momento salía al pasillo a llorar, como si fuera un chiquillo. Luego se frotaba las mejillas con *cold-cream*, porque iba afeitado y las lágrimas le quemaban la piel. Anteayer por la noche la americana tuvo dos hemorragias de primer orden y luego ¡se acabó la comedia! Pero se la llevaron ayer por la mañana, y después hicieron, naturalmente, una fumigación a fondo con formol, ¿sabes? Es excelente en estos casos.

Hans Castorp acogió la noticia con una distracción animada. Con las mangas de la camisa recogidas, de pie ante el amplio lavabo, cuyos grifos niquelados brillaban heridos por la luz eléctrica, apenas lanzó una mirada fugaz a la cama de metal blanco, puesta de limpio.

—¿Fumigaciones? Eso de fumigar es muy habitual —dijo fuera de lugar, pero dispuesto a seguir hablando mientras se lavaba y secaba las manos— . Sí, metilaldehído; los microbios más resistentes no soportan el H_2CO_2. ¡Pero hace escocer la nariz! Evidentemente, la limpieza rigurosa es una condición primordial.

Articuló estas palabras con cierta afectación y continuó diciendo con gran locuacidad:

—Bueno, quería añadir que… Quizá el oficial de marina se afeitaba con navaja de seguridad; lo supongo porque uno se despelleja más fácilmente con esos trastos que con una navaja bien afilada; ésa es al menos mi experiencia. Uso las dos a menudo… Sí, sobre la piel irritada, el agua salina escuece. Debía de tener la costumbre de usar *cold-cream* en el servicio militar, lo que no tiene en verdad nada de sorprendente…

Siguió hablando, y dijo que tenía doscientos María Mancini (su cigarro preferido) en la maleta, y que había pasado la inspección de la aduana cómodamente. Luego le transmitió los saludos de diversas personas de su ciudad natal.

—¿No encienden la calefacción? —preguntó de pronto, y corrió hacia los radiadores para apoyar las manos.

—No, nos mantienen bien frescos —contestó Joachim—. Sería preciso que hiciese mucho más frío para que encendieran la calefacción en el mes de agosto.

—¡Agosto, agosto! —exclamó Hans Castorp—. ¡Pero si estoy helado, completamente helado! Tengo frío en todo el cuerpo, aunque el rostro me arde. Mira, toca, ya verás qué caliente…

La idea de que le tocasen la cara no se ajustaba al temperamento de Hans Castorp y a él mismo le sorprendió desagradablemente. Por otro parte, Joachim no hizo nada, limitándose a decir:

—Eso es por el aire y no significa nada. El mismo Behrens tiene todo el día las mejillas azules. Algunos no se habitúan nunca. Pero apresúrate, de lo contrario, no tendremos nada que comer.

Cuando salieron, la enfermera hizo de nuevo su aparición, mirándoles con un aire miope y curioso. En el primer piso, Hans Castorp se detuvo de pronto, inmovilizado por un ruido impresionante, atroz; era un ruido no muy fuerte, pero de una naturaleza tan particularmente repugnante que Hans Castorp hizo una mueca y miró a su primo con los ojos dilatados. Se trataba, con toda seguridad, de la tos de un hombre; pero de una tos que no se parecía a ninguna de las que Hans Castorp había oído; sí, una tos en comparación con la cual todas las demás habían sido testimonio de una magnífica vitalidad; una tos sin convicción, que no se producía por medio de sacudidas regulares, sino que sonaba como un chapoteo espantosamente débil en una deshecha podredumbre orgánica.

—Sí —dijo Joachim—, ése va mal. Es un noble austríaco, un hombre elegante, de la alta sociedad. Y mira cómo está. Sin embargo, todavía puede pasear.

Mientras continuaba su camino, Hans Castorp habló largamente sobre la tos de aquel caballero.

—Es preciso que consideres —dijo— que jamás había oído nada semejante, que es absolutamente nuevo para mí. Estos casos impresionan siempre. Hay varias clases de tos, toses secas y toses blandas; se dice en general, que las toses blandas son las mejores y más favorables que aquellas que producen ahogo. Cuando en mi juventud («en mi juventud», repito) tenía anginas, ladraba como un lobo, y todos estaban satisfechos cuando la cosa se reblandecía. Aún me acuerdo. Pero una tos como ésa jamás había existido, al menos para mí. Casi no es una tos viva. No es seca, pero tampoco se puede decir que se reblandezca; sin duda no es ésta la palabra apropiada. Es como si se mirase al mismo tiempo en el interior del hombre. ¡Qué sensación produce! Parece un auténtico lodazal.

—Bueno, basta ya —dijo Joachim—; lo oigo cada día, no hay necesidad de que la describas.

Pero Hans Castorp no pudo dominar la impresión que le había causado aquella tos. Afirmó repetidas veces que era como si viese el interior de aquel caballero, y cuando entraron en el restaurante, sus ojos, fatigados por el viaje, tenían un brillo un tanto febril.

En el restaurante

El restaurante era claro, elegante y agradable. Estaba situado a la derecha del vestíbulo, delante de los salones y, según explicó Joachim, era frecuentado principalmente por los huéspedes nuevos que comían fuera de las horas de costumbre o por los pensionistas que tenían visitas. También se celebraban allí las fiestas de los aniversarios, las partidas inminentes y los resultados favorables de las consultas generales. A veces se organizaban grandes fiestas —decía Joachim— y se servía hasta champán; pero en este momento sólo había en el restaurante una señora de unos treinta años que leía un libro y canturreaba al mismo tiempo, tabaleando en el mantel con la mano derecha.

Cuando los jóvenes tomaron asiento, cambió de lugar para darles la espalda. Era muy tímida —explicó Joachim, en voz baja— y siempre comía en el restaurante acompañada de un libro. Al parecer, había ingresado en el sanatorio por tuberculosis de muy joven y, desde entonces, jamás había vivido en sociedad.

—¡Entonces tú, comparado con ella, no eres más que un principiante, a pesar de tus cinco meses, y lo seguirás siendo cuando hayas cumplido el año! —dijo Hans Castorp a su primo.

Joachim tomó la carta e hizo con los hombros un gesto que era nuevo en él.

Habían elegido una mesa cerca de la ventana, que era el lugar más agradable. Se hallaban sentados junto a la cortina de color crema, uno frente a otro, con sus rostros iluminados por la luz de la lámpara velada de rojo. Hans Castorp juntó sus manos recién lavadas y las frotó con una sensación de agradable espera, como tenía por costumbre al sentarse a la mesa, tal vez porque sus antecesores tenían el habito de rezar antes de comer la sopa. Una agradable muchacha de acento gutural, vestida de negro y delantal blanco (con un amplio rostro de rosadas y saludables mejillas) les sirvió. Con gran alegría, Hans Castorp se enteró de que allí llamaban a las camareras *Saaltöchter*[1]. Le encargaron una botella de Gruaud Larose que Hans Castorp hizo que pusiesen en fresco. La comida era excelente. Se sirvieron potaje de espárragos, tomates rellenos, un asado con diversas sazones, entremeses particularmente bien preparados, quesos variados y fruta. Hans Castorp comía mucho, aunque su apetito fue menos intenso de lo que esperaba. Pero tenía la costumbre de comer en abundancia, incluso cuando no tenía hambre, por consideración a sí mismo.

Joachim no hizo honor a la comida. Aseguró que estaba cansado de aquella cocina; dijo que eso les pasaba a todos allí arriba, y que era costumbre protestar contra la comida, pues cuando se estaba instalado allí para siempre… No obstante, bebió el vino con placer, e incluso con cierta pasión y, procurando evitar expresiones demasiado sentimentales, manifestó repetidas veces su satisfacción por tener alguien con quien poder hablar con sensatez.

—Sí, es magnífico que hayas venido —dijo, y su voz tranquila revelaba emoción —, te aseguro que para mí se trata casi de un acontecimiento. Supone un auténtico cambio, una especie de alto, de hito en esta monotonía eterna e infinita…

—Pero el tiempo debe de pasar para vosotros relativamente deprisa —dijo Hans Castorp.

—Deprisa y despacio, como quieras —contestó Joachim—. Quiero decir que no pasa de ningún modo. Aquí no hay tiempo, no hay vida —añadió moviendo la cabeza, y cogió el vaso.

Hans Castorp continuaba bebiendo, a pesar de que sentía su rostro caliente como el fuego. Pero su cuerpo seguía estando frío y en todos sus miembros había una especie de inquietud particularmente alegre que, al mismo tiempo, le atormentaba un poco. Sus palabras se precipitaban, balbuceaba, con frecuencia, y con un gesto indiferente de la mano cambiaba de tema. Joachim también estaba muy animado y la conversación continuó con mayor libertad y alegría cuando la señora que canturreaba y tabaleaba se puso en pie y se marchó.

Mientras comían gesticulaban con sus tenedores, se daban aires de importancia con la boca llena, reían, movían la cabeza, se encogían de hombros y sin cesar de masticar volvían a hablar. Joachim quería oír hablar de Hamburgo y había orientado la conversación hacia el proyecto de canalización del Elba.

—¡Sensacional! —dijo Hans Castorp—. ¡Sensacional! Eso contribuirá al desarrollo de nuestra navegación; es de una importancia incalculable. Dedicamos cincuenta millones como capital inmediato de nuestro presupuesto, y puedes estar seguro de que sabemos exactamente lo que hacemos.

A pesar de la importancia que atribuía a la canalización del Elba, abandonó de inmediato este tema de conversación y pidió a Joachim que le hablase de la vida que llevaba «aquí arriba» y de los huéspedes, a lo que su amigo atendió con rapidez, pues se sentía feliz al poder desahogarse y confiar en alguien. Comenzó repitiendo la historia de los cadáveres que eran bajados por la pista de trineo y aseguró que era absolutamente cierto. Como Hans Castorp se sintió de nuevo presa de la risa, él rió también y pareció disfrutar con ella de buena gana, contando luego toda clase de cosas divertidas para mantener el buen humor. A su misma mesa se sentaba la señora Stoehr, una mujer muy enferma, esposa de un músico de Cannstadt; era la persona más inculta que jamás había conocido. Decía «desinfeccionar» muy convencida. Al ayudante Krokovski le llamaba «fomolus»[2]. Había que aceptarlo todo sin reírse. Además, era cizañera, como lo son casi todos allí arriba y hablaba de otra mujer, la señora Iltis, de la que decía que llevaba un «esterilizador».

—¡Un «esterilizador»! ¿No te parece extraordinario?

Medio tumbados, apoyados en los respaldos de las sillas, reían tanto que sus cuerpos se hallaban presa de una especie de temblor, y los dos, casi al unísono,

comenzaron a tener hipo.

Entretanto, Joachim se entristeció pensando en su infortunio.

—Sí, estamos sentados aquí riendo —dijo con una expresión dolorosa, interrumpido por las últimas convulsiones de su pecho— y sin embargo, no se puede prever, ni siquiera aproximadamente, cuándo podré marcharme, pues cuando Behrens dice: «Todavía seis meses», sin duda hay que esperar mucho más. Todo esto es muy duro. Tú mismo comprenderás lo triste que es para mí. Ya estaba matriculado y al mes siguiente debía presentarme a exámenes de oficial. Y aquí estoy, languideciendo con el termómetro en la boca, contando las tonterías de esa ignara señora Stoehr y perdiendo el tiempo. ¡Un año es muy importante a nuestra edad, comporta tantos cambios y progresos allá abajo! Pero he de permanecer aquí dentro, como en una ciénaga; sí, como en el interior de un agujero podrido, y te aseguro que la comparación no es exagerada…

Curiosamente, Hans Castorp se limitó a preguntar si era posible encontrar allí *porter*, cerveza negra, y, al mirarle su primo con una expresión de sorpresa, se dio cuenta de que estaba a punto de dormirse, si no lo había hecho ya.

—¡Te estás durmiendo! —dijo Joachim—. Ven, es hora de ir a la cama.

—No es hora, de ninguna manera —dijo Hans.

Sin embargo, siguió a Joachim un poco inclinado, con las piernas rígidas como un hombre que se muere de cansancio. Luego hizo un gran esfuerzo cuando en el vestíbulo, débilmente alumbrado, oyó decir a su primo:

—Ahí está Krokovski. Creo que tendré que presentártelo.

El doctor Krokovski se hallaba sentado a plena luz, ante la chimenea de uno de los salones, al lado de la puerta corredera completamente abierta, leyendo un periódico. Se puso en pie cuando los jóvenes se aproximaron a él, y Joachim, adoptando una actitud militar, dijo:

—Permítame, señor doctor, que le presente a mi primo Castorp, de Hamburgo. Acaba de llegar.

El doctor Krokovski saludó al nuevo huésped con cierta cordialidad, vigorosa y decidida, como si quisiese dar a entender que con él toda timidez era superflua y que sólo una confianza alegre era lo indicado.

Tenía unos treinta y cinco años; era ancho de espaldas, gordo, mucho más bajo que los dos jóvenes que se hallaban de pie ante él, por lo que se vio obligado a ladear un poco la cabeza para mirarles a los ojos. Además era pálido, de una palidez descolorida, transparente, casi fosforescente, aumentada por el ardor sombrío de sus ojos y por el espesor de sus cejas y de una barba bastante larga en cuyas puntas aparecían algunos hilos blancos. Llevaba un traje negro de americana cruzada, un poco usado, zapatos negros parecidos a sandalias, calcetines gruesos de lana gris y un cuello blanco vuelto, de esos que Hans Castorp sólo había visto en Dantzig, en casa

de un fotógrafo, y que confería al doctor Krokovski un aire de bohemio. Sonrió cordialmente, mostrando sus dientes amarillos entre la barba, estrechó con fuerza la mano del joven y dijo, con voz de barítono y un acento extranjero un tanto lánguido:

—¡Sea bienvenido, señor Castorp! Espero que se adapte pronto y que se encuentre bien entre nosotros. ¿Me permite preguntarle si ha venido como enfermo?

Era impresionante observar los esfuerzos de Hans Castorp para mostrarse amable y dominar sus deseos de dormir. Se sentía violento por hallarse en tal situación y, con el orgullo desconfiado de los jóvenes, creyó percibir en la sonrisa y la actitud tranquilizadora del ayudante las séñales de una mofa indulgente. Contestó diciendo que pasaría allí tres semanas, aludió a sus exámenes y añadió que, a Dios gracias, se hallaba completamente sano.

—¿De verdad? —preguntó el doctor Krokovski, inclinando la cabeza a un lado como para burlarse y acentuando su sonrisa—. ¡En tal caso es usted un fenómeno completamente digno de ser estudiado! Porque yo nunca he encontrado a un hombre enteramente sano. ¿Me permite que le pregunte a qué exámenes ha de presentarse?

—Soy ingeniero, señor doctor —contestó Hans Castorp con modesta dignidad.

—¡Ah, ingeniero! —Y la sonrisa del doctor Krokovski se retiró, perdiendo por un instante algo de su fuerza y cordialidad—. Perfecto. Por lo tanto, no tendrá necesidad de ningún tratamiento médico; ni de orden físico ni psíquico.

—No, muchísimas gracias —dijo Hans Castorp, que estuvo a punto de retroceder un paso.

En ese momento la sonrisa del doctor Krokovski apareció de nuevo victoriosa y, mientras estrechaba la mano del joven, exclamó en voz alta:

—¡Pues que duerma usted bien, señor Castorp, con la plena conciencia de su salud perfecta! ¡Duerma bien y hasta la vista!

Diciendo estas palabras se despidió de los dos jóvenes y volvió a sentarse con su periódico.

No había nadie de servicio en el ascensor, de modo que subieron a pie por la escalera, silenciosos y un poco turbados por el encuentro con el doctor Krokovski. Joachim acompañó a Hans Castorp hasta la número 34, donde el portero cojo no se había olvidado de depositar el equipaje del recién llegado, y durante un cuarto de hora continuaron hablando, mientras Hans Castorp sacaba sus pijamas y sus objetos de tocador, fumando un cigarrillo. Aquella noche no volvería a fumar otro cigarro, lo que le pareció extraño y bastante insólito.

—Sin duda tiene mucha personalidad —dijo, y mientras hablaba lanzaba el humo que había aspirado— . Pero es tan pálido como la cera. ¡Y cómo va calzado! ¡Su aspecto es terrible! ¡Calcetines grises y sandalias! ¿Te fijaste que al final se ofendió?

—Es bastante susceptible —dijo Joachim—. No deberías haber rechazado tan bruscamente sus cuidados médicos, al menos el tratamiento psíquico. No le gusta que

se prescinda de eso. Yo tampoco gozo de su estima porque no suelo hacerle muchas confidencias. Pero de vez en cuando le cuento algún sueño para que tenga algo que disecar.

—Bueno, supongo que he estado un poco brusco dijo Castorp algo molesto, pues estaba descontento consigo mismo por haber podido herir a alguien, al tiempo que el cansancio de la noche le dominaba con una fuerza redoblada.

—Buenas noches —dijo— , me muero de sueño.

—A las ocho vendré a buscarte para ir a desayunar anunció Joachim al salir.

Hans Castorp se lavó un poco. Quedó dormido apenas apagó la lamparilla de la mesa de noche, pero se sobresaltó un momento al recordar que alguien había muerto dos días antes en su misma cama.

«Sin duda no es la primera vez —se dijo, como si esto pudiese tranquilizarle— . Es un lecho de muerte, un lecho de muerte completamente vulgar.»

Y se quedó dormido.

Pero apenas lo hubo hecho comenzó a soñar y soñó casi sin interrupción hasta la mañana siguiente. Vio a Joachim Ziemssen, en una posición extrañamente retorcida, descender por una pista oblicua en un trineo. Era de una blancura tan fosforescente como la del doctor Krokovski, y delante del trineo iba sentado el caballero austríaco de la alta sociedad, que tenía un aspecto extraordinariamente borroso, como el de alguien a quien sólo se le ha oído vagamente toser. «Nos tiene completamente sin cuidado, a nosotros los de aquí arriba», decía Joachim en su incómoda posición, y luego era él y no el caballero quien tosía de una manera tan atrozmente pastosa. Al instante, Hans Castorp se echó a llorar y comprendió que debía correr a la farmacia para comprar crema facial. Pero la señora Iltis estaba sentada en medio del camino, con su hocico puntiagudo, sosteniendo en la mano algo que debía de ser sin duda su «esterilizador», pero que no era otra cosa que una navaja de afeitar. Hans Castorp estalló entonces en un acceso de risa y pasó de este modo de una emoción a otra, hasta que la luz de la mañana entró por los postigos de su balcón y le despertó.

CAPÍTULO II

Sobre la pila bautismal y los dos aspectos del abuelo

Hans Castorp no conservaba más que vagos recuerdos de su casa paterna, ya que apenas había conocido a su padre y a su madre. Murieron durante el breve intervalo que separaba su quinto de su séptimo aniversario. Primero falleció la madre, de un modo absolutamente inesperado, en la víspera de un parto, a causa de una flebitis seguida de trombosis; de una embolia (como decía el doctor Heidekind), que había paralizado instantáneamente su corazón. En aquel momento, la mujer reía sentada en la cama, y parecía que a fuerza de reír había caído de espaldas; pero lo que sucedió es que había muerto. Esto no era fácil de comprender para Hans Hermann Castorp, padre, y como sentía un gran cariño hacia su mujer y el hombre no era de una resistencia excepcional, no consiguió superar aquel golpe. Desde aquel momento, su espíritu se turbó y encogió; sumido en una especie de sopor, cometió en sus negocios tales equivocaciones que acarrearon pérdidas sensibles a la empresa Castorp e Hijo; en la segunda primavera que siguió a la muerte de su mujer contrajo una pulmonía durante una inspección que realizaba en los depósitos del muelle a causa de las corrientes de aire del puerto, y como su corazón fatigado no pudo soportar la intensa fiebre, falleció al cabo de cinco días, a pesar de los cuidados que el doctor Heidekind le prodigó. En presencia de un numeroso cortejo de sus conciudadanos, fue a reunirse con su mujer en el panteón de la familia Castorp, que estaba muy bien situado en el cementerio de Santa Catalina, con vistas al Jardín Botánico.

Su padre, el senador, murió al poco tiempo víctima igualmente de una pulmonía, pero tras largos tormentos y luchas, pues, a diferencia de su hijo, Hans Lorenz Castorp era de una naturaleza difícil de abatir y profundamente arraigada en la vida, y en este breve período, hasta la muerte de Hans Lorenz Castorp, el huérfano vivió, escasamente año y medio, en la casa del abuelo. Era un edificio construido a principios del siglo pasado en un solar angosto, siguiendo el estilo del clasicismo nórdico, pintado de un color claro, y con un portalón encuadrado por columnas truncadas. Constaba de un entresuelo, al que se accedía por una escalera de cinco escalones, y de dos pisos superiores cuyas ventanas descendían hasta el suelo y estaban defendidas por rejas de hierro fundido.

No había allí más que salas de recepción, incluyendo el comedor, decorado con estuco, y cuyas tres ventanas, veladas con cortinas de un rojo morado, miraban al pequeño jardín situado detrás de la casa, donde, durante esos dieciocho meses, el abuelo y el nieto comían todos los días a las cuatro. Les servía el viejo Fiete, que llevaba pendientes en las orejas, botones de plata en su casaca y una corbata de batista como la que usaba el dueño de la casa, en cuyas lazadas se hundía también su barbilla afeitada. El abuelo le tuteaba hablando en dialecto, no para bromear, pues no tenía afición alguna al humor, sino con toda sencillez y porque ésta era su costumbre

con las gentes del pueblo, trabajadores del puerto, factores, cocheros y criados. Hans Castorp disfrutaba oyéndole, y con no menos placer escuchaba las respuestas de Fiete, también en dialecto, cuando éste se inclinaba para servir a su señor y hablarle junto a la oreja derecha, por la que el senador oía mucho mejor que por la izquierda. El anciano comprendía, se encogía de hombros y seguía comiendo, muy erguido entre el alto respaldo de caoba de la silla y la mesa, apenas inclinado sobre el plato; ante él, su nieto contemplaba en silencio, con una atención profunda e inconsciente, los gestos breves y cuidados con que las bellas manos blancas, delgadas y viejas del abuelo, de uñas abombadas y puntiagudas, que con una sortija de sello verde en el dedo índice derecho preparaba en la punta del tenedor un pedacito de carne, de legumbre o patata, para llevarlo a su boca con una ligera inclinación de cabeza. Hans Castorp miraba sus torpes manos y trataba de imaginar su capacidad para manejar algún día el cuchillo y el tenedor de la misma manera que su abuelo.

Habia otra cuestión que resolver, y era saber si conseguiría llegar a envolver su barbilla en una corbata análoga a la que llenaba la ancha abertura del cuello del abuelo, y cuyas largas puntas rozaban sus mejillas. Para ello debería ser tan viejo como él; por otro lado, ya nadie, a excepción del propio abuelo y el viejo Fiete, llevaba aquellos cuellos y corbatas. Era lamentable, pues el pequeño Hans Castorp gozaba extraordinariamente contemplando la barbilla del abuelo apoyada en el bello nudo de una blancura inmaculada. Con el paso de los años, siendo ya adulto, solía recordarlo y, desde el fondo mismo de su ser, lo aprobaba.

Cuando habían terminado de comer y enrollado sus servilletas en los aros de plata —una tarea que Hans Castorp realizaba entonces con bastante dificultad porque las servilletas eran grandes como manteles—, el senador se levantaba de la silla, que retiraba Fiete, y con paso lánguido se dirigía a su «gabinete» en busca de un cigarro. A veces, su nieto le seguía.

Este «gabinete» debía su existencia al hecho de que el comedor lo ocupaba toda la anchura de la casa y tenía tres ventanas, por lo que no había quedado espacio suficiente para tres salas, como es lo habitual en las casas de este tipo, sino sólo para dos salones, uno de los cuales, perpendicular al comedor y con una sola ventana dando a la calle, hubiese sido de una amplitud desproporcionada. Por eso habían construido un tabique en una cuarta parte de su longitud y así quedó formado ese «gabinete» estrecho, sombrío y amueblado tan sólo con algunos objetos: una estantería en la que había la caja de cigarros del senador, una mesa de juego, cuyo cajón contenía objetos tentadores (como naipes de *whist*, dados, tabletas de dientes móviles para marcar los puntos, una pizarrita con trocitos de yeso, boquillas de cartón y otras cosas), y finalmente, en el rincón, había una vitrina rococó de palosanto, detrás de cuyos vidrios pendía una cortinilla de seda amarilla.

—Abuelo —decía a veces el joven Hans Castorp al entrar en el gabinete y

poniéndose de puntillas para acercarse a la oreja del anciano— , enséñame la pila bautismal, por favor.

Y el abuelo, que ya había separado los faldones de su larga levita y sacado un manojo de llaves del bolsillo, abría la vitrina, de cuyo interior salía un perfume agradable y misterioso que el joven aspiraba. Guardaba allí dentro toda clase de objetos inútiles y atractivos: un par de candelabros torcidos; un barómetro roto, con figuritas talladas en la madera; un álbum de daguerrotipos; una licorera de cedro; un pequeño turco, duro al tacto bajo su vestido de seda multicolor, con un mecanismo de relojería en el cuerpo que en otros tiempos le había permitido andar sobre la mesa, pero que, desde hacía años, ya no funcionaba; un modelo antiguo de buque y, en el fondo, una ratonera. Pero el anciano sacaba del compartimiento del centro una jofaina redonda de plata, muy oxidada, que se hallaba sobre una bandeja también de plata, y mostraba los dos objetos al muchacho, separándolos uno de otro y, acompañando todo con explicaciones ya otras veces oídas.

Originariamente, la jofaina y el plato no pertenecían al mismo juego, como se podía ver enseguida y como el niño volvía a oír; pero habían sido reunidos por el uso (decía el abuelo) desde hacía unos cien años, es decir, desde la compra de la vasija. Ésta era hermosa, de una forma sencilla y noble, muestra del severo gusto reinante a principios del siglo pasado. Lisa y pura, reposaba sobre un pie redondo y estaba dorada en el interior, pero el tiempo no había dejado de aquel oro más que un resplandor amarillo y pálido. Como único adorno, una corona en relieve de rosas y hojas apuntilladas cubría el borde superior. En cuanto al plato, se podía leer su antigüedad mucho mayor, «1650», en cifras sobrecargadas de trazos y toda clase de arabescos realizados a la «manera moderna» de otro tiempo, con una mezcla arbitraria de escudos y entrelazados que eran medio estrellas y medio flores. En el reverso de la bandeja había inscritos los nombres de los cabeza de familia que, en el transcurso de los tiempos, habían sido los poseedores del objeto: ya eran cinco, cada uno con el año de la transmisión de la herencia, y el anciano, con la punta de su dedo índice ornado con el anillo, los designaba cronológicamente a su nieto. Figuraba el nombre de su padre, el del abuelo y el del bisabuelo, y luego se doblaba, se triplicaba, y hasta se cuadruplicaba el prefijo en la boca del narrador, y el joven, con la cabeza inclinada hacia un lado, escuchaba con mirada pensativa y soñadora, sin mover un solo músculo, ese «Ur-Ur-Ur»,[3] ese sonido oscuro de muerte y tiempos pasados, que expresaba, sin embargo, una relación piadosamente mantenida con el presente, con su propia vida, y ese pasado profundamente enterrado le producía una impresión extraña que se manifestaba en su rostro. Creía respirar un olor húmedo de cosas enterradas, el aire de la iglesia de Santa Catalina o de la cripta de San Miguel; al percibir aquel sonido le parecía sentir el soplo de esos lugares que invitan al recogimiento y la devoción, a andar con respeto y sigilo llevando el sombrero en la mano. Creía

también oír el silencio lejano y pacífico de esos lugares de sonoros ecos; el sonido de aquellas sílabas hacía que mezclara sensaciones sagradas con los pensamientos de la muerte y la historia, y todo eso le parecía agradable. Sí, quizá pedía a su abuelo que le mostrara la jofaina por amor a esas sílabas, para escucharlas y repetirlas una vez más.

Luego el abuelo volvía a colocar la jofaina sobre la bandeja y dejaba que el muchacho observara la concavidad lisa y ligeramente dorada que brillaba bajo la luz que caía del techo.

—Pronto hará ocho años —dijo— que te sostuvimos sobre ella y el agua con la que fuiste bautizado cayó dentro. El mayordomo de la parroquia de San Jacobo, Lassen, fue quien la vertió en la cuenca de la mano del pastor Bugenhagen y de ella resbaló por encima de tu cabeza hasta la jofaina. La habíamos calentado para que no te asustases y, en efecto, no lloraste, aunque antes habías gritado tanto que Bugenhagen a duras penas pudo hacer su sermón. Sin embargo, cuando sentiste el agua te callaste y creo que fue por respeto hacia el Santo Sacramento. Dentro de unos días hará cuarenta y cuatro años que tu padre recibió el bautismo y que el agua resbaló sobre su cabeza y cayó aquí dentro. Fue aquí, en esta casa, su casa paterna, en la sala de al lado, ante la ventana del centro, y fue el viejo pastor Hesekiel quien le bautizó, el mismo que los franceses estuvieron a punto de fusilar cuando era joven, porque había predicado contra sus rapiñas y sus contribuciones de guerra; ése se halla también desde hace mucho tiempo en la casa del Señor. Y hace setenta y cinco años que me bautizaron a mí; también en la misma sala sostuvieron mi cabeza encima de la jofaina, exactamente como está ahora, colocada sobre la bandeja, y el pastor pronunció las mismas palabras que contigo y tu padre, y el agua clara y tibia resbaló de la misma manera por mis cabellos (entonces no tenía muchos más que ahora), y cayó también ahí, en esa jofaina dorada.

El niño elevó la mirada hacia el delgado rostro del anciano, del abuelo que se inclinaba de nuevo sobre la jofaina, como lo había hecho en aquella hora perdida en el tiempo de la que hablaba en ese momento, y la impresión que había sentido otras veces se apoderó de él; una impresión extraña y angustiosa, visionaria; de apacible inmovilidad, de cambiante permanencia, de volver a empezar y de una monotonía vertiginosa; impresión que ya había sentido en otras circunstancias y cuya repetición había esperado y deseado; era en parte por el amor que sentía hacia ella por lo que había querido que le mostrasen la herencia que pasaba, de forma inmutable, de unos a otros.

Cuando más tarde el muchacho pensaba en ello, le parecía que la imagen de su abuelo se había grabado en él con una huella más límpida y profunda que la de sus padres; quizá se debía a su simpatía, o a una afinidad física particular, pues el nieto se parecía al abuelo tanto como un rapaz de mejillas rosadas puede parecerse a un

septuagenario canoso y arrugado, que había sido sin duda la personalidad pintoresca de la familia.

Lo cierto es que el tiempo había rebasado la manera de ser y de pensar de Hans Lorenz Castorp mucho antes de su muerte. Fue un hombre profundamente cristiano, miembro de la Iglesia reformista, con sentimientos severamente tradicionales y que encontraba dificultad para adaptarse a las novedades. Tan preocupado estaba de que se mantuviese firme la clase aristocrática admitida al gobierno como si hubiese vivido en el siglo XVI, cuando la menestralía, venciendo la resistencia tenaz de los patricios, tercos en defender sus antiguos privilegios, había comenzado a conquistar los puestos y los votos en el seno del consejo de la ciudad. Su actividad coincidió con una época de desarrollo intenso y transformaciones múltiples; con una época de progreso a marchas forzadas que había exigido atrevimiento y espíritu de sacrificio en la vida pública. Pero Dios sabe que el viejo Castorp no contribuyó a que el espíritu de los tiempos modernos celebrase sus brillantes y trascendentales victorias. Había concedido mayor importancia a las tradiciones atávicas y las antiguas instituciones que a las imprudentes ampliaciones del puerto y otras aberraciones propias de las grandes ciudades; había sosegado y calmado los espíritus allí donde había podido y, si se le hubiera escuchado, la administración tendría todavía ese aspecto idílicamente rancio cuyo espectáculo ofrecían sus propias oficinas.

Tal era la imagen que el anciano, durante su vida y después de ella, mostraba a la mirada de sus conciudadanos, y aunque el pequeño Hans Castorp no entendía nada de los asuntos públicos, sus ojos infantiles, de mirada contemplativa, hacían poco más o menos las mismas observaciones —observaciones mudas y, por consiguiente, faltas de crítica, aunque llenas de vida y que más tarde, como recuerdo consciente, conservaron su carácter hostil a todo análisis verbal, siendo tan sólo afirmativo— . Como ya se ha dicho, la simpatía estaba presente, era una afección y afinidad íntima que a veces franquea la barrera de las generaciones. Los niños contemplan para admirar y admiran para aprender y desarrollar lo que llevan por herencia.

El senador Castorp era delgado y alto. Los años habían curvado su espalda y su nuca, pero él se esforzaba en compensar esa inclinación procurando andar erguido. Al hacerlo, su boca, cuyos labios no podían ya apoyarse en los dientes, pero sí en las encías vacías, pues no se ponía la dentadura postiza más que para comer, se contraía hacia abajo con una dignidad penosamente salvaguardada, y eso determinaba —al mismo tiempo quizá que el cuidado de contener un temblor del labio superior— aquella actitud rígida y severa, aquel gesto de la barbilla que tanto gustaba al pequeño Hans Castorp.

Amaba la caja de rapé —una pequeña caja alargada con estrías de oro— y se servía de pañuelos rojos cuyas puntas pendían a veces del bolsillo trasero de su levita. Aunque esto fuese una debilidad un tanto cómica, parecía una concesión a su

avanzada edad, como una negligencia que la ancianidad puede permitirse, tanto si es a conciencia y sonriendo como con la inconsciencia que impone el respeto. En cualquier caso, era la única debilidad que la mirada aguda del joven Hans Castorp pudo observar en la manera de presentarse de su viejo abuelo. Pero tanto para el niño de siete años como más tarde para el adulto, la imagen diaria y familiar del anciano no era su imagen verdadera. En realidad era diferente, mucho más bello y serio que de ordinario, tal como aparecía en un retrato de tamaño natural que hacía mucho tiempo estaba colgado en la habitación de los padres del niño, y que luego se trasladó con el pequeño Hans Castorp a la casa de la explanada, en cuyo salón ocupó un lugar de honor encima del sofá de seda roja.

La pintura mostraba a Hans Lorenz Castorp vestido con el uniforme oficial de senador de la ciudad, y este severo y piadoso atuendo de un siglo acabado, que había mantenido a través de los tiempos una comunidad a la vez temeraria e imponente, había sido conservador para las ceremonias oficiales, a fin de confundir de ese modo el pasado con el presente y el presente con el pasado, afirmando así la solidez de su firma comercial. El senador Castorp aparecía de pie, sobre un embaldosado rojizo, en una perspectiva de columnas y arcos góticos, con la barbilla inclinada y la boca contraída hacia abajo; sus ojos azules, de mirada soñadora, con las glándulas lacrimales dilatadas, miraban a lo lejos; vestía un ropón de aspecto sacerdotal que descendía hasta más abajo de sus rodillas y que, abierto en la parte de delante, mostraba su forro de pieles. De unas mangas amplias y abullonadas salían otras más estrechas y largas, de paño ordinario, y unos puños de encaje le cubrían las manos hasta la mitad. Las frágiles pantorrillas del anciano se hallaban cubiertas con medias de seda negra, y en los pies brillaban unos zapatos de charol con hebillas de plata. El cuello aparecía rodeado de la golilla rígida y acanalada, aplanada en la parte delantera y levantada a ambos lados, bajo la cual una chorrera de batista descendía sobre el ropaje. Bajo el brazo llevaba el antiguo sombrero de ancho reborde, cuya copa acababa casi en punta.

Era un retrato excelente, obra de un artista notable, pintado con el gusto y estilo de los viejos maestros, a lo que se prestaba el modelo, y evocaba en quienes lo contemplaban toda clase de imágenes hispanoholandesas de fines de la Edad Media.

El pequeño Hans Castorp lo había contemplado con frecuencia, sin una visión de experto, como puede suponerse, pero sí con cierta comprensión general, incluso penetrante, y aunque no hubiese visto a su abuelo en persona tal como la tela le representaba más que una sola vez y por un instante, con motivo de una llegada en cortejo al Ayuntamiento, no podía dejar de considerar el cuadro como la apariencia verdadera y auténtica del abuelo, viendo en éste todos los días una especie de interino, de auxiliar, adaptado imperfectamente a su papel. Pues lo que había de distinto y extraño en su apariencia ordinaria se debía a una adaptación imperfecta y

tal vez un poco torpe. De su forma pura quedaban restos y alusiones que no se borraban completamente; por eso, aunque el cuello postizo y la larga corbata blanca estaban pasados de moda, era imposible aplicar ese epíteto al maravilloso vestido que evocaba en cierto modo la golilla española. Ocurría lo mismo con el sombrero de alta copa que el abuelo llevaba para salir a la calle y que respondía, en una realidad superior, al ancho sombrero de fieltro del cuadro: al igual que la larga levita de faldones, cuya imagen primitiva y esencial era, a los ojos del pequeño Hans Castorp, la toga bordada y guarnecida de forro de pieles.

Él aprobó, pues, con todo su corazón, que el abuelo apareciese con toda su autenticidad y en su perfección suntuosa el día en que trató de despedirse de él para siempre. Fue en la gran sala, en la misma donde habían comido tantas veces, sentados a la mesa uno frente al otro. Hans Lorenz Castorp se hallaba tendido sobre el túmulo, dentro del ataúd, rodeado de coronas. Había luchado mucho tiempo y tenazmente contra la pulmonía, a pesar de que parecía no haberse adaptado con facilidad a la vida presente. Allí tendido, no podía saberse si era como vencedor o como vencido; pero en todo caso su expresión era severamente pacífica y muy cambiada. La nariz aparecía más puntiaguda a causa de haber luchado tanto tiempo en el lecho de muerte; la cabeza se hallaba levantada por unos almohadones de seda, de manera que su barbilla reposaba agradablemente en la abertura delantera de su golilla ritual, y entre las manos, semicubiertas por los puños de encaje y cuya disposición imitaba una postura natural que producía una impresión de frialdad inanimada, había sido colocado un crucifijo de marfil, de manera que sus párpados entornados parecían contemplarlo sin descanso.

Hans Castorp visitó algunas veces a su abuelo al principio de la enfermedad, pero luego ya no lo había vuelto a ver. Le habían evitado el espectáculo de la lucha que, por otra parte, se desarrollaba casi siempre por la noche; se había sentido únicamente impresionado por la atmósfera angustiada de la casa, por los ojos enrojecidos del viejo Fiete, por las idas y venidas de los médicos; pero el resultado, en presencia del cual se encontraba en el comedor, podía resumirse diciendo que el abuelo había sido solemnemente liberado de su figuración intermedia y que por fin revestía una forma verdadera y digna de él. Era un hecho que había que aceptar, a pesar de que el viejo Fiete llorase y moviese sin descanso la cabeza, y aunque el propio Hans Castorp llorara como lo había hecho en presencia de su madre muerta repentinamente y de su padre, al que, poco tiempo después, también vio tendido, con no menos silencio y extrañeza.

Era, pues, la tercera vez que en tan poco tiempo y a una edad tan temprana la muerte obraba sobre el espíritu y los sentidos —los sentidos principalmente— del pequeño Hans Castorp; ese aspecto y esa impresión ya no eran nuevos para él; por el contrario, le resultaban muy familiares y, como en las dos ocasiones anteriores, se

había mostrado muy tranquilo y dueño de sí mismo, en modo alguno a merced de los nervios a pesar de que sentía una aflicción natural. En realidad pareció incluso mucho más tranquilo que las otras veces. Ignorando el significado práctico que esos acontecimientos tenían en su vida, o puerilmente indiferente a ello, en su confianza de que el mundo de un modo u otro cuidaría de él, había dado muestras ante esos ataúdes de una frialdad igualmente ingenua y una atención objetiva que, en la tercera circunstancia, a causa de sus sentimientos y la expresión de la experiencia no estaba exenta de cierta precocidad (pues prescindimos de las lágrimas provocadas por la emoción o el contagio del llanto de los demás, como una reacción normal). Tres o cuatro meses después de que muriera su padre, había olvidado la muerte; ahora la recordaba, y todas las impresiones de entonces se reproducían simultáneamente en su singularidad incompatible.

Resueltas y explicadas en palabras, sus impresiones se habían presentado del modo siguiente: la muerte era de una naturaleza piadosa, significativa y de una belleza triste, es decir, espiritual; pero al mismo tiempo era de otra naturaleza, casi contraria, muy física y material, y entonces no se la podía considerar bella, ni significativa, ni piadosa, ni siquiera triste. La naturaleza solemne y espiritual se expresaba por el suntuoso ataúd del difunto, por la magnificencia de las flores, por las palmas que, como se sabe, significaban la paz celeste; además, y más claramente todavía, por el crucifijo en las manos del abuelo difunto, por el Cristo bendiciendo de Thorwaldsen, que se hallaba sobre la cabecera del féretro, y por los dos candelabros erguidos a ambos lados que, en aquella circunstancia, habían adquirido igualmente un carácter sacerdotal. Todas esas disposiciones hallaban aparentemente su sentido exacto y bienhechor en el pensamiento de que el abuelo había adquirido para siempre su figura definitiva y verdadera. Pero además, como el pequeño Hans Castorp no dejó de notar, a pesar de que no decirlo en voz alta, todo aquello, y sobre todo la enorme cantidad de flores (en particular de tuberosas) tenía por objeto mitigar ese otro aspecto de la muerte que no es ni bello ni verdaderamente triste, sino más bien ruin, indignamente corporal: tenía por objeto hacer olvidar o impedir que la muerte penetrara a la conciencia.

Esa segunda naturaleza de la muerte hacía que el abuelo difunto pareciese tan alejado que, en verdad no parecía en modo alguno el abuelo, sino más bien un muñeco de cera, de tamaño natural, que la muerte había cambiado por la persona y al que se rendían esos piadosos y fastuosos honores. El que yacía allí tendido, o más exactamente, lo que se hallaba allí tendido no era, pues, el abuelo, sino unos restos que Hans Castorp sabía que no eran de cera, sino de su propia materia, y en eso radicaba el carácter mezquino y la escasa tristeza del fenómeno; era tan poco triste como todas las cosas que conciernen al cuerpo y que no atañen más que a él. El pequeño Hans Castorp contemplaba esa materia lisa, amarilla como la cera y de una

consistencia caseiforme, de que estaba hecha aquella figura mortuoria de tamaño natural, con el rostro y las manos del que había sido su abuelo. Una mosca acababa de posarse sobre la frente inmóvil y comenzó a agitar sus patitas. El viejo Fiete la espantó con precaución evitando tocar la frente, con expresión sombría, como si no debiese ni quisiera saber lo que hacía. Su expresión se debía aparentemente al hecho de que el abuelo ya no era más que un cuerpo inerte. Pero después de un vuelo ondulante, la mosca se posó bruscamente sobre los dedos del abuelo, cerca del crucifijo de marfil. Y mientras esto ocurría, Hans Castorp creyó respirar, con mayor distinción que hasta aquel momento, la emanación débil y extrañamente persistente que conocía de otras veces que, con gran confusión, le recordaba a un camarada de clase afligido de un mal extraño y por esa causa evitado por todos, y que el olor de las tuberosas tenía por objeto encubrir, sin conseguirlo, a pesar de su penetración y austeridad.

Se halló varias veces en presencia del cadáver: una vez solo con el viejo Fiete; otra con su tío Tienappel, el negociante en vinos, y sus dos tíos James y Peter; luego una tercera vez, cuando un grupo endomingado de obreros del puerto permaneció por unos instantes ante el cadáver para despedirse del antiguo jefe de la casa Castorp e Hijos. Después llegó el entierro, la sala se llenó de gente, y el pastor Bugenhagen, de la iglesia de San Miguel, el mismo que había bautizado a Hans Castorp, pronunció la oración fúnebre. En el coche —el primero de una larguísima fila que seguía la carroza—, el pastor habló muy amistosamente con el pequeño Hans Castorp. Después, esa pequeña parte de su vida terminó y Hans Castorp cambió de casa y familiares por segunda vez en su joven existencia.

En la casa de los Tienappel y sobre el estado moral de Hans Castorp

No fue para su desgracia, pues a partir de aquel día vivió en la casa del cónsul Tienappel, su tutor, y no le faltó nada, ni en lo referente a su persona, ni en lo concerniente a la defensa de sus intereses, de los que él aún no sabía nada. El cónsul Tienappel, tío de la difunta madre de Hans, administró el patrimonio de los Castorp, puso en venta los inmuebles, se encargó de liquidar la empresa «Castorp e Hijos, Importación y Exportación» y consiguió sacar unos cuatrocientos mil marcos, que eran la herencia de Hans Castorp, y que el cónsul Tienappel colocó en valores seguros, cobrando cada trimestre, a pesar de sus sentimientos afectuosos, un dos por ciento de comisión legal.

La casa de los Tienappel, situada al fondo de un jardín en el camino de Harvestehud, tenía delante una extensión de césped, en la que no era tolerada mala hierba alguna, unas rosaledas públicas y el río. A pesar de poseer un bello tronco de caballos, el cónsul Tienappel se dirigía a pie todas las mañanas a su despacho para hacer un poco de ejercicio, pues a veces sufría de una ligera congestión en la cabeza. A las cinco de la tarde regresaba de la misma manera, después de lo cual se comía en casa de los Tienappel con todo el refinamiento conveniente. Era un hombre relevante que vestía con los mejores tejidos ingleses; tenía los ojos saltones, de un azul acuoso, ocultos tras los lentes de montura de oro; la nariz espléndida; la barba gris de marinero, y un diamante resplandeciente en el delgado dedo meñique de su mano izquierda. Su mujer había fallecido hacía mucho tiempo. Tenía dos hijos, Peter y James. Uno de ellos era marinero y pocas veces visitaba la casa de su padre; el otro trabajaba en el comercio del padre y estaba, pues, destinado a heredarlo. La casa era dirigida, desde hacía muchos años, por Schalleen, la hija de un obrero de Altona, que llevaba en torno de sus muñecas redondas manguitos blancos almidonados. Cuidaba de que tanto el almuerzo como la comida comprendiesen un abundante servicio de entremeses, cangrejos y salmón, anguila, pechuga de oca y tomate catsup para el roastbeef; vigilaba con atención a los criados ocasionales que el cónsul Tienappel contrataba cuando tenía invitados, y ella fue quien, como pudo, hizo de madre del pequeño Hans.

Hans Castorp creció en un mísero clima, entre el viento y la niebla; creció dentro de un impermeable amarillo, si así puede decirse, y lo cierto es que se sentía bien. No obstante, siempre fue un poco anémico, como pudo comprobar el doctor Heidekind, quien prescribió que antes de almorzar, al regresar de clase, se le diese cada día un buen vaso de *porter*, que el doctor consideraba de un gran valor reconstituyente para la sangre y que, en efecto, dulcificó de un modo sensible el espíritu de Hans Castorp, ayudándole a superar su tendencia a «desvariar», como decía su tío Tienappel, es

decir, a quedarse con la boca abierta contemplando las musarañas sin ningún pensamiento sólido. Pero por lo demás era robusto y normal, buen jugador de tenis y un remero aceptable, a pesar de que en vez de remar prefería, en las noches de verano, instalarse ante un vaso en la terraza del club naútico de Uhlenhorst, escuchar la música y contemplar las barcas iluminadas, entre las que nadaban los cisnes sobre el espejo irisado del agua. Y cuando hablaba, plácida y razonablemente, con una voz monótona y un tanto hueca y con un dejo de acento norteño (por otra parte, bastaba una rápida mirada para hacerse cargo de su rubia corrección, de su perfil finamente recortado, con un aspecto peculiar de épocas pasadas y en el que un ceño hereditario e inconsciente se rebelaba bajo la forma de una especie de indolente sequedad), nadie podía poner en duda que Hans Castorp era un producto auténtico y no adulterado del país, y que sabía ponerse brillantemente en su lugar. (El mismo, de haber sido interrogado sobre eso, no hubiera dudado un momento.)

La atmósfera del gran puerto de mar, esa atmósfera húmeda de mercantilismo mundial y bienestar que había sido el aire vital de sus padres, era respirada por él con una satisfacción profunda, casi placentera. Entre las emanaciones del agua, del carbón y el té, con el olfato penetrado por los olores intensos de los ultramarinos amontonados, veía como en los muelles del puerto las enormes grúas de vapor imitaban la tranquilidad, inteligencia y fuerza gigantesca de elefantes domesticados, transportando toneladas de sacos, balas, cajas, toneles y fardos desde los vientres de los buques anclados a los vapores de ferrocarril, y a los depósitos de los muelles. Veía a los negociantes con impermeable amarillo, como el que él llevaba, acudiendo a mediodía a la bolsa, donde se jugaba fuerte, según se había enterado, y donde con frecuencia alguno repartía invitaciones a toda prisa para un gran banquete, a fin de salvar su crédito. Veía (en la que más tarde sería para él la zona más interesante) el bullicio en los astilleros, los cuerpos mastodónticos de los transatlánticos en el dique seco, altos como torres, con la quilla y la hélice al descubierto, sostenidos por vigas recias como árboles, paralizados en su pesada monstruosidad, invadidos por ejércitos de enanos ocupados en rascar, martillear y pintar; veía, bajo las calas cubiertas envueltas en una niebla humeante, alzarse los esqueletos de los buques en construcción; veía a los ingenieros, con sus planos y libros de notas en la mano, dar órdenes a los obreros. Todos aquellos rostros eran familiares a Hans Castorp desde la infancia, y no despertaban en él más que impresiones de bienestar, que se acentuaban los domingos en que comía en el pabellón de Alster con James Tienappel o su primo Ziemssen —Joachim Ziemssen— carne ahumada con tocino, acompañada de un vaso de viejo oporto, y permanecía retrepado en su silla, lanzando con fuerza bocanadas de humo de su cigarro. En esto era completamente normal, le gustaba vivir bien; a pesar de su apariencia anémica y refinada, se entregaba, como un recién nacido a la alegría de los pechos maternos, a los rudos placeres de la vida.

Llevaba, cómodamente y no sin dignidad, sobre sus hombros la alta civilización que la clase dominante de esa democracia municipal de comerciantes transmite a sus hijos. Iba acicalado como un bebé y se hacía vestir por el sastre que gozaba de la confianza de los jóvenes de su esfera. La ropa blanca, cuidadosamente marcada, que contenían los cajones ingleses de su armario, era fielmente administrada por Schallen. Cuando Hans Castorp tuvo que estudiar fuera de casa, continuó enviando su ropa blanca para hacerla lavar y repasar (pues su principio era que, salvo en Hamburgo, no sabían lavar ropa blanca en Alemania). Una arruga en el puño de una de sus camisas de color le hubiera producido una verdadera indisposición. Sus manos, aunque quizá desprovistas de una forma muy aristrocrática tenían la piel fresca y cuidada, ornadas con un anillo de platino y la sortija de su abuelo, y sus dientes, que eran poco resistentes y que le habían hecho sufrir más de una vez, se hallaban enriquecidos con oro.

De pie y al andar inclinaba un poco el cuerpo, lo que no producía en él una impresión muy enérgica, pero su manera de comportarse en la mesa era notable: con el cuerpo erguido se volvía cortésmente hacia su vecino con el que charlaba (razonablemente y con un dejo norteño), sus codos tocaban ligeramente las caderas mientras trinchaba un ala de pollo o extraía hábilmente la carne rosada del caparazón de una langosta con el instrumento de mesa adecuado. Su primera necesidad al terminar la comida era el aguamanil aromatizado; la segunda, el cigarrillo ruso, no controlado por el monopolio y que se procuraba de contrabando. A este cigarrillo seguía un cigarro de una sabrosa marca de Brema llamado María Mancini, del que ya se hablará más adelante y cuyo veneno perfumado se aliaba de una manera muy satisfactoria al del café. Hans Castorp ponía sus provisiones de tabaco a salvo de las influencias nefastas de la calefacción central, conservándolas en la bodega, adonde descendía todas las mañanas para aprovisionar su petaca con la dosis diaria. De mala gana hubiese comido mantequilla presentada en un solo bloque y no moldeada en forma de conchas.

Como se ve, procuramos consignar todo aquello que puede prevenir en su contra, pero le juzgamos sin exageración y no le hacemos ni mejor ni peor de lo que era. Hans Castorp no era un genio ni un imbécil, y si evitamos para definirle la palabra «vulgar», es por una serie de razones que no guardan relación ni con su inteligencia ni con su modesta persona: es por respeto hacia su destino, al cual nos sentimos inclinados a conceder una importancia algo más que personal. Su cerebro respondía a las exigencias del bachillerato, sección de ciencias, sin que tuviese necesidad de realizar un esfuerzo desmesurado que no hubiera estado dispuesto a realizar en ninguna circunstancia ni por ningún objeto, no sólo para no perjudicarse, sino también porque no veía razón alguna para resolverse a ello, o más exactamente, ninguna razón indispensable; y es precisamente por eso que no le llamamos vulgar,

pues no tenía en cuenta ninguna de esas razones.

El hombre no vive únicamente su vida personal como individuo, sino que también, consciente o inconscientemente, participa de la de su época y de la de sus contemporáneos. Aunque inclinado a considerar las bases generales e impersonales de su existencia como bases inmediatas, como naturales, y a permanecer alejado de la idea de ejercer contra ellas una crítica, el buen Hans Castorp es posible que sintiese vagamente su bienestar moral un poco afectado por sus defectos. El individuo puede idear toda clase de objetivos personales, de fines, de esperanzas, de perspectivas, de los cuales saca un impulso para los grandes esfuerzos de su actividad; pero cuando lo impersonal que le rodea, cuando la época misma, a pesar de su agitación, está falta de objetivos y de esperanzas, cuando a la pregunta planteada, consciente o inconscientemente, pero al fin planteada de alguna manera, sobre el sentido supremo más allá de lo personal y de lo incondicionado, de todo esfuerzo y de toda actividad, se responde con el silencio del vacío, este estado de cosas paralizará justamente los esfuerzos de un carácter recto, y esta influencia, más allá del alma y de la moral, se extenderá hasta la parte física y orgánica del individuo. Para estar dispuesto a realizar un esfuerzo considerable que rebase la medida de lo que comúnmente se practica, sin que la época pueda dar una contestación satisfactoria a la pregunta «¿para qué?», es preciso un aislamiento y una pureza moral que son raros y una naturaleza heroica o de vitalidad particularmente robusta. Hans Castorp no poseía ni lo uno ni lo otro, no era, por lo tanto, más que un hombre; un hombre, en uno de sus sentidos más honrosos.

Todo esto se refiere no solamente al aspecto interior del joven durante sus años de escuela, sino también durante los años que siguieron, cuando hubo de elegir la profesión burguesa que ejercía. En lo que se refiere a su carrera escolar consignaremos que tuvo que repetir más de un curso. Pero, finalmente, su origen, la urbanidad de sus costumbres y un talento notable, ya que no una pasión, por las matemáticas, le ayudaron a franquear esas etapas, y cuando dio por terminado su servicio voluntario, decidió continuar sus estudios principalmente porque era prolongar un estado de cosas habitual, provisional e indeterminado, que le proporcionaba tiempo para reflexionar sobre lo que desearía llegar a ser, pues se hallaba muy lejos de saberlo. En un principio no lo sabía, y cuando, finalmente, tomó una decisión (aunque sea un poco exagerado decir que él mismo se decidió) comprendió que lo mismo hubiera podido elegir un camino diferente.

Realmente, una sola cosa era verdad: sentía una gran afición por los barcos. Cuando era niño había llenado las páginas de sus cuadernos con dibujos de barcas de pesca, gabarras cargadas de legumbres y veleros de cinco palos, y cuando, a los quince años cumplidos, gozó del privilegio de asistir en un lugar reservado, a la botadura de un nuevo paquebote postal de dos hélices, el *Hansa*, en los astilleros

Blohm & Voss, hizo una pintura, bastante garbosa y exacta hasta en los detalles, de la esbelta nave; pintura que el cónsul Tienappel colgó en su despacho particular y en la cual el verde vidrioso y transparente del mar tempestuoso había sido tratado con tanto amor y habilidad que alguien dijo al cónsul Tienappel que aquello revelaba talento y que Hans Castorp podría llegar a ser buen pintor de marinas, apreciación que el cónsul pudo repetir tranquilamente a su pupilo, pero que Hans Castorp escuchó riendo de buena gana, sin pensar un momento en locuras de bohemio y en ideas poco prácticas.

—Tú no eres lo que se llama rico —le decía algunas veces el tío Tienappel—. La parte principal de mi fortuna irá a parar a James y a Peter, es decir, que todo quedará en casa. Lo que te pertenece está bien colocado y produce una renta segura. Pero vivir de renta, es hoy completamente inútil, a menos que no se tenga cien veces más de lo que tú posees, y si quieres llegar a ser algo y vivir como estás acostumbrado, es preciso que te convenzas de que debes ganar dinero.

Hans Castorp escuchó estas palabras y se preocupó de tener una profesión que le permitiese quedar en buena postura ante él y ante los ojos de los demás. Y cuando hubo elegido fue a instancias del viejo Wilms, de la casa Tunder & Wilms, que, un sábado por la noche, en la mesa de *wisth*, dijo al cónsul Tienappel: «Hans Castorp debería estudiar la construcción naval, sería una excelente idea y podría entrar en mi casa; yo no dejaría de preocuparme de él» —entonces dio gran importancia a su profesión, considerando que aquello sería, sin duda, un trabajo muy rudo y complicado, pero también una tarea notable, importante y de gran envergadura, y en todo caso infinitamente preferible, para su pacífica persona, a la de su primo Joachim Ziemssen, el hijo de la hermana de su fallecida madre, que quería a toda costa ser oficial. Joachim Ziemssen no tenía, sin embargo, el pecho muy sano, y era precisamente por eso por lo que el ejercicio de una profesión al aire libre, que no exigía ninguna tensión ni ningún esfuerzo intelectual, le era conveniente, como Hans Castorp pensaba, no sin un pequeño gesto de desdén. Sentía un gran respeto hacia el trabajo, aunque personalmente le fatigaba un poco.

Insistimos aquí sobre reflexiones que ya hemos iniciado antes y que nacen de suponer que una alteración de la vida personal por la época es capaz de ejercer una influencia verdadera sobre el organismo físico del hombre. ¿Cómo era posible que Hans Castorp dejase de respetar el trabajo? Esto hubiera ido contra la Naturaleza. Las circunstancias debían hacérselo aparecer como una cosa eminentemente respetable. En el fondo no había nada respetable fuera del trabajo; era el principio ante el cual uno se afirmaba o se mostraba insuficiente, era el absoluto de la época. Su respeto hacia el trabajo era de naturaleza religiosa y, por lo que él podía darse cuenta, indiscutible. Pero se planteaba también la cuestión de saber si lo amaba; eso no podía conseguirlo, por profundo que fuera su respeto, por la sencilla razón de que el trabajo

le era difícil. Un trabajo sostenido irritaba sus nervios, lo agotaba rápidamente, y reconocía con franqueza que, en resumen, amaba más el tiempo de libertad, el tiempo sobre el que no pesaba el plúmbeo peso de una labor penosa, el tiempo que se extendía ante él libre y no jalonado con obstáculos que había que vencer rechinando los dientes. Esta contradicción en su actitud respecto al trabajo debía ser necesariamente resuelta. ¿Había que suponer que su cuerpo y su espíritu —primero el espíritu y luego el cuerpo— hubiesen estado más alegremente dispuestos y hubiesen sido más resistentes al trabajo si, en el fondo de su alma, donde él no veía muy claro, hubiese podido creer en el trabajo como en un valor absoluto, como en un principio que respondía por sí mismo, y tranquilizarse con este pensamiento? No planteamos aquí la cuestión de saber si era mediocre o algo más que mediocre, cuestión a la cual no queremos contestar brevemente. Pues no nos consideramos, en modo alguno, como apologistas de Hans Castorp y emitimos la suposición de que el trabajo le molestaba sencillamente para su tranquilo disfrute de los María Mancini.

No fue considerado apto para el servicio militar. Su ser íntimo sentía hacia él repugnancia. Es posible también: que el coronel doctor Eberding, que frecuentaba la villa del camino de Harvestehud, hubiese oído decir al cónsul Tienappel que el joven Castorp consideraba la obligación de llevar las armas como un obstáculo que entorpecía el desarrollo de sus estudios universitarios comenzados fuera de la ciudad.

Su cerebro, que trabajaba lenta y tranquilamente (Hans Castorp había conservado, incluso fuera de Hamburgo, la costumbre sedante de almorzar con el sazonamiento del *porter*), se llenaba de geometría analítica, de cálculo diferencial, de mecánica, de proyección y de grafoestática; calculaba el desplazamiento cargado y no cargado, la estabilidad, la carga de pañoles y el metacentro, a pesar de que esto con frecuencia le costaba mucho. Sus dibujos técnicos, sus planos de ensamblaje, sus trazados de líneas de flotación y sus secciones longitudinales no eran, en modo alguno, tan buenos como su representación pictórica del *Hansa* en alta mar, pero cuando se trataba de exponer una opinión abstracta por medio de una representación más accesible a los sentidos, de lavar sombras a tinta china y de señalar los cortes transversales con colores indicando los materiales, Hans Castorp sobrepasaba en habilidad a la mayoría de sus camaradas.

Cuando regresaba de vacaciones, muy limpio, muy bien vestido, con un bigotito rubio rojizo en su rostro soñoliento de joven patricio, y aparentemente en camino de alcanzar una posición considerable, las gentes que se ocupaban de los asuntos municipales —y son la mayoría en un Estado municipal que se rige a sí mismo— , sus conciudadanos, le examinaban curiosamente y se preguntaban qué papel oficial llegaría a desempeñar un día el joven Castorp. Había tradiciones, su nombre era antiguo y bueno, y un día u otro era casi seguro que tendrían que contar con su persona como un factor político. Entonces sería elector o elegido y participaría en las

preocupaciones de la soberanía y en el ejercicio de un cargo honorífico; pertenecería a una comisión de hacienda, de administración o, tal vez, de arquitectura, y su voz sería escuchada y tenida en cuenta como las demás. Hasta se podía sentir curiosidad de saber a qué partido se afiliaría un día el joven Castorp. Las apariencias podían ser engañosas, pero en realidad tenía un aire completamente diferente de aquel que suele tenerse para que los demócratas cuenten con uno, y el parecido con su abuelo era evidente. Tal vez se parecía en todo a éste y se convertiría en un freno, en un elemento conservador. Era muy posible, pero también lo era lo contrario. Al fin y al cabo, se trataba de un ingeniero, de un futuro constructor de buques, de un hombre del comercio mundial y de la técnica. Era, pues, posible que Hans Castorp se uniera a los radicales, que se presentara como un hombre de acción, como destructor profano de viejos edificios y de bellos paisajes, libre de lazos como un judío, sin piedad como un norteamericano, prefiriendo romper sin contemplaciones con la tradición dignamente transmitida y precipitar al Estado por la pendiente de peligrosas experiencias, que aceptar un desarrollo circunspecto de las condiciones de vida básicas y naturales. Todo era posible. ¿Se atrevería a opinar que Sus Reverencias, cuerdas y sabias, ante las cuales el doble puesto de guardias del Ayuntamiento presentaba armas, sabían mucho más que el vulgo? ¿O estaría dispuesto a apoyar a los ciudadanos de la oposición? En sus ojos azules, en sus cejas de un rubio rojizo, no podía leerse ninguna contestación a todas estas preguntas planteadas por los curiosos conciudadanos, y él mismo, sin duda, no hubiese podido contestar a todo eso que constituía para él una página todavía virgen.

Cuando realizó el viaje durante el cual le hemos encontrado, había cumplido veintitrés años. Tenía, tras él, cuatro semestres de estudios en la Escuela Politécnica de Dantzig, y había pasado otros cuatro en las Universidades técnicas de Brunswick y de Carlsruhe. Recientemente había sufrido su primer examen, sin esplendor y sin aplausos, pero de un modo satisfactorio, y se disponía a entrar en casa de Tunder & Wilms como ingeniero voluntario para conseguir una formación práctica. Pero, al llegar a este punto, su camino adquirió la siguiente dirección:

Ante la proximidad de su examen había tenido que trabajar rudamente y con perseverancia, de tal modo que, al volver a casa, parecía mucho más fatigado que de costumbre. El doctor Heidekind le reñía cada vez que le encontraba, y le exigía un cambio de aires prolongado y completo. Para este caso no era suficiente Norderney y Wyk, en el Foehr, y si se le quería escuchar estimaba que Hans Castorp, antes de entrar en los astilleros de construcción, haría bien en pasar algunas semanas en la alta montaña.

—Me parece muy bien —declaró el cónsul Tienappel a su sobrino, pero si se hacía así, sus caminos se separarían durante el verano, pues un tronco de cuatro caballos no sería suficiente para arrastrar al cónsul a la alta montaña. Ese clima, por

otra parte, no le convenía; tenía necesidad de una presión atmosférica razonable, de lo contrario, corría el peligro de sufrir algún accidente. Hans Castorp decidió, pues, marchar solo a la alta montaña. ¿Por qué no iba a visitar a Joachim Ziemssen?

Era un propósito muy natural. En efecto, Joachim Ziemssen estaba enfermo, pero no enfermo como Hans Castorp, sino de un modo verdaderamente desagradable; incluso había tenido un serio contratiempo. Toda su vida había sufrido catarros y fiebres, y un día tuvo un vómito de sangre, y a toda prisa hubo de marchar a Davos, lleno de contrariedad y de desolación, pues acababa de llegar al término de sus deseos. Durante algunos semestres, a instancias de los suyos, había estudiado derecho, pero cediendo a una necesidad irresistible, cambió de intención y se presentó como aspirante a oficial, siendo admitido. Y he aquí que, desde hacía cinco meses, se encontraba en el Sanatorio Internacional Berghof (médico jefe: consejero áulico doctor Behrens), aburriéndose mortalmente, según consignaba en las tarjetas postales. Si Hans Castorp, antes de entrar en casa de Tunder & Wilms, quería hacer algo por su salud, nada más indicado que ir a visitar a su querido primo, lo que resultaría agradable tanto para el uno como para el otro.

Ya en pleno verano se decidió a marchar. Era en los últimos días de julio.

Y salió para pasar allí tres semanas.

CAPÍTULO III

Ensobrecimiento pudibundo

Como estaba muy cansado, Hans Castorp había temido faltar a la hora del desayuno; pero se levantó mucho antes de lo necesario y tuvo tiempo de realizar minuciosamente sus cuidados matinales —cuidados de hombre civilizado cuya práctica exigía una cazoleta de caucho, un tazón de madera provisto de jabón verde de lavanda y la brocha indispensable— y de combinar estos hábitos de limpieza e higiene con el deshacer su equipaje. Mientras pasaba la navaja plateada a lo largo de sus mejillas cubiertas de espuma, recordaba sus confusos sueños y se encogía de hombros sonriendo con indulgencia ante tantas estupideces, con la superioridad sosegada de un hombre que se afeita a la plena luz de la razón. No había descansado lo suficiente, pero se sentía fresco y dispuesto para el nuevo día.

Con las mejillas empolvadas, el calzoncillo de hilo escocés y calzando mocasines de piel roja fue, mientras se secaba las manos, a asomarse al balcón, que corría a lo largo de la fachada y no se interrumpía más que por mamparas de cristal esmerilado formando compartimientos distintos, correspondientes a cada uno de los cuartos. La mañana era fresca y nublada. Hilachas de bruma inmóviles se hallaban tendidas sobre las cimas, mientras nubes blancas y grises descansaban pesadamente sobre las montañas más lejanas. El cielo azul parecía visible en algún momento, formando manchas o rayas, y cuando un rayo de sol atravesaba las nubes, la aldea brillaba en el fondo del valle en contraste con los bosques de abetos sombríos que cubrían las vertientes. En algún lugar se celebraba un concierto matinal, sin duda en el mismo hotel de donde había llegado la noche pasada el son de una música. Se oían sus acordes en sordina, y después de una pausa siguió una marcha. Hans Castorp, que amaba la música con todo su corazón, porque le producía el mismo efecto que la cerveza inglesa bebida en ayunas (algo parecido a un sedante que lo inducía a la somnolencia), escuchaba con satisfacción, con la cabeza inclinada hacia un lado, la boca entreabierta y los ojos un poco enrojecidos.

En el fondo, aparecía sinuoso el camino que conducía al sanatorio por el que había llegado la víspera. Gencianas estrelladas de cortos tallos se elevaban sobre la húmeda hierba de la vertiente. Una parte de la plataforma, rodeada de un seto, formaba un jardín. Había caminos de grava, arriates con flores y una gruta artificial junto a un soberbio abeto. Una terraza cubierta con una techumbre de cinc, y en la que había unas *chaise-longue*s, miraba hacia el sur, y cerca de ella se elevaba un mástil pintado de rojo oscuro, en lo alto del cual a veces se izaba la bandera. Era una bandera de fantasía, verde y blanca, con el emblema de la medicina, un caduceo, en el centro.

Una mujer paseaba por el jardín; era una dama de cierta edad y aspecto sombrío, casi trágico. Iba vestida completamente de negro, y un velo del mismo color envolvía

sus cabellos grises revueltos; caminaba sin descanso con un paso monótono y rápido, con las rodillas que le flaqueaban, los brazos rígidos, colgando hacia adelante; miraba fijamente con sus ojos negros, bajo los cuales pendían dos blandas bolsas. Tenía la frente llena de arrugas. Aquella figura envejecida, de una palidez meridional, con la boca retorcida por la angustia, recordaba a Hans Castorp el retrato de una actriz famosa que contempló un día. Era extraño ver cómo aquella mujer vestida de negro y pálida, sin darse cuenta regulaba sus largos pasos cansinos al compás de la música que llegaba de lejos interpretando una marcha.

Con una simpatía compasiva, Hans Castorp la contempló desde la galería y le pareció que aquella triste aparición oscurecía el sol de la mañana. Casi al mismo tiempo, percibió otra cosa, algo sensible al oído: ruidos procedentes del cuarto de sus vecinos de la izquierda —un matrimonio ruso, según los informes de Joachim— y que no armonizaban en modo alguno con aquella mañana clara y fresca, ya que parecían más bien ensuciarla de un modo viscoso. Hans Castorp recordó que ya por la noche había oído algo análogo, pero su fatiga le había impedido prestar atención. Era una lucha acompañada de risas ahogadas y de resuellos cuyo carácter escabroso no podía escapar al joven, aunque por espíritu de caridad se esforzara en darle una explicación inocente. Se hubiera podido dar otros nombres a esa bondad de corazón; por ejemplo, el nombre un poco insulso de pureza del alma, o el bello y grave nombre de pudor, o los nombres humillantes de temor a la verdad y de socarronería, e incluso el de temor místico y el de piedad. Había un poco de todo eso en la actitud que Hans Castorp había adoptado respecto a los rumores que venían de la habitación cercana, y su fisonomía lo expresó por medio de un ensombrecimiento púdico, como si no hubiese debido ni querido saber nada de lo que oía: expresión de púdica corrección que no presentaba nada de original, pero que, en ciertas circunstancias, tenía la costumbre de adoptar.

En esta actitud se retiró del balcón, metiéndose en su habitación para no prestar atención por más tiempo a hechos y gestos que le parecían graves e incluso impresionantes, a pesar de que se manifestaran por medio de risas ahogadas. Pero ya dentro de su habitación, lo que ocurría detrás de la pared se hacía aún más distinto. Parecía una persecución entre los muebles; una silla fue derribada, luego cayó otra, se daban azotes y besos y a esto se unían los acordes de un vals, las frases usadas y melodiosas de un estribillo, que acompañaban de lejos la escena invisible. Hans Castorp se hallaba de pie, con una toalla en la mano, y escuchaba contra su voluntad. De pronto, sus mejillas empolvadas se ruborizaron, pues lo que había comprendido que se avecinaba acababa de ocurrir, y el juego se internó sin duda en el terreno de los instintos animales.

«¡En nombre de Dios! —pensó, volviéndose de espaldas para terminar de asearse con movimientos intencionadamente ruidosos—. ¡Después de todo son marido y

mujer; Dios mío, si no hay nada que decir! —Pero por la mañana, en pleno día, le parecería muy violento— . Tengo la impresión de que ayer por la noche no llegaron a un armisticio. Bueno, deben de estar enfermos, al menos uno de ellos, puesto que están aquí, aunque sería prudente un poco más de moderación. Pero lo más escandaloso —pensaba con irritación— es que las paredes sean tan delgadas que permitan oírlo todo; es intolerable, absolutamente insostenible. ¡Una construcción barata, naturalmente, una construcción sórdida! ¡Quizá más tarde vea a esas gentes e incluso les sea presentado! Sería muy lamentable y violento.»

Y en este momento Hans Castorp se sorprendió al darse cuenta de que el rubor que se había extendido por sus mejillas recién afeitadas se resistía a desaparecer, o al menos, la sensación de calor que lo había acompañado. Persistía, y no era otra cosa que ese ardor seco en el rostro que había sentido la noche anterior, ardor que el sueño había desvanecido, pero que en aquella circunstancia había recuperado. Este hecho no le predispuso favorablemente respecto al matrimonio de la habitación contigua; apretando los labios pronunció una palabra de censura, y cometió la equivocación de refrescarse una vez más el rostro con agua, lo que agravó sensiblemente el mal. Por esta causa su voz se alteró con un mal humor acentuado cuando contestó a su primo, que había golpeado la pared llamándole. Y al entrar Joachim, no dio precisamente la impresión de un hombre alegre y feliz al despertarse.

Desayuno

—Buenos días —dijo Joachim—. ¿Cómo has pasado tu primera noche aquí? ¿Estás contento?

Ya estaba dispuesto para salir, llevaba traje de deporte, botas gruesas, y colgado del brazo el abrigo, en cuyo bolsillo lateral se distinguía el bulto del frasco plano. Como el día anterior, no llevaba sombrero.

—Gracias —contestó Hans Castorp—. Todo va bien. No quiero precipitarme en mis juicios. He tenido sueños confusos, y además esta casa presenta el inconveniente de que las paredes tienen oídos; es bastante desagradable. ¿Quién es esa mujer enlutada que está en el jardín?

Joachim comprendió inmediatamente de quién se trataba.

—¡Ah! Es *Tous-les-Deux* —dijo— . Todos la llamamos así, pues es lo único que se le oye decir. Es mexicana, no habla una sola palabra de alemán y el francés lo chapurrea de mala manera. Llegó hace cinco semanas con su hijo menor, un caso completamente desesperado que pronto se acelerará. Está perdido, envenenado hasta la medula; puede decirse, según Behrens, que se parece poco más o menos al tifus. Es atroz para los afectados. Hace unos quince días que el hijo mayor vino para ver por última vez a su hermano, un hermoso muchacho, igual que el otro; ambos son unos tipos magníficos, de ojos ardientes; las mujeres se entusiasmaban con ellos. Pues bien, el mayor había tosido un poco antes de subir aquí, pero aparte de esto, parecía completamente sano. Pero en cuanto llegó le subió la temperatura a 39,5, el grado de fiebre más elevado, ¿comprendes? Se metió en cama, si se levanta tendrá más suerte que cabeza, según dice Behrens. De todos modos, era necesario y urgente que subiese aquí… Desde entonces la madre no deja de pasear, cuando no se halla a la cabecera de sus camas, y si se le dirige la palabra no contesta más que «Tous les deux!», pues no sabe decir otra cosa y aquí no hay nadie que hable el español.

—¡Ah! —exclamó Hans Castorp—. ¿Crees que dirá eso cuando le sea presentado? Sería extraño, quiero decir, sería cómico y lúgubre al mismo tiempo —añadió, y sus ojos recobraron la pesadez de la víspera, como si hubiese llorado, provistos de aquel brillo que habían adquirido al oír la tos del caballero austríaco.

De un modo general, le parecía que acababa apenas de establecer una relación entre el presente y el día anterior, adaptándose de nuevo, lo que no había ocurrido inmediatamente después de despertar. Humedeció su pañuelo con un poco de agua de lavanda y se restregó la frente, luego manifestó que ya estaba listo.

—Si te parece bien podemos *tous les deux* ir a desayunarnos —dijo bromeando, con una expresión alegre y desmedida, por lo que Joachim le miró con dulzura y sonrió de una forma extraña, con una melancolía un tanto burlona, según le pareció a Hans. ¿Por qué? Sólo él lo sabría.

Cuando Hans Castorp se aseguró de que llevaba su provisión de tabaco, tomó el bastón, el abrigo y el sombrero —este último con una especie de reto, pues estaba seguro de su forma de vida y sus costumbres civilizadas para someterse sólo por tres cortas semanas a costumbres tan nuevas y extrañas— y de este modo salieron del cuarto y bajaron la escalera.

Encontraron varias personas que regresaban del desayuno, y cuando Joachim daba los buenos días a alguien, Hans Castorp se quitaba el sombrero cortésmente. Se sentía impaciente y nervioso como un joven que está a punto de ser presentado a muchas personas desconocidas y que se siente, al mismo tiempo, importunado por la impresión de tener los ojos turbios y el rostro colorado, lo que por otra parte no era del todo cierto, pues más bien estaba pálido.

—Antes de que se me olvide —manifestó de pronto con cierta vivacidad—. Puedes presentarme a la dama del jardín si se presenta la ocasión; no tengo ningún inconveniente. Si me dice *tous les deux*, no me importa; estoy preparado, sé lo que eso significa y qué cara he de poner. Pero no quiero, en modo alguno, entrar en relación con el matrimonio ruso, ¿oyes? Te lo pido por favor. No tienen educación, y si he de vivir durante tres semanas al lado de ellos y no es posible evitarlo, no quiero en modo alguno conocerlos; tengo derecho a prohibir del modo más formal que…

—Bien —dijo Joachim—. ¿Te han molestado? Es verdad que, en cierto modo, son unos bárbaros incultos, ya te lo había dicho. Él siempre se sienta a la mesa con un abrigo de cuero muy usado; me extraña que Behrens no haya intervenido todavía. Y ella es una mujer muy descuidada, a pesar de su sombrero de plumas. Por otra parte, puedes estar tranquilo, se sientan muy lejos de nosotros, en la mesa de los rusos vulgares… Por cierto, hay una mesa para rusos distinguidos. No existen muchas probabilidades de que te los presenten, a menos que lo desees. En general, aquí arriba no es fácil trabar amistades por el hecho de haber tantos extranjeros entre los pensionistas. Yo mismo, aunque llevo aquí algún tiempo, conozco personalmente a muy poca gente.

—¿Quién de los dos está enfermo? —preguntó Hans.

—Él, según creo; sí, él sólo —dijo Joachim visiblemente distraído mientras dejaban los abrigos en el guardarropa, a la entrada del comedor. Luego entraron en la clara sala, de techo ligeramente abovedado, donde bordoneaban las voces, sonaba la vajilla y las criadas iban y venían llevando tazones humeantes.

Había siete mesas dispuestas en el comedor, la mayoría colocadas a lo largo y dos únicamente de través. Eran bastante grandes, para diez personas cada una, aunque algunas de ellas estaban dispuestas con menos cubiertos. Tras dar unos pasos en diagonal a través de la sala, Hans Castorp ocupó su sitio. Le habían colocado en el lado derecho de la mesa del medio, entre las dos transversales. De pie, detrás de su silla, Hans Castorp se inclinó con cortesía hacia sus vecinos de mesa, a los que le

presentó Joachim y a los que apenas miró, ni tampoco retuvo sus nombres. Sólo el nombre y la persona de la señora Stoehr llamaron su atención, y también el hecho de que tuviese la cara colorada y los cabellos grasientos de un rubio ceniza. La expresión de su rostro revelaba una ignorancia tan completa que explicaba sin dificultad sus solemnes disparates. Luego se sentó y observó con satisfacción que el desayuno se consideraba una comida importante.

Había tarros de mermelada y miel, bandejas de arroz con leche y flor de avena, platos de huevos duros y carne fiambre. La mantequilla figuraba en abundancia. Alguien alzó una campana de vidrio bajo la que rezumaba un queso de Gruyere para cortar un pedazo. Un frutero con frutas frescas y secas se alzaba en el centro de la mesa. Una criada vestida de blanco y negro preguntó a Hans Castorp qué deseaba tomar: cacao, café o té. Era menuda como un niño, con una cara alargada y vieja; una enana, reconoció él horrorizado. Miró a su primo, pero como éste encogía los hombros y fruncía el entrecejo con indiferencia, como si quisiese decir «Bueno, ¿y qué?», se sometió y pidió té, con una amabilidad particular puesto que era una enana quien le interrogaba. Comenzó a comer arroz con leche, con canela y azúcar, mientras consideraba los otros platos que deseaba probar y su mirada vagaba a lo largo de los comensales: los colegas y compañeros de destino de Joachim, que estaban interiormente enfermos y se desayunaban charlando.

La sala estaba decorada con ese estilo modernista que dota a la sencillez más austera de cierto matiz fantástico. La habitación no era muy ancha en proporción a su longitud y estaba rodeada de una especie de pasillo, donde había bufetes, que se abría en amplios arcos hacia el interior lleno de mesas. Columnas revestidas hasta media altura de madera barnizada y luego blanqueadas de la misma manera que la parte superior de los muros y el techo, estaban ornadas con plintos, motivos sencillos y raros que se repetían en el techo. Decoraban la sala unas lámparas eléctricas de metal blanco, compuestas de tres círculos superpuestos unidos por un encadenamiento, en cuya parte inferior colgaban campánulas de vidrio deslustrado que gravitaban como pequeñas lunas. Había cuatro puertas vidrieras: dos delante de Hans Castorp, por donde se accedía al vestíbulo de la entrada, y luego otra por la que había entrado Hans Castorp, pues Joachim le había conducido esta mañana por otra escalera y otro pasillo distintos de los de la noche pasada.

Tenía a su derecha un ser insignificante, vestido de negro, de cutis velloso y mejillas débilmente coloreadas, que tomó por una acomodadora o una costurera, sin duda porque desayunaba exclusivamente café y pan con mantequilla, pues a la idea que tenía de una costurera había siempre asociado el café con leche y el pan con mantequilla.

A su izquierda había una señorita inglesa de bastante edad, muy fea, con los dedos rígidos y congelados, que estaba leyendo cartas de su familia escritas a grandes

trazos, mientras bebía un té de color rojizo. A su lado estaba sentado Joachim, y a continuación la señora Stoehr con su blusa de lana escocesa. Mientras comía se esforzaba visiblemente en hablar con aire distinguido, mostrando sus largos y estrechos dientes bajo su labio superior. Un joven de delgado bigote, cuya fisonomía parecía indicar que tenía dentro de la boca algo repugnante, se sentó junto a ella y desayunó observando el silencio más completo. Llegó cuando Hans Castorp ya estaba sentado, saludó con un gesto de su barbilla, andando y sin mirar a nadie, y se sentó, declinando con su actitud toda presentación al nuevo pensionista. Tal vez estaba demasiado enfermo para preocuparse de esas reglas sociales sin importancia e interesarse por lo que le rodeaba. Por unos instantes tuvo ante él a una joven rubia, extraordinariamente delgada, que vació una botella de yogur en su plato, lo tomó con la cuchara y se marchó inmediatamente.

La conversación en la mesa no era muy animada. Joachim hablaba ceremoniosamente con la señora Stoehr, informándose acerca de su salud y se enteró, con un correcto sentimiento, de que dejaba mucho que desear. Ella se lamentaba de «debilidad». «¡Estoy tan débil!», decía arrastrando las sílabas con una exageración de mal gusto. Al levantarse tenía 37,3, ¿cómo estaría por la tarde? La costurera confesó tener la misma temperatura, pero declaró, por el contrario, que se sentía agitada, poseída por una inquietud secreta, como si se hallara en vísperas de un acontecimiento particularmente decisivo, lo que en realidad era falso y que, por tanto, se trataba de una agitación puramente física que no tenía nada que ver con el alma. Sin duda no se trataba, como supuso, de una costurera, pues se expresaba en un lenguaje rebuscado e incluso culto. Por otra parte, Hans Castorp encontraba la emoción, o al menos la confesión de esos sentimientos, como una cosa en cierta manera inconveniente, casi sorprendente, viniendo de una criatura tan insignificante. Preguntó primero a la costurera y luego a la señora Stoehr desde cuándo se encontraba allí arriba (la primera vivía en el establecimiento desde hacía siete meses, la segunda desde hacía cinco); reunió luego sus escasos conocimientos de inglés, para enterarse, por boca de su vecina de la izquierda, de qué clase de té bebía (era té de escaramujo) y si era bueno, lo que ella confirmó casi bruscamente; luego miró la sala, donde la gente iba y venía, pues el desayuno no era una comida que se hiciese rigurosamente en común.

Había sentido un ligero temor de recibir impresiones terribles, pero se sentía defraudado: todo el mundo parecía lleno de actividad en aquel comedor, no tenía la sensación de hallarse en un lugar de sufrimiento. Unos jóvenes bronceados, de ambos sexos, entraron canturreando, charlaron con las criadas y con un extraordinario apetito hicieron honor a la comida. También había personas de más edad, matrimonios, una familia entera con sus hijos, que hablaban ruso, y jóvenes adolescentes. Casi todas las mujeres llevaban amplias blusas de lana o seda, suéters,

como se les llama, blancos o de color, con cuellos vueltos y bolsillos a los lados, y era divertido ver cómo se detenían o hablaban con las manos metidas en ellos. En algunas mesas se mostraban fotografías, sin duda vistas recientes tomadas por aficionados; en otras se cambiaban sellos. Se hablaba del tiempo, de cómo se había dormido, de la temperatura que había marcado el termómetro por la mañana. La mayoría parecían felices, sin una razón concreta, sólo porque se veían reunidos en gran número. No obstante, algunos se hallaban sentados a la mesa con la cabeza apoyada en las manos, mirando fijamente al vacío. A éstos se les dejaba que miraran y nadie se ocupaba de ellos.

De pronto, Hans Castorp se estremeció, irritado y ofendido. Acababan de dar un portazo, era la puerta de la izquierda que se abría directamente al vestíbulo; alguien había dejado que se cerrase sola o la habían cerrado de golpe; Hans Castorp odiaba aquel ruido desde hacía mucho tiempo. Tal vez ese odio provenía de su educación, tal vez constituía una idiosincrasia congénita; en suma, odiaba los portazos y hubiera arañado a quien se permitiera darlos en su presencia. Además, aquella puerta se hallaba provista de pequeños cristales, lo que hacía el impacto aún más ruidoso.

«¡Pero bueno! —pensó Hans Castorp— , ¿a qué viene ese maldito estrépito?»

Por otra parte, como la costurera le dirigía en aquel momento la palabra, no tuvo tiempo de comprobar quién era el culpable. Pero unas arrugas aparecieron entre sus cejas rubias y su rostro se alteró desagradablemente mientras contestaba a la costurera.

Joachim preguntó si ya habían pasado los médicos.

—Sí, han hecho su primera ronda —respondió alguien. Acababan de salir de la sala cuando habían llegado los dos primos.

—Entonces marchémonos, no vale la pena esperar —dijo Joachim—. Ya encontraremos otra ocasión para presentarnos durante el día.

Pero en la puerta se toparon con el doctor Behrens, que llegaba presurosamente seguido del doctor Krokovski.

—¡Cuidado, señores! —exclamó Behrens—. Este encuentro hubiera podido terminar mal para los respectivos callos de nuestros pies.

Hablaba con un marcado acento sajón, abriendo la boca y mascando las palabras.

—¡Ah!, ¿es usted? —dijo a Hans Castorp, a quien Joachim presentó juntando los tacones—. ¡Encantado, encantado!

Y tendió al joven una mano tan grande como una sartén. Era un hombre huesudo que medía unos tres palmos más que el doctor Krokovski; tenía el cabello blanco, la nuca saliente, grandes ojos azules, prominentes y estirados por los vasos sanguíneos, en los que flotaban unas lágrimas, una nariz arremangada y un bigote recortado que estaba torcido a consecuencia de un encogimiento irregular del labio superior. Lo que Joaquim había dicho de sus mejillas se confirmaba plenamente: eran azules; también

su cabeza parecía coloreada sobre la amplia blusa blanca de cirujano apretada con un cinturón, que descendía hasta las rodillas y dejaba ver el pantalón rayado y un par de pies colosales calzados con zapatos amarillos, de cordones bastante usados. El doctor Krokovski también llevaba el uniforme profesional, pero su blusa era negra, de un tejido lustroso, cortada en forma de camisa y con elástico en los puños, lo que realzaba su palidez. Se atenía a su papel de ayudante y no tomó parte alguna en los saludos, pero una ligera mueca de su boca revelaba que su posición de subalterno le parecía impropia.

—¿Primos? —preguntó el doctor Behrens señalando con su mano a los dos jóvenes mientras los contemplaba con sus ojos llenos de equimosis— . ¿Entonces éste también arrastrará el sable? —dijo Joachim designando a Hans Castorp con la cabeza—. Jamás, jamás, ¿no es verdad?; me he dado cuenta de inmediato. —Y se dirigió directamente a Hans Castorp—: Usted tiene algo más de paisano, de tranquilo, de menos guerrero que ese soldadote. Creo que sería un enfermo mejor que él, puedo apostarlo. Al instante, distingo en el aspecto de cada uno si hay madera de buen enfermo, pues es preciso talento para ello. Se necesita talento para todo y éste no tiene el menor atisbo. En el campo de maniobras no lo sé, pero para ser enfermo no sirve. ¿Me creerá si le digo que quiere marcharse? Siempre quiere marcharse, insiste y arde de impaciencia para hacer de novato allá abajo. ¡Qué pesadez…! Ni siquiera está dispuesto a concedernos seis miserables meses. Sin embargo, se está muy bien en nuestra casa, dígalo usted mismo, Ziemssen, reconózcalo. Vamos, señor, su primo nos apreciará mucho mejor que usted y sabrá divertirse. No escasean las mujeres, aquí tenemos damas deliciosas. Al menos, vistas exteriormente, muchas de ellas son muy seductoras. ¡Pero debe procurar tener mejor color, de lo contrario, las damas no le harán ningún caso! Verde es sin duda el árbol dorado de la vida, pero como color de piel no sienta muy bien. Completamente anémico, sí señor —añadió acercándose sin cumplidos a Hans Castorp y bajando uno de sus párpados con el dedo índice y el corazón—. Completamente anémico, como le decía. ¿Quiere saber una cosa? No ha sido ninguna tontería abandonar por algún tiempo a ese querido Hamburgo a su propia suerte. Es, por otra parte, un lugar al que debemos mucho. Gracias a su meteorología, tan alegremente húmeda, nos proporciona cada año un hermoso contingente. Pero si me permite que le dé un consejo absolutamente desinteresado (*sine pecunia*, ¿sabe usted?) haga, mientras esté aquí, todo lo que haga su primo. En su caso no se puede hacer nada más ingenioso que vivir por algún tiempo como si tuviese una ligera *tuberculosis pulmonum* y producir un poco de albúmina. Bueno, nos parece bastante extraño el metabolismo de la albúmina… Aunque la combustión general sea más importante, el cuerpo produce albúmina de todos modos… En fin, ¿ha dormido bien, Ziemssen? Sí, supongo que sí, ¿verdad? ¡Y ahora a pasear! ¡Pero no más de media hora! ¡Y luego métase el cigarro de mercurio en la boca! Y tenga la

amabilidad de anotar la temperatura, Ziemssen, ¡con exactitud! ¡Hágalo a conciencia! El sábado quiero ver su curva. Que su señor primo se tome también la temperatura. Eso nunca hace daño… Buenos días, señores, diviértanse. ¡Buenos días, señoras!

Y el doctor Krokovski se unió a su jefe, que caminaba balanceando los brazos con la palma de las manos vueltas hacia dentro, preguntando a derecha e izquierda si habían conseguido dormir, cosa que todos aseguraban haber hecho.

Burla, viático, alegría interrumpida

—¡Qué hombre tan agradable! —dijo Hans Castorp mientras saludaba amistosamente al conserje cojo, que estaba clasificando cartas en su garita.

Salieron afuera. La puerta estaba situada en el ala suroeste del inmueble, en cuyo centro había un piso más de altura, que se hallaba coronado con un reloj de torre cubierto de cinc color pizarra. Al salir de la casa no se accedía al jardín cerrado, sino a un espacio abierto ante el panorama alpino, cuya vertiente oblicua se veía sembrada de abetos medianos y pinos retorcidos hacia el suelo. El camino que tomaron era, en realidad, el único que había, además de la carretera que descendía hasta el valle. Les condujo en ligera cuesta por detrás del sanatorio, cerca de las cocinas y las dependencias de servicio, donde vieron grandes depósitos de metal llenos de basura colocados junto a las rejas del sótano. El camino se prolongaba unos metros en esa dirección, para elevarse luego en una pendiente más pronunciada hacia la derecha, siguiendo la vertiente poco cubierta de bosque. Era un sendero duro, ligeramente teñido de rosa, un poco húmedo, a lo largo del cual se encontraban de vez en cuando algunas rocas.

Los dos primos no eran los únicos paseantes. Algunos huéspedes, que habían terminado de desayunar casi al mismo tiempo que ellos, les seguían a corta distancia, y grupos enteros que ya regresaban les salían al encuentro con paso acelerado a causa de la pendiente.

—¡Un hombre muy agradable! —repitió Hans Castorp—. Tiene una manera muy espontánea de expresarse; da gusto oírle. Lo del «cigarro de mercurio» para designar el termómetro me parece excelente, lo comprendí enseguida. Pero si me lo permites, encenderé uno de verdad —añadió deteniéndose— . No puedo aguantar más. Desde ayer a mediodía no he fumado nada… ¿Me permites?

Sacó de su petaca de cuero, ornada con un monograma de plata, un María Mancini, un buen ejemplar de la capa superior de la caja, un poco aplastado como a él le gustaba; cortó la punta con una pequeña guillotina que colgaba de la cadena de su reloj, cogió el mechero y encendió el cigarro, luego lanzó unas bocanadas de humo con satisfacción.

—Bueno —dijo—, ahora podemos continuar nuestro paseo. Supongo que tú no fumas, ¿eh?

—Nunca fumo —respondió Joachim—. ¿Para qué he de fumar?

—No lo entiendo —dijo Hans Castorp—. No comprendo que se pueda vivir sin fumar. Sin duda es privarse de una buena parte de la existencia y, en todo caso, de un placer sublime. Cuando despierto, me alegro de pensar que podré fumar durante el día, y cuando como, tengo el mismo pensamiento. Sí, en cierto modo, podría decirse que como para poder luego fumar y creo que no exagero mucho. Un día sin tabaco

sería para mí el colmo del aburrimiento, sería un día absolutamente vacío e insípido, y si por la mañana tuviese que decirme «Hoy no podré fumar», creo que no tendría valor para levantarme. Te juro que me quedaría en la cama. Mira, cuando se tiene un cigarro que arde bien (quiero decir que no ha de haber ningún agujero), uno se halla al abrigo de todo, no puede ocurrirle nada desagradable, así de simple, nada desagradable. Es como tumbarse a la orilla del mar: se está tendido, ¿no es verdad?, no hay necesidad de nada, ni de trabajo ni distracciones… ¡Gracias a Dios, se fuma en todo el mundo! Este placer no es desconocido en ninguna parte, en ninguno de los sitios a los que uno puede ser lanzado por los azares de la vida. Incluso los exploradores que parten hacia el Polo Norte se aprovisionan de tabaco para afrontar sus peripecias, y ese gesto siempre me ha parecido muy simpático. Puede ocurrir que las cosas vayan mal (supongamos, por ejemplo, que me hallo es un estado lamentable); pues bien, mientras tenga mi cigarro sé que podré soportarlo todo, que me ayudará a vencer las adversidades.

—Sin embargo —dijo Joachim—, es un síntoma de debilidad. Behrens tiene toda la razón; no eres más que un paisano. Lo decía como un elogio, pero es un hecho. Además, estás bien de salud y puedes hacer lo que te dé la gana— añadió, y sus ojos parecían cansados.

—Sí, si no fuese por mi anemia —dijo Hans Castorp—. Según él, tengo la cara verde. Pero es cierto, y en comparación con todos vosotros tengo un color casi verdoso; en casa no me había dado cuenta. Ha sido muy amable al darme consejos desinteresados, *sine pecunia*, como ha dicho. Intentaré seguirlos y ajustar mi manera de vivir a la tuya. Por otra parte, ¿qué podría hacer aquí arriba entre vosotros? No puede perjudicarme el producir un poco de albúmina, a pesar de que la expresión me parece bastante repugnante. ¿Qué te parece?

Joachim tosió un par de veces mientras caminaban. Parecía que la subida le fatigaba. Cuando por tercera vez se sintió agitado por la tos, se detuvo con el ceño fruncido:

—Sigue tú —dijo.

Hans Castorp se apresuró a seguir su camino sin volver la cabeza. Luego fue acortando el paso y terminó por detenerse, pues le pareció que se había adelantado demasiado. Pero no volvió la cabeza.

Un grupo de huéspedes de ambos sexos se aproximó. Los había visto venir desde arriba, por el camino llano. Ahora descendían a grandes pasos, directamente hacia él, y oía sus distintas voces. Eran seis o siete personas de diferente edad, unas muy jóvenes, otras no tanto. Los contempló con la cabeza un poco inclinada, pensando en Joachim. Llevaban la cabeza descubierta, quemados por el sol; las mujeres iban vestidas con blusas de color, los hombres en su mayoría sin abrigo ni bastón, como gente que con toda sencillez sale a pasear delante de su casa. Como descendían, lo

que no exige mucho esfuerzo (tan sólo el frenar un poco con las piernas rígidas a fin de no verse obligado a correr o tropezar, lo que en realidad produce una especie de abandono), su modo de andar tenía algo de alado y ligero que se comunicaba a sus rostros, a toda su apariencia; se sentían deseosos de pertenecer a su grupo.

Ya estaban cerca de él. Hans Castorp miró atentamente sus rostros. Todos no estaban bronceados, dos mujeres destacaban por su palidez: una era delgada como un bastón y tenía un color de marfil; la otra, más pequeña y gorda, tenía la cara afeada con manchas rojas. Todos le miraron esbozando la misma sonrisa impertinente. Una jovencita alta, vestida con un suéter verde, el cabello mal rizado y los ojos entreabiertos, pasó tan cerca de Hans Castorp que casi le rozó con el brazo. Y al mismo tiempo silbó… ¡Era extraordinario! No había silbado con los labios, que ni siquiera se movieron; había silbado en el interior de ella misma mientras le miraba tontamente con los ojos entornados. Fue un silbido extrañamente desagradable, ronco, agudo, y al mismo tiempo hueco y prolongado que, al terminar, bajaba de tono —de tal manera que recordaba al sonido de esas vejigas de goma que se ven en las ferias y que, al vaciarse, se arrugan gimiendo— , escapando de un modo incomprensible de su pecho mientras se alejaba con los demás.

Hans Castorp se hallaba de pie, inmóvil, mirando a lo lejos. Luego se volvió con precipitación y comprendió que debía de tratarse de una broma, una broma pesada, pues se dio cuenta, por el movimiento de sus hombros, que aquellos jóvenes se alejaban riendo, y hasta un joven rollizo, de gruesos labios, que con las manos en los bolsillos de su pantalón se levantaba la chaqueta de una manera bastante impropia, se volvió descaradamente hacia él y también rió.

Joaquim se aproximó. Saludó al grupo con su habitual caballerosidad, juntando los tacones; luego, mirándole con dulzura, se acercó a su primo.

—¡Qué cara pones! —observó.

—Ha silbado —respondió Hans Castorp—. Ella ha silbado con el vientre al pasar por mi lado. ¿Cómo es posible?

—¡Ah! —exclamó Joachim, y rió despreocupadamente—. No ha sido con el vientre; ¡qué barbaridad! Es la Kleefeld, Herminia Kleefeld; silba con su neumotórax.

—¿Con qué? —preguntó Hans Castorp.

Se sentía extraordinariamente agitado y no sabía por qué. Vacilaba entre la risa y el llanto cuando añadió:

—¡No esperarás que comprenda vuestro argot!

—Vamos, hombre —dijo Joachim—, te lo contaré mientras paseamos. Es como echar raíces. Se trata de una habilidad de la cirugía, como habrás imaginado; es una operación que se realiza con bastante frecuencia aquí arriba. Behrens tiene una práctica notable… Cuando un pulmón está acabado, ¿comprendes?, y el otro está sano, o relativamente sano, se dispensa el enfermo por algún tiempo de su actividad,

para darle descanso… Es decir, te hacen un corte aquí, en el costado, no sé exactamente dónde. Behrens es un maestro en este género de operaciones. Luego inyectan gas, nitrógeno, ¿sabes?, y así inmovilizan el pulmón relleno de gas. El gas, naturalmente, no se mantiene mucho tiempo. Es preciso renovarlo cada quince días, poco más o menos; es una especie de relleno, ya puedes imaginarlo. Y cuando este proceso se repite durante un año, el pulmón puede sanar gracias al reposo. No siempre, por supuesto, y hasta es un asunto peligroso. Pero al parecer, se han obtenido muy buenos resultados por medio del neumotórax. Todos esos que acabas de ver están así, incluida la señorita Iltis (es la que tiene las manchas rojas), y la señorita Levy, la delgada, que según recordarás es aquella que guardó cama tanto tiempo. Se han agrupado, pues el neumotórax une a los hombres, y se llaman a sí mismos la «Sociedad Medio Pulmón», bajo cuyo nombre se les conoce. Pero el orgullo de la sociedad es esa Herminia Kleefeld, porque sabe silbar con su neumotórax; es un don particular que no posee nadie más. No puedo decirte cómo lo hace, ella misma no puede explicarlo exactamente. Cuando anda deprisa puede silbar interiormente, y lo hace para asustar a la gente, sobre todo a los enfermos recién llegados. Creo que así malgasta nitrógeno, pues han de hincharla cada ocho días.

Hans Castorp se echó a reír. Al oír las explicaciones de Joaquim su turbación se había convertido en alegría. Mientras andaban, se cubría los ojos con la mano, se inclinaba y una risa ahogada y precipitada sacudía sus hombros.

—Supongo que estarán registrados —logró decir, pues a fuerza de contener la risa su voz parecía un gemido—. ¿Tienen estatutos? Es una lástima que no formes parte de esa asociación. Hubierais podido admitirme como miembro honorario o como huésped. Deberías rogar a Behrens que te inmovilizara un pulmón. Tal vez tú también podrías silbar si te preocuparas de ello, pues seguro que es posible aprenderlo… ¡Es lo más ridículo que he oído en mi vida! —añadió lanzando un profundo suspiro—. Sí, perdona que hable así, pero tus amigos neumáticos parecen estar también de muy buen humor. ¡Qué manera de presentarse! ¡Cuándo pienso que forman la asociación de los medio pulmones! ¡*Pfiuu*, cómo silba esa jovencita! ¡Te mueres de risa! Eso es exuberancia, pero ¿por qué están tan extraordinariamente alegres? ¿Quieres decírmelo?

Joaquim buscaba una respuesta.

—¡Dios mío —dijo—, se sienten tan libres…! Quiero decir que son tan jóvenes que para ellos el tiempo no tiene importancia. ¿Por qué tienen que estar tristes? A veces pienso que estar enfermo y morir no es verdaderamente tan grave, sino más bien algo relativo; creo que las cosas serias no se encuentran más que en la vida lejos de aquí. Creo que lo comprenderás cuando hayas pasado con nosotros bastante tiempo.

—Sin duda —dijo Hans Castorp—. Estoy completamente seguro. Me he

interesado por muchas cosas de aquí arriba y cuando se siente interés hacia las cosas, no se tarda mucho en comprenderlas. Pero ¿qué me pasa? Esto no funciona —dijo mirando su cigarro— . Desde hace un rato me pregunto qué es lo que no funciona y ahora me doy cuenta de que es este María lo que no acaba de gustarme. Te aseguro que sabe a papel mascado, como si tuviese el estómago sucio. ¡Es inexplicable! Es verdad que he desayunado de una manera excepcionalmente copiosa, pero esto no puede ser la causa, pues, cuando se ha comido mucho, el cigarro se saborea mucho mejor. ¿Crees que se deberá a mis agitados sueños? Tal vez sea eso lo que me ha destemplado. No, voy a tirarlo —añadió, después de una nueva tentativa—. Cada chupada es una decepción, no me resulta placentero.

Después de dudar un momento arrojó el cigarro por la pendiente al bosque de pinos húmedos.

—¿Sabes lo que ocurre? —preguntó—. Estoy seguro de que todo está en relación con ese maldito escozor que siento en la cara desde que me he levantado. El diablo sabe por qué, pero tengo la impresión de que enrojezco de vergüenza, ¿sentiste lo mismo al llegar?

—Sí —dijo Joachim—, al principio me sentía bastante extraño. ¡Pero no le des importancia! ¿No te he dicho ya que no es tan fácil aclimatarse entre nosotros? Pero todo eso no tardará en desaparecer. Mira este banco, qué oportuno. Vamos a sentarnos y luego regresaremos; debo ir a la cura de reposo.

El camino, muy llano, se prolongaba en dirección a Davos-Platz, poco más o menos a una tercera parte de la altura de su paseo, atravesando pinos altos y gráciles, inclinados por el viento. Desde allí se observaba la aglomeración de casas brillantes, envueltas en una luz clara. El rústico banco en que se sentaron se hallaba adosado a una roca abrupta. Cerca de ellos, un arroyuelo descendía murmurante hacia la llanura por una especie de acequia hecha con maderos.

Con la contera metálica de su bastón, Joachim comenzó a señalar a su primo los nombres de las cimas de las montañas que, en la parte sur, parecían cerrar el valle.

Pero Hans Castorp tan sólo lanzó una mirada fugaz a aquellas cumbres; estaba inclinado, y con su bastón de paseo, de puño plateado, dibujaba signos en la arena. De pronto preguntó:

—¿Qué quería preguntarte? ¡Ah, sí! El enfermo que ocupaba mi habitación acababa de morir cuando yo llegué. ¿Se han registrado muchas bajas desde tu llegada?

—Sí, algunas —respondió Joachim—. Pero eso se trata con mucha discreción; no se sabe nada, hasta que más tarde uno se entera casualmente. Todo sucede con el mayor misterio, y esto se hace por consideración a los demás pacientes, sobre todo a las señoras, que podrían sufrir ataques de nervios. Traen el ataúd de madrugada, cuando todos están durmiendo, no vienen a buscarlo más que a determinadas horas,

por ejemplo, durante las comidas.

—¡Hum! —exclamó Hans Castorp, y continuó dibujando en el suelo— . ¿Todo se desarrolla entre bastidores?

—Pero recientemente, hace poco más o menos ocho semanas…

—Entonces no digas recientemente —interrumpió Hans Castorp, que escuchaba con frialdad.

—¿Cómo…? Está bien… ¡Qué meticuloso eres! Lo he dicho al azar. Hace, pues, algún tiempo me encontré entre los bastidores por casualidad. Lo recuerdo como si fuese hoy. Fue cuando llevaron el viático, el Santo Sacramento, es decir, la extremaunción, a la pequeña Hujus, una católica, Bárbara Hujus. Cuando llegué, todavía no guardaba cama y estaba loca de alegría como una mozuela de quince años. Pero luego fue languideciendo rápidamente, y acabó por no levantarse. Su habitación se hallaba a tres puertas de la mía. Llegaron sus padres y poco después el cura. Vino cuando todo el mundo se hallaba tomando el té de la tarde, y no había un alma en los corredores. Pero yo me retrasé, pues me había dormido durante la cura de reposo y no oí el gong. Por lo tanto, en aquel instante decisivo no me hallaba con los demás. Me perdí entre bastidores, como tú dices, y cuando salí al pasillo aparecieron de puntillas, con roquete, una cruz de oro y una linterna que uno de ellos llevaba delante, como un estandarte al frente de un ejército de jenízaros.

—No me parece una comparación apropiada —dijo Hans Castorp con severidad.

—Tuve esa impresión. Se me ocurrió contra mi voluntad. Pero escucha. Vinieron hacia mí, uno, dos, uno, dos, a paso atlético; eran tres, si no me equivoco: delante el hombre de la cruz, luego un cura con gafas y finalmente un muchacho que portaba un incensario. El cura llevaba el viático oprimido contra su pecho, e inclinaba la cabeza con un aire muy humilde; como comprenderás, era el Santo Sacramento.

—Precisamente por eso —dijo Hans Castorp— me extraña que puedas hablar de estandartes.

—Sí, sí, pero espera un momento; si hubieras estado allí no sé lo que pensarías. Yo estaba perplejo…

—¿Por qué?

—Mira. Me preguntaba cómo había que comportarse en tales circunstancias. Si hubiese llevado sombrero me lo hubiera podido quitar.

—¿Lo ves? —interrumpió rápidamente Hans Castorp—; es necesario llevar sombrero. Me sorprende que no llevéis sombrero. Es preciso llevarlo para que uno pueda descubrirse en las circunstancias indicadas. ¿Y qué pasó?

—Me apoyé contra la pared —dijo Joachim— en una actitud respetuosa y me incliné ligeramente cuando estuvieron cerca de mí. Era precisamente frente a la habitación de la pequeña Hujus, la número 28. Creo que el sacerdote se sintió satisfecho al verme saludar; dio las gracias amablemente y se quitó el bonete. En

aquel instante se detuvieron, el monaguillo llamó a la puerta con el incensario, luego abrió y cedió el paso a su superior. Y ahora, procura imaginar la escena y mi horror, mis sensaciones. En el momento en que el sacerdote franqueó el umbral comenzaron a oírse gemidos y gritos como nunca has oído, y luego un alarido ininterrumpido, continuo, gritos lanzados por una boca completamente abierta: ¡aaah! Allí dentro se respiraba la desolación, un terror y una protesta indescriptibles, y por encima de todo se oían atroces súplicas, y de pronto todo pareció apagarse en un sonido vacío y sordo, como si ella hubiese desaparecido bajo la tierra y los gritos viniesen de las profundidades de un sótano…

Hans Castorp se volvió bruscamente hacia su primo.

—¿Era la Hujus? —preguntó irritado— . ¿Y por qué los gritos parecían proceder de un sótano?

—Se había escondido bajo las mantas —dijo Joachim—. ¡Imagina lo que sentí! El sacerdote permanecía de pie cerca de la entrada, pronunciando palabras tranquilizadoras. Parece que le estoy viendo: al hablar movía ligeramente la cabeza. El que llevaba la cruz y el monaguillo seguían en el umbral sin poder entrar. Era una habitación como la tuya y la mía; la cama estaba situada a la izquierda de la puerta, contra la pared, y a la cabecera había dos personas, los padres, por supuesto, que también se inclinaban hacia la cama pronunciando palabras de consuelo, pero no se veía más que una masa informe que suplicaba, pataleaba y protestaba de una manera espantosa.

—¿Pataleaba?

—¡Con todas sus fuerzas! Pero no le sirvió de nada; había llegado el momento de administrarle el sacramento. El cura se dirigió hacia ella, los otros dos también entraron y la puerta se cerró. Pero antes pude ver lo siguiente: la cabeza de la pequeña Hujus surgió por un segundo, con sus claros cabellos rubios revueltos, y miró fijamente al cura con ojos desorbitados, unos ojos pálidos, absolutamente desprovistos de color; luego, lanzando horribles gritos de dolor, desapareció de nuevo bajo la colcha.

—¿Y hasta hoy no me has hablado de eso? —preguntó Hans Castorp después de un breve silencio—. No comprendo por qué no me lo dijiste ayer mismo. ¡Dios mío, qué fuerza debía de tener todavía para defenderse de este modo! Se necesitan muchas fuerzas para eso. No se debería avisar al cura hasta que uno estuviese muy débil.

—Lo estaba —contestó Joachim—. Sí, habría mucho que contar; es difícil hacerlo en este momento… Estaba muy débil; era el miedo lo que le infundía tanta fuerza. Sentía un pavor terrible porque se daba cuenta de que iba a morir. Era una muchacha muy joven, por lo que debemos excusarla. Pero también hay hombres que se comportan de ese modo, lo que es, naturalmente, más inexcusable. En estos casos Behrens sabe hablarles, sabe encontrar el tono adecuado en tales circunstancias.

—¿Qué tono? —preguntó Hans Castorp arqueando las cejas.

—No seas tan escrupuloso —contestó Joachim—. Habló así recientemente a uno de ellos; lo sabemos por la enfermera principal, que estaba allí y ayudó a sostener al agonizante. Era uno de esos que para terminar provocan una escena espantosa y no quieren morir de ninguna manera. Entonces Behrens le llamó al orden: «¡Haga el favor de comportarse!», dijo, y el enfermo se calmó al instante y murió completamente en paz.

Hans Castorp se golpeó la pierna con la palma de la mano y apoyándose en el respaldo del banco elevó la mirada al cielo.

—¡Esto es demasiado! —exclamó—. ¡Decir a un enfermo que se comporte…! ¡A un moribundo! Es muy duro. Un moribundo es, en cierto modo, digno de respeto. Me parece que una cosa así… ¡Creo que un moribundo es, en cierto modo, sagrado! ¡No se le puede tratar así!

—Estoy de acuerdo —concedió Joachim—. Pero cuando uno se comporta con tal cobardía…

—¡No! —persistió Hans Castorp con una violencia totalmente desproporcionada a la resistencia que ofrecía su primo—. No, jamás dejaré de creer que un moribundo es más respetable que cualquier tipejo que pasea, ríe, y gana dinero sin privarse de nada. Es intolerable —y su voz vaciló de un modo extraño—, intolerable… —De pronto sus palabras se ahogaron en la risa que se había apoderado de él y le dominaba; la misma risa de la víspera, una risa nacida de las profundidades, ilimitada, que sacudía su cuerpo, que le hacía cerrar los ojos y brotar lágrimas entre sus párpados apretados.

—*¡Psst!* —advirtió Joachim de pronto, tocando con el codo a su compañero, que continuaba riendo.

Hans Castorp, a través de las lágrimas, elevó los ojos.

Por la parte izquierda del camino venía un extranjero, un señor elegante y moreno, con un bigote negro cuidadosamente rizado y un pantalón a cuadros claros. Cuando estuvo cerca, cambió con Joachim un saludo matinal —el del caballero era preciso y de una sonoridad agradable— y se detuvo ante él con los pies cruzados, apoyado en el bastón, en actitud graciosa.

Satán

Su edad era difícil de determinar. Debía de tener entre treinta y cuarenta años, pues, aunque su aspecto daba una impresión de juventud, sus cabellos se hallaban surcados en las sienes por hilos plateados y un poco más arriba se aclaraban visiblemente. La calvicie se iniciaba a ambos lados de la raya del peinado, y mostraba una frente muy despejada. Vestía un ancho pantalón a cuadros amarillo y levita, que era como una especie de sayal demasiado largo, con dos hileras de botones y amplias vueltas; estaba muy lejos de pretender ser elegante; además, el cuello duro, de puntas redondeadas, estaba un poco deshilachado en los bordes por haber sido almidonado demasiadas veces, y su corbata negra parecía muy usada. No llevaba puños, supuso Hans Castorp a causa de la caída de las mangas que pendían sobre las muñecas. Sin embargo, se dio cuenta de que se hallaba en presencia de un caballero: la expresión ponderada del rostro, la naturalidad de los movimientos, el aspecto casi noble del extranjero no ofrecían lugar a duda sobre este punto. No obstante, aquella mezcla de sordidez y encanto, con los ojos negros y el bigote poblado, hicieron que Hans Castorp recordara a los músicos extranjeros que por Navidad tocaban junto a su casa, y con la mirada aterciopelada elevada hacia lo alto, tendían su sombrero para que les arrojasen dinero desde las ventanas. «Un organillero», pensó. Por eso no se sintió en modo alguno sorprendido por el nombre que oyó cuando Joachim se levantó del banco y con cierta timidez hizo las presentaciones:

—Mi primo Castorp… El señor Settembrini.

Hans Castorp también se había levantado para saludar, y su rostro revelaba su reciente acceso de alegría. El italiano rogó cortésmente a los dos jóvenes que no se molestaran y les obligó a sentarse de nuevo mientras él permanecía de pie con su agradable apostura. Sonreía, observando a los dos primos, pero sobre todo a Hans Castorp, y el gesto fino y un poco sarcástico de la comisura de sus labios, ligeramente plegados bajo el espeso bigote, producía un efecto especial, que invitaba, en cierto modo, a la lucidez de espíritu y la atención. Hans Castorp se sintió como avergonzado.

Settembrini dijo:

—Los señores están de buen humor. Sin duda tienen motivo, tienen toda la razón. ¡Una mañana espléndida! El cielo azul, el sol sonríe. —Y con un gesto liviano y elegante de su brazo, elevó su pequeña mano amarilla hacia el cielo, mientras lanzaba en la misma dirección una mirada oblicua y alegre—. Casi se podría olvidar dónde estamos.

Hablaba sin ningún acento especial y sólo la precisión de sus frases dejaba entrever que se trataba de un extranjero. Sus labios formaban las palabras con cierto placer. Oírle era sin duda satisfactorio.

—¿Ha tenido el señor un viaje agradable? —preguntó dirigiéndose a Hans Castorp—. ¿Le han comunicado ya el veredicto? Quiero decir: ¿ha tenido ya lugar esa siniestra ceremonia de la primera consulta?

Hubiera podido guardar silencio y esperar, si realmente la deseaba, una respuesta, pues había hecho la pregunta y Hans Castorp se disponía a contestar. Pero el extranjero siguió hablando:

—Supongo que habrá ido bien. Por su alegría… —y se interrumpió un momento, mientras la crispación de sus labios se acentuaba— se podrían deducir conclusiones contradictorias. ¿Cuántos meses le han administrado nuestros Minos y Rhadamante? —La palabra «administrado» parecía particularmente ridicula en su boca—. ¡Déjeme adivinar…! ¿Seis? ¿Nueve? ¡Oh, aquí no tienen muchas consideraciones…!

Hans Castorp rió sorprendido, intentando comprender quiénes eran Minos y Rhadamante. Luego respondió:

—¿Cómo…? Se equivoca, señor Septem…

—Settembrini —corrigió el italiano con elocuencia y precisión, inclinándose un poco irónicamente.

—Señor Settembrini, le ruego me dispense. Usted se equivoca, yo no estoy enfermo. He venido a visitar a mi primo y descansar un poco aprovechando la ocasión.

—*Sapristi!* ¿Entonces no es usted de los nuestros? ¿Está sano? ¿Sólo está aquí de paso, como Ulises en el reino de las Sombras? ¡Qué audacia descender a las profundidades donde habitan muertos irreales y sin sentido…!

—¿A las profundidades, señor Settembrini? Disculpe, pero he tenido que hacer una ascensión de unos dos mil metros para llegar hasta ustedes…

—Eso es lo que usted cree. Palabra de honor: no es más que una ilusión —dijo el italiano haciendo un gesto decidido con la mano—. Somos unas criaturas que han caído muy bajo, ¿no es verdad, teniente? —preguntó volviéndose hacia Joachim, que se regocijaba del tratamiento recibido, aunque se esforzó en disimularlo respondiendo con aire reflexivo:

—Estamos, en efecto, un poco amodorrados. Pero después de todo, quizá logremos recuperarnos.

—Sí, me parece usted capaz. Es un hombre razonable —dijo Settembrini—. ¡Vaya, vaya, vaya! —repitió tres veces. Luego, volviéndose hacia Hans Castorp, hizo chasquear la lengua y exclamó—: ¡Sí, sí, sí! —Y miró tan fijamente al recién llegado que sus ojos adquirieron una expresión ciega. Después, reanimando de nuevo su mirada, continuó diciendo:

—Así pues, ha venido voluntariamente a vernos, a nosotros, que hemos caído tan bajo, y quiere procurarnos su agradable compañía. ¡Eso está bien! ¿Y cuánto tiempo va a quedarse? Sí, sé que la pregunta es muy directa, pero desearía saber cuánto

tiempo fija uno por sí mismo cuando es él quien decide y no Rhadamante.

—Tres semanas —dijo Hans Castorp, con cierta vanidad, al darse cuenta de que despertaba envidia.

—*O Dio!* ¡Tres semanas! ¿Lo ha oído, teniente? ¿No es acaso un poco impertinente decir: vengo para pasar tres semanas y luego me marcho? Nosotros no conocemos esa medida de tiempo llamada semana; permítame, señor, que se lo diga. Nuestra unidad temporal más pequeña es el mes. Contamos a largo plazo, es éste un privilegio de las sombras. Tenemos otras unidades que son de una especie análoga. ¿Puedo preguntarle qué profesión ejerce allí abajo, en la vida, o, más exactamente, para qué profesión se prepara? Como ve, no reprimimos la curiosidad. La curiosidad forma parte de nuestros privilegios.

—Con mucho gusto —dijo Hans Castorp, y dio la explicación.

—¡Ingeniero naval! ¡Es magnífico! —exclamó Settembrini—. Estoy seguro de que es admirable, aunque mis propias facultades estén orientadas en un sentido muy diferente.

—El señor Settembrini es escritor —dijo Joachim con timidez—. Ha escrito la necrología de Carducci para unas publicaciones alemanas… Carducci, ya sabes…

Y pareció entonces más cohibido, porque su primo le miraba con sorpresa y parecía decirle: «¿Qué sabes de Carducci? Poco más o menos lo mismo que yo, según creo.»

—Así es —dijo el italiano, encogiendo los hombros—. He tenido el honor de narrar a sus compatriotas la vida de ese gran poeta y librepensador cuando su vida terminó. Le conocí, y puedo llamarme su discípulo. En Bolonia estuve sentado a sus pies. Es a él a quien debo toda mi cultura y alegría de espíritu. Pero hablábamos de usted… ¡Un ingeniero naval! ¿Sabe que su persona se agranda ante mis ojos? Puedo verle como el representante de todo un mundo: el del trabajo y el genio práctico.

—Señor Settembrini, no soy más que un estudiante que acaba de comenzar.

—Por supuesto, y todo principio es difícil. En general, todo trabajo es espinoso y merece este nombre, ¿no es verdad?

—Sí, ¡qué diablos! —exclamó Hans Castorp, y sus palabras salieron del fondo de su corazón.

Settembrini frunció inmediatamente el entrecejo.

—¡Usted invoca al diablo para confirmar sus palabras! ¿A Satán en persona? ¿Sabe que mi gran maestro le dedicó un himno?

—Perdone —dijo Hans Castorp—. ¿Al diablo?

—En persona. En realidad, en mi país se le canta en circunstancias solemnes. *O salute, o Satana, o Ribellione, o forza virdice della Ragione…* Un cántico admirable. Pero es poco probable que usted se refiriera a ese diablo, pues vive en excelente armonía con el trabajo. El diablo al que usted invocaba y que siente horror al trabajo

porque tiene muchos motivos para temerle, es tal vez ese otro del que se cuenta que no hay que dejarle coger ni el dedo meñique…

Todo eso parecía extraño al buen Hans Castorp. No comprendía el italiano y lo demás tampoco le parecía inteligible. Todo aquello parecía un sermón dominical, aunque había sido dicho con un tono frívolo y gracioso. Miró a su primo, que bajó los ojos, y luego dijo:

—Señor Settembrini, usted toma las palabras literalmente. Lo que he dicho del diablo no era más que una sencilla exclamación, se lo aseguro.

—Es preciso tener espíritu —dijo Settembrini mirando a lo alto con aire melancólico.

Luego, reanimándose y dirigiendo con gracia la conversación, continuó:

—De todos modos deduzco de sus palabras que ha elegido una profesión tan exigente como honrosa. Dios mío, soy humanista y no entiendo nada de ingeniería, debo reconocerlo, por sincero que sea el respeto que les profeso. Pero imagino que la teoría de su oficio debe exigir un cerebro claro y lúcido, y su práctica, un hombre que sepa mantenerse en su lugar, ¿no es así?

—En efecto, estoy totalmente de acuerdo —dijo Hans Castorp, esforzándose en expresarse con elocuencia—. Las exigencias son hoy considerables; no se debe pensar hasta qué punto requieren esfuerzo, pues se correría el peligro de perder el valor. No, no es una broma. Y cuando no se tiene una gran resistencia… Es verdad que no estoy aquí más que como visitante, pero no soy un hombre muy fuerte y mentiría si dijese que el trabajo no me cuesta un gran esfuerzo. Por el contrario, me fatiga bastante, he de confesarlo. En el fondo, sólo me siento bien cuando no hago nada.

—Por ejemplo, ¿en este momento?

—¿En este momento? ¡Hace tan poco tiempo que estoy aquí…! Me siento un poco turbado, ¿sabe?

—¡Ah!, ¿turbado?

—Sí, no he dormido bien, y además el desayuno ha sido verdaderamente copioso… Estoy acostumbrado a un desayuno más frugal, pero el de hoy ha sido excesivo para mí, *too rich*, como dicen los ingleses. En una palabra, me siento un poco deprimido y el cigarro de esta mañana no me ha gustado, ¡ya ve! Esto nunca me ocurre, a menos que esté enfermo, y hoy le he notado una especie de sabor a cuero. He tenido que tirarlo, no tenía sentido. ¿Me permite que le pregunte si es usted fumador? ¿No? Entonces no puede imaginar la decepción y el descontento que puede producir esta situación cuando desde la juventud uno se ha acostumbrado a fumar, como en mi caso…

—No tengo experiencia alguna en esta cuestión —contestó Settembrini— y esta inexperiencia no me parece nada molesta. Numerosos nobles y mentes sensatas han

detestado el tabaco. A Carducci mismo no le gustaba. En este asunto hallará gran comprensión en Rhadamante. Es un adepto de su vicio.

—¡Vicio!, señor Settembrini…

—¿Por qué no? Es preciso designar las cosas con entereza y por su verdadero nombre. Esto fortifica y eleva la vida. Yo también tengo vicios.

—¿El doctor Behrens es, pues, un aficionado al tabaco? ¡Qué hombre tan agradable…!

—¿Lo dice en serio? ¿Le conoce?

—Sí, desde hace un momento, antes de salir. Ha sido una especie de consulta, pero completamente *sine pecunia*, ¿sabe? Se ha dado cuenta de que estoy bastante anémico y me ha aconsejado que siga el mismo régimen de vida que mi primo, que permanezca tendido largo rato en el balcón y tome al mismo tiempo mi temperatura. Esto me ha dicho.

—¿De verdad? —exclamó Settembrini—. ¡Vamos! —añadió, mirando hacia el cielo, y rió ladeando la cabeza—. Como se dice en la ópera de su maestro: «¡Sí, yo soy el cazador de pájaros, siempre estoy alegre!» Sin duda seguirá su consejo, ¿por qué no hacerlo? ¡Es un subdito de Satán ese Rhadamante! En efecto, «siempre alegre», aunque sea a la fuerza. Empuja a la melancolía. Su vicio no le sirve de nada (de lo contrario no sería vicio), el tabaco le pone melancólico y por eso nuestra respetable enfermera jefe ha puesto las provisiones bajo llave y no le concede más que pequeñas dosis diarias. Pero a veces sucumbe a la tentación de robarla y se sumerge en la melancolía. En una palabra: es un alma turbia. ¿Conoce a nuestra enfermera jefe? ¿No? Es imperdonable. Se equivoca al no solicitar el honor de conocerla. Pertenece a la estirpe de los Mylcndonk, querido señor. Se distingue de la Venus de Médicis en que allí donde la diosa muestra los senos, ella lleva un crucifijo.

—¡Ah, ah, excelente! —exclamó riendo Hans Castorp.

—Se llama Adriática.

—¿Cómo? ¡Es extraordinario! Van Mylendonk y Adriática. Eso suena como si hubiera muerto hace tiempo. Es casi medieval.

—Querido señor —contestó Settembrini—, aquí hay muchas cosas que son «casi medievales», como ha tenido usted a bien decir. Por mi parte, estoy seguro de que nuestro Rhadamante no ha nombrado a esa fósil gobernadora de su palacio de los terrores más que por una necesidad artística de unidad de estilo, porque es un artista, ¿lo sabía? Se dedica a la pintura al óleo. ¿Qué esperaba? Eso no está prohibido, ¿no es cierto? Cada uno es libre… La señora Adriática dice a quien quiere escucharla, y a los que no quieren también, que una Mylendonk fue, a mediados del siglo XIII, abadesa de un convento de Bonn, en el Rin. Es probable que ella misma naciese poco tiempo después de esa época.

—¡Ah, ah! Es usted cáustico, señor Settembrini.

—¿Cáustico? ¿Quiere decir, malicioso? Sí, soy un poco malicioso —dijo Settembrini—. Pero lamento tener que malgastar mi causticidad en cosas tan miserables. Espero que no tenga nada en contra de la maldad, mi querido ingeniero. A mi parecer, es el arma más resplandeciente de la razón contra las potencias de las tinieblas y la fealdad. La maldad, señor, es el espíritu de la crítica, y la crítica es el origen del progreso y las luces de la civilización.

Al instante comenzó a hablar de Petrarca, llamándole «padre de los nuevos tiempos».

—Es hora de que vayamos a la cura de reposo —anunció Joachim con cordura.

El literato había acompañado sus palabras con un gesto gracioso de la mano. Luego cesó en su mímica señalando a Joachim con los dedos y dijo:

—Nuestro teniente nos empuja al servicio. Vamos, pues. Sigamos el mismo camino: «Hacia la derecha, que conduce a los muros de Dios, el Poderoso.» ¡Ah Virgilio, Virgilio! Señores, es insuperable. Creo en el progreso, pero Virgilio dispone de epítetos que ningún escritor moderno posee…

Y mientras seguían el camino de regreso, comenzó a recitar versos latinos pronunciados a la italiana; pero se interrumpió cuando se encontraron con una joven que debía de vivir en la aldea, y comenzó a sonreír y canturrear maliciosamente:

—Oye, oye, pequeño moscardón, ¿quieres ser mío? Miren, «su mirada brilla con un resplandor furtivo» —citó (Dios sabe de dónde) y envió un beso al hombro de la confusa muchacha.

«Es un verdadero picaro», pensó Hans Castorp, y no cambió de opinión cuando Settembrini, después de su acceso de galantería, reanudó sus comentarios. Tenía una inquina especial contra el doctor Behrens, al que criticaba en todos los aspectos. Decía que su título de consejero áulico le había sido concedido por un príncipe enfermo de tuberculosis cerebral. Toda la comarca hablaba aún de la existencia escandalosa que había llevado este príncipe; pero Rhadamante había cerrado un ojo y luego el otro para convertirse en consejero áulico de la cabeza a los pies.

—Y a propósito, ¿estaban enterados los señores de que fue él el inventor de la sesión de verano? Fue él y nadie más. ¡Concedámosle todo el mérito! En otro tiempo, sólo los fieles entre los más fieles pasaban el verano en el valle. Pero «nuestro humorista», con su clarividencia incorruptible, aseguró que este lamentable hecho era únicamente resultado de un perjuicio. Expuso, con relación a su establecimiento, que la cura de verano era no sólo recomendable, sino particularmente eficaz y casi indispensable. Supo difundir sus teorías, redactó artículos y los publicó en la prensa. Desde entonces todo fue tan bien en verano como en invierno. Sí, es un genio —dijo Settembrini—. ¡In-tui-ción! —añadió, y después comenzó a criticar todos los sanatorios del lugar, alabando con ironía el espíritu negociante de sus propietarios. Allí estaba el profesor Kafka… Cada año, en la crítica época en que las nieves se

fundían y numerosos pacientes querían marcharse, el profesor Kafka se veía en la necesidad de ir de viaje durante ocho días, prometiendo conceder la autorización a su regreso. Pero permanecía ausente durante ocho semanas, y los desgraciados esperaban en vano viendo cómo iba aumentando la nota de gastos. Se avisaba a Kafka, que se hallaba en Fiume, pero él no se ponía en camino sin que le asegurasen al menos cinco mil francos suizos y, entre una cosa y otra, pasaban al menos otros quince días. Naturalmente, al día siguiente de la llegada del maestro *celebrissimo*, el enfermo se apresuraba a morir. En lo que se refiere al profesor Salzmann, éste acusaba al profesor Kafka de no tener limpias las jeringuillas, por lo que infectaba a sus enfermos. «Su coche lleva buenos neumáticos —decía Salzmann— para que sus muertos no le oigan.» A lo que Kafka replicaba que en el sanatorio de Salzmann se imponía a los pacientes «el fruto reconfortante de los pámpanos» con objeto de aumentar las facturas, y que los enfermos morían como moscas, pero no de tisis, sino de alcoholismo…

Siguió hablando en ese tono y Hans Castorp reía de buena gana, sin malicia, con aquel torrente de invectivas. La facundia del italiano no era particularmente agradable a causa de su pureza y exactitud desprovista de todo acento extranjero. Sus palabras brillaban, firmes, elásticas, como si fueran nuevas, en sus labios; se complacía con las locuciones cultas, vivas y mordientes de que se servía, así como con las inflexiones y los matices gramaticales, y parecía sentir con ello una visible satisfacción, comunicativa y alegre. Parecía tener un espíritu tan claro y distinto que era imposible pudiera equivocarse.

—Habla usted con tanta gracia, señor Settembrini —dijo Hans Castorp—, con tal vivacidad… que no sé cómo expresarlo…

—Plásticamente, ¿verdad? —respondió el italiano, mientras se hacía aire con el pañuelo a pesar de que no hacía calor—. Ésa debe de ser la palabra que busca. Usted quiere decir que yo hablo de una manera plástica. Pero ¿qué es eso? —exclamó—. ¡Qué veo! ¡Por allí pasean nuestros jueces infernales!

Los tres habían doblado el recodo del camino hasta llegar al final de su paseo con una rapidez sorprendente. ¿Era gracias a los discursos de Settembrini? ¿A la pendiente del camino? ¿O en realidad no se habían alejado tanto del sanatorio como Hans Castorp creyera al principio? Por supuesto, cuando recorremos un camino por primera vez, nos parece mucho más largo que cuando ya nos es conocido.

Settembrini tenía razón. Los dos médicos paseaban por el terreno que se extendía detrás del sanatorio. El doctor Behrens iba delante, con su blusa blanca y su nuca saliente, agitando las manos como si fueran remos. El doctor Krokovski le seguía con su blusa negra, mirando alrededor con una especie de conciencia de su inferioridad, que parecía aún más acusada a causa de la costumbre profesional que le obligaba a mantenerse siempre detrás de su jefe.

—¡Ah, Krokovski! —exclamó Settembrini— . Él conoce los secretos de nuestras damas. Les ruego observen el refinado simbolismo de su manera de vestir. Viste de negro para indicar que el ámbito específico de sus estudios es la noche. Este hombre no tiene en su cabeza más que un solo pensamiento, y ese pensamiento es impuro. Mi querido ingeniero, ¿cómo es posible que todavía no hayamos hablado de él? ¿Le conoce?

Hans Castorp asintió con la cabeza.

—No me diga que… Comienzo a sospechar que también le resulta agradable.

—No lo sé, señor Settembrini. He hablado con él sólo unos instantes. Además, yo no sé juzgar con rapidez. Comienzo por mirar a la gente y pensar: ¿De manera que así eres? ¡Bueno, bueno…!

—¡Menuda tontería! Es preciso juzgar. Para eso nos ha dado la naturaleza ojos y cerebro. Hace un momento le pareció que yo hablaba maliciosamente; tal vez lo hacía con una intención exclusivamente pedagógica. Nosotros, los humanistas, tenemos aficiones pedagógicas… Señores, el lazo histórico entre el humanismo y la pedagogía explica el lazo psicológico que existe entre ambas. No hay que desposeer a los humanistas de su función de educadores…, no se les puede arrebatar, pues son los únicos depositarios de una tradición: la de la dignidad y belleza humana. En otras épocas, los humanistas reemplazaron a los sacerdotes que, en tiempos turbios y antihumanos, pudieron arrogarse la dirección de la juventud. Desde entonces, señores, no ha surgido otra clase de educador. La enseñanza humanística (puede considerarme si lo desea un espíritu retrógrado, mi querido ingeniero) *in abstracto* me parece algo imprescindible…

Habían llegado al ascensor y él continuaba desarrollando el tema y no calló hasta que los dos primos llegaron al segundo piso. Él continuó hasta el tercero, en el que ocupaba una pequeña habitación situada en la parte trasera, según manifestó Joachim.

—Debe de tener poco dinero —dijo Hans Castorp, que acompañaba a Joachim a su habitación, que era exactamente igual a la suya.

—Seguramente no tiene un céntimo —convino Joachim—. Como mucho, lo justo para pagar su pensión. Su padre ya era escritor, y creo que también su abuelo.

—¡Ah, siendo así…! —dijo Hans Castorp— . ¿Está muy enfermo?

—Me parece que no es nada grave, pero sí persiste y recrudece sin cesar. Está enfermo desde hace años; de vez en cuando se marcha, pero pronto tiene que volver a filas.

—¡Pobre diablo! Es una lástima, porque parece muy entusiasta del trabajo. Es, además, extraordinariamente locuaz y pasa con facilidad de un tema a otro. Con aquella jovencita se mostró un poco insolente y eso me molestó. Pero lo que luego ha dicho sobre la dignidad humana ha sido realmente notable, parecía que estaba haciendo un discurso en una sesión solemne. ¿Le ves con frecuencia?

Lucidez

Pero Joachim ya no podía contestar más que con dificultad y de una manera indistinta. Había sacado un pequeño termómetro de un estuche de cuero rojo, que se hallaba sobre su mesa y había introducido en la boca la extremidad inferior llena de mercurio. Lo mantenía a la izquierda, bajo la lengua, de tal manera que el instrumento salía oblicuamente.

Luego se cambió de traje y zapatos, se puso una blusa parecida a una litevka de uniforme; cogió de la mesa una fórmula impresa y un lápiz, una gramática rusa —estudiaba el ruso porque, según decía, esperaba que en el servicio le sería útil— y equipado de este modo salió al balcón, se tendió en la *chaise-longue* y cubrió sus pies con una manta de pelo de camello.

Ese abrigo era casi innecesario. Desde hacía un cuarto de hora la capa de nubes había empezado a desvanecerse y el sol comenzó a lucir con un ardor tan estival y deslumbrante que Joachim protegió su cabeza con una especie de sombrilla de tela blanca, que podía ser fijada en el respaldo de la silla e inclinarla según la posición del sol.

Hans Castorp alabó aquel práctico invento y quiso esperar el resultado de la toma de temperatura. Entretanto, comenzó a observarlo todo: el saco de pieles que había apoyado en un rincón del balcón —y del que Joachim se servía en los días de frío—. Con los codos apoyados en la barandilla miró luego al jardín, donde el pabellón común se hallaba en aquel momento lleno de pacientes tendidos que leían, escribían o charlaban. Por otro lado, sólo se veían unas cinco sillas en el interior.

—¿Cuánto tiempo dura eso? —preguntó Hans Castorp, volviendo la cabeza.

Joachim mostró siete dedos.

—¡Pero si ya han pasado siete minutos!

Joachim negó con la cabeza. Tras una corta espera se sacó el termómetro de la boca y dijo, al mismo tiempo:

—Sí, cuando se cuentan los minutos el tiempo pasa muy lentamente. Me gusta tomar la temperatura cuatro veces al día, porque en ese momento uno se da verdaderamente cuenta de lo que es un minuto y también siete, mientras que aquí se ignoran los siete días de la semana; es espantoso.

—Tú dices «verdaderamente», pero no tiene sentido —manifestó Hans Castorp. Se hallaba sentado con una pierna sobre la balaustrada, y el blanco de sus ojos aparecía estriado de rojo—. El tiempo no tiene ninguna «verdad». Cuando nos parece largo es largo, y cuando nos parece corto es corto; pero nadie puede saber su extensión real.

No solía filosofar, pero en aquel momento sentía la necesidad de hacerlo. Joachim replicó:

—¿Acaso no podemos medirlo? Tenemos relojes y calendarios, y cuando pasa un mes pasa para mí, para ti y para todos nosotros.

—Atiende un instante —dijo Hans Castorp, y elevó el dedo índice a la altura de sus ojos turbios—. ¿Es un minuto tan largo como a ti te parece cuando tomas tu temperatura?

—Un minuto siempre es igualmente largo… Dura todo el tiempo que la aguja del minutero emplea en recorrer su cuadrante.

—Pero emplea en eso tiempos diferentes… según nuestra apreciación. En realidad, en realidad —repitió Hans Castorp, apretando su dedo contra la nariz hasta el punto de torcer su punta—, en realidad es un movimiento en el espacio, ¿no es cierto? Escucha, medimos el tiempo por medio del espacio. Es, por consiguiente, algo así como si quisiésemos medir el espacio con la ayuda del tiempo, lo que no se les ocurre más que a gente desprovista de rigor científico. De Hamburgo a Davos hay veinte horas de ferrocarril. Pero a pie, ¿cuánto hay? ¿Y con el pensamiento? ¡Ni siquiera un segundo!

—¿Qué te pasa? —replicó Joachim.

—Calla. Estoy muy lúcido. Por lo tanto, ¿qué es el tiempo? —preguntó Hans Castorp, y se apretó la nariz con el dedo de un modo tan violento que se volvió pálida y exangüe—. ¿Puedes contestar? Percibimos el espacio con nuestros sentidos, por medio de la vista y el tacto. ¡Perfecto! ¿Pero quién de nosotros puede percibir el tiempo? ¿Quieres hacer el favor de decírmelo…? ¡Me parece que te he cogido! ¿Y cómo podemos medir una cosa de la que no podemos definir ni uno solo de sus caracteres? Decimos: el tiempo pasa. ¡Bueno, pues que pase! ¡Pero en lo que se refiere a medirlo…! Para que pudiera ser medido sería preciso que transcurriese de una manera uniforme, ¿y quién dice que es así? Nuestra conciencia no, desde luego. Tan sólo lo suponemos para garantizar un orden, y nuestras medidas no son por lo tanto más que convenciones, si me permites…

—Bien —dijo Joachim—; por consiguiente, no es más que algo convencional el que yo tenga cuatro décimas de más en mi termómetro. Pero a causa de estas cinco rayitas debo estar aquí como un estúpido, sin poder prestar servicio. ¡Eso es repugnante!

—¿Tienes 37,5?

—Parece que vuelve a descender.

Y Joachim anotó la cifra en su gráfico de temperaturas.

—Ayer por la noche tenía casi 38; era a causa de tu llegada. Todos los que reciben visitas tienen fiebre. Pero a pesar de eso, resulta agradable.

—Bueno, voy a dejarte —dijo Hans Castorp—. Tengo muchas ideas sobre el tiempo; puedo asegurarte que es algo muy complejo. Pero no quiero incomodarte con eso, pues de todos modos tienes unas décimas. Más tarde ya volveremos a hablar de

eso, tal vez después del almuerzo. Cuando sea la hora de almorzar ya me llamarás. También voy a hacer mi cura de reposo, eso no hace daño, ¡gracias a Dios!

Luego pasó al otro lado de la mampara de vidrio, a su compartimiento, donde la silla de reposo y la mesita estaban igualmente preparadas. En la habitación, cuidadosamente arreglada, cogió su *Ocean steamships* y su manta de viaje de cuadros rojos y verdes, y se tumbó en la silla.

También se vio obligado a abrir la sombrilla, pues el calor del sol se hizo insoportable. Hans Castorp pudo comprobar que se hallaba tendido de una manera muy cómoda; no recordaba haber encontrado nunca una *chaise-longue* tan agradable. La estructura, algo pasada de moda —lo que no era más que un capricho, pues evidentemente la silla era nueva—, era de una madera lustrosa y oscura; el colchón, cubierto con una funda de cutí, estaba compuesto en realidad de tres almohadones que se extendían desde los pies a la cabecera. Además, un cordón mantenía detrás de la nuca una almohada, ni demasiado dura ni demasiado blanda, cubierta de una tela bordada, cuyo efecto era muy agradable. Hans Castorp apoyó un brazo en la ancha superficie de la silla, entornó los párpados y se entregó al reposo sin recurrir al *Ocean steamships* para distraerse.

A través de los arcos de la galería el paisaje, duro y pobre pero soleado, parecía un cuadro dentro de un marco. Hans Castorp lo contempló con aire pensativo. De pronto se acordó de algo y dijo en alta voz, rompiendo el silencio:

—¡Pero si la que nos sirvió el desayuno era una enana…!

—*¡Psst!* —susurró Joachim—. Habla más bajo. Sí, era una enana, ¿y qué?

—Nada. Pero todavía no lo habíamos comentado.

Luego se entregó a sus pensamientos. Habían dado las diez cuando se tendió. Pasó una hora. Una hora normal, ni larga, ni corta. Al cabo de esta hora sonó un gong a través de la casa y el jardín, al principio lejos, luego más cerca, y finalmente, de nuevo lejos.

—El almuerzo —dijo Joachim, y oyó cómo se levantaba.

Hans Castorp puso por esta vez fin a su cura de reposo y entró en la habitación para arreglarse. Los dos primos se encontraron en el pasillo y bajaron juntos. Hans Castorp dijo:

—¡Ha sido realmente confortable! ¡Qué sillas de descanso tan cómodas! Si puedo adquirir una me la llevaré a Hamburgo; es como estar en el cielo. ¿Crees que Behrens las hizo construir según sus indicaciones?

Joachim no lo sabía. Entraron por segunda vez en el comedor donde comenzaban a servir la comida.

Toda la sala se hallaba resplandeciente de leche; delante de cada cubierto había un vaso muy grande, al menos de medio litro.

—¡De ninguna manera, Dios me asista! Jamás bebo leche y a esta hora menos —

dijo Hans Castorp cuando se sentó al extremo de la mesa, entre la costurera y la inglesa, y hubo desdoblado la servilleta con resignación, pues aún no tenía hambre a causa de su copioso desayuno. Luego, dirigiéndose a la enana con amabilidad y cortesía, le preguntó—: Supongo que no tendrán *porter*, ¿verdad?

Desgraciadamente así era. Pero ella prometió traer cerveza de Kulmach, y en efecto la trajo al poco rato. Era una cerveza negra, espesa, con una espuma morena, que reemplazaba perfectamente al *porter*. Hans Castorp bebió con avidez. Comió carne fiambre con pan tostado. Fue servida la harina de avena, y de nuevo mucha mantequilla y fruta. Él no hizo más que contemplar los platos, sintiéndose incapaz de comer nada. Miraba a los pacientes. Las mesas comenzaban a dividirse, y las individualidades se iban distinguiendo.

La suya estaba completa, a excepción del sitio que se hallaba ante él y que, según se enteró, era el «sitio del doctor», pues, en la medida que se lo permitían sus ocupaciones, los médicos compartían las comidas comunes y cambiaban cada vez de mesa; por eso se reservaba un lugar en el extremo de algunas de ellas. Ningún médico estaba hoy presente; se decía que se hallaban ocupados en una operación.

De nuevo entró el joven de los bigotes, inclinó una sola vez la barbilla y se sentó con una expresión preocupada y hermética. La muchacha rubia y delgada ocupaba su lugar y comía su yogur con una cucharita, como si aquello fuese lo único comestible. A su lado, esta vez había una anciana menuda y vivaracha que, con insistencia, hablaba en ruso al joven taciturno, que a su vez la miraba con nerviosismo y no respondía más que encogiendo los hombros con la expresión de un hombre que tiene mal sabor de boca. Ante él, al otro lado de la anciana, estaba sentada otra joven. Era muy hermosa, de cutis fresco, seno abultado, cabellos castaños y agradablemente ondulados, ojos redondos, oscuros e ingenuos, y un pequeño rubí en su bella mano. Reía mucho y también hablaba en ruso, sólo en ruso. Según oyó Hans Castorp se llamaba Marusja. Pudo notar, además, que Joachim bajaba los ojos con una expresión severa cuando ella reía o hablaba.

Settembrini entró por la puerta lateral y, acariciando su bigote, se dirigió a su puesto, al extremo de la mesa que se hallaba colocada transversalmente ante la de Hans Castorp. Apenas se sentó, sus compañeros de mesa se echaron a reír. Sin duda acababan de decir algo malicioso. Hans Castorp también reconoció a los miembros de la Sociedad Medio Pulmón. Herminia Kleefeld se dirigió con ojos inexpresivos a su mesa, cerca de la puerta de la galería, y saludó con una mueca al joven que por la mañana había levantado los faldones de su chaqueta de un modo tan poco elegante. La pálida señorita Levy, de color marfil, se hallaba sentada al lado de la rolliza señora Iltis, a la derecha de Hans Castorp, en la mesa dispuesta transversalmente.

—Ahí vienen tus vecinos —le dijo Joachim en voz baja, inclinándose.

El matrimonio pasó cerca de Hans Castorp al dirigirse hacia la mesa de la

derecha, la «mesa de los rusos ordinarios», en la que una familia, con un muchacho muy feo, devoraba extraordinarias cantidades de potaje de avena. El hombre era de una estructura débil y tenía las mejillas terrosas y hundidas. Vestía un abrigo de cuero y zapatillas de fieltro abotonadas. La mujer era bajita y enteca, llevaba un sombrero adornado con una pluma y parecía hallarse posada sobre sus minúsculos zapatos de cuero de Rusia de altos tacones. Un boa bastante ajado envolvía su cuello. Hans Castorp los miró con una falta de consideración extraña en él y cuya brutalidad comprendió al instante; pero esa misma brutalidad le produjo cierto placer. Sus ojos eran a la vez indiferentes e indiscretos.

En este momento, la puerta vidriera de la izquierda se cerró con estrépito, como durante el desayuno. Esta vez, Hans Castorp no se estremeció; hizo tan sólo una mueca llena de desidia y, cuando tuvo intención de volver la cabeza hacia aquel lado, pensó que era demasiada molestia y que no valía la pena. Así que tampoco esta vez pudo comprobar quién cerraba de aquel modo tan desconsiderado.

Lo cierto es que la cerveza matinal, que ordinariamente no ejercía sobre él más que un efecto muy moderado, había esta vez aturdido y paralizado completamente al joven. Sufría sus efectos como si hubiese recibido un golpe en la frente. Los párpados le pesaban como plomo, su lengua ya no obedecía a los más sencillos pensamientos cuando, por cortesía, intentó charlar con la inglesa. Incluso tenía que hacer un gran esfuerzo para cambiar la dirección de sus miradas y a esto se añadía el insoportable escozor de su rostro, que había llegado al mismo grado de intensidad que la víspera; le parecía que sus mejillas estaban hinchadas, respiraba con dificultad, su corazón golpeaba como un martillo envuelto en un trapo y si podía soportar todas esas sensaciones era porque su cabeza se encontraba en el mismo estado como si hubiese aspirado cloroformo.

Como en un sueño, se dio cuenta de que el doctor Krokovski se había por fin sentado a la mesa, ante él, a pesar de que le había mirado varias veces con una fijeza particular mientras hablaba en ruso con las señoras de su derecha, no sin que las jóvenes (la floreciente Marusja y la delgada devoradora del yogur) bajasen ante él los ojos con un aire sumiso y púdico. De todos modos, Hans Castorp se comportó convenientemente y en silencio, y hasta pudo emplear el cuchillo y el tenedor con corrección.

Cuando su primo le hizo un gesto con la cabeza se levantó y, sin mirar e inclinándose hacia sus compañeros de mesa, salió con paso seguro detrás de Joachim.

—¿A qué hora se hace la próxima cura de reposo? —preguntó cuando salían de la casa—. Es lo mejor que hay aquí, por lo que he podido ver. Desearía hallarme tendido sobre mi excelente silla. ¿Vamos muy lejos?

Una palabra de más

—No —dijo Joachim—. Además, no puedo ir muy lejos. A esa hora tengo la costumbre de bajar al pueblo y, si tengo tiempo, a Davos-Platz. Hay tiendas y gente, y se puede comprar lo que uno necesita. Antes de la comida hay una hora para tumbarse y luego, de nuevo hasta las cuatro.

Bajaron, tomando el sol, por el mismo camino que habían subido, y franquearon el torrente y los estrechos raíles, teniendo ante ellos la vertiente derecha del valle: el pequeño Schiahorn, los Grüne Türme y el Dorfberg, según Joachim fue enumerando. Al otro lado, a cierta altura, se veía el cementerio de Davos Dorf rodeado de una tapia, y Joachim lo señaló con la punta del bastón. Luego llegaron a la carretera que, un poco elevada sobre el fondo del valle, conducía a lo largo de la vertiente y descendía formando curvas.

No era propiamente una aldea; al menos no quedaba más que el nombre. La estación climatológica la había devorado, extendiéndose cada vez más hacia la entrada del valle, y la parte habitada que llevaba el nombre de Dorf, «aldea», se mezclaba con la otra parte llamada «DavosPlatz». Hoteles y pensiones, abundantemente provistos de galerías, balcones y terrazas de reposo, así como pequeñas casas particulares en las que se alquilaban habitaciones, se hallaban situadas a ambas partes. Por todos lados se veían edificios nuevos. En algunos lugares no se había construido y entonces la vista se extendía por los pastos verdes del valle…

Hans Castorp, movido una vez más por sus habituales placeres, había encendido un cigarro y, gracias a la cerveza que acababa de beber, obtuvo el gozo del aroma deseado; sin embargo, no fue del todo satisfactorio, pues debía esforzarse para lograr un lejano sentimiento de placer, el atroz sabor a cuero continuaba predominando. Incapaz de resignarse a su impotencia, luchó durante algún tiempo para obtener el placer que unas veces huía y otras no hacía más que aparecer de un modo lejano para burlarse de él, hasta que finalmente, fatigado y con desgana, tiró el cigarro. A pesar de su ligera embriaguez se sentía obligado, por cortesía, a entablar conversación y se esforzaba en recordar las cosas notables que había deseado contar por la mañana… Pero las había olvidado; según pudo comprobar, de todo aquel «complejo» no quedaba ni el menor residuo, y su cabeza no contenía el menor pensamiento sobre el tiempo. Por el contrario, comenzó a hablar de aspectos de orden corporal y esto lo hizo de una manera bastante singular.

—¿Cuándo volverás a tomarte la temperatura? —preguntó—. ¿Después de comer? Sí, está bien. En ese momento el organismo se halla en pleno funcionamiento y debe manifestarse plenamente. Pero creo que Behrens bromeaba al aconsejarme que me tomase la temperatura. Settembrini se ha reído mucho; realmente eso no tiene

sentido. Además, no tengo termómetro.

—¡Bah! —dijo Joachim—. Eso es lo de menos. Puedes comprar uno. Aquí se encuentran termómetros en casi todas las tiendas.

—¿Pero para qué? Acepto la cura de reposo, pero tomar la temperatura sería excesivo para un visitante: eso es para vosotros, los de aquí arriba. Me gustaría saber —añadió Hans Castorp, poniendo las dos manos encima del corazón como si fuera un gesto de enamorado— por qué tengo unas palpitaciones tan fuertes; es inquietante, me preocupa desde hace algún tiempo. Se tienen palpitaciones cuando uno espera una alegría extraordinaria, o por el contrario cuando se teme algo; es decir, cuando se tienen emociones, ¿no es cierto? Pero cuando el corazón late por sí mismo sin causa ni razón, por voluntad propia, se me antoja realmente inquietante; ya sabes, es como si el cuerpo siguiese su propio camino y no tuviese relación alguna con el alma; en cierto modo, como una especie de cuerpo muerto que, de hecho, no lo estuviese del todo (lo cual es imposible), pero que llevase una existencia completamente activa e independiente; al cuerpo inerte le crecen el cabello y las uñas y, bajo toda clase de aspectos, física y químicamente, se puede decir que continúa en él una actividad completamente vivaz…

—¿Qué dices? —le reprendió Joachim—. ¿Una actividad vivaz? —y con estas palabras pensaba que tal vez se vengaba un poco de la observación que había hecho su primo por la mañana respecto al estandarte.

—¡Pero si es así! ¡Es una actividad vivaz! ¿Qué te sorprende? —preguntó Hans Castorp—. Por otro lado, lo que quería decir es que resulta inquietante y penoso que el cuerpo viva siguiendo su propio impulso sin relación con el alma, como sucede con mis palpitaciones inmotivadas. Intento buscarles un sentido, un estado de ánimo que corresponda, una alegría o un miedo que las justifique; al menos eso es lo que a mí me pasa, ya que no puedo hablar más que de mí…

—Sí, sí —dijo Joachim con un suspiro—, eso ocurre cuando se tiene fiebre. Reina una «actividad vivaz» en el cuerpo, como tú has dicho, y es posible que en esta situación busques involuntariamente una emoción, un estado de ánimo, con lo que esa actividad adquiriría de algún modo un sentido razonable. Pero estamos hablando de cosas desagradables —añadió con voz temblorosa y se interrumpió.

Hans Castorp se limitó a encogerse de hombros, exactamente como se lo había visto hacer la víspera a Joachim.

Por un momento marcharon en silencio. Luego Joachim preguntó:

—Y bien, ¿qué te parecen nuestros amigos? Me refiero a los de nuestra mesa.

Hans Castorp adoptó una expresión indiferente.

—Dios mío —dijo—, no me parecen muy atractivos. En las otras creo que sí hay individuos interesantes. Tal vez sólo sea una apariencia. La señora Stoehr debería lavarse los cabellos, los tiene demasiado grasientos. Y esa «Mazurka» o como se

llame, me parece un poco tonta. No hace más que meterse el pañuelo en la boca cuando ríe.

Joachim se echó a reír al escuchar la deformación del nombre.

—¡Mazurka! ¡Está muy bien! Se llama Marusja, que creo que es lo mismo que María. Sí, es muy jalanera —añadió— y, sin embargo, tiene motivos para estar preocupada; su caso es de los graves.

—No lo parece —dijo Hans Castorp—. Tiene un aspecto sano. Nadie diría que está enferma del pecho.

E intentó cambiar con su primo una mirada maliciosa, pero descubrió que el rostro de Joachim tenía un color terroso, como el que adquieren los rostros quemados por el sol cuando la sangre se retira, y que su boca se hallaba torcida, con un gesto particularmente doloroso. Esta expresión despertó en el joven Hans Castorp un pavor indefinido que le decidió a cambiar de conversación y a informarse de otras personas, intentado olvidar a Marusja y la expresión del rostro de Joachim, cosa que consiguió enseguida.

La inglesa que tomaba infusión de escaramujo se llamaba miss Robinson. La costurera no era costurera, sino una institutriz del liceo de Königsberg para señoritas, por eso se expresaba con tanta precisión. Se llamaba Engelhart. Por lo que se refiere a la vieja señora vivaracha, a pesar de que llevaba mucho tiempo allí, Joachim no sabía cómo se llamaba. Era la tía de la joven que comía yogur, y la acompañaba en el sanatorio desde el principio. Pero el más gravemente enfermo de todos los comensales era el doctor Blumenkohl, León Blumenkohl, de Odesa, el joven de rostro preocupado y hermético. Se encontraba allí desde hacía muchos años…

Ahora paseaban por una verdadera avenida urbana, el lugar de esparcimiento y citas por excelencia de la ciudad. Había extranjeros que paseaban, jóvenes en su mayoría; los hombres iban vestidos con ropa informal y sin sombrero, y las mujeres iban igualmente destocadas y con vestidos blancos. Se oía hablar ruso e inglés. Había tiendas con escaparates elegantes, y Hans Castorp, cuya curiosidad tenía que vencer una ardiente fatiga, obligaba a sus ojos a mirar, y se detuvo largo tiempo delante de una tienda de moda para asegurarse que el escaparate estaba verdaderamente a la altura.

Luego llegaron a una glorieta cubierta en la que una orquesta interpretaba un concierto. Era el casino. En algunas pistas de tenis estaban jugando jóvenes esbeltos y rasurados, vestidos con pantalón de franela recién planchado y las mangas subidas hasta el codo, corrían sobre sus suelas de caucho ante jovencitas sofocadas vestidas de blanco, que daban una carrera para saltar de pronto en pleno sol y devolver de un golpe la pelota blanca. Había una especie de polvo de harina sobre las pistas bien cuidadas. Los dos primos se sentaron en un banco para seguir el juego y criticar.

—¿No juegas? —preguntó Hans Castorp.

—Lo tengo prohibido —contestó Joachim—. Debemos permanecer echados, siempre echados… Settembrini dice que nosotros vivimos horizontalmente, que somos líneas horizontales. Es una de sus bromas… Esos que juegan están sanos, o lo hacen a pesar de tenerlo prohibido. Por otra parte, no juegan muy en serio, lo hacen más bien para lucir su vestuario… Y a propósito de cosas prohibidas, se practican también otros juegos, como el póquer y, en determinado hotelito, los caballitos; para los que juegan, la pena establecida entre nosotros es la expulsión. Parece que es la más terrible. Sin embargo, todavía hay quienes se arriesgan y salen por la noche, después de haberse cerrado las puertas, para ir a jugar. El príncipe que concedió el título a Behrens se escapaba todas las noches.

Hans Castorp apenas escuchaba. Tenía la boca entreabierta, pues a pesar de que no estaba resfriado respiraba por la nariz con dificultad. Su corazón martilleaba a contratiempo de la música, lo que le producía una sensación penosa. Y presa de esa impresión de desorden y contrariedad comenzaba a adormecerse cuando Joachim le recordó que era hora de regresar.

Recorrieron el camino casi en silencio. Hans Castorp tropezó un par de veces en plena calle y sonrió con un aire melancólico, encogiéndose de hombros.

El portero cojo los llevó en el ascensor hasta su piso. Se separaron ante el número 34 con un breve «hasta la vista». Hans Castorp atravesó su habitación y se dirigió al balcón, dejándose caer pesadamente en la silla; luego, sin molestarse siquiera en cambiar de posición, se sumió en un profundo sueño, penosamente animado por las rápidas palpitaciones de su corazón.

¡Una mujer, naturalmente!

No se dio cuenta del tiempo que pasó. Cuando llegó el momento, sonó el gong. Pero no invitaba inmediatamente a la comida. Recordaba sólo que había que estar dispuesto. Hans Castorp no lo ignoraba, y permaneció tendido hasta que la vibración metálica se hizo más intensa por segunda vez y luego se alejó. Cuando Joachim entró en su habitación para ir a buscarle, Hans Castorp pretendió todavía cambiarse de ropa. Pero Joachim no se lo permitió. Detestaba y despreciaba la falta de puntualidad. ¿Cómo se podrían realizar progresos y recuperar la salud para poder volver al servicio —preguntó— si no era capaz de respetar las horas de la comida? Por supuesto, tenía razón, y Hans Castorp no pudo evitar recordarle que no estaba enfermo y que, en cambio, se moría de sueño. Se lavó rápidamente las manos y luego bajaron al comedor por tercera vez durante el día.

Afluían a él los huéspedes por las dos entradas. Entraban también por las puertas de la galería, que estaban abiertas, y pronto se hallaron todos sentados ante las siete mesas, como si jamás las hubiesen abandonado. Tal era al menos la impresión que tenía Hans Castorp; una impresión de sueño completamente absurda pero que su cerebro no pudo evitar por unos instantes y en la que encontraba incluso algo de satisfacción, pues durante la comida deseó recuperarla y obtuvo cada vez una ilusión perfecta. La señora anciana y vivaracha hablaba de nuevo con su lenguaje indistinto al doctor Blumenkohl, que la escuchaba con expresión pensativa sentado enfrente de ella. Su delgada sobrina comía, por fin, algo que no era yogur, la espesa crema de avena que las criadas había traído en las bandejas, aunque no tomó más que algunas cucharadas. La hermosa Marusja apretó el pañuelo contra la boca para ahogar su risa. Miss Robinson leía las mismas cartas de caligrafía redondeada que había leído por la mañana. Al parecer, no sabía una sola palabra de alemán y no se preocupaba de ello. Por caballeresca deferencia, Joachim dijo en inglés unas palabras sobre el tiempo, a las que contestó con monosílabos para sumirse de nuevo en el silencio. En cuanto a la señora Stoehr, enfundada en su blusa escocesa, había sido sometida aquella mañana a un reconocimiento médico y daba cuenta de ello con una afectación vulgar, separando el labio superior por encima de sus dientes de liebre. Se lamentaba de que a la derecha, en la parte superior, todavía notaba ruidos; además, detrás del hombro izquierdo, su respiración era muy débil, y debía permanecer allí otros cinco meses, según le había dicho «el viejo». En su vulgaridad llamaba al doctor Behrens «el viejo». Por otra parte, mostraba una gran indignación de que aquel día no se hallara sentado a su mesa. Según la «tournée» —se refería sin duda al turno— le correspondía hoy. Pero de nuevo, el «viejo» se había sentado a la mesa cercana de la izquierda (en efecto, el doctor Behrens se encontraba allí y juntaba sus enormes manos sobre el plato) que, naturalmente, era la mesa de la rolliza señora Salomón, de

Amsterdam, que se presentaba todos los días muy escotada y al «viejo» eso le producía sin duda gran placer, aunque la señora Stoehr no podía explicárselo, ya que con motivo de las visitas médicas él podía ver todo lo que quisiera del cuerpo de la señora Salomón. Un poco después, refirió un tono de confidencia excitada, que la noche anterior, en la sala de reposo —que se hallaba bajo el tejado— habían apagado la luz y con una intención que la señora Stoehr calificó de «transparente». El «viejo» se había dado cuenta armando tal escándalo que le habían oído en todo el sanatorio. Naturalmente, una vez más no fue descubierto el culpable, aunque no era necesario haber estudiado en la universidad para comprender que había sido el capitán Miklosich, de Bucarest, para quien nunca había suficiente oscuridad cuando se hallaba en compañía de mujeres; un hombre completamente inculto, que llevaba corsé y que era moralmente una bestia de presa, sí, una «bestia», repitió la señora Stoehr con voz ahogada mientras el sudor perlaba su frente y bañaba su labio superior. De las relaciones que el capitán mantenía con la mujer del cónsul general Wurmbrand, de Viena, no era necesario hablar, todo el mundo lo sabía en Davos, desde el pueblo a la plaza; por lo tanto, era absurdo hablar de «relaciones secretas». No sólo el capitán acudía algunas mañanas a la habitación de la mujer del cónsul cuando ella se encontraba todavía acostada, y asistía luego a su toilette, sino que el martes pasado no había salido de ella hasta las cuatro de la madrugada, pues la enfermera del joven Franz, en el número 19, se había encontrado con él, y en su confusión se equivocó de puerta, de manera que entró en el cuarto del procurador Paravant, de Dortmund… Finalmente, la señora Stoehr se entregó a consideraciones sobre un «instituto cósmico» que había en el pueblo y donde ella compraba su dentífrico.

Joachim miraba fijamente su plato.

La comida era tan excelente como copiosa. Contando el potaje, muy alimenticio, comprendía unos seis platos. Después del pescado venía un sólido plato de carne, con aditamentos; luego un plato de legumbres servido aparte, carne de pluma asada, unos entremeses, tan sabrosos como los de la víspera y, finalmente, quesos y fruta. Cada vianda era presentada dos veces y no sin sentido. Se llenaban los platos y se comía en todas las mesas; un apetito feroz reinaba bajo aquel techo, un hambre canina que pudiera haber sido observada con placer si al mismo tiempo no hubiera producido una impresión vagamente inquietante y hasta cierto punto repulsiva.

No sólo las personas alegres que charlaban y se tiraban bolitas de pan manifestaban este apetito, sino también los taciturnos y los sombríos que, de vez en cuando, apoyaban la cabeza en sus manos y miraban fijamente al vacío.

Un joven, en la mesa de la izquierda, un colegial a juzgar por su edad, con las mangas demasiado cortas y gafas de redondos y gruesos cristales, iba cortando en pequeños pedazos todo lo que amontonaba en el plato, y lo reducía, antes de

comérselo, a una papilla informe. Luego se inclinaba y comenzaba a devorar, pasando ocasionalmente la punta de su servilleta por debajo de las gafas para secarse los ojos húmedos, no se sabía si de lágrimas o sudor.

Se produjeron algunos incidentes durante la comida principal que despertaron el interés de Hans Castorp, en la medida que su estado lo permitía. En primer lugar, la puerta vidriera dio un nuevo golpe —fue cuando comían el pescado— . Hans Castorp se estremeció, molesto, y en su violenta cólera se dijo que esta vez era necesario conocer al culpable. No sólo lo pensó, sino que lo articuló en voz baja, tan en serio lo había tomado.

—Debo saber quién es —murmuró con una violencia tan exagerada que miss Robinson y la institutriz le miraron extrañadas.

Al mismo tiempo se volvió hacia la izquierda y abrió todo lo que pudo sus ojos inyectados en sangre.

Era una dama que atravesaba la sala, una mujer más bien joven, de mediana estatura, vestida con una blusa blanca y una falda de color, con el cabello de un rubio rojizo peinado en trenzas arrolladas en torno de la cabeza. Hans Castorp no pudo ver apenas nada del perfil de su rostro. Andaba sin hacer ruido, lo que producía un singular contraste con su entrada escandalosa; se desplazaba con un misterioso sigilo, con la cabeza un poco inclinada mientras se dirigía a la mesa de la izquierda perpendicular a la galería, a la mesa de los «rusos distinguidos», ocultando una mano en el bolsillo de su blusa de lana mientras con la otra, elevada a la altura de la nuca, se iba arreglando el peinado. Hans Castorp miró esa mano, pues tenía por costumbre observar esa parte del cuerpo cuando veía por primera vez a alguien. Aquella mano no era precisamente una mano de mujer, una mano cuidada y afinada, como eran generalmente las manos de las mujeres pertenecientes a la clase social de Hans Castorp. Era una mano bastante ancha, con los dedos cortos; tenía algo de pueril y primitivo, parecía la mano de una colegiala. Su uñas ignoraban visiblemente la manicura y en sus bordes la piel estaba un poco irritada, como si padeciese el desagradable vicio de morderse las uñas. Hans Castorp se dio cuenta de eso por una especie de intuición confusa más que por sus ojos, pues la distancia era demasiado grande. La mujer, que se había retrasado, saludó con un gesto de hombros a sus compañeros de mesa y se sentó, volviendo la espalda a la sala, al lado del doctor Krokovski, que presidía aquella mesa. Luego se volvió, manteniendo sus manos en los cabellos, y miró un momento al público con la cabeza inclinada hacia el hombro, lo que permitió a Hans Castorp observar que tenía anchos pómulos y ojos pequeños. Un vago recuerdo, no sabía de qué ni de quién, surgió en él por un instante.

«¡Una mujer, naturalmente!», pensó Hans Castorp, y de nuevo articuló estas palabras tan claramente que la institutriz, la señorita Engelhart, oyó lo que decía.

—Es la señora Chauchat —dijo—. ¡Es tan negligente! Una mujer deliciosa.

Y al mismo tiempo el rosa aterciopelado de las mejillas de la señorita Engelhart pareció ensombrecerse, lo que le ocurría siempre que abría la boca.

—¿Francesa? —preguntó Hans Castorp con severidad.

—No, es rusa —respondió la señorita Engelhart—. Tal vez su marido sea francés o de origen francés, no lo sé.

—¿Es aquél? —preguntó Hans Castorp todavía irritado.

Y señaló a un señor de hombros caídos que se hallaba en la mesa de los rusos distinguidos.

—¡Oh, no! No es ése —dijola institutriz—. Nunca ha estado aquí, no le conocemos.

—¡Debería cerrar la puerta con más cuidado! —dijo Hans Castorp— . Siempre da golpes; ¡qué manera de comportarse…!

El segundo incidente consistió en que el doctor Blumenkohl abandonó la sala por unos instantes. La expresión de repugnancia de su rostro pareció acentuarse, luego miró fijamente a un punto concreto y después, de un modo discreto, retiró la silla y salió. Pero en ese momento la increíble vulgaridad de la señora Stoehr apareció con toda su crudeza, pues, a causa de la satisfacción que le producía sin duda el saber que estaba menos enferma que Blumenkohl, acompañó su salida de comentarios mordaces y desdeñosos.

—¡Desgraciado! —dijo—. Ese dejará pronto de fumar. ¡Miren cómo corre a consultar de nuevo con el Heinrich el azul!

Sin la menor repugnancia, había pronunciado aquella expresión: «el Heinrich azul», y Hans Castorp sintió una especie de horror y e hilaridad cuando ella articuló esas palabras.

Por otra parte, el doctor Blumenkohl volvió al cabo de unos minutos con la misma discreción que había salido. Se sentó de nuevo y se puso a comer. También comía mucho: se servía dos veces de cada plato sin decir palabra, con una expresión preocupada y hermética.

Terminó la comida. Gracias a la habilidad del servicio —la enana se movía particularmente rápido— la comida no había durado más de una hora.

Hans Castorp, respirando con dificultad y sin saber cómo había subido, se encontró de nuevo tendido sobre su excelente *chaise-longue*, en el balcón, pues al terminar la comida había cura de reposo hasta la hora del té. Era la cura más importante del día y se observaba severamente. Entre las dos mamparas de cristal esmerilado que le separaban de Joachim, por un lado, y del matrimonio ruso por el otro, se hallaba tendido en una semiinconsciencia, con el corazón palpitante y respirando por la boca. Cuando usó su pañuelo vio que estaba manchado de sangre, pero no tuvo fuerzas para inquietarse, a pesar de que era muy aprensivo y de sus tendencias hipocondríacas. Había encendido un María Mancini y esta vez fumó el

cigarro hasta el final. Presa del vértigo, oprimido y soñoliento, pensaba en las extrañas circunstancias de allí arriba. Dos o tres veces su pecho se estremeció sacudido por una risa interna, pensando en la odiosa y vulgar expresión de que se había servido la señora Stoehr.

El señor Albin

En el jardín la bandera de fantasía con el caduceo ondeaba al viento. El cielo volvía a estar cubierto. El sol había desaparecido y de nuevo reinaba un frío desapacible. La sala común de reposo estaba llena, no se oían más que risas ahogadas y voces.

—Señor Albin, se lo ruego, haga el favor de guardar ese cuchillo. Puede ocurrir una desgracia —advirtió la voz suplicante de una mujer.

—Querido señor Albin, por amor de Dios, tenga en cuenta nuestros nervios y deshágase de ese instrumento criminal —intervino otra.

Un joven rubio que, con un cigarrillo en la boca, estaba sentado al lado de la primera hamaca, replicó con tono impertinente:

—¡Jamás! ¡Creo que las señoras me permitirán jugar un poco con mi cuchillo! Por cierto, es un cuchillo muy afilado. Lo compré en Calcuta a un músico ciego. Se lo tragaba e inmediatamente su lazarillo iba a desenterrarlo a cincuenta pasos de distancia. ¿Quieren verlo? Corta más que una navaja de afeitar. Basta con tocar la hoja y la carne se corta como manteca. Esperen, se lo mostraré de cerca…

Y el señor Albin se puso de pie. Se oyeron gritos estridentes.

—¿Qué ocurre…? Está bien, iré por mi revólver, tal vez les interese más —dijo el señor Albin—. ¡Un arma formidable! Voy a buscarla a mi habitación.

—¡Señor Albin, señor Albin, no haga eso! —rogaron varias voces agudas.

Pero el señor Albin salía ya de la sala de reposo en dirección a su cuarto; era joven y desgarbado, con una cara rosada e infantil y unas largas patillas al lado de las orejas.

—Señor Albin —exclamó una mujer tras él— , es mejor que busque su abrigo y se lo ponga. Hágalo por mí. Hace seis semanas estaba usted en la cama con una neumonía y ahora está aquí, al aire libre, sin abrigo. Es muy imprudente, y además fuma cigarrillos. Eso es tentar a Dios, señor Albin, se lo aseguro.

Pero él no hizo más que reír con sarcasmo mientras se alejaba. Unos minutos más tarde volvió con su revólver. Las mujeres volvieron a gritar con renovado entusiasmo, y algunas de ellas se enredaron con la manta y cayeron al suelo al intentar saltar de la silla.

—Miren qué pequeño es y cómo brilla… —dijo el señor Albin—; con sólo apoyar el dedo aquí mordería…

Se oyeron nuevos gritos.

—Está cargado, por supuesto —añadió el señor Albin—. En el tambor hay seis balas y a cada disparo se introduce una en la recámara. Por otra parte, no lo he comprado para echarme a reír —dijo como si hubiese notado que el efecto de sus palabras se debilitaba.

Luego se metió el revólver en el bolsillo interior de su chaqueta y volvió a

sentarse, cruzando las piernas, mientras encendía un nuevo cigarrillo.

—¡No lo he comprado para echarme a reír! —repitió, y apretó los labios.

—¿Para qué, pues? ¿Para qué? —preguntaron unas voces temblorosas y llenas de presentimientos.

El señor Albin se encogió de hombros.

—Veo que comienzan a entender —dijo—. En efecto, es precisamente para lo que imaginan —añadió con indiferencia después de dar una intensa chupada a su cigarrillo a pesar de su reciente neumonía—. Lo he comprado para el día en que comience a encontrar este oficio demasiado aburrido, y entonces tendré el honor de despedirme de ustedes. Es muy sencillo. Lo he pensado detenidamente y ya he decidido la manera de liquidar el asunto. —Al pronunciar la palabra «liquidar» se oyó un grito—. El corazón queda descartado, además, apuntar aquí no me resultaría muy cómodo… Prefiero destruir la conciencia en su centro mismo, injertando una hermosa bala en este órgano tan interesante…

Y el señor Albin señaló con el dedo índice su cráneo rubio de cabellos cortados al rape.

—Hay que apoyarlo aquí —sacó de nuevo el revólver de su bolsillo y rozó la sien con el cañón—, aquí, sobre la arteria. No hay necesidad de espejos, es muy fácil…

Se escucharon protestas y súplicas mezcladas con un violento sollozo.

—Señor Albin, señor Albin, ¡aparte ese revólver de su sien! ¡Es horroroso! ¡Señor Albin, usted es joven, se curará, volverá a la vida y se hará célebre, se lo aseguro! Póngase el abrigo, tiéndase, siga su tratamiento. No despida al masajista cuando vaya a frotarle con alcohol. Deje de fumar, señor Albin, se lo suplicamos por amor a su vida, ¡a su joven y preciosa vida!

Pero el señor Albin se mostraba despiadado.

—No, no —dijo—, déjeme, ya estoy bien, se lo agradezco. Jamás he negado nada a una mujer, pero comprenderán que es inútil que intente detener la rueda de mi destino. Estoy aquí desde hace tres años. ¡Ya tengo bastante! ¿Qué me pueden reprochar? ¡Incurable, señoras mías, mírenme, tal como me ven soy incurable! El mismo consejero áulico lo insinúa. Concédanme, pues, esta pequeña licencia. Es como en el colegio, cuando te suspendían era inútil tratar de evitarlo, no había nada que hacer. Me encuentro en esa feliz situación. No tengo necesidad de hacer nada, no se me debe tener en cuenta. ¡Todo me da igual…! ¿Quieren chocolate? ¡Tómenlo! Tengo montones de chocolate en mi cuarto. Allí guardo ocho bomboneras, cinco tabletas de Gala Peter y cuatro libras de chocolate Lindt. Me lo enviaron las damas del sanatorio durante mi neumonía.

El señor Albin se echó a reír; era una risa burlona y estremecedora al mismo tiempo.

Luego reinó el silencio en la sala de reposo, un silencio tan completo que parecía

haberse dispersado una reciente aparición fantasmal, y las palabras del señor Albin se extendieron extrañamente por este silencio.

Hans Castorp escuchó atentamente hasta que se desvanecieron por completo y, aunque le parecía que el señor Albin era un insensato, no pudo contener un sentimiento de envidia. El símil de la vida escolar le causó una viva impresión, pues él mismo había tenido que repetir el segundo curso y recordaba el abandono humillante, aunque cómico y agradable, de que disfrutó durante el cuarto trimestre, en que pudo mofarse «de todo». En suma, le parecía que el honor tenía importantes ventajas, tantas como las de la vergüenza, aunque las de ésta eran casi ilimitadas. Y mientras intentaba imaginar el estado de ánimo del señor Albin y lo que podía significar liberarse definitivamente del peso del honor y disfrutar eternamente las ventajas insondables de la deshonra, un extraño sentimiento de gozo salvaje se apoderó de él, y los latidos de su corazón se aceleraron aún más por unos instantes.

Satán hace proposiciones improcedentes

Luego perdió la conciencia.

Según su reloj eran las tres y media cuando le despertó una conversación que tenía lugar detrás de la mampara de cristal. El doctor Krokovski, que a aquella hora hacía su ronda sin la compañía del médico jefe, hablaba en ruso con el matrimonio mal educado. Se informaba, al parecer, del estado del marido y hacía que le enseñasen el gráfico de la temperatura. Luego continuó su visita sin pasar por el balcón, pues evitó el compartimiento de Hans Castorp rodeando el corredor y entró en el cuarto de Joachim por la puerta de la habitación.

Hans Castorp se sintió un poco molesto por la actitud del doctor Krokovski, a pesar de que no deseaba en modo alguno tener una entrevista con él. Sin duda estaba bien de salud y no se le tenía en cuenta, pues había llegado a la conclusión de que entre aquella gente quien tenía el honor de estar sano no ofrecía el menor interés, lo cual irritaba al joven Castorp.

El doctor Krokovski estuvo dos o tres minutos con Joachim y continuó su visita a lo largo del balcón. Hans Castorp oyó que su primo le decía que ya podía levantarse y prepararse para la merienda.

—Está bien —respondió.

Se levantó, pero sentía un ligero mareo por haber permanecido tanto tiempo echado y el sueño había caldeado de nuevo su rostro, a pesar de que temblaba de frío, tal vez por no haberse abrigado suficientemente.

Se lavó la cara y las manos, se peinó, ordenó sus ropas y se encontró con Joachim en el corredor.

—¿Has oído a ese señor Albin? —preguntó mientras bajaban juntos por la escalera.

—Naturalmente —dijo Joachim—. Es preciso someter a ese individuo sin disciplina. Turba nuestro reposo vespertino con sus charlas y excita a las señoras hasta el punto de retrasar su curación durante semanas. Es una grave insubordinación. ¿Pero quién va a denunciarlo? Por otra parte, sus estupideces son muy bien recibidas, pues sirven de distracción.

—¿Crees posible —preguntó Hans Castorp— que hable en serio y que se meta una bala en la cabeza?

—Dios mío, eso no es imposible —contestó Joachim—. Aquí ocurren estas cosas. Dos meses antes de mi llegada un estudiante que estaba aquí desde hacía mucho tiempo se ahorcó en el bosque, allá abajo, al otro lado, después de un reconocimiento general. Cuando llegué todavía se hablaba del asunto.

Hans Castorp bostezó con nerviosismo.

—Creo que no me encuentro muy bien entre vosotros. Es posible que no pueda

quedarme, que me vea obligado a marcharme. ¿Te molestaría?

—¿Marcharte? ¿Qué te pasa? —exclamó Joachim—. No digas tonterías. ¡Si acabas de llegar! ¿Cómo puedes juzgar por una primera impresión?

—¡Dios mío! Ni siquiera ha pasado el primer día. Tengo la impresión de que estoy aquí desde hace tiempo, desde hace mucho tiempo…

—No comiences a divagar sobre el tiempo —dijo Joachim—. Ya me mareaste bastante esta mañana con el mismo asunto.

—No te preocupes, lo he olvidado todo —respondió Hans Castorp—. Por otra parte, no tengo la cabeza muy clara en este momento. ¿Vamos a tomar el té?

—Sí, y luego iremos al banco de esta mañana.

—¡Vamos, pues! Pero espero que no volvamos a encontrarnos con Settembrini. Creo que en este momento no resistiría una conversación inteligente.

En el comedor se servían las bebidas previstas para aquella hora. Miss Robinson tomaba su infusión roja de escaramujo, mientras que la sobrina comía yogur. También había leche, té, café, chocolate y hasta caldo, y en todas las mesas los pacientes, que después de la copiosa comida habían pasado dos horas echados, se hallaban activamente ocupados en extender mantequilla sobre grandes rebanadas de pan en cuya miga se mezclaban pasas de Corinto.

Hans Castorp se había hecho servir té y mojaba bizcochos. Probó también un poco de mermelada. Observó atentamente el pan con pasas de Corinto, pero se estremeció al pensar en comerlo. Por cuarta vez volvía a ocupar su sitio en el comedor. Un poco más tarde, a eso de las siete, se sentaría por quinta vez, en esta ocasión para cenar. El intervalo, corto e insignificante, fue aprovechado para pasear hasta la ladera escarpada de la montaña, cerca del riachuelo —el camino era frecuentado a aquella hora por numerosos enfermos, de modo que los dos primos tuvieron que saludar muy a menudo—, y para una corta cura de reposo en el balcón, en la que Hans Castorp se estremeció varias veces.

Para cenar se cambió de traje y comió, sentado entre miss Robinson y la institutriz, sopa juliana, carne asada, dos trozos de un pastel que contenía crema de mantequilla, chocolate, confitura y pasta de almendras, y un excelente queso sobre una rebanada de pan de avena. De nuevo se hizo servir una botella de cerveza Kulmbach. Pero cuando hubo bebido la mitad de un vaso grande, se dio cuenta de que el lugar que le convenía era la cama. Su cabeza zumbaba, sus párpados le pesaban como el plomo, su corazón latía como si batiese sobre pequeños címbalos y, para su propio tormento, imaginaba que la hermosa Marusja que, inclinada, ocultaba su rostro con la mano adornada con un rubí, se reía de él, a pesar de que había hecho toda clase de esfuerzos para no darle motivo.

Oyó de lejos la voz de la señora Stoehr haciendo afirmaciones tan alocadas que él se sentía cada vez más desconcertado, hasta el punto de no saber si era ella quien

decía tales estupideces o si eran las palabras que se convertían en absurdas en su propio cerebro. La mujer aseguraba que sabía preparar veintiocho clases diferentes de salsas de pescado y tenía el valor de confesarlo a pesar de que su marido le había advertido que no hablase de ello: «¡No hables de eso! —le había dicho—. Nadie te creerá, y si alguien lo hace, pensará que es una tontería.» Sin embargo, ella quería confesar abiertamente que sabía preparar veintiocho clases distintas de salsa de pescado. Al pobre Hans Castorp eso le pareció espantoso, tuvo miedo, se llevó la mano a la frente y olvidó mascar y tragar un pedazo de pan de avena y un bocado de chéster que tenía en la boca. Aún no se lo había tragado cuando se levantó de la mesa.

Salieron por la puerta vidriera de la izquierda, la puerta fatal que solía cerrarse con estrépito y que daba al vestíbulo. Casi todo el mundo salió por el mismo sitio, pues a aquella hora y después de la comida tenía lugar una especie de reunión en el vestíbulo y en los salones cercanos. La mayoría de los pacientes permanecía en pie, formando pequeños grupos y hablando. En algunas mesas plegables se jugaba al dominó o al bridge, y entre los jugadores se hallaban el señor Albin y Herminia Kleefeld. En el primer salón había algunos aparatos ópticos: un estereóscopo, a través de cuyas lentes se veían las fotografías dispuestas en el interior, como por ejemplo un gondolero veneciano de una plasticidad rígida y exangüe; también había un calidoscopio en forma de anteojo, en cuyo ocular se apoyaba el ojo mientras se accionaba lentamente una rueda dentada que ponía en movimiento una fantasmagoría multicolor de estrellas y arabescos; finalmente un tambor móvil en el que se introducían bandas cinematográficas y por las rendijas del cual se observaba un labriego que peleaba con un tratante, un maestro que castigaba a un escolar, las acrobacias de un equilibrista en la cuerda floja y una pareja de campesinos bailando un vals tirolés. Hans Castorp, con sus frías manos sobre las rodillas, miró durante algún tiempo en cada uno de estos aparatos. Luego estuvo un rato viendo jugar junto a la mesa de bridge, en la que el incurable señor Albin, con una sonrisa desdeñosa en los labios, barajaba las cartas con el gesto negligente de un hombre de mundo. En un rincón de la habitación estaba sentado el doctor Krokovski hablando de un modo espontáneo y cordial con un grupo de damas, entre las que se encontraban la señora Stoehr, la señora Iltis y la señorita Levy. Los habituales de la mesa de «los rusos distinguidos» se habían retirado al pequeño salón adyacente, que estaba separado de la sala de juego por unas cortinas, y formaban una especie de grupo privado compuesto, además de por la señora Chauchat, por un joven rubio de gestos displicentes, pecho cóncavo y ojos saltones, así como por una joven muy morena, de un tipo original y algo cómico, con pendientes de oro y cabellos lanosos. Además, el doctor Blumekohl se había unido a ellos, en compañía de dos jóvenes de hombros caídos.

La señora Chauchat llevaba un vestido azul con un cuello blanco de encaje.

Formaba el centro del círculo sentada en el sofá, al fondo de la pequeña habitación, y tenía el rostro vuelto hacia la sala de juego.

Hans Castorp contemplaba, no sin reprobación, a esa mujer impertinente y pensaba: «No sabría decir qué me recuerda…»

Un individuo alto, de unos treinta años, cuyos cabellos comenzaban a aclararse, tocó tres veces seguidas en el pequeño piano la marcha nupcial del *Sueño de una noche de verano* y cuando algunas damas se lo rogaron, comenzó a tocarla de nuevo inclinando sobre las teclas la curva negra de sus bigotes mientras miraba fijamente los ojos de cada una de ellas.

—¿Cómo se siente, señor ingeniero? —preguntó Settembrini, que se había aproximado a Hans Castorp con las manos en los bolsillos después de pasear distraídamente entre los huéspedes.

Aún llevaba su levita gris y su pantalón de cuadros claros. Sonrió al dirigir la palabra a Hans Castorp y éste volvió a sentir una especie de serenidad a la vista de aquellos labios que ondulaban con una finura burlona bajo la curva del bigote. Miró al italiano con una expresión fatua, con la boca entreabierta y los ojos enrojecidos.

—¡Ah, es usted! —dijo—. El señor que esta mañana hemos encontrado… cerca de la cascada… Por supuesto, le he reconocido enseguida. ¿Sabe que al verle —continuó diciendo a pesar de que comprendía que no debía hacerlo— le tomé por un organillero? Fue una estupidez, claro —añadió al ver que Settembrini le lanzaba una mirada fría y penetrante—, en una palabra, ¡una enorme tontería! Todavía no comprendo por qué razón…

—No se preocupe, no tiene importancia —contestó Settembrini, tras observarlo en silencio por un momento—. ¿Cómo ha pasado el día de hoy, el primero de su estancia en este lugar de placer?

—Gracias por su interés. Bueno, supongo que conforme al reglamento. Principalmente en posición horizontal, como usted dice.

Settembrini sonrió.

—Es posible que me haya expresado así —dijo—. ¿Le parece divertida nuestra forma de vida?

—Divertido, aburrido, según… —respondió Hans Castorp—. A veces es difícil distinguir ambos conceptos. Sin embargo, no puedo decir que me haya aburrido. Por otra parte, entre ustedes reina gran animación. Se oyen muchas cosas curiosas. Pero no tengo la impresión de llevar aquí sólo un día sino mucho tiempo, como si me hubiese vuelto más viejo y lúcido… valga la expresión.

—¿Más lúcido? —inquirió Settembrini, y arqueó las cejas—. ¿Me permite una pregunta…? ¿Cuántos años tiene?

Por extraño que parezca, Hans Castor no pudo recordar en aquel momento la edad que tenía. Para ganar tiempo se hizo repetir la pregunta y luego dijo:

—Yo, bueno… tengo veinticuatro años. Pronto cumpliré veinticuatro. Le ruego que me disculpe, estoy cansado —dijo— , y le aseguro que no es ésa la palabra que expresa mi estado de ánimo. ¿Ha tenido alguna vez la sensación de estar soñando, querer despertar y no conseguirlo? Es exactamente lo que me pasa. Supongo debo de tener fiebre; de lo contrario, no lo entiendo. Tengo los pies fríos hasta las rodillas, aunque las rodillas ya no son los pies, claro. Perdone, creo que me siento muy confuso, y esto no tiene nada de extraño cuando en la misma mañana de su llegada a uno le silban por el…, por el… neumotórax y luego escucha los discursos de ese señor Albin, y todo esto en posición horizontal. Francamente, me parece que ya no puedo fiarme de mis cinco sentidos y eso me molesta mucho más que el calor que siento en la cara y el frío de los pies. Dígame, ¿cree posible que la señora Stoehr sepa preparar veintiocho salsas de pescado? No me refiero a si es capaz de prepararlas (esto me parece fuera de duda), sino a si realmente ella ha afirmado eso hace un momento en la mesa o si yo lo he imaginado.

Settembrini le miraba como si no escuchara. De nuevo su ojos permanecían fijos. Habían adquirido una dirección inmóvil y ciega y, como por la mañana, dijo tres veces: «¡Vaya, vaya, vaya!» con una expresión a la vez soñadora y burlona, haciendo silbar las consonantes.

—¿Veinticuatro ha dicho? —preguntó luego.

—No, veintiocho —contestó Hans Castorp—. ¡Veintiocho salsas para pescado…! No son salsas en general, no, sino salsas para pescado, ahí está la grandeza del asunto.

—Mi querido ingeniero —dijo Settembrini con un tono de reproche—, tranquilícese y no diga tonterías. No sé nada, ni quiero saber nada. ¿Veinticuatro años ha dicho? *¡Hum!* Permítame que le haga una nueva pregunta y una proposición… Como su estancia aquí no parece convenirle y no se siente bien entre nosotros, ni física ni moralmente, a menos que las apariencias sean engañosas, ¿qué le parecería si renunciase a envejecer aquí, es decir, que hiciera esta misma noche la maleta y escapara mañana por la mañana en el expreso regular?

—¿Cree que debo marcharme? —preguntó Hans Castorp— . ¡Si acabo de llegar! No, ¿cómo puedo juzgar el primer día?

Al pronunciar estas palabras miró por casualidad hacia la otra habitación y volvió a ver a la señora Chauchat. Contempló sus ojos pequeños y sus anchos pómulos. «¿Qué me recuerda…?», pensó, pero su cabeza fatigada no supo contestar a esta pregunta a pesar de todos sus esfuerzos.

—Naturalmente no es fácil adaptarse —continuó diciendo—. Era previsible y si me marcharse sólo por sentir un poco de calor, creo que me avergonzaría, que me juzgaría de cobarde; además, no tendría sentido, no sería razonable… Por lo tanto…

Hablaba acaloradamente, agitando los hombros, y parecia que intentaba

convencer al italiano de que retirase su consejo.

—Me inclino ante la razón —respondió Settembrini—. También ante el valor. Lo que usted dice es razonable, sería difícil oponer un argumento de fuerza. Por otra parte, he visto casos admirables de adaptación. Por ejemplo, el año pasado el de la señorita Kneifer, Otilia Kneifer, perteneciente a una excelente familia, hija de un alto funcionario. Estaba aquí desde hacía por lo menos año y medio y se había adaptado tan perfectamente que cuando se recuperó (pues a veces se obtiene la curación) no quiso marcharse. Rogó al médico jefe que la retuviese, le dijo que no podía ni quería marcharse, que aquélla era su casa y se sentía feliz; pero como había mucha demanda y se necesitaba su habitación, sus ruegos fueron vanos y se persistió en darle de alta. De pronto, Otilia volvió a tener fiebre, su termómetro subió de un modo alarmante, pero se la descubrió cambiando el termómetro por una «hermana muda». ¿Sabe lo que es eso…? No, claro que no. Es un termómetro sin cifras que el médico verifica personalmente midiendo la columna de mercurio e inscribiendo él mismo la temperatura. Otilia, señor, tenía 36,9. Así pues, no tenía fiebre. Luego decidió bañarse en el lago (eso fue a principios de mayo, por las noches helaba y el agua estaba extremadamente fría), permaneciendo bastante tiempo en el agua para contraer una enfermedad. Pero ¿con qué resultado? Continuó estando perfectamente sana. Se marchó desesperada, insensible a los consejos razonables de sus padres. «¿Qué haré allá abajo? —repetía—. ¡Mi casa es ésta!» No sé qué ha sido de ella… Pero creo que no me escucha, mi querido ingeniero. Parece tener dificultades para mantenerse en pie. Teniente, he aquí a su primo —dijo volviéndose hacia Joachim que se acercaba —. Métale en la cama. Une la razón al valor, pero esta noche no se siente bien.

—Nada de eso —replicó Hans Castorp—, lo he oído todo, y ya sé que «la hermana muda» es una columna de mercurio sin cifras. ¡Cómo ve, lo he comprendido todo!

A pesar de todo, entró en el ascensor con Joachim al mismo tiempo que otros pacientes. La reunión había terminado y todos se dirigieron a las galerías y a los balcones para la cura nocturna. Hans Castorp acompañó a Joachim a su habitación. El suelo del corredor, cubierto con una alfombra de yute, describió movimientos ondulantes bajo sus pies, pero no le molestó. Se sentó en el amplio sillón floreado de la habitación de Joachim —había uno semejante en la suya— y encendió un María Mancini. Le supo a cola, cartón y otros sabores, pero no el que debía tener. A pesar de todo, siguió fumando mientras contemplaba a Joachim, que preparaba su cura de reposo, poniéndose la bata y el abrigo para luego salir al balcón con la lamparilla de su mesita de noche y la gramática rusa. Joachim se tendió en la hamaca, encendió la lamparilla y, con el termómetro en la boca, comenzó a envolverse en las mantas con habilidad. Hans Castorp se sorprendió ante aquellos movimientos. Joachim comenzó por poner encima de él las mantas, una después de otra, luego se envolvió en ellas

empezando por la izquierda, en toda su longitud hasta los hombros, y después por debajo de los pies. Más tarde hizo lo mismo por el otro lado hasta formar una especie de paquete homogéneo y liso del que salían la cabeza, los brazos y los hombros.

—Tienes una habilidad sorprendente —dijo Castorp.

—Es cuestión de práctica —contestó Joachim, hablando con el termómetro apretado entre los dientes—. Tú también lo aprenderás. Es absolutamente necesario que mañana nos procuremos unas mantas para ti. Incluso te servirán cuando vuelvas allá abajo, pero aquí, entre nosotros, son indispensables, sobre todo teniendo en cuenta que no posees abrigo de pieles.

—Pero si no tengo intención de tenderme por las noches en el balcón —declaró Hans Castorp—. No, de ninguna manera. Me parecería ridículo. Todo tiene sus límites. Además, es preciso que de un modo u otro demuestre que no me hallo entre vosotros más que de visita. Me quedaré un rato contigo y fumaré mi cigarro. La verdad es que le encuentro un sabor infame, pero sé que es bueno y por hoy me contentaré con esto. Pronto serán las nueve. Cuando den las nueve y media podré meterme en la cama sin llamar la atención.

De pronto sintió un escalofrío y luego varios seguidos. Hans Castorp dio un salto y fue a mirar el termómetro colgado de la pared, como si tratase de sorprenderlo en flagrante delito. Según Réaumur había nueve grados en la habitación. Tocó el radiador y vio que estaba frío y muerto. Murmuró unas palabras confusas y airadas ya que, aunque estuviesen en el mes de agosto era una vergüenza no encender la calefacción, pues lo importante no eran los meses del calendario, sino la temperatura que reinaba, y ésta era tan baja que uno se helaba como un perro vagabundo.

No obstante, sus mejillas ardían. Se sentó y se puso de nuevo en pie; murmurando, pidió permiso para tomar la manta de la cama de Joachim y, sentado en el sillón, se abrigó las piernas. Permaneció así, temblando de frío, y tuvo que esforzarse para terminar de fumar su cigarro, que tenía un sabor detestable. Se sintió angustiado, le parecía que jamás en su vida se había sentido tan mal como en aquel momento.

—¡Qué miseria! —murmuró, pero al mismo tiempo se encontró envuelto en un sentimiento exuberante de alegría y esperanza, y cuando se disipó, permaneció allí en espera de que aquella sensación volviera. Pero no fue así, y sintió tan sólo un gran malestar. Terminó, pues, por levantarse, tiró la manta de Joachim sobre la cama, y torciendo la boca, balbuceó palabras como «Buenas noches», «¡Espero que no mueras de frío!» y «Ya vendrás a buscarme para el desayuno»; luego, tambaleándose, se dirigió a su habitación por el corredor.

Al desnudarse se puso a canturrear, pero no era de alegría. Maquinalmente, casi sin darse cuenta, cumplió con los requisitos de su higiene nocturna de hombre civilizado, vertió una gotas de dentífrico en el vaso, se enjuagó discretamente, se lavó

las manos con un jabón suave que olía a violeta y se puso su fino pijama de batista en cuyo bolsillo se hallaban bordadas las iniciales H. C. Luego se metió en la cama y apagó la luz, dejando caer su ardiente y turbada cabeza sobre la almohada del lecho de muerte de la americana.

Se había echado por la seguridad de sumirse inmediatamente en el sueño, pero comprendió que se equivocaba; sus párpados, que hacía sólo un momento le costaba mantener abiertos, no querían ahora permanecer cerrados y se abrían temblando con inquietud. «Todavía no es la hora a la que suelo ir a dormir», se dijo. Sin duda había permanecido echado demasiado tiempo durante el día. Además, fuera sacudían una alfombra, lo que realmente parecía inverosímil, y en realidad no se trataba de eso, sino de los latidos de su propio corazón, que parecía palpitar fuera de él como al aire libre, exactamente como si sacudiesen una alfombra con un batidor de junco.

La habitación no estaba completamente a oscuras; la luz de las lamparillas en el balcón (la de Joachim y la del matrimonio de la mesa de los rusos ordinarios) entraba por la puerta abierta. Y mientras Hans Castorp permanecía echado de espaldas con los ojos entornados, sintió que bruscamente reaparecía en él una sensación vivida durante el día; una observación que había hecho y que por terror y delicadeza se esforzó en olvidar de inmediato. Era la expresión que adquirió el rostro de Joachim al hablar de Marusja y sus cualidades físicas; era aquella impresionante deformación de la boca y aquellas manchas en las mejillas. Hans Castorp comprendía lo que aquello significaba. Lo entendía de un modo tan profundo e íntimo que, en el exterior, el sacudidor redobló la intensidad de sus golpes y apagó casi por completo los sonidos de la música procedente de Davos-Platz, pues había un nuevo concierto en aquel hotel apartado, una melodía de opereta de compases simétricos e insípidos que, a través de la noche, llegaba hasta él. Hans Castorp la silbaba murmurando (pues es posible silbar y murmurar), mientras llevaba el compás con sus pies gélidos bajo el edredón de pluma.

Sin duda no era ésta la forma más apropiada de dormir, y Hans Castorp ya no sentía ningún deseo de hacerlo. Desde que había comprendido de un modo tan intenso y vivido la reacción de su primo, el mundo le parecía una cosa nueva, y un sentimiento de alegría desbordante y esperanza renació en lo más hondo de su espíritu.

Además, esperaba algo sin saber exactamente qué. Pero cuando comprendió que sus vecinos de habitación habían terminado su cura y se disponían a sustituir su posición horizontal al aire libre por la misma posición en el interior, tuvo la convicción de que la pareja se acostaría en paz. «Hoy dormiré tranquilamente —pensó—. Esta noche se acostarán en paz, estoy seguro.»

Pero no fue así. A decir verdad, Hans Castorp no creyó en lo que pensaba y personalmente no hubiera podido comprender que aquella noche se acostaran en paz.

Sin embargo, se entregó a exclamaciones mudas de la más violenta sorpresa al oír ciertas cosas. «¡Extraordinario! —exclamó sin voz—. ¡Formidable! ¿Quién hubiera podido pensar en eso?» De vez en cuando, sus labios acompañaban la insulsa melodía de la opereta que llegaba hasta él.

Luego vino el sueño. Pero con él llegaron las imágenes fantásticas —mucho más que la noche anterior—, imágenes que le sobresaltaron y que parecían moverse impelidas por una idea confusa. Soñaba con el doctor Behrens, con sus rodillas torcidas y sus brazos pendientes, paseando el jardín, ajustando sus largos pasos cansinos al compás de una música lejana. Cuando el médico jefe se detuvo ante Hans Castorp, éste vio que llevaba lentes de gruesos cristales y oyó cómo balbuceaba palabras que no tenían sentido. «Paisano, naturalmente», decía y, sin pedir permiso, abría el párpado de Hans Castorp con el dedo índice de su enorme mano. «Un honorable paisano, me di cuenta enseguida. Pero no carece de talento, por supuesto que no. No carece de talento para una combustión general aumentada… No creo que venga a perder los buenos años de servicio aquí, entre nosotros. Esto va muy bien, señores, vamos a divertirnos…», exclamó metiendo dos de sus enormes dedos en la boca y silbando de una manera tan extrañamente armoniosa que de diversos lados y en miniatura acudieron volando la institutriz y miss Robinson, que se posaron sobre sus hombros a derecha e izquierda de Hans Castorp. Y así, el médico jefe se marchó dando saltos, pasando un pañuelo por debajo de los cristales de sus lentes para enjugarse los ojos, aunque no se sabía lo que quería enjugar, si sudor o lágrimas.

Luego soñó que estaba en el patio del colegio donde durante tantos años había pasado las horas de recreo y que pedía prestado un lápiz a la señora Chauchat, que se hallaba también presente. Ella le dio un lápiz rojo gastado hasta la mitad y provisto de un guardapunta de plata, recomendando a Hans Castorp con una voz agradablemente enronquecida que se lo devolviera sin falta al terminar la lección y, cuando por encima de sus anchos pómulos, ella le miró con sus pequeños ojos azules tirando a gris verde, el salió violentamente de su sueño y despertó, pues por fin sabía a quién le recordaba con tanta viveza y quiso retenerlo. Rápidamente puso a buen recaudo su descubrimiento, pues sabía que el sueño y el soñar no tardarían en volver y, en efecto, se encontró al instante en la necesidad de buscar un refugio contra el doctor Krokovski, que le perseguía para hacer con él una disección psíquica, lo que inspiraba a Hans Castorp un miedo atroz, un miedo verdaderamente insensato. Escapaba del doctor a lo largo de paredes de cristal, a través de los compartimientos del balcón y, con peligro de su vida, saltó al jardín. Corrió hacia el mástil oscuro y comenzó a trepar por él, y despertó sudoroso en el momento en que su perseguidor le cogía por una de las perneras del pantalón.

Pero apenas se calmó un poco y recobró el sueño, se desarrollaron los siguientes acontecimientos:

Se esforzaba en rechazar con el hombro a Settembrini, que se hallaba allí, de pie, sonriendo fina e irónicamente bajo su espeso bigote negro; y allí donde el bigote se elevaba en una curva agradable apareció aquella sonrisa que tanto molestaba a Hans Castorp. «Usted me molesta —se oyó distintamente decir a Settembrini—. Márchese; no es más que un organillero, usted estorba aquí.» Pero Settembrini no se dejaba rechazar y Hans Castorp se preguntaba qué debía hacer. De pronto se le ocurrió una idea: una «hermana muda», sencillamente una columna de mercurio sin cifras para los tramposos. Luego despertó con la firme intención de comunicar al día siguiente esta idea a Joachim.

La noche transcurrió en medio de tales aventuras y descubrimientos, y Herminia Kleefled, al igual que M. Albin y el capitán Miklosich, que llevaba a la señora Stoehr en su gaznate y era a su vez traspasado con una lanza por el procurador Paravant, desempeñaron un papel confuso. Hans Castorp tuvo otro sueño que se repitió dos veces durante esa noche, y ambas exactamente en la misma forma, la última ya a la madrugada: Estaba sentado en la sala de las siete mesas. De pronto, la puerta vidriera se abrió con estrépito y entró la señora Chauchat con una blusa blanca, una mano en el bolsillo y otra en la nuca. Pero en vez de dirigirse a la mesa de los rusos distinguidos, esa mujer infame se dirigió sin decir palabra hacia Hans Castorp y le dio a besar la palma de su mano en silencio, y Hans Castorp besó aquella mano inculta y vulgar, un poco ancha, de dedos cortos y piel rugosa a lo largo de las uñas. De nuevo tuvo aquella sensación de salvaje dulzura que había experimentado al tratar de liberarse del peso del honor, disfrutando de las ventajas infinitas de la vergüenza. Así pues, Hans Castorp volvió a disfrutarla en su sueño, pero con mayor violencia.

CAPÍTULO IV

Una compra necesaria

—¿Qué…? ¿Ya se ha acabado el verano? —preguntó Hans Castorp irónicamente a su primo al tercer día. El tiempo había cambiado de un modo muy brusco.

El segundo día que el visitante había pasado allá arriba fue de un esplendor verdaderamente estival. El azul profundo del cielo brillaba por encima de las copas puntiagudas de los abetos; la aldea, en el fondo del valle, resplandecía bajo una claridad diáfana, mientras el tintineo de las esquilas de las vacas que pacían en las praderas animaba el aire con una alegría dulcemente contemplativa.

A la hora del desayuno las damas aparecieron vestidas con ligeras blusas de lino, algunas de ellas incluso con los brazos desnudos, lo que no sentaba igualmente bien a todas —la señora Stoehr, por ejemplo, no resultaba muy favorecida, ya que sus brazos eran demasiado esponjosos y la transparencia del vestido no le sentaba bien.

La sección masculina del sanatorio también había tenido en cuenta el espléndido tiempo a la hora de elegir sus trajes. Las chaquetas de alpaca e hilo habían hecho su aparición y Joachim se puso un pantalón de franela de color marfil y una chaqueta azul, combinación que le confería un aire completamente militar. En lo que se refiere a Settembrini, había manifestado varias veces su intención de cambiar de traje.

—¡Qué diablos! —exclamó mientras paseaba por la mañana en compañía de los dos primos por una de las calles del pueblo—. ¡Cómo quema el sol; será necesario cambiarse de ropa!

Sin embargo, a pesar de que hablaba en serio, continuó llevando su larga levita de anchas solapas y su pantalón a cuadros. Sin duda éste era todo su vestuario.

Mas, al tercer día, pareció que la naturaleza había sido cambiada y que todo orden había quedado trastornado. Hans Castorp no podía creerlo. Todo empezó después de la comida; hacía veinte minutos que estaba entregado a la cura de reposo cuando el sol se ocultó rápidamente; oscuras y turbias nubes surgieron y cubrieron las cúspides del sudoeste y un viento extraño y frío, que penetraba hasta la medula de los huesos como si llegase de regiones glaciales y desconocidas, comenzó a barrer el valle. La temperatura descendió y se inauguró una nueva situación climatológica.

—Nieve —se oyó la voz de Joachim detrás de la mampara de cristales.

—¿Qué significa eso de «nieve»? —preguntó Hans—. Supongo que no estarás insinuando que ahora va a nevar.

—Te equivocas, primo —contestó Joachim—. Conocemos ese viento. Cuando aparece, podemos estar seguros de que pasearemos en trineo.

—¡Tonterías! —manifestó Hans Castorp—. Si no me equivoco, estamos a principios de agosto.

Pero Joachim estaba en lo cierto, pues conocía las circunstancias. Minutos más tarde estalló una formidable tempestad de nieve acompañada de incesantes truenos.

Formó un torbellino tan espeso que todo parecía envuelto en un vapor blanco y no se podía distinguir casi nada en el fondo del valle.

Continuó nevando durante toda la tarde. La calefacción central había sido encendida y, mientras Joachim, recurriendo a su saco de pieles, no abandonó la cura, Hans Castorp tuvo que refugiarse en el interior, acercó su sillón al radiador caliente y, encogiéndose frecuentemente de hombros, contempló aquel extraño fenómeno.

Al día siguiente por la mañana ya no nevaba, pero a pesar de que el termómetro en el exterior marcaba algunos grados sobre cero, todavía quedaban varios centímetros de nieve; así pues, un perfecto paisaje invernal se extendía ante los ojos sorprendidos de Hans Castorp. Habían apagado de nuevo la calefacción central. La temperatura de la habitación era de seis grados sobre cero.

—¿Ya se ha acabado vuestro verano? —preguntó Hans Castorp a su primo con una amarga ironía.

—No se puede afirmar —contestó Joachim con objetividad—. Si Dios quiere, gozaremos aún de hermosos días. Incluso en septiembre esto es perfectamente posible. Pero aquí las estaciones no difieren mucho unas de otras, tienden a mezclarse sin tener en cuenta el calendario. En invierno el sol tan ardiente que nos hace sudar y hay que desabrocharse el abrigo durante el paseo, y en verano… Dios mío, tú mismo puedes ver cómo es aquí el verano. Además, la nieve está siempre presente. Nieva en enero, en mayo y en agosto, como habrás comprobado. En resumen: puede decirse que no pasa un mes sin que nieve, no lo olvides. Hay días de invierno y de verano, días de primavera y de otoño, pero lo que se llama verdaderas estaciones, eso no existe aquí arriba.

—¡No está mal esa confusión! —dijo Hans Castorp.

Acompañado de su primo, bajaba al pueblo con el impermeable puesto y la capa de invierno, con objeto de comprar mantas para la cura de reposo, pues era evidente que con aquel tiempo su manta de viaje resultaba insuficiente. Incluso se preguntó si sería oportuno comprar un saco de piel, pero renunció a ello. Esta idea le horrorizó.

—¡No, no! —dijo— . ¡Con las mantas será suficiente! Además, podré aprovecharlas allá abajo. Las mantas son necesarias en todas partes, esto no tiene nada de particular ni sorprendente. Pero un saco de piel es algo demasiado especial, ya sabes. Si lo comprase tendría la impresión de que me instalo aquí definitivamente, de que soy, en cierto modo, uno de los vuestros. En una palabra: no vale la pena comprar un saco de piel sólo para unas semanas.

Joachim fue de la misma opinión. En una buena tienda inglesa, compraron dos mantas de pelo de camello semejantes a las que poseía Joachim, de un modelo particularmente largo y ancho, suavemente agradable, de color natural, e hicieron que se las enviasen de inmediato al Sanatorio Internacional Berghof, habitación número 34, pues Hans Castorp quería servirse de ellas aquella misma tarde.

Habían bajado después de la segunda comida, ya que la distribución del día no ofrecía otra ocasión para volver al pueblo. Llovía, y la nieve se había transformado en los caminos en una especie de barro pastoso y resbaladizo.

Al regresar, se encontraron con Settembrini que, sin sombrero y protegido con un paraguas, se dirigía al sanatorio. El italiano tenía la cara amarilla y se advertía que estaba de un humor elegíaco. Con un lenguaje brusco y al mismo tiempo agradable se lamentaba del frío y la humedad, que le causaban gran molestia. ¡Si al menos encendiesen la calefacción!, protestaba amargamente, pero esos miserables potentados la apagaban en cuanto cesaba de nevar. Dijo que se trataba de una costumbre estúpida, de una falta de buen sentido. Y cuando Hans Castorp objetó que la temperatura baja en las habitaciones formaba sin duda parte de los principios del tratamiento y que de esta forma se pretendía evitar tal vez que los enfermos languideciesen, Settembrini contestó con violento sarcasmo:

—¡Sí, en efecto, los principios del tratamiento! ¡Los sagrados e intangibles principios del tratamiento!

Hans Castorp hablaba con el tono que convenía, con el de la disciplina y la sumisión. Pero era sorprendente —en un sentido favorable— comprobar que esos principios sacrosantos coincidían con los intereses financieros de los dueños y potentados, mientras que se cerraba voluntariamente los ojos ante los que no respondían a esta coincidencia… Y, mientras los primos reían, Settembrini vino a hablar de su padre difunto con motivo del calor a que aspiraba.

—Mi padre —dijo con exaltación y arrastrando las sílabas—, mi padre era un hombre tan extraordinario que tenía el alma y el cuerpo igualmente sensible. Como amaba extraordinariamente su pequeño estudio de trabajo, en invierno era preciso mantener al menos veinte grados Réaumur por medio de una pequeña estufa, y cuando en los días húmedos o de tramontana se entraba en el vestíbulo de la pequeña casa, el calor envolvía los hombros como con una capa y los ojos se llenaban de lágrimas de bienestar. El pequeño gabinete se hallaba atestado de libros y manuscritos, algunos de gran valor y, en medio de esos tesoros del espíritu, él se hallaba en pie, envuelto en su vestido de franela azul, ante su estrecho pupitre, consagrado a la literatura. Era enteco y bajito (medía menos de una cabeza que yo, ¡imagínense!), y con espesos rizos de cabello gris en las sienes y una nariz larga y delgada… ¡Qué romanista, señores! Uno de los primeros de su tiempo, un conocedor de nuestra lengua como no ha habido muchos, un estilista latino como ya no los hay, un *uomo letterato* como deseaba Boccaccio… Los sabios venían de lejos para hablar con él, de Haparanda, de Cracovia… venían a propósito a Padua, nuestra ciudad, para testimoniarle su estima, y él los recibía con una dignidad afable. También era un escritor notable cuando, en sus horas de descanso, escribía cuentos en la más elegante prosa toscana; un maestro del *idioma gentile* —añadió Settembrini gozando de

satisfacción y dejando lentamente fundir sobre su lengua las sílabas de su idioma materno al tiempo que movía la cabeza de un lado a otro.

"Cultivaba un pequeño jardín, según el ejemplo de Virgilio —continuó diciendo —, y todo cuanto afirmaba era sano y bello. Pero era preciso que hiciese calor en su pequeño estudio, de lo contrario, temblaba y lloraba de cólera. Y ahora, mi querido ingeniero, y usted teniente, imaginen lo que yo, hijo de mi padre, debo de sentir en este lugar maldito y bárbaro donde el cuerpo tiembla de frío en pleno verano y donde las impresiones humillantes torturan perpetuamente el alma. ¡Ah, créanme, es duro! ¡Qué tipos nos rodean! Ese loco servidor del demonio, ese consejero áulico, y Krokovski —al pronunciar aquel nombre, Settembrini pareció estremecerse de frío—, ese confesor impúdico que me odia porque mi dignidad humana me prohibe prestarme a sus ridículos… ¡Y en mi mesa! ¡Con qué compañía estoy condenado a comer! A mi derecha se sienta un cervecero de Halle (se llama Magnus), con un bigote que parece un manojo de heno. "Déjeme en paz con la literatura", dice. "¿Qué nos ofrece? ¿Bellos caracteres? ¡Qué quiere que haga con bellos caracteres! Soy un hombre práctico, y en la vida casi nunca se encuentran bellos caracteres." ¡Esta es la idea que tiene de la literatura! Bellos caracteres… *O madre de Dio!* Su mujer, sentada delante de él, pierde albúmina al mismo tiempo que se sumerge cada vez más en la estupidez. Es patética…

Sin que se hubieran puesto de acuerdo, Joachim y Hans Castorp opinaban lo mismo sobre esas palabras, las encontraban lamentables y desagradablemente sediciosas, pero al mismo tiempo divertidas e incluso instructivas, con su gracejo desenvuelto y agresivo.

Hans Castorp rió jovialmente del «manojo de heno» y de los «bellos caracteres», o más exactamente de la desesperación cómica que manifestaba Settembrini. Luego dijo:

—Sí, Dios mío, la sociedad se halla a veces mezclada en esta clase de establecimientos. No se puede elegir a los vecinos de mesa. ¿Adónde nos llevaría eso? En mi mesa también hay una dama de ese género…, la señora Staehr, creo que la conoce, ¿verdad? Es de una ignorancia supina, y a veces no sabe uno hacia dónde mirar cuando ella habla. Al mismo tiempo se lamenta de tener y de sentirse demasiado fatigada; creo que no se trata de un caso muy benigno, aunque sin duda resulta desconcertante… Bueno, quizá no me he explicado con claridad, pero me parece algo singular que uno sea estúpido y al mismo tiempo esté enfermo; creo que estas dos cosas reunidas es lo más triste que puede darse en el mundo. Uno no sabe qué hacer, pues a un enfermo hay que tratarle con respeto y seriedad, ¿no es así? La enfermedad es, en cierto modo, una cosa respetable. Pero cuando encuentra estos casos…, no se sabe si hay que llorar o reír; es un dilema para el sentimiento humano mucho más lamentable de lo que puede imaginarse. Es decir, creo que esto no

concuerda; no tenemos costumbre de representarnos ambas cosas reunidas. Consideramos que un hombre idiota debe ser ordinario y estar sano, y que la enfermedad hace al hombre refinado, inteligente y especial. Así es como generalmente imagina uno estas cosas. ¿No están de acuerdo? Tal vez haya dicho más de lo que puedo justificar —terminó diciendo—. Todo esto me ha ocurrido por casualidad… —Y se quedó turbado.

Joachim también parecía un poco cohibido y Settembrini permaneció en silencio, enarcando las cejas, como quien espera, por cortesía, que su interlocutor haya terminado. En realidad, esperaba que Hans Castorp se acabara de turbar completamente antes de contestar:

—*Sapristi!* Mi querido ingeniero, hace gala de cualidades filosóficas que jamás le hubiera supuesto. Según su teoría, usted no debe de estar tan bien de salud como imagina, pues es evidente que tiene ingenio. Pero permítame que le diga que no puedo seguir sus deducciones, que las rechazo y me opongo a ellas con verdadera hostilidad. Yo soy, como puede ver, bastante intolerante en lo que se refiere a las cosas del espíritu, y prefiero que me traten de pedante antes que dejar de combatir opiniones que me parecen tan reprensibles como las que acaba, de exponer ante nosotros…

—Pero señor Settembrini…

—Permítame… Sé lo que va a decir. Usted quiere excusarse afirmando que no ha reflexionado sobre el asunto muy seriamente, que las opiniones que acaba de manifestar no son precisamente las suyas, que no ha hecho más que coger al azar una de las posibles opiniones que floraban, por así decirlo, en la atmósfera para especular un poco, sin comprometer su propia responsabilidad. Eso está en armonía con su edad, en la que todavía no se posee una resolución viril y uno se complace en hacer, provisionalmente, ensayos con toda clase de puntos de vista. *Placet experiri* —añadió, pronunciando la «c» de «placer» a la italiana—. Un excelente principio. Lo que me deja perplejo es que su experiencia se oriente hacia una determinada dirección. Me parece que en eso no interviene mucho el azar. Temo que exista en usted una inclinación que puede llegar a convertirse en una de las características de su modo de ser si no es combatida. Por eso me creo obligado a reprenderle. Usted ha dicho que la enfermedad unida a la estupidez es la cosa más lamentable que hay en el mundo. Puedo aceptarlo. Yo también prefiero un enfermo espiritual a un imbécil físico. Pero mi objeción se inicia en el momento en que considera que la unión de la enfermedad con la estupidez en cierta manera supone una falta de estilo, una alteración de la naturaleza, un «dilema para el sentimiento humano», según usted ha tenido a bien decir; así pues, parece considerar la enfermedad como algo tan distinguido y respetable que no puede armonizarse en modo alguno con la estupidez. Tal fue, según creo, la expresión de que se sirvió. ¡Pues bien, no! La enfermedad no

es en modo alguno distinguida ni digna de respeto: esta concepción es, por ella misma, mórbida y no puede conducir más que a la enfermedad. Tal vez avivaré aún más su horror contra ella al decirle que es antigua y fea. Se remonta a los tiempos dominados por la superstición, en que la idea de lo humano estaba degradada y privada de toda dignidad; a los tiempos angustiosos en que la armonía y el bienestar eran considerados sospechosos y diabólicos, mientras que la enfermedad equivalía a una especie de pasaporte hacia el ciclo. Pero la razón y el Siglo de las Luces han disipado las sombras que pesaban sobre el alma de la humanidad, aunque no de un modo completo, pues la lucha todavía continúa. Y esta lucha, querido señor, se llama trabajo, el trabajo terrenal, el trabajo por la tierra, el honor y los intereses de la humanidad, y templadas cada día por la lucha, esas fuerzas acabarán por liberar definitivamente al hombre y conducirlo por los caminos de la civilización y el progreso hacia una luz cada vez más clara, dulce y pura.

«¡Dios mío! —pensó Hans Castorp, estupefacto y confuso—. ¡Parece el aria de una ópera! ¿Cómo he podido provocar todo eso? Es muy desagradable. ¿A qué se refiere con eso del trabajo? ¡Según creo, todo esto está fuera de lugar!»

Y dijo en voz alta:

—Muy bien, señor Settembrini. Se expresa admirablemente. No se puede hablar de una manera más… plástica; quiero decir…

—Una recaída —interrumpió Settembrini, elevando su paraguas sobre la cabeza, de un transeúnte—, una recaída intelectual en el concepto de esos tiempos oscuros y atormentados. Créame, ingeniero, eso es una enfermedad; una enfermedad explorada hasta la saciedad y para la que la ciencia posee varios nombres: uno tiene su origen en el lenguaje de la estética y la psicología y el otro procede de la política; pero son términos académicos que no tienen nada que ver y de los cuales puede prescindir perfectamente. Aunque, como todo se relaciona en la vida espiritual y una cosa se desprende de otra, no podemos entregar al diablo el dedo meñique sin que enseguida nos coja toda la mano y luego el hombro… Por otra parte, un principio sano sólo puede producir efectos sanos, con independencia de cuál sea su criterio inicial. Tenga en cuenta, pues, que la enfermedad, lejos de ser una cosa noble que no pueda ser asociada sin mucha violencia a la estupidez, significa más bien un «rebajamiento» del hombre; sí, un rebajamiento doloroso que injuria a la Idea, una humillación que se podría evitar y tolerar en ciertos casos particulares, pero que si la honrásemos desde el punto de vista del espíritu (¡tenga usted presente esto!) significaría un extravío, es más, el principio de todo extravío espiritual. Esa mujer a quien usted ha aludido, de la que renuncio a recordar su nombre…

—La señora Stoehr.

—Muchas gracias… En una palabra, considero que el caso de esa mujer grotesca no coloca al sentimiento humano ante un dilema, como usted decía. Está enferma y es

estúpida, ya que, Dios mío, es la miseria en persona; es muy sencillo, no sabe más que sentir lástima de ella y encogerse de hombros. Pero el dilema, señor, lo auténticamente trágico, comienza allí donde la naturaleza fue lo bastante cruel para romper, o impedir desde el principio, la armonía de la personalidad asociando un alma noble y dispuesta a vivir con un cuerpo inepto para la vida. ¿Conoce usted a Leopardi, ingeniero, o usted, teniente? Fue un desgraciado poeta de mi país, un hombre jorobado y enfermizo, un alma originariamente grande pero constantemente rebajada por la miseria de su cuerpo y arrastrada a los bajos fondos de la ironía, cuyas lamentaciones desgarran el corazón. ¡Escuche esto!

Y Settembrini comenzó a declamar en italiano, dejando que las bellas sílabas se fundieran en su boca, volviendo la cabeza de un lado a otro y cerrando de vez en cuando los ojos, sin preocuparse de que sus compañeros no comprendieran una sola palabra. Se esforzaba visiblemente en disfrutar de su excelente memoria y su pronunciación, haciéndolas resaltar ante sus oyentes. Finalmente añadió:

—Pero ustedes no comprenden, sólo oyen sin percibir el sentido doloroso de la cuestión. El enfermizo Leopardi, señores, se vio sobre todo privado del amor de las mujeres, y fue eso lo que impidió atajar la decadencia de su alma. El resplandor de la gloria y la virtud palidecieron ante sus ojos, la naturaleza le parecía malvada (por otra parte, es realmente malvada; sobre este punto le doy la razón) y se desesperó. Es terrible decirlo, pero no confiaba en la ciencia y el progreso. Y aquí, señor ingeniero, entra usted en la tragedia. Ahí está su «dilema para el sentimiento humano», no en esa mujer cuyo nombre no quiero recordar… No me hable de la «espiritualización» que puede resultar de la enfermedad; por el amor de Dios, no haga eso. Un alma sin cuerpo es tan inhumana y atroz como un cuerpo sin alma. Por otra parte, lo primero es una rara excepción y lo segundo es lo corriente. Por regla general es el cuerpo el que domina, el que acapara toda la vida y se emancipa del modo más repugnante. Un hombre que vive enfermo no es más que un cuerpo; eso es lo antihumano y humillante, pues en la mayoría de los casos no vale mucho más que un cadáver…

—¡Es extraño! —exclamó de pronto Joachim inclinándose para mirar a su primo, que marchaba al otro lado de Settembrini—. El otro día dijiste algo muy parecido.

—¿Qué…? —dijo Hans Castorp—. Sí, es posible que haya pensado una cosa parecida.

Settembrini permaneció en silencio durante unos pasos y luego dijo:

—Tanto mejor, señores; tanto mejor si es así. No pretendo exponer una filosofía original. No es ésta mi función. Si nuestro ingeniero, por su parte, ha hecho ya observaciones análogas, esto hace más que confirmar mi opinión de que es un dilettante del espíritu que, como todos los jóvenes cultivados, se entrega provisionalmente a experiencias sobre concepciones posibles. Un joven culto no es una hoja de papel en blanco; es, por el contrario, una hoja sobre la que ya ha sido

todo escrito con tinta simpática, tanto lo bueno como lo malo, y es misión del educador el revelar lo bueno y borrar lo malo que trata de manifestarse. ¿Han comprado ustedes algo? —preguntó luego con un tono indiferente.

—No, nada de particular; es decir…

—Hemos comprado unas mantas para mi primo— contestó Joachim con indiferencia.

—Para la cura de reposo, para este frío de perros… Ya sabe que debo hacer lo mismo que ustedes durante algunas semanas —dijo Hans Castorp riendo y bajando la mirada.

—¡Ah, mantas! ¡La cura de reposo! —exclamó Settembrini—. ¡Ah! ¡Ah! ¡Vaya, vaya! En efecto, *Placet experiri* —repitió con su pronunciación italiana, y se despidió de ellos, pues, saludados por el conserje cojo, acababan de entrar en el sanatorio y Settembrini se dirigió hacia los salones para leer los periódicos antes de comer, según dijo. Parecía que tenía intención de dejar la segunda cura de reposo.

—¡Dios nos libre! —exclamó Hans Castorp cuando se encontró con Joachim en el ascensor—. Es verdaderamente un pedagogo. La otra vez dijo que tenía la manía de la pedagogía. Hay que andar con mucho cuidado; por poco que uno deje escapar una palabra de más tiene que sufrir una lección detallada; pero vale la pena oírle hablar como lo hace. Cada palabra que sale de su boca es tan redonda y apetitosa que, cuando le escucho, me hace pensar en panecillos calientes.

—No se lo digas. Creo que tendría una decepción si se enterara de que tú piensas en panecillos al escuchar sus lecciones.

—¿Te parece? No estoy seguro. Tengo la impresión de que no se preocupa sólo de sus lecciones; si acaso, será sólo en segundo término. Me parece que se preocupa principalmente de hablar, por eso hace saltar y rodar sus palabras, elásticas como pelotas de goma, y creo que no le debe de desagradar que se den cuenta de ello. El cervecero Magnus es sin duda un poco idiota con sus «bellos caracteres», pero Settembrini debería habernos dicho qué es, en suma, lo importante en literatura. No he querido preguntárselo para no descubrirme, ya que no soy competente en esta materia y hasta ahora no había visto a un literato. Pero si lo importante para Settembrini no son los bellos caracteres, deben de ser, pues, las bellas frases, tal es mi impresión. ¡Qué palabras usa! No le importa hablar de «Virtud». ¿Qué te parece? En mi vida había yo pronunciado esta palabra, e incluso en clase siempre decíamos «Valor» cuando leíamos *virtus* en los libros. He de admitir que me sentía algo molesto. Además, me pongo nervioso cuando se queja del frío y de la señora Magnus porque pierde albúmina; en una palabra, se queja de todo. Es un hombre de oposición, me di cuenta enseguida. Arremete contra todo en general y esta virtud es bastante descuidada. No puedo juzgarle de otro modo.

—Es verdad —dijo Joachim pensativo—. Pero eso revela también un orgullo que

no tiene nada de abandono, sino todo lo contrario. Me parece que es un hombre que se respeta o que respeta al hombre en general, y esto es lo que me gusta de él. En eso me parece muy correcto.

—Sí, estás en lo cierto —admitió Hans Castorp—, incluso tiene algo de severo. En realidad, a veces uno se siente incómodo porque… se ve fiscalizado, y no lo digo con mala intención. Pero créeme, me ha dado la impresión de que parecía molesto por la compra de las mantas para la cura, e incluso que estaba algo preocupado.

—No —dijo Joachim, extrañado y perplejo—. ¿Por qué razón? No es posible.

Y Joachim, con el termómetro en la boca, se dirigió con su saco a la cura de reposo mientras Hans Castorp comenzaba a cambiarse la ropa y a prepararse para la comida del mediodía, de la que no les separaba ya más que media hora.

Digresión sobre el tiempo

Cuando volvieron a subir después de la comida, el paquete de mantas estaba ya en la habitación de Hans Castorp, sobre una silla, y en aquel día se sirvió por primera vez de ellas.

Su experto primo le enseñó el arte de empaquetarse como lo hacían todos y como todo recién llegado debía aprender. Se extendían las mantas, una después de otra, sobre el fondo de la silla, de tal manera que rebasasen bastante los pies. Luego uno se tendía encima y se comenzaba por doblar la manta interior, primero en toda su longitud hasta los hombros, luego en su parte inferior por encima de los pies, sentándose y cogiendo el doblez de la manta, primero de un lado y luego de otro, y aplicando exactamente ambos dobleces sobre el reborde de la *chaise-longue* si se quería obtener la mayor seguridad posible. Se procedía luego de la misma forma con la manta exterior, que era un poco más difícil de manejar, y Hans Castorp, como aprendiz torpe, no dejó de lamentarse al practicar los movimientos que le enseñaban. Joachim aseguró que sólo algunos veteranos sabían envolverse en las dos mantas a la vez con sólo tres movimientos. Ésa era una habilidad rara y envidiada que no sólo suponía largos años de aprendizaje, sino también disposiciones naturales. Hans Castorp, dejándose caer hacia atrás con la espalda doblada, al principio se echó a reír al oír las palabras de Joachim, quien al principio no comprendió lo que había de cómico en ello y le miró con un aire incierto; luego también rió.

—Está bien —dijo, cuando Hans Castorp estuvo tendido en la silla con la blanda almohada bajo la nuca y agotado por toda aquella gimnasia—; aunque estuviésemos a veinte grados bajo cero no podría pasarte nada.

Cuando terminó de hablar, se marchó al otro lado de la mampara de cristal para empaquetarse como su primo.

Lo que había dicho acerca de los veinte grados a Hans Castorp le pareció muy dudoso, pues sentía más bien frío. Tuvo varios escalofríos mientras, bajo los arcos de madera de la galería, contemplaba la niebla cada vez más oscura y que, de un momento a otro, daría paso a una nevada. Era extraño que, a pesar de aquella humedad, continuase teniendo las mejillas secas y ardientes, como si se hallara en una habitación caldeada.

Se sentía ridiculamente fatigado por los ejercicios que había realizado con las mantas ya que, en efecto, el *Ocean steamships* temblaba en sus manos cuando se lo aproximó a los ojos. Pensó que no gozaba de salud, que estaba completamente anémico, como había dicho el doctor Behrens, y por eso sentía tanto frío. Pero esas impresiones desagradables eran compensadas por la comodidad de su posición, por las cualidades difíciles de analizar y casi misteriosas de la *chaise-longue*, que Hans Castorp había ya apreciado en su primer ensayo y que se afirmaban de nuevo con

fuerza. Se debía sin duda a la calidad del almohadillado, a la inclinación favorable del respaldo, a la altura y anchura conveniente de los brazos, o sencillamente a la consistencia de la almohada. En una palabra, no se podía asegurar de un modo más humano el bienestar de sus miembros en reposo más que con aquella excelente hamaca. Y la satisfacción reinaba en el corazón de Hans Castorp al pensar que las dos horas vacías y sosegadas se hallaban ante él, las dos horas de la cura principal, consagradas por el orden del día, a que se sometía a pesar de no ser más que un invitado, y que aprobaba como una disposición muy oportuna. Era de naturaleza paciente, podía permanecer largo tiempo sin hacer nada y le gustaba, como el lector recordará, ese descanso placentero que una actividad aturdidora no consigue hacer olvidar ni desvanecer. A las cuatro seguía el té con pasteles y compota, después un poco de ejercicio al aire libre y luego un nuevo reposo en la hamaca; a las siete la comida, que ofrecía, como todas, sus tensiones y curiosidades y que era esperada con una impaciencia alegre; más tarde unos vistazos a la caja del estereoscopio, el calidoscopio y el tambor cinetoscópico… Hans Castorp sabía ya de memoria el programa del día, pero hubiera sido excesivo afirmar que estaba «adaptado».

En el fondo constituye una aventura singular esa «adaptación» a un lugar extranjero, esa auténtica transformación, a veces penosa, que se sufre en cierta manera por sí misma y con la intención decidida de renunciar cuando haya terminado y volver a nuestro estado anterior. Ese orden de experiencias se produce como una interrupción en el curso principal de la vida con el objetivo de «recuperar», es decir, de cambiar y renovar el funcionamiento del organismo que corría peligro o comenzaba a debilitarse en el transcurso monótono e inarticulado de la existencia.

¿Pero cuál es la causa de ese debilitamiento y esa oxidación que se debaten en una continuidad demasiado tiempo ininterrumpida? No es sólo una fatiga del cuerpo y el espíritu gastados por las exigencias de la vida (pues para ésta el sencillo repaso sería el remedio más reconstituyente), sino también algo que atañe al alma: la conciencia de la duración, la vivencia del tiempo, que amenaza perderse en una monotonía persistente, la conciencia de que ella misma se halla emparentada y unida al sentimiento de la vida y que la una no puede ser debilitada sin que la otra sufra y se debilite a su vez. Se han difundido muchos conceptos erróneos sobre la naturaleza del hastío. Se cree que la novedad y el carácter interesante de su contenido «hacen pasar» el tiempo, es decir, lo abrevian, mientras que la monotonía y el vacío alargan a veces el instante y la hora patéticamente. Pero esto es inexacto, pues, siendo en ocasiones así, la monotonía y el vacío pueden abreviar y acelerar vastas extensiones de tiempo hasta reducirlas a la nada. Por el contrario, un contenido rico e interesante es sin duda capaz de abreviar una hora e incluso un día, pero, considerado en conjunto, confiere al paso del tiempo amplitud, peso y solidez, de manera que los años ricos en acontecimientos pasan con mayor lentitud que los años pobres, vacíos y ligeros, que

el viento barre y se alejan volando. El hastío es, pues, en realidad, una representación enfermiza de la brevedad del tiempo provocada por la monotonía. Los grandes períodos de tiempo, cuando su curso es de una monotonía ininterrumpida, llegan a encogerse en una medida que espanta mortalmente al espíritu. Cuando los días son semejantes entre sí, no constituyen más que un solo día, y con una uniformidad perfecta la vida más larga sería vivida como muy breve y pasaría en un momento. La costumbre es una somnolencia o, al menos, un debilitamiento de la conciencia del tiempo, y cuando los años de la niñez son vividos lentamente y luego la vida se desarrolla cada vez más deprisa y se precipita, es también debido a la costumbre. Sabemos perfectamente que la inserción de nuevas costumbres es el único medio de que disponemos para mantenernos vivos, para refrescar nuestra percepción del tiempo, para obtener, en definitiva, un rejuvenecimiento, una confirmación, una mayor lentitud de nuestra experiencia del tiempo y, por ello, la renovación de nuestro sentimiento de la vida en general.

Tal es el objetivo del cambio de aires o lugar, del viaje de recreo; la influencia bienhechora del cambio y el episodio. Los primeros días de permanencia en un lugar nuevo tienen un ritmo alegre, es decir, robusto y amplio, y comprende unos seis u ocho días. Pero luego, en la medida en que uno se «adapta», comienza a sentir cómo se abrevian; quien se interesa por la vida o, mejor aún, quien desea interesarse por ella, percibe con espanto cómo los días se van haciendo ligeros y furtivos, y la última semana —por ejemplo, de cuatro— posee una rapidez y fugacidad inquietantes. Es verdad que el rejuvenecimiento de nuestra conciencia del tiempo ayuda a superar ese período intercalado y desempeña su papel aun después de volver a la regularidad. Después del cambio, los primeros días en nuestra casa nos parecen también nuevos, amplios y jóvenes, pero sólo al principio, pues uno se acostumbra más deprisa a la regularidad que a su interrupción, y cuando nuestra vivencia del tiempo asiste a su fatiga por la edad, o —signo de debilidad congénita— no ha estado muy desarrollado, se adormece rápidamente y al cabo de veinticuatro horas es como si nunca nos hubiésemos marchado y el viaje no hubiese sido más que el sueño de una noche.

Hemos incluido aquí estas anotaciones porque el joven Hans Castorp tenía algo parecido en la cabeza cuando, al cabo de unos días, dijo a su primo mirándole con ojos enrojecidos:

—Es ridículo y extraño que al principio el tiempo nos parezca tan largo cuando nos hallamos en un lugar nuevo. Es decir… Bueno, no estoy insinuando en modo alguno que me aburra, sino al contrario, puedo decir que me divierto espléndidamente. Pero cuando miro hacia atrás, retrospectivamente, me parece que llevo aquí desde hace no sé cuánto tiempo, y tengo la impresión de que para volver al instante en que llegué aquí, y en que no supe que había llegado cuando me dijiste: «¿Vas a bajar?», ¿lo recuerdas?, es preciso remontarse a toda una eternidad. Esto no

tiene nada que ver con la medida ni con la razón; es pura sensibilidad. Naturalmente, sería estúpido decir: «Tengo la impresión de que llegué aquí hace dos meses.» Eso no tendría sentido. No puedo decir más que «hace mucho tiempo».

—Sí —contestó Joachim, con el termómetro en la boca—. Yo me aprovecho; en cierto modo, puedo agarrarme a ti desde que te hallas conmigo.

Y Hans Castorp se rió de que Joachim hubiese dicho aquello, sin dar una explicación.

Ensayo de conversación en francés

No, no se había en modo alguno adaptado, ni en lo que se refiere a la vida de aquel lugar en toda su particularidad, cuyo conocimiento no pudo adquirir en tan pocos días (como solía afirmar, contradiciendo incluso a Joachim, no podría hacerlo tampoco en tres semanas), ni en lo que se refería a la adaptación de su organismo y a las condiciones atmosféricas tan particulares de «los de allí arriba» pues esa adaptación le producía un gran malestar, e incluso estaba convencido de que jamás la conseguiría.

La jornada estaba claramente dividida y organizada con previsión; era fácil habituarse a la rutina, pero en el marco de la semana y las unidades de tiempo más amplias, los días sufrían ciertos cambios regulares que se conocían lentamente, repitiéndose en la sucesión diaria de objetos y rostros. Hans Castorp tenía que aprender a cada paso, observar de más cerca las cosas que había mirado superficialmente y captar las novedades con una sensibilidad juvenil.

Por ejemplo, aquellos recipientes panzudos de corto cuello, que se hallaban en algunas puertas de los pasillos y con los que su mirada había chocado desde el día de su llegada, contenían oxígeno. Joachim se lo había dicho contestando a sus preguntas. Contenían oxígeno puro a seis francos el balón, y ese gas vivificador era administrado a los agonizantes para reanimarlos, aspirándolo por medio de un tubo. Detrás de las puertas, cerca de las cuales se hallaban colocados los balones, había agonizantes o *moribundi*, como dijo el doctor Behrens un día que Hans Castorp lo encontró en el primer piso. El doctor, con su bata blanca y sus mejillas azules, caminaba a lo largo del corredor y bajaron juntos por la escalera.

—Y bien, señor espectador objetivo —dijo Behrens—. ¿Podemos esperar la aprobación de sus observadores ojos? Confío en que así sea. Sí…, nuestra temporada de otoño ha sido bastante buena… Por otra parte, no he ahorrado gastos para conseguirlo. De todos modos, lamento que no quiera pasar el invierno entre nosotros, pues al parecer no está dispuesto a permanecer aquí más de ocho semanas, según he oído, ¿o quizá tres? Eso es una visita de compromiso. No hacía falta ni que se quitase el abrigo. En fin, como quiera, pero es realmente lamentable que no pase el invierno aquí, pues la *botte-vollée* —dijo bromeando y con un pésimo acento—, la sociedad internacional de allá abajo, no viene a Davos-Platz más que en invierno, y le aseguro que debería verlo, aunque no sea más que para instruirse. Es muy cómico ver a esos tipos saltar sobre sus esquíes. Y las mujeres… ¡Dios mío, las mujeres! Pintarrajeadas como aves del paraíso, no le digo más… Pero es hora de que asista a mi *moribundus* —añadió— en el número dos. Un caso terminal, ¿sabe? Salida por escotillón… Cinco docenas de balones de oxígeno ha sorbido ese tipo, ¡qué borracho! Pero antes de mediodía creo que ya será *ad penates*… Y bien, mi querido Reuter —dijo al entrar en

la habitación—, ¿no le parece que podríamos destapar una…?

Cerró la puerta y sus palabras se perdieron tras ella. Pero por un instante, Hans Castorp vio al fondo de la habitación, sobre la almohada, el perfil de cera de un joven, que había vuelto lentamente sus grandes pupilas hacia la puerta.

Era el primer moribundo que Hans Castorp veía en su vida, pues sus padres y su abuelo habían muerto, en cierta manera, a sus espaldas. ¡Con qué dignidad el joven había inclinado la cabeza sobre la almohada! ¡Cómo había cambiado de expresión la mirada de sus ojos grandes cuando se había vuelto lentamente hacia la puerta! Hans Castorp, todavía perdido en aquella visión fugaz, intentaba involuntariamente abrir unos ojos tan grandes, significativos y lentos como los del moribundo, mientras se dirigía hacia la escalera. Fue con esos ojos con los que miró a una señora que detrás de él había abierto una puerta y le había adelantado en el rellano. Reconoció a la señora Chauchat de inmediato. Ella sonrió ligeramente al ver aquellos ojos, luego se arregló el moño con la mano y bajó la escalera delante de él, sin ruido, sigilosamente, avanzando un poco la cabeza.

No trabó amistad alguna durante esos primeros días, y durante el tiempo que siguió, tampoco. El orden de la jornada, en su conjunto, no lo propiciaba. Además, Hans Castorp tenía un carácter reservado, se sentía como visitante y «espectador objetivo», como había dicho el doctor Behrens, y se contentaba gustoso con la conversación y la compañía de Joachim. Es cierto que la enfermera alargó en el pasillo tan persistentemente su cuello hacia ellos que Joachim, que ya le había concedido algunos instantes de charla, tuvo que presentarla a su primo. Con el cordón de sus lentes detrás de la oreja, hablaba con una afección casi atormentada y, en un examen más profundo, daba la impresión de que la tortura del tedio había turbado su inteligencia. Se hacía difícil librarse de ella, porque, cuando intuía el fin de la conversación, daba muestras de un miedo enfermizo, y cuando los jóvenes se disponían a marchar, se aferraba a ellos por medio de palabras y miradas presurosas, esbozando una sonrisa tan desesperada que, por piedad, permanecían un rato más a su lado. Hablaba largamente de su padre, que era abogado, y de su primo, que era médico, sin duda para aparecer de un modo ventajoso y desvelar sus relaciones en los círculos cultos. En lo referente a su paciente, que estaba detrás de la puerta, era hijo de un fabricante de muñecas de Coburgo llamado Rotbein y, recientemente, su lesión se había extendido al intestino. Dijo que eso era muy duro para aquellos que tenían que cuidar del enfermo, y mucho más si, como ella, se descendía de una familia de académicos y se tenía la fina sensibilidad de las clases superiores. Pero no podía volverle la espalda… Aseguró que, aunque no pudieran creerlo, hacía unos días, al regresar de una corta salida para comprar un poco de polvo dentífrico, encontró al enfermo sentado en la cama ¡con un vaso de espesa cerveza negra, una salchicha, un trozo de pan moreno y un cohombro! Su familia le había enviado todas aquellas

especialidades del país para fortalecerle. Pero al día siguiente, como es natural, estaba más muerto que vivo. Él mismo precipitaba su fin. Evidentemente, la liberación sería sólo para él, no para ella —sor Berta era su nombre, Alfreda Schildknecht, en realidad—, pues enseguida tendría que cuidar de otros enfermos en un estado más o menos avanzado, allí o en otro sanatorio; tal era la perspectiva que se abría ante ella; no tenía otra.

—Sí —asintió Hans Castorp—, su profesión debe de ser muy penosa; pero seguramente tiene satisfacciones. —Sí, seguramente tiene satisfacciones, pero es muy penosa.

—Bueno, deseamos que el señor Rotbein mejore.

Y los dos primos intentaron partir.

Pero ella volvió a aferrarse por medio de palabras y miradas, y daba lástima ver los esfuerzos que hacía para retener un poco más a los dos jóvenes. Hubiese sido cruel no concederle al menos un momento.

—Duerme —dijo—. No me necesita… Por eso he salido un rato al corredor…

Y comenzó a lamentarse del doctor Behrens, del tono con que le dirigía la palabra, un tono demasiado familiar teniendo en cuenta su origen. Prefería al doctor Krokovski, de quien dijo que estaba «lleno de alma». Luego volvió a hablar de su padre y su primo. Su cerebro no producía nada más.

Luchó en vano por retener un instante a los dos primos, elevando la voz súbitamente y gritando cuando quisieron marcharse, lo que finalmente hicieron. Con el cuerpo inclinado y mirándolos fijamente, la hermana les siguió como si hubiese querido retenerlos con la fuerza de sus ojos. Luego escapó un suspiro de su pecho y se metió en la habitación de su paciente.

Excepto con ella, Hans Castorp no trabó conocimiento aquellos días más que con la pálida dama de negro, aquella mexicana que había visto en el jardín y a quien llamaban «Tous-les-deux». En efecto, él también oyó de su boca aquella lugubre fórmula que se había convertido en su apodo; pero como estaba preparado, se mantuvo en una actitud correcta y quedó satisfecho de sí mismo.

Los primos la encontraron ante la puerta principal en el momento de salir, después de la primera comida, para dar el paseo reglamentario de la mañana. Iba envuelta en un mantón negro, andaba con las rodillas temblorosas a grandes pasos inquietos, fatigándose en su ir y venir. El velo, con el que cubría sus cabellos canosos y anudado bajo la barbilla, realzaba la palidez de su rostro envejecido y su boca contraída por el sufrimiento.

Joachim, como de costumbre sin sombrero, la saludó inclinándose y ella respondió lentamente, al tiempo que las arrugas se marcaban de un modo más profundo en su angosta frente. Se detuvo al ver un personaje nuevo, y esperó, contrayendo ligeramente los hombros, a que se acercasen los dos jóvenes, pues, al

parecer, consideraba necesario enterarse de si el extranjero conocía su destino y deseaba recoger su opinión.

Joachim presentó a su primo. Por debajo de su mantilla ella tendió la mano al visitante, una mano delgada, amarillenta, muy venosa y adornada con sortijas, mientras continuaba mirándolo y moviendo la cabeza. Luego vino lo que Hans esperaba:

—*Tous les deux, Monsieur* —dijo—. *Tous les deux, vous savez…*

—*Je le sais, Madame* —contestó Hans Castorp con voz sorda—. *Et je le regrette beaucoup*.

Sus ojeras eran tan grandes y pesadas como nunca había visto en un ser humano. Un suave perfume mustio emanaba de ella. Él sintió su corazón lleno de una emoción dulce y grave.

—*Merci* —dijo la dama con un acento gutural que armonizaba extrañamente con aquel ser destrozado por el dolor, y una de las comisuras de su enorme boca pendió trágicamente. Luego retiró la mano bajo la mantilla, inclinó la cabeza y echó a andar de nuevo.

Hans Castorp dijo al alejarse:

—Como ves, no ha sido tan difícil. Siempre sé comportarme con esta clase de personas. Creo que estoy hecho para mantener relaciones con ellas. ¿No opinas lo mismo? Incluso creo que, en conjunto, me entiendo mejor con las personas tristes que con las alegres. Dios sabe a qué es debido. Tal vez al hecho de que soy huérfano y perdí a mis padres tan pronto. Pero cuando la gente está triste y la muerte anda en juego, no me siento oprimido ni desconcertado; me siento, por el contrario, mejor que cuando todo va bien, lo que ya no me gusta tanto. Estos días pensaba que es una estupidez por parte de todas esas mujeres temer tanto la muerte y a todo lo que con ella se relaciona, hasta el punto de que se esté obligado a ocultárselo todo y a llevar el Santo Sacramento cuando ellas se encuentran comiendo. ¡Eso es pueril! ¿No te gusta ver un ataúd? A mí me encanta, ver de vez en cuando alguno. Me parece que un ataúd es un mueble hermoso, incluso cuando está vacío; pero cuando hay alguien dentro me parece que es verdaderamente solemne. Los entierros tienen algo de edificantes, y me he repetido con frecuencia que, para buscar recogimiento, se debería ir a un entierro en vez de a la iglesia. La gente va vestida con severo traje negro, se quita el sombrero y todos se comportan respetuosamente, nadie se atreve a bromear, como ocurre siempre en otras circunstancias. Me gusta mucho ver el recogimiento solemne de la gente. A veces me he preguntado si hubiera sido mejor hacerme pastor; creo que, desde cierto punto de vista, eso no hubiera dejado de convenirme… ¡Me parece que no he cometido ningún error al decirle aquello en francés!

—No —dijo Joachim—. «*Je le regrette beaucoup*» es completamente correcto.

¡Política sospechosa!

La jornada normal sufría ciertas variaciones regulares. Primeramente fue un domingo marcado por la presencia de una orquesta en la terraza, lo que se producía cada quince días y delimitaba, por tanto, la quincena durante la segunda mitad de la cual Hans Castorp había llegado.

Había llegado un martes y era por tanto el quinto día, un día de apariencia primaveral después de la tempestad y la recaída en el invierno; un día delicado y fresco, con nubes limpias en el cielo azul claro y un sol moderado sobre las vertientes y el valle, que habían recobrado su verdor estival, pues las primeras nieves estaban condenadas a fundirse rápidamente.

Era visible que todos se esforzaban en observar y distinguir ese domingo, y la administración y los huéspedes colaboraban en ese esfuerzo. Con el té de la mañana se sirvió una tarta de almendras y junto a cada cubierto había un pequeño búcaro con flores, violetas silvestres y algunas rosas de los Alpes, que los caballeros prendían en la solapa (el procurador Paravant, de Dortmund, se había puesto chaqué y chaleco verde), y los tocados de las señoras eran de una elegancia excepcional y vaporosa. La señora Chauchat apareció a la hora del almuerzo con una blusa de encaje, de manga corta. Entró cerrando con estrépito la puerta vidriera, hizo frente a la sala y, presentándose con cierto encanto, se dirigió en silencio hacia su mesa. Aquel vestido le sentaba tan bien que la vecina de Hans Castorp, la institutriz de Königsberg, estaba completamente entusiasmada. Incluso la pareja vulgar de la mesa de los rusos ordinarios había tenido en cuenta el día consagrado al Señor: el marido había cambiado su abrigo de cuero por una especie de levita corta, y sus zapatillas de fieltro por unos zapatos de cuero. Ella llevaba, bajo su boa deslucido y habitual, una blusa verde con cuello… Hans frunció el entrecejo y se ruborizó, lo que le ocurría con mucha frecuencia.

Inmediatamente después del segundo almuerzo comenzó el concierto en la terraza. Se reunieron allí instrumentos de todas clases y alternaron piezas solemnes y alegres hasta la hora de comer. Durante el concierto, la cura de reposo no era estrictamente obligatoria. Sin duda algunos disfrutaban, desde lo alto del balcón, de aquel regalo acústico, y en la explanada del jardín también había tres o cuatro hamacas ocupadas; pero la mayoría de los huéspedes se hallaba sentada junto a las pequeñas mesas blancas, en la terraza descubierta, mientras que los que compartían una alegre frivolidad, y que encontraban demasiado formal sentarse en las sillas, ocupaban los escalones de piedra que conducían al jardín, manifestando allí su carácter jovial. Eran jóvenes enfermos de ambos sexos cuyos nombres ya conocía Hans Castorp. Herminia Kleefeld se hallaba entre ellos, al igual que el señor Albin, que ofrecía a todo el mundo una gran caja de chocolatinas adornada con flores,

aunque él, en vez de comer, se limitaba a fumar con rostro paternal cigarrillos de boquilla dorada. Además del hombre bezón de la Sociedad del Medio Pulmón, se hallaba la señorita Levy, delgada y pálida como siempre; un joven de un rubio ceniza, al que llamaban Rasmussen y que dejaba colgar sus manos como dos lánguidas aletas a la altura de su pecho, y la señora Salomon, de Amsterdam, una mujer corpulenta vestida de rojo que se había unido igualmente a la juventud. Detrás de ella estaba sentado el joven de cabellos ralos, que sabía tocar el *Sueño de una noche de verano*, rodeando con los brazos sus puntiagudas rodillas y sin cesar de fijar sus miradas turbias en la nuca de la mujer. También había una señorita pelirroja de origen griego; otra joven, de origen desconocido, que tenía un perfil de tapir; el colegial voraz de los gruesos lentes; otro muchacho de quince a dieciséis años que se había puesto un monóculo y que, mientras tosía, se llevaba a la boca la uña alargada del dedo meñique y que parecía un perfecto imbécil, entre otros.

El joven que intentaba cubrirse la boca al toser contó a Joachim en voz baja que, a su llegada, estaba poco enfermo, que no tenía fiebre, y que sólo por precaución su padre, que era doctor, le había enviado allá arriba. Según la opinión del médico jefe debía permanecer allí unos tres meses. Pero transcurrido ese tiempo, tenía de 37,8 a 38 grados y estaba seriamente enfermo. Es cierto que vivía de una manera tan insensata que justificaba su estado.

Los dos primos se hallaban sentados solos en una mesa, pues Hans Castorp fumaba y bebía la cerveza negra que se había hecho traer después del almuerzo y, de vez en cuando, encontraba algo de placer en su cigarro. Un poco pesado por la cerveza y la música que, como siempre, le hacían bostezar e inclinar ligeramente la cabeza, contemplaba con los ojos enrojecidos aquella despreocupada vida de balneario, y era consciente de que todas aquellas gentes languidecían por momentos y empeoraban sin descanso, y de que la mayoría de ellos se hallaba presa de una ligera fiebre. Todo ello prestaba al conjunto una singularidad violenta, una especie de atracción intelectual… Se bebía limonada gaseosa en las mesitas. En una terraza se tomaban fotografías. Otros cambiaban sellos, y la griega pelirroja dibujó al señor Rasmussen en su cuaderno, pero luego no quiso enseñarle el dibujo y, riéndose estrepitosamente, se volvió de tal modo que él no consiguió arrebatárselo de las manos. Herminia Kleefeld, con los ojos entornados, se hallaba sentada en un escalón y llevaba el compás con un periódico arrollado, dejando que el señor Albin prendiese en su blusa un ramito de flores silvestres. El joven bezón, acurrucado a los pies de la señora Salomon, hablaba con la cabeza elevada hacia ella, mientras el pianista de los pelos ralos continuaba mirando fijamente su nuca.

Llegaron los médicos y se mezclaron con los pacientes. El doctor Behrens con su blusa blanca y el doctor Krokovski con su blusa negra. Pasaron entre las mesitas y delante de cada una el médico jefe prodigó bromas cordiales, dejando una estela de

alegría a su paso; luego se aproximaron al grupo de jóvenes, cuya parte femenina se agrupó de inmediato alrededor del doctor Krokovski, dándose codazos y mirándose maliciosamente, mientras el médico jefe, en honor al domingo, mostraba a los caballeros un ejercicio de habilidad sobre sus zapatos de lazadas: apoyó su enorme pie en un escalón, se deshizo la lazada, cogió la cinta hábilmente con una sola mano y, sin ayudarse de la otra, consiguió hacer el lazo con tal maestría que todos quedaron asombrados y algunos intentaron imitarle en vano.

Más tarde apareció Settembrini en la terraza. Procedente del comedor, llegó apoyándose en el bastón, vestido una vez más con su levita de paño y su pantalón amarillento, con su aire refinado y escéptico. Miró alrededor y se aproximó a la mesa de los primos diciendo: «¡Ah, bravo!»; luego pidió permiso para sentarse.

—Cerveza, tabaco, música —dijo—. ¡Ahí está su patria! Creo que tiene el sentido de las atmósferas nacionales, ingeniero. Está usted en su elemento, me alegro de veras. Déjeme formar parte de la armonía de su estado.

Hans Castorp rectificó su posición. Ya lo había hecho antes al divisar al italiano. Dijo:

—Llega tarde al concierto, señor Settembrini. Sin duda va a terminar pronto. ¿Le gusta la música? —Si me la imponen, no —contestó Settembrini—. No según el calendario; no cuando huele a farmacia y me es prescrita por razones sanitarias. Todavía me interesa un poco mi libertad, o al menos ese resto de libertad y dignidad humana que aún conservamos. Vengo a estos conciertos de visita, como usted hace entre nosotros; paso un cuarto de hora y sigo mi camino. Esto me proporciona una ilusión de independencia. No digo que sea algo más que una ilusión, pero ¿qué espera…? Lo cierto es que me proporciona cierta satisfacción. En lo que se refiere a su primo es diferente. Para él es un servicio. ¿No es verdad, teniente, que usted considera que esto forma parte del tratamiento? ¡Oh, no se esfuerce, sé que conoce el truco para conservar su orgullo en la esclavitud! Es una treta desconcertante. No todo el mundo en Europa entiende de eso. ¿Me preguntaba acerca de la música…? Pues bien, si usted ha dicho «aficionado a la música» —Hans Castorp no recordaba si había pronunciado estas palabras—, la expresión no está mal elegida, encierra un matiz de frivolidad afectuosa. Bien, pues… lo acepto, soy un aficionado a la música, lo que no significa que la estime particularmente, como estimo y amo por ejemplo la palabra, el vehículo del espíritu, el instrumento, el arado resplandeciente del progreso… La música es lo informulado, lo equívoco, lo irresponsable, lo indiferente. Tal vez quieran objetar que puede ser clara, pero la naturaleza también puede serlo al igual que un simple arroyuelo, ¿y de qué nos sirve eso? No es la claridad verdadera, es una claridad engañosa que no significa nada y no compromete a nada, una claridad sin consecuencias y, por tanto, peligrosa, puesto que nos lleva a contentarnos… Dejad tomar a la música una actitud magnánima. Bien…, así inflamará nuestros

sentimientos. ¡Pero se trata de inflamar nuestra razón! La música parece ser el movimiento mismo, pero a pesar de eso, sospecho en ella un atisbo de estatismo. Déjeme llevar mi tesis hasta el extremo. Tengo contra la música una antipatía de orden político.

Hans Castorp no pudo contenerse, golpeó con la mano sus rodillas y exclamó que en toda su vida jamás había oído nada semejante.

—Piénselo, ingeniero —dijo Settembrini sonriendo—. La música es inapreciable como medio supremo de provocar el entusiasmo, como fuerza que nos arrastra hacia adelante, cuando encuentra el espíritu preparado para sus efectos. Pero la literatura debe haberla precedido. La música sola no hace avanzar el mundo. La música sola es peligrosa. Para usted personalmente, ingeniero, es sin duda peligrosa. Su propia fisonomía me lo demostró cuando llegué.

Hans Castorp se echó a reír.

—¡Ah, mi cara…! ¡No me mire, señor Settembrini! No puede imaginar hasta qué punto me desfigura el aire que aquí reina. Me cuesta aclimatarme mucho más de lo que creí.

—Me temo que está equivocado.

—No. ¿Por qué? ¡Ni yo mismo sé por qué me siento tan fatigado!

—Me parece que debemos estar agradecidos a la dirección con estos conciertos —dijo Joachim con aire reflexivo—. Usted considera el asunto desde un punto de vista superior, señor Settembrini, en cierto modo como escritor, y no puedo contradecirle en ese plano. Pero a pesar de todo, creo que debe mostrarse agradecido por un poco de música. No soy, en modo alguno, músico, y además las obras interpretadas no son muy notables, ni clásicas ni modernas; es sencillamente música de banda, pero a pesar de todo, constituye un cambio agradable, que llena unas horas de algo diferente; las distribuye y las llena, una detrás de otra, de tal manera que rompe la monotonía, mientras que de lo contrario los días y las semanas pasan espantosamente. Mire, cada una de esas piezas musicales sin pretensiones dura unos siete minutos, ¿no es verdad? Pues bien, esos minutos constituyen algo en sí, tienen un principio y un fin, se destacan, de alguna forma evitan el deshacerse imperceptiblemente en el ritmo monótono del tiempo. Además, esas obras están divididas en ellas mismas por tiempos y medidas, de manera que siempre ocurre algo y cada instante tiene un cierto sentido al cual uno puede referirse, mientras que en otros casos… No sé si me he…

—¡Bravo! —exclamó Settembrini—. ¡Bravo, teniente! Ha definido a la perfección un aspecto incontestablemente moral de la música, a saber: que ella presta al transcurso del tiempo, midiéndolo de un modo particularmente vivo, una realidad, un sentido y un valor. La música despierta el tiempo, nos despierta al disfrute más refinado del tiempo… La música despierta…, y en este sentido es moral…, ética. El

arte es moral en la medida en que despierta. Pero ¿qué pasa cuando ocurre lo contrario: cuando entorpece, adormece y contrarresta la actividad y el progreso? También la música puede hacerlo, es decir, ejercer la misma influencia que los estupefacientes. Una influencia diabólica, señores. La droga pertenece al diablo, pues provoca la letargia, el estancamiento, la pasividad, el servilismo… Les aseguro que hay algo inquietante en la música. Sostengo que es de una naturaleza ambigua. No me excedo al calificarla de políticamente sospechosa.

Continuó esa diatriba y Hans Castorp le escuchaba; pero no consiguió comprenderle del todo, en primer lugar a causa de su fatiga, y además porque estaba distraído con los hechos y gestos de los jóvenes frivolos en los escalones. ¿Era posible lo que veía…? La señorita con cara de tapir se hallaba ocupada en coser un botón del pantalón de deporte del joven del monóculo. El asma hacía pesada y caliente la respiración de la joven, mientras que el muchacho tosía llevándose a la boca sus uñas largas como espátulas. Ambos estaban enfermos, ciertamente, pero aquella actitud no dejaba por eso de testimoniar las singulares costumbres que reinaban allí entre los jóvenes.

La banda tocaba una polca…

Hippe

De este modo el domingo se destacó netamente. La tarde estuvo también marcada por los paseos en coche que realizaron diversos grupos de huéspedes después del té, diversos coches arrastrados por dos caballos fueron hasta lo alto de la curva y se detuvieron ante la puerta principal para recoger a los clientes que los habían alquilado. Casi todos eran rusos, principalmente damas.

—Los rusos siempre pasean en coche —dijo Joachim a Hans Castorp.

Se hallaban de pie a la entrada y para distraerse presenciaban la escena.

—Van a Clavadell, o al lago, o al valle de Fluelen, o quizá al convento. Son las excursiones que hay. Si quieres, un día podemos ir, pero por ahora creo que tienes bastante con aclimatarte y no necesitas emprender nada nuevo.

A Hans Castorp le pareció bien. Tenía el cigarro en la boca y las manos en los bolsillos del pantalón. En esta postura miró a la pequeña y activa dama rusa que, acompañada de su delgada sobrina, tomaba asiento en un coche con otras dos mujeres: eran Marusja y madame Chauchat. Ésta se había puesto un guardapolvo de los de trabilla y no llevaba sombrero. Se sentó al lado de la anciana dama en el fondo del coche, mientras que las muchachas ocupaban el pescante. Las cuatro estaban alegres y no paraban de hablar. Hablaban y reían de la manta demasiado pequeña que apenas cubría sus rodillas, de las frutas rusas confitadas que la vieja tía llevaba en una caja adornada con algodón y puntillas de papel y que ya comenzaba a circular. Hans Castorp distinguía con facilidad la voz velada de la señora Chauchat. Como siempre, cuando esa mujer despreocupada aparecía ante sus ojos, se sentía seguro de aquel parecido que no había logrado identificar hasta que surgió en uno de sus sueños. Pero la risa de Marusja, el aspecto de sus ojos redondos y castaños que miraban puerilmente por encima del pañuelo que ocultaba su boca, y su pecho opulento que no parecía en modo alguno estar interiormente enfermo, le recordaban otra cosa turbadora que había observado recientemente, y por eso dirigió su mirada hacia Joachim sin mover la cabeza. Gracias a Dios, su rostro no estaba tan manchado como el otro día, ni sus labios tan lamentablemente deformados. Joachim miraba a Marusja en una actitud y con una expresión que no tenían nada de militares; por el contrario, parecía tan turbado y olvidado de sí mismo que uno se veía obligado a reconocer que su aspecto era el de un paisano. Pero en aquel instante, pareció despertar y dirigió una rápida mirada hacia Hans Castorp, que apenas tuvo tiempo de desviar los ojos y mirar hacia otra parte. Al mismo tiempo, éste sintió que su corazón latía con fuerza sin razón alguna y por su propio capricho, como siempre le ocurría allí arriba.

El resto del domingo no ofreció nada extraordinario, a excepción tal vez de la comida, que si bien no podía ser más abundante que de costumbre, se distinguía al menos por la delicadeza particular de los platos. En el almuerzo hubo pollo asado

adornado con cangrejos y cerezas troceadas, helados, pastas servidas en pequeñas cestas de azúcar hilado y plátanos frescos.

Por la noche, después de beber su cerveza, Hans Castorp sintió que sus miembros estaban muy agitados, más temblorosos y pesados que los días anteriores. A las nueve se despidió de su primo, se tapó con el edredón hasta las orejas y se durmió al instante.

Pero al día siguiente, el primer lunes que el visitante pasaba allí arriba, trajo una nueva modificación periódica en el orden del día: una de las conferencias que el doctor Krokovski daba cada quince días en el comedor ante todo el público adulto de lengua alemana y no moribundo del Berghof.

Se trataba, según Joachim informó a su primo, de una serie regular de cursillos, de una especie de divulgación científica bajo el título general de: «El amor como factor patógeno.»

Este entretenimiento didáctico tenía lugar después del segundo almuerzo y, según dijo Joachim, no era admisible —o al menos era muy mal visto— que se dejase de asistir. Por eso se consideraba una impertinencia sorprendente que Settembrini, a pesar de que hablaba el alemán mejor que nadie, no sólo no asistiese a las conferencias sino que, además, hiciera sobre ellas observaciones poco correctas. En lo que se refiere a Hans Castorp, estaba decidido a ir, en principio por cortesía, pero también por una curiosidad no disimulada. Sin embargo, antes hizo algo completamente erróneo: tuvo la idea de dar por su cuenta un largo paseo, de lo que se resintió hasta un punto que nunca hubiera supuesto.

—¡No puedo más! —exclamó, cuando por la mañana Joachim entró en su habitación—. Es evidente que no puedo continuar así. Estoy harto de la existencia horizontal; con este régimen la sangre se me adormece. En cuanto a ti, es completamente distinto, estás en tratamiento y no quiero influir en ti. Pero tengo ganas de dar un largo paseo después del desayuno, si no te importa. Iré adonde me conduzca el azar. Llevaré algunas provisiones y seré independiente. Ya veremos si soy otro hombre cuando regrese.

—Muy bien —dijo Joachim, al darse cuenta de la determinación de su proyecto —. Pero no te excedas, por favor. Aquí las cosas son muy distintas de allá abajo. Procura estar de regreso a la hora de la conferencia.

En realidad, no sólo razones físicas habían sugerido este proyecto al joven Hans Castorp. Le parecía que su cabeza caldeada, el mal gusto que frecuentemente sentía en la boca y las palpitaciones arbitrarias de su corazón, no se debían sólo a dificultades de aclimatación, si no también a otras cosas, como la conducta de sus vecinos rusos de habitación; los discursos que pronunciaban en la mesa la señora Stoehr, enferma e idiota; la tos pastosa del caballero austríaco que oía todos los días en el corredor; las palabras del señor Albin; sus conjeturas sobre las relaciones que

mantenían aquella juventud enferma; la expresión del rostro de Joachim cuando miraba a Marusja, y otras observaciones que había hecho. Pensaba que sería bueno escapar del círculo mágico del Berghof, respirar profundamente el aire libre y hacer ejercicio a fin de descubrir por qué estaba fatigado por las noches.

Se separó de Joachim cuando, después del desayuno, éste se dispuso a emprender su habitual paseo hasta el banco del arroyuelo, para seguir su camino, con el bastón en la mano, y descender por la carretera.

Era una mañana fresca y cubierta; las ocho y media. Como se había propuesto, Hans Castorp aspiró profundamente el aire matinal, esa atmósfera fresca y ligera que penetraba sin esfuerzo, que no tenía humedad y carecía de contenido y recuerdos… Franqueó el torrente y los estrechos raíles, encontró el camino irregularmente bordeado de casas y, abandonándolo, penetró por un sendero a través de los prados que, tras un corto trayecto llano, se elevaba en una fuerte pendiente hacia la derecha. Esa subida alegró a Hans Castorp, su pecho se dilató, con el puño del bastón empujó su sombrero hacia atrás y, cuando alcanzó cierta altura y contempló el paisaje, divisó a lo lejos el espejo del lago cerca del que había pasado a su llegada. Entonces se puso a cantar.

Cantaba los fragmentos que se le ocurrían, toda clase de canciones sentimentales y populares, canciones de estudiantes y deportistas entre ellas una que contenía estas líneas:

«Que los bardos canten el amor y el vino,
pero con mucha más frecuencia la virtud…»

Comenzó cantando en voz baja para terminar haciéndolo a pleno pulmón. Su voz de barítono era dura, pero en aquel momento le parecía bella y se entusiasmaba a medida que iba cantando.

Cuando llegaba a una nota demasiado alta apelaba al falsete y su voz continuaba pareciéndole bella. Cuando su memoria fallaba, salía del paso poniendo a la melodía palabras y sílabas desprovistas de sentido que, a la manera de los cantares de ópera, pronunciaba modulándolas con los labios y arrastrando guturalmente las erres. Finalmente, llegó a improvisar, tanto en el texto como en la melodía, y a acompañar su producción con movimientos operísticos de los brazos. Como resultaba muy costoso subir y cantar al mismo tiempo, su respiración se precipitó y comenzó a faltarle. Pero por idealismo, por amor a la belleza del canto, resistió, lanzando frecuentes suspiros, y persistió hasta el último aliento, hasta que, completamente exhausto, con el pulso batiente y sin nada más ante sus ojos que un resplandor multicolor, se dejó caer junto al tronco de un pino, sintiéndose dominado, tras una exaltación tan extraordinaria, pero un pesimismo penetrante y unas náuseas incipientes.

Cuando se tranquilizó un poco, se puso en pie para reanudar el paseo. Su nuca temblaba con fuerza y, a pesar de su juventud, le meneaba la cabeza como antaño le ocurría al viejo Hans Lorenz Castorp. Él mismo recordó cordialmente a su abuelo difunto y, sin importarle, se complació en imitar la manera en que el viejo combatía aquel temblor sosteniéndose la barbilla.

Subió aún más arriba haciendo zigzag. Le atrajo el son de los esquilones y encontró un rebaño, que pacía en las cercanías de una choza, cuyo techo estaba asegurado con fragmentos de roca. Dos hombres barbudos se dirigían hacia él y se separaron en el momento en que se acercó a ellos.

—¡Bueno, adiós y mil gracias! —dijo uno al otro con voz gutural y, cambiándose el hacha de hombro, comenzó a descender entre los pinos del valle.

En su soledad, aquellas palabras resonaron singularmente en los oídos de Hans Castorp; las repitió en voz baja, esforzándose en imitar el acento gutural y solemnemente torpe del montañés. Luego siguió ascendiendo, pues quería alcanzar el límite del bosque, pero después de contemplar un momento la subida, renunció a su proyecto.

Tomó un sendero que, primero en terreno llano y luego inclinado, conducía a la aldea. Se internó en un bosque de coniferas de altos troncos y, mientras lo atravesaba, volvió a cantar en voz baja, pues sus rodillas temblaban en el descenso de un modo todavía más inquietante que antes.

Al salir del bosque se detuvo, sorprendido, ante la vista espléndida que se le ofrecía: un paisaje íntimamente aislado, de una plasticidad tranquila y grandiosa.

Por su lecho pedregoso y llano un torrente descendía por la vertiente de la derecha, deshaciéndose en espuma sobre unos bloques escalonados en marjales, y luego caía lentamente hacia el valle, pasando por debajo de un pequeño puente rústico de madera. El fondo del valle tenía el color azul de las campanillas, cuyas plantas con fruto abundaban. Enormes pinos y otros más pequeños aparecían aislados o agrupados en el fondo del barranco y en las vertientes y, uno de ellos, al borde del torrente, hundía en la roca sus raíces oblicuas, irguiéndose inclinado y extraño. En aquel lejano y bello paraje reinaba una soledad llena de rumores. Hans Castorp vio un banco al otro lado del torrente.

Franqueó el sendero, se sentó y se dispuso a contemplar el hermoso espectáculo del torrente, su espumoso descenso, escuchando aquel rumor idílico y uniforme, monótono pero lleno de variaciones. Hans Castorp amaba el murmullo del agua tanto como la música, quizá incluso más.

Pero apenas se sentó comenzó a sangrarle repentinamente la nariz, hasta el punto de que no pudo evitar que su traje se manchara. La hemorragia era violenta, persistente, y durante media hora tuvo que ir y venir sin cesar del banco al torrente para aclarar su pañuelo en el agua y tenderse de nuevo en el banco con el pañuelo

húmedo en la nariz. Permaneció tendido hasta que la hemorragia se detuvo, con las manos cruzadas detrás de la cabeza, las rodillas dobladas, los ojos cerrados y los oídos llenos de rumores. No sentía un excesivo malestar, sino más bien tranquilidad producida por aquella abundante sangría, hallándose en un estado de vitalidad singularmente disminuida, pues, al respirar, tuvo la impresión de no necesitar hacerlo de nuevo y, con el cuerpo inmóvil, dejó que su corazón palpitase suavemente antes de aspirar de nuevo, tardía y perezosamente.

Se encontró de pronto transportado a un lejano estado del alma, que era la imagen original del sueño que había tenido unas noches atrás, modelado según sus impresiones más recientes. Pero quedó tan poderosamente extasiado, tan completamente transportado a ese pasado, que se hubiera dicho que un cuerpo inanimado yacía en el banco, junto al torrente, mientras que el verdadero Hans Castorp se hallaba de pie, muy lejos, en un tiempo y un espacio remotos, en una situación arriesgada y singularmente embriagadora a pesar de su sencillez…

Tenía trece años, era alumno de tercer curso, un muchacho de pantalón corto, y hablaba en el patio con otro chico de su misma edad, pero que pertenecía a otra clase. Era una conversación que Hans Castorp había entablado bastante arbitrariamente, pero a pesar de su forzosa brevedad —a causa de su objeto preciso y netamente delimitado—, le satisfacía. Tenía lugar durante el recreo, antes de la última clase, entre la de historia y la de dibujo para el curso de Hans Castorp. En el patio —embaldosado con ladrillos rojos y provisto de dos puertas—, los alumnos iban y venían en filas, se agrupaban de pie o se apoyaban medio sentados en los salientes estucados del edificio. Había un fuerte bullicio de voces. Un profesor, tocado con un sombrero blando, vigilaba mientras comía un bocadillo.

El colegial con el que Hans Castorp hablaba se apellidaba Hippe y su nombre era Pribislav. Curiosamente la «r» de ese nombre se pronunciaba como una «ch», había que decir «Pchibislav», y ese extraño nombre era muy adecuado al aspecto del colegial, que no se trataba de un tipo ordinario, sino más bien un tanto exótico. Hippe, hijo de un historiador y profesor del liceo y, por consiguiente, alumno modélico y adelantado en un curso a Hans Castorp, aunque casi de la misma edad, era natural de Mecklemburgo, y su persona constituía sin duda el producto de una antigua mezcla de razas, de una alianza de sangre germánica y wendo-eslava o de una combinación análoga. Obviamente era rubio (llevaba los cabellos cortados al rape en su cráneo redondo). Sus ojos gris o azul grisáceos —se trataba de un color un tanto indeterminado y equívoco— eran de una forma particular, estrecha y, vistos de cerca, incluso un poco oblicua, y bajo esos ojos se destacaban unos pómulos bien marcados. En su conjunto, poseía una fisonomía que no tenía nada de movible, que era simpática, pero que le había valido entre sus camaradas el apodo del Tártaro. Por otra parte, Hippe llevaba ya pantalón largo y una chaqueta azul abrochada hasta el cuello

y muy ajustada a la espalda, en las solapas de la cual se percibían algunas motas de caspa.

Pero el hecho era que Hans Castorp había fijado su atención en ese Pribislav desde hacía tiempo; le había elegido entre la confusión de conocidos y desconocidos del patio del colegio; se interesaba por él, le seguía con la mirada y, ¿es preciso admitirlo?, le admiraba y lo consideraba con un interés especial. Ya cuando se dirigía a la escuela le gustaba observarle en sus relaciones con los compañeros de clase, verle hablar o reír y distinguir de lejos su voz, que era agradablemente velada y un poco ronca. Hay que admitir que no había razón suficiente para ese interés, exceptuando, tal vez aquel nombre pagano, aquella cualidad de alumno modélico, que en todo caso no significaba nada, o finalmente esos ojos de tártaro —ojos que, en ocasiones, cuando miraban oblicuamente sin fijarse en nada, se fundían en una especie de oscuridad velada—. No es menos cierto que Hans Castorp se preocupaba muy poco de justificar racionalmente sus sensaciones y de catalogarlas. Sin duda no podía hablar de amistad, puesto que ni siquiera «conocía» a Hippe. Pero en cualquier caso, nada obligaba a dar un nombre a esos sentimientos, ya que no pretendía plantear el tema y hablar de un asunto tan delicado. En segundo lugar, una palabra significa, si no una crítica, una definición, es decir, una clasificación en el orden de lo conocido y habitual, mientras que Hans Castorp estaba inconscientemente convencido de que un tesoro interior como aquél debía ser resguardado para siempre al abrigo de la definición y la clasificación.

Justificados o no, esos sentimientos tan alejados de una expresión y una comunicación de cualquier especie, eran de una vitalidad tal que Hans Castorp, desde hacía un año —en realidad, era imposible situar con exactitud su origen— los alimentaba en silencio, mostrando la fidelidad y constancia de su carácter —si se tiene en cuenta la cantidad formidable de tiempo que un año representa a esa edad.

Desgraciadamente, las palabras que designan un rasgo de carácter siempre tienen el alcance moral de un juicio, bien sea en forma de elogio, de censura o bajo ambos aspectos. La «fidelidad» de Hans Castorp, de la que no era particularmente consciente, consistía en juzgar sin emitir apreciación; en una cierta pesadez, lentitud y obstinación de sus pensamientos, en un espíritu conservador que le hacía ver las situaciones y circunstancias afectuosas de la vida tanto más dignas cuanto más consideradas y perpetuadas eran, cuanto más persistían en el tiempo.

De este modo se inclinaba a creer en la duración infinita del estado en el que él mismo se hallaba, estimándolo cada vez más y no sintiendo impaciencia alguna porque cambiase. Así pues, se había acostumbrado de todo corazón a esas relaciones discretas y distantes con Pribislav Hippe, manteniéndolas agarradas a su interior por un elemento durable de su existencia. Amaba las emociones que le provocaban sus encuentros, la tensión de si el otro pasaría cerca de él, si le miraría, las satisfacciones

silenciosas y delicadas que le producía su secreto, e incluso las decepciones que se derivaban, la más grande de las cuales era que Pribislav «faltase a la clase», pues entonces el patio estaba vacío y el día quedaba privado de todo su sabor, aunque la esperanza persistía.

Eso duró un año, hasta el punto culminante de la aventura; luego duró otro año más gracias a la fidelidad conservadora de Hans Castorp, y más tarde cesó sin que se diera cuenta de la disolución y perdida de los lazos que le unían a Pribislav Hippe, al igual que no se había dado cuenta de su formación.

Debido a un traslado de su padre, Pribislav abandonó la escuela y la ciudad. Pero Hans Castorp apenas se enteró, pues ya lo había olvidado. Se puede decir que la imagen del Tártaro había aparecido imperceptiblemente en su existencia, envuelto en una tiniebla, que había ido adquiriendo cada vez más limpidez y relieve, hasta el instante de máxima proximidad y presencia corporal de cierto día en el patio; durante algún tiempo permaneció así en primer plano y luego, lentamente, se fue desvaneciendo sin la tristeza de las despedidas, sumiéndose de nuevo en la niebla.

Pero ese instante concreto, esa situación atrevida en que Hans Castorp se hallaba transportado, esa conversación, esa verdadera conversación con Pribislav Hippe, se produjo del siguiente modo:

Era la hora de la clase de dibujo y Hans Castorp se dio cuenta de que había olvidado el lápiz. Todos los compañeros tenían el suyo; pero ¿podía dirigirse a los alumnos de otras clases para pedir prestado un lápiz? De entre todos, Pribislav Hippe era al que conocía mejor, era de quien se preocupaba en silencio con más frecuencia. Así, alegre y decidido, resolvió aprovechar aquella ocasión —de tal forma lo definió como una «ocasión»— para pedir prestado un lápiz a Pribislav. No comprendía que era un poco extraño, pues no conocía a Hippe, o al menos no quiso pensarlo, cegado por una extraña audacia. Y de pronto, en el tumulto del patio embaldosado de ladrillos, se encontró realmente ante Pribislav Hippe y le dijo:

—Perdóname, ¿puedes prestarme un lápiz?

Pribislav lo miró con sus ojos de tártaro por encima de los pómulos salientes y habló con voz agradablemente ronca, sin extrañarse, o al menos sin parecer sorprendido.

—Con mucho gusto —dijo—. Pero es preciso que me lo devuelvas sin falta después de la clase.

Y sacó el lápiz del bolsillo; un lapicero plateado, con una anilla que había de correrse para que el lápiz barnizado de rojo saliese de su estuche de metal. Le explicó el sencillo mecanismo mientras sus dos cabezas se hallaban inclinadas.

—No lo rompas —añadió.

¿Qué insinuaba? Como si Hans Castorp tuviese la intención de no devolver el lápiz o romperlo.

Luego se miraron sonriendo y, como no había nada más que decir, se volvieron y se separaron.

Eso fue todo. Pero jamás en su vida Hans Castorp se sintió más alegre que durante la clase de dibujo, usando el lápiz de Pribislav Hippe, con la perspectiva de tener que devolverlo a su dueño, don en cierta manera suplementario que le era concedido. Se tomó la libertad de sacar punta al lápiz y conservó tres o cuatro de las virutas lacadas de rojo, que permanecieron durante casi todo un año en un cajón interior de su pupitre sin que nadie que las hubiera visto hubiese sospechado la importancia que tenían.

Por otra parte, la devolución se llevó a cabo de la forma más sencilla, lo que correspondía perfectamente al espíritu de Hans Castorp.

—¡Toma —dijo—, muchas gracias!

Pribislav no dijo nada, se limitó a verificar rápidamente el mecanismo y a guardar el lápiz en el bolsillo…

No volvieron a hablar. Pero al menos, gracias al espíritu emprendedor de Hans Castorp, habían hablado una vez…

Abrió los ojos turbados por la profundidad de su ausencia. «Creo que he soñado —pensó—. Sí, era Pribislav… Hacía mucho tiempo que no pensaba en él. ¿Dónde habrán ido a parar las virutas del lápiz? El pupitre está en el desván, en casa de mi tío Tienappel. Deben de estar todavía en el cajón interior, a la izquierda. No las saqué jamás. Nunca se me ocurrió tirarlas… Era Pribislav en carne y hueso, nunca hubiera creído que volvería a verle con tanta claridad. ¡Cómo se parecía a esa mujer del sanatorio! ¿Por eso me interesa tanto? ¿O es tal vez por eso por lo que me interesé por él? ¡Tonterías! ¡Unas hermosas tonterías! Ya es hora de que me marche, y lo antes posible.»

Sin embargo, permaneció un rato tendido, soñando y recordando. Luego se puso en pie.

—¡Adiós, pues, y mil gracias! —dijo, y sonrió con los ojos llenos de lágrimas.

Se dispuso a iniciar el camino de regreso, pero con el sombrero y el bastón en la mano, se sentó de nuevo rápidamente, pues se daba cuenta de que sus rodillas no le sostenían.

«¡Pero bueno! —pensó—. Me parece que esto no funciona. Sin embargo, a las once en punto debo estar en el comedor para la conferencia. Los paseos son aquí muy agradables, pero según parece, tienen también sus dificultades. De todos modos no puedo quedarme aquí. Lo que ocurre es que estoy un poco anquilosado por haber permanecido tendido. Si me muevo, mejoraré.»

Intentó de nuevo ponerse en pie y, gracias a un gran esfuerzo, lo consiguió.

Tras aquella partida orgullosa, el regreso fue lamentable. Varias veces tuvo que descansar al borde del camino cuando las palpitaciones irregulares de su corazón le

cortaban el aliento. Sentía que su rostro palidecía y que un sudor frío le perlaba la frente. Tuvo que esforzarse para descender en zigzag, pero cuando en la proximidad del sanatorio llegó al valle, comprendió que no había manera de franquear por sus propios medios el largo trayecto hasta el Berghof y, como no había tranvías ni ningún coche de alquiler, rogó a un mecánico que conducía un camión lleno de cajas vacías que le dejase subir. Al lado del conductor, con las piernas colgando fuera del vehículo, observado por los transeúntes sorprendidos, balanceando y moviendo la cabeza por las sacudidas del vehículo, continuó su camino, bajó cerca del paso a nivel, pagó sin darse cuenta de si era mucho o poco, y subió presurosamente por el camino del sanatorio.

—*Dépechez-vous, Monsieur!* —le dijo el portero francés—. *La conférence de Monsieur Krokovski vient de commencer.*

Dejando el bastón y el sombrero en el guardarropa, Hans Castorp entró con cierta precaución, con la lengua entre los dientes, por la puerta vidriera entreabierta del comedor, donde los huéspedes estaban sentados en sillas alineadas, mientras, a la derecha, el doctor Krokovski, de levita, detrás de una mesa cubierta con un mantel y provisto de una botella de agua, hablaba.

Análisis

Un asiento libre, en un rincón cercano a la puerta, atrajo felizmente su mirada. Se colocó con discreción y procuró fingir que se hallaba sentado allí desde el principio. El público, con la atención de los primeros minutos y suspendido de los labios del doctor Krokovski, no reparó en él. Era una circunstancia afortunada, pues ofrecía un aspecto espantoso. Su rostro estaba pálido como el lino y su vestido manchado de sangre, de modo que parecía un asesino que acabase de cometer un crimen. La dama que se hallaba sentada ante él volvió la cabeza y le miró con sus alargados ojos. Era madame Chauchat. La reconoció con una especie de irritación. ¡Otra vez! ¿Nunca le dejaría en paz? Había esperado poder sentarse tranquilamente y descansar un poco, y de pronto se hallaba una vez más cara a cara con aquella mujer. Esta casualidad tal vez hubiera sido agradable en otra circunstancia, pero cansado y agotado como estaba, ¿qué podía importarle? Su presencia suponía nuevas exigencias impuestas a su corazón y esto le tendría en vilo durante toda la conferencia. Ella le había mirado exactamente como el propio Pribislav, había observado su rostro y las manchas de su vestido con una insistencia bastante desconsiderada, como es de esperar en una mujer que daba portazos. ¡Qué mal se comportaba! No se parecía en nada a las mujeres que pertenecían al medio familiar de Hans Castorp, quien, con el cuerpo erguido, volvía la cabeza hacia su vecino de mesa, hablando con la punta de los labios. Madame Chauchat se dejaba caer sobre la silla; su espalda era redonda y dejaba pender los hombros hacia adelante; inclinaba la cabeza cada vez más, de manera que la vértebra de la nuca abultaba en el escote de la blusa blanca. Pribislav hubiese puesto la cabeza de la misma manera. Era sin duda un alumno modélico que se comportaba con honor y corrección (aunque ésta no fuese la razón por la que Hans Castorp le hubiese pedido prestado el lápiz), mientras que era evidente que el aspecto negligente de la Chauchat, su manera de dar portazos y la despreocupación de su mirada estaban en relación con su enfermedad; se permitía esas licencias deshonrosas, de las que el señor Albin se mofaba…

Los pensamientos de Hans Castorp se hicieron confusos mientras miraba la espalda indolente de madame Chauchat; de pronto cesaron de ser pensamientos y se convirtieron en una especie de ensueño, en el que la voz lánguida de barítono del doctor Krokovski pronunciaba las erres con una sonoridad apagada. Pero el silencio que reinaba en la sala, la atención que parecía tener todo el mundo, se apoderó de él y le despertó completamente de su ensueño confuso.

Miró alrededor… A su lado se hallaba sentado el pianista de cabellos ralos, con la cabeza hundida en la nuca, la boca entreabierta y los brazos cruzados, escuchando con atención. La institutriz, la señorita Engelhart, algo más lejos, tenía los ojos ávidos y manchas rojas en las mejillas, ardor que se encontraba también en los rostros de las

otras damas. Hans Castorp pudo comprobarlo en el de la señora Salomon —sentada al lado del señor Albin—, y en el de la mujer del cervecero, madame Magnus, la que perdía albúmina. En el rostro de la señora Stoehr, un poco más atrás, se dibujaba una expresión de exaltación tan extravagante y estúpida que daba lástima, mientras que la señorita Levy, con su cutis de marfil y sin moverse, respiraba con un ritmo fuerte y regular, lo que hizo pensar a Hans Castorp en una figura femenina de cera que vio en un museo y que tenía un mecanismo en el interior del pecho.

Algunos huéspedes se llevaban la mano abombada a la oreja o iniciaban ese gesto, manteniendo la mano levantada a medio camino, como si se hubieran quedado paralizados por un exceso de atención. El procurador Paravant, un hombre moreno de apariencia robusta, se daba con el dedo índice golpecitos en la oreja para oír mejor y luego la dirigía de nuevo hacia la oleada de palabras del doctor Krokovski.

¿De qué hablaba el doctor Krokovski? ¿Qué pensamientos estaba desarrollando? Hans Castorp procuró concentrar su atención para coger el hilo, lo que no consiguió enseguida porque no había oído el principio y reflexionaba sobre la espalda indolente de madame Chauchat. Se trataba de la potencia del amor. ¡Naturalmente! El tema se sugería en el título general del ciclo de conferencias y, además, ¿de qué otra cosa hubiera podido hablar el doctor Krokovski, puesto que ésta era su especialidad? Era bastante extraño para Hans Castorp asistir de pronto a un curso sobre el amor, cuando no había oído hablar más que de temas como el mecanismo de las transmisiones de a bordo de los buques. ¿Cómo se las arreglaban para tratar en pleno día y por la mañana, ante damas y caballeros, un asunto tan espinoso y confidencial?

El doctor Krokovski utilizaba un lenguaje medio poético y medio doctoral, con una frialdad completamente científica pero al mismo tiempo con un tono vibrante y musical, que parecía un poco extraño al joven Hans Castorp, aunque ese tono pudiese ser la explicación de las ardientes mejillas de las damas y del interés de los caballeros.

En particular el orador empleaba la palabra «amor» en un sentido ligeramente variable, de manera que nunca se sabía del todo a qué se refería, si contenía un sentimiento piadoso o una pasión carnal, lo cual producía una especie de mareo. Nunca en su vida había oído Hans Castorp pronunciar esa palabra tantas veces seguidas como en aquel lugar y, cuando reflexionaba sobre ello, le parecía que él mismo jamás había pronunciado esa palabra, ni la había oído en una boca ajena. Podía encontrarse en un error. En cualquier caso, le pareció que la palabra no ganaba nada siendo tantas veces repetida. Por el contrario, esas dos sílabas acabaron por parecerle repugnantes, se hallaban asociadas a una imagen como de leche aguada, a algo blanco azulado, dulzón, sobre todo comparándolas con otras palabras empleadas por el doctor Krokovski. Era indudable que éste sabía decir cosas atrevidas sin que el público se marchara. Se limitaba a mencionar, con una especie de cadencia enervante,

hechos generalmente conocidos pero comúnmente silenciados; destruía las ilusiones, rendía despiadadamente homenaje al conocimiento, sin dejar lugar a una fe sentimental en la dignidad de los cabellos blancos y en la pureza angélica de la tierna infancia.

Por otra parte, con la levita, llevaba su cuello de camisa blando y sus sandalias sobre calcetines grises, lo que daba una impresión de convicción e idealismo que no dejó de impresionar a Hans Castorp.

Apoyándose en citas de libros y folletos esparcidos sobre la mesa, en ejemplos y anécdotas, e incluso a veces recitando versos, el doctor Krokovski habló de formas aberrantes del amor, de variedades extrañas, lastimosas y lúgubres, de su naturaleza y su prepotencia. De todos los instintos naturales aseguraba que era el más vacilante y amenazado, inclinado fácilmente al extravío funesto y la perversión, y eso no tenía nada de extraño, pues ese poderoso impulso era muy complejo, de una naturaleza infinitamente compuesta y —por legítima que pareciera por lo general— constituida enteramente de perversiones.

Pero puesto que —continuó diciendo el doctor Krokovski—, no era aceptable la deducción del absurdo del todo a partir del absurdo de las partes, debía considerarse la legitimidad del conjunto, si no completamente, al menos en parte. Era una exigencia de la lógica y rogó a sus oyentes que pensaran en ello. Había resistencias morales y correctivos, instintos de conveniencia y orden —que casi podrían llamarse burgueses—, cuyos efectos compensadores y limitadores fundían las partes diferentes en un todo singular y útil; a pesar de todo, era un desarrollo frecuente y feliz, pero cuyo resultado (como el doctor Krokovski añadió desdeñosamente) no competía al médico ni al pensador.

Mas, en otro caso, ese desarrollo no podía ni debía tener éxito, y ¿quién podía decir —preguntó el doctor Krokovski— que no era precisamente ese el caso más elevado y noble en lo que se refiere al alma? En ese caso, una tensión excepcional, una pasión que superaba las ordinarias medidas burguesas, se oponían a esos dos grupos de fuerza: la necesidad del amor y los instintos adversos, entre los que había de nombrar particularmente el pudor y la repugnancia. Y llevada a los fondos del alma, esta lucha impedía el aislamiento, la estabilización y moralización de los instintos erróneos, conduciendo así a la armonía usual, a la vida amorosa y reglamentaria.

Ese combate entre las potencias de la castidad y el amor —pues se trataba de eso — ¿cómo terminaba? Aparentemente con la victoria de la castidad, del temor, de las conveniencias. La repugnancia pudibunda, un tembloroso deseo de pureza, reprimían el amor, manteniéndolo en las tinieblas, no dejando más que en parte penetrar esas reivindicaciones confusas en la conciencia y manifestarse por medio de actos. Pero esa victoria de la castidad no era más que aparente y pírrica, pues la potencia del

amor era inviolable, el amor reprimido no podía morir, vivía, continuaba inclinándose en la profundidad de su secreto hacia su realización, rompiendo el círculo mágico de la castidad y reapareciendo, aunque bajo una forma transformada y difícil de reconocer.

—¿Bajo qué forma y qué máscara aparece al amor no admitido y reprimido? —preguntó el doctor Krokovski, y miró a lo largo de las filas del público como si esperase seriamente una respuesta de sus oyentes. Pero era una pregunta dirigida a sí mismo, como ya antes a sí mismo se había dicho tantas cosas. Nadie, excepto él, lo sabía; se le notaba en su expresión. Con sus ojos ardientes, su palidez de cera, su barba negra y sus sandalias de monje sobre calcetines grises, parecía simbolizar en su persona el combate entre la castidad y la pasión, de que había hablado. Al menos ésta era la impresión de Hans Castorp mientras que, como todo el mundo, esperaba con la mayor impaciencia enterarse bajo qué forma el amor reprimido reaparecía. Las mujeres apenas respiraban. El procurador Paravant meneó de nuevo su oreja para que, en el instante decisivo, estuviese abierta y dispuesta a recoger la respuesta.

Luego el doctor Krokovski dijo:

—Bajo la forma de la enfermedad. —El síntoma de la enfermedad era una actividad amorosa desvirtuada y toda enfermedad era el amor metamorfoseado.

Ahora ya se sabía, aunque no todos podían apreciarlo. Un suspiro recorrió la sala y el procurador Paravant movió la cabeza, con un aire aprobador, mientras que el doctor Krokovski continuaba desarrollando su tesis.

Por su parte, Hans Castorp bajaba la cabeza para reflexionar sobre lo que había oído y preguntarse si lo había comprendido. Pero como carecía de práctica en tales ejercicios mentales, y además estaba poco dispuesto a la reflexión a consecuencia de su paseo, su atención era fácil de distraer y se vio inmediatamente atraído por aquella espalda que estaba ante él, por el brazo que era su prolongación, elevándose y replegándose hacia atrás para sostener los cabellos trenzados ante la mirada de Hans Castorp.

Era deprimente tener esa mano tan cerca de los ojos, no podía evitar mirarla, observarla con todos sus defectos y particularidades humanas, como si fuera estudiada a través de una lupa. No, no tenía absolutamente nada de aristocrático esa mano rolliza de escolar, con las uñas cortadas de cualquier modo; tampoco se tenía la seguridad de que el exterior de los dedos estuviese limpio, y la piel, al lado de las uñas, parecía roída, de eso no cabía duda.

La boca de Hans Castorp se contrajo, pero sus ojos continuaron suspendidos de la mano de madame Chauchat, y por su mente pasó el vago recuerdo de lo que el doctor Krokovski había dicho sobre las reticencias burguesas que se oponen al amor… El brazo era más bello, estaba lánguidamente replegado detrás de la cabeza y parecía casi desnudo, pues la tela de la manga era más delgada que la de la blusa —una ligera

gasa—, de manera que se mostraba radiantemente aureolado y quizá hubiera sido menos gracioso sin ese velo. Al mismo tiempo era delicado y fresco. En lo que a aquel brazo se refería, no podía haber ninguna especie de resistencia burguesa.

Hans Castorp soñaba con la mirada fija en el brazo de madame Chauchat. ¡Cómo se vestían las mujeres! Mostraban su nuca, su garganta y transfiguraban sus brazos por medio de una gasa transparente… Hacían eso en el mundo entero para excitar el deseo nostálgico de los hombres. «¡Dios mío, qué bella es la vida! —pensó—. Es bella gracias a cosas tan naturales como el hecho de que las mujeres se vistan de forma seductora, pues eso es sin duda muy natural, tan usual y generalmente admitido que uno se da cuenta que se tolera inconscientemente sin hacer mucho caso. Pero debería pensarse en eso —se dijo Hans Castorp— para encontrar verdadero placer a la vida y darse cuenta de que se trata de un hecho delicioso y, en el fondo, casi fabuloso. Se comprende que las mujeres tienen derecho a vestirse de una manera deliciosa y mágica con un fin determinado, sin faltar por eso a las reglas del decoro, ya que se trata de la próxima generación, de la reproducción de la especie humana. ¡Perfecto! Pero cuando la mujer está interiormente enferma, cuando no es en modo alguno apta para la maternidad, ¿qué ocurre entonces? ¿Tiene algún sentido que lleve mangas de gasa para despertar la curiosidad de su cuerpo a los hombres, de un cuerpo interiormente carcomido? No tiene ningún sentido, y debería ser poco estimado y hasta prohibido, pues interesarse por una mujer enferma es poco razonable para un hombre…»

Tan insensato como su interés silencioso por Pribislav Hippe. Se trataba de una comparación estúpida, un recuerdo más bien penoso. Pero había surgido en su espíritu sin que él hubiese intervenido ni lo hubiese reclamado. Por otra parte, sus reflexiones se vieron interrumpidas en este punto, principalmente porque su atención fue de nuevo atraída por el doctor Krokovski, que había elevado la voz de un modo impresionante. El doctor estaba allí, de pie, con los brazos abiertos y la cabeza inclinada oblicuamente, detrás de la mesa y, a pesar de su levita, se parecía un poco a Nuestro Señor Jesucristo en la cruz.

Fue evidente que el doctor Krokovski, al terminar la conferencia, hacía una propaganda activa a favor de la disección psíquica y que, con los brazos en cruz, invitaba a todo el mundo a ir a él. «Venid a mí —parecía decir—, todos los que estáis afligidos y cargados de penas.» Y no admitía duda alguna en lo que se refiere a la convicción de que todos, sin excepción, estuviesen bajo esta pesadumbre. Habló del mal oculto, del pudor y la pena, de los efectos liberadores del análisis, celebró la explotación y la iluminación del inconsciente, preconizó la transformación y la enfermedad en un sentimiento consciente, exhortó a la confianza y prometió la curación.

Luego dejó caer los brazos, alzó la cabeza, reunió los impresos de que se había

servido durante la conferencia y, recogiendo todo aquello como si fuera un profesor, se alejó con la cabeza, tiesa y erguida, por el corredor.

Todos se pusieron de pie, empujando las sillas, y comenzaron a dirigirse lentamente hacia la misma salida por la que el doctor había abandonado la sala.

Parecían seguirle en un movimiento concéntrico, acudiendo a él desde todos los lados, involuntariamente, en una común atracción semejante al tumulto de las ratas tras el flautista de Hamelín.

Hans Castorp permaneció de pie en medio de aquella agitación, apoyando una mano en el respaldo de su silla.

«Aquí estoy sólo de visita —pensó—, estoy bien de salud, a Dios gracias, no formo parte de esto, y en la próxima conferencia ya no estaré aquí.»

Vio salir a madame Chauchat con su paso lento y la cabeza inclinada. «¿También se dejará disecar?», se preguntó, y el corazón comenzó a palpitarle… No se había dado cuenta de que Joachim se acercaba a él a través de las sillas y se estremeció nerviosamente cuando su primo le dirigió la palabra.

—Llegaste en el último momento —dijo Joachim—. ¿Fuiste muy lejos? ¿Cómo fue?

—¡Oh, muy bien! —respondió Hans Castorp—. Sí, fui bastante lejos. Pero debo confesar que no me ha sentado tan bien como esperaba. Era sin duda demasiado pronto o tal vez no debí hacerlo. Creo que, por ahora, no lo volveré a repetir.

Joachim no preguntó si la conferencia le había gustado y Hans Castorp no dio su opinión sobre este punto. Como por mutuo acuerdo no hicieron después la menor alusión a ella.

Dudas y reflexiones

Al llegar el martes, nuestro héroe llevaba ya una semana entre aquella gente de las alturas, y encontró por consiguiente en su habitación, al regresar de su paseo de la mañana, la factura de su primera semana, una factura de contabilidad cuidadosamente ejecutada, bajo un sobre verdoso con una cabecera ilustrada (el edificio del Berghof se hallaba representado bajo un aspecto seductor) y decorado en la parte superior izquierda con un extracto del prospecto compuesto en una estrecha columna de pequeños caracteres, donde «el tratamiento psíquico según los principios más modernos» era particularmente mencionado en negritas.

En lo que se refiere a lo escrito, se consignaba exactamente un total de 180 francos, de ellos 12 diarios por pensión y los cuidados médicos y 8 por la habitación; además, se incluía una suma de 20 francos por el «impuesto de entrada» y 10 francos por la desinfección de la habitación; otros gastos menores, como la ropa, la cerveza y el vino bebido en las comidas, redondeaban la suma.

Hans Castorp no encontró nada que rectificar cuando examinó la factura con Joachim.

—Es cierto —dijo— que no hago uso de los cuidados médicos, pero eso no es cosa mía; están incluidos en el precio de la pensión y no puedo exigir que se me deduzcan. Sería imposible. En cuanto a la desinfección, no creo que hayan gastado 10 francos de H_4CO_2 en fumigaciones contra el contagio de la americana. En suma, debo reconocer que es más barato que caro, en consideración a lo que ofrecen.

Antes del segundo almuerzo, fueron juntos a la «administración» para pagar la factura.

La «administración» se encontraba en el entresuelo. Cuando, después del vestíbulo, se seguía el pasillo pasando al lado del ropero, las cocinas y las despensas, era inevitable encontrar la puerta, ya que ésta tenía un letrero de porcelana. Con gran interés Hans Castorp trabó conocimiento con el centro comercial de la empresa.

Era, en efecto, una verdadera oficina, aunque pequeña. Una mecanógrafa estaba escribiendo y tres secretarios se hallaban inclinados sobre sus escritorios, mientras que, en la habitación de al lado, un señor con el aspecto distinguido de ser jefe o director trabajaba sentado ante una mesa americana, lanzando por encima de los cristales de sus lentes una mirada fría sobre los clientes para inspeccionarlos escrupulosamente.

Mientras se les despachaba y se les entregaba el cambio de un billete guardaron una actitud severa y modesta, silenciosa, una actitud de subditos dóciles, como conviene a dos jóvenes alemanes que demuestran en toda oficina y en todo local de servicio el respeto debido a la autoridad.

Pero cuando estuvieron fuera, al dirigirse al comedor y durante el día, hablaron de

la organización del Instituto Berghof, y fue Joachim quien, en su calidad de residente informado, contestó a las preguntas de su primo.

El consejero áulico Behrens no era el propietario ni el arrendatario del establecimiento, aunque a primera vista pudiera dar esa impresión. Por encima de él y detrás de él había poderes invisibles, que precisamente sólo se manifestaban bajo la forma de una oficina. Era un consejo de administración, una sociedad por acciones a la que se podía pertenecer con gusto, pues, según lo que manifestaba Joachim, a pesar de los sueldos elevados de los médicos y los principios de una gestión muy liberal, la sociedad distribuía cada año a sus miembros un dividendo muy apreciable.

El médico jefe no era, por tanto, un hombre independiente, no era más que un agente, un funcionario, un aliado de las fuerzas superiores, el primero y mejor situado; era el alma del establecimiento que ejercía una influencia decisiva sobre toda la organización, sin excluir la intendencia, aunque como médico director estaba naturalmente exento de toda actividad referente a la parte comercial de la empresa. Procedente del noroeste de Alemania, se sabía que ocupaba desde hacía años aquella carga contra su voluntad y plan de vida; fue llevado allí por su mujer, de la que el cementerio del pueblo había recogido desde hacía tiempo los restos —ese cementerio pintoresco de Davos-Dorf situado en la vertiente de la derecha, a la entrada del valle —. Había sido una mujer encantadora, aunque asténica, a juzgar por las fotografías que se encontraban por todas partes en las habitaciones del médico jefe, y según las pinturas debidas a su propio pincel de aficionado que se hallaban colgadas en las paredes. Tras dar a luz un varón y una hembra, su cuerpo ligero y consumido por la fiebre fue transportado a estas regiones, y en pocos meses acabó de languidecer y consumirse. Se decía que Behrens, que la adoraba, había sufrido un golpe tan rudo que por algún tiempo se sintió poseído de melancolía e hizo extravagancias, y que en la calle llamaba la atención por sus risas ahogadas, sus gesticulaciones y sus monólogos. Luego no volvió a su medio originario, se quedó aquí, quizá porque no quiso alejarse de la tumba de su mujer, aunque la razón determinante se debió a un motivo menos sentimental: él mismo se vio atacado por la enfermedad y, según su propia opinión científica, su lugar estaba en esta región. Por eso se instaló como uno de esos médicos que son compañeros de sufrimientos de los que necesitan sus cuidados, que no combaten la enfermedad escapando a su influencia con total independencia y libertad, sino que ellos mismos la soportan, lo que sin duda tiene sus ventajas e inconvenientes.

La camaradería del médico y el enfermo debe ser elogiada, y se puede admitir que únicamente el que sufre puede ser el guía y salvador de los que también sufren. ¿Pero se puede concebir un verdadero dominio espiritual sobre un poder por alguien que se cuenta entre sus esclavos? El que está esclavizado, ¿puede proporcionar la liberación?

El médico enfermo es una paradoja, un fenómeno problemático para el sentimiento simple. Su conocimiento científico de la enfermedad, ¿no se ve más bien turbado y confundido por la experiencia personal, que enriquecido y moralmente fortificado? No mira al enfermo cara a cara con la mirada franca del adversario, se ve cohibido, no puede tomar claramente una decisión y, con todas las precauciones convenientes, es lícito preguntarse si quien forma parte del universo de los enfermos puede interesarse por la curación o simplemente por la conservación de los demás en la misma medida y grado que un hombre sano.

Hans Castorp manifestó parte de estas dudas y reflexiones mientras hablaba con Joachim sobre el Berghof y su médico jefe, pero Joachim dijo que no sabía si el doctor Behrens estaba aún enfermo. Quizá llevaba años curado…

Hacía mucho tiempo que había comenzado a ejercer, primero de un modo particular, pero pronto había adquirido fama de auscultador de oído extraordinariamente fino y de neumotomo muy seguro. El Berghof se había procurado sus servicios y su nombre se hallaba unido estrechamente desde hacía años al establecimiento.

Su habitación se hallaba situada al extremo del ala noroeste del sanatorio (el doctor Krokovski habitaba no lejos de allí), y aquella dama de antigua nobleza, la enfermera mayor de la que Settembrini había hablado de un modo tan sarcástico, y que Hans Castorp no había visto más que fugazmente, se encargaba de llevar su pequeña casa de viudo.

Por lo demás, el médico jefe estaba solo, pues su hijo estudiaba en las universidades alemanas y su hija se había casado con un abogado establecido en la Suiza francesa. El joven Behrens iba a veces durante las vacaciones, lo que había ocurrido ya una vez desde que Joachim permanecía allí, y éste aseguraba que las damas del sanatorio se mostraban agitadas, que las temperaturas subían, que se producían celos, disputas y querellas en las salas de reposo y que la consulta especial del doctor Krokovski se veía más frecuentada…

Al médico asistente le había sido concedida para sus ocupaciones particulares una sala especial, que estaba situada —como la gran sala de consulta, el laboratorio, la sala de operaciones y el servicio de radiografía— en el subsuelo bien iluminado del sanatorio. Hablamos de subsuelo porque la escalera de piedra que conducía allí desde el entresuelo daba, en efecto, la impresión de que se descendía a una especie de sótano, lo que no era más que una ilusión, pues el entresuelo estaba situado a bastante altura y, además, el Berghof había sido construido en la falda de la montaña, en un terreno en declive, y las habitaciones que componían este «sótano» se abrían al jardín y al valle. Estas circunstancias contradecían y compensaban, en cierto modo, el efecto y el sentido de la escalera, ya que se creía descender por ella bajo el nivel del suelo, pero en realidad, una vez allí, se encontraba uno al nivel de la tierra o, como mucho, a

dos palmos de profundidad. Esta impresión divirtió a Hans Castorp cuando, una tarde que su primo quiso hacerse pasar por el masajista, le acompañó a esa esfera «subterránea». Había allí una claridad y limpieza clínicas; todo era blanco y las puertas esmaltadas, entre ellas la de la sala de consultas del doctor Krokovski, en la que la tarjeta de visita del sabio había sido fijada por medio de chinchetas y hacia la cual conducían dos escalones desde el pasillo, de modo que la habitación adquiría el aspecto de una celda. Esta puerta estaba situada a la derecha de la escalera y al extremo del pasillo, y Hans Castorp la observó particularmente mientras, esperando a Joachim, iba y venía por el corredor.

Vio salir a alguien, una dama que había llegado recientemente y cuyo nombre aún no conocía, una mujer pequeña y grácil, con una cinta en la frente y pendientes de oro. Se inclinó al subir los escalones y recogió su falda, mientras que con su mano llena de sortijas apretaba el pañuelo contra su boca y miraba hacia el vacío con ojos pálidos y extraviados. Dando unos pasos muy cortos se aproximó a la escalera, se detuvo de pronto como si acabara de acordarse de algo importante, echó de nuevo a andar y desapareció luego sin retirar el pañuelo de sus labios. Cuando la puerta se abrió, Hans Castorp advirtió que allí había mucha más oscuridad que en el corredor blanco; la luminosidad de éste no se extendía aparentemente hasta allí. Una semiclaridad velada, un profundo crepúsculo, reinaban en el gabinete de análisis del doctor Krokovski, como observó Hans Castorp.

Conversaciones de mesa

Durante las comidas en el comedor bullicioso, el joven Hans Castorp se sentía un poco turbado por el hecho de que, desde el paseo que había realizado por iniciativa propia, le había quedado el temblor de cabeza de su abuelo —precisamente, se le manifestaba casi con regularidad en la mesa, y no había forma de impedirlo y era difícil disimularlo. Además del recurso consistente en apoyar su barbilla en el cuello, lo que no podía prolongarse mucho, encontró algunos medios de disfrazar su debilidad; por ejemplo, procuraba mover la cabeza al hablar, tanto a derecha como a izquierda; o bien, cuando se llevaba la cuchara a la boca, apoyaba la cabeza en la mano, aunque considerase esa actitud una verdadera grosería y no pudiese admitirse más que en una reunión de enfermos liberados de las conveniencias.

Todo eso le resultaba penoso y casi lamentaba que llegara la hora de las comidas que, por otra parte, él apreciaba tanto a causa de las incidencias y las curiosidades interiores que provocaban.

Pero el hecho —y Hans Castorp no lo ignoraba— de que el fenómeno reprensible contra el que luchaba no era de origen simplemente físico, no podía ser sólo explicado por el aire de las montañas ni por sus dificultades de aclimatación, sino por su agitación interior, y provenía directamente de esas tensiones y curiosidades que implicaban.

La señora Chauchat llegaba casi siempre con retraso a la mesa y, hasta que no lo hacía, Hans Castorp no podía dejar de mover los pies, pues esperaba el estrépito de la puerta vidriera que acompañaba inevitablemente a su entrada, y sabía que se sobresaltaría y que sentiría que su rostro se helaba, como en efecto le ocurría.

Al principio volvía cada vez la cabeza con irritación, acompañando a la negligente dama con mirada furiosa hasta la mesa de los rusos distinguidos; incluso había murmurado entre dientes alguna que otra invectiva, alguna exclamación de desagrado y despecho. Pero ya no hacía nada de eso; por el contrario, inclinaba la cabeza sobre el plato y se mordía los labios o, con un movimiento brusco, se volvía hacia el otro lado, pues le parecía que no tenía derecho a encolerizarse; no se sentía lo bastante libre como para censurar, se consideraba más bien una especie de cómplice de aquella conducta y en parte responsable ante los demás, en una palabra, sentía vergüenza y hubiese sido inexacto afirmar que la sentía por madame Chauchat, ya que era una cuestión personal; sentía vergüenza ante los demás, de lo cual, por otra parte, hubiera podido prescindir completamente, pues nadie en la sala se preocupaba ni de los portazos de madame Chauchat ni de la vergüenza de Hans Castorp, a excepción tal vez de la institutriz, la señorita Engelhart, sentada a su derecha.

Ese ser miserable había comprendido que, gracias a la susceptibilidad de Hans Castorp respecto a las puertas cerradas con estrépito, se había establecido una cierta

relación afectiva entre su joven vecino de mesa y la rusa, y el carácter de esa relación afectiva y la indiferencia fingida de Hans Castorp —no estaba acostumbrada a fingir— no significaba un debilitación, sino más bien un fortalecimiento, una fase más avanzada de esa relación. Sin pretensiones ni esperanzas para su propia persona, la señorita Engelhart prodigaba palabras que expresaban una admiración desinteresada hacia la señora Chauchat, y lo extraño era que Hans Castorp descubrió y reconoció a la larga el objetivo de esas excitaciones; incluso le repugnaba, a pesar de lo cual se dejaba influir y seducir por ellas.

—¡Patatrás! —exclamaba la vieja señorita—. ¡Ya está aquí! No hay necesidad de alzar los ojos para convencerse; ha entrado. Naturalmente, es ella… ¡Y qué delicioso modo de andar! Parece una gata que se cuela hacia el plato de leche. Me gustaría que cambiásemos de sitio para que pudiese contemplarla tan cómodamente como yo. Comprendo que no puede volver la cabeza continuamente hacia ella, pues Dios sabe lo que acabaría por imaginar si se diera cuenta… Ahora saluda a su gente… Tendría que verlo, ¡es tan exquisito contemplarla! Cuando sonríe y habla, como en este momento, aparece un hoyuelo en su mejilla, pero no siempre, sólo cuando ella quiere. Sí, es una niña mimada, por eso es tan despreocupada. Uno se siente obligado a amar a estas personas contra su voluntad, pues, cuando nos enojan a causa de su abandono, la misma cólera es un motivo más que nos une a ellas, es una gran felicidad encolerizarse y verse obligado a amar, a pesar de todo…

Así murmuraba la institutriz, tapándose la boca con la mano sin que los otros la pudiesen oír, mientras que el rosa aterciopelado de sus mejillas recordaba la temperatura anormal de su cuerpo, y aquellas palabras incitantes penetraban al pobre Hans Castorp hasta su sangre y su médula. Cierta falta de independencia determinaba en él la necesidad de oír confirmar, por un tercero, que madame Chauchat era una mujer deliciosa. Además, el joven deseaba recibir, de alguien ajeno a él, alientos para entregarse a sentimientos a los que su razón y su conciencia oponían una resistencia desagradable.

Por otra parte, esas observaciones fueron poco fecundas e imprecisas, pues, a pesar de tener la mejor intención del mundo, la señorita Engelhart no sabía concretamente nada respecto a madame Chauchat; en todo caso, sabía lo mismo que los demás pacientes del sanatorio. No la conocía, no podía ni siquiera decir que tuviese con ella una relación superficial, y la única cosa que le otorgaba alguna ventaja a los ojos de Hans Castorp, era el hecho de ser natural de Königsberg —un lugar bastante cercano a la frontera rusa—, y de conocer algunas palabras rusas, méritos bastante insignificantes, pero que Hans Castorp estaba dispuesto a considerar como una relación lejana con madame Chauchat.

—No lleva sortija —apuntó él—, no lleva alianza, según veo. ¿Por qué? ¿No ha dicho usted que está casada?

La institutriz pareció incomodarse, como si la hubiesen metido en un callejón sin salida, y tan responsable se sentía de madame Chauchat respecto a Hans Castorp, que dijo como excusándose:

—No debe darle mucha importancia. Sé de buena tinta que está casada. No hay duda sobre eso. Si se hace llamar señora no es para gozar de una consideración mayor, como hacen ciertas señoritas extranjeras cuando alcanzan la madurez. Todos sabemos positivamente que su marido está en alguna parte de Rusia. Todos lo saben… Tiene, por otro lado, su nombre de soltera, un nombre ruso, no francés, terminado en «anof» o en «ukof», la verdad es que lo he olvidado. Si quiere me informaré, seguramente hay aquí muchas personas que lo saben. ¿Una sortija…? No, no la lleva, ya me había llamado la atención. Tal vez no le guste, tal vez considere que le ensanchan la mano, tal vez opina que llevar una alianza resulta demasiado burguesa. A uno de esos anillos sólo le faltan las llaves; no, ella es lo bastante despreocupada… Sé que las mujeres rusas tienen una manera especial de ser. Además, esa clase de anillos tiene algo de repulsivo, ¿no constituyen acaso un símbolo de sujeción? ¡Dan a las mujeres un carácter casi monjil, hacen de ellas unas santas hipócritas! No me extraña que ese anillo no convenga a madame Chauchat. Una mujer tan encantadora, en la flor de la vida…, sin duda opina que no hay razón ni motivo para ofrecer a los hombres la impresión de los lazos conyugales cuando les dé la mano…

¡Con qué ardor defendía la institutriz la causa de madame Chauchat! Hans Castorp la miró asustado a la cara, pero ella sostuvo su mirada contemplándole con una especie de azoramiento hosco. Luego los dos permanecieron en silencio un momento para tranquilizarse. Hans Castorp comía y reprimía el temblor de su cabeza. Finalmente dijo:

—¿Y el marido? ¿No se preocupa de ella? ¿Nunca viene a verla? ¿Qué hace?

—Es funcionario, funcionario de la administración rusa en un distrito perdido, el Daguestán, al este, más allá del Cáucaso. Está allí destinado. No, nunca le ha visto nadie por aquí, a pesar de que ella lleva ya tres meses con nosotros.

—¿No es la primera vez que está aquí?

—¡Oh, no! Es la tercera. Y en los intervalos frecuenta otros lugares como éste. En realidad, es ella quien va a visitar al marido una vez al año, sólo por algún tiempo. Se puede decir que viven separados y que ella le visita de vez en cuando.

—Bueno, si está enferma…

—Sin duda está enferma. Pero a pesar de todo, no hasta ese punto, no tan gravemente para que se vea obligada a vivir siempre en sanatorios y separada de su marido. Deben de existir otras causas. Aquí se tiene la creencia de que hay otras razones. Tal vez no le gusta el Daguestán, más allá del Cáucaso, en una comarca salvaje y lejana; eso, después de todo, no tiene nada de sorprendente. Pero también

hay que reconocer que el marido es responsable de que ella no se encuentre muy bien a su lado. Su nombre es francés, pero es funcionario ruso, y créame, los funcionarios rusos constituyen una clase bastante grosera. Una vez vi uno; llevaba una barba gris y tenía la cara roja… Son, además, corruptibles hasta el extremo y muy aficionados al vodka, ¿sabe?, esa especie de aguardiente… Para cubrir las apariencias se hacen servir algo de comer, setas en conserva o un trozo de bacalao, y lo acompañan con cantidades formidables de alcohol. A esto le llaman una colación…

—Le atribuye todos los defectos —dijo Hans Castorp—. No sabemos a ciencia cierta si ella tiene parte de culpa de que no vivan juntos. Hay que ser justos. Cuando la contemplo y pienso en su costumbre de dar portazos… no me parece precisamente una santa. No se moleste, se lo ruego, pero no lo soportaría… Usted no es imparcial, está llena de prejuicios a su favor…

Él solía hablar así. Respecto a la rusa alejada de su ambiente, fingía creer que el entusiasmo de la señorita Engelhart por madame Chauchat carecía de fundamento, como si fuese una cómica visión personal respecto a la cual, el independiente Hans Castorp pudiese zaherir a la dama guardando una distancia fría y humorista. Y como estaba seguro de que su cómplice admitía y toleraba esa impertinente desfiguración de la realidad, se arriesgaba a hacerlo.

—Buenos días, señorita —decía—. ¿Ha pasado buena noche? Supongo que habrá soñado con su bella Minka… ¿Por qué se ruboriza usted cuando la nombro? ¡Está completamente loca por ella, no lo niegue!

Y la institutriz, ruborizada, se inclinaba sobre su taza balbuceando tímidamente:

—Nada de eso, señor Castorp, no está bien que me incomode con sus alusiones. Todo el mundo se dará cuenta de que hablamos de ella y que usted dice cosas que me hacen ruborizar.

Los dos vecinos de mesa se entregaban a un juego extraño. Ambos sabían que mentían por triplicado, que Hans Castorp la incordiaba sólo para poder hablar de madame Chauchat y que encontraba al mismo tiempo un placer malsano e indirecto al charlar con la solterona, quien, por su parte, también se complacía en ello; en primer lugar por instinto de mediadora, para complacer al joven que, en realidad, estaba un poco encaprichado con madame Chauchat, y finalmente porque sentía una especie de placer con las alusiones y el rubor.

Los dos lo sabían, y también sabían que cada uno lo sabía por sí mismo y por el otro, y todo ello era malsano y sucio. A pesar de que Hans Castorp sentía repugnancia por las cosas tortuosas y sucias, a pesar de que en este caso así lo percibía, continuaba sin embargo chapoteando en ese elemento turbio, tranquilizándose con el pensamiento de que no se hallaba allí más que de visita y que pronto se marcharía. Con una indiferencia fingida, hablaba del físico de la mujer «displicente», comprobaba que, vista de frente, parecía mucho más hermosa y joven que de perfil,

que sus ojos estaban demasiado separados y que su manera de vestir dejaba bastante que desear, mientras que sus brazos eran en verdad bellos. Y al hablar, se esforzaba en disimular el temblor de su cabeza y comprobaba al mismo tiempo que la institutriz no sólo se daba cuenta de sus esfuerzos inútiles, sino que también, y esto lo veía con la mayor repugnancia, tenía la cabeza temblorosa.

Por política y una malicia contraria a su naturaleza, había llamado a madame Chauchat «bella Minka», y de este modo continuaba interrogando:

—He dicho «Minka», pero ¿cómo se llama en realidad? Usted está encaprichada con ella, así pues, debe de conocer su nombre…

La institutriz adoptó un aire reflexivo.

—No lo sé, espere —dijo— . ¿No se llama Tatania…? No, no es así; tampoco es Natacha. ¿Natacha Chauchat…? No, no, no es lo que oí. Veamos… Advotia, se llama Advotia. O algo parecido. Seguro que no se llama Katienka ni Ninotchka… Pero no me acuerdo. Puedo enterarme fácilmente, si le interesa.

Y, en efecto, al día siguiente sabía el nombre. Lo pronunció a la hora del almuerzo, cuando se cerró la puerta vidriera. Madame Chauchat se llamaba Clawdia.

Hans Castorp no lo entendió al instante. Se hizo repetir y deletrear el nombre. Luego lo repitió varias veces mirando hacia madame Chauchat con sus ojos enrojecidos como comprobando si le sentaba bien.

—Clawdia —dijo—. Sí, sí, verdaderamente se llama así. No puede ser de otra manera…

Y no disimuló el placer que por ese informe de carácter íntimo, y desde entonces sólo hablaba de «Clawdia» cuando pensaba en madame Chauchat.

—Me parece que su Clawdia hace bolitas de pan. Eso no es muy distinguido, ¿no cree?

—Depende de quien lo hace —contestó la institutriz—; en Clawdia está muy bien.

Sin duda el almuerzo en la sala de las siete mesas tenía un gran encanto para Hans Castorp. Lamentaba que terminase, pero se consolaba pensando que dentro de dos horas estaría de nuevo sentado en el mismo lugar y, cuando se veía de nuevo allí, era como si nunca se hubiera movido. ¿Qué ocurría en el intervalo? ¡Nada! Un corto paseo hasta la cascada o hasta el barrio inglés, y un breve reposo en la *chaise-longue*. No era una interrupción grave, no era un obstáculo que valiese la pena para que se le tuviera en cuenta.

Habría sido diferente si se hubiera interpuesto el trabajo, las preocupaciones o las penas, cosas que no son fáciles de apartar del pensamiento. Pero no había nada de eso en la vida inteligente y felizmente organizada del Berghof. Cuando se levantaba de la mesa, Hans Castorp podía ya alegrarse de la próxima comida —si la palabra «alegrarse» designaba exactamente esa especie de espera en la que vivía antes de su

nuevo encuentro con la paciente Clawdia Chauchat—. Quizá era una palabra demasiado ligera, demasiado alegre, sencilla y vulgar.

Es posible que el lector se incline a no juzgar apropiadas a la persona de Hans Castorp y a su vida interior tales expresiones alegres y ordinarias, pero recordamos que, como joven juicioso y consciente, no podía simplemente «alegrarse» con la vista y la mera proximidad de madame Chauchat. Con seguridad, si se le hubieran formulado esas expresiones, las habría rechazado encogiéndose de hombros.

Sí, sentía desprecio hacia ciertas formas de expresión, y éste es un detalle que merece ser anotado. Iba y venía con las mejillas ardorosas y cantaba, cantaba para sí mismo, pues su estado anímico era musical y sensitivo. Canturreaba una canción que había oído Dios sabe dónde, en una velada o quizá en un concierto de beneficencia, cantada por una débil voz de soprano, y que había encontrado en el fondo de su memoria; era una tierna vulgaridad que comenzaba:

Una sola palabra suya
obra en mí mágicas emociones…

y estaba a punto de añadir:

que viniendo de sus labios
penetra en mi corazón…

cuando de pronto se encogió de hombros y exclamó: «¡Esto es ridículo!», y condenó esa vulgar cancioncilla por su sensiblería ingenua; la rechazó con una severidad llena de melancolía. Semejante sonsonete podía complacer a cualquier mancebo que hubiese «dado su corazón», como se acostumbraba decir, con noble intención y agradables perspectivas de porvenir, a cualquier damisela sana del llano, abandonándose a sentimientos líricos, razonables y, en el fondo, alegres.

Pero para él y sus relaciones con madame Chauchat —la palabra «relaciones» es suya y nosotros declinamos toda responsabilidad—, no podía existir relación alguna entre todo eso y una melodía de aquel género. Reclinado en su silla, se sentía dispuesto a la crítica estética y a pronunciar la palabra «estupidez», pero se contuvo algo desconcertado, a pesar de que por el momento no encontraba nada más apropiado que decir. Había algo que le proporcionaba gran satisfacción cuando se hallaba echado: escuchar atentamente su corazón, que latía rápida y distintamente en el silencio que prescribía la casa y que reinaba durante la principal cura de reposo en todo el Berghof. Latía obstinada e indiscretamente, como ocurría casi siempre desde que había llegado, aunque Hans Castorp no hacía tanto caso ahora como en los primeros días. Ya no se podía decir que latía independientemente, sin razón ni relación alguna con el alma. Esa relación existía, o al menos podía ser fácilmente

constatada. La actividad exaltada del cuerpo podía justificarse por un estado anímico correspondiente.

Hans Castorp sólo necesitaba pensar en madame Chauchat —y pensaba en ella— para obtener el sentimiento que correspondía al latir de su corazón.

Inquietud naciente. Los dos abuelos y un paseo en barca en el crepúsculo

El tiempo era horriblemente malo. En este sentido, Hans Castorp no tenía suerte durante su breve estancia en aquellas comarcas. No nevaba, pero durante días enteros caía una lluvia pesada y fea, espesas nieblas cubrían el valle y tempestades ridiculamente superfluas —pues hacía, además, tanto frío que incluso habían encendido la calefacción en el comedor— estallaban en ecos que retumbaban largamente.

—¡Qué lástima! —dijo Joachim—. Había pensado que podríamos ir un día al Schatzalp llevándonos el almuerzo, o hacer otra excursión, pero me parece que no será posible. Esperemos que tu última semana sea mejor.

Pero Hans Castorp respondió:

—Vamos, hombre. No importa. No tengo grandes aspiraciones excursionistas. Mi última expedición no resultó precisamente un éxito. Descanso mejor viviendo sin muchas variaciones. Los cambios son para los valientes, pero yo, con mis tres semanas, ¿para qué quiero variaciones y sorpresas?

De este modo, se sentía alegre y ocupado en el propio Berghof. Si albergaba esperanzas, tanto su realización como las decepciones le esperarían aquí, y no en un Schatzalp cualquiera. No era el tedio lo que le atormentaba; todo lo contrario, comenzaba a temer que el fin de su estancia llegase con demasiada rapidez. Transcurría la segunda semana, dos tercios del tiempo que le era concedido quedarían bien pronto consumidos, y cuando comenzara la tercera semana tendría que ocuparse de hacer la maleta. La vivacidad de su sentido del tiempo se había debilitado. Los días comenzaban a volar, a pesar de que cada uno de ellos se componía de esperas renovadas y sensaciones silenciosas y secretas… Sí, el tiempo es un singular enigma, una cuestión difícil de aclarar.

¿Es necesario detallar de un modo más preciso las sensaciones secretas que retardaban y aceleraban a la vez el curso de los días de Hans Castorp? Todo el mundo las conoce, eran sensaciones vulgares en su insignificancia sentimental, y en el caso más razonable y prometedor hubiese podido aplicarse a ellas la insípida canción «Una sola palabra suya…»; no hubiera podido desarrollarse de otra manera.

Era imposible que madame Chauchat percibiese los hilos que se anudaban entre determinada mesa y la suya y, sin embargo, Hans Castorp deseaba desaforadamente que se diera cuenta. Empleamos estos términos porque Hans Castorp comprendía claramente el carácter irracional de su caso. Pero quien llega al extremo a que él había llegado —o al que iba a llegar—, desea que la otra parte tenga conocimiento de su estado, aunque la cosa no tenga fundamento ni razón. Así es el hombre…

Así pues, cuando madame Chauchat miró dos o tres veces por casualidad y se

encontró con los ojos de Hans Castorp, ella devolvió la mirada de un modo magnético y, volvió a hacerlo, encontró de nuevo los ojos de Hans Castorp. A la quinta vez ella ya no pudo sorprender sus miradas; él estaba al acecho, pero sintió de pronto que madame Chauchat le miraba y sus ojos respondieron con tanta precipitación que la dama volvió la cabeza sonriendo. La desconfianza y la duda se disputaron en su espíritu ante aquella sonrisa. Si ella le juzgaba pueril, se engañaba. Su necesidad de refinamiento era considerable. A la sexta ocasión, cuando él adivinó la mirada, cuando supo interiormente que le miraba, fingió observar insistentemente con repugnancia a una dama cubierta de pústulas que se había acercado a la mesa para hablar con la tía rusa; se mantuvo así, con firmeza, al menos dos o tres minutos, y no cedió hasta que estuvo seguro de que aquellos ojos le habían abandonado. Fue una extraña comedia que madame Chauchat no solamente podía, sino debía comprender, a fin de que la gran sutileza y dominio de Hans Castorp la hiciese reflexionar…

También ocurrió lo siguiente: durante la comida, madame Chauchat se volvió con indolencia e inspeccionó la sala. Hans Castorp se hallaba en su puesto, y sus ojos se encontraron. Mientras se miraban —la enferma, de una manera burlona y un poco curiosa; Hans Castorp, con una firmeza excitada, apretando incluso los dientes para mantener firmes sus miradas—, la servilleta de madame Chauchat estaba a punto de resbalar de sus rodillas y caer al suelo. Estremeciéndose nerviosamente alargó la mano, pero él también se sobresaltó y estuvo a punto de saltar de la silla, tratando de precipitarse ciegamente en su ayuda por encima de los ocho metros de espacio y la mesa que los separaba, como si constituyese una catástrofe el que la servilleta cayese al suelo… Ella consiguió atraparla, pero agachada, con la punta de la servilleta en la mano y el rostro sombrío, aparentemente irritada por aquel absurdo pánico al que acababa de ceder y del que ella parecía hacerle responsable, miró una vez más en su dirección con las cejas arqueadas y luego se volvió sonriendo.

Hans Castorp interpretó ese accidente como un triunfo al que se abandonó. Pero la reacción no se hizo esperar, pues, durante dos días enteros —es decir, durante diez comidas—, madame Chauchat ya no volvió a mirar la sala y renunció incluso a «presentarse» en público entrando en el comedor como solía hacerlo. Era duro. Pero como esos cambios en las costumbres de la dama estaban relacionados con él, existía, pues, un vínculo entre ellos y, aunque bajo una forma negativa, eso, podía ser suficiente.

Comprendía que Joachim había tenido toda la razón al poner de relieve que no era en modo alguno fácil trabar relaciones allí, a excepción de los comensales de la propia mesa. Así pues, al terminar la comida, durante la única hora que propiciaba una especie de vida social, hora que se reducía con frecuencia a unos veinte minutos, madame Chauchat se sentaba siempre en su círculo acostumbrado: el señor del pecho

hundido, el humorista de los cabellos encrespados, el silencioso doctor Blumenkohl y los jóvenes de hombros caídos, todos ellos al fondo del pequeño salón que parecía estar reservado a la «mesa de los rusos distinguidos».

Además, Joachim tenía siempre prisa en marcharse, a fin de no abreviar la cura de reposo de la tarde, según decía, y quizá también por otras razones dietéticas que no manifestaba pero que Hans Castorp sospechaba y respetaba.

Hemos reprochado a Hans Castorp el carácter de sus deseos, pero cualesquiera que fuesen, no se trataba en ningún caso de relaciones mundanas en lo que se refería a madame Chauchat y, en el fondo, estaba de acuerdo con las circunstancias que a ello se oponían.

Las relaciones indefinidas que sus miradas e iniciativas habían establecido entre él y la rusa no tenían carácter mundano, no obligaban a nada y no pretendían hacerlo.

Una parte de la reprobación mundana y social podía armonizarse con ellas y, el hecho de que tuviera que reprimir los latidos de su corazón al pensar en Clawdia, no era suficiente para destruir en el nieto de Hans Lorenz Castorp la convicción de que no podía haber nada en común entre él y aquella extranjera separada de su marido, que no llevaba sortija de alianza, que se comportaba mal, que daba portazos, que hacía bolitas de pan y que, indudablemente, se roía las uñas. En realidad, al margen de sus relaciones secretas, profundos abismos separaban su existencia de la de ella, y no hubiera podido afrontar ninguna de las críticas que admitía estaban justificadas.

Hans Castorp era demasiado sensato para tener orgullo personal, pero un orgullo más general y de un origen más lejano se hallaba inscrito en su frente y en torno de sus ojos soñolientos. De dicho orgullo procedía su sentimiento de superioridad, del que no podía ni quería deshacerse ante la manera de ser y de comportarse de madame Chauchat. Curiosamente cobró conciencia, con una vivacidad particular y acaso por primera vez, de ese sentimiento de superioridad cuando oyó a madame Chauchat hablar en alemán. Se hallaba ésta de pie, con las manos metidas en los bolsillos de su blusa al terminar una comida, y mantenía una conversación con otra enferma, sin duda una compañera de cura de reposo. Hans Castorp la oyó pasar. Ella hacía esfuerzos verdaderamente encantadores para hablar la lengua alemana, la lengua materna de Hans Castorp, lo que despertó en éste orgullo desconocido, a pesar de que al mismo tiempo se sintió dispuesto a sacrificarlo ante el deleite que le producía aquel delicioso chapoteo verbal.

En una palabra: Hans Castorp no consideraba su relación muda con ese lánguido miembro de los habitantes de allá arriba más que como una aventura de vacaciones que, ante el tribunal de la razón —de su propia conciencia razonable—, no podía en modo alguno pretender ser aprobada; en primer lugar, porque madame Chauchat estaba enferma, fatigada, febril e interiormente agusanada, circunstancia indudablemente ligada al carácter dudoso de su existencia toda, así como a la

prudente voluntad de mantener las distancias de Hans Castorp… No; intentar seriamente trabar relación con ella era una idea descabellada. Además, ¿no acabaría todo, bien o mal, antes de una semana y media, cuando comenzara su trabajo en casa de Tunder&Wilms?

Sin embargo, en espera de eso, había empezado a considerar las emociones, tensiones, satisfacciones y decepciones que resultaban de su sutil relación con la enferma, así como el sentido y contenido verdadero de su permanencia allí durante las vacaciones; a no vivir más que por ellos y a dejar depender su humor, bueno o malo, de su desarrollo. La situación era propicia, pues convivían en un espacio limitado, con horarios y costumbres idénticas para todos y, aunque madame Chauchat se hallaba alojada en un piso distinto del suyo —por otra parte, hacía su cura de reposo, según se enteró Hans Castorp por medio de la institutriz, en una sala común, la situada bajo el tejado, y la misma en la que el capitán Miklosich había apagado la luz recientemente—, por el sencillo hecho de las cinco comidas diarias existía la posibilidad de los encuentros frecuentes. Y en esto, lo mismo que en todo lo demás, la ausencia de preocupaciones y esfuerzos le parecía a Hans Castorp maravilloso, a pesar de que sentirse encerrado en aquel sanatorio resultara angustioso. No obstante, trataba de ayudarse a sí mismo, calculaba y ponía su cerebro al servicio de la causa para aumentar su felicidad. Como madame Chauchat llegaba generalmente con retraso a la mesa, él procuró hacer lo mismo a fin de encontrarla por el camino. Se vestía lentamente, nunca estaba dispuesto cuando Joachim iba a buscarle, dejaba que su primo se marchara y decía que ya le seguiría. Aconsejado por el instinto propio de su estado, esperaba durante el tiempo que le parecía indicado; luego bajaba al primer piso. Al llegar allí, no continuaba descendiendo por la misma escalera, iba por otra, recorriendo la longitud del pasillo hasta pasar frente a la puerta de una habitación que le era bien conocida: la número 7. Durante el camino, mientras iba por el corredor de una escalera a otra, se le ofrecía a cada paso una probabilidad, pues a cada instante dicha puerta podía abrirse, lo cual ocurría a veces: la puerta se cerraba con estrépito detrás de madame Chauchat, que se escurría sigilosamente hacia la escalera. Luego descendía delante de él sosteniéndose los cabellos con la mano, o bien Hans Castorp marchaba delante y notaba su mirada clavada en la espalda, sintiendo sobresaltos y hormigueos, pero con la voluntad de mantenerse en su posición, como si ignorase su presencia y como si llevase una vida independiente al margen de ella. En tales ocasiones, metía las manos en los bolsillos de la chaqueta, se encogía inútilmente de hombros y tosía con fuerza, golpeándose el pecho con el puño como para manifestar su indiferencia.

A veces llevaba la astucia mucho más lejos. Cuando estaba ya sentado a la mesa decía con aire contrariado a su primo, palpándose los bolsillos:

—Vaya, he olvidado el pañuelo. Tendré que volver a subir.

Y subía, para que Clawdia y él se encontrasen, lo que constituía algo más peligroso y al mismo tiempo de un encanto más infinitamente agudo que cuando iba delante o detrás de ella.

La primera vez que realizó esta maniobra, ella le lanzó una mirada más bien impertinente y exenta de timidez, pero cuando se fueron acercando, ella volvió los ojos con indiferencia y pasó por su lado de tal modo que el episodio no podía tener valor alguno. Por el contrario, la segunda vez ella le miró no sólo de lejos, sino durante todo el tiempo: le miró a la cara con un aire firme y poco sombrío, y hasta llegó a volver la cabeza hacia él al pasar por su lado. El pobre Hans Castorp se sintió penetrado hasta la medula. Por otra parte, no había motivo para tenerle lástima, puesto que era lo que había deseado y preparado. Pero este encuentro le causó un gran sobresalto, no sólo mientras ocurría, sino también después, a título retrospectivo, pues precisamente cuando hubo pasado se dio cuenta de cómo había ocurrido.

Jamás había tenido el rostro de madame Chauchat tan cerca de él, tan claramente distinto en todos sus detalles; pudo distinguir el vello que nacía en la raíz de su trenza rubia, de un tono rojizo, metálico, y con la que se recogía sencillamente los cabellos. No había existido más que la distancia de unos palmos entre su rostro y el de ella, rostro de formas tan extrañas y al mismo tiempo familiares que constituían lo que más le gustaba en el mundo: facciones exóticas y llenas de carácter (pues únicamente lo que nos es extraño nos parece que tiene carácter), de un exotismo nórdico y misterioso, que incitaba a la exploración en la medida en que sus signos y proporciones eran difíciles de determinar. Pero lo más característico eran sin duda los pómulos salientes, elevados, que cercaban aquellos ojos situados excepcionalmente a una notable distancia uno de otro, a flor de rostro, un tanto oblicuos, endulzando la concavidad de las mejillas, que destacaban a su vez la plenitud de los labios ligeramente curvados. Lo más impresionante eran los ojos, esos ojos alargados de tártaro (eso era lo que creía Hans Castorp), de un corte verdaderamente mágico, de un gris azulado o de un azul grisáceo, que era el color de las montañas remotas y que a veces, en una mirada oblicua que no pretendía observar, se fundían con una coloración nocturna, tenebrosa y velada… Los ojos de Clawdia le habían contemplado de muy cerca con una mirada penetrante y sombría y, por la posición, el color y la expresión se parecían de una manera sorprendente y casi terrorífica a los de Pribislav Hippe. «Se parecían» no era del todo la expresión apropiada; eran más bien los «mismos» ojos y también la anchura de la mitad superior del rostro, aquella nariz un poco maciza…, todo, hasta la blancura rosada de la piel, el color sano de las mejillas, que en madame Chauchat no hacían más que dar la ilusión de salud y que, como en todos los demás pacientes, eran sólo el resultado superficial de la cura de reposo al aire libre; todo era como en que Pribislav, e incluso este le había mirado del mismo modo cuando se encontraron en el patio de la escuela.

Era desconcertante desde todos los aspectos. Hans Castorp estaba entusiasmado por esa coincidencia y, al mismo tiempo, sentía algo parecido al temor, a una angustia creciente, como si estuviera encerrado en un lugar exiguo. El hecho de recordar a Pribislav, tanto tiempo olvidado, y de que en la persona de madame Chauchat su antiguo camarada le mirase con sus «mismos» ojos, contenía un sentido de felicidad angustioso. Al mismo tiempo era prometedor, inquietante y casi amenazador, y el joven Hans Castorp sentía que tenía necesidad de ayuda. Movimientos vagos e instintivos se operaban en él, movimientos que hubieran podido ser calificados de tanteos, de gestos en busca de un consejo, de un apoyo. Pensó en aquellas personas que quizá podrían serle beneficiosas.

Junto a él, estaba Joachim, el valiente y honrado Joachim, cuyos ojos, durante esos últimos meses habían adquirido una expresión triste, y que se encogía a veces de hombros con esa violencia obstinada que antes jamás había manifestado. Joachim, con su «Henrich azul» en el bolsillo, como solía designar ese utensilio madame Stoehr; con el rostro marcado con un atrevimiento tan restaurado que Hans Castorp se sentía emocionado hasta el fondo del alma. El honrado Joachim estaba acosando y atormentando al doctor Behrens para poder marcharse, para volver a la «llanura», al «terreno llano», del que se hablaba aquí con un ligero pero perceptible desdén; para volver al servicio militar que tanto anhelaba. A fin de lograrlo lo antes posible y de ganar un poco del tiempo que aquí se perdía tan ligeramente, se aplicaba con toda conciencia al servicio de la cura, lo hacía para restablecerse y porque cumplir con ese deber era cumplir con «su» deber.

Por eso insistía cada noche, y cada cuarto de hora, a su primo en abandonar la reunión e ir a la cura nocturna, y así, en cierto modo, acudía en socorro de Hans Castorp, con los ojos fijos en el saloncito de los rusos. Pero si Joachim tenía tanta prisa en abreviar la velada, era también debido a otra razón silenciada, pero que Hans Castorp conocía desde que había aprendido a comprender por qué el rostro de Joachim se cubría de manchas al palidecer y por qué su boca se hallaba atormentada en ocasiones por una mueca tan singularmente lastimosa. En efecto, Marusja, la eternamente risueña, la que llevaba un pequeño rubí en el dedo y de la que emanaba un perfume de naranja, la del pecho opulento y carcomido, asistía con frecuencia a estas reuniones, y Hans Castorp comprendió que era eso lo que alejaba a Joachim, porque se sentía demasiado atraído hacia ella, atraído de una manera irresistible.

Joachim se hallaba tan aprisionado como él tal vez de un modo más estrecho y angustiado, puesto que se sentaba cinco veces al día a la misma mesa que Marusja, la del pañuelo perfumado con esencia de naranja. En cualquier caso, estaba demasiado ocupado en sí mismo para poder ayudar a Hans Castorp. Su huida cotidiana sin duda le honraba, pero esto era muy poco tranquilizador para Hans Castorp, y a menudo le parecía que el buen ejemplo de Joachim, con relación a su exactitud en la observación

de la cura, y las instrucciones de experto que le daba sobre este punto, tenían algo de inquietante.

Hans Castorp había llegado hacía sólo dos semanas, pero tenía la impresión de que hacía mucho más tiempo, y el régimen de esas gentes, que Joachim observaba a su lado con tanta aplicación, había comenzado a adquirir a sus ojos una intangibilidad casi sagrada y natural, de modo que la vida de allá abajo, en el «llano», vista desde arriba, le parecía casi singular y paradójica. Había adquirido ya una aceptable destreza en el manejo de las mantas, por medio de las cuales se transformaba, en los días fríos, en un paquete compacto, en una verdadera momia; faltaba poco para igualar a Joachim en la destreza y en el arte de envolverse según las reglas, y casi se sorprendía al pensar que en la llanura nadie sabía nada de ese arte ni de esas reglas. Sí, era sorprendente, pero al mismo tiempo que Hans Castorp se extrañaba de encontrarlo así, esa inquietud, que hacía interiormente se revolviese en busca de un consejo o un apoyo, nacía de nuevo en él.

Pensaba en el doctor Behrens y en su consejo «absolutamente desinteresado» de que viviese como los pacientes y de que incluso tomase su temperatura. Pensaba en Settembrini, que se había echado a reír cuando se enteró del consejo y que luego había citado algo de *La flauta mágica*. Sí, pensó en ellos a título de ensayo para ver si este pensamiento le aliviaba. ¿Tenía cabellos blancos el doctor Behrens? ¿Podría ser el padre de Hans Castorp? Quizá sí… Además, era el director del sanatorio, la más alta autoridad —casi de una autoridad paterna, lo que el joven Hans Castorp necesitaba—. Pero a pesar de que lo intentase, no podía pensar en el doctor con una confianza filial. Éste había enterrado aquí a su mujer, había sufrido un dolor que le convertía provisionalmente en un ser extraño, y luego se había quedado porque la tumba le retenía y él mismo se hallaba ligeramente enfermo. ¿Lo había superado? ¿Estaba decidido, sinceramente y sin segundas intenciones, a curar a los enfermos para que pudiesen regresar rápidamente a la llanura y prestar sus servicios? Sus mejillas tenían siempre un extraño color azul, y podía afirmarse que siempre tenía fiebre. Pero esto tal vez era una ilusión y el color de su rostro se debía al frío. Hans Castorp sentía lo mismo todos los días: una especie de calor seco sin tener fiebre, por lo que se podía juzgar sin termómetro…

Pero cuando oía hablar al consejero áulico, no podía evitar pensar que tenía fiebre, pues había algo misterioso en su manera de hablar. Parecía muy despreocupado, muy alegre y jovial, pero se intuía en él algo extraño y exaltado, sobre todo cuando se observaban sus mejillas azules y sus ojos lacrimosos que hacían creer que todavía lloraba a su mujer. Hans Castorp recordó lo que Settembrini había dicho acerca de la «melancolía» y la «depravación» del doctor, y recordó también que el italiano le había llamado «un alma confusa». Eso podía ser malicia o ligereza, pero de todos modos estimaba muy poco reconfortante pensar en el doctor Behrens.

Estaba también Settembrini, el hombre de oposición, ese humorista y «homo humanus», como él mismo se definía, que, con abundantes y acertadas palabras, le había reprochado que calificase la unión entre la enfermedad y la estupidez de «contradicción» y de «dilema para el sentimiento humano». ¿Qué debía pensar de él? ¿Era provechoso hacerlo? Sin duda Hans Castorp recordaba que se había enojado en el trascurso de esas divagaciones, que llenaban aquí sus noches, a causa de la sonrisa sutil y seca del italiano —esa sonrisa que ondulaba bajo la bella curva de sus bigotes — y recordaba haber calificado a Settembrini de «organillero ambulante» y de haber intentado separarse de él porque le estorbaba. Pero eso había en sueños, y el Hans Castorp despierto era otro Hans Castorp, menos desenfrenado que el de los sueños. En estado de vigilia podía ser de otro modo y tal vez le convenía estudiar el carácter moderno de Settembrini y su espíritu crítico, a pesar de que era evidente que esa crítica pretendía ejercer influencia. El joven Hans Castorp deseaba de todo corazón ser influido, lo que, naturalmente, no significaba que estuviera dispuesto a dejarse convencer por Settembrini haciendo las maletas y marchándose antes del tiempo señalado, como éste le había recientemente propuesto con seriedad.

«*Placet experiri*», pensaba sonriendo, ya que sabía suficiente latín, sin que pudiera considerarse un *homo humanus*.

No perdía, pues, de vista a Settembrini y escuchaba con gusto, y no sin atención crítica, todo lo que el italiano decía en las entrevistas que se celebraban durante los paseos prescritos por el tratamiento, hasta el banco situado en la falda de la montaña o hasta Davos-Platz. Hacía lo mismo en otras ocasiones como, por ejemplo, cuando terminaba la comida. Settembrini se ponía en pie el primero, y con su pantalón a cuadros y un palillo entre los dientes vagaba a través de la sala de las siete mesas para terminar, con manifiesto desprecio de las reglas y costumbres, yendo un instante a la mesa de los primos. El italiano se tomaba esta libertad, se plantaba allí con las piernas cruzadas, en una actitud graciosa, y hablaba gesticulando con su palillo. A veces tomaba una silla, se colocaba en uno de los rincones de la mesa, entre Hans Castorp y la institutriz, o bien entre Hans Castorp y la señorita Robinson, y contemplaba cómo los nueve comensales devoraban los postres a los que él había renunciado.

—¿Puedo unirme a esa noble compañía? —preguntaba estrechando la mano de los dos primos y dirigiendo un saludo a las demás personas—. Ese cervecero de allá abajo…, sin mencionar el aspecto desesperante de la cervecera, acaba de darnos una conferencia psicosociológica. ¡Oh, el señor Magnus…! ¿Quieren oírla? «Nuestra querida Alemania es un gran cuartel; sí, ciertamente. Pero se oculta en ella gran capacidad, y no cambiaría nuestras sólidas virtudes por la cortesía de otros. ¿De qué sirve la cortesía si me engaña por delante y por detrás?…» Y otras cosas por el estilo. Ya no pude resistir más. Además, tengo por vecino un ser lamentable con rosas de cementerio en las mejillas, a una vieja solterona de Transilvania que habla sin cesar

de su «cuñado», un hombre del que nadie sabe nada ni nadie lo quiere saber. En una palabra, no he podido resistir más y me he escabullido.

—Ha huido con armas y bagajes —dijo la señora Stoehr—, hay que confesarlo.

—Exactamente —exclamó Settembrini—, con armas y bagajes. Veo que aquí soplan otros vientos. No hay duda, he llegado a buen puerto con saco y bagaje. ¡Ah, si todo el mundo supiese disponer las palabras de este modo…! ¿Pero me permite que le pregunte por los progresos de su preciosa salud, señora Stoehr?

—¡Dios mío! —exclamó—. ¡Siempre igual! Usted no lo ignora. Se dan dos pasos adelante y tres atrás. Cuando se ha tenido paciencia durante cinco meses, llega el viejo y prescribe otros seis. ¡Ay!, es el suplicio de Tántalo. Uno va empujando, empujando, y cuando cree haber llegado arriba…

—¡Oh, qué amable es usted! Concede al fin a ese pobre Tántalo un poco de variedad. Por un día, le hace empujar la famosa roca. Esto sí que es tener buen corazón… Pero ¿qué pasa, señora? Se dicen de usted cosas misteriosas. Se habla de dobles, de cuerpos astrales. Yo no creía en nada, pero lo que pasa en su habitación me inquieta…

—Me parece que el señor quiere divertirse a mi costa.

—Nada de eso. Le aseguro que no es mi intención.

¡Pero tranquilíceme sobre ciertos aspectos oscuros de su existencia y luego podremos hablar de divertirnos! Ayer por la noche, entre las nueve y media y las diez, hacía un poco de ejercicio en el jardín y miré hacia los balcones; en el de usted estaba encendida la lámpara eléctrica, y lucía a través de la oscuridad. Usted hacía su cura, como lo ordenan el deber, la razón y el reglamento. He aquí a nuestra linda enferma, me dije a mí mismo, que observa fielmente las prescripciones para poder volver lo antes posible a los brazos del señor Stoehr. Y de pronto, ¿qué oigo…? Pues que a la misma hora la habían visto en el *cinematógrafo* —Settembrini pronunció esta palabra en italiano, con el acento sobre la cuarta sílaba—, en el *cinematógrafo* del Casino, y después en la confitería, tomando vino dulce y no sé qué clase de pasteles, y se rumorea…

La señora Stoehr se retorcía de risa, tratando de disimular con la servilleta. Tocaba con el codo a Joachim Ziemssen y al tranquilo doctor Blumenkohl, guiñaba un ojo de un modo astuto y confidencial, mostrando una vana coquetería. Para escapar al control médico, tenía la costumbre de colocar en el balcón la lámpara encendida y escabullirse discretamente y en busca de distracciones allá abajo, en el barrio inglés. Su marido la esperaba en Cannstadt. Por otra parte, no era la única paciente que practicaba este sistema.

—… es decir —continuó Settembrini—, que usted saboreaba los pastelillos en compañía de… en compañía del capitán Miklosich, de Bucarest. Se asegura que lleva corsé, pero ¡Dios mío!, ¿qué importancia puede tener eso? Se lo ruego, señora,

¿dónde estaba? ¿Es acaso doble? Sin duda se hallaba dormida y mientras la parte terrenal de su ser realizaba solitariamente la cura, la parte espiritual se divertía en compañía del capitán Miklosich y de los pastelillos…

La señora Stoehr se retorcía y gesticulaba como si alguien le hiciese cosquillas.

—No sabemos si se debe desear lo contrario —aseguró Settembrini—. Es decir, que hubiese saboreado sola los pastelillos y que hubiese hecho su cura de reposo en compañía del capitán Miklosich…

—¡Hi, hi, hi…!

—¿Conocen los señores la historia de anteayer? —inquirió sin transición el italiano—. Alguien fue raptado, por el diablo o, más exactamente, por su señora madre, una dama enérgica. Me gustó… Era el joven Schneermann, Anton Schneermann, el que se sentaba allí delante, en la mesa de la señorita Kleefeld. Como pueden ver, su sitio está vacío. Pronto será ocupado y no siento inquietud sobre este aspecto, pero Anton se ha marchado en alas del Céfiro, en un juego de manos y antes de que pudiese darse cuenta. Se hallaba aquí desde hacía año y medio, con sus dieciséis años; se le acababan de conceder seis meses más. Y ¿qué ocurre? No sé quién haría llegar unas palabras a la señora Schneermann, pues siempre estuvo recelosa de las costumbres de su vastago *in Baccho et coeteris*. Entró en escena sin avisar, una auténtica matrona, tres palmos más alta que yo, de cabellos blancos, furibunda. Administró, sin decir una palabra, un par de bofetadas al señor Anton, le cogió por el cuello y lo metió en el tren. «Si debe morir (exclamó), puede morir también allá abajo.» ¡Y hala, a casa!

Todos los que le oían se reían, pues Settembrini se había expresado con gracia. Parecía muy bien informado sobre las últimas noticias, aunque consideraba la vida en común en el sanatorio con una marcada ironía. Lo sabía todo. Conocía los nombres y las condiciones de existencia de los recién llegados. Contaba que el día anterior, fulano o zutana había sufrido la extracción de una costilla y sabía de muy buena fuente que, a partir del otoño próximo, no serían ya admitidos enfermos que tuviesen más de 38,5 de fiebre. Afirmaba que la pasada noche, el perrito de la señora Capatsulias, de Mytilene, se había sentado sobre el interruptor de la lámpara de la mesita de noche de su dueña, lo que había provocado muchas molestias y algún tumulto, ya que la señora Capatsulias no fue encontrada sola, sino en compañía del asesor Düstmund, de Friedrichshagen. El mismo doctor Blumenkohl no pudo evitar sonreírse al oír esta historia; la linda Marusja estuvo a punto de asfixiarse con su pañuelo perfumado con esencia de naranja, y la señora Stoehr lanzó un grito comprimiendo su seno izquierdo con las dos manos.

Pero cuando se hallaba solo con los primos, Lodovico Settembrini gustaba de hablar de sí mismo y sus orígenes, tanto en el paseo como en las reuniones vespertinas, y también después del almuerzo, cuando la mayoría de los huéspedes

habían salido del comedor y los tres hombres permanecían sentados un momento al extremo de la mesa, mientras las sirvientas retiraban la vajilla y Hans Castorp fumaba su María Mancini, cuyo sabor comenzó a apreciar de nuevo durante esta tercera semana. Examinándolo con atención, sorprendido, pero dispuesto a sufrir su influencia, escuchaba los relatos del italiano, que le abrían un mundo singular y novedoso.

Settembrini hablaba de su abuelo, que había sido abogado en Milán y sobre todo un gran patriota, una especie de agitador, un orador y publicista político, un hombre de oposición —al igual que su nieto, aunque lo había practicado con un estilo más elevado y un espíritu más atrevido—. Mientras que Lodovico, como hacía él observar con amargura, se veía reducido a burlarse de la vida y los habitantes del Sanatorio Internacional Berghof, a ejercer sobre ellos su crítica mordaz y a protestar en nombre de una humanidad hermosa y activa, el abuelo había dado mucho quehacer a los gobiernos, había conspirado contra Austria y la Santa Alianza, que en aquel tiempo tenían a su patria desmembrada bajo el yugo de una servidumbre exhaustiva, y había sido un miembro celoso de ciertas sociedades difundidas por Italia, un carbonario, decía Settembrini bajando súbitamente la voz, como si hoy resultara peligroso hablar de eso.

En resumen, ese Giuseppe Settembrini aparecía en los relatos de su nieto y ante los que le escuchaban como si hubiese llevado una existencia tenebrosa, apasionada y sediciosa, como un cabecilla y un conspirador y, a pesar de todo el respeto que se esforzaban en manifestar por cortesía, no conseguía borrar de sus rostros una expresión de antipatía desconfiada, incluso de repugnancia. Sin duda los acontecimientos evocados eran de una naturaleza bastante singular: lo que oían se refería a una época lejana, había pasado casi un siglo, ¡ya era historia! Y a causa de la historia, en particular de la historia antigua, pudieron comprender la mentalidad del abuelo de Settembrini, su amor temerario y desesperado por la libertad y su odio invencible contra los tiranos que le eran teóricamente familiares. Además, ese espíritu revolucionario y esos manejos de conspirador se aliaban, como pronto supieron, con un profundo amor a su patria a la que deseaba ver libre y unida. Efectivamente, esos actos sediciosos habían sido el fruto y la emanación de su sentimiento patriótico y, por extraña que pareciese a ambos primos esta mezcla de espíritu revolucionario y patriotismo —pues ellos tenían la costumbre de identificar el patriotismo a un sentido conservador del orden—, no podían dejar de reconocer que, en las circunstancias y en la época de referencia, la revolución quizá había sido el verdadero deber cívico, y que la lealtad ponderada equivalía a una indiferencia hacia los problemas públicos.

El abuelo Settembrini no había sido sólo un patriota italiano, sino también un ciudadano y un combatiente de aquellos pueblos sedientos de libertad. Tras el fracaso de cierto golpe de mano y de una tentativa de golpe de Estado en Turín, en la que

había participado con la palabra y la acción, logrando escapar por muy poco de las garras de los esbirros del príncipe Metternich, empleó sus años de destierro en combatir y derramar su sangre en España por la Constitución, y en Grecia por la independencia del pueblo helénico. En este último país fue donde el padre de Settembrini vino al mundo —sin duda por eso había llegado a ser tan gran humorista y aficionado a la antigüedad clásica—, nacido de una madre de sangre alemana, pues Giuseppe se había casado con la muchacha en Suiza y ella le había acompañado en todas sus anteriores aventuras. Más tarde, después de vivir durante diez años en el destierro, pudo al fin volver a su país y establecerse como abogado en Milán. No obstante, no renunció por eso a empujar a la nación por medio de la palabra oral y escrita, en verso y en prosa, a la libertad y la instauración de una república una e indivisible, a concebir programas revolucionarios con un aliento apasionado y dictatorial, a predecir, en un estilo claro, la unión de los pueblos liberados para asegurar la felicidad universal. Un detalle que mencionó el nieto Settembrini causó una impresión particularmente viva al joven Hans Castorp, y fue que el abuelo Giuseppe siempre aparecía ante sus conciudadanos vestido de negro, pues decía que llevaba luto por Italia, su patria, esclavizada e infeliz. Al oír eso, Hans Castorp, que ya los había comparado mentalmente, se acordó de su abuelo, quien durante el tiempo que su nieto le había conocido, llevaba trajes negros, aunque su espíritu era muy diferente del que había animado a ese otro. Recordó el modo de vestir pasado de moda por el que Hans Lorenz Castorp, que soñaba en un tiempo pasado, se había conformado al tiempo presente, señalando con una especie de artificio que no pertenecía a ese nuevo tiempo, hasta el día en que, en su lecho mortuorio, sus vestidos recobraron solemnemente la forma verdadera y apropiada a su carácter. ¡En realidad los dos abuelos habían sido completamente diferentes! Hans Castorp pensaba en esto mientras sus ojos adquirían una expresión fija y balanceaba prudentemente la cabeza, de modo que este movimiento podía interpretarse tanto como una muestra de admiración hacia Giuseppe Settembrini como un signo de su sorpresa y su desaprobación.

Por otra parte, evitaba condenar lo que le parecía extraño, y se atenía a su mera comparación. Veía la estrecha cabeza del viejo Hans Lorenz inclinándose sobre la concha dorada de la jofaina bautismal —aquella pieza atávica que se transmitía invariablemente de padres a hijos—, con la boca redondeada, pues sus labios formaban el prefijo alemán «ur», ese sonido sordo y piadoso que evocaba vagamente los lugares donde se comportaba solemne y reverencialmente. Y veía a Giuseppe Settembrini agitando la bandera tricolor en una mano, blandiendo su sable en la otra, con los negros ojos elevados hacia la altura invocando el cielo, lanzándose a la cabeza de una tropa de defensores de la libertad contra la falange del despotismo. Ambas actitudes tenían sin duda su belleza y honor, y Hans Castorp se preocupaba de

mostrarse equitativo, pues personalmente se sentía un tanto parcial. El abuelo Settembrini había combatido por los derechos políticos, mientras que éstos habían pertenecido en su origen a su propio abuelo, o al menos a sus abuelos, y era la canalla quien se los había arrancado durante los cuatro últimos siglos por medio de la violencia y las convulsiones políticas, o valiéndose de la retórica.

Y he aquí que uno y otro habían ido vestidos de negro, el abuelo del norte y el abuelo del sur, los dos con el fin de establecer entre ellos y el nefasto tiempo presente una distancia severa. Pero mientras uno obraba por piedad, en honor del pasado y la muerte a los que pertenecía su naturaleza, el otro lo hacía por espíritu de rebelión, en honor de un progreso enemigo de toda piedad. Ciertamente eran dos mundos, dos puntos cardinales, pensaba Hans Castorp, y, en cierto modo, se veía colocado entre los dos polos, y le pareció que eso ya le había ocurrido antes. Se acordaba de un paseo solitario en barco a la caída de la tarde, en un lago del Holstein, a fines de verano, hacía unos años. Eran alrededor de las siete, el sol se había puesto y una luna casi llena se había elevado al este por encima de las riberas cubiertas de espesos arbustos. Durante diez minutos, mientras Hans Castorp remaba sobre el agua tranquila, había reinado una placidez de ensueño, extrañamente turbadora. Al oeste resplandecía el pleno día, una luz brillante y límpida; pero si volvía la cabeza, veía una noche de luna llena, mágica y saturada de nieblas húmedas. Ese extraño contraste duró sólo un cuarto de hora, antes de que la noche y la luna triunfaran y, con una sorpresa emocionada, los ojos deslumbrados y engañados de Hans Castorp habían ido de una a otra luz y de un paisaje a otro, del día a la noche y de la noche al día. Eso fue lo que entonces recordó.

Sea lo que sea —se decía—, el abogado Settembrini, al llevar semejante vida y desplegar una actividad tan intensa, no llegaría a ser un gran jurista. Pero el principio mismo de la justicia le había animado, como ponía de relieve su nieto, desde su infancia hasta el fin de su vida; y, a pesar de que en este momento no tuviese la cabeza muy clara y su organismo estuviese absorbido por los seis platos de comida del sanatorio Berghof, Hans Castorp se esforzaba en comprender lo que Settembrini quería decir cuando llamaba a ese principio «la fuente de la libertad y progreso».

Por esta última palabra, Hans Castorp entendió algo así como el desarrollo de las grúas de vapor en el siglo XIX, y descubrió que Settembrini no hacía mucho caso de esas cosas y que su abuelo tampoco. El italiano rendía a la patria de sus dos oyentes un gran homenaje, teniendo en cuenta que habían sido los inventores de la pólvora —que había relegado al pasado la coraza de los feudales— y la imprenta, ya que esta última había permitido difundir las ideas democráticas. Alababa, pues, a Alemania bajo este aspecto, pero concedía la mayor importancia a su propio país, puesto que había sido el primero, cuando los demás vivían todavía sumidos en el crepúsculo de la superstición y la servidumbre, en desplegar la bandera de las luces, la cultura y la

libertad.

Pero si Settembrini reverenciaba la técnica y el transporte —el campo profesional de Hans Castorp—, como había manifestado en su primera entrevista con los primos en el banco del recodo, no parecía, sin embargo, que fuese por amor a esos dominios, sino más bien a causa de su influencia sobre el perfeccionamiento moral del hombre, pues éste era el género de importancia que se declaraba satisfecho de conceder. Al subyugar cada vez más a la naturaleza por las relaciones que establecía, por las redes de caminos y telegráficas, salvando las diferencias climáticas, la mecánica se manifestaba como el medio más seguro de aproximación de los pueblos, para favorecer su comprensión recíproca, establecer entre ellos compromisos humanos, destruir los prejuicios y llevarlos hacia la unión universal. La raza humana había salido de la sombra, del miedo y el odio, y por un camino de luz se dirigía hacia un estado ulterior de simpatía, claridad interior, bondad y felicidad, y en este camino la mecánica era el vehículo más útil.

Pero, al hablar así, de un solo aliento mezclaba categorías que Hans Castorp estaba acostumbrado a considerar separadamente. «Mecánica y moral», decía, e incluso afirmaba que el Salvador del cristianismo había sido el primero en revelar el principio de igualdad y unión de los pueblos, después de lo cual la imprenta había favorecido poderosamente su expansión, hasta que la Revolución Francesa lo había elevado a la categoría de ley. Por razones mal definidas, todo eso pareció al joven Hans Castorp extraordinariamente confuso, a pesar de que el señor Settembrini lo resumía en términos claros y enérgicos. Una sola vez —decía—, una sola vez en su vida, al comienzo de su madurez, su abuelo se había sentido completamente feliz: fue cuando tuvo noticia de la Revolución de julio en París. En voz alta y públicamente había proclamado que un día los hombres compararían aquellos tres días con los seis de la creación del mundo. En ese instante, Hans Castorp no pudo evitar dar un puñetazo sobre la mesa y experimentar una sorpresa profunda. Le parecía verdaderamente exagerado que se pudieran colocar los tres días estivales de 1830, durante los cuales los parisienses se habían dado una nueva constitución, al lado de los seis días durante los cuales Dios había separado la tierra del agua y creado los astros eternos, así como las flores, los árboles, los peces, los pájaros y toda la vida; más tarde, con su primo Joachim, puso de relieve que eso le había parecido excesivo y verdaderamente extraño.

Pero estaba tan dispuesto a «dejarse influir», es decir, a entregarse a nuevas experiencias, que reprimió la protesta que su piedad y buen gusto reclamaban contra la concepción settembriana de los hechos. Se decía que lo que parecía blasfemo podía ser calificado de audaz, y lo que juzgaba de mal gusto podía ser generosidad y noble entusiasmo, al menos en ciertas circunstancias como, por ejemplo, cuando el abuelo de Settembrini había llamado a las barricadas el «trono del pueblo» y declarado que

se trataba de «consagrar la pica del ciudadano sobre el altar de la humanidad».

Hans Castorp sabía por qué escuchaba a Settembrini; no podía explicarlo con claridad, pero lo sabía. Había en su complacencia una especie de sentimiento del deber, al margen de esa ausencia de responsabilidad propia de las vacaciones de un viajero y un visitante que no se detiene ante ninguna impresión y que se deja llevar por las cosas, consciente de que mañana, o pasado mañana, abrirá sus alas y volverá al orden acostumbrado. Era, por consiguiente, como una especie de voz de su conciencia y, para ser más explícitos, de su mala conciencia lo que le inclinaba a escuchar al italiano, con las piernas cruzadas, chupando golosamente de su María Mancini, o cuando los tres iban de paseo por el barrio inglés en dirección al Berghof.

Según su opinión y lo que exponía Settembrini, dos principios se disputaban al mundo: la fuerza y el derecho, la tiranía y la libertad, la superstición y la ciencia, el principio de conservación y el principio de movimiento: el progreso. Se podía definir al uno como el principio asiático; al otro, como el principio europeo, pues Europa era la tierra de la rebeldía, la crítica y la actividad que transformaba, mientras el continente oriental encarnaba la inmovilidad y el reposo. No era posible cuestionar cuál de esas dos potencias terminaría por alcanzar la victoria: sería sin duda la potencia de la luz, la del perfeccionamiento conforme a la razón, pues la humanidad arrastraba sin cesar nuevos países por el camino esplendoroso, conquistaba continuamente nuevas tierras en la misma Europa y ya comenzaba a penetrar en Asia. Pero era preciso mucho tiempo para que su victoria fuese completa, y todos los que habían recibido la luz debían todavía realizar grandes y nobles esfuerzos hasta que alumbrase el día en que las monarquías se hundieran, incluso en los países que no habían tenido su «dieciocho» ni su 1879.

«Pero ese día llegará —había dicho Settembrini, y sonreía finalmente bajo su bigote—. Llegará sobre las alas del águila y las palomas, llegará con la aurora de la fraternización universal de los pueblos, bajo el signo de la razón, la ciencia y el derecho. Aportará a la santa alianza de la democracia de los ciudadanos la contrapartida esplendorosa de la infame alianza de los príncipes y los gabinetes, de los que el abuelo Giuseppe había sido enemigo mortal y adversario personal; algún día se implantará la república universal.»

Pero para alcanzar este objetivo era, ante todo, necesario extinguir el principio asiático de la servidumbre y el nervio vital de su resistencia, es decir, Viena. Se trataba de herir a Austria en la cabeza y destruirla, primero para vengarse del pasado, luego para preparar el camino al reino del derecho y la felicidad sobre la Tierra.

Esta última conclusión de las elocuentes expansiones de Settembrini ya no interesaban a Hans Castorp. No le gustaban, le herían penosamente como un resentimiento personal o nacional cada vez que las oía. En lo que se refiere a Joachim Ziemssen, cuando el italiano se metía por esos vericuetos volvía la cabeza, fruncía el

entrecejo y dejaba de escuchar, advirtiendo de que ya era hora de ir a la cura o intentando desviar la conversación. Hans Castorp no se sentía tampoco dispuesto a prestar atención a tales extravíos —sin duda se hallaba más allá de los límites de las influencias que su conciencia le aconsejaba sufrir a título de ensayo—, y sin embargo tenía tanto interés en ser iniciado que, cuando Settembrini iba a sentarse a su lado o se unía a ellos al aire libre, era el joven quien invitaba al italiano a expresar sus ideas.

Esas ideas, este ideal y estas tendencias, observaba Settembrini, eran en él una tradición de familia, pues los tres habían consagrado a ellas su vida y sus fuerzas; el abuelo, el padre y el nieto. Cada uno a su manera. El padre, no menos que el abuelo Giuseppe, aunque no hubiese sido un agitador político y un combatiente de la causa por la libertad, sino un sabio discreto y delicado, un humanista de pupitre. ¿Pero qué era el humanismo? El amor de los hombres, nada más, y por eso mismo el humanismo no era otra cosa que una política, una actitud de sublevación contra todo lo que mancha y deshonra la idea del hombre. Se habría reprochado al padre de Settembrini que reverenciaba la forma, pero esa misma forma —y su belleza— la había cultivado únicamente por respeto a la dignidad del hombre, en oposición febril a la Edad Media, que no sólo había estado entregada al desprecio del hombre y a la superstición, sino que se había hundido en una especie de vergonzosa ausencia de formas bellas. Ante todo, había defendido la libertad de pensamiento y el placer de vivir, y había sostenido que era preciso abandonar el cielo y los gorriones. ¡Prometeo! Éste fue, según él, el primer humanista, y era idéntico a ese Satán en homenaje del cual Carducci había compuesto su himno… ¡Ah, si los primos hubiesen oído al viejo boloñés cuando se burlaba de la sensibilidad cristiana de los románticos, de los cantos sagrados de Manzoni, de la poesía de sombras y la luz de luna del romanticismo que había comparado a ésta con una «pálida monja celeste»! *Per Baccho*! eso hubiese sido un gran placer. Y también tendrían que haber visto a Carducci interpretando a Dante: le había celebrado como el habitante de una gran ciudad que había defendido, contra el ascetismo y la negación de la vida, la fuerza activa que transforma al mundo y lo mejora. No era la sombra enfermiza y mística de Beatrice lo que el poeta había querido honrar bajo el nombre de «*donna gentile e pietosa*»; por el contrario, había llamado así a su esposa que, en el poema, representaba el principio del conocimiento de las cosas terrenales y la actividad en la vida…

Hans Castorp había, pues, aprendido muchas cosas sobre Dante, y en la mejor de las fuentes. No se fiaba de sus nuevos conocimientos, teniendo en cuenta la ligereza de su interlocutor, pero valía la pena oír decir que Dante había sido un ciudadano activo y lúcido. Y luego escuchaba también a Settembrini cuando hablaba de sí mismo y declaraba que en su persona, en el nieto Lodovico, las tendencias de sus ascendientes inmediatos, la tendencia combativa del ciudadano que había sido su abuelo y la tendencia humanista de su padre, se habían reunido y que, por eso, él

había llegado a ser un literato, un escritor libre, ya que la literatura no era más que eso: la unión del humanismo y la política, unión que se realizaba fácilmente, puesto que el humanismo era en sí mismo política y la política no era más que humanismo. Aquí Hans Castorp escuchaba atentamente y se esforzaba en comprender, pues esperaba poder superar la ignorancia del cervecero Magnus, enterándose de que la literatura era algo más que «bellos caracteres». Settembrini preguntó si sus oyentes habían oído hablar de Brunetto, Brunetto Latini, consejero municipal de Florencia en 1250 que escribió un libro sobre las virtudes y los vicios. Él fue el primero en dar a los florentinos una educación, enseñándoles la palabra y el arte de dirigir su república según las reglas de la política. «¡Ya estamos! —había exclamado Settembrini—. ¡Ya estamos!» Y habló del verbo, del culto al lenguaje, a la elocuencia, que calificó de «triunfo del humanismo», ya que la palabra era el honor del hombre y ella sola hacía su vida digna. No sólo el humanismo, sino la humanidad en general, toda dignidad humana, la estima de los hombres y la estima del hombre por sí mismo, todo eso era inseparable de la palabra, y se hallaba, por tanto, ligado a la literatura.

—Ya comprendo —dijo más tarde Hans Castorp a su primo—, en literatura lo importante son las bellas palabras. Me di cuenta enseguida.

Y de la misma manera la política se hallaba ligada a la palabra o, más exactamente, había nacido de la unión de la humanidad con la literatura, pues la bella palabra producía la bella acción.

—Vosotros tuvisteis en vuestro país —dijo Settembrini—, hace dos siglos, un poeta, un admirable y viejo conservador que concedía gran importancia a la bella caligrafía, pues creía que conducía al bello estilo. Hubiera tenido que ir un poco más lejos y decir que un estilo bello conduce a las bellas acciones. Escribir bien supone casi pensar bien, y esto no está muy alejado del obrar bien. Toda la civilización y todo perfeccionamiento moral parten del espíritu de la literatura, que es el alma de la dignidad humana y que es idéntica al espíritu de la política. Sí, todo eso es una unidad, es la misma idea de potencia y en un solo nombre donde se puede reunir todo.

¿Cuál era ese nombre? Ese nombre se componía de sílabas familiares, pero los dos primos no habían comprendido su sentido e importancia; era la palabra ¡civilización! Y al dejarla caer de sus labios, Settembrini alzó su mano derecha, pequeña y amarillenta, como quien quiere brindar.

El joven Hans Castorp juzgaba todo eso muy digno de ser escuchado, pero sin considerarse obligado a nada; lo oía a título de experimento. A pesar de todo le parecía que aquello merecía ser oído, y en este sentido se expresó al hablar con Joachim Ziemssen, que en aquel momento tenía el termómetro en la boca y no pudo, por tanto, contestar de un modo claro, y que luego se mostró demasiado ocupado en leer la cifra e inscribirla en su hoja de temperatura para poder formular una opinión

sobre los puntos de vista de Settembrini.

Como ya hemos dicho, Hans Castorp se interesaba celosamente por estas opiniones y procuraba examinarlas de cerca, lo que demuestra lo mucho que el hombre despierto se distingue del soñador confuso, tal como era Hans Castorp cuando había tratado a Settembrini de organillero intentando someterlo con todas sus fuerzas, porque estorbaba. Pero como hombre avispado, Hans Castorp escuchaba cortés y atentamente al italiano y se esforzaba honradamente en endulzar y atenuar las resistencias que se alzaban en él contra las reflexiones y los puntos de vista de su mentor. No debemos engañarnos: algunas resistencias triunfaban en su alma; eran resistencias antiguas que habían existido en él desde siempre, y otras que resultaban de la situación presente de los experimentos indirectos o directos que hacía entre los hombres de allí arriba.

¡Con qué facilidad el hombre puede extraviar su conciencia, encontrando en la supuesta voz del deber el llamamiento de la pasión! Era por un sentimiento del deber, por amor a la equidad y al equilibrio por lo que Hans Castorp escuchaba con atención las manifestaciones de Settembrini y examinaba con complacencia sus consideraciones sobre la razón, la república y el estilo bello, dispuesto a dejarse influir por ellas, juzgaba luego que había mucha constancia en dejar libre curso a sus pensamientos y a sus dueños en otra dirección, es más, en la dirección contraria. Para formular desde ahora todas nuestras sospechas y todo nuestro pensamiento, diremos que no había escuchado a Settembrini más que con el objeto de obtener de su conciencia un principio de libertad que no le hubiese sido concedido originariamente. Pero ¿qué es lo que se encontraba al lado opuesto del patriotismo, de la dignidad humana y de las bellas letras, del lado hacia el que Hans Castorp creía poder de nuevo dirigir sus actos y pensamientos? Allí estaba… Clawdia Chauchat, indolente, contaminada, con sus ojos de tártaro, y mientras Hans Castorp pensaba en ella (por otra parte, la palabra «pensar» no expresa con suficiente previsión su manera de inclinarse interiormente hacia ella), imaginaba de nuevo hallarse en la barca, en ese lago de Holstein, dirigiendo su mirada deslumbrada y engañada hacia la luz vidriosa de la orilla occidental y hacia la noche de luna llena, en la que flotaban las brumas de los cielos orientales.

El termómetro

La semana de Hans Castorp se contaba de martes a martes, pues había llegado en este día. Había abonado ya su factura de la segunda semana, de unos 160 francos, razonable y justificada, según estimaba, incluso aunque no se tuviesen en cuenta ciertas ventajas incalculables de la estancia, ni ciertos suplementos que le hubiesen podido ser facturados si se hubiera querido como, por ejemplo, el concierto bimensual en la terraza y las conferencias del doctor Krokovski, sino exclusivamente la pensión propiamente dicha, los gastos de alojamiento y las cinco formidables comidas.

—No es caro; más bien resulta barato, no puedes decir que te estafen —dijo a su primo—. Necesitas un promedio de 650 francos mensuales para la habitación y la comida, y el tratamiento médico está incluido en esta cifra. Bueno… Admite que gastes 30 francos mensuales en propinas, si haces bien las cosas y quieres tener cerca de ti rostros sonrientes. Todo eso suma 680 francos. Bien. Me dirás que hay otros gastos: las bebidas, los cosméticos, los cigarros; a veces el gasto de una excursión o un paseo en coche; luego tenemos las cuentas del zapatero y el sastre. Perfecto… Contándolo todo no conseguirás, con la mayor voluntad de este mundo, gastar mil francos al mes. Ni siquiera ochocientos. Todo ello no llega a diez mil francos anuales. Y esto te basta para vivir.

—¡Buen cálculo mental! —dijo Joachim—. No esperaba esto de ti. Decididamente ya has aprendido algo por aquí arriba. Me parece muy generoso por tu parte el que hagas algo nuevo por nosotros. Por otro lado, exageras un poco. No fumo cigarros, ni creo que necesite los servicios de un sastre.

—¿He calculado demasiado alto? —preguntó Hans Castorp un poco confuso.

Al margen de la descabellada idea de incluir en la cuenta de su primo los cigarros y trajes nuevos, la supuesta rapidez de cálculo que se le atribuía no era más que una mistificación de sus dones naturales. Pues en ese terreno, como en otros, era más bien lento y carente de empuje. En este caso no se trataba de una improvisación, pues en realidad incluso lo había preparado por escrito: una noche, durante la cura de reposo (pues había acabado por tenderse después de la comida como los demás), se había levantado de su excelente hamaca y, obedeciendo a un súbito impulso, había ido a buscar a su habitación papel y lápiz para calcular. Así pues, había comprobado que su primo, o más exactamente, que cualquier paciente del sanatorio precisaba doce mil francos anuales para atender todas sus necesidades, y se había convencido de que, por lo que a él se refería, la vida allí se hallaba más que al alcance de su bolsillo, puesto que podía permitirse unos 19.000 francos anuales de gastos.

Así pues, su segunda factura semanal había sido liquidada hacía tres días contra recibo y expresión de agradecimiento, lo que significa que se hallaba a la mitad de la

tercera semana de su permanencia en el sanatorio. El domingo siguiente asistiría una vez más a uno de esos conciertos quincenales en la terraza; el lunes también asistiría a una de las conferencias quincenales del doctor Krokovski, pero el martes o el miércoles partiría y dejaría a Joachim solo, al pobre Joachim, a quien Rhadamante sin duda había prescrito nuevos meses de estancia. Cada vez que se hablaba de la ya próxima partida de Hans Castorp, sus ojos dulces y negros se cubrían de un velo de melancolía. ¡Gran Dios! ¿Cómo habían pasado las vacaciones? ¡Habían volado, literalmente huido! ¡Era casi inexplicable! Sin embargo, habían pasado veintiún días juntos, una larga serie que al principio parecía interminable. Y de pronto, no quedaban más que tres o cuatro insignificantes, un resto sin importancia, ligeramente alterado por las variantes periódicas de la jornada cotidiana, pero presidido por el pensamiento del equipaje y la partida. Tres semanas allí habían sido muy poca cosa o casi nada ¿Acaso no se lo habían advertido desde el primer día? Allí arriba, la mínima unidad temporal era el mes, había dicho Settembrini, y como la permanencia de Hans Castorp había sido menor, no podía ser considerada como tal, no había sido, en suma, más que una visita de médico, como habría dicho el consejero áulico Behrens.

¿Era tal vez a causa del aumento de la combustión general por lo que el tiempo pasaba aquí vertiginosamente? Esta vida frenética era un verdadero consuelo para Joachim, si pensaba en los cinco meses que le esperaban todavía —suponiendo que se contentasen con esto—. Pero durante estas tres semanas deberían haber atendido al paso del tiempo más atentamente, como lo hacían los que tomaban su temperatura cuando los siete minutos prescritos se convertían en un período de tanta importancia. Hans Castorp sentía una cordial piedad hacía su primo, en cuyos ojos se podía leer la tristeza de perder pronto a su camarada; sentía la más viva compasión al pensar que el pobre permanecería en adelante sin él, que viviría de nuevo en el llano y desplegaría su actividad al servicio de la técnica de transportes que junta a los pueblos. Era una piedad verdaderamente ardiente que, en ciertos momentos, le dolía en el pecho, y tan viva que a veces se preguntaba si tendría valor de abandonar a Joachim. Por todo ello, comenzó a hablar lo menos posible de su partida. Era Joachim, pues Hans Castorp callaba con tacto y delicadeza, quien de vez en cuando derivaba la conversación hacia este punto, mientras él parecía que no quería pensar en ello hasta el último momento.

—Esperemos, al menos —dijo Joachim—, que hayas descansado entre nosotros y que al llegar a casa notes el cambio.

—Sí, saludaré a todo el mundo en tu nombre —contestó Hans Castorp— y les diré que volverás como mucho dentro de cinco meses. ¿Descansado? ¿Me preguntas si he descansado durante estos días? Supongo que sí. Incluso creo que en tan poco tiempo ha sido realmente beneficioso. Es verdad que las impresiones recibidas aquí son muy nuevas, nuevas desde todos los puntos de vista, muy excitantes y también

fatigosas, tanto moral como físicamente. Tengo la sensación de que todavía no me he acostumbrado ni aclimatado, condición necesaria de todo descanso. El María, gracias a Dios, vuelve a ser el de siempre desde hace unos días y ya siento su sabor habitual. Pero de vez en cuando, mi pañuelo se tiñe de sangre cuando lo uso, y creo que ya no conseguiré desembarazarme de ese condenado color en el rostro antes de mi partida, así como de estas insensatas palpitaciones. No, en mi caso no se puede hablar de aclimatación. ¿Cómo sería esto posible en tan corto tiempo? Sería preciso una temporada más larga para aclimatarme y asimilar esas impresiones; entonces podría comenzar a descansar y a producir albúmina. ¡Es una lástima! Digo «lástima» porque seguramente ha sido un gran error no reservar más tiempo para mi estancia, pues seguramente hubiera podido hacerlo. Así pues, tengo la impresión de que al llegar a casa necesitaré reponerme de este descanso y dormir durante tres semanas, pues me parece que aquí me he agotado. Y, además, a todo eso se añade este maldito resfriado…

En efecto, parecía que Hans Castorp volvería al llano con un constipado de primer orden. Se había resfriado sin duda al hacer la cura de reposo y, puestos a conjeturar, durante la cura vespertina que seguía desde hacía una semana, a pesar del tiempo lluvioso y frío que persistía antes de su partida. Sin embargo, había comprobado que ese tiempo no lo consideraban malo; el concepto de mal tiempo no existía aquí bajo ninguna forma, no se tenía ningún temor a ninguna clase de tiempo, apenas se le tenía en cuenta y, con la suave docilidad de la juventud, con su facultad de adaptación a los pensamientos y usos del medio ambiente en el que se hallaba trasladado, Hans Castorp había comenzado a apropiarse esta indiferencia. Cuando llovía a cántaros no se debía esperar que, por tan poca cosa, el aire fuese menos seco. Y así era, continuaba siendo seco, aunque no siempre sentía la cabeza caliente como si se hallase dentro de una habitación caldeada o como si hubiera bebido demasiado vino. En lo que se refiere al frío, que era sensible, hubiese sido poco razonable intentar escapar a él refugiándose en las habitaciones, pues mientras no nevase no encendían la calefacción y era casi lo mismo tenderse en el cuarto que en la galería, empaquetado en las mantas de invierno según las reglas del arte, en esas excelentes mantas de pelo de camello. Por el contrario, esta posición era mucho más agradable, era sencillamente el estado más placentero que Hans Castorp recordaba haber sentido jamás, y no podía cambiar de opinión por el hecho de que un literato cualquiera, y además *carbonario*, tildase maliciosamente a esa posición de «horizontal». Por la noche, la encontraba especialmente agradable, cuando la lámpara encendida lucía a su lado sobre la mesita y, bien envuelto en las mantas, saboreaba el María y disfrutaba de las extrañas ventajas de ese tipo de hamaca, aunque naturalmente con la punta de la nariz helada y un libro —continuaba siendo el *Ocean steamships*— entre sus manos heladas y enrojecidas por el frío, mirando bajo los arcos del balcón hacia

el valle cada vez más oscuro, embellecido con luces dispersas y lejanas. Casi cada noche, y durante al menos una hora, se oía el eco de unas melodías familiares y alegres procedentes del valle. Eran fragmentos de óperas, de *Carmen*, del *Trovador*, de *Freishüz*, luego valses bien constituidos, marchas animosas y alegres mazurcas. ¿Mazurca? Marusja se llamaba en realidad la muchacha del pesado rubí y, en el compartimiento contiguo, detrás de la espesa pared de cristal opal, reposaba Joachim, con quien ocasionalmente Hans Castorp cambiaba una palabra prudente, procurando no molestar a los otros «horizontales». Joachim, en su compartimiento, se hallaba tan agradablemente instalado como Hans Castorp, a pesar de que no fuese músico y de que no pudiese sentir el mismo placer con los conciertos nocturnos. ¡Peor para él! En lugar de esto leía con gusto su gramática rusa. Envuelto en sus mantas, Hans Castorp leía el *Ocean steamships* y escuchaba la música con todo corazón, hundiéndose con complacencia en la profundidad transparente de las composiciones y sintiendo un placer tan vivo al encontrar una melodía original o evocadora que, entregado por completo al deleite, recordaba con sentimientos hostiles las consideraciones irritantes de Settembrini sobre la música como, por ejemplo, aquello de que era políticamente sospechosa lo que, a su juicio, no valía mucho más que la expresión del abuelo Giuseppe sobre la Revolución de julio y los seis días de la creación del mundo.

Joachim no disfrutaba tan vivamente con la música, y el aromático placer de fumar le estaba igualmente vedado. Por lo demás, se hallaba en su compartimiento muy bien arropado. La jornada había terminado; por esta razón todo había concluido, se tenía la seguridad de que ya no ocurriría nada más, que ya no habría más emociones violentas, que el músculo del corazón no sería en modo alguno excitado. Pero, al mismo tiempo, se tenía la convicción de que «mañana» todo volvería a empezar en el flujo de esa existencia estrecha y regular. Y esa doble convicción era una de las cosas más reconfortantes, unida a la música y al sabor del María, lo que hacía que la cura de reposo fuese, para Hans Castorp, un estado verdaderamente agradable.

Pero todo esto no había impedido que el visitante y novicio se hubiese constipado de un modo serio durante ella o en otro lugar. Le amenazaba un fuerte resfriado, le atenazaba la cavidad frontal, el velo del paladar estaba irritado y doloroso, y el aire no atravesaba como de costumbre el conducto destinado por la naturaleza a ese uso: penetraba frío, con dificultad, provocando sin cesar accesos de tos convulsiva. En una noche, su voz había adquirido una tonalidad baja y sorda, como quemada por bebidas fuertes y, según lo que él decía, durante esa misma noche no había podido cerrar los ojos porque una sequedad de garganta que le ahogaba había hecho que se agitara continuamente.

—Una historia muy desagradable y casi penosa —dijo Joachim—. Debes saber que los resfriados no son admitidos aquí, se niega su existencia. Oficialmente, el

clima seco de la atmósfera no los justifica, y uno sería muy mal acogido por Behrens si se presentara resfriado. Pero en tu habitación es distinto…, al fin y al cabo tienes perfecto derecho a estar constipado. Pero convendría combatirlo de algún modo; en el llano hay varias maneras de hacerlo, pero aquí nadie se preocupa. Aquí más vale no ponerse enfermo, porque a nadie le interesa. Es una verdad demostrada, te la comunico a última hora. Cuando llegué, había una señora que durante toda la semana se tapaba la oreja con la mano y se lamentaba de sufrir fuertes dolores. Finalmente, Behrens la examinó: «Puede estar completamente tranquila (dijo), no es tuberculosis.» ¡Y así quedó la cosa! Bueno, veremos lo que podemos hacer. Mañana hablaré con el masajista cuando venga a mi habitación. Hay que seguir el conducto reglamentario, él lo transmitirá, de manera que quizá hagan algo por ti.

Así hablo Joachim, y «el conducto reglamentario» respondió bien. El viernes, cuando Hans Castorp regresó de su paseo matinal, llamaron a su puerta y pudo conocer personalmente a la señorita Mylendonk, la «superiora», como se la llamaba. Hasta el momento sólo había visto de lejos a aquella persona aparentemente muy ocupada cuando, saliendo de la habitación de un enfermo, atravesaba el corredor para entrar en otra, o también cuando irrumpía fugazmente en el comedor hablando con su voz estridente. Pero esta vez la visita estaba destinada a él mismo: acudía por su catarro. Llamó a la puerta con los nudillos huesudos, dura y brevemente, y entró antes de que él dijese «pase», deteniéndose un momento en el umbral para cerciorarse una vez más del número de habitación.

—Treinta y cuatro —exclamó sin bajar la voz—, eso es. Bueno joven, *on me dit que vous avez pris froid, I hear, you have caught a cold, Wy kaschetsja, prostudilisj.* —Y finalmente en alemán—: Al parecer se ha constipado. ¿En qué idioma debo hablarle? Veo que en alemán… ¡Ah, sí!, la visita del joven Ziemssen, ya lo veo. Ahora voy a ir a la sala de operaciones. Hay uno al que hay que administrar cloroformo y que ha comido ensalada de zanahorias. Si una no está en todo… Y usted, joven, ¿afirma que se ha constipado aquí?

Hans Castorp estaba estupefacto ante la manera de expresarse de aquella vieja y noble dama. Mientras hablaba, parecía quererse adelantar a sus palabras, torcía el cuello y olfateaba con la nariz, como hacen las fieras inquietas en su jaula, y agitaba su mano derecha, ligeramente cerrada, con el dedo pulgar torcido hacia arriba, como si hubiese querido decir: «Deprisa, deprisa, deprisa. No escuche lo que digo, hábleme usted para que pueda marcharme.»

Tenía unos cuarenta años de edad, de baja estatura, sin formas, iba vestida con una blusa blanca de enfermera ceñida con un cinturón; llevaba sobre el pecho una cruz roja bordada. Bajo su bonete de diaconisa había unos cabellos rojos y ralos; sus ojos azules e inflamados lucían un orzuelo bastante avanzado y lanzaban una mirada insegura; tenía la nariz arremangada, la boca como de batracio, y el labio inferior, un

poco torcido hacia abajo, adquiría al hablar una especie de movimiento de pala. Sin embargo, Hans Castorp la miró con la afabilidad modesta, tolerante y confiada que le era habitual.

—¿Qué clase de catarro es ése? —preguntó por segunda vez la enfermera jefe, esforzándose inútilmente, pues era bizca, en dar a sus ojos un brillo penetrante—. No nos gustan esa clase de catarros. ¿Se constipa con frecuencia? ¿Qué edad tiene? ¿Veinticuatro? Eso es cosa de la edad. ¿Y se le ocurre venir aquí y constiparse? Aquí no debemos hablar de «constipados», honorable joven, eso son tonterías de allá abajo. —La palabra «tontería» tenía en su boca algo de espantoso y sibilino y la pronunciaba moviendo mucho su labio inferior en forma de pala…—. Tiene usted una espléndida irritación en la tráquea. No lo dudo, basta con mirar sus ojos. —Y de nuevo realizó la extraña tentativa de mirarle a los ojos con una mirada penetrante, sin que lo llegase a conseguir del todo—. Pero los catarros no tienen su origen en el frío, sino en una infección que uno está dispuesto a sufrir; se trata, pues, de averiguar si nos hallamos en presencia de una infección inofensiva o no. Todo lo demás es sólo charlatanería, tonterías. —De nuevo utilizó la misma palabra—. Es posible que en usted sea una cosa corriente —añadió y le miró con su orzuelo avanzado, sin que Hans Castorp supiera cómo—. Tome, aquí tiene un antiséptico inofensivo. Tal vez le vaya bien.

Sacó del bolso de cuero negro que pendía de su cinturón un pequeño paquete que puso sobre la mesa. Era formamint.

—Por otra parte, parece usted excitado, como si tuviese fiebre.

Y no cesaba de mirarle a la cara, pero siempre con la mirada un poco oblicua.

—¿Se ha puesto el termómetro?

El hizo un gesto de negación.

—¿Por que no? —preguntó, y su labio inferior, que se adelantaba oblicuamente, quedó como suspendido en el aire.

Él permaneció en silencio. El muchacho era aún muy joven, y conservaba todavía la costumbre del silencio del escolar que se halla de pie ante su pupitre, que no sabe nada y por eso calla.

—¿Quizá es usted de esos que nunca se toman la temperatura?

—Bueno, señora superiora, cuando tengo fiebre…

—¡Madre de Dios…! Mire, uno se pone el termómetro para saber si tiene fiebre. Y ahora, según su opinión, ¿tiene fiebre?

—No lo sé, señora superiora. No estoy seguro. He sentido alternativas de calor y frío desde que estoy aquí.

—¡Ah, claro! ¿Y dónde está su termómetro?

—No tengo, señora superiora. ¿Para qué? No estoy más que de visita. Me encuentro bien de salud.

—¡Tonterías! ¿Me ha mandado usted llamar porque se encuentra bien?

—No —respondió cortésmente—, porque estoy un poco…

—Constipado. Aquí ya conocemos esa clase de catarros. ¡Mire! —Y comenzó a buscar de nuevo en su bolso, sacó dos estuches alargados de cuero, uno negro y otro rojo, y los puso sobre la mesa.

—Éste cuesta tres francos y medio y ése cinco francos. Naturalmente le irá mejor el de cinco. Puede servirle toda la vida, si tiene necesidad de él.

Él tomó sonriendo el estuche rojo y lo abrió. Como una joya, el tubo de cristal se hallaba tendido en el interior exactamente adaptado a su forma y forrado de terciopelo rojo. Los grados estaban marcados con rayitas rojas y las décimas con rayas negras. Las cifras eran también rojas. La parte inferior, que iba estrechándose, estaba llena de brillante mercurio. La columna aparecía baja, muy inferior al grado normal del calor animal.

Hans Castorp sabía lo que se debía a sí mismo y a su prestigio.

—Tomaré éste —dijo, sin prestar la menor atención al otro—. El de cinco. ¿Puedo pagarlo…?

—¡Naturalmente! —exclamó la superiora—. No hay que regatear en las compras importantes. No hay prisa, se le anotará en la factura. Démelo. Para comenzar, vamos a hacerlo descender completamente, así…

Tomó el termómetro, lo agitó repetidas veces en el aire, e hizo descender la columna de mercurio por debajo del 35.

—Subirá, el mercurio subirá —dijo—. Tome su adquisición. Sin duda conoce ya nuestras costumbres. Póngalo debajo de su respetable lengua durante siete minutos, cuatro veces al día, y manteniendo cerrados sus preciosos labios. Hasta la vista, joven. Le deseo buenos resultados.

Y salió de la habitación.

Hans Castorp, que se había inclinado, se hallaba de pie cerca de la mesa, y miraba la puerta por donde la enfermera jefe había salido y el instrumento que ella le había dejado. «¿Esta es, pues, la superiora Von Mylendonk? —se dijo—. A Settembrini no le gusta; es verdad que tiene aspectos desagradables. El orzuelo es repugnante, pero seguramente no debe de tenerlo siempre. ¿Pero por qué me ha llamado «joven»? Eso es una expresión un poco chocante. Y me ha vendido un termómetro; siempre debe de llevar algunos en su bolso. Parece que aquí los hay por todas partes en todas las tiendas, incluso en los sitios donde uno no puede encontrarlos, según afirma Joachim. Pero yo no he tenido necesidad de molestarme mucho, pues ha caído en mis propias manos.»

Sacó el frágil objeto del estuche, lo miró y luego se puso a caminar con inquietud por la habitación, con el termómetro en la mano. Su corazón latía deprisa y con fuerza. Se volvía hacia la puerta abierta del balcón e hizo un movimiento hacia la

habitación, como tentado de ir a visitar a Joachim, pero renunció enseguida y permaneció de pie junto a la mesa carraspeando, para darse cuenta de que estaba ronco. Luego tosió varias veces.

«Sí, debo comprobar si el catarro me produce fiebre», se dijo en silencio, y llevó rápidamente el termómetro a su boca, introduciendo la punta de azogue bajo la lengua, de manera que el instrumento asomaba de entre los labios, que había cerrado estrechamente para no dejar pasar el aire. Luego miró su reloj de pulsera. Eran las nueve y treinta y seis minutos.

Y esperó a que pasaran siete minutos.

«Ni un segundo más, ni un segundo menos —pensó—. Se pueden fiar de mí. No hay necesidad de cambiarlo por una «hermana muda» como a la persona de la que habló Settembrini, Otilia Kneifer.»

Y comenzó a pasear por su habitación apretando el instrumento bajo la lengua.

El tiempo se alargaba, el plazo parecía infinito. Dos minutos y medio habían transcurrido apenas cuando miró las agujas, temiendo haber dejado pasar el momento. Hacía mil cosas, cogía objetos y los volvía a dejar, salía al balcón procurando que no le viese su primo, contemplaba el paisaje, el alto valle, ya profundamente familiar a su espíritu en todas sus formas: con sus picos, las líneas de sus cresterías y sus paredes rocosas, con el telón avanzado del Brembül a la izquierda, cuya vertiente descendía oblicuamente hacia la aldea, con el rudo Mattenwald que recubría el flanco, con las formaciones montañosas a la derecha, cuyos nombres le eran también familiares, y con el Alteinwand que, visto desde allí, parecía cerrar el valle a mediodía. Miró hacia los caminos, hacia los arriates del jardín, la gruta rocosa y el pino; escuchó un murmullo procedente del pabellón común y volvió a meterse en la habitación, esforzándose en corregir la posición del termómetro en su boca; luego se recogió la manga sobre el puño, alargando el brazo aproximándolo a su cara. Con mucho trabajo y, al parecer, a fuerza de empujarlos, transcurrieron al fin seis minutos, pero como ahora, de pie en el centro de su habitación, se perdía en un mar de sueños y dejaba vagar sus pensamientos, el último minuto que quedaba escapó inadvertido con una ligereza felina, y un nuevo movimiento del brazo le reveló su fuga discreta; quizá ya era demasiado tarde: un tercio del octavo minuto pertenecía al pasado, cuando, diciéndose no tenía importancia y que el resultado no se vería en suma modificado, sacó el termómetro de su boca y lo observó con mirada turbada.

No pudo distinguir inmediatamente la indicación: el resplandor del mercurio se confundía con el reflejo luminoso del tubo de cristal; la columna parecía haber subido muy arriba, luego pareció no existir. Aproximó el instrumento a sus ojos, lo giró de un lado a otro y no distinguió nada. Finalmente, después de un movimiento adecuado, la imagen se hizo distinta, la retuvo e hizo funcionar a toda prisa su inteligencia. En

efecto, el mercurio se había dilatado, considerablemente, la columna había subido bastante, se hallaba varias décimas por encima del límite de una temperatura normal. Hans Castorp tenía 37,6.

En pleno día, entre las diez y las diez y media 37,6 era demasiado. Esta «temperatura» era una fiebre que resultaba de una infección a la que estaba predispuesto y se trataba de saber qué clase de infección era. 37,6… No tenía más, nadie allí pasaba de esa temperatura, a excepción de los que se hallaban en cama gravemente enfermos o moribundos, ni la Kleefeld con su neumotórax, ni madame Chauchat. Naturalmente, en su caso era distinto, se trataba de una simple «fiebre gripal», como se decía allá abajo. Pero tal vez no era tan fácil de dilucidar, pues Hans Castorp dudaba que tuviese esta temperatura desde que se había constipado, y lamentó no haber usado el termómetro desde el principio, cuando el doctor Behrens se lo había sugerido. Ese consejo era completamente sensato, ahora lo comprendía, y Settembrini no había tenido razón al mofarse irónicamente… Sí, Settembrini con su república y su bello estilo. Hans Castorp despreciaba a la república y al bello estilo mientras continuaba examinando la indicación del termómetro, que los reflejos le habían hecho perder de vista un par de veces y que recuperaba girando en un sentido o en otro el instrumento. Tenía 37,6 en plena mañana. Sentía una viva emoción. Comenzó a andar de un lado a otro de la habitación con el termómetro en la mano, cuidando de mantenerlo horizontalmente a fin de no modificarlo con una sacudida vertical; luego lo dejó sobre la mesita, cogió las mantas y se dispuso a comenzar su cura de reposo. Sentado, se envolvió hábilmente en ellas, tal como lo había aprendido, por ambos lados y por debajo, una después de otra, y permaneció inmóvil esperando la hora de la segunda comida y la entrada de Joachim. De vez en cuando sonreía, como si se dirigiera a alguien. Con frecuencia, su pecho se estremecía por un temblor angustioso y sentía la necesidad de toser con el pecho oprimido.

Joachim le encontró todavía tendido cuando, a las once, después de sonar el gong, entró a buscarle para ir a comer.

—¿Qué tal? —preguntó sorprendido, acercándose a la hamaca.

Hans Castorp permaneció en silencio un instante y miró ante él. Luego contestó:

—La última noticia es que tengo un poco de temperatura.

—¿Qué significa eso? —preguntó Joachim— . ¿Te sientes acaso febril?

Hans Castorp esperó antes de su contestación que, con cierta pereza, formuló luego del siguiente modo:

—¿Febril, querido? Hace ya algún tiempo que me siento febril. No se trata ahora de impresiones subjetivas, sino de una comprobación exacta. Me he tomado la temperatura.

—¿Has tomado tu temperatura? ¿Con qué? —exclamó Joachim, asustado.

—Ya puede suponerlo, con un termómetro —contestó Hans Castorp, con un dejo

de burla y reproche—. La enfermera jefe me ha vendido uno. Lo que ignoro es por qué me llama siempre «joven». No creo que sea muy correcto. Pero me ha vendido un excelente termómetro, y si quieres convencerte del grado que indica, está allí en la mesita. Ha subido ligeramente.

Joachim dio media vuelta y entró en la habitación. Cuando volvió, dijo con tono titubeante:

—Sí; 37 coma, cinco y medio.

—Pues ha bajado un poco —dijo apresuradamente Hans Castorp—; hace un momento eran 37,6.

—No se puede decir que eso sea poco por la mañana —dijo Joachim—. ¡Vaya sorpresa!

Y se hallaba de pie delante de la *chaise-longue* de su primo como uno puede colocarse delante de una «sorpresa», con los brazos pegados al cuerpo y la cabeza baja.

—Será necesario que te acuestes.

Hans Castorp tenía ya su contestación dispuesta.

—No sé —dijo— por qué tengo que acostarme con 37,6 cuando tú y los demás tenéis la misma temperatura y os paseáis tranquilamente.

—Pero es distinto. En ti es un estado agudo, pero inofensivo. Estás constipado.

—Primeramente —respondió Hans Castorp, dispuesto a dividir su discurso en varias partes— no comprendo por qué con una fiebre inofensiva (admitamos un instante que sea así), por qué con una fiebre inofensiva es preciso meterse en la cama y con otra fiebre no. Y en segundo lugar, ¿no te he dicho que el catarro me ha dado más fiebre de la que ya tenía? Parto del principio de que 37,6 es igual a 37,6. Si vosotros podéis salir, yo también puedo.

—Pero a mi llegada tuve que permanecer en cama cuatro semanas —objetó Joachim—, y sólo cuando se comprobó que la cama no disminuía mi temperatura fue cuando me autorizaron a levantarme.

Hans Castorp sonrió.

—Bien —dijo—. Supongo que en tu caso se trata de otra cosa. Me parece que te contradices. Primero distingues y luego confundes. Son tonterías…

Joachim se volvió y, cuando se halló de nuevo ante su primo, este vio que su rostro moreno se había oscurecido un poco más.

—No —dijo—, yo no confundo nada, eres tú quien lo complica. Quiero decir, que has contraído un constipado tremendo, y que deberías meterte en la cama para abreviar la curación de la enfermedad, ya que quieres marcharte la semana próxima. Pero si no quieres, si te resistes a meterte en la cama, puedes prescindir de ello. Yo no te doy órdenes. De todos modos, es necesario que vayamos a almorzar. Y deprisa, ha pasado la hora…

—Muy bien, vamos —dijo Castorp, y rechazó las mantas.

Entró en la habitación para peinarse y Joachim volvió a mirar el termómetro mientras que Hans Castorp lo observaba de lejos. Luego se marcharon en silencio y se sentaron, una vez más, en sus respectivos sitios del comedor, que brillaba a aquella hora con una blancura láctea.

Cuando la enana llevó a Hans Castorp la cerveza de Kumbach, él la rechazó con una expresión de grave renuncia. Hoy prefería no beber cerveza. No bebería nada, como mucho un sorbo de agua. Esto causó sorpresa en sus vecinos de mesa. Era realmente extraño. ¿Por qué no bebía cerveza?

—Tengo un poco de fiebre —respondió Hans Castorp negligentemente—, 37,6. Una insignificancia.

Pero he aquí que todos le amenazaron con el dedo índice. Era muy raro. Adoptaron un aspecto burlón, movieron la cabeza, guiñaron un ojo y agitaron el índice a la altura de la oreja, como si acabasen de enterarse de cosas escabrosas y atrevidas de alguien que hubiese presumido de virtuoso.

—¡Vamos, vamos! —exclamó la institutriz, y sus mejillas se ruborizaron, mientras le amenazaba sonriendo—. ¡De qué cosas se entera una, qué picaro es usted! Vaya, vaya…

—Vaya, vaya —repitió la señora Stoehr, y le señaló con su gordo dedo rojo acercándoselo a la nariz—. ¿Tiene fiebre el señor visitante? ¡Qué bromista…! ¡Eso sí que no lo esperaba!

Incluso la vieja tía, al otro extremo de la mesa, hizo lo mismo con el dedo, adoptando una expresión a la vez burlona y astuta cuando recibió la noticia. La bella Marusja, que hasta entonces no había prestado la menor atención, se inclinó hacia él y le miró con sus ojos redondos, oscuros, y repitió el gesto, mientras mantenía contra sus labios el pañuelo perfumado de naranja. Hasta el doctor Blumenkohl, a quien la señora Stoehr se lo contaba, no pudo impedir mover el dedo como hacía todo el mundo, aunque lo hizo sin mirar a Hans Castorp. Únicamente la señorita Robinson se mostró indiferente y ajena, como siempre; Joachim, muy correcto, permanecía con los ojos bajos.

Hans Castorp, halagado por tanto interés, creyó necesario defenderse con modestia.

—Se equivocan —dijo—, se equivocan de veras. Mi caso es de los más inofensivos. Estoy constipado, eso es todo. Me escuecen los ojos, tengo el pecho oprimido, paso tosiendo casi toda la noche. Es bastante desagradable…

Pero no admitieron sus excusas; se reían y con la mano le hacían señas de que no insistiese, mientras gritaban: «Sí, sí, excusas, un pequeño constipado, lo de siempre, lo de siempre.»

Y todos exigieron súbitamente a Hans Castorp que acudiese sin tardanza a la

consulta. Esta noticia les había animado. De todas las mesas ésta fue, durante la comida, la más alegre. La señora Stoehr, con su abultado pecho enrojecido en el escote, con sus arrugas en el cutis de las mejillas, daba muestras de una volubilidad casi salvaje, y hablaba sobre las molestias de la tos. Sí, era seguramente un gran placer eso de sentir en el fondo del pecho el cosquilleo creciente que se iba precisando mientras que, con los esfuerzos y la compresión de la tos, uno se inclinaba lo más posible para apaciguar el cosquilleo; era un placer análogo al que se producía con un estornudo, cuando los deseos de estornudar se hacían irresistibles y, sumidos en una especie de borrachera, se respiraba vehementemente, abandonándose con delicia, olvidando el mundo entero ante la felicidad de la explosión. Y eso podía producirse dos o tres veces seguidas. Eran placeres gratuitos de la vida, lo mismo que en primavera el rascarse los sabañones hasta sangrar, con un fervor cruel entregado por completo a la rabia y al placer, y ver, cuando por casualidad uno se mira en el espejo, una máscara diabólica.

Con esta insistencia espantosa hablaba la inculta señora Stoehr, hasta que la corta y sustanciosa comida hubo terminado y los dos primos se marcharon para dar su paseo matinal hacia Davos Platz. Joachim se hallaba absorbido en sí mismo, y Hans Castorp, gimiendo a fuerza de sonarse, sentía que la tos sacudía su pecho dolorido.

Al regresar Joachim dijo:

—Voy a hacerte una proposición. Hoy es viernes. Mañana, después del almuerzo, tengo mi examen mensual. No es una consulta completa; Behrens me da unos golpecitos en la espalda y hace tomar notas a Krokovski. Podrías acompañarme y pedir que te ausculten. Esto es ridículo, pero si estuvieses en tu casa llamarías sin duda a Heidekend. Y aquí, donde tenemos dos especialistas, paseas y no sabes a qué atenerte, ni hasta qué punto te hallas enfermo ni sabes si harías mejor en acostarte.

—Bien —dijo Hans Castorp—, como quieras. Naturalmente, puedo hacer eso. Y hasta es interesante para mí el asistir una vez a tu consulta.

Quedaron, pues, convenidos y cuando llegaron arriba, ante el sanatorio, la casualidad quiso que encontrasen al consejero Behrens en momento favorable para formular su petición.

Behrens salía del ala avanzada de la casa, con el sombrero hacia atrás y un cigarro en la boca, las mejillas azules y los ojos lacrimosos. Estaba en plena actividad, se dirigía a visitar su clientela particular de la aldea, después de haber trabajado en la sala de operaciones, según explicó.

—¿Qué tal, señores? —saludó—. Siempre están de paseo. ¿No frecuentan ya la alta sociedad? Vengo de un combate desigual, con cuchillo y sierra; un gran asunto, ¿saben? ¡Extracción de una costilla! Antes, el cincuenta por ciento se quedaba en la mesa de operaciones. Ahora tenemos más éxito, a pesar de que a veces se hace la maleta precipitadamente, *mortis causa*. ¡Bah! El de hoy podrá seguir riendo, por

ahora se mantiene firme… Una cosa de locura, un tórax de hombre que ya no es tórax. Ya saben, visceras blancas y asquerosas… En fin… ¿y ustedes? ¿Cómo va su preciosa salud? La existencia es más alegre si se comparte, ¿no es verdad, Ziemssen, zorro viejo? ¿Por qué llora, señor turista? —añadió dirigiéndose de pronto a Hans Castorp— . Está prohibido llorar en público. Es una norma de la casa. Si todos hiciésemos lo mismo…

—Es que estoy acatarrado, doctor —contestó Hans Castorp—. No sé cómo ha sido, pero he cogido un tremendo resfriado. Toso y tengo el pecho cargado.

—¡Ah! —exclamó Behrens—, convendría tal vez consultar con un médico serio.

Los dos se echaron a reír y Joachim contestó, juntando los talones:

—Es lo que estamos dispuestos a hacer, señor consejero. Mañana tengo mi consulta y queríamos pedirle que tuviese la bondad de examinar al mismo tiempo a mi primo. Se trata de saber si podrá marcharse el martes…

—«C, d.» —exclamó Behrens— «¡C, d, a, s!» Completamente dispuesto a servirles. Deberíamos haber comenzado por eso. Desde el momento en que uno está aquí, puede al menos aprovecharlo. Pero naturalmente no se quiere imponer nada. Mañana a las dos, inmediatamente después de la «comilona».

—Es que también tengo un poco de fiebre —añadió Hans Castorp.

—¿Qué dice? —exclamó Behrens—. ¿Cree que no tengo ojos para verlo?

Y con su formidable dedo índice se tocó sus ojos inyectados de sangre, de un azul húmedo y lacrimoso.

—¿Cuánto tiene?

Hans Castorp citó modestamente la cifra.

—¿Por la mañana? ¡Hum, no está mal! Para empezar no está mal. Bueno, mañana vienen los dos. Para mí será un honor. ¡Buena digestión!

Con las rodillas torcidas y remando con las manos, comenzó a descender por la pendiente del camino mientras el humo de su cigarro flotaba detrás de él como una bandera.

—Ya está todo arreglado como deseabas —dijo Hans Castorp—. No pudo ir mejor, ¡ya he sido anunciado! Es, por lo demás, muy probable que no haga nada. Supongo que me recetará un jugo de regaliz o una tisana pectoral, pero de todos modos es agradable sentirse atendido médicamente cuando uno se siente algo estropeado como yo. Pero ¿por qué habla de esa manera tan enérgica? Al principio me divertía, pero a la larga me resulta desagradable. «¡Buena digestión!» ¡Qué jerga! Lo normal es decir «buen provecho», en cierto modo es incluso poético, como «el pan de cada día». Pero «digestión» es pura fisiología, y pedir sobre eso la bendición del cielo es malicioso. Tampoco me gusta verle fumar, eso tiene algo de inquietante para mí, porque sé que le hace daño y le pone melancólico. Settembrini sostiene que su alegría es forzada, y Settembrini es un crítico, un hombre de juicio seguro, hay que

reconocerlo. Tal vez debería razonar un poco más y no aceptar las cosas tal como se presentan; pero tiene toda la razón sobre este punto. Aunque se comienza por jugar, por censurar y por indignarse y luego pasa algo que no tiene nada que ver con el razonamiento y ya no puede hablarse de severidad moral, de modo que la república o el bello estilo aparecen de pronto como cosas anodinas. —Murmuró estas palabras de un modo indistinto; parecía que él mismo no veía muy claro lo que quería decir. Su primo le miró de reojo y dijo—: Hasta la vista.

Y ambos se dirigieron a sus habitaciones y al compartimiento del balcón.

—¿Cuánto? —preguntó Joachim al cabo de un momento, a pesar de no haber visto si Hans Castorp había usado nuevamente el termómetro.

Y Hans Castorp contestó con un tono de indiferencia:

—Sin novedad.

En efecto, apenas entró en la habitación había cogido de la mesita de noche la bella adquisición de la mañana, había destruido, por medio de sacudidas verticales, el 37,6 que ya había cumplido su papel y, como un enfermo experimentado, había comenzado, con su cigarrillo de cristal en la boca, la cura de reposo. Pero a pesar de su espera demasiado ambiciosa, y de que hubiese conservado el instrumento durante ocho largos minutos bajo la lengua, el mercurio no se había dilatado más allá de los 37,6, lo que al fin y al cabo era fiebre, aunque no una fiebre más fuerte que la que había tenido por la mañana.

Después de la comida el espejillo de la columna subió hasta 37,3. Por la noche, cuando el enfermo se sintió fatigado de las emociones y las novedades del día, se mantuvo en 37,5, y por la mañana temprano no marcó más de 37, para alcanzar de nuevo a mediodía el mismo grado que la víspera. Con todo eso, la comida principal del día había llegado y, al finalizar, la hora de la consulta se había aproximado.

Hans Castorp recordó más tarde que, durante esta comida, madame Chauchat llevaba una blusa de un amarillo dorado, con grandes botones y bolsillos galoneados, una blusa nueva para Hans Castorp, y que cuando llegó, como siempre un poco tarde, se había exhibido un instante en la sala con esa prenda. Luego, igual que todos los días cinco veces, se había dirigido a su mesa, se había sentado con movimientos lánguidos y, sin parar de hablar, había comenzado a comer; como cada día, pero con una atención particular, Hans Castorp le había visto mover la cabeza mientras hablaba y de nuevo había notado la curva de su nuca, la postura caída de sus hombros, cuando, por encima de Settembrini, que se hallaba sentado al extremo de la mesa situada transversalmente entre ellos, había mirado hacia la mesa de los rusos distinguidos. Madame Chauchat, por su parte, no se había vuelto una sola vez hacia la sala durante la comida. Pero cuando se hubieron servido los postres y el gran reloj de péndulo, colocado en el lado estrecho de la sala, donde se hallaba la mesa de los rusos ordinarios, tocó las dos, con gran sorpresa de Hans Castorp, impresionado por

aquel enigma, ocurrió lo siguiente:

Mientras el reloj daba las dos campanadas —una y dos— la graciosa enferma había vuelto la cabeza y torcido ligeramente el busto. Por encima de su hombro, y abiertamente, había dirigido su mirada hacia Hans Castorp, pero no vagamente hacia su mesa, sino, sin equívoco posible, hacia él en persona, esbozando una sonrisa en los labios cerrados y con los ojos oblicuos, semejantes a los de Pribislav, como si hubiese querido decir: «Bueno, ya es la hora, ¿no vas?» Pues cuando los ojos «hablan» tutean, aunque los labios no hayan pronunciado todavía un «usted». Este extraño incidente turbó a Hans Castorp hasta el fondo del alma. Apenas se fiaba de sus sentidos y, desolado, miró a madame Chauchat a la cara; luego levantó los ojos por encima de su frente y sus cabellos, mirando al vacío. ¿Sabía que él estaba citado a las dos para una consulta? ¡Lo parecía! Y, sin embargo, no era verosímil. También hubiese podido saber que un minuto antes se había preguntado si debía decir al doctor Behrens, por mediación de Joachim, que su gripe iba mejor y que juzgaba la consulta innecesaria. Pero las ventajas de este pensamiento se habían desvanecido ante aquella sonrisa interrogante, para adquirir el color del fastidio más repulsivo. Un segundo más tarde, Joachim puso la servilleta enrollada sobre la mesa y, con un movimiento de cejas, hizo una señal a Hans Castorp e inclinándose hacia sus vecinos, se separó de la mesa. Hans Castorp, titubeando interiormente, aunque con un paso en apariencia firme, y con la impresión de que aquella mirada y aquella sonrisa continuaban pesando sobre él, siguió a su primo y salió de la sala.

Desde el día anterior por la mañana no habían vuelto a hablar de su proyecto, y en ese momento iban uno al lado de otro en un acuerdo tácito. Joachim se daba prisa. La hora convenida había pasado y el doctor Behrens exigía puntualidad. Siguieron el corredor del entresuelo, pasando delante de la administración y bajaron la escalera, recubierta de linóleo encerado, que conducía al sótano. Joachim llamó a la puerta situada al final de la escalera y en la que un rótulo de porcelana designaba la entrada a la sala de consultas.

—¡Entren! —exclamó Behrens apoyándose fuertemente en la primera sílaba. Se hallaba en el centro de la habitación con la bata puesta, sosteniendo en la mano derecha el estetoscopio negro con el que se golpeaba la pierna.

—*Tempo, tempo*. —Y volvió sus lacrimosos ojos hacia el reloj—. *Un poco piu presto, signori*. No estamos exclusivamente a la disposición de sus señorías.

El doctor Krokovski se encontraba sentado ante el doble pupitre, cerca de la ventana, pálido, con su acostumbrada blusa negra y los codos sobre la tabla de la mesa, sosteniendo en una mano la pluma, en la otra su barba y delante de él papeles, sin duda el fichero del enfermo. Miraba a los recién llegados con la expresión vaga de quien sólo está allí como ayudante.

—Vamos, acérqueme esos papeles —dijo el doctor Behrens en contestación a las

excusas de Joachim, y cogió la hoja de temperatura para darle un vistazo mientras el paciente se apresuraba a desnudar su torso y a colgar los vestidos que se iba quitando en la percha que había al lado de la puerta.

Nadie se ocupaba de Hans Castorp. Permaneció un instante de pie contemplándolos, luego se sentó en una pequeña butaca cuyos brazos estaban sostenidos por pequeños grifos, al lado de una mesita sobre la que había una botella de agua. Estanterías cargadas de carpetas y gruesos volúmenes de medicina guarnecían las paredes. Excepto eso, no había más muebles que una *chaise-longue* de respaldo movible, cubierta con una tela blanca y cuyo almohadón se hallaba cubierto a su vez con una servilleta de papel.

—Coma siete, coma nueve, coma ocho… —dijo Behrens hojeando las fichas semanales de Joachim, en la que éste había escrito fielmente las temperaturas tomadas cinco veces al día—. Continúa la cosa un poco alta, mi querido Ziemssen, no puede pretender que desde el otro día la cosa haya mejorado con tanta rapidez. —«El otro día», había sido hacía cuatro semanas—. No está desintoxicado, no, señor. ¡Vamos, hombre! Esto no puede conseguirse en un solo día, no somos hechiceros. Pero lo conseguiremos.

Joachim asintió con la cabeza y sus hombros desnudos se estremecieron, a pesar de que hubiese podido objetar que no estaba allí precisamente desde la víspera.

—¿Y cómo van esos puntos en el *hilus* derecho, donde el sonido continuaba siendo agudo? ¿Mejor? ¡Vamos, venga aquí! Daremos unos golpecitos.

Y el examen comenzó.

El doctor Behrens, con las piernas separadas, el tronco inclinado hacia atrás y el estetoscopio bajo el brazo, comenzó explorando la parte superior de la espalda derecha de Joachim; golpeaba con un movimiento de la muñeca, sirviéndose de su mano derecha como de un martillo y apoyándose con la mano izquierda. Luego descendió bajo el omóplato y golpeó al lado, en el centro y en la parte inferior de la espalda, después de lo cual Joachim, que estaba ya acostumbrado, levantó los brazos para dejar que explorase bajo el hombro. El mismo proceso se repitió en la parte izquierda y, una vez terminado, el consejero le ordenó que se volviera para auscultar el pecho. Golpeó bajo el cuello, cerca de la clavícula y en la parte superior e inferior del pecho, primero a la derecha, luego a la izquierda.

Cuando hubo golpeado suficientemente auscultó apoyando el estetoscopio en el pecho y la espalda de Joachim, y fue auscultando los lugares en los que antes había golpeado. Al mismo tiempo, era preciso que Joachim respirase o tosiese alternativamente, lo que parecía fatigarle mucho, pues jadeaba y sus ojos se abrillantaban de lágrimas.

En lo que se refiere al doctor Behrens, anunciaba todo lo que iba oyendo, lo anunciaba con palabras breves al ayudante sentado ante la mesa, de forma que Hans

Castorp pensó en una sesión en casa del sastre, cuando el maestro toma las medidas para un traje y va colocando la cinta métrica en el cuerpo y a lo largo de los miembros de su cliente, dictando las cifras obtenidas al aprendiz, sentado e inclinado.

—Corto, acortado —dictaba el doctor Behrens—. Vesicular, vesicular… —Parecía ser un buen signo—. Ronco… —Y hacía una mueca—. Muy ronco… Ruido. —Y el doctor Krokovski lo anotaba todo como el aprendiz las cifras dictadas por el sastre.

Hans Castorp, con la cabeza inclinada hacia un lado, seguía los acontecimientos sumido en una contemplación meditativa del torso de Joachim, cuyas costillas (gracias a Dios, todavía las tenía todas) se movían al respirar bajo la piel tersa, abultando por encima del estómago en su torso esbelto, de un moreno amarillento, con un vello negro en el esternón y en los brazos, por otra parte robustos, uno de los cuales lucía en la muñeca una cadenita de oro.

«Ésos son brazos de gimnasta —pensaba Hans Castorp—. Siempre se ha dedicado con gusto a la cultura física, por su afición a las armas, mientras que yo he hecho poco caso de ella. Ha estado siempre preocupado de su cuerpo, mucho más que yo, o al menos de otra manera. Yo no he sido más que un civil pendiente de tomar baños tibios, comer y beber bien, mientras que él ha cultivado su fuerza. Y de pronto, su cuerpo ha pasado a primer plano, se ha hecho independiente y ha adquirido importancia por la enfermedad. Está intoxicado y no quiere dejar de estarlo y recuperar su energía, a pesar de todos sus deseos de ser soldado en el llano. Su constitución es perfecta, como un verdadero Apolo de Belvedere. Pero por dentro está enfermo y exteriormente caldeado por la enfermedad, pues la enfermedad hace al hombre más corporal, más carnal…» Sumido en estos pensamientos, sintió de pronto miedo y lanzó una rápida mirada desde el torso desnudo de Joachim hasta sus ojos negros y dulces, que la respiración artificial y la tos hacían lacrimosos y que durante el examen miraban al vacío con una expresión triste por encima del observador.

El doctor Behrens había terminado.

—Esto va bien, Ziemssen —dijo—. Todo está en regla, dentro de lo posible. La próxima vez, dentro de cuatro semanas, irá mejor.

—¿Cuánto tiempo cree usted, señor consejero…?

—¡Ah! ¿Conque vuelve a tener prisa? No podría apretar las clavijas a sus reclutas en este estado de intoxicación avanzada. Unos seis mesecitos, le dije el otro día. Si esto le consuela, cuéntelos desde la otra visita, pero considérelos como un mínimum. Yo diría que no se está tan mal aquí; podría usted ser un poco más amable. Esto no es un presidio, no es una… mina siberiana. ¿Cómo puede suponer que nuestra casa se parece a nada de eso? Bueno, Ziemssen, ¡rompan filas! ¡El siguiente, si se siente con ánimo para ello! —exclamó, y miró al techo.

Alargando los brazos, tendió al mismo tiempo el estetoscopio al doctor

Krokovski, que se puso en pie y lo cogió para proceder con Joachim a su pequeño control de ayudante.

Hans Castorp se había incorporado de golpe y, con la mirada fija en el consejero, quien, con las piernas separadas y la boca abierta, parecía perdido en sus pensamientos, se apresuró a prepararse. Estaba nervioso y no consiguió salir de su camisa, que finalmente se sacó por la cabeza. Cuando estuvo de pie, blanco, rubio y frágil ante el doctor Behrens, parecía la verdadera conformación de un paisano, después de Joachim Ziemssen.

Pero el doctor Behrens, todavía sumido en sus pensamientos, lo dejó en pie. El doctor Krokovski volvió a sentarse y Joachim comenzó a vestirse cuando Behrens se decidió, al fin, a percatarse de la presencia de ese otro «que se sentía con ánimo para ello».

—¡Ah, es usted! —dijo, y cogió a Hans Castorp por el antebrazo, le atrajo hacia sí y lo observó con aguda mirada. Le miró no a la cara, como miran los hombres, sino al cuerpo; le dio la vuelta, como se hace con un cuerpo, y contempló su espalda.

—¡Hum! —exclamó—. Vamos, vamos a ver cómo suena usted.

Y, como antes, comenzó a golpear.

Exploró en los mismos lugares en que había golpeado a Joachim y volvió a insistir en diferentes puntos. Para comparar, golpeó alternativamente cerca de la clavícula y luego un poco más abajo.

—¿Lo oye? —preguntó volviéndose hacia el doctor Krokovski.

Y el doctor Krokovski, sentado cinco pasos más allá, ante su mesa de trabajo, asintió con un movimiento de cabeza y bajó la barbilla sobre el pecho, de manera que su barba se aplastaba y las puntas se doblaban.

—¡Respire profundamente! ¡Tosa! —ordenó el consejero, que había cogido el estetoscopio; y Hans Castorp, durante ocho o diez largos minutos, procuró hacerlo así mientras el doctor auscultaba. No pronunciaba palabra alguna, no hacía más que apoyar aquí y allí su estetoscopio y escuchar repetidas veces en varios lugares en los que también había golpeado. Luego se puso el instrumento bajo el brazo, juntó las manos en la espalda y miró en el suelo, entre Hans Castorp y él.

—Bien, Castorp —era la primera vez que se dirigía al joven llamándole por su apellido—, la cosa va *praeter-propter*, como supuse. Desde el principio le eché el ojo, ahora puedo decírselo, Castorp. Desde el principio, desde el mismo momento en que tuve el honor inmerecido de conocerle, supe con certeza que usted era en el fondo uno de los nuestros, y que acabaría por darse cuenta, como tantos otros que han venido aquí de visita, que han mirado y arrugado la nariz y que, un día, se han enterado de que harían bien (y no sólo que «harían bien», ya me entiende) en cambiar de actitud y pasar aquí una temporadita más provechosa.

Hans Castorp había cambiado de color, y Joachim, que se estaba abrochando los

tirantes, se detuvo instantáneamente y escuchó.

—Usted tiene aquí a un primo muy amable y simpático— continuó diciendo el consejero, con un movimiento de cabeza hacia Joachim, mientras se balanceaba sobre los gordos dedos del pie y los talones— , y del que espero que pronto pueda decir que «ha estado» enfermo. Pero aunque no llegásemos a eso, no dejará de ser cierto que su primo legítimo ha estado enfermo, y *a priori*, como diría el filósofo, esto aclara bastante la cuestión sobre usted, mi querido Castorp…

—Pero es un primo segundo, señor consejero…

—Vamos, supongo que no querrá renegar de él. Segundo o no, próximo o lejano, continúa siendo consanguíneo. ¿De qué lado?

—Del de mi madre, señor consejero. Es hijo de una cuñada…

—¿Y su señora madre está bien de salud?

—No, está muerta. Murió cuando yo era niño…

—¡Ah!, ¿y de qué?

—De una hemorragia, doctor.

—¿Hemorragia? Bueno, ya hace mucho tiempo de eso…

—Murió de neumonía —dijo Hans Castorp— y mi abuelo también —añadió.

—¡Ah! ¿También? ¡Vaya con sus ascendientes! En lo que a usted se refiere ha sido siempre un poco anémico, ¿verdad? Pero ni el trabajo físico ni el intelectual le fatigan fácilmente, ¿no es así? ¿Tiene frecuentes palpitaciones? ¿Sólo desde hace algún tiempo? Bien… Y, además de esto, ¿tiene una marcada tendencia a contraer catarros de pecho? ¿Sabe que estuvo usted enfermo otra vez?

—¿Yo?

—Sí, estoy hablando con usted… Oiga usted mismo la diferencia.

Y el doctor Behrens golpeó alternativamente a la izquierda de la parte superior de su pecho y luego un poco más abajo.

—El sonido es un poco más sordo aquí que allí —dijo Hans Castorp.

—Muy bien. Tendría que hacerse especialista. Por tanto, hay un entorpecimiento respiratorio, y los entorpecimientos respiratorios provienen de antiguas lesiones en las que la esclerosis ya se ha producido o, si lo prefiere, que ya están cicatrizadas. Es usted un viejo enfermo, Castorp, pero no queremos reprochar a nadie el que usted no se haya enterado. El diagnóstico previo es difícil, principalmente para nuestros señores colegas de allá abajo. No me refiero que tengamos el oído más fino que ellos, aunque la experiencia y la especialización influyen mucho en ello. Es el aire el que nos ayuda a oír, ¿lo comprende? El aire rarificado y seco de las alturas.

—Naturalmente —dijo Hans Castorp.

—¡Bien, Castorp! Ahora, escúcheme con toda atención, hijo mío. Voy a decirle algunas palabras que valen como si fueran de oro. Si no hubiese nada más en su caso, escúcheme bien, si no hubiese más que esos entorpecimientos respiratorios y esas

cicatrices en su conducto respiratorio, esos cuerpos extraños calcáreos, le enviaría a su casa y a sus penates y no me preocuparía ni un instante de usted. ¿Me entiende? Pero como no es así, según lo que hemos comprobado, ya que está usted entre nosotros, no vale la pena que se ponga en camino. Dentro de poco sería preciso que volviese.

Hans Castorp sintió que de nuevo la sangre afluía a su corazón, que le martilleaba el pecho, y Joachim continuaba en pie, con las manos detrás de la espalda y los ojos bajos.

—Verá, además de esos entorpecimientos respiratorios, tenemos aquí arriba un rumor ronco, que casi es un ruido y que proviene sin duda de un lugar fresco (no quiero hablar todavía de un foco de infección, pero es seguramente una lesión reciente), y si continúa usted la misma existencia en la llanura, querido mío, el día menos pensado todo el lóbulo del pulmón se irá al diablo.

Hans Castorp se hallaba de pie, inmóvil; su boca se estremeció singularmente y se veían distintamente los latidos de su corazón contra las costillas. Miró a Joachim, cuyos ojos no pudo encontrar, y luego de nuevo al rostro del doctor Behrens, con sus ojos azules y lacrimosos y su bigotito torcido hacia un lado.

—Como confirmación objetiva —continuó Behrens— tenemos su temperatura, 37,6 a las diez de la mañana; eso corresponde, poco más o menos, a las observaciones acústicas.

—Yo creía —dijo Hans Castorp— que esa fiebre procedía sencillamente de mi resfriado.

—Y el resfriado —replicó el consejero—, ¿de dónde proviene? Deje que le diga una cosa, Castorp, y aguce el oído, pues, por lo que creo saber, dispone usted de suficiente materia gris. El aire que tenemos aquí es bueno contra la enfermedad, usted debe de saberlo. Y ésta es la verdad. Pero al mismo tiempo, este aire, que es igualmente bueno para la enfermedad, comienza por apresurar su curso, revoluciona el cuerpo, hace estallar la enfermedad latente, y es precisamente una de esas explosiones lo que constituye su constipado. Yo no sé si en la llanura ha tenido fiebre, pero en todo caso, sí la ha tenido aquí desde el primer día, y no sólo a causa de su constipado. ¿Es así?

—Sí, sí —dijo Hans Castorp—, es lo que yo creo, en efecto.

—Usted se sintió enseguida un poco ardoroso —afirmó el consejero—. Son los venenos solubles creados por los microbios que producen un efecto embriagador sobre el sistema nervioso central, ya me entiende, y por esa razón es por lo que sus mejillas se colorean alegremente. Comenzará por meterse entre sábanas, Castorp. Veremos si algunas semanas de reposo en la cama le «desemborrachan». Todo lo demás ya llegará a su tiempo. Tomaremos una bella vista de su interior, lo que seguramente le proporcionará el placer de echar un vistazo dentro de su propia

persona. Pero prefiero decírselo inmediatamente: un caso como el suyo no se cura de la noche a la mañana, los éxitos de reclamo y las curas maravillosas no entran en nuestra especialidad. Yo intuí de inmediato que usted tenía mucho más talento para la enfermedad que ese general de brigada, que quiere largarse cada vez que tiene unas décimas menos. Como si «¡en su lugar descansen!» no fuese una orden tan válida como «¡atención!». El reposo es el primer deber del ciudadano, y la impaciencia no hace más que perjudicarle. Procure no decepcionarme, Castorp, y no desmentir mi conocimiento de los hombres, se lo ruego. Y ahora: ¡de frente, marchen! Vayase al dique seco.

Con estas palabras el consejero puso fin a la conversación y se sentó a su mesa de trabajo para aprovechar, como hombre sobrecargado de ocupaciones, un momento en escribir algunas cosas hasta la consulta siguiente. Pero el doctor Krokovski se puso en pie y, con la cabeza ladeada hacia atrás y una sonrisa jovial que descubría entre la barba sus dientes amarillentos, estrechó cordialmente la mano derecha de Hans.

CAPÍTULO V

Sopa eterna y claridad repentina

Nos encontramos ante un hecho inminente acerca del cual el narrador hará bien en expresar su propia sorpresa, a fin de que el lector no se sorprenda a su vez mucho más de lo necesario. En efecto, mientras que nuestra narración referente a las tres primeras semanas de permanencia de Hans Castorp entre las gentes de allí arriba (veintiún días de pleno verano a los que, según las previsiones humanas, debería haberse limitado esa permanencia) ha devorado cantidades de espacio y tiempo cuya extensión no hace más que corresponder a nuestra propia espera apenas confesada, en cambio, sólo nos será preciso para llegar al término de las tres semanas siguientes de su visita a ese lugar, poco más o menos que la misma cantidad de líneas, palabras e instantes que aquéllas han exigido de páginas, cuartillas, horas y días de labor: en un momento, como podremos ver, esas tres semanas volarán y quedarán enterradas.

Esto podría causar extrañeza y, sin embargo, está justificado y responde a las leyes de la narración y la audición. Está justificado y responde a esas leyes según las cuales el tiempo nos parece largo o breve, se alarga o se contrae, según nuestra propia experiencia, héroe de nuestra historia, a nuestro Hans Castorp, sorprendido de un modo tan inesperado por el destino. Y puede ser útil, en presencia de ese misterio que constituye el tiempo, preparar al lector para otros milagros y fenómenos que irá encontrando en nuestra compañía. De momento, basta con que recuerde con qué rapidez una serie, una «larga» serie de días transcurre cuando los pasamos enfermos en la cama. El mismo día se repite sin cesar. Pero como siempre es el mismo, en el fondo, es poco adecuado hablar de «repetición»; sería preciso hablar más bien de «monotonía». Te traen la sopa de la mañana del mismo modo que te la trajeron ayer y que te la traerán mañana, y en el mismo instante te envuelve una especie de intuición, sin saber cómo ni de dónde procede; te hallas dominado por el vértigo mientras ves que se aproxima la sopa. Las formas del tiempo se pierden y lo que te confirma la existencia es un presente fijo en el que te traen la eterna sopa. Pero sería paradójico hablar del tedio en relación con la eternidad y queremos evitar las paradojas, sobre todo en compañía de nuestro héroe.

Así pues, Hans Castorp se hallaba en la cama desde el sábado por la tarde porque el doctor Behrens, suprema autoridad en el mundo en que nos encontramos encerrados, así lo había decidido. Se hallaba tendido, con sus iniciales bordadas en el bolsillo del pijama y las manos cruzadas detrás de la cabeza, en su lecho limpio y blanco, el lecho de la muerte de la americana y sin duda de muchas otras personas, mientras miraba el techo de la habitación con sus ojos humildes y enturbiados por el constipado, considerando lo extraño de su estado. No se puede admitir, por otra parte, que sin el resfriado sus ojos hubiesen tenido una mirada clara y limpia, pues su aspecto interior, por simple que fuese su naturaleza, estaba muy turbado y confuso. A

veces una risa loca y triunfal subía del fondo de su ser, sacudía su pecho y su corazón retrasaba sus latidos, una alegría y una esperanza desconocida y sin medida le torturaban; otras veces palidecía de espanto e inquietud, y su corazón repetía los golpes de su propia conciencia, con una cadencia acelerada, batiendo contra sus costillas.

El primer día, Joachim le dejó en paz y evitó toda explicación. Preocupado en no impresionarle, entró ocasionalmente en la habitación del enfermo, hizo un gesto con la cabeza y preguntó si necesitaba algo. Le era muy fácil comprender y respetar el temor que Hans Castorp sentía ante una explicación, puesto que compartía su temor y, en su pensamiento, se hallaba en una situación mucho más penosa que la de su primo Joachim.

Pero el domingo por la mañana, al regresar de su paseo matinal, que había tenido que dar solo como en otros tiempos, no pudo ya aplazar más la conversación, durante la cual trataría de abordar lo más urgente. Permaneció de pie, cerca de la cama, y dijo suspirando:

—Así, ya no hay nada que hacer. Es necesario que tomemos algunas disposiciones. Te estarán esperando en tu casa.

—Todavía no —dijo Castorp.

—No, pero sí en los próximos días, el miércoles o quizá el jueves.

—¡Bah! —exclamó Hans Castorp—, no me esperan en un día determinado. Tienen otras cosas en que pensar para preocuparse de esperarme y contar los días que faltan hasta mi regreso. Al llegar, el tío Tienappel diría: «¡Ah, ya has vuelto!», y el tío james diría: «¿Ha ido todo bien?» Si no voy, pasará algún tiempo antes de que les sorprenda mi tardanza, puedes estar seguro. Naturalmente, a la larga será preciso avisarles…

—Es natural —convino Joachim, y suspiró de nuevo—. ¡Qué historia tan desagradable! ¿Qué va a ocurrir? Bueno, yo… me siento un poco responsable. Vienes aquí para visitarme, te introduzco en mi ambiente y de pronto te encuentras atado a la cama, y nadie sabe cuándo podrás marcharte y ocupar tu puesto. Debes comprender que esto me resulta muy doloroso.

—Perdona —dijo Hans Castorp con las manos detrás de la cabeza—. ¿De qué sirve que te preocupes así? Es estúpido. ¿Es que acaso vine sólo para visitarte? También vine para descansar por consejo de Heidekind. Bien, parece que tenía mucha más necesidad de reposo de lo que todos habíamos imaginado. Por otra parte, no soy el primero que ha creído hacer una corta visita de cortesía y las cosas han salido de otro modo. Recuerdo, por ejemplo, el caso del hijo segundo de *Tous-les-deux*, la verdad es que no se si vive todavía; tal vez se lo han llevado durante la comida. Es cierto que constituye una sorpresa para mí eso de enterarme de que estoy enfermo. Es preciso que me acostumbre a sentirme como un paciente en tratamiento, como uno de

los vuestros en lugar de no ser, como tenía la impresión, más que un invitado. En realidad, debo decir que esto no me sorprende en modo alguno, pues nunca me he sentido muy fuerte, y menos cuando pienso en que mis padres murieron tan jóvenes: ¿de dónde podría sacar, pues, una salud excepcional? Allá abajo nos dimos perfecta cuenta de que tú tenías una pequeña grieta y, aunque ahora estés ya curado, cabe en lo posible que nuestra familia se incline a eso. Behrens lo ha insinuado. Sea lo que sea, desde ayer me pregunto en qué disposiciones me hallaba respecto a todo en general, a la vida y sus exigencias. Mi naturaleza siempre se ha inclinado a una cierta seriedad y a una cierta antipatía hacia las constituciones robustas y ruidosas (hablamos de eso hace poco) y, como sabes, a veces he estado tentado de hacerme eclesiástico por amor a las cosas tristes y edificantes. Un paño negro con una cruz de plata o un RIP… *Requiescat in pace*… es, en el fondo, la palabra más bella y me resulta infinitamente más simpática que «¡Viva, a tu salud!» con su alegría ruidosa. Creo que todo eso debe de provenir de que yo también tengo una grieta y que desde siempre he estado predispuesto a la enfermedad que se ha manifestado ahora. Pero si realmente es así, puedo decir que he tenido suerte, que es en verdad una suerte el que haya subido aquí y me haya hecho auscultar. No tienes necesidad de hacerte el menor reproche sobre este punto. ¿No lo has oído?, si hubiese continuado durante algún tiempo llevando la vida de la llanura, allá abajo, hubiese podido ocurrir que un lado del pulmón se hubiese ido al diablo.

—Eso no se puede saber —dijo Joachim—, eso es, precisamente, lo que no se puede saber. ¿Tuviste en otro tiempo lesiones de las que nadie se ocupaba y que se curaron por sí solas, de manera que no te quedan ahora más que algunos entorpecimientos respiratorios sin la menor importancia? Eso es lo que sin duda hubiera ocurrido con esa mancha húmeda que tienes ahora, si no hubieses venido a verme… No se puede saber…

—No, no se puede saber absolutamente nada —respondió Hans Castorp—. Y por eso no hay derecho a suponer lo peor, por ejemplo, en lo que se refiere a la duración de mi estancia de convaleciente. Dices que nadie puede saber cuándo podré marcharme de aquí y entrar en los astilleros navales, pero lo dices con un sentido pesimista y me parece que te precipitas, precisamente porque no se puede saber nada. Behrens no ha fijado fecha alguna, es un hombre reflexivo y no quiere aparecer como un oráculo. Por lo demás, no se ha procedido todavía a la radioscopia y a la fotografía que permitirán una conclusión objetiva, quién sabe si se presentará entonces un resultado apreciable o si me veré antes liberado de la fiebre y podré abandonaros. Creo que es mucho mejor que no nos concedamos demasiado pronto mucha importancia y que no contemos a los nuestros desde el principio grandes historias. Basta con que dentro de poco escribamos (puedo escribir yo mismo, con mi estilo, sentándome en la cama) diciendo que me he resfriado, que estoy en cama con fiebre y

que, por ahora, no me hallo en estado de viajar. Luego ya veremos.

—Muy bien —dijo Joachim—, es lo mejor que podemos hacer por ahora. Para lo demás también podemos esperar.

—¿Para lo demás…?

—¡No seas inconsciente! No tienes más que lo necesario para tres semanas, con tu maleta de viaje. Necesitarás ropa blanca, vestidos de invierno y zapatos. Además, es necesario que recibas dinero.

—Sí —dijo Hans Castorp— , tengo necesidad de todo eso.

—Bueno, ¡esperemos! Pero deberíamos… No —dijo Joachim, y visiblemente turbado comenzó a ir y venir por el cuarto—, no, no deberíamos hacernos ilusiones. Hace bastante tiempo que estoy aquí para saber a qué atenerme. Cuando Behrens dice que hay un lugar rugoso y un ruido… Pero naturalmente podemos esperar…

De momento no hablaron más de este asunto y las variantes semanales o bimensuales del horario normal recobraron sus derechos; incluso en su situación presente, Hans Castorp tomaba parte en ellas si no disfrutándolas directamente, al menos por las informaciones que le proporcionaba Joachim cuando iba a verle y se sentaba, durante un cuarto de hora, al lado de la cama.

La bandeja de té, con la que le servían el domingo por la mañana, venía adornada con un ramo de flores y no dejaban de enviarle pasteles de los que se servían aquel día en el comedor. Más tarde, el jardín y la terraza se animaban, y con la música y el acento nasal del clarinete comenzó el concierto quincenal, durante el cual Joachim permaneció con su primo escuchando el programa en el balcón, junto a la puerta abierta, mientras que Hans Castorp escuchaba atento en su cama, medio sentado, con la cabeza inclinada hacia un lado, perdido y emocionado en las olas de armonía que se sucedían, no sin pensar, encogiéndose mentalmente de hombros, en los discursos de Settembrini sobre el «carácter sospechoso» de la música.

Por lo demás, como ya hemos dicho, se hacía informar por Joachim de los acontecimientos y las reuniones de estos días. Le preguntaba si el domingo habían aparecido vestidos elegantes, blusas de encaje o algo de ese género (aunque hacía demasiado frío para los vestidos de puntillas) y si, por la tarde, se habían dado paseos en coche (en efecto, se habían dado: la Sociedad del Medio Pulmón había volado *in corpore* hacia Clavadell). El lunes pidió ser informado sobre la conferencia del doctor Krokovski cuando Joachim volvió de ella y, antes de comenzar la cura de la tarde, fue a visitarle. Joachim se mostró poco locuaz y no muy dispuesto a dar cuenta de la conferencia, como tampoco había hablado mucho de la anterior. Pero Hans Castorp insistió en adquirir detalles.

—Me encuentro tumbado aquí y pago toda la tarifa —dijo—. Quiero disfrutar un poco de lo que se hace.

Recordó el lunes de la quincena anterior en el que había dado, por decisión

propia, un paseo que le había sentado tan mal, y formuló la hipótesis de que tal vez esa excursión había provocado la rebelión de su cuerpo y hecho estallar la enfermedad latente.

—¡Cómo hablan la gente de aquí! —exclamó—. ¡Con qué solemnidad y dignidad se expresa la gente del pueblo! Puede decirse que casi es poesía. «Adiós, pues, y mil gracias» —repitió imitando el acento del leñador—. Eso es lo que oí en el bosque y en toda mi vida podré olvidarlo. Tales cosas se unen a otras impresiones y recuerdos, y guardamos eso en el oído hasta el fin de nuestros días. ¿Y Krokovski ha hablado de nuevo del «amor»?

—Naturalmente —dijo Joachim— , ¿de qué iba a hablar si éste es su único y eterno tema?

—¿Y qué ha dicho hoy?

—¡Oh!, nada de particular. Ya oíste cómo se expresa.

—¿Pero qué cosas nuevas ha dicho?

—Nada particularmente nuevo. Hoy ha sido química pura —continuó diciendo Joachim de mala gana—. Hablaba de una especie de envenenamiento, de autointoxicación del organismo, intoxicación que tiene su origen en la descomposición de un elemento todavía desconocido y difundido por todo el cuerpo; los productos de esta descomposición ejercen una influencia embriagadora sobre ciertos centros de la medula espinal, exactamente como se produce en el caso de absorción habitual de venenos estupefacientes, morfina o cocaína.

—Y entonces las mejillas se ponen rojas —dijo Hans Castorp—. ¡Mira, mira, eso es interesante! ¡Qué cosas sabe ese excelente doctor! Seguramente uno de estos días acabará descubriendo ese elemento desconocido que se halla difundido por todo el cuerpo y fabricará los venenos solubles que tienen un efecto embriagador sobre el centro nervioso, de forma que podrá embriagar a la gente cuando le dé la gana. Tal vez en otros tiempos ya se había conseguido. Al oír hablar de tales cosas se puede creer que hay algo de verdadero en esas historias de filtros de amor y otras fábulas que se encuentran en los libros de cuentos… ¿Ya te vas?

—Sí —dijo Joachim—, necesito acostarme un poco. Mi curva ha subido desde ayer. Tu asunto ha acabado por influir sobre mis nervios.

Así pasaron el domingo y el lunes. Luego la noche y la mañana formaron el tercer día de la permanencia de Hans Castorp en el «dique seco», un día sin un signo particular, el martes. Pero era el día de su llegada, hacía tres semanas enteras que estaba allí y se sentía, al fin, obligado a escribir la carta y a informar a sus tíos sobre su estado presente. Con la almohada en la espalda, escribía en un papel de cartas del establecimiento, diciendo que su partida, contra lo que esperaba, se veía retrasada. Comunicó que se hallaba en cama, resfriado y con fiebre, que el doctor Behrens, concienzudo hasta el extremo, no tomaba a la ligera el asunto, pues lo relacionaba

con su constitución general. En efecto, desde su primera entrevista el medico jefe le había encontrado anémico y, en suma, el plazo que Hans Castorp se había asignado para restablecerse no había sido juzgado suficiente por esa alta eminencia. Añadía que pronto enviaría más detalles.

«Esto está bien —pensó Hans Castorp—. No hay una palabra de más y eso nos hará ganar algún tiempo.»

Entregó la carta a un mozo que, evitando el retraso del buzón, fue inmediatamente a llevarla al tren.

Después de esto, las cosas parecieron solucionadas para nuestro amigo y, con el espíritu tranquilo a pesar de que la tos y el ardor le molestasen, comenzó a vivir al día, comenzó a vivir ese día dividido en tantas partes que, en su monotonía permanente, no pasaba ni despacio ni deprisa y era siempre el mismo. Por la mañana, después de llamar violentamente, entraba el masajista, un hombre musculoso llamado Turnherr, con las mangas de la camisa arremangadas en sus brazos de abultadas venas. Friccionaba a los enfermos con alcohol: se expresaba con dificultad y llamaba a Hans Castorp, como a los demás, por el número de su habitación. Apenas se había marchado aparecía Joachim, ya vestido, para darle los buenos días, enterarse de la temperatura de las siete de la mañana y anunciar la suya propia. Mientras Joachim se desayunaba abajo, Hans Castorp, con la almohada en la espalda, hacía lo mismo, con el apetito que provoca un cambio de régimen, apenas molestado por la irrupción presurosa y habitual de los médicos que, a aquella hora, habían ya pasado por el comedor y terminaban a toda prisa su visita a los enfermos que se hallaban en cama y a los moribundos. Con la boca llena de confitura afirmaba que había dormido muy bien, miraba por encima del borde de su taza al doctor —que con los puños apoyados en la mesa del centro ojeaba la hoja de temperaturas— y contestaba con un acento lánguido e indiferente al saludo de despedida. Luego encendía un cigarrillo y apenas comenzaba a darse cuenta de que Joachim se había marchado para dar su paseo matinal, cuando ya le veía volver. Charlaban de nuevo, y el intervalo entre las dos comidas —Joachim, en este tiempo, hacía la cura de reposo— era tan corto que incluso el espíritu más empobrecido no hubiera tenido tiempo de aburrirse. Con mucha más razón éste no era el caso de Hans Castorp, que sacaba un alimento suficiente de las impresiones de las tres semanas que había pasado aquí, que tenía que meditar sobre su situación presente y preguntarse qué sería de él. Apenas hojeaba los dos grandes volúmenes de una revista ilustrada que habían sido traídos de la biblioteca del sanatorio y tenía a su alcance sobre la mesita de noche.

Ocurría lo mismo mientras Joachim daba su segundo paseo hasta Davos Platz. Duraba apenas una hora. Luego entraba de nuevo en la habitación de Hans Castorp, le informaba de las cosas que le habían impresionado durante el paseo y permanecía un momento de pie o sentado cerca de la cama del enfermo antes de ir a la cura de la

mañana. ¿Y cuánto duraba esa cura? ¡Una hora escasa! Apenas había juntado las manos detrás de la cabeza, apenas había mirado al techo y perseguido un pensamiento, cuando el gong sonaba invitando a todos los pensionistas que no guardaban cama ni estaban moribundos a disponerse para la comida principal.

Joachim acudía a ella y venía la «sopa de la tarde». Era un nombre de un simbolismo pueril en relación con lo que iba a comer, pues Hans Castorp no se hallaba sujeto al régimen de enfermo. ¿Para qué iba a imponérsele ese régimen? Un régimen de enfermo, un régimen de parquedad, no estaba en modo alguno indicado para su caso. Se encontraba allí y pagaba la tarifa completa, y lo que le servían durante la eternidad inmóvil de aquella hora, no era una sencilla sopa, sino la comida completa de seis platos del Berghof, una comida suculenta todos los días de la semana, y el domingo una comida de gala, placentera y espectacular, preparada por un cocinero de formación europea en una cocina de establecimiento de lujo. La criada, cuyo papel era el de atender a los enfermos que guardaban cama, se la servía en bandejas niqueladas y brillantes marmitas. Empujaba la nueva mesa del paciente —esa maravilla de equilibrio con una sola pata—, por encima de su cama, y Hans Castorp comía como el hijo del sastre ante la mesa mágica en el cuento de hadas.

Apenas había terminado, Joachim aparecía de nuevo y, antes de que fuese a su balcón y el silencio de la gran cura de reposo se hubiese extendido en el Berghof, eran ya casi las dos y media. Tal vez no lo eran; para ser exactos, debían ser las dos y cuarto. Pero esos cuartos de hora suplementarios no son tenidos en cuenta fuera de las unidades exactas, son absorbidos incidentalmente allí donde el tiempo ha sido calculado con amplitud, como ocurre, por ejemplo, en un viaje, en el que se pasan largas horas en el tren, o cuando toda espera resulta prolongada y vacía, cuando el objetivo de la vida parece llevado a franquear la mayor parte del tiempo posible. Por eso la duración de la gran cura de reposo se reducía, en definitiva, a una hora que, además, se veía disminuida, reducida y en cierto modo apostrofada. El apostrofe era el doctor Krokovski.

En efecto, el doctor Krokovski ya no evitaba a Hans Castorp haciendo un rodeo. El joven por fin ocupaba un lugar, ya no era un intervalo, una pausa. Era un enfermo, se le interrogaba, ya no se le abandonaba, como había ocurrido hasta entonces provocando su enojo, quizá un enojo secreto y pasajero, pero diario. El lunes, el doctor Krokovski apareció por primera vez en su habitación. Decimos «apareció», pues ésta es la palabra exacta que define la impresión extraña y un poco de temor que Hans no pudo evitar en aquel momento. Había descansado medio dormido cuando, despertado con sobresalto, vio que el ayudante se encontraba allí, en su habitación, sin haber entrado por la puerta, y que desde la galería se dirigía hacia él; había entrado por la puerta abierta del balcón, así que daba la impresión de que había llegado por los aires. En cualquier caso allí estaba, de pie, cerca de la cama de Hans

Castorp, pálido y vestido de negro, ancho de espaldas; era el apostrofe de la hora, y en su barba, dividida en dos mitades, aparecían sus dientes amarillentos y sonreía de una manera jovial.

—Parece que le sorprende el verme, señor Castorp —dijo el doctor Krokovski con una dulzura de barítono, un acento un tanto afectado y una «r» gutural ligeramente exótica, que más que arrastrar, hacía sonar al contactar la lengua con sus dientes superiores—. Me limito a cumplir un deber agradable informándome de si todo va bien. Sus relaciones con nosotros han entrado en una nueva fase. De la noche a la mañana, el huésped se ha convertido en un camarada —la palabra «camarada» inquietó un poco a Hans Castorp—. ¿Quién lo hubiese creído la primera vez que tuve el honor de saludarle y en que rectificó usted mi teoría errónea (entonces era errónea) haciéndome observar que estaba completamente sano? Creo que entonces le expresé algunas dudas sobre este punto, pero le aseguro que no esperaba que estuviese así. No quisiera pasar por más perspicaz de lo que soy; no pensaba en ninguna lesión húmeda; hablé de un modo más general, más filosófico. Expresé mis dudas sobre la cuestión de saber si las palabras «hombre» y «salud perfecta» podían ser compatibles. Y hoy, después del examen del otro día, a diferencia de mi querido y honorable jefe, no puedo estimar que esta zona húmeda —con la punta del dedo tocó el hombro de Hans Castorp— deba interesarnos sobremanera. Para mí no es más que un fenómeno secundario… Lo que es orgánico es siempre secundario.

Hans Castorp se estremeció.

—Y, por consiguiente, su gripe es a mis ojos un fenómeno de tercer orden —añadió el doctor Krokovski bajando el tono de su voz—. ¿Qué opina usted? El reposo en la cama tendrá sin duda una excelente influencia. ¿Qué temperatura ha tenido hoy?

Y a partir de estas palabras, la visita del ayudante adquirió el carácter de una visita inofensiva, y lo mismo ocurrió los siguientes días de la semana.

El doctor Krokovski entraba a las cuatro menos cuarto por el balcón, a veces un poco antes, saludaba al enfermo con una cordialidad enérgica, hacía las preguntas médicas más corrientes, a veces entablaba una breve conversación de carácter más personal, hacía algunas bromas de «camarada» y, a pesar de que todo eso tuviese un carácter un poco equívoco, Hans Castorp terminó por acostumbrarse a ello, ya que no salía de los límites normales y no encontró nada que objetar a la visita regular del doctor Krokovski, visita que formaba parte del día y ponía un apostrofe a la larga cura de la tarde.

Eran, pues, las cuatro cuando el ayudante se retiraba bruscamente por el balcón. De pronto, antes de que se hubiese dado cuenta, se halló en plena tarde, que rápidamente se perdió en la noche, pues tanto a la hora en que se tomaba el té abajo como en la número 34 eran las cinco, y cuando Joachim volvía eran casi las seis, así que la cura de reposo se limitaba de nuevo a una hora y era un adversario fácil de

vencer si se tenían algunos pensamientos en la cabeza y todo un *orbis pictus* en la mesita de noche.

Joachim se despidió para ir a cenar. Se sirvió la comida. El valle se había llenado de sombras y, mientras Hans Castorp comía, la oscuridad se acentuaba rápidamente en la blanca habitación. Cuando terminó, permaneció apoyado en la almohada ante la mesa, y contempló el crepúsculo que progresaba rápidamente, ese crepúsculo de hoy que era difícil de distinguir del de ayer, del de anteayer y del de hacía ocho días. Había caído la noche y podía creerse que apenas había pasado la mañana. Esa jornada dividida y artificialmente abreviada se había disgregado y desvanecido entre sus dedos, como pudo comprobar con sorpresa y reflexión, pues todavía no se hallaba en la edad de espantarse.

Un día —quizá habían pasado diez o doce desde que Hans Castorp guardaba cama— llamaron a la puerta a esa hora, es decir, antes de que Joachim hubiese vuelto de la comida y de la hora de conversación que seguía, y a su contestación de «adelante» el interlocutor de Hans Castorp, Lodovico Settembrini, apareció en el umbral al mismo tiempo que una claridad resplandeciente se difundió en la habitación, pues el primer movimiento del visitante tras abrir la puerta había sido el de la lámpara del techo y, reflejada por el cielo raso blanco, una luz temblorosa llenó la estancia.

El italiano era el único de los pensionistas del que Hans Castorp había procurado informarse por mediación de Joachim. Este no dejaba, todas las veces que estaba sentado a los pies de la cama de su primo y de pie cerca de él —eso ocurría diez veces cada día—, de dar cuenta de los pequeños acontecimientos y las variantes de la vida corriente del sanatorio, y las preguntas que le hacía Hans Castorp eran de carácter general e impersonal. Su curiosidad de solitario le llevaba a preguntar si habían llegado nuevos huéspedes o si alguno de los habituales se había marchado, y parecía satisfecho de que sólo hubiese ocurrido lo primero. Había llegado uno «nuevo», un joven de rostro verdoso y hundido que se había sentado a la mesa de la joven Levy, de cutis de marfil, y de la señora Iltis, inmediatamente a la derecha de la de los primos. Hans Castorp esperaría con paciencia la ocasión de verle. ¿Se había marchado alguien? Joachim señaló que no bajando los ojos. Pero tuvo que contestar a esta pregunta cada dos días, a pesar de que con cierta impaciencia había intentado contestar de una vez por todas, alegando que, según se había podido informar, nadie se disponía a marcharse y que uno no se marchaba de aquí tan fácilmente.

En cuanto a Settembrini, Hans Castorp se había informado personalmente acerca de él y había querido saber lo que «había dicho de eso». ¿De qué? «Dios mío, de que me hallo tumbado aquí y tratado como enfermo.» En efecto, Settembrini había manifestado su opinión, aunque brevemente. El mismo día de la desaparición de Hans Castorp había preguntado a Joachim qué le había pasado a su primo, creyendo

que Hans Castorp había salido de Davos y, al oír su explicación, no había contestado más que con dos palabras: primero «*Ecco!*», luego «*Poveretto!*», es decir, «¡vamos!» y «¡pobre muchacho!» (no era necesario poseer un conocimiento más extenso que el que poseían los dos jóvenes para comprender el sentido de ambas exclamaciones). «¿Por qué *poveretto*? —había preguntado Hans Castorp—. ¿No estaba él también agarrado aquí con toda su literatura hecha de humanismo y política y lleno de dificultades para interesarse de los asuntos terrenales? No tiene necesidad de apiadarse de mí desde lo alto de su grandeza, volveré antes que él a la llanura.»

Y ahora, aquí estaba el señor Settembrini, de pie en la habitación repentinamente iluminada, y Hans Castorp, que se había apoyado en el codo entornando los ojos, se ruborizó al reconocerle.

Como siempre, Settembrini llevaba su gruesa levita de anchas solapas, un cuello un poco usado y el pantalón a cuadros. Como acababa de comer, llevaba, según su costumbre, un palillo entre los dientes. La comisura de sus labios, bajo la ondulación del bigote, se estiraba con su habitual sonrisa fina, fría y crítica.

—¡Buenas noches, ingeniero! ¿Puedo preguntarle cómo se siente…? Si es así, necesitaremos un poco de luz —dijo tendiendo una mano hacia la lámpara del techo —. Quizá estaba pensativo y no desearía turbarle por nada del mundo. En su caso, comprendería perfectamente una tendencia a la contemplación, y para la charla usted tiene el recurso de su primo. Como ve, soy consciente de mi superfluidad. Sin embargo, vivimos oprimidos en un espacio exiguo y sentimos simpatía por nuestros vecinos, una simpatía de espíritu, de corazón… Hace ya una larga semana que no le veía. Supuse que se había marchado cuando vi que su lugar en el refectorio permanecía vacío. El teniente me informó, ¡hum!, de la verdad, que es mucho peor de lo que imaginé, si puedo hablar sin pecar de indiscreto… En una palabra, ¿cómo está usted? ¿Qué hace? ¿Cómo se siente? ¡Espero que no estará muy abatido!

—¡Oh, señor Settembrini! ¡Qué amable y atento es usted! ¡Ja, ja!, «refectorio»… Ya está bromeando. Siéntese, se lo ruego. No me molesta en absoluto. Me hallaba aquí tendido y me dejaba llevar por mis pensamientos. Sentía demasiada pereza para decidirme a encender la lámpara. Muchas gracias, subjetivamente me siento en estado normal. El reposo en la cama ha curado por completo mi catarro, pero parece que se trata de un fenómeno secundario, según dicen todos. La temperatura no es la que debería ser, a veces tengo 37,5 y otras 37,7. La cosa no ha variado mucho en estos días.

—¿Toma regularmente su temperatura?

—Sí, seis veces al día, exactamente como todos ustedes. ¡Ja, ja!, perdóneme. Me río de que haya llamado «refectorio» a nuestro comedor. Así se llama en los conventos, ¿no es cierto? Bueno, esto se parece un poco a un convento. Es cierto que nunca he estado en un convento, pero me lo imagino así… Conozco de memoria las

«normas» y las respeto.

—Como un hermano de voto. Se puede decir que ha terminado su noviciado y ha pronunciado sus votos. ¡Mi felicitación más solemne! Ya dice «nuestro comedor». Por otra parte, sin querer herir su dignidad viril, me hace usted pensar más en un joven lego que en un monje, en una novia de Cristo apenas profesada, inocente, con sus grandes ojos de víctima. A veces he visto aquí tales corderillos, no sin nunca sentir… cierto sentimentalismo. ¡Ah, sí, sí, su señor primo me lo ha contado todo! ¿Por qué se hizo auscultar?

—Porque tenía fiebre. Compréndalo, señor Settembrini, con este catarro en la llanura hubiera llamado al médico. Y aquí, donde en cierta manera nos encontramos en la misma fuente, donde tenemos dos especialistas en la casa, hubiese sido ridículo…

—Naturalmente, naturalmente. ¿Y se había tomado la temperatura antes de que se lo ordenasen? Creo se lo recomendaron desde el principio. ¿Fue la Mylendonk quien le endosó el termómetro?

—¿Endosar…? Bueno, como tenía necesidad de ello le compré uno.

—Lo comprendo. Un asunto absolutamente correcto. ¿Y cuántos meses le ha metido el jefe…? ¡Dios mío, ya le hice esta misma pregunta una vez! ¿Lo recuerda? Acababa de llegar y me contestó con tanta desenvoltura…

—Claro que lo recuerdo, señor Settembrini. Desde entonces, he adquirido mucha experiencia, pero me acuerdo como si fuese hoy. Usted estaba muy alegre y nos había presentado al doctor Behrens como un juez de los infiernos… Radamés… No, espere, era otra cosa…

—¿Rhadamante? Es posible que le llamase así incidentalmente. No recuerdo todo lo que mi cabeza produce incidentalmente.

—¡Rhadamante, eso! ¡Minos y Rhadamante! También nos habló de Carducci la primera vez…

—Permítame, mi querido amigo, dejemos de lado ese nombre por hoy. En este momento adquiere en su boca un sonido demasiado singular.

—Como prefiera —dijo riendo Hans Castorp—. Por otra parte, me he enterado de muchas cosas acerca de él por mediación de usted. En aquel momento no sospechaba nada y contesté que había venido sólo para pasar tres semanas, no preveía nada más. La Kleefeld acababa de saludarme silbando con su neumotórax. Todavía estaba desorientado. Pero en aquel tiempo ya me sentía febril, pues, según creo, el aire de aquí no es totalmente bueno para la enfermedad; al parecer precipita su evolución y sin duda eso es necesario si uno quiere curarse.

—Es una hipótesis seductora. ¿Le ha hablado también el doctor Behrens de esa ruso-alemana que tuvimos aquí durante cinco meses el año pasado, o el anterior? ¿No? Debería haberle hablado. Una mujer encantadora de origen ruso-alemán,

casada, joven, madre. Venía del oeste, linfática, anémica sin duda, pero tenía algo más grave. Bueno… Pasó un mes aquí y comenzó a lamentarse de que se encontraba mal. ¡Paciencia, paciencia…! Pasó otro mes y continuó diciendo que se sentía peor. Le dijeron que sólo el médico podía juzgar cómo se encontraba; lo único que se concede es el derecho de decir cómo se siente uno y eso importa muy poco. Por otra parte, se declararon satisfechos de su pulmón. En fin… Ella se sometió, hizo la cura y fue perdiendo peso cada semana. Al cuarto mes estuvo a punto de desmayarse en la consulta. Poco importa, declaró Behrens, que, como le he dicho, se manifestó muy satisfecho de su pulmón. Pero cuando al quinto mes ya no podía andar, avisó a su marido, que se hallaba en el este. Behrens recibió una carta de él. Se podía leer «personal y urgente» con un carácter de letra muy enérgico. Yo mismo la vi. «Bueno, sí (dijo Behrens, y se encogió de hombros), puede ocurrir que ella no soporte nuestro clima.» La mujer estaba fuera de sí. «Debió haberme dicho esto antes. Yo lo comprendí desde el principio, pero ahora ya no tengo solución.» Es de esperar que con su marido, en el este, habrá recobrado fuerzas.

—¡Exquisito! Usted cuenta las cosas admirablemente, señor Settembrini, y cada una de sus palabras es para mí algo plástico. A veces, me he reído a solas con su historia de la muchacha que se bañaba en el lago y a la que se tuvo que dar la «hermana muda». ¡Sí, aquí ocurren muchas cosas! Uno no acaba nunca su aprendizaje. Por otra parte, mi caso es todavía un poco vago. El doctor Behrens dice que ha encontrado una grieta en mi pecho. Son viejas lesiones de cuando estuve enfermo sin saberlo, he podido oírlos con la percusión, y parece que ha descubierto otro lugar fresco, no sé exactamente en qué parte de mi cuerpo. «Fresco» es una expresión bastante particular. Pero hasta ahora no se trata más que de observaciones acústicas, y el diagnóstico absolutamente seguro no podremos tenerlo hasta que pueda levantarme y se proceda a la radioscopia y a la radiografía. Entonces se podrá concretar de una manera positiva.

—¿Está seguro…? ¿Sabe que la placa fotográfica presenta con frecuencia manchas que son tomadas por cavernas cuando no son más que sombras, y que allí donde hay algo no presenta a veces mancha alguna? ¡*Madonna*, la placa fotográfica! Había aquí un joven numismático que tenía fiebre. Por eso aparecieron distintamente cavernas en la placa fotográfica. Se pretendió incluso que las había oído. Se le trató como tísico y durante el tratamiento murió. La autopsia demostró que su pulmón estaba intacto y que había muerto de no se sabe qué microbios.

—Vamos, señor Settembrini, usted me habla de autopsias… Me parece que no hemos llegado hasta este punto.

—Ingeniero, es usted un bromista.

—Y usted un crítico y escéptico hasta la médula, hay que admitirlo. No cree ni en las ciencias exactas. ¿Tiene manchas su placa?

—En efecto.

—¿Y está realmente enfermo?

—Sí, desgraciadamente estoy bastante enfermo —contestó Settembrini, y bajó la cabeza.

Se hizo un silencio durante el cual tosió. Hans Castorp, en su posición de reposo, miró a su visitante reducido al silencio. Le pareció que con aquellas dos sencillas preguntas lo había refutado todo, había hecho imposible toda objeción, incluyendo la república y el bello estilo. Por su parte no hizo nada para reanudar la conversación.

Al cabo de un momento, Settembrini se irguió de nuevo sonriendo.

—Dígame, ingeniero, ¿cómo han recibido esta noticia los suyos?

—¿Qué noticia? ¿La del aplazamiento de mi regreso? ¡Oh!, los míos, los de mi casa, se componen de tres tíos, un tío abuelo y dos de sus hijos, que son para mí como primos. Esos son los «míos», me quedé huérfano de padre y madre muy pronto. En cuanto a cómo han recibido la noticia, todavía no saben casi nada, poco más o menos como yo. Para empezar, cuando tuve que meterme en la cama, les escribí que tenía un fuerte constipado y que no podía arriesgarme a realizar el viaje. Y ayer, como esto ha durado demasiado tiempo, les escribí de nuevo comunicándoles que mi gripe había llamado la atención del doctor Behrens sobre el estado de mis pulmones y que insistía en que prolongase mi estancia hasta que la cosa fuese aclarada. Se habrán enterado de todo eso con bastante sangre fría.

—¿Y su situación? Me habló usted de un empleo que iba a ocupar.

—Sí, como voluntario. He rogado que se me excuse provisionalmente en el astillero naval. Comprenderá que no se van a sentir desesperados por eso. Pueden seguir adelante sin el voluntario.

—Muy bien. Considerado desde este punto de vista, todo está arreglado. Flema en toda la línea. En general, en su país son muy flemáticos, ¿no es verdad?, aunque igualmente enérgicos.

—¡Oh!, sí, enérgicos también, muy enérgicos —dijo Hans Castorp.

Y pensó en la clase de vida que se llevaba allá abajo, admitiendo que su interlocutor la calificaba exactamente. Flemáticos y enérgicos era una buena definición.

—Por tanto —continuó Settembrini—, si permaneciese aquí mucho tiempo, ocurriría indudablemente que podríamos conocer a su señor tío, quiero decir a su tío abuelo. Vendría sin duda a enterarse de su estado.

—¡Ni pensarlo! —exclamó Hans Castorp—. De ninguna manera. Diez caballos no conseguirían arrastrarle hasta aquí. Mi tío es de constitución apoplética y casi no tiene cuello. No, necesita de una presión razonable; se encontraría aquí mucho peor que la señora del este, y correría peligro de sufrir toda clase de contratiempos.

—Me ha decepcionado. ¿Apoplético, dice? ¿De qué sirven, en este caso, la flema

y la energía? Su tío es sin duda rico. ¿Es usted también rico? En su país todos son ricos…

Hans Castorp sonrió ante aquella generalización literaria de Settembrini y, tendido, contempló la lejanía, la esfera familiar a la que había sido arrebatado. Recordaba, se esforzaba en juzgar imparcialmente, la distancia le animaba y le capacitaba para ello. Respondió:

—Se es rico o no se es. ¡Y tanto peor para los que no lo son! ¿Yo? No soy millonario. Pero mi fortuna me ampara. Soy independiente, tengo de qué vivir. Pero no hablemos de mí por el momento. Si usted hubiese dicho «es preciso ser rico allá abajo» lo habría aceptado. Porque suponiendo que uno no fuese rico o que dejase de serlo, entonces ¡pobre desgraciado! «¿Tiene todavía dinero ese muchacho?», preguntan. Textualmente y como se lo digo, con ese tono. Lo he oído con frecuencia y me doy cuenta de que no podré olvidarlo. Debo de haberlo encontrado chocante, a pesar de estar habituado; si no, no me acordaría. ¿Qué le parece? No, yo no creo que usted, *homo humanus*, se encontrase bien entre nosotros. Yo mismo, que estoy en mi casa allá abajo, me he sentido desplazado, ahora me doy cuenta, a pesar de que personalmente no he tenido que sufrir por nada. Nadie querría ir a casa de un hombre que no hiciese servir en su mesa los mejores vinos y sus hijas no encontraran marido. Esas gentes son así. Tendido aquí como me hallo, y considerando las cosas a cierta distancia, eso me parece horroroso. ¿Qué palabras ha usado usted? ¡Flemáticos y enérgicos! Bueno, ¿pero qué quiere decir eso? Eso significa duro, frío. ¿Y qué significa duro y frío? ¡Cruel! Es un aire cruel el que reina allá abajo, un aire despiadado. Cuando uno está tendido y contempla esas cosas desde la lejanía, se siente estremecer.

Settembrini escuchaba y movía la cabeza. Continuó moviéndola hasta que Hans Castorp llegó al extremo de sus críticas y cesó de hablar. Luego dijo:

—No quiero negar las formas particulares que la crueldad natural de la vida manifiesta en el seno de su sociedad. ¡No importa! El reproche de crueldad es un reproche bastante sentimental. Usted apenas se ha atrevido a formularlo ante el temor de parecer ridículo. Con toda razón, le ha abandonado usted a las emboscadas de la existencia. El hecho de que lo manifieste hoy, revela cierto alejamiento que no desearía ver aumentado, pues quien se acostumbra a formularlo puede fácilmente perderse para toda la vida, para la forma de vida para la que ha nacido. ¿Sabe usted, ingeniero, lo que significa «estar perdido para toda la vida»? Yo lo se. Yo veo eso cada día aquí. Como mucho, al cabo de seis meses, el joven que llega aquí (y casi no hay más que jóvenes) ya no tiene más pensamientos que el flirt y la temperatura. Y un año después, ya no son capaces de concebir otra cosa y juzgan «cruel» o, más exactamente, falso e ignorante cualquier otro pensamiento. A usted que le gustan las historias le podría contar algunas. Podría hablarle de cierto muchacho que pasó once

meses aquí y al que tuve ocasión de conocer. Tenía unos años más que usted (tal vez bastantes). Lo devolvieron a su casa, a título de ensayo, como casi curado. Volvió a los brazos de los suyos. No eran tíos, sino su madre y su mujer. Durante el día permanecía tendido con el termómetro en la boca, y no se preocupaba de nada más. «Vosotros no comprendéis esto (decía), hay que haber vivido allá arriba para saber cómo deben hacerse las cosas. En esta casa, los principios esenciales no existen.» Finalmente su madre le expresó su decisión: «Vuelve allá arriba, ya no sirves para nada.» Y volvió a «su patria». Pues usted sabe que se dice «nuestra patria» cuando se ha vivido aquí. Se había convertido en un extranjero para su mujer. Carecía de los principios esenciales y ella renunció a él, pues comprendió que en «su patria» encontraría una compañera que tendría los mismos principios y que se quedaría allá.

Hans Castorp había escuchado a medias. Continuaba contemplando la lámpara. Se rió, un poco despistado, y dijo:

—¿Dicen «nuestra patria»? Eso es, en efecto, un poco «sentimental», como usted dice. Sí, sin duda conoce innumerables historias. Estaba pensando en lo que decíamos hace un momento sobre la dureza y la crueldad; varias veces me han asaltado esas ideas en estos días pasados. Es preciso tener una epidermis de bastante espesor para estar de acuerdo con la manera de razonar de la gente de allá abajo y con preguntas como: «¿Tiene todavía dinero?», y con la cara que ponen al hablar así. En suma, nunca me ha parecido completamente normal a pesar de que yo no sea un *homo humanus* (ahora me doy cuenta de que siempre me había impresionado, tal vez era debido a mi propensión inconsciente a la enfermedad). Yo mismo he oído mis antiguas lesiones y he aquí que Behrens pretende haber encontrado dentro de mí una bagatela completamente fresca. Aunque me ha sorprendido, en el fondo debí imaginarlo. Nunca me he sentido fuerte como una roca, y como mis padres murieron tan pronto y soy huérfano desde la infancia, de padre y madre, usted comprenderá…

Settembrini, con alegría y amabilidad, realizó con la cabeza, los hombros y las manos un gesto lleno de unidad que significaba la pregunta siguiente: «Bueno, ¿y qué más…»

—Usted es escritor —dijo Hans Castorp—. Un literato… Debe por tanto comprender que, en estas circunstancias, no se puede tener una sensibilidad ruda y encontrar natural la crueldad de la gente, de la gente vulgar, ¿comprende?, la que pasea, ríe, gana dinero y se atiborra de comida… No sé si me he expresado… Settembrini se inclinó.

—Lo que significa —matizó— que el contacto precoz y frecuente con la muerte inclina a un estado de espíritu que nos hace más delicados y sensibles a la dureza, a las trivialidades y, digámoslo claramente, al cinismo de la vida ordinaria.

—¡Es exactamente eso! —exclamó Hans Castorp con un entusiasmo sincero—. Admirablemente expresado, los puntos sobre las íes, señor Settembrini. ¡Con la

muerte! Ya sabía yo que usted, en su calidad de literato…

Settembrini tendió entonces la mano hacia él, inclinando la cabeza a un lado y cerrando los ojos; gesto que le servía para interrumpir con dulzura y rogar que se le continuara escuchando. Se mantuvo durante unos segundos en esta posición y permaneció así algún tiempo después, cuando Hans Castorp, un poco cohibido, se hubo callado. Finalmente el italiano abrió sus ojos negros —los ojos de un organillero— y habló:

—Permítame, permítame, ingeniero, que le diga, e insisto sobre este punto, que la única manera sana y noble, es más, la única manera religiosa de considerar una muerte consiste en encontrarla y en entenderla como una parte, como un complemento, como una condición sagrada de la vida y no (lo que sería lo contrario de la salud, la nobleza, la razón y el sentimiento religioso) en separarla de ella, en hacerla un argumento contra ello. Los antiguos decoraban sus sarcófagos con símbolos de la vida y la fecundidad, incluso con símbolos obscenos. En la religión antigua, lo sagrado se confundía con frecuencia con lo obsceno. Aquellos hombres sabían honrar a la muerte. Mire, la muerte es digna de respeto, como la cuna de la vida, como el seno de la renovación. Pero opuesta a ésta y separada de ella se convierte en un fantasma, en una máscara o en una cosa peor todavía, pues la muerte entendida como una potencia espiritual independiente es depravada; su atractivo perverso es indudablemente muy fuerte, y sería sin duda el más espantoso extravío del espíritu humano querer simpatizar con ella.

Settembrini calló. Se atuvo a esta afirmación y terminó en un tono decidido. Hablaba seriamente y no había dicho esto para distraer; desdeñó dar a su interlocutor una ocasión para contestar y, al final de sus afirmaciones, había bajado la voz y marcado una pausa. Estaba sentado con la boca cerrada y las manos cruzadas, contemplando seriamente su pie que se balanceaba en el aire.

Hans Castorp permaneció también en silencio. Apoyado en su almohada, volvió la cabeza hacia la pared y golpeó ligeramente con los dedos. Tenía la impresión de que acababan de aleccionarle, de llamarle al orden, incluso de reñirle, y en su mutismo había una parte de obstinación pueril. El silencio duró bastante tiempo.

Finalmente, Settembrini alzó la cabeza, y dijo, sonriendo:

—Recuerde, ingeniero, que una vez ya entablamos una controversia semejante, puede afirmarse que la misma. Charlábamos entonces, creo que fue durante un paseo, sobre la enfermedad y la estupidez, cuya coincidencia consideraba usted paradójica, y esto era debido a su estima hacia la enfermedad. Yo califiqué esta estima de siniestra preocupación por la que se deshonra el pensamiento del hombre y, con satisfacción mía, usted pareció dispuesto a tener en cuenta mis objeciones. Hemos hablado también del desenfado y la incertidumbre intelectuales de la juventud, de su libertad de elección y su tendencia a hacer experimentos desde todos los puntos de vista

posibles, y dijimos que no había necesidad de considerar estas experiencias como resultados definitivos y universales. ¿Me permitiría que en el futuro también —y Settembrini, sonriendo, se inclinó en la silla, con las manos juntas entre las rodillas y la cabeza inclinada oblicuamente—, le sea de ayuda en esos experimentos y que ejerza sobre usted una influencia reguladora si, por casualidad, el peligro de las preocupaciones funestas le amenaza?

—¡Con mucho gusto, señor Settembrini!

Hans Castorp se apresuró a renunciar a su actividad distante, entre tímida y testaruda, cesó de golpear con los dedos y se volvió hacia el italiano con una amabilidad llena de sorpresa.

—Es muy amable por su parte… Me pregunto verdaderamente si… Es decir, si yo…

—*Sine pecunia*, ya lo sabe —dijo Settembrini, poniéndose en pie—. Porque he de tirarle de las orejas.

Se echaron a reír. Se oyó abrir la puerta exterior y, en el mismo instante, el pestillo de la puerta interior giró. Era Joachim, que acudía para la conversación de la noche. Al ver al italiano se ruborizó, como le había ocurrido a Hans Castorp hacía un momento, y el color de su rostro se hizo más oscuro.

—¡Ah! Tienes una visita —exclamó—. ¡Bravo! Me he retrasado. Me han obligado a jugar una partida de bridge… Bueno, lo llaman así oficialmente —dijo encogiéndose de hombros—; pero naturalmente se trata de otra cosa… he ganado cinco marcos…

—Mientras esto no se convierta en un vicio —dijo Hans Castorp—. ¡Hum, hum! El señor Settembrini me ha hecho pasar agradablemente el tiempo mientras te esperaba. En realidad, es un adjetivo poco afortunado, ya que puede ser aplicado a vuestro supuesto bridge, mientras que el señor Settembrini ha ocupado mi tiempo de una manera preciosa… Un hombre de verdad debería hacer todo lo posible para salir cuanto antes de aquí. Pero por escuchar con frecuencia al señor Settembrini y para permitirle que me ayude con sus consejos, casi desearía tener siempre fiebre e instalarme aquí como en mi casa… Tendréis que acabar dándome una «hermana muda» para impedir que os engañe.

—Le repito, ingeniero, que es usted un bromista —dijo el italiano.

Se despidió del modo más cortés.

Al quedarse con su primo, Hans Castorp lanzó un suspiro de alivio.

—¡Qué pedagogo! —dijo—. Es un pedagogo humanista, no hay duda. No cesa de darte lecciones, bien bajo la forma de anécdota o de forma abstracta. ¡Y habla de tantas cosas! Nunca hubiera imaginado que se pudiese hablar de cosas semejantes, ni siquiera comprenderlas. Si le hubiese encontrado en la llanura, seguramente no le hubiera podido comprender.

A aquella hora, Joachim permanecía algún tiempo con él. Sacrificaba dos o tres cuartos de hora de su cura de reposo de la noche. A veces jugaban al ajedrez en la habitación de su primo.

Luego se dirigía al balcón, con sus abrigos y con el termómetro en la boca, y Hans Castorp tomaba también por última vez su temperatura, mientras una música ligera, a veces próxima y otras lejana, subía del valle, sumido en la noche.

A las diez, la cura de reposo había terminado. Se oía a Joachim, se oía al matrimonio de la mesa de los rusos ordinarios… Y Hans Castorp se ponía de lado en espera del sueño.

La noche era la parte más difícil de la jornada, pues Hans Castorp se despertaba con frecuencia y en ocasiones permanecía desvelado durante horas, porque el calor anormal de su sangre le impedía dormir o porque su gusto y disposición al sueño habían sufrido a causa de la posición constantemente horizontal.

En desquite, las horas empleadas en dormir estaban animadas con sueños variados y llenos de vida, sueños en los cuales podía continuar soñando aun estando ya despierto. Cuando llegaba la mañana, constituía una distracción observar la habitación que se iba iluminando y reaparecía poco a poco; ver cómo surgían y se desvelaban los objetos y cómo la luz se encendía en el exterior, a veces con un resplandor rojizo y turbio y otras alegre. Y antes de que se hubiese dado cuenta había llegado de nuevo el instante en que el masajista, llamando a la puerta con su enérgico puño, anunciaba la entrada y daba inicio a la rutina diaria.

Hans Castorp no se había llevado calendario en su viaje, y por consiguiente no siempre estaba al corriente de las fechas. De vez en cuando, se informaba por su primo, quien, sobre este punto, tampoco estaba muy seguro. Sin embargo, los domingos, sobre todo, el del concierto bimensual, constituían un punto de partida y se tenía la seguridad de que el mes de septiembre llegaba a su mitad.

En el valle, desde que Hans Castorp se hallaba en la cama, al tiempo triste y frío habían sucedido días del final de verano, bellos días sin número, de manera que Joachim había entrado cada mañana en la habitación de su primo, vestido con pantalón blanco, y éste no había podido reprimir la expansión de una contrariedad sincera, de una contrariedad de su alma y sus jóvenes músculos ante el pensamiento de aquella estación magnífica. A media voz había pronunciado la palabra «vergüenza», reprochándose el dejar pasar un tiempo tan hermoso. Pero luego, para calmarle, había añadido que aunque hubiese estado levantado no hubiera podido aprovecharlo, puesto que la experiencia propia le prohibía moverse mucho. Y en definitiva, por la puerta del balcón, abierta de par en par, podía disfrutar, en cierta medida, de la esplendorosa belleza del aire libre.

Pero al final del plazo que le había sido impuesto, el tiempo cambió de nuevo. Durante la noche era brumoso y frío, el valle desapareció bajo una tempestad de

nieve húmeda, y el aliento seco de la calefacción central llenó la habitación.

Así era el día en que Hans Castorp, con motivo de la visita matinal de los médicos, recordó al doctor Behrens que guardaba cama desde hacía tres semanas y pidió permiso para levantarse.

—¿Qué diablos es eso de que ya tiene bastante? —inquirió Behrens—. A ver. En efecto, es exacto. ¡Dios mío, cómo nos hacemos viejos! Me parece, por otra parte, que la cosa ha cambiado muy poco. ¿Cómo? ¿Ayer era normal? Sí, excepto la temperatura de las seis de la tarde. Vamos, Castorp, no quiero ser intransigente, voy a devolverlo a la sociedad de sus semejantes. Levántese y ande, amigo mío. Dentro de los límites indicados, como es natural. Próximamente haremos su retrato interior. Tome nota —dijo dirigiéndose al doctor Krokovski y señalando con su enorme dedo pulgar el hombro de Hans Castorp, mientras miraba al ayudante pálido, con sus azules y lacrimosos ojos inyectados en sangre.

Hans Castorp abandonó el «dique seco». Con el cuello de su abrigo levantado, calzado con chanclos por primera vez, acompañó de nuevo a su primo hasta el banco del riachuelo y regresó, no sin haber comentado durante el camino cuánto tiempo le habría Behrens dejado en la cama si no le hubiese anunciado él mismo que el plazo había terminado. Joachim, con la mirada sombría y la boca abierta como para lanzar un alarido desesperado, dibujó en el aire el gesto del infinito.

«¡Dios mío, lo veo!»

Pasó una semana antes de que Hans Castorp fuese invitado por la enfermera jefe Von Mylendonk a presentarse en el laboratorio de radiografía. No se quería apresurar el curso de las cosas. Estaban lo bastante ocupados en el Berghof. Los médicos y el personal tenían, con toda segundad, mucho quehacer. Aquellos últimos días habían llegado nuevos pacientes: dos estudiantes rusos, hirsutos, con blusas negras cerradas que no dejaban al descubierto la más pequeña parte de la camisa; un matrimonio holandés, que había sido colocado en la mesa de Settembrini; un mexicano jorobado, que asustaba a sus compañeros de mesa con sus espantosos accesos de disnea: con sus férreas manos se agarraba a su vecino, hombre o mujer, sujetándolo como con unas tenazas y arrastrándolo, a pesar de su resistencia llena de espanto y sus gritos de socorro, a los dominios de su propia angustia. En una palabra, el comedor se hallaba casi lleno, a pesar de que la temporada de invierno no comenzaba hasta octubre. Y la poca gravedad del caso de Hans Castorp apenas le daba derecho a exigir consideraciones particulares.

La señora Stoehr, por estúpida e inculta que fuese, estaba sin duda mucho más enferma que él, sin hablar del doctor Blumenkohl. Se habría tenido que faltar a todo sentido de jerarquía y distancia para no manifestar, en el lugar de Hans Castorp, una reserva discreta, teniendo además en cuenta que tal estado anímico formaba parte de los usos de la casa.

Los enfermos leves no eran tenidos en cuenta. Hans Castorp había llegado a esta conclusión a partir de algunas conversaciones que había oído. Se hablaba de ellos con desdén, según la escala que era tenida en cuenta aquí, y se les miraba de arriba abajo; no solamente los enfermos graves obraban así, sino también aquellos que a sí mismos se llamaban «ligeros». A decir verdad, éstos se desdeñaban interiormente, pero salvaguardaban su dignidad sometiéndose a esa escala de valores. En el fondo, era bastante humano. «Bah, éste —parecían decirse unos a otros— no padece nada de importancia. Apenas tiene derecho a permanecer aquí. Ni siquiera tiene cavernas…» Tal era el espíritu que reinaba entre ellos y que constituía una especie de aristocracia. Hans Castorp se inclinaba ante ella por un respeto innato a la ley y las reglas. Cada país tiene sus costumbres, dice el proverbio. Manifiesta poca cultura un viajero que se burla de los usos y los conceptos de los pueblos que le acogen; hay muchas maneras de apreciar las cosas. Incluso con Joachim, Hans Castorp observaba un cierto respeto y ciertos miramientos, no sólo porque era el más antiguo y su guía y cicerone, sino también por tratarse incontestablemente del «caso más grave» de los dos.

Como esto ocurría entre todos, se mostraba cierta tendencia a exagerar un poco su propio caso, a procurar meterse en la aristocracia o aproximarse a ella. El mismo Hans Castorp, cuando le interrogaban en la mesa, añadía algunas décimas a las que

había registrado, y no dejaba de sentirse halagado cuando le señalaban con el dedo como a un muchacho más picaro de lo que parecía. Pero a pesar de estos recursos, no por eso dejaba de ser un personaje de una categoría inferior, de manera que la paciencia y la reserva constituían la actitud que se debía imponer.

Había reanudado, al lado de Joachim, el género de vida de sus tres primeras semanas, esa vida ya familiar, monótona y regulada por precisión que parecía correr sobre ruedas desde el primer día, como si jamás hubiese sido interrumpida. En efecto, aquella interrupción no contaba; desde su primera reaparición en el comedor se dio perfecta cuenta de ello. Joachim, que con su escrúpulo particular, concedía importancia a tales interrupciones, había adornado con flores el lugar del resucitado, pero los compañeros de mesa de Hans Castorp le saludaron sin solemnidad y su acogida no se distinguió de la que recibía cuando su separación no había durado tres semanas, sino tres horas. No era porque sintiesen indiferencia hacia su sencilla y simpática persona, sino porque estaban demasiado ocupados exclusivamente de sí mismos, es decir, de su interesante cuerpo y, además, no tenían conciencia de los intervalos. Hans Castorp podía seguirlos sin esfuerzo por ese camino, pues se encontraba ocupando el extremo de la mesa, entre la institutriz y la señorita Robinson, como si hubiese estado sentado por última vez la víspera.

Si en su propia mesa no se hacía caso de su forzado apartamiento, ¿cómo iban a preocuparse de él en el resto de la sala? Allí nadie se había dado cuenta, con la única excepción de Settembrini, quien al final de la comida se había acercado para saludarle a su manera bromista y amistosa.

Hans Castorp se sentía inclinado a creer en otra excepción, pero no nos atrevemos a dar nuestra opinión sobre este punto. Creía comprender que Clawdia Chauchat había notado su reaparición; cuando entró, como siempre con retraso, después que la vidriera se hubo cerrado, había posado sobre él su estrecha mirada y la mirada de Hans Castorp había ido a su encuentro, y apenas sentada se había vuelto una vez hacia él, sonriendo por encima del hombro, como había hecho tres semanas atrás, antes de que hubiese ido a la consulta. Había sido un gesto tan poco disimulado, tan desprovisto de consideración —tanto de consideración hacia él como a los demás pensionistas— que él no supo si tenía que declararse satisfecho o tomar aquella actitud por una manifestación de desdén e irritarse. En cualquier caso, su corazón se había estremecido ante aquella mirada que prescindía de las conveniencias mutuamente. Pero aquellas miradas le habían conmovido de un modo fantástico y enervador, y su corazón se había comprimido dolorosamente en el mismo instante en que la puerta vidriera se cerró con un portazo; era este momento lo que había estado esperando con la respiración anhelante.

Conviene añadir aquí que las relaciones íntimas de Hans Castorp con la enferma de la mesa de los «rusos distinguidos», la parte concerniente a sus sentidos y su

espíritu modesto hacia aquella persona de mediana estatura, de andar lánguido y de ojos de tártaro, en una palabra, sus sentimientos de enamorado (atrevámonos a escribir esta palabra, a pesar de pertenecer a los ámbitos de allá abajo, de la llanura, y que pueda hacer suponer que la canción *Qué sonido tan maravilloso* sea en alguna manera aplicable a este caso) habían hecho, durante su retiro, grandes progresos. La imagen de la señora Chauchat había flotado ante los ojos del joven cuando, despierto en la madrugada, había contemplado la habitación que se iba desvelando lentamente, o por la tarde, en el crepúsculo que moría. A la misma hora en que Settembrini, encendiendo súbitamente la luz, había entrado en la habitación, ella flotaba completamente distinta, y por esta causa la llegada del humanista había hecho ruborizarse a Hans Castorp.

Durante las diferentes horas del día, había pensado en la boca de la bella mujer, en sus pómulos, en sus ojos, cuyo color, forma y posición le conmovían, en sus hombros lánguidos, en la postura de su cabeza, en la vértebra cervical, en el escote de la nuca, en los brazos tan transfigurados por la fina gasa, y esas horas habían transcurrido sin sentir, y por eso nosotros hemos tomado parte en la inquietud de su conciencia, mezclada en la espantosa fidelidad de esas imágenes y visiones. Pues un recelo, una verdadera angustia se mezclaba en eso, una esperanza que se perdía en el infinito y la aventura, en la alegría y el miedo; que no tenía nombre, pero que a veces comprimía tan bruscamente el corazón del joven —su corazón en el propio sentido fisiológico— que se llevaba una mano a la región de ese órgano, la otra a la frente en forma de visera por encima de sus ojos y murmuraba:

—¡Dios mío!

Detrás de su frente había pensamientos y semipensamientos y eran éstos los que prestaban a las imágenes su dulzura exagerada, refiriéndose a la languidez y la falta de comedimiento de madame Chauchat, a su enfermedad, al relieve y a la importancia aumentada que la enfermedad daba a su cuerpo, al atractivo carnal que prestaba a su ser. Y Hans Castorp, por decisión de esa facultad, iba a participar en este mal, y por eso comprendía la libertad con que la señora Chauchat al volverse y sonreír desafiaba a las conveniencias sociales, según las cuales estaban obligados a ignorarse como si los dos no fuesen seres sociales.

Y era esto precisamente lo que le asustaba, de la misma manera que cuando, en la sala de consultas, había elevado sus ojos hacia los de su primo, aunque entonces fueron la piedad y solicitud lo que habían inspirado su espanto, mientras que en este momento sentía emociones completamente diferentes.

Así pues, la vida en el Berghof, tan favorable y ordenada en sus estrechos límites, recobraba su curso monótono. Hans Castorp, en espera de su radiografía, continuaba compartiéndola con el buen Joachim, regulando esa vida hora tras hora, y esa vecindad era seguramente favorable para el joven. A pesar de que no fuese más que

una vecindad de enfermos, en él había una buena parte de rigor militar, un rigor que, en verdad, se acomodaba al servicio de la cura, que acababa de sustituirse al cumplimiento del deber profesional normal. Hans Castorp no era tan estúpido como para no darse cuenta de eso, pero comprendía que aquella vecindad reprimía su alma de hombre civil; tal vez eran ese ejemplo y ese control ejercidos por Joachim lo que le impedía realizar, en el exterior, aventuras irreflexivas. Comprendía perfectamente que Joachim debía de sufrir a causa de determinado perfume de naranja que respiraba diariamente y que iba acompañado de unos ojos redondos y oscuros, de un pequeño rubí, una alegría hilarante y unos pechos de contorno agradable. Y la preocupación del honor, que hacía temer a Joachim la influencia de esa atmósfera y le obligaba a huirla, impresionaba a Hans Castorp, le imponía el mismo orden y la misma disciplina, impidiéndole «pedir prestado el lápiz» a la mujer de los ojos oblicuos. Sin esa vecindad edificante hubiese estado dispuesto a hacerlo, si se juzgaba por la experiencia.

Joachim jamás hablaba de la sonriente Marusja, y eso equivalía para Hans Castorp a una prohibición de Clawdia Chauchat. Lo compensaba con una relación discreta con la institutriz, sentada a la mesa, a su derecha, esforzándose en ruborizarla con algunas bromas acerca de su debilidad por la enferma de movimientos flexibles, mientras imitaba la digna actitud del viejo Hans Castorp apoyando su barbilla en el cuello.

Insistió también acerca de ella para enterarse de los nuevos e interesantes detalles sobre la situación personal de madame Chauchat, sobre sus orígenes, su marido, su edad y el carácter de su enfermedad. ¿Tenía hijos…?

—¡Dios mío, no, no tiene! ¿Qué haría con hijos una mujer como ésa? Sin duda le está prohibido tenerlos y, por otra parte, ¿qué clase de hijos podría haber tenido?

Hans Castorp tuvo que darle la razón. Además, tal vez era ya demasiado tarde, se atrevió a decir con indiferencia forzada.

A veces, de perfil, el rostro de madame Chauchat le parecía ya un poco endurecido. ¿Tenía más de treinta años? La señorita Engelhart se rió. ¿Clawdia treinta años? Exagerando mucho debía de tener unos veintiocho. Y en lo que se refería a su perfil, ella prohibió a su vecino que dijese aquellas cosas. El perfil de Clawdia Chauchat tenía la delicadeza y dulzura más juveniles, además de ser por naturaleza un perfil interesante en nada parecido al de una oca sana. Y para castigarle, la señorita Engelhart añadió a continuación que madame Chauchat solía recibir la visita de algunos señores, en particular la de un compatriota que habitaba en Davos Platz; le recibía por la tarde, en su habitación.

Estas palabras causaron su efecto. El rostro de Hans Castorp se trastornó a pesar de todos sus esfuerzos, e incluso las frases que pronunció con indiferencia: «¿Cómo es eso?» y «Dígame», con las cuales respondió a aquella confidencia, tenían una

especie de crispación. Incapaz de tomar a la ligera la existencia de ese compatriota, como había fingido hacer, volvió a insistir sin cesar, y sus labios temblaban.

—¿Un joven?

—Joven y elegante, según se dice —respondió la institutriz, pues no había podido juzgar con sus propios ojos.

—¿Enfermo?

—Si acaso, muy ligeramente.

—Así lo espero —dijo Hans Castorp con sarcasmo—; se acabará descubriendo en ella mucha más ropa sucia que en sus compatriotas de la mesa de los rusos ordinarios.

Al oír esto, la señorita Engelhart contestó afirmativamente. Hans Castorp terminó por convenir que éste era un asunto al que se debía dar importancia y le encargó seriamente que se informase sobre ese compatriota que visitaba a madame Chauchat; pero en lugar de esto, ella iba a traerle unos días más tarde una noticia completamente diferente.

Se había enterado de que «pintaba a Clawdia Chauchat», de que hacían su retrato, y preguntó a Hans Castorp si estaba enterado. Sin duda la noticia procedía de fuente segura. Desde hacía algún tiempo, madame Chauchat posaba para que hiciesen su retrato. ¿Dónde…? En las habitaciones del consejero, en las habitaciones del doctor Behrens, que la recibía con este objeto, casi diariamente, en su departamento privado.

Esta noticia emocionó a Hans Castorp mucho más que la anterior. No cesaba de bromear sobre este asunto. Sí, ya se sabía que el doctor pintaba al óleo. ¿Cómo podía extrañar eso a la institutriz, puesto que no era una cosa prohibida y todo el mundo podía hacer lo mismo? ¿Ocurría en las habitaciones del viudo? Sin duda la señorita Von Mylendonk asistía a las sesiones —ya se sabía que no tenía tiempo para eso.

—Y Behrens no debe tampoco de disponer de mucho —dijo Hans Castorp con severidad. Pero a pesar de que parecía que ya se había dicho todo cuanto podía decirse sobre este asunto, se guardó muy bien de abandonarlo y agotó todas las preguntas para obtener más informes sobre el retrato y sus dimensiones. ¿Era un medallón, un retrato de cuerpo entero? ¿A qué hora posaba? La señorita Engelhart no podía darle detalles sobre este punto, había que tener paciencia y esperar los resultados de las investigaciones que estaba realizando la institutriz.

Hans Castorp tuvo 37,7 después de recibir la noticia. Mucho más que las visitas que recibía madame Chauchat, le turbaban y le inquietaban las que ella hacía. La existencia privada y particular de madame Chauchat considerada en sí misma, independientemente de su contenido, había comenzado ya a hacerle sufrir y a inquietarle. ¡Y cómo debían de aguzarse esos dos sentimientos al enterarse de noticias de un contenido equívoco! Sin duda parecía posible que las relaciones del visitante ruso con su compatriota fuesen de una naturaleza trivial e inofensiva. Pero Hans Castorp, desde hacía algún tiempo, se sentía inclinado a considerar lo razonable

e inofensivo como tonterías, y no podía decidirse a admitir que la pintura al óleo fuera algo más que un lazo de unión entre un viudo de lenguaje truculento y una joven mujer de ojos oblicuos y paso insinuante. El gusto que el doctor había manifestado en la elección de su modelo respondía demasiado al suyo propio para que pudiese atribuirle una frialdad razonable, que no parecían testimoniar las mejillas azules y los ojos lacrimosos, inyectados de sangre, del consejero.

Un hecho que observó aquellos días, personalmente y por casualidad, ejerció sobre él un efecto diferente, a pesar de que se tratase de una nueva confirmación de su buen gusto. Había allí, en la mesa situada de través, la de madame Salomon y el colegial voraz de las antiparras, a la izquierda de la de los primos y en la más cercana a la puerta vidriera, un enfermo natural de Mannheim, según había oído decir Hans Castorp, de unos treinta años, cabellos claros, dientes cariados y palabra tímida, el mismo que, en ocasiones, durante la velada tocaba en el piano la marcha nupcial de *El sueño de una noche de verano*. Se decía que era muy devoto, cosa frecuente en las gentes de aquí, según habían explicado a Hans Castorp, y eso lo ponía de relieve, pues todos los domingos asistía al servicio religioso de Davos Platz y durante la cura leía libros piadosos, libros cuya encuadernación estaba ornada con un cáliz o con unas ramas de palmera. Y he aquí que él también —y eso es lo que Hans Castorp observó un día— tenía la mirada clavada en el mismo punto: en la flexible persona de madame Chauchat, y eso de un modo casi canino en su indiscreta timidez.

Cuando Hans Castorp le hubo observado una vez, no pudo abstenerse de fijarse nuevamente en él a cada ocasión. Le veía por la noche de pie en la sala de juego, entre los huéspedes, turbado y trastornado por el aspecto de aquella joven, deseable a pesar de estar enferma, que se hallaba sentada al otro lado, en el sofá, con Tamara la de lanosos cabellos —tal era el nombre de la jovencita—, el doctor Blumenkohl y su vecino de mesa, el del pecho hundido y los hombros caídos. Le veía cómo se volvía, cómo fingía mirar hacia otro lado; luego, cómo volvía la cabeza por encima del hombro mirando bizco y con el labio superior encogido en una expresión lamentable. Le veía palidecer y bajar los ojos, alzar la mirada a pesar de todo y mirar ávidamente cuando la puerta se cerraba y madame Chauchat se dirigía hacia su sitio. Y a veces vio al desgraciado detenerse, después de la comida, entre la salida y la mesa de los rusos distinguidos, para dejar paso a madame Chauchat cerca de él y devorarla con los ojos, con unos ojos tristes hasta el fondo del alma, mientras ella no se preocupaba para nada de él.

Este descubrimiento impresionó vivamente al joven Hans Castorp, a pesar de que aquella lamentable e inoportuna insistencia del hombre de Mannheim no podía inquietarle en la misma medida que las relaciones privadas de Clawdia Chauchat con el consejero Behrens, un hombre que le superaba tan netamente en edad, personalidad y posición social.

Clawdia no se ocupaba para nada del hombre de Mannheim; si la cosa hubiese sido distinta no hubiera escapado a la atención despierta de Hans Castorp, y no era por lo tanto a causa del aguijón desagradable de los celos por lo que sentía un picotazo. Pero experimentaba todos los sentimientos que experimenta el hombre embriagado por la pasión cuando descubre en otros su propia imagen, sentimientos que forman la más singular mezcla de repugnancia y secreta solidaridad. ¡Es imposible analizarlo y profundizar en todo si queremos seguir adelante! Sea lo que sea, eran muchas cosas a la vez para el estado en que se hallaba, y esas observaciones respecto al hombre de Mannheim hacían sufrir a Hans.

Así pasaron los ocho días hasta el de la radioscopia de Hans Castorp. No había creído que pasaran así, pero cuando una mañana, a la hora del desayuno, recibió la orden de la superiora (ésta tenía ya un nuevo orzuelo y no podía ser el mismo: sin duda ese mal inofensivo que la desfiguraba era debido a su constitución) de presentarse por la tarde en el laboratorio, se dio cuenta de que los días habían pasado. Junto con su primo, Hans Castorp debía presentarse media hora antes del té, pues al mismo tiempo se tomaría una nueva fotografía interior de Joachim, ya que la anterior podía considerarse como caducada.

Había acortado, pues, este día en treinta minutos la principal cura de reposo, y a las tres y media en punto bajaron por la escalera de piedra que conducía al sótano falso y se sentaron, uno al lado del otro, en la salita de espera que separaba el gabinete de consultas del laboratorio radiológico. Joachim, que no preveía nada nuevo, estaba completamente tranquilo. Hans Castorp, con una espera un poco febril, puesto que hasta aquel momento no se había observado jamás la vida interior de su organismo.

No estaban solos. Algunos pensionistas, que esperaban como ellos, se hallaban sentados en la habitación, con revistas ilustradas y destrozadas sobre las rodillas. Había un joven y alto sueco que en el comedor tenía su puesto en la mesa de Settembrini y de quien se decía que, cuando llegó en el mes de abril, se encontraba tan enfermo que habían puesto dificultades para admitirlo; pero ahora había engordado 40 kilos y estaba a punto de ser dado de alta. También había una mujer de la mesa de los rusos ordinarios, una madre tímida con un niño escuálido y feo, de nariz demasiado larga, llamado Sacha. Esas personas esperaban, pues, desde hacía mucho más tiempo que los dos primos. Seguramente estaban antes que ellos en la lista de visitas. Se había producido probablemente un retraso en el laboratorio de radioscopia y había que resignarse a tomar el té frío.

En el laboratorio estaban ocupados. Se oía la voz del doctor Behrens que daba instrucciones. Serían las tres y media cuando se abrió la puerta —un mozo destinado a este servicio lo hizo—, y fue introducido únicamente aquel gigante sueco. Sin duda su antecesor se había marchado por otra puerta. El rito, desde este momento, se

desarrolló con mayor rapidez. Al cabo de diez minutos se oyó al escandinavo, completamente curado —esta publicidad ambulante de la estación y del sanatorio—, cómo se alejaba con paso enérgico por el corredor, y la madre rusa, en unión de Sacha, fueron recibidos.

De nuevo, como ya había ocurrido cuando la entrada del sueco, Hans Castorp notó que en el laboratorio reinaba una penumbra o, más exactamente, una luz artificial, lo mismo que al otro lado, en el gabinete de análisis del doctor Krokovski. Las ventanas estaban veladas, la luz del día había sido excluida y se hallaban encendidas unas lámparas eléctricas.

Mientras introducían a Sacha y a su madre, y Hans Castorp les seguía con los ojos, en este momento la puerta del pasillo se abrió y el enfermo siguiente penetró en la sala de espera anticipadamente, puesto que la consulta iba retrasada. Era madame Chauchat.

Era Clawdia Chauchat, que se hallaba de pronto en la pequeña habitación. Hans Castorp, entornando los ojos, la reconoció, y sintió distintamente cómo la sangre se retiraba de su rostro y su maxilar inferior se aflojó de tal modo que estuvo a punto de abrir la boca.

La entrada de Clawdia se había producido de una manera inesperada; impensadamente compartía con los primos aquel espacio exiguo, cuando un momento antes no estaba allí. Joachim lanzó a Hans Castorp una mirada fugaz, y no sólo bajó rápidamente los ojos sino que cogió de la mesa la revista ilustrada que había dejado y ocultó su rostro detrás de las hojas desplegadas. Hans Castorp no tuvo bastante presencia de espíritu para hacer lo mismo. Después de palidecer, se ruborizó y sintió que su corazón palpitaba con fuerza.

Madame Chauchat se sentó cerca de la puerta del laboratorio, en un modesto silloncito curvado, de brazos algo estropeado. Inclinada, cruzó una pierna sobre la otra y miró al vacío, mientras sus «ojos de Pribislav», nerviosamente violentados en su dirección por la conciencia de que era observada, se cerraban ligeramente. Llevaba una blusa blanca y una falda azul, tenía un libro sobre las rodillas, un libro de gabinete de lectura, al parecer, y golpeaba ligeramente con el pie que descansaba en el suelo.

Después de un minuto y medio cambió de postura y miró en torno, se puso en pie con la expresión un poco vaga del que no sabe dónde está ni a quién dirigirse, y comenzó a hablar.

Preguntó algo, hizo una pregunta a Joachim, a pesar de que éste parecía sumido en la lectura de su periódico ilustrado, mientras que Hans Castorp permanecía sentado sin hacer nada. Formaba palabras en su boca y les prestaba la voz que salía de su garganta blanca. Aquella voz no era grave, sino agradablemente velada, a pesar de tener ciertos tonos agudos que Hans Castorp conocía desde hacía ya mucho tiempo

y hasta los había oído de cerca el día en que aquella voz había dicho dirigiéndose a él: «Con mucho gusto, pero me lo tienes que devolver sin falta después de la lección.» Es cierto que eso había sido dicho entonces con mucha más claridad y aplomo: ahora las palabras llegaban un poco arrastradas. La que hablaba no tenía un derecho natural a emplearlas, las pedía prestadas, como ya Hans Castorp le había oído algunas veces hacer, y con eso él experimentaba un sentimiento de superioridad, pero mezclado con una admiración humildísima. Con una mano en el bolsillo de su blusa de lana, y la otra en la nuca, la señora Chauchat preguntó:

—Perdone, señor, ¿a qué hora estaba citado?

Joachim lanzó una mirada furtiva a su primo y contestó, juntando los tacones, pero permaneciendo sentado:

—A las tres y media.

Ella habló de nuevo:

—Yo, a las cuatro menos cuarto. ¿Qué ocurre? Son casi las cuatro… ¿Acaba de entrar alguien?

—Sí, dos personas —contestó Joachim—. Las que estaban delante de nosotros. Parece que hay un retraso de media hora.

—¡Qué fastidio! —dijo ella, y con un gesto nervioso se palpó los cabellos.

—Ya lo creo —contestó Joachim—. Nosotros esperamos desde hace casi media hora.

De este modo hablaban y Hans Castorp escuchaba como en sueños. Que Joachim hablase a la señora Chauchat era casi como si lo hiciera él mismo, a pesar de que desde cierto punto de vista era completamente distinto. La respuesta de su primo había chocado a Hans Castorp, porque le parecía impertinente o, todo lo más, de una indiferencia sorprendente teniendo en cuenta las circunstancias. Pero en suma, Joachim podía hablar así, podía, en general, hablar con ella, y seguramente delante de él Joachim había dicho aquel «Ya lo creo» con el mismo tono de importancia que Hans Castorp había adoptado delante de Joachim y Settembrini cuando se le había preguntado cuánto tiempo pensaba permanecer aquí y él había contestado «Tres semanas».

Se había dirigido a Joachim, a pesar de que éste se tapaba la cara con el periódico, sin duda porque era el más antiguo de los dos, al que conocía de vista desde hacía más tiempo, y también por otra razón: porque tener buenas relaciones con él y un cambio de palabras estaba en su lugar, y nada salvaje, profundo, espantoso y misterioso existía entre ellos. Si ciertos ojos castaños unidos a un rojo rubí y a un perfume de naranja esperasen allí, junto a ellos, hubiera correspondido a Hans Castor llevar la conversación y decir «ya lo creo», pues se hubiese sentido independiente y puro respecto a esa otra persona. «En efecto, muy desagradable, señorita», diría cortés y, tal vez, con un gesto desenvuelto, se sacaría el pañuelo del bolsillo para

sonarse. «Le aconsejo que tenga paciencia. A nosotros nos pasa lo mismo.» Y Joachim se habría sorprendido de su aplomo, aunque probablemente sin desear sustituirle.

No, Hans Castorp no estaba en modo alguno celoso de Joachim en la situación presente, a pesar de ver cómo hablaba con madame Chauchat. Aprobaba a ésta el haberse dirigido a su primo; al hacerlo había tenido en cuenta las circunstancias, demostrando así que tenía conocimiento de la situación… Su corazón latía con fuerza.

Después de la fría acogida que madame Chauchat había recibido por parte de Joachim, en la que Hans Castorp había distinguido incluso una ligera hostilidad de su primo hacia aquella compañera de enfermedad —hostilidad que le hizo sonreír a pesar de su emoción—, Clawdia intentó ir de un lado a otro de la sala. Pero como faltaba espacio para esto, se acercó a la mesa, tomó una revista ilustrada y volvió a la butaca de los brazos estropeados.

Hans Castorp permanecía sentado y la miraba, hundiendo la barbilla como hacía su abuelo, pareciéndose de este modo de una manera verdaderamente ridicula al viejo. Como madame Chauchat había cruzado de nuevo una pierna sobre otra, su rodilla se dibujaba, e incluso toda la línea de la esbelta pierna, bajo la falda de paño azul. Era de mediana estatura, de una estatura armoniosa e infinitamente agradable a los ojos de Hans Castorp, pero tenía las piernas relativamente largas y no era muy ancha de caderas. No estaba reclinada hacia atrás, sino hacia adelante, con los brazos cruzados apoyados en el muslo, la espalda arqueada y los hombros lánguidos, de manera que las vértebras cervicales se señalaban y distinguían incluso bajo la blusa ceñida, la columna vertebral, y su pecho, que no era opulento y abombado como el de Marusja, sino más bien con unos senos de muchacha, se hallaba comprimido ahora por ambos lados.

De pronto, se le ocurrió a Hans Castorp que ella estaba allí esperando también la radioscopia. El doctor Behrens la pintaba, reproducía su apariencia exterior sobre una tela y ahora, en la penumbra, dirigía sobre ella los rayos luminosos que le descubrían el interior del cuerpo. Y al pensar en eso, Hans Castorp volvió la cabeza con un gesto de pudor sombrío y con una expresión de discreción y reserva, cosa que creía deber hacer ante aquel pensamiento.

No permanecieron los tres mucho tiempo reunidos en la salita de espera. Allá dentro no habían hecho sin duda mucho caso de Sacha y su madre, y se apresuraban para recobrar el tiempo perdido. De nuevo el ayudante de la bata abrió la puerta.

Al levantarse, Joachim tiró su periódico sobre la mesa y Hans Castorp le siguió, no sin algún titubeo interior, hacia la puerta. Un escrúpulo caballeresco se había despertado en él y sentía la tentación de dirigir la palabra a madame Chauchat y ofrecerle que pasase delante; debía decírselo en francés, si era posible, y se apresuró a

buscar las palabras y la construcción de la frase. Pero ignoraba si tales galanterías eran aquí usuales y si el orden de sucesión establecido estaba por encima de todas las galanterías. Joachim debía saberlo y, como no pareciese dispuesto a ceder el paso a la dama presente, a pesar de que Hans Castorp le hubiese mirado con turbación e insistencia, siguió éste detrás de su primo y, pasando por delante de madame Chauchat, que se irguió ligeramente, entró por la puerta del laboratorio.

Se hallaba demasiado absorbido por lo que dejaba detrás de sí, por lo ocurrido durante los diez últimos minutos, para sentirse, en el momento en que entraba en el laboratorio, interiormente presente a lo que pasaba allí. No veía nada o no tenía más que percepciones vagas en aquella penumbra artificial. Oía todavía la voz agradablemente velada con la que madame Chauchat había dicho «¿Qué ocurre…? ¿Acaba de entrar alguien…? ¡Qué fastidio…!», y el sonido de esa voz le hacía estremecer, como un exquisito cosquilleo a lo largo de su espalda. Veía la rodilla moldeada por la tela de la falda, veía salir en la nuca curvada, bajo los cabellos cortos de un rubio rojizo, que en aquel lugar pendía libremente sin haber sido recogidos en el nudo de la trenza, las vértebras cervicales, y de nuevo sintió sacudido todo su cuerpo por un estremecimiento.

Vio al doctor Behrens de espaldas a los recién llegados, de pie delante de un armario o de una cabina en forma de anaquelería, ocupado en contemplar una placa oscura que mantenía delante de él con el brazo tendido contra la luz de la lámpara del techo. Pasando a su lado llegaron hasta el fondo de la habitación acompañados del ayudante, que hacía los preparativos para ponerles en disposición de ser observados.

Reinaba allí un olor extraño. Una especie de ozono diluido llenaba la atmósfera. Entre las ventanas cubiertas de negro, la cabina dividía el laboratorio en dos partes desiguales. Se distinguían aparatos de física, cristales cóncavos, tableros de interruptores, instrumentos para medir, una caja semejante a un aparato fotográfico sobre un chasis de ruedas, y diapositivas en cristal alineadas en las paredes hasta el punto de que no se sabía si uno se hallaba en el taller de un fotógrafo, en una cámara oscura, en el taller de un inventor, o en una oficina de técnica de hechicería.

Joachim había comenzado a desnudarse hasta la cintura. El ayudante, un joven suizo rollizo, de rosadas mejillas, vestido con una bata, invitó a Hans Castorp a hacer lo mismo. La cosa iba deprisa, no tardaría en tocarle el turno…

Mientras Hans Castorp se desembarazaba de su chaqueta, Behrens salió de la cabina y entró en la habitación propiamente dicha.

—Hallo! —dijo—. He aquí a nuestros dos Dióscuros, Castorp y Pólux… Nada de jeremiadas, se lo ruego. Esperen, pues; dentro de un instante habremos visto a los dos al contraluz. ¿Tiene miedo, Castorp, de abrirnos su fuero interno? Tranquilícese, todo eso será muy estético… ¿Ha visto mi galería privada?

Y cogiendo a Hans Castorp por el brazo le llevó delante de las hileras de vidrios

sombríos detrás de los cuales encendió una luz dando vuelta al conmutador. Los vidrios se iluminaron y revelaron sus imágenes. Hans Castorp veía miembros, manos y pies, rótulas, muslos, nalgas, brazos y fragmentos de cuerpos humanos. Era un todo esquemático y tenía un contorno borroso, como una especie de niebla, de halo pálido rodeando el hueso claro que resaltaba con una limpidez minuciosa.

—¡Muy interesante! —dijo Hans Castorp.

—Es, en efecto, interesante —respondió el consejero—. ¡Útil lección para los jóvenes! Anatomía luminosa, ¿comprende? El triunfo de los tiempos nuevos. Esto es un brazo de mujer, ya se habrá dado cuenta por su delicadeza. Es con lo que ellas nos abrazan a la hora de amarnos, ¿comprende?

Se echó a reír, elevando por un lado su labio superior y el roído bigote. Las placas se apagaron. Hans Castorp se volvió hacia el lugar en que se observaba la radiografía de Joachim.

Aquello ocurría en la cabina en la que había estado hacía un momento el consejero. Joachim se había sentado en una especie de taburete de zapatero, ante una plancha contra la cual oprimía su pecho, rodeándola con los brazos, y el ayudante corregía la posición del paciente comprimiéndole, empujando hacia adelante los hombros de su primo y masajeando su espalda. Luego se colocó detrás del aparato como un vulgar fotógrafo, se aplomó sobre las piernas y se inclinó para juzgar la imagen; expresó su satisfacción y, retrocediendo de lado, recomendó a Joachim que respirase profundamente y que guardase el aire dentro de sus pulmones hasta que hubiese terminado.

La espalda redondeada de Joachim se dilató, luego permaneció inmóvil. En este momento, el ayudante imprimió a la palanca de mano el movimiento conveniente. Durante dos segundos funcionaron las fuerzas terribles necesarias para atravesar la materia, corrientes de millares de voltios, de cien mil voltios, pensó Hans Castorp. Apenas esclavizadas, las fuerzas intentaron abrirse caminos tortuosos. Estallaron descargas como disparos. Una chispa azul vibró en la punta de un aparato. Unos relámpagos subieron crepitando a lo largo del muro. En algún lado, una luz roja, semejante a un ojo, miraba tranquila y amenazadora dentro de la habitación, y una botella, a la espalda de Joachim, se llenó de un líquido verde. Luego todo se fue tranquilizando, los fenómenos luminosos se desvanecieron y Joachim, suspirando, soltó el aire de sus pulmones. Ya estaba…

—El otro delincuente —dijo Behrens, y tocó a Hans Castorp en el codo—. ¡Sobre todo no alegue usted que está cansado! Tendrá un ejemplar gratuito, Castorp, gracias al cual podrá proyectar en la pared los secretos que contiene su seno para sus hijos y nietos.

Joachim se había puesto en pie. El ayudante ofreció a Hans el sitio. El doctor Behrens instruyó personalmente al novicio acerca del modo cómo debía sentarse y

mantenerse.

—¡Abrace la plancha! —dijo— . ¡Si quiere ilusionarse imagine que es otra cosa! Y estréchela bien contra su pecho, como si tuviese sensaciones voluptuosas. Así, respire. ¡Alto!

Hans Castorp se mantuvo, entornando los ojos, con los pulmones llenos de aire. A su espalda crepitó la tempestad, estalló, y luego fue tranquilizándose. El objetivo había mirado dentro de él.

Se separó, turbado y aturdido por lo que acababa de sucederle, a pesar de que no se hubiese dado cuenta, en lo más mínimo, de la penetración.

—¡Bravo! —dijo el consejero—. Ahora nosotros mismos lo veremos.

Y ya Joachim, como todo un experto, se había colocado al lado de un soporte volviendo la espalda al aparato voluminoso en cuya cúspide se veía una ampolla de cristal, medio llena de agua, con un tubo de evaporación. A la altura de su pecho había una pantalla cuadrada y móvil. A su izquierda, en el centro de un cuadro de obturadores, se hallaba una bombilla roja. El consejero, montado sobre un taburete, la encendió. La lámpara del techo se apagó y únicamente el rubí quedó iluminando la escena. Luego, el profesor, con un gesto, borró también éste, y una profunda oscuridad envolvió a los alquimistas.

—Es preciso, ante todo, que los ojos se acostumbren a la oscuridad —se oyó decir al consejero—. Es necesario dilatar nuestras pupilas, como los gatos, para ver lo que queremos ver. Comprenderán perfectamente que no podemos ver claro con nuestros ojos ordinarios habituados a la luz. Es preciso comenzar por olvidar la luz clara con sus imágenes alegres.

—Comprendido —dijo Hans Castorp, que se hallaba de pie detrás del consejero, y cerró los ojos, pues era completamente igual que se tuviesen abiertos o no entre tanta oscuridad—. Para empezar, es preciso que impregnemos los ojos de oscuridad; esto es evidente. Me parece que incluso es necesario para una plegaria silenciosa. Estoy aquí y he cerrado los ojos, me hallo en un estado de agradable somnolencia. ¿Pero qué es ese olor que se percibe?

—Oxígeno —dijo el consejero—. El producto atmosférico de la tempestad dentro de la habitación, ya me entiende… Abra los ojos. Ahora va a comenzar la evocación.

Hans Castorp se apresuró a obedecer.

Se oyó cómo movían una palanca. Un motor se sobresaltó y cantó furiosamente elevando su tono, pero fue inmediatamente regulado por medio de un segundo movimiento. El suelo vibraba regularmente. La pequeña luz roja, alargada y vertical, miraba como una amenaza muda. En algún sitio chasqueó un relámpago. Y lentamente, con un reflejo lechoso, como una ventana que se ilumina, surgió de la oscuridad el pálido rectángulo de la pantalla, ante la cual el doctor Behrens se encontraba a caballo sobre el taburete de zapatero, con los muslos separados, los

puños apoyados sobre las piernas, y su nariz chata pegada contra el cristal que abría sus vistas al interior de un organismo humano.

—¿Ve usted, joven? —preguntó.

Hans Castorp se inclinó por encima de su hombro, pero elevó la cabeza hacia la dirección en que suponía se hallaban los ojos de Joachim, que debía tener una mirada dulce y triste como cuando la consulta.

—¿Me permites?

—Claro que sí —respondió Joachim, en la oscuridad. Y sobre el piso ronroneante, entre los chasquidos y estallidos de las fuerzas puestas en juego, Hans Castorp, curvado, miró por aquella ventanilla pálida el cuerpo vacío de Joachim Ziemssen. El esternón se confundía con la columna vertebral en una especie de pilar sombrío y cartilaginoso. La hilera anterior de las costillas se hallaba cortada por las de la espalda, que parecían más pálidas. Las clavículas, curvadas, se desviaban hacia arriba, a ambos lados, y en la envoltura ligera y luminosa de la forma carnal se dibujaba, erguido y agudo, el esqueleto de los hombros y la juntura de los huesos del brazo de su primo. Dentro de la cavidad del pecho había luz, pero se distinguía un sistema nervioso, manchas sombrías, amontonamientos negruzcos.

—Una imagen clara —dijo el consejero—, ésa es la delgadez conveniente, la juventud militar. He tenido aquí verdaderas masas impenetrables, ¡no había medio de distinguir nada! Sería preciso comenzar por descubrir los rayos que puedan atravesar tales capas de grasa… Éste es un trabajo limpio. ¿Ve usted el diafragma? —Y designó con el dedo un arco sombrío que subía y bajaba en la parte inferior de la pantalla—. ¿Ve esos arcos, aquí a la izquierda, esas bolsas? Eso es la pleuresía que tuvo a la edad de quince años. Respire profundamente —ordenó—. Más profundamente…

Y el diafragma de Joachim se elevaba temblando, lo más arriba posible, y se notaba un aclaramiento en la parte superior del pulmón, pero el consejero no estaba satisfecho.

—¡Insuficiente! —dijo—. ¿Ve usted las glándulas del hilus, ve las adherencias? ¿Ve esas cavernas? De aquí proceden los venenos que se le suben a la cabeza.

Pero la atención de Hans Castorp se hallaba absorbida por una especie de saco, una masa sombría, que tenía algo de bestial e informe, que aparecía detrás de la columna central, a la derecha del espectador, que se dilataba regularmente y se contraía de nuevo, como una medusa nadando.

—¿Ve su corazón? —preguntó el consejero, separando de nuevo su enorme mano del muslo y señalando con el dedo aquel saco animado de pulsaciones.

¡Cielos, era el corazón orgulloso de Joachim lo que Hans Castorp tenía delante de los ojos!

—Veo tu corazón —dijo con voz estrangulada.

—Está bien, está bien —respondió Joachim, y sin duda sonreía, resignado, allí en la oscuridad. Pero el consejero les ordenó que callasen y que no se entregasen a la sensiblería. Estudiaba las manchas y las líneas, los amontonamientos negros en la cavidad interior del pecho, mientras que su compañero no dejaba de explorar la forma sepulcral de Joachim, su osamenta de cadáver, aquella armazón despojada, aquel *memento* de una delgadez alargada. El respeto y el terror le oprimían.

—Sí, sí, lo veo —repitió varias veces—. Dios mío, lo veo.

Había oído hablar de una mujer, de una parienta de los Tienappel, muerta desde hacía mucho tiempo, que poseía un don particular: las personas que debían morir se le aparecían de pronto bajo la forma de esqueletos. Y de este modo veía Hans Castorp al buen Joachim, aunque fuese gracias a la ciencia física y óptica, de manera que eso no quería decir nada y todo pasaba normalmente, y mucho más tras haber solicitado autorización.

Sin embargo, se sentía poseído de una súbita simpatía hacia el melancólico destino de su tía, la vidente. Violentamente emocionada por todo lo que veía, es decir, por el hecho de ver, sentía su corazón asaltado por secretas dudas, se preguntaba si verdaderamente todo ocurría allí de un modo normal, si ese espectáculo en esa oscuridad trepidante y chisporroteante era verdaderamente lícito, y el placer inquieto de la curiosidad indiscreta se mezclaba en su pecho con sentimientos de emoción y piedad.

Pero unos minutos más tarde, él mismo se hallaba en plena tempestad, sentado en el banquillo, mientras Joachim cubría su cuerpo que se había vuelto a cerrar. De nuevo el consejero miraba a través del lechoso cristal. Esta vez atisbaba el interior de Hans Castorp, y de sus exclamaciones a media voz, de sus juramentos y expresiones, parecía deducirse que lo que encontraba respondía a sus previsiones. Llevó luego su amabilidad hasta permitir que el paciente, a sus reiterados ruegos, contemplase su propia mano a través de la pantalla luminosa. Y Hans Castorp vio lo que ya debía de haber esperado, pero que en suma no está hecho para ser visto por el hombre, y que nunca hubiera creído que pudiera ver: miró dentro de su propia tumba. Vio el futuro trabajo de la descomposición, lo vio prefigurado por la fuerza de la luz, vio la carne, en la que él vivía, descompuesta, aniquilada, disuelta en una niebla inexistente, y en medio de ella el esqueleto, cincelado esmeradamente, de su mano derecha, en torno de cuyo anular la sortija de su abuelo flotaba negra y fea: un objeto duro y telúrico con el que el hombre adorna su cuerpo destinado a desaparecer, de modo que, una vez libre, vaya hacia otra carne que podrá lucirlo un nuevo lapso de tiempo. Con los ojos de la abuela Tienappel, veía un miembro familiar de su cuerpo, eran ojos penetrantes de visionario, y por primera vez en su vida comprendió que estaba destinado a morir. Al comprender eso, tenía una expresión semejante a la que ponía cuando escuchaba música, una expresión bastante estúpida, soñolienta y piadosa, con

la boca entreabierta y la cabeza inclinada sobre el hombro. El consejero dijo:

—¡Espectral!, ¿no es cierto? Sí, indudablemente hay algo de fantasmal en ello.

Luego dominó las fuerzas. El piso dejó de vibrar, los fenómenos luminosos desaparecieron y la ventana mágica se envolvió de nuevo en las tinieblas. La lámpara del techo se encendió. Y, mientras Hans Castorp se apresuró a vestirse, Behrens dio a los jóvenes unos informes sobre sus observaciones teniendo en cuenta su ignorancia de aficionados.

En lo que se refería a Hans Castorp, las observaciones ópticas habían confirmado las acústicas con toda la precisión que podía exigir el honor de la ciencia. Habían aparecido tanto las antiguas lesiones como las recientes y unos «ligamentos» formaban surcos con «nudos» que se extendían hasta los pulmones. Hans Castorp podría comprobarlo por sí mismo en una pequeña diapositiva que, según lo convenido, le sería entregada próximamente.

—Por lo tanto, tranquilidad, paciencia, disciplina viril: comer, tenderse, esperar y tomar té.

El consejero les volvió la espalda. Ellos se marcharon. Hans Castorp, al salir detrás de Joachim, miró por encima de su hombro. Conducida por el ayudante, madame Chauchat penetraba en el laboratorio.

Libertad

¿Cuál era en suma la impresión del joven Hans Castorp? ¿Le parecía, en realidad, que las siete semanas que indudablemente y según todas las apariencias, había pasado entre la gente de aquí arriba no habían sido más que siete días? ¿O más bien le parecía que vivía en este lugar desde hace mucho más tiempo que el que en realidad había pasado? Se lo preguntaba tanto a sí mismo como a Joachim, pero no conseguía resolver la cuestión. Una cosa y otra sin duda era verdad; cuando recordaba el tiempo que había pasado en el sanatorio, le parecía a la vez de una brevedad y extensión poco naturales. Un solo aspecto de este tiempo se le escapaba: su duración real, admitiendo que el tiempo sea una cosa natural y que sea posible aplicarle la noción de la realidad.

En cualquier caso, el mes de octubre estaba a punto de comenzar; de un día a otro llegaría. Era fácil para Hans Castorp, calcularlo, y además las conversaciones de sus camaradas de enfermedad llamaban su atención sobre este punto.

—¿Sabe que dentro de cinco días será una vez más primero de mes? —oyó decir a Herminia Kleefeld dirigiéndose a dos jóvenes de su compañía, el estudiante Rasmussen y aquel joven bezón llamado Gaenser. Se encontraba charlando después de la comida principal y del vaho de los platos, entre las mesas, haciendo tiempo para trasladarse a la cura de reposo.

—¡Primero de octubre! Lo he visto en el calendario de la administración. Es el segundo que paso en este lugar de placer. Bueno, por fin ha pasado el verano, si es que hemos tenido verano. Nos lo han robado, como nos van robando la vida, bajo todas las formas y en general.

Y suspiró con su medio pulmón, moviendo la cabeza y elevando hacia el techo sus ojos velados por la estupidez.

—Alégrese, Rasmussen —añadió luego, y le dio un golpe sobre la alicaída espalda—. ¡Cuéntenos cosas alegres!

—No se me ocurre nada —respondió Rasmussen, dejando caer sus manos a la altura de su pecho como dos aletas— y de lo poco que sé no me acuerdo ahora, estoy muy fatigado.

—Un perro —dijo entre clientes Gaenser— no querría vivir más tiempo así.

Y se rieron encogiéndose de hombros.

Pero Settembrini, con su palillo en los labios, se acercó y dijo a Hans Castorp:

—No les crea, ingeniero, no les crea nunca cuando hablan mal. Lo hacen todos, sin excepción, a pesar de que aquí se sienten como en su casa. Llevan una vida de zánganos y tienen la pretensión de inspirar lástima. ¡Se creen autorizados a la amargura, la ironía y el cinismo! «¡En ese lugar de placer!» ¿No es acaso un lugar de placer? Éste es indudablemente uno, en el sentido más equívoco de la palabra.

«Robado», dice esa mujer. «En ese lugar de placer, robando a una la vida.» ¿Qué sabrá ella? Enviadla a la llanura y su existencia allá abajo no será más que el deseo de volver a subir aquí lo antes posible. ¡Ah, sí, la ironía! ¡Guárdese usted de la ironía que aquí se cultiva, ingeniero! ¡Guárdese en general de esa actitud del espíritu! Allí donde no sea una forma directa y clásica de retórica perfectamente inteligible para un espíritu sano, se convierte en una aberración, en un obstáculo para la civilización, en el vicio. Como la atmósfera en que vivimos es aparentemente muy favorable para el desarrollo de esa planta cenagosa, espero y debo suponer que usted me comprende.

En efecto, las palabras del italiano eran de tal especie que si Hans Castorp las hubiese oído siete semanas antes en la llanura, no hubieran sido para él más que un ruido vacío de significado; pero su estancia aquí había despertado su espíritu para comprenderlo. Su espíritu se había abierto, en el sentido de la penetración intelectual, incluso de la simpatía, lo que tal vez significa algo más. Pues, a pesar de que en el fondo de su alma se sintiese feliz de que Setembrini continuase después de todo lo sucedido, hablándole como lo había hecho antes, instruyéndole e intentando ejercer influencias sobre él, su entendimiento se hallaba muy alejado y al juzgar las palabras del italiano se negaba, hasta cierto punto, a adherirse a ellas.

«¡Mira, mira! —se dijo—. Habla de ironía poco más o menos como habla de música. Ahora sólo falta que la califique de "políticamente sospechosa" a partir del instante en que cesa de ser "un medio de enseñanza directa y clásica". Pero una ironía que "no puede en ningún momento dar lugar al equívoco", ¿qué sería? Lo pregunto en nombre de Dios, puesto que yo también tengo derecho a la palabra. Eso es una ridiculez de "maestro de escuela."»

Tal es la ingratitud de la juventud que se desarrolla. Acepta los regalos para luego criticar los defectos.

Le hubiese, sin embargo, parecido muy atrevido expresar en palabras su humor recalcitrante. Limitó sus objeciones al juicio de Settembrini sobre Herminia Kleefeld, que le había parecido injusto o que, por razones muy precisas, quería hacer aparecer como tal.

—Pero esta joven está enferma —dijo—, y muy gravemente, por cierto. Tiene toda clase de motivos para estar desesperada. ¿Qué exige, pues, usted de ella?

—Enfermedad y desesperación —dijo Settembrini— a menudo no son más que formas de extravío.

«¿Y Leopardi —pensó Hans Castorp—, que ha contribuido a la ciencia y al progreso? ¿Y usted mismo, señor pedagogo, no está también enfermo y no ha venido a parar aquí? Me parece que no a Carducci.»

Y en voz alta añadió:

—¡Pero bueno! Esa señorita cualquier día puede morder el polvo, ¡y llama usted a eso extravío! Es preciso que se explique con mayor claridad. Si usted dijese: a veces

la enfermedad es la consecuencia del extravío, eso ya sería admisible…

—Muy admisible —dijo Settembrini—. Ya veo que le gustaría que me limitase a eso.

—O bien si usted dijese: la enfermedad es, en ciertas ocasiones, pretexto para la licencia, quizá podría admitirlo.

—*Grazie tanto*!

—Pero ¿la enfermedad una forma de extravío?, es decir: no nacida del extravío, sino ella misma extravío. ¡Eso es paradójico!

—¡Se lo ruego, ingeniero, nada de escamoteos! Desprecio las paradojas, las odio. Convengamos en que todo lo que le he dicho respecto a la ironía es aplicable también a la paradoja, y aún con mayor razón. ¡La paradoja es la flor venenosa del estatismo, una variedad del espíritu descompuesto, el peor de los extravíos! Además, compruebo nuevamente que usted defiende la enfermedad…

—No, lo que usted dice es interesante. Eso me hace pensar en las cosas que el doctor Krokovski dice en sus conferencias. Él también considera la enfermedad orgánica como un fenómeno secundario.

—No es un idealista puro.

—¿Qué tiene usted contra él?

—Precisamente lo que acabo de decirle.

—¿No le gusta el análisis?

—No todos los días. Muchísimo o muy poco, depende, ingeniero.

—¿A qué se refiere?

—El análisis es bueno como instrumento de progreso y civilización, bueno en la medida en que destruye convicciones estúpidas, disipa prejuicios naturales y busca la autoridad; en otros términos: en la medida en que libera, afina, humaniza y prepara a los siervos para la libertad. Es malo, muy malo, en la medida en que impide la acción, perjudica las raíces de la vida y es impotente para darle una forma. El análisis puede ser una cosa muy poco apetecible, tan poco apetecible como la muerte de la que en realidad se alimenta, de la tumba y de su anatomía.

«Bien dicho», pensó Hans Castorp, como de costumbre cuando Settembrini exponía una opinión pedagógica. Pero se limitó a decir:

—Recientemente hicimos anatomía luminosa en el entresuelo. Al menos Behrens la llamó así cuando nos aplicó el radioscopio.

—¡Ah! ¿También ha pasado por esa etapa? ¿Y qué?

—Vi el esqueleto de mi mano —dijo Hans Castorp, esforzándose en evocar los sentimientos que había despertado en él aquel espectáculo—. ¿También pudo ver el suyo?

—No, no me interesa mi esqueleto. ¿Y el diagnóstico médico?

—Vio ligamentos, ligamentos y nudos. —¡Diablo!

—Otra vez ya llamó así al doctor Behrens, ¿qué quiere decir?

—Le aseguro que se trata de una expresión distinguida.

—No; es usted injusto, señor Settembrini. Le concedo que el hombre tiene sus debilidades. Pero su manera de hablar me resulta personalmente desagradable, tiene algo de forzado, sobre todo cuando recuerdo que sufrió aquí el gran dolor de perder a su mujer. Pero ese hombre ¿no es honorable y tiene cierto mérito? En suma, es un bienhechor de la humanidad que sufre. Le encontré recientemente cuando salía de hacer una operación, una extracción de costillas, asunto en el que se jugaba el todo por el todo. Me causó una impresión muy profunda verle volver de un trabajo tan difícil y útil, que entiende a la perfección. Se hallaba todavía muy excitado y para recompensarse había encendido un cigarro. Le envidié.

—¡Qué amable fue usted! ¿Y qué pena le ha fijado?

—No me indicó la duración.

—No está mal. Vamos, pues, a tendernos, ingeniero. Marchemos a ocupar nuestros puestos.

Se separaron delante del número 34.

—¿Sube ahora allá arriba, señor Settembrini? Debe de ser mucho más alegre tenderse en compañía que solo. ¿Se divierten ustedes? ¿Son personas interesantes sus compañeros de cura?

—¡Oh, no hay más que partos y escitas!

—¿Quiere decir rusos?

—Y mujeres rusas —dijo Settembrini, y la comisura de sus labios se plegó—. Hasta la vista, hasta la vista, ingeniero.

Lo dijo sin duda con toda intención, y Hans Castorp, turbado, se metió en su habitación. ¿Settembrini sabía lo que pasaba? Sin duda le había espiado como buen pedagogo, había seguido la dirección de sus ojos. Hans Castorp sentía rencor contra el italiano y contra sí mismo, porque, por no haberse sabido dominar, se había expuesto a aquel alfilerazo.

Mientras preparaba la pluma y el papel para llevárselos a la cura de reposo —pues ya no era posible esperar más y había que escribir una carta— continuó irritándose, murmuró en voz baja contra aquel farsante y aquel hablador, que se mezclaba en lo que no le importaba, mientras cuando podía asaltaba a las muchachas en plena calle. No se sentía en disposición de escribir… Este «organillero», con sus alusiones, había hecho desaparecer su buen humor. Pero de todos modos, necesitaba ropa de invierno, dinero, ropa blanca, zapatos, todo lo que se habría llevado de haber sabido que no había venido aquí a pasar tres semanas de verano, sino un tiempo indeterminado que se extendía ciertamente sobre una parte del invierno —si no sobre todo el invierno, teniendo en cuenta el concepto que se tenía del tiempo «entre nosotros, aquí arriba»—. Era eso lo que debía comunicar a los de allá abajo. Se

trataba esta vez de hacer un trabajo serio, de jugar con cartas a la vista y de no buscar subterfugios por más tiempo.

Con este espíritu escribió, procediendo como se lo había visto hacer muchas veces a Joachim, o sea: sobre la *chaise-longue*, con la estilográfica, el papel secante de viaje puesto sobre las rodillas. Utilizó una hoja de papel de cartas del establecimiento, de las que tenía provisión en el cajón de la mesa. Escribió a James Tienappel, hacia quien sentía más afecto que hacia los otros dos tíos, y le rogó pusiese al cónsul al corriente. Habló de un incidente desagradable, de temores que se habían confirmado, de la necesidad, comprobada por los médicos, de pasar allí parte del invierno, tal vez todo el invierno, pues casos como el suyo eran con frecuencia muy persistentes —mucho más que otros de apariencia más grave—. Se trataba en su caso de intervenir con energía y cuidarse de un modo definitivo. Desde este punto de vista —dijo— era una suerte feliz la de haber subido aquí y que, por casualidad, se hubiese ignorado su estado, y más tarde hubiese sido tal vez informado de una manera mucho más penosa. En lo que se refería a la duración probable de la cura, no sería de extrañar que tuviese que pasar todo el invierno, y difícilmente podría volver a la llanura antes que Joachim. El concepto del tiempo era completamente diferente en este lugar; el mes era su más pequeña unidad y, considerado aisladamente, no tenía la más mínima importancia…

Hacía frío y Hans Castorp escribía con el abrigo puesto, envuelto en las mantas y con las manos enrojecidas. A veces separaba los ojos del papel, que se iba cubriendo de frases razonables y persuasivas, y miraba el paisaje familiar: aquel valle alargado, con las lejanas cumbres pálidas, su fondo sembrado de construcciones claras que el sol hacía brillar por instantes, las vertientes rugosas de los bosques, y las praderas de donde venían sonidos de clarines. A cada momento escribía con más facilidad y no comprendía cómo había podido retroceder ante aquella carta. Al escribir se convencía a sí mismo de que sus explicaciones eran absolutamente concluyentes y que encontrarían en casa de sus tíos una completa aprobación. Un joven de su clase y en su situación se cuidaba cuando parecía necesario, y usaba de las comodidades especialmente hechas para las gentes de su condición. Era de ese modo cómo había que obrar. Si hubiese descendido y dado cuenta de su viaje, no le hubieran dejado volver. Pidió que se le mandasen las cosas de que tenía necesidad. Rogó también que le enviasen regularmente el dinero necesario. Una mensualidad de 800 francos cubriría todas sus necesidades.

Firmó. Ya estaba hecho. Aquella carta era suficiente para los de allá abajo, aunque no lo era según los conceptos de tiempo que reinaban en el llano; pero sí según los que se hallaban en vigor aquí, en la montaña. Consolidaba la *libertad* de Hans Castorp. Tal era la palabra de que se sirvió, no pronunciándola, sino formando interiormente las sílabas, pero la empleó en su sentido más amplio, tal como lo había

aprendido a hacer aquí, en un sentido que no tenía nada de común con el que Settembrini le daba. Y un vago espanto y emoción, que ya le eran conocidos, pasaron por su interior e hicieron estremecer su pecho, hinchado por un suspiro.

Sentía la cabeza congestionada y sus mejillas ardían. Cogió el termómetro de la mesita de noche y se tomó la temperatura, como si se tratase de aprovechar la ocasión.

El termómetro subió a 37,8.

—¡Ya ven ustedes! —exclamó Hans Castorp, y añadió la siguiente posdata:

«Esta carta me ha fatigado. Tengo en este momento 37,8. Veo que es preciso que esté tranquilo. Perdónenme si escribo solamente de tarde en tarde.»

Luego se tendió y elevó su mano hacia el cielo, la palma vuelta hacia afuera, tal como había hecho delante de la pantalla luminosa. Pero la luz del cielo dejó intacta la forma viviente, su claridad hizo incluso la materia más sombría y más opaca, y únicamente los contornos exteriores aparecieron iluminados con una luz rojiza. Era la mano viva que tenía la costumbre de ver, cuidar y utilizar, no aquel armazón extraño que había visto en la pantalla. La fosa analítica que pudo ver abierta se había vuelto a cerrar.

Caprichos del mercurio

Octubre comenzó como acostumbran a comenzar todos los meses. Comienzos en sí mismos completamente discretos y silenciosos. Sin signos ni marcas de fuego, se insinúan en cierto modo de una manera que escaparía a la atención si la atención no vigilase rigurosamente el orden. El tiempo, en realidad, no tiene cortes, no hay ni trueno, ni tempestad, ni sonidos de trompetas al principio de un nuevo mes o de un nuevo año e incluso en el alma de un nuevo siglo; únicamente los hombres disparan cañonazos y echan al vuelo las campanas.

En el caso de Hans Castorp, la primera jornada de octubre no difirió en nada del último día de septiembre; el tiempo fue tan frío y pesado como había sido entonces y los días siguientes tampoco fueron distintos. Se tenía necesidad, para la cura de reposo, de la capa de invierno y de dos mantas de pelo de camello, no solamente por la noche, sino también durante el día. Los dedos que sostenían el libro se ponían húmedos y rígidos, y las mejillas ardían con un calor seco. Incluso Joachim sintió tentaciones de tomar su saco de pieles, pero renunció a ello para no contraer malos hábitos.

Sin embargo, unos días más tarde —era todavía entre el comienzo y la mitad del mes— todo cambió, y un verano tardío estalló con tal esplendor que la sorpresa fue general. No era sin fundamento, pues Hans Castorp había oído alabar el mes de octubre de esos parajes. Durante dos semanas y media, un límpido cielo reinó sobre la montaña y sobre el valle, los días de un azul purísimo se sucedían y el sol calentaba con un ardor tan directo que todo el mundo se hallaba tentado de sacar los vestidos de invierno más ligeros, las blusas de muselina y los pantalones de cutí, que habían sido relegados, e incluso las grandes sombrillas que se sostenían por medio de un ingenioso dispositivo —una tablilla con una serie de agujeros que se fijaba en uno de los brazos de la *chaise longue*— y que no ofrecían a mediodía más que un abrigo insuficiente contra los ardores del astro.

—Es una suerte para mí el poder disfrutar de estos días —dijo Hans Castorp a su primo—. Hemos estado con frecuencia bastante mal servidos. Se diría que ya ha pasado el invierno y que se acerca el buen tiempo.

Tenía razón. Pocos signos indicaban la verdadera estación y esos signos mismos eran apenas visibles. Si se ponían aparte algunos arces que vegetaban allá abajo en Davos Platz, y que, desde hacía tiempo, desalentados, habían dejado caer sus hojas, no se veían más que árboles de hojas perennes que no daban al paisaje el aspecto de la estación, y únicamente el híbrido aliso de los Alpes, que tiene agujas blandas y las renueva como hojas, mostraba una calvicie anormal. Los otros árboles que ornaban el paraje, altos o raquíticos, eran coniferas eternamente verdes, aseguradas contra el invierno que, falto de límites distintos, puede extender sus tempestades de nieve

sobre el año entero, y únicamente una tonalidad oxidada, a veces desvanecida, del bosque, revelaba, a pesar del ardor estival del cielo, que el año se acercaba a su fin.

Es verdad que, observando de cerca, había flores de los prados que aportaban en voz baja su testimonio a la situación. Ya no se veían las orquídeas que a la llegada del visitante adornaban las vertientes, ni estaba allí el clavel silvestre. Tan sólo la genciana, él cólquico del tallo corto eran visibles y testimoniaban una cierta frescura que podía penetrar de pronto hasta la médula del hombre tendido, casi tostado exteriormente por el calor, como los estremecimientos de frío sacuden al enfermo ardiente de fiebre.

Así pues, Hans Castorp no podía vigilar interiormente ese orden por el que el hombre administra el tiempo, ni de su curso, divide, cuenta y denomina sus unidades. No se había dado cuenta del despertar discreto del décimo mes. Solamente lo que hería sus sentidos le impresionaba —el ardor del sol, con aquella secreta frescura helada dentro y fuera—, impresión que, con aquella intensidad, era nueva para él y le inducía a una comparación culinaria: le hacía pensar, como dijo a Joachim, en una *omelette surprise* con trocitos de hielo bajo la caliente espuma de los huevos. Decía con frecuencia cosas semejantes, pero las decía deprisa, con una voz turbada, como hace un hombre que tiembla de frío bajo la piel ardiente.

Es verdad que durante largos intervalos permanecía en silencio, por no decir encerrado en sí mismo, pues su atención iba dirigida hacia afuera, hacia un solo punto. Todo lo demás —hombres y cosas— se disolvía en una especie de niebla, en una niebla producto del cerebro de Hans Castorp y que el consejero Behrens y el doctor Krokovski hubieran sin duda calificado de «producto de las toxinas solubles». El joven se lo repetía a sí mismo, pero la conciencia que tenía de su estado no le proporcionaba el menor poder ni la menor fuerza para liberarse de su embriaguez.

Era una embriaguez que se bastaba a sí misma, y nada parecía menos deseable ni más odioso que el escapar de ella. Este estado de embriaguez se defendía por sí mismo de todas las impresiones aptas para disiparlo, no las admitía para permanecer intacto. Hans Castorp sabía y había manifestado a menudo que madame Chauchat no quedaba favorecida vista de perfil; su rostro parecía entonces un poco duro y mucho menos joven. ¿La consecuencia? Evitó mirarla de perfil, cerró literalmente los ojos, cuando de cerca o de lejos, ella se le ofrecía bajo ese aspecto. Esto le dolía. ¿Por qué? Su razón debería haberse aprovechado de aquella oportunidad para triunfar. ¿Pero qué esperamos…?

El joven palidecía de emoción cuando Clawdia Chauchat, en aquellos días brillantes, aparecía de nuevo con sus blusas blancas de encaje, las mismas que llevaba en los días de calor y que la hacían extraordinariamente graciosa en el momento en que llegaba con retraso, cerraba la puerta de un portazo, sonreía y, con los brazos ligeramente elevados a alturas desiguales, hacía frente a la sala para presentarse.

Él estaba maravillado, no solamente porque ella apareciese tan favorecida, sino también porque aquello reforzaba la suave niebla que tenía metida en la cabeza, aquella embriaguez que le encantaba y que deseaba ver justificada y alimentada.

Un perito, que hubiese tenido la agilidad de espíritu de Lodovico Settembrini, en presencia de tal falta de buena voluntad hubiera hablado de extravíos, «de una forma de extravío». Hans Castorp recordaba a veces las ideas literarias que Settembrini había expresado sobre la «enfermedad y la desesperación» y que le habían parecido incomprensibles.

Miraba a Clawdia Chauchat con sus lánguidos hombros y su cabeza inclinada; la veía llegar siempre al comedor con gran retraso, sin razón ni excusa, simplemente por falta de orden y energía moral. La veía como consecuencia de este mismo defecto fundamental, dejar que la puerta por la que entraba o salía se cerrase por sí misma. La veía hacer bolitas de miga de pan y roerse las uñas, y entonces un presentimiento inexpresado nacía dentro de él: si estaba enferma —estaba sin duda enferma, casi sin esperanza, puesto que desde hacía tanto tiempo tenía que vivir aquí— su enfermedad era, si no completamente al menos en una buena parte, de naturaleza moral, y precisamente, como Settembrini había dicho, no la causa o consecuencia de su despreocupación, sino que esa despreocupación formaba una sola y misma sustancia con la enfermedad. Recordó también el gesto desdeñoso que el humanista había tenido al hablar de los «partos y escitas» con los cuales tenía que hacer su cura de reposo. Gesto de desprecio y de hostilidad, natural y espontáneo —sin que sintiese necesidad de justificarlo— que Hans Castorp conocía por sí mismo en otro tiempo, en el tiempo en que un Castorp se mantenía tieso ante la mesa, odiaba con todo su corazón el ruido de los portazos, e, incapaz de roer sus uñas —por la excelente razón de que tenía de su parte el María Mancini—, se había visto profundamente sorprendido ante la mala educación de madame Chauchat y no había podido evitar un sentimiento de superioridad cuando había oído a la extranjera de los ojos oblicuos intentar expresarse en su propia lengua materna.

Pero Hans Castorp, a causa del estado íntimo de su espíritu, se había liberado completamente de estas impresiones, y ahora se irritaba más bien contra el italiano, porque éste, en su suficiencia, había hablado de «partos y escitas» sin referirse únicamente a la mesa de los estudiantes de cabellos demasiado espesos y ropa blanca invisible, discutiendo sin cesar en su lengua bárbara, la única que parecían conocer, y cuyas entonaciones hacían pensar en un tórax sin costillas como el que el consejero Behrens había descrito recientemente. Era exacto que las costumbres de esas gentes podían despertar en un humanista sentimientos de aversión bastante violentos. Comían con el cuchillo y se manchaban los vestidos de un modo indescriptible. Settembrini aseguraba que uno de los miembros de aquella compañía, un médico bastante adelantado en sus estudios, se había mostrado absolutamente ignorante del

latín, no había sabido lo que era un *vacuum*, y, según la propia experiencia diaria de Hans Castorp, la señora Stoehr no mentía probablemente cuando contaba, en la mesa, que los esposos del número 32 recibían al masajista por la mañana, cuando se presentaba para la fricción, acostados en la misma cama.

Si todo esto era verdad, la separación visible entre los buenos y los malos no había sido instituida inútilmente, y Hans Castorp tenía que reconocer que sólo podía encogerse de hombros ante una propagandista de la república y el bello estilo que, lleno de suficiencia y a sangre fría —la sangre fría, sobre todo, a pesar de que estuviese febril y excitado—, confundía las dos mesas bajo el nombre común de «partos y escitas».

El joven Hans Castorp comprendía completamente en qué sentido decía eso. ¿No había comenzado él mismo discerniendo las relaciones que existían entre la enfermedad de madame Chauchat y su despreocupación?

Pero su estado era tal como un día se lo había descrito a Joachim: se comienza por sentirse uno irritado y sorprendido, pero de pronto, «ocurre algo completamente diferente que no tiene nada que ver con el juicio», ¡y se acabó toda austeridad! Apenas queda todavía algo accesible a las influencias pedagógicas del género republicano y oratorio. ¿Qué es eso —nos preguntamos, con el mismo espíritu de Lodovico Settembrini—, qué es ese acontecimiento enigmático que paraliza y suspende el juicio en el hombre, que le priva del derecho de formularlo, o más bien, que le obliga a renunciar a ese derecho con una embriaguez insensata? No pedimos saber su nombre, pues todo el mundo lo conoce. Nos interrogamos sobre su naturaleza moral —lo confesamos francamente— y no esperamos una contestación muy entusiasta a esta pregunta.

En el caso de Hans Castorp, esta naturaleza se manifestó en un grado tal que no solamente cesó de juzgar, sino que comenzó él mismo por su parte a intentar el género de vida que le había embrujado. Trató de darse cuenta de los sentimientos que se podían experimentar sentándose a la mesa lánguidamente y con los hombros caídos, y vio que era un gran descanso para los músculos de la cintura. Luego probó a no cerrar con cuidado una puerta por la que entraba, dejando que se cerrase por sí misma, y esto también le pareció bastante cómodo y admisible; era tan expresivo como ese encogerse de hombros con que Joachim le había recibido en otro tiempo en la estación, movimiento que había visto hacer con frecuencia a las gentes de aquí arriba.

Hablando, pues, sencillamente, nuestro viajero se hallaba locamente enamorado de Clawdia Chauchat. Usamos esa palabra porque creemos haber disipado lo suficiente la mala inteligencia a que podría dar lugar. No era, pues, una melancolía tiernamente sentimental, con el espíritu de cierta pequeña canción, lo que formaba la esencia de su amor. Era más bien una variante bastante atrevida e indefinible de esa

demencia, mezcla de frío y calor, como el estado de un hombre febril o un día de octubre en las zonas elevadas. Lo que faltaba era precisamente un elemento de cordialidad que tuviese unidos los dos extremos.

Este amor se refería, por una parte, con una espontaneidad que hacía palidecer al joven y alterar su fisonomía, a la rodilla de madame Chauchat y la línea de su pierna, a su espalda, su vértebra cervical y sus antebrazos que comprimían sus pequeños pechos, en una palabra, a su cuerpo, forma carnal lánguida y plástica, infinitamente acentuada por la enfermedad; a su cuerpo convertido doblemente en cuerpo.

Por otra parte, había algo fugaz e indefinido, un pensamiento, no, más bien un sueño, un sueño espantoso e infinitamente seductor de un joven cuyas preguntas precisas, aunque formuladas inconscientemente, no habían recibido de sí mismo más respuesta que un completo silencio.

Como todo el mundo, reivindicamos el derecho, en el relato que aquí se sigue, de hacer reflexiones personales y nos atrevemos a suponer que Hans Castorp no hubiese rebasado, hasta el punto en que nos hallamos, el plazo que se había fijado originariamente para su permanencia en el sanatorio si su alma sencilla hubiese encontrado en las profundidades del tiempo una respuesta satisfactoria respecto al sentido y objetivo de esa orden: vivir.

Además, su pasión amorosa le infligía todos los dolores y le procuraba todas las alegrías que este estado proporciona en todas las ocasiones y circunstancias. El dolor es penetrante, contiene un elemento degradante, como todo sufrimiento, y responde a tal desquiciamiento del sistema nervioso que corta la respiración y puede arrancar a un hombre adulto amargas lágrimas. Para hacer igualmente justicia a las alegrías, añadimos que éstas eran numerosas y, aunque debidas a motivos insignificantes, no eran menos vivas que los sufrimientos. Casi cada instante de las jornadas del Berghof era capaz de hacerlas nacer. Por ejemplo: a punto de entrar en el comedor, Hans Castorp ve detrás de sí el objeto de sus sueños. El resultado es conocido de antemano y es de la mayor sencillez, pero le exalta interiormente hasta el punto de hacer nacer sus lágrimas. Los ojos se encuentran cerca, los suyos y esos ojos grisáceos cuya forma ligeramente asiática le seduce hasta la medula. Ha perdido la conciencia e inconscientemente da un paso atrás para dejarla pasar por la puerta. Con una media sonrisa y un «merci» pronunciado a media voz, ella hace uso de ese ofrecimiento por simple cortesía y, delante de él, atraviesa el umbral. Esclavo del aliento de la persona que le roza, él está allí loco por la felicidad que le causa aquel encuentro y de que una palabra de su boca, ese «merci», le haya sido directa y personalmente destinada. La sigue, se dirige titubeando hacia su mesa y, mientras se deja caer sobre la silla, puede observar que Clawdia, sentándose también al otro lado, se vuelve hacia él y que su rostro revela una reflexión, según a él le parece, sobre aquel encuentro.

¡Oh, increíble aventura! ¡Oh, júbilo, triunfo y exaltación infinita! No, Hans

Castorp no hubiera podido sentir esta embriaguez de una satisfacción fantástica al lado de una pequeña oca blanca y sana a la que, allá abajo, en el país llano, con toda corrección, con todo reposo y con toda probabilidad de triunfo, hubiese podido dar su corazón, en el sentido del pequeño *lied*.

Con una alegría febril saluda a la institutriz, que lo ha visto todo y se ha ruborizado, y después de esto asalta a la señorita Robinson hablándole en un inglés hasta tal punto privado de sentido, que ésta, poco acostumbrada a los éxtasis, retrocede y le dirige una mirada llena de recelos.

Otra vez, durante la comida, los rayos del claro sol poniente caen sobre la mesa de los «rusos ordinarios». Han sido corridas las dobles cortinas ante las puertas, y ventanas de la galería, pero en alguna parte ha quedado una rendija, a través de la cual la luz roja, fría, pero resplandeciente, se abre camino para herir exactamente la cabeza de madame Chauchat de manera que, en la conversación con su vacuo compatriota de la derecha, ella tiene que resguardarse con la mano. Es una molestia, pero tan ligera que nadie se preocupa; la interesada misma apenas se da cuenta de esa pequeña contrariedad. Pero Hans Castorp recorre la sala con la mirada y, por un momento, deja pendiente la situación. Sigue la dirección del rayo y sitúa el punto por donde éste penetra. Es por la ventana ojival, allá detrás, a la derecha, en el ángulo, entre una puerta de la galería y la mesa de los rusos ordinarios, bastante lejos del sitio de madame Chauchat e igualmente lejos de Hans Castorp. Entonces toma una decisión. Sin decir palabra, se pone en pie, con la servilleta en la mano, pasa sorteando las mesas a través de la sala, junta cuidadosamente las dos cortinas crema, se cerciora, con una mirada por encima del hombro, de que la luz de poniente ha sido obstruida y que madame Chauchat ha quedado liberada, y luego, haciendo un esfuerzo para parecer indiferente, vuelve a su sitio. ¡Un joven atento que hace lo necesario porque, si no fuese así, a nadie se le ocurriría hacerlo! Muy pocos se dieron cuenta de aquella intervención, pero madame Chauchat se había sentido inmediatamente aliviada y se había vuelto. Conservó esta posición hasta que Hans Castorp hubo ocupado de nuevo su sitio y, al sentarse, miró hacia ella. Clawdia entonces le dio las gracias con una sonrisa llena de una sorpresa amistosa, es decir, adelantó su cabeza, sin inclinarla. Él acusó recepción con una ligera inclinación de su cuerpo. Su corazón estaba inmóvil, parecía que había dejado de latir. Más tarde, cuando todo hubo pasado, comenzó a martillearle y fue entonces cuando Hans Castorp se dio cuenta de que Joachim tenía los ojos bajos, fijos discretamente en su plato, observando al mismo tiempo que la señora Stoehr había tocado con el codo al doctor Blumenkohl y que su risa contenida pedía a los demás unas cómplices miradas…

Referimos hechos cotidianos, pero lo cotidiano se convierte en extraño cuando se desarrolla en un terreno extraño. Había entre ellos tensiones y aflojamientos

bienhechores, y si no entre ellos —pues no queremos decidir acerca de la medida en que participaba madame Chauchat—, sí al menos para la imaginación y sensibilidad de Hans Castorp.

Después del almuerzo en aquellos bellos días, muchos pensionistas tenían la costumbre de ir a la terraza situada delante del comedor para permanecer un instante, reunidos en grupos, tomando el sol. Aquello tenía una vida y presentaba un aspecto análogo a las reuniones que tenían lugar los domingos en las sesiones bimensuales de música. Los jóvenes, absolutamente enervados, ahitos de platos de carne y de dulces, y todos ligeramente febriles, charlaban, se zaherían y se lanzaban miradas. La señora Salomon, de Amsterdam, iba a sentarse contra la balaustrada, seguida de cerca por las rodillas de Gaenser, el del belfo, por un lado, y por el otro del gigante sueco que, aunque completamente restablecido, prolongaba su permanencia para una pequeña cura suplementaria. La señora Iltis parecía estar viuda, pues disfrutaba, desde hacía poco, de la presencia de un «novio» de aspecto melancólico y sumiso, presencia que no le impedía acoger, al mismo tiempo, los homenajes del capitán Miklosich, un hombre de nariz curva, bigote untado de cosmético, pecho prominente y ojos amenazadores.

Había allí habituales del solarium, de nacionalidades diferentes, y entre ellos figuras nuevas, aparecidas desde el primero de octubre, que Hans Castorp no hubiese podido nombrar, mezclados con caballeros tipo señor Albin, muchachos de diecisiete años que llevaban monóculo, entre ellos, un joven holandés con lentes, de cara rosada y con una pasión maniática por el cambio de sellos, algunos griegos con fijapelo y unos ojos de forma de almendra, muy dados a mermar en la mesa los derechos de los demás, y dos gomosos inseparables a los que llamaban «Max y Moritz», como en los álbumes de Busch, y que pasaban por reincidentes de evasión. El mexicano jorobado, cuya ignorancia de las lenguas allí representadas le daba una expresión de sordo, tomaba sin cesar fotografías, arrastrando, con una agilidad cómica, el trípode de un lado a otro de la terraza. El consejero también aparecía, para realizar el truco del cordón de los zapatos. En alguna parte, solitario, se ocultaba el devoto de Mannheim, y sus ojos, profundamente tristes, seguían, con viva repugnancia de Hans Castorp, ciertos caminos determinados y secretos.

Para insistir una vez más en esas «tensiones y aflojamientos», ocurría que, en esta circunstancia, Hans Castorp, sentado en una silla del jardín, hablaba con Joachim, al que a pesar de su resistencia había obligado a salir y a instalarse contra el muro de la casa mientras que delante de él madame Chauchat aparecía con sus compañeros de mesa, fumando un cigarrillo, de pie cerca de la balaustrada. Hablaba para ella con objeto de que le oyese, y Clawdia le volvía la espalda…

Como se ve, aludimos a un caso determinado. La conversación de Joachim no había sido suficiente para alimentar la locuacidad afectada de Hans Castorp. Había

trabado, con toda intención, una nueva amistad. ¿Qué amistad? La de Herminia Kleefeld. Como por casualidad dirigió la palabra a la joven, se presentó a sí mismo, y Joachim acercó una silla para ella a fin de poder desempeñar mejor su papel en una escena de tres.

¿Estaba enterada —le preguntó— del modo diabólico cómo le había asustado, en otro tiempo, cuando el paseo de la mañana? Sí, había sido a él a quien ella dio la bienvenida con aquel silbido tan animador. Y sin duda consiguió lo que se proponía, pues —lo confesaba sin dificultad— se había sentido como herido en la cabeza por un golpe de maza. No tenía más que interrogar a su primo sobre ello. ¡Ja, ja, ja, silbar con el neumotórax y asustar a los inofensivos paseantes! Era un juego impío, un abuso sacrilego, y él lo calificaba de tal, se tomaba esta libertad, movido por su justo rencor…

Y mientras Joachim, consciente de no ser más que un instrumento, se hallaba sentado con los ojos bajos, la Kleefeld iba también deduciendo lo mismo a causa de las miradas ciegas y extraviadas de Hans Castorp; iba sintiéndose molesta y pensaba que ella no servía más que de medio para alcanzar un fin.

Hans Castorp charlaba, tomaba aires de afectación, se expresaba con rebuscamiento, tenía una voz agradablemente timbrada, y logró al fin que madame Chauchat se volviese hacia él, que procuraba llamar la atención hablando, y que le mirase a la cara, pero sólo por un instante, pues ocurrió que sus «ojos de Pribislav» resbalaron rápidamente a lo largo de Hans Castorp, que se hallaba sentado y con las piernas cruzadas, y le miró con una expresión de indiferencia tan intencionada que casi parecía desprecio, exactamente desprecio. Un instante permanecieron fijos en los zapatos amarillos, luego, flemáticamente, y ocultando tal vez una sonrisa interior, se retiraron de nuevo.

¡Una enorme desgracia! Hans Castorp continuó todavía algún tiempo hablando febrilmente; luego, cuando en su fuero interno hubo discernido claramente aquella mirada a sus zapatos, calló, casi a mitad de una frase, y quedó sumido en una gran languidez. La Kleefeld, aburrida y ofendida, se marchó.

No sin un poco de humor en la voz, Joachim dijo:

—Ahora nos podemos marchar a nuestra cura.

Y le respondió un hombre roto, con los labios pálidos, manifestando que, en efecto, se podían ir.

Durante dos días, Hans Castorp sufrió cruelmente a causa de aquel incidente, pues, no ocurrió nada en el intervalo que hubiese podido verter un bálsamo en la ardiente herida. ¿Por qué le había mirado de aquel modo? ¿Por qué aquel desdén hacia él? ¡En nombre de Dios y la Trinidad! ¿Le consideraba ella un mequetrefe sano de allá abajo, en busca de placeres anodinos? ¿Le consideraba un ingenuo del país llano, un tipo cualquiera que paseaba, reía, llenaba el estómago y ganaba dinero; un

discípulo de la vida que no buscaba nada más que las ventajas fastidiosas del honor? ¿Era un fútil visitante de paso que no podía participar de su esfera, o había pronunciado ya los votos en virtud de poseer una lesión pulmonar húmeda? ¿No se había acaso situado en las filas, como «uno de nosotros, aquí arriba», con varios meses tras él, y el mercurio no había subido ayer por la noche mismo a 37,8…?

Pero era esto precisamente lo que colmaba su pena, ¡el mercurio ya no subía más! El terrible abatimiento de aquellos días determinó su enfriamiento, una vuelta a la sangre fría, un aflojamiento de la naturaleza de Hans Castorp que, para su humillación, se traducía en temperaturas muy bajas, apenas un poco más elevadas que las normales, y era cruel para él comprobar que su contrariedad y su pena no hacían más que alejarle de la manera de sentir y de ser de Clawdia.

El tercer día trajo la dulce liberación; la trajo por la mañana, muy temprano. Era un magnífico día de otoño, soleado y fresco, con los prados cubiertos de un gris rocío de plata. El sol y la luna menguante se hallaban igualmente altos en el cielo puro. Los primos se habían levantado más pronto que de costumbre para prolongar, en honor de aquel bello día, su paseo matinal más allá del límite reglamentario, siguiendo el sendero del bosque, hasta el banco cercano al riachuelo.

Joachim, cuya curva había marcado felizmente un halagüeño descenso, había propuesto aquel confortante infringimiento de la regla. Y Hans Castorp aceptó.

—Estamos curados —dijo—, sin fiebre y desintoxicados, es decir, preparados para la vida en la llanura. ¿Por qué no hemos de poder desfogarnos un poco?

Se marcharon con la cabeza descubierta —pues, desde que Hans Castorp había entrado en religión, se había adaptado de buena o mala gana a la costumbre reinante de salir sin sombrero, a pesar de la firmeza con que al principio se había opuesto—. Llevaban bastones. Acababan apenas de franquear el camino rojizo, llegando poco más o menos al lugar en que la tropa de «neumáticos» había encontrado al novicio cuando notaron que, delante de ellos, a cierta distancia, caminaba lentamente madame Chauchat, con jersey blanco, falda de franela blanca y zapatos del mismo color. Su cabello rojizo aparecía encendido por el sol de la mañana.

Más exactamente: Hans Castorp la había reconocido. La atención de Joachim no se despertó más que por haber sentido una impresión desagradable, como si tiraran de él. Un sentimiento provocado por el andar más rápido y ágil de su compañero, adoptado súbitamente después de haberse detenido un momento.

A Joachim le pareció insoportable e irritante aquel modo de ser arrastrado; su respiración se precipitó y comenzó a toser. Pero Hans Castorp, que sabía adonde iba y cuyos órganos parecían trabajar maravillosamente, se preocupaba muy poco de él. Y como Joachim había comprendido la situación, frunció las cejas en silencio y siguió el paso de su primo, pues no era posible dejarle ir solo.

La bella mañana animaba al joven Hans Castorp. Además, en su depresión, las

fuerzas anímicas habían reposado secretamente y la certidumbre brillaba de un modo claro en su espíritu, comprendiendo que había llegado el instante en que el anatema que pesaba sobre él iba a ser roto. Aceleró, pues, el paso, arrastrando a Joachim, que estaba sin aliento, pero que no oponía resistencia, y antes de dar la vuelta al camino, allí donde se hacía llano y se dirigía hacia la derecha, a lo largo de la colina cubierta de bosque, había casi alcanzado a madame Chauchat.

Entonces Hans Castorp retuvo de nuevo el paso para no ejecutar su propósito en un estado de fatiga que revelase su esfuerzo. Y, más allá de la curva, entre la vertiente y la muralla de la montaña, en medio de los pinos entre cuyas ramas se colaban rayos de sol, ocurrió algo maravilloso. Hans Castorp, marchando a la izquierda de Joachim, alcanzó a la suave enferma, con un paso viril la adelantó y, en el momento en que se hallaba a su derecha, con una inclinación y un *bonjour, madame*, pronunciado a media voz, la saludó «respetuosamente» (¿por qué respetuosamente?) y obtuvo de ella una contestación. Con un amable movimiento de cabeza, y no sin manifestar sorpresa, Clawdia dio las gracias, diciendo a su vez «buenos días» en la lengua de Hans Castorp, con sus ojos sonrientes. Esto constituyó un hecho muy diferente, más profundo y embriagador que aquella mirada que lanzara sobre sus zapatos; era una casualidad feliz y un aspecto favorable de los acontecimientos hacia algo inesperado, algo que además de producirle una sensación desconocida rebasaba casi su poder de comprensión: era la liberación.

Con paso ligero, deslumbrado por una alegría insensata, en posesión de la salvación, la palabra y la sonrisa, Hans Castorp continuó su camino al lado de Joachim a quien ponía a prueba y que, en silencio, separado de su primo, miraba la vertiente.

Castorp le había hecho una jugada bastante extravagante, que era casi una traición y una malicia a los ojos de Joachim. Hans Castorp lo comprendía. No era exactamente lo mismo que el haber pedido prestado un lápiz a un desconocido; por el contrario, hubiese sido casi el comportamiento de un mal educado el pasar al lado de una mujer, con la que vivía desde hacía meses bajo el mismo techo, sin manifestarle cortesía alguna.

¿No había Clawdia entablado con ellos una conversación, el otro día, en la sala de espera? Joachim debía, por tanto, callar. Pero Hans Castorp comprendía perfectamente por qué razón el puritano Joachim permanecía en silencio y marchaba con la cabeza vuelta, mientras que él estaba tan entusiasmado, tan lleno de exuberante frivolidad por haber triunfado en su maniobra. No, seguramente ningún individuo podía ser tan feliz en la llanura; ni aun el individuo que, con una intención honrada, lleno de bellas esperanzas y lo más alegremente del mundo, hubiese «dado su corazón» a una oca sana y hubiese obtenido un gran éxito. No, ese hombre no podía ser tan feliz como él lo era en aquel instante, con aquello que había obtenido en un

momento propicio y que había podido poner en lugar seguro… Por eso, después de un silencio, dio con fuerza un golpe en el hombro de su primo y dijo:

—¡Vamos! ¿Qué te pasa? El tiempo es magnífico. ¿Qué te parece si bajamos hasta el Casino? Debe de haber música. Tal vez toquen *Carmen*, el aria de don José… ¿Qué mosca te ha picado?

—No me pasa nada —dijo Joachim—. Pero tú pareces estar excitado. Creo que se acabó tu baja temperatura.

En efecto, había terminado. La depresión humillante del organismo de Hans Castorp estaba vencida por el saludo que había cambiado con Clawdia Chauchat y, hablando con propiedad, era en la conciencia que tenía de este hecho de donde obtenía su satisfacción. Sí, Joachim tenía razón. El mercurio volvía a ascender. Cuando Hans Castorp, de vuelta de su paseo, consultó el termómetro éste subió hasta 38 grados.

Enciclopedia

Si algunas alusiones de Settembrini habían irritado a Hans Castorp, éste no debía, sin embargo, extrañarse ni tenía derecho a acusar al humanista de espiar sus sentimientos llevado de una manía pedagógica. Incluso un ciego se habría dado cuenta de su estado; él mismo no hacía nada para mantenerlo en secreto. Un cierto orgullo y una noble ingenuidad le impedía no hablar con el corazón en la mano, en lo que se distinguía al menos —en ventaja suya si se quiere— del enamorado de los cabellos ralos, el hombre de Mannheim, y de su comportamiento tortuoso. Recordamos y repetimos que el estado en que se encontraba iba generalmente acompañado de una necesidad de expansionarse con alguien, de confiarse, con una ciega preocupación de sí mismo, y de una tendencia a llenar el mundo con su persona, cosas muy fastidiosas para nosotros, las gentes de sangre fría, y dado también lo estúpido del asunto, sin razón ni esperanza. Es difícil expresar lo que hacen esas gentes para descubrirse; parece que no pueden decir ni hacer nada sin traicionarse, sobre todo en una sociedad que, como hubiera observado un espíritu sagaz, tenía únicamente dos cosas en la cabeza: en primer lugar, la temperatura, y luego… otra vez la temperatura, es decir, la manera, por ejemplo, de saber con quién la señora Wurmbrand de Viena, la esposa del cónsul, compensa la inconstancia del veleidoso capitán Miklosich; si es con el gigante sueco, completamente curado, o con el procurador Paravant, de Dortmund, o simplemente con los dos a la vez. Pues era notorio que los lazos que habían unido durante algunos meses al procurador y a madame Salomon, de Amsterdam, habían sido rotos en amistoso acuerdo, y que ésta, siguiendo las tendencias de su edad, se había inclinado hacia las clases más jóvenes y había recogido bajo sus alas a Gaenster, el hombre del belfo, de la mesa de la Kleefeld o, como la señora Stoehr decía con un estilo cancilleresco, aunque sin una cierta precisión evocadora, «se le había atribuido», de manera que era posible para el procurador batirse o llegar a una inteligencia con el sueco respecto a la esposa del cónsul general.

Eran, pues, estos procesos los que estaban pendientes en la sociedad del Berghof, particularmente entre la juventud febril; procesos en los cuales el paso por la galería —ante las mamparas de cristal y a lo largo de la balaustrada—, desempeñaba un papel importante. Y respecto a esos manejos pensamos nosotros que formaban una parte esencial de la atmósfera del lugar y todavía no hemos expresado claramente lo que desearíamos dar a entender.

Hans Castorp tenía, en efecto, la impresión singular de que un matiz muy particular acentuaba aquí ciertos asuntos, asuntos sin duda importantes, pero a los cuales se concede, en el mundo, un alcance suficiente, manifestado a la vez de un modo serio y en broma; pero aquí adquirían un acento tan grave y tan nuevo por su gravedad, que hacía aparecer la cosa en sí misma bajo un aspecto absolutamente

nuevo y, si no terrible, al menos espantoso en su novedad. Al enunciar esto, cambiamos de expresión y hacemos notar que si se nos ha ocurrido hablar hasta ahora de ciertas relaciones en un tono ligero, ha sido por las mismas razones secretas por las cuales se habla a veces de este modo sin que esto quiera decir que se trata de cosas regocijantes o fútiles (y en la esfera en que nos movemos eso estaría más desplazado que en otro sitio).

Hans Castorp había creído que entendía, como todo el mundo y dentro de una medida normal, este importante asunto que con tanta frecuencia es objeto de bromas, y sin duda tenía sus razones para suponerlo. Pero ahora se daba cuenta de que en el país llano no había tenido de eso más que una experiencia muy insuficiente; que, en suma, se había sumergido en la ignorancia más cándida, mientras que aquí las experiencias personales, cuya naturaleza hemos intentado indicar a veces y que, en algunos instantes, le habían arrancado la exclamación «¡Dios mío!», le hacían, al menos interiormente, capaz de percibir ese matiz de novedad, de aventura y de inefabilidad que esa cosa adquiere entre las gentes de aquí arriba en general y para cada uno en particular. No es que aquí no se bromease sobre eso, pero mucho más que en la llanura, ese tono parecía desplazado, tenía algo de ahogado, un velo transparente sobre una angustia oculta o más bien, sobre una miseria que no se consigue ocultar. Hans Castorp recordaba la palidez de Joachim cuando, por primera y última vez, a la manera inocentemente burlona del país llano, había hecho alusión al físico de Marusja. Recordaba también la palidez helada que se había extendido sobre su propio rostro cuando había liberado a madame Chauchat del rayo de sol que hacía irrupción, y recordaba que, antes y después en diversas circunstancias, había visto esta palidez en muchos rostros extraños: en general, sobre dos rostros a la vez, como precisamente había ocurrido esos días pasados, en los de madame Salomon y el joven Gaenser, entre los cuales se entablaba entonces lo que la Stoehr ponía de relieve con su despreocupación habitual. Recordaba eso y comprendía que, en tales circunstancias, hubiese sido no sólo muy difícil no traicionarse, sino que el esfuerzo para conseguirlo no hubiera servido de nada. En otros términos: no se trataba tan sólo de cierta grandeza de alma y cierta franqueza de los elementos que intervenían, pero Hans Castorp se había sentido alentado, en cierto modo, por la atmósfera del lugar y se mostraba poco inclinado a disimular sus sentimientos y su estado.

Si la dificultad, señalada desde un principio por Joachim, para entablar aquí amistades no hubiese existido —esa dificultad se refería principalmente al hecho de que los primos formaban, en cierto modo, un partido y un grupo en miniatura, y que Joachim, el militar, preocupado ante todo en curarse rápidamente, era, en principio, opuesto a contactos o relaciones más íntimas con sus compañeros de sufrimientos—, Hans Castorp habría encontrado y tenido muchas más ocasiones para manifestar sus sentimientos con una espontaneidad sin freno. Sin embargo, a pesar de eso, ocurrió

un día que Joachim le encontró, a la hora de la tertulia, de pie en el salón, en compañía de Herminia Kleefeld, y del joven del monóculo y de las uñas roídas, hablando, con los ojos brillantes y la voz emocionada, sobre la conformación particular y exótica de la fisonomía de madame Chauchat, mientras sus oyentes cambiaban miradas, se tocaban con el codo y disimulaban la risa.

Esto era penoso para Joachim, pero el causante de aquella alegría permaneció impasible a la revolución de su estado. ¿Cómo hubiera podido manifestar, de otro modo, sus sentimientos? De esta manera tenía la seguridad de ser comprendido por todos y aceptaba la malicia con que iba acompañada esa simpatía.

No solamente en su propia mesa, sino también en las mesas vecinas, le miraban para disfrutar con su palidez y con sus rubores, cuando, después del principio de una comida, la puerta vidriera se cerraba violentamente. Y también de eso estaba contento, porque le parecía que su embriaguez se encontraba, de este modo, en cierta manera fortificada y reconocida cuando despertaba así la atención, que aquella publicidad estaba hecha para favorecer su causa, para animar sus esperanzas vagas e insensatas, y esto la encantaba. Llegaron hasta a agruparse materialmente para verle maniobrar en su ceguera. Eso ocurría, por ejemplo, después de la comida, en la terraza, o el domingo por la tarde ante el departamento del conserje, cuando los huéspedes recibían el correo, que aquel día no era distribuido en las habitaciones. Se sabía en todas partes que había un muchacho intoxicado y excitado, cuyas emociones se leían en su rostro, y allí se reunían madame Stoehr, la señorita Engelhart, la Kleefed, su amigo de cara de tapir, el incurable señor Albin, el joven de la larga uña, y otros miembros de la compañía. Todos estaban de pie allí, con los labios apretados con ironía, riendo por la nariz y mirándole cuando sonreía con un aire ausente y apasionado, con aquellos ojos brillantes como cuando oyó la tos del *gentlemanrider*, mirando en determinada dirección…

Era ciertamente una generosidad por parte de Settembrini que en tales circunstancias se acercara a Hans Castorp para hablar e informarse sobre su estado de salud, pero es dudoso que esta filantrópica amplitud de miras fuese apreciada y agradecida. Eso podía ocurrir en el vestíbulo, el domingo por la tarde. En el departamento del conserje se amontonaban los huéspedes y tendían las manos hacia su correo. Joachim también se hallaba allí. Su primo se había quedado rezagado y se esforzaba —en el estado de alma que ya hemos descrito— en sorprender una mirada de Clawdia Chauchat, que se hallaba de pie cerca de él, con sus compañeros de mesa, esperando que el grupo se aclarase. Era una hora que mezclaba a los pensionistas, una hora de ocasiones impacientemente esperadas, propicia y como tal apreciada por el joven Hans Castorp. Hacía ocho días había rozado a madame Chauchat, ella incluso le había tocado y con un rápido movimiento de cabeza le dijo «Pardon», después de la cual, con una presencia de espíritu febril, que bendijo en su interior, le contestó:

—*Pas de quoi, madame!*

«¡Qué favor de la vida —pensaba— que cada domingo por la tarde haya sin falta una distribución de correo en el vestíbulo!» Se puede decir que había devorado la semana esperando la vuelta de aquella hora, y esperar significa adelantar, significa percibir la duración y el presente no como un don, sino como un obstáculo, negar y destruir su valor propicio y franquearlos en espíritu. Se dice que esperar es siempre largo. Pero también es igualmente corto, porque se devoran cantidades de tiempo sin que se las viva ni se las utilice en sí mismas. Se podría decir que el que no hace más que esperar se asemeja a un gran tragón cuyo órgano nutritivo arroja los alimentos sin extraer su valor alimenticio. Se podría ir más lejos y decir: así como un alimento no digerido no fortifica al hombre, de la misma manera el tiempo que se pasa esperando no le envejece. Es verdad que el esperar puro y sin mezcla no tiene existencia.

Una vez devorada la semana y llegada la hora dominical del correo, pasaba exactamente lo mismo que si se tratase de la hora de hacía siete días. Continuaba ofreciendo ocasiones propicias de la manera más excitante, contenía y ofrecía, a cada minuto, posibilidades de entrar en relación social con madame Chauchat, posibilidades que comprimían y aceleraban el corazón de Hans Castorp sin que intentase transportarlas al dominio de la realidad. A eso se oponían, en efecto, los frenos de una naturaleza por un lado civil y por otro militar, que se relacionaban en parte con la presencia leal de Joachim y con el sentimiento del honor y del deber de Hans Castorp mismo, y en parte también con aquella impresión de que las relaciones sociales con Clawdia Chauchat, relaciones mundanas que obligan a decir «usted», a inclinarse y tal vez incluso a hablar en francés, no eran necesarias, ni deseables, ni convenientes… Se hallaba de pie y la miraba hablar y reír, exactamente como Pribislav Hippe había hablado y reído en otro tiempo, en el patio del colegio. Los labios de Clawdia Chauchat se entreabrían y sus ojos oblicuos se estiraban por encima de los pómulos como dos hendiduras estrechas. No era hermoso, pero era de aquella manera, y, para un enamorado, el juicio estético de la razón tiene tan poco alcance como el juicio normal.

—¿Espera también cartas, ingeniero?

Sólo un aguafiestas podría hablar así. Hans Castorp se estremeció y se volvió hacia Settembrini, que se hallaba de pie, ante él, sonriendo. Era la sonrisa fina y «humanista» con que le había saludado en otro tiempo por primera vez cerca del banco, al borde del arroyo y, como entonces, Hans Castorp se ruborizó al verla. Pero aunque frecuentemente en sueños había intentado rechazar al «organillero» porque le «estorbaba», el hombre despierto es mejor que el que sueña, y Hans Castorp tuvo conciencia de aquella sonrisa no sólo para su confusión, sino también con el sentimiento de tener necesidad de ella, y con agradecimiento dijo:

—¡Dios mío!, cartas, señor Settembrini. ¡No soy un embajador! Tal vez haya

alguna postal para uno de nosotros. Mi primo ha ido a comprobarlo.

—A mí, el diablo cojitranco de ahí delante me ha entregado ya mi pequeña correspondencia —dijo Settembrini.

Y se llevó la mano al bolsillo de su inevitable levita.

—Noticias interesantes, de un alcance literario y social innegable. Se trata de una obra enciclopédica en la que un instituto humanitario me hace el honor de invitarme a colaborar. En una palabra, un bello trabajo.

Settembrini hizo un alto.

—¿Y sus asuntos? —preguntó luego—. ¿Cómo van? ¿Cómo marcha el proceso de su asimilación? Al fin y al cabo no está usted entre nosotros desde hace tanto tiempo como para que la cuestión no se encuentre todavía en el orden del día.

—Gracias, señor Settembrini, continúo experimentando algunas dificultades. Es posible que persistan hasta el último día. Hay quien nunca se acostumbra, según dijo mi primo cuando llegué. Pero uno se acostumbra a no acostumbrarse.

—Un proceso complicado —dijo con sorna el italiano—, una singular manera de adaptarse. Naturalmente, la juventud es capaz de todo. No se acostumbra, pero echa raíces.

—Y en definitiva, no nos hallamos aquí en un presidio siberiano.

—¡No! ¡Oh, aprecio en usted cierta predilección por las comparaciones orientales! Muy explicable. Asia nos devora. Por todas partes veo rostros tártaros.

Y Settembrini volvió discretamente la cabeza.

—Gengis Kan —dijo— , ojos de lobo de las estepas, nieve y aguardiente, *knut*, casamatas y cristianismo. Debería elevarse aquí un altar a Palas Atenea como medida de defensa. Mire, ahí tiene a uno de esos Iván Ivanovich disputando con el procurador Paravant. Los dos quieren adelantarse al otro para obtener su correspondencia. Yo no sé quién tiene razón, pero tengo la impresión de que el procurador se halla bajo la protección de la diosa. A pesar de que sea un idiota, por lo menos sabe latín.

Hans Castorp se rió, cosa que no le ocurría jamás a Settembrini. Era imposible imaginarlo riendo jovialmente, sin rebasar ese pliegue fino y seco en las comisuras de sus labios. Miró reír al joven y le interrogó luego:

—¿Ha recibido su clisé?

—Sí, ya lo tengo —confirmó Hans Castorp dándose importancia—. Aquí está.

Y metió su mano en el bolsillo de la chaqueta.

—¿Y lo lleva en la cartera? Como una especie de documento de identidad, como un pasaporte o un carné de socio. Muy bien, déjemelo ver.

Y Settembrini elevó la drada en una banda el dedo índice y el luz. Era un gesto muy corriente y que se podía observar frecuentemente aquí. Su rostro de ojos negros y almendrados hizo una ligera mueca cuando examinó la fúnebre fotografía, sin dejar

ver claramente si se trataba de un esfuerzo para ver mejor o de otra cosa.

—Bien —dijo luego—. Aquí tiene su pasaporte, muchas gracias.

Y entregó la placa a su propietario; se la devolvió de lado, por encima de su propio brazo, volviendo la cabeza.

—¿Ha visto las líneas calcificadas? —preguntó Hans Castorp—, ¿y los nudos?

—Ya sabe —contestó Settembrini— lo que pienso acerca de la importancia de estos productos. También sabe que esas manchas y esas sombras son, en su mayoría, de origen fisiológico. He examinado cientos de clisés que tenían, poco más o menos, el mismo aspecto que el suyo y dejaban al juicio en libertad para decidir si eran o no un «carné de identidad». Hablo como aficionado, pero a pesar de todo, como aficionado que tiene años de experiencia.

—¿Y su documento cómo es?

—Bueno, no tan favorable. Por otra parte, sé que nuestros jefes y superiores no fundan ningún diagnóstico sobre ese juguete por sí solo… ¿Tiene intención de invernar con nosotros?

—¡Dios mío… sí! Comienzo a acostumbrarme a la idea de que no saldré de aquí más que con mi primo.

—Es decir, que comienza a acostumbrarse a no… Usted formula eso muy espiritualmente. Espero que habrá recibido ya su equipaje… vestidos de abrigo, zapatos sólidos.

—Todo está arreglado, señor Settembrini. He avisado a mis parientes y nuestra ama de llaves me lo ha enviado todo en paquetes urgentes. Puedo, pues, resistir.

—Esto me tranquiliza. ¡Pero alto! Necesitará un saco de piel, ¿en qué pensamos? Este verano tardío es engañoso, de un momento a otro podemos hallarnos en pleno invierno. No olvide que pasará aquí los meses más fríos…

—Sí, el saco de dormir —dijo Hans Castorp— es sin duda una prenda necesaria. Ya he pensado en eso y me he dicho que mi primo y yo bajaremos uno de estos días a Davos Platz para comprar uno. No es urgente, pero para pasar tres o cuatro meses vale la pena.

—Vale la pena, vale la pena, ingeniero —repitió tranquilamente Settembrini aproximándose al joven—. ¡Pero es espantoso verle jugar con las palabras! Espantoso porque es anormal y extraño a su naturaleza, porque eso no es debido más que a la docilidad de sus años. ¡Ah, esa excesiva facultad de adaptación de la juventud! La juventud es la desesperación de los educadores porque está, ante todo, dispuesta a someterse a las peores pruebas. No hable, joven, como oye hablar aquí, sino de acuerdo con su manera de ser europea. Aquí se respira demasiada Asia en el aire, no en vano esto está saturado de tipos de la Mongolia moscovita. Estas gentes —y Settembrini hizo con la barbilla un movimiento hacia atrás, por encima del hombro— no deben influirle, no se deje infectar por sus conceptos; oponga su naturaleza, su

naturaleza superior, y mantenga sagrado lo que por su formación y origen debe ser sagrado para usted, hijo de Occidente, del divino Occidente, hijo de la civilización; por ejemplo, del tiempo. Esa prodigalidad generosa en el empleo del tiempo es de estilo asiático y sin duda es la razón por la que los hijos de Oriente se encuentran bien aquí. ¿No ha notado nunca que cuando un ruso dice «cuatro horas» es cuando uno de nosotros dice «una hora»? Se ve claramente que la despreocupación de esa gente respecto al tiempo está en relación con la salvaje inmensidad de su país. Donde hay mucho espacio hay mucho tiempo. ¿No se dice acaso que ellos son el pueblo «que tiene tiempo» y que puede esperar? Nosotros los europeos no podemos presumir de lo mismo. Nosotros tenemos tan poco tiempo que nuestro doble continente, recortado con tanta finura, nos obliga a administrar el tiempo y el espacio con precisión; debemos pensar en lo últil, en la utilidad, ingeniero. Tome nuestras grandes ciudades, como símbolo, esos centros y hogares de la civilización, esos cráteres del pensamiento. En la medida en que el terreno sube de precio, en que el malgastar el espacio se convierte en una imposibilidad, el tiempo, ¡fíjese!, se convierte cada vez más en una cosa preciosa. *¡Carpe diem!* Es un ciudadano que ha cantado así. El tiempo es un don de los dioses, prestado al hombre para que de él saque un partido útil, ingeniero, al servicio del progreso de la humanidad.

Esas últimas palabras —a pesar del obstáculo que la lengua alemana podía constituir para su lengua mediterránea— las pronunció Settembrini de un modo agradablemente sonoro, claro, y puede decirse, plástico. Hans Castorp no contestó más que con una reverencia breve, orgullosa e impregnada del gesto de un alumno que acaba de recibir una censura envuelta en una lección. ¿Qué hubiera podido contestar? Aquella conversación tan personal que Settembrini había entablado con él, vuelto de espaldas a todos los pensionistas y casi murmurando, había tenido un carácter demasiado objetivo, demasiado poco mundano; casi no parecía una conversación dicha para que el tacto permitiese formular una aprobación. No se contesta a un profesor: «¡Qué bien ha hablado usted!» Hans Castorp, en otro tiempo, lo habría dicho varias veces, como para mantenerse en un plano de igualdad mundana con Settembrini, pero el humanista no había hablado jamás con una insistencia tan didáctica; no le quedaba más recurso que guardarse la reprimenda, aturdido como un escolar ante tanta moral.

Se veía, por otra parte, en la expresión de Settembrini, que incluso en el silencio continuaba la actividad de su espíritu. Se mantenía muy cerca de Hans Castorp, de modo que éste tuvo incluso que empujarle ligeramente atrás, y sus ojos negros estaban clavados, con la fijeza ciega de un hombre absorbido por el pensamiento, en el rostro del joven.

—Usted sufre, ingeniero —continuó—, sufre como un extraviado. ¿Quién puede dejar de advertirlo al ver su expresión? Pero su actividad ante el sufrimiento debería

ser una conducta europea, no la conducta de Oriente, de este Oriente afeminado y mórbido que relaja aquí a tantos enfermos. La piedad y la paciencia infinitas son sus maneras de afrontar el mal. ¡Ésa no puede ser la de usted! Hablábamos hace un momento de mi correspondencia… Vea usted…, o mejor aún, venga. Aquí es imposible. Nos retiraremos, iremos a otra parte. Quiero hacer algunas confidencias… ¡Venga!

Y dando media vuelta arrastró a Hans Castorp fuera del vestíbulo, hasta el primer salón, el más cercano a la puerta, que estaba amueblado como sala de lectura y trabajo, y en el que en aquel momento no había ningún huésped. Bajo la clara bóveda, había muebles de cedro, librerías, una mesa rodeada de sillas y cubierta de periódicos, y mesitas de escribir en los huecos de las ventanas. Settembrini se acercó a una de ellas. Hans Castorp le siguió. La puerta quedó abierta.

—Esos papeles —dijo el italiano, sacando con mano presurosa del bolsillo de su levita, hinchado como una bolsa, un voluminoso fajo de papeles, diversos impresos y una carta, que hizo resbalar entre sus dedos bajo los ojos de Hans Castorp de manera que éste pudo leer impreso en lengua francesa: *Ligue Internationale pour l'organisation du Progrès*— me los envían desde Lugano, donde radica una sección de la Liga. ¿Quiere enterarse de sus principios y objetivos? Se los indicaré en dos palabras. *La Ligue pour l'organisation du Progrès* deduce de la doctrina evolucionista de Darwin el principio filosófico de que la vocación natural más profunda de la humanidad es la de perfeccionarse a sí misma. Deduce que es deber de todo el que quiera responder a esa vocación natural colaborar activamente al progreso de la humanidad. Son muchos los que han acudido a este llamamiento y el número de miembros de la Liga en Francia, Italia, España, Turquía e incluso Alemania, es considerable. Yo también tengo el honor de figurar como tal en sus registros. Ha sido elaborado un extenso programa que comprende todas las posibilidades presentes de perfeccionamiento del organismo humano. Se estudia el problema de la salud de nuestra raza y se examinan todos los métodos para combatir la degeneración, que es sin duda la consecuencia inquietante de la creciente industrialización. Además, la Liga se preocupa de la fundación de universidades populares, de la supresión de la lucha de clases por medio de reformas sociales que pueden contribuir a este fin, y por último, de la supresión de los conflictos entre los pueblos, de la guerra, por medio del desarrollo del derecho internacional. Como ve, los esfuerzos de la Liga son generosos y ampliamente concebidos. Algunas revistas internacionales testimonian su actividad, revistas mensuales que en tres o cuatro lenguas dan cuenta, de una manera muy interesante, del desarrollo y los progresos de la humanidad cultivada. Numerosos grupos locales han sido fundados en diversos países y deben realizar una acción civilizadora y educadora en el sentido del ideal progresista, por medio de reuniones de controversia y solemnidades dominicales. Pero la Liga se dedica principalmente a

ayudar, por medio de su documentación, a los partidos políticos progresistas de todos los países. ¿Me sigue usted, ingeniero?

—¡Perfectamente! —respondió Hans Castorp, con una vivacidad precipitada. Al decir esto, dio la impresión de un hombre que acaba de dar un resbalón, tambalea, pero consigue mantenerse en pie.

Settembrini pareció satisfecho.

—Supongo que le abro perspectivas nuevas y sorprendentes.

—Sí, he de confesar que es la primera vez que oigo hablar de esos esfuerzos.

—¡Ah! ¡Qué lástima que no lo haya oído antes! Tal vez no sea aún demasiado tarde. ¿Quiere usted saber de qué tratan esos impresos? ¡Escúcheme! Esta primavera ha tenido lugar en Barcelona una asamblea general y solemne de la Liga. Como sabe, esa ciudad puede enorgullecerse de mantener relaciones particulares con el ideal político del progreso. El congreso celebró reuniones durante una semana, con banquetes y celebraciones de todas clases. Dios mío, mi intención era ir, pues sentía el más ardiente deseo de tomar parte en las deliberaciones. Pero ese canalla de doctor me lo ha prohibido amenazándome de muerte y ¿qué esperaba?, he tenido miedo a la muerte y no he ido. Estaba desesperado, como puede comprender, ante esa broma cruel que me gastaba mi precaria salud. Nada es tan doloroso como cuando la parte animal y orgánica de nosotros mismos, nos impide servir a la razón. Por lo tanto, esta carta de la oficina de Lugano me ha producido la más viva satisfacción. ¿Siente curiosidad por conocer su contenido? Lo supongo. Algunos rápidos informes… *La Ligue pour l'organisation du Progrès*, consciente de que su tarea consiste en preparar la felicidad de la humanidad, o en otros términos, combatir y eliminar finalmente el sufrimiento humano por medio de un esfuerzo social apropiado; considerando, por otra parte, que esta tarea tan elevada no puede ser realizada más que por medio de la ciencia sociológica, cuya finalidad es el Estado perfecto, la Liga, pues, ha decidido en Barcelona la publicación de una obra en numerosos volúmenes que llevará el título de *Sociología del sufrimiento*, y en la que los males de la humanidad, todas sus categorías y variedades, deberán ser objeto de un estudio sistemático y completo. Usted objetará: ¿para qué sirven las categorías, las variedades y los sistemas? Yo le contesto: ordenación y selección constituyen el principio del dominio, y el enemigo más peligroso es el que no conocemos. Hay que sacar a la especie humana de los estados primitivos de miedo y apatía resignada, hay que llevarla a una fase más activa de la conciencia. Es preciso alumbrar su religión, hacerle ver que los efectos desaparecen y que, por tanto, para suprimirlos es preciso comenzar por conocer las causas, y que casi todos los males del individuo son producto de las enfermedades del organismo social. ¡Bueno! Tal es, pues, la finalidad de la Patología Social. En unos veinte volúmenes, en forma de diccionario, se estudiarán y enumerarán todos los casos de sufrimiento humano que se pueden imaginar, desde los personales y más

íntimos hasta los más grandes conflictos de grupos, hasta los males que se derivan de las luchas de clase y los choques internacionales: en una palabra, se denunciarán los elementos químicos cuyas mezclas y combinaciones múltiples determinan los sufrimientos humanos y, tomando como línea de conducta la dignidad y felicidad de los hombres, se propondrán los medios y las medidas que parezcan indicados para eliminar la causa de estos males. Destacados especialistas mundiales de la ciencia europea, médicos, economistas y psicólogos se repartirán la redacción de esa enciclopedia de los males, y la oficina central de redacción en Lugano será la confluencia de los diversos artículos. Deje que termine. Las bellas letras no deben ser descuidadas en esa gran obra, precisamente porque la literatura tiene como tema el sufrimiento humano. Así pues, se ha previsto un volumen aparte que, para consuelo y enseñanza de los que sufren, debe agrupar y analizar brevemente todas las obras maestras de la literatura universal que se refieran a tales conflictos. Y ésa es la tarea que, en la carta que tiene a la vista, se confía a ese humilde servidor de usted.

—¡Oh, señor Settembrini! Permita que le felicite de todo corazón. Es una tarea magnífica y, según creo, especialmente apropiada para usted. No me sorprende que la Liga haya pensado en usted. ¡Qué satisfecho debe de sentirse al poder contribuir en la lucha contra el sufrimiento humano!

—Es un largo trabajo —dijo Settembrini preocupado— que exige gran atención y muchas lecturas —y su mirada parecía perderse en la multiplicidad de sus tareas—, tanto más que la literatura no tiene regularmente como objeto el sufrimiento humano, e incluso algunas obras maestras de segundo o tercer orden no se ocupan de eso para nada. ¡No importa! o, más bien, ¡mejor! Por vasta que pueda ser esa tarea es sin duda de las que se pueden realizar en este maldito lugar, a pesar de que espero que no me veré obligado a terminarla aquí. No se puede decir lo mismo —manifestó acercándose a Hans Castorp y bajando la voz hasta convertirla en un murmullo—, no se puede decir lo mismo de los deberes que la naturaleza le impone a usted, ingeniero. Es aquí donde me proponía llegar y desearía recordarle algo. Usted sabe cuánto admiro su profesión; pero como es una profesión práctica, no una profesión intelectual, usted no puede ejercerla aquí, al contrario de lo que me ocurre a mí. Usted puede ser europeo allá abajo, combatir activamente el dolor a su manera, favorecer el progreso, utilizar el tiempo. Le he hablado de la tarea que le incumbe para hacerle reflexionar, para devolverle a sí mismo, para aclarar sus conceptos que aparentemente comienzan a embrollarse a causa de influencias atmosféricas. Insisto en repetirlo. ¡Manténgase firme! No se extravíe en un medio que le es extraño. Evite ese bajo, ese islote de Circe; usted no es bastante Ulises para permanecer en él impunemente. Usted acabará andando sobre las cuatro patas, de hecho, se inclina ya sobre sus extremidades anteriores, así que pronto comenzará a gruñir, ¡vaya con cuidado!

El humanista, mientras exhortaba a Hans Castorp, había movido la cabeza con insistencia. Luego permaneció en silencio, con los ojos bajos y las cejas arqueadas. Era imposible contestar en broma o evasivamente, como Hans Castorp tenía por costumbre hacer y como, por un instante, pensó en repetir. Él también había bajado la mirada. Luego se encogió de hombros y dijo en voz baja:

—¿Qué debo hacer?

—Lo que le he dicho.

—Es decir, ¿marcharme?

Settembrini permaneció callado.

—¿Insinúa que debo volver a mi casa?

—Ya le aconsejé eso desde la primera noche, ingeniero.

—Sí, y entonces podía hacerlo, a pesar de que juzgase poco razonable marcharme únicamente porque el nivel de aquí me atacaba un poco los nervios. Pero después la situación ha cambiado completamente. Ha habido una consulta, a continuación de la cual el doctor Behrens me ha dicho claramente que no valía la pena que me marchase, pues me vería obligado a volver, y que si continuaba la vida en la llanura, un pedazo de pulmón se iría al diablo.

—Lo sé, ahora tiene su justificación en el bolsillo.

—Quizá lo diga irónicamente… con esa ironía bondadosa que no se presta a ninguna mala interpretación y que es una forma directa y clásica de la retórica… Como ve, recuerdo sus propias palabras… Pero ¿puede usted aceptar la responsabilidad, ante esa fotografía, después de la radioscopia y del diagnóstico del doctor, de aconsejarme que vuelva a mi casa?

Settembrini titubeó un momento. Luego se irguió, abrió los ojos, que fijó en Hans Castorp, firmes y negros, y contestó con un acento que no dejaba de tener cierta intención teatral para producir efecto:

—Sí, ingeniero, acepto esta responsabilidad.

Pero la actitud de Hans Castorp se había hecho también firme. Se mantenía con los tacones juntos y miraba a Settembrini a la cara. Se trataba de un duelo. Hans Castorp le hacía frente. Influencias cercanas le fortificaban. Aquí había un pedagogo y se hallaba muy cerca de una mujer de ojos oblicuos. No intentó excusarse por lo que iba a decir, ni siquiera dijo «perdone usted». Manifestó:

—¡Vamos, es más prudente para con usted mismo que para con el prójimo! Usted no ha ido a Barcelona, al congreso de los progresistas, y ha respetado la prohibición del medico. Ha tenido miedo a la muerte y se ha quedado aquí.

Hasta cierto punto la compostura de Settembrini se había descompuesto. Pareció sonreír con esfuerzo y dijo:

—Sé apreciar una respuesta rápida incluso cuando la lógica bordea el sofisma. Me repugna competir en esos odiosos concursos que se usan aquí; de lo contrario le

contestaría que estoy mucho más enfermo que usted; desgraciadamente tan enfermo que ya no conservo esperanza alguna de poder abandonar este lugar y volver al mundo de allá abajo, más que engañándome a mí mismo. En el instante en que no me parezca prudente mantener por más tiempo esa ilusión, abandonaré este establecimiento y ocuparé, para el resto de mis días, un alojamiento particular en cualquier sitio del valle. Será triste, pero como la esfera de mi trabajo es la más libre e ideal, esto no me impedirá servir hasta mi último suspiro a la causa de la humanidad y hacer frente al espíritu de la enfermedad. Ya he llamado su atención sobre la diferencia que, en este sentido, hay entre nosotros. Ingeniero, usted no es un hombre hecho para defender aquí la mejor parte de sí mismo, lo comprendí desde nuestro primer encuentro. Me reprocha que no haya ido a Barcelona, que me haya sometido a la orden del médico para no perecer prematuramente. Pero lo he hecho bajo las mayores reservas, no sin que mi espíritu haya protestado orgullosa y dolorosamente contra la intromisión de mi lamentable cuerpo. ¿Esa protesta está tan viva en usted cuando obedece a las potencias de aquí, o es al cuerpo y a su tendencia nefasta a lo que obedece con precipitación…?

—¿Por qué odia al cuerpo? —interrumpió rápidamente Hans Castorp, mirando al italiano con sus ojos azules muy abiertos cuya córnea se hallaba estriada de venitas rojas. Su loca temeridad le producía vértigo y se daba cuenta de ello. «¿De qué hablo? —pensaba—. Esto es formidable, pero aquí estoy en pie de guerra contra él, y mientras dure no le dejaré decir la última palabra. Naturalmente, terminará por triunfar a pesar de todo, pero eso no me importa, siempre sacaré algún provecho. Voy a excitarle.»

Y completó, en alta voz, su objeción.

—¿No es usted humanista? ¿Cómo puede estar tan mal dispuesto contra el cuerpo?

Settembrini sonrió, esta vez sin esfuerzo y seguro de sí mismo, y dijo:

—¿Qué reprocha al análisis? ¿Está usted mal dispuesto contra el análisis? Siempre me encontrará dispuesto a replicarle, ingeniero —añadió inclinándose y saludando con un gesto de la mano, hacia el suelo—, sobre todo cuando da pruebas de ingenio en sus objeciones. Se expresa con elegancia. Humanista, sí, ciertamente lo soy. Jamás me superaré en las tendencias ascéticas. Siento respeto y amor hacia el cuerpo, como siento amor y respeto hacia la forma, la belleza, la libertad, la alegría y el placer, como me represento el mundo de los intereses vitales contra la huida sentimental fuera del mundo, y el clasicismo contra el romanticismo. Creo que mi posición no tiene equívoco. Pero hay un poder, un principio hacia el cual va mi más alta aprobación, mi homenaje supremo y último y mi amor, y esa potencia, ese principio, es el espíritu. Por repugnancia que sienta al ver que se opone al cuerpo no sé qué especie de tejido, qué fantasma de luz de luna al cual se llama «alma»,

considero que en esta antítesis entre el espíritu y el cuerpo, éste significa el principio malo y diabólico, pues es naturaleza, y la naturaleza, opuesta como usted lo hace al espíritu de la razón, es mala; mística y nefasta. «¡Usted es humanista!» Indudablemente lo soy, pues soy un amigo del hombre, como lo era Prometeo, un enamorado de la humanidad y su nobleza. Pero esa nobleza radica en el espíritu, en la razón, y por eso en vano lo reprochará usted de oscurantismo cristiano…

Hans Castorp se defendió con el gesto.

—Usted hará en vano ese reproche —insistió dominador Settembrini— cuando un día el noble orgullo humanista llegue a considerar que la sujeción del espíritu al cuerpo, a la naturaleza, es una humillación y un insulto. ¿Sabe que nos ha sido transmitida esa palabra del gran Plotino: que «sentía vergüenza de tener cuerpo» —preguntó Settembrini, y exigía tan cortésmente una contestación que Hans Castorp se vio obligado a contestar que oía eso por primera vez.

—Porfirio nos ha transmitido esas palabras. Son absurdas si usted quiere. Pero el absurdo es la valentía espiritual, y nada puede ser, en el fondo, más mezquino que la objeción de absurdo allí donde el espíritu tiende a mantener su dignidad contra la naturaleza y se niega a abdicar ante ella… ¿Ha oído hablar del terremoto de Lisboa?

—No. ¿Un terremoto? Aquí no leo periódicos.

—No se trata de eso, aunque dicho sea de paso, es lamentable (y eso caracteriza este lugar) que descuide aquí la lectura de periódicos. Pero lo malinterpreta: el fenómeno natural a que aludo no es reciente, ocurrió hace unos ciento cincuenta años…

—¡Ah, sí, espere! ¡Es cierto! He leído que Goethe, estando en aquel momento, por la noche, en su dormitorio de Weimar, dijo a su criado…

—¡Ah, no es de eso de lo que quería hablar! —interrumpió Settembrini cerrando los ojos y agitando en el aire su pequeña mano morena—. Por otra parte, confunde las catástrofes. Se refiere al terremoto de Messina. Yo estoy pensando en el que sufrió Lisboa en 1755.

—Perdone.

—Pues bien, Voltaire protestó contra él.

—¿Cómo es eso? ¿Protestó?

—Sí, se sublevó. No admitió aquella fatalidad brutal y se negó a abdicar a la vista del hecho. Protestó, en nombre del espíritu y la razón, contra ese escandaloso exceso de la naturaleza de que fue víctima una ciudad floreciente y que costó miles de vidas humanas. ¿Se sorprende? ¿Sonríe…? Puede sorprenderse, pero en lo que se refiere a su sonrisa, me tomo la libertad de reprochársela. La actitud de Voltaire era la de un verdadero descendiente de esos auténticos galos que enviaban sus flechas contra el cielo. Observe, ingeniero, la hostilidad del espíritu contra la naturaleza, su orgullosa desconfianza contra ella, su noble obstinación en el derecho a la crítica ante ese poder

maligno y contrario a la razón. Pues la naturaleza es una potencia nefasta, y es mostrarse servil el aceptarla, acomodarse a ella. Recuérdelo: acomodarse interiormente. Ocurre de la misma manera con ese humanismo que no se deja complicar en ninguna contradicción, que no se hace culpable de recaída alguna en la hipocresía cristiana cuando ésta se decide a ver en el cuerpo el principio malo y adverso. La contradicción que usted cree percibir es, en el fondo, siempre la misma: «¿Por qué ataca el análisis?» Yo no lo combato cuando es el hecho de la experiencia, la liberación y el progreso, sino cuando lleva en sí el penetrante sabor nauseabundo de la tumba. Con el cuerpo ocurre lo mismo. Es necesario honrarlo y defenderlo cuando se trata de emancipación y belleza, de la libertad de los sentidos y la felicidad del placer. Es preciso despreciarlo cuando se opone al movimiento hacia la luz como principio de gravedad e inercia, rechazarlo en cuanto representa el principio de la enfermedad y la muerte, tanto más cuanto que su espíritu específico es el espíritu de la perversidad, el espíritu de la descomposición, la voluptuosidad y la vergüenza.

Settembrini había pronunciado estas últimas palabras de pie, muy cerca de Hans Castorp, casi sin acento y muy deprisa para terminar de una vez. Pero la liberación se acercaba para Hans Castorp. Joachim, con dos tarjetas postales en la mano, entró en la sala de lectura; el discurso del literato quedó interrumpido y, si hay que tener en cuenta la expresión de su rostro —una expresión ligera y mundana—, no dejó de impresionar a su discípulo, si así podemos llamar a Hans Castorp.

—¡Hola, teniente! Debe de haber estado buscando a su primo, perdóneme. Hemos entablado una conversación y si no me equivoco, hemos tenido una pequeña querella. Su primo no deja de ser un buen argumentador, un luchador bastante peligroso en la controversia, cuando le afecta directamente al corazón.

Humaniora

Hans Castorp y Joachim Ziemssen, vestidos con pantalón blanco y chaqueta azul, se hallaban sentados en el jardín, después de comer. Era uno de esos días de octubre tan alabados, un día caliente y ligero a la vez, alegre y amargo, con un azul de una profundidad meridional por encima del valle, cuyas tierras, surcadas por caminos, verdeaban todavía alegremente en el fondo, y cuyas vertientes, cubiertas de bosques rugosos, enviaban un son de clarines —ese pacífico tintineo metálico, ingenuamente musical, que flotaba claro y tranquilo a través de los aires quietos y vacíos profundizando la atmósfera de día de fiesta que domina en esas altas regiones.

Los primos estaban sentados en un banco, al borde del jardín, delante de un macizo de pequeños pinos. El lugar estaba situado en la parte noroeste de la cerrada plataforma que, elevada unos cincuenta metros por encima del valle, formaba el pedestal del Berghof.

Permanecían en silencio. Hans Castorp fumaba. Sentía un pequeño y secreto rencor contra Joachim porque éste, después de comer, no había querido tomar parte en la reunión de la galería y, contra su deseo, le había obligado a ir al tranquilo jardín en espera de la cura de reposo. Era algo tiránico por parte de Joachim. Al fin y al cabo, no eran hermanos siameses. Podían separarse si sus inclinaciones no eran las mismas. En realidad, Hans Castorp ya no se hallaba allí para hacer compañía a Joachim. Él también era un paciente. Se entregaba a su rencor y se consolaba con su María Mancini. Con las manos en los bolsillos de la chaqueta y los pies calzados con zapatos negros, tendidos ante él, mantenía entre los labios, dejándolo quemar lentamente, el cigarro que se hallaba todavía en la primera fase de su combustión, es decir, no había hecho caer todavía la ceniza de su extremo. Después de la comida abundante disfrutaba de aquel aroma, del cual había podido tomar de nuevo completa posesión. Si su manera de acostumbrarse a su estancia aquí consistía en que se habituaba a no habituarse, a juzgar por las reacciones químicas de su estómago, por los nervios de sus mucosas secas que sangraban con facilidad, la asimilación se había realizado —al menos en apariencia—, insensiblemente y sin que hubiese podido seguir sus progresos a través de los días. Durante esos setenta y cinco había recobrado todo el placer orgánico que extraía de aquel excitante o de aquel estupefaciente vegetal preparado con cuidado. Se sentía feliz por haber recobrado su poder. La satisfacción moral multiplicaba la satisfacción física. Durante su larga permanencia en la cama había ahorrado unos doscientos cigarros. Pero al mismo tiempo que su ropa blanca y sus vestidos de invierno, se había hecho enviar por Schalleen quinientas piezas de esa excelente mercancía de Brema para estar preparado a toda eventualidad. Eran hermosas cajitas caladas y ornadas con un mapamundi, muchas medallas y un pabellón de exposición rodeado de banderas

flotantes y orlado de oro.

Mientras se hallaban sentados, vieron cómo se aproximaba el doctor Behrens a través del jardín. Aquel día había tomado parte en la comida, en la mesa de madame Salomon, uniendo como de costumbre sus enormes manos encima del plato. Luego se había sin duda entretenido en la terraza, dejando caer algunas notas personales; con toda seguridad había realizado el truco de los cordones del zapato en honor a alguien que aún no lo había visto. Y ahora se aproximaba por el camino de tierra, con un andar abandonado, sin bata, vestido con una chaqueta de cuadritos, el sombrero hongo torcido, sosteniendo en la boca un cigarro muy negro del que sacaba unas grandes nubes de humo blanquecino. Su cabeza, su rostro de mejillas verdosas y acaloradas, la nariz chata, los ojos húmedos y azules, y el bigote rizado, parecían pequeños teniendo en cuenta su larga silueta ligeramente inclinada, y las dimensiones de sus manos y sus pies. Estaba excitado. Se sobresaltó visiblemente al ver a los primos y pareció un poco confuso al verse obligado a ir a saludarles. Lo hizo como solía, jovialmente y con una de sus expresiones habituales, con un «¡Mira, mira, Timoteo!» pidiendo al mismo tiempo las bendiciones del cielo sobre su digestión e invitándoles a permanecer sentados cuando quisieron levantarse para corresponder a su saludo.

—¡Dispensados, dispensados! No hace falta tantos cumplidos con un hombre sencillo como yo. Es un honor que no me corresponde en manera alguna, sobre todo cuando ustedes están enfermos. No tienen necesidad de hacer eso. No hay nada que decir.

Y permaneció de pie ante ellos, con el cigarro entre el dedo índice y el medio de su gigantesca mano derecha.

—¿Cómo le sabe esa colilla del padre Nicot, Castorp? Déjemela ver, soy perito y aficionado. La ceniza es buena. ¿Qué clase de belleza morena es ésa?

—María Mancini. Fabricación de Banquett, de Brema, doctor. Es muy barato, diecinueve pfennings en total, pero tiene un aroma que no se encuentra generalmente en otros del mismo precio. Sumatra-Habana, como puede ver. Me he acostumbrado a ellos. Es una mezcla llena de recursos y muy sabrosa, pero suave al paladar. Le gusta mantener el mayor tiempo posible su ceniza, la hago caer como mucho dos veces. Naturalmente, tiene sus propios caprichos, pero el control de fabricación debe de ser muy minucioso, pues María es muy sólido en sus cualidades y arde con una regularidad perfecta. ¿Puedo ofrecerle uno?

—Gracias, podemos hacer un cambio.

Y sacaron sus petacas.

—Ese es de raza —dijo el consejero, entregando su marca—. Un temperamento luchador y fuerte. San Félix, Brasil; siempre me he atenido a ese tipo. Un verdadero remedio contra las preocupaciones, que arde como aguardiente y, sobre todo al final,

tiene algo de fulminante. Se recomienda una cierta prudencia en sus relaciones con él; no se puede encender un cigarro después de otro, porque eso excede a la resistencia humana. Pero me gusta más una chupada que el humo vacío de otros cigarros.

Apretaron entre los dedos los regalos que acababan de cambiar examinando con una precisión de peritos aquellos cuerpos esbeltos que, con sus costados oblicuos y paralelos, sus bandas en relieve, sus venas salientes, que aparecían movidas por una pulsación, las pequeñas asperezas de su piel, y el juego de la luz sobre sus superficies y aristas, tenían algo de orgánico y vivo. Hans Castorp manifestó esta impresión:

—Estos cigarros tienen vida. Parecen respirar. En mi casa tuve la idea de conservar un María Mancini en una caja de hojalata para protegerlo de la humedad. ¿Creerá usted que murió? ¡En el espacio de una semana ya no quedaban más que cadáveres coriáceos!

Y hablaron de su propia experiencia sobre la mejor manera de conservar los cigarros, en particular cigarros de importación. Al consejero le gustaban los cigarros importados, y prefería fumar los habanos más fuertes. Desgraciadamente no podía soportarlos, y dos pequeños Harry Clay que había fumado en una misma velada —contó— estuvieron a punto de causarle la muerte.

—Me los fumé con el café —dijo—, uno después de otro, sin darme cuenta. Pues, apenas hube terminado, comencé a preguntarme qué me pasaba. Contra mi costumbre, me sentía completamente trastornado, nunca había experimentado nada semejante. No fue fácil llegar a mi casa. Y cuando lo conseguí, comprobé que la cosa no marchaba en modo alguno. Las piernas heladas, un sudor frío en todo el cuerpo, el rostro pálido como la cera, el corazón en un estado lamentable, un pulso tan pronto débil como un hilo y apenas perceptible, como un verdadero galope, y en el cerebro una agitación… Estaba seguro de que iba a bailar el último baile. Digo bailar porque es la palabra que se me ocurrió entonces y la necesaria para expresar mi estado. Pues, en suma, me hallaba completamente alegre, una verdadera fiesta, a pesar de que no fuese otra cosa que miedo de pies a cabeza. Pero el miedo y la alegría no se excluyen, todo el mundo lo sabe. El ganapán que posee por vez primera a una muchacha tiene miedo y ella también, lo que no les impide fundirse de placer. A fe mía, yo también me habría casi fundido, el corazón latía, estaba a punto de bailar, como he dicho, mi última danza. Pero la Mylendonk, con sus aplicaciones, me sacó de aquel estado. Compresas heladas, fricciones con cepillo, una inyección de alcanfor, y de este modo fui salvado para la humanidad.

Hans Castorp, sentado en su calidad de enfermo, le contemplaba con una cara que testimoniaba la actividad de su cerebro y veía cómo los ojos de Behrens, durante la narración, se habían ido llenando de lágrimas.

—Usted se dedica también a la pintura, ¿no es verdad, doctor? —dijo de pronto.

El consejero se echó hacia atrás.

—¿Qué dice, joven?

—Perdone. Lo oí decir. Ahora me he acordado.

—¡Bueno! No puedo intentar negarlo. Todos tenemos nuestras pequeñas debilidades. Sí, eso me ocurre. *Anch'io sono pittore*, como tenía costumbre de decir cierto español.

—¿Paisajes? —preguntó Hans Castorp con una condescendencia de mecenas. Las circunstancias le llevaban a adoptar ese tono.

—Todo lo que quiera —contestó el consejero con un poco de embarazo—, paisajes, bodegones, animales… Cuando se es un hombre no se retrocede ante nada.

—¿Y retratos?

—Sí, he hecho algunos retratos. ¿Quiere hacerme un encargo?

—¡Ah, ah, no! Pero sería muy amable si nos proporcionase la ocasión de mostrarnos sus telas.

Joachim, a su vez, después de mirar a su primo con sorpresa, se apresuró a asegurar que también lo deseaba.

Behrens estaba satisfecho, halagado hasta el entusiasmo. Se ruborizó de placer y esta vez sus ojos parecía que iban a derramar lágrimas.

—¡Con mucho gusto! —exclamó—. ¡Con el mayor placer! Inmediatamente, si su corazón se lo pide. Vengan conmigo, les ofreceré un café turco en mi mesa.

Y cogió a los jóvenes por la mano, los sacó de su banco y los condujo, suspendidos de sus brazos, a lo largo del camino enarenado hacia sus habitaciones que, como ya es sabido, se hallaban situadas en el ala vecina, en la parte noroeste del Berghof.

—Yo hice, en otro tiempo, algunos ensayos en este género —dijo Hans Castorp.

—¿Qué me dice? ¿Es usted práctico en el óleo?

—No, no fui más allá de algunas acuarelas. Un barco, una marina, niñerías. Pero me gusta mucho ver cuadros, y por eso me he tomado la libertad…

Joachim se sintió un poco tranquilizado por aquella aclaración sobre la extraña curiosidad de su primo, y era en efecto para él una sorpresa, más que para el consejero, el haber Hans Castorp recordado sus propios ensayos artísticos.

Por aquel lado no había la magnífica entrada, como por el lado principal, adornada con fanales. Algunos escalones conducían a la puerta de encina que el doctor abrió con una llave de su bien provisto llavero. Su mano temblaba; decididamente estaba excitado. Entraron en un recibidor donde Behrens colgó su sombrero de un clavo. En su interior, en la parte más estrecha, separada por unas puertas vidrieras del resto del inmueble en una de cuyas alas se hallaba situado el pequeño departamento privado, llamó a la criada y dio órdenes. Luego hizo entrar a sus huespedes por una de las puertas de la derecha, pronunciando toda clase de

palabras joviales y alentadoras.

Algunas habitaciones que miraban al valle estaban amuebladas con un estilo banalmente burgués, y comunicaban entre sí, separadas tan sólo por cortinas: un comedor de estilo «alemán antiguo» y un salóngabinete de trabajo, con un escritorio sobre el cual se hallaba colgada una gorra de estudiante y dos espadas cruzadas, un diván-librería, y un *fumoir* amueblado a la turca.

Por todas partes había cuadros colgados, telas del consejero… Dispuestos a la admiración, los ojos de los visitantes tenían que contemplarlos de inmediato. La difunta esposa del doctor aparecía en varios sitios, al óleo, y también en fotografía sobre el escritorio. Era una rubia un poco enigmática, vestida con delgadas y flotantes telas que, con las manos juntas cerca del hombro izquierdo —no apretadas, sino simplemente unidas hasta la primera articulación de los dedos— , mantenía sus ojos, o bien dirigidos hacia el cielo o enteramente bajos y disimulados bajo unas largas pestañas que se separaban oblicuamente de los párpados; pero jamás la difunta miraba de frente al espectador. Además de ella, había principalmente paisajes alpinos: montañas bajo la nieve y bajo el verdor de los pinos, montañas rodeadas de olas de bruma de las alturas, y montañas cuyos contornos secos y agudos recortaban, bajo la influencia de Segantini, un cielo de un azul profundo. Además había chalés, vacas sobre soleadas praderas, un gallo desplumado cuyo cuello se retorcía entre legumbres, flores, tipos de montañés, y muchas otras cosas, todo ello pintado con cierto diletantismo fácil, con colores atrevidamente aplicados que, con frecuencia, tenían el aspecto de haber sido directamente comprimidos del tubo a la tela y que habrían necesitado mucho tiempo para secar, lo que no dejaba de hacer cierto efecto en los casos de defectos groseros.

Como en una exposición de pintura, fueron mirando a lo largo de las paredes, acompañados del dueño de la casa, que aquí y allí explicaba los temas, pero que con más frecuencia permanecía silencioso y con la inquietud vanidosa del artista, dejando con voluptuosidad reposar sus ojos, al mismo tiempo que los visitantes, en sus propias obras.

El retrato de Clawdia Chauchat estaba colgado en el salón, del lado de la ventana, y Hans Castorp, apenas hubo entrado, lo descubrió, a pesar de que no tenía más que un lejano parecido. Evitó, con toda intención, el lugar y retuvo a sus compañeros en el comedor, donde pretendió admirar un paisaje verde del valle de Sergi, con sus glaciares azulados en el fondo; después, por propia iniciativa, volvió al *fumoir* turco, que examinó igualmente de cerca, con la alabanza en los labios, y visitó luego el primer muro del salón, del lado de la puerta, invitando algunas veces a Joachim a expresar su aprobación. A poco se volvió y dijo, marcando una sorpresa mesurada.

—No nos es desconocida esa cara, ¿verdad?

—¿La conoce? —inquirió Behrens.

—Sí, no creo que nadie pueda engañarse. Es la joven señora de la mesa de los rusos, esa de nombre francés…

—Exacto, la Chauchat. Me satisface que le encuentre cierto parecido.

—Es sorprendente —mintió Hans Castorp con hipocresía, pues si no hubiera estado en antecedentes, no habría podido reconocer el modelo.

Joachim tampoco hubiera podido reconocerla por sus propios medios, pero el buen Joachim comenzaba ya a comprender y descubrir ahora la explicación verdadera después de la falsa de Hans Castorp.

—¡Ah, sí! —dijo en voz baja, y se resignó a ayudar a los otros a examinar el cuadro. Su primo había sabido encontrar una compensación por haber sido alejado de la reunión de la galería.

Era un busto a medio perfil, un poco menos que de tamaño natural, escotada con un velo en torno de los hombros y del pecho, encuadrada en un ancho marco negro, ornado de oro. Madame Chauchat parecía tener diez años más que en la realidad, como ocurre frecuentemente en los retratos de aficionados que intentan dar carácter a una fisonomía. En todo el rostro había demasiado rojo, la nariz estaba mal dibujada, el tono de los cabellos no había sido conseguido, tendía demasiado al color paja; la boca aparecía deformada y el encanto especial de la fisonomía no estaba captado; el artista había fracasado por haberla exagerado groseramente. En conjunto un verdadero rábano, con un parentesco muy lejano con la retratada. Pero Hans Castorp no se mostraba tan exigente en lo que se refiere al parecido con madame Chauchat. La relación existente entre esta tela y Clawdia le era suficiente. Este retrato debía representar a madame Chauchat que había posado en aquella habitación. Era bastante. Con emoción repetía:

—¡En carne y hueso!

—No diga eso —dijo el consejero—. No creo haber conseguido nada, a pesar de que tuvimos por lo menos veinte sesiones. ¿Cómo quiere que uno se apropie de un rostro tan complicado? Uno cree fácil cogerla con sus pómulos hiperbóreos y con sus ojos, que son hendiduras en un pastel. ¡Sí, cójala, querido! Si se atiene uno al detalle estropea el conjunto. ¿La conoce? Tal vez uno no debería pintarla en su presencia, sino trabajar de memoria. Al hecho, ¿la conoce…?

—Sí, y no, superficialmente, como uno puede conocer aquí a la gente…

—A fe mía, yo tengo de ella un conocimiento más bien interior, subcutáneo. La presión arterial, la tensión de los tejidos y el movimiento de la linfa. Sobre esto estoy exactamente informado, por razones muy precisas. La superficie presenta dificultades más considerables. ¿La ha visto usted andar? Su rostro es parecido a sus movimientos: felino. Elija, por ejemplo, los ojos y no hablo de su color, que también tiene sus añagazas, quiero referirme a su situación, a su forma. La hendidura de sus párpados dirá usted que es apretada, oblicua. Pero no es más que una impresión. Lo

que le engaña es el epicanto, es decir, una particularidad que existe en ciertas razas y que consiste en que una membrana que proviene de las fosas nasales de esa gente desciende del pliegue del párpado hasta la parte interior del ojo. Si usted estira la piel por encima de la base de la nariz, tiene entonces un ojo como el nuestro. Es una mixtificación algo inquietante, pero no por eso menos honorable, pues, observado de cerca el epicanto, nos aparece como una imperfección de origen atávico.

—¡Ah, así es! —dijo Hans Castorp—. No lo sabía, pero me interesaba, desde hace tiempo, por conocer el misterio de esos ojos.

—¡Ilusión, mixtificación! —confirmó el consejero—. Dibújelos sencillamente oblicuos y hendidos y será usted hombre perdido. Es preciso que realice esa oblicuidad y esa apariencia apretada por el mismo procedimiento que lo realiza la naturaleza; que usted forme, de cierto modo, una ilusión, y es naturalmente necesario para eso que usted conozca la existencia del epicanto. Esas cosas conviene saberlas. Mire esa piel, esa piel del cuerpo. ¿No le parece elocuente?

—¡Por supuesto! —dijo Hans Castorp—, de una formidable elocuencia: ¡qué piel! Creo que jamás he visto una piel tan bien reproducida. Uno se figura ver los poros.

Y tocó ligeramente con la punta de los dedos el escote del retrato, que se destacaba muy blanco del rojo exagerado de la cara, como una parte del cuerpo que no está habitualmente expuesta a la luz y que sugería así con insistencia, intencionadamente o no, la idea de la desnudez. Un efecto, en todo caso, bastante burdo.

Sin embargo, el elogio de Hans Castorp era justificado. El esplendor mate de los blancos de ese busto delicado, pero no delgado, que se perdía en la tela azulada de la blusa, tenía mucha naturalidad, visiblemente había sido pintado con sentimiento y, a pesar de su carácter un poco dulzón, el artista había sabido darle una especie de realidad científica y precisión viviente. Se había servido, en particular, de la superficie ligeramente rugosa de la tela, sacando partido a través del color al óleo, en particular en la región de la clavícula, bastante saliente, como de una aspereza natural de la superficie de la piel. Un lunar, en la parte izquierda, allí donde el pecho comenzaba a dividirse, no había sido olvidado, y entre las prominencias se creía ver cómo se transparentaban ligeramente las venas azuladas. Se hubiera dicho que, ante las miradas del espectador, un estremecimiento apenas perceptible de sensualidad recorría aquella desnudez. Se podía imaginar que se percibía la emanación invisible y viva, la evaporación de aquella carne, de tal manera que si se hubiesen apoyado en ella se habría respirado, no un olor de pintura y barniz, sino el olor de un cuerpo humano. Al decir esto, no hacemos más que revelar las impresiones de Hans Castorp. Pero aunque él estuviese particularmente dispuesto a recibir tales impresiones, hay que hacer constar objetivamente de que el escote de madame Chauchat era, en efecto,

la parte mejor conseguida del cuadro.

El doctor Behrens se balanceaba, con las manos en los bolsillos de su pantalón, sobre la planta y la punta de los pies, y contemplaba alternativamente su trabajo y las caras de los visitantes.

—Esto me produce un gran placer, mi querido colega —dijo—; me satisface mucho que usted lo comprenda. Es, en efecto, muy útil, y no puede perjudicar el que se sepa también lo que pasa bajo la epidermis y que se pueda pintar al mismo tiempo lo que no se ve. En otros términos: que no se tengan con el modelo relaciones puramente líricas. Admitamos que se ejerce accesoriamente la profesión del médico, del fisiólogo, del anatomista, y que se tiene un discreto conocimiento de lo que está debajo. Eso puede tener sus ventajas, dígase lo que se diga. Esa piel está pintada científicamente, con el microscopio, es la verdad orgánica. Usted no está viendo sólo las capas epiteliales y córneas de la epidermis, sino también está imaginando lo que hay debajo, el tejido conjuntivo, con sus glándulas, sus vasos sanguíneos y sus papilas y, aún más abajo, la capa grasa, el almohadillado, ¿comprende?, el acolchonado que con todas sus células grasas, determina las exquisitas formas femeninas, pues todo lo que se sabe y todo lo que se piensa mientras se pinta ha desempeñado también su papel. Eso le guía a uno la mano y produce su efecto, se es o no se es, y eso hace elocuente el conjunto.

Hans Castorp estaba ardientemente exaltado por esta conversación, su frente se había enrojecido, sus ojos parecían hablar, y de pronto no supo qué contestar, pues tenía demasiadas cosas que decir. Primeramente, se proponía colocar el cuadro en un lugar más favorable que esa pared situada a contraluz; en segundo lugar, quería comentar las palabras del consejero sobre la naturaleza de la piel, cosa que le interesaba vivamente; y en tercer lugar, quería intentar expresar un pensamiento general y fisiológico que se le había ocurrido y que le impresionaba particularmente. Mientras alargaba la mano hacia el retrato para descolgarlo, comenzó diciendo presurosamente:

—¡Sí, sí! Muy bien, es muy importante. Bueno, es decir, doctor, usted decía: «No solamente relaciones puramente líricas.» Sería conveniente que, además de la relación lírica (al margen de las relaciones artísticas), existiesen todavía otras relaciones; en una palabra, que se considerasen las cosas bajo otro aspecto, por ejemplo: bajo el aspecto médico. Esto es extraordinariamente justo, perdone, doctor, quiero decir que es justo porque no se trata en el fondo de relaciones y puntos de vista diferentes, sino, propiamente hablando, de un solo y mismo punto de vista o, como mucho, de matices, es decir, variedades de un solo y mismo interés del cual la actividad artística no es más que una parte y una muestra, si puedo expresarme así. Pero perdóneme, descuelgo el cuadro, aquí está falto de luz, ya verá, voy a colocarlo allí, en el diván… Quería decir, ¿de qué se ocupa la ciencia médica? Naturalmente,

yo no entiendo nada de eso, pero en suma, ¿no se ocupa del hombre? ¿Y el derecho, la legislación, la jurisdicción? ¡También del hombre! ¿Y el estudio de las lenguas que ordinariamente no se separa del ejercicio de la profesión pedagógica? ¿Y la teología, la salvación de las almas, el sacerdocio espiritual? Todo esto se refiere al hombre, no son más que variantes de un solo interés importante y… capital, a saber, el interés hacia el hombre. En una palabra, son profesiones humanistas, y cuando se las quiere estudiar, se comienza por aprender ante todo las lenguas antiguas, ¿no es cierto? Tal vez le sorprende que hable de eso yo que no soy más que un realista, un técnico. Pero meditaba con frecuencia, cuando estaba en cama: es a pesar de todo, perfecto, es maravilloso que se coloque en la base de toda especie de profesión humanista el elemento formal, la idea de la forma, de la forma bella, ¿comprende?, eso presta a todo un carácter noble y superfluo y, además, algo así como sentimiento y… cortesía, ya que el interés de convertirte en una cosa parecida a una proposición galante… Es decir, quizá me expreso con torpeza, pero se aprecia el espíritu y la belleza, que en suma no han sido siempre más que uno, mezclados… En otras palabras: la ciencia y el arte. Y usted admitirá que el trabajo artístico incontestablemente forma también parte de eso, como quinta facultad en cierto modo, y que no es otra cosa que una profesión humanista, una variante de interés humanista, en la medida en que su objeto y finalidad esenciales son, una vez más, el hombre. Es verdad que, en mi juventud, nunca pinté más que barcos y agua, pero lo más interesante en pintura es, a mis ojos, el retrato, porque tiene como objeto inmediato el hombre y por eso, doctor, le pregunté enseguida si había usted hecho ensayos en este terreno… ¿No le parece que en este lugar estará mucho mejor?

Tanto Behrens como Joachim le miraban como para preguntarle si se avergonzaba de lo que estaba diciendo. Pero Hans Castorp estaba demasiado ocupado de sí mismo para sentirse cohibido por nada. Sostenía el retrato contra la pared, encima del diván, y esperaba que le contestasen si estaba mejor alumbrado en aquel lugar. Al mismo tiempo, la criada trajo en una bandeja un bote con agua caliente, una lamparilla de alcohol y tazas de café. El consejero le dijo que lo llevase todo al *fumoir* y, dirigiéndose a Hans Castorp, manifestó:

—Pensando como piensa debería interesarse más por la escultura que por la pintura… Sí, naturalmente, hay mejor luz aquí, si usted cree que puede soportar tanta… Quiero decir por la estatuaria, porque se ocupa más exclusiva y netamente del hombre en general. Pero no nos distraigamos, que el agua va a evaporarse completamente.

—Muy justo, la estatuaria —dijo Hans Castorp, mientras pasaba a la otra habitación y, olvidando colgar el cuadro o dejarlo sobre el diván, se lo llevaba consigo—. Ciertamente, una Venus griega o uno de esos atletas. En éstos, el elemento humanista aparece con mayor limpieza. En el fondo es lo más verdadero que hay, el

verdadero arte humanista, si se reflexiona.

—A fe mía en lo que se refiere a la pequeña Chauchat —hizo notar el consejero— se trata principalmente de un motivo pictórico; creo que Fidias o ese otro, cuyo nombre tiene una terminación judía, habrían arrugado la nariz ante ese género de fisonomía… ¿Qué hace usted? ¿Por qué pasea usted ese rábano?

—Perdone, voy a apoyarlo, aquí contra mi silla, por el momento… Los escultores griegos se preocupaban poco de la cabeza, lo que les importaba era el cuerpo, era tal vez el elemento propiamente humanista… ¿Decía usted que la plástica femenina está en la grasa?

—Es grasa —dijo con tono categórico el consejero, que había abierto un armario y sacado lo necesario para preparar el café: un molinillo turco en forma de tubo, una cafetera, el doble recipiente para el azúcar y para el café molido; todo ello de cobre —. Palmitina, oleína, estearina —añadió mientras vertía los granos de café de un bote de hojalata dentro del molinillo y comenzaba a dar vueltas a la manivela—. Como ven, me lo hago yo todo, así es dos veces mejor… ¿Qué esperaba, pues? ¿Qué se trataba de ambrosía?

—No, ya lo sabía, pero es curioso oírlo explicar —manifestó Hans Castorp.

Se hallaban sentados en el rincón, entre la puerta y la ventana, en torno de un velador de bambú que soportaba una bandeja de cobre adornada con motivos orientales, sobre la cual había sido colocado el servicio de café, junto con los trebejos para fumadores. Joachim se hallaba cerca de Behrens, en el diván copiosamente provisto de almohadones de seda, y Hans Castorp en un sillón de cuero, con ruedas, contra el cual había apoyado el retrato de madame Chauchat. Una abigarrada alfombra se hallaba rendida a sus pies. El consejero removía el café y el azúcar en la cafetera y hacía hervir el líquido encima de la lámpara de alcohol. La infusión morena se vertió en las pequeñas tazas y su sabor era tan dulce como fuerte.

—Nuestra plástica, por otra parte —dijo Behrens—, nuestra plástica, si puede hablarse de ella, es también, naturalmente, grasa, pero no en la misma medida que en la mujer. En nosotros la grasa no constituye, en general, más que la vigésima parte del peso del cuerpo, mientras que en las mujeres constituye la decimasexta parte. Sin el tejido elástico de la dermis no seríamos más que esperpentos. Se afloja, a la larga, y es entonces cuando se producen las famosas y poco estéticas arrugas de la piel. Ese tejido está cargado de grasa principalmente en el pecho y el vientre de la mujer, en la parte superior de las nalgas, en una palabra, allí donde se encuentra algo para el corazón y la mano. Las plantas de los pies son gordezuelas y cosquilleantes.

Hans Castorp daba vueltas entre sus manos al molinillo de café en forma de tubo. Como todo el resto del servicio, era más bien de origen hindú o persa que de origen turco. El estilo de los dibujos grabados en el cobre, cuyas superficies brillantes se destacaban del fondo mate, lo atestiguaban. Hans Castorp contempló aquella

decoración sin comprender, de pronto, los motivos. Cuando los hubo distinguido se puso rojo de repente.

—Sí, son unos cachivaches para hombres solos —dijo Behrens—. Por eso los tengo encerrados bajo llave. Mi perla de cocinera podría perder la cabeza. Pero me parece que a ustedes eso no puede hacerles mucho daño. Es el regalo de un cliente, una princesa egipcia que durante un año nos hizo el honor de permanecer entre nosotros. Vean, el dibujo se reproduce en cada pieza. ¿Sorprendente, verdad?

—Sí, lo es —respondió Hans Castorp—. ¡Pero no me impresiona, naturalmente! Se podría incluso darle una interpretación seria y solemne, si se quisiese, a pesar de que no está del todo indicado para un servicio de café. Los antiguos hubieran representado eso sobre sus ataúdes. Lo obsceno y sagrado no eran para ellos más que una sola y misma cosa.

—Bueno, en lo que se refiere a la princesa, creo que es más bien lo obsceno lo que importaba. Tengo todavía de ella excelentes cigarrillos, algo exquisito, que no ofrezco más que en ocasiones excepcionales.

Y sacó del armario una caja de colores vivos para presentarla a sus huéspedes. Joachim no aceptó y dio las gracias juntando los tacones. Hans Castorp se sirvió y fumó el cigarrillo, de un grueso y una longitud anormales, decorado con una esfinge impresa en oro, y que era, en efecto, exquisito.

—Díganos algo más de la piel, doctor, sea usted tan amable —rogó.

Había cogido de nuevo el retrato de madame Chauchat, lo había puesto sobre sus rodillas y lo contemplaba, arrellanado en la butaca, con el cigarrillo entre los labios.

—No precisamente de la grasa —continuó diciendo—; pues ya sabemos ahora a qué atenernos sobre eso. De esa piel humana, en general, que usted pinta tan bien.

—¿De la piel? ¿Le interesa acaso la fisiología?

—Sí, mucho. Me ha interesado siempre enormemente. Siempre he tenido mucha afición al cuerpo humano. Me he preguntado a veces si debería haberme hecho médico; desde cierto punto de vista, creo que esto me hubiera convenido. Quien se interesa por el cuerpo se interesa también por la enfermedad, sobre todo por la enfermedad, ¿no es cierto? Por otra parte, eso no demuestra nada, hubiera podido igualmente dedicarme a cualquier otra profesión. Por ejemplo, hubiera podido hacerme eclesiástico.

—¿Cómo es eso?

—Sí, a veces he tenido la impresión pasajera de que tenía vocación para esto.

—¿Por qué se ha hecho ingeniero?

—Por casualidad. Creo que son más bien las circunstancias exteriores las que me han decidido.

—Así pues, ¿la piel…? ¿Qué quiere que le cuente de esa superficie de sus sentidos? Es un cerebro externo, ¿lo comprende? Ontogénicamente hablando, tiene el

mismo origen que nuestros pretendidos órganos superiores, aquí arriba, en nuestro cráneo: el sistema nervioso central. El sistema nervioso central, y eso es muy conveniente que lo sepa, no es más que una forma evolucionada de la epidermis, y en las especies inferiores no hay diferencias entre el centro y la periferia, esos animales huelen y saborean por la piel, ¡imagínese!, no tienen más sentidos que el de su piel, lo que debe ser muy agradable, si nos ponemos en su lugar. Por el contrario, en los seres como usted y yo la ambición de la piel se reduce a mostrarse quisquillosa, porque no es más que un órgano de defensa y transmisión, pero presta una atención infernal hacia todo lo que se acerca demasiado al cuerpo, puesto que se extiende más allá de los órganos del tacto, a saber: a los pelos, el vello del cuerpo, que no se compone más que de pequeñas células de piel endurecidas y que permiten distinguir la menor aproximación antes de que la piel misma sea tocada. Entre nosotros, es incluso posible que el papel defensivo y protector de la piel no se reduzca sólo a las funciones físicas… ¿Sabe usted cómo se ruboriza o cómo empalidece? —No exactamente.

—He de confesarle que ni nosotros mismos lo sabemos, al menos en lo que se refiere al rubor. La cosa no ha sido aún completamente aclarada, pues hasta ahora no ha podido demostrarse la existencia, en las venas capilares, de músculos extensores que sean puestos en movimiento por los nervios vasomotores. De cómo se hincha la cresta del gallo, o cualquier otro ejemplo de fanfarronería que tenga a bien elegir para el caso es, por así decirlo, una cosa misteriosa, sobre todo cuando las influencias psíquicas entran en juego. Admitamos que hay relación entre la sustancia gris y el centro vascular del cerebro. Y, a consecuencia de ciertas excitaciones (por ejemplo, uno está profundamente avergonzado), esa unión se pone en juego y los nervios vasomotores obran sobre el rostro, y las vesículas se dilatan y se llenan, de manera que a uno se le pone la cabeza como la de un pavo y allá se queda uno completamente repleto de sangre y con la vista turbia. Por el contrario, en otro caso (cuando Dios sabe lo que nos espera, algo muy peligrosamente agradable, si usted quiere) las vesículas sanguíneas de la piel se encogen y la piel se pone pálida y fría, y uno tiene el aspecto de un cadáver a fuerza de emoción, con las órbitas color de plomo y una nariz blanca y puntiaguda. Y sin embargo, la simpatía hace latir el corazón.

—¡Ah!, ¿es así como ocurre? —inquirió Hans Castorp.

—Poco más o menos así. Son reacciones, ¿comprende? Pero como todas las reacciones y todos los reflejos tienen una razón de ser, nosotros los fisiólogos suponemos que incluso esos fenómenos secundarios de reacciones físicas son, en realidad, medios de defensa, reflejos protectores del cuerpo, como el ponérsele a uno la carne de gallina. ¿Sabe por qué razón se le pone a uno la carne de gallina?

—Tampoco lo sé a punto fijo.

—Eso se debe a unas glándulas sebáceas que segregan una sustancia albuminosa, grasienta, no muy apetitosa precisamente, pero que conserva la piel suave para que no se rompa y desgarre con la sequedad y sea agradable al tacto. No se puede imaginar cómo sería posible tocar la piel humana sin la colesterina. Esas glándulas sebáceas están reforzadas con pequeños músculos que pueden poner erecto el bulbo, y cuando hacen eso le pasa a usted lo que le pasó a aquel muchacho al que la princesa derramó sobre el cuerpo un balde lleno de peces; la piel se convierte en una lima, y cuando la excitación es demasiado fuerte, las papilas se ponen también eréctiles, los cabellos se erizan sobre la cabeza, lo mismo que los pelos del cuerpo, exactamente como un puercoespín que se defiende, y entonces puede usted decir que ha aprendido a temblar.

—Bueno, yo —dijo Hans Castorp— he aprendido con frecuencia. Tiemblo con facilidad en circunstancias muy diversas. Lo que me sorprende es que las papilas se yergan en circunstancias tan diferentes. Cuando alguien rasca con un pizarrín sobre un cristal, se me pone la carne de gallina, y una música particularmente bella me produce el mismo efecto, y cuando con motivo de mi confirmación, tomé parte en la Santa Cena, tuve continuamente la piel de gallina y los estremecimientos y cosquilieos no me desaparecían. Es extraño, y uno se pregunta por qué razón esos pequeños músculos se ponen en movimiento.

—Sí —dijo Behrens—. La irritación es la irritación. El porqué de la irritación importa poco al cuerpo. Que sean peces o la Santa Cena, las papilas se excitan.

—Doctor —dijo Hans Castorp, y contempló el retrato que estaba sobre sus rodillas—, desearía saber… Usted hablaba hace un momento de los fenómenos interiores, del movimiento de la linfa y de cosas análogas… ¿Qué es eso? Me gustaría saber algo más sobre el movimiento de la linfa, por ejemplo; si fuese tan amable, eso me interesa vivamente.

—Lo supongo —replicó Behrens—. La linfa es lo más fino, lo más íntimo y delicado que hay en toda la actividad del cuerpo. Supongo que usted se da claramente cuenta de ello, puesto que me lo pregunta. Hablo de la sangre y sus misterios, pues se considera a la sangre como un líquido muy especial. Pero la linfa es el jugo de los jugos, la esencia, ¿sabe usted?, una leche sanguínea, un líquido absolutamente delicioso que después de una alimentación grasa tiene precisamente el aspecto de la leche.

Y muy vivamente comenzó, en un lenguaje lleno de imágenes, a describir cómo esa sangre, ese caldo de un rojo de capa de teatro, producido por la respiración y la digestión, saturado de gas, cargado de quilo alimenticio, hecho de grasa, albúmina, hierro, azúcar y sal, es impelido, a una temperatura de 38 grados, por la bomba del corazón a través de los vasos y mantiene en todas partes del cuerpo la nutrición, el calor animal, en una palabra: la vida misma; cómo esa misma sangre no llega hasta

las células, sino que la presión bajo la cual se halla hace transpirar un extracto lechoso de la sangre a través de las paredes de los vasos y lo infiltra en los tejidos, de tal manera que penetra por todas partes y llena cada hendidura, dilata y tensa el elástico tejido conjuntivo. Eso es la tensión de los tejidos, la turgor, y es gracias a esa turgor cómo la linfa, después de haber recorrido amablemente las células y asegurado su nutrición, es enviada a los vasos linfáticos, a los vasa lymphatica, y vuelve a la sangre, cada día a razón de un litro y medio.

Describió el sistema de conductos y aspiración de los vasos linfáticos, habló del canal galactóforo, que recoge la linfa de las piernas, del vientre y el pecho, de un brazo y un lado de la cabeza; luego de los delicados órganos que se forman en todas partes de los vasos linfáticos, llamados «glándulas linfáticas» y situados en el cuello, el sobaco, las articulaciones, los codos, el tobillo, y en otros lugares no menos íntimos y delicados.

—Pueden producirse hinchazones en estos ganglios —declaró Behrens— y es precisamente de eso de donde hemos partido. De la hinchazón de los ganglios linfáticos, por ejemplo en las articulaciones de las rodillas y de los codos, como de los tumores hidrópicos aquí y allá hay siempre una razón, e incluso no es necesario que esa razón sea bella. En ciertas circunstancias, uno puede ser llevado fácilmente a suponer una obstrucción de los vasos linfáticos de origen tuberculoso.

Hans Castorp permaneció en silencio.

Luego dijo en voz baja:

—Sí, es eso. Hubiera podido hacerme médico con facilidad. El canal galactóforo, la linfa de las piernas… Esto me interesa mucho. ¿Qué es el cuerpo? —exclamó de pronto con impetuosidad—. ¿Qué es la carne? ¿Qué es el cuerpo humano? ¿De qué se compone? ¡Explíquenos eso esta tarde, doctor! Díganos eso de una vez para siempre y exactamente, para que lo sepamos.

—Agua —respondió Behrens—. ¿Se interesa también por la química orgánica? En su mayor parte, el cuerpo humano se compone de agua, de nada mejor ni peor. No hay motivo para preocuparse. La sustancia seca representa apenas el veinticinco por ciento, del que el veinte por ciento es sencillamente clara de huevo, albuminoides, si quiere usted explicarse en términos un poco más nobles, a los que no se ha añadido, más que un poco de grasa y sal. Eso es, poco más o menos, todo.

—Pero esa clara de huevo, ¿qué es?

—Toda clase de elementos: carbono, hidrógeno, nitrógeno, oxígeno, azufre; a veces, un poco de fósforo. Usted manifiesta una sed excepcional de saber. Muchas albúminas están combinadas con los hidratos de carbono, es decir, con azúcar de uva y almidón. Con la edad, la carne se hace coriácea, y esto es debido al hecho de que la gelatina aumenta en el tejido conjuntivo, la gelatina, ¿comprende?, la parte esencial de los huesos y los cartílagos. ¿Qué más le diré? Tenemos en el plasma muscular, una

especie de albúmina, el miosinógeno que, en un cuerpo muerto, se mete en la fibrina muscular y provoca la rigidez del cadáver.

—¡Ah, sí, la rigidez del cadáver! —exclamó Hans Castorp alegremente—. Muy bien, muy bien. Y luego viene el análisis general, la anatomía de la tumba.

—Sí, naturalmente. Lo ha dicho usted eso de una manera muy hermosa. La cosa entonces se amplía. Se desparrama en cierto modo toda esa agua, y los demás ingredientes sin vida se conservan muy mal, se pudren, se descomponen en combinaciones más simples, en combinaciones orgánicas.

—Podredumbre, descomposición —dijo Hans Castorp—, ¿no es eso la combustión, la combinación con el oxígeno, según tengo entendido?

—Así es, oxidación.

—¿Y la vida?

—También. También, joven. También es oxidación. La vida es principalmente una oxidación de la albúmina de las células, es de ahí de donde procede ese agradable calor animal, que a veces se siente en exceso. Sí, vivir es morir, no hay nada que añadir a eso, une *destruction organique*, como no sé qué francés, con su ligereza innata, bautizó a la vida. Por otra parte, lo que la vida tiene es el olor. Cuando lo creemos al revés, es nuestro juicio el que está corrompido.

—Y cuando uno se interesa por la vida —dijo Hans Castorp— se interesa principalmente por la muerte. ¿No es cierto?

—Dios mío, pero hay entre las dos una cierta diferencia. La vida es cuando, en la transformación de la materia, la forma persiste.

—¿Por qué conservar la forma? —dijo Hans Castorp.

—¿Por qué? Esa pregunta no tiene nada de humanista.

—La forma… Eso me tiene sin cuidado.

—A usted le pasa algo hoy. Algo agresivo… Pero voy a dejarles —dijo el consejero—. Me siento melancólico. —Y se puso una enorme mano delante de los ojos—. Me coge así, de pronto. He tomado café con ustedes con gran placer, y ahora me siento melancólico. Les ruego que me excusen. He estado muy satisfecho encontrándome entre ustedes, he tenido un verdadero placer…

Los primos se habían puesto de pie. Se reprocharon el haber distraído durante tanto tiempo al consejero… Él los tranquilizó.

Hans Castorp se apresuró a llevar el retrato de madame Chauchat a la habitación cercana y a colgarlo en su sitio.

Decidieron no volver al jardín. Behrens les indicó el camino a través de la casa, acompañándoles hasta la puerta vidriera. Su nuca parecía más saliente que de costumbre en el estado de ánimo que súbitamente le había invadido; guiñaba los ojos lacrimosos, y su bigote oblicuo, a causa de una mueca unilateral, prestaba a su rostro una expresión lamentable.

Mientras seguían los corredores y las escaleras, Hans dijo:

—Admitirás que era una buena idea.

—En todo caso es una variación —respondió Joachim—. Y os habéis aprovechado para hablar de muchas cosas, es preciso convenir en ello. Pero ya es hora de que, antes del té, pasemos veinte minutos en la cura de reposo. A ti te debe de parecer que se puede prescindir de eso, te muestras muy activo desde hace algún tiempo. Es cierto que tú no lo necesitas tanto como yo.

Investigaciones

De ese modo ocurrió lo que debía ocurrir, lo que Hans Castorp no se hubiese atrevido a imaginar ni en sueños; llegó el invierno, que Joachim ya conocía porque había llegado a la mitad del reinado del invierno anterior, pero al que Hans Castorp tenía cierto miedo, a pesar de que estaba perfectamente equipado. Su primo se esforzó en tranquilizarle.

—No debes imaginarlo desde un aspecto demasiado terrible, no se trata precisamente de un invierno ártico. El frío se siente poco gracias a la sequedad del aire y las calmas. Cuando uno va bien abrigado se puede permanecer hasta muy entrada la noche en el balcón sin sentir frío. Se trata de esa cuestión del cambio de temperatura por encima del límite de la niebla; hace mucho calor en las capas superiores, cosa que no se había descubierto. Se siente mucho más el frío cuando llueve. Pero ahora ya tienes tu saco de piel y también encienden la calefacción cuando el frío se acentúa.

Por otra parte, no podía hablarse de un asalto por sorpresa ni de cambios bruscos. El invierno llegó lentamente. Al principio, no pareció diferenciarse de algunos días fríos del pleno verano. Durante varios días sopló el viento del sur; el sol era pesado, el valle parecía encogido y empequeñecido y a su entrada la escenografía de los Alpes aparecía próxima y dura. Luego se elevaron las nubes, avanzaron desde el Pic Michel y desde el Tinzenhorn hacia el noroeste y el valle se oscureció.

Después llovió abundantemente. Más tarde la lluvia se hizo impura, de un gris blancuzco, y se mezclaba con la nieve; el valle fue invadido por los torbellinos y como eso duró bastante tiempo y en los intervalos la temperatura había descendido notablemente, la nieve no pudo fundirse del todo; estaba empapada de agua, pero permanecía. El valle se extendía bajo un vestido blanco, delgado, húmedo, remendado, sobre el cual se destacaba la rugosa capa de agujas de las vertientes negras. En el comedor, los radiadores comenzaban a ponerse tibios.

Era a principios de noviembre, en la proximidad de Todos los Santos. Y no ocurría nada nuevo. En agosto ya había pasado lo mismo y, desde hacía tiempo, uno ya estaba desacostumbrado a considerar la nieve como un privilegio del invierno. Sin cesar y en todas las estaciones, aunque a veces desde lejos, se tenía la nieve ante los ojos, pues siempre restos de ella brillaban en las hendiduras y los barrancos de la cadena rocosa del Raetikon, que parecía cerrar la entrada del valle, y siempre las majestades montañosas más lejanas del sur resplandecían nevadas.

Pero esta vez la caída de la nieve y el descenso de la temperatura se hicieron duraderos. El cielo pesaba, gris pálido y bajo, sobre el valle, se deshacía en copos que caían silenciosamente y sin descanso, con una abundancia exagerada y un poco inquietante, y de hora en hora aumentaba el frío.

Llegó una mañana en que Hans Castorp pudo registrar siete grados dentro de su habitación; al día siguiente no registró más que cinco. Era la escarcha que se obstinaba en mantenerse. Había helado durante la noche y continuaba helando durante el día, desde la mañana hasta la noche, y al mismo tiempo seguía nevando con breves interrupciones, y así siete días seguidos. La nieve se iba amontonando, entorpeciéndolo todo. Sobre el camino que conducía hasta el banco del arroyo, lo mismo que sobre el que llevaba hasta el valle, se había tenido que abrir pistas, pero eran ya muy estrechas y no había medio de salir de ellas. Cuando uno se encontraba con alguien, era preciso apretarse contra la pared de nieve y hundirse hasta las rodillas. Un rodillo apisonador de piedra, arrastrado por un caballo que un hombre conducía de la brida, rodaba todo el día sobre los caminos de allá abajo, y un trineo amarillo, que tenía el aspecto de una vieja diligencia de Francoma, precedido de un rompehielos semejante a un arado que hendía y rechazaba masas blancas, unía el barrio del Casino y la parte norte llamada Davos-Dorf.

El mundo, el mundo alto y perdido de los de aquí arriba, parecía almohadillado; todos los palcos y salientes llevaban su gorro blanco, los escalones del Berghof desaparecían y se transformaban en un plano inclinado, y gruesos almohadones de formas extravagantes pesaban en todas partes sobre las ramas de los pinos. Aquellas masas blancas resbalaban a veces, deshaciéndose en polvo, y una nube o niebla blanca se extendía entre los troncos. Las montañas de los alrededores estaban cubiertas de nieve, llenas de asperezas en las regiones inferiores, blandamente recubiertas las cimas de formas variadas que rebosaban el límite de los árboles. Reinaba la penumbra y el sol no aparecía más que como una luz pálida detrás de un velo. Pero la nieve difundía una luz indirecta, una claridad lechosa que embellecía al mundo y a los hombres, a pesar de que éstos tuviesen las narices rojas bajo los bonetes de lana blanca o de color.

En el comedor de las siete mesas, en aquella entrada del invierno, de la gran estación de aquellos parajes, dominaban las conversaciones animadas. Se decía que muchos turistas y deportistas habían llegado a Dorf, a Platz y poblaban los hoteles. Se calculaba el espesor de la nieve caída en sesenta centímetros y se decía que era ideal para los esquiadores. Se trabajaba activamente en la pista de *bobsleigh* que, en la otra vertiente, conducía de la Schatzalp al valle y que dentro de pocos días podría ser ya inaugurada a condición de que el *Foehn* no contrariase estas esperanzas. Se mostraba alegría por asistir a los movimientos de los que estaban sanos, los huéspedes de allá abajo, que iban de nuevo a comenzar las fiestas deportivas y los concursos, a los cuales se tenía la intención de asistir a pesar de la prohibición, abandonando la cura de reposo. Hans Castorp se enteró de que había una cosa nueva, un invento del norte, el *skikjoering*, una carrera, cuyos participantes se hacían arrastrar por caballos. Sería necesario escaparse para ver eso. También se hablaba de las fiestas de Navidad.

¡Navidad! No, Hans Castorp no había pensado todavía en eso. Pudo decir y escribir fácilmente que el médico opinaba que debía pasar el invierno con Joachim; pero eso, por lo que ahora veía, significaba que pasaría realmente el invierno aquí, lo cual tenía sin duda algo de espantoso para su corazón, porque —y no únicamente por esa razón— no había pasado jamás ese tiempo fuera de su país natal, alejado de su familia. ¡Oh, Dios mío, había que someterse, pues, a ello!

A pesar de todo, le parecía un poco prematuro hablar de Navidad antes del primer Adviento, y faltaban aún seis largas semanas hasta entonces. Pero ya se iba por ellas, ya se las «devoraba» en el comedor, fenómeno interior del que Hans Castorp ya habría adquirido una experiencia personal si hubiese estado habituado a entregarse a ello a la manera de sus compañeros más antiguos. Tales etapas en el curso del año, como la fiesta de Navidad, se les aparecían como puntos de descanso, como una especie de «columpios» gracias a los cuales se podía uno balancear y dar vueltas sobre los intervalos vacíos. Todos tenían fiebre, su nutrición se aceleraba, su vida física se sentía acentuada y estimulada, y tal vez eso se debía a que mataban el tiempo en su conjunto y con una gran rapidez. No se hubiera sorprendido de que hubiesen considerado la Navidad como una fecha ya pasada y hablasen inmediatamente del Año Nuevo y el Carnaval, pero no se era tan superficial y desordenado en el comedor del Berghof. Se detenían en Navidad y aquella fiesta causaba trastornos. Se deliberaba sobre el regalo común que, según la costumbre establecida en la casa, debía ser entregado la noche de Navidad al director, al doctor Behrens, y para el cual se había abierto una suscripción. Según los que estaban allí desde hacía más de un año, el pasado le habían ofrecido una maleta. Se hablaba esta vez de una mesa de operaciones, de un caballete, de una pelliza, de un sillón de muelles, de un estetoscopio con incrustaciones de marfil, o de cualquier otra cosa. Settembrini, al ser interrogado, recomendó la suscripción a una obra lexicográfica titulada *Sociología de los sufrimientos* que, según decía, se hallaba en preparación, pero únicamente un librero, que se sentaba desde hacía poco tiempo a la mesa de la Kleefeld, opinó en el mismo sentido. No había manera de ponerse de acuerdo. Con los pensionistas rusos, este acuerdo presentaba particulares dificultades. La suma tuvo que dividirse. Los moscovitas declararon que querían obrar con toda independencia y hacer ellos un regalo aparte a Behrens. La señora Stoehr manifestó, durante días enteros, una gran inquietud por la cantidad de diez francos que había imprudentemente adelantado a la señora Iltis y que ésta «se olvidaba» de devolverle. Los tonos con que la señora Stoehr pronunciaba la palabra «olvidado» tenían los más variados matices, pero estaban todos calculados para expresar la duda más profunda sobre dicho «olvido», que parecía querer persistir a pesar de las alusiones y los recordatorios más delicados. En ciertas ocasiones la señora Stoehr declaraba que renunciaba y que regalaba a la señora Iltis dicha suma: «Pago, pues, por mí y por ella —decía—. No soy yo quien se

ha de avergonzar.» Pero finalmente, había hallado una solución que comunicó a sus compañeros de mesa en medio de la risa general: se había hecho pagar los diez francos por la «administración», que los había puesto en la factura de la señora Iltis, de manera que la deudora había quedado contrariada y el asunto al fin resuelto.

Había cesado de nevar. El cielo aparecía, en parte, descubierto. Nubes de un gris azul, desgarradas, dejaban filtrar los rayos del sol, que coloreaban el paisaje. Luego el tiempo se hizo completamente despejado. Reinó un frío sereno, un esplendor invernal puro y tenaz en pleno noviembre, y el panorama a través de los arcos de la galería: las selvas empolvadas, los barracones llenos de nieve blanda, el valle blanco soleado bajo el cielo azul y resplandeciente, era magnífico. El brillo cristalino, el resplandor diamantino reinaban por todas partes. Muy blancas y muy negras, las selvas estaban inmóviles. En la noche, los parajes del cielo alejados de la luna se hallaban bordados de estrellas. Sombras agudas, precisas e intensas, que parecían más reales e importantes que los objetos mismos, caían de las casas, los árboles y los postes telegráficos sobre la llanura resplandeciente. Unas horas después de la puesta del sol, la temperatura descendía a siete u ocho grados bajo cero. El mundo parecía envuelto en una pureza helada, su suciedad natural aparecía oculta y hundida en el ensueño de una fantasía casi macabra.

Hans Castorp permanecía hasta muy avanzada la noche en su departamento de la galería, por encima del valle invernal y encantado, mucho más tiempo que Joachim, que se retiraba a las diez o un poco más tarde. Había acercado a la balaustrada de madera, por la que se extendía una almohada de nieve, su excelente *chaise longue* de colchón plegable y redondo cojín que sostenía la nuca. Sobre la mesita blanca a su lado, brillaba la lamparilla eléctrica, y junto a un montón de libros había un vaso de mantecosa leche que era servida a las nueve en el cuarto de todos los habitantes del Berghof, y en la cual Hans Castorp vertía un poco de coñac para hacerla agradable. Había ya recurrido a todos los medios de protección disponibles contra el frío, valiéndose de todos los elementos. Desaparecía hasta el pecho dentro del saco de pieles, que se podía abrochar y que había adquirido a tiempo en una tienda especializada de la región, y envolvía en torno de ese saco, según el rito, las dos mantas de pelo de camello. Llevaba, además, sobre sus vestidos de invierno, su corta pelliza, en la cabeza un bonete de lana, en los pies zapatos de fieltro y en las manos gruesos guantes forrados que no impedían, a pesar de ellos, que las manos se helasen.

Lo que le hacía permanecer tanto tiempo afuera, muchas veces hasta medianoche (hasta mucho tiempo después que el matrimonio de los rusos ordinarios hubiese abandonado su compartimiento vecino), era sin duda la magia de la noche invernal y también la música que, hasta las once, desde cerca o desde lejos, subía del valle; pero era principalmente la pereza y la sobreexcitación, una y otra a la vez y muchas veces de acuerdo, a saber: la pereza y fatiga de su cuerpo, enemigo de todo movimiento, y

la agitación de su espíritu absorbido, al cual ciertos estudios nuevos que había emprendido el joven no concedían reposo alguno. La temperatura le fatigaba y el frío ejercía sobre su organismo un efecto agotador. Comía mucho, se aprovechaba de las formidables comidas del Berghof, en las cuales las ocas asadas sucedían a un *rostbeaf* sazonado, y se alimentaba con ese apetito anormal que era, sin embargo, lo corriente y que en invierno parecía hacerse más intenso.

Al mismo tiempo, se hallaba presa de una somnolencia constante, hasta el punto de que, en las noches de luna, se dormía con frecuencia sobre los libros que había llevado con él —y que más adelante enumeraremos— para continuar, después de unos minutos, sus investigaciones inconscientes.

Hablar con animación —en la llanura tenía una tendencia a hablar deprisa, sin freno y de una manera casi atrevida—, hablar deprisa con Joachim, durante sus paseos a través de la nieve, era algo que le agotaba, produciéndole vértigos, temblores y una impresión de aturdimiento y embriaguez. Sentía que la cabeza le ardía. Su curva de temperatura había subido desde principios del invierno y el consejero Behrens le había hablado de inyecciones a las que se tendría que recurrir en el caso de que la temperatura se obstinase, y a las que las dos terceras partes de los pacientes, comprendiendo a Joachim, tenían que someterse regularmente. Pero Hans Castorp pensaba que esa combustión intensificada de su cuerpo se hallaba precisamente relacionada con aquella agitación y movilidad espiritual que, por una parte, hacía que se quedase hasta tan tarde en la resplandeciente noche helada, tendido sobre la *chaise-longue*. La lectura que le cautivaba le sugería tales explicaciones.

Se leía mucho en las salas de curación y en los balcones privados del Sanatorio Internacional Berghof, sobre todo los principiantes y los pensionistas que pasaban cortas temporadas, pues los pensionistas que se hallaban aquí desde hacía largos meses o desde hacía años, habían aprendido, desde hacía tiempo, a destruir el tiempo sin distracciones ni ocupaciones intelectuales, y a hacer que éste resbalase gracias a un virtuosismo interior. Declaraban incluso que era una falta de habilidad propia de novicios eso de agarrarse como recurso a los libros. Como mucho, se debía poner uno sobre las rodillas o sobre la mesita, lo que era ya suficiente para que se sintiera provisto de lo necesario. La biblioteca de la casa, políglota y rica en obras ilustradas, repertorio ampliado de sala de espera de dentista, se hallaba a disposición de todos. Se cambiaban las novelas procedentes de un gabinete de lectura de Platz. De vez en cuando aparecía un libro, un escrito, que era disputado y hacia el cual tendían las manos incluso aquellos que habían dejado de leer con una flema hipócrita. En la época a que hemos llegado, circulaba de mano en mano un cuaderno mal impreso, introducido por el señor Albin, que se titulaba *El arte de seducir*. El texto estaba traducido literalmente del francés y había sido incluso conservado, en la traducción,

la sintaxis de esa lengua, lo que daba a la prosa cierta ligereza y una elegancia atractiva. El autor exponía la filosofía del amor físico y la voluptuosidad con una especie de paganismo mundano y epicúreo. La señora Magnus, la que tenía albúmina, lo aprobó sin reservas. Su marido, el cervecero, pretendió haberse aprovechado desde varios aspectos de aquella lectura, pero deploró que la señora Magnus lo hubiese leído pues esas cosas «estropeaba» a las mujeres haciendo nacer en ellas ideas poco modestas. Estas palabras aumentaron naturalmente el interés que para los demás tenía dicha obra. Entre dos mujeres de la sala común, la señora Redisch, esposa de un industrial polaco, y una cierta viuda Hessefeld, de Berlín, se produjo, después de la comida, una escena poco edificante, pues las dos afirmaban haberse inscrito la primera para la lectura. A decir verdad, la discusión fue incluso brutal, y Hans Castorp se vio obligado a asistir a ella desde el balcón. El espectáculo terminó con un ataque de nervios de una de las señoras —tal vez era la Redisch, aunque podía ser también la Hessefeld— y con el traslado a su habitación de la mujer, enferma de furor. La juventud se había apoderado del tratado antes que las personas de edad madura. Se estudiaba en común, después de la cena, en una de las habitaciones. Hans Castorp vio al joven de la uña cómo lo entregaba en el comedor a una enferma leve, recientemente llegada, Fraenzchen Oberdank, una jovencita que había sido traída por su madre y que llevaba los cabellos rubios partidos por una raya.

Tal vez había excepciones, acaso había algunos huéspedes que ocupaban las horas de su cura de reposo en cosas seriamente intelectuales, en algún estudio útil, aunque no fuese más que para conservar el contacto con la vida de allá abajo, o dar al tiempo un poco de peso y profundidad a fin de que no fuese única y exclusivamente «tiempo». Tal vez, además de Settembrini, que se esforzaba en abolir los sufrimientos, y del bravo Joachim con sus gramáticas rusas, habría alguien que tendría una preocupación análoga, si no entre los habituales del comedor —lo que era poco probable—, al menos entre los que se hallaban en la cama y tal vez entre los moribundos. Hans Castorp se inclinaba a admitirlo.

En lo que se refiere a él, como el *Ocean steamships* ya no le decía nada, había pedido, al mismo tiempo que sus ropas de invierno, algunos libros relacionados con su profesión, obras técnicas sobre la construcción de buques. Pero esos volúmenes habían sido abandonados en provecho de otros que pertenecían a un sector y a una facultad diferentes y por cuyos temas al joven Hans Castorp se había interesado. Eran obras de anatomía, fisiología, biología, escritas en diferentes lenguas: en alemán, francés e inglés, obras que le habían sido enviadas por un librero, seguramente porque se las había encargado en uno de los paseos que había dado hasta Platz sin la compañía de Joachim, que había sido llamado para la inyección o para pasar por la báscula.

Joachim vio con sorpresa esos libros en manos de su primo. Le habrían costado

mucho dinero, pues se trataba de obras científicas. Los precios se hallaban todavía anotados en el interior de la encuademación o sobre el lomo. Preguntó por qué Hans Castorp, si deseaba leer tales obras, no se las había pedido prestadas al doctor Behrens, que poseía un rico y bien escogido surtido. Pero Hans Castorp contestó que deseaba tenerlas en su poder, que leía de un modo muy diferente cuando el libro le pertenecía; además, le gustaba señalar con lápiz algunos párrafos. Durante horas, Joachim oía en el departamento de su primo el ruido de la plegadera que iba cortando las hojas.

Los volúmenes eran pesados y poco manejables. Hans Castorp, tendido, apoyaba en el borde inferior en su pecho, sobre su estómago. Aquello le resultaba muy pesado, pero lo soportaba. Con la boca entreabierta, dejaba que sus ojos recorriesen las sabias parrafadas, que se hallaban casi inútilmente alumbradas por la claridad rojiza de la pantalla de la lámpara, pues las hubiese podido leer, si esto hubiese sido necesario, a la luz de la luna, y las iba acompañando con la cabeza hasta que su barbilla reposaba sobre el pecho, posición en la que el lector permanecía algún tiempo, reflexionando, soñoliento o medio dormido, antes de elevar su rostro hacia la página siguiente. Realizaba profundas investigaciones; leía mientras la luna seguía su órbita por encima del valle de la alta montaña resplandeciente de cristales, leía libros sobre la materia orgánica, sobre las cualidades del protoplasma, de esa sustancia sensible que se mantiene en un extraño estado interino entre la composición y descomposición, y sobre el desarrollo de sus formas, siempre originales y presentes; leía tomando una parte ferviente en la vida y en su misterio sagrado e impuro.

¿Qué es la vida? No se sabe. Tenía conciencia de ella incontestablemente, desde el momento que era vida, pero ella misma no sabía lo que era. Sin duda, la conciencia como sensibilidad se despertaba hasta cierto punto en las formas más inferiores y primitivas de la existencia; era imposible unir la primera aparición de los fenómenos conscientes a un punto cualquiera de su historia general o individual, hacer depender, por ejemplo, la conciencia de la existencia de un sistema nervioso. Las formas animales inferiores no tenían sistema nervioso, tampoco tenían cerebro, y, sin embargo, nadie se hubiera atrevido a poner en duda que tuviesen reflejos. Además, se podía detener la vida —la vida misma—, no sólo los órganos particulares de la sensibilidad que la constituían, no sólo los nervios. Se podía momentáneamente suspender la sensibilidad de toda materia dotada de vida, tanto en el reino vegetal como en el animal, se podía anestesiar los huevos y los espermatozoides por medio de cloroformo y clorhidrato de morfina. La conciencia de sí mismo era, pues, simplemente una función de la materia organizada, y en un grado más adelantado esa función se resolvía contra su propio portador, se convertía en tendencia a profundizar y explicar el fenómeno que había provocado; una tendencia llena a la vez de promesas y desesperación, de la vida a conocerse a sí misma, investigación vana

hasta el último extremo, puesto que la naturaleza no puede resolverse en la conciencia, ni la vida puede sorprender la última palabra de ella misma.

¿Qué era la vida? Nadie lo sabía. Nadie conocía el punto de la naturaleza de que nacía o en que se encendía. Nada era espontáneo en el dominio de la vida a partir de ese punto, pero la vida misma surgía bruscamente. Si se podía decir algo sobre ese aspecto era lo siguiente: su estructura debía de ser de una índole tan evolucionada que el mundo inanimado no tenía ninguna forma que se le asemejase ni remotamente. Entre el seudópodo y el animal vertebrado la distancia era despreciable, insignificante, en comparación con la que existía entre el fenómeno más sencillo de la vida y esa naturaleza que no merecía ni ser llamada muerta, puesto que era inorgánica. La muerte no era más que la negación lógica de la vida; pero entre la vida y la naturaleza inanimada se abría un abismo que la ciencia intentaba en vano franquear. Se realizaban esfuerzos para circunscribirla por medio de teorías, que él se engullía sin perder nada de su profundidad ni extensión. Para establecer un lazo se habían dejado inducir por la contradicción de suponer una materia viva incompleta, organismos simples que se condensaban en ellos mismos en una solución de albúmina como el cristal en el agua madre, aunque la diferencia orgánica fuese la condición capital y la manifestación de toda vida y que no se conociese ningún ser vivo que no debiese su existencia a una concepción. El triunfo, que había sido festejado cuando se pescó en el mar el mucílago primitivo, se había convertido en confusión. Se demostró que habían sido confundidos depósitos de yeso con el protoplasma. Pero a fin de no detenerse ante un milagro —pues la vida compuesta de los mismos elementos y descomponiéndose en los mismos elementos que la naturaleza inorgánica, sin formas intermedias, hubiese sido un milagro—, se habían visto, a pesar de todo, obligados a admitir una concepción inicial, es decir, a creer que el organismo nacía de lo inorgánico, lo que por otra parte era igualmente un milagro. Se continuó así admitiendo grados intermedios sin solución de continuidad suponiendo la existencia de organismos inferiores a todos los que se conocían, pero esos mismos tenían como ascendientes conatos de vida aún más primitivos, protozoos que nadie vería jamás, porque eran de una pequeñez inframicroscópica, y antes de su supuesto nacimiento, la síntesis de las combinaciones de la albúmina debía producirse…

¿Qué era, pues, la vida? Era calor, calor producido por un fenómeno sin sustancia propia que conservaba la forma: era una fiebre de la materia que acompañaba el proceso de la descomposición y la recomposición incesante de moléculas de albúmina de una estructura infinitamente complicada e ingeniosa. Era el ser de lo que en realidad no puede ser, de lo que oscila en un dulce y doloroso vaivén sobre el límite de la existencia, en ese proceso continuo y febril de la descomposición y la renovación. No era ni siquiera materia y tampoco espíritu. Era algo entre los dos, un

fenómeno llevado por la materia, semejante a la llama. Pero aunque no sacase nada de la materia, era sensual hasta la voluptuosidad y la repugnancia, el impudor de la naturaleza convertida en sensible a ella misma, era la forma impúdica del ser. Era una veleidad secreta y sensual y en el frío casto del universo, una impureza íntimamente voluptuosa de nutrición y excreción, un soplo excretor de ácido carbónico y sustancias nocivas de procedencia y naturaleza desconocidas. Era la vegetación, el desarrollo y la proliferación de algo hinchado, compuesto de agua, albúmina, sal y grasas, que se llama «carne» y que se convierte en forma, imagen y belleza, pero que es el principio de la sensualidad y el deseo. Pues esta forma, esta belleza no es llevada por el espíritu, como en las obras de la poesía y la música: no es tampoco llevada por una sustancia neutra y espiritualmente absorbida, por una sustancia que encarna el espíritu de una manera inocente, como se manifiestan la forma y la belleza de las obras plásticas. Es, por el contrario, llevada y desarrollada por la sustancia que despierta, de una manera desconocida, a la voluptuosidad, por la misma materia orgánica que vive descomponiéndose, por la carne perfumada…

Ante los ojos de Hans Castorp, que reposaba en el valle resplandeciente con el cuerpo saturado de calor que conservaba gracias a las pieles y la lana, la imagen de la vida aparecía en esa noche fría, iluminada por la luz del astro muerto. Esa imagen flotaba delante de él, en algún lugar del espacio, lejano y al mismo tiempo muy próximo a sus sentidos. Era un cuerpo blanco, exhalando olores y vahos, viscoso, la piel con toda impureza e imperfección de su naturaleza, con sus manchas, sus papilas, sus rincones amarillentos, sus arrugas y regiones granosas y velludas, recubiertas de corrientes y torbellinos delicados del rudimentario vello lanugo. Esa imagen no reposaba en el frío de la materia inanimada, sino en su esfera de barro, descuidadamente, coronada la cúspide de algo fresco, córneo, pigmentado, que era un producto de su piel, las manos unidas detrás de la nuca, mirando con las pupilas bajas, con esos ojos que un pliegue de la piel palpebral hacía aparecer oblicuos, con los labios entreabiertos, ligeramente tirantes, apoyada en una pierna, de manera que el hueso de la cadera que soportaba el peso se acusaba bajo la carne, mientras que la rodilla de la otra pierna, ligeramente plegada, rozaba el interior de la pierna, y el pie no tocaba el suelo más que con la punta de sus dedos. Estaba allí de pie, se volvía sonriendo, apoyada en su gracia, con los codos resplandecientes separados hacia adelante, en la simetría de sus miembros gemelos.

A la sombra de las axilas de un vaho acre, respondía, en un triángulo místico, la oscuridad del sexo, al igual que a los ojos la boca roja y epitelial, y a las flores rojas del pecho el ombligo vertical y alargado. Bajo la acción de un órgano central y los nervios motores que partían de la columna vertebral, el vientre y el tórax, la caverna pleuroperitoneal se dilataba y encogía; la respiración, recalentada y humedecida por las mucosas del conducto respiratorio, se escapaba de los labios, después que en los

alvéolos del pulmón había combinado su oxígeno con la hemoglobina de la sangre para permitir la respiración interior. Hans Castorp comprendía, pues, que en ese cuerpo vivo —en el equilibrio misterioso de su estructura—, alimentado de sangre, recorrido por los nervios, las venas, las arterias, los vasos capilares, bañado por la linfa, con su armazón interior de piezas huecas provistas de una médula grasa de huesos planos, largos o cortos que habían consolidado —con ayuda de sales calcáreas y gelatina— su sustancia primitiva, el jugo nuclear, para soportarle, con cápsulas y cavidades lubricadas, con tendones, cartílagos y articulaciones, con sus más de doscientos músculos, sus órganos centrales sirviendo a la nutrición, la respiración, la percepción y la emisión, con sus membranas protectoras, sus cavidades serosas, sus glándulas de abundantes secreciones, su complejo juego de conductos y hendiduras internas, que desbordaba por las aberturas del cuerpo en la naturaleza exterior, que ese Yo era una unidad viva de una especie superior y alejada de la de esos seres tan sencillos que respiran, se alimentan e incluso piensan con toda la superficie de su cuerpo; comprendía que estaba hecho de miríadas de organismos minúsculos que habían tenido su origen en uno solo de entre ellos —multiplicándose, desdoblándose sin parar, organizándose, diferenciándose—, desarrollados aisladamente, haciendo nacer formas que eran la condición y el efecto de su nacimiento.

El cuerpo, tal como le apareció entonces, ese ser distinto y ese Yo viviente era, pues, una formidable multitud de individuos que respiraban y se alimentaban, que se subordinaban y adaptaban a fines particulares, que habían hasta cierto punto perdido su existencia propia, su libertad y su vida independiente, convirtiéndose en elementos anatómicos, que la función de unos se reducía a la percepción de la luz, el sonido, el tacto, el calor, y otros no sabían más que modificar su forma contrayéndose, o segregar líquidos, mientras que otros no se habían desarrollado más que para proteger, sostener, transmitir jugos, o simplemente para la reproducción. Había desfallecimientos en esa pluralidad orgánica elevada a la forma de un Yo, casos en que la multitud de los individuos inferiores no se hallaba unida más que de un modo superficial e incierto a una unidad de vida superior. Nuestro investigador meditaba el fenómeno de las colonias de células, descubría que existían semiorganismos, algas cuyas células distintas no se hallaban envueltas más que por una membrana y que eran con frecuencia alejadas unas de otras, organismos de células múltiples a pesar de todo, pero que si se los hubiera interrogado, no hubiesen podido decir si querían ser considerados como una aglomeración de individuos unicelulares o como un ser en sí, y que hubieran oscilado extrañamente entre el Yo y el nosotros en su testimonio de ellos mismos. Aquí la naturaleza mostraba un estado intermedio entre la asociación de innumerables individuos elementales —formando los tejidos y órganos de un Yo superior—, y la libre existencia individual de esas unidades: el organismo multicelular no era más que una de las formas bajo las cuales aparecía el proceso

cíclico según el cual se desarrolla la vida, y que era un movimiento circulatorio de concepción en concepción. El acto que fecundaba, la función sexual de dos cuerpos de células, era el origen de la construcción de todo el individuo plural, tal como se le encontraba en toda la serie de criaturas elementales e individuales. Sin embargo, este acto persistía en algunas generaciones que no tenían necesidad de él para multiplicarse, que subsistían por el proceso continuo de la división hasta que llegaba un instante en que los descendientes nacidos sin el concurso del sexo se veían de nuevo obligados a la cópula y el círculo volvía a cerrarse. El múltiple reinado de la vida, salido de la fusión de los núcleos de dos células generadores era, por tanto, la comunidad de muchos individuos celulares formados sin el concurso del sexo; su aumento era su multiplicación, y el ciclo de la concepción se cerraba cuando las células sexuales, elementos desarrollados con el único fin de la reproducción, se habían constituido en él y encontraban el camino de una mezcla que estimulaba de nuevo a la vida.

Con un volumen de embriología sobre el estómago, nuestro héroe seguía el desarrollo del organismo a partir del instante en que el espermatozoo —uno de los múltiples espermatozoides—, progresando gracias a los movimientos de sus aletas traseras, chocaba con la punta de su cabeza contra la membrana del huevo y se hundía en la vesícula que se había formado para recibir el germen. No se podía imaginar ninguna broma ni caricatura que no se hubiese realizado en la naturaleza y en las variantes de este fenómeno constante. Había animales en que el macho era un parásito viviente en el intestino de la hembra; otros en los que el brazo del macho, penetrando en la garganta de la hembra, depositaba el semen, después de lo cual ese brazo cortado y vomitado, se escapaba corriendo con sus dedos con el único fin de dejar perpleja a la ciencia que le habían designado durante mucho tiempo, en griego o en latín, como un ser vivo autónomo. Hans Castorp oía cómo se querellaban las escuelas de los ovistas y los animalculistas, unos pretendiendo que el huevo era una rana, un perro o un hombre ya completamente terminado y que el esperma no había hecho más que determinar su desarrollo, mientras que otros veían en el espermatozoide, que poseía cabeza, brazos y piernas, un ser vivo prefigurado, al que el huevo no servía más que de terreno de alimentación, hasta que se pusieron de acuerdo para atribuir los mismos méritos al huevo y a la célula del germen, que había salido de células de reproducción primitivamente idénticas. Veía el organismo unicelular del huevo fecundado a punto de transformarse en un organismo multicelular, hendiéndose y segmentándose; veía los cuerpos de células formar la *blástula*, una de cuyas paredes se hunde en una cavidad que comienza a llenar las funciones de la nutrición y la digestión. Era el rudimento del tubo digestivo, el animal original, la *gástrula*, forma primitiva de toda la vida animal, forma fundamental de la belleza carnal. Sus dos capas epiteliales, la exterior y la interior, parecen órganos

primitivos que, por medio de salientes o hendiduras, dan nacimiento a las glándulas, los tejidos, los órganos de los sentidos y las prolongaciones del cuerpo. Una parte de la capa exterior se ensancha, se raja, se cierra en un canal y se convierte en la columna vertebral, en el encéfalo. Y de la misma manera que el *mucus* fetal se transforma en un tejido fibroso, en un cartílago, por el hecho de que los núcleos comienzan a producir, en lugar de la mucina, una sustancia gelatinosa, él veía en ciertos lugares a las células conjuntivas extraer sales calcáreas y sustancias grasas de los jugos que las bañan y osificarse. El embrión del hombre se hallaba encogido, plegado sobre sí mismo, caudífero, apenas diferente del cerdo, con un enorme tronco digestivo y extremidades encogidas e informes, la larva del rostro plegada sobre la hinchada barriga, y su desarrollo, a los ojos de una ciencia cuyas comprobaciones verídicas eran sombrías y poco atrayentes, no aparecía más que como la repetición rápida de la formación de una especie zoológica. Pasajeramente tenía bolsas bronquiales como las rayas. Parecía necesario o permitido deducir de los estados de desarrollo que recorría, el aspecto poco humano que el hombre terminado había ofrecido en los tiempos primitivos. Su piel estaba provista de músculos que se contraían para protegerse de los insectos y cubierta de abundante pelo; la extensión de su mucosa pituitaria era formidable; sus orejas, separadas y móviles, tomaban una parte muy importante en el juego de su fisonomía y eran más para captar el sonido que nuestras orejas actuales. Sus ojos, protegidos por un tercer párpado provisto de pestañas, se hallaban colocados a ambos lados de la cara, a excepción de un tercer ojo cuyo rudimento era la glándula pineal y que podía vigilar el cenit. Ese hombre poseía, además, un largo conducto intestinal, dientes molares y cuerdas vocales en la laringe que le permitían aullar, y el macho llevaba los testículos en el interior del vientre.

La anatomía despojaba y preparaba —a los ojos de nuestro explorador—, las partes del cuerpo humano; le mostraba sus músculos, sus tendones y sus fibras superficiales, profundos y subyacentes: los de las nalgas, los del pie y, sobre todo, los del brazo y antebrazo; le enseñaba los nombres latinos con los que la medicina, esa variante del espíritu humanista, los había noble y galantemente distinguido, y le hacía penetrar hasta el esqueleto, cuya constitución le abría nuevas perspectivas sobre la unidad de todo lo que es humano, sobre la conexión de todas las disciplinas. Pues aquí —¡extrañamente!— se encontró transportado a su profesión verdadera —o mejor dicho, antigua—, a la actividad científica de la que se había declarado representante al llegar aquí, a las personas que había encontrado (el doctor Krokovski, Settembrini). Para aprender algo —cualquier materia— había estudiado en las universidades muchas cosas sobre la estática, sobre los soportes flexibles, sobre la capacidad y la construcción, considerados como una administración racional del material mecánico. Hubiese sido sin duda pueril suponer que la ciencia del ingeniero, las leyes de la mecánica, habían sido aplicadas a la naturaleza orgánica,

pero no se podía tampoco pretender que hubieran sido deducidas de ésta. Se encontraban sencillamente reproducidas y confirmadas. El principio del cilindro vacío rige la estructura de los largos huesos medulares, de manera que el exacto mínimum de sustancia sólida responde a las necesidades estáticas. Un cuerpo —le habían enseñado a Hans Castorp— que respondiendo a las condiciones dadas de resistencia a la tracción y la compresión, no estaba compuesto más que de una armadura hecha de una materia resistente, puede soportar la misma carga que un cuerpo macizo de igual composición. De la misma manera durante la formación de los huesos medulares se podía observar que, a medida que se osificaba la superficie, las partes interiores, mecánicamente inútiles, de sustancias grasas se cambiaban en médula amarilla. El hueso femoral era una grúa en la construcción de la cual la naturaleza orgánica, por la flexión de la pieza ósea, había descrito casi las mismas curvas de compresión y tracción que Hans Castorp hubiera tenido que trazar regularmente si hubiese representado gráficamente un aparato sosteniendo la misma carga. Lo comprobaba con satisfacción, pues ahora veía con el fémur, o con la naturaleza orgánica en general, una triple relación: la relación lírica, la relación médica y la relación técnica, tan viva era la excitación de su espíritu. Y le parecía que esas tres relaciones no formaban más que una en el orden humano, es decir, que eran variantes de una sola y persistente tendencia de las facultades humanistas.

Sin embargo, la acción del protoplasma continuaba siendo absolutamente inexplicable; parecía vedado a la vida comprenderse a sí misma. La mayoría de los fenómenos bioquímicos eran no sólo desconocidos, sino que su propia naturaleza estaba hecha para escapar a la comprensión. No se sabía casi nada de la estructura, de la composición de esa unidad de vida que se llamaba la «célula». ¿De qué servía disecar las partes constitutivas del músculo muerto? No se podía analizar químicamente el músculo vivo: solamente las modificaciones que acarreaba la rigidez cadavérica bastaban para quitar todo alcance al experimento. Nadie comprendía la nutrición, nadie sabía nada del principio de la función nerviosa. ¿A qué cualidades las papilas gustativas debían el sentido del gusto? ¿En qué consistían las excitaciones diferentes de ciertos nervios sensitivos? El olor específico de los animales y los hombres era debido a la evaporación de sustancias innombrables. La composición del líquido segregado que se llama sudor era poco clara. Las glándulas que lo segregaban producían aromas que desempeñaban indudablemente un papel importante en los mamíferos y cuya significación no era conocida por el hombre. La función fisiológica de partes aparentemente importantes del cuerpo permanecía oscura. No se podía despreciar el apéndice, que era un misterio y que se encontraba, en el conejo, regularmente lleno de un caldo del que no se podía saber cómo entraba ni cómo se renovaba. ¿Pero qué sucedía con la sustancia blanca y gris de la médula cerebral? ¿Qué pasaba en el nervio óptico comunicando con las capas de materia gris del

«puente»? La médula cerebral y espinal era tan frágil que no había esperanza de penetrar jamás en su estructura. ¿Qué era lo que durante el sueño liberaba a la sustancia cortical de su actividad? ¿Qué impedía al estómago el digerirse a sí mismo, lo que, en efecto, se producía a veces en los cadáveres? Se respondía: «la vida», un poder de resistencia particular del protoplasma vivo, y se fingía que uno no se daba cuenta de que aquélla era una explicación mística. La teoría de un fenómeno tan diario como la fiebre estaba llena de contradicciones. La aceleración de los cambios tenía como consecuencia una producción más intensa de calor. ¿Pero por qué, en cambio, el gasto de calor no aumentaba como en otras circunstancias? La parálisis de las glándulas sudoríparas, ¿era debida a contracciones de la piel? Pero solamente se podía observar esto en caso de escalofríos, pues fuera de él la piel permanecía caliente. «El golpe de calor» revelaba al sistema nervioso central como la sede de la causa de la aceleración de los cambios; lo mismo que una particularidad de la piel era calificada de «anormal» porque no se sabía explicarlo.

¿Pero qué significaba esa ignorancia con relación a la perplejidad en que uno se hallaba ante fenómenos como el de la memoria, o de esa memoria amplificada y más sorprendente aún que constituye la transmisión hereditaria de cualidades adquiridas? Era imposible concebir, ni siquiera presentir una explicación mecánica de ese trabajo realizado por la sustancia celular. El espermatozoo, que transmitía al huevo las innumerables y complejas particularidades de la especie y de la individualidad del padre, no era visible más que con el microscopio, y el aumento más potente no bastaba para hacerle aparecer de otro modo que como un cuerpo homogéneo, ni permitía determinar su origen, pues aparecía idéntico en diversos animales. Eran esas condiciones de organización que obligaban a suponer que lo mismo pasaba en la célula que en el cuerpo superior que ésta engendraba, es decir, que la célula también era un organismo superior, el cual, a su vez se componía de minúsculos cuerpos vivos, de unidades de vidas individuales. Se pasaba, pues, del elemento que se había supuesto era el más pequeño a un elemento todavía mucho más infinitesimal, y surgía la necesidad de descomponer los fenómenos elementales en fenómenos aún mucho más inferiores. No había duda: lo mismo que el reino animal se componía de diferentes especies de animales, igual que el organismo animal humano se componía de todo un reino de especie de células, de la misma manera el organismo de la célula se componía de un nuevo y múltiple reino animal de unidades vivas elementales cuya magnitud estaba muy lejos del límite visible alcanzado por el microscopio, de unidades que crecían de ellas mismas, que se multiplicaban en sí mismas, obligadas por la ley a no reproducir más que sus semejantes, y que servían de concierto, según el principio de la división de trabajo, a la forma de vida colocada inmediatamente encima de ellas.

Eran los genes, los bioplastos, los bioforos. En aquella noche helada, Hans

Castorp sintió gran satisfacción por ir conociendo sus nombres. Pero, como se hallaba excitado, se preguntó cuál podría ser su naturaleza elemental si se les examinaba de cerca. Como eran portadores de vida debían estar organizados, pues la vida es organización. Si estaban organizados no podían ser elementales, pues un organismo no es elemental, es plural. Eran unidades de vida, por debajo de la unidad de las células, que se componían organizadamente. Pero si esto ocurría así, aunque fueran de una pequeñez que no se podía imaginar, debían estar construidos, orgánicamente construidos, como formas de vida, pues la noción de la unidad viviente era idéntica al concepto del conjunto orgánico de las unidades más pequeñas e inferiores, de unidades de vida organizadas para una vida superior. Así, por mucho que se las dividiese, se encontrarían unidades orgánicas que poseían las cualidades de la vida, es decir, las facultades de asimilar, de desarrollarse y de multiplicarse, y no había límite. Cuando se hablaba de unidades vivas se cometía una equivocación al hablar de unidades elementales, pues los conceptos de la unidad iban al infinito por el corolario de una unidad subordinada y componente, y la vida elemental, es decir, algo que era ya la vida pero que fuese elemental todavía, no existía.

Pero, aunque la lógica no adujese su existencia, debía, sin embargo, a fin de cuentas, existir una vida semejante, pues la idea de la generación espontánea, es decir, de una vida salida de lo no viviente, no podía ser rechazada, y ese abismo que se buscaba en vano llenar en la naturaleza exterior, el abismo entre la vida y lo inanimado, debería, en cierta manera, ser franqueado en el seno orgánico de la naturaleza. Esta división debía, no se sabía cuándo, conducir a unidades que estaban sin duda compuestas, pero que no se hallaban todavía organizadas, unidades intermedias entre la vida y la no-vida, grupos de moléculas formando la transición entre la organización viva y la simple química. Pero, al llegar a la molécula química, se encontraba uno de nuevo ante un abismo profundo, infinitamente más misterioso que el abismo entre la naturaleza orgánica y la inorgánica, delante del abismo que separaba lo material de lo inmaterial, pues la molécula se componía de átomos, y el átomo no era, ni de lejos, bastante pequeño para poder ser calificado como límite, a pesar de que fuese extraordinariamente mínimo. Era una condensación tan mínima, tan minúscula, tan precoz y tan transitoria de lo inmaterial, de lo aún no material, pero que ya se parecía a la materia, es decir, a la energía, que no se le podía considerar aún como material y se le podía imaginar más bien como un estado limitativo e intermedio entre lo material y lo inmaterial. El problema de otro génesis original todavía infinitamente mucho más enigmático y más atrevido que la generación espontánea comenzaba a plantearse: el del origen de la materia salida de lo inmaterial. En efecto: el abismo entre la materia salida y la no-materia podía ser llenado con tanta insistencia como el abismo entre la naturaleza orgánica y la inorgánica. Debía necesariamente haber una química de lo inmaterial, de las

combinaciones inmateriales de las que había salido de la materia, de la misma manera como los organismos habían salido de las combinaciones inorgánicas, y los átomos podían ser los protozoos y las mónadas de la materia, de una sustancia a la vez material e inmaterial. Pero llegados a «lo que ni siquiera es pequeño», toda medida se escapa, «lo que ni siquiera es pequeño» es ya casi «lo inmensamente grande», y el paso dado hacia el átomo aparece sin exageración como fatal, pues en el instante en que la materia termina manifestándose y desmenuzándose, el universo astronómico se abre de pronto ante nuestros ojos.

El átomo es un sistema cósmico cargado de energía, en el seno del cual gravitan los cuerpos en una rotación frenética alrededor de un centro semejante al sol, y cuyos cometas recorren el aire a velocidades medidas en años luz, mantenidos en sus órbitas excéntricas por el poder del cuerpo central. También constituía una comparación cuando se llamaba a un cuerpo multicelular un «estado celular». La ciudad, el estado, la comunidad social organizada según el principio de la división del trabajo eran no sólo comparables a la vida orgánica, sino que la repetían exactamente. De la misma manera, en lo más hondo de la naturaleza se reflejaba infinitamente el universo estelar, el macrocosmos, cuyos grupos, figuras, nebulosas, nubes palidecidas por la luna flotaban ante los ojos de nuestro adepto, por encima del valle resplandeciente de nieve. ¿No era permitido pensar que ciertos planetas del sistema solar atómico —esos ejércitos de vías lácteas y sistemas solares que componían la materia—, que uno u otro de esos cuerpos celestes intraterrestres se encontrarían en un estado semejante al que hacía de la Tierra una sede de vida? Para un joven adepto un tanto perplejo, que no estaba sin embargo falto de experiencia en el dominio de las cosas prohibidas, tal suposición no sólo era extravagante, sino que resultaba seductora hasta el punto de imponérsele con toda la apariencia lógica de la verdad. La «pequeñez» de los cuerpos estelares intraterrestres hubiese sido una objeción muy poco objetiva, pues toda medida se había perdido en el instante en que el carácter cósmico de esas partículas ínfimas se había revelado, y los conceptos de interior y exterior habían igualmente perdido su solidez. El mundo de los átomos era un «exterior», así como que muy probablemente la estrella terrestre que habitamos, considerada orgánicamente, era un profundo «interior». En sus osados ensueños, ¿no había llegado un sabio a hablar de los animales de la Vía Láctea, monstruos cósmicos cuya carne, huesos y cerebro se componían de sistemas solares? Pero si ocurría como pensaba Hans Castorp, todo comenzaba en el momento en que uno imaginaba que había llegado al término. Y tal vez, en el fondo más secreto de su naturaleza, se encontraba él mismo una vez más, él, el joven Hans Castorp, una y cien veces más, bien abrigado en el compartimiento del balcón, tumbado en su cómoda *chaise longue*, ante una noche helada de luna clara, en la montaña, leyendo con los dedos entorpecidos y la cara ardiente, estudiando, con un interés humanista y medico, la vida del cuerpo.

La anatomía patológica, uno de cuyos volúmenes sostenía inclinado hacia la luz roja de la lámpara, le informaba, por medio de un texto sembrado de ilustraciones, sobre el carácter de los grupos parasitarios de células y tumores infecciosos. Eran formas de tejidos —particularmente lujuriantes— provocadas por la irrupción de células extranjeras en un organismo acogedor y que, de algún modo —tal vez sea preciso decir de un modo depravado—, ofrecía a su crecimiento condiciones favorables. No era que el parásito hubiese tomado su alimento del tejido que le sustentaba, sino que, alimentándose como toda célula, producía combinaciones orgánicas que eran sorprendentemente tóxicas y perjudiciales para las células del organismo que lo albergaba. Se había conseguido aislar y presentar bajo una forma concentrada las toxinas de algunos microorganismos, y había causado sorpresa ver que las dosis ínfimas de esos cuerpos, que no eran más que albúminas introducidas en la circulación de un animal, determinaban fenómenos de envenenamiento peligrosísimos y acarreaban una rápida destrucción. La apariencia exterior de esta corrupción era la de una excrecencia de tejidos, el tumor patológico que constituía la reacción de las células contra los bacilos establecidos entre ellas. Nudos espesos se producían, compuestos de células aparentemente viscosas, entre las cuales y en las cuales se instalaban las bacterias, y algunas de estas células eran extraordinariamente ricas en protoplasmas, inmensas y cubiertas de una multitud de nudos. Pero esta efervescencia conducía a una rápida ruina, pues de inmediato los nudos de esas células monstruosas comenzaban a descomponerse y su protoplasma a lubricarse, nuevas zonas vecinas de tejidos eran invadidas por aquella afluencia extranjera, fenómenos de inflamación se iban difundiendo y atacaban los vasos vecinos, los glóbulos blancos se aproximaban atraídos por el desastre, la muerte por coagulación progresaba y, sin embargo, los venenos solubles de las bacterias habían embriagado, desde hacía mucho tiempo, los centros nerviosos; el organismo alcanzaba una temperatura elevada y con el pecho tempestuoso marchaba tambaleándose hacia la disolución.

Todo esto se refería a la patología, a la doctrina de la enfermedad, y era el acento del dolor colocado sobre el cuerpo, pero al mismo tiempo sobre la voluptuosidad. La enfermedad era la forma depravada de la vida. ¿Y la vida? ¿No era quizá también una enfermedad infecciosa de la materia, al igual que lo que podía llamarse el génesis original de la materia no era tal vez más que la enfermedad, el reflejo y la proliferación de lo inmaterial? El primer paso hacia el mal, la voluptuosidad y la muerte había partido sin duda de allí donde, provocada por el cosquilleo de una infiltración desconocida, esa primera condensación del espíritu, esa vegetación patológica y superabundante se había producido de un tejido, medio por placer, medio por defensa, constituyendo el primer grado de lo sustancial, la transición de lo inmaterial a lo material. Era el pecado original. La segunda generación espontánea, el

paso de lo inorgánico a lo orgánico, ya no era más que una peligrosa adquisición de conciencia del cuerpo, lo mismo que la enfermedad del organismo era una exageración embriagada y una acentuación depravada de su naturaleza física. La vida no era ya más que una progresión por el camino aventurero del espíritu impúdico, un reflejo del calor de la materia despierta a la sensibilidad y que se había mostrado sensible a ese llamamiento…

Los libros se hallaban acumulados sobre la mesita, uno yacía en el suelo, al lado de la *chaise-longue*, sobre la alfombra de la galería, y el que Hans Castorp había ojeado últimamente pesaba sobre su estómago, le cortaba la respiración, pero sin que su materia gris diese orden a los músculos para alejarlo. Había leído la página de arriba abajo, la barbilla tocaba en el pecho y los párpados se habían cerrado sobre los ojos azules y candidos. Veía la imagen de la vida, sus miembros florecientes, la belleza sustentada por la carne. Esa belleza había separado las manos de su nuca, había abierto los brazos y, en el interior —particularmente bajo la piel delicada de la articulación del codo—, las venas, las dos ramas de las grandes venas se dibujaban, azuladas, y esos brazos eran de una inexpresable dulzura. Ella se inclinó hacia él; Hans Castorp sintió su olor orgánico, sintió el choque de su corazón que latía. Un suave calor enlazó su cuello y, mientras desfallecía de placer y angustia, posó sus manos sobre el exterior de esos brazos, allí donde la piel tersa sobre el tríceps era de una exquisita frescura, y sintió sobre sus labios la succión húmeda de un beso.

Danza macabra

Poco tiempo después de Navidad murió el «perfecto caballero»… Pero antes se celebró la Navidad, esos dos días de fiesta o, más exactamente, esos tres días que Hans Castorp había sentido, con cierto espanto, que se aproximaban mientras se encogía de hombros y se preguntaba cómo pasarían, y que luego habían aparecido y pasado como días ordinarios, con una mañana, una tarde y una noche y con ligero cambio de un tiempo mediano —hubo un poco de deshielo.

Exteriormente, se habían distinguido un poco de los otros y habían ejercido su dominio sobre los cerebros y corazones de los hombres: luego quedaron convertidos en un pasado reciente cada vez más lejano, dejando recuerdos que se destacaban de la vida cotidiana.

El hijo del consejero, llamado Knut, vino a pasar las vacaciones al lado de su padre, en el ala del sanatorio. Era un bello muchacho cuya nuca comenzaba también a sobresalir. Se sentía en la atmósfera la presencia del joven Behrens. Las mujeres se mostraban risueñas, coquetas y excitadas, y en sus conversaciones hablaban de encuentros con Knut en el jardín, en el bosque o en el barrio del Casino. Por otra parte, él mismo recibió visitas: cierto número de camaradas de universidad subieron al valle, seis o siete estudiantes que se alojaron en la aldea, pero iban a comer a casa del doctor y recorrían en grupo toda la comarca. Hans Castorp procuró no encontrarse con ellos. Evitaba a esos jóvenes con Joachim cuando era preciso, pues sentía muy pocas ganas de hablar con ellos. Todo un mundo separaba, al que formaba parte de «los de aquí arriba», de esos cantores, esos turistas que blandían sus bastones; no quería saber ni oír nada de ellos. Además, la mayoría de los visitantes parecían del norte, tal vez se encontraba entre ellos alguno de sus conciudadanos, y Hans Castorp sentía la mayor repugnancia respecto a sus paisanos. A menudo consideraba con recelo la eventualidad de la llegada al Berghof de algunos hamburgueses, y mucho más cuando Behrens había dicho que esa ciudad proporcionaba al establecimiento un contingente de importancia. Tal vez se encontraba alguno entre los enfermos graves o los moribundos que nadie veía. No sabía más que de un comerciante de hundidas mejillas que se sentaba, desde hacía algún tiempo, a la mesa de la señora Iltis, y que debía de ser natural de Cuxhaven. Hans Castorp, pensando en esa vecindad, se alegró de que aquí hubiese tan poco contacto entre los pensionistas que no se sentaban a la misma mesa y, además, de que su país natal estuviese extendido y dividido en esferas tan distintas. La presencia indiferente de ese comerciante tranquilizó las inquietudes que le habían nacido ante el pensamiento de que podía haber aquí hamburgueses.

La noche de Navidad se acercaba; un buen día se hizo inminente y, al siguiente, había llegado… Seis semanas habían transcurrido desde el día en que Hans Castorp se había extrañado de que ya se hablase de Navidad; por consiguiente, tanto tiempo

—si eso se quiere expresar en cifras— como había durado su permanencia prevista de antemano y luego las tres semanas que había pasado en la cama. Y, sin embargo, esas primeras seis semanas le habían parecido un lapso de tiempo considerable, sobre todo la primera parte, según juzgaba ahora, mientras que una cantidad igual hoy no tenía casi importancia. Ahora vería que la gente del comedor había tenido razón al hacer tan poco caso de ese tiempo. Seis semanas, no tantas como días tiene cada semana, no tenían importancia desde el momento en que se planteaba la cuestión de saber lo que era una de esas semanas, uno de esos pequeños circuitos de lunes a domingo, y de nuevo de otro lunes al siguiente domingo. Bastaba considerar el valor y la importancia de la unidad más pequeña y cercana, para comprender que el total no podía sumar gran cosa; ese total que, además, sufría una abreviación, un encogimiento y un aniquilamiento muy sensibles. ¿Qué era un día contado, por ejemplo, a partir del instante en que uno se sentaba a la mesa para almorzar hasta la vuelta de ese instante después de veinticuatro horas? Nada, ¡a pesar de que fuesen veinticuatro horas! ¿Y que era una hora pasada en la cura de reposo, en el paseo o en la comida, cuya enumeración agotaba casi todas las posibilidades de hacer pesar esa unidad de tiempo? ¡Nada! El total de esos «nada» no valía la pena de ser tenido en cuenta. La cosa no tenía importancia hasta que la escala descendía hacia las más pequeñas medidas: esas siete veces sesenta segundos, durante los cuales se tenía el termómetro entre los labios, a fin de poder prolongar la gráfica de la temperatura, hacían la vida dura y eran de un peso poco ordinario; se dilataban hasta formar una pequeña unidad, insertaban períodos de la más firme solidez en la fuga rápida y en el juego de sombras de amplio tiempo…

Las fiestas apenas turbaron el régimen habitual de los habitantes del Berghof. Algunos días antes se había elevado a la derecha del comedor, cerca de la mesa de los rusos ordinarios, un esbelto pino, y su aroma, que a través del olor de los platos abundantes llegaba a veces hasta los comensales, encendía reflejos pensativos en los ojos de algunas personas en torno de las siete mesas. En la comida del veinticuatro de diciembre el pino apareció decorado con hilos dorados, bolas de vidrio, piñas de oro, pequeñas manzanas suspendidas de hilos y toda clase de bombones, y las velas de ceras de colores brillaron durante y después de la comida. Según se decía, en las habitaciones de los enfermos que se hallaban en la cama habían sido colocados pequeños árboles también iluminados; cada uno tenía el suyo. El correo era abundante desde hacía algunos días; Joachim Ziemssen y Hans Castorp habían recibido también envíos de su lejano país, regalos cuidadosamente empaquetados que se hallaban ahora dispersos por el cuarto; vestidos cuidadosamente elegidos, corbatas, chucherías lujosas de cuero y níquel, pasteles de Navidad, nueces y pasteles de almendra, provisiones que los primeros contemplaban con un aire incierto, preguntándose cuándo llegaría el instante en que podrían comer de ellas. Schalleen

era quien había confeccionado el paquete de Hans Castorp, él lo sabía perfectamente, y era ella también quien había hecho las compras de los regalos después de haber consultado seriamente con los tíos. Llegó, con los paquetes, una carta de James Tienappel, en grueso papel pero escrita a máquina. El tío transmitía las felicitaciones del tío-abuelo y hacía votos por una rápida curación y con mucho sentido práctico había unido a las felicitaciones de Navidad las de Año Nuevo, como por otra parte también había hecho Hans Castorp cuando, tendido sobre la cama, había escrito oportunamente al cónsul Tienappel su carta de felicitación y los detalles sobre su estado de salud.

En el comedor, el árbol crujía, perfumaba y mantenía en los corazones y los espíritus la conciencia de la hora. La gente se había compuesto, los señores llevaban sus trajes de etiqueta, las señoras lucían las alhajas que las manos amantes de los esposos les habían enviado del país llano. Clawdia Chauchat había sustituido la blusa de lana, corriente en esos lugares, por un vestido de gala, pero el corte tenía algo de arbitrario, más bien de nacional; era un conjunto claro bordado, provisto de un cinturón de un carácter rústico, ruso, al menos balcánico, tal vez búlgaro, decorado con lentejuelas de oro, y cuyos pliegues profusos daban a su silueta una plenitud particularmente suave, correspondiendo a lo que Settembrini llamaba «su fisonomía tártara», especialmente a sus ojos de «lobo de las estepas».

Reinaba una gran alegría en la mesa de los rusos distinguidos; allí saltó el primer tapón de champán, y todas las demás mesas comenzaron entonces a descorchar las botellas.

En la mesa de los primos, la vieja encargó champán para su sobrina y para Marusja, y luego invitó a todo el mundo. El menú fue selecto y terminó con los pasteles de queso y los bollos; luego se completó con café y licores y, de vez en cuando, una rama de pino que se quemaba y debía ser rápidamente apagada provocaba un pánico estridente y exagerado.

Settembrini, vestido como de costumbre, se sentó un instante, al terminar la comida, a la mesa de los primos; bromeó con la señora Stoehr y conmemoró, con algunas palabras, al Hijo del Carpintero y al Rabino de la humanidad, cuyo aniversario se celebraba hoy. ¿Había vivido verdaderamente? Eso no se sabía con certeza. Pero lo que había nacido en aquellos tiempos y lo que había comenzado su marcha victoriosa, ininterrumpida, era la idea del valor del alma individual, al mismo tiempo que la idea de igualdad: en una palabra, era la democracia individualista. Desde este punto de vista consentía en vaciar el vaso que había sido colocado delante de él. La señora Stoehr juzgó esa manera de expresarse como «equívoca y sin alma». Se puso en pie para protestar y, como había comenzado ya el desfile del comedor, sus compañeros de mesa la imitaron.

La reunión de la tarde tenía su importancia y animación a causa de la entrega de

los regalos al doctor Behrens, que permaneció durante media hora con Knut y la señorita Mylendonk. La ceremonia se verificó en el salón donde se hallaban los aparatos ópticos. El regalo de los rusos consistía en un objeto de plata, un enorme plato redondo, en el centro del cual se había grabado el monograma del doctor y que, eso saltaba a la vista, era completamente inútil. En cambio, el consejero se podría al menos tumbar sobre la *chaise-longue* que los demás pensionistas le habían ofrecido, aunque no tenía ni colchón ni almohadones y se hallaba sencillamente cubierta de tela. Pero su respaldo era móvil, y Behrens pudo comprobar su comodidad tendiéndose con su inútil plato bajo el brazo, cerrando los ojos y poniéndose a roncar estrepitosamente, mientras pretendía ser el dragón Fafnir guardando su tesoro. Esto provocó una alegría general. Madame Chauchat también se rió de aquella escena, sus ojos se plegaron y su boca permaneció abierta, exactamente, pensó Hans Castorp, como cuando Pribislav Hippe reía.

Inmediatamente después de la marcha del doctor comenzó el juego. La sociedad rusa ocupó, como siempre, el pequeño salón. Algunos huéspedes permanecieron de pie, en el comedor, en torno al árbol de Navidad, contemplando cómo se iban extinguiendo las velas en sus pequeñas cápsulas de metal, y comiéndose los bombones colgados de las ramas. En las mesas, que se hallaban ya puestas para la cena, algunas personas permanecían sentadas, alejadas de otras apoyándose en los codos, ensimismadas.

El primer día de Navidad fue húmedo y brumoso. Se hallaban rodeados de nubes, según dijo Behrens. Nunca había niebla aquí arriba. Pero nubes o niebla, la cuestión era que la humedad se hacía penetrante. La nieve se iba deshelando en la superficie, se hacía porosa y rezumante. La cara y las manos, durante la cena, se entumecían de un modo mucho más penoso que en los días de hielo y sol.

El día se distinguió por una velada musical, un verdadero concierto, con programas impresos ofrecidos a todo el mundo por los de la dirección del Berghof. Fue un recital de canciones dado por una cantante profesional que se hallaba establecida en Davos e impartía lecciones. Llevaba la cantante una especie de medallas de encaje en el escote de su vestido de gala, tenía unos brazos que parecían palos y una voz cuyo timbre, singularmente sordo, informaba de un modo deprimente sobre las razones de su estancia en aquellos lugares. Cantaba:

«Je porte avec moi
Mon amour…»

La pianista que la acompañaba era también habitante de Davos. Madame Chauchat estaba sentada en la primera fila, pero aprovechó el primer descanso para retirarse, de manera que Hans Castorp, a partir de aquel momento, pudo escuchar con el corazón tranquilo la música (de todos modos se trataba de música), siguiendo el

texto de las canciones impreso en los programas.

Por algún tiempo, Settembrini permaneció sentado a su lado, luego el italiano también desapareció después de haber hecho algunas observaciones elásticas y plásticas sobre el *bel canto* de la cantante y después de haber manifestado satíricamente su satisfacción por la reunión que se celebraba en esa velada. A decir verdad, Hans Castorp se sintió aliviado cuando los dos se hubieron marchado, la mujer de los ojos oblicuos y el pedagogo, y pudo con toda libertad conceder su atención a las canciones. Juzgó acertado que en todo el mundo, aun en las circunstancias más especiales, se hiciese música, incluso durante las expediciones polares.

El segundo día de Navidad no se distinguió en nada de un domingo, ni casi de un día ordinario de la semana; se diferenció tan sólo por la ligera conciencia que de su presencia se tenía, y cuando hubo transcurrido la fiesta de Navidad se encontró relegada al pasado, o más exactamente, en un lejano porvenir, a una distancia de un año: doce meses transcurrirían de nuevo, al terminar los cuales Navidad se renovaría, es decir, contando bien, sólo siete meses más que los que Hans Castorp había pasado aquí.

Pero inmediatamente después de la Navidad de ese año, antes del Año Nuevo, murió el gentilhombre. Los primos se enteraron por Alfreda Schildknecht, llamada hermana Berta, enfermera del pobre Fritz Rotbein, quien les comunicó con mucha discreción la noticia en el pasillo. Hans Castorp tomó una parte viva e insistente en este acontecimiento, primero porque las manifestaciones de vida del caballero habían formado parte de las primeras impresiones que había recibido aquí —de las que, entre éstas, según le parecía, habían provocado aquella sensación de calor en la cara, sensación que desde entonces había persistido— y luego por razones morales, es decir, de orden espiritual.

Joachim entabló una larga conversación con la enfermera, que se agarró con agradecimiento a ese diálogo y a ese cambio de impresiones.

Era un milagro —decía ella— que el gentilhombre hubiese logrado resistir hasta los días de fiesta. Desde hacía largo tiempo había mostrado mucha resistencia, pero nadie podía explicarse por qué medios había conseguido respirar durante los últimos tiempos. Es verdad que, desde hacía muchos días, no se había sostenido más que gracias a prodigiosas cantidades de oxígeno; sólo en el día anterior consumió cuarenta balones a seis francos el balón. Eso había costado caro, como los señores podían comprender, y era preciso además considerar que su mujer, en los brazos de la cual había muerto, se quedaba sin recursos.

Joachim censuró ese gasto. ¿Para qué aquella prolongación costosa y artificial del sufrimiento en un caso completamente desesperado? No se podía reprochar a ese hombre el haber absorbido ciegamente ese gas vivificante y precioso que le habían

administrado, pero los que le trataban debían de haberse mostrado más razonables y, de buen o mal grado, dejarle seguir su camino en semejantes circunstancias. ¿No tenían también algún derecho los vivos? Y siguió hablando en este tono.

Pero Hans Castorp le replicó con energía. Reprochó a su primo en el que hablase casi como Settembrini sin respeto ni pudor ante el sufrimiento. ¿No había muerto el gentilhombre? Había, pues, que entristecerse, no se podía hacer otra cosa para manifestar su pesar, y un agonizante tenía derecho a todos los respetos y honores. Hans Castorp insistía en sostener su punto de vista. Esperaba al menos que Behrens no habría reñido al caballero ni le habría tratado a su manera impía.

—No tuvo ocasión —declaró la Schildknecht—. Es verdad que él había realizado, en último momento, una pequeña tentativa de fuga y había querido arrojarse de la cama. Pero una sencilla observación sobre la inutilidad de tal intento había bastado para volverle a la razón.

Hans Castorp fue a ver al difunto. Lo hizo para ir contra el sistema establecido, que consistía en envolver en el misterio esos acontecimientos, porque despreciaba esa voluntad egoísta de ignorar, de no ver ni oír lo que atañía a los demás, y quería realizar un acto contra esa costumbre. En la mesa había intentado llevar la conversación sobre ese fallecimiento, pero se había encontrado confundido e indignado. La señora Stoehr se mostró casi grosera. ¿Qué mosca le había picado para que se permitiese hablar de semejante cosa? ¿Qué educación había recibido?, le preguntó esa señora. El reglamento de la casa les ponía al abrigo de todo contacto con tales historias, y he aquí que uno de los novatos hablaba de ello en voz alta, y eso a la hora del asado y en presencia del doctor Blumenkohl, que de un día a otro podía correr la misma suerte. —Eso lo dijo en voz baja—. Si el hecho se repetía formularía una queja.

A consecuencia de esto, Hans Castorp decidió (y expresó su decisión) ir a rendir personalmente honores a ese compañero difunto, haciendo una discreta visita y rezando una corta oración, y convenció a Joachim de que le acompañase.

Por mediación de la hermana Alfreda penetraron en la cámara mortuoria que se hallaba situada en el primer piso, debajo de sus propias habitaciones. Les recibió la viuda, una pequeña rubia desgreñada, agotada por las veladas, con un pañuelo sobre la boca, la nariz enrojecida y un grueso chal de lana con el que se envolvía el cuello, pues hacía mucho frío en la habitación. Habían cerrado los caloríferos y la puerta del balcón estaba abierta.

En voz baja, los jóvenes murmuraron las palabras convenientes; luego, dolorosamente invitados con un gesto de la mano, atravesaron la habitación dirigiéndose hacia la cama con paso digno y flexible, sin apoyarse en los tacones. Avanzaron y permanecieron en muda contemplación ante el lecho del muerto. Cada uno a su manera: Joachim con los tacones juntos, saludando con una inclinación del

cuerpo; Hans Castorp en una actitud abandonada, perdido en sus pensamientos, con las manos cruzadas, la cabeza, inclinada sobre el hombro y una expresión semejante a la que adoptaba cuando escuchaba música.

La cabeza del caballero se hallaba apoyada bastante alta, de manera que el cuerpo, esa larga osamenta y ese circuito de vida múltiple, con los pies salientes en el extremo de la colcha, aparecía plano como una tabla. Una corona de flores había sido colocada en la región de las rodillas, y una rama de palmito que se destacaba iba a tocar las grandes manos amarillentas y óseas que estaban cruzadas sobre el hundido pecho. Amarillo y huesudo era también el rostro, con el cráneo calvo, la nariz curva, los pómulos salientes y el hueco bigote de un rubio rojizo que acusaba todavía más la pelambre gris y erizada de sus mejillas.

Los ojos estaban cerrados de una manera poco natural: «Los han cerrado —pensó Hans Castorp—, ellos no se han cerrado: a eso se le llama el último tributo, a pesar de que eso se hiciese más bien por consideración a los vivos que al muerto.» Además, era preciso hacerlo a tiempo, inmediatamente después de la muerte, pues cuando la miosina se había formado en los músculos ya no era posible, y el muerto quedaba tendido y mirando fijamente, desapareciendo por completo la imagen delicada del sueño.

Hans Castorp se sentía en su elemento como perito, bajo muchos puntos de vista allí, en pie, cerca de la cama. Era competente, pero también piadoso. «Parece dormir» había dicho por humanidad, a pesar de que había grandes diferencias. Luego, con una voz discretamente velada, entabló una conversación con la viuda, se informó del martirio de su esposo, de sus últimos días y sus últimos instantes, del traslado del cuerpo a Carintia, e hizo preguntas que testimoniaban su simpatía e iniciación semimédica, semiespiritual y moral.

La viuda se expresaba en un lenguaje austríaco nasal, interrumpido por los sollozos, y le pareció sorprendente que unos jóvenes se manifestasen dispuestos a interesarse tanto por el dolor ajeno. A lo cual Hans Castorp contestó que su primo y él se encontraban también enfermos, y que, en lo que se refería a él, se había hallado al lado del lecho de muerte de sus padres, pues era huérfano de padre y madre y, por consiguiente, familiarizado desde hacía tiempo con la muerte.

Ella le preguntó qué profesión tenía. Él contestó que «había sido ingeniero». —¿Había sido?— Sí, lo había sido en el sentido de que ahora la enfermedad y una permanencia de una duración ilimitada aquí se habían presentado, lo que era una especie de corte o tal vez una desviación de la existencia. Eso no se podía saber. Joachim le miró con un espanto interrogador.

—¿Y su primo?

—Quiso hacerse soldado en la llanura. Era aspirante.

—¡Ah! —dijo ella—, la profesión militar es, en efecto, una profesión que inclina

a la seriedad; un soldado puede, en determinadas circunstancias, entrar en contacto directo con la muerte, y hace sin duda bien en habituarse a su terrible aspecto.

Ella se despidió de los jóvenes con agradecimiento tomando una actitud amable hecha para inspirar respeto considerando su penosa situación y lo elevado de la cifra de la factura de oxígeno que su marido le había legado.

Los primos subieron a su habitación. Hans Castorp se mostró satisfecho de la visita y emocionado por las impresiones que había recibido.

—*Requiescat in pace* —dijo—. *Sit tibi terra levis. Réquiem aeternam dona ei, Domine*. Mira, cuando se trata de la muerte o cuando se habla a los muertos, el latín recobra sus derechos, es la lengua oficial para esas circunstancias, se ve cómo la muerte es algo singular. Pero no es por cortesía humanista por lo que se habla latín en su honor. La lengua de los muertos no es el latín escolar, compréndelo, tiene otro espíritu, un espíritu de cierta manera opuesto. Es latín sagrado, un dialecto de monjes, la Edad Media, un canto sordo, monótono y como subterráneo. Settembrini no sentiría ningún placer, eso no es lo que necesitaban los humanistas, republicanos y pedagogos, eso nace de otro espíritu, del otro espíritu. A él le parece que es preciso poner en claro las diferentes tendencias o actitudes del espíritu. Hay dos: la actitud libre y la actitud piadosa. Las dos tienen sus ventajas, pero lo que siento contra la actitud libre, contra la de Settembrini, es que pretende ella sola acaparar toda la dignidad humana. Eso es exagerado. La otra actitud envuelve también mucha dignidad humana, está hecha de decencia, de alto comportamiento y noble ceremonial, mucho más que la actitud libre, aunque particularmente tiene en cuenta la debilidad y fragilidad humanas, y el pensamiento de la muerte y la podredumbre representa en ella un papel importante. Ya has visto, en el teatro, *Don Carlos* y las cosas que suceden en la corte española cuando el rey Felipe hace su entrada, vestido de luto, con la insignia de la Orden de la Jarretera y el Toisón de Oro, y se quita lentamente su sombrero que ya se parece mucho a nuestros sombreros hongos. Se lo quita hacia arriba y dice: «Cubrios, grandes», o algo parecido, con un aire infinitamente acompasado. Hay que convenir que no puede hablarse aquí de descuido ni de costumbres relajadas, al contrario. Y la reina también dice: «En mi Francia, todo era diferente.» Naturalmente, a ella le parece todo aquello demasiado meticuloso y complicado, desearía una existencia más familiar, más humana. Pero ¿qué significa «humano»? Todo es humano. La devoción española y la pompa humilde, solemne y acompasada, constituyen un género muy digno de humanidad, y por otra parte, la palabra «humano» puede cubrir todos los relajamientos y las negligencias.

—Sobre este punto te doy la razón —convino Joachim—. Yo tampoco puedo sufrir el abandono y la negligencia. Es precisa la disciplina.

—Sí. Tú dices eso como militar y admito que en el servicio militar entendéis de esas cosas. La viuda tiene razón al decir que vuestro oficio es de una naturaleza

grave, pues es preciso que siempre consideréis lo peor y estéis dispuestos a entendéroslas con la muerte. Tenéis el uniforme, que es ajustado y limpio y requiere un cuello almidonado; eso os da empaque. Y luego tenéis vuestras jerarquías y la obediencia, y os rendís honores unos a otros de una manera meticulosa. Y eso se hace, dentro del espíritu español, por devoción, y en el fondo me gusta bastante. Entre nosotros, los paisanos, ese espíritu debería predominar aún más en nuestras costumbres y en nuestra manera de ser; lo preferiría así, me parecería mucho mejor. Creo que el mundo y la vida están hechos de manera que deberíamos vestir siempre de negro, con una golilla en vez de cuello, y mantener relaciones graves, reservadas y formalistas, pensando en la muerte; eso es lo que me gustaría, lo que me parecería moral. Ya ves, ése es un nuevo error y una presunción de Settembrini, y celebro que la conversación me lleve a hablar de ello. Cree tener no sólo el monopolio de la dignidad humana, sino también el de la moral, con su «actividad práctica» y sus «fiestas dominicales y progresistas», como si justamente el domingo no se pensase en cosas completamente ajenas al progreso, y con supresión sistemática de los sufrimientos, cosa de la que no estás enterado, pero de la que habló para instruirme. Quiere suprimirlos sistemáticamente por medio de un diccionario. Y si esto me parece inmoral, ¿qué? Naturalmente que no iré a decírselo; me desarma con su manera plástica de expresarse y dice: «¡Vaya con cuidado, ingeniero!» Pero uno tiene derecho a pensar lo que le dé la gana. «Majestad, conceda la libertad de pensamiento.» Aún he de decirte algo más —añadió. Habían llegado a la habitación de Joachim y éste se disponía a acostarse—. Se vive aquí frente a frente con gentes agonizantes y con los más terribles sufrimientos y martirios. Pues bien, no sólo se vive como si eso no interesase, sino que se protege a uno con cuidado para que no entre jamás en contacto con ella y no se vea nada, y seguramente se hará desaparecer en secreto al gentilhombre mientras estemos almorzando. Esto me parece inmoral. La Stoehr se encolerizó cuando hice referencia a ese fallecimiento, lo que me parece muy estúpido. Ella está desprovista de la más rudimentaria cultura y cree que *Leise, leise, fromme Weise*, es una melodía de *Tannhäuser*, como dijo el otro día en la mesa; debería, sin embargo, tener sentimientos un poco más morales, y los demás también. He decidido, por lo tanto, ocuparme en el futuro de los enfermos graves y los moribundos de la casa; eso me hará mucho bien. Esa visita me ha tranquilizado bastante. El pobre Reuter, en la número 25, al que vi en los primeros días de mi estancia aquí, debe de haberse ido desde hace tiempo *ad penates* y se lo llevarían discretamente. Cuando le vi tenía ya los ojos exageradamente grandes. Pero quedan muchos otros, la casa está llena, hay además los que van llegando, y la hermana Alfreda o la superiora, o el mismo Behrens en persona, nos ayudarán con gusto a entrar en relación con algunos; eso debe de poder hacerse sin dificultad. Supón que sea el cumpleaños de algún moribundo y que nosotros nos enteramos de ello, pues

hay medios para saberlo. Pues bien, enviamos a nuestro hombre o a nuestra mujer (a él o a ella, según el caso) un ramo de flores a su habitación, una atención de dos compañeros anónimos, nuestros mejores votos para su curación, ya que la palabra curación, por pura cortesía, está siempre indicada. Naturalmente se acaba por dar nuestro nombre al interesado y él o ella, en su debilidad, nos envía un amable saludo, nos invita tal vez a que vayamos un instante a su habitación, y cambiamos unas palabras humanas con el que va a desaparecer. Yo lo veo de esa manera. ¿Te parece bien? Por mi parte he decidido obrar así.

Joachim, en efecto, no tuvo nada que objetar a esos proyectos.

—Es contrario a los reglamentos de la casa —dijo—; excepcionalmente y por una vez, Behrens te dará quizá la autorización. Puedes, por otra parte, invocar tu interés hacia la medicina.

—Sí, además hay eso —dijo Hans Castorp, pues en efecto las causas que habían inspirado su deseo eran complejas. La protesta contra el egoísmo reinante no era más que uno de los motivos. Una de las cosas que también le habían decidido era la necesidad de su espíritu de tomar en serio la vida y la muerte y poder honrarlas, necesidad que esperaba satisfacer y fortificar acercándose a los enfermos graves y a los agonizantes para compensar los insultos innumerables a que se hallaba expuesta esa necesidad cada día y a cada momento, lo que confirmaba en ciertas ocasiones, de una manera chocante, ciertos prejuicios de Settembrini. Los ejemplos que se le ofrecían eran demasiado numerosos. Si se hubiese interrogado a Hans Castorp hubiera hablado tal vez, en primer lugar, de algunos pacientes del Berghof que, según confesaban, no estaban enfermos y habían venido voluntariamente con el pretexto de una ligera fatiga, pero en realidad para divertirse, y que vivían aquí porque la clase de vida de los enfermos les agradaba, como esa viuda Hessenfeld, que ya hemos mencionado incidentalmente, una mujer petulante, cuya pasión era la de hacer apuestas. Apostaba con los caballeros, y sobre todo: el resultado de las consultas generales y sobre el número de meses de tratamiento que se asignarían a cada uno, sobre ciertos campeones de *bobsleigh*, patines o esquíes, cuando las partidas de deporte, sobre el resultado de las intrigas amorosas que se desarrollaban entre los huéspedes y sobre otras cien cosas más, despreciables o indiferentes. Hablaba del chocolate, el champán, el caviar que comían en las fiestas del restaurante, el dinero, los programas de cinematógrafo e incluso de los besos que se daban o recibían; en una palabra, con su pasión animaba y ponía en tensión la vida del comedor. Pues bien, el joven Hans Castorp no quería tomar en serio esos manejos, cuya existencia le parecía que era un ataque a aquel lugar de sufrimientos.

Tenía que proteger aquella dignidad y mantenerla ante sus propios ojos, y para lograrlo hacía honrados esfuerzos, por trabajo que eso le costase después de haber pasado casi la mitad del año entre los de aquí arriba. Su conocimiento, que se había

extendido poco a poco, acerca de la actividad, la vida y las opiniones de los de aquí arriba, no era apropiado para animar su buena voluntad. Había aquí dos jóvenes gomosos, delgados, de 17 y 18 años, apodados Max y Moritz, cuyas salidas diarias para ir a beber o a jugar al póquer alimentaban las conversaciones de las damas. Recientemente, es decir, ocho días después del Año Nuevo (pues no hay que olvidar que, mientras vamos refiriendo nuestra historia, el tiempo progresa sin descanso y sigue su curso silencioso), en el desayuno, se difundió la noticia de que por la mañana el masajista había encontrado a los dos jóvenes tendidos sobre sus camas, vestidos de etiqueta. Hans Castorp se rió también, pero quedó un poco realizar una especie de revolución, pero confuso, ¡y qué no pasaría cuando se trató de las aventuras del abogado Einhuf, de Jüterborg, un hombre de unos cuarenta años de edad, barba en punta y manos cubiertas de negros pelos, que ocupaba, desde hacía algún tiempo, en la mesa de Settembrini, el lugar del sueco restablecido y que, no solamente volvía borracho cada noche, sino que recientemente ni siquiera había regresado, encontrándosele al día siguiente tendido en la pradera! Pasaba por ser un libertino peligroso y madame Stoehr señalaba con el dedo a la joven —por otra parte prometida allá abajo, en la llanura— a la que, a determinada hora, se había visto penetrar en las habitaciones de Einhuf, vestida únicamente con un abrigo de pieles bajo el cual no llevaba más que un pantalón de punto. Era escandaloso, no sólo en nombre de la moral en general, sino también escandaloso y ofensivo para Hans Castorp, teniendo en cuenta sus esfuerzos espirituales. A esto se añadía que no podía pensar en la persona del abogado sin hacerlo simultáneamente en Fraenzchen Oberdank, aquella muchacha de la raya bien trazada que había traído su madre aquí hacía sólo unas semanas. Cuando su llegada, y después de la consulta médica, Fraenzchen Oberdank fue considerada como un caso benigno; pero fuera porque hubiese cometido imprudencias o porque se trataba precisamente de uno de esos casos en que el aire no era bueno para la enfermedad, o porque la pequeña se hubiese visto metida en intrigas o disgustos que la habían perjudicado, lo cierto es que, después de cuatro semanas de su llegada, ocurrió que al volver de una nueva consulta y entrar en el comedor, lanzó su pañuelo al aire y exclamó con una voz clara: «¡Hurra, debo permanecer aquí un año entero!», provocando una risa general en toda la sala. Pero quince días más tarde, circuló el rumor de que el abogado Einhuf se había portado como un canalla con Fraenzchen Oberdank. Por otra parte, esta expresión es nuestra, o quizá de Hans Castorp, pues los portadores de ese mensaje no juzgaban la cosa tan nueva como para emocionarse de un modo tan violento. Además dieron a entender, encogiéndose de hombros, que para tales cosas era necesario ser dos y que sin duda nada se había hecho sin el consentimiento y deseo de la interesada. Al menos ésa fue la actitud y opinión moral de madame Stoehr ante el asunto en cuestión.

Carolina Stoehr era un ser espantoso. Si algo turbaba a Hans Castorp en sus honestos esfuerzos espirituales era el modo de ser de esa mujer. Sus lapsus continuos le hubieran bastado. Decía: «agomía» en lugar de «agonía», «inóslito» en vez de «insólito», añadiendo las más extraordinarias tonterías sobre los fenómenos astronómicos que producían un eclipse de sol. Calificó de «calumniosa» la abundancia de nieve, y un día provocó la sorpresa prolongada de Settembrini diciendo que estaba leyendo una obra sacada de la biblioteca del establecimiento. «Benedetto Cenelli, traducido por Schiller.» Sus modales atacaban los nervios del joven Castorp por su bajeza y vulgaridad de locuciones. Y como la expresión «aplastante», que la lengua a la moda había sustituido desde hacía tiempo por la expresión «perfecto» o «sorprendente», se había ya gastado por completo, envejecido y quedado sin sabor, ella se lanzó sobre la última locución a la moda, a saber: «eso es formidable», aplicándola a la pista de esquiar, los entremeses y la temperatura de su propio cuerpo, lo que parecía igualmente repugnante. A eso se añadía su manía de burlarse rebasando siempre la medida. Por otra parte, podía ser justa cuando decía que madame Salomon llevaba hoy su más preciosa combinación de encaje porque había sido convocada para la consulta, y en esa circunstancia se presentaba al médico envuelta en ropa interior fina. Hans Castorp había sacado la impresión de que el procedimiento de la auscultación, independientemente de su resultado, constituía un motivo de placer para las mujeres, y que algunas se componían ese día con una coquetería particular. ¿Pero qué podía pensarse cuando madame Stoehr aseguraba que madame Redisch, de Posnania, que se sospechaba sufría una tuberculosis en la médula espinal, tenía que ir y venir durante diez minutos, y una vez por semana, completamente desnuda delante del doctor Behrens? Lo inverosímil de esa historia casi igualaba a su inconveniente, pero madame Stoehr se obstinaba y juraba por los dioses que decía la verdad a pesar de que le era difícil comprender por qué desplegaba tanto celo, insistencia y tozudez en estas cosas, cuando tenía ya bastante con sus propias preocupaciones, pues en los intervalos se sentía poseída de ataques de miedo y de lacrimosa inquietud, debidos aparentemente a un aumento de su pretendida laxitud o a la ascensión de su curva. Se sentaba a la mesa sollozando, con las mejillas rojas inundadas de lágrimas, enjugándose con el pañuelo y diciendo que Behrens había decidido enviarla a la cama, pero que ella quería saber lo que él había dicho a sus espaldas, quería saber lo que tenía, lo que iba a ser de ella, quería encontrarse con la verdad cara a cara. Con gran espanto notó un día que los pies de la cama se hallaban orientados hacia la puerta de entrada, y casi cayó presa de convulsiones al hacer este descubrimiento. Su cólera y espanto no fueron de pronto comprendidos: especialmente Hans Castorp no pudo explicárselo enseguida. ¿Cómo es eso? ¿Por qué no podía estar colocada la cama como estaba? «¡Pero, por amor de Dios!, ¿no comprende usted? ¡Los pies delante!» Presa de desesperación armó un

escándalo y fue necesario cambiar inmediatamente la cama de lugar, a pesar de que, con el cambio, tenía la luz en plena clara, y eso entorpecía su sueño.

Todo esto no era serio y favorecía muy poco las aspiraciones espirituales de Hans Castorp.

Un espantoso incidente ocurrió en aquel momento, a la hora de la comida, produciendo sobre el joven una impresión particularmente profunda. Un pensionista todavía bastante reciente, el profesor Popof, un hombre delgado y silencioso, que se sentaba a la mesa de los rusos distinguidos en compañía de su novia, igualmente delgada y silenciosa, fue presa, a la mitad de la comida, de una violenta crisis de epilepsia; se revolvió por el suelo, al lado de su silla, lanzando ese grito que se ha calificado de demoníaco e inhumano, y comenzó a sacudir las piernas y los brazos con espantosas contorsiones. Había una circunstancia agravante: se acababa de servir el pescado, de manera que había que temer que Popof se clavase alguna espina en las convulsiones de su crisis. El desorden fue indescriptible. Las mujeres, madame Stoehr a la cabeza, pero sin que las señoras Salomon, Redisch, Hassenfeld, Magnus, Iltis, Levy, etcétera, le cediesen en nada, se sumieron en los más variados estados de tal manera que estuvieron a punto de igualar al señor Popof. Sus gritos eran estridentes. No se veían más que ojos nerviosamente cerrados, bocas abiertas y cuerpos retorcidos. Sólo una prefirió desmayarse en silencio. Hubo conatos de ahogo, pues todo el mundo había sido sorprendido en el momento de mascar y tragar. Una parte de los huéspedes se dio a la fuga por todas las puertas, incluso por las de la terraza, a pesar de que fuera reinaba un frío húmedo.

Pero este incidente, aun siendo espantoso, tenía un aspecto extraño y chocante; principalmente nadie pudo dejar de relacionarlo con la última conferencia del doctor Krokovski.

En efecto, el analista, en el curso de sus últimos desarrollos sobre el amor considerado como agente patógeno, había hablado, el lunes anterior, de la epilepsia, y se había expresado sobre ese mal, en el que la humanidad había visto, en tiempos preanalíticos, una prueba divina, profetica, y una posesión del demonio, en términos semipoéticos, semicientíficos y despiadados, como un «equivalente del amor» y como un «órgano del cerebro»; en una palabra: le había hecho sospechoso en tal sentido que sus oyentes tuvieron que interpretar la conducta del profesor Popof como una ilustración de la conferencia, como una confesión crapulosa y como un escándalo misterioso, y de este modo, la huida de las mujeres que evitaban aquel espectáculo expresaba cierto pudor.

El doctor Behrens asistía a esa comida y fue él quien, con ayuda de la señorita Mylendonk y algunos jóvenes comensales robustos, arrastró al extático, azul, espumeante, rígido y desfigurado, fuera de la sala, al vestíbulo, donde, por algún tiempo, se vio a los médicos, a la superiora y a otros miembros del personal que le

rodeaban, para llevárselo luego en una camilla. Pero poco tiempo después, se pudo ver de nuevo al señor Popof, silencioso y satisfecho, sentándose, a la mesa de los rusos distinguidos y terminando de comer como si no hubiese pasado nada.

Hans Castorp había asistido a ese acontecimiento revelando todos los síntomas de un espanto deferente, pero en el fondo —¡qué Dios le asista!— no consiguió tomar aquello muy en serio. Sin duda Popof se hubiese podido ahogar por tener la boca llena de pescado, pero en realidad no se había ahogado, a pesar de la furia de su paroxismo; en el fondo de sí mismo había ido con un poco de cuidado. Ahora se encontraba allí, completamente restablecido, terminaba de comer y se comportaba como si no acabase de ser presa del más mortífero frenesí. Sin duda no se acordaba. Su apariencia no era para confirmar el respeto que sentía Hans Castorp ante el sufrimiento. Esta apariencia multiplicaba, a su manera, las impresiones de libertinaje a las que Hans Castorp se hallaba expuesto aquí contra su voluntad y que se esforzaba en vencer —en contra de los usos establecidos— consagrándose a los enfermos graves y moribundos.

En el piso de los primos, no lejos de sus habitaciones, se hallaba en cama una jovencita, llamada Leila Gerngross que, según las informaciones de la hermana Alfreda, estaba moribunda. En el espacio de diez días había tenido cuatro violentas hemoptisis y sus padres acababan de llegar para llevársela todavía viva. Pero eso no parecía posible. El consejero declaró que la pobre pequeña Gerngross no podía ser transportada. Tenía dieciséis o diecisiete años.

Hans Castorp estimó que se ofrecía la ocasión de realizar su proyecto del ramo de flores y los votos de curación. Sin duda no era el cumpleaños de Leila que, según las previsiones humanas, ya no vería jamás, pues esa fecha no llegaría hasta mediada la primavera. Pero según su opinión, eso no debía constituir un obstáculo para el homenaje de respeto y piedad.

En uno de sus paseos del mediodía por los alrededores del Casino, entró en la tienda de una florista, respirando, con el pecho emocionado, la atmósfera húmeda cargada de olor de tierra y perfumes y compró un hermoso ramo de hortensias, que envió a la joven moribunda anónimamente, «de parte de dos vecinos de habitación, con los sinceros votos por su pronto restablecimiento». Lo hizo con un apresuramiento alegre, agradablemente embriagado por el aroma de las plantas, y la calidez del lugar que, después del frío exterior, hacía lagrimear sus ojos, con el corazón palpitante y experimentando toda la temeridad aventurera y oportuna de aquella empresa insignificante a la que daba, en secreto, un alcance simbólico.

Leila Gerngross no tenía una enfermera especial, pues estaba confiada a los cuidados inmediatos de la señora Mylendonk y a los médicos. Sin embargo, la hermana Alfreda entraba en su habitación y dio cuenta a los jóvenes del efecto que su atención había producido. En el universo limitado en que su estado la confinaba, la

pequeña había sentido un placer pueril ante aquel testimonio de amistad procedente de unos desconocidos. Las flores se encontraban cerca de su cama, ella las acariciaba con los ojos y las manos, vigilando para que no les faltase agua, y cuando los más terribles accesos de tos la torturaban permanecía con los ojos fijos en ellas. Sus padres, el comandante retirado Gerngross y su mujer, se habían mostrado también agradablemente impresionados y sorprendidos y, como no podían adivinar el nombre de los donantes a causa de su completo desconocimiento de las gentes de la casa, la señorita Schildknecht, como ella misma confesó, no había podido evitar el correr el velo del anónimo y designar a los primos como los autores del obsequio. Ella les transmitió la invitación de los tres Gerngross para que fuese a recibir la expresión de su gratitud, de manera que los dos, al día siguiente, hicieron su entrada conducidos por la enfermera, en la cámara de dolor de Leila.

La agonizante era una criatura rubia muy graciosa, con los ojos color de miosotis, y a pesar de las espantosas pérdidas de sangre y de una respiración que ya no realizaba más que con un resto insuficiente de tejido pulmonar, ofrecía un aspecto sin duda frágil pero no miserable.

Ella dio las gracias y se expresó con una voz agradable aunque apagada. Un resplandor rosado se difundió por sus mejillas y permaneció en ellas. Hans Castorp, que había explicado a los padres y a la enfermera su manera de obrar y que se había excusado, habló con voz sorda y emocionada, con una deferencia tierna. Faltó poco —de todos modos experimentó interiormente la necesidad— para que se arrodillase cerca de la cama, y largo tiempo conservó la mano de Leila entre las suyas, a pesar de que aquella mano caliente estaba no sólo húmeda, sino verdaderamente mojada, pues la joven transpiraba enormemente. Transpiraba de un modo tan intenso que su carne se habría resquebrajado y resecado haría ya tiempo si no hubiese absorbido ávidamente limonada, que se encontraba en una botella sobre la mesita de noche, para compensar la exudación.

Los padres, afligidos como estaban, sostuvieron la conversación por medio de preguntas sobre el estado de salud de los primos y de otros recursos clásicos. El comandante era un hombre ancho de espaldas, de frente baja y bigotes erizados, un auténtico huno; su inocencia respecto a las disposiciones mórbidas y la fragilidad de su hija saltaba a la vista. La responsable era evidentemente su mujer, una persona de un tipo netamente tísico, cuya conciencia parecía en efecto flaquear bajo ese peso, pues cuando Leila hubo dado, al cabo de diez minutos, signo de fatiga, o más bien de sobreexcitación —el rosa de sus mejillas se había acentuado, mientras que sus ojos de miosotis brillaban con un resplandor inestable— y los primos, advertidos por una mirada de la hermana Alfreda, se despidieron, la señora Gerngross les acompañó hasta la puerta y prorrumpió en acusaciones contra ella misma, lo que emocionó singularmente a Hans Castorp. Era de ella, de ella sola de donde había venido aquello

—aseguró completamente deprimida—, ella era la causante de que la pobre niña no pudiera resistir aquel mal; su marido no tenía la culpa de nada, era completamente inocente. Pero ella, estaba segura, no lo había sufrido más que pasajera y superficialmente cuando era soltera. Luego se había curado completamente, y así se lo aseguraron cuando había querido casarse; había sido muy feliz de casada, completamente sana y restablecida, y había entrado en la vida conyugal con su querido esposo, fuerte como un roble, quien, por su parte, jamás había pensado en semejantes historias. Pero por puro y fuerte que fuese su marido, su influencia no había podido impedir la desgracia, pues en su hija —y esto era lo espantoso—, el mal enterrado y olvidado había reaparecido y, como no podía sacudírselo, agonizaba, mientras que la madre había triunfado y llegado a la edad en que podía considerarse a salvo. Aquella pobre niña se moría, los médicos no daban ya esperanza alguna, y ella sola era la culpable a causa de su vida anterior.

Los jóvenes se esforzaron en animarla y pronunciaron frases sobre la posibilidad de un cambio feliz. Pero la mujer del comandante no hacía más que sollozar y les dio las gracias por todo, por las hortensias y porque con su visita habían distraído a su niña y le habían proporcionado un poco de felicidad. La pobre pequeña se hallaba tendida allí, dentro de su tormento y su soledad, mientras que otras muchachitas disfrutaban de la vida y bailaban con apuestos muchachos, deseos que la enferma no trataba de disimular. ¡Le habían llevado algunos rayos de sol, Dios mío, los últimos! Las hortensias eran como un triunfo en el baile, y aquella conversación con dos caballeros de bella presencia había sido para ella como un atractivo y rápido *flirt*; la madre Gerngross lo había notado perfectamente.

Todo debía impresionar penosamente a Hans Castorp hasta que la comandanta pronunció la palabra «*flirt*»; no lo hizo correctamente, es decir, a la manera inglesa, sino con un «i» alemana, y eso le irritó violentamente. Además, él no era un caballero de bella presencia; había visitado a la pequeña Leila para protestar contra el egoísmo que reinaba aquí y con un espíritu médico y moral. En una palabra, se hallaba desconcertado por el modo cómo habían interpretado la visita, según los comentarios de la comandanta, pero estaba muy animado e impresionado para la realización de su proyecto.

Dos sensaciones principalmente: el perfume de tierra de la tienda de la florista y la humedad de la mano de Leila, fueron las que más impresionaron sus sentidos. Y como había dado el primer paso, se convino el mismo día con la hermana Adela que harían una visita a su enfermo Fritz Rotbein, que se aburría espantosamente con su enfermera, y al que no le quedaba mucho tiempo de vida.

Joachim, a pesar de su resistencia, tuvo que acompañarle también. El espíritu caritativo de Hans Castorp y su actividad fueron más fuertes que la repugnancia de su primo, que éste no pudo expresar más que por medio de silencios y bajando los ojos,

porque no hubiese podido justificarla sin faltar a los sentimientos cristianos. Hans Castorp se dio cuenta de ello y sacó partido. Comprendía perfectamente el sentido de aquella falta de entusiasmo. ¿Pero aquellas empresas no le animaban, le hacían feliz y le parecían provechosas? Supo, pues, vencer la resistencia discreta de Joachim. Deliberaron juntos sobre el punto de si podían enviar o llevar flores al joven Fritz Rotbein, a pesar de que ese moribundo fuese del género masculino. Hans Castorp deseaba ardientemente poder hacerlo; le parecía que las flores estaban muy indicadas; la elección de las hortensias, que eran de color malva y de forma agradable, le había satisfecho extraordinariamente y decidió que el sexo de Rotbein estaba compensado con la gravedad de su estado, y que no era necesario que fuese su cumpleaños para ofrecerle flores, puesto que los agonizantes pueden ser, por eso mismo y de un modo permanente, tratados como la gente que conmemora su cumpleaños. A este fin penetró, con su primo, en la atmósfera caliente y perfumada de tierra de la floristería y entró en la habitación de Rotbein con un ramo de rosas frescas humedecidas y olorosas, claveles y amapolas, conducido por Alfreda Schildknecht, que había anunciado a los jóvenes.

El enfermo grave, apenas de unos veinte años, pero ya un poco calvo y con los cabellos grises, la tez pálida y las facciones borrosas, con grandes manos, grandes narices y grandes orejas, se mostró extraordinariamente agradecido por aquel consuelo y aquella distracción. En efecto, lloró un poco por debilidad al saludar a los dos primos y al recibir el ramo, y a propósito de éste comenzó a hablar, con una voz muy apagada, del comercio de flores de Europa y de su desarrollo sin cesar creciente, de la formidable exportación de los floricultores de Niza y Cannes, de los vagones cargados y los paquetes postales que salían cada día de aquellos puntos en todas direcciones, para los mercados al por mayor de París y Berlín, y para aprovisionar Rusia. Dijo que él era comerciante, y su interés se hallaba orientado en este sentido mientras continuase viviendo. Su padre, un comerciante de Coburgo, le había enviado a Inglaterra para su educación —dijo casi murmurando— y allí había enfermado. Su fiebre fue considerada como tifoidea y se le trató en consecuencia, es decir, se le sometió al régimen de sopas claras, lo que le había debilitado hasta el extremo. Al llegar aquí le permitieron comer y lo había hecho, con la frente sudorosa, en la cama, y esforzándose en nutrirse. Desgraciadamente, era demasiado tarde. Se había cumplido su destino y era inútil que le enviasen, de su casa, lengua y anguilas ahumadas; ya no podía soportar nada. Ahora su padre acababa de salir de Coburgo llamado por un telegrama de Behrens, pues se iba a intentar una intervención decisiva, la resección de las costillas, deseando al menos intentar algo, a pesar de que las probabilidades fuesen mínimas.

Rotbein murmuró cosas bastante razonables sobre este punto y se refirió igualmente al asunto de la operación bajo su aspecto comercial; mientras viviese

consideraría las cosas desde ese aspecto. El precio de la operación, murmuró, comprendiendo la anestesia de la médula espinal, se elevaba a mil francos, pues se trataba de extirpar el tórax, siete u ocho costillas, y había que estudiar si el dinero así gastado daría un resultado relativamente provechoso. Behrens le animaba, pero tenía un interés directo en la intervención, mientras que a el la cosa le parecía dudosa y no se podía saber si era preferible morir tranquilamente con todas sus costillas intactas.

Era difícil aconsejarle. Los primos estimaron que en establecimientos de esta categoría había que tener en cuenta la excepcional habilidad de cirujano que tenía el consejero. Coincidieron en que la opinión del viejo Rotbein, que se hallaba en camino, decidiría la cuestión.

Cuando se despidieron, el joven Fritz lloró de nuevo un poco y a pesar de que no fue más que por debilidad, las lágrimas que vertía formaban un singular contraste con la seca objetividad de su manera de pensar y hablar. Rogó a los jóvenes que repitiesen la visita y éstos se apresuraron a prometérselo, pero ya no tuvieron ocasión, pues, como el fabricante de muñecas llegó la misma noche, se intentó la operación al día siguiente por la mañana, después de lo cual el joven Fritz ya no estuvo en estado de ver a nadie. Y dos días después, Hans Castorp vio, al pasar con Joachim, que arreglaban la habitación de Rotbein. La hermana Alfreda había abandonado el Berghof porque la habían llamado urgentemente de otro establecimiento para que cuidase a otro moribundo, y con el cordón de sus lentes detrás de la oreja, suspirando, se había marchado, pues aquel nuevo agonizante era la única perspectiva que se abría ante ella.

Una habitación «abandonada», una habitación libre, que era desinfectada, con la doble puerta completamente abierta y los muebles amontonados unos sobre otros, era algo que se ofrecía a la vista al pasar por los corredores hacia el comedor: era un espectáculo significativo, pero tan familiar que casi ya no impresionaba, sobre todo cuando uno mismo, en su tiempo, había tomado posesión de una habitación que estaba «libre» en las mismas condiciones que había sido desinfectada y que se había convertido inmediatamente en la casa propia. A veces se sabía quién había ocupado ese número, cosa que causaba entonces cierta preocupación. Eso pasó aquel día, y lo mismo ocurrió otro día después cuando Hans Castorp, al pasar, vio la habitación de la pequeña Gerngross en el mismo estado. En este último caso tardó en comprender el sentido de la actividad que allí reinaba. Se detuvo, preocupado y sorprendido, en el momento en que el doctor Behrens pasaba por allí por casualidad.

—Estaba por aquí mirando —dijo Hans Castorp—. Buenos días, doctor. La pequeña Leila…

—Sí —contestó Behrens y se encogió de hombros. Después de un silencio dio a ese gesto todo su efecto y añadió—: Usted se apresuró a hacerle gentilmente la corte antes de la clausura. Me satisface que se interese un poco por mis pinzones tísicos

encerrados en sus jaulas, usted que se encuentra relativamente útil. Es un hermoso gesto. No, no se defienda, es un gesto muy simpático. ¿Quiere que, si se presenta la ocasión, le presente a otros? Tengo muchas variedades de mirlos en los saltadores, si le interesa. Precisamente en este momento voy a llegarme hasta mi «demasiado llena». ¿Quiere acompañarme? Le presentaré sencillamente como un compañero de infortunio compasivo.

Hans Castorp manifestó que el consejero se había adelantado a sus deseos y que esto era precisamente lo que deseaba proponerle. Agradecía mucho ese permiso y se unía con gusto al doctor. Pero ¿quién era esa «demasiado llena»? ¿Qué significaba este mote?

—Literalmente —dijo el consejero—, de una manera textual y sin metáfora. Pídale que se lo cuente ella misma.

Al cabo de pocos pasos se hallaron ante la habitación de la «demasiado llena»; el consejero entró por la doble puerta y rogó a Hans Castorp que esperase.

Una risa y unas palabras oprimidas por una respiración corta, pero claras y alegres, resonaron a la entrada de Behrens en la habitación; luego fueron interceptadas en la puerta. Pero cuando el visitante compasivo entró unos minutos más tarde en la habitación, la risa resonó de nuevo, y Behrens presentó a Hans Castorp a la joven rubia de ojos azules que, tendida en la cama, le miraba con curiosidad.

Con una almohada en la espalda, se hallaba medio sentada, muy agitada, y reía sin cesar con una risa perlada y agudísima, anhelante, pero llena de cosquillas, según parecía por la dificultad en respirar. Se rió igualmente de las palabras con que el consejero presentó al visitante y dijo gritando varias veces al doctor:

—¡Hasta la vista! Muchas gracias y hasta pronto —cuando el consejero se marchó haciéndole signos con la mano. Y luego continuó riendo, lanzó un suspiro vibrante, apoyó las manos en su pecho, agitado bajo la camisa de batista, y no consiguió mantener las piernas quietas. Se llamaba Zimmermann.

Hans Castorp la conocía vagamente de vista. Se había sentado, durante algunas semanas, a la mesa de la señora Salomon y el colegial voraz, y siempre se reía. Luego había desaparecido sin que el joven se hubiese preocupado más de ella. «Se habrá marchado», pensó entonces. Y ahora la encontraba aquí, bajo el sobrenombre de la «demasiado llena», y esperaba la explicación.

—¡Ja, ja, ja! —exclamaba ella, con el pecho agitado—. Es un hombre terriblemente desconcertante ese Behrens. Siéntese, señor Kasten, señor Carsten, ¿cómo se llama usted? Tiene usted un nombre tan extraño, ¡ji, ji!, ¡perdóneme! Siéntese en esa silla, a mis pies, pero permítame que me ría, ¡ja, ja! —Suspiró con la boca abierta, y luego gorjeó de nuevo—. No lo puedo remediar.

Era casi bonita, tenía las facciones precisas, quizá demasiado marcadas, pero

agradables, y una barbilla doble. Pero sus labios eran azulados y la punta de la nariz tenía el mismo color sin duda porque estaba falta de aire. Sus manos, que eran de una delgadez linfática y se hallaban realzadas por los puños de puntillas de la camisa, eran tan incapaces de estarse quietas como los pies. Tenía un cuello de jovencita, con dos hoyos encima de las clavículas tiernas, y el pecho, bajo el lino, agitado por la risa y la dificultad respiratoria con un movimiento irregular y aspirante, parecía delicado y joven.

Hans Castorp decidió llevarle o enviarle también bellas flores vaporizadas, perfumadas, procedentes de los floricultores de Niza o Caniles. Con cierta inquietud se unió a la alegría agitada y oprimida de la señora Zimmermann.

—¿Y visita usted a los que tienen fiebre alta? —preguntó ella—. ¡Qué divertido y amable es eso! Yo no soy una enferma grave, es decir, no lo era en manera alguna hace poco tiempo, nada de eso… Hasta que, recientemente, esta historia… Escuche, a ver si ha oído usted nada más divertido en toda su vida…

E, intentado respirar, contó lo que había ocurrido.

Había llegado aquí un poco enferma, bastante enferma, a pesar de todo; si no, no hubiera venido; tal vez no estaba más que ligeramente enferma, es decir, más bien ligeramente que gravemente. El neumotórax, esa conquista todavía reciente de la técnica quirúrgica que había alcanzado un éxito tan rápido, había sido experimentado en ella brillantemente. La intervención había dado un excelente resultado, el estado de la señora Zimmermann había mejorado de un modo reconfortante y su marido —pues estaba casada, pero sin hijos— podía contar con su regreso dentro de dos o tres meses. Entonces, para divertirse, ella realizó una excursión a Zurich; no tenía más razón para ese viaje que el deseo de divertirse. Y se había divertido, en efecto, con toda su alma, pero dándose cuenta de que le sería preciso hacerse «rehinchar», y había confiado ese cuidado a un médico de allá abajo. Un joven encantador y divertido… ¿Pero qué había ocurrido? ¡La habían hinchado demasiado! No se podía expresar con otra palabra, pues ésta lo decía todo. Lleno de buenas intenciones estaba sin duda el medico, pero no entendía mucho de eso. En una palabra: «demasiado llena», es decir, con palpitaciones de corazón y opresión —«Ja, ja, ja…»—. Al llegar fue metida de inmediato en la cama por Behrens, que comenzó a jurar y perjurar. Y ahora estaba gravemente enferma —no precisamente con mucha fiebre, pero si aplastada, agotada.

—Pero ¡qué ridicula cara pone usted! —Y al decir eso señalaba con el dedo a Hans Castorp y se reía tanto que incluso la frente comenzó a ponérsele azul—. Aunque lo más ridículo —añadió— es Behrens, con su furor y grosería.

Al enterarse de que estaba demasiado llena, ella se había reído, pero Behrens había exclamado, sin cumplidos ni consideraciones: «¡Ahora, está usted en peligro de muerte!»

Cabía preguntar qué era lo que la hacía reír de aquellas declaraciones del consejero, y reír con una risa tan perlada. Si era a causa de su «grosería» o si era porque no creía en ella, o si creyendo —y sin duda creía— le parecía terriblemente cómica su situación, es decir, el peligro de muerte que estaba corriendo.

Hans Castorp tenía la impresión de que se trataba de esto último y que verdaderamente ella gorjeaba y piaba, lanzando trinos a causa de su ligereza pueril y de la inconsciencia de su cerebro de pájaro. Y eso era censurable. Sin embargo, le envió flores, pero no volvió a ver a la risueña señora Zimmermann. Pues, tras unos días en que fue sostenida por medio de oxígeno, murió en los brazos de su marido, llamado por telegrama. Había sido una oca *in folio*, dijo el consejero al informar a Hans Castorp de esa noticia.

Pero ya el espíritu compasivo y decidido de Hans Castorp, ayudado por el consejero y el personal de enfermeras, había establecido nuevas relaciones con los enfermos graves de la casa, y fue preciso que Joachim le acompañase de nuevo.

Hans Castorp le llevó a la habitación del hijo de *Tous les deux*, el segundo que quedaba aún, pues hacía ya tiempo que se había limpiado y desinfectado con H_2CO la habitación del otro. Luego fueron a ver a Teddy, el joven que había llegado recientemente, porque su caso era demasiado grave para permanecer en el Fridericianum, donde había sido primeramente internado. Luego marcharon a ver a un empleado de una compañía de seguros germanorrusa. Antonio Carlovitch Ferge, mártir resignado y dulce. Y más tarde a la habitación de la infortunada y sin embargo coqueta señora de Malinckrodt, que también fue obsequiada con flores y que varias veces tomó el caldo en presencia de Hans Castorp y Joachim… Terminaron al fin por adquirir una reputación de samaritanos, de hermanos de la caridad.

Un día Settembrini abordó a Hans Castorp en estos términos:

—*Sapristi!*, ingeniero: oigo decir cosas extraordinarias acerca de su conducta. ¿Se ha consagrado a la caridad? ¿Intenta justificarse por las buenas obras?

—No vale la pena hablar de ello, señor Settembrini. No vale la pena; mi primo y yo…

—¡Deje en paz a su primo! Es con usted con quien tenemos que tratar, a pesar de que se hable de los dos. El teniente es un temperamento respetable pero sencillo, y su espíritu no corre peligro alguno que pueda inquietar a los educadores. No me hará usted creer que es él quien dirige sus expediciones. El más destacado de los dos, pero también el que corre mayores peligros, es usted. Usted es un niño mimado por la vida y hay que vigilarle. Por otra parte, usted me permitió que me ocupase de usted.

—Seguramente, señor Settembrini, se lo permití una vez para siempre. Es muy amable. «Un niño mimado por la vida», no está mal. ¡Lo que llegan a inventar esos escritores! No sé si puedo mostrarme orgulloso de ese título, pero está bien, hay que convenir en ello. Pues bien, me ocupo un poco de esos «hijos de la muerte». Eso es

sin duda lo que quiere decir. Me intereso especialmente, sin faltar a ninguna cura de reposo, por los enfermos graves, los que no están aquí para divertirse.

—Está escrito: «Dejad que los muertos entierren a sus muertos» —dijo el italiano.

Hans Castorp alzó los brazos y expresó con su gesto que muchas otras cosas estaban también escritas, de manera que era difícil de discernir las mejores e inspirarse en ellas. Indudablemente, el organillero había puesto por delante un argumento peligroso. Era de esperar. Pues, aunque Hans Castorp estaba siempre dispuesto a escucharle, a creer útil escucharle con toda suerte de reservas y sin compromiso, y sufrir, a título de ensayo, aquella influencia educadora, estaba muy lejos de pensar en renunciar por nada del mundo, o por amor a conceptos pedagógicos, una empresa que, a pesar de la madre Gerngross y de su manera de hablar del «amable flirt», a pesar de la sequedad del pobre Rotbein y de la tontería de la «demasiado llena», le parecía todavía un medio, aunque indeterminado, aprovechable y de un alcance considerable.

El hijo de *Tous-les-deux* se llamaba Lauro. Había recibido flores, violetas de Niza, de perfume terroso, de «parte de dos compañeros de sufrimiento, compasivo, junto con sus ardientes votos de curación», y como el anónimo se había convertido ya en una pura fórmula y todo el mundo sabía de quién procedían aquellos presentes, la señora de *Tous-les-deux* misma, la madre mexicana, pálida y vestida de negro, se acercó a los primos cuando los encontró en el pasillo, les dio las gracias y les invitó por medio de palabras roncas, y principalmente por medio de una mímica entristecida, a ir a recibir las gracias de su hijo —*de son seul et dernier fils qui allait mourir aussi*—. La visita se realizó inmediatamente.

Lauro resultó ser un joven de una sorprendente belleza, de ojos ardientes, nariz aquilina, cuyas aletas palpitaban, y labios admirables sobre los cuales comenzaba a aparecer un bigotito negro. Pero tomó tal aire de fanfarronería dramática, que los visitantes —tanto Hans Castorp como Joachim Ziemssen— se sintieron aliviados cuando la puerta de la habitación del enfermo se cerró tras ellos, pues mientras la señora *Tous-les-deux*, envuelta en su chal de cachemir, el velo negro anudado bajo la barbilla, con las arrugas transversales de su frente estrecha, las enormes bolsas bajo sus ojos de águila, las piernas arqueadas, iba y venía por la habitación, dejando caer con tristeza uno de los extremos de su boca, y se acercaba de vez en cuando a los jóvenes sentados al lado de la cama para repetir su trágica sentencia de cotorra: «*Tous les deux, vous comprenez, messieurs… Premièrement l'un et maintenant l'autre*», el bello Lauro se entregaba, igualmente en francés y con una insoportable presunción, a pronunciar discursos roncos y cuajados de estertores, cuyo sentido era que esperaba morir «*comme un héros, à l'espagnole*», como había dicho su hermano «*de même que son fier jeune frère Fernando*», que también había muerto como un héroe español; gesticulaba, abría su camisa para ofrecer a los golpes de la muerte su amarillo pecho,

y continuó comportándose de este modo hasta que un acceso de tos, que hizo subir a sus labios una sutil espuma rosada, ahogó sus fanfarronadas y decidió a los primos a alejarse en silencio.

No hablaron acerca de la visita a Lauro, e incluso en su fuero interno, se abstuvieron de juzgar su actitud. Los dos se encontraban mucho más en su elemento en la habitación de Antonio Carlovitch Ferge, de San Petersburgo, quien, con su gran bigote jovial y la expresión igualmente alegre de su nuez muy saliente, yacía en el lecho e iba reponiéndose lenta y difícilmente de la tentativa que habían hecho para aplicarle el neumotórax, lo que había estado a punto de costarle la vida. Había sentido, en efecto, un choque violento, el choque en la pleura, conocido como uno de los accidentes de esta intervención quirúrgica que estaba de moda. En él, ese choque se había producido bajo la forma excepcionalmente peligrosa de un desvanecimiento completo y de un síncope extraordinariamente inquietante; el fenómeno se había presentado con tal fuerza que había sido preciso interrumpir la operación y aplazarla provisionalmente.

Los ojos grises, bonachones, de Ferge se dilataban y su rostro se ponía pálido cada vez que hablaba de aquel acontecimiento que debía haber sido espantoso para él.

—¡Sin anestésico, señor! Nosotros no podemos soportar eso, está contraindicado en nuestro caso, como se comprende, y como hombres razonables es preciso resignarse a la suerte. La anestesia local no penetra profundamente señores, no queda anestesiada más que la superficie de la carne y se siente cómo le abren a uno, cómo le pinchan y le trituran. Estaba tendido, con la cabeza tapada para no ver nada, el ayudante a mi derecha, la enfermera jefe a mi izquierda. Era como si me apretasen y pinchasen, abrían la carne y la replegaban con ayuda de pinzas. Y de pronto oigo al doctor Behrens que exclama: «¡Bueno!», y en ese momento, señores, comienza a palpar la pleura con un instrumento sin punta (es necesario que no tenga punta para que no se haga el agujero demasiado pronto), tanteando en busca del lugar apropiado para hacer la abertura e introducir el gas, y mientras hacía eso, mientras paseaba su instrumento a lo largo de mi pleura, señores, todo se acabó para mí, me ocurrió algo absolutamente indescriptible. La pleura, señores, no puede ser tocada, no quiere que la toquen, no lo quiere de ninguna manera, es tabú, está protegida para siempre por la carne aislada e inabordable. Y él la había descubierto y la palpaba. Señores, me encontré muy mal. ¡Espantoso, espantoso, señores! ¡Jamás hubiera podido creer que se sintiese una impresión tan horrible, una impresión tan miserable abyecta sobre la Tierra, en un sitio distinto del infierno! Caí presa de un síncope, de tres síncopes a la vez, uno verde, uno moreno y otro violeta. Además, todo aquello hedía, pues el síncope, el choque se producía sobre mi olfato. Señores, aquello hedía de un modo loco a hidrógeno sulfurado, como debe de pasar en el infierno, y al mismo tiempo me sentía reír revolviendo los ojos, pero no como se ríe un hombre, no; era la risa más

inconveniente y odiosa que he oído en toda mi vida; pues dejarse palpar la pleura, señores, es como si a uno le hiciesen cosquillas de la manera más informe, exagerada e inhumana. En eso y en nada más consiste esa condenada y vergonzosa tortura. ¡Ése es el choque en la pleura, que Dios quiera que no experimenten ustedes jamás!

Con frecuencia, y siempre lívido de terror, Antonio Carlovitch Ferge volvía a hablar de aquella «porquería» de operación y no dejaba de manifestar recelos ante la posibilidad de que tuviera que repetirse.

Por otra parte, desde las primeras palabras, se había mostrado como un hombre sencillo, ajeno a todas las cosas elevadas, con el cual no había de tener pretensiones de orden intelectual o sentimental de ninguna clase. Sentado esto, hablaba, por otra parte, de un modo interesante sobre su vida de representante al servicio de una compañía de seguros contra incendios. Desde San Petersburgo, había realizado largos viajes a través de Rusia en todas direcciones; visitaba las fábricas aseguradas, y su misión era la de investigar las casas que se hallaban en una situación financiera difícil, pues las estadísticas demostraban que las fábricas cuyos negocios van mal se incendian con mayor frecuencia. Por eso le habían encargado la misión de sondear cerca de las empresas y dar cuenta a la compañía de sus investigaciones, a fin de que, por medio de un seguro más fuerte o por el de primas, se pudiesen prevenir sensibles pérdidas. Hablaba de viajes en pleno invierno, a través del inmenso imperio, expediciones en la noche bajo un frío espantoso, metido en un trineo, entre pieles de cordero. Contaba cómo, al despertar, veía lucir los ojos de los lobos por encima de la nieve, semejantes a estrellas. Llevaba en su maleta provisiones congeladas, sopa de col y pan blanco, que era necesario deshelar en las etapas, al cambiar de caballos, y el pan era entonces tan tierno como si estuviese acabado de amasar. No se corría peligro más que si se presentaba de pronto el deshielo, pues la sopa de col, que era conservada en pedazos helados, se fundía y se derramaba.

Mientras Ferge hablaba de esta manera, se interrumpió ocasionalmente para hacer notar, suspirando, que todo esto sería muy bonito si no hubiese sido necesario renovar sobre él la tentativa del neumotórax. No sabía hablar de cosas más elevadas, pero se le escuchaba con gusto, sobre todo Hans Castorp, que creía muy provechoso oír hablar del imperio ruso y de sus formas de existencia, del samovar, del caviar, de los cosacos y de las iglesias ortodoxas con campanarios de forma de hongos. Rogaba a Ferge que le hablase de los habitantes de ese país, de su exotismo nórdico, de la sangre asiática que corría por sus venas, de los pómulos salientes, de la forma mongola de sus ojos, y escuchaba entonces con gran atención lleno de un interés completamente antropológico. Pidió asimismo que le dirigiese la palabra en ruso, y el idioma oriental salía por debajo del simpático bigote de Ferge y su nuez, rápido, indistinto, blando e infinitamente extraño. Hans Castorp encontraba aquella diversión muy agradable.

Frecuentemente iban a pasar un cuarto de hora a la habitación de Antonio Carlovitch Ferge. Otras veces visitaban al joven Teddy, del *Fridericianum*, un elegante adolescente de catorce años, rubio y refinado, en posesión de una enfermera particular y de un pijama de seda blanca adornado con cordones. Era huérfano y rico, según él mismo había manifestado. Mientras esperaba ser sometido a una operación de alguna gravedad —se trataba de separar las partes verrugosas— abandonaba a veces el lecho para distraer una hora cuando se sentía mejor y, vestido con un elegante traje de deporte, tomaba parte en la reunión del salón. Las señoras charlaban gustosas con él y él escuchaba sus conversaciones, como por ejemplo, las que se referían al abogado Einhuf, a la señorita de los pantalones de punto y a Fraenzchen Oberdank. Luego volvía a la cama. De esta manera vivía el joven Teddy al día, entre los elegantes, dejando adivinar que ya no esperaba nada más de la vida.

En el número 50 yacía la señora Mallinckrodt, cuyo nombre de pila era Natalia, con sus ojos negros y sus pendientes de oro, coqueta, aficionada a componerse, y que era sin embargo una especie de Job femenino, sobre la cual Dios había hecho caer toda clase de achaques. Su organismo parecía inundado de toxinas, de modo que todas las enfermedades imaginables caían sobre ella, sucesivamente o de un modo simultáneo. Su piel, que era lo más enfermo, se hallaba cubierta, en grandes extensiones, por eccema que le producía crueles picazones y que la dejaban en carne viva, especialmente en los labios, hasta el punto de que apenas podía meter la cuchara en la boca. Sufría inflamaciones cerebrales —cosa que le provocaba síncopes— y todo eso se iba sucediendo en el cuerpo de la señora Mallinckrodt, y su debilidad, consecuencia de la fiebre y los sufrimientos, le causaba grandes angustias. Por ejemplo: cuando comía, apenas podía tragar los alimentos y estos permanecían agarrados en la parte superior del esófago. Esta pobre mujer se encontraba en una espantosa situación y, además, estaba sola en el mundo.

Había abandonado a su marido y sus hijos por amor a otro hombre o, más exactamente, por amor a un muchacho que a su vez la había abandonado, como ella misma contó a los dos primos, y se había quedado sin hogar, aunque no le faltaban recursos. Su marido le enviaba dinero. Sin envanecerse por esa generosidad o por ese amor persistente, se aprovechaba de ello sin tomarlo muy en serio y comprendía que no era más que una pobre pecadora deshonrada, y por eso soportaba aquellas calamidades dignas de Job con una paciencia y tenacidad sorprendentes, con la fuerza de resistencia elemental de su raza y su sexo, que triunfaban de la miseria de su cuerpo moreno, y se preocupaba en hacerse un tocado que le sentase bien, arreglándose incluso con coquetería la gasa que debía llevar en torno de la cabeza por alguna repugnante razón. Cambiaba constantemente de alhajas; por la mañana lucía corales y por la noche aparecía adornada con perlas.

Entusiasmada por el envío de flores de Hans Castorp, que atribuyó más a la

galantería que a la caridad, invitó a los dos jóvenes a tomar el té junto a su cama, ese té que ella misma tenía que beber en un biberón que sostenía con los dedos cubiertos, hasta los nudillos, de ópalos, amatistas y esmeraldas que brillaban incluso en los pulgares. Muy pronto, mientras los pendientes se balanceaban en sus orejas, contó a los primos todo lo que había pasado. Les habló de su marido, muy respetable pero fastidioso, de sus hijos, igualmente correctos y aburridos, que se parecían en todo al padre, y respecto a los cuales no había experimentado jamás sentimientos muy amorosos. Les habló también del muchacho con el que se había fugado y alabó su poética ternura. Pero los padres de ese joven habían sabido alejarle de ella por medio de la astucia y la fuerza, y tal vez la enfermedad que entonces había estallado en sus múltiples formas de un modo repentino había repugnado al muchacho.

—¿Les resulto también repugnante, señores? —preguntó con coquetería, y su femineidad triunfaba del eccema que cubría la mitad de su cara.

Hans Castorp sentía desprecio por el muchacho que había sentido repugnancia hacia ella, y manifestó esta impresión encogiéndose de hombros. Por lo que a él se refería, la cobardía del poético adolescente le incitó a un celo de un carácter completamente opuesto y a veces aprovechó la ocasión de prestar pequeños servicios a la infortunada señora Mallinckrodt como un enfermero, servicios que no exigían una preparación especial, como por ejemplo introducir con precaución en la boca el puré de la tarde, darle de beber con el biberón cuando se atragantaba o ayudarla a cambiar de posición en la cama, pues, además de todos sus males, se removía con dificultad a causa de una herida debida a una operación. Procedía a esas manipulaciones antes de bajar al comedor o al regresar de paseo, después de haber invitado a Joachim a que continuase su camino y haberle dicho que iba a enterarse del estado del número 50.

Entonces se sentía poseído por una alegría particular, mezcla de la sensación del alcance secreto y la oportunidad de su conducta, mezcla de un cierto placer furtivo e impecablemente cristiano, nacido de esa manera de obrar, tan piadosa, dulce y digna de alabanza que no podía ser combatida con argumentos serios desde el punto de vista militar, ni desde el punto de vista humanista y pedagógico.

Pero no hemos hablado aún de Karen Karstedt y, sin embargo, Hans Castorp y Joachim se ocupaban de ella muy especialmente. Era una enferma particular y externa del doctor Behrens, que la había recomendado a la solicitud caritativa de los primos. Se encontraba aquí arriba desde hacía cuatro años, sin recursos y dependiente de unos padres despiadados, que ya se la habían llevado una vez alegando que de todas maneras estaba destinada a morir. Pero la intervención del consejero había conseguido hacerla volver. Vivía en Dorf, en una pensión barata; era frágil, tenía diecinueve años, cabellos lisos y aceitosos, unos ojos que se esforzaban vanamente en ocultar una luz que respondía al rubor febril de las mejillas y una voz penetrante, pero

velada de un modo característico. Tosía casi sin descanso, y las puntas de la mayoría de sus dedos se hallaban cubiertas de emplastos, pues estaban roídos por la enfermedad.

Los dos primos se consagraron especialmente a esa joven, como dos buenos muchachos, al oír el ruego del doctor. La cosa comenzó con un envío de flores; después hicieron una visita a la desgraciada Karen, en Dorf; luego los tres organizaron algunos paseos.

Iban a ver un concurso de patines o una carrera de *bobsleigh*s, pues la temporada de deportes de altura se hallaba en su apogeo y se había organizado una semana de campeonatos.

Luego las iniciativas se multiplicaron, las diversiones y los espectáculos, a los que los dos primos no habían concedido hasta entonces ninguna atención. Joachim, en efecto, era hostil a todas las diversiones de aquí arriba. No estaba aquí para divertirse y hacer su permanencia agradable y variada; estaba aquí únicamente para desintoxicarse lo antes posible para poder encontrarse en condiciones de entrar en el servicio activo en la llanura, en el servicio verdadero en lugar del servicio de la cura, que no era más que un sucedáneo, pero que debía ser observado de un modo rígido. Le estaba prohibido participar de un modo activo en los deportes de invierno y debido a esta prohibición no le gustaba hacer de espectador. En lo que se refiere a Hans Castorp, se sentía unido a los de aquí arriba por una especie de solidaridad demasiado estricta e íntima para que le fuese permitido manifestar el más pequeño interés hacia la vida de las gentes que consideraban aquel lugar como un campo de deportes.

Pero su solicitud hacia la pobre señorita Karstedt había modificado la situación y, a menos de mostrarse poco cristiano, Joachim no podía hacer objeción alguna. Fueron a buscar a la enferma a su modesto alojamiento de Dorf y la llevaron, bajo un frío soleado, a través del barrio inglés, llamado así a causa del Hotel de Inglaterra, hasta el campo de patinaje situado no lejos del Casino en el fondo del valle, campo de patinaje que en verano servía de campo de fútbol. Se habían dirigido a este campo atravesando la calle principal, llena de lujosas tiendas. Los trineos pasaban haciendo sonar sus campanillas; paseaban por la calle ricos sibaritas de todo el mundo, huéspedes del Casino y los grandes hoteles, con la cabeza descubierta, con elegantes vestidos de deporte y los rostros bronceados por el ardor del sol invernal y las reverberaciones de la nieve. Se oía música. La orquesta del Casino daba un concierto en el pabellón de madera, en la parte extrema del campo de patines, detrás de la cual las montañas nevadas se elevaban en el azul oscuro.

Entraron, abriéndose paso a través del público que rodeaba el campo, y buscaron asientos. Los patinadores, vestidos con camisetas oscuras y dormanes adornados con cordones, se balanceaban, describían figuras, saltaban y giraban. Una pareja de

virtuosos —profesionales fuera de concurso— realizaron una proeza que desencadenó una tempestad de aplausos animados por la música.

Se disputaba el récord de velocidad. Seis jóvenes, de nacionalidades diferentes, con las manos en la espalda y un pañuelo entre los dientes, dieron seis veces la vuelta al vasto rectángulo. El sonido de una campana se mezcló con la música. En ocasiones la multitud lanzaba gritos para animarlos, otras veces aplaudía.

Era una muchedumbre abigarrada. Ingleses, con sombreros escoceses y dientes blancos, que hablaban en francés con señoras de perfumes penetrantes, vestidas de pies a cabeza con lanas multicolores; algunas de ellas llevaban pantalón. Americanos de cabeza pequeña, cabellos lisos y pipa en la boca, con abrigos de pieles con el pelo hacia fuera. Rusos barbudos y elegantes, ricos y bárbaros. Holandeses mezclados con malayos, alemanes, suizos y una cantidad de gente indeterminada que hablaba en francés y que procedía de los Balcanes y del Oriente; un mundo aventurero que atraía a Hans Castorp, pero que Joachim condenaba como falto de carácter.

Luego los niños tomaron parte en los concursos burlescos, tropezando a lo largo del campo con un pie calzado con un esquí y el otro con un patín. Otros corrían con velas encendidas, y el vencedor era el que conservaba encendida la suya hasta llegar al extremo del campo. Había que franquear obstáculos o llenar cestos de patatas con cucharas de estaño. Las personas mayores se divertían mucho. Eran señalados los niños más conocidos, los más ricos, la hija de un multimillonario holandés, el hijo de un príncipe prusiano y un niño de doce años que llevaba el nombre de una marca de champán conocida en el mundo entero.

La pobre Karen se sentía también llena de alegría. Aplaudía, a pesar de sus dedos roídos. Estaba agradecidísima.

Los primos la llevaron igualmente a las carreras de *bobsleigh*s. El lugar no estaba lejos del Berghof ni del domicilio de Karen. La pista descendía del Schatzalp y terminaba en Dorf, entre las aglomeraciones de la vertiente del oeste. El pequeño pabellón de control se encontraba allí y se anunciaba por teléfono la salida del trineo. Entre las vertientes de nieve helada, sobre las curvas de la pista, los trineos lanzaban un relámpago metálico; los chasis planos, cargados de hombres y mujeres vestidos de lana blanca, llevando en torno al cuello bufandas con los colores de todas las naciones, descendían de las alturas a intervalos bastante espaciados. Se veían los rostros enrojecidos que la nieve azotaba. Las caídas de los trineos que volcaban esparciendo por la nieve a sus tripulaciones eran fotografiadas por el público.

Aquí también sonaba la música. Los espectadores se hallaban sentados en pequeñas tribunas o avanzaban por un estrecho sendero que se había abierto a lo largo de la pista. Pasarelas de madera cruzaban por encima de ella, y los espectadores veían desde allí cómo los trineos pasaban por debajo de sus pies. Los cadáveres del sanatorio de allá arriba seguían el mismo camino, pasaban a toda velocidad bajo el

puente y describían los virajes, siempre hacia abajo, pensó Hans Castorp, e incluso habló de ello.

Una tarde llevaron a Karen Karstedt al *cinematógrafo* Bioscop. El aire viciado molestaba físicamente a los tres, acostumbrados como estaban a la atmósfera purísima. El aire pesaba en sus pulmones y nublaba sus cabezas, mientras una vida múltiple trepidaba en la pantalla, ante sus ojos doloridos, sacudidos; era la vida divertida y apresurada que no se detenía más que para correr de nuevo, acompañada de una música que aplicaba la división del tiempo a la huida de las apariencias pasadas y que, a pesar de sus medios limitados, sabía tocar todos los registros de la solemnidad, la pompa, la pasión, el salvajismo y la sensualidad.

Era una historia de amor y crimen lo que se estaba desarrollando en el silencio. Pasaba en el palacio de una déspota oriental. Los acontecimientos se precipitaban, llenos de magnificencia y desnudez, saturados de deseos soberanos y furia religiosa en el servilismo, de crueldad, de voluptuosidades asesinas, o adquirían una lentitud evocadora cuando se trataba, por ejemplo, de hacer apreciar la musculatura del brazo de un verdugo; en resumidas cuentas, una cosa inspirada en el conocimiento familiar de los deseos secretos de la civilización internacional que asistía a ese espectáculo.

Settembrini, como hombre de juicio, hubiera sin duda condenado severamente esa representación tan poco humanista, y con su ironía sarcástica y cruel no hubiera dejado de censurar el abuso que se hacía de la técnica para animar imágenes que rebajaban la dignidad humana. En eso pensaba precisamente Hans Castorp y lo comunicaba en voz baja a su primo. En cambio, la señora Stoehr, que se encontraba también allí y que estaba sentada no lejos de ellos, parecía poseída de éxtasis, y su rostro enrojecido aparecía convulsionado de placer.

Por otra parte, el mismo aspecto tenían los rostros de los demás espectadores. Cuando la imagen trepidante de una escena se desvanecía y se hacía la luz en la sala, y el campo de la visión se aparecía a la multitud como una tela vacía, nadie se sentía capaz de aplaudir. No había nadie allí para que pudiese ser recompensado con aplausos, para ser admirado por el arte de que había dado pruebas. Los actores que se habían reunido para ese espectáculo se habían dispersado desde hacía tiempo. No se habían visto más que las sombras de sus hazañas, millones de imágenes de los breves instantes en los que se había descompuesto su acción al recogerla a fin de poder reconstruirla a voluntad y con la frecuencia que se desease, por medio de un desarrollo rápido en el elemento de la duración. El silencio de la multitud tenía algo de ciego y repulsivo. Las manos permanecían tendidas, impotentes, hacia la nada. Se frotaban los ojos, mirando fijamente ante sí, se sentía vergüenza de la claridad y se tenía prisa por volver a sumirse en la oscuridad, para mirar de nuevo, para ver cómo se desarrollaban escenas que habían tenido su tiempo, transportadas a un tiempo nuevo y remozadas por el sortilegio de la música.

El déspota cayó bajo el puñal con un aullido de su boca abierta, con un gemido que no se oyó. Se vieron luego imágenes del mundo entero: el presidente de la República francesa, con sombrero de copa y un gran cordón, contestando desde lo alto de un coche descubierto a un discurso; se vio al virrey de las Indias en la boda de un raja; el *kronprinz* alemán en el patio de un cuartel de Potsdam. Se asistió a las idas y venidas de los habitantes de una aldea de Nuevo Mecklemburgo; a un combate de gallos en Borneo; se vieron salvajes desnudos que tocaban la flauta soplando por la nariz; una cacería de elefantes salvajes; una ceremonia en la corte del rey de Siam; una calle de burdeles de Japón donde las *geishas* se hallaban sentadas sobre cajas de madera. Y así, uno tras otro, desfilaban ante sus ojos los más variados documentales.

Vieron a los samoyedos pintarrajeados recorrer en sus trineos, tirados por renos, los desiertos de nieve del norte de Asia, a peregrinos rusos rezando en Hebrón y a un delincuente persa azotado por los ministros de la justicia.

El espacio quedaba aniquilado, el tiempo había retrocedido, el «allá abajo» y el «entonces» se había transformado envolviéndose en música. Una joven marroquí, vestida de seda a rayas, cargada de alhajas, sortijas y dijes, con el abultado pecho medio desnudo, se aproximaba de pronto en su tamaño natural; las aletas de su nariz eran anchas, los ojos estaban llenos de una vida bestial, sus facciones eran inexpresivas. Reía enseñando sus dientes blancos, protegía sus ojos con una mano cuyas uñas aparecían más claras que la carne y hacia gestos al público. Se miraba con confusión a la cara de aquella sombra seductora que parecía ver y que no veía, a la cual no llegaban las miradas, cuyos gestos y risas no pertenecían al presente, sino que estaban allá abajo, en el ayer, de modo que hubiese sido insensato dirigirle la palabra.

Esto mezclaba al placer un sentimiento de impotencia. Luego el fantasma se desvanecía. Una viva claridad invadía la pantalla y era proyectada la palabra «Fin». El ciclo de la representación había terminado y la sala se vaciaba en silencio, mientras que un nuevo público se apretujaba a la entrada deseando disfrutar de una repetición de aquel desarrollo.

Animados por la señora Stoehr, que se unió a ellos, los primos, por amor a la pobre Karen, que juntaba las manos con agradecimiento, fueron al café del Casino. Allí había también música. Una pequeña orquesta de músicos vestidos de rojo tocaba bajo la dirección de un primer violín checo o húngaro que, separado de su banda, se encontraba de pie entre las parejas de bailarines y atormentaba su instrumento con apasionadas contorsiones de su cuerpo.

En torno a las mesas reinaba una animación mundana. Se servían bebidas extrañas. Los dos primos pidieron naranjada para ellos y para su protegida, pues la atmósfera era caliente y llena de polvo. La señora Stoehr pidió un licor dulce. Aseguró que a aquella hora todavía no reinaba toda la animación. El baile, un poco más tarde, se animaba mucho. Numerosos huéspedes de diferentes sanatorios y

enfermos independientes de los hoteles y el Casino tomaban parte en el baile, y más de un enfermo poseído de intensa fiebre había pasado bailando a la eternidad, víctima de la hemoptisis final, vaciando la copa de la alegría de vivir *in dulce jubilo*.

Lo que la profunda ignorancia de la señora Stoehr hacía de ese *dulci jubilo* era verdaderamente extraordinario. Tomaba la primera palabra del vocabulario italiano-musi-cal de su marido, pronunciando por consecuencia *dolce*, y Dios sabe de dónde sacaba lo demás.

Los dos primos metieron al mismo tiempo la paja dentro del vaso cuando ese latín estalló, pero la señora Stoehr no se mostró desconcertada. Por el contrario, mientras enseñaba con terquedad sus dientes de liebre, se esforzó, con alusiones y bromas, en penetrar la causa de las relaciones de los tres jóvenes, cosa que no podía comprender claramente más que desde el punto de vista de que la pobre Karen debía estar satisfecha de ser cortejada al mismo tiempo por dos caballeros tan apuestos. El caso le parecía menos claro desde el punto de vista de los primos, pero a pesar de su estupidez e ignorancia, su intuición femenina la ayudó a formarse una idea, por otra parte incompleta y trivial. Adivinó y dejó entender con sus bromas que el verdadero caballero era Hans Castorp, mientras que el joven Ziemssen se limitaba a hacer de espectador, y que Hans Castorp, del que ella conocía su inclinación hacia la señora Chauchat, no cortejaba más que a falta de algo mejor a la lamentable Karstedt, pues seguramente no sabía cómo acercarse a la otra. Ideas completamente dignas de la señora Stoehr, que estaba desprovista de toda profundidad moral, poseyendo tan sólo una intuición vulgar a la cual Hans Castorp no concedió el honor más que de una mirada fatigada y desdeñosa cuando ella formuló sus ideas en un tono de broma de mal gusto.

En efecto, las relaciones con la pobre Karen constituían para él una especie de sucedáneo y de expediente confusamente oportuno, e igualmente todas sus empresas caritativas tenían para él un sentido análogo. Pero al mismo tiempo, esas piadosas empresas tenían una finalidad propia, y la satisfacción que sentía en hacer tragar la papilla a la inválida señora Mallinckrodt, en hacerse describir por Ferge el infernal choque de la pleura, o en ver a la pobre Karen aplaudir agradecida, con sus manos cubiertas de emplastos, tenía una significación espontánea y pura, aunque indirecta. Nacían esas empresas de una necesidad de enriquecerse en un sentido opuesto al que Settembrini representaba por su acción pedagógica, pero que valía lo suficiente, según la opinión de Hans Castorp, para que se le aplicase el *placet experiri*.

La casa en que vivía Karen Karstedt estaba situada no lejos del torrente y la vía férrea, al borde del camino que conducía a Dorf, y los primos podían por tanto fácilmente ir a buscarla cuando querían llevársela, después de la comida, al paseo reglamentario.

Cuando se dirigían, para ir a buscarla, hacia Dorf, tenían ante sus ojos el pequeño

Schiahorn; luego, a la derecha, tres picos que se llamaban las Torres Verdes, pero que siempre estaban cubiertos de una nieve resplandeciente y soleada y, más lejos, hacia la derecha, la cúspide del Dorfberg. A mitad de altura de la abrupta vertiente se veía un cementerio, el cementerio de Dorf, rodeado de un muro y desde el cual se debía de disfrutar de una hermosa vista, pues se veía sin duda el lago, por lo que aquel lugar podía considerarse como un buen sitio para un paseo. Una bella mañana fueron allá. Por otra parte, todas las mañanas eran bellas, tranquilas y soleadas, de un azul profundo, de un color fresco y una blancura deslumbrante. Los primos —el uno rojo como un ladrillo, el otro bronceado— iban de chaqueta, pues bajo el mordisco del sol el abrigo hubiese resultado muy incómodo. El joven Ziemssen iba en traje de deporte, con zapatos de goma; Hans Castorp iba calzado de la misma manera, pero llevaba pantalón largo pues no era lo bastante aficionado a los ejercicios físicos como para decidirse a llevar pantalón corto.

Era hacia la mitad de febrero del año nuevo. La última cifra del año había cambiado desde que Hans Castorp se hallaba aquí. Se trataba de otro año, del siguiente. Una de las grandes agujas del reloj universal había avanzado una unidad de tiempo, no la aguja grande, la que marcaba los milenios —eran muy pocos los vivientes que podrían presenciar tal cambio, ni siquiera una de las que marcan los siglos, ni tampoco una de las que marcan los decenios. No. Pero la aguja del año se había movido hacía poco, a pesar de que Hans Castorp no se encontraba aquí desde hacía un año. Ya no contaba el mes de febrero; comenzado, ya se había borrado, lo mismo que una moneda que cuando se cambia equivale a gastarla.

Los tres compañeros se dirigieron, pues, un día al cementerio de Dorfberg. Mencionamos este paseo para ser rigurosamente fieles. La iniciativa fue debida a Hans Castorp, y Joachim, que había comenzado haciendo algunas objeciones en consideración a la pobre Karen, se había dejado convencer y reconoció que hubiera sido inútil tratar de engañarla como a la miedosa señora Stoehr, y procurar ponerla prudentemente al abrigo de todo lo que hiciese pensar en el exitus. Karen Karstedt no se hallaba todavía presa de las ilusiones con las que se engaña en la última etapa, sabía a qué atenerse y cuál era la significación de la necrosis de la punta de los dedos. Sabía también que sus despiadados padres no querrían oír hablar del lujo de un traslado del féretro a su país natal, y que, después del exitus, le asignarían un modesto sitio allá arriba; en una palabra, se podía estimar que aquel paseo, desde el punto de vista moral, era más conveniente para ella que muchas otras distracciones, como por ejemplo la llegada de los bobs o el *cinematógrafo*, sin contar además que aquello era sólo un gesto oportuno de camaradería realizado al azar, una visita a los de allá arriba, admitiendo que no se quisiera considerar buenamente el cementerio como una curiosidad o como un terreno neutro de paseo.

Subieron lentamente en fila india, pues el sendero no les permitía ir uno al lado

del otro. Dejaron atrás y bajo ellos las villas situadas en lo alto de la vertiente y mientras subían, vieron desplegarse y abrirse el paisaje familiar, que les ofrecía la perspectiva de su esplendor invernal. Se extendía hacia el noroeste, en dirección a la entrada del valle y, como esperaban, pudieron contemplar el lago, cuyo disco, rodeado de bosques, aparecía helado y cubierto de nieve. Más allá de la ribera opuesta, los planos inclinados de las montañas parecían encontrarse y, por encima de ellos, las cumbres desconocidas cubiertas de nieve se extendían en el cielo azul. Contemplaron el paisaje, de pie, ante la puerta de piedra que daba acceso al cementerio; luego entraron abriendo la verja de hierro.

En el interior, los senderos estaban limpios de nieve y pasaron entre esos lechos bien dispuestos, colocados de un modo regular, con cruces de piedra y de metal, y pequeños monumentos decorados con medallones e inscripciones. No se oía ni se veía a nadie. La calma, el apartamiento, el silencio del lugar parecían profundos e íntimos en muchos sentidos. Un angelito o un muchachito de piedra, que llevaba un bonete por el genio del silencio, de un silencio que daba la impresión del antípoda de la palabra y, por consiguiente, de un mutismo no desprovisto de sentido ni vacío de vida.

Para los dos visitantes varones, aquélla hubiera sido sin duda una ocasión para descubrirse si hubiesen llevado sombreros, pero ya iban descubiertos —Hans Castorp siempre iba así— y se limitaron por tanto a andar con una actitud respetuosa, apoyándose en la planta de los pies, haciendo pequeñas inclinaciones a derecha e izquierda, detrás de Karen Karstedt, que los guiaba.

El cementerio, que era de forma irregular, se extendía como un estrecho rectángulo hacia el sur, luego se prolongaba en dos sentidos en forma igualmente rectangular. Era evidente que había sido ampliado varias veces y que le habían sido adheridas partes de los campos vecinos. Sin embargo, el recinto parecía completo, tanto a lo largo de los muros como en las divisiones interiores. No podía asegurar si, en caso de necesidad, podría volver a ampliarse.

Los tres visitantes pasearon largo tiempo con discreción por los estrechos senderos, entre las tumbas, deteniéndose para descifrar un nombre, una fecha de nacimiento o de muerte. Las piedras funerarias y las cruces no eran fastuosas y demostraban que no se había gastado mucho dinero. En lo que se refiere a las inscripciones, los nombres eran de origen diverso: había ingleses, rusos, generalmente eslavos; había también alemanes, portugueses y otros. Pero las fechas testimoniaban una gran fragilidad, el intervalo que separaba unas de otras era, en su conjunto, de una brevedad sorprendente, pues el número de años que había transcurrido entre el nacimiento y el exitus se elevaba a un promedio de veinte años, no mucho más; mucha juventud poblaba el recinto, un pueblo nómada que había venido aquí de todas las partes del mundo y que había adoptado la forma de

existencia horizontal.

En algunos lugares, entre la multitud de monumentos, en el interior de la hierba, había reducidos emplazamientos, largos como un hombre echado; se encontraban desocupados, e involuntariamente los tres visitantes se detuvieron ante uno de ellos. Permanecieron en pie, la señorita delante de sus compañeros, y leyeron las frágiles inscripciones de las piedras; Hans Castorp en una actitud de abandono, con las manos cruzadas, la boca abierta y los ojos soñolientos; el joven Ziemssen en posición erguida y hasta un poco inclinado hacia atrás. En este momento, los primos, poseídos por una curiosidad simultánea, lanzaron una mirada a Karen Karstedt. Ella se dio cuenta, a pesar de su discreción, y permaneció confusa y humilde, con la cabeza inclinada un poco oblicuamente, y sonrió con un aire afectado, avanzando los labios, con un rápido movimiento de los ojos.

Noche de Walpurgis

Dentro de pocos días habrían pasado ya siete meses desde que el joven Castorp estaba aquí, mientras que su primo Joachim, que había ya pasado cinco cuando el llegó, tenía ahora doce meses detrás de él, todo un año en cifras redondas, en el sentido cósmico, pues, desde que la pequeña y potente locomotora le había depositado aquí, la tierra había recorrido enteramente su órbita solar y había vuelto al punto donde entonces se hallaba. Era carnaval, en la víspera del martes, y Hans Castorp preguntó al italiano cómo se pasaba aquí esta fiesta.

—¡Magnífico! —respondió Settembrini, a quien los primos habían encontrado en su paseo matinal—. ¡Espléndido! Es tan alegre como en el Prater, ya lo verá, ingeniero, y a ustedes se les verá en la ronda. —Y prosiguió murmurando ágilmente, acompañando sus bromas con movimientos apropiados de los brazos, la cabeza y los hombros—. ¿Qué esperaban…? Incluso en los asilos de alienados se celebran estos bailes para locos e idiotas. Al menos, por lo que he oído. ¿Por qué razón no habían de celebrarse aquí? El programa comprende las danzas macabras más variadas, como puedan suponer. Desgraciadamente, algunos de los invitados del año pasado no podrán estar presentes, pues la fiesta termina a las nueve y media.

—¿A que se refiere…? ¡Ah! —exclamó riendo Hans Castorp—. Es usted un bromista… A las nueve y media, ¿has oído? Es decir, demasiado pronto para que algunos de los invitados del año pasado puedan asistir a la fiesta. ¡Es macabro! Se trata, por supuesto, de los que en el intervalo han dicho definitivamente adiós a la carne. ¿Comprendes el juego de palabras? De todos modos, siento curiosidad por verlo. Me parece muy bien que celebremos aquí las fiestas de esa manera y que marquemos las etapas según el uso, con cortes bien hechos para que no vivamos en una confusión demasiado desordenada. Hemos celebrado la Navidad, el Año Nuevo, y ahora viene el Carnaval. Luego vendrá Domingo de Ramos, la Semana Santa, Pascua de Pentecostés, que cae seis semanas más tarde, y luego viene ya el día más largo del año, el solsticio de verano y nos encaminamos hacia el otoño…

—¡Alto, alto, alto! —gritó Settembrini elevando los ojos al cielo y apoyando las palmas de sus manos en las sienes—. Cállese, le prohibo que se desboque de esa manera.

—Perdone, quería decir… Por otra parte, Behrens se decidirá finalmente por darme inyecciones para desintoxicarme, pues continúo teniendo 37,4, 37,5, 37,6 y hasta 37,7. Eso no tiene nada que ver, pues soy y continuaré siendo un muchacho animado por la vida. Ciertamente no me hallo aquí para pasar un período muy largo. Rhadamante nunca ha fijado un plazo preciso, pero dice que sería insensato interrumpir la cura prematuramente después de haber invertido aquí una suma considerable de tiempo. ¿De qué servirá el que me fijase un plazo? No significaría

nada, pues cuando dice, por ejemplo, «escasamente seis meses», calcula muy justo y hay que esperar que sea más. Fíjese en mi primo, que debía estar listo a principios de mes, es decir, curado, pero la última vez Behrens le administró cuatro meses más hasta la curación completa. Bueno, y después ¿qué vendrá? El solsticio de verano, decía sin intención de molestarle, y luego nos dirigiremos hacia el invierno. Pero por el momento, es cierto que no nos encontramos más que en Carnaval. Además, me parece bien que celebremos todo eso ordenadamente, como está marcado en el almanaque. La señora Stoehr decía que en el quiosco del portero venden trompetas de juguete.

Era exacto. Desde la primera comida del martes de Carnaval, que llegó bruscamente, antes de que tuviese tiempo de reflexionar sobre este acontecimiento, se oyeron en el comedor toda clase de sonidos producidos por instrumentos de viento que roncaban y chillaban. Durante el almuerzo fueron lanzadas serpentinas desde la mesa de Gaenser, de Rasmussen y de la Kleefeld, y algunas personas, como por ejemplo la Marusja de los ojos redondos, llevaban gorros de papel que habían sido comprados al portero cojo.

Por la noche reinó en la sala una animación festiva…, pero nos interesa saber lo que se produjo en esa velada de Carnaval gracias al inquieto espíritu de Hans Castorp. No nos dejemos arrancar, sin embargo, de nuestra tranquilidad reflexiva por ese procedimiento; devolvamos al tiempo el honor que le corresponde, no precipitemos los hechos, dejemos más bien que se desenvuelvan lentamente para compartir la actitud moral de Hans Castorp, que durante tanto tiempo ha procurado retrasar esos acontecimientos.

Por la tarde, todo el mundo fue a Davos Platz para ver el ajetreo del Carnaval en las calles. Desfilaban las máscaras, los pierrots y los arlequines, y entre los peatones y los que iban disfrazados en los trineos se libraron batallas de confeti.

Los huéspedes, que se reunieron luego en torno a las siete mesas para la comida, estaban de un humor muy alegre y decididos a mantener el espíritu público en aquel círculo cerrado. Los gorros, las carracas y trompetas del portero circulaban con profusión, y el procurador Paravant había tomado la iniciativa de un disfraz más completo, poniéndose un quimono de señora y una coleta postiza que, según las exclamaciones surgidas de todas partes, debían de pertenecer a la señora del cónsul general Wurmbrand. Se había colocado los bigotes hacia abajo, de manera que realmente parecía un chino. La administración no había permanecido inactiva. Las mesas habían sido adornadas con una lámpara de papel, faroles que contenían una bujía encendida, de forma que Settembrini, al entrar en la sala y pasar cerca de la mesa de Hans Castorp, citó unos versos que podían referirse a dicha iluminación:

«¡Se halla reunida una alegre compañía!
Con mil luces todo arde y reluce.»

Murmuró con una fina sonrisa, dirigiéndose negligentemente hacia su puesto, donde fue recibido con pequeños proyectiles —bolitas llenas de líquido que se rompían al choque e inundaban de perfume a las víctimas.

El humor era festivo. Se oían risotadas. Serpentinas colgadas de las lámparas se balanceaban con las corrientes de aire; en las salsas de los guisos nadaban los confeti, y luego se vio a la enana pasar con paso agitado llevando el primer cubo con hielo y la primera botella de champán. Se mezclaban el borgoña y el champán después de haber dado la señal el abogado Einhuf, y cuando al terminar la comida, se apagaron las lámparas y quedaron sólo los farolillos, el comedor apareció iluminado con una luz ambigua que hacía pensar en una noche italiana. El humor fue entonces general, y en la mesa de Hans Castorp hubo una explosión de alegría cuando Settembrini hizo circular un papel —lo entregó a Marusja, que era su vecina y que se hallaba tocada con una gorra de jóquey de papel de seda verde— en el que había escrito con lápiz:

«La montaña está hoy llena de locura
y si algún fuego fatuo se ofrece para guiaros
vale más que no os fiéis de él…»

El doctor Blumenkohl, que se sentía de nuevo muy mal, murmuró, con la expresión de la fisonomía y los labios en él característica, algunas palabras de las que se podía deducir de dónde procedían esos versos. Hans Castorp, por su parte, se creyó obligado a dar una respuesta que no podía menos que ser significativa. Buscó un lápiz por sus bolsillos, pero no lo encontró y tampoco pudieron proporcionárselo Joachim ni la institutriz. Sus ojos congestionados pidieron auxilio hacia el este, hacia el ángulo de la sala, a la izquierda, y se vio que aquel pensamiento fugitivo degeneró en una asociación de ideas tan lejanas, que se puso pálido y olvidó completamente su intención inicial.

Tenía, además, otras razones para palidecer. La señora Chauchat, que estaba allí, frente a él, se había arreglado para el Carnaval. Llevaba un vestido nuevo, al menos Hans Castorp no se lo había visto llevar nunca, una seda ligera y oscura, casi negra, que no brillaba más que de vez en cuando con un reflejo moreno, dorado y acariciante, un vestido de escote redondo y discreto que no descubría más que el cuello hasta la unión con las clavículas y, por detrás, las vértebras de la nuca ligeramente salientes bajo los cabellos cuando inclinaba la cabeza. Pero los brazos de Clawdia estaban desnudos hasta los hombros; sus brazos, que eran a la vez frágiles y llenos, y al mismo tiempo frescos y cuya extraordinaria blancura se destacaba sobre la seda sombría de una manera tan seductora que Hans Castorp cerró los ojos y murmuró interiormente: «¡Dios mío!»

Jamás había visto aquello. Conocía los vestidos de baile, los escotes admitidos y

solemnes, «reglamentarios», que eran mucho más grandes que ése, sin ser, ni mucho menos, tan provocativos.

Quedaba plenamente demostrado el error de la antigua suposición de Hans Castorp considerando que el atractivo formidable de los brazos que había visto a través de un velo de gasas, no hubiera sido tan profundo sin aquella «transfiguración» sugestiva. ¡Error! ¡Fatal extravío! La desnudez completa, impresionante, de esos admirables miembros de un organismo enfermo y envenenado, constituía una seducción mucho más emocionante que la transformación de antes, una aparición a la que no se podía contestar de otra manera que bajando la cabeza y exclamando sin voz: «¡Dios mío!»

Poco después, llegó otro billete con el siguiente contenido:

«Nada más que pretendientes y jovencitas.
¿Qué mejor compañía podemos encontrar?
Jóvenes, galantes, audaces,
¡y todos llenos de grandes esperanzas!»

—¡Bravo, bravo! —Servían el café en pequeñas cafeteras de barro y licores de todas clases. A la señora Stoehr le gustaban los licores azucarados. La compañía comenzó luego a desplegarse, a circular. Se visitaban unos a otros, cambiaban de mesa. Una parte de los huéspedes se había retirado ya a los salones, mientras otros permanecían sentados haciendo honor a las mezclas de vinos.

Settembrini llegó en persona, con su taza de café en la mano y el palillo entre los labios, sentándose como visitante al extremo de la mesa, entre Hans Castorp y la institutriz.

—¡Montañas del Harz —dijo—, país de la miseria! ¿Le prometí demasiado, ingeniero? ¡Esto es una feria! Pero espere, no hemos llegado todavía al colmo, no hemos llegado al fin. Según lo que se oye decir, veremos otros disfraces. Algunas personas se han retirado y esto nos permite esperar muchas cosas. Vea usted una…

En efecto, nuevos disfraces hicieron su aparición. Señoras vestidas de hombre, absurdas a causa de sus opulentos formas, rostros ennegrecidos con tapones quemados; hombres disfrazados de mujer, tropezando con las faldas, como el estudiante Rasmussen con un enorme abanico de papel. Apareció un mendigo, con las rodillas dobladas, apoyado en la muleta. Uno se había vestido de Pierrot con unas sábanas y un sombrero de mujer; llevaba la cara empolvada, de manera que los ojos habían adquirido un aspecto extraño, y los labios pintados con un rojo de sangre. Era el joven de la uña alargada. Un griego de la mesa de los rusos ordinarios, que tenía bellas piernas, paseaba gravemente en calzoncillos de punto, color violeta, con una mantilla, un collar de papel y un bastón, como un grande de España o un príncipe encantado.

Todos estos disfraces habían sido improvisados después de la comida. La Stoehr no pudo permanecer por más tiempo en su sitio. Desapareció para regresar, un poco más tarde, disfrazada de criada, con la falda recogida y arremangada, las cintas de su bonete de papel anudadas bajo la barbilla, armada con una escoba y una pala, y comenzó a meter la escoba entre las piernas de los huéspedes que estaban sentados.

La viuda Baubo ha vuelto sola,

recitó Settembrini al verla, y añadió los versos siguientes con una voz clara y plástica. Ella lo oyó, le llamó «gallo italiano» y le invitó a que callase, tuteándole en nombre de la libertad concedida a las máscaras, pues durante la comida había sido ya adoptada esa manera de hablar. El italiano se disponía a contestar cuando estalló de pronto un estrépito de risas procedentes del vestíbulo, interrumpiéndole y atrayendo la atención de todos hacia la sala.

Seguidas de los pensionistas que acudían de los salones, hicieron su entrada dos extrañas figuras que acababan sin duda de disfrazarse. Una iba vestida de enfermera, pero su vestido se hallaba cubierto de blancas bandas transversales, unas cortas y otras más alargadas, imitando la disposición de la escala del termómetro. Llevaba un dedo índice delante de su pálida boca y en la mano derecha mostraba una hoja registro de temperaturas. La otra máscara iba vestida de azul, con los labios y las cejas pintados de azul, el rostro y el cuello manchados del mismo color. Un gorro de lana azul, por supuesto. El vestido de lustrina azul era de una sola pieza, atado en los tobillos por medio de cintas e hinchado en el centro del cuerpo formando una gran panza. Eran la señora Iltis y el señor Albin. Los dos llevaban carteles de cartón en los cuales se podía leer: «La hermana muda» y «El Heinrich azul». Con un paso cadencioso dieron una vuelta por la sala.

¡Qué éxito! Las aclamaciones se sucedían. La señora Stoehr, con su escoba bajo el brazo y las manos sobre las rodillas, reía desenfrenadamente de un modo vulgar, con todo su corazón, aprovechándose de su disfraz de criada. Únicamente Settembrini se mostraba insensible. Sus labios, bajo el bigote agradablemente rizado, se adelgazaron, mientras lanzaba una rápida ojeada a la pareja objeto de los aplausos.

Entre los que habían entrado procedentes del salón, en seguimiento del «azul» y la «muda», se encontraba también Clawdia Chauchat. Con Tamara la de los cabellos lanudos y su compañero de mesa, el de pecho hundido, y un tal Buligin que iba vestido de etiqueta, pasó por delante de la mesa de Hans Castorp y se dirigió en sentido oblicuo hacia la mesa del joven Gaenser y de la Kleefeld, ante los cuales se detuvo, con las manos en la espalda, riendo y charlando mientras sus compañeros seguían a los fantasmas alegóricos y abandonaron el comedor en su compañía.

La señora Chauchat llevaba un gorro de carnaval, pero no era un gorro comprado, sino uno de esos que se hacen para los chiquillos doblando triangularmente una hoja

de papel blanco. Lo llevaba atravesado y le favorecía mucho. Su vestido de seda, de un dorado oscuro, dejaba asomar los pies; la falda era muy ancha. No digamos nada más de los brazos. Estaban desnudos hasta los hombros…

—¡Mírala bien! —oyó Hans Castorp que de lejos decía Settembrini, mientras acompañaba con los ojos a la joven, que continuó su camino hacia las puertas vidrieras y salió de la sala—. Es Lilith.

—¿Quién? —preguntó Hans Castorp. El literato parecía encantado. Luego dijo:

—La primera mujer de Adán. Ve con cuidado…

Aparte de ellos el doctor Blumenkohl permanecía aún sentado al extremo de la mesa. Los demás huéspedes, lo mismo que Joachim, habían pasado al salón. Castorp dijo:

—Hoy está lleno de poesía y verso. ¿Quién es, pues, esa Lilith? ¿Adán estuvo casado dos veces? Jamás lo hubiera imaginado.

—La leyenda hebraica lo quiere así. Esa Lilith se ha convertido en un fantasma nocturno; es peligroso, sobre todo para los jóvenes, a causa de su magnífica cabellera.

—¡Qué horror! Un fantasma nocturno con una bella cabellera. ¿No es verdad que eso es irresistible? Llegas tú y enciendes la luz eléctrica para devolver a los jóvenes al buen camino, ¿no es cierto? —dijo Hans Castorp, un poco alegremente, pues había bebido bastantes copas.

—Escuche, ingeniero, deje eso —ordenó Settembrini, con las cejas arqueadas—. Sírvase de la fórmula que se usa en el Occidente civilizado, de la segunda persona del plural. Usted no se da cuenta de los peligros que corre.

—¿Por qué? ¡Es Carnaval! Es lo de esta noche…

—Sí, para disfrutar de un placer inmoral. El «tú» entre extranjeros, es decir, entre personas que deberían tratarse normalmente de «usted», constituye una salvajada, un jugueteo con el estado primitivo, un juego libertino que me produce horror porque en el fondo va dirigido contra la civilización y la humanidad, y ello con insolencia e impudor. Citaba sencillamente un pasaje de una obra maestra de vuestra literatura nacional. No hablaba más que un lenguaje poético…

—Yo también, yo también. Hablo, en cierta manera, un lenguaje poético, y por eso me siento cambiado en los momentos en que hablo así. No pretendo que me sea natural y fácil tratarte de «tú». Por el contrario, es preciso que haga un esfuerzo sobre mí mismo, es preciso que me sacuda para hacerlo, pero lo hago con gusto, me sacudo con placer y de todo corazón…

—¿De todo corazón?

—De todo corazón, sí. Puedes creerme. Nos hallamos aquí desde hace bastante tiempo. Unos siete meses, los puedes contar… Dado el concepto que reina aquí no es algo infinito, pero para nuestras ideas de allá abajo, cuando pienso en ello, es un largo espacio de tiempo. Ya ves, hemos pasado ese tiempo juntos porque la vida nos ha

reunido aquí, y nos hemos visto casi diariamente, manteniendo conversaciones interesantes, con frecuencia sobre asuntos de los cuales no hubiera comprendido un sola palabra allá abajo. Pero aquí la cosa iba muy bien. Aquí adquirían importancia y me impresionaban siempre, por lo que he puesto en ello toda mi atención. O más bien, cuando tú me explicabas las cosas en *homo humanus*, pues yo no tenía experiencia y no podía decir nada, lo único que podía hacer era sentir un interés extraordinario hacia todo lo que decías. Gracias a ti he comprendido y he aprendido muchas cosas. Pongamos a Carducci aparte, pero tomemos, por ejemplo, las relaciones entre la República y el bello estilo, o el tiempo y el progreso de la humanidad: si no hubiese tiempo no podría haber progreso, y el mundo no sería más que un pantano estancado, un agua pútrida. ¿Qué sabría yo de eso si tú no hubieses estado aquí? Te llamo simplemente «tú» y no te doy otro nombre porque entonces no sabría cómo hablarte. Te hallas sentado aquí y te digo sencillamente «tú», eso basta. Tú no eres un hombre que lleva un nombre, tú eres un representante, señor Settembrini, un embajador, y ahora mismo no eres otra cosa —afirmó Hans Castorp, y con la palma de la mano dio un golpe sobre el mantel—. Y quiero darte las gracias de una vez —prosiguió, chocando su vaso lleno de champán y de borgoña contra la pequeña taza de café de Settembrini—, quiero darte las gracias por haberte ocupado tan amistosamente de mí durante esos siete meses, por haberme tendido la mano, a mí, joven *mulus*, asaltado por tantas impresiones nuevas; por haber intentado, durante mis ejercicios y experiencias, ejercer sobre mí una influencia correctiva, completamente *sine pecunia*, sirviéndote de anécdotas o formas abstractas. Tengo la sensación de que ha llegado el momento de darte las gracias por todo eso y de pedirte perdón por haber sido un mal discípulo, un «niño mimado por la vida», como tú dices. Cuando dijiste eso me impresioné vivamente, y cada vez que pienso en ello me siento nuevamente impresionado. Un niño mimado es lo que he sido sin duda también para ti y tu vena pedagógica, de la que me hablaste desde el primer día. Naturalmente, ésa es una de las relaciones que he aprendido a conocer gracias a ti: la relación entre el humanismo y la pedagogía. Si tuviese más tiempo encontraría muchas otras relaciones. Perdóname, pues. ¡A tu salud, señor Settembrini, a tu salud! Vacío mi vaso en honor de tus esfuerzos literarios para la abolición de los sufrimientos humanos —terminó diciendo, e inclinándose hacia atrás bebió su mezcla de vino; luego se puso en pie y dijo—: Ahora vamos a unirnos a los demás.

—Escuche, ingeniero, ¿qué mosca le ha picado? —dijo el italiano con los ojos llenos de sorpresa, poniéndose también en pie—. Eso parece en verdad una despedida…

—No, ¿por que? —dijo escapándose Hans Castorp.

No se escapó sólo con las palabras, sino también con la acción, haciendo describir medio círculo a su busto y uniéndose a la institutriz, la señorita Engelhart, que venía

precisamente a buscarle.

En el salón de música, el consejero en persona preparaba un ponche de Carnaval ofrecido por la administración, según dijo la señorita. Los señores debían acudir inmediatamente si deseaban tomar un vaso.

En efecto, el doctor Behrens estaba allí, rodeado de huéspedes que le tendían unos pequeños vasos con asa, en torno a la mesa central cubierta con un mantel blanco. Con un cucharón removía el doctor la humenate bebida contenida dentro de un recipiente de loza. Él también había transformado de una manera un poco carnavalesca su habitual indumento, pues, además de la bata de médico que vestía como siempre, porque su actividad no tenía descanso, llevaba un verdadero gorro turco, de un rojo carmín, con una borla negra que colgaba junto a la oreja, y la blusa y la gorra constituían, reunidas en su persona, un disfraz suficiente. Bastaba para llevar hasta el extremo su apariencia ya suficientemente característica. La larga bata blanca exageraba la estatura del consejero. Cuando se tenía en cuenta la curvatura de su nuca y se la suprimía con la imaginación, la silueta de ese hombre aparecía de un tamaño sobrenatural, con su pequeña cabeza de violento color y de expresión extraña.

Al menos ese rostro no se le había aparecido nunca tan raro a Hans Castorp como ahora que se le mostraba cubierto con un gorro rojo. Aquella fisonomía azulada y excitada, en la que los ojos azules lagrimeaban bajo unas pestañas de un rubio casi blanco, y cuyo bigotito blanco se hallaba levantado oblicuamente sobre la boca arqueada y contraída, haciendo un gesto hacia atrás para separarse del vapor que salía del recipiente, le producía una honda impresión.

Hacía manar el oscuro brebaje, un ponche azucarado al arrak, en un chorro curvo, desde el cucharón a los vasos que se le tendían, pronunciando discursos ininterrumpidos en su jerga cómica, de manera que las risas le acompañaban continuamente.

—El señor Urian preside —explicó en voz baja Settembrini, haciendo un movimiento con la mano en dirección al doctor. Luego se separó del lado de Hans Castorp.

El doctor Krokovski se encontraba también presente. Pequeño, rollizo y decidido, con su blusa de lustrina negra sobre los hombros y las mangas colgantes, cobraba así vestido un aspecto de dominó. Tenía el vaso a la altura de los ojos y charlaba alegremente con un grupo de disfrazados de ambos sexos.

La música comenzó a sonar. El huésped con cara de tapir tocó el violín, acompañado al piano por el hombre de Mannheim, el Largo de Haendel y luego una sonata de Grieg de una factura nacional y mundana. Se aplaudió con benevolencia, incluso en las mesas de bridge, en torno a las cuales se hallaban sentados los pensionistas disfrazados y no disfrazados, con botellas cerca de ellos metidas en cubos de hielo.

Las puertas estaban abiertas. También había pensionistas en el vestíbulo. Uno de los grupos, junto a la mesa redonda donde estaba el ponche, escuchaba al consejero, que explicaba un juego de sociedad. Dibujaba con los ojos cerrados, de pie e inclinado hacia la mesa, pero con la cabeza hacia atrás para que todos pudiesen ver que efectivamente tenía los ojos cerrados. Dibujaba en el dorso de una tarjeta de visita, con un lápiz, a ciegas. Era un cerdo lo que su enorme mano iba dibujando sin ayuda de los ojos, un cerdo visto de perfil, un poco primitivo y más esquemático que vivo, pero era incontestablemente el contorno general de un cerdito lo que iba trazando en condiciones tan difíciles. Era una habilidad que le salía bien. Los ojitos del bicho se colocaron en el sitio conveniente un poco demasiado cerca del hocico, pero de todos modos en su sitio; pasó lo mismo con las puntiagudas orejas y con las patitas que pendían de la redondeada panza: prolongando la línea de la espalda, la colita formaba un tirabuzón muy elegante. Todos gritaron: «¡Ah!» cuando la obra estuvo terminada y todos se apresuraron a dibujar con la esperanza de igualar al maestro. Pero eran muy pocos los que hubieran sabido dibujar, con los ojos abiertos, un cerdito y, por lo tanto, menos lo podían intentar con los ojos cerrados. Entonces se pudieron contemplar toda suerte de abortos. No había ninguna relación entre los trazos. Los ojos eran colocados fuera de la cabeza, las patas en el interior de la barriga y ésta quedaba abierta; la cola se arrollaba en alguna parte, sin ninguna relación orgánica con la figura principal, en un arabesco independiente.

Todos reían. La atención de las mesas de bridge dejó de centrarse en el juego, y los jugadores se aproximaban con las cartas en la mano abiertas en abanico. Los que se hallaban al lado del que dibujaba vigilaban sus ojos para cerciorarse de que no miraba, o se reían y gruñían mientras el dibujante a ciegas multiplicaba los errores, y no podían retener el júbilo cuando contemplaban su obra absurda. Una engañosa confianza en sí mismos impelía a todos a combatir. La tarjeta, a pesar de ser bastante grande, quedó cubierta de dibujos por todas partes, montados unos sobre otros. El consejero sacrificó una segunda tarjeta que sacó de su cartera, sobre la cual el procurador Paravant después de haber permanecido unos momentos en meditación intentó dibujar el cerdito de un solo trazo con el único resultado de que su fracaso sobrepasó a todos los anteriores. El motivo decorativo que salió de un lápiz no solamente no se parecía a un cerdo, sino que no daba la menor idea de que tuviese relación alguna con ese animal. Fue felicitado de un modo tumultuoso. Fueron a buscar menús al comedor, de manera que muchas señoras y señores pudieron dibujar al mismo tiempo, y cada competidor tenía sus vigilantes y sus espectadores que esperaban a su vez apoderarse del lápiz. Había sólo tres lápices que eran arrebatados. Pertenecían a los pensionistas. En lo que se refiere al doctor Behrens, una vez vio iniciado el juego desapareció con su ayudante.

Hans Castorp miraba por encima del hombro de Joachim a uno de los dibujantes

y se apoyaba en el hombro de su primo; sujetándose la barbilla con la mano y teniendo la otra en la cadera, hablaba y reía. Y también quería dibujar; reclamó en voz alta y obtuvo el lápiz, un trozo que apenas podía coger con los dedos. Protestó contra aquella colilla con la cara elevada hacia el techo. Protestó en voz alta y maldijo la insuficiencia del lápiz mientras dibujaba con mano rápida un monstruo verdaderamente espantoso, primero sobre el cartón y luego terminándolo sobre el mantel.

—Esto no vale —exclamó en medio de las risas— , no se puede dibujar con semejante trasto. ¡Qué se vaya al diablo! —Y arrojó el trozo de lápiz culpable dentro de la copa de ponche—. ¿Quién tiene un lápiz decente? ¿Quién quiere prestarme uno? He de dibujar otra vez. ¡Un lápiz, un lápiz! ¿Quién tiene uno? —exclamó volviéndose a todas partes, con la mano izquierda apoyada en la mesa y agitando la derecha. No pudo obtener ninguno. Entonces se volvió y se dirigió a la habitación de al lado, hacia Clawdia Chauchat, que se hallaba de pie, como él sabía perfectamente, cerca de la puerta del pequeño salón, y que desde allí observaba sonriente la agitación en torno a la mesa de ponche.

Detrás de él oyó llamar en palabras sonoras y extranjeras.

—Eh! Ingegnere! Aspetti! Che cosa fa? Ingegnere! Un po di ragione, sa! Ma è matto questo ragazzo!

Pero esta vez quedó perdida, y se vio entonces a Settembrini, con el brazo levantado por encima de la cabeza y los dedos separados —ademán usado en su país cuando no es fácil expresar el sentir— al mismo tiempo que lanzaba un «¡Eh…!» prolongado, al salir de la sala del Carnaval.

Hans Castorp se hallaba de pie, mirando de muy cerca el epicanto azul gris verde de aquellos ojos hundidos sobre los pómulos salientes, y dijo:

—¿No tendrías, por casualidad, un lápiz?

Estaba pálido como la muerte, tan pálido como cuando, manchado de sangre, regresó de su paseo solitario y entró a escuchar la conferencia. El sistema de nervios y vasos que regía su rostro funcionó de tal manera que la piel, exangüe, se arrugó, la nariz apareció más puntiaguda y la parte situada bajo los ojos adquirió el aspecto plomizo de un cadáver. Pero el nervio simpático hacía latir el corazón de Hans Castorp de tal manera que ya no podía hablarse de una respiración regular, y los escalofríos recorrían su cuerpo debido a las glándulas que se contraían al mismo tiempo que las raíces de los cabellos.

La mujer del tricornio de papel le miró de arriba abajo con una sonrisa que no revelaba piedad alguna ni inquietud ante aquella cara desencajada. Ese sexo no conoce tal piedad ni inquietud ante los destrozos de la pasión, de este elemento que por lo visto le es mucho más familiar que al hombre, el cual, por naturaleza, no puede soportarlo. Y esto produce a la mujer, cuando lo comprueba, una satisfacción burlona

y maligna. Por lo demás, él no se preocupaba de mover a piedad ni de despertar inquietud alguna.

—¿Yo? —contestó la enferma de los brazos desnudos al «tú»—. Sí, tal vez. —Y había, a pesar de todo, en su sonrisa y en su voz un poco de esa emoción que se produce cuando, después de largas relaciones mudas, es pronunciada la primera palabra, una emoción maliciosa que hacía entrar secretamente el pasado en el instante presente.

—Eres muy ambicioso… Estás lleno de celo… —continuó diciendo con su acento exótico, con su «r» extranjera, su «e» extranjera y demasiado abierta, mientras su voz, ligeramente velada, agradablemente ronca apoyaba el acento sobre la segunda sílaba de la palabra «ambicioso», lo que terminaba de hacerla parecer exótica. Metió la mano en el bolsillo y buscó el objeto. Sacó de debajo de un pañuelo un minúsculo lapicero de plata, delgado y frágil, un pequeño artículo de fantasía que apenas podía servir para nada. El lápiz de otro tiempo, el primero, había sido al menos más manejable y útil.

—*Voilà* —dijo ella, y se puso el pequeño lapicero ante sus ojos sosteniéndolo por la punta y haciéndolo girar lentamente entre el dedo pulgar y el índice.

Hacía como si se lo ofreciese y negase al mismo tiempo, y él entonces hizo ademán de cogerlo, es decir, elevó la mano hasta la altura del lápiz, con los dedos dispuestos a asirlo, pero sin llegar a cogerlo completamente, y desde el fondo de sus ojos color de plomo, su mirada pasaba alternativamente del objeto al rostro tártaro de Clawdia. Sus labios, exangües, permanecían entreabiertos, inmóviles, y no se sirvió de ellos para hablar cuando dijo:

—Ya sabía que tú tenías un lápiz.

—*Prenez garde, il est un peu fragile* —dijo ella—. *C'est à visser, tu sais*.

Sus dos cabezas se inclinaron y ella le enseñó el mecanismo del lápiz, un mecanismo completamente corriente. Se hacía girar la tuerca y entonces aparecía en la punta una delgada mina de plomo, puntiaguda como un alfiler, probablemente dura y que apenas debía marcar.

Permanecían inclinados el uno hacia el otro. Él iba vestido para la velada, llevaba el cuello almidonado y pudo, por lo tanto, apoyar en él su barbilla.

—Pequeño, pero tuyo —dijo él, con la frente muy próxima a la de ella, hablando hacia el lápiz y sin mover los labios.

—Oh, ¿tienes incluso ingenio? —dijo ella con una risa breve, abandonándole el lápiz. (Por otra parte, Dios sabe si él podía mostrarse ingenioso, pues con toda evidencia ya no tenía una sola gota de sangre dentro de la cabeza)—. Bueno, vete; dibuja, dibuja; dibuja bien y distínguete de los demás.

Parecía que quería alejarle.

—No. Tú debes dibujar también. Es preciso que dibujes —dijo él dando un paso

hacia atrás.

—¿Yo? —preguntó ella con una sorpresa que parecía referirse a otra cosa que a aquella proposición. Sonreía, ligeramente turbada. Permaneció inmóvil, pero luego siguió el movimiento de retroceso de Hans Castorp, que parecía magnetizarla, y dio unos pasos hacia la mesa del ponche.

Pero el interés del juego había decaído, estaba ya próximo a expirar. Algunos aún dibujaban, pero ya no tenían espectadores. Las tarjetas estaban cubiertas de garabatos, todos habían manifestado su incapacidad, y la mesa estaba abandonada.

Como se dieron cuenta de que los médicos habían desaparecido, alguien hizo la proposición de bailar. Se retiró la mesa, se pusieron espías en las puertas de la sala de correspondencia y el salón de música, con la orden de hacer una señal si por casualidad el «Viejo», Krokovski o la enfermera hacían de nuevo su aparición.

Un joven eslavo hizo correr sus dedos por el teclado del pequeño piano de nogal. Tocaba con gran expresión. Las primeras parejas empezaron a girar en torno el círculo de sillones y sillas en los que se habían sentado los espectadores.

Hans Castorp, con un gesto de su mano, pareció despedirse de la mesa que se alejaba: «¡Desaparece!» Con la barbilla señaló dos asientos libres que había en un rincón de la sala, cerca de los cortinajes. No habló, tal vez porque la música le parecía demasiado ruidosa. Acercó un sillón para madame Chauchat y se apoderó, para él, de una silla de mimbre, de arrollados brazos. Se sentó inclinado hacia ella, con los codos sobre los brazos de la silla, el lapicero en la mano y los pies bajo el asiento. Es verdad que, por su parte, ella se había hundido demasiado profundamente en el asiento de terciopelo; sus rodillas se encontraban muy elevadas, pero a pesar de esto, cruzó las piernas y balanceó uno de sus pies. Por encima del zapato de charol, el tobillo se dibujaba bajo la seda igualmente negra de la media. Ante ellos se hallaban sentadas otras personas que se levantaban para bailar y cedían el puesto a los que estaban cansados. Era un continuo ir y venir.

—Llevas un vestido nuevo —dijo él para tener el derecho de mirarla, y oyó cómo ella contestaba:

—¿Un vestido nuevo? ¿Estás al corriente de mis vestidos?

—¿Tengo o no razón?

—Sí. Me lo ha hecho Lukacek, en Davos Dorf. Trabaja mucho para las señoras de aquí. ¿Te gusta?

—Mucho —respondió, envolviéndola una vez más en su mirada, antes de bajar los ojos—. ¿Quieres bailar? —añadió.

—Y a ti, ¿te gustaría? —inquirió ella sonriendo, con las cejas enarcadas. Y él contesto:

—Me gustaría si a ti te gustase.

—Eres menos valiente de lo que creía. —Y al ver que él reía burlonamente,

añadió—: ¿Se ha marchado ya tu primo?

—Sí, es primo mío —confirmó él, a pesar de que eso era superfluo—. Acaba de marcharse. Habrá ido a acostarse.

—*C'est un jeune homme très étroit, tres honnête, très Allemand.*[Traducción íntegra del resto del capítulo]

—*Étroit? Honnête?* —repitió él—. Comprendo el francés mucho mejor de lo que lo hablo. Me parece que quieres decir que es un pedante. ¿Nos consideras tú como pedantes, *nous autres Allemands*?

—*Nous causons de votre cousin. Mais c'est vrai, todos sois un poco bourgeois. Vouz aimez l'ordre mieux que la liberté, toute l'Europe le sait.*

—*Aimer… aimer… Qu'est-ce que c'est? Qa manque de définition, ce mot-là.* El uno la posee, el otro la ama, *comme nous disons proverbialment* —afirmó Hans Castorp. Y continuó diciendo—: En estos últimos tiempos he reflexionado con frecuencia sobre la libertad. Es decir: he oído esta palabra con tanta frecuencia que me ha hecho reflexionar. Je te le dirai en français, lo que pienso. *Ce que toute l'Europe nomme la liberté, est peut-être une chose assez pédant el assez bourgeoise en comparation de notre besoin d'ordre, c'esta ça!*

—*Tiens! C'est amusant. C'est ton cousin a qui tu penses comparation de notre besoin d'ordre, c'est ça!*

—No, *c'est vraiment une bonne âme*, una naturaleza sencilla que no se ve amenazada por nada, t*u sais. Mais il n 'est pas bourgeois, il est militaire.*

—¿Qué no se ve amenazada por nada? —repitió ella con esfuerzo—. *Tu veux dire: une nature tout à fait ferme, sûre d'elle-même? Mais il est sérieusement malade, ton pauvre cousin.*

—¿Quién te lo ha dicho?

—Aquí estamos bien informados los unos de los otros.

—¿Te ha dicho eso el doctor Behrens?

—*Peut-être en me faisant voir ses tableaux.*

—*C'est-à-dire: en faisant ton portrait?*

—*Pourquoi pas? Tu Vas trouvé réussi, mon portrait?*

—*Mais oui, extremement. Behrens a tres exactament tendu la peau, oh vraiment tres fidèlement. J'aimerais beaucoup ètre portraitiste, moi aussi, pour avoir l'ocassion d'étudier ta peau comme lui.*

—P*arlex allemand, s'il vous plait!*

—Oh, yo hablo alemán e incluso en francés. *C'et une sorte d'étude artistique et médícale; en un mot; il s'agit des lettres humaines, tu comprends*. ¿Qué decides? ¿No quieres bailar?

—No, es cosa de chiquillos. *En cachette des médecins. Aussitôt que Behrens reviendra, tout le monde va se précipiter sur les chaises. Ce sera fort ridicule.*

—¿Tanto respeto le tienes?

—¿A quién? —preguntó ella, pronunciando la interrogación con una brevedad extranjera.

—A Behrens.

—*Mais va donc avec ton Behrens!* Ya ves que aquí no hay sitio para bailar. *Et puis sur le tapis…* Veremos cómo bailan los demás.

—Sí, es mucho mejor —aprobó él, y se puso a mirar, sentado cerca de ella, con el rostro pálido, los ojos azules y la mirada pensativa de su abuelo, cómo saltarineaban los enfermos disfrazados en el salón, y al otro lado, en la biblioteca. La «hermana muda» bailaba con «el Heinrich azul», y la señora Salomon, disfrazada de bailarina, con frac y chaleco blanco, un plastrón saliente, un bigote y un monóculo, giraba sobre sus altos tacones que salían por debajo del largo pantalón de hombre, con el Pierrot, cuyos labios brillaban con un rojo de sangre en la cara espolvoreada de blanco, y cuyos ojos parecían los de un conejo albino. El griego, en mantilla, agitaba sus piernas armoniosas, enfundadas en punto lila, en torno de Rasmussen, escotado y resplandeciente de jade negro. El procurador, vestido con un quimono, la señora Wurmbrand y el joven Gaenser bailaban juntos, manteniéndose entrelazados, y la señora Stoehr bailaba con su escoba, que apretaba contra su corazón, acariciando el plumero como si fuese la erizada cabellera de un hombre.

—Eso es lo que haremos —repitió Hans Castorp maquinalmente. Hablaban bajo y el piano ahogaba sus voces—. Permaneceremos sentados aquí y miraremos como en sueños. Para mí es como un sueño, *comme un rêve singulierement profond, car il faut dormir très profondément pour rever comme cela… Je veux dire: C'est un rêve bien connu, rêve de tout temps, long, éternel; oui, être assis près de toi comme a présent, voilà l'eternité.*

—*Poète* —dijo ella—. *Bourgeois, humaniste et poète. Voilà l'Allemand au complet, comme il faut!*

—*Je crains que nous ne soyons pas du tout et nullement comme il faut* —replicó el—. *Sous aucun égard. Nous sommes, peut-être, des niños mimados por la vida, tout simplement.*

—*Joli mot. Dis-moi, donc… Il n'aurait pas été difficile de rêver ce revelà plus tôt. C'est un peu tard que monsieur se résout a adresser la parole a son humble servante.*

—*Pourquoi des paroles?* —dijo él—. *Pourquoi parler? Parler, discourir, c'est une chose bien républicaine, je le concède. Mais je doute que ce soit poétique au même de gré. Un de nos pensionnaires, qui est un peu devenu mon ami, monsieur Settembrini…*

—*Il vient de te lancer quelques paroles.*

—*Eh, bien, c'est un gran parleur sans doute, il aime même breaucoup à réciter de beaux vers, mais, est-ce un poète, ces homme-là?*

—Je regrette sincerament de n'avoir jamáis eu le plaisir de faire la connaissance de ce chevalier.

—Je le crois bien.

—Ah! Tu le crois.

—Comment? C'etain une phrase toul à fait indifferent, ce que j'ai dit là. Moi, tu le remarques bien, je ne parle guère le français. Pourtant, avec toi je prefère cette langue à la mienne, car pour moi, parler français, c'est parler, en quelque maniere sans responsabilité, ou comme nous parlons en rêve. Tu comprends?

—À peu près.

—Ça suffit… Parler —continuó diciendo Hans Castorp—, *pauvre affaire! Dans l'éternité, on ne parle point. Dans l'éternité, tu sais, on fait comme en dessinant un petit cochon: on penche la tête en arrière et onferme les yeux.*

—Pas mal, ça! Tu est chez toi dans l'éternité, sans au cun doute, tu la connais à fond. Il faut avouer que tu es un petit rêveur assez curieux.

—Et puis —dijo Hans Castorp— *si je t'avais parlé plus tôt, il m'aurait fallu te diré «vous»!*

—Eh, bien, est-ce que tu as l'intention de me tutoyer pour toujours?

—Mais oui. Je t'ai tutoyée de tout temps et je tutoireai éternellement.

—C'est un peu fort, par exemple. En tout cas tu n 'auras pas trop longtemps l'ocasion de me dire «tu». Je vais partir.

Esta palabra tardó algún tiempo en penetrar en su conciencia. Luego Hans Castorp se sobresaltó, mirando alrededor con aire extraviado9, como un hombre que despierta de repente. Su conversación había continuado con bastante lentitud, pues Hans Castorp hablaba el francés de un modo muy pesado y con un titubeo pensativo. El piano, que había permanecido callado un instante, resonaba de nuevo esta vez bajo las manos del joven Mannheim, que sustituía al joven eslavo y había cogido un cuaderno de música. La señorita Engelhart estaba sentada a su lado y volvía las páginas. El baile se había desanimado. Numerosos pensionistas habían tomado la posición horizontal. Nadie se hallaba sentado ya delante de ellos. En la sala de lectura jugaban a las cartas.

—¿Qué quieres hacer? —preguntó Hans Castorp, con la mirada extraviada.

—Quiero marcharme —contestó ella sonriente, como sorprendida.

—No es posible. Se trata de una broma.

—Nada de eso. Formalmente me marcho.

—¿Cuándo?

—Mañana. *Après diner.*

Un gran cataclismo se produjo en él. Luego añadió:

—¿Adónde vas?

—Muy lejos de aquí.

—¿Al Daguestán?

—Tu n'espas mal instruit. Peut etre, pour le moment…

—¿Estás, pues, curada?

—*Quan à ça… non.* Pero Behrens cree que, por el momento, no puedo realizar grandes progresos aquí. *C'est pourquoi je vais risquer un petit changenment d'air.*

—¿Volverás, pues?

—Tal vez. Pero no sé cuándo. *Quant à moi, tu sais, j'aime la liberté avant tout et notamment celle de choisir mon domicile. Tu ne comprends guère ce que c'est: être obsedé d'indepéndance. C'est ma race, peut-être.*

—Et ton mari au Daghestan te l'accorde, ta liberté?

—C'est la maladie qui me la rend. Me voilà à cet endroit pour la troisième fois. J'ai passé un an ici, cette fois. Possible que je revienne. Mais alors tu seras bien loin depuis longtemps.

—¿Lo crees, Clawdia?

—Mon prénom aussi! Vraiment tu les prends bien au sérieux coutumes du Carnaval!

—¿Sabes tú, pues, en qué medida estoy enfermo?

—Oui, non: *comme on sait ces choses ici. Tu as une petite tache humide, là dedans et un peu le fièvre, n'estce pas?*

—Trente-sept et huit ou neuf l'après-midi —dijo Hans Castorp—. ¿Y tú?

—Oh, mon cas, tu sais, c'est un peu plus compliqué… pas tout à fait simple.

—Il y a quelque chose dans cette branche de lettres humaines dite la médicine —dijo Hans Castorp— *qu'on appelle bouchement tuberculeux des vases de lymphe.*

—Ah! Tu as mouchardé, mon cher, on le voit bien.

—Et toi… ¡Perdóname! ¡Permíteme que te pregunte algo con insistencia y en alemán! El día en que me levanté de la mesa para ir a la consulta, hace seis meses… Tú te volviste, ¿recuerdas?

—Quelle question! Il y a six mois!

—¿Sabías adonde iba?

—Certes, c'était tout à fait par hasard…

—¿Te lo había dicho Behrens?

—Toujours ce Behrens!

—Oh, il représenté ta peau d'une façon tellement exacte… D'ailleurs, c'est un veuf aux joues ardentes et qui possède un service è face très remarquable… Je crois bien qu'il connaisse ton corps non seulement comme médecin, mais aussi comme adepte d'une autre discipline de lettres humaines.

—Tu as décidément raisson de dire que tu parles en rêve, mon ami.

—Soit… Laisse-moi rêver de nouveau après m'avoir révellé si cruellement par cette cloche d'alarme de ton départ. Sept mois sous tes yeux… Et à présent, où en

réalité j'ai fait ta connaissance, tu me parles de dèpart!

—Je te répète que nous aurions pu causer plut tôt.

—¿Lo hubieras deseado?

—Moi? Tu ne m'êchapperas pas, mon petit. Ils'agit de tes intérêts, a toi. Est-ce que tu étais trop timide pour t'approcher d'une femme à qui tu parles en rêve maintenant, ou est-ce qu'ily avait quelqu'un qui t'en a empêché?

—Je te l'ai dit. Je ne voulais pas te dire «vous».

—Faceur. Réponds donc, ce monsieur beau parlcur, cet Italien-là qui quitté la soirée, qu'est-ce qu'il t'a lancé tantôt?

—Je n'en si entendu absolutement rien. Je me soucie très peu de ce monsieur, quand mes yeux te voient. Mais tu oublies… Il n'aurait pas été si facile du tout de faire la connaissance dans le monde. Il y avait encore mon cousin avec qui j'étais lié et que incliné très peu à s'amuser ici: Il ne pense à rien qu 'a son retour dans les plaines, pour se faire soldat.

—Pauvre diable! Il est, en effet, plus malade qu'il ne sait. Ton ami Italien, du reste, ne va pas trop bien non plus.

—Il le dit lui-même. Mais mon cousin… Est-ce vrai? Tu m'effraies.

—Fort possible qu'il aille mourir, s'il esaye d'être soldat dans les plames.

—Qu'il va mourir. La mort. Terrible mot, n'est-cepas? Mais c'est étrange, il ne m'impressionne, pas tellement aujourd'hui, ce mot. C'était une façon de parler bien conventionelle, lorsque je disais «Tu m'effraies». L'idée de la mort ne m'efffraie pas. Elle me laisse tranquille. Je n'ai pas pitié ni de mon bon Joachim ni de moimême, en entendant qu'il va peut-être mourir. Si c'est vrai, son état ressemble beaucoup au mien et je le trouve pas particulièrement imposant. Il est moribond, et moi, je suis amoureux, eh bien! Tu as parlé à mon cousin à l'atelier de photographie intime, dans l'antichambre, tu te souviens?

—Je me souviens un peu.

—Dones ce jour-là Behrens a fait ton portrait transparent!

—Mais oui.

—Mon Dieu! Et l'as-tu sur toi?

—Non, je l'ai dans ma chambre.

—Ah, dans ta chambre. Quant au mien, je l'ai toujours dans mon portefeuille. Veux-tu que je te le fasse voir?

—Mille remerciements. Ma curiosité n'est pas invincible. Ce sera un aspect très innocent.

Moi, j'ai vu ton portrait extérieur. J'aimerais Beaucoup mieux voir ton portrait intérieur qui est enfermédans ta chambre… Laisse-moi demander autre choise! Parfois un monsieur russe qui loge en ville vient te voir. Qui est-ce? Dans quel but vient-il, cet home.

Tu es joliment fort en espionnage, je l'avrou. Eh bien, je réponds. Oui, c'est un compatriote souffrant, un ami. J'ai fait sa connaissance à une autre station balnéaire, il y a quelques années dejà. Nos rélations? Les voilà: nous prenons notre thé ensemble, nous fumons deux ou trois papiros, et nous bavardons, nous philosophons, nous parlons de l'homme, de Dieu, de la vie, de la morale, de mille choses. Voilà mon compte rendu. Es-tu satisfait?

—De la morale aussi! Et qu'est-ce que vous avez trouvé en fait de morale, par exemple?

—La morale? Cela t'intéresse? Eh bien, il nous semble qu'il faudrait chercher la morale non dans la vertu, c'està-dire dans la raison, la discipline, les bonnes moeurs, l'honneteté; mais plutôt dans le contraire, je veux dire: dans le péché, en s'abandonnant au danger, à ce qui est nuisible, à ce qui nous consume. Il nous semble qu'il est plus moral de se perdre et même de se laisser dépérir que de se conserver. Les grands moralistes n 'étaient point des vertueux mais des aventuriers dans le mal, des vicieux, des grands pêcheurs qui nous enseignent à nous incliner chrétiennement devant la misère. Tout ça doit te déplaire beaucoup, n'est-ce pas?

Él guardó silencio. Se hallaba todavía sentado como al principio, las piernas cruzadas bajo el asiento, que crujía, inclinado hacia la mujer, que se encontraba sentada con un tricornio de papel, y conservaba su lapicero entre los dedos.

Los ojos azules de Hans Castorp contemplaban la habitación que se había ido quedando vacía. Los pensionistas se habían dispersado. El piano en el ángulo ante ellos no dejaba oír más que sonidos incoherentes; el enfermo de Mannheim tocaba con una sola mano, y a su lado estaba la institutriz sentada, hojeando una partitura que tenía sobre las rodillas. Cuando la conversación entre Hans Castorp y Clawdia Chauchat expiró, el pianista cesó también de tocar, dejando caer sobre sus rodillas la mano que había acariciado el teclado, mientras la señorita Engelhart continuaba mirando sus notas. Las cuatro únicas personas que habían quedado de la fiesta del Carnaval se encontraban sentadas, inmóviles. El silencio duró unos minutos. Lentamente, a causa de su propio peso, las cabezas de la pareja que estaba cerca del piano parecieron inclinarse más, la del joven de Mannheim hacia el piano, la de la señorita Engelhart hacia la partitura. Finalmente, los dos al mismo tiempo, como si se hubieran puesto secretamente de acuerdo, se pusieron en pie y, sin ruido, evitando dirigirse hacia el otro lado de la habitación que se hallaba todavía ocupado, con la cabeza baja y los brazos colgantes, el joven de Mannheim y la institutriz se alejaron juntos por la sala de correspondencia y lectura.

—*Tout le monde se retire* —dijo madame Chauchat—. *C'étaient les derniers; il se fait tard. Eh, bien, la fête de Carnaval est finie.* —Y elevó los brazos para quitarse con las manos el tricornio de papel de su cabellera roja, cuya trenza se hallaba arrollada en torno de la cabeza como una corona—. Vous connaissez les

conséquences, monsieur.

Pero Hans Castorp objetó con los ojos cerrados, sin cambiar de posición:

—*Jamais, Clawdia. Jamáis je te dirai «vous» jamais de la vie ni de la mort, si se puede decir de este modo. Cette forme de s'adresser a une personne, qui est celle de l'Occident cultivé et de la civilisation humanitaire, me semble fort bourgeouise et pédante. Pourquoi, au fond, de la forme? La forme, c'est la pédanterie elle-même! Tout ce que vous avez fixé à l'egard de la morale, toi et ton compatriote souffrante, tu veux sérieusement que ça me surprenne? Pour quel sot me prends-tu? Dis donc, qu'estce que tu penses de moi?*

—*C'est un sujet qui ne donne pas beaucoup à penser. Tu es un petit bonhomme convenable, de bonne famille, d'une tenue appétissante, disciple docile de ses précepteurs et que retournera bientôt dans les plaines, pour oublier complètement qu'il a jamais parlé en rêve et pour aider à rendre son pays grand et puissant par son travail honnête sur le chantier. Voilà la photographie intime, faite sans appareil. Tu la trouves exacte, j'espere?*

—*Il y manque quelques détails que Behrens y a trouvés.*

—*Ah, les médecins en trouvent toujours, ils s'y connaissent…*

Pero Hans Castorp objetó con los ojos cerrados, sin cambiar de posición:

—*Tu parles comme monsieur Settembrini. Et ma fièvre? D'où vient-elle?*

—*Allons, donc, c'est un incident sans conséquence qui passera vite.*

—*Non, Clawdia, tu sais bien que ce tu dis là, n'est pas vrai, et tu les dis sans conviction, j'en suis sûr. La fievre de mon corps et le battement de mon coeur harassé et le frissonnement des mes membres, c'est le contraire d'un incident, car se n'est rien d'autre* —y su rostro pálido, de labios estremecidos, se inclinó hacia el rostro de la mujer—, *rien d'autre que mon amour pour toi, oui, cet amour que m'ha saisi à l'instant où mes yeux t'ont vue, ou, plutôt, que j'ai reconnu quand je t'ai reconnue toi, et c'était, lui, évidemment qui m'a mené à cet endroit…*

—*Quelle folie!*

—*Oh, l'amour n'est rien s'il n'est pas de la folie, une chose insensée, défendue et une aventure dans le mal. Autrement c'est une banalité agréable, pour en faire de petites chansons paisibles dans les plaines. Mais quant a ce que je t'ait reconnue et que j'ai reconnu amour pour toi; oui, c'est vrai, je t'ai dejà connue, anciennement, toi et tes yeux merveilleusement obliques et ta bouche et va voix, avec laquelle tu parles; una fois déjà, lorsque j'éstais collégien, je t'ai demandé ton crayon, pour faire enfin ta connaissance mondaine parce que je t'aimais irraisonnablement, et c'est de là, sans doute, c'est de mon ancien amour pour toi, que ces marques me restent, que Behrens a trouvées dans mon corps, et qui indiquent que jadis aussi j'étais malade…*

Sus dientes rechinaron. Había sacado un pie de debajo del asiento de la silla, que crujía, mientras iba divagando y, al avanzar ese pie, con la otra rodilla tocaba casi al

suelo, de manera que se arrodillaba delante de ella, con la cabeza inclinada y temblando todo su cuerpo.

—*Je t'aime* —balbuceó—, *je t'ai aimée de tout temps, car tu es le Toi de ma vie, mon rêve, mon sort, mon envié, mon éternel désir…*

—*Allons, allons!* —dijo ella—. *Si tes precepteurs te voyaient…*

Pero él meneó la cabeza con desesperación, inclinado el rostro hacia el suelo, y contestó:

—*Je m'en ficherais, je me fiche de tous ces Carducci et de la République éloquente et du progrès humain dans le temps, car je t'aime!*

Ella le acarició dulcemente con la mano los cabellos cortados al rape en la nuca.

—*Petit bourgeois* —dijo—. *Joli bourgeois à la petite tâche humide. Est-ce vrai que tu m'aimes tant?*

Y exaltado por este contacto ya sobre las dos rodillas, la cabeza echada hacia atrás y los ojos cerrados, él continuó hablando:

—*Oh, l'amour, tu sais… Le corps, l'amour, la mort, ces trois ne font qu'un. Car le corps, c'est la maladie et la volupté et c'est lui qui fait la mort; oui, ils sont charnels, tous deux, l'amour et la mort, et voilà leur terreur et leur grande magie! Mais la mort, tu comprends, c'est d'une chose mal famée, impudente, qui fait rougir de honte; et d'autre part c'est une puissance très solennelle et très majestueuse (beaucoup plus haute que la vie riante gagnant de la monnaie et farcissant sa pensè; beaucoup plus vénérable que le progrès qui lavarde par le temps), parce qu'elle est l'histoire et la noblesse et la pitié et l'éternel et le sacré qui nous fait tirer le chapeau et marcher sur la pointe des pieds… Or, de même le corps, luí aussi, et l'amour du corps, sont une affaire indécente et fâcheuse et le corps rougit et pâlit à sa surface par fraveur et honte de lui-même. Mais aussi il est une grande gloire adorable, image miraculeuse de la vie organique, sainte merveille de la forme et de la beauté, et l'amour pour lui, pour le corps humain, c'est de même un interêt extrement humanitaire et une puissance plus éducative que toute la pédagogie du monde…! Oh, enchantante beauté organique qui ne se compose ni de teinture à l'huile ni de pierre, mais de matière vivante et corruptible, pleine du secret fébrile de la vie et de la pourriture! Regarde la symétrie merveilleuse de l'edifice humain, les épaules et les hanches et les mamelons fleurissants de part et d'autre sur la poitrine, et les côtes arrangées par paires, et le nombril au milieu dans la mollesse du ventre, et le sexe obscur entre les cuisses! Regarde les omoplates se remuer sous la peau soyeuse du dos, et l'échine qui descend vers la luxuriance double et fraîche des fesses et les grandes branches des vases et des nerfs qui passent du tronc aux remeaux par les aisselles, et comme la structure des bras correspond à celle des jambes. Oh, les douces régions de la jointure intérieure au coude et du jarret avec leur abondance de délicatesses organiques sous leurs coussins de chair! Quelle fête inmense de les caresser ces*

endroits délicieux du corps humain! Fête à mourir sans plainte après! Oui, mon Dieu, laisse-moi sentir l'odeur de la peau de ta rotule, sous laquelle l'ingénieuse capsule articulaire secrete son huile glissante! Laisse-moi toucher dévotement de ma boucbe l'Arteria femoralis qui bat au front de la cuisse et qui se divise plus bas en les deux artères au tibia! Laisse-moi ressentir l'exhalation de tes pores et tâter ton duvet, image humaine d'eau et d'albumine, destinée pour l'anatomie du tombeau, et laisse-moi périr, mes lèvres aux tiennes!

No abrió los ojos después de haber hablado. Permaneció sin moverse con la cabeza inclinada, las manos, que sostenían el pequeño lapicero de plata, separadas, temblando y vacilando sobre sus rodillas. Ella dijo:

—*Tu es, en effet, un galand qui said solliciter d'une maniere profonde, à l'allemande.*

Y le puso el gorro de papel.

—*Adieu, mon prince Carnaval! Vous aurez une mauvaise ligne de fièvre ce soir, je vous le prédis*.

Al decir esto se levantó de la silla, se dirigió a la puerta, dudó un momento en el umbral, dio media vuelta, elevando uno de sus desnudos brazos con la mano en el pestillo y, por encima del hombro, dijo en voz baja:

—*N'oubliez pas de me rendre mon crayon.*

Y salió.

CAPÍTULO VI

Cambios

¿Qué es el tiempo? Un misterio sin realidad propia y omnipotente. Es una condición del mundo de los fenómenos, un movimiento mezclado y unido a la existencia de los cuerpos en el espacio y a su movimiento. Pero ¿habría tiempo si no hubiese movimiento? ¿Habría movimiento si no hubiese tiempo? ¡Es inútil preguntar! ¿Es el tiempo función del espacio? ¿O es lo contrario? ¿Son ambos una misma cosa? ¡Es inútil continuar preguntando! El tiempo es activo, produce. ¿Qué produce? Produce el cambio. El *ahora* no es el *entonces*, el *aquí* no es el *allí*, pues entre ambas cosas existe siempre el movimiento. Pero como el movimiento por el cual se mide el tiempo es circular y se cierra sobre sí mismo, ese movimiento y ese cambio se podrían calificar perfectamente de reposo e inmovilidad. El *entonces* se repite sin cesar en el *ahora*, y el *allá* se repite en el *aquí*. Y, como por otra parte, a pesar de los más desesperados esfuerzos, no se ha podido representar un tiempo finito ni un espacio limitado, se ha decidido creer que el tiempo y el espacio son eternos e infinitos con la esperanza de conseguir una explicación un poco más perfecta. Pero al establecer el postulado de lo eterno y lo infinito, ¿no destruye lógica y matemáticamente todo lo infinito y limitado? ¿No queda todo reducido a cero? ¿Es posible una sucesión en lo eterno? ¿Es posible una superposición en lo finito? ¿Cómo armonizar estas hipótesis auxiliares de lo eterno y lo infinito con los conceptos de distancia, movimiento y cambio? ¿No queda más que la presencia de los cuerpos limitados en el universo? ¡Es inútil preguntar!

Hans Castorp se planteaba estas cuestiones y otras semejantes. Su cerebro, desde su llegada a estas alturas, se había mostrado siempre dispuesto a tales disquisiciones y sutilezas, y para experimentar un placer peligroso, pero inmenso, que había pagado muy caro, se había dedicado a tales cuestiones y enfrascado en especulaciones temerarias. Se interrogaba a sí mismo, al buen Joachim y al valle cubierto, desde tiempos inmemoriales, por una nieve espesa; pero ya sabía que no podía esperar contestación alguna a sus preguntas. Por eso se interrogaba a sí mismo, porque no encontraba ninguna respuesta.

Respecto a Joachim, era casi imposible despertar en él ningún interés hacia semejantes temas, pues, como Hans Castorp ya había dicho un día en francés, no pensaba nada más que en llegar a ser un soldado en la llanura, y con esta esperanza había entablado una lucha encarnizada contra la enfermedad, pero la esperanza tan pronto se alejaba como se aproximaba para desvanecerse de nuevo en las lejanías. Para terminar esta lucha estaba dispuesto a realizar un golpe de fuerza. Sí, el paciente, el metódico Joachim, tan completamente imbuido de las ideas del servicio militar y la disciplina, sucumbía a las tentaciones de sublevación, protestaba contra la escala Gaffky, de ese sistema de examen según el cual se deducía y fijaba en el laboratorio,

en el «labo», como se decía ordinariamente, el grado de infección de un paciente, por los bacilos, según se descubrían éstos aisladamente o en grandes cantidades en el tejido analizado. De esta manera, el número de la escala Gaffky era más o menos elevado y todo dependía de esta cifra, que expresaba, sin error, las posibilidades de curación del enfermo, el número de meses o años que debía pasar todavía aquí, desde la visita de cortesía de seis meses hasta el veredicto de «cadena perpetua», cosa que, aplicando las medidas ordinarias del tiempo, era realmente poca cosa.

Joachim se sublevó contra esta escala Gaffky. Renegó abiertamente de toda fe en su autoridad; no precisamente ante sus superiores, pero sí ante su primo e incluso en la mesa.

—Ya tengo bastante. No me dejaré engañar por más tiempo —dijo en alta voz, y la sangre se congestionó en su rostro bronceado—. Hace quince días tenía dos en la escala Gaffky, una bagatela, las más halagüeñas perspectivas, y ahora tengo nueve, me hallo, por lo tanto, literalmente infestado y no se puede hablar de que me marche. Que el diablo comprenda eso. No estoy dispuesto a soportarlo. Allá arriba en Schatzalp, hay un hombre, un campesino griego, venido de la Arcadia; es un caso desesperado, tisis galopante, el exitus puede producirse de un momento a otro, pero ese hombre no ha tenido nunca bacilos en la saliva. Por el contrario, el gordo comandante belga que se marchó curado cuando yo llegué, tenía en la escala Gaffky el diez, era un verdadero semillero y, sin embargo, no tenía más que una pequeña caverna. Me tiene sin cuidado Gaffky. Me vuelvo a casa, aunque esto me haya de costar la vida.

Así habló Joachim, y todos quedaron penosamente impresionados al ver a ese joven tan pacífico y comedido en tal estado de rebelión.

Hans Castorp, al oír que Joachim amenazaba con abandonarlo todo y volver a la llanura, se acordó de unas palabras que había oído pronunciar en francés por una tercera persona; pero guardó silencio.

Podía poner como ejemplo a su primo su propia paciencia, como hacía la señora Stoehr, que exhortaba a Joachim a no blasfemar de aquella manera, a resignarse con toda humildad y a tomar como modelo la constancia de que ella, Carolina, daba pruebas perseverando en aquellos lugares y decidiéndose a no reanudar sus tareas de ama de casa, en Cannstadt, a fin de poder devolver un día a su marido una esposa completamente y definitivamente curada. No, Hans Castorp no se atrevía a hacerlo, pues desde el Carnaval se sentía lleno de escrúpulos respecto a Joachim. Es decir: su conciencia le decía que Joachim debía de ver en ciertos hechos de los cuales no hablaba, pero que su primo conocía sin duda alguna, algo semejante a una traición, a una deserción y a una infidelidad. Y eso con relación a dos ojos redondos y castaños, a las risas mal justificadas y a un cierto perfume de naranja cuyos efectos sufría cinco veces por día, ante lo cual bajaba severa y púdicamente los ojos hacia su plato.

Incluso en la resistencia muda que Joachim oponía a sus especulaciones y a sus divagaciones sobre el tiempo, Hans Castorp pudo ver un poco de ese rigor militar que contenía un reproche contra él.

En lo que se refiere al valle invernal, cubierto de una espesa capa de nieve, al que Hans Castorp, tendido cómodamente en su *chaise-longue*, había dirigido preguntas trascendentales, quedó mudo, lo mismo que los picos, las cimas, las vertientes y los bosques oscuros, verdes y rojizos, inmóviles en la duración unas veces resplandecientes en el azul profundo, otras envueltos en brumas en el fluir silencioso del tiempo terrestre, unas enrojecidos bajo el sol que los abandonaba, otras con un duro resplandor de diamante en la magia de la luna. Estaban siempre cubiertos de nieve, y todos los pensionistas declaraban que ya no podían soportar aquella nieve, almohadones de nieve, vertientes de nieve, todo eso sobrepasa las fuerzas humanas, era mortal para el espíritu y el corazón. Y se ponían antiparras de color, para defender los ojos, pero mucho más para defender su corazón.

¿Hacía verdaderamente seis meses que el valle y las montañas estaban cubiertos de nieve? ¡Ya hacía siete! El tiempo pasa mientras nosotros referimos la historia, nuestro tiempo propio, el que consagramos a esta historia, pero también el tiempo profundamente anterior de Hans Castorp y sus compañeros de infortunio, allá arriba en la nieve, y el tiempo sigue produciendo cambios.

Todo iba realizándose como Hans Castorp había predicho —con gran indignación de Settembrini—, con palabras rápidas el día de Carnaval, al regresar de Platz. No era precisamente que el solsticio de verano se hallase ya próximo, pero la Pascua había pasado por el valle blanco, abril avanzaba y la perspectiva del Pentecostés comenzaba a destacarse. Pronto estallaría la primavera y la nieve se fundiría. No toda la nieve; en las cúspides del sur, en los barrancos, en la cadena de Raetikon, en el norte, quedaría intacta, sin hablar de la que caería también todos los meses de verano pero que se fundía enseguida.

Sin embargo, la revolución del año prometía cosas nuevas y decisivas para dentro de poco; pues desde aquella noche de Carnaval, en la que Hans Castorp había pedido prestado un lápiz a madame Chauchat y más tarde se lo había devuelto, recibiendo en cambio, según sus deseos, otra cosa —un recuerdo que llevaba en un bolsillo—, habían transcurrido ya seis semanas, dos veces más el tiempo que originariamente Hans Castorp debía pasar aquí.

Seis semanas habían transcurrido, en efecto, desde el día en que Hans Castorp había entrado en relación con Clawdia Chauchat y había subido a su cuarto con tanto retraso en relación al estricto Joachim; seis semanas desde el día siguiente en el que se había producido la partida de la señora Chauchat, su marcha provisional para el Daguestán, muy lejos, hacia el este, más allá del Cáucaso. La partida era provisional, la señora Chauchat tenía intención de volver, pero no sabía cuándo, se lo había

asegurado a Hans Castorp de un modo directo y verbal, no durante el diálogo en lengua extranjera que ya hemos consignado, sino en el intervalo de tiempo que, por nuestra parte, hemos dejado transcurrir sin decir una palabra, durante el cual hemos interrumpido el curso de nuestra narración ligado al tiempo y no hemos dejado reinar más que la duración pura.

De todos modos, el joven Castorp había recibido esta seguridad y había oído esas afirmaciones consoladoras antes de volver al número 34. Al día siguiente no había cambiado palabra alguna con madame Chauchat, la había visto apenas, solamente dos veces, de lejos. Una durante el almuerzo, cuando vestida de paño azul y chaqueta de lana blanca, se había presentado en el comedor por última vez, dando el consabido portazo y caminando con un paso graciosamente resbaladizo —entonces el corazón de Hans Castorp se le había atragantado en la garganta y únicamente la severa vigilancia que la señora Engelhart había ejercido sobre él había impedido que ocultase su rostro entre las manos—. Luego la había visto a las tres de la tarde, en el momento de su marcha, a la cual, propiamente hablando, no había asistido, pero que había observado desde una ventana del corredor que miraba al camino de acceso al sanatorio.

Este acontecimiento se había desarrollado de la misma manera que Hans Castorp había visto varias veces desde su permanencia aquí: el trineo o el coche se detenían cerca de la cuesta, el cochero y el mozo cargaban el equipaje; pensionistas del sanatorio, los amigos del que, curado o no emprendía el regreso al país llano para vivir o morir allí, o simplemente los que dejaban de cumplir su programa para presenciar el acontecimiento, se reunían junto a la puerta y un señor de la administración, vestido de levita, algunas veces los mismos médicos, se hallaban presentes. El que se marchaba, con la satisfacción pintada en el rostro, saludaba con amabilidad a los curiosos que le rodeaban o que permanecían alejados.

Esta vez era madame Chauchat la que había salido, sonriendo, cargada de flores, envuelta en un abrigo de viaje, rugoso y forrado de pieles, llevando un sombrero grande. Iba escoltada por el señor Buligin, su compatriota del pecho hundido, que hacía con ella una parte del viaje. Parecía estar llena de una alegre animación, como todos los que se marchaban, ante la sola perspectiva de un cambio de existencia, independientemente del hecho de que existía la autorización del médico, o de que se interrumpía la permanencia a causa de un tedio desesperado, a su propio riesgo y peligro, con la conciencia inquieta.

Madame Chauchat tenía las mejillas encendidas, hablaba sin cesar, probablemente en ruso, mientras que su compañero le envolvía las rodillas con una piel. No había más que los compatriotas o los comensales de madame Chauchat; luego acudieron otros pensionistas. El doctor Krokovski enseñaba sus blancos dientes por entre la barba, al sonreír, y le había ofrecido más flores. La vieja tía ofreció

compota a la viajera, «compotita» como ella decía, o sea mermelada rusa; la institutriz se encontraba también allí; el natural de Mannheim permanecía a alguna distancia, espiando con la mirada turbia, y esas afligidas miradas, resbalando a lo largo de la casa, habían descubierto a Hans Castorp asomado a la ventana del corredor; por un momento, esas turbias miradas se habían fijado en él.

El doctor Behrens no había aparecido; sin duda se había despedido ya de la viajera particularmente… Luego, en medio de las despedidas de todos, los caballos se habían puesto en marcha, y los ojos oblicuos de madame Chauchat habían, a su vez —en el momento en que el movimiento del trineo le había hecho inclinar hacia atrás el cuerpo—, recorrido la fachada del Berghof, y durante la fracción de un segundo se habían detenido sobre el rostro de Hans Castorp.

Así pues, abandonado, se había dirigido inmediatamente a su habitación asomándose al balcón para ver una vez más, desde arriba, el trineo que, en medio de un ruido de cascabales, resbalaba por el camino de Dorf. Se había luego arrojado sobre una silla y sacando del bolsillo interior de su chaqueta el recuerdo, la prenda, que esta vez no consistía en unas virutitas lacadas de rojo, sino en una pequeña placa de cristal que debía ser mantenida a contraluz para poder ver algo, contempló el retrato interior de Clawdia, que no tenía rostro, pero que revelaba la osamenta delicada de su cuerpo envuelto en una transparencia espectral de formas de su carne, igual que los órganos huecos de su pecho…

¡Cuántas veces había contemplado y oprimido contra sus labios este retrato! El tiempo había aportado la adaptación a la vida en ausencia de Clawdia Chauchat, separada de él por el espacio —y esto mucho más pronto de lo que se hubiese podido creer: ¿no era aquí el tiempo de una naturaleza especial, organizado para crear la costumbre, aunque no fuese más que la costumbre de no acostumbrarse? No había que esperar el portazo al principio de las cinco formidables comidas; era a una distancia enorme donde la señora Chauchat daba ahora portazos —manifestación de su naturaleza unida y mezclada a la enfermedad, lo mismo que el tiempo lo está a los cuerpos en el espacio; su enfermedad y nada más…—. Pero si estaba invisible y ausente permanecía, sin embargo, visible y presente en el espíritu de Hans Castorp; ella era el genio de ese lugar, que había conocido y poseído en una hora nefasta de una criminal dulzura, en una hora a la que no podía aplicarse ninguna canción tranquila de la llanura, y de la cual, desde hacía nueve años, llevaba la silueta espectral en su corazón violentamente enamorado.

En esta hora memorable, sus labios temblorosos habían balbuceado, en una lengua natal, casi inconscientemente y con una voz ahogada, muchas cosas excesivas: proposiciones, ofrecimientos, proyectos y resoluciones insensatas a los que había sido negada toda aprobación; había querido acompañar al genio más allá del Cáucaso, seguirle, esperarle en el lugar que el libre capricho del genio eligiese como próximo

domicilio, para no separarse nunca más de él; había hecho otras proposiciones completamente irresponsables. Y es que el sencillo joven había sacado la consecuencia de que sólo había la sombra de una posibilidad de que madame Chauchat volviese aquí una cuarta vez, pronto o tarde, según decidiese la enfermedad que ahora le había dado la libertad. Pero, pronto o tarde, ella había dicho desdeñosamente que Hans Castorp «estaría desde haría tiempo, muy lejos», y el sentido desdeñoso de esta profecía le hubiese sido aún mucho más insoportable si no hubiese tenido el recurso de decirse que ciertas profecías no se hacen más que para que no se realicen. Profetas de esta clase se burlan del porvenir prediciéndole lo que ocurrirá para que el porvenir se avergüence de realizarlo. Y si el genio, durante la conversación que consignamos anteriormente y fuera de esa conversación, le había llamado «apuesto burgués de la pequeña mancha húmeda», lo que era, en cierto modo, traducción de la expresión de Settembrini «niño mimado por la vida», cabía preguntarse qué elemento de esa mezcla sería el más fuerte; el burgués o el otro… Además, el genio no había tenido en cuenta que él mismo había ido y venido numerosas veces y que Hans Castorp podía también volver en el momento oportuno, aunque en realidad no perseveraba aquí más que con la intención de no tener necesidad de volver. Ésta, como en los demás, era razón de su presencia.

Una de las profecías de aquella velada de Carnaval se había realizado: Hans Castorp sufrió una elevación en la curva de la temperatura, ésta había subido rápidamente y él la había registrado con una gravedad solemne; después de un ligero descenso, se había prolongado en un nivel ligeramente ondulado, manteniéndose constantemente por encima del nivel de las temperaturas acostumbradas antes. Era una fiebre anormal cuyo grado y persistencia, según el doctor Behrens, no estaba en relación con los síntomas locales.

—Está mucho más intoxicado de lo que parecía capaz amiguito —le dijo—, ¡continuaremos ensayando las inyecciones! Esto le irá bien. Dentro de tres o cuatro meses estará como pez en el agua, si las cosas se arreglan como supone el abajo firmante.

Por esta causa, Hans Castorp tuvo que presentarse dos veces por semana, el miércoles y el sábado, después del paseo matinal, en el «labo» para que le pusiesen la inyección.

Los dos médicos administraban indistintamente este remedio, pero el consejero lo hacía como un virtuoso, de un solo golpe, vaciando la jeringa en el momento mismo de pinchar. No se preocupaba mucho, por otra parte, del sitio en que pinchaba, de manera que el dolor era algunas veces muy fuerte y el lugar pinchado permanecía durante largo tiempo duro y ardiente. Además, la inyección atacaba el estado general del organismo, desencajaba el sistema nervioso como si se hubiese realizado un gran esfuerzo deportivo, y esto precisamente era lo que demostraba el poder del remedio,

que se manifestaba también en el hecho de que comenzaba por hacer subir la temperatura. Era lo que el consejero había predicho y lo que ocurrió según la regla y sin que hubiese nada que comentar sobre ese fenómeno. La cosa se acababa rápidamente cuando a uno le tocaba el turno; en un momento se recibía el contraveneno bajo la piel de la nalga o del brazo. Pero algunas veces, cuando el consejero se encontraba en un momento propicio y su humor no se hallaba turbado por el tabaco, entablaba una corta conversación que Hans Castorp procuraba dirigir poco más o menos del siguiente modo:

—Conservo un agradable recuerdo de nuestra merienda en su casa, doctor, el año pasado, en otoño, gracias a una casualidad. Ayer precisamente lo recordaba con mi primo.

—Gaffky siete —dijo el consejero—. Ultimo resultado. Ese muchacho se niega decididamente a desintoxicarse. Y, a pesar de eso, nunca me había zarandeado y tirado tanto como en esos últimos tiempos con sus ideas de partida, para ir a arrastrar el sable. ¡Qué muchacho! Me reprocha sus cinco pequeños trimestres con jeremiadas, ¡cómo si hubiese pasado siglos aquí! Quiere marcharse, cueste lo que cueste. ¿Le ha hablado de esto? Debería usted amonestarle seriamente y con firmeza. Ese muchacho reventará si traga demasiado pronto vuestra simpática niebla allí abajo a la derecha. Esos rayos de la guerra no tienen obligación de ser excesivamente sensatos, pero usted, el más tranquilo de los dos, el paisano, el hombre de cultura burguesa, debería ponerle la cabeza en su sitio antes de que haga locuras.

—Eso es lo que hago, doctor —contestó Hans Castorp, sin dejar de dirigir la conversación—. Eso es lo que hago cuando se impacienta, y creo que llegará a entrar en razón, pero los ejemplos que tiene ante los ojos no son muy apropiados, eso es lo que estropea la cosa. A cada momento se registran partidas, partidas al país llano, espontáneas y sin verdadera justificación, y eso tiene algo de tentador para los caracteres débiles. Por ejemplo, recientemente… A ver, ¿quién se ha marchado recientemente? Una señora de la mesa de los rusos distinguidos, madame Chauchat. Se dice que se ha marchado al Daguestán. ¡Dios mío, al Daguestán! No conozco el clima, tal vez es menos desfavorable que el nuestro, allá abajo, al lado del mar; pero es indudablemente un país llano en nuestro sentido, a pesar de que geográficamente sea tal vez montañoso. No estoy muy fuerte en esas cosas. ¿Cómo es posible vivir allá abajo sin estar curado, cuando nos faltan los principios elementales y nadie sabe nada de nuestra regla, ni de cómo uno ha de permanecer echado y tomarse la temperatura? Creo que ella piensa volver, me lo dijo incidentalmente. Pero ¿por qué hablamos de ella? ¡Ah!, sí, aquel día que le encontramos en el jardín, doctor, ¿se acuerda? Es decir, fue usted quien nos encontró, pues nosotros estábamos sentados en un banco fumando. Es decir, quien fumaba era yo, pues mi primo, cosa extraña, no fuma. Precisamente usted también fumaba y cambiamos nuestras marcas preferidas,

lo recuerdo perfectamente. Su Brasil era excelente, pero es preciso tratarlo como a un joven potro; de lo contrario, ocurre algo semejante a lo que le pasó a usted después de los dos Habana, cuando estuvo a punto de bailar su último baile con el pecho tempestuoso. Como la cosa acabó bien, podemos reírnos. He encargado más María Mancini a Brema, algunos centenares; decididamente prefiero esta marca, me es simpática bajo todos los aspectos. Es verdad que el porte y la aduana los encarece mucho, y si a usted se le ocurre prolongar mi cura por un tiempo bastante largo soy capaz de convertirme al tabaco de aquí, pues se ven en los escaparates cigarros muy bonitos. Luego nos enseñó usted sus cuadros, lo recuerdo como si fuese hoy, porque me causaron una gratísima impresión. Estaba verdaderamente sorprendido al ver lo que había conseguido usted con la pintura al óleo. Yo no hubiera podido hacerlo nunca. ¿No vimos el retrato de madame Chauchat? La piel está pintada de un modo verdaderamente magistral. Lo digo sinceramente, me sentí entusiasmado. En aquel momento no conocía el modelo más que de vista y de nombre. Luego, muy poco tiempo antes de su partida, la conocí personalmente.

—¡Qué me dice! —contestó el consejero. Y era lo mismo que había contestado (la aproximación se impone) cuando Hans Castorp le anunció, antes de su primera consulta, que tenía un poco de fiebre. Y no dijo nada más.

—Sí, sí. La he conocido personalmente —insistió Hans Castorp—. Sé, por experiencia, que no es muy fácil entablar relaciones personales aquí arriba, pero entre ella y yo pudo arreglarse la cosa a última hora; una conversación…

Hans Castorp aspiró el aire entre los dientes y lanzó un pequeño grito.

—¡Ay! Seguramente ha tocado usted algún nervio importante, doctor. Sí, sí, me hace un daño infernal. Gracias, un poco de masaje va bien… Sí, una conversación nos aproximó.

—¡Vamos! ¿Y qué? —exclamó el consejero.

Había hecho la pregunta encogiéndose de hombros como quien espera una contestación llena de elogios y se adelanta a meter en la pregunta el elogio previsto.

—Supongo que mi francés dejó un poco que desear —respondió Hans Castorp—, ¿cómo puedo saberlo? A pesar de todo, nos pudimos entender de un modo bastante pasable.

—Lo supongo. Bueno. ¿Muy hermosa, verdad?

Hans Castorp se abrochaba el cuello, de pie, con las piernas y los codos separados y la cabeza elevada hacia el techo.

—Nada de particular —dijo—. Dos personas, incluso dos familias, viven en un mismo balneario durante semanas, bajo el mismo techo, completamente distanciadas. Un día traban conocimiento, se aprecian sinceramente, y ocurre que uno de ellos está próximo a marcharse. Imagino que tales cosas ocurren con frecuencia. Y en este caso se desearía al menos guardar cierto contacto, saber el uno del otro, aunque no sea más

que por correspondencia. Pero madame Chauchat…

—¡Vamos! ¿Seguramente no quiere? —dijo riendo jovialmente el consejero.

—No, no quiso que hablase de eso. ¿Y a usted no le escribe alguna vez?

—¡Jamás! —contestó Behrens—. Eso es una cosa que nunca puede ocurrir. Primeramente por pereza, y además, ¿cómo escribiría? Yo no sé leer el ruso. Hablo un poco en caso de necesidad, pero no sé leer una sola palabra. Usted tampoco, ¿verdad? Y en lo que se refiere al francés y al alemán nuestra gatita los maulla un poco, deliciosamente sin duda, pero para escribirlos se vería con grandes trabajos. ¡La ortografía, querido amigo! Sí, tiene usted que tenerlo en cuenta, amigo mío. Ella vuelve de vez en cuando. Cuestión de técnica, asunto de temperamento, como ya le he dicho. Uno se va y tiene luego que volver, y otro queda afiliado durante un tiempo bastante largo para no tener necesidad de volver jamás. Pero si su primo de usted se va, y no deje de decírselo bien claro, es muy posible que usted se halle todavía aquí para poder asistir a su regreso solemne…

—Pero, doctor, ¿cuánto tiempo cree que yo…?

—¿Qué usted? ¿Qué él? Creo que no permanecerá allá abajo más tiempo del que ha permanecido aquí arriba. Esto es lo que honradamente opino, y sería usted muy amable si se lo repitiese a él en mi nombre.

En esos términos se desarrollaban ordinariamente las conversaciones, dirigidas con astucia por Hans Castorp, a pesar de que el resultado fuese mínimo e inseguro, pues en lo que se refería al tiempo que era preciso permanecer aquí para asistir a la vuelta de un enfermo que se ha marchado prematuramente, la contestación había sido ambigua, y en lo que se refiere a la joven señora ausente, no se había obtenido nada. Hans Castorp no sabría nada de ella mientras les separase el misterio del espacio y el tiempo; ella no escribiría ni él podría tener ocasión de hacerlo. Pero reflexionando bien, ¿podía ella comportarse de otro modo? ¿No había sido una idea muy pedante y burguesa eso de sugerir que podían escribirse, cuando algún tiempo antes había opinado, en su fuero interno, que no era necesario ni deseable que se hablaran? ¿Y le había verdaderamente «hablado», en el sentido que se da a esta palabra en el Occidente civilizado, en aquella noche de Carnaval, a su lado? ¿No se había expresado en lengua extranjera, como en sueños, del modo menos civilizado posible? ¿Para qué escribir entonces en papel de cartas, en tarjetas postales, como se hacía en el país llano, para dar cuenta de los resultados variables de las consultas? ¿No tenía razón Clawdia al sentirse dispensada de escribir, en virtud de la libertad que le concedía la enfermedad?

Hablar, escribir, asunto eminentemente humanista y republicano, en efecto, el asunto de maese Brunetto Latini, que había escrito aquel libro sobre las virtudes y los vicios, que había educado a los florentinos, que les había enseñado a hablar y a gobernar su República según las reglas de la política.

Eso llevó a Hans Castorp a pensar en Lodovico Settembrini y se ruborizó, como se ruborizó en otro tiempo cuando el escritor entró de improviso en su cuarto de enfermo, encendiendo repentinamente la luz. Hans Castorp hubiese podido sin duda plantear sus problemas referentes a los misterios trascendentales, con privación e ironía más bien que con la esperanza de obtener una contestación de humanista, que no se preocupaba de esos intereses terrestres; pero desde la noche de Carnaval y la salida aparatosa de Settembrini del salón de música, se había producido entre ellos un cierto alejamiento que era debido a la falta de tranquilidad de conciencia del uno y a la profunda decepción pedagógica del otro, y que tenía como consecuencia el que se evitasen el uno al otro y que durante semanas enteras no cambiasen palabra alguna.

¿Era todavía Hans Castorp «un niño mimado por la vida» a los ojos de Settembrini? No; sin duda era abandonado por el que buscaba la moral en la razón y la virtud. Y Hans Castorp miraba de reojo a Settembrini, fruncía el entrecejo y apretaba los labios cuando se encontraban, mientras la mirada negra y brillante del italiano reposaba sobre él con una especie de reproche mudo.

Sin embargo, esa tozudez se despejó de inmediato cuando el literato le dirigió la palabra por primera vez, después de unas semanas, aunque no fue más que al pasar y bajo la forma de alusiones mitológicas tan sutiles que era preciso una cultura occidental para comprenderlas. Fue después de comer y al encontrarse en el umbral de la puerta vidriera, que había cesado de dar portazos. Acercándose al joven y disponiéndose, por adelantado, a separarse inmediatamente de él, Settembrini dijo:

—Bien, ingeniero, ¿qué le ha parecido la granada? Hans Castorp sonrió, alegre y turbado.

—¿Qué quiere decir, señor Settembrini? ¿Granadas? Me parece que no hemos comido granadas. Nunca he… sí, un día bebí jarabe de granada con agua de seltz. Era demasiado dulce.

El italiano, que había ya andado un trecho, volvió la cabeza y dijo:

—Los dioses y los mortales han visitado en ocasiones el remo de las sombras y han encontrado el camino de regreso. Pero los habitantes de los infiernos saben que quien come el fruto de su imperio queda prisionero en él para siempre.

Y continuó su camino, enfundado en su eterno pantalón a cuadros claros, dejando atrás a Hans Castorp, que debía de haber quedado aplastado ante el sentido de aquellas palabras, y que lo estaba verdaderamente, al mismo tiempo que irritado y divertido por la suposición de que pudiese estarlo. Murmuró aparte, entre dientes:

—¡Latini, Carducci y *tutii quanti*, dejadme en paz!

Sin embargo, se había sentido agradablemente impresionado por aquellas primeras palabras que le habían sido dirigidas, pues, a pesar del trofeo y del recuerdo macabro que llevaba en su corazón, sentía amistad hacia Settembrini, le gustaba estar en relación con él, y el pensamiento de que hubiese sido rechazado pesaba en su alma

más cruelmente que el sentimiento de alumno al cual se ha relegado en la clase, o alguien que se hubiese aprovechado de todas las ventajas de la vergüenza con el señor Albin.

Sin embargo, no se atrevía por su parte, a dirigir la palabra a su mentor, y éste dejó pasar de nuevo semanas enteras antes de acercarse y reanudar la conversación con el alumno indócil.

Esto se verificó cuando por las olas marinas del tiempo, de ritmo eternamente monótono, la Pascua quedó relegada a la orilla y hubo sido celebrada escrupulosamente en el Berghof, lo mismo que allá abajo se celebraban todas las etapas, a fin de evitar una mezcla desordenada. En la primera comida, cada pensionista encontró al lado de su cubierto un ramito de flores; en el segundo almuerzo recibió cada uno un huevo coloreado; y, para la comida, la mesa del festín fue decorada con pequeñas liebres de azúcar y chocolate.

—¿Ha viajado alguna vez por mar, ingeniero, y usted teniente? —preguntó Settembrini, cuando después de la comida, con el palillo entre los dientes se acercó, en el vestíbulo, a la mesita de los primos que, como la mayoría de los pensionistas, habían abreviado en un cuarto de hora la cura de la tarde para instalarse ante una taza de café y una copa de licor.

—Esas pequeñas liebres y esos huevos coloreados me hacen pensar en la vida a bordo de uno de esos grandes transatlánticos ante un horizonte vacío durante muchas semanas, en el desierto salino, en que todas las comodidades no consiguen hacer olvidar más que superficialmente la monstruosa extrañeza, mientras que en las regiones profundas de la sensibilidad la conciencia de ese estado extraño continúa carcomiendo con una angustia secreta. Encuentro aquí el ambiente que reina a bordo de tales arcas en las que se observan piadosamente las fiestas de la tierra firme. Se trata, en efecto, de gentes que se hallan fuera del mundo, de un recuerdo sentimental evocado con arreglo al calendario. En la tierra firme hoy se celebra la Pascua, ¿no es verdad? Allá abajo se celebra hoy el aniversario del Rey, y nosotros también lo celebramos lo mejor posible; nosotros también somos hombres. ¿No es cierto?

Los primos aprobaron lo que decía. En verdad era así. Hans Castorp, emocionado por el hecho de que le hubiese dirigido la palabra y aguijoneado por su conciencia turbia, alabó en todos los tonos esa observación, la encontró espiritual, interesante, literaria, y apoyó a Settembrini con todas sus fuerzas.

Ciertamente, como el señor Settembrini había hecho notar en una forma tan plástica, las comodidades de a bordo de un gran transatlántico hacían olvidar las circunstancias y su carácter peligroso, y si le era permitido desarrollar esa idea por su propia cuenta, había incluso una cierta frivolidad y una provocación en esas comodidades, algo semejante a lo que los antiguos llaman *hybris* (para complacer a su interlocutor, llegó a citar hasta los antiguos, algo parecido a «Yo soy el rey de

Babilonia»). Pero por otra parte, el lujo a bordo de un transatlántico integraba —¡integraba!— también un gran triunfo del espíritu y el honor humanos; pues, por el hecho de que el hombre transportase ese lujo y esas comodidades sobre la espuma salada y los afirmase atrevidamente, plantaba en cierta manera el pie en la nuca de las fuerzas elementales, y esto implicaba la victoria de la civilización humana sobre el caos, si le era permitido servirse de esta expresión.

Settembrini le escuchó atentamente, con los pies y los brazos cruzados, acariciando graciosamente con el palillo sus bigotes rizados.

—Vale la pena subrayar eso —dijo—. El hombre no hace ninguna afirmación de carácter general sin traicionarse por entero, sin poner involuntariamente todo su «yo», sin representar, en cierto modo, por una parábola el tema fundamental y el problema esencial de su vida. Esto es lo que acaba de pasarle, ingeniero. Lo que acaba de decir nacia, en efecto, del fondo de su personalidad, y ha expresado igualmente, de un modo poético la situación momentánea de esta personalidad; continúa siendo un estado experimental.

—*Placet expiriri* —dijo Hans Castorp, pronunciando la «e» a la italiana y asintiendo con la cabeza.

—*Sicuro*, si se trata, en este caso, de la pasión respetable de conocer el mundo y no de libertinaje. Ha hablado de *hybris*. Se ha servido usted de esa expresión. Pero la *hybris* de la razón contra las potencias ocultas es la más alta humanidad, y si atrae la venganza de los dioses celosos, por ejemplo, cuando al arca de lujo se va a pique, se trata de un horroroso fin. En el acto de Prometeo también había la *hybris* y su tortura sobre la roca escita es, a nuestros ojos, el más sagrado de los martirios. ¿Pero qué es de esa otra *hybris* de la perdición encontrada en la experiencia perversa hecha con la falta de razón y con los enemigos de la especie humana? ¿Hay honor en eso? ¿Puede haber honor en tal conducta? *¿Sí o no?*

Hans Castorp movió la cucharilla en la taza, a pesar de que ésta se encontraba vacía.

—Ingeniero, ingeniero —dijo el italiano encogiéndose de hombros, y la mirada de sus ojos negros y pensativos se hizo fija—, ¿no teme usted el torbellino del segundo círculo del infierno, que arrastra y sacude a los pecadores de la carne, a los desgraciados que han sacrificado la razón a la lujuria? *¡Gran Dio!* Cuando me imagino la manera cómo dará usted vueltas bajo el soplo infernal, estoy a punto de caer de golpe al suelo, lleno de aflicción, como cae un cadáver…

Rieron, satisfechos de oírle bromear y decir cosas poéticas. Pero Settembrini añadió:

—En la noche de Carnaval, bebiendo vino, ¿lo recuerda, ingeniero?, se despidió usted por así decirlo de mí. Sí, era algo semejante. Pues bien hoy me toca a mí. Tal como ustedes me ven, señores, estoy en el momento de decirles «hasta la vista». Me

voy de esta casa.

Los dos manifestaron la más viva sorpresa.

—No es posible, es una broma —exclamó Hans Castorp, como había exclamado ya en otra circunstancia. Estaba tan asustado como en aquel otro día. Pero Settembrini contestó:

—Nada de eso, tal como lo oyen. Y por otra parte, usted ya está más o menos preparado para esta noticia. Ya le declaré que en el momento en que se desvaneciese toda esperanza de poder volver, dentro de un plazo más o menos fijo, al mundo del trabajo, estaba decidido a levantar mi tienda para establecerme definitivamente en la aldea. ¿Qué quieren que haga? Ese instante ha llegado. No puedo curarme, se ha fallado la causa. Puedo prolongar mi existencia, pero sólo aquí. El veredicto definitivo es «a perpetuidad». El doctor Behrens lo ha pronunciado con el buen humor que le es característico. He sacado mis conclusiones. He alquilado una habitación y estoy disponiendo el traslado de mis modestos bienes y los utensilios de mi oficio literario… No está muy lejos de aquí, en Dorf. Nos veremos seguramente, no les perderé de vista; pero como comensal, tengo el honor de despedirme de ustedes.

Tal fue la comunicación de Settembrini, hecha el domingo de Pascua. Los primos se mostraron extraordinariamente sorprendidos. Largamente y repetidas veces hablaron al escritor de su decisión, de las condiciones en que seguiría el tratamiento por su propia cuenta, del traslado y de la continuación de la vasta obra enciclopédica cuya carga había asumido, de ese panorama de todas las obras maestras de la literatura desde el punto de vista de los conflictos provocados por el sufrimiento y su eliminación. Finalmente, hablaron de su futura instalación en casa de un tendero, de un «abacero», como decía Settembrini. Este comerciante había alquilado el piso superior a su sastre modista, natural de Bohemia, quien, por su parte, lo tenía realquilado.

Pero estas conversaciones eran ya del pasado. El tiempo avanzaba y había provocado muchos cambios. Settembrini, en efecto, ya no habitaba en el Sanatorio Internacional Berghof, sino en casa de Lukacek, sastre modista, desde hacía algunas semanas. Su marcha no había sido en trineo, sino a pie, envuelto en un abrigo amarillo y corto cuyas bocamangas y cuello estaban forrados de piel, y acompañado de un mozo de cuerda que transportaba, en un carretón, el equipaje literario y terrestre del escritor. Se había alejado, agitando el bastón, después de haber pellizcado, en el umbral de la puerta, la mejilla de una sirvienta.

Ya hemos dicho que abril estaba ya, en su mayor parte, relegado al pasado, pero todavía reinaba el pleno invierno. Por la mañana, en la habitación, la temperatura era apenas de seis grados sobre cero, y la tinta se congelaba por la noche, formando un bloque de hulla, cuando se dejaba el tintero en el balcón. Pero la primavera se

aproximaba, se la sentía llegar. Durante el día, cuando el sol brillaba intensamente, flotaba en el aire un ligero y dulce presentimiento; el período del deshielo se hallaba próximo y eso provocaba cambios continuos en el Berghof. El prejuicio vulgar del deshielo subsistía, y la palabra viva del consejero, que lo combatía en las habitaciones y en el comedor, en todas las consultas, resultaba completamente estéril.

¿Habían venido para dedicarse al deporte del invierno, o se trataba de enfermos, de pacientes? ¿Para qué diablos tenían necesidad de nieve, de nieve helada? ¿Desfavorable la estación del deshielo? ¡Era la más favorable de todas! Estaba demostrado que era en esta época del año cuando la proporción de los enfermos que guardaban cama disminuía en todo el valle. En cualquier parte del mundo, las condiciones climatológicas para los enfermos de los pulmones eran menos favorables que aquí. Por poco buen sentido que se tuviese, había que esperar y sacar partido del efecto endurecedor de las condiciones actuales de la temperatura. Después, uno se quedaría inmunizado contra todos los ataques de los climas del mundo, pero a condición de que se estuviese completamente curado.

Mas el consejero hablaba en vano: el prejuicio del deshielo se hallaba profundamente arraigado en la cabeza; la estación se vaciaba. Es muy posible que la proximidad de la primavera se agitase en el corazón de los hombres y que los hiciese inquietos y ávidos de cambios. Fuese lo que fuese, las «salidas en falso» y las «salidas locas» se multiplicaban, incluso en el Berghof, hasta hacerse inquietantes.

De esta manera, la señora Salomon, de Amsterdam, a pesar de la satisfacción que le procuraban los exámenes médicos y las ocasiones que le ofrecían para mostrar su ropa blanca de finas puntillas, se marchó contra todas las reglas, sin autorización, no porque se sintiese mejor, sino porque se sentía mucho peor. El principio de su residencia aquí databa de mucho antes de la llegada de Hans Castorp; hacía más de un año que había llegado con una afección muy ligera, para la cual le habían sido ordenados tres meses. Después de cuatro se había considerado que «dentro de cuatro semanas se hallaría completamente restablecida», pero seis semanas más tarde ya no se hablaba de curación. Era preciso que permaneciese todavía lo menos cuatro meses más. Y después de todo no se trataba de permanecer encerrada en un presidio, ni en una mina siberiana. La señora Salomon se había quedado y había enseñado su finísima ropa interior. Pero como en la última consulta, en consideración al deshielo, se le había concedido un nuevo suplemento de cinco meses a causa de un silbido a la izquierda en la parte superior e incontestables fallos en el hombro izquierdo, ella había perdido la paciencia y, protestando e insultando a Dorf, a Platz, al famoso aire puro, al Sanatorio Internacional, a Behrens y a los médicos, se había marchado para reintegrarse a su casa, en Amsterdam, en la ciudad húmeda y llena de corrientes de aire.

¿Era esto razonable? El doctor Behrens se encogió de hombros y elevó los brazos

para dejarlos luego caer ruidosamente contra los muslos. En otoño, lo más tarde —dijo—, la señora Salomon estaría de vuelta y para siempre. ¿Tenía razón? Ya lo veremos, pues nos hallamos todavía retenidos en este lugar de placer por un período suficiente de tiempo terrenal.

Pero el caso Salomon no era el único en su especie. El tiempo producía cambios, lo había hecho siempre así, pero nunca de un modo tan sorprendente. El comedor ofrecía grandes lagunas, vacíos en todas las mesas, tanto en la de los rusos bien como en la de los rusos ordinarios, en las mesas longitudinales como en las transversales. No se podía, sin embargo, sacar una conclusión definitiva sobre el número de pensionistas de la casa. Como siempre, se registraban también llegadas; los cuartos continuaban ocupados; pero se trataba de pensionistas que, por su estado avanzado, se hallaban privados de la libertad de sus movimientos.

En el comedor dejaba de aparecer más de un huésped gracias a una falta de libertad de movimientos de otra especie. Algunos de ellos faltaban de una manera particularmente profunda y vacía, como el doctor Blumenkohl, que había muerto. Su rostro había ido adquiriendo, cada día más, aquella profunda expresión de asco, luego se había metido en la cama por un largo período y después había muerto. Nadie podía decir exactamente cuándo. El asunto había sido tratado con todos los miramientos y la discreción conveniente. ¡Una laguna! La señora Stoehr se encontraba sentada al lado de la laguna y tenía miedo. Por eso se trasladó al otro lado de la mesa, al lado del joven Ziemssen, en el lugar de señorita Robinson, que se había marchado curada, y ante la institutriz vecina de Hans Castorp, que permanecía firme en su puesto. Por el momento, se hallaba sola en aquel lado de la mesa, pues los otros tres sitios quedaban libres.

Rasmussen, que de día en día aparecía más embrutecido y fatigado, estaba en la cama y pasaba como moribundo. La tía abuela, con su nieta, y Marusja, la del opulento pecho, se habían marchado de viaje, y decimos «marchado de viaje» como todo el mundo decía, porque su vuelta próxima era cosa convenida. Regresarían en otoño. ¿Podía llamarse a eso una partida? Muy pronto se llegaría al solsticio de verano, después de Pentecostés, que se hallaba muy próximo, y una vez llegado el día más largo del año los días irían disminuyendo y se aproximaría de nuevo el invierno: en una palabra, la tía abuela y Marusja estaban ya casi de vuelta, y esto era muy oportuno, pues la riente Marusja no se había curado; la institutriz había oído hablar de tumores tuberculosos que Marusja, la de los ojos castaños, llevaba en su opulento pecho y que habían sido ya operados varias veces. Cuando la institutriz habló de eso, Hans Castorp lanzó una rápida mirada a Joachim, que había inclinado sobre el plato su rostro pecoso.

La vivaracha tía abuela había ofrecido a sus compañeros de mesa, es decir, a los primos, a la institutriz y a la señora Stoehr, una cena de despedida en el restaurante,

un festín en el que se había servido caviar, champán y licores, y durante el cual Joachim se había mostrado muy tranquilo y no había pronunciado más que algunas palabras en voz muy baja, de manera que la tía abuela, en su afectuosa familiaridad, había intentado darle valor y le había incluso tuteado desdeñando los usos civilizados:

—Eso no tiene importancia, padrecito, no hagas caso; come, bebe, y habla, volveremos pronto. Vamos todos a beber; a comer y charlar sin acordarnos de cosas tristes. Dios hará venir el otoño sin que nos demos cuenta. Como ves, no tienes ningún motivo para estar de mal humor.

Al día siguiente por la mañana distribuyó, como recuerdos, vistosas cajas de «compotita» a casi todos los concurrentes del comedor, y luego emprendió el viaje con las dos jóvenes.

¿Y Joachim, qué era de él? ¿Se había liberado o aliviado, después de esa partida o su alma continuaba sufriendo penosas privaciones ante aquel lado de la mesa que ahora estaba vacío? Su impaciencia insólita y subversiva, su amenaza de una «salida en falso», si se le tenía sujeto por mucho tiempo ¿eran debidas a la ausencia de Marusja? ¿O más bien, hay que tener en cuenta el hecho de que, a pesar de todo, no se había marchado, que escuchaba el elogio del deshielo hecho por el director, y hay que relacionar este hecho con ese otro de que Marusja, la del opulento pecho, no se había marchado definitivamente, sino tan sólo para un corto viaje, y que, después de cinco pequeñas fracciones de tiempo ella iba a volver? Había de todo un poco en su conducta y cada una de estas razones influía en la misma medida.

Hans Castorp se daba cuenta de esto, pero no habló jamás de este asunto con Joachim, pues se abstenía estrictamente, tan estrictamente como Joachim evitaba pronunciar el nombre de otra ausente que también se había marchado para un pequeño viaje.

Sin embargo, en la mesa de Settembrini, y en el lugar mismo del italiano, ¿quién era el que lo había ocupado, desde hacía poco, en compañía de los pensionistas holandeses, cuyo apetito era tan formidable que cada uno de ellos se hacía servir además de los cinco platos ordinarios y del potaje, tres huevos al plato? Era Antonio Carlovich Ferge, el mismo que había corrido la aventura infernal del choque en la pleura. Sí, el señor Ferge había abandonado el lecho, incluso sin el neumotórax, y su estado había mejorado hasta tal punto que pasaba la mayor parte del día levantado y vestido, y con su bigote espeso y bonachón, con su nuez saliente y no menos simpática, tomaba parte en las comidas.

Los primos charlaban a veces con él en el comedor y el vestíbulo, y algunos de los paseos obligatorios los hacían en su compañía, llenos de afecto hacia ese mártir ingenuo que confesaba no entender de nada de las cosas elevadas y que, después de esa confesión, hablaba muy agradablemente de la fabricación del caucho y de las

lejanas comarcas del Imperio ruso, de la Georgia, de Samara, mientras iban andando a través de la niebla, por encima de la pasta de agua y de nieve.

Los caminos se hallaban verdaderamente impracticables, estaban en pleno deshielo y las nieblas se espesaban. Es verdad que el consejero decía que no se trataba de niebla, sino de nubes; pero esto, según opinión de Hans Castorp, no era más que un juego de palabras. La primavera había entablado un violento combate, que, con cien recaídas en las amarguras del invierno, se prolongó algunos meses hasta junio. En marzo, cuando el sol brillaba, apenas se podía soportar el calor en el balcón y en la *chaise-longue*, a pesar de los vestidos ligeros y del quitasol, algunas señoras que, desde este momento, habían ya creído en la llegada del verano, aparecían a la hora del desayuno, vestidas de muselina. Tenían como excusa, en cierto modo, el carácter particular del clima, que favorecía la confusión con la mezcla meteorológica de las estaciones. Pero había también, en esta precipitación, mucho de miopía y de falta de imaginación; mucho de esa tontería de los seres que no viven más que la hora presente y que son incapaces de pensar en lo que puede venir y había, sobre todo, una gran sed de cambios, una impaciencia que devora el tiempo.

El calendario decía: marzo. Era la primavera, casi el verano, y se sacaban los vestidos de muselina para mostrarse con ellos antes de la venida del otoño. Y era, en efecto, una especie de otoño. Con abril llegaron los días grises, fríos y húmedos: la lluvia incesante se trocó en nieve, en una nieve nueva y revoltosa. Los dedos se helaban en el balcón, las dos mantas de pelo de camello volvieron a entrar en servicio, y casi fue preciso recurrir al saco de pieles. La administración se decidió a encender la calefacción, y todo el mundo se lamentaba de verse privado de la primavera.

A fines de mes había, en todas partes, una espesa capa de nieve, pero luego vino el *foehn* previsto, presentido por los pensionistas más sensibles. La señora Stoehr, lo mismo que la señorita Levy, la de color de marfil, y no menos que la viuda Hessenfeld, lo presintieron al mismo tiempo, antes de que apareciese la más pequeña nube por encima de la cúspide de la montaña de granito hacia el sur. La señora Hessenfeld se sintió también propensa a las lágrimas, la Levy se metió en la cama, y la señora Stoehr, mostrando con testarudez sus dientes de liebre, expresaba de hora en hora el temor supersticioso de un síncope, pues decía que el *foehn* los favorecía y provocaba.

Reinaba un calor increíble, la calefacción central fue apagada; durante la noche se dejaba abierta la puerta del balcón y, a pesar de todo esto, por la mañana el termómetro marcaba once grados en la habitación. La nieve se iba fundiendo como por encanto, se hizo traslúcida, porosa, se agujereó; los montones se iban derrumbando y parecían hundirse bajo tierra. Todo rezumaba, todo goteaba, todo se caía en la selva y en los terraplenes de los caminos; y en los campos, los pálidos

tapices fueron desapareciendo. Durante los paseos por el valle se produjeron fenómenos extraños, sorpresas primaverales y espectáculos encantadores. Después de una extensión de prados se eleva el cono del Schwarzhorn, todavía cubierto de nieve, con el glaciar de la Scaletta, igualmente lleno de una nieve espesa. Los paseantes pudieron contemplar, por todas partes, una capa de nieve de diferente espesor. A lo lejos, hacia las vertientes cubiertas de bosques, era más espesa, pero en las cercanías, la hierba invernal seca y sin color, estaba tan sólo florecida con ella. Al contemplarla de más cerca se inclinaron, sorprendidos. No era nieve, eran flores, de nieve, una nieve de flores, pequeños cálices, cortos tallos blancos, de un blanco azulado; eran azafranes que habían crecido a millones en el prado donde se infiltraba el agua, y en tal cantidad que se les confundía con la nieve, en la cual se perdían, en efecto, a lo lejos, sin transición.

Se mofaron de su equivocación, rieron de alegría ante aquel milagro que se había realizado ante sus ojos, de aquella adaptación graciosa, tímida, de la vida orgánica, que se atrevía de nuevo a surgir. Cogieron flores, examinaron y consideraron las formas delicadas de los cálices, las prendieron del ojal, se las llevaron a casa, y las pusieron formando ramos en los búcaros de sus habitaciones, pues la rigidez inorgánica del valle había durado mucho tiempo, a pesar de que había parecido corto.

Pero la nieve de flores fue cubierta por la verdadera nieve, y pasó lo mismo con las soldanelas azules y las prímulas amarillas y rojas que siguieron. La primavera se abría camino con mucho trabajo, para triunfar del invierno. Diez veces había sido rechazada antes de que pudiese apoderarse de esas alturas hasta la próxima irrupción del invierno, con sus tempestades blancas, el viento helado y la calefacción central.

A principios de mayo —pues mientras nosotros vamos desarrollando la narración ha llegado ya el mes de mayo— era una verdadera tortura escribir en el balcón aunque no fuese más que una tarjeta postal, pues una verdadera humedad de noviembre envaraba los dedos, y los pocos árboles de la región que no eran de hoja perenne estaban desnudos como los árboles de las llanuras en enero. Durante días enteros cayó la lluvia, persistió durante una semana, y, sin las virtudes sedantes de la *chaise-longue*, hubiera sido extraordinariamente duro pasarse horas enteras al aire libre, envueltos en un vapor de nubes, con la cara húmeda y la piel rígida. Pero en realidad, se trataba de una lluvia de primavera, y cuanto más duraba más se revelaba como tal. Casi toda la nieve se fundía bajo esa lluvia. Ya no se veía blanco, todo lo más un gris helado y sucio, y los prados comenzaban a reverdecer.

¡Qué cosa más dulce para la mirada aquel verde de los pastos después del blanco infinito! Había, además, otro verde que sobrepasaba en delicadeza y en graciosa blandura al verde de la hierba nueva. Eran los haces de agujas de los alerces. Hans Castorp, en sus paseos reglamentarios, no dejaba de acariciarlos con la mano y de rozar contra ellos su mejilla, pues eran irresistiblemente acariciadores con su frescura

y su delicadeza.

—Dan ganas de hacerse botánico —dijo el joven a su compañero—; uno se siente tentado por esa ciencia solamente por el placer que se experimenta en ese despertar de la naturaleza, después del invierno pasado en estas regiones. Eso que ves al final de la vertiente es genciana y eso es una familia de las ranunculáceas, según creo bisexuales. Mira, aquí hay un grupo de estambres y algunos ovarios, un androceo y un gineceo, según creo recordar. Me parece que acabaré comprándome libros de botánica para instruirme un poco mejor en esa región de la vida y de la ciencia. ¡Qué policroma se vuelve de pronto la vida!

—Será mucho más bello en junio —anunció Joachim—. La flora de esos prados es célebre. Pero me parece que no esperaré. ¿Es debido a la influencia de Krokovski ese deseo tuyo de estudiar botánica?

¿De Krokovski? ¿Qué quería decir? Por supuesto, se refería a que el doctor Krokovski, en su última conferencia, había hablado de botánica. Se equivocarían seguramente todos los que supusiesen que los cambios acarreados por el tiempo hubiesen provocado incluso la suspensión de las conferencias del doctor Krokovski. Cada quince días explicaba una, como antes, vestido de levita; no llevaba, sin embargo, sandalias, eso era sólo en verano, pero pronto las volvería a llevar. Las daba quincenalmente en el comedor, como antes, como cuando Hans Castorp, manchado de sangre, había llegado con retraso. Durante nueve meses, el analista había hablado del amor y la enfermedad, nunca mucho, sino en pequeñas dosis, en charlas de media hora o de tres cuartos de hora, desplegando sus tesoros de ciencia y de pensamientos, y todos tenían la impresión de que no se vería jamás obligado a detenerse, que aquello podía continuar así indefinidamente. Era una especie de «mil y una noches» bimensual, que tenía siempre una continuación, como el cuento de Sherazade, para contentar a un príncipe curioso e impedir que se cometiesen actos de violencia. En su abundancia sin límites, el tema del doctor Krokovski hacía pensar en la empresa a la que Settembrini prestaba su concurso —en la Enciclopedia de los Sufrimientos—, y se podía juzgar de su variedad por el hecho de que el conferenciante había hablado recientemente de botánica, más exactamente, de setas… Tal vez se había apartado un poco del tema; ahora hablaba, más bien, del amor y de la muerte, lo que dio lugar a muchas consideraciones con matices delicadamente poéticos y, en parte, despiadadamente científicos. En ese orden de ideas, el sabio había llegado, con su acento oriental y arrastrando las erres, a hablar de botánica, es decir, de setas, de esas criaturas de la sombra, opulentas y fantásticas, de naturaleza carnal, muy próximas al reino animal. Se encontraban en su estructura productos de la asimilación de la albúmina, sustancia glicógena, almidón animal por consiguiente. Y el doctor Krokovski había hablado de un hongo, célebre desde la antigüedad clásica a causa de su forma y de las virtudes que se le atribuían, un hongo cuyo nombre latino contenía

el epíteto de *impudicus* y cuya forma hacía pensar en el amor, pero cuyo olor recordaba a la muerte, pues era, con toda evidencia, un olor cadavérico lo que el *impudicus* comprendía, cuando rezumaba de su cabeza en forma de campana el líquido verdoso y mucilaginoso que desprendían las esporas. Los ignorantes atribuían a ese hongo una virtud afrodisíaca.

De todos modos, aquello había sido un poco violento para las señoras, según opinaba el procurador Paravant, que, gracias a la ayuda moral de la propaganda del doctor Behrens, permanecía firme resistiendo el deshielo de la nieve. La señora Stoehr, que se mantenía también con bastante fuerza de carácter, y que hacía frente a toda tentación de una «partida en falso», manifestó, en la mesa, que Krokovski había sido un poco críptico al referirse a su famoso hongo clásico. «Críptico», dijo la desgraciada, profanando así su enfermedad con tan formidable lapsus.

Hans Castorp se extrañó, sobre todo, de que Joachim hubiese hecho alusión al doctor Krokovski y a su botánica, pues jamás se hablaba entre ellos de Krokovski, como tampoco de madame Chauchat o de Marusja. No hablaban de él, preferían desdeñar con el silencio su acción y existencia. Pero esta vez Joachim se había referido al ayudante con un tono malhumorado, con el mismo mal humor que acababa de decir que no se resignaría a esperar la floración de los pastos. Parecía que el buen Joachim iba perdiendo, poco a poco, su equilibrio, pues su voz vibraba excitada y no se mostraba reflexivo y apacible como antes. ¿Le faltaba el perfume de naranja? ¿Aquel engaño de la escala Gaffky le llevaba a la desesperación? ¿No conseguían ponerse de acuerdo consigo mismo y decidir si esperaría el otoño o si haría una partida en falso?

En realidad, era otra cosa lo que hacía temblar la voz de Joachim y le daba aquel tono casi sarcástico cuando se refirió a la conferencia sobre botánica. De eso Hans Castorp no sabía nada, o más bien ignoraba que Joachim sabía algo. En una palabra: Joachim había sorprendido algunas frases de su primo, le había espiado y cogido en flagrante delito, le había sorprendido en una traición semejante a la de que se hizo culpable el día de Carnaval, una nueva infidelidad agravada por el hecho de que se convirtió en habitual.

El ritmo eternamente monótono del tiempo que pasa, la organización invariable de la jornada normal, siempre el mismo, repitiéndose hasta el punto que uno llegaba a confundirse y desorientarse, siempre idéntico, eternidad tan inmóvil que apenas se llegaba a comprender cómo podían producirse los cambios; este orden invariable comprendía, como se recordará, la visita del doctor Krokovski de tres y media a cuatro de la tarde a través de todas las habitaciones, es decir, por los balcones, de *chaise-longue* en *chaise-longue*. ¡Cuántas veces se había repetido esa jornada normal del Berghof desde el día ya lejano en que Hans Castorp, en su posición horizontal, se había irritado porque el ayudante le visitase dando un rodeo y no le tomase en

consideración! Desde hacía ya mucho tiempo, de visitante se había convertido en camarada. Con frecuencia, el doctor Krokovski le interpelaba con esta palabra, durante su visita de inspección, y esa palabra militar que Krokovski pronunciaba con un acento exótico, aplicando la lengua, al decir la erre, contra el paladar, armonizaba muy mal con su fisonomía, como Hans Castorp había hecho observar a Joachim. Sin embargo esa palabra parecía avenirse, en cierto modo, con la manera enérgica, viril, que invitaba a una confianza alegre; cosa, sin embargo, que parecía desmentir el pálido rostro moreno, adquiriendo entonces un carácter un poco equívoco.

—Bien, camarada. ¿Cómo va eso? —decía el doctor Krokovski, viniendo del balcón del matrimonio ruso y acercándose a Hans Castorp.

Y el enfermo, tan galantemente abordado, con las manos sobre el pecho, sonreía, ante aquella interpelación abominable, con una sonrisa amable y atormentada, mirando los dientes amarillos del doctor que aparecían entre su barba negra.

—¿Se ha dormido bien? —continuaba diciendo el doctor—. ¿Ha descendido la curva? ¿Ha subido? ¡Bueno, no tiene importancia! ¡Eso se arreglará antes del día de la boda! ¡Hasta la vista! —Y con esa palabra, que tenía igualmente un sonido odioso porque la pronunciaba abreviada, continuaba su camino, pasando al departamento de Joachim. No se trataba más que de una rápida visita de inspección.

Es cierto que a veces el doctor Krokovski se detenía unos momentos para charlar —macizo y ancho de espaldas, sonriendo con un aire viril— con el camarada. Charlaba de la lluvia, del buen tiempo, de las llegadas y de las partidas, del estado de espíritu del enfermo, de su buen o de su mal humor, de su situación personal y de sus esperanzas, hasta que decía: «¡Hasta la vista!», y continuaba su camino.

Y Hans Castorp, con las manos juntas detrás de la cabeza para cambiar de postura, sonreía también, contestando a todo con una sensación penetrante de repulsión, pero contestaba. Hablaban a media voz; a pesar de que la mampara de cristales no separase por completo los compartimientos, Joachim no podía oír la conversación del otro lado y, por otra parte, tampoco lo intentaba. Oía cómo su primo se levantaba de la silla y entraba en la habitación acompañado del doctor Krokovski, sin duda para enseñarle su hoja de temperaturas, y allí continuaba todavía la conversación por algún tiempo, a juzgar por el retraso con que el ayudante entraba, por el corredor, en la habitación de Joachim.

¿De qué hablaban los camaradas? Joachim no lo preguntaba, pero si alguno de nosotros no sigue su ejemplo y lo pregunta, le haremos notar que los asuntos que trataban eran muy numerosos y que en el cambio de ideas, entre esos camaradas, cuyos conceptos llevaban una marcha idealista, uno de ellos consideraba la materia como el pecado original del espíritu, como una peligrosa vegetación de éste, mientras el otro, como médico, estaba acostumbrado a enseñar el cambio secundario de la enfermedad orgánica. Numerosas ideas deberían ser cambiadas y discutidas acerca de

la materia considerada como una degeneración de lo inmaterial, sobre la vida como impudicia de la materia, sobre la enfermedad, forma depravada de la vida. Se podía hablar, refiriéndose al texto de las conferencias en curso, del amor como potencia patógena, de la naturaleza metafísica de las taras, de las lesiones frescas y antiguas, de los venenos solubles, de los filtros de amor, de la explicación del inconsciente, de las ventajas del análisis psíquico y de la transformación del síntoma. ¡Qué podemos decir!; nos limitamos a arriesgar estas proposiciones y esas conjeturas, ya que se trata de saber de qué podían hablar el doctor Krokovski y el joven Hans Castorp.

Por otra parte ahora ya no hablaban, la cosa había pasado, había durado sólo unas semanas. El doctor Krokovski no permanecía ahora mucho tiempo con ese enfermo. «Bueno, camarada» y «Hasta la vista», se limitaba ahora su visita.

Pero en desquite, Joachim había hecho otro descubrimiento, el que consideraba precisamente como una traición de Hans Castorp. Lo había hecho involuntariamente, sin que su rectitud militar se hubiese torcido en lo más mínimo. ¡Podemos afirmarlo! Un miércoles había sido llamado, durante la cura de reposo, para hacerse pesar por el bañista, y fue entonces cuando recibió la sorpresa. Bajaba la escalera, la escalera cubierta de linóleo que conducía a la puerta de la sala de consultas, por un lado, y por el otro a los dos gabinetes de radioscopia; a la izquierda estaba el de radioscopia orgánica y a la derecha, cerca del recodo, el gabinete de física, situado un escalón más abajo, con la tarjeta de visita de Krokovski clavada en la puerta. Pero a media altura de la escalera, Joachim se detuvo, pues Hans Castorp, que venía de la inyección, salía del gabinete de consultas. Con las dos manos cerró la puerta por la que había salido y, sin mirar en torno suyo, se dirigió hacia la puerta donde la tarjeta de visita aparecía fijada por medio de tachuelas. Llamó a esta puerta y acercó el oído a las tablas. Se oyó un «¡Entre!» de barítono, con la erre exótica, el sonido nasal deformado.

Y Joachim vio a su primo cómo desaparecía en la penumbra de la cripta analítica del doctor Krokovski.

Todavía alguien

Días largos, los más largos con relación al número de sus horas de sol, pues su dilatación astronómica no evitaba que pasaran deprisa, ni cada uno en particular, ni como huida monótona. El equinoccio de primavera había pasado desde hacía tres meses, había llegado el solsticio de verano, pero aquí el año natural seguía el calendario con retraso. Sólo en los últimos días había reinado definitivamente la primavera, una primavera desposeída de la menor pesadez estival, aromática, transparente y ligera, con un azul resplandeciente de fulgores plateados y una abigarrada flora en los prados.

Hans Castorp encontró en las vertientes las mismas flores que Joachim le había ofrecido amablemente a su llegada, colocando diferentes variedades en su habitación para darle la bienvenida: aquileas y campanillas. Esto significaba ahora, para él, que el año había terminado su curso. Innumerables variedades de la vida orgánica —estrellas, cálices y campanillas, formas irregulares llenaban el aire soleado con un aroma seco— surgían de la hierba de las vertientes y las extensiones de los pastos, con glicinas y pensamientos silvestres de gran variedad, belloritas, margaritas, prímulas amarillas y rojas, mucho más bellas y grandes que las que Hans Castorp había visto en la llanura; además, había soldanelas con sus campanillas azules, púrpuras y rosadas, que eran una especialidad de estas regiones alpinas.

Cogía toda clase de flores graciosas, llevaba a su habitación ramos enteros, no sólo para decorarla, sino también para dedicarse a un severo tratado de botánica. Para ello tenía una pequeña pala, un herbario, una potente lupa, y con todo eso estudiaba nuestro joven en el balcón, vestido ya de verano con los trajes que llevaba a su llegada, lo que significaba también que se había cumplido un nuevo ciclo anual.

Había flores frescas en algunos vasos de agua diseminados en los muebles de la habitación y en la mesita situada al lado de la excelente *chaise-longue*. Flores medio mustias, pero todavía llenas de jugo, se hallaban esparcidas por la balaustrada del balcón, en el suelo, mientras que otras, cuidadosamente comprimidas entre dos hojas de papel secante que absorbían su humedad, se preparaban para que Hans Castorp pudiese pegarlas, una vez secas, en su álbum.

Hans Castorp estaba tumbado con las rodillas dobladas —con una pierna sobre la otra—, y el libro abierto boca abajo sobre su pecho formando una especie de pequeño techo. Mantenía la lupa ante sus ingenuos ojos azules y tras ella una flor, de la que había arrancado la corola con el cortaplumas a fin de poder estudiar el receptáculo que, a través del grueso cristal de aumento, se hinchaba adquiriendo una forma extraña y carnosa.

Las anteras ofrecen, en el extremo de sus filamentos, el polen amarillo; del ovario surge el estilo cicatrizado y, haciendo un corte, se observa el delicado canal por el que

los granos de polen se dirigen, bañados en una secreción azucarada, al hueco del ovario.

Hans Castorp contó, examinó y comparó; estudiaba la estructura y posición de los pétalos, del cáliz y la corola, de los órganos machos y hembras; se aseguraba de que todo lo que veía correspondía a las reproducciones esquemáticas o directas; comprobaba con satisfacción la exactitud científica en la estructura de las plantas que conocía, e intentaba luego determinar, con la ayuda de Linneo, por sección, grupo, especie, familia y género, las plantas que no conocía. Como disponía de mucho tiempo, realizó bastantes progresos en el método botánico partiendo de la morfología comparada. Bajo la planta seca en el herbario caligrafió el nombre latino que la ciencia humanista le había dado galantemente, añadiendo las características y mostrándoselo luego al buen Joachim, que se quedaba sorprendido.

Por la noche contemplaba las estrellas. Sentía gran interés por la evolución del año. Había pasado en la tierra veinte años y nunca, hasta ahora, se había preocupado de estas cosas. Si nosotros nos hemos servido de expresiones tales como el «equinoccio de primavera», ha sido para seguir su manera de pensar y sus nuevas costumbres, pues tales eran los términos que desde hacía tiempo usaba con predilección, y su primo se sorprendía al ver sus conocimientos en estas cuestiones.

—Ahora el sol está a punto de entrar en el signo de Cáncer —decía durante un paseo—. ¿Sabes? Es el primer signo del verano del Zodíaco, ¿comprendes? Luego pasará por el León y la Virgen, hacia el equinoccio de otoño a fines de septiembre, cuando el sol llena de nuevo al ecuador del cielo, como ocurrió recientemente en marzo cuando el sol entró en el signo de Aries.

—No me he dado cuenta —dijo Joachim con cierta ironía—. ¿Qué es eso del Zodíaco? —Sí, el Zodíaco, zodiacus, las antiguas constelaciones: Escorpión, Sagitario, Capricornio, Acuario… ¿Cómo es posible que no sientas interés? Son doce. Eso ya lo debes de saber, tres para cada estación, los signos ascendentes y los descendentes, la órbita de las constelaciones que el sol atraviesa. ¡Grandioso! Imagínate, en un templo egipcio han sido ya encontrados pintados en las paredes, en un templo de Afrodita, no lejos de Tebas. Los caldeos, ese viejo pueblo de magos, también los conocían. Árabes y semitas, muy sabios en astrología y profecías, estudiaron ya el cinturón celeste por donde pasan los planetas y lo dividieron en esas doce constelaciones, la dodecatemona tal como nos ha sido transmitida. ¡Es grandioso! ¡Así es la humanidad!

—Dices «humanidad», como Settembrini.

—Sí, como él, o tal vez de un modo un poco distinto. Es preciso aceptarla como es, es decir, como algo grandioso. Pienso con gran simpatía en los caldeos cuando estoy tendido y miro los planetas que ellos ya conocían, a pesar de que no los conocían todos. Pero los que ellos desconocían yo tampoco los puedo ver. Urano no

ha sido descubierto más que en nuestro tiempo, por medio de un telescopio, hace veinte años.

—¿En nuestro tiempo?

—Sí, recientemente, en comparación con los tres mil años transcurridos desde la época caldea. Pero cuando estoy tendido y miro los planetas, esos tres mil años también se convierten en algo reciente y pienso familiarmente en los caldeos, que también los vieron y pudieron comprenderlo.

—Muy hermoso; tienes ideas grandiosas, ¿no es más cierto?

—Tú dices grandiosas y yo digo familiares, como quieras. Pero cuando el sol haya entrado en la constelación de la Balanza, dentro de unos tres meses, los días se habrán acortado de nuevo lo bastante para que el día y la noche sean iguales. Luego disminuirán de nuevo hasta la Navidad, ya lo sabes. Pero ten la bondad de reflexionar un poco: mientras el sol atraviesa los signos de invierno, Capricornio, Acuario, Piscis, los días vuelven a crecer, pues de nuevo se acerca el equinoccio de primavera, por tres mil veces desde el tiempo de los caldeos, y así, los días se alargan otra vez hasta el año siguiente, hasta principios de verano.

—¡Comprendido!

—No es una ilusión. En invierno los días se alargan y cuando llega el más largo, el veintiuno de junio, a principios de verano, se vuelven a acortar, se van reduciendo mientras se avanza hacia el invierno. Te parece natural, pero si lo consideramos desde otro punto de vista, puede uno sentirse poseído de la angustia del momento y estar dispuesto a agarrarse a cualquier cosa. Es como si el bromista de Till Eulenspiegel dispusiera las cosas de este modo para que a principios del verano el otoño… Uno se siente arrastrado por un círculo con la esperanza de algo que es de nuevo un punto de inflexión. No se hace más que girar. Todos esos puntos de inflexión de que se compone el círculo no tienen extensión, el punto de inflexión no puede ser medido, no hay por tanto rumbo de continuidad, y la eternidad no es una «línea recta», sino un «carrusel».

—¡Basta!

—Fiesta de solsticio —dijo Hans Castorp—. ¡Solsticio de verano! Fiesta de San Juan, los corros, los bailes en torno a las hogueras. Nunca lo he visto, pero parece que es así como los hombres primitivos celebraban la primera noche de verano con que comienza el otoño, ese mediodía y esa cúspide anual que empieza luego inmediatamente a descender. Bailan y giran y están alegres. ¿De qué se alegran en su sencillez primitiva? ¿Puedes comprenderlo? ¿Por qué están tan contentos? ¿Porque ya se desciende hacia las tinieblas o porque se había ido subiendo hasta llegar al instante, al inevitable punto solsticial, la medianoche del verano, la cúspide melancólica en su presuntuoso exceso de fuerza? Lo digo tal como es, con las palabras que se me van ocurriendo. Es un orgullo melancólico y una melancolía

orgullosa lo que les hace bailar, lo hacen positivamente por desesperación, si puede así decirse, en honor del movimiento circular y de repetición eterna sobre la línea de dirección en la que todo se repite.

—Yo no puedo decir eso —murmuró Joachim—, haz el favor de no suponer lo que pienso. Creo que te ocupas de cosas muy difusas cuando por las noches permaneces tendido en el balcón.

—Sí, no quiero negar que tú empleas el tiempo mucho mejor con tu gramática rusa. Pronto podrás hablar esta lengua correctamente. Será muy ventajoso para ti si un día hay una guerra, ¡de la cual Dios nos libre!

—¿Dios nos libre? Hablas como un civil. La guerra es necesaria. Sin guerra, el mundo no tardaría en corromperse, como ha dicho Moltke.

—Sí, es cierto que existen esas tendencias. Te lo concedo —replicó Hans Castorp, y estaba a punto de volver a hablar de los caldeos, que habían igualmente hecho la guerra y conquistado Babilonia, a pesar de que fuesen semitas y casi judíos, cuando los dos primos divisaron a dos paseantes que marchaban delante de ellos, que habían vuelto la cabeza y les miraban al haber oído sus voces.

Era en la carretera, entre el Casino y el hotel Beldevere, hacia Davos Dorf.

El valle estaba engalanado con sus deliciosos vestidos de fiesta, con colores tiernos, claros y alegres. El aire era delicioso. Una sinfonía de alegres aromas de flores campestres llenaba la atmósfera pura, seca y soleada.

Reconocieron a Lodovico Settembrini al lado de un extranjero; pero parecía que él no les había reconocido o que no deseaba encontrarse con ellos, pues volvió rápidamente la cabeza y se absorbió gesticulando en su conversación con el compañero, intentando, al mismo tiempo, andar con más rapidez. Pero cuando los primos le saludaron con alegres gestos, fingió una gran sorpresa, dijo «sapristi», y entonces pareció que quería retardar el paso y dejar pasar a los primos, lo que éstos no comprendieron, porque no veían razón alguna para esto.

Sinceramente satisfechos de encontrarle de nuevo después de una larga separación, se detuvieron a su lado y le estrecharon la mano, informándose acerca de su salud mientras miraban cortésmente a su compañero. De esta manera le obligaron a hacer lo que parecía querer evitar, pero que ellos consideraban lo más natural e indicado del mundo, es decir, que les presentase a su compañero.

Cuando comenzaron a andar, Settembrini hizo los gestos de presentación y les invitó con palabras alegres a que se estrechasen las manos.

El extranjero, que tenía aproximadamente la edad de Settembrini, era un vecino de éste, el segundo realquilado del sastre modista Lukacek, un señor llamado Naphta, según les pareció oír a los dos jóvenes.

Era un hombre de baja estatura y delgado, iba afeitado y era de una fealdad tan acusada que uno se sentía tentado de calificarla de corrosiva. Los dos primos estaban

sorprendidos. Todo en él era penetrante: la nariz curva que dominaba su rostro, la boca, de labios delgados y apretados, las lentes convexas de sus antiparras, muy ligeras, que defendían sus ojos de un gris claro, y el mismo silencio que guardaba y del que se podía deducir que su palabra sería tajante y lógica. No llevaba sombrero, como era costumbre. El traje era elegante, un vestido de franela azul marino, con estrechas rayas blancas muy bien cortado, de una elegancia discretamente adaptada a la moda, como pudieron comprobar, con su discreta mirada de hombre de sociedad, los dos primos que, al mismo tiempo, sufrieron un examen de su propia persona, aunque más rápido y penetrante por parte de Naphta.

Si Lodovico Settembrini no hubiese sabido llevar su ropa usada y pantalón a cuadros con tanta gracia y dignidad, su persona hubiese desentonado desagradablemente en medio de aquellos señores distinguidos. Pero no lo hacía en modo alguno, pues el pantalón a cuadros había sido recientemente planchado, de modo que a primera vista parecía casi nuevo. Los dos jóvenes pensaron que aquello era sin duda obra de su nuevo patrón.

Si el espantoso Naphta, por la calidad y el sello mundano de su atuendo se encontraba más próximo a los primos que su vecino, no sólo su edad más avanzada le aproximaba a este último, sino también otra cosa que se distinguía fácilmente en el rostro de las dos parejas: unos eran morenos y aparecían tostados por el sol, mientras que los otros dos estaban pálidos. El rostro de Joachim se había bronceado mucho más durante el invierno y el de Hans Castorp relucía completamente rosado bajo su cabello rubio, mientras que en la palidez latina de Settembrini, recalcada noblemene por el bigote negro, la luz solar no había ejercido acción alguna, y su compañero, a pesar de tener los cabellos rubios —eran de un rubio ceniciento, metálico e incoloro, y los llevaba largos y peinados hacia atrás— tenía igualmente el cutis blanco y mate de las razas morenas. Dos de los cuatro llevaban bastón, eran Hans Castorp y Settembrini, pues Joachim prescindía de él por razones militares, y Naphta juntó inmediatamente las manos detrás de la espalda después de la presentación. Eran unas manos pequeñas y frágiles, lo mismo que los pies, proporcionados por otra parte a su estatura. No había que sorprenderse de que pareciese estar resfriado, ni tampoco del modo débil e ineficaz con que de vez en cuando tosía.

Settembrini había hecho desaparecer al instante el malestar o mal humor que había manifestado al ver a los jóvenes. Por el contrario, se mostró con su simpatía habitual y presentó a los tres compañeros con bromas e ironías, designando por ejemplo a Naphta con el sobrenombre de *princeps scholasticorum,* y añadió que «la alegría celebraba sesión permanente dentro de su pecho», repitiendo las frases de Aretino, lo que era debido a la primavera, a esta primavera que tanto celebraba. Los primos debían de saber que reprochaba muchas cosas a ese mundo alpino, hasta el punto de que varias veces había manifestado deseos de abandonarlo, pero esta

primavera de la alta montaña era capaz de reconciliar pasajeramente a cualquiera con los horrores de esta esfera. Faltaba todo lo que la primavera de las llanuras tenía de turbador y excitante; nada de rumores en las profundidades, nada de aromas húmedos, nada de pesados vahos. Claridad, sequedad, alegría y una gracia amarga. Eso armonizaba con su gusto y era magnífico.

Los cuatro iban uno al lado del otro, en la medida que lo permitía la anchura del camino. Cuando encontraban a otros paseantes, Settembrini debía salir del camino y la alineación se rompía, teniéndose que quedar otro detrás, Naphta, por ejemplo, a la izquierda, o Hans Castorp, que iba entre el humanista y su primo Joachim. Naphta reía de un modo breve, con una voz ensordecida por la ronquera, con el sonido cascado de un plato roto cuando se le golpea con el dedo. Señalando al italiano con un gesto de la cabeza, dijo con lentitud:

—Escuchen al volteriano, al racionalista. Alaba la naturaleza porque incluso en las circunstancias más fecundas no nos atonta con sus vapores místicos, sino que conserva una sequedad clásica. ¿Cómo se dice humedad en latín?

—Humor —exclamó Settembrini por encima de su hombro izquierdo—. El humor, con las consideraciones de nuestro profesor sobre la naturaleza, consiste en que, a la manera de Santa Catalina de Siena, piensa en las llagas de Cristo cuando contempla las prímulas rojas.

Naphta respondió:

—Eso es más bien ingenio que humor. Pero no deja de significar la compenetración del espíritu con la primavera.

—La naturaleza —dijo Settembrini bajando la voz— no tiene en modo alguno necesidad de vuestro ingenio. Ella es, en sí misma, espíritu.

—¿No le fastidia su monismo?

—¡Ah!, acepta que es por mero placer que divide el mundo antagónicamente y por lo que separa a Dios de la naturaleza.

—Me interesa oírle hablar de placer refiriéndose a las cosas acerca de las que yo hablo de pasión y espíritu.

—Tenga en cuenta que usted, que emplea palabras tan ostentosas, me trata a veces de polemista.

—Bueno, usted persiste en estimar que el espíritu implica frivolidad. Pero si es de origen dualista eso no significa nada. El dualismo, la antítesis, constituye el principio motor, apasionado, dialéctico y espiritual. Es cierto que es una cuestión espiritual eso de ver el mundo separado en dos masas contrarias. Todo monismo resulta tedioso. *Solet Aristoteles quarere pugnam.*

—¿Aristóteles? Aristóteles ha transferido la realidad de las ideas generales a los individuos. Eso es panteísmo.

—¡Eso es falso! Si concede a los individuos un carácter sustancial, si concibe la

esencia de las cosas no en las generalidades, sino en el fenómeno individual, como hicieron Tomás y Buenaventura, ambos buenos aristotélicos, habrá usted separado el mundo de toda unión con las ideas más elevadas, quedará al margen de lo divino y Dios será trascendental. Eso es la Edad Media clásica, señor.

—¡Edad Media clásica! No es más que una exquisita combinación de palabras.

—Perdone, pero recurro a la idea de lo clásico allí donde se encuentra en su lugar, es decir, en todas partes donde una idea llega a la cúspide. La antigüedad no ha sido siempre clásica. Percibo en usted cierta apatía contra la libertad de categorías, contra el absoluto. Es incapaz de aceptar el espíritu absoluto. Quiere que el espíritu sea el progreso democrático.

—Espero que estaremos de acuerdo estableciendo que el espíritu, por absoluto que sea, nunca podrá ser el abogado de la reacción.

—¡Pero es siempre el abogado de la libertad!

—Y la libertad es la ley del amor humano, no puede ser nihilismo ni resentimiento.

—Cosas que, al parecer, a usted le asustan.

Settembrini elevó los brazos al cielo. La polémica quedó en suspenso. Joachim, sorprendido, miraba a uno y a otro mientras Hans Castorp, con las cejas arqueadas, miraba fijamente al suelo. Naphta había hablado en un tono agudo y categórico, a pesar de que era él quien había defendido la libertad más amplia. Sobre todo la manera de exclamar «eso es falso», apretando los labios y encogiendo inmediatamente la boca, resultaba desagradable. Settembrini había replicado unas veces alegremente, otras poniendo en sus palabras un bello ardor, especialmente cuando le había recordado los conceptos fundamentales que les eran comunes.

Ahora, mientras Naphta permanecía en silencio, comenzó a explicar a los primos la existencia de ese desconocido, comprendiendo la necesidad que tenían de conocerle mejor después de aquella discusión. Naphta les dejó hablar sin ocuparse para nada de ellos.

Enseñaba lenguas antiguas en las aulas superiores del Fridericianum, explicó Settembrini quien, según el uso italiano, puso de relieve lo más pomposamente posible la situación del que presentaba. El destino de Naphta era semejante al suyo. Hacía cinco años que estaba aquí a causa del estado de su salud, había tenido que convencerse de que necesitaba pasar una temporada muy larga y había abandonado el sanatorio, estableciéndose en casa de Lukacek, el sastre modista. El instituto de educación de Davos se había asegurado el concurso del notable latinista, el señor Naphta, ex alumno de una institución católica…

En una palabra, Settembrini daba mucha importancia al horrible Naphta, a pesar de que hacía un momento había entablado con él una discusión abstracta que iba a reanudarse sin tardanza.

En efecto, Settembrini pasó luego a dar explicaciones a Naphta acerca de los dos primos, deduciéndose que ya había hablado de ellos antes. Aquél era el joven ingeniero «de las tres semanas», en el cual el doctor Behrens había encontrado una lesión húmeda, y allí se hallaba aquella esperanza del ejército prusiano, el teniente Ziemssen. Habló de la impaciencia de Joachim y sus proyectos de viaje, añadiendo que se juzgaría mal al ingeniero si no se le concediera la misma impaciencia por reanudar sus trabajos.

Naphta hizo una mueca y dijo:

—Esos señores tienen un elocuente tutor. Me guardo mucho de poner en duda la fidelidad con que ha interpretado los deseos y sentimientos de ustedes. Trabajo, trabajo, pero no duden que dentro de un momento me tratará de misántropo, de enemigo del género humano, de *inimicus humae naturae*, si me atrevo a evocar tiempos en que su charlatanería no hubiese producido ningún efecto, a saber: los tiempos en que lo contrario de su ideal era infinitamente más honroso. Bernardo de Claraval enseñaba una jerarquía de la perfección de la que Settembrini ni siquiera tiene idea. ¿Quieren saber cuál? El estado inferior lo colocaba en «el molino», el segundo en «los campos», pero el tercero y el más loable (¡escuche bien, Settembrini!) era «la calma». El molino es el símbolo de la vida exterior, no está mal elegido. El campo designa el alma del hombre laico que labran el cura y el director espiritual. Ese grado es ya más digno. Pero la cama…

—¡Basta! Ya lo sabemos —exclamó Settembrini—.

¡Señores, ahora va a demostrarles el uso y la utilidad de la alcoba!

—No le creía tan pudoroso, Lodovico, sobre todo cuando se le ve guiñar el ojo a las muchachas… ¿Dónde está la inocencia pagana? La cama es el lugar donde el amante se une a la amada, y es considerada el símbolo de alejamiento contemplativo del mundo y la criatura, el efecto de la comunicación con Dios.

—¡Puah! *Andate, andate*! —exclamó el italiano casi llorando.

Todos rieron. Settembrini añadió con dignidad:

—No, no, yo soy un europeo de Occidente. Su jerarquía es puramente oriental. Oriente aborrece la acción. Lao Tsé enseña que la holgazanería es la más provechosa de todas las cosas existentes entre el cielo y la tierra. Si todos los hombres dejasen de trabajar, el descanso y la felicidad completos reinarían sobre la tierra. ¡Ésa es su comunión!

—¿Qué nos está contando? ¿Y la mística occidental? ¿Y el estatismo, que cuenta a Fenelón entre sus adeptos y enseña que toda acción es un error porque querer ser activo es ofender a Dios, que es el único que debe obrar? Cito las proposiciones de Molinos. Parece que la posibilidad espiritual de encontrar la salvación en el reposo se halla universalmente difundida en la humanidad.

Hans Castorp intervino en este momento. Con el valor de la ingenuidad se mezcló

en la conversación e hizo las siguientes observaciones mientras miraba a lo alto:

—¡Alejamiento, contemplación! Ésas son palabras con sentido que se oyen con gusto. Vivimos aquí en un aislamiento bastante considerable, hay que confesarlo. Nos hallamos tendidos a casi dos mil metros de altura en nuestras hamacas, extraordinariamente cómodas, y contemplamos el mundo y sus criaturas y se nos ocurren toda clase de ideas. Si reflexiono y me esfuerzo en decir la verdad, la cama, quiero decir la *chaise-longue*, me ha hecho mejorar considerablemente en diez meses y me ha proporcionado muchas más ideas que el molino de la llanura durante todos los años pasados. Esto no se puede negar.

Settembrini le miró con sus ojos negros que brillaban de un modo triste.

—¡Ingeniero! —exclamó con acritud—. ¡Ingeniero!

Cogió a Hans Castorp por el brazo y le retuvo un momento como para convencerle privadamente detrás de la espalda del otro.

—¡Cuántas veces le he dicho que cada uno de nosotros debería saber quién es y pensar del modo que le corresponde! El problema del occidental, a pesar de todas las proposiciones del mundo, es la razón, el análisis, la acción y el progreso, no la cama en la que se refocila el monje.

Naphta lo había escuchado y dijo, volviéndose hacia ellos:

—¿El monje? ¡Han sido los monjes los que han cultivado el suelo europeo! Gracias a ellos, Alemania, Francia e Italia ya no son selvas vírgenes ni pantanos, sino que están cubiertas de trigo y producen frutos y vinos. Los monjes, señor, han trabajado muy bien.

—*Ebbè*, entonces…

—Permítame. El trabajo del religioso no era un objetivo por sí mismo, es decir, un narcótico, ni tendía a hacer progresar el mundo o a buscar ventajas comerciales. Era un exceso puramente ascético, una parte de la disciplina de la penitencia, un remedio. Se defendía de la carne, mataba el sensualismo. Tenía por consiguiente (permítame que lo ponga de relieve), un carácter absolutamente antisocial. Era el egoísmo religioso más limpio de toda mezcla.

—Le quedo muy agradecido por sus explicaciones y estoy muy satisfecho de ese trabajo que ha dado tantos beneficios contra la voluntad del hombre.

—Sí, contra su intención. Se trata de la diferencia entre lo útil y lo humano.

—Observo contrariado que divide de nuevo el mundo en dos principios, vuelven a caer en el dualismo.

—Lamento haberme expuesto a su censura, pero hay que designar y ordenar las cosas con precisión, separar la idea de *homo dei* de todos los elementos impuros. Vosotros, los italianos, habéis inventado el oficio de los cambistas y los banqueros. ¡Qué Dios os lo perdone! Pero los ingleses han inventado la doctrina económica de la sociedad, y eso jamás podrá perdonarlo el genio del hombre.

—¡Oh!, el genio de la humanidad ha inspirado igualmente a los grandes pensadores economistas de esas islas. ¿Quería decir algo, ingeniero?

Hans Castorp aseguró que no, aunque dijo mientras Naphta y Settembrini le escuchaban con impaciencia:

—Debe, por lo tanto, agradecerle el oficio de mi primo, señor Naphta, y comprender su impaciencia por ejercerlo… En cuanto a mí, soy un civil incurable, mi primo me lo reprocha con bastante frecuencia. Ni siquiera he hecho el servicio militar y soy verdaderamente un hijo de la paz; incluso a veces he pensado en que hubiera podido llegar a ser eclesiástico; pregúnteselo a mi primo, pues a menudo le he hablado en este sentido. Pero dejando de lado mis preferencias personales (y tal vez no hay necesidad de que me separe de ellas completamente), tengo mucha comprensión y siento simpatía hacia el estamento militar. Es, en verdad, un oficio endiabladamente serio, un oficio «ascético» (hace un momento ustedes se han servido de esta expresión), y en el ejercicio de este oficio uno debe esperar siempre que tendrá que entendérselas con la muerte, de la cual los sacerdotes también tienen que ocuparse (¿de qué iban a ocuparse sino de esas cosas?). De este aspecto se deriva la jerarquía, la obediencia y el honor españoles, si me permiten que me exprese de este modo, y es bastante indiferente el que se lleve un cuello alto de uniforme o un cuello planchado; lo que importa es el ascetismo, como ha manifestado usted tan acertadamente… No sé si consigo expresarme con suficiente claridad y hacerles comprender los pensamientos que…

—Sí, sí —dijo Naphta, y lanzó una mirada a Settembrini, que hacía girar su bastón y contemplaba el cielo.

—Por eso yo opino —continuó diciendo Hans Castorp— que las inclinaciones de mi primo Ziemssen deben de serles a ustedes simpáticas, según lo que dicen. No me refiero en modo alguno al «trono y al altar», a las combinaciones con que los amantes del orden justifican a veces esa solidaridad. Quiero decir que el trabajo del estamento militar, es decir, el «servicio militar» se hace sin ningún ánimo de lucro y no tiene ninguna relación con la doctrina económica de la sociedad, como usted decía. Por eso los ingleses tienen muy pocos soldados, algunos para la India y otros en su casa para los desfiles.

—Es inútil que continúe usted, ingeniero —interrumpió Settembrini—. La existencia militar (lo digo sin intención de ofender al teniente) es moralmente indiscutible, pues es puramente formal, sin contenido propio. El soldado por excelencia es el mercenario que se enrola a favor de una determinada causa. En una palabra: ha habido soldado de la contrarreforma española, soldado del ejército revolucionario, soldado napoleónico, garibaldino y soldado prusiano. Hay que hablar del soldado cuando se sabe por qué causa se bate.

—No es menos cierto que el hecho de batirse constituye una característica

evidente de su estado, atengámonos a eso —replicó Naphta—. Es posible que no baste, según ustedes, para convertir este estamento en «intelectualmente discutible», pero le coloca en una esfera que escapa por completo a la aceptación burguesa de la vida.

—Lo que a usted le gusta llamar «aceptación burguesa de la vida» —replicó Settembrini, elevando la comisura de sus labios hacia el bigote e inclinando lentamente su cuello con pequeñas sacudidas— estará siempre dispuesto a defender, bajo cualquier forma, las ideas de la razón, la moral y su influencia legítima sobre las jóvenes almas titubeantes.

Se hizo el silencio. Los jóvenes miraban fijamente, cohibidos. Después de dar unos pasos, Settembrini, que había colocado su cabeza y su cuello en la posición normal, dijo:

—No se sorprendan. Este señor y yo discutimos con frecuencia, pero con toda la amistad y sobre la base de muchas ideas comunes.

Era un modo de hablar caballeresco y humano por parte de Settembrini; pero Joachim, que tenía igualmente buenas intenciones y quería continuar la conversación de una manera inofensiva, dijo, como impelido por algo que estaba fuera de su voluntad:

—Casualmente mi primo y yo hablábamos de la guerra mientras íbamos detrás de ustedes.

—Lo he oído —manifestó Naphta—. Oí esa palabra y me volví. ¿Hablaban de política? ¿Discutían acerca de la situación general?

—¡Oh, no! —respondió riendo Hans Castorp—. La profesión de mi primo le impide ocuparse de política, y en lo que se refiere a mí, renuncio voluntariamente porque no entiendo de ello una sola palabra. Desde que estoy aquí no he cogido un solo diario…

Settembrini, como ya había manifestado otras veces, consideró censurable esta indiferencia. Se mostró completamente enterado de los acontecimientos importantes y los juzgó de un modo favorable, porque las cosas adquirían, según él, un aspecto provechoso para la civilización. La atmósfera general de Europa se hallaba imbuida de pensamientos pacifistas. El ideal democrático estaba en marcha. Aseguró que poseía informes confidenciales según los cuales los jóvenes turcos ultimaban sus preparativos para dar un golpe de Estado. ¡Turquía, estado nacional y constitucional, qué triunfo para la humanidad!

—La liberación del islam —comentó burlonamente Naphta—. ¡Magnífico! El fanatismo civilizado. ¡Muy bien! Por otra parte, eso le interesa —añadió volviéndose hacia Joachim—. Si Abdul Hamid cae, vuestra influencia en Turquía habrá terminado e Inglaterra aparecerá como protector… Le aconsejo que tome completamente en serio los relatos y las informaciones de nuestro Settembrini —dijo de un modo

bastante impertinente, pues parecía capaz de creer que los primos no tomaban en serio a Settembrini—. Está muy bien informado sobre las cuestiones nacionales y revolucionarias. En su país se mantienen excelentes relaciones con el comité inglés de los Balcanes. ¿Pero qué será de los convenios de Reval, Lodovico, si sus progresistas triunfan? Eduardo VII no querrá dejar a los rusos el acceso de los Dardanelos, y si Austria se decide a realizar una política activa en los Balcanes…

—¡Cuánta profecía catastrofista! —exclamó Settembrini—. Nicolás ama la paz. A él se deben las conferencias de La Haya, que constituyen hechos morales de primer orden.

—¡Dios mío!, después de su pequeño fracaso en Oriente, Rusia tenía que procurarse algún descanso.

—¡Vamos, señor! No tiene derecho a burlarse del deseo de perfeccionamiento moral de la humanidad. El pueblo que contrariase tales esfuerzos se expondría sin duda al destierro moral.

—¿De qué serviría la política si no se diese ocasión a unos y otros para que se comprometieran moralmente?

—¿Es acaso un adepto del pangermanismo?

Naphta encogió los hombros, que no estaban completamente al mismo nivel, pues además de su fealdad era un poco asimétrico, y no se dignó contestar. Settembrini terminó diciendo:

—De todos modos lo que acaba de decir es cínico. En los generosos esfuerzos que la democracia realiza para imponerse en un plano internacional, usted no quiere ver más que una estratagema política…

—¿Insinúa que me refiero al idealismo e incluso a la religiosidad? Se trata de los últimos y débiles restos del instinto de conservación de un sistema mundial ya condenado. La catástrofe debe venir, viene, por todos los caminos y de todas las maneras. ¡Contemple la política británica! La necesidad de Inglaterra de asegurar la India es legítima. Pero ¿y las consecuencias? Eduardo sabe, tan bien como usted y yo, que los gobernantes de San Petersburgo deben resacirse de su derrota en la Manchuria y que tienen ahora la necesidad urgente de desviar la revolución. Y sin embargo, él orienta hacia Europa las tendencias rusas a la expansión, despierta las rivalidades entre San Petersburgo y Viena.

—¡Ah, Viena! ¡Se preocupa de ese obstáculo opuesto a la marcha del mundo, seguramente porque usted ve, en el imperio corrompido del que Viena es capital, la momia del sacro imperio germánico!

—Lo que veo es que usted es un rusófilo, supongo que por simpatía humanista hacia el cesáreo papismo.

—Señor, la democracia puede esperar mucho más del Kremlin que del Hofburg, y esto es una vergüenza para el país de Lutero y Gutenberg…

—Eso es quizá una tontería. Pero esa tontería es el instrumento de la fatalidad…

—¡Vaya, vaya! ¡Déjese usted de fatalidad! La razón humana quiere ser más fuerte que la fatalidad, ¡y lo es!

—No se puede desear más que el propio destino. Europa capitalista quiere el suyo.

—Se cree en la venida de la guerra cuando no se la abomina bastante.

—Su repugnancia es lógicamente incompleta, mientras no la derive del Estado mismo.

—El Estado nacional es el principio de ese mundo que usted se empeña en identificar con el diablo. Pero convierta a las naciones libres e iguales, proteja a los pequeños y a los más débiles de la opresión, haga justicia y ponga fronteras nacionales…

—La frontera del Brenner, ya lo sé. La liquidación de Austria. Me gustaría saber cómo espera realizar esto sin una guerra…

—No creo que haya condenado nunca las guerras nacionales…

—¿Lo he oído bien?

—Es necesario que confirme las palabras del señor Settembrini sobre este punto —intervino Hans Castorp, que había seguido la discusión mirando sucesivamente con la cabeza inclinada a ambos interlocutores—. Mi primo y yo hemos tenido ocasión de hablar de estas cosas y otras análogas con el señor Settembrini, es decir, le hemos oído desarrollar y precisar sus opiniones. Puedo, pues, confirmar (y mi primo lo recordará) que el señor Settembrini nos ha hablado más de una vez, con gran entusiasmo, del principio del movimiento, de la rebelión y la enmienda del mundo que, en suma, no es un principio tan absolutamente pacífico, según me parece, y nos ha dicho que este principio debe realizar todavía grandes esfuerzos antes de imponerse en todas partes y de realizar la bienaventurada República universal. Tales fueron sus palabras, aunque naturalmente mucho más plásticas y literarias que las mías, no es preciso aclararlo. Pero lo que sé y lo que he retenido particularmente, porque en mi calidad de civil obstinado me asustó un poco, fue que una vez dijo que ese día no llegaría a pasos de paloma, sino a vuelo de águilas (fueron esas alas de águilas lo que me asustó), y que Viena debía ser derrotada si se quería abrir el camino a la felicidad. No se puede, por tanto, decir que el señor Settembrini condene la guerra en general. ¿Tengo razón, señor Settembrini?

—Muy aproximadamente —aceptó el italiano volviendo la cabeza y haciendo balancear su bastón.

—¡Terrible! ¡Muy grave! —dijo sonriendo maliciosamente Naphta—. Es acusado de sus propias tendencias bélicas por su discípulo. *Aussument pennas ut aquilae.*

—Voltaire mismo aprobó la guerra civilizadora y la recomendó a Federico II contra los turcos.

—¡Y en lugar de esto se alió con ellos! ¡Y después la República universal! Desdeño preguntar qué será del principio del movimiento y la rebelión si la felicidad y la unión se realizan. En ese momento la rebelión se convertiría en un crimen…

—Usted sabe perfectamente, y estos señores también, que se trata del progreso de la humanidad, un supuesto infinito…

—Pero todo movimiento es circular —opinó Hans Castorp—. En el espacio y el tiempo, eso es lo que demuestran las leyes de la conservación de la masa y las de la periodicidad. Mi primo y yo hablábamos de eso hace un instante. ¿Se puede hablar del progreso cuando nos hallamos en presencia de un movimiento cerrado sin dirección continua? Cuando me encuentro tendido por la noche y miro el Zodíaco, es decir, la mitad que me es visible, y pienso en los viejos pueblos sabios…

—Haría usted mucho mejor no rompiéndose la cabeza, ni soñando, ingeniero, sino confiando en el instinto de su edad y su raza, que deben llevarle a la acción. Ya ve cómo en períodos indeterminados la vida se desarrolla desde el infusorio al hombre; usted no puede dudar de las posibilidades de perfeccionamiento todavía infinitas que se hallan abiertas ante el hombre. Pero si quiere atenerse a las matemáticas, debe conducir su movimiento circular de perfección en perfección y confortarse con la doctrina de nuestro siglo XVIII, según la cual el hombre ha sido bueno, feliz y perfecto y no ha sido deformado y pervertido más que por los errores sociales; y a fin de recuperar su bondad, felicidad y perfección, gracias a un trabajo de revisión crítica sobre la estructura de la sociedad, no dejaremos de…

—El señor Settembrini —intervino Naphta— omite mencionar que el idilio russoniano es una adaptación torpe y racionalista de la doctrina cristiana, del estado civil del hombre que no reconoce el pecado ni la sociedad, de su origen divino y su unión íntima con Dios, unión que de nuevo debe realizarse. Pero el restablecimiento del reino de Dios, después de la disolución de todas las formas terrestres, se halla situado en un punto en que la tierra y el cielo, o aquello que es accesible y sobrenatural convergen. La salvación es trascendente, y en lo que se refiere a su República universal capitalista, mi querido doctor, es muy extraño que hable usted de «instinto» al referirse a ella. El ser instintivo se halla absolutamente relacionado con lo que es racional, y Dios mismo ha dotado a los hombres del instinto natural que los incita a separarse los unos de los otros en Estados diferentes. La guerra…

—La guerra —exclamó Settembrini—, incluso la guerra, señores, se ha visto ya obligada a servir al progreso, como sin duda admitirán si recuerdan ciertos acontecimientos de su época preferida; me refiero a las Cruzadas. Estas guerras civilizadoras favorecieron acertadamente el mundo de las relaciones económicas y comerciales entre los pueblos y reunieron a la humanidad occidental bajo el signo de una idea.

—Se muestra muy tolerante con la idea. Quiero, pues, rectificar sus palabras

cortésmente informándole de que las Cruzadas, al margen del impulso que dieron al comercio, ejercieron una influencia que no tiene nada de internacional; por el contrario, enseñaron a los pueblos a distinguirse entre ellos, y fomentaron el desarrollo de la idea del Estado nacional.

—Muy exacto, en lo que se refiere a las relaciones de los pueblos con el clero. Sí, en aquellos tiempos el sentimiento del honor del Estado nacional comenzó a fortificarse, saliendo al paso de la presunción jerárquica…

—Y sin embargo, lo que usted llama presunción jerárquica no es más que la idea de unión de los hombres bajo el signo del espíritu.

—Ya conocemos ese espíritu y no sabemos qué hacer de él.

—Es lógico que con su manía nacional sientan ustedes horror hacia el cosmopolitismo invencible de la Iglesia. ¡Pero me gustaría saber cómo quiere conciliar eso con su repugnancia respecto a la guerra! Su culto al Estado arcaico debe de hacer de usted un partidario de un concepto jurídico positivo, y como tal…

—¿Invoca al derecho? En el derecho de los pueblos, señor, la idea del derecho natural y la razón humana universal permanecen vivos…

—¡Bah!, ese derecho de los pueblos no es más que una forma corrompida del *Jus divinum*, que no tiene nada que ver con la naturaleza y se basa únicamente en la revelación…

—¡No discutamos sobre estas palabras, profesor! Entienda tranquilamente *Jus divinum* por lo que yo llamo reverentemente derecho natural y derecho de los pueblos. Lo esencial es que por encima de los derechos positivos de los estados nacionales se eleva uno superior y general que permite resolver, por medio de tribunales de arbitrajes, cuestiones de intereses en pugna.

—¡Por medio de tribunales de arbitraje! ¡Bella frase! Sí, se refiere a un tribunal burgués que resuelve los problemas de la vida, que declara la voluntad de Dios y determina la historia. ¡El mensaje de la paloma! ¿Y las alas del águila?

—La virtud cívica…

—¡Dios mío, la virtud cívica no sabe lo que quiere! Combate la disminución de la natalidad, exige que los dispendios para la educación y preparación profesional de los niños sean reducidos. Y sin embargo, la multitud se ahoga, y la lucha por el pan es más terrible que todas las guerras de los tiempos pasados. ¡Estados y ciudades jardín! ¡Mejora de la raza! ¿Pero para qué hacerla más valiente y fuerte si el progreso y la civilización quieren que no haya más guerra? La guerra sería el medio contra todo eso: para la mejora de la raza e incluso para combatir la crisis de la natalidad.

—Usted bromea. No puede hablar en serio. Nuestra conversación se desvía y lo hace en el momento oportuno. Hemos llegado —dijo Settembrini, y con su bastón señaló a los primos la casita ante cuya puerta se detuvieron.

Estaba situada cerca de la entrada de Dorf, en la carretera, de la que no estaba

separada más que por un estrecho jardincillo. Una parra silvestre rodeaba la puerta de la casa y extendía uno de sus troncos retorcidos a lo largo del muro hacia la ventana del entresuelo, a la derecha, donde se hallaba la vitrina de una pequeña tienda. El entresuelo pertenecía al comerciante de coloniales. La habitación de Naphta se encontraba en el primer piso, en casa del sastre, y Settembrini ocupaba la buhardilla, una especie de estudio tranquilo.

Manifestando de pronto una amabilidad sorprendente, Naphta expresó la esperanza de que seguirían viéndose.

—Vengan a visitarnos —dijo—. Diría vengan a verme, si el doctor Settembrini, aquí presente, no tuviese derechos más antiguos sobre su amistad. Vengan cuando quieran, cuando tengan ganas de charlar un poco. Me gustan los cambios de impresiones con la juventud. Tal vez no esté completamente falto de tradición pedagógica… Si nuestro maestro ex cathedra —y designó a Settembrini— pretende reservar al humanismo burgués los dones y la vocación pedagógica, es preciso contradecirle. ¡Hasta pronto!

Settembrini hizo algunas objeciones. Dijo que los días que debía pasar el teniente aquí estaban contados, y el ingeniero redoblaría su celo en la observación del régimen para unirse a él lo más pronto posible en la llanura.

Los jóvenes dieron razón a ambos, primero a uno y después al otro. Habían acogido la invitación de Naphta con sendas inclinaciones y después corroboraron las reservas de Settembrini con movimientos de hombros. De este modo quedaron abiertas las dos posibilidades.

—¿Cómo le ha llamado? —preguntó Joachim cuando los dos subían por el camino tortuoso que conducía al Berghof.

—He oído que decía «maestro ex cathedra» —dijo Hans Castorp—, y estoy precisamente reflexionando sobre esto. Sin duda se trata de una broma, pues se tributan ciertos sobrenombres. Settembrini ha llamado a Naphta «princeps scholasticorum». Tampoco está mal. Los escolásticos eran los doctores de la Edad Media, lo que me hace recordar que Settembrini dijo el primer día que muchas cosas le parecían en nuestro país procedentes de la Edad Media. Fue refiriéndose a Adriática von Mylendonk, a causa de su nombre. ¿Qué te ha parecido?

—¿El pequeño? No muy bien. Ha dicho cosas interesantes. Los tribunales de arbitraje son naturalmente un invento de los trapaceros, pero ese personaje no me gusta mucho; ¿de qué sirve que diga cosas bien dichas si él es un tipo sospechoso? No puedes negar que sea sospechoso. Esa historia de la «cohabitación» también es dudosa. ¡Y además tiene nariz de judío! Fíjate bien. Sólo los semitas pueden ser tan malignos. ¿Tienes intención de visitar a ese hombre?

—Naturalmente que iremos a verle —declaró Hans Castorp—. Y por lo que se refiere a su físico, tú juzgas como un soldado. Pero los caldeos tenían la misma clase

de nariz y eran endiabladamente malignos, y no sólo en cuestión de ciencias ocultas. Naphta también tiene algo de ocultista, no me parece un hombre mediocre. No quiero decir que le haya calado completamente hoy, pero si le vemos con cierta frecuencia tal vez acabaremos por comprenderle, y no es imposible que nuestra inteligencia, en sentido general, salga ganando.

—¡Ah, amigo mío, cada día te vuelves más inteligente con tu biología y tus puntos solsticiales! Desde el primer día te has interesado por el tiempo. Sin embargo, nosotros nos hallamos aquí para mejorar la salud, no para hacernos más sabios; para mejorar la salud y curarnos del todo, para que de este modo puedan devolvernos la libertad y enviarnos curados allá abajo.

—«¡En las montañas vive la libertad!» —exclamó Hans Castorp cantando frivolamente—. Define la libertad —continuó diciendo—. Naphta y Settembrini han discutido hace un momento y no han podido entenderse. «La libertad es la ley del amor de los hombres», ha dicho Settembrini, y esto me ha hecho pensar en su abuelo el carbonario. Pero por valeroso que fuese el carbonario y por valeroso que sea nuestro Settembrini…

—Sí, se ha incomodado cuando han hablado del valor personal.

—… creo que tiene miedo de muchas cosas de las que el pequeño Naphta no teme nada, ¿comprendes?, y que su libertad y valor están sujetos a caución. ¿Crees que tendría el valor de *se perdre ou même de se laisser dépérir*?

—¿Por qué hablar ahora en francés?

—Porque… la atmósfera aquí es tan cosmopolita… No sé quién puede estar más satisfecho, si Settembrini a causa de su república burguesa universal, o Naphta con su cosmopolitismo jerárquico. Me he fijado mucho, como ves, pero no he conseguido comprenderlo todo; me ha parecido, por el contrario, que la confusión era grande en todo lo que han dicho.

—Siempre es así, porque hablar y exponer opiniones da como resultado la confusión. ¿No te lo había dicho ya? Lo que importa no son las opiniones que uno tiene, sino el que se sepa que uno es valiente. Más vale no tener opinión y cumplir con el deber.

—Sí, tú puedes decir eso porque eres un lansquenete y llevas una existencia puramente formalista. Yo, en cambio, soy civil y en cierta manera responsable. Y me excita ver cómo en tal confusión uno predica la república internacional y reniega, en principio, de la guerra, y que sea hasta tal punto patriota que reclame la frontera del Brenner, mientras el otro considera el Estado como una obra de Satán y predica, en todos los sentidos, la aproximación universal, y un momento después defiende el derecho del instinto natural y se burla de las conferencias de la paz. Dices que nos hallamos aquí no para hacernos más sabios, sino para curarnos. Se pueden conciliar ambas cosas, querido, y si no lo crees caes en el dualismo, y eso es siempre un gran

error, tenlo en cuenta.

Del reino de Dios y de la liberación perversa

Hans Castorp clasificaba en el balcón una planta que ahora que el verano astronómico había comenzado y que los días se hacían más cortos, vegetaba en numerosos lugares; era la aquilea o aquilegia, una variedad de ranunculáceas que crecía en forma de arbusto, de largos tallos, con flores azules, violeta y rojo oscuro, y hojas herbiformes bastante grandes. La planta crecía por todas partes, abundantemente, pero sobre todo en ese rincón tranquilo en el que hacía un año la había visto por primera vez; en ese lejano barranco cubierto de boscaje, lleno del rumor de un torrente, con un sendero y un banco en el que había terminado su paseo de antaño, paseo prematuro y poco provechoso, y adonde volvía de vez en cuando.

No parecía tan lejos cuando realizaba ese paseo con mayor calma que la otra vez. Cuando subía por una parte de la vertiente, sobre la pista de luges de Dorf, se llegaba a la parte pintoresca del sendero, que serpenteando a través del bosque, franqueaba sobre puentes de madera la pista de *bobsleigh* que venía de Schatzalp. A condición de no entretenerse, ni de cantar o descansar a causa de la fatiga, entonces eran unos veinte minutos de marcha, y cuando Joachim se quedaba en casa a causa de los deberes del servicio, para la consulta, la radiografía, la inyección o la obligación de hacerse pesar, Hans Castorp aprovechaba el buen tiempo después de la segunda comida, a veces después de la primera y en ocasiones incluso las horas entre el té y la comida, para visitar aquel lugar favorito, el mismo en que antaño se había visto acometido por una hemorragia nasal, para sentarse en el banco, escuchar, con la cabeza inclinada, el rumor del torrente y contemplar el paisaje y aquella multitud de aquileas azules que florecían de nuevo en el fondo del valle.

¿Sólo iba allí para eso? No; también iba para estar solo, para recordar, para recapitular las impresiones y aventuras de tantos meses, para reflexionar sobre todas esas cosas. Eran numerosas, divertidas y difíciles de ordenar, pues todas esas impresiones le parecían entrelazadas y se confundían bajo muchos aspectos, de manera que lo más tangible podía apenas separarse de lo que no había sido más que pensado, soñado o imaginado. Pero todas eran de naturaleza aventurera, hasta tal punto que su corazón emocionado, como si se hallase aquí por primera vez, palpitaba y se detenía cuando esas impresiones se apoderaban de él. Por otro lado, la comprobación razonada de que la aquilea de ese valle —en que en un momento de vitalidad debilitada Pribislav se le había aparecido en carne y hueso—, no «continuaba floreciendo», sino que «florecía de nuevo» y que sus «tres semanas» se convertirían dentro de poco en un año entero, bastaba para alarmar de un modo extraño su corazón impulsivo.

Además, ya no le sangraba la nariz al sentarse en el banco; eso había pasado. Su aclimatación, cuyas dificultades predijera Joachim desde el principio, había sido en

efecto difícil, pero había realizado progresos. Después de once meses se la podía considerar terminada, y en este orden de ideas ya no cabría esperar nada nuevo. Las reacciones químicas de su estómago se habían regularizado y adaptado, los María Mancini habían recobrado todo su sabor y los nervios de sus mucosas resecas desde hacía tiempo percibían de nuevo el aroma de ese producto predilecto, que continuaba encargando a Brema, a pesar de que en los escaparates de la estación internacional se ofrecían cigarros tentadores. ¿No sería el María una especie de vínculo entre él, que había sido transportado tan lejos, y la llanura, la lejana patria? ¿Esas relaciones no se mantenían y conservaban de una manera más eficaz por ese procedimiento que por las tarjetas postales, que enviaba de vez en cuando a sus tíos y que se habían ido espaciando mucho más allá de lo que admitían las ideas locales y en un uso más adecuado del tiempo? Solían ser postales agradables, con sus hermosas vistas de los valles bajo la nieve o en el aspecto estival, y no se disponía en ellas más que de la justa extensión para dar cuenta de los diagnósticos y del resultado de la consulta mensual o general, en los términos en que se formulan esos diagnósticos para uso de los parientes, es decir, para anunciar, por ejemplo, que se había comprobado por medio de las observaciones tanto acústicas como ópticas una mejoría incontestable, pero que el enfermo no se hallaba aún desintoxicado, y que la ligera elevación de temperatura a que estaba todavía sujeto procedía de pequeñas lesiones que persistían en subsistir, pero que desaparecían por completo por poca paciencia que se tuviese, para de este modo no verse obligado a volver más adelante.

Tenía la certeza de que no se esperaban de él trabajos epistolares más extensos, pues no se dirigía a un medio humanista y elocuente. Las respuestas que recibía no eran tampoco más expresivas. A menudo iban acompañadas de los envíos de dinero de las rentas de su patrimonio que, en la moneda de este país se hacían tan considerables, que sus recursos nunca se habían agotado cuando recibía un nuevo envío. Esas respuestas consistían en unas líneas escritas a máquina, firmadas por James Tienappel, con recuerdos y deseos de buena salud de parte del tío abuelo y a veces también de Pedro, el navegante.

El consejero había cesado, desde hacía algún tiempo, de ponerle inyecciones, comunicó Hans Castorp a los suyos. No resultaban beneficiosas a ese joven enfermo, pues le causaban dolores de cabeza, le hacían perder el apetito y el peso, le fatigaban, habían comenzado por hacerle subir la temperatura y luego ésta no había descendido. La fiebre ardía, le daba la sensación subjetiva del calor seco bajo la piel rosada, recordando que la aclimatación, para ese retoño de la llanura y la tierra húmeda, no consistía sólo en que se acostumbrase a no acostumbrarse, lo que era por otra parte el mismo caso de Rhadamante, que siempre tenía las mejillas azules. «Hay muchos que nunca se acostumbran», había dicho Joachim desde el principio, y ése parecía ser el caso de Hans Castorp, pues los temblores de la nuca, que habían comenzado a

molestarle poco después de su llegada, no habían cesado, sino que se reproducían cuando andaba o hablaba. Incluso aquí, en las alturas, en este refugio alpino, florecido por sus ensueños, ese tic se producía fatalmente, por lo que se había acostumbrado a apoyar la barbilla a la manera digna de Hans Lorenz Castorp, no sin verse obligado a pensar en el cuello postizo del anciano, sucedáneo de la golilla, en el oro pálido de la pila bautismal y en otras afinidades que le llevaban a nuevas reflexiones sobre el complejo de su vida.

Pribislav Hippe no se le aparecía en carne y hueso como hacía once meses. La aclimatación de Hans Castorp había terminado, ya no tenía visiones, ya no se hallaba su cuerpo tendido e inmóvil sobre el banco mientras su «yo» se sumía en regiones lejanas. Ya no ocurrían tales incidentes. La limpidez viva de ese recuerdo, cuando lo evocaba, se mantenía en los límites normales y sanos; y en esta ocasión, Hans Castorp sacaba del bolsillo el obsequio de vidrio que conservaba dentro de un sobre en la cartera, apretado contra su corazón. Una pequeña placa que, sosteniéndola horizontalmente, resplandecía, negra y sin transparencia, pero que elevada hacia la luz del cielo se iluminaba y revelaba cosas humanistas: la imagen transparente del cuerpo humano, la estructura de las costillas, la forma del corazón, el arco del diafragma y las bolsas del pulmón; además, los huesos del brazo y la clavícula, y todo eso rodeado de la envoltura pálida y brumosa de aquella carne de la que Hans Castorp había disfrutado locamente la semana de Carnaval. No es extraño que su corazón impulsivo detuviese o precipitase su ritmo cuando evocaba ese recuerdo, y continuase luego recapitulándolo «todo», reviviéndolo, apoyado en el respaldo rústico del banco, con los brazos cruzados y la cabeza inclinada sobre el hombro, sumido en el murmullo del torrente y ante la aquilea florecida.

La forma superior de la vida orgánica, la del hombre, se le aparecía como en cierta noche de hielo y luz astral, durante sus sabios estudios, y muchas cuestiones se relacionaban, para el joven Hans Castorp, con aquella vista interior, cuestiones de las que él se sentía responsable como civil, a pesar de que jamás se las hubiese planteado y nunca las hubiese descubierto allá abajo, en la llanura.

Pero aquí, desde lo alto de ese punto perdido, a casi dos mil metros de altura, contemplaba el mundo y las criaturas, reflexionando sin duda porque su cuerpo estaba expuesto a las toxinas solubles cuyo calor seco le quemaba el rostro.

Pensaba entonces en Settembrini el «organillero» y el pedagogo, cuyo padre había nacido en Grecia, que veía la misión suprema del hombre en la política, la rebelión y la elocuencia, y consagraba la lanza del ciudadano sobre el altar de la humanidad. Pensaba en el camarada Krokovski y en las prácticas a que se entregaba desde hacía algún tiempo con el psicoanalista en la cámara negra. Reflexionaba sobre la naturaleza doble del análisis, considerándolo favorable para la acción y el progreso, y relacionándolo con el tema de la tumba y su sospechosa anatomía.

Evocaba las imágenes de los abuelos, el rebelde y el fiel, que iban vestidos de negro por razones diferentes, y los comparaba. Hacía reflexiones sobre complejos tan vastos como la forma y la libertad, el espíritu y el cuerpo, el honor y la vergüenza, el tiempo y la eternidad, y sentía un breve e impetuoso vértigo al pensar que la aquilea florecía de nuevo y que el año se cerraba sobre sí mismo.

Tenía una palabra singular para definir esas graves operaciones del pensamiento en aquel pintoresco retiro: las llamaba «gobernar», sirviéndose de esa palabra de la infancia, de esa expresión lúdica, para designar esa distracción favorita, a pesar de que estuviese unida al terror, al vértigo y a toda clase de tumultos de su corazón y aumentase el calor de su rostro. Pero no le parecía mal que el esfuerzo que exigía dicha actividad le obligase a apoyar la barbilla, pues esta actitud se correspondía perfectamente a la íntima dignidad que le proporcionaba el hecho de «gobernar» delante de la forma humana que se le aparecía.

Homo dei. Así había defendido el espantajo Naphta a la criatura superior de la doctrina inglesa de la sociedad. Y no es nada extraño, pues, que Hans Castorp se juzgase obligado, en virtud de su responsabilidad civil y en interés de su «gobierno» a hacer una visita al hombrecillo acompañado de Joachim. Settembrini no se había mostrado muy entusiasmado. Hans Castorp era lo bastante listo y sensible para darse cuenta. El primer encuentro ya había sido desagradable para el humanista; se había esforzado, según todas las apariencias, en impedirlo y había querido, por prudencia pedagógica, evitar a los jóvenes y a Hans Castorp en particular —como él mismo astutamente se decía— el encuentro con Naphta, a pesar de que él mismo le frecuentase y discutiese con él. ¡Así son los educadores! Ellos mismos se conceden lo que creen es interesante, estimando que ya tienen «edad» para hacerse cargo de todo, pero en cambio lo prohiben a la juventud y dicen que no está en «edad» de hacer lo mismo. Felizmente, no correspondía en modo alguno al «organillero» el prohibir nada a Hans Castorp, y no había por otra parte intentado hacerlo. El discípulo no tenía necesidad más que de ocultar sus intenciones y fingir ingenuidad para que nada le impidiese atender amablemente la invitación del pequeño Naphta, a la que en efecto acudió —uniéndose Joachim a él de buena o mala gana— unos días después de su primer encuentro, un domingo por la tarde después de la cura principal.

Del Berghof hasta la casa decorada con la parra había sólo unos minutos. Entraron y, dejando a su derecha la puerta de acceso a la tienda de comestibles, subieron por la estrecha escalera que les condujo ante la puerta del piso, sobre la cual había una inscripción con el nombre de Lukacek, sastre modista. Les abrió la puerta un muchacho vestido con una especie de librea, un pequeño criado con los cabellos cortados al rape y las mejillas rojas. Preguntaron por el señor profesor Naphta y, como no llevaban tarjetas, dijeron sus nombres, que el criado dijo iba a anunciar al señor Naphta (no mencionó el título). La puerta del cuarto situado delante de la

entrada estaba abierta y Lukacek, a pesar de que fuese domingo, se hallaba sentado en una mesa con las piernas dobladas y cosía. Era pálido y calvo. Su bigote negro pendía con una expresión amarga bajo una nariz curva y demasiado grande.

—Buenos días —dijo Hans Castorp.

—*Grutsi* —contestó el sastre en dialecto, a pesar de que esa lengua suiza no armonizaba con su nombre ni con su aspecto, y sonaba algo extraño.

—¿Trabajando como siempre? —continuó Hans Castorp—. ¿No es hoy domingo?

—Es un trabajo urgente —contestó Lukacek lacónico, y continuó cosiendo.

—Es sin duda algo muy urgente —conjeturó Hans Castorp—, será para una recepción o algo así.

El sastre dejó por algún tiempo ese comentario sin contestación, cortó el hilo con los dientes y enhebró uno nuevo. Luego asintió con la cabeza.

—Indudablemente será muy bonito. ¿Le pone mangas? —preguntó Hans Castorp.

—Sí, mangas. Es para una vieja —respondió Lukacek con un acento bohemio muy marcado.

La vuelta del pequeño criado interrumpió esta conversación entablada en el umbral de la puerta. El señor Naphta rogaba a los señores que entrasen, dijo el criado, y abrió una puerta situada dos o tres pasos hacia la derecha.

Los visitantes fueron recibidos por Naphta, que les esperaba de pie, calzado con zapatillas, sobre un tapiz verde musgo.

Los dos primos quedaron sorprendidos ante el lujo de la habitación de trabajo a la que alumbraban dos ventanas, pues la pobreza de la casa, la escalera y el corredor lamentable, no hacían prever aquello y daban por consiguiente a la elegancia de la habitación de Naphta un aspecto grandilocuente, irreal, cosa que Hans Castorp y Joachim Ziemssen no hubieran notado de no haber sido por ese contraste.

En cualquier caso, aquel interior era distinguido y lujoso, y a pesar de la mesa escritorio y las librerías, no tenía el aspecto de un cuarto de trabajo, pues había demasiada seda morada o púrpura, cortinas que ocultaban las feas puertas, muebles tapizados e incluso un tapiz que se extendía en la pared delante de la segunda puerta. Había sillones de brazos retorcidos y almohadillados, agrupados en torno a una mesa redonda con incrustaciones de metal, detrás de la cual había un canapé del mismo estilo cargado de almohadones de terciopelo de seda. Las librerías, que ocupaban la anchura de la pared al lado de las dos puertas eran, lo mismo que la mesa, o más exactamente que el secreter, de caoba esculpida, con puertas vidrieras detrás de las cuales pendían cortinillas de seda verde. En el rincón, a la izquierda del grupo de sillones, se veía una obra de arte, una gran escultura de madera policromada colocada sobre un zócalo cubierto con una tela roja, una escultura que provocaba una especie de espanto interior, una *Pietà* ingenua y expresiva hasta lo grotesco. La Virgen

aparecía con una cofia, el entrecejo fruncido, la boca oblicua torcida por los lamentos, y el Cristo sobre sus rodillas; era una escultura primitiva, de proporciones arbitrarias y anatomía violentamente exagerada que testimoniaba la ignorancia del escultor; la cabeza estaba erizada de espinas, el rostro y los miembros maculados y goteando sangre, con gruesos coágulos rezumando de la herida del flanco, de las llagas de las palmas de las manos y los pies. Aquella curiosa escultura confería a la habitación tapizada de sedas un acento particular. El papel pintado, visible por encima de las librerías y a los lados de las ventanas, había sido con toda evidencia elegido por el realquilado, pues el verde de sus bandas verticales era el mismo que el de la gruesa alfombra que se hallaba extendida sobre el suelo. El techo era bajo, frío y agrietado; una pequeña lámpara veneciana pendía de él. Las ventanas estaban veladas con cortinas de color crema que llegaban hasta el suelo.

—Venimos a molestarle un momento —dijo Hans Castorp, mientras sus ojos se fijaban en la pía y terrible figura del rincón de la habitación más que sobre el habitante del sorprendente estudio, quien comprobaba con satisfacción que los dos primos habían cumplido su palabra. Naphta quiso conducirlos con gestos acogedores de la mano derecha a los sillones tapizados de seda, pero Hans Castorp, como fascinado, fue directamente hacia el grupo escultórico y se detuvo delante de él, con las manos en las caderas, e inclinando la cabeza.

—¿Qué es eso que tiene aquí? —preguntó en voz baja—. Es muy bueno… Jamás había visto semejante sufrimiento. Es una obra antigua, ¿verdad?

—Siglo catorce —contestó Naphta—. Probablemente de origen renano. ¿Le impresiona?

—Enormemente —dijo Hans Castorp—. No puede dejar de producir una profunda impresión en todo el que lo contemple. Jamás hubiera podido imaginar algo tan feo, perdóneme, y al mismo tiempo tan bello.

—Las producciones de un mundo espiritual y expresivo —contestó Naphta— son siempre feas a fuerza de belleza, y bellas a fuerza de fealdad. Ésta es la regla. Se trata de una belleza espiritual, no de una belleza carnal, que es absolutamente estúpida. Por otra parte, es completamente abstracta —añadió—. La belleza del cuerpo es abstracta. No hay belleza interior que tenga más realidad que la de la expresión religiosa.

—Ha discernido y deducido esto con gran precisión —dijo Hans Castorp—. ¿Siglo catorce? Mil trescientos y pico. Sí, en la Edad Media, tal como aparece en los libros; en cierto modo, reconozco la imagen que me había forjado de la Edad Media en estos últimos tiempos. Antes no sabía nada, pues pertenezco al progreso técnico, si a fin de cuentas se puede considerar en algo mi persona. Pero aquí, en estas alturas, la idea de la Edad Media ha nacido en mi espíritu repetidas veces. La doctrina económica de la sociedad no existía en aquellos tiempos, esto es evidente. ¿Cómo se

llamaría el artista?

Naphta se encogió de hombros.

—¿Qué importa? —dijo—. No debemos preocuparnos, puesto que en el tiempo en que esta imagen vio la luz tampoco se preocuparon. Esa obra no tiene por autor a un determinado caballero, es anónima y creada en común. Se remonta a una Edad Media muy avanzada, época gótica, *signum mortificationis*. No encontrará en ella esa tendencia a atenuar y a suavizar propia de las representaciones del Crucificado de la época romana; nada de corona real, nada de triunfo majestuoso sobre el mundo y el martirio de la muerte. Todo aquí revela francamente los sufrimientos y la debilidad de la carne. Únicamente el estilo gótico es propiamente ascético y pesimista. Sin duda desconoce el tratado de Inocencio III *De miseria humanae conditionis*, una obra llena de vida. Data de fines del siglo doce, pero es este arte únicamente el que puede servirnos de ilustración.

—Señor Naphta —dijo Hans Castorp, después de lanzar un suspiro—, cada una de sus palabras me interesa. ¿*Signum mortificationis* ha dicho usted? Me acordaré de esto. Y ahora acaba de decir algo así como «anónimo y creado en común», y me parece que es conveniente reflexionar. Tiene usted desgraciadamente razón al suponer que no conozco la obra de ese papa (supongo que Inocencio III es un papa). ¿Lo he comprendido bien? ¿Ha dicho que ese escrito era a la vez ascético y alegre? He de confesar que nunca había imaginado que esas dos cosas pudieran ir juntas, pero reflexionando lo comprendo. Por supuesto, las consideraciones sobre la miseria humana dan motivos para entregarse a ciertas bromas a costa de la carne. ¿Se puede encontrar esa obra en las librerías? Tal vez, apelando a mis conocimientos de latín, conseguiría leerla.

—Poseo este libro —contestó Naphta señalando con la cabeza una de las librerías —. Está a su disposición. ¿Por qué no nos sentamos? Puede contemplar la *Pietà* desde el sofá. Pero ya llega nuestra pequeña merienda…

Era el joven criado que traía el té acompañado de una hermosa cesta ornada de plata en la que había un pastel cortado en rebanadas. Pero detrás de él, por la puerta abierta, ¿quién entraba con un paso alado, una fina sonrisa, con *saperlipopette y accidenti*? Era el señor Settembrini, domiciliado en el piso superior, que había bajado con la intención de acompañar a los señores. Dijo que, por su pequeña ventana, había visto llegar a los primos y había terminado a toda prisa una de sus páginas enciclopédicas, que precisamente estaba redactando, para invitarse a su vez. Su llegada era completamente natural. Su intimidad manifiesta con los habitantes del Berghof le autorizaba a unirse con ellos, y además sus relaciones con Naphta eran, a pesar de las hondas divergencias de opinión, muy estrechas, de manera que Naphta le dio la bienvenida sin mostrarse sorprendido.

Eso no impidió que Hans Castorp tuviese una doble impresión a su llegada. Por

una parte le pareció que Settembrini había acudido para no dejarlos a él y a Joachim —o simplemente a él— solos con el pequeño Naphta o para establecer con su presencia un contrapeso pedagógico; por otra parte, era visible que aprovechaba con gusto aquella ocasión para abandonar unos instantes su desván y permanecer en la habitación tapizada de sedas de Naphta, y tomar así un té bien servido.

Settembrini frotó sus manos amarillentas y peludas antes de servirse, y comió con un apetito innegable, sin disimular su satisfacción, las rebanadas de pastel relleno de chocolate.

La conversación continuó en torno a la *Pietà,* porque Hans Castorp permaneció con la mirada y la palabra fijas en ese objeto mientras se volvía hacia Settembrini como para ponerle en contacto crítico con aquella obra de arte, a pesar de que la repugnancia del humanista hacia aquel objeto se puso de manifiesto con la expresión con que se volvió hacia la escultura, pues al sentarse había vuelto la espalda a aquel rincón de la habitación. Demasiado cortés para decir todo lo que pensaba, se limitó a criticar sus defectos en las proporciones y las formas físicas del grupo, las infidelidades de la verdad natural, que estaban lejos de parecerle emocionantes porque no procedían de la impotencia de un artista primitivo, sino que testimoniaban una mala voluntad, un principio profundamente hostil a la naturaleza, lo que Naphta confirmó con toda su mala intención. Ciertamente no podía hablarse de torpeza técnica. Era el espíritu que se emancipaba concienzudamente de la naturaleza y que se negaba a someterse proclamando su místico desdén de la carne. Pero cuando Settembrini declaró que ese modo de desdeñar la naturaleza y su estudio era poco humano, comenzó a oponerse al absurdo culto de la deformidad, a la que se había consagrado la Edad Media y las épocas que la habían imitado, ensalzando luego el patrimonio grecolatino, el clasicismo: la forma, la belleza, la razón y la alegría naturales, eran las únicas llamadas a favorecer la causa del hombre. Hans Castorp intervino y preguntó qué había que pensar, en esas condiciones, de Plotino, que se había avergonzado de su cuerpo, y de Voltaire, que, en nombre de la razón, se había sublevado contra el escandaloso terremoto de Lisboa. ¿Absurdo? Seguramente era absurdo, pero cuando se reflexionaba sobre todo eso se podía, según su opinión, deducir que el absurdo podía ser muy honroso desde el punto de vista espiritual, y que la absurda hostilidad del arte gótico contra la naturaleza había sido, en suma, tan honrosa como la actitud de Plotino y Voltaire, pues estos expresaban la misma liberación del destino y de los hechos, el mismo orgullo indomable que se negaba a abdicar ante la fuerza estúpida, es decir, ante la naturaleza…

Naphta soltó aquella risa que recordaba a un plato desportillado y que terminó con un acceso de tos.

Settembrini dijo con distinción:

—Usted perjudica a nuestro anfitrión haciendo gala de tanto ingenio y le expresa

muy mal su agradecimiento por estos pasteles. Pero ¿sabe qué es el agradecimiento? Entiendo que el agradecimiento consiste en no hacer más que un buen uso de los regalos que hemos recibido…

Como Hans Castorp se ruborizó, el italiano fue bastante amable al añadir:

—Conocemos su buen humor, ingeniero. Su manera de burlarse amistosamente del bien da la sensación evidente de que lo ama. Sabe perfectamente que no puede ser calificada de honrosa la sublevación del espíritu contra la naturaleza, sublevación que atañe a la dignidad y la belleza del hombre que, aunque no tienda a rebajarle y deshonrarle produce, sin embargo, ese efecto. Sabe, por otra parte, qué atrocidades humanas, qué intolerancia sanguinaria ha manifestado la época a la que pertenece esa obra de arte que se halla detrás de mí. No necesito recordarle la espantosa imagen del inquisidor, la cara ensangrentada de un Conrad de Marburgo y su infame furor de cura contra todo lo que se oponía al reinado de lo sobrenatural. Usted está muy lejos de considerar la espada y el escudo como instrumentos de altruismo.

—En cambio —replicó Naphta—, es con ese espíritu altruista con el que trabajó la máquina gracias a la cual la Convención Nacional limpió el mundo de malos ciudadanos. Todos los castigos de la Iglesia, incluso la hoguera, incluso la excomunión, han sido impuestos para salvar el alma de la condenación eterna, cosa que no puede decirse del entusiasmo destructor de los jacobinos. Me permito resaltar que toda justicia inquisitorial y sangrienta que no ha salido de una fe en un más allá es una estupidez brutal. Y en cuanto a la degradación del hombre, su historia coincide exactamente con la del envilecimiento del espíritu burgués. El Renacimiento, el Siglo de las Luces, la ciencia natural y las doctrinas económicas del siglo diecinueve no han desdeñado enseñar nada, absolutamente nada, que no fuese en cierta manera apropiado para favorecer esa degradación, comenzando por la nueva astronomía que ha hecho del centro del universo, del escenario ilustre en el que Dios y Satán se disputaron a las criaturas, un pequeño planeta cualquiera y que provisionalmente ha puesto fin a la grandiosa situación cósmica del hombre, sobre la cual se fundaba la astrología.

—¿Provisionalmente?

La expresión de Settembrini al hacer esta pregunta tenía en sí misma algo de la de un inquisidor que espera que el acusado se comprometa con palabras indudablemente culpables.

—Sin duda. Para algunos cientos de años —confirmó fríamente Naphta—. Si los signos no son engañosos, la escolástica será también rehabilitada, el proceso está en camino. Copérnico será derrotado por Ptolomeo. La tesis heliocentrista encuentra cada día mayor resistencia en el espíritu. Es probable que la ciencia se vea obligada por la filosofía a devolver a la Tierra toda la majestad que le atribuía el dogma religioso.

—¿Cómo? ¿Qué dice? ¿Resistencia del espíritu? ¿Obligada por la filosofía? ¿Qué clase de voluntarismo se expresa en sus palabras? ¿Y la ciencia incondicional? ¿Y el conocimiento puro? ¡La verdad, señor, que se halla tan íntimamente ligada con la libertad y sus mártires, que usted quiere convertir en insultadores de la Tierra, permanecerá como el eterno ornamento de este astro!

Settembrini tenía una manera enérgica de interrogar. Se hallaba sentado, erguido, y dejaba caer sus palabras de hombre de honor sobre el pequeño Naphta; hinchaba su voz tan poderosamente que se adivinaba que estaba seguro de la respuesta de su adversario, que no podía ser más que un silencio lleno de confusión. Mientras hablaba sostenía entre los dedos un pedazo de pastel, pero luego lo dejó sobre el plato, pues, después de plantear esas preguntas, no quiso comer más.

Naphta contestó con una calma inquietante:

—Querido amigo, el conocimiento puro no existe. La legitimidad del concepto religioso del conocimiento, que puede resumirse con las palabras de San Agustín «Creo a fin de conocer», es absolutamente indudable. La fe es el órgano del conocimiento, el intelecto es secundario. Vuestra ciencia sin premisa es un mito. Siempre hay una fe, una concepción del mundo, una idea; en una palabra, una voluntad, y atañe a la razón el interpretar y demostrar siempre y en todos los casos. Se trata de llegar *al quod erat demostrandum*. Ya la concepción de la prueba contiene, psicológicamente hablando, un elemento voluntario muy claro. Los grandes escolásticos de los siglos doce y trece estaban de acuerdo en su convicción de que en filosofía nada puede ser verdad si es falso ante la teología. Dejemos de lado la teología, si lo prefiere, pero una humanidad que no reconociese que nada puede ser verdad en la ciencia natural, lo que es falso a los ojos del filósofo, no sería una humanidad. La argumentación del Santo Oficio contra Galileo se reducía a que sus principios eran filosóficamente absurdos. No puede haber argumentación más decisiva.

—¡Eh, eh, un momento!, los argumentos de nuestro pobre gran Galileo han sido más que convincentes. ¡No; hablemos seriamente, *professore*! Conteste, delante de estos dos jóvenes tan atentos, a esta pregunta: ¿Cree en una verdad objetiva y científica que la ley más alta de toda moral nos ordena buscar y cuyos triunfos sobre la autoridad constituyen la gloriosa historia del espíritu humano?

Hans Castorp y Joachim volvieron sus rostros hacia Naphta, el primero más deprisa que el segundo. Naphta contestó:

—Tal triunfo no es posible, pues la autoridad es el hombre, su interés, su dignidad, su salvación, y entre ellos y la verdad no puede haber conflicto. Se confunden.

—La verdad será, por consiguiente…

—Es verdadero lo que conviene al hombre. En él toda la naturaleza se halla

concentrada, él sólo ha sido creado en toda la naturaleza y toda la naturaleza ha sido hecha para él. Él tiene la medida de las cosas y su salvación es el criterio de verdad. Un conocimiento teórico que no se refiriese prácticamente a la idea de salvación del hombre se hallaría tan completamente desprovisto de interés que sería preciso negarle toda verdad y negarse a admitirlo. Los siglos cristianos estaban completamente de acuerdo sobre la insignificancia de la ciencia natural en lo que se refiere al hombre. Lactancio, que Constantino el Grande dio como preceptor a sus hijos, preguntó abiertamente qué clase de beatitud se aseguraría por saber dónde se halla la fuente del Nilo o lo que los físicos decían sobre el cielo. Si ha sido preferida la filosofía platónica a cualquier otra es porque no tenía por objeto el conocimiento de la naturaleza, sino el conocimiento de Dios. Puedo asegurarle que la humanidad se halla en camino de volver a ese punto de vista y darse cuenta de que la tarea de la ciencia verdadera no es la de eliminar sistemáticamente lo que es perjudicial o sencillamente insignificante para la idea, en una palabra, de dar pruebas de tino, mesura y saber elegir. Es pueril creer que la Iglesia se ha encargado de la defensa de las tinieblas contra la luz. Ha tenido tres veces razón al declarar culpable un conocimiento que tuviese la pretensión de ser no hipotético, es decir, un conocimiento que desdeñase tener en cuenta el elemento espiritual y el último fin, que es la salvación. Y lo que ha sumido y sume al hombre en las tinieblas es, por el contrario, la ciencia natural «sin premisas» y antifilosófica.

—Nos enseña un pragmatismo —contestó Settembrini— que es necesario transportar al plano político para advertir todo lo nocivo que contiene. Es bueno, verdadero y justo lo que conviene al Estado. Su salvación, su dignidad, su potencia, tal es el escrito moral. ¡Bueno! Esto abre la puerta a todos los crímenes, y la verdad humana, la justicia individual y la democracia… ¡allá se las compongan!

—Le invito a que use un poco de lógica —contestó Naphta—, o bien Ptolomeo y la escolástica tienen razón, y el mundo está limitado en el espacio y el tiempo: si es así, la divinidad es trascendental, la oposición entre Dios y el mundo existe y el hombre también es un ser dualista. El problema de su alma consiste en el conflicto entre lo físico y lo metafísico y todo lo que es social queda en un plano secundario. No puedo aceptar por consiguiente más que este género de individualismo. O por otro lado, sus astrónomos renacentistas encontraron la verdad y el universo es infinito. En este caso no hay mundo trascendental, no hay dualismo. El más allá se halla integrado en el pasado y el porvenir; la oposición entre Dios y la naturaleza desaparece, entonces, dentro de esta hipótesis; la personalidad humana no es ya el lugar donde se encuentran dos principios contrarios, sino una unidad armoniosa y, por consiguiente, el conflicto interior del hombre se refiere tan sólo al conflicto entre los intereses del hombre y los de la colectividad, y el objetivo del Estado, lo que es perfectamente pagano, constituye la regla moral. Lo uno o lo otro.

—¡Protesto! —exclamó Settembrini tendiendo los brazos y aproximando la taza de té a su anfitrión—. Protesto contra esa insinuación de que el Estado moderno significa servilismo diabólico del individuo. Protesto por tercera vez contra esa alternativa vejatoria entre el prusianismo y la reacción gótica, ante la cual pretende usted colocarnos. La democracia no tiene más sentido que el de un correctivo individualista de todo absolutismo del Estado. La verdad y la justicia son las insignias reales de la moral individual, y en este caso de conflicto contra el interés del Estado pueden adquirir incluso la apariencia de potencias hostiles a él cuando en realidad tienden a un bien superior, el bien celestial del Estado. ¡El Renacimiento origen de la idolatría estatal! ¡Qué lógica más bastarda! ¡Las conquistas del Renacimiento y el Siglo de las Luces, señor, se llaman personalidad, derechos del hombre, libertad!

Los oyentes respiraron aliviados, pues habían contenido la respiración durante la gran réplica de Settembrini. Hans Castorp no pudo contenerse y dio un golpe con la mano sobre la mesa, aunque procurando hacerlo con reserva. «¡Extraordinario!», pensó, y Joachim también se mostró muy satisfecho, a pesar de que el prusianismo hubiese sido mencionado en términos desfavorables. Los dos se volvieron hacia el interlocutor que acababa de ser victoriosamente rechazado, y Hans Castorp lo hizo con tal impaciencia que apoyó el codo en la mesa y la barbilla en el puño, poco más o menos como había hecho al dibujar los cerditos, mirando a Naphta con gran atención y desde muy cerca.

Éste se encontraba sentado, tranquilo, con sus delgadas manos apoyadas en las rodillas. Un momento después, dijo:

—Intento introducir un poco de lógica en nuestra conversación y usted me contesta por medio de frases generosas. No ignoraba que el Renacimiento parió el llamado liberalismo, individualismo y humanismo burgués. Pero todo eso me deja indiferente, pues la conquista, la edad heroica de su ideal ha pasado hace ya tiempo; ese ideal está muerto o agoniza, y los que le darán el golpe de gracia están ya ante nosotros. Usted se define, si no me equivoco, como un revolucionario. Pero si cree que el resultado de las revoluciones futuras será la libertad, se equivoca. El principio de la libertad ha sido ya realizado y se ha usado de él durante quinientos años. Una pedagogía que hoy todavía se presenta como nacida del Siglo de las Luces y que encuentra sus medios de educación en la crítica, la liberación y el culto al «yo», en la destrucción de formas de vida que tienen un carácter absoluto, puede obtener éxitos momentáneos, pero su carácter frágil no es dudoso ante los ojos de los espíritus atentos. Todas las corporaciones verdaderamente educadoras han sabido desde siempre lo que era realmente importante en la pedagogía: la autoridad absoluta, una disciplina de hierro, el sacrificio, la renuncia de sí mismo y la violación de la personalidad. Es desconocer profundamente a la juventud el creer que siente placer con la libertad. El placer más profundo de la juventud está en la obediencia.

Joachim se irguió, Hans Castorp se ruborizó y Settembrini, inquieto, retorcía su bigote.

—No —continuó diciendo Naphta—, no es la liberación y expansión del yo lo que constituye el secreto y la exigencia de este tiempo. Lo que necesita, lo que pide, lo que tendrá, es el terror.

Había pronunciado esta última palabra más bajo que las anteriores, sin mover el cuerpo; únicamente los cristales de sus lentes habían lanzado un fugaz destello. Sus tres oyentes se estremecieron, hasta Settembrini, que inmediatamente volvió a recuperar la compostura, sonriendo.

—¿Me es permitido informarme —preguntó— quién o qué (como ve, no hago más que interrogar sin saber cómo plantearlo) debe, según usted, recurrir a ese, y repito la palabra contra mi voluntad, a ese terror?

Naphta permanecía sentado con los ojos brillantes. Dijo:

—Estoy a su disposición. No creo engañarme al suponer que nos hallamos de acuerdo en admitir un estado original e ideal de la humanidad, un estado sin organización social ni recurso a la fuerza, una vida en Dios en que no haya dominación, ni servicio, ni ley, ni pena, ni injusticia, ni unión carnal, ni diferencia de clases, ni trabajo ni propiedad; tan sólo igualdad, fraternidad y perfección moral.

—Muy bien. Estoy de acuerdo —declaró Settembrini—. Estoy de acuerdo a excepción de la unión carnal que, con toda evidencia, ha existido siempre, puesto que el hombre es un vertebrado superior y no es diferente de los demás seres…

—Como quiera. Comprendo nuestro acuerdo de principio en lo que se refiere al estado primitivo, paradisíaco, indemne de justicia, próximo a Dios, estado que el pecado original comprometió. Creo que podemos todavía ir juntos un trecho más de camino, refiriendo el Estado a un contrato social que, teniendo en cuenta el pecado, fue establecido para proteger al hombre de la injusticia y colocando en él el origen del poder soberano.

—*Beníssimo* —declaró Settembrini—. Contrato social. Es el Siglo de las Luces, es Rousseau. No hubiera creído…

—Permítame. Nuestros caminos se separan aquí. Del hecho de que todo poder y toda potencia pertenezcan originariamente al pueblo y de que éste transmite su derecho de legislar y todo poder del Estado al príncipe, su escuela de Manchester deduce ante todo que el pueblo tiene derecho a sublevarse contra la realeza. En cuanto a nosotros…

«¿Nosotros? —se preguntó a sí mismo Hans Castorp interesado—. ¿Quiénes somos "nosotros"? Más tarde debo preguntar a Settembrini a quién se refiere Naphta con la expresión "nosotros".»

—En cuanto a nosotros —prosiguió Naphta—, tal vez no menos revolucionarios que ustedes, nos hemos atenido, en todos los tiempos, en primer lugar a la

preminencia de la Iglesia sobre el Estado laico. Pues si la no divinidad del Estado no estuviese ya inscrita sobre su frente, bastaría con recordar sencillamente el hecho histórico de que reposa sobre la voluntad del pueblo y que no es, como la Iglesia, de origen divino, para deducir que, si no es obra del demonio, al menos es un recurso, un remedio insuficiente contra el pecado y la miseria.

—El Estado, señor…

—Ya sé lo que piensa del Estado nacional. «El amor de la patria y el infinito deseo de gloria y todo lo demás.» Es de Virgilio. Usted lo corrige con un poco de individualismo liberal y eso es la democracia. Pero ello no modifica en nada sus relaciones de principio con el Estado. No le molesta que su alma esté hecha de dinero. La antigüedad era capitalista porque era estatal. La Edad Media cristiana distinguió el capitalismo inmanente del Estado laico. «El dinero será el soberano», es una profecía del siglo once. ¿Niega que se haya realizado íntegramente y que la vida se ha convertido en demoníaca sin remisión?

—Querido amigo, usted tiene la palabra. Estoy impaciente por conocer al gran desconocido que traerá el terror.

—Curiosidad más bien temeraria para el representante de una clase social que es el soporte de una libertad que ha hecho languidecer al mundo. Puedo en rigor renunciar a sus réplicas, pues conozco la ideología política de la burguesía. Su objetivo es el imperio democrático, la superación de principio del Estado nacional al universal. ¿Y quién es el emperador de este imperio? Ya lo conocemos. Su utopía es espantosa y, sin embargo, en este punto nos encontramos de acuerdo, pues su república universal capitalista, el Estado universal, es la trascendencia del Estado laico, y estamos de acuerdo al creer que a un estado original perfecto de la humanidad corresponde un Estado final perfecto situado a la misma distancia que el horizonte. Desde los días de Gregorio el Magno, fundador del Estado de Dios, la Iglesia ha considerado que era su deber llevar de nuevo al hombre al gobierno de Dios. El Papa ha pretendido la soberanía no para él mismo; su dictadura, en lugar y en el sitio de Dios, no era más que un medio para alcanzar la salvación final, una forma de transición del Estado pagano al reino celeste. Usted ha hablado a esos jóvenes de actos crueles de la Iglesia, de su intolerancia punitiva, y ha hablado muy equivocadamente, pues el celo religioso bien entendido no puede ser pacifista, y Gregorio pronunció las siguientes palabras: «Maldito sea el hombre que detenga su espada ante la sangre.» Ya sabemos que el poder es malo. Pero el dualismo del bien y el mal, del espíritu y la potencia, debe ser, para que el reino llegue, pasajeramente suspendido por un principio que reúna el asentimiento y el poder. Eso es lo que yo llamo la necesidad del terror.

—¿Y el portador del terror…?

—¿Me lo pregunta? ¿Escapa a su manchesterianismo la existencia de una

doctrina social que significa la victoria del hombre sobre el economismo y cuyos principios y objetivos coinciden exactamente con los del reino cristiano de Dios? Los padres de la Iglesia califican lo «mío» y «tuyo» de palabras funestas y la propiedad privada de usurpación y robo. Han condenado la propiedad porque, según el derecho natural y divino, la tierra es común a todos los hombres y, por consiguiente, produce sus frutos para el uso general de todos. Han enseñado que sólo la codicia, fruto del pecado original, invoca los derechos de posesión y ha creado la propiedad privada. Han sido lo bastante humanos y enemigos del mercantilismo para considerar toda actividad económica en general como un peligro para la salvación del alma, es decir, para la humanidad. Han odiado el dinero y los negocios monetarios y han llamado a la riqueza capitalista aliento de llama infernal. El principio fundamental de la doctrina económica, a saber que el precio resulta del equilibrio entre la oferta y la demanda, ha sido despreciado por ellos de todo corazón, y han condenado los actos de los que sacan partido de las circunstancias como una explotación cínica de la miseria del prójimo. Ha habido una explotación aún más criminal a sus ojos: la del tiempo, ese delito que consiste en hacerse pagar una prima por el sencillo transcurso del tiempo; dicho de otra manera: el interés, y abusar así, para su propia ventaja y a costa del prójimo, de una institución divina, valedera para todos: el tiempo.

—*Beníssimo* —exclamó Hans Castorp que, en su entusiasmo, se sirvió de la forma de aprobación de Settembrini—. El tiempo… una institución divina y universal… ¡Es fundamental…!

—En efecto —continuó Naphta—. Esos espíritus humanos han juzgado repugnante el pensamiento de un aumento automático del dinero, han calificado de usura todos los negocios de especulación de capital y han declarado que todo rico era o bien un ladrón o el heredero de un ladrón. Han ido aún más lejos. Han considerado, como Tomás de Aquino, el comercio en general, el asunto puramente comercial, la compra y la reventa como negocio, sin transformaciones ni mejora del objeto de estas operaciones, como un oficio vergonzoso. No se inclinaban a valorar el trabajo como tal, pues no es más que un asunto moral y no religioso y se hace para el servicio de la vida y no para el servicio de Dios. Y desde el momento en que no se trataba más que de la vida y la economía, han exigido que una actividad productiva fuese la condición de toda ventaja económica y la medida de la honorabilidad. Eran estimables a sus ojos el campesino y el artesano, pero no el comerciante ni el industrial, pues todos han querido que la producción se adaptase a las necesidades y han sentido horror por la producción en gran escala. Todos esos principios y esa escala de valores económicos han resucitado, después de siglos, en el movimiento del comunismo. El acuerdo es completo hasta en la reivindicación de la soberanía que formula el trabajo internacional contra el reinado del comercio y la especulación; el proletariado mundial, que opone ahora la humanidad y los criterios del reino de Dios a la

podredumbre burguesa y al capitalismo. La dictadura del proletariado, esa condición de la salvación política y económica de ese tiempo, no tiene el sentido de una soberanía por sí misma y eterna, sino el de una suspensión momentánea del conflicto entre el espíritu y el poder bajo el signo de la cruz, el sentido de una victoria sobre el mundo terrenal por medio de la dominación del mundo, el sentido de la transición, obra de Gregorio el Magno, su celo piadoso se ha renovado en él y, lo mismo que el santo, no podrá impedir que su mano vierta la sangre. Su deber es instituir el terror para la salvación del mundo, para alcanzar lo que fue el objetivo del Salvador: la vida en Dios sin el Estado ni las clases.

Tal fue el discurso radical de Naphta. Los visitantes permanecieron en silencio. Los jóvenes miraban a Settembrini. Era él quien debía reaccionar. Y dijo:

—¡Sorprendente! Ciertamente debo admitir que me hallo trastornado, no lo hubiera esperado. *Roma locuta*. ¡Y de qué manera! ¡Y de qué manera se ha expresado! Ante nuestros ojos ha realizado un jerárquico salto mortal; si hay una contradicción en ese epíteto, es esa «provisionalmente suspendida». ¡Ah, sí! Lo repito: es sorprendente. ¿Cree, profesor, que pueden ponerse objeciones simplemente desde el punto de vista de la lógica? Usted se ha esforzado, hace un momento, en hacernos comprender un individualismo cristiano reposando sobre la dualidad de Dios y el mundo, y demostrarnos su preeminencia sobre toda moral determinada por la política. Unos minutos más tarde ha conducido el socialismo a la dictadura y el terror. ¿Cómo puede compaginar esas cosas?

—Las contradicciones —dijo Naphta— pueden converger. Únicamente los mediocres y las medidas medio llenas no pueden armonizarse. Su individualismo, como he intentado demostrar hace un momento, es un compromiso, una concesión deficiente. Corrige la moral pagana del Estado con un poco de cristianismo, con un poco de «derecho individual», con un poco de pretendida libertad. Eso es todo. Un individualismo, en cambio, que parte de la importancia cósmica, de la importancia astrológica del alma del individuo, que entiende lo humano no como un conflicto entre el yo y la sociedad, sino como un conflicto entre el yo y Dios, entre la carne y el espíritu, un individualismo así concuerda muy bien con la comunidad más estrecha.

Settembrini lo miró con los ojos muy abiertos.

—Cállese, ingeniero —ordenó con una severidad que había que atribuir a su nerviosismo y a la tensión de su espíritu—. Instruyase, pero no produzca. Eso es una respuesta— añadió, volviéndose hacia Naphta—. Me consuela poco, pero es una respuesta. Con la industria, el comunismo cristiano reniega de la técnica, la máquina y el progreso. Con lo que usted llama la forma comercial, el dinero y los negocios monetarios a los que la antigüedad concedió una categoría muy superior a la agricultura y la artesanía, niega la libertad. Pues salta a la vista que, por ese camino, como en la Edad Media, todas las relaciones privadas y públicas se encontrarán

paralizadas, incluso (me cuesta decirlo) la personalidad. Si el suelo es lo único que alimenta, él es el único que concede la libertad. Los artesanos y campesinos, por honorables que puedan ser, no poseen suelo y son por tanto los siervos de los que lo poseen. En efecto, hasta muy avanzada la Edad Media, las grandes masas, incluso en las ciudades, se componían de siervos. En el curso de nuestra conversación, usted ha dado a entender diversas cosas sobre la dignidad humana y, sin embargo, defiende una moral económica a la que se hallan unidas la servidumbre y la degradación de la personalidad del hombre.

—Se podría discutir sobre la dignidad y la degradación —replicó Naphta—. Pero para comenzar, me consideraré satisfecho si esas conjeturas le llevan a tratar la libertad no como un bello gesto, sino como un problema. Usted constata que la moral económica cristiana en su belleza humana encierra la servidumbre. Comprendo, por el contrario, que la causa de la libertad, la causa de las ciudades, hablando de una manera más concreta, por moral y elevada que sea, se halla históricamente unida a una degeneración profundamente inhumana de la moral económica, a todos los horrores del comercio y la especulación moderna, al reino satánico del dinero y el negocio.

—Admito que no se repliega tras las dudas y antinomias, pero confiesa claramente y sin equívocos posibles que es partidario de la más negra de las reacciones.

—El primer paso hacia la libertad y la humanidad consiste en franquear ese temblor de miedo ante la idea de reacción.

—Bueno, basta ya —declaró Settembrini con una voz algo temblorosa, rechazando su taza y su plato, que estaban hacía tiempo vacíos, y levantándose del sofá tapizado de seda—. Es suficiente por hoy, es suficiente para un día, según me parece. Profesor, le damos las gracias por su sabrosa merienda y por esta conversación tan espiritual. Mis amigos del Berghof deben ir a su cura y yo desearía, antes de que se marchen, enseñarles mi desván. ¡Vengan, señores! *Addio*, padre!

Ahora había llamado a Naphta «padre». Hans Castorp tomó nota de ello frunciendo el entrecejo. Dejaron que Settembrini organizase la partida y dispusiese de los primos, sin preguntar a Naphta si quería unirse a ellos. Los jóvenes se despidieron, dieron las gracias y fueron invitados a volver.

Se marcharon con el italiano no sin que Hans Castorp se llevase prestada la obra *De miseria humana conditionis*, un volumen encuadernado y polvoriento.

Lukacek continuaba sentado sobre la mesa, trabajando en el vestido de mangas destinado a la vieja, cuando pasaron por delante de su puerta en dirección a la escalera que conducía al desván. En realidad, no se trataba de un piso. Era sencillamente un desván, con las vigas desnudas, una atmósfera de granero y un olor a madera caliente. Pero ese desván tenía dos departamentos y el capitalista

republicano los habitaba. Servían de estudio y dormitorio a ese bello espíritu colaborador de la *Sociología de los Sufrimientos*.

Los mostró alegremente a sus jóvenes amigos y calificó su compartimiento de aislado e íntimo, a fin de sugerirles las palabras exactas de que podían servirse al hacer su elogio, lo que hicieron en efecto de común acuerdo.

Era encantador —dijeron ambos—, discreto e íntimo, tal como había dicho. Lanzaron una mirada al pequeño dormitorio en el que un trozo de alfombra se extendía junto a la cama, luego examinaron el gabinete de trabajo, que estaba amueblado sumariamente, pero que mostraba, al mismo tiempo, un orden lleno de frialdad. Cuatro sillas pesadas y antiguas, con asiento de enea, se encontraban colocadas simétricamente a ambos lados de la puerta, y el canapé se hallaba también apoyado contra la pared, de manera que la mesa redonda, cubierta con un tapete verde, sobre la que se veía colocada a guisa de adorno una botella de agua tapada con un vaso, quedaba en el centro de la habitación.

Libros encuadernados o en rústica descansaban, apoyados oblicuamente unos contra otros, sobre una pequeña estantería, y al lado de la ventana abierta se elevaba un pupitre de una construcción ligera, delante del cual había una pequeña alfombrilla. Hans Castorp se sentó un momento en el taburete en que se sentaba Settembrini para estudiar, con una finalidad enciclopédica y desde el punto de vista de los sufrimientos humanos; apoyó el codo en el plano inclinado y declaró que la habitación era discreta y simpática. De esta manera —dijo— debería el padre de Lodovico aparecer en Padua ante su pupitre, con su nariz fina y larga, y se enteró de que, en efecto, era el pupitre del difunto sabio el que tenía ante sus ojos, y de que las sillas de enea, la mesa y la misma botella de agua procedían del mismo origen. Las sillas de enea habían pertenecido al abuelo carbonario y amueblaron en Milán su gabinete de trabajo. Era impresionante. La fisonomía de las sillas adquiría un aspecto político y revolucionario a los ojos de los jóvenes; Joachim abandonó la silla en que estaba sentado inocentemente para contemplarla con desconfianza y no se volvió a sentar.

Hans Castorp, de pie delante del pupitre de los Settembrini, pensaba en el hijo que ahora trabajaba mezclando en la literatura la política del abuelo con el humanismo del padre. Luego los tres se marcharon. El escritor había propuesto acompañar a los primos.

Permanecieron en silencio durante un trecho del camino, pero aquel silencio hablaba de Naphta, y Hans Castorp podía esperar, estaba seguro de que Settembrini acabaría hablando de su compañero y sabía que les había acompañado con ese objeto. No se equivocaba. Después de un suspiro, el italiano comenzó diciendo:

—Señores, desearía prevenirles…

Hizo una pausa y Hans Castorp preguntó entonces, con fingida sorpresa:

—¿De qué? —Y hubiese podido preguntar: «¿De quién?» Pero prefirió esa

fórmula impersonal para testimoniar toda su inocencia, aunque Joachim mismo lo comprendía perfectamente.

—De la personalidad que acaban de visitar —contestó Settembrini— y que yo tuve que presentarles contra mi voluntad. Ustedes saben que fue debido a la casualidad. No pude evitarlo, pero me siento responsable y esa responsabilidad me pesa. Mi deber es el de preservar a la juventud de los peligros espirituales que ustedes corren en sus relaciones con este hombre y rogarles que mantengan en sensatos límites dichas relaciones con él. Su forma es lógica, pero su naturaleza es confusa.

Era verdad, en efecto, admitió Hans Castorp, que él no se había sentido completamente tranquilo con Naphta, pues sus palabras eran a veces un poco extrañas. Se podía pensar, en ciertos momentos, que pretendía afirmar que el Sol gira en torno a la Tierra. Pero ¿cómo hubieran podido imaginar que era imprudente relacionarse con un amigo del señor Settembrini? ¿No acababa de decir que era por su mediación por la que habían conocido a Naphta y no iba, además, a tomar el té a su casa? Todo eso demostraba que…

—Seguramente, ingeniero, seguramente. —Y la voz de Settembrini era dulce y resignada a pesar de que la traicionaba un ligero temblor—. No le falta razón al hacerme usted esas objeciones. Le daré, gustoso, cuenta de mi actitud. Vivo bajo el mismo techo que ese señor y es difícil no coincidir con él, una palabra trae otra y se traba amistad. Naphta es un hombre cerebral, tiene temperamento discursivo y yo también soy así. Que me condene quien quiera, pero yo hago uso de la oratoria cuando se me presenta la posibilidad de cruzar el hierro de la idea con un adversario de igual fuerza. No tengo a nadie ni cerca ni lejos… En una palabra, voy a su casa, él entra en la mía, paseamos juntos y discutimos. Peleamos a muerte, casi a diario, pero confieso que el atractivo de nuestras relaciones se halla precisamente en la antinomia de nuestros pensamientos. Necesito esa fricción, las convicciones no viven si no tienen ocasión de combatir y yo, por mi parte, tengo sólidas convicciones. Pero ¿cómo podrían ustedes decir lo mismo de sus convicciones propias? ¿Usted, teniente, o usted, ingeniero? No se hallan acorazados contra los espejismos intelectuales, corren el peligro de desviar su espíritu y su alma bajo la influencia de esas sutilezas medio fanáticas, medio cínicas.

Así era, convino Hans Castorp, sin duda su primo y él eran de naturaleza fácil a las influencias. Era la historia de los niños mimados por la vida, lo comprendía. Pero se podía oponer a eso el lema de Petrarca, el señor Settembrini sabía lo que quería decir, y de todos modos era interesante oír lo que el señor Naphta había expuesto. Había que ser justo; su opinión sobre el tiempo comunista, por cuyo transcurso nadie podía cobrar una prima, fue verdaderamente notable, y Hans Castorp se había interesado vivamente por ciertas observaciones sobre la pedagogía, que sin duda nunca habría oído de no haber sido por Naphta…

Settembrini apretó los labios, y Hans Castorp se apresuró a añadir que él se abstenía de tomar partido y que había encontrado simplemente interesante lo que Naphta había dicho sobre la naturaleza de la juventud.

—Explíquenos una cosa —continuó diciendo—. Ese señor Naphta, digo «señor» para indicar que no simpatizo precisamente con él, sino que al contrario observo respecto a su persona una estricta reserva mental…

—Y hace bien —exclamó Settembrini, agradecido.

—Ese señor Naphta ha hablado en contra del dinero, del alma del Estado y de la propiedad privada que, según él, es un robo; es decir, se ha expresado contrario a la riqueza capitalista, de la que ha dicho, según creo, que alimenta el fuego del purgatorio, y ha alabado en todos los tonos la condenación de la usura en la Edad Media. Y durante ese tiempo, él mismo… Perdóneme, pero me parece que ese hombre debe… Bueno, es una verdadera sorpresa cuando uno entra en su casa. Toda aquella seda…

—Sí, sí —dijo sonriendo Settembrini—, la tendencia de sus gustos es muy característica.

—… los hermosos muebles antiguos —recordó Hans Castorp en voz alta—, la *Pietà* del siglo catorce…, la lámpara veneciana…, el pequeño criado de librea…, los abundantes pasteles de chocolate… hay que convenir que para su persona…

—El señor Naphta —contestó Settembrini— es tan poco capitalista como yo.

—¿Cómo es eso, señor Settembrini? —preguntó Hans Castorp.

—Ésos no dejan que los suyos mueran de hambre.

—¿«Ésos»? —Esos padres.

—¿Padres? ¿Qué padres?

—¡Sí, ingeniero, me refiero a los jesuitas!

Reinó un momento de silencio. Los primos manifestaron la más viva sorpresa y Hans Castorp exclamó: —¡Qué diablo de hombre…! ¡Qué diablo! ¿Ese hombre… es un jesuita!

—Lo ha adivinado —murmuró Settembrini con cierta ironía.

—No, no, jamás lo hubiera imaginado… ¿Por eso le ha dado el título de «padre»?

—Era una pequeña exageración de cortesía —replicó Settembrini—; el señor Naphta no es sacerdote por culpa de la enfermedad; de momento, no ha llegado a ese grado. Pero hace su noviciado y ha pronunciado los primeros votos. La enfermedad le ha obligado a interrumpir sus estudios teológicos. Hizo unos años de servicio en una casa de la orden, es decir, como lego o ayo de los jóvenes alumnos. Eso convenía a sus inclinaciones pedagógicas. Y sigue esa afición enseñando latín en el *Fridericianum*. Vive aquí desde hace cinco años y es casi seguro que no podrá abandonar estos lugares. Pero es miembro de la orden y, aunque no estuviese unido a ella más que por un lazo mucho más débil, no le faltaría nada. Les he dicho que

personalmente es pobre, quiero decir que no posee nada. ¡Naturalmente, es el reglamento! Pero la orden dispone de riquezas inmensas y cuida de los suyos, como ya ven.

—¡Qué barbaridad! —murmuró Hans Castorp—. ¡Y yo que jamás hubiera imaginado que pudiese existir una cosa semejante! ¡Un jesuita! ¿Es eso…? Pero dígame una cosa: si está tan bien provisto y cuidado por esas gentes, ¿cómo diablos vive allí? No quiero hablar de su alojamiento, señor Settembrini. Está muy bien instalado en casa de Lukacek, es muy simpático. Pero me refiero a que si Naphta dispone de una bolsa tan llena, ¿por qué no vive en otro lugar de mejor aspecto, con una entrada convincente y grandes habitaciones, en una casa distinguida? Eso tiene algo de misterioso y aventurero; instalado en ese agujero, con todas esas sedas…

Settembrini se encogió de hombros.

—Deben de ser consideraciones de tacto y gusto lo que han determinado su elección. Creo que satisface su conciencia anticapitalista en una habitación pobre y que encuentra una compensación en su estilo de vida. La discreción debe de andar también en juego. No se debe anunciar aparatosamente el cuidado con que el diablo atiende a sus necesidades. Se adopta una fachada lo bastante discreta detrás de la cual uno se abandona libremente a su gusto eclesiástico por las sedas…

—¡Qué extraño! —exclamó Hans Castorp—. Absolutamente nuevo y muy atractivo para mí, lo confieso. Nosotros debemos estarle muy agradecidos, señor Settembrini, por habérnoslo presentado. Creo que volveremos con frecuencia a verle. Tales relaciones amplían el horizonte de una manera insospechada y hacen abrir los ojos a un mundo cuya existencia ni siquiera se imaginaba. ¡Un verdadero jesuita! Por cierto, cuando digo «verdadero» pienso en otra cosa que quería preguntarle: ¿es normal? Ya se que piensa que nada es normal cuando se trata de personas que deben sus recursos al diablo. Pero lo que quería preguntar era lo siguiente: ¿piensa como jesuita? Ha dicho una serie de cosas (ya sabe a qué me refiero) sobre el comunismo moderno y el celo piadoso del proletariado que no retrocederá ante la sangre, en una palabra, cosas… que su propio abuelo, con su pica de ciudadano, hubiese sido un inocente cordero comparado con él, y perdóneme la expresión. ¿Es posible? ¿Tiene la aprobación de sus superiores? ¿Armoniza eso con la doctrina romana a favor de la cual la orden debe intrigar en el mundo entero? ¿No es eso (se me escapa la palabra) herético, irregular, incorrecto? Tengo estas ideas respecto a Naphta y me gustaría saber lo que usted piensa.

Settembrini sonrió.

—Muy sencillo. El señor Naphta es, en efecto, y ante todo, jesuita; lo es verdadera y completamente. Pero en segundo lugar es un hombre de talento, de lo contrario no buscaría yo su compañía, y como tal, tiende a nuevas combinaciones, adaptaciones, acomodaciones y variaciones de acuerdo con la época. Usted me ha

visto muy sorprendido con sus teorías. Nunca se había expresado conmigo tan abiertamente. Me he servido del estímulo que constituía en cierto modo la presencia de ustedes para incitarle a decir su última palabra. Ha sido bastante chocante.

—Sí, sí. Pero ¿por qué no ha llegado a sacerdote? ¿No tiene la edad?

—¿No le he dicho que es la enfermedad lo que se lo impide provisionalmente?

—Bien, pero ¿no cree que si es primeramente un jesuita y luego un hombre de talento que hace «combinaciones», esa segunda cualidad complementaria procede de la enfermedad?

—¿Qué insinúa?

—No, no, señor Settembrini. Lo único que quiero decir es que tiene una lesión húmeda y esto le impide ser sacerdote; pero sus «combinaciones» se lo habrían también impedido y, por consiguiente, «las combinaciones» y la lesión húmeda pertenecen al mismo orden de cosas. Es, a su manera, algo así como un niño mimado por la vida, un *joli jésuite* con una *petite tache humide*.

Habían llegado al sanatorio. En la explanada de delante de la casa se detuvieron un rato antes de separarse, formando un pequeño grupo mientras los pacientes que vagaban en torno a la puerta les contemplaban.

Settembrini dijo:

—Una vez más, mis jóvenes amigos, les prevengo. No puedo impedir que cultiven una amistad que acaban de hacer si se sienten incitados por la curiosidad. Pero acoracen con desconfianza su corazón y su espíritu, no dejen de oponer una resistencia crítica a ese hombre. Se lo definiré en una sola palabra: ¡es un voluptuoso!

Los rostros de los primos cambiaron de expresión. Luego Hans Castorp preguntó:

—¿Un qué…? Permítame, ¿no pertenece a la orden? Por lo que sé, deben de ser pronunciados unos votos y, además, es tan delgaducho y frágil…

—Habla inocentemente, ingeniero —contestó Settembrini—. Eso no tiene nada que ver con la constitución raquítica, y en lo que se refiere a los juramentos, hay dispensas. He hablado en un sentido más amplio y espiritual para el cual esperaba encontrar en usted cierta comprensión. ¿Se acuerda del día que fui a verle a su habitación? Ha pasado mucho tiempo. Usted cumplía su período de cama obligatorio después de haber sido admitido.

—Por supuesto… Entró durante el crepúsculo y encendió la luz. Me acuerdo como…

—Bueno, ese día llegamos a hablar, como gracias a Dios hablamos todavía a veces, de asuntos elevados. Creo que hablamos de la muerte y la vida, de la majestad de la muerte por ser ésta una condición y un complemento de la vida, y del aspecto retorcido que adquiere cuando el espíritu comete el espantoso error de aislarse como principio. Señores —continuó Settembrini, acercándose a los dos jóvenes con el dedo índice y el pulgar de la mano derecha tendidos hacia ellos como un tenedor, para

amonestar—. ¡Tengan presente que el espíritu es soberano, que su voluntad es libre y que determina el universo moral! Si es dualista, aisla la muerte, y esta, por voluntad de su mente, se convierte en realidad, en *actu*, ¿comprenden?, en una potencia en sí opuesta a la vida, en un principio hostil, en gran seducción, y su imperio es el de la voluptuosidad. Me preguntarán: ¿por qué la voluptuosidad? Y yo les contesto: porque ella desata y libera, porque ella es liberación, pero no la liberación del mal, sino la liberación perversa. Disuelve las costumbres y la moral, libera de la disciplina y las consideraciones, libera para el placer. Si les prevengo contra ese hombre que conocen ustedes por mí, pero contra mi voluntad, si les exhorto a envolver tres veces sus corazones de crítica en nuestras discusiones con él, es porque todos sus pensamientos son de naturaleza voluptuosa; porque están colocados bajo la protección de la muerte, que es un poder de los más libertinos, como ya dije en cierta ocasión, ingeniero (y recuerdo perfectamente mis palabras, ya que siempre recuerdo las expresiones precisas y fuertes que he tenido ocasión de formular); una potencia dirigida contra la civilización, el progreso, el trabajo y la vida, y contra cuya emancipación mefítica el más noble deber del educador es proteger a los jóvenes.

Settembrini no podía hablar más claro ni más elegantemente. Hans Castorp y Joachim Ziemssen le dieron las gracias, se despidieron de él y subieron por la rampa del Berghof, mientras el señor Settembrini se dirigía de nuevo hacia su pupitre humanista, en el piso superior sobre la celda de Naphta tapizada de sedas.

Hemos referido el curso de la primera visita de los primos en casa de Naphta. Desde entonces siguieron otras dos o tres más, una de ellas en ausencia de Settembrini, y estas visitas alimentaron las reflexiones de Hans Castorp cuando la forma superior llamada *homo dei* aparecía ante sus miradas interiores, sentado en el lugar florido adonde se retiraba y en el que «gobernaba».

Cólera y sorpresa penosa

De esta manera llegó el mes de agosto y en sus primeros días se cumplió el aniversario de la llegada de nuestro héroe. Esta fecha afortunadamente pasó inadvertida. Era un hecho feliz el que hubiese ocurrido así, pues el joven Hans Castorp hubiera visto cómo se aproximaba con la consiguiente inquietud. Tal era, por otra parte, lo habitual. No gustaban los aniversarios de llegadas, no se preocupaban de ellos ni los huéspedes de un año ni los que llevaban ya varios. Por otro lado, no se dejaban pasar las más pequeñas ocasiones para celebrar fiestas y beber a la salud de todos, pues mientras se multiplicaban las ocasiones para las alegrías generales que marcaban el ritmo y la pulsación del año con ayuda de toda clase de pretextos personales y privados, y los cumpleaños, las consultas generales, las partidas —autorizadas o no—, y otros acontecimientos eran festejados en el restaurante con champán, los aniversarios de llegadas eran relegados al silencio, se resbalaba sobre ellos, se olvidaba incluso tenerlos en cuenta y se podía decidir confiadamente que los demás tampoco los recordaban de un modo preciso.

Se tenían sin duda en cuenta las divisiones del tiempo, se observaba el calendario, la sucesión de los días, su repetición aparente, pero medir y contar el tiempo aquí para cada individuo era una cosa unida al espacio, era contar el tiempo individual y personal, era un asunto de los principiantes y de los que estaban de paso; los veteranos prescindían, en esta cuestión, de toda medida; era la eternidad imperceptible, el día siempre repetido, y cada uno, por delicadeza, suponía en el otro el deseo que él mismo sentía.

Se hubiera juzgado torpe y brutal decir a alguien que se encontraba aquí desde hacía tres años. Tales cosas no podían ocurrir. La misma señora Stoehr, por defectos que tuviese, mostraba sobre este punto gran educación y tacto. Nunca hubiese cometido tal incorrección. Su enfermedad y el estado febril de su cuerpo se aliaba sin duda a una profunda ignorancia. Recientemente, en la mesa, había hablado de la «afectación» de sus pulmones y, cuando la conversación había versado sobre conocimientos históricos, declaró que las fechas históricas nunca habían sido su «anillo de Polícrates», lo que dejó estupefactos por unos momentos a sus vecinos. Pero no podía imaginarse que fuera capaz de recordar en febrero el aniversario de su llegada al joven Ziemssen, a pesar de que ella probablemente se acordaba, pues su infortunada cabeza se hallaba llena de fechas y cosas inútiles, y le gustaba hacer las cuentas de los demás. Pero la costumbre la dejaba muda.

Y así ocurrió también en el aniversario de la llegada de Hans Castorp. Sin duda en la mesa intentó una vez guiñar los ojos de una manera significativa, pero como se encontró con una cara inexpresiva, se apresuró a batirse en retirada. Joachim también había guardado silencio, a pesar de que recordaba sin duda el día en que había ido a

la estación de Dorf a recibir a su primo que venía a visitarle. Pero Joachim, naturalmente poco inclinado a hablar, mucho menos de lo que Hans Castorp se había mostrado aquí —al relacionarse con humanistas y charlatanes—, Joachim, que había observado durante los últimos tiempos un mutismo particular y sorprendente, no se expresaba más que por monosílabos, aunque interiormente realizaba un intenso trabajo. Era evidente que, para él, otras imágenes se hallaban unidas a la de la estación de Dorf, una imagen distinta de la imagen de la llegada y la espera… Mantenía una activa correspondencia con la llanura. La decisión iba madurando en él y hacía preparativos que tocaban ya a su fin.

El mes de julio había sido cálido y alegre; pero a principios del nuevo mes, el tiempo se tornó desapacible, reinaba una humedad fría y una lluvia mezclada de nieve; luego llegó la nieve sin error posible, y este tiempo se mezcló con algunos bellos días de verano, hasta más allá del final de mes, hasta pleno septiembre. Al principio, las habitaciones conservaban el calor del período estival que había precedido; se registraba diez grados, lo que se consideraba confortable. Pero pronto fue haciendo más frío y causó satisfacción ver caer la nieve sobre el valle, ya que esto —la baja temperatura no hubiera bastado— decidió a la administración a encender la calefacción, primero en el comedor y luego en las habitaciones, y cuando uno dejaba la cura y, desembarazado de las mantas entraba en su cuarto, podía tocar con las manos húmedas y rígidas los radiadores calientes, cuyo vaho seco aumentaba aún más el enrojecimiento de las mejillas.

¿Era el invierno? Los sentidos no escapaban a esa impresión y todos se lamentaban de «haberles sido arrebatado el verano», a pesar de que cada uno, ayudado por las circunstancias naturales y artificiales, se hubiese despojado del sentido interior y exterior del tiempo. La razón decía que todavía vendrían bellos días de otoño; que tal vez se seguirían en serie y serían de un esplendor tan cálido que no se les honraría mucho dándoles ese nombre —a condición de recordar la oblicua órbita solar y la menor duración de los días.

Pero los efectos de ese paisaje de invierno eran más fuertes que todos los consuelos. Uno se colocaba delante de la puerta cerrada del balcón y contemplaba con repugnancia aquellos torbellinos de nieve. Joachim, que permanecía así, dijo con voz oprimida:

—¿Ya está aquí?

Hans Castorp contestó detrás de él:

—Sería demasiado pronto, eso no puede ser definitivo, pero en realidad, tiene un aspecto espantosamente definitivo. Si el invierno significa oscuridad, nieve, frío y radiadores calientes, entonces ha llegado, no es posible negarlo. Y si se considera que acabamos de salir del invierno, que la fusión de la nieve apenas ha pasado (de todos modos, nos parece que acabamos de salir de la primavera), uno se puede sentir

momentáneamente descorazonado, lo admito, y eso es peligroso para el optimismo del hombre. Deja que me explique. Quiero decir que el mundo está normalmente organizado de tal manera que responde a las necesidades del hombre y conviene a su alegría de vivir, es preciso admitirlo. No quiero llegar a decir que el orden natural, por ejemplo, la grandeza de la tierra, el tiempo que invierte en dar una vuelta sobre sí misma y alrededor del sol, el ritmo cósmico, si lo prefieres, están calculados según nuestras necesidades, pues sería impertinente y estúpido, sería teología, como dicen los filósofos. Pero hay una realidad en la que nuestras necesidades y los hechos generales y fundamentales concuerdan, gracias a Dios. Y digo gracias a Dios porque es verdaderamente una ocasión para alabar a Dios, pues cuando en la llanura llegan el verano o el invierno, el invierno y el verano anteriores han pasado hace bastante tiempo, y así, el verano o el invierno nos son de nuevo bienvenidos y en eso se basa nuestro placer de vivir. Pero aquí, en estas cumbres, este orden y este acorde se hallan turbados, primeramente porque aquí no hay estaciones verdaderas, como tú mismo hiciste notar un día, están mezcladas, de manera que aquí el invierno llega cuando se va, no se repite, es siempre el mismo, y esto explica el desagrado con que miras por la ventana.

—Gracias —dijo Joachim—, y ahora que te has explicado, estás tan satisfecho que te sientes contento de ello, a pesar de que… Pues bien, ¡no! —añadió Joachim—. Ya está bien, eso es una porquería. Toda esa historia es una formidable y repugnante porquería, y si por tu cuenta… Yo…

Y con paso firme salió de la habitación, incluso dio un portazo, y si todos los signos no eran engañosos, sus bellos ojos dulces se habían llenado de lágrimas.

El otro, cohibido, quedó atrás. No había tomado en serio algunas decisiones de su primo mientras éstas se habían presentado en forma de amenazas verbales; pero ahora, algo crecía secretamente en el pecho de Joachim y le hacía comportarse como acababa de hacerlo en aquel momento. Hans Castorp sintió miedo porque comprendía que aquel militar era capaz de pasar a los hechos, y sintió miedo por ambos, por él mismo y por el otro. «Fort possible qu'il aille mourir», pensó y como ésta era sin duda una sabiduría de tercera mano, el tormento de una sospecha antigua y jamás tranquilizada se mezcló en su orden de ideas mientras continuaba pensando: «¿Es posible que me deje solo aquí, a mí, que no vine más que para visitarle? —Luego añadió—: Eso sería enloquecedor y espantoso, sería tan loco y espantoso que siento que mi rostro se congela y que mi corazón late atropelladamente, pues si me quedo solo aquí (y es lo que ocurrirá, pues no hay que pensar en que vaya con él) y si eso pasa (ahora mi corazón se detiene completamente) es para siempre, pues yo solo jamás podré encontrar el camino de la llanura…»

Tales fueron las terribles reflexiones de Hans Castorp. Aquella misma tarde adquiriría una mayor certidumbre sobre el curso del porvenir; Joachim expuso

francamente su intención; se echaron los dados, hubo combate y decisión.

Después del té, bajaron al subterráneo para el examen mensual. Era a principios de septiembre. Al entrar en la atmósfera seca de la sala de consultas, encontraron al doctor Krokovski sentado en su sitio, delante de la mesa escritorio, mientras el consejero, con la cara azulada y los brazos cruzados, estaba apoyado en la pared sosteniendo en una mano el estetoscopio con el que se golpeaba el hombro. Bostezó mirando al techo.

—Buenos días, chicos —dijo con voz fatigada, y manifestó de diversos modos un humor bastante deprimido, melancolía y una resignación total.

¡Sin duda había fumado! Pero quizá había tenido también contrariedades concretas de las que habían oído hablar los primos; incidencias internas del sanatorio, suficientemente conocidas: una joven llamada Ammy Noelting, que había entrado en el Berghof por primera vez hacía dos otoños y que fue despedida nueve meses más tarde, en agosto, como curada, había vuelto antes de fines de septiembre porque «no se sentía bien» en su casa; en febrero había sido juzgada como completamente restablecida y devuelta a la llanura, pero desde mediados de julio volvía a ocupar su lugar en la mesa de la señora Iltis. Esa Ammy había sido sorprendida, a la una de la madrugada, en compañía de un enfermo llamado Polypraxios, el mismo griego que en la noche de Carnaval había causado sensación por la elegancia de sus piernas, un joven químico cuyo padre poseía en El Pireo una fábrica de productos colorantes. Pues bien, había sido sorprendida por una amiga enloquecida por los celos que penetró en su habitación por el mismo camino que Polypraxios, es decir, pasando por el balcón y que, desgarrada por el dolor y la cólera que le produjo tal descubrimiento, lanzó gritos espantosos trastornándolo todo, hasta el punto de que el asunto se había hecho público.

Behrens se había visto obligado a despedir a los tres, al ateniense, a la Noelting y a la amiga, y acababa de discutir ese desagradable asunto con el ayudante, del que Ammy y su rival habían seguido un tratamiento particular.

Durante el examen continuó hablando del asunto con un tono de melancolía y resignación, pues era un virtuoso tan consumado de la auscultación, que era capaz de explorar el interior de un hombre mientras hablaba de otra cosa y dictar a su ayudante lo que iba comprobando.

—Sí, sí, *gentleman*, esa condenada libido —dijo—. A ustedes estas cosas todavía les divierten, naturalmente. (Vesicular.) Pero un director de sanatorio como yo puede estar completamente harto. (Sordo.) ¡Ah!, sí, créanme. ¿Qué quieren que haga si la tisis es inseparable de cierta concupiscencia? (Ligera rugosidad.) No he sido yo quien lo ha dispuesto así, pero antes de darme cuenta uno queda como un papanatas. (Soplo corto en el hombro izquierdo.) Disponemos del análisis y la confesión…, muchas gracias, ¡qué usted lo pase bien! Cuanto más expansiva es esa banda de agonizantes,

más libertina es. Yo preconizo las matemáticas. (Mejor. Aquí ha desaparecido el ruido.) Ocuparse de matemáticas es el mejor remedio contra la concupiscencia. El procurador Paravant, que ha sufrido grandes tentaciones, se lanzó a las matemáticas y ha llegado hasta la cuadratura del círculo, y eso le ha tranquilizado mucho. Pero la mayoría son demasiado idiotas o perezosos para eso, ¡qué Dios se lo perdone! (Vesicular.) Como supondrán, yo sé perfectamente que los jóvenes se descarrían y van por mal camino aquí, y ya antes intenté intervenir contra los excesos. Pero en esos casos, me ha ocurrido que un hermano o un novio cualquiera me preguntan en mi cara qué podía importarme eso. Desde entonces ya no soy más que el médico. (Ligero estertor a la derecha, en la parte superior.)

Había terminado el examen de Joachim; el médico metió el estetoscopio en el bolsillo de la bata y se frotó los ojos con su enorme mano izquierda, como tenía por costumbre hacer cuando «no estaba» y se sentía melancólico. Medio maquinalmente y mientras bostezaba, recitó su lección:

—¡Vamos, Ziemssen, arriba ese ánimo! Es verdad que todo no ocurre exactamente como está escrito en el libro de la fisiología. Todavía se escucha algún rumor por aquí y por allá, y con Gaffky aún no ha arreglado completamente sus pequeños asuntos. Incluso ha realizado progresos en estos últimos tiempos, un número en la escala. Esta vez es el seis. Pero no hay motivo para impresionarse. Cuando llegó aquí estaba mucho más enfermo, puedo hacérselo constar por escrito, y si usted se queda otros cinco o seis *meis*…, ¿sabe que es mucho más agradable decir meis que mesecitos? He decidido no volver a decir meses, sino *meis*…

—Señor consejero —comenzó Joachim, que se hallaba de pie con el torso desnudo en una actitud rígida, el pecho saliente, los tacones juntos y su rostro tan manchado como el día en que Hans Castorp, en determinadas circunstancias, había notado por primera vez que ésta era la manera de palidecer del rostro bronceado de su primo.

—Si usted hace —continuó diciendo Behrens, precipitando la conversación—, es decir, si pasa todavía aquí la mitad de otro pequeño año, será un hombre hecho, podrá tomar Constantinopla al asalto y quedará tan bien que le harán generalísimo en las Marchas…

Dios sabe lo que hubiera seguido diciendo si el aspecto imperturbable de Joachim, su voluntad evidente de hablar y de hacerlo con valor, no le hubiese hecho perder el hilo.

—Señor consejero —dijo el joven—, me permito comunicarle que he decidido marcharme.

—¡Vamos! ¿Se quiere hacer viajante? Yo creía que tenía la intención, cuando estuviese curado, de ser soldado.

—No; es preciso que me marche ahora, señor consejero. Es preciso que cumpla

mi servicio.

—¿Aunque le diga que dentro de seis meses le autorizaré sin falta a marcharse, aunque antes de seis meses no pueda darle la libertad?

El porte de Joachim era cada vez más militar; recogió su estómago y dijo, brevemente, con voz ahogada:

—Estoy aquí desde hace más de un año y medio, señor consejero. No puedo esperar más tiempo. Al principio, dijo tres meses. Luego mi cura fue prolongada en tres o seis meses, y continúa estando mal.

—¿Es culpa mía?

—No, doctor Behrens. Pero yo no puedo esperar más tiempo. Si no quiero dejar pasar el momento oportuno, no puedo esperar aquí a estar completamente curado. Es preciso que me marche ahora. Todavía necesitaré un poco de tiempo para equiparme y hacer otros preparativos.

—¿Obra de acuerdo con su familia?

—Mi madre está de acuerdo. Todo está arreglado. Entro el primero de octubre como aspirante en el 76. —¿Asumiendo todos los riesgos? —preguntó Behrens, mirándole con los ojos inyectados en sangre—. Sí, señor consejero —contestó Joachim, cuyos labios temblaban.

—Muy bien, Ziemssen.

El consejero cambió de expresión, su actitud se aflojó y le tendió la mano:

—Así me gusta, Ziemssen. ¡Rompan filas! Márchese y buen viaje. Ya veo que sabe lo que quiere, decide por su cuenta; es, pues, efectivamente un asunto de su incumbencia y no mío. Se marcha bajo su propia responsabilidad. Cada uno a lo suyo. Usted viaja sin garantía, yo no respondo de nada. Pero Dios lo quiera, la cosa puede ir bien. Va a ejercer un oficio al aire libre. Es posible que le convenga y que salga adelante.

—Gracias, señor consejero.

—Vamos, ¿y usted, civil? ¿Quiere también formar parte de la peregrinación, joven?

Era Hans Castorp el que debía contestar. Estaba tan pálido como hacía un año en aquella consulta a consecuencia de la cual había ingresado como paciente. Estaba inmóvil como en aquel día, y de nuevo se advertían con claridad los latidos de su corazón bajo las costillas. Dijo:

—Desearía que eso dependiera de su opinión, doctor.

—¿De mi opinión? Bien…

Behrens le cogió por el brazo, le golpeó y auscultó. No dictó nada. La cosa fue rápida. Cuando hubo terminado, dijo:

—Se puede marchar. Hans Castorp balbuceó:

—Es decir…, ¿qué? ¿Estoy sano?

—Sí, está curado. Ya no vale la pena hablar de la lesión de la izquierda en la parte superior. Su temperatura no depende de esto. No puedo decir de dónde proviene. Considero que no tiene mucha importancia. Si le place, puede marcharse.

—Pero… doctor… ¿Habla completamente en serio?

—¿En serio? ¿Qué dice? ¿Qué imagina usted? Desearía saber lo que piensa de mí. ¿Por quién me toma? ¿Por un tendero?

Era un acceso de cólera furiosa. El color azul del rostro del consejero se había vuelto violeta por la afluencia de la sangre inflamada; el pliegue de su labio se había acentuado bajo el pequeño bigote de tal manera que aparecían los colmillos superiores; adelantaba la cabeza como un toro y sus ojos estaban llenos de lágrimas, húmedos y sanguinolentos.

—Perdone —gritó—. Ante todo tenga en cuenta que yo no soy el empresario. Soy un empleado. Soy médico. No soy más que médico, ¿entiende? ¡No soy un alcahuete! No soy un *signor Amoroso* de Toledo en la bella *Napoli*, ¿me entiende bien? ¡Soy un servidor de la humanidad que sufre! Y si se ha formado otra idea de mi persona, pueden marcharse los dos al diablo, pueden hacerse ahorcar donde quieran. ¡Buen viaje!

A largos pasos abandonó la habitación por la puerta que daba a la sala de radioscopia y dio un portazo tras él.

Los dos primos se volvieron hacia el doctor Krokovski en busca de consejo, pero éste estaba sumido y perdido en sus papeles. Se dieron, pues, prisa en vestirse y, ya en la escalera, Hans Castorp dijo:

—Esto ha sido espantoso. ¿Le habías visto alguna vez así?

—No, jamás le había visto así. Son accesos de locura cesárea. Lo único que cabe hacer es aguantar sin perder la sangre fría. Naturalmente, ya estaba excitado por el asunto de Polypraxios y la Noelting. ¿Te has fijado —continuó diciendo Joachim, y se notaba que la alegría de haber triunfado le subía al rostro y le oprimía el pecho—, te has dado cuenta de cómo se ha deshinchado y capitulado cuando ha comprendido que hablaba en serio? Basta con mostrarse enérgico y no dejarse impresionar. Ahora tengo, en cierto modo, un permiso, él mismo ha dicho que tal vez saldría bien; así que dentro de ocho días nos marchamos; dentro de tres semanas llevaré el uniforme —rectificó, dejando a Hans Castorp al margen y limitando el alegre optimismo a su propia persona.

Hans Castorp permaneció en silencio. No dijo nada sobre el «permiso» de Joachim ni sobre el suyo, del que hubiera podido también hablar. Se preparó para la cura de reposo, se puso el termómetro en la boca; con movimientos rápidos y seguros, con una maestría completa, de conformidad con la práctica consagrada y de la que no tenía la más mínima noción en la llanura, se envolvió en las dos mantas de pelo de camello y luego permaneció inmóvil, convertido en un rodillo impecable

sobre la excelente hamaca en la humedad fría de aquella tarde de otoño que comenzaba.

Las nubes, cargadas de lluvia, flotaban muy bajas: la arbitraria bandera del jardín había sido arriada y restos de nieve se aferraban a las ramas de los abetos. De la sala de reposo del primer piso, en la que había sonado poco antes la voz del señor Albin, un ligero rumor de conversaciones subió hasta los oídos del joven que cumplía con su régimen y cuyos dedos y rostro se pusieron rápidamente fríos y húmedos. Había adquirido la costumbre de vivir así y ese género de vida le resultaba agradable, era el único que podía imaginar y que le concedía la ventaja de hallarse tendido al abrigo y de poder reflexionar en todo.

Estaba decidido. Joachim se marcharía. Rhadamante le había dado permiso, no según el rito, no como si le hubiera encontrado bien, sino aprobando a medias y rindiendo homenaje a su valor. Descendería por el ferrocarril de vía estrecha hasta Landquart, después a Romanshorn y luego, más allá del lago profundo y vasto que el caballero del poema franqueaba sobre su montura, a través de toda Alemania, regresaría a su casa. Viviría allá abajo; en el mundo de la llanura, entre hombres que ignoraban el modo de cómo era preciso vivir, que no sabían nada del termómetro, del arte de empaquetarse, del saco de pieles, de los tres paseos diarios, de… era difícil de decir, era difícil de enumerar todo lo que en la llanura ignoraban por completo; pero la idea de que Joachim, después de haber vivido aquí arriba más de un año y medio, debía vivir entre los ignorantes, esa idea, que no concernía más que a Joachim y que no atañía a Hans Castorp más que desde lejos y en cierto modo a título de hipótesis, le turbaba de tal manera que cerró los ojos e hizo con la mano un gesto desdeñoso, «imposible, imposible», pensó.

Puesto que era imposible, ¿continuaría, pues, viviendo aquí solo, sin Joachim? Sí. ¿Cuánto tiempo? Hasta que Behrens le diese de alta seriamente, no como hoy. Pero primeramente había en eso una fecha que no se podía prever más que haciendo, como Joachim había hecho un día, el gesto de lo incalculable; y, en segundo lugar, esa cosa imposible, ¿se convertiría en posible? La realidad era más bien lo contrario. Era preciso convenir lealmente que ahora le había sido tendida una mano, ahora que el imposible no era tal vez tan imposible como lo sería más tarde. Se le ofrecía un apoyo y una guía, gracias a la partida de Joachim, para devolverle a la llanura que, por su propio impulso, corría el peligro de no volver a ver jamás. La pedagogía humanista le exhortaría a agarrarse a esa mano y aceptar ese guía si dicha pedagogía se enterase de esta ocasión. Pero Settembrini no era más que un representante de cosas y potencias interesantes que, sin embargo, no existían aisladamente, que no eran absolutas, y lo mismo ocurría con Joachim. Era militar. Se marchaba casi en el momento en que Marusja, la del seno opulento, iba a volver —todo el mundo sabía, en efecto, que iba a volver el primero de octubre—, mientras que a él, al civil Hans Castorp, la partida

le parecía en el fondo imposible porque debía esperar a Clawdia Chauchat, de cuyo regreso no se sabía nada.

«No es ésa mi manera de entenderlo», había dicho Joachim cuando Rhadamante le había hablado de deserción, lo que sin duda había sido por parte de Joachim una tontería, un consejo despreciado.

Pero respecto a él, el civil, la situación era muy distinta. Para él (¡sí, sin ninguna duda era así! Podía desprenderse de todas esas consideraciones decisivas, y con la vaguedad de sus ideas se hallaba tendido en ese frío húmedo), hubiese sido verdaderamente una deserción aprovechar la coyuntura y marcharse inopinadamente, o casi inopinadamente a la llanura; una deserción en presencia de responsabilidades que se le habían hecho presentes mientras contemplaba la imagen de ese ser superior llamado *Homo dei*; una traición respecto a los deberes de su «gobierno», deberes agotadores e irritantes que rebasaban sus propias fuerzas, pero encantadores y aventureros, a los cuales se consagraba aquí en su balcón y en el valle florido de azul.

Sacó el termómetro de su boca tan violentamente como había ya hecho en otra ocasión, después de haberse servido por primera vez del bello instrumento que la enfermera jefe le había vendido, y lo miró con la misma avidez. El mercurio había subido sensiblemente, marcaba 37,8, casi 37,9.

Hans Castorp rechazó las mantas, se puso en pie, dio unos pasos rápidos por la habitación hasta la puerta del pasillo, y volvió. Luego, de nuevo en posición horizontal, llamó en voz baja a Joachim y se informó de su temperatura.

—Ya no la tomo —contestó Joachim.

—Pues bien, yo tengo *tempus* —dijo Hans Castorp, añadiendo esa palabra a la serie de las de la señora Stoehr.

Joachim permaneció en silencio detrás de su mampara de cristal.

Más tarde tampoco dijo nada, ni durante el día, ni al siguiente. No se informó de los proyectos del primo ni de sus decisiones que, dada la brevedad del plazo, debían revelarse por sí mismas, con actos o con ausencia de actos. Y fue de esa segunda manera cómo se enteró. Parecía haber optado por el estatismo, según el cual el orar es ofender a Dios, que se reserva el privilegio. En cualquier caso, la actividad de Hans Castorp se redujo estos días a una visita a Behrens, a una entrevista que Joachim ya conocía y de la que era posible imaginar el curso y los resultados. Su primo había declarado que se concedía mucha más importancia a las numerosas exhortaciones del consejero a esperar la curación completa para no verse obligado a volver que a las palabras que había pronunciado en un momento de mal humor; tenía 37,8, no podía considerarse liberado y era preciso no interpretar las palabras pronunciadas el otro día por el consejero como una expulsión que éste no tenía intención de formular; había, pues, decidido, después de madura reflexión y en desacuerdo consciente con su primo, permanecer aquí y esperar su desintoxicación completa. A lo que el consejero

habría seguramente respondido: «Perfecto… Sin rencor», y «Eso es hablar razonablemente. Había visto enseguida que usted tenía más talento para la enfermedad que ese hombre de sable», y otras cosas así.

Tal debía de haber sido el curso de la conversación, según las conjeturas de Joachim. No dijo nada, pero se limitó a comprobar en silencio que Hans Castorp no se unía a sus preparativos de viaje. Por otra parte, el buen Joachim se hallaba absorbido por sus propias ocupaciones. No podía, por tanto, ocuparse de la suerte de su primo. Una tempestad agitaba su pecho, como puede comprenderse. Se sentía feliz por no tener que tomar su temperatura y suponía que el termómetro se le había caído y roto; si la hubiese tomado, quizá hubiera tenido sorpresas turbadoras, excitado como estaba, poseído de un ardor sombrío y pálido de alegría e impaciencia. Ya no podía permanecer tendido. Durante el día Hans Castorp le oía ir y venir por la habitación, a pesar de que en el Berghof reinaba la posición horizontal.

¡Un año y medio! ¡Y ahora volver a la llanura, a casa, al regimiento, aunque no fuese más que con medio permiso! No era una bagatela desde ningún punto de vista. Hans Castorp lo comprendía al oír a su primo ir y venir sin descanso. Había vivido aquí dieciocho meses, había recorrido el círculo completo del año y luego la mitad, se había acostumbrado profundamente, adaptado al orden, a la regla de vida inalterable que había observado durante siete veces setenta días, en todas las estaciones, y ¡ahora volvía a su casa, al extranjero, entre los ignorantes! ¡Cuántas dificultades de aclimatación le esperarían allá abajo! ¡No había que extrañarse de que la gran agitación de Joachim estuviese compuesta no sólo de alegría, sino también de angustia, de sufrimiento causado por la separación de las cosas que le eran habituales! Por no hablar, además, de Marusja.

Pero la alegría triunfaba. El corazón y la boca del buen Joachim desbordaban de ella. No hablaba más que de él y se desinteresaba del porvenir de su primo. Decía que para él todo iba a ser nuevo y fresco, él mismo, el tiempo, cada día, cada hora. Disfrutaría de nuevo de un tiempo estable, de lentos e importantes años de juventud. Habló de su madre, la tía Ziemssen, hermanastra de la madre de Hans Castorp, que tenía los ojos tan dulces y negros como Joachim y a quien no había visto durante su permanencia en la montaña porque, esperándole de mes en mes, de semestre en semestre, nunca se había decidido a visitar a su hijo. Hablaba, con una sonrisa entusiasta, del juramento a la bandera que pronto prestaría, ya que era en presencia de la bandera donde se prestaba este juramento solemne.

—¡Vamos! —dijo Hans Castorp—. ¿En serio…? ¿A un palo de madera? ¿A un pedazo de tela?

—Sí, sí, en efecto. Y en la artillería al cañón mismo, a manera de símbolo.

—¡Ésas son costumbres románticas —observó el civil—, sentimentales y fanáticas!

Joachim se encogió de hombros orgullosamente.

Se absorbía en los preparativos. Pagó su última factura a la administración y comenzó a hacer el equipaje la víspera de la fecha que él mismo se había fijado. Embaló los trajes de verano y de invierno e hizo coser por el portero las pieles y mantas de pelo de camello dentro de una tela de saco, pues tal vez podrían serle útiles en las grandes maniobras. Comenzó luego las despedidas. Visitó a Naphta y a Settembrini, solo, pues su primo no se unió a él, y no se informó siquiera de las apreciaciones del italiano sobre la próxima partida de Hans Castorp. Poco le importaba que hubiese dicho: «¡Toma, toma!» o «¡No es posible!», o las dos cosas a la vez, o «poveretto».

Después llegó la víspera de la partida, día en que Joachim cumplió rígidamente el programa por última vez, las curas, los paseos, y en que se despidió de los médicos y la enfermera jefe. Luego llegó el día mismo. Con los ojos brillantes y las manos frías, Joachim acudió al desayuno, pues no había podido dormir en toda la noche; apenas comía y, cuando la enana anunció que el equipaje se hallaba ya dispuesto, saltó de su silla para decir adiós a sus compañeros de mesa. La señora Stoehr, al despedirse de él, se puso a llorar, lloró las lágrimas fáciles y sin amargura de la ignorancia, pero detrás de la espalda de Joachim, con un signo de cabeza dirigido a la institutriz y balanceando con una mueca su mano de dedos separados, expresó, con un juego de fisonomía vulgar, sus dudas sobre la legitimidad de la partida y las probabilidades de salvación de Joachim. Hans Castorp la vio mientras vaciaba de pie su taza para seguir a su primo. Fue preciso distribuir propinas y contestar en el vestíbulo a los cumplidos oficiales del representante de la administración. Como siempre, algunos pacientes estaban presentes para asistir a la partida: la señora Iltis, con «esterilete»; la señora Levy, de cutis de marfil, y Popof el depravado, con su novia. Agitaron sus pañuelos cuando el coche, frenado en las ruedas traseras, comenzó a bajar la cuesta. Habían ofrecido rosas a Joachim. Éste llevaba sombrero; Hans Castorp, no.

La mañana aparecía espléndida, era el primer día de sol después de tantos días de mal tiempo. El Schiahorn, las Torres Verdes, la cima del Dorfberg, se dibujaban inmóviles sobre el azul, y los ojos de Joachim reposaban sobre ellos.

Era casi una lástima, observó Hans Castorp, que el tiempo fuese tan bueno precisamente el día de la marcha. En esto había cierta malicia, pues una impresión final poco hospitalaria hacía más fácil toda separación. A la que Joachim respondió que no había necesidad alguna de que la separación fuese facilitada, y que era un tiempo espléndido para hacer la instrucción; este tiempo le iría muy bien allá abajo. No hablaron mucho más; es verdad que pocas cosas tenían que decirse dadas las circunstancias. Y además, el portero cojo estaba sentado en el pescante, al lado del cochero. Sacudidos sobre los duros cojines, franquearon el curso de agua, la estrecha vía, y siguieron el camino irregularmente bordeado de casas y paralelo a los raíles;

luego se detuvieron en la plaza empedrada, ante la estación de Dorf, que no era más que una especie de hangar. Hans Castorp reconoció todo aquello con espanto. Desde su llegada, hacía trece meses, al caer de la tarde, no había vuelto a ver la estación.

—Pero ¿es aquí donde llegué?— dijo muy inútilmente, y Joachim contestó:

—Sí, sí, fue aquí. —Y pagó al cochero.

El activo cojo se ocupó de todo, del billete y el equipaje. Estaban de pie el uno al lado del otro en el anden, cerca del pequeño tren, junto al compartimiento tapizado de gris en que Joachim había reservado su sitio colocando la manta, su plaid enrollado y sus rosas.

—Bueno, ¡ve a prestar tu romántico juramento! —dijo Hans Castorp, y Joachim contestó:

—¡No dejaré de hacerlo!

¿Y qué más? Cambiaron los últimos saludos para los de arriba y los de abajo. Luego Hans Castorp no hizo más que hacer dibujos sobre el asfalto con la contera de su bastón. Cuando oyó gritar «¡Viajeros al tren!», se sobresaltó, miró a Joachim y éste le miró. Se dieron la mano. Hans Castorp sonrió de un modo vago; los ojos del otro eran graves y miraban con insistencia triste.

—¡Hans! —dijo.

¡Dios mío! ¿Había algo en el mundo más penoso que esto? Llamaba a Hans Castorp por su nombre de pila. No le decía «tú» o «dime», como había hecho siempre; ahora, de pronto, rompía con sus costumbres de rigidez y reserva y le llamaba, con una exuberancia turbadora, por su nombre.

—¡Hans! —dijo, y con una prisa angustiosa estrechó la mano de su primo, quien no dejó de darse cuenta de que la nuca de Joachim, excitado por el insomnio y nervioso por la partida, temblaba, como le ocurría también a él cuando «gobernaba».

—¡Hans! —dijo, con tono presuroso—, ¡sígueme pronto!

Luego entró en el vagón y la portezuela se cerró de golpe. Se oyó un silbido, los vagones entrechocaron y la pequeña locomotora comenzó a girar. El tren partió.

Por la portezuela, el viajero agitaba su sombrero. El otro, el que se quedaba atrás, agitaba la mano. Solo, con el corazón conmovido, permaneció todavía allí largo rato. Luego comenzó a subir lentamente el camino por el que Joachim hacía ya tiempo le había conducido al Berghof.

Asalto rechazado

La rueda giraba. La aguja avanzaba. El orquídeo y la aquilea habían terminado su floración y el clavel silvestre también. Las azules estrellas de la genciana, la cólchida pálida y venosa aparecían de nuevo en la hierba húmeda, y por encima de los bosques se encendía una luz rojiza.

El equinoccio de otoño había pasado. Todos los Santos se hallaba próximo y, para los consumidores de tiempo más ejercitados, se aproximaba ya el adviento, el día más breve, la fiesta de Navidad. Pero todavía continuaban los bellos días de octubre, días como aquél en que los primos habían visto los cuadros pintados al óleo por el consejero.

Desde la marcha de Joachim, Hans Castorp no había vuelto a sentarse a la mesa de la Stoehr, aquella mesa que el doctor Blumenkohl había abandonado para morir y en la que Marusja, asfixiándose en su pañuelo perfumado de naranja, había manifestado hacía tiempo una alegría sin fundamento. Nuevos huéspedes estaban sentados allí y le eran absolutamente desconocidos. Pero nuestro amigo, que había cumplido el segundo mes de su segundo año, se había visto atribuir por la administración un nuevo sitio en una mesa vecina, situada perpendicularmente a la otra, más cerca de la puerta de la izquierda de la galería, entre su antigua mesa y la de los rusos distinguidos, en una palabra, la mesa de Settembrini. Sí, era la antigua mesa del humanista a la que Hans Castorp se hallaba ahora sentado en la extremidad, delante del lugar del médico, lugar que en cada una de las comidas quedaba reservado para el consejero y ayudante.

A ese extremo de la mesa, a la izquierda del sitio de honor del médico, estaba sentado sobre numerosos almohadones un mexicano jorobado, fotógrafo aficionado. Su expresión era la de un sordo a consecuencia de su aislamiento lingüístico, y al lado de éste se hallaba sentada la vieja señorita de la Transilvania que, como Settembrini había ya deplorado, acaparaba todo el mundo con sus conversaciones sobre su cuñado, a pesar de que nadie quiso ni quería saber nada sobre tal individuo. Con un fino bastón de puño de plata colocado detrás de la nuca —del que se servía igualmente en sus paseos—, se la veía a ciertas horas del día abombar su pecho hundido a lo largo de la balaustrada de su balcón, haciendo ejercicios respiratorios. Ante ella se encontraba sentado un checo al que llamaban Wenzel, porque nadie sabía pronunciar su nombre. Settembrini en su tiempo se había a veces esforzado en pronunciar la serie variada de consonantes de que se componía ese nombre, no para conseguir nada, sino para dar una prueba de su impotencia lingüística de latino ante aquel amontonamiento salvaje de sonidos. A pesar de estar gordo como una marmota y de que se distinguiese por un notable apetito incluso entre las gentes de aquí, el checo anunciaba, desde hacía cuatro años, que iba a morir. Durante las reuniones de

la noche a veces tocaba una mandolina adornada con cintas, cantaba canciones de su país y hablaba de plantaciones de remolacha en las que trabajaban bellas mujeres. Al lado de Hans Castorp se hallaban los esposos Magnus, cerveceros de Halle. Una atmósfera de melancolía envolvía aquella pareja, porque ambos perdían sustancias cuya asimilación es esencial. El señor Magnus producía azúcar y la señora Magnus albúmina. La pálida señora Magnus, en particular, parecía no tener ya la menor esperanza; una vacuidad de espíritu se desprendía de ella como el vaho de una bodega y, casi más expresamente que la inculta señora Stoehr, parecía representar esa síntesis de la enfermedad y la estupidez que había moralmente sorprendido a Hans Castorp, censurado por eso por Settembrini. El señor Magnus era un espíritu más despierto y voluble, aunque ello había excitado la impaciencia literaria de Settembrini; además era colérico y disputaba frecuentemente con Wenzel sobre asuntos políticos y otras cosas, pues las aspiraciones nacionales del bohemio le irritaban y, además, el checo se proclamaba partidario del antialcoholismo y juzgaba con severidad la profesión del cervecero, mientras que éste, con la cara enrojecida, defendía las propiedades indudablemente higiénicas de la bebida a la que sus intereses se hallaban tan íntimamente ligados. En tales circunstancias, Settembrini había intervenido en otros tiempos procurando la conciliación, pero Hans Castorp, en su lugar, se sentía menos hábil y no podía demostrar bastante autoridad para reemplazarle.

No mantenía relaciones personales más que con dos vecinos de mesa: A. C. Ferge, de San Petersburgo, su vecino de la izquierda, el valiente sufredolores que, bajo el mechón de su bigote rojo, hablaba de la fabricación del caucho y de las regiones lejanas, del círculo polar, del invierno eterno en el Cabo Norte, y que daba a veces un corto paseo en su compañía. Pero el otro que se unía a ellos como tercero, lo más frecuentemente posible y que tenía su sitio en el extremo superior de la mesa, al lado del jorobado mexicano, era el natural de Mannheim, el hombre del cabello ralo y los dientes cariados, llamado Wehsal, Fernando Wehsal, comerciante, cuyos ojos habían estado siempre suspensos, con un deseo turbado, de la graciosa persona de madame Chauchat, y que desde el Carnaval buscaba la amistad de Hans Castorp.

Lo hacía con tenacidad y humildad, con una abnegación servil que tenía, por lo interesado, algo de repugnante y espantoso, porque él comprendía el sentido ambiguo, pero se esforzaba en responder de una manera humana. Con la mirada tranquila (pues sabía que el menor gesto bastaba para intimidar al desgraciado), soportaba el servilismo de Wehsal, aprovechaba todas las ocasiones para inclinarse delante de él y toleraba a menudo que durante el paseo le llevase el abrigo —lo llevaba sobre el brazo con cierto fervor—; soportaba finalmente la conversación del de Mannheim, cuyas frases eran tristes. Wehsal se complacía en plantear cuestiones como la de saber si era razonable declarar su amor a una mujer que amaba pero que

no quería saber nada de él. «¿Qué opinan esos señores de una declaración sin esperanza?» Él, por su parte, le daba gran importancia, afirmando que una felicidad indecible estaba ligada a ello. En efecto, el acto de la confesión despertaba repugnancia y acarreaba mucha humillación, pero aproximaba de todos modos, por un momento, al objeto del amor, introducía a éste en la confidencia, en el elemento de la propia pasión y, aunque todo hubiese terminado, la pérdida eterna estaba bastante pagada con la felicidad desesperada de un instante, pues la confesión es violencia, y cuanto más grande es la repugnancia que se le opone, mayor es el placer que procura.

En este momento, una sombra cruzó el rostro de Hans Castorp, sombra que hizo retroceder a Wehsal y que se debía más bien a la presencia del buen Ferge (al cual, como declaraba con frecuencia, todos los temas elevados y difíciles le eran absolutamente extraños) que a la gazmoñería y la austeridad de nuestro héroe. Como nos esforzamos siempre en no presentarle ni mejor ni peor de lo que es, debemos precisar que el pobre Wehsal insistió una tarde a solas con él, y en términos discretos, en que Hans Castorp le confiase algunos detalles de los acontecimientos y las experiencias de cierta noche de Carnaval, y que Hans Castorp atendió esa plegaria con una tranquilidad benevolente, sin que —el lector puede creerlo— ese diálogo en voz baja tuviese nada de libertino ni vil. Sin embargo, tenemos razones para omitirlo y callar ante nuestros lectores, limitándonos a añadir que Wehsal, a partir de aquel día, llevó el sobretodo del amable Hans Castorp con una abnegación redoblada.

Limitémonos a eso en lo que se refiere a los nuevos compañeros de mesa de Hans Castorp. El sitio a su derecha estaba vacío, pues no había sido ocupado más que pasajeramente durante algunos días por un visitante, tal como había sido él mismo; por un pariente, un invitado, mensajero de la llanura, país llano; en una palabra, por el tío de Hans, James Tienappel.

Era una verdadera fortuna que un representante y un enviado de su país se hallase de pronto sentado a su lado, llevando todavía en el tejido de su vestido inglés la atmósfera de lo antiguo, de lo remoto, de la vida lejana, de un mundo exterior completamente desaparecido. Pero las cosas debían ocurrir así. Desde hacía tiempo, Hans Castorp había contado con una ofensiva de su pasado y había incluso previsto la persona que sería encargada de aquel reconocimiento, lo que no era difícil de prever, pues Peter, el navegante, no podía ser tenido en cuenta, y era evidente que, en cuanto al tío abuelo Tienappel, diez caballos no bastarían para arrastrarle hasta esas comarcas cuya presión atmosférica le inspiraba toda clase de temores. No, sería James el encargado de realizar una investigación acerca del ausente. Hans Castorp había esperado incluso que llegara antes. Desde el momento en que Joachim había regresado a su casa y dado cuenta de las cosas en el círculo de la familia, el momento del ataque había llegado y Hans Castorp no manifestó, pues, la menor sorpresa cuando, a los catorce días justos de la partida de Joachim, el portero le entregó un

telegrama que abrió sin dudar y que contenía la noticia de la próxima llegada de James Tienappel. Éste tenía que arreglar unos asuntos en Suiza y con este motivo se decidía a intentar una pequeña excursión hasta las alturas donde habitaba Hans. Anunciaba su llegada para dentro de dos días.

«Bueno —pensó Hans Castorp—. Perfecto. —Y añadió interiormente algo así como—: ¡Vamos! —Y luego, pensando en el que iba a llegar, añadió—: Si tú quisieras…» Es decir, acogió la noticia con tranquilidad, la transmitió al doctor Behrens y a la administración, hizo que le reservasen una habitación —la de Joachim estaba todavía disponible—, y a los dos días, a la hora en que él mismo había llegado, o sea, a las ocho de la tarde (era ya de noche), se marchó en el mismo carricoche en que había acompañado a Joachim a la estación de Dorf, a fin de ir a buscar al mensajero de la llanura que venía a investigar la situación.

El rostro rubicundo, sin sombrero, se hallaba ya en el andén cuando el tren entró en la estación. Abrió la portezuela del compartimiento e invitó a su pariente a descender. El cónsul Tienappel —James era vicecónsul y sustituía honorablemente al viejo en sus funciones oficiales—, frioleramente envuelto en su sobretodo de invierno (en efecto, la noche de octubre era muy fresca y faltaba poco para que se hablase de un tiempo claro, de hielo; seguramente por la mañana helaría), descendió de su compartimiento, se mostró alegremente sorprendido y lo manifestó con fórmulas un poco sutiles y muy civilizadas de alemán del noroeste; saludó a su sobrino insistiendo en la satisfacción que sentía al encontrarle con tan buen aspecto, fue dispensado por el portero cojo de preocuparse del equipaje y subió con Hans Castorp al duro asiento del vehículo.

Bajo un cielo de estrellas se pusieron en camino, y Hans Castorp, con la cabeza inclinada hacia atrás y el dedo índice en el aire, comentaba en honor de su tío las esferas celestes, describiendo con la palabra y el gesto ésa y aquella constelación resplandeciente, y llamaba a los planetas por su nombre, mientras el otro, más atento a la persona de su compañero que al universo estelar, se decía para sí que todo aquello era muy posible y que no constituía necesariamente una locura el hablar del cosmos cuando se hubiera podido hablar de otros asuntos más urgentes. ¿Desde cuándo conocía tan bien las esferas lejanas?, preguntó a Hans Castorp. A lo cual éste contestó que había adquirido esos conocimientos durante las veladas de su cura de reposo en el balcón, en primavera, verano, otoño e invierno.

—¿Cómo? ¿Por la noche estáis en el balcón?

¡Claro que sí! Y el cónsul tampoco dejaría de tenderse.

—Seguramente, seguramente —dijo James Tienappel con amabilidad, y se sintió un poco intimidado. Su sobrino hablaba con una calma uniforme. Sin embargo, desprovisto de abrigo, parecía insensible al frío gélido de aquella noche de otoño.

—¿No sientes frío? —le preguntó James, pues él temblaba bajo el grueso paño de

su abrigo, y su lenguaje tenía a la vez algo de precipitado que revelaba que sus dientes tendían a chocar unos con otros.

—Nosotros no tenemos frío aquí —respondió Hans Castorp tranquilo y breve.

El cónsul no se cansaba de mirarle. Hans Castorp no trató de informarse de los parientes ni de los amigos de allá abajo. Acogió, dando las gracias con calma, los saludos que James le transmitió, incluso los de Joachim, que se encontraba ya en el regimiento y que estaba lleno de felicidad y de orgullo. No se informó tampoco de los acontecimientos del país. Inquietado no sabía por qué, sin que pudiese decir si era debido a su sobrino o a su propio estado físico, James miraba en torno de él, sin distinguir casi nada del paisaje del alto valle, y aspiró profundamente el aire, que estimó excelente. Ciertamente, contestó el otro, no era sin fundamento por lo que había adquirido tanta celebridad; este aire tenía poderosas virtudes. A pesar de que aceleraba la combustión general, el cuerpo asimilaba la albúmina. Ese aire era capaz de curar todas las enfermedades que el hombre lleva latentes en sí, pero comenzaba por favorecer sensiblemente su aparición y, por un impulso orgánico general, provocaba de algún modo una alegre explosión.

—¿Alegre…?

Ciertamente. ¿No había notado que la aparición de una enfermedad tenía algo de regocijante, que constituía una especie de fiesta del cuerpo? «Sí, sí, comprendo», se había apresurado a contestar el tío, cuya mandíbula inferior se relajaba, y anunció que podría permanecer ocho días, es decir, una semana; siete días por consiguiente o tal vez seis solamente. Como podía comprobar, gracias a una permanencia fuera de todo cálculo, Hans se había restablecido completamente, y suponía que se uniría a él para así regresar juntos.

—¡Eh, eh, qué deprisa vas! —dijo Hans Castorp.

El tío James hablaba como las gentes de allá abajo. No tenía más que echar un vistazo aquí arriba para aclimatarse un poco y sus ideas cambiarían por sí mismas. Se trataba de obtener una curación definitiva, lo definitivo era lo importante, y recientemente Behrens le había administrado seis meses. Al oír esto, el tío le llamó «Criatura» y le preguntó si estaba loco.

—¿Estás loco? —preguntó—. Esas vacaciones han durado más de un año, ¿y piensas todavía en otros seis meses? En nombre de Dios todopoderoso, ¿se puede disponer de todo ese tiempo?

Pero Hans Castorp rió tranquila y brevemente, con la cabeza elevada hacia las estrellas. ¡Sí, el tiempo! Sobre este punto en concreto, sobre el tiempo humano, James debería comenzar por rectificar los conceptos que había traído con él antes de tener derecho a la palabra.

En interés de Hans, al día siguiente hablaría con el doctor, prometió Tienappel.

—Hazlo —dijo Castorp—, te gustará. Es un carácter interesante, a la vez enérgico

y melancólico. —Luego señaló las luces del sanatorio Schatzalp y habló de los cadáveres que eran transportados por la pista en trineo.

Comieron juntos en el restaurante del Berghof, después de que Hans Castorp hubo conducido a su huésped a la habitación de Joachim para que pudiese cambiar de traje. La habitación había sido desinfectada con H_2CO, dijo Hans Castorp, tan seriamente como si en lugar de una partida repentina, hubiese habido no un exodus sino un *exitus*. El tío se informó sobre el sentido de esa expresión.

—Argot —dijo el sobrino—, expresión local, Joachim ha desertado; ha desertado para unirse a su bandera, pues esas cosas existen. Pero date prisa para que puedas encontrar todavía la comida caliente.

Se sentaron en el restaurante cómodo y caliente. La enana les sirvió con presteza, y James encargó una botella de borgoña que fue servida dentro de una cesta. Brindaron y el dulce ardor del vino les penetró. El más joven habló de la vida de aquí, de la serie de estaciones, de ciertos acontecimientos ocurridos en el comedor, del neumotórax, cuyo proceso explicó citando el caso del buen Ferge y extendiéndose sobre la mala especie del choque en la pleura, sin omitir los tres síncopes diferentes en los que el señor Ferge pretendía haber caído: la alucinación del olfato, que el choque había desempeñado un papel importante, y la risa que había estallado al desmayarse. Llevaba toda la conversación. James comió y bebió mucho, como tenía por costumbre, y con un apetito que el cambio de aire y el viaje habían aguzado aún más. Sin embargo, se detenía a veces, permanecía con la boca llena, olvidándose de masticar, con el cuchillo y el tenedor puestos en ángulo obtuso sobre el plato, y contemplando a Hans Castorp aparentemente sin darse cuenta y sin que este pareciese notarlo. Las venas hinchadas se dibujaban en las sienes del cónsul Tienappel, cubiertas de finos cabellos rubios.

No se habló de los acontecimientos de su país, ni de cosas familiares y personales, ni de la ciudad, ni de negocios, ni de la casa Tunder & Wilms, astilleros, construcción de máquinas y forja, que continuaba esperando la llegada del joven, lo que indudablemente estaba muy lejos de ser su única preocupación, y hasta se podía preguntar si se le continuaba esperando. James Tienappel había hecho sin duda alusión a todos esos asuntos en el coche, y más tarde insistió, pero habían sido separados y yacían muertos después de haber chocado contra la indiferencia tranquila, resuelta y natural de Hans Castorp, contra algo que había en él de intangible y distante que hacía pensar en su insensibilidad respecto al frío de la noche de otoño y en las palabras: «Nosotros no tenemos frío aquí.» Y era tal vez por eso por lo que su tío le miraba, de vez en cuando, con fijeza. Se habló también de la superiora, de los médicos y las conferencias del doctor Krokovski. James podía asistir a una de ellas si permanecía ocho días. ¿Quién había dicho al sobrino que el tío estaría dispuesto a asistir a la conferencia? Nadie. Pero lo daba por hecho, con una

seguridad tan plácida que se veía claramente que el solo pensamiento de que no asistiese hubiera parecido imposible, y él se esforzó en evitar toda sospecha por medio de un «Seguramente, por supuesto». Tal era el efecto de esa potencia confusamente percibida, pero imperiosa, que inclinaba inconscientemente al señor Tienappel a mirar en aquel momento a su sobrino con la boca abierta, pues la vía respiratoria de la nariz se había obstruido, a pesar de que el cónsul no estuviese resfriado. Escuchaba a su pariente hablar de la enfermedad que constituía aquí el interés profesional de todos, y de las disposiciones que se podía tener para contraerla. Fue puesto al corriente del propio caso de Hans Castorp, sin gravedad, pero lento en la curación; del efecto que producían los bacilos sobre las células de los conductos respiratorios y sobre los alvéolos del pulmón; de la formación de los tubérculos y la secreción de toxinas; de la descomposición de células y la calcificación respecto a la cual la cuestión estaba en saber si se detendría en una petrificación calcárea y en una cicatrización conjuntiva o si se desarrollaría en focos más intensos, o si abriría cavernas cada vez más profundas y destruiría todo el órgano. Oyó hablar de la forma furiosamente acelerada y galopante de esos procesos que, en unos meses, incluso en unas semanas, conducían al *exitus*: oyó referirse a la neumonía, operación que el consejero realizaba de un modo magistral, a la resección del pulmón, que practicarían mañana o próximamente a un enfermo gravísimo acabado de llegar, una escocesa, en otro tiempo encantadora, que se hallaba atacada de *gangraena pulmonum*, de gangrena pulmonar, de modo que se sentía invadida por una podredumbre de color verdoso y respiraba durante el día ácido fénico vaporizado para no perder la razón a causa del asco que sentía de sí misma, y de pronto ocurrió que el cónsul, sin darse cuenta de ello y en medio de su mayor confusión, soltó la risa. Quiso contenerse, reprimir la carcajada, se dominó casi con espanto, se esforzó en disimular aquella veleidad absurda, tranquilizado al mismo tiempo que inquieto de nuevo, comprobando que Hans Castorp no se ocupaba, en modo alguno, de un incidente del que tal vez no se había dado cuenta, del que prescindía con una intención que no era debida al tacto ni a la cortesía, que parecía ser indiferencia pura, una tolerancia determinada por una insensibilidad inquietante, como si desde hiciese mucho tiempo, fuese incapaz de la sorpresa ante tales incidentes. Pero sea que el cónsul quiso manifestar, después de su acceso de hilaridad, una apariencia de razón y justificación, sea por algún otro propósito, entabló de pronto una conversación «entre hombres», y con las venas de las sienes hinchadas, comenzó a hablar de cierta cantante de cabaret que hacía furor en el barrio de San Pablo, y cuyos encantos y temperamento, que iba pintando a su sobrino, mantenían en vilo al mundo masculino de la república hamburguesa. Su lengua se hacía torpe mientras iba contando esas historias, pero no tenía necesidad de inquietarse, pues la tolerancia impasible de su vecino se extendía evidentemente a esos fenómenos. Sin embargo, poco a poco comenzó a sentir tan

claramente la inmensa fatiga del viaje que, a las diez y media, propuso subir al cuarto y sintió una mediocre satisfacción al encontrar todavía en el vestíbulo al doctor Krokovski, de quien habían hablado varias veces, y que le fue presentado por su sobrino.

En respuesta a las palabras enérgicas y vivas que el doctor le dirigió, el cónsul no supo contestar más que «Seguramente, comprendido», y se sintió feliz cuando Hans Castorp le anunció que iría a buscarle a las ocho de la mañana para el desayuno; se marchó por el balcón a la habitación desinfectada de Joachim y, con su acostumbrado cigarro de la noche, pudo dejarse caer sobre la cama del desertor. Faltó poco para que provocase un incendio, pues por dos veces se durmió con el cigarro encendido en la boca.

James Tienappel, a quien Hans Castorp llamaba «tío James» o simplemente «James», era un hombre de elevada estatura, de unos cuarenta años, vestido con telas inglesas y una ropa blanca de una frescura de pétalos; tenía los cabellos claros de un amarillo de canario, los ojos azules muy cercanos el uno del otro, un bigote color de paja, recortado y en parte afeitado, y manos perfectamente cuidadas. Esposo y padre desde hacía unos años, sin que hubiese tenido que abandonar por eso su espaciosa villa del camino de Harvestehud, casado con una joven de su clase que era tan civilizada y fina como él, que hablaba la misma lengua ligera, rápida, y de una cortesía tan aguzada como la suya, era allá abajo un hombre de negocios muy enérgico, circunspecto y fríamente realista, a pesar de toda su elegancia. Pero en un ambiente donde reinaban otras costumbres, en el viaje, por ejemplo, por el sur de Alemania, su carácter adquiría un aspecto precipitado y receloso, una complacencia cortés y dispuesta a renegar de sí misma que no testimoniaba una falta de fe en su propia cultura, sino más bien la conciencia de que ésta tenía sus límites, lo mismo que el deseo de disimular su particularismo aristocrático y de no manifestar su sorpresa incluso en medio de formas de existencia que le parecían increíbles. «Naturalmente, ciertamente, todo comprendido», se apresuraba a decir para que nadie pudiese pensar que era fino, pero limitado. Al llegar aquí con una misión precisa y concreta, con la intención y el encargo de normalizar rápidamente la situación, de «deshelar» a su joven pariente, según él mismo decía, y de devolverlo al redil, tenía perfecta conciencia de que operaba en un terreno extraño y desde el primer instante había comprendido que un mundo y una esfera particular, con sus usos establecidos, le acogían sin ceder a su propia seguridad y le dominaban hasta tal punto que su energía de hombre de negocios entraba inmediatamente en conflicto con su buena educación, en un conflicto de los más graves, pues en esta esfera nueva pesaba sobre él una fuerza que verdaderamente le oprimía.

Eso era precisamente lo que Hans Castorp había previsto cuando interiormente había contestado al telegrama del cónsul con un «Ya está sano», pero no hay que

creer que concienzudamente sacase partido contra su tío de la fuerza de su resistencia del mundo que le rodeaba. Para obrar así se había fundido desde hacía tiempo en ese medio, y no fue él quien se valió de esa fuerza contra el agresor; sucedió lo contrario, de manera que todo ocurrió con la sencillez más natural a partir del instante en que un primer presentimiento de la vanidad de su empresa, emanado de la persona de su sobrino, penetró vagamente en el cónsul, hasta el término de la aventura, que Hans Castorp no pudo dejar de acompañar con una sonrisa melancólica.

La primera mañana, después del desayuno durante el cual el veterano presentó al recién llegado a los compañeros de mesa, Tienappel se enteró por boca del doctor Behrens (que, erguido y subido de color, había entrado en la sala seguido del ayudante y remando con las manos, para recorrerla con su «¿Se ha dormido bien?» de pura retórica matinal), se enteró, decimos, no solamente de que había tenido una excelente idea al venir a hacer un poco de compañía a su sobrino solitario, sino también que había hecho muy bien desde el punto de vista de su interés personal, porque con toda evidencia, estaba totalmente anémico. —¿Anémico Tienappel?— «Vamos, ¡y de qué manera!», dijo Behrens, y con el dedo índice bajó el párpado inferior del cónsul. «¡Hasta el más alto grado!», aseguró. El señor tío haría muy bien instalándose con comodidad por unas semanas, tendiéndose en el balcón y tomando a su sobrino como ejemplo desde todos los puntos de vista. En su estado, lo más cuerdo era comportarse como si estuviese atacado de una ligera tuberculosis pulmonum, que, por otra parte, existía en todos los organismos. «Seguramente, comprendido», admitiría con apresuramiento el cónsul, y miró un momento con la boca abierta y con una actitud cortés al doctor que se alejaba con la nuca saliente, con sus movimientos de aletas, mientras su sobrino permanecía a su lado, tranquilo.

Luego dieron el paseo prescrito hasta el banco del riachuelo, y después James Tienappel hizo su primera hora de reposo, guiado por Hans Castorp que, además del *plaid* de que el tío se hallaba provisto, le puso encima de sus mantas de pelo de camello —él mismo, a causa del buen tiempo, no usaba más que una manta— y le enseñó fielmente, movimiento por movimiento, el arte tradicional de arrollarse. Incluso después de que el tío estuvo enrollado y alisado en forma de momia, lo deshizo todo para hacérselo repetir. El profesor se limitaba a corregir los errores y luego le enseñó, además, a fijar la sombrilla de tela a la *chaise-longue* y a orientarla con relación al sol.

El cónsul bromeaba. El espíritu de la llanura era todavía muy fuerte en él, se burlaba de todo lo que aprendía, lo mismo que se había burlado del paseo reglamentario después del desayuno. Pero cuando vio la sonrisa plácida e incomprensiva con que su sobrino acogía sus bromas, sonrisa en la que se pintaba toda la seguridad cerrada de aquella esfera moral particular, tuvo miedo, tuvo miedo por su energía de hombre de negocios y se decidió a provocar la conversación

decisiva con el consejero sobre el caso de su sobrino lo más pronto posible, aquella misma tarde, cuando podría llevarla todavía a bien con las fuerzas y el espíritu traídos de allá abajo, pues comprendía que éstos se iban fundiendo y que el espíritu del lugar establecía con su buena educación una alianza peligrosa contra él.

Comprendió que el doctor Behrens le había aconsejado inútilmente someterse, a causa de su anemia, a los usos de los enfermos; esto era natural, no se podía, al parecer, imaginar otra posibilidad, y un hombre bien educado como él no podía, desde el principio, discernir en qué medida la tranquilidad y la seguridad imperturbables de Hans Castorp creaban esa apariencia, o en qué medida esa imposibilidad existía realmente en sí. Nada podía ser más natural que el hacer seguir la primera cura de reposo del segundo almuerzo más copioso, del que con toda evidencia se desprendía el paseo hasta Platz, después del cual Hans Castorp embaló de nuevo a su tío. Le embaló, ésa es la palabra. Y bajo el sol de otoño, en una *chaise-longue* cuya comodidad era absolutamente indiscutible, incluso digna de ser celebrada, le dejó tendido como él mismo lo estaba hasta que la vibración del gong invitó a una comida en común, que fue tan copiosa que la cura general que siguió constituía no sólo una necesidad exterior, sino también una necesidad íntima a la que no se plegaba por convicción personal. Eso continuó así hasta la formidable cena y hasta la reunión de la noche en el salón, en torno a los instrumentos ópticos. No había nada que objetar sobre el empleo del tiempo, que se imponía con una lógica tan persuasiva y que no hubiera ofrecido ninguna brecha a las objeciones aunque las facultades críticas del cónsul no se hubieran visto disminuidas por un estado que no quería llamar precisamente malestar, pero que se componía de fatiga y de excitación combinadas con impresiones de calor y de frío.

Para provocar la entrevista con el consejero, entrevista que James Tienappel deseaba con impaciencia, se había apelado a la vía jerárquica. Hans Castorp había dirigido la demanda al masajista y éste la había transmitido a la superiora, a la que el cónsul Tienappel había conocido en las singulares circunstancias siguientes: apareció en su balcón, donde le encontró echado y, por lo extraño de su conducta, puso a dura prueba la cortesía del cónsul, envuelto sin defensa en las arrolladas mantas.

Se informó de que se invitaba a su señoría a tener paciencia por unos días, pues el consejero estaba muy ocupado: operaciones, consultas generales… La humanidad que sufre tenía preferencia, según los principios cristianos, y como se suponía que él estaba bien, era preciso que se acostumbrase a no ser aquí más importante, sino a permanecer en la fila y esperar turno. Otra cosa era si deseaba una consulta, lo que a ella, Adriática, no le parecía excesivamente sorprendente; bastaba con mirarle a los ojos. Eran unos ojos turbios, inciertos, y tal vez como ella le veía tendido se notaba claramente que no se hallaba todo en perfecto orden en su organismo. ¿Se trataba, pues —terminó diciendo Adriática—, de una demanda de consulta o de una

conversación de carácter personal? El hombre que se hallaba tendido contestó que de una entrevista personal, por lo que se le dijo que debía esperar a que se le señalase el día. El consejero disponía de muy poco tiempo para las conversaciones personales.

En definitiva, todo ocurrió de una manera muy distinta a como James había imaginado, y esta conversación con la superiora hizo flaquear sensiblemente su equilibrio. Demasiado civilizado para decir descortésmente a su sobrino, cuya alma imperturbable testimoniaba que se hallaba de pleno acuerdo con los procedimientos seguidos aquí, lo espantosa que le parecía aquella mujer, se atrevió púdicamente a expresar que la superiora era sin duda una dama muy original, lo que Hans Castorp admitió a medias después de lanzar al aire una mirada vagamente interrogadora. A su vez preguntó a su tío si la Mylendonk le había vendido un termómetro.

—¡No! ¿A mí? ¿Es ésa su misión? —preguntó el tío.

Pero lo peor era, como podría leerse distintamente en el rostro de su sobrino, que éste no se hubiera extrañado lo más mínimo si la cosa hubiese sucedido. «Nosotros no tenemos frío aquí», se podía leer en su rostro. Pero el cónsul tenía frío, tenía continuamente frío, a pesar de que la cabeza le ardía, y se dijo que si efectivamente la superiora le hubiese ofrecido un termómetro lo habría rechazado, pero que sin duda habría hecho mal, porque como hombre civilizado, uno no podía usar del termómetro de otra persona, ni aun del de su sobrino.

Así pasaron algunos días, cuatro o cinco. La vida del mensajero marchaba sobre ruedas, sobre los raíles que habían sido colocados a su intención y de los cuales parecía imposible separarse. El cónsul hizo experimentos y recibió impresiones que no queremos ocultar por más tiempo. Un día, en la habitación de Hans Castorp, cogió de encima de la cómoda una pequeña placa de cristal negro que, entre otros objetos personales con que su habitante había decorado el *home*, se hallaba en un pequeño caballete esculpido y que expuesta a la luz, resultó ser un negativo fotográfico.

—¿Qué es eso? —preguntó el tío, mientras lo miraba…

¡La pregunta estaba justificada! El retrato no tenía cabeza, era el esqueleto de un torso humano envuelto en una nebulosa de carne, un torso femenino, como se podía comprobar.

—¿Eso? Un recuerdo —contestó Hans Castorp. El tío dijo entonces:

—Perdona. —Y volvió a colocar la placa sobre el caballete, apartándose con rapidez.

Este no es más que un ejemplo de sus experimentos e impresiones durante esos cuatro o cinco días. Resistió igualmente una conferencia del doctor Krokovski, porque no se podía pensar en modo alguno en zafarse. Respecto a la entrevista particular que había solicitado de Behrens, recibió satisfacción al sexto día. Se le convocó y condujo, después del desayuno, al subterráneo y bajó decidido a cambiar con aquel hombre unas palabras firmes sobre su sobrino y el tiempo que estaba

perdiendo aquí arriba.

Cuando subió, exclamó con voz dulcificada:

—Nunca había oído nada semejante.

Pero era evidente que Hans Castorp había oído ya cosas semejantes y no sentía impresión alguna. El cónsul cortó, pues, la conversación y a las preguntas sin impaciencia que le dirigía su sobrino no contestaba más que con un «Nada, nada», pero adquirió, a partir de aquel instante, una nueva costumbre: la de mirar oblicuamente hacia lo alto, con las cejas arqueadas y los labios apretados, volver luego bruscamente la cabeza y fijar su mirada en dirección opuesta.

¿Había seguido la conversación con Behrens un curso diferente del que el cónsul había previsto? ¿Se había hablado no sólo de Hans Castorp, sino también de él mismo, de James Tienappel, de manera que la conversación había perdido su carácter de entrevista personal? La actitud del cónsul lo hacía suponer. Se mostraba bien dispuesto, hablaba mucho, reía sin razón y daba con el puño golpes en la cadera de su sobrino exclamando: «¡Viejo mío!» Entretanto, su mirada se fijaba bruscamente aquí y allá; pero sus ojos seguían también direcciones más precisas, tanto en la mesa como en los paseos de rigor y durante la reunión de la noche.

Al principio, el cónsul no había concedido particular atención a una cierta señora Redisch, esposa de un industrial polaco, que se hallaba sentada a la mesa de la señora Salomon, ahora ausente, y del escolar voraz de las antiparras. Y en efecto, no era más que una dama semejante a las otras, una morena opulenta, no muy joven, un poco gris pero con una barbilla graciosa y ojos negros y vivos. De ninguna de las maneras hubiese ella podido compararse desde el punto de vista de la educación con la esposa del cónsul Tienappel, allá abajo. Pero el domingo por la noche, en el vestíbulo, el cónsul había descubierto, gracias a un vestido negro escotado, que la señora Redisch tenía los senos —senos de mujer de un blanco mate—, muy comprimidos, y cuya separación era visible hasta muy abajo, y este descubrimiento logró hacer flaquear y entusiasmar hasta el fondo de su alma a ese hombre refinado y de edad madura, como si fuese una cosa absolutamente nueva, insospechada y nunca vista. Buscó y consiguió entrar en relación con la señora Redisch; habló largamente con ella, primero de pie, luego sentado y fue a acostarse canturreando.

Al día siguiente, la señora Redisch ya no llevaba el vestido negro, sino otro nuevo sin escote. El cónsul no por eso dejaba de estar enterado y permaneció fiel a sus impresiones. Intentaba encontrar a la dama en los paseos para ir a su lado charlando, mirándola de una manera particularmente encantadora y atractiva. Bebía a su salud en la mesa, a lo que ella contestaba haciendo brillar en una sonrisa las cápsulas de oro que recubrían algunos de sus dientes, y durante una conversación con su sobrino declaró que era verdaderamente una «mujer divina», después de lo cual se puso a canturrear. Hans Castorp sufrió todo eso con una indulgencia tranquila, como

aceptando lo inevitable. Pero eso no parecía consolidar mucho la autoridad de su pariente mayor que él, y armonizaba mal con la misión del cónsul.

La comida durante la que la señora Redisch le saludó con su copa levantada —y eso por dos veces: al llegar el plato de pescado y luego cuando sirvieron el sorbete— era la misma en que el doctor Behrens se sentó a la mesa de Hans Castorp y de su invitado. (Por turno comía, en efecto, en cada una de las siete mesas, y en todas partes le estaba reservado un cubierto al extremo de cada una.) Con sus enormes manos juntas sobre el plato, con el bigote retorcido, se hallaba sentado entre Wehsal y el mexicano jorobado al que hablaba en español —pues poseía todas las lenguas, incluso la turca y húngara—, y miró con sus ojos azules, lacrimosos, inyectados de sangre, al cónsul Tienappel cómo saludaba con su vaso de burdeos a la señora Redisch. Más tarde, durante la comida, el consejero pronunció una pequeña conferencia, animado a ella por James que, desde el otro extremo de la mesa, hizo la siguiente pregunta:

—¿Qué le pasa al hombre cuando se descompone? —Y añadió que el consejero había naturalmente estudiado todo lo que se refería al cuerpo, pues éste era su especialidad, era en cierto modo un príncipe del cuerpo, si se podía expresar así, y debía por tanto contar lo que pasaba cuando el cuerpo se descomponía.

—Ante todo, el vientre estalla —contestó el consejero, apoyándose en los codos e inclinado sobre las manos juntas— , uno está sobre las tablas y sobre las virutas, y los gases, ¿comprende usted?, suben, como los malvados rapaces hacen con las ranas al llenarlas de aire. Para terminar, queda convertido en un verdadero globo; luego su vientre no soporta ya la presión y estalla. ¡Pataplum! Usted queda aligerado sensiblemente y hace como Judas cuando cayó de la rama: se vacía. Sí, y después de eso se queda como es debido. Si se le concediese un permiso podría volver a ver a sus parientes sobrevivientes sin que se extrañasen en demasía. A eso se llama dejar de apestar. Y si entonces se sale al aire libre, uno resulta un tipo completamente aceptable como los ciudadanos de Palermo que se hallan colgados en los subterráneos del convento de capuchinos de Porta Nova. Secos y elegantes, están colgados allí y disfrutan de la estima general. Lo importante es haber dejado de apestar.

—¡Comprendido! —dijo el cónsul—. Se lo agradezco infinitamente.

Al día siguiente por la mañana, había desaparecido.

Escapó en el primer tren a la llanura. Naturalmente, lo había dejado todo arreglado. ¿Quién puede suponer lo contrario? Había pagado la cuenta, pagado la consulta que había tenido lugar con toda discreción, sin hablar una palabra de ello a su pariente; había preparado sus dos maletas —sin duda lo hizo por la noche o de madrugada— y cuando Hans Castorp, a la hora del primer desayuno, penetró en la habitación de su tío, la encontró vacía.

Con las manos en las caderas exclamó:

—¡Toma, toma! —Y una sonrisa melancólica se dibujó en su semblante—: ¡Ah, sí! —dijo, y se encogió de hombros. Se había fugado en un instante de resolución y, sobre todo, para no dejar escapar el momento. Había metido sus cosas en la maleta y se había marchado. Solo, no acompañado, no después de haber cumplido su honorable misión, sino feliz por haber huido sano y salvo: burgués fugitivo hacia la bandera de la llanura. «¡Adiós, adiós, buen viaje, tío James!», pensó.

Hans Castorp no dejó entender a nadie que no estaba enterado de la súbita partida de su pariente y visitante y, sobre todo, al cojo que había acompañado al cónsul a la estación.

Recibió una tarjeta postal del lago de Constanza, que le informaba de que James, llamado por un telegrama, se había visto obligado a marchar urgentemente a la llanura por asuntos de negocios. No había querido molestar a su sobrino —una mentira de pura fórmula—, le deseaba una buena estancia. ¿Era una broma? En tal caso, era una broma bastante forzada, juzgó Hans Castorp, pues el tío no había pensado seguramente en burlas cuando se había marchado precipitadamente; había pensado, estremeciéndose interiormente al imaginarlo, que ahora, después de una semana de permanecer aquí arriba, al volver a la llanura, durante algún tiempo sentiría la impresión de que todo era falso, y le parecería completamente inadecuado, poco natural y contrario a toda prescripción, no iniciar, inmediatamente después del desayuno, su paseo de rigor y no tenderse horizontalmente al aire libre, envuelto en las mantas según el rito, en vez de tener que ir al despacho. Y esa comprobación espantosa había sido la causa inmediata de su fuga.

Así terminó la tentativa de la altiplanicie para apoderarse de nuevo de Hans Castorp, que se había evadido. El joven no disimuló que el fracaso completo, que ya habían previsto, era de una importancia decisiva para sus relaciones con las gentes de allá abajo. Significaba que la llanura renunciaba a él encogiéndose de hombros, y para Hans eso representaba la libertad perfecta que, poco a poco, había de hacer temblar su corazón.

Operationes spirituales

Leo Naphta era natural de una pequeña aldea situada en las cercanías de la frontera de la Galitzia y la Volinia. Su padre, del que hablaba con estima —parecía consciente de hallarse lo bastante alejado de su antiguo medio para poder juzgar con benevolencia — había sido *schohet*, carnicero según el rito judío, y ese oficio era muy diferente del que ejercía el carnicero cristiano, que era un comerciante y un artesano. No era así el padre de Leo, que tenía un cargo de funcionario con caracteres de sacerdocio. Elegido por el rabino por sus piadosas aptitudes, autorizado por él para degollar el ganado según la ley de Moisés y de conformidad con los preceptos del Talmud, Elias Naphta, cuyos ojos azules, si uno se atenía al retrato hecho por su hijo, habían tenido un resplandor estelar y estaban llenos de una serena espiritualidad, tenía en todo su ser algo de sacerdotal que recordaba, como en los tiempos antiguos, que degollar el ganado había sido misión del sacerdote.

Cuando Leo, o Leib, como se le había llamado en su infancia, veía a su padre cumplir las funciones rituales con la cooperación de un formidable ayudante, un joven judío y verdadero atleta al lado del cual el frágil Elias, con su barba rubia, parecía todavía más frágil y más delicado; cuando le había visto blandir contra el animal atado, pero no aturdido, su gran cuchilla consagrada y hacerle una herida profunda en la juntura de la vértebra cervical, mientras el ayudante recogía la sangre humeante en cazoletas que se llenaban de inmediato, el muchacho había contemplado ese espectáculo con su mirada de niño que, más allá de las apariencias sensibles, penetra hasta lo esencial, con una mirada que era ciertamente la del hijo de Elias, el de los ojos estelares. Sabía que los carniceros cristianos debían aturdir a sus animales con un golpe de maza o de hacha antes de matarlos y que esta prescripción les había sido dictada a fin de evitar a los animales un trato demasiado cruel; pero aunque su padre fuese mucho más delicado y sabio que aquellos ganapanes, aunque tuviese los ojos brillantes como ninguno de ellos, obraba según la ley, hiriendo al animal no aturdido para degollarlo y dejando que se desangrara hasta morir. El joven Leib tenía la sensación de que el método de aquéllos estaba determinado por una especie de bondad despreocupada y profana, por lo cual no se rendía el mismo honor a ese acto sagrado más que por la crueldad, lo mismo que en su imaginación el aspecto y olor de la sangre que manaba se hallaban unidos a la idea de lo sagrado, pues comprendía que su padre no había elegido aquel oficio sangriento por el mismo gusto brutal que había inclinado a adoptarlo a jóvenes y vigorosos cristianos —incluso al propio ayudante judío—, sino por razones espirituales, a pesar de su fragilidad física y, en cierta manera, por razón de sus ojos estrellados.

En efecto, Elías Naphta había sido un soñador y un pensador; no sólo un estudioso de la Tora, sino también un crítico de las Escrituras, cuyos principios

discutía con el rabino disputando con frecuencia con él. En su comarca —y no sólo entre sus correligionarios— era considerado una persona especial, alguien que sabía muchas más cosas que la mayoría, en parte por devoción, pero también de una manera que podía no ser del todo aprobada y que de todos modos no correspondía al orden establecido. Había en él algo de irregular, propio de los sectarios, algo de un confidente de Dios, de un *Baal-Schem*, o de un *Zaddik*, es decir, de un taumaturgo, por cuanto había curado cierto día a una mujer de una erupción virulenta, y otra vez a un muchacho de convulsiones, por medio de sangre y versículos. Pero precisamente esa aureola de una piedad un poco temeraria, en la que el olor de la sangre desempeñaba su papel, había sido la causa de su perdición, pues con motivo de una revuelta popular y de un pánico furioso provocado por el asesinato inexplicable de dos niños cristianos, Elías fue espantosamente asesinado. Se le encontró crucificado, sujeto con clavos en la puerta de su casa incendiada, después de lo cual su mujer, a pesar de estar enferma de tisis y permanecer siempre en la cama, había abandonado el país con su hijo Leib y otros cuatro hermanos que salieron gritando y gimiendo con los brazos en alto.

No enteramente desprovista de recursos gracias a la previsión de Elías, la familia encontró un asilo en una pequeña ciudad de Vorarlberg, donde la señora Naphta había obtenido un empleo en una fábrica de hilados, que desempeñó durante todo el tiempo que se lo permitieron sus fuerzas, mientras sus hijos más pequeños iban a la escuela primaria. Pero si las disciplinas intelectuales de aquella escuela bastaban al temperamento y las necesidades de los hermanos y hermanas de Leo, a éste no le sucedió lo mismo. Había heredado de su madre el germen de la tisis, y su padre le había dejado, además de la pequeña estatura, una inteligencia excepcional, dotes intelectuales que no tardaron en aliarse con sus instintos más ambiciosos, con la nostalgia angustiosa de formas de vida más aristocráticas y que le inspiraban una necesidad apasionada de elevarse sobre su origen.

Además de la escuela, el adolescente de catorce o quince años había formado su espíritu impacientemente y sin dilación, con la ayuda de los libros que se podía procurar y con los cuales alimentaba su inteligencia. Pensaba y formulaba preguntas que obligaban a su madre enferma a inclinar la cabeza y a elevar al cielo sus dos delgadas manos. Por sus maneras, por sus contestaciones, llamó durante la enseñanza religiosa la atención del rabino del cantón, un hombre piadoso y sabio que hizo de él su alumno predilecto y que satisfizo sus necesidades de saber con la enseñanza del hebreo y los clásicos, y sus lógicas inquietudes, iniciándole en las matemáticas. Pero la solicitud del buen hombre debía verse mal recompensada, pues no tardó en darse cuenta de que había albergado una serpiente en su seno. No se pusieron de acuerdo; entre el maestro y el alumno se produjeron diferencias religiosas y filosóficas que se agravaron cada día más, y el honrado doctor tuvo que sufrir a causa de la rebelión

intelectual, de la inclinación a la crítica y al escepticismo, del espíritu de contradicción, de la dialéctica del joven Leo. Se añadió a eso que la ingeniosidad y el espíritu sedicioso de Leo habían acabado por adoptar un carácter revolucionario. La amistad que había contraído con el hijo de un diputado socialista del Reichstag y con ese mismo demagogo, habían orientado su espíritu hacia la política, habían dirigido su pasión de lógica en un sentido hostil a la sociedad. Pronunciaba palabras que hacían poner los pelos de punta al buen talmudista, empapado de lealtad, y que terminaron por poner fin al acuerdo entre el maestro y el discípulo. En una palabra, las cosas llegaron al punto de que Naphta fue desterrado para siempre del gabinete de trabajo del rabino, y eso precisamente en la época en que su madre, Rahel Naphta, estaba agonizante.

En ese tiempo, poco después del fallecimiento de su madre, Leo trabó conocimiento con el padre Unterpertinger. El joven de dieciséis años se hallaba sentado en un banco del parque de Margartenkopf, en una altura situada al oeste de la pequeña ciudad, en la ribera del Ill, desde donde disfrutaba de una vista extensa y clara sobre el valle del Rin. Se encontraba allí sentado, perdido en amargos y tristes pensamientos sobre su destino, sobre su porvenir, cuando un profesor de la institución de los jesuítas Stella Matutina, que paseaba por el parque, se sentó a su lado, se quitó el sombrero, cruzó las piernas bajo su sotana de cura mundano y, después de leer durante algún tiempo su breviario, entabló una conversación que continuó muy animada y que había de decidir el destino de Leo. El jesuita, el hombre de experiencia, de excelente educación, apasionado pedagogo, conocedor y pescador de almas, escuchó con atención las primeras frases sarcásticas y claramente articuladas con las cuales el joven judío contestaba a sus preguntas. Una espiritualidad aguda y atormentada se desprendía del joven Naphta y, al penetrar más hondamente, el jesuita se encontró con una ciencia y una elegancia de pensamiento que la apariencia negligente del joven hacían aparecer como sorprendentes. Se habló de Carlos Marx, del que Leo Naphta había estudiado El Capital en una edición popular, y de allí pasó a Hegel, al que había leído también bastante y sobre el cual pudo formular algunas observaciones impresionantes. Bien sea por una tendencia general a la paradoja, bien por una intención de cortesía, llamó a Hegel un pensador «católico», y cuando el padre, sonriendo, le preguntó sobre qué podía fundar semejante juicio, puesto que Hegel, en su calidad de filósofo prusiano del Estado, debía ser considerado como esencial y específicamente protestante, contestó que precisamente la frase «filósofo del Estado» confirmaba que en el sentido religioso, si no en el sentido dogmático y eclesiástico, se había fundado para hablar del catolicismo de Hegel. Pues —a Naphta le agradaban extraordinariamente esas conjeturas, adquirían algo de triunfante y despiadado en su boca, y sus ojos brillaban detrás de sus lentes cada vez que podía insertar una de esas frases—, pues el concepto de la política se hallaba

psicológicamente unido al concepto del catolicismo, formaban una categoría que comprendía todo lo que había de objetivo, de realizable, de eficiente y de eficaz. En el jesuitismo, añadió, la naturaleza pedagógica y política del catolicismo se manifiesta hasta la evidencia, ya que esta orden había considerado siempre el arte de la política y educación como sus propios dominios. Y citó a Goethe que, hundiendo sus raíces en el pietismo, era incontestablemente protestante, teniendo sin embargo un aspecto netamente católico gracias a su realismo y a su doctrina de acción. Había defendido la práctica de la confesión y, como educador, se había mostrado casi jesuita.

Naphta pudo decir esas cosas porque creía en ellas, porque las encontraba espirituales, o porque quería complacer a su interlocutor en su calidad de pobre ser que debe adular y que calcula con precisión lo que puede servirle y lo que puede perjudicarle; sea lo que fuere, el padre se interesó, más que por la sinceridad de esas palabras, por la inteligencia que revelaban, y la conversación fue continuando. El jesuita no tardó en enterarse de las condiciones de la existencia personal de Leo y la entrevista terminó con una invitación de Unterpertinger para que fuese a verle a la institución.

De esta manera Naphta pudo poner el pie en el territorio de la Stella Matutina, cuya atmósfera científica y elevado nivel social excitaron su imaginación y nostalgia. Además, gracias a eso, pudo contar con un nuevo maestro y protector, mejor dispuesto que el anterior a animarle y a apreciar su naturaleza, un maestro cuya bondad, naturalmente fría, era debida a su experiencia de la vida, y en cuyo círculo él experimentaba los más vivos deseos de penetrar. Según la opinión de muchos judíos espirituales, Naphta tenía un instinto a la vez revolucionario y aristocrático socialista y, al mismo tiempo, poseído por los sueños de poder llegar a formas de existencia nobles y distinguidas, exclusivas y ordenadas.

La primera palabra que le había arrancado la presencia de un teólogo católico, aunque hubiese sido presentada como un puro análisis comparado, había consistido en una declaración de amor hacia la Iglesia romana, que estimaba como una potencia a la vez noble y espiritual, es decir, antimaterial, antirreal, hostil al mundo y, por consiguiente, revolucionaria. Y ese homenaje era sincero y salía del fondo de su ser, pues, como él mismo manifestó, el judaismo, gracias a su orientación hacia lo terrenal y objetivo, gracias a su socialismo y a su espíritu político, se hallaba infinitamente más cerca de la esfera católica que el protestantismo en su subjetividad mística e individualista, de manera que la conversión de un judío a la religión católica constituía una evolución espiritual mucho más fácil que la de un protestante.

Distanciado del Pastor de su comunidad religiosa primitiva, huérfano y abandonado, y además impaciente por respirar un aire más puro y conocer formas de existencia a las que tenía derecho, Naphta, que hacía algún tiempo había llegado a la

mayoría de edad, se hallaba impacientemente dispuesto a franquear el umbral de la nueva confesión, hasta el punto de que su iniciador se vio dispensado del trabajo de ganar aquel cerebro excepcional para su religión. Antes de recibir el sacramento del bautismo, Naphta, por influencia del padre, había encontrado en la Stella un asilo provisional y su alimento material y espiritual. Se había trasladado, abandonando tranquilamente, y con la insensibilidad del aristócrata del espíritu, a sus hermanos pequeños a la beneficencia pública y a la suerte que justificaban sus mediocres dones.

Las tierras de la institución eran extensas, así como sus edificios, que podían acoger a cuatrocientos internos. Comprendían bosques y prados, media docena de campos de juego, granjas y establos para cientos de cabezas de ganado. La institución era a la vez un pensionado, una granja modelo, una academia de deportes, una escuela de eruditos y un templo de las musas, pues se representaban sin cesar obras teatrales y se daban conciertos. La vida era a un tiempo señorial y claustral. Por la disciplina y la elegancia que reinaban, por la alegría discreta, por su espiritualidad, por su organización minuciosa, por la precisión del empleo del tiempo, halagaba los instintos más profundos de Leo. Se sentía infinitamente feliz. Comía los excelentes manjares en un vasto refectorio en el que la regla era el silencio, lo mismo que en los corredores de la institución, y en medio del cual un joven prefecto, sentado delante de un pupitre, leía en alta voz. Su celo por el estudio era ardiente a pesar de su debilidad y hacía toda clase de esfuerzos para mantener su puesto, por la tarde, en los juegos deportivos. La piedad con que oía cada mañana la primera misa y tomaba parte los domingos en la misa mayor, satisfacía a los padres pedagogos. Su comportamiento y sus maneras eran también absolutamente satisfactorios. Los días de fiesta, por la tarde, después de comer pasteles y beber vino, iba a pasear vestido con el uniforme gris, el cuello alto, pantalón rayado y bonete.

Se sentía imbuido de un agradecimiento profundo ante las consideraciones de que era objeto en lo que se refería a su origen, a su cristianismo reciente, y a su situación personal en general. Nadie parecía saber que ocupaba una plaza gratuita en el establecimiento, pues las reglas de la casa desviaban la atención de sus camaradas del hecho de que no tuviese familia ni hogar. No era permitido a nadie recibir envíos de vituallas o golosinas, y los que se hacían a pesar de las órdenes, eran repartidos entre todos, y Leo también recibía su parte. El cosmopolitismo de la institución impedía que la raza del joven judío apareciese de una manera evidente. Había allí jóvenes extranjeros, sudamericanos, portugueses que parecían más «judíos» que él, y de ese modo se perdía toda noción. El príncipe etíope que había sido recibido al mismo tiempo que Naphta, tenía también un tipo parecido, aunque era muy distinguido.

En la clase de retórica, Leo manifestó el deseo de estudiar teología para pertenecer un día a la orden si era digno de ello. Desde entonces su bolsa fue trasladada del segundo pensionado, donde el régimen era más modesto, al primero.

Ahora era servido en la mesa por criados, y su habitación se hallaba entre la de un conde silesíano, Von Harbuval, y la de un marqués, Rangoni-Santacroce, de Modena. Obtuvo un brillante éxito en los exámenes y, fiel a sus propósitos, abandonó la institución para ir al noviciado de Tisis, con el objeto de llevar una vida de humildad servicial, de disciplina muda y adaptación religiosa, que le procuraba placeres espirituales marcados con los conceptos fanáticos de otros tiempos.

Sin embargo, su salud fue debilitándose. Le perjudicó más su vida interior que la duración del noviciado, que no concedía reposo al cuerpo. A pesar de su sagacidad y su ingenio, los procedimientos pedagógicos de que era objeto contrariaban sus disposiciones personales y las estimulaban al mismo tiempo. Durante los ejercicios espirituales a que se consagraba todo el día y aun parte de la noche, durante todos esos exámenes, esos ejercicios y esas contemplaciones, se metía en mil dificultades, contradicciones y dudas por espíritu malicioso y apasionado. Era la desesperación —al mismo tiempo que la gran esperanza— de sus directores espirituales a quienes hacía sentir los fuegos del infierno por su furor dialéctico y su falta de ingenuidad.

«*Ad haec quid tu*?», preguntaba, mirando a través de los lentes. Y no le quedaba más recurso al padre que exhortarle a la plegaria para que consiguiese la paz del corazón: «*Ut in aliquen gradum quietis in anima perveniat*.» Pero esa «paz» consistía, cuando la obtenía, en un embotamiento completo de la vida personal, la reducía a no ser más que un simple instrumento, era la paz del cementerio, de la que el hermano Naphta podía estudiar los signos exteriores inquietantes en más de una fisonomía de mirada vacía, y que él no conseguía alcanzar más que a costa de la ruina corporal.

El alto empaque intelectual de sus superiores se traducía en el hecho de que esas reservas y objeciones no perjudicaban la estima de que disfrutaba cerca de ellos. El padre provincial mismo le convocó a fines de su segundo año de noviciado, habló con él, consintió en admitirle en el seno de la orden, y el joven escolástico, que había recibido cuatro ordenaciones inferiores y hecho igualmente los votos «simples», y que ahora pertenecía definitivamente a la sociedad, fue al colegio de Falkenburg, en Holanda, para comenzar sus estudios de teología.

Tenía entonces veinte años, y tres más tarde, bajo la influencia de un clima nocivo y de sus esfuerzos intelectuales, su mal hereditario realizó tales progresos que no hubiese podido continuar más que con peligro de su vida. Una hemoptisis alarmó a sus superiores y, después de hallarse durante unas semanas entre la vida y la muerte, le invitaron, apenas restablecido, a la misma institución en que había sido educado, donde encontró un empleo como prefecto, vigilante de alumnos internos y profesor de humanidades y filosofía. Aquella situación se ajustaba a la norma, pero ordinariamente se volvía, después de unos años de servicio, al colegio para continuar siete años de estudios teológicos y terminarlos. Continuaba enfermo, el médico y los

superiores juzgaron que el servicio en ese lugar, al aire libre, con los alumnos y las ocupaciones agrícolas, le convenía provisionalmente. Recibió el primer grado superior y obtuvo el derecho de cantar la Epístola en la misa solemne del domingo, derecho que por otra parte no ejerció, en primer lugar porque no tenía la menor noción de música, y en segundo, porque la extrema debilidad de su voz le hacía completamente inepto para cantar. No fue más allá del subdiaconado; no llegó al diaconado ni a la ordenación sacerdotal y, como la hemoptisis se repitió y la fiebre no remitía, tuvo que someterse, a costa de la orden, a una cura prolongada; había elegido su domicilio en Davos y se hallaba aquí desde hacía ya siete años. No podía hablarse de una cura. Era una condición indispensable para salvar su vida, hecha menos penosa por su actividad de profesor de latín en el liceo de alumnos enfermos…

Esos detalles y otros más amplios y precisos fueron revelados a Hans Castorp por boca del mismo Naphta, cuando le iba a visitar a su celda tapizada de sedas, solo o bien acompañado de sus vecinos de mesa, Ferge y Wehsal, que había presentado a Naphta; o cuando le encontraba durante sus paseos y regresaba en su compañía hacia Dorf. Iba conociendo esos detalles al azar, por episodios o bajo forma de relatos vehementes, y no sólo los encontraba muy curiosos por su parte, sino que incitaba a Ferge y a Wehsal a considerarlos desde ese mismo aspecto. Ferge manifestaba que las cosas elevadas no compaginaban con él, ya que únicamente la experiencia del pleurochoque le había llevado más allá de las contingencias humanas más humildes. El segundo, en cambio, mostraba una simpatía visible por la suerte afortunada de un hombre oprimido y con el que tenía de común la enfermedad que había puesto un dique a su suerte desmesurada.

Hans Castorp, por su parte, lamentaba esa interrupción y pensaba con orgullo y recelo en Joachim, en el hombre de honor que, con un esfuerzo heroico, había desgarrado las resistentes redes de la verborrea de Rhadamante y había huido hacia su bandera, a cuya asta imaginaba Hans Castorp que debía haberse agarrado, elevando los tres dedos de su mano derecha para prestar juramento de fidelidad. Naphta también había jurado una bandera, también se había puesto bajo su protección, como él mismo decía cuando informaba a Hans Castorp, bajo la regla de su orden, pero evidentemente con sus ideas y combinaciones particulares le era menos fiel que Joachim a la suya.

Sin embargo, Hans Castorp, el civil, el hijo de la paz, cuando escuchaba con atención al ex o al futuro jesuita, se sentía confirmado en su opinión de que ambos debían sentir simpatía por el estado de la profesión del otro, pues eran castas militares, tanto una como otra y similares en muchos aspectos: tanto en el asceta como en el jerarca, en la obediencia y el honor español. Esto último reinaba sobre todo en la orden de Naphta, orden de origen español y cuya regla de ejercicios espirituales, una especie de contrapartida de los que Federico de Prusia había

impuesto a su infantería, habían sido primitivamente redactados en lengua española, lo que llevaba a Naphta a servirse frecuentemente de expresiones españolas en sus relatos y sus comunicaciones. Así, hablaba de *dos banderas* en torno a las cuales los ejércitos se reunían para la gran batalla, la del Infierno y la de la Iglesia, ésta en la región de Jerusalén donde mandaba Jesús, el capitán general de todos los justos, y aquélla en la llanura de Babilonia, donde Lucifer era el *caudillo* o jefe de la banda…

¿No era acaso la institución Stella Matutina una verdadera escuela de cadetes cuyos alumnos, agrupados por «divisiones», debían observar valientemente un comportamiento medio eclesiástico medio militar, una combinación de «cuello almidonado» y «golilla española», si era posible expresarse así? La idea del honor y la nobleza, que desempeñaban un papel tan brillante en el oficio de Joachim, ¡con qué limpieza —pensaba Hans Castorp— aparecían en el que Naphta desgraciadamente había tenido que abandonar a causa de su enfermedad! Si había que creerle, esa orden no se componía más que de oficiales extraordinariamente ambiciosos que estaban animados por el único pensamiento de distinguirse en el servicio (*Insignes esse*, se decía en latín). Según la doctrina y la regla del primer fundador y primer general, el español Loyola, rendían más servicios, más magníficos servicios que todos los que obraban únicamente guiados por su buen sentido. Además, realizaba su obra *ex supererogationes*, más allá de su deber, no sólo en resistencia a la rebelión de la carne (*rebellioni carnis*), lo que no era en suma más que lo que hace todo hombre sano y de buen sentido, sino combatiendo tendencias a la sensualidad, al amor propio y al amor a la vida, incluso en cosas que eran permitidas a los seres en general; pues obrar combatiendo al enemigo (*agere contra*), atacar era, por consiguiente, más honroso que limitarse a defender (*resistere*). Debilitar y destrozar al enemigo, decía el reglamento de servicio de la compañía, y su autor, Loyola, estaba una vez más de acuerdo con el capitán general de Joachim y con Federico de Prusia, y su regla marcial: «¡Atacar! ¡Atacar! ¡Caer sobre el enemigo! *Attaquez donc toujours*!»

Pero lo que era sobre todo común al universo de Naphta y al de Joachim eran su sentimiento respecto a la sangre vertida y su axioma de que no había que abstenerse en esto principalmente, como mundos, como órdenes y como estados concordaban estrictamente, y para un hijo de la paz era muy interesante oír a Naphta hablar de monjes guerreros de la Edad Media, que, ascetas hasta el agotamiento y, sin embargo, ávidos de conquistas intelectuales, no habían renunciado a la sangre para adelantar el advenimiento del Estado de Dios, del reino de lo sobrenatural sobre la Tierra; templarios luchadores que habían juzgado más meritoria la muerte en la batalla contra los infieles que la muerte en su cama, y que habían estimado que matar o morir por el amor de Jesús no era un crimen, sino la gloria suprema.

¡Era mejor que Settembrini no oyese esas consideraciones! El «organillero» no hubiese dejado de empuñar la trompeta de la paz; había, sin embargo, en su propio

programa, la guerra civilizadora, santa, nacional, contra Viena, y Naphta se aprovechaba de esa pasión y debilidad del adversario para cubrirle de sarcasmos y de desprecio. Al menos, todas las veces que el italiano expresaba con ardor tales sentimientos, Naphta hacía gala de su cosmopolitismo cristiano, decía que todos los países eran su patria y, otras veces, que no lo era ninguno, y repetía, con tono breve, las palabras de un general de su orden llamado Nickel, según el cual el amor a la patria era una «peste y la muerte cierta del amor cristiano».

Naturalmente, Naphta trataba de peste al patriotismo en nombre del ascetismo. ¿Qué había en él que no contrariase, según su opinión, al ascetismo y al reino de Dios? No sólo el amor a la familia y al país sino también a la salud y a la vida; era precisamente ese amor lo que reprochaba al humanista cuando éste predicaba la paz y la felicidad; le acusaba, riñéndole, de amar la carne, de *amor carnalis*, de amar las comodidades personales, *amor commodorum corporis*, y le echaba en cara que constituía una religión de filisteo el conceder en menor importancia a la vida y a la salud. Eso había ocurrido en la gran controversia sobre la salud y la enfermedad que se entabló un día, ya muy cerca de Navidad, durante un paseo por la nieve hasta Platz, respecto a esas divergencias, y en la cual tomaron parte Settembrini, Naphta, Hans Castorp, Ferge y Wehsal, todos ligeramente febriles, aturdidos y excitados a fuerza de hablar y andar sumidos en el frío glacial de las alturas; todos eran presa de escalofríos, tanto si su papel era activo, como el de Naphta y Settembrini, o pasivo o limitado a breves intervenciones; todos tomaban parte con un celo tan ardiente que, olvidándose de todo, se detenían con frecuencia formando un grupo profundamente absorbido que gesticulaba, hablando a la vez y obstruía el paso sin ocuparse de los que pasaban por su lado, a menos que se detuviesen igualmente y escuchasen sorprendidos aquellas divagaciones infinitas.

La discusión había tenido como punto de partida a Karen Karstedt, la pobre Karen de los dedos sanguinolentos que había muerto hacía poco. Hans Castorp no se enteró del empeoramiento repentino de su estado, ni de su *exitus*; de lo contrario habría asistido como camarada a su entierro, y aún más porque sentía afición por los funerales en general. Pero la discreción habitual había hecho que se enterase demasiado tarde de la partida de Karen cuando ésta había ya entrado en el jardín del *bambino* del bonete de nieve, para adquirir una posición definitivamente horizontal. *Requiem aeternam*… dedicó a su memoria algunas palabras amistosas, lo que llevó a Settembrini a expresarse en términos burlones sobre la actividad caritativa de Hans, sobre sus visitas a Leila Gerngross, al industrial Rotbein, a la señora Zimmermann, la «demasiado llena», al presuntuoso hijo de «Tous-les-deux» y a la desgraciada Natalia von Mallinckrodt, y a burlarse, además, de las costosas flores con las que el ingeniero había rendido homenaje a toda aquella banda miserable y ridicula.

Hans Castorp hizo notar que los beneficiarios de sus atenciones, a excepción de la

señora Mallinckrodt y el joven Teddy, habían efectivamente muerto, a lo que Settembrini contestó preguntando si eso les había hecho más respetables.

—¿No hay una cosa —contestó Hans Castorp— que se llama el respeto cristiano ante el infortunio?

Y antes de que Settembrini tuviese tiempo de llamarle al orden, Naphta comenzó a hablar de los piadosos excesos de caridad que habían caracterizado la Edad Media, de casos sorprendentes de fanatismo y exaltación en los cuidados tributados a los enfermos; hijas de reyes besaron las llagas putrefactas de los leprosos, se expusieron voluntariamente al contagio de la lepra, llamaron rosas a las úlceras que se formaban sobre el cuerpo de aquellos desgraciados, bebieron agua en la que se habían lavado enfermos purulentos y habían declarado luego que nada en el mundo les parecía mejor.

Settembrini fingió sentir deseos de vomitar. Le revolvía el estómago, más que lo físicamente repugnante de esas imágenes, el monstruoso extravío que demostraban sobre el concepto de la caridad activa. Se irguió, en una actitud de dignidad tranquila, al hablar de las formas modernas de la caridad humanitaria, de la victoria alcanzada sobre las enfermedades contagiosas oponiendo a ellas la higiene, y las formas sociales y los altos hechos de la ciencia médica a todos esos horrores.

Pero esas cosas honorables y burguesas —contestó Naphta— hubieran sido de muy poca utilidad en los siglos que acababa de evocar, habría servido también de muy poco a los enfermos y miserables y a los infelices que se mostraban caritativos, menos por piedad que para obtener la salvación de su alma, pues una forma social coronada de éxito hubiera privado a los unos de un medio para justificarse y a los otros de su estado sagrado. Por eso, el mantenimiento de la pobreza y la enfermedad era una cosa que interesaba a ambas partes, y este concepto fue positivo mientras fue posible desde un punto de vista religioso.

Un punto de vista grasiento —declaró Settembrini— y un concepto cuya imbecilidad no se rebajaba a combatir, pues la idea de la pobreza sagrada, lo mismo que lo que el ingeniero había dicho sobre el «respeto cristiano hacia la desgracia», era charlatanería, pura ilusión, intuición falaz, lapsus psicológico. La piedad que el hombre sano manifiesta hacia los enfermos y que lleva hasta el respeto porque no puede imaginar cómo hubiese podido soportar personalmente tales sufrimientos, esa piedad es muy exagerada, no se le debe en modo alguno al enfermo, es el resultado de un error de razonamiento e imaginación, en la medida misma en que el hombre sano presta al enfermo su misma manera de vivir e imagina que la enfermedad es, en cierta manera, un hombre sano que debe soportar las torturas de un enfermo, todo lo cual constituye una profunda equivocación. El enfermo, en efecto, es un enfermo con el carácter particular y la sensibilidad modificada que implica la enfermedad; ésta altera al hombre de manera que éste se adapta a ella, produce fenómenos de

sensibilidad atrofiada, de estados de inconsciencia, de aturdimientos bienhechores, toda clase de subterfugios y expedientes espirituales y morales que el hombre sano, en su ingenuidad, se olvida de tener en cuenta. El mejor ejemplo radica en esa pandilla de tuberculosos que vemos aquí, en su ligereza, su tontería y perversión, en su falta de apresuramiento por recuperar la salud. En una palabra, si el hombre sano que da muestras de esa piedad respetuosa estuviese enfermo, se daría cuenta de que la enfermedad es, en efecto, un estado particular, pero en modo alguno un estado honorable, y que se la ha tomado demasiado en serio.

Aquí Antonio Carlovitch protestó y tomó la defensa del tratamiento de la pleura contra esas difamaciones y esa falta de consideración.

—¿Cómo? ¿Qué dice? Tomar demasiado en serio su pleurochoque. ¡No está mal!

Su nuez saliente y su bigote jovial subían y bajaban, y se sublevaba de que desdeñasen lo que él había sufrido. El no era más que un hombre sencillo, representante de una compañía de seguros y todas las cosas elevadas le eran extrañas; esta conversación rebasaba en mucho su horizonte. Pero si Settembrini intentaba comprender el tratamiento de la pleura en lo que había dicho —ese infierno de cosquillas, con aquel hedor sulfuroso y los tres síncopes de colores diferentes—, se veía obligado a protestar y a decir mil veces que no. En ese caso no podía hablarse de sensibilidad disminuida, de aturdimiento beneficioso ni de errores de imaginación; se trataba de la más grande y de la más repugnante asquerosidad que podía existir bajo el sol, y quien no lo hubiese probado no podía tener la idea de tal infamia…

—Sí, sí —dijo Settembrini—. El accidente del señor Ferge se va haciendo más grandioso a medida que el tiempo pasa, y ha acabado llevándolo en torno de la cabeza como una aureola. En cuanto a él, hacía muy poco caso de los enfermos que pretendían tener derecho a la admiración. El mismo se hallaba enfermo y no ligeramente y, sin que pusiese en ello la menor afectación se sentía más bien inclinado a avergonzarse. Por otra parte, hablaba de una manera impersonal, filosófica, y lo que había hecho observar sobre las diferencias entre la naturaleza y las sensaciones del enfermo y del hombre sano estaba perfectamente fundado; bastaba pensar en las enfermedades mentales, en las alucinaciones, por ejemplo. Si uno de sus compañeros actuales, ya fuese el ingeniero o el señor Wehsal, pudiese ver esta noche, en el crepúsculo, en un rincón de la habitación a su padre muerto que le mirase y le hablara, sería eso, para la persona en cuestión, una verdadera enormidad, un elemento trastornador y turbador hasta el supremo grado, que le haría dudar de sus propios sentidos y de su razón, y le decidiría a huir inmediatamente de la habitación y poner en cura sus nervios. ¿No tengo razón? Pero la broma consistía precisamente en que eso no podía ocurrir en modo alguno a esos señores, puesto que se hallaban sanos de espíritu. Si semejante cosa les ocurriese, ya no estarían sanos, sino enfermos, y no reaccionarían ya como un hombre sano, es decir, por el espanto y tomando la huida,

sino que aceptarían aquella aparición como si fuese completamente normal y entablarían una conversación con ella, como es exactamente el caso de los alucinados. Y creer que la alucinación constituye para los alucinados un motivo de espanto es precisamente un error de imaginación que comete el sano.

Settembrini hablaba de una manera muy cómica y plástica del padre difunto en el rincón de la habitación. Todos se vieron obligados a reír, incluso Ferge, a pesar de que se sintió herido por el desdén que se manifestaba respecto a su infernal aventura.

El humanista, por su parte, sacó partido de aquella animación para comentar y motivar más ampliamente el poco caso que hacía de los alucinados y, en general, de todos los *pazzi*. Opinaba que esas personas se permitían demasiadas cosas y frecuentemente ellas mismas podrían contener su demencia, como él había podido observar durante las visitas que había hecho a los hospitales de trastornados, pues cuando un extranjero o un médico aparecían por la puerta, el alucinado contenía con frecuencia sus muecas, sus discursos y sus gesticulaciones, y se comportaba convenientemente durante todo el tiempo que se sentía observado, para luego volver a comenzar. La demencia significaba, pues, en muchos casos un abandono, y en ese sentido servía a las naturalezas débiles de refugio y abrigo contra una gran pena o contra una desgracia de la suerte que esos seres no se creían capaces de soportar con toda lucidez. Pero todo el mundo podía decir otro tanto, y él mismo había devuelto a la razón, al menos pasajeramente, a muchos locos, sólo con su mirada y oponiendo a sus divagaciones una actitud despiadamente lógica.

Naphta rió sarcásticamente, mientras que Hans Castorp manifestó que creía al pie de la letra lo que Settembrini había dicho. Cuando imaginaba cómo Settembrini debía sonreír bajo el bigote y mirar a los ojos del débil de espíritu con una razón tan inflexible, comprendía perfectamente que el pobre diablo concentrase sus sentidos e hiciera honor a la claridad, a pesar de que naturalmente debiese considerar la llegada del señor Settembrini como un acontecimiento desagradable.

Pero Naphta también había visitado manicomios y recordaba haber pasado por el pabellón de los furiosos y haber contemplado escenas ante las cuales, ¡Dios mío!, la mirada razonable y la influencia saludable del señor Settembrini no habrían servido de nada. Escenas dantescas, imágenes grotescas de la angustia y el tormento, locos completamente desnudos encogidos en su baño, tomando todas las actitudes del espanto y el estupor; algunos clamaban sus dolores, y otros, con los brazos levantados y la boca abierta, lanzaban carcajadas en las que se mezclaban todos los elementos del infierno.

—¡Ah, ah! —exclamó Ferge, y se tomó la libertad de recordar su propia risa, la carcajada que había lanzado cuando cayó presa del síncope.

En una palabra, la pedagogía inflexible de Settembrini tuvo que batirse en retirada ante las visiones del pabellón de los locos furiosos; ante ellas, un recogimiento

religioso hubiera constituido una reacción más humana que esas pretensiones moralizadoras de la razón que nuestro luminoso caballero del Sol y vicario de Salomon se complacía en oponer a la demencia.

Hans Castorp no tuvo tiempo de ocuparse de los títulos que Naphta acababa de conceder a Settembrini. Se propuso referirse a ellos en la primera ocasión; pero por el momento, la conversación continuaba absorbiendo toda su atención.

Naphta comentaba con severidad las tendencias generales que determinaban al humanista a tributar, por principio, todos los honores a la salud y disminuir naturalmente un desinterés notable y casi loable, puesto que Settembrini estaba él mismo enfermo. Pero su actitud, que su excepcional dignidad no impedía reposase sobre el error, resultaba de una estima y una referencia respecto al cuerpo que no podían justificarse más que situando a éste todavía en su estado original más próximo a Dios, en lugar de encontrarse en un estado de degradación *in statu degradationis*. Creado inmortal, había sido condenado luego a la corrupción de la naturaleza por el pecado original, a la perversidad y la repulsión. Era mortal y perecedero, no era nada más que una prisión del alma, útil para despertar el sentimiento de la vergüenza y la confusión *pudoris et confusionis sensum*, como decía san Ignacio.

Hans Castorp manifestó entonces que el humanista Plotino se había expresado dentro de este orden de sentimientos. Pero Settembrini, elevando los brazos por encima de la cabeza y fuera de la articulación escapular, le rogó que no confundiese los puntos de vista y que se limitase más bien a escuchar.

Sin embargo, Naphta explicaba el respeto que la Edad Media cristiana había testimoniado hacia la miseria del cuerpo, la aprobación religiosa que había concedido a los sufrimientos de la carne, pues las úlceras del cuerpo no hacían tan sólo evidente su decrepitud, sino que correspondían a la venenosa perversidad del alma de una manera edificante y satisfactoria para el espíritu, mientras que la belleza del cuerpo era un fenómeno engañoso y ofensivo para la conciencia, que era preciso rechazar humillándose profundamente ante la enfermedad. *Quis me liberabit de corpore monis hujus*? ¿Quién me liberará del cuerpo de este muerto? Era la voz misma del espíritu, la eterna voz del espíritu, la eterna voz de la humanidad entera.

No; no era una voz nocturna, según opinión que Settembrini adelantó con emoción, la voz de un mundo en el que el sol de la virtud y la humanidad no había aparecido todavía. Ciertamente, a pesar de hallarse físicamente intoxicado, había conservado un espíritu bastante sano y no pestífero para hacer frente al clerical Naphta sobre el problema del cuerpo del hombre como el verdadero templo de Dios. Por su parte, Naphta declaró que ese tejido no era otra cosa que el velo tendido entre nosotros y la eternidad, lo que ocasionó que Settembrini le prohibiese definitivamente que se sirviese de la palabra «humanidad»…

Con los rostros ateridos de frío y la cabeza descubierta, enfundados en sus

impermeables, unas veces sobre la nieve endurecida, crujiente y cubierta de ceniza, que hacía más alta la acera, otras metiendo los pies en la nieve abundante y blanda de la calle —Settembrini abrigado con un sobretodo de invierno cuyo cuello de castor aparecía raído a fuerza de su uso, pero que llevaba con elegancia; Naphta dentro de una pelliza negra, completamente cerrada, que le llegaba a los pies y que estaba enteramente forrada de piel hasta el punto de no mostrar nada de su persona— discutían todos esos principios con el ardor más apasionado, y ocurría con frecuencia que ya no se dirigían el uno al otro, sino a Hans Castorp, a quien el orador exponía su punto de vista señalando a su adversario con la cabeza o con el dedo pulgar. Castorp iba entre los dos adversarios, volvía la cabeza a un lado, luego a otro, aprobaba ahora a éste, luego a aquél, o se detenía echando el cuerpo hacia atrás, gesticulando con la mano enguantada y haciendo una observación personal, no hay que decir que insuficiente, mientras que Ferge y Wehsal giraban en torno a los tres, avanzándoles, quedándose atrás o marchando al lado hasta que los paseantes rompían esa alineación.

Bajo la influencia de estas observaciones la conversación comenzó a versar sobre puntos más concretos y, despertando el interés creciente de todos, se refirió a los problemas de la incineración, el castigo corporal, la tortura y la pena de muerte.

Fue Fernando Wehsal quien puso sobre el tapete la cuestión del castigo corporal. No causó sorpresa que Settembrini se extendiese en elevadas palabras e invocase la dignidad humana contra ese procedimiento tan condenable como antipedagógico y antipenal. Tampoco causó sorpresa pero sí un poco de asombro a causa de su siniestra audacia, que Naphta se declarase partidario de la flagelación. Según él, era absurdo divagar sobre la dignidad humana, pues la verdadera dignidad se refiere al cuerpo, no a la carne, y como el alma humana se halla inclinada a sacar del cuerpo toda su alegría de vivir, los sufrimientos que se infligen al cuerpo constituyen un medio muy recomendable de estropearle el placer de los sentidos, y de arrojarla en cierta manera de la carne para que el espíritu recobre su poder sobre ella. Era un reproche absurdo considerar el castigo corporal como particularmente humillante. Santa Isabel había sido flagelada hasta sangrar por su confesor Conrad de Marburgo, y según la leyenda, «su alma había sido arrebatada hasta el tercer coro», y ella misma había flagelado a una pobre vieja que tenía demasiado sueño para confesarse. ¿Es posible que se permitiese calificar de inhumanas o bárbaras las flagelaciones a que se entregaban los miembros de ciertas órdenes o sectas, y de un modo general las personas que sienten profundamente, a fin de mortificar en ellos el principio del espíritu? La idea de la prohibición legal de los castigos corporales en los países que se juzgan adelantados, considerándola como un progreso, era una opinión que, a pesar de ser general, no por eso dejaba de ser cómica.

—Es preciso al menos admitir —dijo Hans Castorp— que, en esta oposición entre

la carne y el espíritu, la carne representa sin duda el principio malo y diabólico, y que la naturaleza, en su oposición al espíritu, a la razón, es decididamente mala, místicamente mala, si uno puede atreverse a hacer esta observación sobre la cultura y sobre sus conocimientos. Admitido este punto de vista, es lógico tratar el cuerpo en consecuencia, es decir, aplicarle los medios de castigo que se pueden igualmente designar como místicamente malos, si es posible atreverse una vez más a hacer una observación personal. Tal vez, si el señor Settembrini hubiese tenido a su lado a santa Isabel, cuando la debilidad de su cuerpo le impidió ir al congreso progresista de Barcelona…

Todos rieron y, como el humanista intentó protestar, Hans Castorp habló apresuradamente de la palizas que él mismo había recibido en otro tiempo… En el liceo era frecuente, pues esa pena se hallaba todavía más o menos en uso y en las clases inferiores había varas, y aunque los maestros, por ciertas consideraciones sociales, no hubiesen puesto las manos sobre él, un día recibió sin embargo una paliza de un condiscípulo más fuerte que le golpeó con un bastón flexible en las nalgas y sobre las pantorrillas cubiertas solamente por las medias, y eso le había producido un daño espantoso, duro, inolvidable, verdaderamente místico, con sollozos de un fervor avergonzado, lágrimas de cólera y desesperación, y Hans Castorp había leído además que en las casas de reclusión los más terribles bandidos y asesinos más robustos lloriqueaban como niños cuando se les administraba una paliza.

Mientras el señor Settembrini ocultaba el rostro entre las manos, que llevaba enfundadas en unos guantes muy usados, Naphta preguntó, con su sangre fría de hombre de Estado, cómo se podría dominar a los criminales recalcitrantes si no fuese por medio del caballete y el bastón, que eran por lo tanto adecuados y respondían al estilo de un penal. Un penal humanitario era una transacción estética, y el señor Settembrini, a pesar de que fuese un orador enamorado de las bellas frases, no entendía en el fondo absolutamente nada de la belleza. En lo que se refiere a la pedagogía, si había que creer a Naphta, el concepto de dignidad humana de los que querían excluir los castigos corporales tomaba su punto de partida del individualismo liberal de la época burguesa y humanista, en un absolutista culto del yo que estaba a punto de extinguirse y ceder el puesto a ideas sociales nuevas y menos gazmoñas, a ideas de adaptación y sumisión, de coacción y obediencia, que iban acompañadas de cierta crueldad sagrada y que inclinaban a considerar bajo un aspecto nuevo el castigo de nuestro cadáver.

—De aquí la expresión: *Perinde ac cadaver* —dijo burionamente Settembrini, y Naphta observó que cuando Dios entregaba, para castigarlo, nuestro cuerpo a la vergüenza abominable de la podredumbre, no debía ser un crimen de esa majestad administrar al mismo cuerpo una serie de golpes.

De pronto, comenzaron a hablar sobre la incineración.

Settembrini la celebró. Era posible remediar esa vergüenza, dijo alegremente. Consideraciones utilitarias, al mismo tiempo que móviles idealistas, habían determinado a la humanidad a remediar esas cosas. Declaró que tomaba parte en los preparativos de un congreso internacional que se celebraría probablemente en Suecia. Se proyectaba exponer un crematorio modelo, construido según todos los experimentos hechos hasta hoy, lo mismo que un columbario, y era de prever que ese congreso ejercería una influencia vasta y animadora. ¡Qué procedimiento más anticuado y chocante el de enterrar a los muertos, dadas las condiciones de la vida moderna! ¡La extensión de las ciudades! ¡El apartamiento de los cementerios —esos lugares de reposo, según reza la etimología— a la periferia! ¡El precio de los terrenos! ¡El carácter prosaico de los funerales determinado por la necesidad de servirse de los medios modernos de transporte! Sobre todas esas cosas, Settembrini procuraba hacer observaciones sensatas. Ridiculizó la figura del viudo inconsolable que iba cada día en peregrinación a la tumba de su querida muerta para hablar con ella. Para tal idilio era preciso, ante todo, disponer del bien más precioso de la vida, a saber: de tiempo en cantidad abundante; y, por otra parte, las operaciones en serie de un cementerio central moderno no dejan de ser un remedio contra una sensiblería tradicional. Abogaba por la destrucción del cadáver por el fuego, ¡una noción más pura, higiénica y digna, casi heroica!, en lugar de entregarlo a una lamentable descomposición y a la asimilación por los organismos inferiores. El sentimiento mismo se satisfacía más fácilmente con ese nuevo procedimiento que respondía a esa necesidad humana de durar. Lo que era destruido por el fuego, eran las partes blandas del cuerpo; en cambio, las que tomaban una parte menor en esa corriente y que acompañaban al hombre casi sin modificarse a través de su existencia de adulto, eran también las que guardaban la parte imperecedera del difunto.

—Muy bonito —dijo Naphta—. ¡Oh, muy bonito! La parte imperecedera del hombre, las cenizas.

—Naphta —observó el orador—, pretende mantener a la humanidad dentro de su actitud irracionalista respecto a los hechos biológicos, mantiene la concepción religiosa primitiva según la cual la muerte era un fantasma espantoso que producía escalofríos, tan misterioso que era imposible dirigir sobre ese fenómeno la mirada de la clara razón. ¡Qué barbarie! El espanto ante la muerte se remonta a las épocas más bajas de la civilización, en las que la muerte violenta era la regla, y el carácter espantoso que en efecto ésta tenía, ha permanecido por largo tiempo unido en el sentimiento del hombre a la idea de la muerte en general. Pero gracias al desarrollo de la ciencia, de la higiene, y gracias a los progresos de la seguridad personal, la muerte natural se convierte en la norma, y para el obrero moderno el pensamiento de un reposo eterno después de un debilitamiento normal de sus fuerzas, es considerado

como una cosa normal y deseable. No, la muerte no es ni un fantasma ni un misterio, es un fenómeno sencillo, racional, fisiológicamente necesario y deseable, y hubiese sido frustrar la vida el detenerme más de lo razonable en contemplarla. Por eso se ha proyectado completar el crematorio moderno y el columbario, es decir, en ningún modo la «sala de la muerte», sino una sala de la vida en que la arquitectura, la pintura, la escultura, la música y la poesía se alíen para evitar al sobreviviente el espectáculo de la muerte y de un duelo inactivo hacia los dones de la vida…

—Lo antes posible —dijo burlonamente Naphta—. Para que no se vaya demasiado lejos el culto a la muerte, para que no se vaya demasiado lejos en el respeto ante un hecho tan sencillo, sin el cual no habría, es verdad, arquitectura, ni pintura, ni escultura, ni música, ni incluso poesía.

—Deserta la bandera —dijo Hans Castorp, pensativo.

—Lo ininteligible de su observación, ingeniero —le respondió Settembrini—, deja sin embargo, transparentar su carácter censurable. Es preciso que la experiencia de la muerte sea, en último término, la experiencia de la vida; de lo contrario, no es más que un cuento de aparecidos.

—¿Se colocarán en la sala de la vida símbolos obscenos como sobre los sarcófagos antiguos? —preguntó Hans Castorp con toda su seriedad.

—De todas maneras los sentidos serán satisfechos —aseguró Naphta—. En mármol y en pintura el gusto clásico expondrá el cuerpo, ese cuerpo lleno de pecados que es salvado de la podredumbre, lo que no tiene nada de sorprendente, puesto que, a fuerza de ternura hacia él, no se permite ni que se flagele…

Aquí Wehsal intervino y llevó la conversación hacia las torturas y eso le parecía muy apropiado. ¿Qué pensaban los señores de la tortura? El, Fernando, no había dejado pasar en sus viajes ninguna ocasión para visitar, en los centros de cultura antigua, esos lugares discretos donde se había practicado ese procedimiento para explorar las conciencias. Conocía las cámaras de tortura de Nuremberg, de Ratisbona, pues, en su interés por su formación intelectual, las había visitado y estudiado de cerca. En efecto, por el amor del alma se habían infligido allí ataques contra el cuerpo, apelando a toda suerte de ingeniosos procedimientos. La pera metida dentro de la boca abierta, la famosa pera, que por cierto no era una golosina. Y ni se oían gritos; una vez metida en la boca, reinaba el silencio, un silencio completamente lleno…

—*Porcheria* —murmuró Settembrini.

Ferge dijo que rendía homenaje a la pera y al silencio completamente lleno, pero añadió que ni en aquellos tiempos se había llegado a inventar nada más repugnante que la palpación de la pleura.

¡Y habían hecho eso para curarle!

El alma endurecida, la justicia ofendida justificaban plenamente una pasajera falta

de compasión. Además, la tortura sólo había sido el resultado del progreso racionalista.

Visiblemente, Naphta divagaba.

Pero no, no se extraviaba. Settembrini era un bello espíritu, y la historia del procedimiento en la Edad Media no se hallaba sin duda por completo presente en su espíritu. Era, en efecto, progresivamente racionalista, y eso de tal manera que Dios había sido excluido de la jurisprudencia y reemplazado por las nociones de la razón pura. El juicio de Dios había caído en desuso porque se dieron cuenta de que el más fuerte era el vencedor, incluso cuando no estaba la justicia de su parte. Gente como el señor Settembrini, escépticos, críticos, habían hecho esta observación y habían obtenido que la Inquisición, que no contaba con la intervención de Dios a favor de la verdad, sino que tendía a obtener del acusado la confesión de la verdad, fuese sustituida por la antigua manera inocente de ejercer la justicia. ¡Nada de condenas sin confesión! Hoy todavía persiste esa opinión en el pueblo, ese instinto está profundamente arraigado. Por estrecho que fuese el encadenamiento de las pruebas, la condena era juzgada ilegal cuando faltaba la confesión. ¿Cómo obtenerla? ¿Cómo determinar la verdad a través de las apariencias, a través de las sospechas? ¿Cómo penetrar en el cerebro, en el corazón de un hombre que disimulaba la verdad, que se negaba a revelarla? Cuando el espíritu era recalcitrante no quedaba más que el recurso de dirigirse al cuerpo, al que siempre se podía llegar. La tortura como medio de obtener la confesión indispensable, constituía una exigencia de la razón. Pero era el señor Settembrini quien había reclamado e introducido el recurso para obtener la confesión y por consiguiente él era igualmente el autor de la tortura.

El humanista rogó a sus amigos que no creyesen nada de eso. Eran bromas diabólicas. Si todo hubiese pasado como Naphta pretendía, si verdaderamente la razón había inventado aquella cosa espantosa, esto demostraba como mucho que tenía necesidad de ser apoyada y alumbrada y que los pocos adoradores del instinto natural tenían motivos para temer que las cosas pasasen demasiado razonablemente sobre la tierra. Pero su honorable contrincante se había extraviado. Esa justicia abominable no podía ser inspirada por la virtud, por la sana razón; su fondo había sido la creencia en el infierno. No había más que mirar los museos y las cámaras de tortura para convencerse de que aquellas maneras de pellizcar, desgarrar, atornillar, tostar, habían nacido evidentemente de una imaginación pueril y ciega, del deseo de imitar piadosamente lo que se practicaba en los lugares del castigo eterno, en el *más allá*. ¡Por otra parte, habían creído que ayudaban al malhechor! Se había aceptado que su propia alma en pena inspiraba a la confesión y que únicamente la carne, como principio del mal, se oponía a este deseo. De manera que se había deducido que se realizaba un servicio caritativo desgarrando la carne por medio de la tortura. Extravío de ascetas…

¿Habían cometido los antiguos romanos el mismo error…?

¿Los romanos? *Ma che*!

Sin embargo, ellos también habían conocido la tortura como forma de proceso.

Callejón sin salida, confusión de la lógica… Hans Castorp se esforzó en introducir, por su propia iniciativa, el problema de la pena de muerte dentro de la conversación. La tortura había sido suprimida, aunque los jueces de instrucción continuasen disponiendo de medios para dominar a sus acusados, pero la pena de muerte parecía inmortal y no era fácil pasar sin ella. Los pueblos más civilizados la conservaban. Los franceses habían sufrido ya grandes fracasos con sus deportaciones. No se sabía lo que se debía hacer en la práctica con ciertas criaturas antropoides, salvo cortarles la cabeza.

—No se trata de «criaturas antropoides» —rectificó Settembrini—. Se trata de hombre como usted y como yo mismo. Carecemos de voluntad y somos víctimas de una sociedad mal organizada.

Habló de un gran criminal, varias veces asesino, que tenía todas las características del tipo y al que los fiscales acostumbraban a calificar en sus acusaciones de «bestial», de «bestia con forma humana». Este hombre había cubierto de versos las paredes de su celda. Y esos versos no eran en modo alguno malos, eran incluso mejores que los que acostumbraban hacer los fiscales cuando se les ocurre versificar.

—Eso vierte una luz singular sobre el arte —contestó Naphta—. Pero al margen de eso, no es digno de mención.

Hans Castorp había creído que Naphta se declararía partidario de la pena de muerte.

Naphta, dijo Hans Castorp, era sin duda tan revolucionario como Settembrini, pero lo era en un sentido conservador. Era, pues, un revolucionario de la conservación.

—El universo —observó Settembrini sonriendo, muy seguro de sí mismo—, superará esta revolución de la reacción antihumana.

Naphta prefería considerar sospechoso el arte antes que reconocer que podía destituir la dignidad humana hasta en el más reprobo de los hombres. Era imposible atraer a la juventud en busca de luz a un tal fanatismo. Una liga internacional cuyo objeto era la supresión de la pena de muerte en todos los países civilizados acababa de formarse. Settembrini tenía el honor de ser uno de sus miembros. No se había elegido todavía el lugar en que debía celebrarse el próximo congreso, pero la humanidad podía tener la seguridad de que los oradores que iban a hacer oír su voz harían valer formidables argumentos. Invocó algunos, entre los cuales debía citarse el de la posibilidad, siempre presente, de un error judicial, error que convertía a la pena de muerte en un asesinato legal y hacía desaparecer la esperanza de que el criminal se enmendara. Citó incluso «la venganza me pertenece» y declaró también que el

Estado, si la mejora del hombre le importaba más que la violencia, no podía devolver el mal por el mal, y rechazaba la idea del «castigo» después que sobre la base de un determinismo científico había combatido la de la culpabilidad.

Después de esto, «la juventud en busca de luz» pudo ver cómo Naphta retorcía el cuello a cada uno de esos argumentos. Se burló del temor de derramar sangre y del respeto hacia la vida humana que manifestaba el filántropo. Afirmó que el respeto a la vida individual procedía de las épocas burguesas más bajas y filisteas. Por poco que una sola idea dominase la de la seguridad, que una sola idea personal, y por lo tanto superindividual, se hallase en juego —y éste era el único estado digno y más elevado del hombre en condiciones normales— la vida individual sería no sólo sacrificada sin titubeos a los intereses superiores, sino también ofrecida voluntariamente y sin dudar por el individuo mismo. Afirmó que la filantropía de su señor adversario tendía a arrebatar a la vida todos sus acentos graves y mortalmente serios, tendía a castrar la vida incluso por el determinismo de su pretendida paciencia. Sin embargo, la verdad era que el concepto de la culpabilidad no podía ser abolido por él.

No estaba mal. ¿Deseaba acaso que la víctima infortunada de la sociedad se sintiera seriamente culpable y marchase por su propia voluntad al cadalso? ¡Sin ninguna duda! El criminal estaba tan convencido de su culpa como de sí mismo. Era tal como era y no podía ni quería ser diferente, y esto constituía precisamente su culpa. Naphta transportaba la culpabilidad y el mérito del dominio empírico al dominio metafísico. Es verdad que el acto era determinado y no había, respecto a él, libre albedrío, pero había uno para el ser. El hombre era y continuaba siendo lo que había querido ser hasta su aniquilamiento. Había asesinado a costa de su vida. Que muriese, pues, puesto que así expiaba su crimen con un profundo placer.

—¿Profundo placer?

—Profundísimo.

El otro apretó los labios. Hans tosió, Wehsal torció la boca. Settembrini observó con sutileza:

—Se comprende; hay una manera de generalizar una pregunta que da al asunto un matiz personal. ¿Tiene ganas de matar?

—Eso no le interesa. Pero si lo hubiese hecho me reiría a la cara de una ignorancia humanitaria que se halla dispuesta a alimentarme de lentejas hasta el fin natural de mis días. No tiene sentido alguno que el asesino sobreviva al asesinado. Ambos participaron, como jamás lo hacen dos seres más que en una circunstancia única y análoga, el uno sufriendo, el otro obrando, en un misterio que los une para siempre. Sus destinos son inseparables.

Settembrini confesó fríamente que no disponía de órgano para comprender tal misticismo de la muerte y del asesinato y que no lo lamentaba. No tenía nada que

objetar a las dotes religiosas del señor Naphta, las cuales sobrepasaban incontestablemente a las suyas propias, pero ponía de relieve que no sentía envidia hacia él. Una necesidad invencible de limpieza le separaba de una esfera en la que el respeto hacia la desgracia reinaba no sólo en las relaciones físicas, sino también en las relaciones morales. En una palabra: una esfera en la que la virtud, la razón y la salud no se tenían en cuenta, y en la que los vicios y la enfermedad disfrutaban de la más alta consideración.

Naphta confirmó que, en efecto, la virtud y la salud no constituían estados religiosos. Se había ganado mucho —afirmó— cuando se demostró claramente que la religión no tenía absolutamente nada de común con la razón y la moral, pues no tenía nada que ver con la vida. La vida reposaba sobre condiciones y categorías que pertenecían a la doctrina de los conocimientos, al dominio de la moral. Las primeras se llamaban tiempo, espacio, casualidad; las segundas, moral y razón. Todas esas cosas eran no sólo extrañas e indiferentes al ser religioso sino también hostiles, pues eran precisamente ellas las que formaban la vida, la pretendida salud, es decir, la manera de ser cómoda y burguesa por excelencia, cosa respecto a la cual el universo religioso era lo contrario absoluto. Naphta no quería, por otra parte, negar de un modo absoluto a la esfera de la vida la posibilidad de dar nacimiento al genio. Existía una manera de ser burguesa no desprovista de trivial grandeza, una majestad filistea que se podía juzgar digna de respeto a condición de recordar en su dignidad cuadrada y maciza, las manos en la espalda y el pecho abombado, y era la misma irreligión encarnada.

Hans Castorp elevó el dedo índice como en la escuela. Dijo que no quería arremeter contra ninguna opinión, pero se hablaba indudablemente de progreso, del progreso humano y, por consiguiente, hasta cierto punto de la política, de la república oratoria y la civilización, el Occidente civilizado, y quería constatar que la diferencia o —si Naphta se empeñaba— la oposición entre la vida y la religión debía ser referida a la oposición entre el tiempo y la eternidad, pues el progreso tenía lugar únicamente en el tiempo; en la eternidad no había progreso, como tampoco política y elocuencia. Se apoyaba en cierta manera la cabeza sobre el hombro de Dios y se cerraban los ojos, y ésta era la diferencia entre la religión y la moral, confusamente expresada. Settembrini respondió que su manera ingenua de expresarse era menos inquietante que su temor de herir las opiniones ajenas y su tendencia a hacer concesiones al diablo. No hacía poco tiempo que Settembrini y él habían discutido sobre el diablo. *O sanata, o rebelione*. ¿A qué diablo había hecho, pues, concesiones? ¿Al de la rebelión, el trabajo y la crítica, o bien al otro? Uno se hallaba verdaderamente en peligro mortal: un diablo a la derecha, un diablo a la izquierda, ¿cómo diablos se las arreglaría para pasar? Naphta puntualizó que no era una manera justa eso de caracterizar la situación tal como Settembrini lo hacía. Lo que era

decisivo, en su concepto del mundo, es que hacía de Dios y de Satán dos principios distintos y que colocaba la «vida» exactamente a la manera de la Edad Media, entre los dos, como botín de sus luchas. Pero en realidad, no formaban más que uno y se oponían de concierto a la vida, a la vida burguesa, a la ética, a la razón y a la virtud, como el principio religioso que representaban en común.

—¿Qué es una mezcolanza repugnante? *Che guazzabuglio propio stomachavole*! —exclamó Settembrini—. El mal y el bien, la santidad y el crimen, ¡todo es mezclado! ¡Sin juicio, sin voluntad! ¡Sin poder reprobar lo que es reprobable! —¿Sabía el señor Naphta lo que negaba confundiendo a Dios y al Diablo en presencia de esa juventud y negando el principio moral en nombre de esa dualidad abominable? Negaba el valor, toda la escala de valores; era espantoso. Así pues, no había ni bien ni mal, no existía más que el universo sin orden moral. No había tampoco el individuo en su dignidad crítica, no existía más que una comunidad absorbiéndolo y nivelándolo todo, ¡el aniquilamiento místico! El individuo…

¡Era exquisito que el señor Settembrini se considerase una vez más un individualista! Pero para ser individualista es preciso conocer la diferencia entre la moralidad y la felicidad, lo que era precisamente el caso de ese señor monista e iluminado. Allí donde la vida era estúpidamente considerada como un fin en sí misma, no preocupándose en modo alguno de un fin y de un sentido superior a ella, reinaba una ética social, una moral de vertebrados, pero no un individualismo que no encontraba su lugar más que en el círculo religioso y místico, en el pretendido «universo sin orden moral». ¿Qué se proponía, pues, la moral del señor Settembrini? Se hallaba unida a la vida únicamente utilitaria. Servía para llegar a viejo y ser felices, ricos y sanos por ella. ¡Y esa baja doctrina de la razón y del trabajo era considerada como una ética! En cuanto a él, a Naphta, se permitía de nuevo calificarla como una mezquina concepción burguesa de la vida.

Settembrini manifestó que se moderaría, pero su voz vibraba llena de pasión cuando calificó de insoportable que el señor Naphta hablase sin cesar del concepto burgués de la vida, Dios sabía por qué, con un tono de aristócrata desdeñoso, como si lo *contrario* —y ya se sabía lo que era lo *contrario* en la vida— fuese más distinguido.

Ahora hablaban de la nobleza, de la cuestión de la aristocracia. Hans Castorp, agotado por el frío y la multitud de problemas, inseguro en lo que se refería a lo inteligible o al carácter febril de sus propias expresiones, confesó, con los labios helados, que desde hacía tiempo había imaginado la muerte con una golilla española almidonada, o al menos, con un cuello postizo de puntas dobladas, y en cambio, se representaba la vida con un pequeño cuello tieso… Pero él mismo se asustó de la cantidad de sueños y embriagueces que contenían sus palabras y que estaban completamente desplazados de la conversación. Aseguró que no era eso lo que quería

decir. Pero ¿no era cierto que había ciertas personas, a las que no se podía imaginar muertas porque eran muy vulgares? Lo que quería decir era que parecían hechas de tal modo para la vida que daban la impresión de que jamás podrían morir, que no eran dignas de recibir la consagración de la muerte.

Settembrini expresó la esperanza de que no se equivocaba al suponer que Hans Castorp no decía esas cosas más que para que se le contradijese. El joven le hallaría siempre dispuesto a socorrerle cuando se hallase presa de semejantes ilusiones. «Hechas para la vida», ¿lo había dicho así? ¡Y se servía de esa palabra en un sentido peyorativo! «¡Digno de vivir…!» Debería sustituir esa última expresión por la otra y sus ideas se encadenarían entonces con un orden verídico y bello. «Digno de vivir», e inmediatamente, por la asociación surgiría tan intensamente unida a la otra que se podría decir más natural y más legítima, la idea de la «vida agradable» que sólo lo que era verdaderamente digno de vivir era también verdaderamente amable. Esas dos cualidades unidas, la cortesía y la dignidad, formaban lo que se llama la nobleza.

Hans Castorp encontró eso encantador y extraordinariamente interesante. Aseguró que el señor Settembrini le había conquistado rápidamente con su teoría plástica, pero se podía decir lo que se quisiese —ciertas cosas podían ser adelantadas, como por ejemplo la enfermedad era una forma de existencia superior y que tenía algo de solemne—, pero una cosa era cierta, a saber: que la enfermedad acentuaba el elemento corporal, que metía al hombre completamente en su cuerpo y que, por consiguiente, perjudicaba a la dignidad del hombre hasta aniquilarle, reduciéndole únicamente al cuerpo. La enfermedad era, por lo tanto, inhumana.

—La enfermedad es perfectamente humana —replicó de inmediato Naphta—, pues ser hombre es estar enfermo. En efecto, el hombre es esencialmente un enfermo, y el hecho de que esté enfermo es precisamente lo que hace de él un hombre, y quien desee curarle, llevarle a hacer la paz con la naturaleza, «volver a la naturaleza» (en realidad no ha sido nunca natural), todo lo que hoy se exhibe en materia de profetas regeneradores, vegetarianos, naturistas y otros, todo ese estilo Rousseau, por consiguiente, no busca otra cosa que deshumanizarle y aproximarle al animal. ¿La humanidad, la nobleza? Lo que distingue al hombre de toda otra forma de vida orgánica es el espíritu, ese ser netamente despegado de la naturaleza y que se siente opuesto a ella. Es, pues, el espíritu de la enfermedad, de lo que depende la dignidad del hombre y su nobleza. En una palabra, es tanto más hombre cuanto más enfermo está, y el genio de la enfermedad es más humano que el genio de la salud.

Era sorprendente que alguien que se las daba de filantropo cerrase los ojos ante tales verdades fundamentales de la humanidad. El señor Settembrini no se preocupaba más que del progreso, como si éste, suponiendo que existiese, no fuese debido únicamente a la enfermedad, es decir, al genio, que no era otra cosa que la enfermedad. Existían hombres que habían penetrado conscientemente en las regiones

de la enfermedad y la locura para conquistar, para la humanidad, conocimientos que iban a convertirse en salud después de ser conquistados por la demencia, y cuya posesión y uso, después del sacrificio heroico, ya no se hallarían por más tiempo subordinados a la enfermedad y a la demencia.

«¡Eh, eh! —pensó Hans Castorp—, ahora aparece el jesuita fantaseador con sus combinaciones y su manera de interpretar la crucifixión. Se comprende perfectamente que no hayas llegado a ser padre, *jeli jésuite à la petite tache humide*! —Luego se volvió hacia Settembrini y añadió—: Bien, ¡ruge ahora, león!»

Y éste «rugió» declarando que todo lo que Naphta acababa de sostener no eran más que espejismos, charlatanerías y confusión.

—¡Dígalo —gritó, volviéndose hacia su adversario—, dígalo bajo su responsabilidad de educador, diga francamente, delante de esa juventud que se forma, que el espíritu es enfermedad! ¡De esta manera usted los anima, los atrae a la fe! ¡Declare, por otra parte, que la enfermedad y la muerte son nobles y que la salud y la vida son cosas vulgares, ya que es el método más seguro para animar al alumno a servir a la humanidad! *Davvero, è criminoso*!

Y tomó, como caballero, la defensa de la nobleza, salud y la vida, de las que daba la naturaleza y por las que no había que inquietarse de hallarse faltos de espíritu. «¡La forma!», proclamaba, y Naphta exclamaba con énfasis: «¡El *logos*!» Pero él, que no quería saber nada del *logos*, decía «la razón», mientras que el *logos* defendía «la pasión». Todo era muy confuso. «El objeto», decía uno, y el otro respondía «El yo». Finalmente, se llegó a hablar del «arte», por una parte y por otra de la «crítica» y siempre de nuevo «la naturaleza y el espíritu», y la cuestión de saber cuál de los dos era el principio más noble, y del «problema de la aristocracia».

Y nada se ordenaba ni se aclaraba, pues todo era opuesto y se confundía. Los interlocutores se contradecían mutuamente y a sí mismos. Settembrini había hecho muchas veces el elogio de la crítica y ahora se manifestaba contrario a ella, presentando el arte como principio noble; y mientras que Naphta, que se había manifestado más de una vez como defensor «del instinto natural» contra Settembrini (que había tratado la naturaleza de «fuerza estúpida», como un hecho brutal y un destino ciego, ante la cual la razón y el orgullo humanos no tenían derecho a abdicar), se ponía ahora de parte del espíritu y la «enfermedad» en la que se podía encontrar nobleza y humanidad, el otro se presentaba como abogado de la naturaleza y su sana nobleza, sin acordarse de la necesidad de liberarse de ella.

La discusión sobre el objeto y el yo no estaba menos enredada: la confusión era aquí irremediable, hasta el punto que ya nadie podía saber cuál de los dos era en realidad el hombre piadoso o el hombre libre. Naphta prohibía a Settembrini, en términos severos, calificarse de «individualista», pues negaba la contradicción entre Dios y la naturaleza y no entendía por el problema del hombre, por el conflicto de la

personalidad, más que el problema de los intereses particulares y los intereses generales, poniéndose así en un terreno de moralidad burguesa unida a la vida y teniendo a la vida por objetivo, tendiendo, sin heroísmo alguno, a lo utilitario y descubriendo en la razón de Estado la ley moral. Naphta, en cambio, sabía que el problema del hombre reposaba sobre el conflicto entre lo real y lo sobrenatural, representaba el verdadero individualismo, el individualismo místico, y era en realidad el hombre de la libertad y del yo.

Pero si era así, Hans Castorp se preguntaba que pasaba entonces con el «anónimo y la comunidad», para citar a título de ejemplo una sola contradicción. ¿Dónde habían ido a parar los importantes puntos que fueron tratados en la interesante entrevista con el padre Unterpertinger, sobre el catolicismo del filósofo Hegel, sobre el lazo íntimo entre los conceptos de «política» y «catolicismo» y sobre la categoría del objetivo que formaban juntos? El arte de la política y la educación, ¿no habían sido el dominio particular de la actividad de la orden a que pertenecía Naphta? ¡Y qué educación! Settembrini era indudablemente un pedagogo celoso, hasta llegar a ser importuno, pero desde el punto de vista de la objetividad ascética y desdeñosa del yo, sus principios no podían en modo alguno rivalizar con los de Naphta. ¡Orden absoluto! ¡Disciplina de hierro, coacción, obediencia, terror! Eso podía tener su aspecto honroso, pero se tenía muy poco en cuenta la dignidad del individuo. Era el reglamento militar de Federico de Prusia y de Loyola, el español piadoso y austero hasta la sangre, a propósito de lo cual se preguntó cómo Naphta podía llegar a ese absoluto sanguinario cuando había confesado que no creía en ningún conocimiento puro y en ninguna ciencia sin hipótesis, en una palabra, que no creía en la verdad, en la verdad objetiva, científica que, según Lodovico Settembrini, era la ley suprema de toda moral humana. La piedad y la austeridad estaban de parte de Settembrini, mientras que parecía que Naphta se dejaba llevar hasta reducir la verdad al hombre y reducirla a lo que le convenía más. ¿No era ese un concepto burgués y un utilitarismo de filisteo que hacía depender la verdad del interés del hombre? Visto de cerca, no había aquí una objetividad de hierro, había mucha más libertad y subjetivismo de lo que Leo Naphta creía, a pesar de que eso fuese política dentro de una fórmula muy parecida a la de Settembrini, según la cual «la libertad era la ley del amor al prójimo». Eso llevaba, con toda apariencia, a unir la libertad al hombre, como hacía Naphta. Era decididamente manifestarse más devoto que libre, pero con diferencias cuando se trataba de definiciones. ¡Ah, ese señor Settembrini! No en vano era literato, es decir, nieto de un hombre político e hijo de un humanista. Se preocupaba generosamente de la crítica y de las bellezas de la emancipación, y se cruzaba con las muchachas en la calle canturreando, mientras que el pequeño Naphta se hallaba ligado por severos votos. Y sin embargo, éste era casi un libertino a fuerza de independencia, y ese otro, un enamorado de la virtud. Settembrini tenía miedo del

espíritu absoluto y quería a toda costa identificar el espíritu con el progreso democrático, la santidad con el crimen, el genio con la enfermedad, y no reconocía el juicio de la razón ni la voluntad. ¿Quién era, pues, libre y piadoso? ¿Quién determinaba el verdadero estado y la verdadera posición del hombre? ¿Era el aniquilamiento dentro de la comunidad que lo nivelaba todo, o bien el «individuo crítico» en el que la ligereza y la austeridad virtuosa del burgués entraban en conflicto? Los principios y los motivos se oponían constantemente, las contradicciones íntimas se acumulaban, y nuestro neófito debía tomar la responsabilidad no sólo de decidir entre los contrarios, sino también de mantenerlos netamente separados, de manera que se sentía tentado a tirarse de cabeza dentro del universo moralmente desordenado de Naphta. Era el entrecruzamiento general, la gran confusión, y Hans Castorp creía ver que los adversarios se habrían mostrado menos encarnizados si durante su querella esa confusión no hubiese pesado sobre su alma.

Habían subido juntos hasta el Berghof, luego los tres huéspedes habían vuelto a acompañar a los externos hasta delante de su casita y permanecieron todavía largo tiempo de pie sobre la nieve, mientras Naphta y Settembrini disputaban como buenos pedagogos, como Hans Castorp sabía bien, para contribuir a la formación de un juventud deseosa de instrucción.

En lo que se refiere a Ferge, se hablaba de asuntos demasiado elevados, como dio repetidas veces a entender, y Wehsal manifestó poco interés desde que no se hablaba de flagelación y de torturas.

Hans Castorp, con la cabeza inclinada, abría pequeños surcos en la nieve con ayuda de su bastón y reflexionaba sobre aquella confusión tan grande.

Finalmente se separaron. No podían permanecer eternamente en pie, y la entrevista se había prolongado ya más allá de todo límite. Los tres habitantes del Berghof regresaron al sanatorio y los dos pedagogos rivales tuvieron que entrar juntos en su casa, el uno para meterse en su celda tapizada de sedas, el otro para subir a su habitación de humanista, con su pupitre y su botella de agua.

Hans Castorp se tendió en el balcón con los oídos llenos del rumor y el choque de las armas de dos ejércitos que, avanzando desde Jerusalén y Babilonia, bajo «dos banderas», habían entablado una batalla confusa.

Nieve

Cinco veces por día los ocupantes de las siete mesas manifestaban un descontento unánime a causa del tiempo invernal. Se juzgaba que no se cumplían más que insuficientemente los deberes del invierno en la alta montaña, que no proporcionaba los recursos meteorológicos, a los cuales aquella esfera debía su reputación, en la medida garantizada por los folletos, y a los que los veteranos estaban habituados y los novicios habían esperado encontrar. A menudo el sol se ocultaba, ese factor importante de curación y sin el concurso del cual ésta se veía inevitablemente retardada.

Pensara lo que pensase el señor Settembrini acerca de la sinceridad con que los huespedes de la montaña trabajasen para su restablecimiento y deseasen su vuelta a la llanura, ellos reclamaban de todos modos lo que se les debía, aquello a que tenían derecho por el dinero que pagaban, por el que pagaban sus parientes y esposos, y murmuraban en las conversaciones durante las comidas, en el ascensor y en el vestíbulo.

También la dirección general comprendía que le incumbía tratar de remediar aquella situación y compensarla con otras ventajas. Se admitió un nuevo aparato de «sol artificial», porque los dos que ya se poseía no eran suficientes para atender las demandas de los que querían broncearse artificialmente, lo que favorecía mucho a las jovencitas y a las mujeres y daba a los hombres, a pesar de su existencia horizontal, un aspecto magnífico de deportistas conquistadores. Incluso esa apariencia proporcionaba reales ventajas: las mujeres, aunque plenamente informadas sobre el origen técnico y el carácter ficticio de esa virilidad, eran lo bastante tontas o astutas para dejarse embriagar y seducir por el espejismo.

—Dios mío —decía la señora Schoenfeld, una enferma *pelirroja*, de ojos enrojecidos, procedente de Berlín—, Dios mío —decía en el vestíbulo a un caballero de largas piernas y de pecho hundido que, en su tarjeta de visita, redactada en francés, se presentaba como *Aviateur diplômé et enseigne de la marine Allemande*, que se hallaba provisto de neumotórax y que se ponía el esmoquin para la comida y se lo quitaba por la noche, asegurando que éste era el uso de la marina—. ¡Dios mío! —decía la señora, mirando golosamente al marino—, ¡qué admirablemente bronceado está usted por el sol artificial! ¡Se diría que es un cazador de águilas!

—Vaya con cuidado, ondina —murmuró él a su oído, en el ascensor (y a ella se le puso la carne de gallina)—. ¡Usted me pagará sus miradas seductoras! —Y, por los balcones, por las mamparas de vidrio mate, el cazador de águilas se unió a la ondina.

Sin embargo, el sol artificial no compensaba la carencia del astro. Dos o tres bellos días de sol por mes —días que resplandecían con un profundo azul de terciopelo por encima de las cimas blancas, con un brillo de diamantes y una

exquisita quemazón en la nuca de los hombres, disipando el gris de la bruma y sus espesos velos—, dos o tres días después de varias semanas, eran insuficientes para el estado de alma de las personas cuyo destino justificaba la excepcional serenidad de ser confortadas y que estaban en su fuero interno con un pacto en el que, a cambio de renunciar a los placeres y a los temores de la humanidad de la altiplanicie, les garantizaba una vida sin duda inerte pero completamente fácil y agradable, despreocupada hasta la supresión del tiempo y favorecida bajo todos los aspectos.

No era muy útil al consejero el recordar que, aun en esas condiciones, la vida en el Berghof estaba lejos de recordar la vida en una mina siberiana, y que las ventajas del aire de aquellas cumbres, raro y ligero, éter por decirlo así, pobre en elementos terrestres, en elementos malos o buenos, preservaba a los huéspedes, incluso en la ausencia del sol, del humo y de las emanaciones de la llanura.

El mal humor se difundía, las protestas se multiplicaban, las amenazas de partidas repentinas se hallaban a la orden del día, y hasta ocurrió que algunas se realizaron a pesar del ejemplo del regreso reciente y aflictivo de la señora Salomon, cuyo caso no había sido grave al principio, a pesar de que mejorase lentamente, pero que, a consecuencia de permanecer en las corrientes de aire y en la humedad de Amsterdam, se había convertido en incurable.

En lugar del sol, vino la nieve, la nieve en cantidad, en masas tan formidables que Hans Castorp no vio en su vida cosa semejante. El invierno pasado no había dejado nada que desear a este respecto, pero su rendimiento había sido muy débil en relación con el nuevo. Por su cantidad monstruosa, desmesurada, la nieve contribuía a solidificar la conciencia del carácter peligroso y excéntrico de aquella región. Nevaba continuamente y durante noches enteras: una nieve fina, sin torbellinos, pero nevaba. Los raros senderos practicables parecían caminos encajados entre murallas de nieve más altas que un hombre, por ambos lados, con placas de alabastro agradables a la vista, resplandecientes, cristalinas y granulosas, que servían a los pensionistas del Berghof para transmitir por escrito y por medio del dibujo toda clase de noticias, de bromas y de alusiones picarescas. Pero incluso entre esas murallas se marchaba sobre un espesor de nieve bastante considerable, a pesar de que se había cavado profundamente, y se daba uno cuenta de este espesor porque se hundía fácilmente hasta la rodilla. Era preciso ir con mucho cuidado para no romperse una pierna. Los bancos habían desaparecido. Algún pedazo de respaldo emergía en algún punto de aquella tumba blanca. Abajo, en la aldea, el nivel de las calles se había modificado tan extrañamente que las tiendas se habían convertido en sótanos y se descendía desde la acera por medio de escalones tallados en la nieve.

Continuaba nevando sobre las masas ya amontonadas, con una temperatura media —diez a quince grados bajo cero— que se sentía poco, como si no se registrasen más que cinco o seis grados, a causa de la ausencia de viento y de la sequedad del aire.

Por la mañana reinaba mucha oscuridad y se desayunaba con la luz artificial de las lámparas en forma de luna y alegremente coloreadas en las bóvedas. Afuera se hallaba la nada gris, el mundo sumido en un algodón suave que se oprimía contra los vidrios como embalado en el vapor de la nieve y de la bruma. La montaña era invisible; todo lo más se distinguía, a intervalos, algún macizo de abetos cercano, que se encontraban cargados de nieve y se perdían rápidamente en la bruma. De tiempo en tiempo, algún pino hacía caer su nieve por exceso de peso y difundía un polvo blanco en el ambiente gris.

A las diez, el sol aparecía como una humareda vagamente iluminada por encima de la montaña; era una vida pálida y fantasmal, un reflejo lívido del mundo sensible en la nada del paisaje desconocido. Todo permanecía disuelto en una delicadeza y en una palidez espectral; los contornos de las cimas se perdían, se cubrían de bruma y se disolvían en humo. Las extensiones de nieve, alumbradas por una luz pálida, sumían la mirada en la uniformidad. Una nube iluminada, semejante a humo, flotaba largamente, sin cambiar de forma ante una pared rocosa.

A mediodía, el sol atravesaba un poco la bruma y se esforzaba en disolver la niebla en el azul. Pero estaba lejos de conseguirlo, a pesar de que por unos momentos se columbrase un trocito azul de cielo y que ese poco de luz bastase para hacer brillar, con reflejos diamantinos, el paisaje deformado por la aventura de la nieve. A aquella hora cesaba generalmente de nevar, como para permitir una vista de conjunto del resultado obtenido, y los raros días intermitentes de sol, cuando cesaban los torbellinos y el incendio próximo del cielo se esforzaba en fundir la exquisita y pura superficie de la nieve nueva, parecían también perseguir el mismo objeto.

El aspecto del mundo era mágico, pueril y cómico. Los gruesos almohadones, formados de copos como recientemente batidos, que reposaban sobre las ramas de los árboles; los amontonamientos del suelo, bajo los cuales se disimulaban los arbustos y las rocas, el aspecto encogido, hundido, cómicamente disfrazado, del paisaje producía todo un mundo de gnomos, como sacados de una colección de cuentos de hadas. Pero si la escena en donde uno se movía penosamente adquiría un aspecto fantástico y barroco, los lejanos fondos despertaban impresiones de grandeza y de santidad: eran la arquitectura superpuesta de los Alpes cubiertos de nieve.

Por la tarde, de dos a cuatro, Hans Castorp se hallaba tendido en su balcón, muy bien empaquetado, la nuca apoyada contra el respaldo de su excelente *chaise-longue*, ni demasiado alta, ni demasiada baja, y miraba, por encima de la balaustrada almohadillada de nieve, el bosque y la montaña. El bosque de pinos, de un verde negro cubierto de nieve, escalaba las vertientes; entre los árboles, el suelo estaba en todas partes cubierto de nieve y en las alturas se elevaba la cresta rocosa, de un gris blancuzco, con inmensas extensiones de nieve que interrumpían aquí y allá algunas rocas más sombrías y picachos que se perdían blandamente en las nubes.

Nevaba dulcemente. Todo se confundía. La mirada se movía dentro de una nada blanda, y se inclinaba fácilmente al sueño. Un estremecimiento acompañaba al sopor, pero luego no había sueño más puro que ese sueño helado, sueño que no estaba afectado por ninguna reminiscencia del peso de la vida, sueño sin sueños, porque la respiración del aire rarificado, inconsistente y sin olor ya no pesaba sobre el organismo, lo mismo que la no respiración del muerto.

Cuando le despertaban, la montaña había desaparecido completamente dentro de la bruma de nieve, y sólo por algunos minutos reaparecían algunos fragmentos, una cima, una arista rocosa, que se velaban luego rápidamente. Ese juego silencioso de fantasmas resultaba divertido. Era preciso aplicar una atención muy aguda para sorprender esa fantasmagoría de velas en sus transformaciones secretas. Salvaje y grandiosa, desprendiéndose de la bruma, aparecía una cadena rocosa de la que no se veía ni la cumbre ni la base, pero, por poco que la abandonasen los ojos, la visión desaparecía.

Algunas veces se desencadenaban tempestades de nieve que impedían permanecer en la galería, porque los blancos torbellinos invadían el balcón y cubrían todo el suelo y los muebles de una espesa capa, pues había también tempestades en aquel alto valle rodeado de montañas. Aquella atmósfera tan inconsistente se hallaba agitada por remolinos, se llenaba de un hervidero de copos y entonces no se veía a un paso de distancia. Ráfagas de una fuerza que cortaba la respiración imprimían a la nieve un movimiento salvaje, la hacían girar oblicuamente, la impelían de abajo arriba, del fondo del valle hacia el cielo, y la hacían bambolear en una loca zarabanda. No era entonces una caída de nieve, era un caos de oscuridad blanca, un monstruoso desorden, el fenómeno de una región fuera de la zona moderada y en la cual sólo el vuelo súbito de una bandada de pájaros de las alturas podía tener una dirección.

Pero Hans Castorp amaba aquella vida en la nieve. Se le aparecía semejante, en muchos aspectos, a la vida en las arenas del mar, pues la monotonía sempiterna del paisaje era común a las dos esferas; la nieve, con su polvo profundo, inmaculado, desempeñaba aquí el mismo papel que, allá abajo, la arena de amarillenta blancura; su contacto no manchaba: se hacía caer de los zapatos y de los vestidos aquel polvo blanco y frío como, allá abajo, el polvo de la piedra y de las conchas del fondo del mar sin que dejase rastro alguno. La marcha por la nieve era penosa como un paseo a través de las dunas, a menos que el ardor de sol la hubiese fundido superficialmente y la noche endurecido. Se marchaba entonces más ligera y más agradablemente que sobre un parqué, con la misma facilidad y ligereza que sobre la arena lisa, firme, mojada y elástica de la orilla del mar.

Pero este año se registraban caídas aparatosas que limitaban para todos, a excepción de los esquiadores, las posibilidades de moverse al aire libre. Los

limpianieves trabajaban, aunque apenas podían desbrozar los senderos más frecuentados y la carretera de la estación, de manera que los raros caminos que quedaban practicables y que terminaban rápidamente en un callejón sin salida se veían muy frecuentados por gentes sanas y enfermas, por los indígenas y por los huéspedes de los hoteles internacionales. Los que iban en *luge* se metían por entre las piernas de los peatones, y los señores que, echados hacia atrás, con las piernas hacia adelante, los tripulaban, lanzaban gritos de advertencia cuyo tono testimoniaba que eran conscientes de la importancia de su empresa. Resbalaban sobre sus pequeños trineos de juguete a lo largo de las vertientes, entrechocaban y volcaban para volver a subir enseguida cuando habían llegado abajo, arrastrando, por medio de una cuerda, el juguete de moda.

Hans Castorp estaba harto de esos paseos. Acariciaba dos deseos: el más fuerte era hallarse solo con sus pensamientos y sus ensueños, deseo que hubiera podido satisfacer, aunque de un modo superficial, en su balcón. El otro se hallaba unido al primero; era la necesidad de entrar en un contacto más libre con las montañas cubiertas por la nieve, hacia la cual sentía simpatía, y ese deseo no podía realizarse mientras fuese un peatón desarmado y sin alas, pues inmediatamente se habría hundido hasta el pecho en aquella blancura caso de haber intentado ir más allá de los senderos usuales, abiertos con la pala, y a cuyo final se llegaba rápidamente.

Hans Castorp decidió, pues, un día comprar unos esquíes en este segundo invierno que pasaba aquí, y aprender a servirse de ellos en la medida que exigía la necesidad que experimentaba. No era un deportista, no lo había sido nunca, se hallaba falto de disposiciones físicas; además, no fingía serlo, como era el caso de numerosos huéspedes del Berghof, que para adaptarse a los usos del lugar y de la moda, se disfrazaban tontamente, las mujeres especialmente, Herminia Kleefeld entre ellas, a quien, a pesar de que la asfixia mantuviese constantemente amoratada la punta de su nariz y el borde de sus labios, le gustaba aparecer en el comedor vestida con pantalones de lana y tenderse, después de la comida, con las piernas separadas en uno de los sillones del vestíbulo de un modo bastante inconveniente. Si Hans Castorp hubiese pedido la autorización del consejero para realizar su extravagante proyecto, hubiera seguramente encontrado una negativa. El deporte estaba absolutamente prohibido a la comunidad de enfermos, en el Berghof y en todos los establecimientos del mismo genero, pues la atmósfera que en apariencia penetraba tan fácilmente en los pulmones imponía a los músculos del corazón extraordinarios esfuerzos, y en lo que se refería a Hans Castorp, su observación despreocupada sobre la «costumbre de no acostumbrarse» había permanecido plenamente en vigor, y la tendencia febril que Rhadamante atribuía a una mancha húmeda, persistía obstinadamente. Si no hubiese sido así, ¿qué tenía que buscar aquí? Su deseo y su proyecto eran, pues, contradictorios e inoportunos. Pero era necesario intentar comprenderle. Lo que le

movía no era la ambición de igualar a los imbéciles que llevaban una vida al aire libre, ni a los deportistas por coquetería que habrían puesto el mismo celo presuntuoso, si la moda lo hubiese exigido, en jugar a las cartas en una habitación completamente cerrada. Se sentía, de un modo absoluto, miembro de otra comunidad mucho menos libre que el pequeño pueblo de turistas, y desde un punto de vista más amplio y más nuevo todavía, en virtud de una cierta dignidad distante que imponía la contestación, experimentaba la sensación de que no debía obrar a la ligera como esas gentes y rodar por la nieve como un loco. No proyectaba realizar escapadas, tenía la intención de conservar la medida, y Rhadamante hubiera podido permitirle eso sin mucha dificultad. Pero como preveía que se lo iba a prohibir a pesar de todo, en nombre del reglamento general, Hans Castorp decidió obrar a espaldas del consejero.

Cuando se presentó la ocasión comunicó su proyecto a Settembrini, y éste estuvo a punto de abrazarle de alegría.

—Sí, sí, naturalmente, ingeniero, ¡hágalo, por amor de Dios! No consulte a nadie y hágalo. ¡Es el ángel de la guarda quien se lo ha inspirado! Hágalo inmediatamente, antes de que haya perdido el saludable deseo. Iré con usted, le acompañaré a la tienda inmediatamente para comprar esos benditos utensilios. Me gustaría poder acompañarle a la montaña, correr con usted con los esquíes alados en los pies, como Mercurio, pero no me lo permiten… ¡Eh, permitido! Lo haría aunque eso no me fuese «permitido», pero no puedo hacerlo, soy un hombre perdido. Usted, en cambio…, eso no le hará daño, el menor daño, si es usted razonable, si no abusa. Vamos, y aunque eso le hiciese un poco de daño, de todos modos es un ángel quien… No quiero decir nada más. ¡Qué excelente idea! ¡Se halla usted aquí desde hace dos años y todavía es capaz de tener tales ideas! ¡Ah!, el fondo de usted es muy bueno, no tiene motivos para dudar de sí mismo. ¡Bravo, bravo! Usted se burla de su príncipe de las sombras. Compre usted los esquíes, hágalos enviar a mi casa o a casa de Lukacek, o a casa del abacero. Usted vendrá a buscarlos para ejercitarse y resbalar sobre la nieve.

De esta manera lo hizo. En presencia de Settembrini, que se comportó con inteligencia, a pesar de que no tenía noción alguna de deporte, Hans Castorp compró, en una tienda especializada de la calle principal, un par de espléndidos esquíes de madera de fresno, barnizados de amarillo claro, con magníficas correas y puntas curvadas. Compró igualmente bastones. Con todo aquello sobre los hombros fue hasta la casa de Settembrini, en donde concertó con el tendero las condiciones de depósito.

Bastante enterado, por haber observado con frecuencia a los esquiadores, Hans Castorp comenzó solo, lejos de los frecuentados terrenos de ejercicio, a realizar, lo mejor que podía, el aprendizaje en una vertiente situada no lejos del sanatorio Berghof, y de cuando en cuando Settembrini iba a contemplarle, a cierta distancia, apoyado en su bastón, cruzando graciosamente las piernas y saludando con

exclamaciones los progresos del joven.

Todo iba bien hasta que un día Hans Castorp, que se dirigía por uno de los senderos hacia Dorf para dejar los esquíes en casa del abacero, se encontró con Behrens. El consejero no le reconoció, a pesar de que era pleno día y que el principiante estuvo a punto de darse de narices con él. El doctor se envolvió en una nube de su cigarro y pasó de largo.

Hans Castorp comprendió que rápidamente adquiría la práctica suficiente. No pretendía convertirse en un virtuoso. Lo necesario lo aprendió en el espacio de algunos días sin cansarse ni sofocarse. Trataba de juntar los pies como es preciso y dejar surcos paralelos. Aprendió la manera de servirse del bastón en la partida y franquear de un solo empuje, con los brazos elevados, los pequeños obstáculos, las pequeñas prominencias, elevándose y hundiéndose como un bloque en un mar agitado, y a partir de sus veinte sesiones ya no se caía cuando, en plena carretera, frenaba a lo Telemark, con una pierna hacia adelante y doblando la rodilla de la otra. Poco a poco amplió el número de sus ejercicios. Un día Settembrini le vio desaparecer en medio de una niebla blanca y con las manos en forma de trompeta le envió un consejo prudente, y se retiró sintiendo gran satisfacción en su corazón de pedagogo.

Bajo el signo del invierno el tiempo era bello en esa montaña, pero era bello no de un modo dulce y agradable, sino de la misma manera que el desierto salvaje del mar del Norte es bello en los días de un vigoroso viento del oeste. No había, en verdad, el retumbar de los truenos, ya que, por el contrario, reinaba un silencio de muerte que despertaba sentimientos muy afines al recogimiento. Las largas planchas flexibles de Hans Castorp le llevaban en muchas direcciones, a lo largo de la vertiente izquierda hacia Clavadell, o a la derecha pasando por delante de Frauenkirch y Glaris, detrás de las cuales la sombra del macizo de Amselfluh se dibujaba entre la niebla; igualmente el valle de Dischma, o detrás del Berghof, subiendo en dirección al bosque de Seehorn, cuya cima nevada se elevaba solitaria por encima del límite de los árboles del bosque de Drusatscha, detrás del cual se columbraba la silueta pálida de la cadena del Rhaetikon, cubierta de una nieve espesa.

Se hacía transportar con sus esquíes de madera por el funicular hasta Schazalp y se paseaba tranquilamente allá arriba, elevado a dos mil metros de altura, sobre los planos inclinados y los esplendores de una nieve polvorosa que, cuando el tiempo era claro, ofrecía una vista extensa y sublime sobre el paisaje de sus aventuras.

Se alegraba de aquella conquista que remediaba su impotencia y que vencía casi todos los obstáculos. Le envolvía en la soledad deseada, en la soledad más profunda que puede imaginarse, en una soledad que llenaba el corazón de la lejanía distante de los hombres. Había allí, por ejemplo, a un lado, una garganta con abetos sumidos en la bruma de la nieve, y al otro subía una vertiente rocosa con formidables masas de

nieve, ciclópeas, curvas y gibosas, que formaban cavernas y calas. Cuando se detenía para no oírse a sí mismo, el silencio era absoluto y perfecto; una ausencia de sonidos inusitada, jamás sentida, no existente en ningún otro sitio. Ningún soplo rozaba los árboles, ni siquiera el más sutil del mundo; no había un solo murmullo, ni una sola voz de pájaro. Era el silencio eterno lo que Hans Castorp espiaba cuando permanecía de pie, apoyado en su bastón, con la boca abierta y la cabeza inclinada sobre el hombro, y dulcemente, sin descanso, la nieve continuaba cayendo, cayendo lentamente, sin ruido.

No, ese mundo, en su silencio insondable no tenía nada de hospitalario; admitía al visitante a su propio riesgo y peligro; no le acogía, toleraba su intromisión, su presencia, de una manera poco tranquilizadora, sin responder de nada, y era la impresión de una amenaza muda y elemental, no de una hostilidad, sino de una indiferencia mortífera, lo que de aquellos parajes se desprendía.

El hijo de la civilización, extraño por su educación y sus orígenes a aquella naturaleza salvaje, era más sensible a su grandiosidad que los rudos hijos que han tenido que contemplarla desde la infancia y que viven con ella en un plano de familiaridad banal y tranquila. Estos conocen apenas el temor religioso con que el otro, frunciendo el entrecejo, hace frente a la naturaleza, temor que influye en todas sus relaciones íntimas con ella y mantiene constantemente en su alma una especie de sobresalto religioso y una emoción inquieta.

Hans Castorp, con su chaqueta de pelo de camello de largas mangas, con sus bandas y sobre sus esquíes de lujo, comprendía que era muy temerario espiando así ese silencio original de la naturaleza salvaje y silenciosamente mortal del invierno, y la impresión de alivio que experimentaba cuando, a su regreso, las primeras habitaciones humanas aparecían a través de la atmósfera velada, le hacía comprender su estado de espíritu anterior y le instruía sobre el terror secreto y sagrado que había dominado su corazón.

En Sylt, con pantalones blancos, seguro, elegante y respetuoso, había permanecido al borde de los formidables acantilados como delante de la jaula de un león, detrás de cuyos barrotes la bestia feroz muestra su bocaza abierta, de terribles colmillos. Luego se había bañado, mientras un guardián prevenía del peligro tocando la trompa para avisar a aquellos que, temerariamente, intentaban franquear la primera ola y aproximarse a la tempestad amenazadora, y el último chorro de la catarata arañaba la nuca como un golpe de garra de la fiera. El joven había conocido en aquella región la felicidad entusiasta de los ligeros contactos amorosos con las potencias que le hubieran destruido con su brazo. Pero lo que no había experimentado jamás era la veleidad de llevar ese contacto embriagador con la naturaleza moral hasta el límite del abrazo completo; era el deseo de arriesgarse, débil mortal, pero armado y suficientemente provisto por la civilización, hacia lo enorme y lo terrible, o

al menos evitar, el mayor tiempo posible, la huida, corriendo en esa aventura el peligro de rozar el instante crítico en que todo límite sería rebasado y en que ya no se trataría de espuma o de un ligero golpe de zarpa, sino de la ola misma de las fauces del mar.

En una palabra: Hans Castorp daba muestras de valor allá arriba, si hay que entender por valor ante los elementos, no la sangre fría ante su presencia, sino un don consciente de sí mismo y una victoria, alcanzada por la simpatía hacia ellos, sobre el miedo a la muerte.

¿Simpatía? En efecto, Hans Castorp experimentaba, dentro de su estrecho pecho civilizado, simpatía hacia los elementos, y a esa simpatía era debida la nueva conciencia que había adquirido de su propia dignidad al considerar la turba de deportistas de *luge*, lo mismo que era más conveniente y deseable para él una soledad más profunda y más grande, menos cómoda que el balcón de su hotel. Desde lo alto de su balcón, había contemplado las cumbres sumidas en la niebla, la danza de las tempestades de nieve, y había sentido vergüenza, en el fondo de su alma, de permanecer espectador abrigado detrás de la muralla de las comodidades. Por eso —y no por pretensión deportiva, ni por alegría física y espontánea— había aprendido a usar los esquíes. Si no se sentía en seguridad allá arriba, en la grandiosidad y el silencio de muerte de este paisaje —y ese hijo de la civilización no se sentía en su elemento—, su espíritu y sus sentidos habían ya de antemano trabado conocimiento con lo enorme y con lo extraño. Una entrevista con Naphta y Settembrini no era mucho más tranquilizadora, llevaba igualmente fuera de los senderos abiertos y hacia los peligros más graves, y si se podía hablar de una simpatía de Hans Castorp hacia el enorme salvajismo del invierno, es porque experimentaba, a pesar de su piadoso terror, que ese paisaje era la decoración más conveniente para madurar los complejos de sus pensamientos, que era aquél un lugar indicado para alguien que, sin saber mucho de él, se hallaba agobiado por la carga de «gobernar» pensamientos que concernían al estado y a la posición del *homo dei*.

Aquí no había nadie para prevenir al imprudente del peligro, tocando el cuerno, a menos que Settembrini hubiese sido ese hombre cuando con el caracol de sus manos ahuecadas había llamado a Hans Castorp que se alejaba. Pero el joven se sentía lleno de simpatía y de valor, no se preocupaba de la llamada que sonaba tras él, de la misma manera que no se había preocupado de la llamada que había escuchado cierto día de Carnaval: *«Eh, Ingegnere, un po'di ragione, sa*! Todavía tú, *Satana-pedagogo* con tu *ragione* y tu *ribellione* —pensó—. Por otra parte, te amo. Eres un charlatán y un organillero, pero estás lleno de buena intención, de las mejores intenciones, y te amo más que al pequeño jesuita y terrorista, que al torturador y flagelador español con sus lentes relampagueantes, a pesar de que tenga casi siempre razón cuando disputáis; cuando os disputáis como pedagogos, mi pobre alma, como Dios y el

diablo hacían con el hombre durante la Edad Media.»

Con las piernas salpicadas de nieve, iba subiendo, apoyándose en los bastones, por una blanca altura cuyas extensiones, semejantes a sabanas, se extendían en planos cada vez más altos y conducían no se sabía adonde. Parecía que no llevaban a ninguna parte. La región superior se perdía en el cielo, que era tan blanco y brumoso como ellas y que no se podía saber dónde comenzaba. Ninguna cima, ninguna cresta eran visibles, era una nada brumosa hacia la cual Hans Castorp avanzaba; detrás de él, el mundo, el valle habitado por hombres, no tardó en desaparecer igualmente ante su vista, y como ningún sonido llegaba ya de allí, su soledad, su aislamiento, se hicieron tan profundos, antes de que se diese cuenta, que llegaron hasta producirle espanto, que es la condición previa del valor. «*Praeterit figura hujus mundi*», se dijo a sí mismo en un latín que no era el de un espíritu humanista. Esa expresión la había aprendido de Naphta. Se detuvo y se volvió. Por ninguna parte se veía nada, excepto algunos minúsculos copos de nieve que, de la blancura de las alturas, descendían hacia la blancura de la tierra, y el silencio en torno era grandioso e imponente.

Mientras su mirada chocaba por todas partes contra el vacío blanco que le cegaba, sintió cómo, agitado por la subida, latía su corazón, ese órgano cuya forma había entrevisto tal vez con una audacia criminal, la forma animal y el mecanismo, entre los relámpagos crepitantes del gabinete de radioscopia. Y se sintió poseído de una especie de emoción, de una simpatía simple y ferviente hacia su corazón, el corazón del hombre, que late tan solitario en esas alturas, en el vacío, con sus preguntas y sus enigmas.

Subía cada vez más arriba, hacia el cielo. A veces la parte superior de su bastón de punta se hundía en la nieve y veía brotar de la profundidad del agujero como una luz azul que perseguía al bastón hasta que lo retiraba. Esto le divertía. Era una extraña y delicada luz de las montañas y de las profundidades, un azul verdoso, claro como el hielo y, sin embargo, sombrío y misteriosamente atractivo. Le hacía pensar en el color y en la luz de ciertos ojos, de los ojos oblicuos, de los de su destino, y que Settembrini había, desde el punto de vista humanista, calificado de hendiduras tártaras y de «ojos de lobo de la estepa»; de ojos que contempló en otro tiempo y que había indudablemente vuelto a encontrar, ojos de Hippe y de Clawdia Chauchat. «Con mucho gusto —dijo a media voz en el silencio—. Pero no lo rompas. Il est à visser, tu sais.» Y en pensamiento oyó, tras él, elocuentes exhortaciones a ser razonable.

A su derecha, a cierta distancia, el bosque se perdía en la bruma. Se volvió hacia aquella dirección para tener un objetivo terrestre ante sus ojos, en lugar de una trascendental blancura, y de pronto resbaló sin haberse dado cuenta de un declive del suelo. La cegadora monotonía le había impedido reconocer la forma del terreno. No se veía nada, todo se fundía ante sus ojos. Se presentaban obstáculos completamente

imprevistos. Y se abandonó a la vertiente, sin distinguir su grado de inclinación.

El bosque que le había atraído se hallaba situado más allá de la garganta a la cual había descendido sin darse cuenta. Su fondo, cubierto de una nieve blanda, se extendía por un lado de la montaña, como pudo darse cuenta cuando siguió un instante en esa dirección. Las vertientes eran cada vez más elevadas por ambos lados, como un camino hundido, y el pliegue del terreno parecía conducir al seno de la montaña. Luego las puntas de su vehículo se alzaron de nuevo, el terreno subía, y pronto no hubo pared lateral por donde ascender. La carrera sin camino de Hans Castorp conducía de nuevo, por una extensión abierta de montañas, hacia el cielo.

Vio el bosque de pinos por un lado, detrás y bajo de él, tomó esta dirección y llegó a una inclinación rápida. Los pinos cargados de nieve, que formaban una especie de vanguardia del bosque, ya no desaparecían dentro de la niebla, en la extensión libre. Bajo sus ramas se sentó a descansar y fumó un cigarrillo, con el alma un poco oprimida, angustiada por el silencio demasiado profundo, por aquella soledad, pero orgulloso de haberla conquistado con su valor, consciente de los derechos que su dignidad le daba sobre aquel paisaje.

Era por la tarde a eso de las tres. Inmediatamente después de la comida se había puesto en camino, decidido a dejar una parte de la gran cura de reposo y la merienda, y con la intención de hallarse de vuelta antes de la llegada de la noche. Se sintió feliz al pensar que tenía todavía ante él algunas horas para correr libremente a través de aquellos grandiosos parajes. Llevaba un poco de chocolate en el bolsillo del pantalón y una botellita de oporto en el de la chaqueta.

Apenas podía distinguir dónde estaba el sol, pues la niebla era espesísima en torno suyo. Detrás de él, por el lado del valle, del ángulo montañoso que ya no se veía, las nubes se iban oscureciendo y la niebla avanzaba cada vez más baja. Parecía que era nieve, que había que esperar aún más nieve para responder a alguna necesidad urgente, que se podía esperar una verdadera tempestad de nieve. En efecto, los pequeños copos silenciosos caían ya más abundantemente.

Hans Castorp avanzó para recoger algunos sobre la manga de su chaqueta, y como naturalista aficionado los contempló con ojos expertos. Parecían minúsculos trocitos informes, pero había tenido otros semejantes bajo su excelente lupa y sabía perfectamente de qué preciosos y precisos joyeles se componían: estrellas y diamantes como el joyero más experto no hubiera podido conseguir. Aquel ligero polvo blanco que pesaba en masas sobre el bosque, cubría su extensión y por encima del cual pasaban sus esquíes, era, a la verdad, muy diferente de la arena en que hacía pensar. Se sabía, en efecto, que no se componía de granitos de piedra, sino de miríadas de partículas de agua, concentradas en una multitud uniforme y cristalina, parcelas de la sustancia inorgánica que hacía surgir el plasma vital, el cuerpo de las plantas y del hombre, y entre esas miríadas de estrellas mágicas, en su impenetrable

esplendor sagrado, invisible, y en modo alguno destinado a la mirada humana, ninguna era semejante a la otra. Un ardor infinito de inventor en la transformación y el desarrollo refinado de un solo y mismo tema fundamental, del hexágono de lados y ángulos, reinaba allí, pero, en ellos mismos, cada uno de esos fríos productos era de una uniformidad absoluta y de una regularidad glacial, y precisamente en esto estaba lo inquietante, lo antiorgánico y lo hostil a la vida. Eran demasiado regulares, la sustancia organizada no llegaba jamás a semejante grado, la vida repugnaba una precisión tan exacta que juzgaba mortal, era el misterio mismo de la muerte, y Hans Castorp creía comprender por qué las construcciones de los tiempos de la antigüedad habían expresamente y en secreto, previsto ciertas infracciones a la simetría en la disposición de sus columnas.

Se puso en pie, resbaló sobre los esquíes, descendió a lo largo del lindero del bosque, sobre la espesa capa de nieve de la vertiente hacia la niebla, dejándose llevar, subiendo y resbalando, continuó vagando sin objeto y sin prisa, a través de la extensión muerta, que, con sus terrenos ondulados, con su horizonte limitado por las suaves eminencias, se parecía extrañamente a un paisaje de dunas.

Hans Castorp se encogía de hombros con satisfacción cuando se detenía y consideraba aquella semejanza, y soportaba con simpatía el calor de su rostro, sus deseos de estremecerse, la extraña y ardiente mezcla de excitación y de fatiga que experimentaba, porque aquello hacía pensar íntimamente en las impresiones familiares que le había producido igualmente el aire marino, que azotaba los nervios y que se hallaba saturado también de elementos soporíferos. Se daba cuenta, con satisfacción, de su independencia alada, de su libre movimiento. No tenía ante él ningún camino que se viese obligado a seguir, no tenía tampoco ninguno tras él para llevarle al punto de donde había salido. Había visto, al principio, jalones plantados en la nieve, pero Hans Castorp no había tardado en liberarse intencionadamente de aquella tutela, porque todo aquello le hacía pensar en el hombre de la trompeta y no le parecía que armonizase con sus relaciones íntimas con la grandiosa soledad salvaje del invierno.

Detrás de las alturas rocosas cubiertas de nieve, entre las cuales pasó dirigiéndose unas veces a la derecha y otras a la izquierda, se extendía un plano inclinado, después un plano horizontal, y luego la alta montaña cuyas gargantas y desfiladeros, muellemente almohadillados, parecían accesibles y tentadores.

La atracción de las lejanías y de las alturas, de las soledades que aparecían continuamente, era muy fuerte en el corazón de Hans Castorp, y, aun corriendo peligro de que pasase demasiado tiempo, continuaba penetrando en el silencio salvaje, en lo extraño, en la esfera peligrosa, sin preocuparse de que, de un momento a otro, su tensión y sus angustias podían transformarse en un verdadero miedo ante el aspecto de la oscuridad prematura y creciente del cielo, que se extendía como una

vela gris sobre la comarca. Aquel miedo le hizo comprender que, hasta aquel momento, se había esforzado secretamente en perder incluso el sentido de la orientación, en olvidar en qué dirección se hallaban situados el valle y la aldea, y lo había conseguido completamente. Además, podía decirse que si retrocedía inmediatamente y descendía siempre, lograría alcanzar rápidamente el valle, si no exactamente el Berghof. En este caso llegaría demasiado pronto, no habría gastado todo su tiempo, mientras que si la tempestad de nieve le sorprendía, era, en efecto, probable que ya no podría encontrar el camino de regreso. Pero rehusaba tomar prematuramente la huida a pesar de sentir el miedo, y el temor sincero de los elementos. Eso no era obrar como deportista, pues el deportista entabla la lucha con los elementos mientras se considera dueño de ellos; obra con prudencia, y lo cuerdo es ceder. Pero lo que pasaba en el alma de Hans Castorp se podía designar con una palabra: «reto». Y, aunque esa palabra implica sentimientos censurables, incluso si la veleidad criminal que designa se halla unida a un miedo sincero, se pueden, sin embargo, comprender, por poco que se reflexione humanamente, que en el fondo del alma de un joven y de un hombre que ha vivido durante años a la manera de nuestro héroe, se amalgaman muchas cosas, se acumulan y un día u otro hacen explosión en un «¡Vamos!» y en un «¡Allá va!» espontáneos, llenos de una impaciencia exasperada; en una palabra: se traducen en un reto y en una negativa opuesta a la prudencia razonable. Y era de esta manera como iba con sus largos zapatos resbalando a lo largo de aquella vertiente. Subió luego sobre la altura que seguía y en la cual se elevaba, a alguna distancia, un chalet de madera, con el techo cargado de fragmentos de rocas, de cara a la montaña siguiente y con la espalda erizada de pinos, tras los cuales las altas cimas se perdían en una bruma confusa. Delante de él, la pared sembrada de algunos grupos de árboles se elevaba a pico, pero hacia la derecha se le podía dar la vuelta hasta la mitad por una pendiente moderada, para pasar detrás de ella y ver lo que vendría después. Hans Castorp comenzó por realizar esta exploración, cuidadosamente, después de lo cual, ya ante la plataforma del chalet, descendió a un barranco más profundo cuya vertiente se inclinaba a derecha e izquierda.

Acababa apenas de reanudar la subida, cuando —como había podido prever— la tormenta de nieve y la tempestad estallaron repentinamente; la tempestad de nieve, que había amenazado durante largo tiempo, se encontraba ya allí, si puede hablarse de «amenaza» con referencia a esos elementos ciegos e ignorantes que no tienden en modo alguno a aniquilarnos (lo que por comparación hubiese sido relativamente confortante), pues a esos elementos ciegos le son indiferentes, de la manera más extraordinaria, las consecuencias de su actuación.

«¡Bueno! —pensó Hans Castorp, y se detuvo cuando el primer golpe de viento pasó a través del espeso torbellino de nieve y llegó hasta él—. ¡Ese viento es capaz de

helar la médula!»

Y, en efecto, ese viento era de una especie completamente dañina; el espantoso frío que reinaba —unos veinte grados bajo cero— no era insensible y no parecía dulce más que cuando el aire desprovisto de humedad se hallaba tranquilo e inmóvil como de costumbre; pero inmediatamente que un golpe de viento lo agitaba, cortaba la carne como un cuchillo, y cuando ocurría como ahora —pues el primer golpe de viento que había barrido la nieve no era más que un precursor— siete abrigos de piel no hubieran bastado para poner los huesos al abrigo de un espanto mortal y glacial. Hans Castorp no llevaba siete pieles, sino una camiseta de lana que en otras circunstancias le había sido suficiente y que incluso le había pesado al menor rayo de sol. Por otra parte, la borrasca le azotaba de lado y por la espalda, de manera que no era recomendable dar la vuelta y recibirla en plena cara, y como esa consideración se mezclaba a su obstinación y al «¡Adelante, pues!», decidido, el loco joven continuó avanzando entre los abetos dispersos a fin de llegar al otro lado de la montaña que se hallaba escalando.

Pero no resultaba un placer, pues no podía distinguir nada de la danza de los copos que, sin que se les viese caer, llenaban el espacio con su multitud densa y atorbellinada; las olas heladas que la atravesaban quemaban las orejas y producían un dolor agudo, paralizaban los miembros y entorpecían las manos, de manera que ya no se sabía si uno llevaba o no en ellas el bastón de punta de hierro. La nieve, por detrás, penetraba por dentro de su cabello, se fundía a lo largo de la espalda, se posaba sobre sus hombros y cubría todo su lado derecho. Le parecía que iba a convertirse en un muñeco de nieve con su bastón en la mano. Su situación era insoportable, a pesar de las condiciones relativamente favorables. Por poco que se volviese la cosa iría peor, y, sin embargo, el camino de regreso aparecía como una tarea difícil que hubiese sido mejor emprender sin dilación.

Se detuvo, encogió los hombros con cólera y volvió los esquíes. El viento contrario le cortó inmediatamente la respiración, de manera que realizó, una vez más, aquella media vuelta complicada para recobrar alientos antes de hacer frente de nuevo, mejor preparado, al enemigo implacable. Con la cabeza baja y conteniendo prudentemente la respiración, consiguió ponerse en camino en la dirección opuesta, sorprendido, a pesar de que esperaba lo peor, por la dificultad de la marcha, debido principalmente a que estaba cegado y a que no conseguía respirar. A cada momento se veía obligado a detenerse, primeramente para respirar al abrigo del huracán y luego porque, con la cabeza baja y los ojos contraídos no veía nada en aquella oscuridad blanca y debía ir con cuidado para no chocar contra los árboles o no hundirse en los obstáculos. Los copos le golpeaban el rostro y se fundían sobre su cara, de manera que su piel se iba helando; se metían en su boca y se fundían con un sabor débilmente acuoso; volaban contra sus párpados, que se cerraban

convulsivamente: inundaban sus ojos y le cortaban la visión, que por otra parte no le hubiese servido de nada porque el campo visual estaba velado por una cortina espesa y toda la cegadora blancura paralizaba el sentido de la vista. Cuando se esforzaba por ver, sólo podía mirar el torbellino de la nada blanca. De tiempo en tiempo emergían fantasmas del mundo fenomenal: un macizo de pinos enanos, la vaga silueta del chalet ante el cual acababa de pasar.

Le dejó tras él y se esforzó en encontrar el camino de regreso más allá de la altura en la que se elevaba el chal Pero no había camino. Conservar una orientación, la orientación aproximada de la casa y del valle, era más bien una cuestión de suerte que de inteligencia, porque si se conseguía ver la mano delante de los ojos, no se veían ya las puntas de los esquíes y, aunque se hubiesen visto mejor, no por eso hubiese dejado de ser extraordinariamente difícil el avanzar a causa de los obstáculos, con el rostro cubierto de nieve, el viento adverso que cortaba la respiración, que impedía tanto aspirar como espirar, y que obligaba en todo momento a volverse de espaldas para recobrar el aliento. ¿Quién podía continuar de ese modo? En lo que se refiere a Hans Castorp —y no hubiese sido distinto aunque se tratase de otro más fuerte que él— se detenía, jadeaba, apretaba los párpados para expulsar el agua de sus pestañas, daba golpes en el suelo para sacudirse la capa de nieve que había caído sobre él, y tenía la sensación de que constituía una presunción insensata el pretender avanzar en tales condiciones.

Hans Castorp avanzaba a pesar de todo, es decir, cambiaba de lugar. Pero cambiaba de lugar inútilmente, se movía dentro de la buena dirección y no hubiese sido menos peligroso para él permanecer donde estaba, pues esto parecía también absolutamente impracticable. La probabilidad teórica inclinaba al sentido contrario y, prácticamente hablando, le pareció pronto a Hans Castorp que no seguía el buen camino, la altura llana que, subiendo del barranco, había ganado con gran trabajo y que se trataba ante todo de escalar nuevamente. La parte llana era demasiado corta y subía ya de nuevo. Probablemente, el huracán, que venía del suroeste de la región, de la entrada del valle, le había desplazado del camino por medio de una furiosa presión contraria. Era un falso avance que le estaba agotando. A ciegas, envuelto en una noche blanca, iba penetrando con gran trabajo hacia adelante dentro de aquella amenaza indiferente.

—Malo —murmuró entre dientes, y se detuvo. No se expresó de un modo más patético, a pesar de que por un instante tuvo la sensación de que una mano de hielo se tendía hacia su corazón, que se sobresaltó y latió luego con golpes rápidos, como el día en que Rhadamante había descubierto en su pecho una mancha húmeda. Comprendía que no tenía derecho a pronunciar palabras solemnes, puesto que era él mismo quien había lanzado el reto, y que todo lo que la situación tenía de inquietante a él se debía. «No está mal», se dijo, y sintió que los músculos que movían su rostro

ya no obedecían al alma y ya no eran capaces de expresar nada, ni temor, ni cólera, ni desprecio, pues estaban helados. «¿Qué hacer ahora?» Descender por aquí, oblicuamente, y seguir ese saliente en línea recta, exactamente contra el viento.

—Está más pronto dicho que hecho —dijo con palabra entrecortada, suspirando. Hablaba a media voz, al mismo tiempo que se ponía en marcha—. Es preciso hacer algo; no puedo sentarme y esperar, me vería pronto cubierto por esas masas hexagonales y uniformes, y Settembrini, si se presentase con su pequeña trompa para buscarme, me encontraría acurrucado aquí, con los ojos vidriosos y un bonete de nieve puesto de través sobre la cabeza. —Observó que hablaba consigo mismo y de una manera bastante extraña. Se prohibió, pues, hablar, pero volvió a empezar pronto, a pesar de que sus labios fuesen tan pesados que renunció a servirse de ellos y hablaba sin consonantes labiales, lo que le recordó una situación ya antigua en la que le había ocurrido lo mismo—. Cállate y trata de avanzar —se dijo, y añadió—: Me parece que desvarías y que ya no tienes el cerebro muy claro; esto es grave desde todos los puntos de vista.

Pero que eso fuese grave desde el punto de vista de las probabilidades que tenía de escapar, constituía una simple comprobación crítica que parecía proceder de un extraño desinteresado aunque preocupado. Por su parte natural se hallaba muy inclinado a abandonarse a aquella confusión que quería tomar posesión de él con la fatiga creciente, pero se daba cuenta de esta tendencia y se detenía a meditar sobre ella.

«Es la conciencia alterada de alguien que se encuentra cogido en una tempestad de nieve y que no puede encontrar el camino —pensaba penosamente, y pronunciaba frases sin sentido, evitando por discreción expresiones más claras—. Las gentes que oyen referirlo luego se imaginan que es espantoso, pero olvidan que la enfermedad, y mi estado es en cierta manera una enfermedad, pone al hombre de modo que pueda entenderse con ella. Hay fenómenos de sensibilidad disminuida, aturdimientos bienhechores, expedientes naturales, sí, perfectamente… Pero es preciso combatirlos, pues tienen un doble aspecto, son equívocos hasta el más alto grado según se les quiere apreciar. Son provechosos y bienhechores cuando el camino está perdido para siempre, pero son malhechores y muy peligrosos, por poco que se pueda pensar en encontrar el camino, como me pasa a mí, pues mi corazón, que late tumultuosamente, no piensa en modo alguno dejarse recubrir por esa cristalinometría estúpida y regular…»

En efecto, se encontraba ya muy fatigado y combatía un principio de confusión en sus percepciones, de una manera también confusa y febril. No se asustó, como le hubiese pasado siendo hombre sano, cuando comprendía que se había desviado de nuevo de su camino llano, esta vez probablemente en el sentido de la vertiente de la meseta. Se dejó resbalar, teniendo el viento oblicuo contra él. A pesar de que, por el

momento, comprendía que era mejor no moverse, el dejarse resbalar le parecía más cómodo.

«Ya lo arreglaremos —se dijo—, encontraré la buena dirección un poco más abajo.»

Y es lo que hizo o creyó hacer, o no creyó, o —lo que es más inquietante— comenzaba a serle indiferente el hacer o el no hacer. Tal era el efecto de las ausencias de espíritu equívocas que no combatía más que débilmente. Esta mezcla de fatiga y de emoción, que formaba el estado ordinario y familiar de un pensionista cuya aclimatación consistía en no acostumbrarse, se había declarado tan netamente que ya no podía hablarse de luchar por medio de la reflexión contra esas ausencias. Presa de vértigo, temblaba de embriaguez y de excitación, poco más o menos como le había pasado después de su conversación con Naphta y Settembrini, pero infinitamente más fuerte; y así se le ocurrió justificar su pereza en la resistencia que oponía a esas ausencias soñolientas, con reminiscencias de ciertas discusiones, y, a pesar de su sublevación despreciativa contra la idea de dejarse recubrir por aquellas masas uniformes y hexagonales, balbuceaba algo en sí mismo cuyo sentido o no sentido era el siguiente: el sentimiento del deber que incitaba a combatir esas pérdidas de conocimientos sospechosos no era pura ética, era una mezquina concepción burguesa de la existencia y la posición de un filisteo irreligioso. El deseo y la tentación de tumbarse y de reposar asaltaban su espíritu bajo la forma siguiente: se decía que era como cuando durante una tempestad de arena en el desierto los árabes se tienden boca abajo y se envuelven la cabeza con el albornoz. Sólo el hecho de que no tuviese albornoz y de que no pudiese envolver su cabeza con la camiseta de lana le parecía una objeción de peso contra tal conducta, a pesar de que ya no era un niño y que por muchos relatos estaba enterado de cómo se produce la muerte por el hielo.

Después de una partida a una velocidad media sobre un terreno más bien llano, subió de nuevo, y la vertiente era bastante rápida. Era posible que no siguiese un camino falso, pues el que conducía al valle debía también subir a trechos, y en lo que se refiere al viento había cambiado, sin duda caprichosamente, pues Hans Castorp lo tenía de nuevo por la espalda y eso constituía una ventaja. ¿Era la tempestad lo que le curvaba hacia adelante o era el declive velado por un crepúsculo de nieve, blanco y tierno, el que ejercía una atracción sobre su cuerpo? No había más que ceder, que abandonarse a aquella atracción, y la tentación era grande, tan grande y peligrosa y típica como tenía fama de ser. Pero esta noción no disminuía en nada su fuerza viva y efectiva. Aquella atracción se envolvía con derechos particulares, no quería dejarse clasificar entre las premisas generales de la experiencia, no quería reconocerse, se declaraba única e incomparable en su existencia, aunque sin poder negar, es verdad, que era una inspiración que emanaba de un cierto aspecto, una sugestión que procedía de un ser vestido de negro a la española, con una golilla redonda y plisada de una

blancura de nieve, imagen a la que se unían toda clase de impresiones sombrías, jesuíticas, hostiles a la humanidad, toda clase de recuerdos de torturas y de flagelación, cosas por las que Settembrini sentía horror, por lo cual aparecía ridículo, con su organillo y su ragione…

Pero Hans Castorp se comportó valientemente y resistió a la tentación de dejarse llevar. No veía nada, luchaba y avanzaba; inútilmente o no, se esforzaba por su parte y cambiaba de lugar despreciando los lazos que le pesaban y con los cuales la tempestad de nieve ligaba cada vez más sus miembros. Como la subida era demasiado rápida, se dirigió hacia un lado, sin darse mucha cuenta, y siguió así durante algún tiempo la vertiente. Abrir sus párpados convulsivos constituía un esfuerzo cuya inutilidad había ya experimentado, lo que no le animaba mucho a repetirlo. Sin embargo, veía de vez en cuando alguna cosa: abetos que se aproximaban, un riachuelo o un barranco cuya negrura se dibujaba entre los rebordes de nieve; y cuando, para cambiar descendió de nuevo por una vertiente, divisó delante de él, a alguna distancia, flotando libremente como barrida por velos confusos, una construcción humana.

¡Aspecto consolador! Había trabajado valientemente, a pesar de todos los obstáculos, hasta que había conseguido llegar a ver construcciones debidas a la mano del hombre, que le advertían que el valle habitado estaba próximo. Tal vez había allí hombres, tal vez se podría entrar en la casa y, bajo su techo, esperar el fin de la tormenta, y en caso de necesidad procurarse un compañero o un guía, si la oscuridad natural llegaba en el intervalo. Marchó hacia aquella cosa casi quimérica y que a cada momento estaba a punto de desaparecer en la oscuridad de la hora. Tuvo que realizar todavía una ascensión agotadora contra el viento para alcanzarla, y se convenció, una vez llegado allí, con sentimientos de indignación, de sorpresa, de espanto y de vértigo, que era la choza ya conocida, el refugio de tejado cargado de piedras que después de un sinfín de vueltas y a costa de los más atrevidos esfuerzos, había vuelto a encontrar.

¡Qué diablo! Graves juramentos salieron de los labios rígidos de Hans Castorp, que omitía los sonidos labiales. Para orientarse dio la vuelta a la choza, ayudándose de su bastón, y comprobó que había llegado a ella de nuevo por detrás y que, por consiguiente, durante una hora larga, según podía calcular, se había entregado a la más pura y a la más inútil de las tonterías. Pero la cosa pasaba así, así podía leerse en los libros. Daba vueltas, se imaginaba avanzar y describía en realidad algunos vastos y estúpidos círculos que conducían de nuevo al punto de partida como la engañadora órbita del año. De esa manera se extraviaba, de esa manera no se volvía más. Hans Castorp reconoció el fenómeno tradicional con una cierta satisfacción, porque la experiencia se había producido puntualmente en su propio caso particular, individual y presente.

El chalet desierto era inaccesible, la puerta estaba cerrada, no se podía entrar por ningún lado. Hans Castorp decidió, sin embargo, permanecer allí provisionalmente, pues el alero daba la ilusión de un cierto abrigo, y la choza misma, por el lado orientado hacia la montaña, donde Hans Castorp se refugió, ofrecía realmente una cierta protección contra la tempestad cuando se apoyaba el hombro contra la pared, pues a causa de la longitud de los esquíes no era posible adosarse a ella. De lado, permanecía de pie, después de haber hundido su bastón al lado de él en la nieve, las manos en los bolsillos, levantado el cuello de su camiseta de lana, y manteniéndose en equilibrio sobre la pierna adelantada. Con los ojos cerrados dejó reposar la cabeza, que le daba vueltas, contra el muro; no miraba más que de tiempo en tiempo por encima de su hombro más allá del barranco, hacia la pared rocosa, al otro lado, que aparecía a veces borrosamente a través del velo de nieve.

Su situación era relativamente cómoda. «Si es necesario podría permanecer aquí toda la noche —se dijo—, mientras cambie alternativamente de pie, me vuelva del otro lado y, naturalmente, me mueva un poco en los intervalos, lo que es indispensable. No quiere decir nada que exteriormente me sienta aterido; he acumulado calor interiormente gracias al ejercicio que he hecho y mi excursión no ha sido, por lo tanto, completamente inútil, a pesar de que me haya perdido y haya dado vueltas en torno a la cabaña… «Perdido», ¿de qué expresión acabo de servirme? No es en modo alguno necesaria, no corresponde a lo que me ha ocurrido, me he servido de ella de un modo completamente arbitrario, porque no tengo todavía la cabeza muy clara y, sin embargo, bajo cierto aspecto, es una palabra muy justa… Menos mal que puedo soportar todo eso, pues esta tormenta, ese huracán de nieve, este torbellino caótico pueden durar perfectamente hasta mañana por la mañana y tal vez hasta la entrada de la noche; eso sería muy grave, pues durante la noche el peligro de perderse es tan grande como en medio de la tempestad de nieve… Debe haberse hecho de noche, pues he perdido mucho tiempo dando vueltas. ¿Qué hora será?»

Buscó con sus dedos ateridos y muertos y no le fue muy fácil desenterrar del bolsillo su reloj de oro, con tapa y monograma, que dejaba oír su tictac, vivo y fiel a su deber, aquí, en esta desolada soledad, semejante en eso a su corazón, el corazón humano tan conmovedor en el calor orgánico de su tórax.

Eran las cuatro de la tarde. ¡Qué diablo!, era casi la misma hora que cuando la tempestad había comenzado. ¿Podía creer que hubiese corrido solamente durante un cuarto de hora?

«El tiempo me ha parecido largo —pensó—. Eso de perderse es muy fastidioso, según parece. Pero como a las cinco o a las cinco y media ya es completamente de noche, es un hecho que subsiste. ¿Cesará la tempestad lo suficientemente pronto para evitar que me pierda? Entretanto, podría beber un trago de oporto para recuperar las fuerzas.»

Había llevado aquella bebida de buen paladar únicamente porque se la encontraba en el Berghof, en botellas planas y porque la vendían a los excursionistas, sin que se hubiese pensado, en verdad, en los que contra la regla se perdiesen en la montaña, en medio de la nieve y del frío, y esperasen la noche en tales condiciones. Si su espíritu hubiese estado más lúcido hubiera podido decirse que, desde el punto de vista de las posibilidades de regreso, era lo peor que podía beber.

En realidad se lo dijo, pero después de haber bebido algunos sorbos que le hicieron un efecto semejante al que le había producido la cerveza de Kulmbach la noche de su llegada, cuando, al hablar desordenadamente sobre salsas de pescado y otras cosas semejantes, produjo la sorpresa de Settembrini, el señor Lodovico, el pedagogo, que con su mirada exhortaba a los locos que se dejaban llevar y del cual Hans Castorp oía precisamente la agradable llamada del cuerno a través de los aires, signo de que el elocuente educador se aproximaba a marchas forzadas para sacar de aquella loca situación al alumno preferido, al hijo mimado por la vida y para llevarle… Lo que naturalmente era absurdo y no procedía más que de la cerveza de Kulmbach que había bebido por distracción, pues, primeramente, Settembrini no tenía cuerno, no tenía más que su organillo apoyado sobre una pata de palo, y cuyos sonidos acompañaba elevando hacia las casas sus ojos humanistas y, en segundo lugar, no sabía ni notaba absolutamente nada de lo que estaba pasando, puesto que ya no se encontraba en el sanatorio Berghof, sino en casa de Lukaceck, sastre-modista, en el pequeño desván de la botella de agua, sobre la celda de seda de Naphta, y ya no tenía derecho ni medios para intervenir, como en otro tiempo en la noche de Carnaval, cuando Hans Castorp se había encontrado en una posición tan loca y tan grave como ésta, cuando había devuelto a la enferma Clawdia Chauchat su lápiz, el lápiz de Pribislav Hippe… Además, ¿qué había ocurrido con su «posición»? Para hallarse en una posición es preciso «hallarse» en algún sitio y no de pie, para que esa palabra adquiera su sentido justo y propio en lugar de un sentido puramente metafórico. La posición horizontal, era la que convenía a un miembro tan antiguo de la sociedad de aquí arriba. ¿No estaba acostumbrado a permanecer tendido a pleno aire, con nieve y frío, tanto de noche como de día? Y se dispuso a dejarse caer, cuando la conciencia le penetró, le cogió en cierta manera por el cogote y le sostuvo de pie; por el hecho de que los balbuceos de su pensamiento sobre la «posición» debían ser igualmente atribuidos a la cerveza de Kulmbach, no procedían más que de su deseo impersonal, típicamente peligroso, de tenderse y dormir, y que estaba ahora a punto de seducirle por medio de sofismas y de juegos de palabras.

«He cometido una torpeza —confesó—. El oporto no estaba indicado; esos sorbos me han puesto excesivamente pesada la cabeza; me cae, por decirlo así, sobre el pecho, y mis pensamientos no son más que divagaciones y bromas de mal gusto de las cuales no debo fiarme. No solamente los pensamientos que se me ocurren son

dudosos, sino también las observaciones críticas que hago sobre ellos, y ésta es la desgracia. Son *crayon*, es decir, «El lápiz de ella», y no de él; no se dice *sa crayon* porque el lápiz se halla en masculino, y todo lo demás no es más que una broma. Tampoco sé por qué me fijo en eso, cuando, por ejemplo, debería inquietarme mucho más el hecho de que mi pierna izquierda, sobre la cual me apoyo, recuerda de una manera sorprendente la pata de palo del organillo de Settembrini que empuja siempre delante de sí con la rodilla, sobre el empedrado, cuando se aproxima a la ventana y tiende su sombrero de terciopelo para que la muchachita le eche su moneda. Y al mismo tiempo me siento, en algún modo, atraído por manos inmateriales hacia la nieve, para tumbarme en ella. Únicamente el movimiento puede remediar eso. Es preciso que haga movimiento para castigarme por haber bebido cerveza de Kulmbach y para desentumecer mis piernas de madera.»

Con un movimiento del hombro se separó de la pared. Pero apenas se hubo alejado, apenas hubo dado un paso, el viento le asaltó con sus golpes de hoz y le rechazó hacia el abrigo del muro. Sin duda era aquél el lugar a que se veía reducido y con el que debía provisionalmente contentarse; y tenía la facultad de apoyarse, para cambiar, sobre el hombro izquierdo, sosteniéndose sobre la pierna derecha y moviendo un poco la otra para reanimarla.

«Con un tiempo semejante —se dijo— uno debe quedarse en casa. Puede uno concederse un poco de variación, pero no hay que pretender nada nuevo, no hay que exponerse al viento. Permanece tranquilo y deja tu cabeza, puesto que está tan pesada. La pared es buena, las vigas son de madera y parece que se desprende incluso cierto calor, si aquí puede hablarse de cuestiones de calor; un discreto calor natural que tal vez es una cosa subjetiva… ¡Ah, los árboles! ¡Oh, ese vivo clima de los hombres vivos! ¡Qué perfume…!»

Se hallaba en un parque, situado bajo el balcón en el cual se encontraba sin duda de pie. Un vasto parque de un verdor lujuriante, con árboles llenos de hojas, olmos, plátanos, hayas, abedules, ligeramente en la coloración de sus hojas frescas, lustrosas, y cuyas cimas se hallaban agitadas por un ligero murmullo. Un aire delicioso, húmedo, embalsamado por los árboles, murmuraba. Pasó un vaho caliente de lluvia, pero la lluvia estaba iluminada por las transparencias. Se veía muy alto en el cielo el aire que brillaba lleno de gotitas de agua. ¡Qué bello era todo eso! ¡Oh, soplo del suelo natal, plenitud de la tierra baja, después de una privación tan larga! El aire estaba lleno de cantos de pájaros, lleno de silbidos aflautados, de gorjeos y de sollozos de un dulce y grácil fervor, sin que un solo pájaro fuese visible. Hans Castorp sonrió, respirando con agradecimiento. Y todo se iba haciendo más bello. Un arco iris se tendía oblicuamente por encima del paisaje, un arco completo y nítido, de un esplendor puro, de un resplandor húmedo, con todos sus colores que, untuosos como aceite, resbalaban sobre el verdor espeso y reluciente. Era como una especie de

música, como un sonido de arpas mezclado con flautas y violines. El azul y el violeta, sobre todo, resbalaban maravillosamente. Todo se fundía y se partía de un modo mágico, se metamorfoseaba sin cesar, siempre más bellamente y de un modo más nuevo. Era como el día, hacía ya muchos años, en que Hans Castorp fue a oír a un cantante famoso en el mundo entero, un tenor italiano cuya garganta vertía en el corazón de los hombres el consuelo de un arte lleno de gracia. Había atacado una nota aguda que fue bella desde el principio. Pero, poco a poco, de instante en instante, esa armonía apasionada se había ampliado, dilatado y desenvuelto, se había iluminado con una luz cada vez más resplandeciente. Uno a uno, los velos que primeramente no había percibido cayeron, había todavía uno que iba a terminar por descubrir la luz suprema y la más pura, y luego aún otro velo, y luego otro, excelso, que dejaba aparecer una profusión deslumbrante de esplendores bañados en lágrimas, y un sordo rumor resonó entonces como una objeción o una contradicción, elevándose de aquella multitud, y el joven Hans Castorp se sintió sacudido por los sollozos. El azul lo invadía todo… Los velos límpidos de la lluvia caían: aparecía un mar, era el mar del sur, de un azul profundo, y saturado, brillante de luces de plata; una bahía maravillosa, abierta en una costa de una pendiente ligera, medio cercada de cadenas de montañas de un azul cada vez más mate, sembrada de islas, en donde surgían palmeras, y sobre las cuales se veían lucir pequeñas casas blancas entre bosques de cipreses. ¡Oh, oh, basta! No merecía todo aquello. ¡Qué beatitud de luz, que profunda pureza del cielo, que frescura de agua soleada! Hans Castorp no había visto jamás aquello ni nada semejante. Había visto rápidamente algo del Mediodía con motivo de breves viajes de vacaciones. Conocía el mar salvaje, el mar tétrico, y se hallaba unido a él por sentimientos pueriles y vagos, pero no había llegado jamás hasta el Mediterráneo, hasta Nápoles, hasta Sicilia o hasta Grecia, por ejemplo. Sin embargo, *se acordaba*. Sí, cosa extraña, volvía a ver, reconocía todo aquello. «Sí, sí, es eso», exclamó una voz en él, como si hubiese llevado consigo y sin saberlo desde siempre, ese bienaventurado azul soleado, como escondiéndoselo a sí mismo. Y ese «desde siempre» era vasto, infinitamente vasto como el mar abierto a su izquierda, allí donde el cielo lo teñía de un matiz violeta tierno.

El horizonte era alto, la extensión parecía subir, lo que procedía de que Hans Castorp veía el golfo desde arriba, desde cierta altura. Las montañas avanzaban en promontorio, coronadas de selvas, entraban en el mar, retrocedían en semicírculo, desde el centro del paisaje hasta el lugar en que él se hallaba sentado. Era una altura rocosa, con escalones de piedra caldeados por el sol. Delante de él, la ribera descendía musgosa y pedregosa cubierta de malezas, hasta la arena en donde los guijarros formaban, entre los juncos de azules bayas, pequeños puertos y pequeños lagos. Y esa comarca soleada, y esas altas riberas de acceso fácil, y esas charcas rientes, rodeadas de rocas, lo mismo que el mar cubierto de islas y de barcas que iban

y venían, todo estaba poblado. Hombres, hijos del sol y del mar, se movían y reposaban, alegres y tranquilos; una bella y joven humanidad, a cuya vista el corazón de Hans Castorp se dilataba dolorosamente pleno de amor.

Jóvenes adolescentes luchaban con caballos, corrían al lado de los animales, que relinchaban y sacudían la cabeza, o bien los montaban sin silla, batiendo los talones desnudos contra los flancos de sus monturas, empujándolos hacia el mar, mientras los músculos de sus espaldas jugaban al sol bajo la piel bronceada, y los gritos que cambiaban o dirigían a sus animales tenían una especie de sonoridad mágica. Al borde de una de las bahías donde las riberas se reflejaban como en un lago y que penetraban en el interior de la tierra, unas muchachas danzaban. Una de ellas, con los cabellos anudados en la nuca, tenía un encanto particular; se hallaba sentada, los pies metidos en un hoyo, y tocaba una flauta pastoril, con los ojos fijos, por encima de sus dedos móviles, en sus compañeras que, con largos vestidos flotantes, aisladas, los brazos abiertos y sonriendo, o por parejas, las sienes graciosamente juntas, bailaban, mientras, detrás de la que tocaba la flauta, detrás de su espalda blanca, larga, delicada, y que los movimientos de sus brazos hacían ondular, otras hermanas estaban sentadas o se mantenían abrazadas y lo contemplaban todo hablando tranquilamente. Más lejos, unos jóvenes se ejercitaban en tirar con arco. Era una visión feliz y amable el ver cómo los mayores enseñaban a los adolescentes inhábiles, de cabellos rizados, la manera de tender el arco apoyando sobre la flecha, verlos apuntar con sus discípulos, sostenerlos cuando el choque de retroceso del arco vibrante les hacía tambalear riendo. Otros pescaban con caña, se hallaban tendidos boca abajo en las rocas llanas de la ribera y hundían la liza en el agua, charlando tranquilamente, con la cabeza vuelta hacia su vecino, que, con el cuerpo alargado en posición oblicua, lanzaba muy lejos su cebo. Otros estaban ocupados en empujar una barca hacia el mar, con sus mástiles y vergas… Los niños jugaban en las rompientes. Una mujer joven, tendida en el suelo, miraba hacia atrás; con una mano sostenía su vestido florido entre los senos, tendiendo la otra hacia un fruto rodeado de hojas que un hombre de estrechas caderas, de pie ante ella, le ofrecía y luego le negaba, moviendo su brazo tendido. Unos se hallaban adosados a las rocas, otros titubeaban junto al agua, tanteando con la punta del pie su temperatura, con los brazos cruzados y las manos sobre los hombros. Unas parejas se paseaban a lo largo de la orilla, y cerca de la oreja de la muchacha estaba la boca del que la acompañaba familiarmente. Cabras de largos pelos saltaban de roca en roca, guardadas por un joven pastor que se hallaba sobre una eminencia, con una mano en la cadera y apoyándose con la otra en un bastón, cubriendo con un sombrero su cabeza.

«¡Eso es encantador! —pensó Hans Castorp—. ¡Es completamente encantador y atrayente! ¡Qué lindos, qué llenos de salud, qué inteligentes y felices! No son solamente bellos, sino también inteligentes e interiormente amables. Eso es lo que me

impresiona y me enamora de ellos. El espíritu y el sentido inmanente de su ser, eso es lo que quiero decir. El espíritu con que se hallan reunidos y viven juntos.» Entendía por eso aquella gran afabilidad y las consideraciones iguales para todos que esos hombres del sol tenían en su comercio: un respeto ligero y velado con una sonrisa, que se demostraban los unos a los otros casi insensiblemente, y que, sin embargo, en virtud de una idea que se había hecho carne, era un lazo de espíritu que, manifiestamente, les unía a todos; una dignidad y una severidad que se resolvían en alegría y que les guiaban en sus actos y en sus abstenciones como una influencia espiritual e inexpresable, de una gravedad en modo alguno sombría y de una piedad razonable, a pesar de que no estuviese falta de una solemnidad ceremoniosa. Pues allá abajo, sobre una piedra redonda y cubierta de musgo, se hallaba sentada una joven madre que había desabrochado sobre uno de los hombros su oscuro vestido y que satisfacía la sed de su pequeño. Y los que pasaban cerca de ella la saludaban de una manera particular, que resumía todo lo que quedaba tan expresivamente inexpresado en la conducta general de esos hombres: los jóvenes volviéndose hacia la madre, cruzando ligeramente los brazos sobre su pecho e inclinando la cabeza con una sonrisa; las muchachas, con una genuflexión apenas iniciada, semejante al gesto del que pasa por delante de un altar. Pero, al mismo tiempo, le hacían cordiales, alegres y vivos signos con la cabeza, y esa mezcla de devoción ritual y de amistad, lo mismo que la lenta dulzura con la que la madre ayudaba al niño a mamar sin pena, apoyando el índice sobre su seno, elevando los ojos y dando las gracias con una sonrisa a los que le rendían homenaje, terminaron de encantar a Hans Castorp. No se cansaba de mirar y se preguntaba con angustia si tenía derecho a mirar, si el hecho de espiar aquella felicidad soñada y civilizada no era reprensible para él, que se sentía desprovisto de nobleza, feo y desgarbado.

No había que dudar. Un bello efebo, cuya larga cabellera peinada hacia un lado avanzaba sobre su frente y le caía sobre la sien, permanecía exactamente debajo de donde el se hallaba, con los brazos cruzados sobre el pecho, separado de sus compañeros, ni triste ni melancólico, sino sencillamente separado de los demás. El adolescente le vio, elevó la mirada hacia él, y sus ojos pasaron de él a las imágenes de la arena y volvieron luego a posarse sobre el que espiaba. Pero, de pronto, miró por encima de su cabeza a la lejanía e inmediatamente la sonrisa de cortesía fraternal y amable, que era común a todos, desapareció de su bello rostro infantil, de líneas severas, sin que frunciese las cejas, y una gravedad apareció en su semblante, una gravedad de piedra, sin expresión, insondable, algo firme y mortal, que impresionó a Hans Castorp, que acababa apenas de tranquilizarse después de haber sentido un espanto pálido cuya oscura significación presentía.

Él también volvió la cabeza… Potentes columnas sin base, hechas de bloques cilindricos, en las hendiduras de las cuales crecía el musgo, se elevaban detrás de él;

eran las columnas del pórtico de un templo sobre cuyos escalones se hallaba sentado. Con el corazón palpitante se puso en pie, subió los peldaños por un lado y penetró en el profundo pórtico, continuando su marcha por una vía empedrada que le dio inmediatamente acceso a un nuevo recinto. Lo atravesó y delante de él vio el templo enorme, verdoso y roído por el tiempo, con un frontispicio ancho que reposaba sobre capiteles de potentes columnas, casi chatas, pero que se adelgazaban en lo alto, y del conjunto de las cuales surgía un bloque redondeado. Con trabajo, ayudándose de sus manos y suspirando, pues el corazón estaba a cada momento más angustiado, Hans Castorp subió los altos escalones y llegó a la selva de columnas. Ésta era muy profunda y paseó por ella como entre los troncos del bosque de cedros, evitando el centro. Pero volvía siempre y se encontró en un lugar donde las hileras de columnas se separaban ante un grupo de estatuas, de dos figuras de mujer talladas en piedra, sobre un zócalo, al parecer la madre y la hija: una sentada, de más edad, más digna, muy clemente y divina, pero con los párpados tristes sobre sus ojos vacíos y sin pupilas, envuelto en una túnica de pliegues, cubiertos con un velo sus cabellos ondulados de matrona: la otra de pie, enlazada maternalmente por la primera, con un rostro redondo de muchacha, los brazos y las manos juntos y ocultos entre las ondas de su pelo.

Mientras Hans Castorp contemplaba el grupo, su corazón, por oscuras razones, se hacía más pesado, más angustiado, más cargado de presentimientos. Apenas se atrevía —y era preciso, sin embargo—, a rodear esas figuras para franquear, tras ellas, la segunda doble hilera de columnas; la puerta de bronce del santuario estaba abierta y las rodillas del desgraciado vacilaron ante el espectáculo que descubrió su vista. Dos mujeres de cabellos grises, medio desnudas, de senos colgantes y pezones tan largos como dedos, se entregaban allá dentro, ante las llamas del brasero, a espantosas manipulaciones. Sobre una crátera descuartizaban a un niño, lo descuartizaban en medio de un silencio salvaje, con sus manos —Hans Castorp veía los finos cabellos rubios manchados de sangre— y devoraban los pedazos haciendo crujir los pequeños huesos dentro de sus bocas, mientras la sangre rezumaba por sus espantosos labios. Un estremecimiento helado inmovilizó a Hans Castorp. Quiso taparse los ojos con las manos pero no lo consiguió. Quiso huir y no pudo. Ellas, que le habían visto, sin suspender su abominable trabajo, agitaron sus puños ensangrentados y le injuriaron sin voz, con la mayor grosería, en términos obscenos, y eso en el idioma del país de Hans Castorp. Se sintió mal, peor que nunca. Desesperadamente quiso huir de aquel lugar y, al hacer un esfuerzo, cayó junto a la columna. Con los oídos llenos de aquellas horribles palabras, se encontró apretado contra la cabaña, caído en la nieve, con la cabeza apoyada y los esquíes tendidos delante de él.

No se hallaba, sin embargo, verdaderamente despierto: parpadeó únicamente

satisfecho de haberse desembarazado de aquellas atroces arpías, pero no distinguía claramente —ni se preocupaba mucho— si estaba apoyado en una columna del templo o en una cabaña, y su sueño continuaba en cierto modo, no ya en imágenes, sino en pensamientos, de una manera no menos atrevida y extraña.

«Me parece que se trata de un sueño —murmuró para sí mismo—. Sueño, a la vez encantador y espantoso. En el fondo, ya lo he sabido siempre y todo ha sido concepción mía, el parque y la bella humedad, y lo que ha seguido, tanto lo bello como lo feo, ya lo sabía por adelantado. ¿Pero cómo se puede saber y construir una cosa semejante, tan encantadora y espantosa? ¿De dónde he sacado yo ese bello golfo sembrado de islotes y luego el recinto del templo hacia el cual me han dirigido las miradas de ese adolescente que se hallaba solo? No se sueña únicamente con su propia alma, según me parece, se sueña de un modo anónimo y colectivo, aunque con su propia materia. La gran alma de la cual tú no eres más que una partícula, suena a través de ti, a tu manera, cosas que en secreto sueña siempre de nuevo —de su juventud, de su esperanza, de su felicidad, de su paz… y de su escenario sangriento—. Heme aquí apoyado en mi columna, y tengo todavía en mi cuerpo los verdaderos vestigios de mi sueño, el escalofrío glacial que he experimentado ante la escena sangrienta y también la alegría del corazón, la alegría que experimenté delante de la felicidad y los piadosos usos de la humanidad blanca. Me corresponde, lo afirmo, me corresponde por derecho el encontrarme tendido aquí y soñar tales cosas. He aprendido mucho, entre las gentes de aquí, sobre la sinrazón y la razón. Me he perdido con Naphta y Settembrini en las montañas más peligrosas. Sé todo lo del hombre, he escrutado su carne y su sangre, he restituido a la enferma Clawdia Chauchat el lápiz de Pribislav Hippe. Pero quien conoce el cuerpo conoce la vida y conoce la muerte. Y eso no es todo, a lo más un principio, si uno se coloca desde el punto de vista pedagógico. Es preciso añadir el otro aspecto, el reverso. Pues, por interés que se siente hacia la muerte y la enfermedad, no es más que una forma del interés que se experimenta por la vida, como lo demuestra la facultad humanista de la medicina, que se dirige en un latín tan cortés a la vida y a la enfermedad y que no es más que una variedad de esa única, de esa grande y anhelante preocupación que quiero llamar con toda simpatía por su nombre: es el hijo mimado de la vida, es el hombre, su estado y su posición… Los conozco bastante bien: he aprendido mucho entre esas gentes de aquí arriba, he subido muy alto por encima del país llano, hasta el punto de haber perdido casi el aliento; pero desde la base de mi columna disfruto de una vista que no me parecía mala… He soñado sobre el estado del hombre y su cortés comunidad, inteligente y respetuosa, detrás de la cual se desarrolla en el templo la espantosa escena sangrienta… ¡Qué corteses y encantadores eran esos hombres del sol, teniendo en el fondo esa cosa atroz! Sacan de ella una conclusión sutil y muy galante. Quiero, con toda mi alma, quedarme con ellos y no con Naphta,

como tampoco con Settembrini: los dos son unos charlatanes. El uno es sensual y perverso, y el otro no toca nunca más que el pequeño cuerno de la razón y se imagina que puede llevar a ella incluso a los locos. ¡Qué falta de gusto! Es el espíritu primario y la ética pura, es la irreligión; completamente de acuerdo. Pero tampoco quiero, en modo alguno, pasarme al partido del pequeño Naphta, a su religión, que no es más que un guazzabuglio de Dios y del diablo, del bien y del mal, buena para el individuo que se tire de cabeza a fin de hundirse místicamente en lo universal. ¡Qué dos pedagogos! Sus disputas y sus desacuerdos no son en ellos mismos más que un guazzabuglio y un confuso estrépito de batalla que no puede aturdir a quien tenga el cerebro libre y el corazón piadoso. ¡Y ese problema de la aristocracia con su nobleza! Vida o muerte, enfermedad, salud, espíritu y naturaleza, ¿son contrarios? ¿Son eso problemas? No, no son problemas, y el problema de su nobleza no es un problema. Lo irrazonable de la muerte se desprende de la vida; si no, la vida no sería vida, y la posición del homo dei se halla en el centro, con la falta de razón y con la razón, de la misma manera que su posición está entre la comunidad mística y el individualismo inconsciente. Eso es lo que veo desde mi columna. En esta posición es preciso tener con uno mismo relaciones refinadas, galantes y amablemente respetuosas, pues uno solo es noble y los contrarios no lo son. El hombre es el dueño de las contradicciones, éstas existen gracias a él y, por consiguiente, es más noble que ellas. Más noble que la muerte, demasiado noble para ella, y ésa es la libertad de su cerebro. Más noble que la vida, demasiado noble para ella, y eso es la piedad de su corazón. He rimado un sueño poético sobre el hombre. Quiero acordarme, quiero ser bueno. ¡No quiero conceder a la muerte ningún poder sobre mis pensamientos! Pues en eso consiste la bondad y la caridad, y en nada más. La muerte es una gran potencia. Uno se descubre y anda a paso rítmico sobre la punta de los pies, ante su proximidad. Lleva la golilla de ceremonia del pasado y se viste severamente de negro en su honor. La razón es tonta ante la muerte, pues no es nada más que virtud, mientras que la muerte es libertad, la falta de razón, la ausencia de forma y la voluptuosidad. La voluptuosidad, dice mi sueño, no el amor… ¡La muerte y el amor es una mala rima, un mal gusto, una falsedad! El amor hace frente a la muerte; él solo, no la virtud, es más fuerte que ello. Él solo, no la virtud, inspira buenos pensamientos. La forma también sólo está hecha de amor y de bondad, la forma y la civilización de una comunidad inteligente y amistosa, y de un bello listado humano —con el sobrentendido discreto de la escena sangrienta—. ¡Eso ha sido soñado con claridad y bien «gobernado»! Quiero reflexionar. Quiero conservar en mi corazón mi fe en la muerte, pero quiero acordarme claramente que la fidelidad a la muerte y al pasado no es más que vicio, voluptuosidad sombría e inhumana, cuando dirige nuestros pensamientos y nuestra conducta. *El hombre no debe dejar que la muerte reine sobre sus pensamientos en nombre de la bondad y del amor*. Y pensando esto, yo, Hans Castorp, el hijo mimado

de la vida, me despierto…

»Así he seguido mi sueño hasta el final. Desde hace tiempo buscaba esa palabra: en el lugar en que Hippe se me apareció, en mi balcón y por todas partes. Mis investigaciones me llevaron luego a las montañas cubiertas de nieve. Ahora la poseo. Mi sueño me lo ha revelado claramente, de manera que ya lo sé. Sí, estoy encantado y animado. Mi corazón late con fuerza y sabe por qué. No late solamente por razones físicas, no late por la misma razón que las uñas de un cadáver continúan creciendo, late humanamente, y en verdad se siente feliz. Es un libro esa palabra de sueño, mejor que el oporto y la cerveza, y me circula por las venas como el amor y la vida, y por eso no deseo arrancarme a mi sueño y a mi soñar, sueño que, como sé, pone en grave peligro mi vida joven… ¡Abiertos, abiertos! ¡Los ojos abiertos! ¡Esos son tus propios miembros, tus pies en la nieve! ¡Recógelos y ponte en pie! ¡Toma…! ¡Hace buen tiempo!»

Era terriblemente difícil la liberación de los lazos que le retenían y que intentaban mantenerle en el suelo, pero el empuje que había tomado era más fuerte. Hans Castorp se apoyó en un codo, tendió enérgicamente las rodillas, tiró, se apoyó y se puso en pie. Pisoteó las nieves con sus plantas, se golpeó los brazos y sacudió los hombros, lanzando animadas miradas curiosas por todas partes y hacia el cielo, en donde un azul pálido aparecía entre los velos sutiles de las nubes de un gris azul que resbalaba suavemente y que descubrían los delgados cuernos de la luna.

Ligero crepúsculo. ¡Nada de tempestad de nieve! La pared rocosa del otro lado con su espalda erizada de pinos, era visible plenamente y reposaba en paz. La sombra subía hasta media altura y la otra mitad se hallaba delicadamente iluminada de rosa. ¿Qué pasaba, cómo se comportaba, pues, el mundo? ¿Era por la mañana? ¿Había pasado Hans Castorp la noche en la nieve, sin morir de frío, como ocurría siempre, según podía leerse en los libros? Ninguno de sus miembros estaba muerto, ninguno se rompía con un ruido seco, mientras él se debatía, se movía y se esforzaba en reflexionar sobre su situación. Sus orejas, las puntas de sus dedos, los dedos de sus pies estaban entumecidos sin duda, pero nada más, cosa que ya le había ocurrido con frecuencia cuando permanecía tendido en el balcón.

Consiguió sacar el reloj. Andaba. No se había detenido como acostumbraba hacer cuando se olvidaba de darle cuerda. No marcaba todavía las cinco, ni mucho menos. Faltaban aún doce o trece minutos. ¡Sorprendente! ¿Era, pues, posible que no hubiese permanecido aquí, tendido en la nieve, más que diez minutos o un poco más, y que hubiese inventado tantas imágenes alegres y espantosas y tantos pensamientos temerarios, mientras el tumulto hexagonal se disipaba con la misma rapidez con que había llegado? Además, había tenido una gran suerte para hacer posible su regreso, pues por dos veces sus sueños y sus fábulas habían adquirido tal aspecto que le habían sobresaltado, reanimado el cuerpo, primero de espanto, luego de alegría.

Parecía que la vida había tenido buenas intenciones para con su hijo mimado y extraviado…

Sea lo que sea, y aunque fuese por la mañana o por la tarde —sin duda alguna era el principio del crepúsculo vespertino— no había nada en las circunstancias ni en el estado personal que pudiese impedir a Hans Castorp regresar al Sanatorio, y esto es lo que hizo.

Con un empuje magnífico, con una especie de vuelo de pájaro, descendió hacia el valle, donde ya brillaban las luces cuando llegó, a pesar de que los restos de una claridad conservada por la nieve hubiese bastado plenamente. Descendió por el Brehmenbühl, a lo largo del Mattenwald, y llegó a las cinco y media a Dorf, dejando los esquíes en la tienda y descansando en la celda del desván de Settembrini, al que dio cuenta de la tempestad de nieve por la que se había dejado sorprender.

El humanista se mostró muy alarmado. Movió la mano por encima de su cabeza, riñó enérgicamente al imprudente que había corrido tal peligro y encendió la lámpara de alcohol, que dejaba oír pequeñas explosiones, para preparar café al joven agotado, un café cuya fuerza no impidió a Hans Castorp el dormirse sobre la silla.

La atmósfera civilizada del Berghof le rodeaba, una hora más tarde, con su aliento acariciador. En la comida mostró un gran apetito. Lo que había soñado empezó a palidecerse. Aquella misma noche ya no comprendía muy bien lo que había pasado.

Como soldado y como valiente

Hans Castorp no cesó de recibir breves noticias de su primo. Primero buenas, alegres; luego, menos favorables; finalmente, noticias que disimulaban mal algo muy triste.

La serie de tarjetas postales comenzó con el mensaje que daba cuenta de la llegada de Joachim al regimiento y de la ceremonia romántica en la que, como Hans Castorp manifestó en la tarjeta postal que envió contestando a su primo, habían prestado juramento de pobreza, de castidad y de obediencia. La cosa fue continuando alegremente: las etapas de una carrera fácil y favorecida, allanada por una adhesión apasionada al oficio y por la simpatía de los jefes, eran descritas y seguidas de saludos y votos.

Como Joachim había estudiado durante algunos semestres en la universidad, le habían dispensado de los cursos en la escuela de guerra y eximido del servicio de aspirante. Promovido a suboficial para el nuevo año, envió una fotografía en la que aparecía con sus galones. Sus lacónicas noticias reflejaban el entusiasmo que sentía por someterse a una disciplina de hierro, endurecida por el sentimiento del honor, pero que tenía en cuenta, al mismo tiempo, con un rudo humor, la debilidad humana. Se consignaban anécdotas sobre la conducta romántica y embrollada que tenía respecto a él su sargento, un viejo soldado fanático que veía, a pesar de todo, en ese joven y falible subordinado, al jefe sacrosanto de mañana —en efecto, Joachim había sido ya admitido a la mesa de los oficiales—. Era un sargento extravagante y feroz. Luego hablaba sobre la cuestión del examen de oficial. A principios de abril, Joachim fue nombrado teniente.

No había hombre más feliz que él; la naturaleza y los deseos no podían mostrar más satisfacción de aquella forma de existencia. Con una especie de voluptuosidad púdica contaba cómo, en su nuevo esplendor, había pasado por primera vez por delante del Ayuntamiento y con un gesto de la mano había contenido al funcionario que se había cuadrado para rendirle honores. Hablaba de las pequeñas contrariedades y de las satisfacciones del servicio, de los camaradas sorprendentes y simpáticos, de la fidelidad maliciosa de su ordenanza, de incidentes cómicos durante el ejercicio y en la hora de la instrucción, de revistas y de comidas militares. Incidentalmente hablaba también de acontecimientos mundanos, de visitas, de banquetes, de bailes. Pero jamás de su salud.

Eso duró hasta la proximidad del verano. Anunció, entonces, que se hallaba en la cama, que desgraciadamente había tenido que declararse enfermo: gripe, asunto de algunos días.

A principios de junio reanudó su servicio, pero a mediados de mes estaba de nuevo «fastidiado», se lamentaba amargamente de su «gandulería» y reflejaba el temor de no poder hallarse en su puesto para las grandes maniobras, a principios de

agosto, maniobras que había esperado con una alegre impaciencia. ¡Vanas preocupaciones! En julio rebosó salud durante semanas enteras, hasta que las malditas oscilaciones de su temperatura habían hecho necesaria una consulta y todo dependía del resultado.

Hans Castorp permaneció largo tiempo sin noticias acerca del resultado de esa consulta, y cuando las recibió no fueron de Joachim —bien porque no estuviese en estado de hacerlo o porque se sintiese avergonzado—; fue la madre de este, la señora Ziemssen, la que envió un telegrama, anunciando que Joachim había pedido licencia por algunas semanas, cosa que había sido juzgada como indispensable por los médicos. Se recomendaba la alta montaña, se prescribía la partida inmediata y rogaba que se reservasen dos habitaciones. Respuesta pagada. Firmado: tía Luisa.

Fue a fines de julio cuando Hans Castorp recibió este telegrama, hallándose en el balcón. Lo leyó y volvió a leer. Movió ligeramente la cabeza, y no solamente la cabeza, sino toda la parte superior del cuerpo, y dijo entre dientes:

—¡Toma, toma, toma! ¡No es posible, no es posible! ¡Joachim vuelve! —Y se sintió penetrado de una alegría repentina.

Casi inmediatamente se calmó y pensó: «¡Hum, hum, grave noticia! Se podía decir también: ¡linda sorpresa! ¡Diablo, eso ha sido muy deprisa! ¿Ya está maduro para el país? La madre viene con él (dijo "la madre", no "tía Luisa")»; su sentimiento del parentesco se había sensiblemente atenuado, de manera que se sentía casi un extraño. Es una circunstancia agravante. Y precisamente antes de las grandes maniobras en las que ese querido muchacho estaba impaciente por tomar parte. Hay en todo eso una fuerte dosis de villanía, de una villanía sarcástica; se trata de un hecho antiidealista. El cuerpo triunfa, quiere otra cosa que el alma, y se impone para la confusión de las gentes presuntuosas que nos enseñan que está sometido al alma. Parece que no saben lo que dicen, pues si tuviesen razón eso dejaría muy turbia la cuestión del alma en un caso como éste. *Sapienti sat*, ya sé lo que quiero decir; pues la cuestión que planteo es justamente la de saber en qué medida es un error oponerlos el uno al otro, en que medida son contrarios al acuerdo y desempeñan una parte concertada. Pero he aquí una idea que felizmente no se les ocurrirá a los presuntuosos. Mi buen Joachim, ¿quién puede reprocharte tu celo excesivo? Tú eres leal, ¿pero de qué te sirve la lealtad si el cuerpo y el alma se han puesto de acuerdo? ¿Es posible que no hayas olvidado ciertos perfumes sedantes, un pecho opulento y una risa sin razón que te esperan en la mesa de la Stoehr?

»Joachim viene —se dijo de nuevo, y se estremeció de alegría—. Llega en mal estado sin duda, pero de nuevo seremos dos y no me hallaré aquí completamente entregado a mí mismo. Eso está bien. Es verdad que las cosas no ocurrirán exactamente como antes. ¿No está ocupado su cuarto? Mistress MacDonald tose sordamente y tiene a mano naturalmente la fotografía de su joven hijo, o la ha puesto

ante ella en la mesita. Pero si la habitación no ha sido reservada, se puede provisionalmente reservar otra. El 28 está libre, según creo. Voy enseguida a la administración, y principalmente a ver a Behrens. Es una noticia triste desde ciertos puntos de vista, sorprendentemente desde otros, pero en todo caso ¡una noticia formidable! Voy a esperar al camarada amable que debe pasar dentro de poco. Son ya las tres y media. Voy a preguntarle si estima que, incluso en este caso, el fenómeno físico debe ser considerado como secundario.»

Antes de la hora del té se dirigió a la oficina administrativa. La habitación de referencia, que daba al mismo corredor que la suya, se hallaba disponible y también se miraría de alojar a la señora Ziemssen. Se apresuró luego en ir a ver a Behrens. Le encontró en el «labo», con un cigarro en la mano, teniendo en la otra un tubo de ensayo con un contenido de color dudoso.

—¿Sabe usted, doctor…? —comenzó diciendo Hans Castorp.

—Sí, que no decolora —contesto el especialista—. Aquí tiene a Rosenheim, de Utrecht —dijo, y con su cigarro señaló el tubo—, Gaffky 10. Y he aquí que Schmitz, el director de la fábrica, grita y se lamenta porque Rosenheim ha expectorado durante el paseo, con Gaffky 10. Debo darle un rapapolvo. Pero si le doy un meneo perderá la serenidad, porque es exageradamente susceptible, y ocupa tres habitaciones con toda su familia. No puedo ponerle en la puerta, tendría que habérmelas entonces con la dirección general. Ya ve en qué conflictos me encuentro complicado a cada momento; es inútil querer seguir su camino en paz y sin reproche.

—¡Qué contrariedad! —dijo Hans Castorp con la comprensión del habituado y el veterano—. Conozco a esos señores. Schmitz se atiene al reglamento, mientras que Rosenheim es un abandonado. Pero tal vez haya entre ellos puntos de coincidencia fuera del campo de la higiene, al menos así me lo parece. Schmitz y Rosenheim son, los dos, amigos de la señora Pérez, de Barcelona, de la mesa de la Kleefeld. Es por aquí por donde hay que buscar el origen de esa querella. Le aconsejaría que recordase de una manera general las prescripciones que se discuten y que, para los demás, cerrase los ojos.

—Naturalmente que los cierro. No hago más que eso. A fuerza de cerrarlos casi padezco un blesfarospasmo. ¿Pero qué es lo que quiere usted?

Hans Castorp comunicó la noticia triste y sorprendente al mismo tiempo.

El consejero no se mostró precisamente sorprendido. No lo hubiera estado en ningún caso, pero en esta ocasión no lo estuvo absolutamente nada, porque Hans Castorp, interrogado sobre este punto, o por su propio impulso, había informado a Behrens que, ya en el mes de mayo, su primo había tenido que guardar cama.

—¡Toma, toma! —dijo Behrens—. ¡Vamos! ¿Qué le dije a usted? ¿Qué le dije textualmente, no diez veces, sino cien? ¡Ya está usted servido! ¡Durante nueve meses ha disfrutado, ha gozado del paraíso! Pero en un paraíso en el que, si no se está

desintoxicado, no hay salvación alguna; eso es lo que nuestro evadido no quiso creer cuando el viejo Behrens se lo decía. Hay que creer siempre al viejo Behrens; si no, uno está fastidiado y llega demasiado tarde al mea culpa. Ya ve lo que ha conseguido el joven teniente; a la verdad, nada. ¿Para qué le sirve todo eso? Dios ve el fondo de los corazones, no se ocupa ni de rango ni de estado, nos hallamos todos delante de él desnudos, tanto el general como el sencillo soldado… —Y comenzó a armarse un lío, se frotó los ojos con su enorme mano, cuyos dedos sostenían el cigarro, y rogó a Hans Castorp que no le entretuviese por más tiempo esta vez. Una habitación para Ziemssen era cosa fácil de encontrar y cuando el primo llegase encargaba a Hans Castorp que le metiese en la cama sin tardanza. En cuanto a él, Behrens, no reprochaba jamás nada a nadie, abría paternalmente sus brazos y estaba dispuesto a degollar la vaca gorda en obsequio del hijo pródigo.

Hans Castorp envió un telegrama. Contó, en todas partes, que su primo iba a volver, y todos los que conocían a Joachim sentían pesadumbre y satisfacción, ambas cosas sinceramente, pues el carácter leal y caballeresco de Joachim le había ganado la simpatía general, y el juicio o el sentimiento inexpresado de numerosos enfermos era que Joachim había sido el mejor de todos.

No nos referimos a nadie en particular, pero creemos que más de uno experimentó una cierta satisfacción al enterarse de que Joachim volvía del estado militar a la posición horizontal y de que, a pesar de toda su corrección, iba de nuevo a ser de «los nuestros».

Como se sabe, la señora Stoehr había previsto esto ya desde el principio. La cosa se había confirmado, a pesar del escepticismo vulgar de que se había visto rodeada cuando la partida de Joachim para la llanura, y ella no dejó de vanagloriarse de ello. «¡Malo, malo!», dijo. Ella ya se había dado cuenta enseguida de que la cosa iba mal, y quería esperar que Ziemssen, con su testarudez, no hubiese atizado el asunto. Valía más quedarse en la cuna, como ella había hecho, a pesar de tener también sus intereses en el país llano, en Cannstadt, un marido y dos hijos. Pero sabía dominarse…

Ni Joachim ni la señora Ziemssen enviaron más noticias. Hans Castorp permaneció en la ignorancia acerca de la hora y del día de su llegada. Por la misma razón no fue a esperarles a la estación, pero, tres días después de expedido el telegrama de Hans, se presentaron sencillamente allí, y el teniente Joachim apareció con una sonrisa excitada al lado de la *chaise-longue* reglamentaria de su primo.

Fue a la hora en que comenzaba la cura de reposo de la noche. Llegaron en el mismo tren que también había traído a Hans Castorp hacía unos años, que no habían sido breves ni largos, sino privados de duración, muy ricos en acontecimientos, y sin embargo nulos e inconscientes; la estación también era la misma, era exactamente la misma: uno de los primeros días de agosto.

Joachim entró alegremente —sí; por el momento mostraba una agitación incontestablemente alegre— en la habitación de Hans Castorp, o más exactamente, pasó de la habitación, que había recorrido a paso gimnástico, al balcón y saludó riendo a su primo, con la respiración corta y ensordecida. Había realizado de nuevo el largo viaje a través de países diversos, por encima del lago semejante a un mar; luego había subido por estrechos senderos, y ahora se hallaba allí, como si no se hubiese marchado nunca, saludado por su pariente, que se había alzado a medias de su posición horizontal, lanzando exclamaciones de «no es posible».

Tenía el rostro colorado, bien por la vida al aire libre que había llevado, bien como consecuencia del viaje. Directamente, sin preguntar siquiera por su habitación, había corrido al número 34 para saludar al compañero de los días antiguos, los cuales se habían hecho ahora presentes, mientras su madre estaba ocupada en arreglarse un poco. Tenían intención de comer dentro de diez minutos, naturalmente en el restaurante. Hans Castorp podía comer con ellos, o al menos beber un dedo de vino. Y Joachim arrastró a su primo al número 28, en donde pasó lo que había ocurrido la noche de la venida de Hans, pero de un modo contrario: Joachim, charlando de un modo febril, se lavó las manos en el lavabo resplandeciente, y Hans Castorp le contempló sorprendido y en cierto modo decepcionado de ver a su primo vestido de paisano. Su estado militar no se reflejaba en nada en su manera de vestir. Se le había figurado, durante todo el tiempo, como un oficial vestido de uniforme, y he aquí que ahora se hallaba allí con su traje gris, como un cualquiera.

Joachim se rió y le encontró inocente. ¡Ah, no, su uniforme se había quedado allá abajo! Hans Castorp debía saber que el uniforme era algo distinto. No se iba a cualquier parte de uniforme.

—¡Ah, gracias por la noticia! —dijo Hans Castorp.

Pero Joachim parecía no tener conciencia del sentido ofensivo que podía darse a su explicación. Se informó sobre las personas y los acontecimientos del Berghof, no solamente sin la menor presunción, sino con una ternura y solicitud propias del que regresa.

Luego apareció la señora Ziemssen por la puerta de comunicación. Saludó a su sobrino de la manera que muchas personas afectan en esas circunstancias, es decir, como si se hallase alegremente sorprendida al encontrarle allí, con una expresión que, por otra parte, aparecía ensombrecida por una especie de melancolía, por la fatiga y por una pena muda que se relacionaba, aparentemente, con Joachim.

Salieron de la habitación.

Luis Ziemssen tenía los mismos bellos ojos negros que Joachim. Sus cabellos, igualmente negros, pero ya sensiblemente mezclados de hilos blancos, eran mantenidos por una redecilla casi invisible, y eso armonizaba con su manera de ser, que era reflexiva, mesurada con gracia, discreta con dulzura, y que, a pesar de una

evidente sencillez de espíritu, le daba una dignidad agradable.

Era claro —y Hans Castorp no se sorprendió— que ella no comprendía la alegría de Joachim, su respiración acelerada y su palabra precipitada, fenómenos que contradecían, sin duda, la actitud que había conservado allá abajo y que estaban, en efecto, mal apropiados a su situación. Y ella parecía, en cierto modo, despechada. Aquella vuelta le parecía triste y ella creía deber ajustar su comportamiento a ella. No podía participar de las impresiones de Joachim, de las sensaciones tumultuosas del regreso, que le arrastraban momentáneamente en una ola de embriaguez, ni podía comprender que el hecho de respirar de nuevo este aire, nuestro aire incomparablemente ligero, inconsistente, le exaltase todavía más. Estas sensaciones eran impenetrables para ella.

«Mi pobre pequeño», pensó, mirando al pobre pequeño cómo se abandonaba, con su primo, a una alegría desbordante, despertando mil recuerdos, haciendo mil preguntas y riéndose de las contestaciones, echándose contra el respaldo de la silla. Algunas veces, dijo: «¡Pero, hijos míos!» Y lo que luego añadió, debía ser alegre, pero tenía un acento de sorpresa y casi de censura: «Joachim, hace mucho tiempo que no te había visto así. Se diría que teníamos que venir aquí para que estuvieses de nuevo como el día de tu promoción.» Al oír eso, la alegría de Joachim desapareció. Su buen humor quedó deprimido, recobró la conciencia de su estado, calló, no probó los entremeses, a pesar de que fuesen muy apetitosos —lo contrario de Hans Castorp, que le hacía honor a pesar de que no hubiese transcurrido una hora desde su sustanciosa comida— y terminó por no levantar los ojos, seguramente porque los tenía llenos de lágrimas.

Sin duda no había sido ésa la intención de la señora Ziemssen. Era más bien por respeto a las conveniencias que había querido poner un poco de seriedad, de moderación, ignorando que todo lo que es término medio y medida era extraño a ese lugar, y que sólo cabía elegir entre los dos extremos. Cuando ella vio a su hijo deprimido de tal manera, estuvo también a punto de derramar lágrimas, y agradeció a su sobrino los esfuerzos que hizo para reanimar a Joachim, profundamente entristecido.

En lo que se refería a los pensionistas —decía Hans Castorp—, Joachim iba a encontrar muchos cambios bastante nuevos, pero, por lo demás, las cosas habían seguido, durante su ausencia, el curso ordinario. Hacía mucho tiempo que la tía abuela, con su compañía, se hallaba de vuelta. Esas señoras estaban sentadas, como siempre, a la mesa de la señora Stoehr. Marusja reía mucho y con todo su corazón.

Joachim permaneció silencioso. Pero esas palabras recordaron a la señora Ziemssen un encuentro y unos saludos que estaba encargada de transmitir. El encuentro con una señora bastante simpática, a pesar de que viajase sola y que la línea de sus cejas fuese un poco demasiado regular. La habían encontrado en Munich,

en donde habían pasado un día entre dos trayectos nocturnos, y en el restaurante ella se había acercado a su mesa, para saludar a Joachim. Una antigua vecina de sanatorio… Y ella rogó a Joachim que le recordase el nombre de la señora.

—Madame Chauchat —dijo en voz baja Joachim—. Se encontraba por entonces en un balneario de Allgäu, y se proponía pasar el otoño en España. En invierno volvería sin duda aquí. Les había dado recuerdos.

Hans Castorp, que no era ya un niño, dominó los nervios vasculares, que hubiesen podido hacer enrojecer o palidecer su rostro. Dijo:

—¡Ah! ¿Era ella? ¿Ha vuelto, pues, del fondo del Cáucaso? ¿Y quiere ir a España?

La dama había citado un lugar de los Pirineos.

—Una linda mujer o al menos encantadora. Una voz agradable y movimientos agradables. Pero maneras libres y despreocupadas —dijo la señora Ziemssen—. Se nos acercó con naturalidad, como viejos amigos, nos interrogó, charló con nosotros, a pesar de que Joachim, según me ha dicho, no trabó conocimiento con ella. ¡Muy chocante!

—Es el Oriente y es la enfermedad —respondió Hans Castorp. No había que pensar que aplicar a esas cosas la medida de la civilización humanista. Sería un error. ¡Precisamente madame Chauchat tenía intención de ir a España! España se hallaba en la dirección opuesta, también muy lejos del término medio humanista, no de la parte despreocupada, sino del lado rígido; no era ausencia de forma, sino exceso de forma, la muerte considerada como forma, no la disolución de la muerte, sino la austeridad de la muerte, negra, distinguida y sangrienta, la Inquisición, la golilla, Loyola, El Escorial… Sería interesante saber cómo madame Chauchat disfrutaría en España. Sin duda perdería la costumbre de dar portazos y tal vez se estableció un cierto equilibrio humano entre los dos campos antihumanistas. Pero cuando el Oriente iba a España podía igualmente resultar un terrorismo feroz…

No, no se había puesto colorado ni había palidecido; pero la impresión que esas noticias inesperadas de madame Chauchat le habían producido, se traducía en palabras que no tenían más respuesta que un silencio cohibido.

Joachim no se mostró muy asustado. Se acordaba de las sutilezas extravagantes de su primo. Pero la más grande estupefacción se pintaba en los ojos de la señora Ziemssen, que se comportó como si Hans Castorp hubiese pronunciado palabras de la más grosera inconveniencia, y después de un silencio penoso se levantó de la mesa pronunciando algunas frases destinadas a poner fin a aquella situación embarazosa.

Antes de separarse, Hans Castorp les informó de las instrucciones del consejero: Joachim debía permanecer mañana en la cama hasta que se le hubiese auscultado. Luego ya se vería. Después, los tres parientes, cada uno por su lado, se tendieron en sus habitaciones abiertas a la frescura de aquella noche de verano de la alta montaña,

cada uno con sus pensamientos. Hans Castorp entregado a la perspectiva del regreso de madame Chauchat, para dentro de seis meses.

Y ese pobre Joachim había, pues, venido de su «país» para someterse a una pequeña cura complementaria, que se consideraba oportuna. Esa expresión de «cura complementaria» era, al parecer, la consigna dada en el país llano, y de ella se servían aquí igualmente. El consejero Behrens adoptó también esta expresión, a pesar de que comenzó por administrar a Joachim, desde el primer día, cuatro semanas de reposo en la cama; eran necesarias para evitar cosas más graves, para ayudarle a aclimatarse y para regularizar un poco los saltos de su temperatura. Supo, por otra parte, evitar el señalar una duración precisa a la pequeña cura complementaria. La señora Ziemssen, razonable, sensata, no se entregaba a esperanzas exageradas; propuso —en ausencia de Joachim— el otoño, el mes de octubre, por ejemplo, como fecha eventual de la partida, y Behrens la aprobó o al menos declaró que en aquel momento uno estaría más orientado que hoy. Por otra parte, le produjo una impresión excelente. Él era muy galante, decía «querida señora» mirándola lealmente con sus ojos llenos de lágrimas e inyectados en sangre, y usaba perfectamente el lenguaje pintoresco de los estudiantes alemanes que, a pesar de toda su tristeza, ella acababa de reírse. «Se halla en las mejores manos», dijo, y se marchó a Hamburgo ocho días después de su llegada, puesto que no había lugar a prestar a su hijo ningún servicio, y tanto más cuanto que Joachim tenía aquí un pariente para hacerle compañía.

—Alégrate, se ha fijado el otoño —dijo Hans Castorp cuando se halló en el número 28, sentado a la cabecera de la cama de su primo—. El viejo se ha comprometido hasta cierto punto. Puedes contar con eso. Octubre es un buen tiempo. Muchas gentes, en ese momento, van a España y tú volverás al lado de tu *bandera* para distinguirte brillantemente.

Su ocupación diaria era la de consolar a Joachim, sobre todo por haber faltado, viviendo aquí, al gran juego militar que comenzaba en esos días de agosto, pues era esto sobre todo lo que desolaba a Joachim y le hacía manifestar un verdadero desprecio contra la maldita debilidad que le había hecho sucumbir en el último momento.

—*Rebellio carnis* —dijo Hans Castorp—. ¿Qué quieres hacerle? El más valiente oficial no puede contra esto, y el mismo san Antonio podría decirnos algo. Dios mío, hay maniobras cada año, y tú ya conoces cómo transcurre el tiempo aquí. No se le puede llamar tiempo, no has estado ausente un plazo tan largo para que no recuperes rápidamente el ritmo, y pronto tu pequeña cura complementaria habría pasado.

Sin embargo, el sentido del tiempo había sido renovado demasiado sensiblemente en Joachim, por su permanencia en el país llano, para que no dejase de sentir miedo ante esas cuatro semanas que le esperaban. Pero todos le ayudaban a franquearlas y la simpatía que todos le testimoniaban, a causa de su carácter tan digno, se manifestó en

visitas. Settembrini vino, compadeció, se mostró encantador, y como había llamado siempre a Joachim teniente, ahora le dio el título de *capitán*… Naphta también visitó al enfermo, y todos los antiguos amigos de la casa comparecieron, poco a poco, aprovechando el cuarto de hora de libertad que les permitía el reglamento, para sentarse junto a su cama a repetir la expresión «pequeña cura complementaria» y a pedir que les contase sus aventuras: las señoras Stoehr, Levy, Iltis y Kleefeld, los señores Ferge, Wehsal y otros. Algunos le llevaron incluso flores. Cuando hubieron pasado las cuatro semanas se levantó, porque la fiebre había descendido suficientemente para que pudiese ir y venir, y recuperó su lugar en el comedor, al lado de su primo, entre Hans Castorp y la esposa del cervecero, la señora Magnus, en el ángulo de la mesa, en el lugar mismo que el tío James y, más tarde, la señora Ziemssen habían ocupado algún tiempo.

De esta manera, los jóvenes vivieron de nuevo uno al lado del otro, como antes, y para que la situación anterior resucitase más completamente, Joachim tomó posesión de su antiguo cuarto después que la señora MacDonald hubo lanzado el último suspiro, con el retrato de su hijito entre las manos; de su antigua habitación, al lado de la de Hans Castorp, naturalmente después que hubo sido concienzudamente desinfectada con H_2CO. En realidad, y desde un punto de vista sentimental, esta vez era Joachim quien vivía al lado de Hans Castorp y no Hans Castorp quien vivía al lado de su primo. El primero era actualmente el habitante sedentario, y Joachim no hacía más que compartir su existencia, momentáneamente y como visitante. Pues Joachim se esforzaba, con una firmeza rígida, en mantener ante su vista el plazo fijado para octubre, a pesar de que ciertas partes de su sistema nervioso central no se resignasen a seguir una conducta conforme a la norma humanista y de que su piel permaneciese ardiente y seca.

Reanudaron igualmente sus visitas a Settembrini y a Naphta, lo mismo que sus paseos con esos dos hombres unidos por su antagonismo; cuando A. C. Ferge y Fernando Wehsal tomaban parte, lo que ocurría con frecuencia, eran seis, y esos adversarios en el dominio del espíritu continuaban entonces sus peleas incesantes, de las cuales no podríamos dar cuenta de una manera explícita sin perdernos en un dédalo desesperante, exactamente como hacían ellos mismos todos los días, ante un público bastante numeroso, a pesar de que Hans Castorp tendiese a considerar su pobre alma como el principal botín de sus debates dialécticos.

Se había enterado, por Naphta, de que Settembrini era francmasón, lo que le había causado una impresión no menos viva que la confidencia del italiano sobre las concomitancias de Naphta con los jesuitas y el origen de sus recursos. De nuevo experimentó sorpresa al enterarse de que verdaderamente existían cosas tan fantásticas, y con insistencia interrogó al terrorista sobre el origen y la naturaleza de esa curiosa institución que celebraría, dentro de algunos años, su doscientos

aniversario.

Si Settembrini hablaba de la naturaleza intelectual de Naphta a espaldas de su vecino, poniéndole patéticamente en guardia contra algo diabólico, Naphta, a espaldas del otro, se burlaba cordialmentc y sin énfasis de la esfera que Settembrini representaba, dando a entender que todo aquello era muy atrasado y fuera de nuestro tiempo: el liberalismo burgués, que no era otra cosa que un lamentable fantasma del espíritu, pero que se abandonaba todavía a la ilusión de estar animado por una vida revolucionaria. Decía:

—Qué quiere usted, su abuelo era carbonario, lo que quiere decir carbonero. A él le debe esa fe de carbonero en la razón, la libertad, el progreso de la humanidad y toda esa maleta llena de una idealogía de virtudes burguesas y clásicas, todas roídas por los mitos. Como puede usted ver, lo que turba al mundo es la desproporción entre la rapidez del espíritu y la pesadez, la lentitud, la increíble pereza y la fuerza de inercia de la materia. Es preciso convenir que esta desproporción podría servir de excusa a un espíritu que se desinterese de lo real, pues está dentro de la regla que los fermentos que provocan, en realidad, las revoluciones le repugnan desde hace tiempo. En efecto, el espíritu muerto repugna al espíritu vivo, son basaltos que, al menos, no tienen la pretensión de ser espíritu y vida. Tales basaltos, vestigios de realidades antiguas que el espíritu ha dejado muy lejos detrás de sí y que se niega a unir al concepto de lo real, se conservan por inercia y por su persistente pesadez, impidiendo desgraciadamente a las ideas atrasadas darse cuenta de hasta qué punto lo son. Me expreso de un modo general, pero usted puede aplicar estas generalidades en cierto liberalismo humanitario que se cree encontrar siempre en una situación heroica ante el despotismo y la autoridad. Eso sin hablar de catástrofes por las cuales querría demostrar que vive, de esos triunfos atrasados y ruidosos que prepara y que sueña poder festejar un día. Al pensamiento de todo eso, el espíritu vivo podría morir de aburrimiento si no supiese que es el quien atrapará la verdad y que se aprovechará de catástrofes semejantes, aliando a los elementos del pasado, los elementos más lejanos del porvenir para realizar una verdadera revolución… ¿Cómo está su primo? Ya sabe que siento mucha simpatía hacia él.

—Gracias, señor Naphta. Creo que todo el mundo tiene simpatía por él, es un excelente muchacho. Settembrini también le quiere mucho, a pesar de que, naturalmente, debe desaprobar cierto terrorismo exaltado que implica el oficio de Joachim. Pero usted me ha dicho que es un hermano de logia. ¡Dígame! Eso me preocupa, lo confieso, me le hace aparentar con un aspecto nuevo, y me explico muchas cosas. ¿Coloca sus pies, en determinadas ocasiones, en ángulo recto y da la mano de una cierta manera? No me he dado cuenta de nada…

—Creo que nuestro buen hermano tres puntos debe haber pasado la edad de tales puerilidades. Presumo que el ceremonial de las logias ha debido adaptarse muy

difícilmente a la sequedad del espíritu burgués contemporáneo. Se avergonzaría del ritual de otros tiempos como de un charlatanismo desplazado, y no sin motivo, pues, en definitiva, sería verdaderamente impropio disfrazar de misterio el republicanismo ateo. No sé por qué sistema de apariciones terroríficas se ha puesto a prueba la constancia del señor Settembrini, ni si se le ha llevado, con los ojos vendados, por una serie de pasillos, ni si le han hecho esperar bajo sombrías bóvedas, antes de que haya aparecido ante él la logia, llena de luces y de reflejos; ni si le han catequizado solemnemente y si, en presencia de un cráneo y de tres velas, le han amenazado con espadas. Pregúnteselo a él mismo, pero temo que no sea locuaz, pues, aunque todo eso se hubiese desarrollado de una manera más burguesa, no por eso dejaría de prestar juramento de silencio.

—¿Juramento? ¿De silencio? ¡Vaya!

—Seguramente. De silencio y obediencia.

—¿De obediencia también? Escuche, profesor, entonces me parece que no tiene razón alguna para mostrarse extrañado del terrorismo y de la exaltación del oficio de mi primo. ¡Silencio y obediencia! Jamás hubiera creído que un hombre tan liberal como Settembrini pudiera someterse a tales condiciones y a juramentos tan españoles. Entreveo algo militar y jesuítico en la francmasonería.

—Ve usted muy justo —contestó Naphta—. Su varita mágica ha dado el golpe. La idea de asociación es, en general, inseparable de la idea de absoluto; por consiguiente, es terrorista, es decir, antiliberal. Descarga la conciencia individual y, en nombre del objetivo absoluto, santifica todos los medios, incluso los más sangrientos, incluso el crimen. Hay razones para suponer que en las logias masónicas la unión de los hermanos era simbólicamente sellada con sangre. Una unión no era jamás contemplativa: es, por naturaleza, organizadora en un sentido absoluto. Usted ignora, sin duda, que el fundador de la orden de los iluminados, que estuvo a punto de confundirse, durante algún tiempo, con la francmasonería, era un antiguo miembro de la Compañía de Jesús.

—Confieso que no sabía nada…

—Adam Weishaupt organizó su asociación secreta y humanitaria exactamente según el modelo de la orden de los jesuítas. Él mismo era francmasón y los hermanos más respetados de la logia de este tiempo eran iluminados. Hablo de la segunda mitad del siglo XVIII, que Settembrini no dudará en caracterizar como una época de decadencia. Pero, en realidad, fue la época de la más alta floración, como la de todas las demás asociaciones secretas, el tiempo en que la francmasonería estuvo realmente animada por una vida superior, por una vida de la que ha sido expurgada después por la especie de hombres de nuestro filántropo, de nuestro amigo que, si hubiese vivido en aquella época, la hubiese acusado de jesuitismo y de oscurantismo.

—¿Estaría justificado?

—Sí, si usted quiere. El librepensamiento trivial tenía sus razones para juzgar así. Era el tiempo en que nuestros padres se esforzaban en animar la asociación con la vida católica y hierática, y en que prosperó en Clermont, en Francia, una logia de jesuitas masones. Es, además, el tiempo en que el espíritu de los Rosa-Cruz penetró en las logias, una cofradía muy singular en la que se mezclaron anhelos puramente racionalistas, progresistas, políticos y sociales, con un culto singular a las ciencias secretas del Oriente, a la sabiduría hindú y árabe, y a la magia natural. La reforma y reorganización de muchas logias masónicas se realizó entonces en un sentido de observación estricta, en un sentido netamente irracionalista y misterioso, mágico y alquimista, al cual los grados escoceses de la masonería deben su existencia. Grados de caballeros que se han añadido a la antigua jerarquía militar de aprendices, de compañeros y de maestros, grados de sublimes maestros de un carácter sacerdotal, penetrados de los misterios de la Rosa-Cruz. Se trata de una vuelta a ciertas órdenes espirituales de caballeros de la Edad Media, la de los templarios en particular, que prestaban, ante el patriarca de Jerusalén, juramento de pobreza, de castidad y de obediencia. Hoy todavía, un gran maestre de la jerarquía masónica lleva el título de «gran duque de Jerusalén».

—¡Todo eso es nuevo para mí, señor Naphta! Usted me descubre nuevos aspectos de nuestro buen Settembrini… «Gran duque de Jerusalén», no está mal. Debería llamarle usted así en broma. El otro día le llamó a usted «doctor angelicus».

—¡Oh!, hay una gran cantidad de títulos, igualmente significativos, para los grandes maestros y templarios de la estricta observancia. Tenemos un maestro perfecto, un caballero del Oriente, un gran sacerdote, y el grado treinta y uno se titula: Príncipe augusto del misterio real. Observe que todos esos nombres revelan relaciones con el misticismo oriental. La reaparición del templario no significa más que la reanudación de semejantes relaciones, la irrupción de fermentos irracionales en un universo de ideas progresistas, razonables y utilitarias. La francmasonería ganó un nuevo encanto y un nuevo esplendor que explica el éxito que obtuvo en ese tiempo. Atrajo a todos los elementos que estaban cansados del racionalismo del siglo, de su liberalismo humanitario, y que se sentían ávidos de filtros más potentes. El éxito de la orden fue tal que los filisteos se lamentaron de que descarriaba a los hombres de la felicidad conyugal y de la dignidad femenina.

—Bueno, profesor, si es así, comprendo que Settembrini no recuerde con gusto esa época de floración de su orden.

—No, no la recuerda con gusto; no recuerda con gusto que ha habido tiempo en que su orden se había atraído toda la antipatía que el liberalismo, el ateísmo y la razón enciclopédica sienten de ordinario hacia el complejo Iglesia, catolicismo, fraile, Edad Media. Ya ha oído usted que se acusaba a los francmasones de oscurantismo…

—¿Por que? Desearía que usted me dijese cómo pudo ocurrir eso.

—Voy a decírselo. La observancia estricta significaba una profundización y una ampliación de las tradiciones de la orden, situando su origen histórico en el mundo de los misterios y en las pretendidas tinieblas de la Edad Media. Los grandes maestros de las logias estaban iniciados en las *physica mystica*, se hallaban en posesión de una ciencia mágica de la naturaleza, y eran en suma, y sobre todo, grandes alquimistas…

—Tengo que hacer un gran esfuerzo para recordar lo que significa, de un modo justo, la palabra «alquimia». La alquimia, ¿no es hacer oro, no era la piedra filosofal, *aurum potabile*?

—Sin duda, en el sentido popular. Pero, en un lenguaje un poco más sabio, esa palabra significa depuración, transmutación, transustanciación, y, en una forma más elevada, mejora; por consiguiente, el *lapis philosophorum*, el producto andrógino del azufre y del mercurio, la *res bina*, la prima materia bisexuada, no eran nada más ni nada menos que el principio de la transmutación, del desarrollo hacia una forma superior por influencias exteriores; una pedagogía mágica, si usted quiere.

Hans Castorp permaneció en silencio y entornando los ojos miró al cielo.

—La cripta, sobre todo —continuó diciendo Naphta—, era un símbolo de la transmutación alquimista.

—¿La tumba?

—Sí, el lugar de la descomposición. Es el principio fundamental de todo hermetismo. La tumba no es otra cosa que el vaso, la crátera de cristal preciosamente conservada, en la que la materia es empujada hasta su última metamorfosis, hasta su suprema depuración.

—«Hermetismo» está muy bien dicho, señor Naphta. «Hermético», me gusta. Es una verdadera palabra de magia, con asociación de ideas indeterminadas y lejanas. Perdóneme, pero no puedo dejar de pensar en los tarros de conservas que nuestra ama de llaves de Hamburgo (se llama Schalleen, sin señora ni señorita, simplemente Schalleen) guarda en su despensa, alineados, sobre estanterías, con las bocas herméticamente cerradas. Se hallan allí, alineados, durante meses y años, y cuando se abre uno, según las necesidades, el contenido está fresco e intacto. Los meses y los años no han podido influir nada en la pureza del comestible. Es verdad que allí no hay química ni purificación, sino sencillamente conservación; de aquí el nombre de conserva. Pero lo que hay de mágico en eso es que esa conserva haya escapado al tiempo; ha sido herméticamente separada, el tiempo ha pasado por su lado; no ha tenido tiempo, ha permanecido fuera de él, fuera de su acción. ¡Bueno, basta con los tarros de conserva! No he sacado una gran consecuencia. Perdóneme. Creo que quería usted informarme más detalladamente.

—A condición de que usted lo desee. Es preciso que el aprendiz esté ávido de saber y se muestre impávido, para hablar en el estilo de nuestro tema. La tumba siempre ha sido el símbolo principal del pacto de alianza. El aprendiz, el neófito que

desea ser admitido a saber, debe demostrar su valor ante los terrores de la tumba. Las costumbres de la orden exigen que, a título de prueba, sea conducido a la tumba y permanezca allí hasta que es sacado de la mano por un hermano desconocido. De aquí ese laberinto de pasillos y de bóvedas sombrías que el novicio debe atravesar, el paño negro de que se halla tendida la logia de la observancia estricta, el culto del ataúd, que desempeña un papel tan importante en el ceremonial de la consagración y de la reunión. El camino del misterio y de la purificación está rodeado de peligros. Conduce a través de angustias, a través del reino de la podredumbre, y el aprendiz, el neófito, es la juventud de los milagros de la vida, impaciente por verse provisto de una vida sobrenatural, guiado por hombres enmascarados que no son más que las sombras del misterio.

—Se lo agradezco mucho, profesor Naphta. ¡Es magnífico! Es eso, pues, la pedagogía hermética. No puede haber daño alguno en informarse de esas cosas.

—No, puesto que se trata de una introducción a las cosas últimas, a la confesión absoluta del trascendente, es decir, del objetivo. La observancia masónica, alquimista, durante años seguidos, ha conducido muchos espíritus nobles e inquietos a ese objetivo y no tengo necesidad de nombrarlos, pues no habrá usted dejado de comprender que los altos grados escoceses no son más que un equivalente de la jerarquía sagrada, que la sabiduría alquimista del maestro francmasón se desenvuelve dentro del misterio de la metamorfosis, y que las directivas secretas que la logia da a sus adeptos, se encuentran también netamente en la iniciación eclesiástica, de la misma manera que los juegos simbólicos del ceremonial masónico se encuentran en el simbolismo litúrgico y arquitectural de nuestra Santa Iglesia Católica.

—¡Ah!

—Perdone, no es eso todo. Me he permitido ya observar que no constituye más que una interpretación histórica el hacer remontar el origen de las logias a la honorable corporación de los masones. Al menos, la observancia estricta ha dado a la francmasonería fundamentos humanos mucho más profundos. El rito de las logias tiene algo de común con los misterios de nuestra Iglesia, ciertas relaciones con las solemnidades ocultas y los excesos sagrados propios de la humanidad más remota… Pienso, en lo que se refiere a la Iglesia, en los ágapes y en la Santa Cena, en la manducación de la carne y de la sangre, a lo que corresponden, en la logia…

—Un instante, un instante, permítame una observación. En esa existencia de una comunidad cerrada, como la de mi primo, hay también ágapes. Me ha hablado, con frecuencia, de ellos en sus cartas. Naturalmente, salvo que se embriaguen un poco, todo pasa muy correctamente, no se va nunca tan lejos como en los banquetes de estudiantes…

—A lo que corresponden, en la logia, el culto de la tumba y del ataúd, sobre el cual he llamado, hace un momento, su atención. En esos dos casos, nos hallamos en

presencia de un simbolismo de cosas últimas y supremas, de elementos de una religiosidad primitiva y orgánica, de sacrificios nocturnos y desenfrenos en honor de la muerte y del porvenir, de la metamorfosis y de la resurrección… Usted recordará que los misterios de Isis, lo mismo que los de Eleusis, eran celebrados por la noche y en oscuras cavernas. Han existido muchas reminiscencias egipcias en la masonería, y muchas sociedades secretas se han dado el nombre de alianzas eleusinas. En las logias se han celebrado fiestas, fiestas de misterios eleusinos y afrodisíacos en las que las mujeres acaban, a pesar de todo, interviniendo; fiesta de rosas, a las cuales hacen alusión las tres rosas azules del mandil del masón y que, según parece, terminaban en bacanales.

—Pero veamos, profesor Naphta, ¿qué es lo que oigo? ¿La francmasonería es todo eso? Y es a todo eso a lo que nuestro amigo Settembrini, un espíritu tan claro…

—¡Es injusto con él! No, Settembrini no sabe absolutamente nada de todo eso. ¿No le he dicho ya que la logia ha sido desembarazada, por hombres como él, de todos los elementos de una vida superior? ¡Se ha humanizado, se ha modernizado! Se ha separado de los extravíos de esa especie para someterse a la utilidad, a la razón y al progreso, a la lucha contra los príncipes y los clerizantes, en una palabra: a un concepto social de la felicidad. En las logias se ocupan de nuevo de la naturaleza, de la virtud, de la medida y de la patria. Supongo que incluso se habla de asuntos particulares. En una palabra: es el espíritu mezquino burgués bajo la forma de un Círculo.

—¡Qué lástima! ¡Qué lástima por lo que se refiere a la fiesta de las rosas! Preguntaré a Settembrini si verdaderamente no está enterado de eso.

—¡El honesto caballero de la escuadra! —exclamó irónicamente Naphta—. Tenga en cuenta que no le fue fácil hacerse admitir en el taller del templo de la humanidad, pues es más pobre que una rata y, además, de una cultura superior, de una cultura humanista; se prefiere una fortuna suficiente para poder pagar los derechos de entrada y las cotizaciones anuales, que no son poca cosa. ¡Cultura y fortuna, ésa es la burguesía! ¡Aquí tiene usted los fundamentos de la república liberal universal!

—En efecto —exclamó, riendo, Hans Castorp—, eso es evidente.

—Sin embargo —añadió Naphta, después de un silencio—, le aconsejo que no tome demasiado a la ligera a ese hombre y a su causa; le recomendaría incluso, ya que ahora estamos hablando de él, que se pusiera usted en guardia. Lo pasado de moda no equivale forzosamente a lo inocente. El ser limitado no quiere decir que sea inofensivo. Esas gentes han metido mucha agua en el vino que antaño era generoso, pero la misma idea de alianza continúa siendo bastante fuerte para soportar el ser diluida, conservando vestigios de un misterio fecundo; es evidente que las logias ejercen una influencia en la marcha del mundo, y no puede dudarse que detrás de ese amable señor Settembrini se disimulan potencias de las que es afiliado y emisario…

—¿Emisario?

—Sí, un proselitista, un pescador de almas.

«¿Qué clase de emisario debes ser tú?», pensó Hans Castorp, y luego dijo en voz alta:

—Le doy las gracias, profesor Naphta. Le agradezco sinceramente su consejo. ¿Sabe lo que voy a hacer? Voy a subir al piso de arriba y tantear a ese hermano y masón disfrazado. Es preciso que un aprendiz sienta avidez por saber y sea impávido. Naturalmente… también es preciso que sea prudente. Es necesaria la prudencia para tratar con esos emisarios.

Sin temor alguno podía continuar instruyéndose cerca de Settembrini, pues éste nada tenía que reprochar a Naphta en lo referente a discreción, y por otra parte no parecía muy interesado en mantener en el misterio sus relaciones con aquella compañía armoniosa. *La Revista della Massoneria Italiana* se hallaba abierta sobre la mesa. Hans Castorp no se había fijado en ella hasta aquel momento, y cuando, informado por Naphta, dirigió la conversación hacia el arte imperial, como si las relaciones de Settembrini con la francmasonería fuesen indudables, no encontró más que un conato de reserva. Sin duda había puntos sobre los cuales el literato no quería profundizar, y respecto a los cuales permanecía con la boca cerrada. Seguramente se hallaba ligado por juramentos terroristas, por aquellos juramentos de que Naphta ya le había hablado, cosas que no se referían más que a los usos exteriores y a su propia posición en el seno de aquella extraña organización. Pero, por lo demás, hablaba incluso abundantemente y exponía al curioso un cuadro sobre la importancia de la extensión de su liga, que se hallaba representada en el mundo entero por más de veinte mil logias y ciento cincuenta grandes logias, y que se extendía hasta civilizaciones como la de Haití y a la república negra de Liberia. Citó también toda clase de nombres célebres cuyos titulares habían sido francmasones, o en la actualidad lo eran. Nombró a Voltaire, Lafayette y Napoleón, Franklin y Washington, Mazzini y Garibaldi, y, entre los actuales, al rey de Inglaterra en persona. Citó, además, nombres de personalidades que intervienen en los asuntos de los Estados europeos, a miembros de los Gobiernos y de los parlamentos.

Hans Castorp manifestó su respeto, pero ninguna sorpresa. Ocurría lo mismo, dijo, en las asociaciones de estudiantes. Esas asociaciones unían para toda la vida y sabían situar a sus adheridos, y cuando no se era miembro de una de ellas resultaba difícil abrirse camino en la administración. Por lo tanto, no demostraba Settembrini mucha habilidad citando nombres célebres para dar importancia a las logias: había que admitir, por lo contrario, que, si tantos puestos importantes habían sido ocupados por los francmasones, eso no demostraba más que la potencia de la logia, que seguramente mangoneaba en el juego universal, cosa que Settembrini no quería confesar francamente.

Settembrini sonrió. Incluso se hizo aire con el folleto de la *Massoneria* que tenía en la mano. ¿Creía haberle tendido una celada? —preguntó—. ¿Se le quería tal vez arrastrar a hacer confidencias imprudentes sobre la naturaleza política, sobre el espíritu esencialmente político de la logia? ¡Inútil maniobra, ingeniero! Admitimos la política sin reservas, abiertamente. Hacemos muy poco caso del odio que algunos idiotas —se hallan instalados en su país, ingeniero, casi en ningún otro sitio— sienten hacia ese nombre y hacia ese título. El filántropo no puede admitir diferencia entre la política y la no política. No hay no política, todo es política.

—Ya sé que hay gentes que creen oportuno llamar la atención sobre la naturaleza primitivamente política de la francmasonería. Pero esas gentes juegan con las palabras y trazan fronteras que ya ha llegado el tiempo en que deben ser reconocidas como imaginarias y estúpidas. Primeramente las logias españolas, al menos han tenido, desde su origen, una orientación política…

—¿Todo se reduce a ese punto?

—Así lo pienso.

—Usted piensa muy poco, ingeniero. No se imagine que pueda pensar muchas cosas por sí solo. Esfuércese más bien en asimilar y utilizar, se lo ruego en interés de usted y en interés de su propio país y del de Europa. *Secundo*: la idea masónica no ha sido nunca apolítica, no ha podido serlo jamás y si ha creído serlo se ha equivocado sobre su propia naturaleza. ¿Qué somos? Masones, albañiles que trabajan en una construcción. Todos persiguen un objetivo único, la mejor parte del todo en la ley fundamental de la fraternidad. ¿Cuál es esa mejor parte? ¿Qué es ese edificio? El edificio social metódicamente construido, el perfeccionamiento de la humanidad, la nueva Jerusalén. ¿Qué tienen que hacer aquí dentro la política y la no política? El problema social, el problema de la vida en sociedad es por sí mismo político, enteramente político, únicamente político. Quien se consagra a ese problema —y el que se zafase de él no merecería el nombre de hombre— se consagra a la política, a la política interior tanto como a la exterior, y comprende que el arte de francmasón es el arte de gobernar…

—De gobernar…

—… y que la francmasonería de los iluminados ha conocido el grado de regente.

—Muy bien, señor Settembrini. El arte de gobernar, el grado de regente, eso me gusta. Pero dígame una cosa: ¿son ustedes cristianos en su logia?

—*Perchè*!

—Perdone, plantearé la pregunta de otro modo, bajo una forma más general y más sencilla: ¿Creen ustedes en Dios?

—Le contestaré: ¿Por qué me hace usted esa pregunta?

—No he querido ahora tentarle, pero hay una historia bíblica en la que alguien tienta al Señor presentándole una moneda romana, y recibe la contestación de que

hay que dar al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios. Me parece que esta manera de distinguir nos da la diferencia entre la política y la no política. Si hay un Dios se debe poder hacer esa diferencia. ¿Creen los francmasones en Dios?

—Me he comprometido a contestarle. Usted habla de una unidad que se hacen esfuerzos para crear, pero que, con gran sentimiento de los hombres de buena voluntad, no existe. Si un día se realiza —y repito que se trabaja con una aplicación silenciosa para esa gran obra—, su confesión religiosa será, sin duda alguna, una sola y estará concebida en los siguientes términos: *Ecrasez l'infame*!

—¿De un modo obligatorio? ¡Pero eso sería la intolerancia!

—Dudo que sea usted capaz de discutir el problema de la tolerancia, ingeniero. Procure recordar que la tolerancia se convierte en un crimen cuando se tiene tolerancia con el mal.

—¿Dios es, por lo tanto, el mal?

—El mal es la metafísica. Sólo sirve para adormecer la actividad que debemos consagrar a la construcción del templo de la sociedad. De esta manera el Gran Oriente de Francia ha dado, desde hace mucho tiempo, el ejemplo, borrando el nombre de Dios de todos sus actos. Nosotros, los italianos, hemos seguido el ejemplo…

—¡Qué cosa más católica!

—¿Qué dice?

—Me parece que eso de borrar a Dios es rabiosamente católico.

—¿Qué es lo que quiere usted decir?

—Nada particularmente interesante, señor Settembrini. No se fije mucho en mi charla. He tenido un instante la impresión de que el ateísmo era enormemente católico, y que se borra a Dios para poder ser mejores católicos.

El señor Settembrini se quedó estupefacto después de oír esas palabras, aunque no fuese más que por método pedagógico. Después de un silencio prudente, contestó:

—Ingeniero, lejos de mí el desear engañarle o herirle en su protestantismo. Hemos hablado de tolerancia… Es superfluo poner de relieve que siento, respecto al protestantismo, mucho más que tolerancia, una profunda admiración por su papel histórico oponiéndose a la estrangulación de la conciencia. El invento de la tipografía y la Reforma son y continúan siendo los méritos de la Europa Central en la causa de la humanidad. Eso está fuera de duda. Pero después de lo que acaba usted de decir, dudo que me comprenda exactamente si le hago observar que eso no es más que un aspecto de la cuestión y que hay otro. El protestantismo contiene elementos… La misma personalidad del reformador contiene elementos… Pienso en los elementos de quietismo y de contemplación hipnótica que no son europeos, que son extraños y hostiles a la ley de la vida en ese continente activo. ¡Fíjese usted bien en ese Lutero! ¡Contemple los retratos que conservamos de él, los de su juventud y los de su edad

madura! ¿Qué es ese cráneo? ¿Qué significan esos pómulos, esa extraña posición de los ojos! ¡Amigo mío, es Asia! No me sorprendería absolutamente nada si un elemento wendo-eslavo-sármata se hallase en juego, y si la personalidad, por otra parte formidable (¿quién puede negarlo?) de ese hombre significase que una de las mesetas tan peligrosamente equilibradas de vuestro país se viese fatalmente sobrecargada de un peso formidable: la meseta oriental, que hasta nuestros días hace girar hacia el cielo la meseta occidental…

Desde su pupitre de humanista, junto a la claraboya, ante la cual había permanecido en pie hasta aquel momento, Settembrini se había aproximado a la mesa redonda sobre la cual estaba la botella de agua y se había ido acercando a su discípulo, que se hallaba sentado en el sofá adosado a la pared, con los codos sobre las rodillas y la barbilla en la mano.

—*Caro*! —dijo Settembrini—. *Caro amico*! Será preciso tomar decisiones, decisiones de un alcance inapreciable, para la felicidad y el porvenir de Europa, y pertenecerá a vuestro país tomarlas. Deberán realizarse dentro de su alma. Situado entre el Este y el Oeste, deberá elegir definitivamente, y en plena conciencia, entre las dos esferas que se disputan su naturaleza; deberá decidir. Usted es joven, tomará parte en esa decisión, será llamado a ejercer influencia. Bendigamos, pues, el destino que le ha guiado hasta esos lugares espantosos pero que, al mismo tiempo, me da ocasión de ejercer una influencia sobre su juventud maleable por medio de mi palabra, que no es del todo inexperta ni completamente impotente, y hacerle sentir las responsabilidades que usted asume, que su país asume, ante los ojos de la civilización…

Hans Castorp continuaba sentado, con la barbilla apoyada en el puño. Miró hacia afuera, por la claraboya, y en sus ojos azules y sencillos se podía leer la resistencia de su pensamiento. Permaneció silencioso.

—No dice usted nada —manifestó Settembrini, impresionado—. Usted y su país dejan que se cierna sobre esas cosas un silencio tan opaco que no permite juzgar sobre su profundidad. Ustedes no aman la palabra o no saben servirse de ella, o la consideran como una cosa sagrada, y el mundo articulado no sabe ni puede enterarse de cómo se halla con ustedes. Eso es peligroso. La lengua es la civilización misma. Toda palabra, incluso la más contradictoria, es una obligación. Pero el mutismo aisla. Se sospecha que intentaréis romper vuestra soledad por medio de actos. Haréis marchar a vuestro primo Giacomo —Settembrini, para mayor comodidad, tenía costumbre de llamar a Joachim, Giacomo—, usted hará avanzar a su primo Giacomo fuera de su silencio y «él, a grandes golpes, derribará a dos y los demás huirán».

Hans Castorp se echó a reír, y Settembrini sonrió satisfecho, al menos espontáneamente, del efecto producido por sus palabras plásticas.

—¡Bueno, riamos! —dijo—. Siempre me encontrará dispuesto a la alegría; «la risa es un resplandor del alma», dijo un pensador griego. De esta manera nos hemos

desviado de nuestro asunto hacia cosas que, se lo concedo, se hallan unidas a las dificultades contra las cuales chocan nuestros trabajos preparatorios para la realización de una Liga universal masónica, dificultades que la Europa protestante nos opone…

Settembrini continuó hablando, con calor, de la idea de esa Liga universal que había nacido en Hungría y cuya realización, que había lugar a esperar, estaba destinada a conferir a la francmasonería un poder que decidiese la suerte del universo. Enseñó algunas cartas que había recibido de altos dignatarios extranjeros de la Liga sobre esta cuestión, una carta autógrafa de un gran maestre suizo, el hermano Quartier la Tente, del grado 33, y comenzó el proyecto de hacer del esperanto la lengua universal de la liga. Su celo se elevó a la esfera de la alta política, estudió la situación en Europa y enumeró las probabilidades del triunfo del pensamiento republicano revolucionario en su propio país, en España y en Portugal. Pretendía mantener correspondencia con personas situadas a la cabeza de la gran logia de ese último reino. Allá abajo las cosas se encaminaban, sin duda, hacia un período decisivo. ¡Qué Hans Castorp se preocupase de sí mismo, pues los acontecimientos se aproximaban! Y el joven prometió hacerlo.

Conviene hacer observar que esas conversaciones masónicas, que se habían desarrollado entre el discípulo y cada uno de los dos mentores separadamente, se habían producido en el período precedente al regreso de Joachim. La discusión a la que llegamos ahora se efectuó a su regreso y en su presencia, nueve semanas después de su llegada, a principios de octubre, y Hans Castorp conservó el recuerdo de aquella reunión bajo un sol de otoño, delante del casino de Platz, con bebidas refrescantes sobre la mesa, porque Joachim le inspiró aquel día una preocupación secreta, con apariencias y síntomas que generalmente no son objeto de preocupación, o sea, por dolores de garganta y ronquera, inofensivas molestias por consiguíente, pero que aparecieron al joven Castorp bajo un aspecto un poco singular, a la luz que creía notar en el fondo de los ojos de Joachim, de esos ojos que habían sido siempre dulces y grandes, pero que aquel día, y no antes, se habían agrandado y hecho profundos de un modo indefinible, con una expresión de ensueño y —hay que añadir esta palabra extraña— *amenazadora*, sumándose a aquella luminosidad interior ya mencionada y que no había desagradado a Hans Castorp; al contrario, le gustaba mucho, pero a pesar de ello le causaba una gran aprensión. En una palabra, no es posible hablar de esas impresiones más que de una manera confusa, conformándose a su carácter.

En lo que se refiere a la conversación, la controversia —naturalmente una controversia entre Naphta y Settembrini— fue una cosa aparte y no se parecía mucho a las conversaciones particulares con Hans Castorp sobre la francmasonería. Además de los primos, Ferge y Wehsal asistían igualmente, y todos estaban muy interesados, a

pesar de que no se hallasen todos a la altura de la conversación. Ferge puso de relieve expresamente que no se hallaba en condiciones. Pero una discusión que se mantiene como si la propia vida estuviese en peligro, al mismo tiempo que con brío y agudeza, una discusión de esta clase es interesante en sí misma, hasta para los que no entienden mucho del tema y no pueden calcular más que remotamente el alcance. Incluso los oyentes completamente ajenos que, sentados por casualidad cerca de ellos, oían la conversación, enarcaban las cejas y se sentían cautivados por la pasión y la gracia del diálogo.

Eso ocurría, como ya se ha dicho, delante del Casino, por la tarde, después del té. Los cuatro pensionistas del Berghof habían encontrado a Settembrini y, por casualidad, Naphta se había reunido a ellos. Se hallaban sentados todos en torno de una mesita de hierro cargada de aperitivos, anís y vermut. Naphta se había hecho servir vino y pasteles. Joachim humedecía con frecuencia su garganta enferma con limonada, que bebía muy cargada y muy ácida, porque así contraía los tejidos y le aliviaba. Settembrini bebía únicamente agua azucarada; la bebía por medio de una paja, con una gracia glotona, como si hubiese degustado el más precioso de los refrescos.

Dijo en broma:

—¿Qué he oído, ingeniero? ¿Qué rumor es ese que ha llegado hasta mis oídos? ¿Va a volver Beatrice? ¿Vuestra guía a través de las nueve esferas giratorias del paraíso? ¡Espero que, a pesar de eso, no desdeñará completamente la mano amistosa de su Virgilio! Nuestro eclesiástico, aquí presente, le confirmará que el universo del *medioevo* no queda completo si falta, al misticismo franciscano, el polo contrario del conocimiento tomista.

Todos rieron al oír tan chusca pedantería y miraron a Hans Castorp, que también se reía y que levantó su copa de vermut a la salud de «su Virgilio».

Difícilmente puede creerse el inagotable conflicto de ideas que debía producirse, a la hora siguiente, a causa de palabras inofensivas y rebuscadas de Settembrini, pues Naphta, que en cierta manera había sido provocado, pasó inmediatamente al ataque y arremetió contra el poeta latino —que Settembrini adoraba notoriamente— hasta colocarle por debajo de Homero; Naphta había manifestado más de una vez su desdén por la poesía latina en general, y aprovechó de nuevo, con malicia y rapidez, la ocasión que se le ofrecía.

—Constituía un prejuicio del gran Dante —dijo— eso de rodear de tanta solemnidad a ese mediocre versificador y concederle, en una significación demasiado masónica. ¿Qué tenía de particular ese laureado cortesano, ese lamedor de suelas de la casa Juliana, ese literato de metrópoli y polemista de aparato, desprovisto de la menor chispa creadora, cuya alma, si la poseía, era seguramente de segunda mano, y que no había sido, en manera alguna, poeta, sino un francés de peluca empolvada de

la época de Augusto?

Settembrini no dudó de que su honorable interlocutor poseía medios de conciliar su desprecio hacia el período romano de la más alta civilización con sus funciones de profesor de latín. Pero le parecía necesario llamar la atención de Naphta sobre la contradicción más grave que se desprendía de tales juicios y que le ponían en desacuerdo con sus siglos preferidos, en los cuales no solamente no se había despreciado a Virgilio, sino que se le había hecho justicia bastante ingenuamente, convirtiéndole en un mago y un sabio.

—Es en vano —replicó Naphta— que Settembrini llame en su socorro a la ingenuidad de esa joven y victoriosa época que había demostrado su fuerza creadora hasta la «demonización» de lo que vencía. Por otra parte, los doctores de la joven Iglesia no se cansaban de poner en guardia contra las mentiras de los filósofos y de los poetas de la antigüedad, y en particular contra la elocuencia voluptuosa de Virgilio. ¡Y en nuestros días, en que termina una era y aparece un alba proletaria, se es favorable a esos sentimientos! M. Lodovico podía estar persuadido —para zanjar la cuestión— de que él, Naphta, se entregaba a su profesión privada, a la que había aludido, con toda la *reservatio mentalis* conveniente. No era más que por ironía por lo que participaba en un sistema de educación clásica y oratoria al que el mayor optimismo no podía usted prometer más que algunos decenios de existencia.

—Usted los ha estudiado —exclamó Settembrini—, usted ha estudiado a costa del sudor de su frente a esos viejos poetas y filósofos; usted ha intentado apropiarse su preciosa herencia, de la misma manera que usted ha utilizado el material de construcción antiguo para sus casas de piedra. Habéis comprendido que no seríais capaces de producir una nueva forma de arte con las solas fuerzas de vuestra alma proletaria, y habéis confiado en derrotar a la antigüedad con sus propias armas. ¡Eso es lo que pasa siempre! Vuestra juventud inculta deberá estudiar en la escuela lo que vosotros desearíais poder desdeñar y hacer que los demás desdeñasen, pues sin cultura no podéis imponeros a la humanidad y no hay más que una sola cultura, la que llamáis cultura burguesa, que es la cultura humana. ¡Y os atrevéis a calcular por decenios el tiempo de vida que queda a las humanidades!

La cortesía impedía a Settembrini acompañar sus palabras con una risa burlona. Una Europa que sabía administrar su patrimonio eterno pasaría, con toda tranquilidad, al orden del día de la razón clásica, despreciando el apocalipsis proletario que algunos se imaginaban gustosos.

—Pero es precisamente ese orden del día —respondió Naphta, con tono mordiente— lo que Settembrini parece ignorar. La cuestión que su interlocutor consideraba como zanjada era precisamente la que estaba en el orden del día: era la de saber si la tradición mediterránea clásica y humanista era un asunto de la humanidad entera y, por consiguiente, una cosa humana y eterna, o si no había sido

más que un estado de espíritu y un accesorio de una época, de la época burguesa y liberal, y si iba a morir con ella. La historia debía decirlo; pero, entretanto, el señor Settembrini haría bien no dejándose mecer por la ilusión favorable a su conservadurismo latino.

Constituía una insolencia particular del pequeño Naphta eso de llamar a Settembrini, el servidor declarado del progreso, «conservador». Todos lo notaron y, con una amargura particular, el que había resultado herido por esa flecha se atormentaba el bigote, buscando una réplica y dejando así a su enemigo el tiempo necesario para entregarse a nuevas incursiones contra el ideal de la cultura clásica, contra el espíritu literario y retórico de la escuela y de la pedagogía europeas, contra su preocupación de un formulismo gramatical, que no era más que un accesorio de la dominación de la clase burguesa, pero que era, desde hacía tiempo, para el pueblo, un motivo de risa. Sí, no se daban cuenta de hasta qué punto el pueblo se burlaba de nuestros títulos de doctor, de todo nuestro mandarinato universitario, de la escuela primaria obligatoria, de ese instrumento de la dictadura burguesa de clases que se aplicaba con la ilusión de que la instrucción del pueblo constituía el cultivo científico diluido. El pueblo sabía, desde hacía mucho tiempo, dónde había que ir a buscar la cultura fuera de esas penitenciarías oficiales, la cultura y la educación de las que tenía necesidad en su lucha contra el reino agusanado de la burguesía, y hasta los gorriones, en el tejado de las escuelas tipo salidas de la escuela monística de la Edad Media, pregonaban que constituían esas escuelas de anacronismo y unos vejestorios ridículos, que nadie en el mundo debe su cultura a la escuela propiamente dicha, y que una enseñanza libre y accesible a todos, por medio de conferencias públicas, por medio de exposiciones y *cinematógrafo*s, es infinitamente superior a toda la enseñanza escolar.

En la mezcla de revolución y oscurantismo que Naphta servía a sus oyentes —le respondió Settembrini—, la parte oscurantista predominaba de una manera poco apetitosa. La satisfacción que experimentaba al ver a Naphta tan preocupado de dar al pueblo una instrucción provechosa, se hallaba amortiguada por el temor de que predominase en él una tendencia instintiva a sumir al pueblo y al mundo en las tinieblas del más completo analfabetismo.

Naphta sonrió. ¿El analfabetismo? Se creían sin duda haber pronunciado un nombre espantoso, se hallaban convencidos de haber mostrado la cabeza de la Gorgona; convencidos de que todo el mundo iba a palidecer, Naphta lamentaba tener que causar a su contrincante una decepción al decirle que el terror de los humanistas ante la idea del analfabetismo le divertía. Era necesario ser un literato del Renacimiento, un hombre del Secento, un marinista, un bufón del *estilo culto*, para atribuir a las disciplinas de la lectura y de la escritura una importancia pedagógica tan exagerada hasta llegar a imaginarse que allí donde faltasen estos conocimientos

reinarían las tinieblas del espíritu. ¿Recordaba Settembrini que el más grande poeta de la Edad Media, Wolfram von Eschenbach, había sido analfabeto? En aquella época, hubiera sido considerado vergonzoso, en Alemania, enviar a la escuela a un muchacho que no quisiese ser cura, y ese desdén aristocrático y popular hacia las artes literarias había sido siempre una manifestación de nobleza verdadera, mientras que el literato, ese verdadero hijo del humanismo y de la burguesía, sabía sin duda leer y escribir, lo que no sabían o sabían muy mal el gentilhombre, el guerrero y el pueblo, pero, fuera de eso, no sabía nada ni comprendía nada de las cosas del mundo, no era más que un farsante que administraba la palabra y abandonaba la vida a las gentes honradas, y era sin duda por eso por lo que hinchaba la misma política con la retórica y la literatura, lo que en lenguaje de partido se llamaba radicalismo y democracia… Y así siempre…

Settembrini, al oír esto, se lanzó al ataque:

—Con excesiva temeridad, su adversario —exclamó— exponía sus funciones a la barbarie ferviente de ciertas épocas, burlándose del amor a la forma literaria, sin la cual, en efecto, ninguna humanidad hubiese sido posible ni imaginable.

»¡No hubiese sido posible nunca! ¿Nobleza? Únicamente el que odia al género humano puede bautizar con ese nombre la ausencia del verbo, el materialismo brutal y mudo. Únicamente es noble el lujo, la *generosità*, que consiste en conceder a la forma un valor humano propio, independiente de su contenido —el culto de la palabra como un arte por el arte, esa herencia de la civilización grecolatina que los humanistas, los *uomini letterati*, habían rendido al mundo romano, ese culto que había sido la fuente de todo idealismo, de un modo más amplio y sustancial, incluso del idealismo político—. Perfectamente, señor. Lo que usted desearía envilecer, al separar la palabra de la vida, no es otra cosa que una unidad superior en la diadema de la belleza, determinando el bando en que se hallará la juventud generosa en la batalla entre la literatura y la barbarie. Esa cuestión no me causa inquietud alguna.

Hans Castorp había seguido la conversación bastante distraído, porque la presencia del guerrero y representante de la verdadera nobleza, o, más exactamente, la expresión nueva de sus ojos, atraía su atención, pero en ese momento se sobresaltó porque se sintió interpelado por las últimas palabras de Settembrini, y puso una cara igual a la que había puesto aquel día en que el italiano quiso obligarle solemnemente a elegir entre Oriente y Occidente, es decir, una cara recalcitrante, llena de reservas mentales, y permaneció silencioso.

Los dos contrincantes lo reducían todo al absurdo, como era sin duda indispensable cuando se quería discutir, y disputaban con encarnizamiento en torno de las alternativas extremas, cuando aparecía evidente que entre esas exageraciones, entre el humanismo elocuente y esa barbarie analfabeta, debía encontrarse algo que se hubiese podido abordar con un espíritu conciliador como puramente humano. Pero

Hans Castorp no expresó su pensamiento, para no irritar a los dos espíritus; lleno de reticencias, les dejó que se encarnizasen cada vez más y aumentasen su hostilidad, desde el momento en que Settembrini había desencadenado la discusión con su broma sobre el latino Virgilio.

Settembrini defendía siempre la palabra, la blandía, la hacía triunfar. Se manifestó como guardián del genio literario, glorificó la historia de las letras, a partir del instante en que por primera vez un hombre, para dar perdurabilidad a su saber y a su manera de sentir, había trazado algunas palabras sobre una piedra. Habló del dios egipcio Thot, que no había sido más que uno con el Hermes Trismegisto del helenismo, y que era el inventor de la escritura, como el protector de las bibliotecas y el animador de todos los esfuerzos del espíritu. Imaginariamente se arrodilló delante de ese Trismegisto, Hermes el humanista, el señor de la palestra, a quien la humanidad debía el don precioso del verbo y de la retórica, y llevó a Hans Castorp a hacer la siguiente observación:

Ese dios, nacido en Egipto, había sido sin duda un político y desempeñado, en grande, el mismo papel de Brunetto Latini, que había educado a los florentinos y les había enseñado el arte de la palabra, lo mismo que el de gobernar la República según las reglas de la política.

A lo cual Naphta respondió que Settembrini desfiguraba un poco las cosas y que había hecho de Thot Trismegisto un retrato demasiado favorecido. Se trataba de una divinidad simiesca consagrada a la Luna y a las almas, de un monigote coronado con una media luna; bajo el nombre de Hermes, había un dios de la muerte y de los muertos, el dominador y el conductor de las almas, transformado, en los últimos períodos de la antigüedad, en un mago, y de quien la Edad Media cabalística había hecho el padre de la alquimia hermética.

En el pensamiento de Hans Castorp y en su imaginación todo se hallaba revuelto. Había la muerte envuelta en su manto azul, y esa muerte era un polemista humanista; cuando se miraba más de cerca al dios pedagogo de la literatura y al amigo de los hombres, se encontraba un mono acurrucado que llevaba sobre su frente los signos de la noche y de la magia… Hacía signos de negación y escondía luego los ojos con las manos. Pero en las tinieblas en que se había refugiado, la voz de Settembrini retumbaba y continuaba celebrando la literatura. No solamente la grandiosidad contemplativa, sino también la grandiosidad activa se habían hallado siempre unidas —dijo el italiano—, y citó a Alejandro, a César, a Napoleón; citó a Federico de Prusia y otros héroes, incluso a Lasalle y a Moltke. No se cansó de dar vueltas en torno de su razonamiento cuando Naphta quiso arrastrarle a China, en donde reinaba la idolatría más ridicula del alfabeto, donde se llegaba a ser generalísimo por saber trazar con tinta china cuarenta mil jeroglíficos, lo que se avenía completamente con el espíritu de un humanista.

Naphta sabía perfectamente que no se trataba de dibujar con tinta china, sino de literatura considerada como un impulso dado al mundo, del espíritu sencillamente, de la función del análisis y de la forma. Era ese espíritu lo que despertaba la inteligencia a todo lo que es humano, que se esforzaba en combatir los prejuicios estúpidos y en aniquilarlos, que purificaba, ennoblecía y mejoraba el género humano, creando el extremo refinamiento moral y la sensibilidad más sutil, iniciaba a los hombres, lejos de fanatizarlos en la justicia y en la tolerancia. El efecto purificador de la literatura, la destrucción de las pasiones por el conocimiento de la palabra, la literatura considerada como un encaminamiento hacia la comprensión, hacia el perdón y hacia el amor, la potencia liberadora del lenguaje, el espíritu literario como el fenómeno más noble del espíritu humano en general, el escritor como hombre perfecto, como santo…

A ese tono de exaltación, ese cántico de alabanza, llegó la apología de Settembrini. Pero, ¡ay!, su contrincante no se durmió, supo interrumpir la salutación angélica con objeciones cáusticas y brillantes, optando por el partido de la conversación y de la vida, contra el espíritu de la descomposición que se disimulaba detrás de aquella duplicidad seráfica. La fusión milagrosa que había arrancado trémolos a Settembrini no era más que un espejismo, pues la potencia que el espíritu literario se vanagloriaba de conciliar con el principio del examen y de la discriminación, no era más que una forma aparente y engañosa, no era una forma auténtica, natural, no era una forma viviente. El pretendido reformador del mundo tenía, sin duda, palabras de purificación y santificación, pero en realidad se llegaba a una emasculación de la vida llena de anemia. Más todavía: el espíritu, el celo del teórico profanaban la vida, y el que quería destruir las pasiones deseaba la nada pura, pura en efecto, puesto que es el único objetivo que, en rigor, se puede añadir a la nada. Y en eso precisamente Settembrini, el literario, mostraba bien lo que era, es decir, el hombre del progreso, del liberalismo y de la revolución burguesa, pues el progreso era puro nihilismo, y el ciudadano liberal era propiamente el hombre de la nada y del demonio, e incluso negaba a Dios, el absoluto, en el sentido conservador y positivo, prestando juramento al absoluto opuesto y demoníaco, y creyendo todavía en un modelo de piedad con su pacifismo asesino. No había, por tanto, nada de piedad; era, por el contrario, un traidor de la vida, ante la Inquisición y la santa Vehma, ante la cual merecía comparecer… *et coetera*…

Con semejantes aguijones, Naphta conseguía dar al canto de la apoteosis un aspecto diabólico y presentarse él mismo como la encarnación del amor austero y de espíritu conservador de manera que se hacía absolutamente imposible distinguir dónde se hallaba Dios y dónde el diablo, la muerte o la vida.

Su contrincante era de talla, y la contestación fue notable, pero le valió una replica no menos buena, después de lo cual la conversación duró todavía largo rato,

desviándose hacia un orden de problemas de los cuales ya se ha hablado antes.

Hans Castorp dejó de escuchar, porque Joachim había dicho que tenía la impresión clara de haberse resfriado y que no sabía qué conducta adoptar, puesto que los resfriados no eran «recibidos» aquí.

Los duelistas no habían prestado atención alguna a esta manifestación, pero Hans Castorp, como hemos dicho, velaba con atentos ojos sobre su primo y se retiró con Joachim a la mitad de una réplica. El resto del público, compuesto por Ferge y Wchsal, ya daría un impulso pedagógico suficiente a la continuación del debate.

Durante el camino, Hans Castorp estuvo de acuerdo con Joachim en que, en materia de resfriados y de males de garganta, había que apelar a la vía jerárquica, es decir, encargar al bañista que avisase a la superiora, después de lo cual se conseguiría que se hiciese algo en beneficio del enfermo.

Así lo hicieron e hicieron bien. Desde la puerta de la habitación de Joachim, en un momento en que Hans Castorp se hallaba por casualidad con él, la enfermera se informó con voz chillona de los deseos y de los males del joven oficial.

—¿Dolor de garganta? ¿Ronquera? —repitió la enfermera—. ¿Qué es lo que se permite, joven?

Y comenzó a mirar al enfermo con ojo penetrante, sin que las miradas de ambos se encontrasen jamás, cosa de la que Joachim era perfectamente inocente, pues era la mirada de la superiora la que huía obstinadamente. ¿Pero por qué realizaba siempre esa maniobra cuando la experiencia le había demostrado ya que no podía conseguirlo? Con ayuda de una especie de calzador de metal, que sacó de uno de sus bolsillos, inspeccionó la garganta del paciente, mientras Hans Castorp, para alumbrar, había acercado la lámpara de la mesilla de noche. Sobre la punta de los pies, la superiora examinaba la garganta de Joachim y al mismo tiempo le interrogaba:

—Dígame, dueño y señor mío. ¿Se ha atragantado usted alguna vez?

¿Qué se podía contestar a eso? Durante el examen no había manera posible. Y cuando el examen terminó, Joachim no sabía tampoco qué contestar. Naturalmente, durante su vida se había atragantado, una o dos veces, al comer o beber, pero eso es lo que ocurría a todos los hombres, y seguramente no era lo que había querido saber ella al hacerle la pregunta. No recordaba que le hubiese ocurrido recientemente.

—Vamos, bien —dijo ella. No había sido más que una idea que se le había ocurrido. Se había, pues, resfriado, añadió la superiora.

Los primos se sorprendieron, puesto que la palabra «resfriado» estaba prohibida en la casa. Para examinar su garganta más detenidamente haría bien, tal vez, en recurrir al laringoscopio del consejero. Al marcharse, la enfermera dejó tabletas de formamint y una banda y un cuadro de gutapercha para aplicar compresas durante la noche. Y Joachim usó ambas cosas, suponiendo incluso que se hallaba muy aliviado gracias a aquellas aplicaciones y continuó practicando la cura, pues su ronquera no

quiso ceder al tratamieno, sino que se hizo más sensible en los días siguientes, a pesar de que el dolor desaparecía casi completamente algunas veces.

Por otra parte, su resfriado había sido puramente imaginario. El diagnóstico se halló exactamente conforme con el resultado del examen del consejero, que retuvo al valiente Joachim para una pequeña cura complementaria antes de que pudiese correr de nuevo a ponerse bajo las banderas.

El plazo de octubre había pasado con toda discreción. Nadie habló de ello, ni el consejero, ni los primos entre sí. Silenciosos, con los ojos bajos franquearon aquella fecha.

Según lo que Behrens dictó a su ayudante, durante la consulta mensual, y según lo que mostraba la placa fotográfica, era evidente que una partida hubiese sido una locura; se trataba esta vez de perseverar, con una disciplina de hierro, en el servicio que se había impuesto, hasta que hubiese adquirido definitivamente una solidez a toda prueba. Entonces podría reanudar su servicio en el país llano y cumplir su juramento de oficial.

Tal era la decisión sobre la cual se había llegado a un perfecto acuerdo tácito. Pero en realidad, ninguno de los dos estaba completamente seguro de que el otro creyese verdaderamente en aquella explicación, y cuando el uno delante del otro bajaba los ojos a causa de la duda, y eso ocurría después de que sus miradas se habían encontrado. Esto sucedía con frecuencia después de cierta conversación sobre literatura, durante la cual Hans Castorp había descubierto, por primera vez, aquella luz nueva en el fondo de los ojos de Joachim, lo mismo que su expresión singularmente «amenazadora». Eso ocurría, sobre todo, en la mesa, por ejemplo, cuando su primo, siempre ronco, se atragantaba violentamente y no podía casi recobrar el aliento. Entonces y mientras Joachim jadeaba con el rostro pálido escondido en la servilleta, y la señora Magnas, su vecina, con arreglo a una antigua práctica le daba golpecitos en la espalda, las miradas se encontraban de un modo que turbaba y espantaba a Hans Castorp mucho más que el mismo incidente, que podía ocurrir naturalmente a cualquier otra persona. Luego Joachim cerraba los ojos y, con la cara oculta en la servilleta, abandonaba la mesa y el comedor para acabar de toser afuera.

Sonriente, aunque ligeramente pálido, volvía al cabo de diez minutos, con una palabra de excusa en los labios a causa de las molestias que había ocasionado a los demás. Como antes, tomaba parte en las formidables comidas y se olvidaba por completo del incidente.

Pero cuando algunos días más tarde —esta vez no era ya en la comida, sino en el desayuno, igualmente copioso— se produjo el mismo hecho, sin que las miradas se hubiesen encontrado esta vez, al menos las de los primos, pues Hans Castorp, inclinado sobre el plato, continuó comiendo con una indiferencia aparente, fue

preciso, a pesar de todo, una vez terminada la comida, que se pronunciasen algunas palabras sobre este hecho, y Joachim maldijo a aquella arpía de Mylendonck, que con su pregunta idiota le había sugestionado. ¡Qué el diablo se lleve a esa bruja!

—Sí, es seguramente sugestión —dijo Hans Castorp—; será curioso comprobarlo.

Joachim, desplués de haber encontrado la causa de haber dado el nombre a la cosa, se defendió en adelante con éxito contra aquella hechicería, se vigilaba en la mesa y consiguió no atragantarse más que en la medida de las gentes no hechizadas. Eso no se produjo más que nueve o diez días más tarde, y por lo tanto ya no había nada que decir.

Sin embargo, fue llamado por Rhadamante fuera de las horas de consulta y de turno habitual. La superiora le había denunciado y sin duda había hecho bien, pues desde el momento en que había un laringoscopio en la casa, y la ronquera persistente degeneraba, a ciertas horas, en una verdadera afonía, reapareciendo el dolor cuando se olvidaba de ablandar la garganta por procedimientos que activasen la saliva, había razones suficientes para sacar del armario aquel instrumento ingeniosamente combinado, sin contar que si Joachim ya no se atragantaba más que a intervalos normales, era gracias a las precauciones que tomaba al comer, de manera que en las comidas se hallaba siempre retrasado con relación a sus vecinos.

El consejero, por lo tanto, miró, miró profundamente y largo tiempo dentro de la garganta de Joachim, después de lo cual el enfermo, a ruegos de Hans Castorp, fue inmediatamente al balcón de éste para darle cuenta de la visita.

La cosa había sido muy desagradable, le había hecho muchas cosquillas —según dijo con una especie de murmullo, puesto que se hallaban en la hora de la cura principal y el silencio era de rigor— y, para acabarlo de arreglar, Behrens le había dicho una serie de cosas sobre un estado de irritación, añadiendo que era necesario proceder diariamente a unas gárgaras. Al día siguiente comenzaría a cauterizar y a preparar la medicación. Irritación y cauterización.

Hans Castorp, con la cabeza llena de asociaciones de ideas que iban muy lejos y que se referían a personas muy lejanas, como por ejemplo al conserje cojo y a aquella señora que se había quejado de dolor de oído durante toda la semana y a la cual se pudo tranquilizar completamente, estaba a punto de hacer algunas preguntas, pero no se decidió a enunciarlas. Se propuso hacerlas personalmente al consejero. En espera de eso, se limitó a manifestar, delante de Joachim, su satisfacción de que aquella molestia fuese puesta bajo su control y que el consejero se hubiese encargado del asunto. Era un valiente tipo y no dejaría de arreglar las cosas.

Joachim hizo un signo de aprobación sin mirar a su primo y, volviéndole la espalda, pasó a su departamento.

¿Qué le pasa al honrado Joachim? Durante aquellos últimos días, su mirada se había hecho incierta y tímida. Recientemente, la superiora Mylendonck había

fracasado en su tentativa de penetrar su mirada dulce y sombría; pero si hubiese intentado de nuevo hacerlo no hubiera podido decirse lo que habría ocurrido. Fuese lo que fuese, evitaba tales encuentros, y cuando se producían (Hans Castorp le miraba con frecuencia) se sentía uno inquieto.

Hans Castorp se quedó angustiado en su habitación, agitado por la tentación de ir a interrogar inmediatamente al consejero. Pero no era posible, pues Joachim hubiera oído cómo se levantaba. Era preciso, pues, aplazar ese proyecto y ver a Behrens por la tarde.

Pero no lo consiguió. ¡Era muy extraño! No consiguió ver al consejero ni durante los dos días siguientes. Naturalmente, Joachim le estorbaba un poco, puesto que no debía darse cuenta de nada, pero esto no bastaba para explicar por qué Hans Castorp no podía conseguir aquella entrevista ni encontrar la manera de pillar a Rhadamante. Hans Castorp le buscaba y pedía informes de él por toda la casa, le enviaban adonde podría encontrarle con seguridad, pero no le encontraba jamás. Behrens asistió a una comida, pero estaba sentado muy lejos, a la mesa de los rusos ordinarios, y se esquivó antes de los postres. A veces, Hans Castorp creyó haberle atrapado; le vio en la escalera o en los pasillos, hablando con Krokovski, con la superiora, con un enfermo, y se puso al acecho. Pero no hacía más que volver los ojos y Behrens había ya desaparecido.

Al cuarto día consiguió su propósito. Desde su balcón le vio en el jardín, ocupado en dar instrucciones al jardinero. Se desembarazó rápidamente de las mantas y bajó corriendo. Con su gruesa nuca y con sus manos de atleta, el consejero remaba hacia sus habitaciones. Hans Castorp comenzó a correr y se tomó la libertad de llamarle, pero no fue oído. Finalmente, sin aliento, consiguió llegar hasta él.

—¿Qué viene a buscar aquí? —preguntó el consejero con los ojos llenos de lágrimas—. ¿Tendré que hacerle entregar un ejemplar especial del reglamento de la casa? Según creo, parece que es la hora de la cura de reposo. Ni su cura ni su placa le conceden un derecho particular para hacer de gran señor. Será preciso instalar aquí un espantajo que amenace con ensartar a las gentes que se toman libertades en el jardín, entre las dos y las cuatro. ¿Qué es lo que quiere usted?

—Señor consejero, ¡tengo absoluta necesidad de hablarle un momento!

—Ya me he dado cuenta de que se le ha metido a usted eso en la cabeza desde hace algún tiempo. Usted me persigue como si yo fuese la mujer de sus sueños. ¿Qué quiere de mí?

—Se trata de mi primo, señor consejero, ¡perdone! Ahora le cauterizan… Estoy persuadido de que todo eso es muy acertado. ¿Una cosa inofensiva? Eso es lo que desearía preguntarle.

—Usted siempre quiere que todo sea inofensivo, Castorp, tiene este temperamento. Es capaz de ocuparse de cosas que no sean absolutamente inofensivas,

pero las trata como si las fuesen, y cree de ese modo complacer a Dios y a los hombres. Usted es una especie de cobardón y de hipócrita, querido, y cuando su primo le trata como a un perrito faldero se produce un curioso eufemismo.

—Todo eso es posible, señor consejero. Naturalmente, las debilidades de mi carácter son evidentes. Pero, precisamente porque esas cosas están fuera de causa es por lo que deseaba preguntarle, desde hace tres días, sencillamente eso…

—Que le dore la píldora. Quiere usted importunarme y fastidiarme para que le anime en su condenada hipocresía y para que pueda usted dormir con toda inocencia, mientras que los demás vigilan el grano…

—Señor consejero, es usted muy severo conmigo. Yo desearía, por el contrario…

—Sí, la severidad no es precisamente la especialidad de usted. Su primo de usted es un tipo muy diferente, de otro temple. Él sabe a qué atenerse. Lo sabe, ya me entiende usted. No se agarra a los faldones de las gentes para que le digan tonterías y frases confortadoras. Él sabía lo que hacía y a lo que se exponía, y es un mozo que se mantiene firme, lo que constituye un temple viril, que no es desgraciadamente la característica de esos amables fenómenos bípedos como usted. Pero he de decírselo, Castorp: si usted hace aquí una escena, si usted lanza gritos y si usted se abandona a sus sentimientos de paisano, le pondré de patas en la calle. Aquí los hombres quieren hallarse entre hombres, ya me entiende.

Hans Castorp permaneció en silencio. Su rostro también se manchaba ahora cuando cambiaba de color. Estaba demasiado bronceado para palidecer. Finalmente dijo, con los labios temblorosos:

—Le doy las gracias, señor consejero. Ahora ya sé a qué atenerme, pues supongo que usted no me hablaría tan… ¿cómo decirlo…? tan solemnemente, si el caso de Joachim no fuese grave. Por otra parte, no me siento inclinado a las escenas ni a los gritos, usted me conoce mal. Y si se trata de mostrarse discreto, sabré mantenerme en mi puesto; creo que puedo asegurárselo.

—Hans Castorp, ¿quiere usted mucho a su primo? —preguntó el consejero cogiendo, de pronto, la mano del joven y mirándole con sus ojos azules y lacrimosos, de pestañas blanquecinas…

—¿Qué quiere usted que le diga, señor consejero? Un pariente tan próximo, un amigo tan bueno y mi camarada aquí…

Hans Castorp sollozó y puso un pie de punta volviendo el talón hacia el exterior.

El consejero se apresuró a abandonar su mano.

—Vamos, entonces sea usted amable con él durante esas seis u ocho semanas —dijo—. Abandónese usted a su gusto natural por lo inofensivo; sin duda eso será, para el enfermo, lo más agradable. Y además, yo estoy aquí, yo también estoy aquí para arreglar la cosa lo más elegantemente y lo más confortablemente posible.

—¿*Larynx*? ¿No es verdad? —dijo Hans Castorp moviendo la cabeza.

—*Laryngea* —confirmó Behrens—. Destrucción rápida. Y la mucosa de la faringe se halla también en muy mal estado. Es posible que las voces de mando en el regimiento hayan creado allí un *locus minoris resistentiae*. Pero hay que esperar siempre tales desviaciones. Pocas probabilidades, amigo mío. A la verdad, ninguna. Pero, naturalmente, se ensayará todo lo que es útil y costoso.

—La madre… —dijo Hans Castorp.

—Más tarde, más tarde. Todavía no hay prisa. Hágalo con tacto y con gusto, de manera que la ponga usted al corriente por etapas. Y ahora largúese a su sitio. Podría darse cuenta y le sería muy penoso comprender que se habla así de él a sus espaldas.

Diariamente Joachim asistía a la cura. Era un bello otoño; con pantalones de franela blanca y chaqueta azul, llegaba con frecuencia retrasado a las comidas, correcto y marcial, saludaba brevemente, de un modo amable y viril, se excusaba de su inexactitud y se sentaba en su sitio para la comida especial que le era preparada, pues ya no habría podido adaptarse a las comidas ordinarias sin correr el peligro de atragantarse. Le servían potajes, purés y papillas. Los vecinos de mesa comprendieron rápidamente la situación. Contestaban a su saludo con una cortesía y un apresuramiento marcados, le llamaban «teniente». En su ausencia interrogaban a Hans Castorp, y también acudían de las otras mesas para interrogarle. La señora Stoehr acudió retorciéndose las manos y se lamentó trivialmente. Pero Hans Castorp no contestó más que con monosílabos, reconoció la importancia del incidente, pero negó hasta un cierto punto su extrema gravedad; lo hizo por honor, con la sensación de que no tenía derecho a abandonar a Joachim prematuramente.

Paseaban juntos, recorrían tres veces al día la distancia prescrita, a la que el consejero había limitado a Joachim para evitar un gasto inútil de fuerzas. A la izquierda de su primo iba Hans Castorp. Antes hubiera sido así de otra manera, pero ahora Hans Castorp se mantenía con preferencia a su izquierda. No hablaban mucho, pronunciaban las palabras que el día normal del Berghof llevaba a sus labios y nada más. Sobre la cuestión que se hallaba en suspenso entre ellos, no había nada que decir, sobre todo entre gentes inclinadas al pudor y que no se llamaban por sus nombres de pila más que en circunstancias extremas. Sin embargo, la necesidad de expansiones se hacía sentir por instantes, se hallaba próxima a desbordar en el pecho de hombre paisano de Hans Castorp. Pero era imposible. Lo que había afluido dolorosa y tumultuosamente volvía a caer, y permanecía mudo.

Joachim iba a su lado, con la cabeza baja. Miraba al suelo, como si se considerase de la tierra. Era muy extraño: marchaba correctamente, saludaba, a los que pasaban, de un modo caballeresco, mantenía el porte y la corrección de siempre… y pertenecía a la tierra. ¡Dios mío, todos seremos de ella, tarde o temprano!

Pero ¡tan joven, y con tan buena y alegre voluntad de servir bajo la bandera! ¡Es amargo pertenecerle en tan breve plazo! Más amargo y más incomprensible para un

Hans Castorp, que lo sabe y que marcha al lado de él, que para el mismo hombre de la tierra, cuya sabiduría discreta es, en suma, muy académica; no tiene, en el fondo, para él, más que una realidad muy débil y casi parece ser un asunto ajeno.

En efecto, nuestra muerte es más un asunto de los que nos sobreviven que de nosotros mismos. Tanto si recordamos eso o no por el momento, esas palabras de un sabio malicioso son, en todo caso, valederas para el alma: «Mientras existimos, la muerte no existe, y, cuando la muerte existe, no existimos nosotros»; por consiguiente, entre la muerte y nosotros no hay ninguna relación real; es una cosa que no nos atañe absolutamente en nada, que atañe todo lo más al mundo y a la naturaleza, y por eso todos los seres la contemplan con una gran tranquilidad, con una indiferencia, con una irresponsabilidad y una inocencia egoístas.

Hans Castorp halló mucho de esa inocencia y de ese egoísmo en la manera de ser de Joachim durante esas semanas, comprendió que su primo «sabía» sin duda, pero que no le era difícil observar un silencio conveniente sobre ello, porque sus relaciones interiores con ese conocimiento eran todavía lejanas y teóricas, o, por lo poco que prácticamente eran tenidas en cuenta, no estaban reguladas y determinadas por una noción sana del destino. Su calidad no era apta para comentar ese saber, como pasa con otras facciones inconvenientes de las cuales la vida tiene conciencia y que la condicionan, pero que no le impiden conservar las apariencias.

Paseaban así, guardando silencio sobre muchas cosas naturales, sobre las que no hubiera sido correcto hablar. Incluso las lamentaciones de Joachim, proferidas al principio con animación y cólera, su sentimiento de faltar a las maniobras militares y al servicio militar en general, habían desaparecido. ¿Pero por qué, en lugar de eso, y a pesar de toda su inocencia, reaparecía en sus ojos la expresión de una timidez turbada, esa incertidumbre que hubiera, sin duda, dado la victoria a la superiora si ésta hubiera renovado sus tentativas? ¿Era porque sabía que sus mejillas se iban hundiendo y que sus ojos se agrandaban? Eso se producía a ojos vistas, mucho más rápidamente que cuando había regresado del país llano, y su piel morena iba adquiriendo un tono amarillento. Era como si tuviese razones para sentir vergüenza y despreciarse a sí mismo en un medio que, como decía el señor Albin, no se preocupaba de otra cosa que de gozar las ventajas infinitas de la vergüenza. ¿Delante de qué y ante quién bajaba los ojos y hacía huidiza su mirada antes tan franca? Que extraño es ese pudor ante la vida, de la criatura que se refugia en un rincón para reventar, persuadida de que no puede esperar de la naturaleza exterior ningún respeto ni ninguna piedad ante su dolor y su muerte, persuadida con razón, puesto que las bandadas de pájaros emigrantes, no solamente no honran a sus compañeros enfermos, sino que los arrojan con cólera y desprecio a picotazos. Así es ordinariamente la naturaleza; pero una piedad y un amor profundamente humanos llenaban el corazón de Hans Castorp cuando veía ese pudor instintivo en los ojos del pobre Joachim.

Marchaba a su izquierda, lo hacía expresamente, y, como Joachim comenzaba a sostenerse con dificultad sobre sus piernas, le sostenía cuando se trataba, por ejemplo, de subir la pequeña cuesta de un prado, e incluso dejaba de retirar su brazo del hombro de su primo hasta que éste le sacudía con un poco de irritación y decía:

—Bueno. ¿Quieres dejarme? ¡Se diría que somos dos borrachos, al andar de esta manera!

Pero llegó un instante en que la mirada turbia de Joachim se le ofreció a Hans Castorp bajo otro aspecto, y fue cuando Joachim recibió la orden de permanecer en el lecho, a principios de noviembre, cuando la nieve estaba ya muy espesa. En efecto, en ese momento había llegado a serle ya muy difícil el absorber el caldo y las papillas, porque se atragantaba a cada sorbo. El paso a una alimentación exclusivamente líquida estaba indicado, y Behrens ordenó un reposo continuo en la cama para ahorrar las fuerzas del enfermo.

Fue la víspera del día en que Joachim se metió en la cama, el último día que estuvo en pie, cuando Hans Castorp le encontró… le encontró en conversación con Marusja, con esa Marusja que se reía sin razón, con la Marusja del pañuelito perfumado con esencia de naranja y el pecho exteriormente tan bien conformado. Fue después de la comida, durante la reunión de la noche, en el vestíbulo. Hans Castorp se había entretenido en el salón de música, salió para buscar a Joachim y le encontró delante de la estufa de porcelana, al lado del asiento de Marusja. Se hallaba esta sentada en un sillón basculante, con la mano izquierda posada sobre el respaldo. Joachim lo mantenía inclinado hacia atrás, de manera que Marusja, con sus ojos oscuros y redondos, podía mirarle a la cara, que él inclinaba hacia ella, mientras hablaba en voz baja y con palabras entrecortadas; ella se encogía de hombros y sonreía, de tiempo en tiempo, con una animación desdeñosa.

Este espectáculo de Joachim, confiándose sin reserva a Marusja del pecho opulento, a la mesa de la cual se había sentado tanto tiempo sin cambiar una sola palabra con ella; junto a la persona y la existencia ante la cual había bajado los ojos con una expresión severa, a la vez razonable y púdica, a pesar de que su rostro palideciese y se manchase cuando se hablaba de ella, trastornó a Hans Castorp mucho más que todos los signos de debilidad que había observado en su primo, las semanas pasadas, en él.

«Sí, está perdido», pensó, y se sentó en silencio en el salón de música, para dejar a Joachim el tiempo que le concedía todavía esa última noche.

A partir de esto, Joachim tomó definitivamente la posición horizontal, y Hans Castorp lo anunció a Luisa Ziemssen escribiéndole, en su excelente *chaise-longue*, que debía añadir ahora a sus anteriores comunicaciones ocasionales que Joachim guardaba cama y que, sin que hubiese dicho nada, se podía leer en sus ojos el deseo de que su madre estuviese cerca de él, y que el doctor Behrens apoyaba expresamente

este deseo inesperado.

Y no fue, por tanto, nada extraño que la señora Ziemssen recurriese a los medios de comunicación más rápidos para reunirse con su hijo. Tres días después del envío de esta carta alarmante, a pesar de todos los paliativos, llegó la madre. Hans Castorp fue a buscarla en trineo a la estación de Dorf, en medio de una tempestad de nieve, y de pie en el andén compuso su rostro, antes de la llegada del tren, para no asustar inmediatamente a la madre, pero también para que no encontrase en su primera mirada una alegría engañosa.

¡Cuántas veces tales encuentros habían tenido lugar, cuántas veces el que descendía del tren se había lanzado contra el que esperaba, espiando con angustia la mirada del que le recibía!

La señora Ziemssen daba la impresión de haber venido a pie desde Hamburgo hasta Davos. Con el rostro ardiente, estrechó la mano de Hans Castorp contra su pecho, mirando en torno de ella con temor y haciendo apresuradamente preguntas en cierto modo secretas, que él eludió dándole las gracias por haber venido tan pronto. ¡Qué contento estaría Joachim! Sí, desgraciadamente había tenido que acostarse hasta nueva orden; era esto debido al alimento líquido que, naturalmente, no dejaba de ejercer influencia en el estado de sus fuerzas. Pero, en caso de necesidad había aún otros recursos, por ejemplo, la alimentación artificial. Ella misma se daría cuenta.

Y ella se dio cuenta, y de pie, a su lado, Hans Castorp se dio cuenta también. Hasta aquel instante, los cambios que se habían realizado, durante las últimas semanas, en Joachim, no habían sido para él tan manifiestos; los jóvenes no tienen siempre una mirada comprensiva para tales cosas. Pero ahora, al lado de la madre venida de lejos, le contemplaba, en cierto modo, con los mismos ojos de ella, como si no le hubiese visto desde hacía tiempo, y comprendió con toda claridad lo que la madre también comprendía, y lo que, sin duda alguna, Joachim sabía mejor que nadie, esto es, que era un moribundo.

Joachim mantenía la mano de la señora Ziemssen en la suya, una mano que estaba tan amarilla y mustia como su rostro, en el cual, a causa de la demacración general, las orejas —esa ligera contrariedad de sus años felices— se destacaban más sensiblemente que antes, dándole una fealdad chocante; pero, fuera de este defecto, su rostro aparecía virilmente embellecido a pesar de la marca del sufrimiento, gracias a la expresión de seriedad y de severidad, incluso de orgullo, que aparecía en él, a pesar de que sus labios, con el pequeño bigote negro, apareciesen también demasiado llenos en relación con las sombras de las mejillas hundidas. Dos surcos se habían abierto en la piel amarillenta de su frente, entre los ojos, que, aunque profundamente hundidos en las órbitas óseas, eran más bellos y más grandes que nunca, a los cuales Hans Castorp podía mirar sin sentir desazón, pues, desde que Joachim se hallaba en cama, toda turbación, toda inquietud y toda incertidumbre habían desaparecido, y

únicamente aquella luz percibida en otro tiempo era visible en sus profundidades serenas y oscuras. Es cierto que aparecía también aquella «amenaza».

No sonrió al estrechar la mano de su madre, al saludarla y darle la bienvenida. No había sonreído tampoco cuando ella había entrado, y esa inmovilidad de su rostro lo decía todo.

Luisa Ziemssen era una mujer animosa. No se dejó arrastrar por el dolor a la vista de su valeroso hijo. Estoica, conteniéndose con entereza y energía —como son los de su país, según ya dijimos—, asumió el cuidar a Joachim, aguijoneada, al verle, por una combatividad maternal y animada de esa fe que, si se podía todavía salvar algo, su fuerza y su vigilancia lo conseguirían. No fue ciertamente para su propia comodidad, sino que por respeto a las conveniencias, por lo que consintió, algunos días más tarde, en que se hiciese venir una enfermera al lado del enfermo. Era la hermana Berta, en realidad Alfreda Schidknecht, que apareció con su maleta de noche a la cabecera de Joachim; pero, ni durante el día ni durante la noche, la energía celosa de la señora Ziemssen le dejaron mucho que hacer, y la hermana Berta disponía de mucho tiempo para permanecer al acecho, en el corredor, con el cordón de sus antiparras detrás de la oreja.

La enfermera protestane era un alma prosaica. Sola en la habitación, con Hans Castorp y con el enfermo que no dormía nada, que se hallaba tendido de espaldas con los ojos entreabiertos, era capaz de decir:

—No, verdaderamente no me hubiese imaginado nunca que sería un día llamada a cuidar a uno de estos señores hasta su muerte.

Hans Castorp, espantado, le mostró los puños con una expresión salvaje, pero ella comprendió apenas lo que quería decirle, bien lejos, y con razón, del pensamiento de que convenía tener consideración a Joachim, y con un espíritu mucho más objetivo para suponer que alguien, y con mucha razón el principal interesado, pudiese hacerse ilusiones sobre el carácter y el final de este caso.

—Tome —decía ella, vertiendo agua de Colonia en el pañuelo y manteniéndolo bajo la nariz de Joachim—, dése usted todavía un poco de buena vida, señor teniente.

Y, en efecto, hubiese sido entonces poco razonable querer engañar al buen Joachim, a menos que no fuese para ejercer sobre él una influencia tonificante, como la señora Ziemssen intentaba hacer cuando hablaba en voz alta y emocionada de la curación de su hijo. Pues dos cosas estaban claras, y uno no podía equivocarse. Primera: que Joachim iba a la muerte con toda conciencia, y segunda: que lo hacía en paz consigo mismo y satisfecho de sí.

Sólo en la última semana, a fines de noviembre, cuando la debilidad del corazón se hizo sensible, se dejó llevar, durante horas enteras, por esperanzas consoladoras respecto a su estado. Hablaba entonces de su vuelta próxima al regimiento y de la parte que tomaría en las grandes maniobras que creía continuaban todavía.

Fue precisamente en este momento cuando el consejero Behrens renunció a dar esperanzas algunas a sus parientes y declaró que el fin no era más que cuestión de horas.

Es un fenómeno tan melancólico como fatal el de esa ilusión olvidadiza y crédula en la que caen incluso las almas viriles durante el período o proceso destructor que se aproxima a su fin; fenómeno impersonal, normal y más fuerte que toda conciencia individual, en la misma medida que la tentación de sueño que seduce al hombre que va a morir de frío, o que el error del extraviado que va girando en círculos sobre sus propios pasos.

Hans Castorp, a quien la pena y el desgarramiento de su corazón no impedían considerar este fenómeno con objetividad, hacía consideraciones torpemente expresadas, pero lúcidas, en sus conversaciones con Naphta y Settembrini, cuando les daba cuenta del estado de su pariente, e hizo caer sobre él la censura de este último cuando dijo que el concepto corriente según el cual la credulidad filosófica y la confianza en el bien eran un testimonio de salud, mientras que el pesimismo y la severidad respecto al mundo serían un signo de enfermedad, reposaba, con toda apariencia, sobre un error; si no fuese así, el estado final y desesperado no podía favorecer un optimismo inquietante, respecto al cual el humor sombrío que había precedido aparecía como una manifestación de la vida sana y vigorosa. A Dios gracias, pudo al mismo tiempo comunicar a sus compasivos amigos que Rhadamante dejaba subsistir una esperanza en el seno mismo de esta situación desesperada, profetizando, a pesar de la juventud de Joachim, un *exitus* dulce y sin sufrimiento.

—Un idílico asunto del corazón, querida señora —decía, estrechando la mano de Luisa Ziemssen entre sus dos enormes manos en forma de palas, y mirándola con sus ojos lacrimosos e inyectados de sangre—. Esto me produce un gran placer, me satisface extraordinariamente que eso vaya tomando un curso cordial, si puede decirse así y que no haya necesidad de esperar el edema de la lengua y otras viles cosas. De esta manera se evitará mucho jaleo. El corazón cede rápidamente, tanto mejor para él y tanto mejor para nosotros que podemos cumplir nuestro deber con la jeringa del alcanfor, sin mucho peligro de exponerle todavía a complicaciones prolongadas. Dormirá mucho al final y tendrá sueños agradables, eso es lo que creo poder prometerle, y si en último caso no consigue precisamente dormir, tendrá, a pesar de todo, una muerte corta y sin dolores, le será completamente indiferente, créame. En el fondo, pasa casi siempre así. Conozco la muerte, soy uno de sus viejos empleados; créame, se la sobreestima. Puedo decírselo: no es casi nada. Pues todo lo que de cosas desagradables, en ciertas circunstancias, *precede* a ese instante en cuestión, no puede ser considerado como formando parte de la muerte, es lo que hay de más vivo y puede conducir a la vida y a la curación. Pero de la muerte, nadie que volviese de ella podría decir que vale la pena, pues no se la vive. Salimos de las

tinieblas y entramos en las tinieblas. Entre esos dos instantes hay cosas vividas, pero nosotros no vivimos ni el principio ni el fin, ni el nacimiento ni la muerte; no tienen carácter subjetivo; como acontecimiento, no se hallan más que en el dominio de lo objetivo. Así pasa la cosa.

Tal era la manera de consolar del consejero. Esperamos que hiciese algún bien a la razonable señora Ziemssen.

Y sus seguridades se confirmaron, en efecto, bastante exactamente. Joachim, debilitado, durmió largas horas, durante sus últimos días; soñó también todo lo que le era agradable soñar, es decir, suponemos que vio en sueños el país llano y la vida militar, y cuando se despertaba y le preguntaban cómo se encontraba, contestaba siempre, aunque indistintamente, que se sentía bien y feliz, a pesar de que apenas tuviese pulso y no sintiese casi el pinchazo de la jeringa de inyecciones. Su cuerpo habíase vuelto insensible, le hubiesen podido quemar y pellizcar, sin que eso interesara para nada al buen Joachim.

A pesar de esto, desde la llegada de su madre se operaron grandes cambios en él. Como le resultaba muy penoso el afeitarse y había dejado de hacerlo desde hacía ocho o diez días, su rostro estaba ahora encuadrado en una especie de collar de barba negra, de una barba de guerrero, como la que los soldados se dejan crecer en campaña y que, según opinión de todos, le daban una belleza viril. Sí, Joachim, de joven se había convertido en hombre maduro a causa de esa barba, y sin duda no solamente a causa de ella. Vivía deprisa, como un mecanismo de reloj que se estropea, franqueaba al galope las edades que no le era concedido alcanzar en el tiempo, y durante las últimas veinticuatro horas se convirtió en un anciano. La debilidad de su corazón le producía una hinchazón en el rostro, lo que daba a Hans Castorp la impresión de que la muerte debía ser, por lo menos, un esfuerzo muy penoso, a pesar de que Joachim, gracias a los frecuentes eclipses de su conciencia, no parecía darse cuenta. Esta hinchazón alcanzaba principalmente a los labios, y a la sequedad o el enervamiento del interior de la boca contribuía visiblemente a que Joachim balbucease como un viejo, cosa que le irritaba. Si no hubiese tenido esa molestia, decía balbuceando, todo hubiera ido bien, pero eso constituía una fastidiosa contrariedad.

Lo que quería decir al manifestar «que todo hubiera ido bien» no estaba muy claro. La tendencia de su estado al equívoco aparecía de una manera impresionante. Más de una vez dijo cosas de doble sentido. Parecía saber y no saber, y declaró una vez, visiblemente sacudido por un escalofrío de agotamiento, moviendo la cabeza y con una cierta contrición, que «jamás se había sentido tan mal afinado».

Luego su actitud se hizo distante, severa, inabordable, incluso incivil; no se dejaba impresionar por ninguna ficción ni por ningún paliativo, ni contestaba; miraba ante él con un aire ausente. Sobre todo después que el joven pastor, que Luisa Ziemssen había hecho llamar y que, con gran sentimiento de Hans Castorp, no

llevaba alzacuello almidonado, sino sencillamente un pequeño cuello, hubo rezado con él, su actitud adquirió un empaque oficial y no expresó sus deseos más que bajo la forma de breves órdenes.

A las seis de la tarde manifestó una manía chocante. Con la mano derecha, cuya muñeca se hallaba más ceñida por un pequeño brazalete, se frotó repetidas veces la región de la cadera, elevando un poco la mano y luego arrastrándola hacia él, sobre la colcha, con un gesto de rascar, como si atrajese o recogiese algo.

A las siete murió, Alfreda Schidlknecht se encontraba en el comedor, y estaban únicamente presentes la madre y el primo. Joachim se había hundido en la cama y ordenó brevemente que le alzasen. Mientras que la señora Ziemssen enlazaba con su brazo la espalda de su hijo, obedeciendo esa orden, dijo éste con apresuramiento que inmediatamente debía redactar y enviar una solicitud de prolongación de su permiso, mientras decía eso, el «breve tránsito» se realizó, observado por Hans Castorp con recogimiento, a la luz de la lamparilla de la cabecera, velada con una pantalla roja. Los ojos giraron, la inconsciente tensión de sus facciones desapareció, la penosa hinchazón de los labios se desvaneció rápidamente, y el mudo rostro de nuestro Joachim recobró la belleza de una juventud viril.

Todo había terminado.

Luisa Ziemssen volvió la cabeza llorando, y fue Hans Castorp quien, con la yema del anular, cerró los párpados de aquel que ya no tenía respiración ni movimiento, y fue él quien unió suavemente sus manos sobre la colcha. Luego Hans Castorp lloró, dejó resbalar sobre sus mejillas las lágrimas que habían quemado al oficial de la marina inglesa, ese líquido claro que mana en todas partes del mundo tan abundante, tan amargamente y a toda hora, hasta el punto de que se ha dado al valle terrestre un nombre poético que recuerda ese producto alcalino y salado de las glándulas, que el trastorno nervioso de un dolor que nos traspasa tanto el dolor físico como el moral arranca a nuestro cuerpo. Sabía que ese líquido contenía, igualmente, un poco de mucina y de albúmina.

Llegó el consejero, avisado por la hermana Berta. Media hora antes había estado ya allí y había dado al moribundo una inyección de alcanfor; no estuvo ausente más que en el instante del «breve tránsito».

—Éste ya está listo —dijo simplemente, separando su estetoscopio del pecho silencioso de Joachim. Y estrechó las manos de los dos parientes, haciéndoles un signo con la cabeza. Luego permaneció todavía un instante con ellos, contemplando el rostro inmóvil del cadáver, encuadrado en una barba de guerrero.

—Gran loco, gran atrevido —dijo por encima del hombro, señalando con la cabeza al que ya reposaba—. Quiso forzar las cosas, ¿saben ustedes? Naturalmente, su servicio, allá abajo, no fue más que esfuerzos y violencia; cumplía su servicio sumido en la fiebre, ¡contra todo y a pesar de todo! El campo del honor, ¿comprenden

ustedes?, cogió la llave del campo del honor. Pero el honor ha sido la muerte para él, y la muerte, pueden ustedes pensar lo que quieran, la muerte dice seguramente ahora: «¡Tengo un gran honor!» ¡Gran loco, gran descabellado!

Y se marchó, alto y curvado, con su nuca saliente.

El traslado de Joachim a su ciudad natal era cosa decidida, y la casa del Berghof se ocupaba de todo lo que era necesario y de lo que parecía conveniente. La madre y el primo no tuvieron que preocuparse de nada.

Al día siguiente, enfundado en su camisón de seda, entre las flores esparcidas sobre el lecho, reposaba Joachim envuelto en una claridad mate y nivea. Se había embellecido aún más que inmediatamente después del tránsito. Todo rastro de esfuerzo había desaparecido de su rostro que, al enfriarse, había adquirido la forma silenciosa más pura. Sus cabellos negros y ligeramente rizados caían sobre una frente inmóvil y amarillenta, que parecía construida con una materia noble y delicada, entre cera y mármol, y en la barba, igualmente crespa, los labios se curvaban llenos y orgullosos. Un casco antiguo hubiese convenido a esa cabeza, como hicieron notar algunos visitantes que fueron a despedirse de él.

La señora Stoehr lloró con pesadumbre al ver en lo que se había convertido aquél que fue Joachim.

—¡Un héroe, un héroe! —exclamó repetidas veces, y propuso que era preciso tocar en sus funerales la sinfonía «erótica» de Beethoven.

—¡Cállese usted! —silbó Settembrini a su lado.

Se hallaba en la habitación al mismo tiempo que ella y estaba visiblemente emocionado. Con las dos manos señaló a Joachim a los presentes invitándoles a meditar. *Un giovanotto tanto simpático, tanto stimabile*! —exclamó repetidas veces.

Naphta no pudo abstenerse, conservando su actitud recogida y sin mirar al italiano, de decir con una voz baja y mordiente:

—Estoy satisfecho de ver que, además de tenerlo para la libertad y el progreso, tiene usted también sentido para las cosas serias.

Settembrini le dio la mano. Tal vez tenía conciencia de la superioridad de la posición de Naphta sobre la suya, superioridad provisional que era debida a los acontecimientos; tal vez era esa superioridad momentánea del adversario que le había tentado a equilibrar la vivacidad de sus sentimientos y le hizo guardar silencio cuando Leo Naphta, aprovechándose de las ventajas pasajeras de su posición, observó en tono cortante y sentencioso:

—El error de la literatura consiste en creer que únicamente el espíritu hace comportarse de un modo conveniente. Es, más bien, lo contrario. No hay comportamiento conveniente más que allí donde no hay espíritu.

«Vamos —pensó Hans Castorp—, ya tenemos un oráculo pítico. Si uno aprieta los labios después de haber formulado el oráculo, puede causar todavía cierta

momentánea impresión…»

Por la tarde llegó el ataúd de plomo. Un hombre que había llegado al mismo tiempo, dio a entender que su misión particular era la de colocar a Joachim dentro de aquel suntuoso recipiente decorado con anillas y cabezas de león. Era un pariente del empresario de pompas fúnebres, iba vestido de negro, llevaba una especie de levita corta y, en su mano plebeya, una alianza cuyo círculo amarillo se hallaba, en cierto modo, hendido en la carne y aparecía casi recubierto por ella. No estaba tentado a admitir que de su vestido de gala se desprendía un olor de cadáver, lo que no era más que un espejismo. Sin embargo, este hombre emitió la pretensión del especialista de que todo su trabajo debía realizarse tras la cortina y que no convenía exponer a las miradas de los sobrevivientes más que cuadros piadosos y edificantes, lo que despertó la desconfianza en Hans Castorp, que no atendió, en manera alguna, sus indicaciones. Suplicó a la señora Ziemssen que se retirase, pero no se dejó expulsar él por los cumplidos y permaneció allí. Cogió el cuerpo por debajo de la espalda y ayudó a llevarlo desde la cama al ataúd, a poner sobre la tela y sobre la almohada galoneada los despojos de Joachim, alto y solemne, entre los cirios que la casa Berghof había proporcionado.

Pero al día siguiente se produjo un fenómeno que decidió a Hans Castorp a separar y a despegarse interiormente de la forma, a abandonar decididamente el campo al profesional, al mezquino guardián de la piedad. En efecto, Joachim, cuya expresión había sido, hasta aquel momento, tan grave y tan leal, había comenzado a sonreír entre su barba de guerrero, y Hans Castorp no se disimulaba que esa sonrisa tenía una tendencia a degenerar, inspiraba al menos una prisa repentina. Y, Dios mío, se sintió feliz, cuando vinieron a buscarle, de que el ataúd fuese cerrado y atornillado. Venciendo sus hábitos de tiesura innata, Hans Castorp rozó delicadamente con los labios, en signo de adiós, la frente helada de su Joachim de otros tiempos y, a pesar de toda su desconfianza respecto al hombre negro, abandonó dócilmente la habitación con Luisa Ziemssen.

Dejemos correr la cortina por penúltima vez. Pero, mientras va bajando, vamos todavía, en espíritu, con Hans Castorp, que se ha quedado en la alta montaña, mirando a lo lejos, aguzando el oído, hacia un húmedo cementerio del país llano en donde una espada brilla y se abate, en el que las voces de mando resuenan y una triple descarga —tres saludos heroicos— crepita sobre la tumba de soldado de Joachim Ziemssen.

CAPÍTULO VII

Paseo por la arena

¿Puede narrarse el tiempo, el tiempo en sí mismo, como tal y en sí? No, eso sería en verdad una loca empresa. Una narración en la cual se diría:

«El tiempo pasaba, resbalaba, el tiempo seguía su curso» y así sucesivamente, y un hombre de espíritu sano no podría considerar esto como un relato. Sería, poco más o menos, como si se tuviese la chocante idea de sostener, durante una hora una sola y única nota, o un solo acorde, y se quisiese hacer pasar eso por música. La narración se parece a la música en que ella «realiza» el tiempo, lo «llena convenientemente», lo «divide» y hace de manera que «pase algo» —para citar, con la piedad melancólica que se concede a las palabras de los difuntos las expresiones familiares al difunto Joachim, palabras que resonaron hace ya mucho tiempo y no estamos seguros de que el lector se de claramente cuenta del tiempo a que se remontan.

El tiempo es el elemento de la narración, como es el elemento de la vida; se halla indisolublemente unido a los cuerpos en el espacio. El tiempo es también un elemento de la música, la cual mide y divide el tiempo, lo hace a la vez precioso y divertido, en lo que, como ya se ha dicho, se asemeja a la narración, que también (y de una manera distinta de la presencia, inmediata y resplandeciente de la obra plástica, que se halla unida al tiempo como cuerpo) no es más que una sucesión, es incapaz de presentarse de otro modo que bajo la forma de un desarrollo y tiene necesidad de recurrir al tiempo, incluso aunque intentase hallarse toda entera presente en un instante determinado.

Éstas son cosas evidentes. Pero no es menos claro que hay una diferencia entre la narración y la música. La duración musical no es más que un fragmento del tiempo humano y terrestre en el que se vierte para exaltarle y ennoblecerle indeciblemente. Por lo contrario, la nación comprende dos especies de tiempo. En primer lugar, su tiempo propio, la duración musical y efectiva que determina su desarrollo y su existencia; en segundo, el tiempo de su contenido, que se presenta con una perspectiva de aspecto tan diferente que el tiempo imaginario del relato puede, o bien coincidir casi completamente con su duración musical, o bien hallarse infinitamente alejado.

Un fragmento de música titulada «Vals de los cinco minutos», dura cinco minutos. Es en eso y en nada más en lo que consiste su relación con el tiempo. Pero una relación cuya acción durante cinco minutos podría, en cuanto al tiempo, extenderse en un período mil veces más largo, mientras los cinco minutos se hallasen replegados con una conciencia excepcional, y podría parecer muy corto a pesar de que por su duración imaginaria fuese muy largo.

Por otra parte, es muy posible que la duración de los acontecimientos relatados rebase, al infinito, la duración propia del relato que los presenta en extracto; decimos

«en extracto» para indicar un elemento ilusorio, o, para expresarnos de un modo completamente claro, un elemento mórbido que se manifiesta en el relato que se sirve de un hechizo hermético y de una perspectiva exagerada, recordando ciertos casos anormales de la experiencia real de toda evidencia orientados hacia lo sobrenatural. Se conocen diarios de fumadores de opio que, bajo el dominio del estupefaciente, durante el breve período del transporte han vivido sueños que se extienden sobre diez, treinta o sesenta años, y que incluso rebasan todos los límites posibles de una experiencia humana del tiempo; sueños, por consiguiente, cuya duración imaginaria rebasa su propia duración y en donde se produce un extracto increíble de la experiencia del tiempo, una aceleración de imágenes tal que puede creerse, como dice un comedor de *hachís*, que se ha sacado del cerebro embriagado «algo así como el resorte de un reloj roto».

Es un poco a la manera de esos sueños artificiales como la narración puede tratar el tiempo. Pero como puede «tratarle», está claro que el tiempo, que es elemento del relato, puede igualmente convertirse en su objeto. Tal vez será demasiado el afirmar que se puede «narrar el tiempo», pero no constituye, a pesar de todo, una empresa tan absurda como nos había parecido de pronto eso de querer evocar el tiempo en un relato, de manera que podría atribuirse un doble sentido, muy relacionado con el soñar, al calificativo de «novela del tiempo».

Hemos planteado la cuestión de saber si es posible narrar el tiempo, únicamente para confesar que ésa era precisamente nuestra intención en la historia en curso. Y si nos hemos preguntado, de paso, si los lectores reunidos en torno de nosotros se den todavía claramente cuenta del tiempo que ha transcurrido desde el momento en que el honrado Joachim —muerto después— hizo, en la conversación, aquella observación sobre la música y sobre el tiempo, lo que testimoniaba, por otra parte, una progresión de su ser hacia la alquimia, puesto que las observaciones de este género no responden en suma a su naturaleza, no nos hubiera en modo alguno contrariado el enterarnos de que el lector no veía muy claro sobre eso. No nos hubiera contrariado, incluso nos hubiera satisfecho, por la sencilla razón de que no tenemos ningún interés en que se participe de los sentimientos de nuestro héroe, pues el mismo Hans Castorp, desde hacía tiempo, no estaba muy seguro sobre este punto. Eso forma parte de su novela, de esa «novela de un tiempo», tanto si se le entiende en un sentido como en otro.

¿Cuánto tiempo había vivido Joachim con Hans Castorp hasta su partida? ¿Cuánto tiempo había vivido con él en todo y por todo? ¿Cuándo, ateniéndose al calendario, había tenido lugar su partida? ¿Cuánto tiempo había estado Joachim ausente? ¿Cuándo había vuelto? ¿Desde cuánto tiempo el mismo Hans Castorp permanecía aquí, hasta que Joachim volvió y luego salió del tiempo? ¿Cuánto tiempo, dejado de lado a Joachim, madame Chauchat había permanecido no presente? ¿Desde cuánto tiempo se hallaba de nuevo aquí, pues otra vez estaba en el sanatorio, y cuánto

tiempo terrestre Hans Castorp había vivido en el Berghof hasta que ella volvió?

A todas estas preguntas —suponiendo que se hubiesen formulado, lo que, por otra parte, nadie hizo, y lo que él mismo tampoco hizo, pues recelaba sin duda al planteárselas— Hans Castorp no hubiese podido contestar más que dándose golpecitos con las yemas de los dedos sobre su frente; no hubiera podido decir nada justo, fenómeno tan inquietante como cierta incapacidad para decir a Settembrini su propia edad, incapacidad que había sentido desde su llegada y que ahora se había agravado, pues decididamente no sabía ya nada respecto a la edad que podía tener.

Esto puede parecer extraño, pero está muy lejos de ser sorprendente ni increíble, pues, en determinadas condiciones, eso puede ocurrirle a cualquiera de nosotros. Si esas condiciones se realizasen, nada podría impedirnos el perder toda conciencia del curso del tiempo y, por consiguiente, de nuestra edad. Ese fenómeno es posible, puesto que no poseemos ningún órgano interior para percibir el tiempo, y por lo tanto somos incapaces, desde un punto de vista absoluto, de determinarlo por nosotros mismos y sin ayuda de referencias exteriores, ni siquiera aproximadamente.

Unos mineros soterrados, privados de toda posibilidad de observar la sucesión del día y de la noche, han valorado, cuando se ha conseguido salvarlos, en tres días el tiempo que habían pasado en la oscuridad, entre la esperanza y la desesperación. En realidad habían permanecido enterrados diez días. Se podría creer que, sumidos en su angustia, el tiempo debía parecerles largo, pero se había reducido a menos de la tercera parte de su duración objetiva. Parece, pues, que, en condiciones extraordinarias, la importancia humana tiende más bien a vivir el tiempo abreviadamente que a estimarlo de un modo demasiado largo.

Seguramente nadie duda de que Hans Castorp no hubiese experimentado, de haberlo querido, ninguna dificultad real en escapar, por medio del cálculo, a esa incertidumbre, lo mismo que el lector lo podría hacer si la confusión repugnase a su sano espíritu. En lo que se refiere a Hans Castorp, no se sentía muy satisfecho, pero no se preocupaba de hacer ningún esfuerzo para liberarse de aquella confusión ni para impedir la duración de su permanencia allí. Lo que se lo impedía era inquietud de su conciencia, a pesar de que no preocuparse del tiempo fuese la peor de las inconciencias.

No sabemos si hay que hacer valer, para su defensa, que las circunstancias favorecían su falta de buena voluntad, para no hablar de su mala voluntad. Cuando madame Chauchat se halló de vuelta (de un modo muy diferente de lo que había imaginado Hans Castorp, pero ya hablaremos de eso más adelante), el Adviento había pasado una vez más, y el día más corto, el principio del invierno, por consiguiente, astronómicamente hablando, estaba ya próximo. Pero, en realidad, si se despreciaban las divisiones teóricas y si no se tenía en cuenta más que la nieve y el frío, el invierno reinaba desde un tiempo incalculable; incluso ese invierno no había sido más que

pasajeramente interrumpido por ardientes días de verano, de un azul tan profundo que casi llegaba al negro, pues, en suma, caía nieve durante todos los meses de verano. Muchas veces Hans Castorp había hablado de esa confusión con el difunto Joachim, confusión que mezclaba las estaciones, las confundía, privaba al año de sus divisiones y le hacía aparecer breve con lentitud, o largo en su rapidez, de manera que, según una palabra que Joachim había pronunciado hacía ya mucho tiempo con repugnancia, ya no se podía hablar, en modo alguno, de la cuestión del tiempo.

Lo que, en realidad, estaba mezclado en esta gran confusión eran las impresiones o las conciencias sucesivas de un «todavía» o de un «ya de nuevo», y esa experiencia complicada constituía una verdadera hechicería por la cual Hans Castorp se había sentido seducido, en detrimento de su moral, desde el primer día que había pasado allí, a saber: durante esas cinco formidables comidas, en el comedor pintado con alegres colores, donde se había sentido poseído de un primer vértigo de ese genero relativamente inofensivo.

Desde entonces, esa ilusión de los sentidos y del espíritu había adquirido proporciones más amplias. El tiempo mismo, cuando la sensación subjetiva es débil o nula, tiene una realidad objetiva en la medida en que es activa y produce cambios. Se trata de una cuestión para pensadores originales —y sólo fue por presunción juvenil por lo que Hans Castorp se atrevió un día a planteársela— el saber si la lata de conservas hermética, colocada en el estante, se halla fuera del tiempo. Pero nosotros sabemos que el tiempo realiza su obra incluso sobre el que duerme. Un médico certifica el caso de una jovencita de doce años que se durmió un día, permaneció dormida durante trece años y se despertó hecha una mujer, pues se había desarrollado durante el intervalo. ¿Cómo podría ser de otra manera? El muerto está muerto y ha pasado de la vida a la eternidad; tiene mucho tiempo, es decir, no tiene absolutamente nada de tiempo, personalmente hablando. Eso no impide que sus uñas y sus cabellos sigan creciendo y que, en suma… Pero no queremos recordar la expresión de que Joachim se sirvió un día sobre ese asunto, y la cual Hans Castorp, como hombre del país llano, tomó en serio. Sus cabellos y sus uñas crecían también y crecían deprisa, pues con frecuencia se hallaba instalado en uno de los sillones de la barbería de la calle principal de Dorf, y se hacía recortar el cabello porque había crecido demasiado en torno de sus orejas. En suma, cuando se encontraba sentado allí, y charlaba con el barbero que hacía su obra después que el tiempo había realizado la suya —o también cuando se hallaba de pie junto a la puerta del balcón y cortaba sus uñas con unas tijeritas y limas sacadas de un bonito estuche de terciopelo—, se sentía presa, de pronto, de una especie de espanto en el que se mezclaba un singular placer; de cierto vértigo que mezclaba el aturdimiento con la confusión y la ilusión, con una impotencia para distinguir el «todavía» y el «de nuevo», cuya mezcla y coincidencia producían el «siempre» y el «para siempre» situados fuera del tiempo.

Hemos afirmado, con frecuencia, que no queríamos hacerle mejor, pero tampoco peor de lo que era, y no vamos, por tanto, a silenciar que a menudo se esforzaba en compensar su amable complacencia respecto a ciertas tentaciones místicas, provocadas incluso consciente e intencionalmente, por medio de esfuerzos en sentido contrario. Podía permanecer sentado, con su reloj en la mano, su reloj de oro, plano y liso, cuya tapa de monograma grabado había levantado, y mirar el cuadrante de porcelana ornado con dos hileras de cifras árabes en negro y rojo, sobre el cual las dos agujas de oro, finamente cinceladas, se separaban una de la otra, y donde la sutil aguja de los segundos daba la vuelta con un tictac presuroso, en su pequeña esfera particular. La pequeña aguja seguía su camino a saltitos, sin ocuparse de las cifras que iba alcanzando; las tocaba, las rebasaba, se acercaba y las alcanzaba de nuevo. Era insensible a todo objetivo, a las divisiones y a los jalones. Debería haberse detenido un instante en el 60, o al menos señalar de alguna manera que algo acababa de tener fin. Pero, en la manera con que se apresuraba a franquear esa cifra lo mismo que cualquier otro trazo no cifrado, se comprendía que todas las cifras y las subdivisiones se hallaban escritas porque sí y que ella no hacía más que marchar y marchar… Hans Castorp volvía, pues, a meterse el reloj en el bolsillo y abandonaba el tiempo a su propia suerte.

¿Cómo hacer sensibles a los honrados espíritus del país llano esas transformaciones que se operaban en la economía íntima del joven aventurero? La escala de esas identidades vertiginosas iba creciendo. Si con un poco de complacencia no era fácil separar el presente del ayer, del anteayer o del anteanteayer, que se parecía al día presente como un huevo a otro, era natural sentirse tentado y más que capaz de confundir el presente actual con el presente de un mes o de un año pasados, y de dejar perderse los unos y los otros en el «siempre». Pero como se tenía conciencia distinta del «todavía», y del «aún», y del «futuro», uno podía sentirse tentado a ampliar el sentido de los términos relativos del «ayer» y del «mañana», por los cuales el «hoy» se afirma y separa el pasado del porvenir, e impulsado a aplicar a esas palabras a períodos más largos de tiempo.

No sería difícil concebir seres que habitasen, por ejemplo, en planetas más pequeños que el nuestro, que administrasen un tiempo en miniatura y para cuya vida «breve» los saltitos de nuestra aguja de los segundos constituyesen la lentitud acompasada de la hora que avanza. Pero se podría igualmente representar seres a cuyo espacio se hallase ligado un tiempo de una extensión formidable, de manera que los conceptos de «instante» o de «falta poco», de «ayer» y de «mañana» adquiriesen, en su existencia, una importancia infinitamente amplia. Eso sería, no solamente posible sino que desde el punto de vista de un relativismo tolerante y según el proverbio «A cada país sus costumbres», sería legítimo, normal y respetable. Pero ¿qué pensar de un hijo de la tierra y, además, de una edad para la cual un día, una

semana completa, un mes, un semestre debían todavía desempeñar un papel importante y aportar a la vida muchos cambios y progresos, que pensar de un hijo de la tierra que un día adquiriese la costumbre viciosa, o cediese al menos, de tiempo en tiempo, al placer de decir «ayer» y «mañana» en lugar de decir «hace un año» o «el año próximo»? No es dudoso que, en ese caso, se podría hablar de «extravío» y «confusión», y que la más viva inquietud estaría justificada.

Hay en la tierra un concurso de circunstancias, de ambientes o de paisajes (si se puede hablar de «paisaje» en el caso que nos ocupa) en los cuales una tal confusión y un tal desleimiento de las distancias en el tiempo y en el espacio se producen, en cierto modo naturalmente y a justo título, progresando hasta una indiferencia vertiginosa, de manera que una zambullida en esa magia prodigiosa puede ser admitida, al menos durante las horas de vacaciones. Nos referimos a un paseo a la orilla del mar, un estado del cual Hans Castorp se acordaba con la más viva simpatía, como lo que encontraba de nuevo en la vida sobre la nieve: el recuerdo de las dunas de su país. Esperamos que la experiencia y los recuerdos del lector nos servirán para hacernos comprender cuando evocamos esa maravillosa soledad. Se anda y se anda… Jamás se regresará a tiempo de semejante paseo, pues se ha perdido el tiempo y el tiempo nos ha perdido.

¡Oh, mar! Nos hallamos sentados lejos de ti y en íntimo contacto, dirigimos hacia ti nuestros pensamientos, nuestro amor, al invocarte momentáneamente en voz alta. Tú debes estar presente en nuestro relato, como lo has estado siempre y como lo estarás siempre en secreto. ¡Desierto sibilino, gris pálido, lleno de humedad amarga, cuyo gusto salino perdura en nuestros labios! Marchamos sobre un suelo ligeramente clásico, sembrado de algas y de pequeñas conchas, los oídos envueltos por el viento, ese gran viento amplio y dulce que recorre el espacio libremente, sin freno ni malicia, y que aturde dulcemente nuestro cerebro; marchamos, marchamos y vemos las lenguas de espuma del mar, que empuja hacia adelante y ronca, que retrocede de nuevo y que se extiende para lamer nuestros pies. La resaca hierve, ola tras ola va a chocar con un sonido claro y ensoberbecido, rumorea como una seda sobre la arena, y ese rumor confuso lo llena todo, bordonea dulcemente, cierra nuestros oídos a toda otra voz del mundo. Uno se basta a sí mismo, olvida conscientemente… ¡Cerremos los ojos a su abrigo, por la eternidad! Pero no, ved allá lejos, en la extensión gris verde, en la espuma que se pierde hasta el horizonte, una vela. ¿Allá lejos? ¿Qué «allá lejos» es ése? ¿A qué distancia? ¿Próxima o lejana? No se sabe. No se sabe qué vértigo turba nuestro juicio. Para decir qué distancia separa ese buque de la orilla sería preciso saber cuál es su tamaño. ¿Pequeño y próximo o grande y lejano? Nuestra mirada es incierta, pues no tenemos órganos ni sentido que nos informe sobre el espacio… Andamos, andamos. ¿Desde cuándo? ¿Desde cuánto tiempo? ¿Hasta dónde? ¿Qué sabemos? Nada cambia a nuestro paso; «allá lejos» es igual que «aquí»,

«ahora» es semejante a «después», el tiempo se anega en la monotonía infinita del espacio, el movimiento de un punto al otro ya no es movimiento, no hay tiempo.

Los doctores de la Edad Media pretendían que el tiempo era una ilusión, y que su transcurso, que hace suceder el efecto a la causa, no era debido más que a la naturaleza de nuestros sentidos, y que el verdadero estado de las cosas era un presente inmutable. ¿Se había paseado a la orilla del mar ese doctor que fue el primero en concebir ese pensamiento, paladeando en su boca la suave espuma de la eternidad?

Sea lo que sea, repetimos que es una excepcional escuela esa de que hablamos aquí, que penetra la moral de un hombre tan deprisa como el descanso de la arena caliente de la salud al cuerpo. Ejercer la crítica sobre los medios y las formas del conocimiento humano, poner en duda su validez, constituiría una posición absurda, despreciable y odiosa, si otro sentido no se hallase unido a tal actitud además del deseo de asignar a la razón límites que no puede franquear sin hacerse culpable de abandonar sus funciones.

No podemos menos de expresar nuestro agradecimiento a un hombre como el señor Settembrini por haber explicado al joven cuyo destino nos preocupa, a haberle interpelado en cierta ocasión como a un «hijo mimado de la vida», por haber explicado a ese Hans Castorp, decimos —y lo decimos con una energía completamente pedagógica—, la metafísica como el «mal», y honramos la memoria de un muerto que nos es querido al decir que el sentido, el fin y el objetivo del principio crítico no puede ni debe ser más que una sola cosa: la idea del deber y el deber de vivir.

Más aún. Si la cordura ha marcado, por medio de la crítica, límites a la razón, también ha clavado en su misma frontera la bandera de la vida, y ha proclamado que es deber militar del hombre el hacer ejercicio bajo esa bandera.

¿Habrá que excusar al joven Hans Castorp y admitir que había sido confirmado en su administración viciosa del tiempo y en su juego peligroso con la eternidad por el hecho de que cierto hablador melancólico había considerado que el «exceso de celo» de su primo, el militar, había acarreado un *exitus letalis*?

Mynheer Peeperkorn

Mynheer Peeperkorn, holandés de alguna edad, se hallaba, desde hacía algún tiempo, hospedado en el Berghof, que con todo fundamento consignaba en sus anuncios el epíteto de «internacional».

La nacionalidad ligeramente coloreada de Peeperkorn —era un holandés colonial, un habitante de Java, un cultivador de café— no nos decidía a introducirle en la narración. Pieter Peeperkorn (así se llamaba a sí mismo, por ejemplo, cuando decía: «Ahora Pieter Peeperkorn va a deleitarse con un dedito de aguardiente») no sería por sí mismo suficiente para decidirnos a introducirle a última hora en nuestra historia, pues, Dios mío, ¡cuánta variedad de colores y de matices había en la sociedad de esa excelente institución de la cual el consejero Behrens tenía la dirección medica con su facundia políglota! Recientemente una princesa egipcia había permanecido aquí —la misma que había ofrecido en otro tiempo al consejero un notable servicio de café y cigarrillos con una Esfinge—; era un personaje sensacional, de dedos ornados con sortijas y amarillos de nicotina, de cabellos cortados, y que, a excepción de las principales comidas, a las que asistía con traje de París, se paseaba vestida de hombre. Esa señora se preocupaba, por otra parte, muy poco del mundo masculino y no manifestaba más que una complacencia, a la vez perezosa y violenta, hacia una judía rumana que se llamaba la señora Landauer, a pesar de que el procurador Paravant abandonaba las matemáticas por amor a su alteza y, en su ardor amoroso, estaba a punto de convertirse en un bufón. No hubiera sido, por lo tanto, suficiente la presencia personal de Peeperkorn, a pesar de encontrarse en su séquito un eunuco negro, un hombre débil y doliente que, no obstante su defecto fundamental, del que Carolina Stoehr se burlaba con gusto, parecía amar la vida mucho más que nadie y se mostraba desconsolado de la imagen que ofrecía la placa de su interior cuando se hubo radiografiado su cuerpo.

Comparado con tales figuras Mynheer Peeperkorn podía parecer casi incoloro. Y aunque este fragmento de nuestro relato podía llevar, como otro de los anteriores, el título de «Todavía Alguien», no hay ninguna razón para temer que un nuevo factor de confusión espiritual y pedagógica entre aquí en escena. No, Mynheer Peeperkorn no era hombre para introducir en el mundo ningún disturbio intelectual. Era una cosa completamente distinta, como vamos a ver. Que su persona causase, sin embargo, en nuestro héroe un estado de turbación extrema es cosa que se comprenderá cuando se lea la continuación.

Mynheer Peeperkorn llegó a la estación de Dorf en el mismo tren de la noche en que llegó madame Chauchat, y en el mismo trineo que ella se dirigió al Berghof, donde comió en el restaurante en su compañía. No se trataba solamente de una llegada simultánea, sino de una llegada en común, y esta comunidad se afirmaba, por

ejemplo, con el hecho de que Mynheer fue a ocupar un lugar en la mesa de los rusos distinguidos, al lado de la joven señora y delante del sitio del doctor, en el lugar en que el profesor Popof se había entregado, en otro tiempo, a manifestaciones equívocas. Esta comunidad turbó justamente a Hans Castorp, que no había previsto nada de esto.

El consejero le había anunciado, a su manera, el día y la hora del regreso de Clawdia.

—Vamos, Castorp, veterano —le había dicho—. La paciencia y la fidelidad serán recompensadas. Pasado mañana la gatita se colará de nuevo entre nosotros. Me lo anuncia por telegrama.

Pero no había dejado entender nada de que madame Chauchat no iba a venir sola, tal vez porque él mismo no había sabido que ella y Peeperkorn iban a llegar juntos y formaban una pareja. Al menos fingió sorpresa cuando, el día de esa llegada, Hans Castorp le hizo algunas preguntas pidiéndole cuentas.

—¡No podría decir cómo ha conseguido pescar a ese tipo! —declaró—. Supongo que se trata de una amistad de viaje por los Pirineos. Será necesario que se conforme usted, pequeño Celadón, no hay nada que hacer. ¡Inseparables! Parece que tienen la bolsa en común. El hombre es inmensamente rico, según lo que he oído decir. Rey del café, retirado. Un criado malayo y un tren de vida magnífico. Por otra parte, no ha venido para divertirse, pues además de una poliblemia de origen alcohólico, parece que nos hallamos en presencia de una fiebre contraída en los trópicos, de una fiebre intermitente, ¿sabe usted? Eso se alarga terriblemente. Es necesario que lo tome usted con paciencia.

—Perdone, mil perdones —dijo Hans Castorp en voz alta, y luego pensó para sí: «¿Y tú, cómo te encuentras? No te sientes completamente desinteresado cuando piensas en otros tiempos y si todos los signos no son engañosos, viudo de mejillas azules, con tu pintura al óleo tan realista. Parece que te estás burlando de mí y, sin embargo, somos compañeros de infortunio, en cierto modo, con relación a Peeperkorn.»

—Decididamente se trataba de un curioso tipo, de una fisonomía original —dijo con un gesto señalando al personaje—. Vigoroso y enfermizo, tal es la impresión que produce; tal es al menos la impresión que me ha producido al verlo a la hora del desayuno. Vigoroso y al mismo tiempo enfermizo; me parece que son necesarios estos adjetivos para definirle, a pesar de que sean contradictorios. Es, además, grande y ancho, y se cuadra con frecuencia con las manos metidas en los bolsillos del pantalón, pues los bolsillos están cortados verticalmente, según he podido observar, y no lateralmente, como los míos y los de usted y, de un modo general, como los de las clases superiores de la sociedad. Cuando se halla cuadrado, de pie, y habla, a la manera holandesa, con la lengua pegada al paladar, tiene indudablemente un aspecto

muy vigoroso. Pero su barba es rala, es larga y rala, hasta el punto de que uno cree posible contar los pelos, y sus ojos son pequeños y pálidos, casi incoloros, e intenta en vano entornarlos, lo que le ha producido las arrugas de la frente, tan marcadas, que ascienden a lo largo de sus sienes y luego le atraviesan horizontalmente la frente, su alta frente roja, ¿sabe?, en torno de la cual sus cabellos blancos son largos, pero también escasos, y cuyos ojos son, a pesar de todo, pequeños y pálidos y en vano quiere entornarlos… Y su chaleco, tan subido, le da un aspecto eclesiástico, a pesar de que la levita sea de cuadros. Tal es la impresión que me ha producido esta mañana.

—Ya veo que le ha tomado usted como punto de mira —respondió el consejero Behrens— y que ha observado detenidamente a nuestro hombre en todas sus particularidades, lo que me parece razonable, ya que será preciso que usted se vaya acostumbrando a su existencia.

—Sí, eso es lo que haremos sin duda —dijo Hans Castorp.

Le hemos encomendado el trabajo de trazar una imagen aproximada de este nuevo pensionista tan inesperado, y lo ha hecho bastante bien. Es incluso muy probable que nosotros no lo hubiésemos hecho mejor. Es verdad que su lugar de observación era muy favorable. Sabemos que, durante la ausencia de Clawdia, se había sentado muy cerca de la mesa de los rusos distinguidos, y como su mesa era paralela a ésa —con la diferencia de que la otra se hallaba un poco más cerca de la galería— y Hans Castorp, lo mismo que Peeperkorn, ocupaba el extremo derecho situado hacia el interior de la sala, se encontraban, en cierta manera, colocados el uno al lado del otro, Hans Castorp un poco hacia la espalda del holandés, lo que facilitaba la discreta inspección, mientras veía las tres cuartas partes de madame Chauchat.

Convendría, sin embargo, completar su inteligente esbozo añadiendo que el labio superior de Peeperkorn estaba afeitado, que su nariz era grande y carnosa, que su boca era igualmente grande y que tenía los labios irregulares y como desgarrados. Además, sus manos eran bastante anchas, provistas de puntiagudas uñas, y al hablar se servía de ellas —hablaba sin cesar, sin que Hans Castorp pudiese comprender claramente sus palabras—, haciendo gestos que mantenían la atención en suspenso, gestos delicadamente matizados, refinados, precisos y civilizados como un director de orquesta; curvaba el índice para formar un círculo con el pulgar, o, con la mano plana, protectora, tranquilizadora, reclamaba la atención, para decepcionar inmediatamente con lo ininteligible de las palabras que tan poderosamente había preparado, esa atención sonriente que había obtenido y, si no decepcionarla, al menos cambiarla en una sorpresa regocijada. Pues la fuerza, la delicadeza y la importancia significativa de aquella preparación compensaba largamente las palabras que faltaban. Esa gesticulación satisfacía por sí misma, divertía, incluso arrebataba a los oyentes. Algunas veces ni siquiera llegaba a pronunciar las palabras, ponía suavemente la mano sobre el antebrazo de su vecino de la izquierda, un joven sabio

búlgaro, o sobre el de madame Chauchat, a su derecha; elevaba luego inmediatamente aquella mano, de un modo oblicuo, reclamando el silencio y la atención para lo que iba a decir y, con las cejas fruncidas, de manera que las arrugas formaban un ángulo recto entre su frente y los extremos superiores de sus ojos, contemplaba el mantel, mientras sus grandes labios desgarrados parecían estar a punto de formular cosas de la más alta importancia. Pero, al cabo de un instante, soplaba, renunciaba a hablar y, con un signo, parecía ordenar «descanso» sin haber dicho nada, y tomaba un sorbo de café que se hacía hervir, excepcionalmente fuerte, en su propia cafetera.

Cuando había bebido, procedía del siguiente modo: con un gesto de la mano cortaba la conversación, obtenía el silencio, como el director de orquesta hace que se desvanezca el desorden de los instrumentos que los músicos están afinando y reúne a todas las gentes por medio de un gesto imperioso y refinado antes de atacar la obertura. Su cabezota aureolada de mechones blancos, con los ojos pálidos, las formidables arrugas de su frente, su larga barba y su boca dolorosa, producía evidentemente un efecto tal que todo el mundo se sometía a su gesto. Todos callaban, le miraban sonriendo, esperaban y algunos le hacían signos alentadores con la cabeza. Él decía, entonces, en voz baja:

—Señores y señoras… Bien. Todo va bien… ¡Archivado! Tengan ustedes, sin embargo, a bien considerar y no perder de vista un solo momento que… Pero sobre este asunto, ¡chitón…! Lo que me incumbe manifestar es, al menos, eso: ante todo y en primer lugar que tenemos el deber, que lo más inviolable… lo repito y recalco esta expresión… que la existencia más inviolable que aquí se plantea… No, no, señoras y señores, ¡no es así! No es así… que error sería por parte de ustedes, pensar que yo… ¡Archivado, señoras y señores! Perfectamente clasificado. ¡Se que estamos de acuerdo sobre eso; por lo tanto, a los hechos!

Y no había dicho nada. Pero su cabeza aparecía tan expresiva, el juego de su fisonomía y de sus gestos era tan resuelto, tan insistente y tan decisivo, que todos, incluso Hans Castorp, que le escuchaba, creían haber oído cosas infinitamente importantes, dándose al mismo tiempo cuenta de que no les había dicho nada, pero sin experimentar la sensación de aquella vacuidad. Cabe preguntarse cuál hubiera sido la impresión de un sordo. Tal vez se habría desolado, por juzgar equivocadamente el tono del discurso por la expresión del orador, y se habría imaginado que su enfermedad le hacía perder un precioso bien. Tales gentes están inclinadas a la desconfianza y a la amargura. En cambio un joven chino que se hallaba sentado al otro extremo de la mesa, que comprendía muy poco el alemán y no había podido entender nada, pero que había visto, dio muestras de una alegre satisfacción, exclamando: «*Very well*», y llegó incluso a aplaudir.

Y Mynheer Peeperkorn llegó al «hecho». Se irguió, dilató su ancho pecho,

abrochó su levita a cuadros sobre el chaleco cerrado, y su blanca cabeza cobró entonces un aspecto regio. Hizo seña a una criada —era la enana— y ésta, a pesar de que estaba ocupada, obedeció inmediatamente a su gesto autoritario y se presentó, con el jarro de la leche y la cafetera en la mano, delante de su silla. Ella no dejó tampoco de hacer un gesto de animación, sonriendo con su envejecido rostro, sugestionada por la mirada pálida bajo las formidables arrugas, y por su mano levantada, cuyo índice se unía con el pulgar formando círculo, mientras que los otros tres dedos se ponían tiesos, dominados por las lanzas puntiguadas de las uñas.

—Hija mía —dijo—. ¡Perfectamente! Todo es perfecto hasta ahora. Usted es pequeña. ¿Qué importa eso? ¡Por el contrario! Hay una ventaja. Doy gracias a Dios de que usted sea como es, y gracias a su pequeña estatura tan característica. ¡Dejemos eso! Lo que deseo de usted es igualmente muy pequeño, pequeño y característico. Ante todo, ¿cómo se llama usted?

Ella murmuró, sonriendo, su nombre: Emerenciana.

—¡Perfecto! —exclamó Peeperkorn apoyándose contra el respaldo de la silla y alargando los brazos hacia la enana. Había hablado con un acento que parecía querer decir: «¿Qué le hemos de hacer?»—. ¡Todo va perfectamente bien! —Luego añadió muy seriamente y casi con severidad—: ¡Hija mía, eso rebasa todas mis esperanzas! ¡Emerenciana! Usted lo pronuncia con modestia, pero ese nombre unido a su persona… En una palabra, eso abre las más bellas perspectivas. Vale la pena detenerse y prender el corazón… En su forma diminuta, ya me comprende usted, hija mía, en su forma acariciadora, se podría decir Rencia, Emmy, igualmente sería animador; por el momento, sin duda, me atengo a Emmy, hija mía, escucha bien; un poco de pan, querida. ¡Alto! ¡Alto! ¡Qué ninguna mala inteligencia se insinúe entre nosotros! Veo en su rostro, relativamente grande, que ese peligro… Pan, Emerencianita, pero no pan amasado, de éste ya tenemos aquí en gran cantidad y bajo toda clase de formas. Distingamos, ángel mío. Pan del buen Dios, pan transparente, mi pequeña forma acariciadora, y eso tiene como efecto deleitarnos. No estoy muy seguro de que el sentido de esta palabra… Propondría sustituirla por «animar nuestro corazón», si no corriésemos de nuevo el peligro de que se le dé un sentido frivolo… ¡Archivado! Rencia, ¡archivado y liquidado! Es más bien el sentido del deber y de una obligación sagrada. El deber, por ejemplo, de dicha moral que me incumbe testimoniar a la pequeña característica… Ginebra, querida. Para deleitarme quería decir… Shiedam, mi querida Emerenciana. ¡Date prisa y tráemelo!

—Una ginebra de marca —repitió la enana, que dio una vuelta sobre sí misma con la intención de desembarazarse de la cafetera y del jarro, cosas que colocó sobre la mesa de Hans Castorp, al lado de su cubierto, porque no quería molestar al señor Peeperkorn. Se marchó luego a toda prisa y el encargo fue rápidamente cumplido. El vaso estaba tan lleno que el «pan» se vertía por todas partes y mojaba la bandeja.

Peeperkorn tomó el vaso entre el índice y el medio y lo elevó.

—De esta manera —declaró— Pieter Peeperkorn se deleita con un dedo de aguardiente. —Y se tragó el trago destilado, después de haberse enjuagado un poco con él. Luego añadió—: Ahora os contemplo a todos con ojos confortados.

Y cogiendo la mano de madame Chauchat la llevó a sus labios; luego la dejó sobre el mantel, manteniendo un momento una de sus manos sobre la de la dama.

Un hombre singular, una personalidad importante, pero muy difícil de penetrar. La sociedad del Berghof se interesaba vivamente por él. Se decía que acababa de retirarse del comercio de coloniales y que había reunido una enorme fortuna. La señora Stoehr le llamaba un «magnético del dinero» —«magnate», quería decir— y hacía alusiones a un collar de perlas que madame Chauchat llevaba desde que había regresado y que, según opinión de Carolina, podía difícilmente ser considerado como un testimonio de la galantería de su esposo de la Transcaucasia, y procedía seguramente de la «bolsa de viaje común». Al mismo tiempo guiñaba los ojos señalando, con un movimiento de cabeza, a Hans Castorp y haciendo una mueca cómica, pues ni la enfermedad ni los sufrimientos habían conseguido afinarla.

Él conservó todo su empaque y rectificó incluso seriamente el lapsus de la señora Stoehr. Sin embargo, manifestó, la expresión «magnético» no estaba mal elegida, pues seguramente Peeperkorn poseía una especie de poder atractivo. Contestó igualmente con una indiferencia bastante bien fingida a la señorita Engelhart, la institutriz, cuando, un poco ruborizada y sonriendo sin mirarle, le preguntó si el nuevo pensionista le gustaba.

Mynheer Peeperkorn era una personalidad borrosa, una personalidad sin duda, pero borrosa. La exactitud de esta apreciación testimoniaba su objetividad y, por consiguiente, su tranquilidad. Esa manifestación hizo perder toda la ventaja a la institutriz. Respecto a Fernando Wehsal y a su alusión a las circunstancias inesperadas en que había vuelto madame Chauchat, Hans Castorp le demostró que hay miradas cuya significación sin equívoco no cede en nada a las palabras más netamente articuladas. «¡Lamentable personaje!», dijo aquella mirada al natural de Mannheim, sin que fuese posible interpretarla de otro modo, y Wehsal reconoció esa mirada, y aprobó con la cabeza enseñando sus dientes cariados; pero a partir de este incidente, renunció a llevar, durante los paseos con Naphta, Settembrini y Ferge, el abrigo de Hans Castorp.

¡Dios mío! Hans Castorp podía llevarlo él mismo, prefería incluso que fuese así, pues no era más que por amabilidad por lo que algunas veces lo había abandonado a ese pobre diablo. Pero nadie de nosotros debe equivocarse; en realidad, Hans Castorp se había sentido duramente herido por aquellos acontecimientos tan imprevistos que deshacían todos sus preparativos íntimos para el momento en que iba a volver a ver el objeto de su aventura de Carnaval. Más exactamente, hacía esos preparativos inútiles,

y esto era para él lo más humillante.

Las intenciones de Hans Castorp habían sido muy delicadas y muy sensatas y se encontraba muy lejos de dejarse llevar por un torpe apresuramiento. No había pensado, por ejemplo, en ir a esperar a Clawdia a la estación, y había sido una felicidad que hubiese rechazado este pensamiento. Pero la cuestión se había planteado de un modo general, se trataba de saber si una mujer a quien la enfermedad concede una libertad tan amplia, creería en la realidad de los acontecimientos fantásticos de una lejana noche de ensueños, de mascarada y de conversación en lengua extranjera, y si deseaba que se lo recordasen. ¡No, nada de indiscreciones, nada de torpezas!

Incluso admitiendo que sus relaciones con la enferma de los ojos oblicuos hubiesen rebasado los límites de la razón y de la civilización occidental, no convenía por eso dejar de observar las reglas de la civilización más completa y, por el momento, fingir hasta el olvido. Un saludo de hombre de mundo, de una mesa a otra, para comenzar, ¡y nada más!

Más tarde, cuando la ocasión se presentase, una visita de sociedad, para informarse, con un tono ligero, sobre la salud de la enferma; luego, otro día… Y se encontraría verdaderamente en la hora propicia, y eso sería como una recompensa concedida a aquel dominio de sí mismo, tan caballeresco.

Pero, como ya se ha dicho, esa delicadeza aparecía como nula y caduca, partiendo de que había desaparecido todo su carácter voluntario y, por lo tanto, todo su mérito. La presencia de Mynheer Peeperkorn excluía completamente toda posibilidad táctica de salir de una extremada reserva.

En la noche de la llegada, Hans Castorp había visto desde su balcón el trineo que iba subiendo al paso por la carretera, y en ese trineo, en cuyo pescante se hallaba acurrucado el criado malayo, un hombrecito amarillo con cuello de pieles en el abrigo y sombrero hongo, iba también el extranjero con el sombrero puesto, y al lado de él estaba Clawdia. Aquella noche Hans Castorp durmió muy poco. Por la mañana no le costó mucho trabajo saber el nombre de aquel desconcertante compañero y, además, la noticia de que los dos habían ocupado, en el primer piso, unas lujosas habitaciones contiguas. Luego había venido el primer desayuno y, desde su sitio, muy pálido, había esperado que las puertas vidrieras se cerrasen con estrépito. Pero el portazo no se produjo. La entrada de Clawdia había sido silenciosa, y detrás de ella Mynheer Peeperkorn había cerrado la puerta.

Alto, ancho de hombros, la frente despejada, su poderosa cabeza rodeada de las llamas blancas de su cabellera, había seguido a su compañera de viaje que, según su costumbre felina, avanzaba la cabeza y se dirigía a la mesa.

¡Ella no había cambiado! Contrariamente a su propósito y olvidándolo todo, Hans Castorp la envolvió en una mirada que revelaba el insomnio. Era su cabellera de un

rubio rojizo, sin rizar, arrollada en sencilla trenza en torno a la cabeza, eran sus «ojos de lobo de las estepas», la curva de su nuca, sus labios, que parecían más llenos que antes a consecuencia de los pómulos salientes que determinaban una flexión graciosa de las mejillas.

¡Clawdia!, pensó temblando, y miró al compañero inesperado, no sin echar la cabeza hacia atrás, signo de reto burlón ante la grandiosa apariencia de aquella máscara, no sin esforzarse con todo su corazón en burlarse de la seguridad del propietario actual que cierto pasado hacía dudoso. O, más bien, un pasado cierto, menos vago que los cuadros pintados por un aficionado que había conseguido también inquietarle…

Madame Chauchat había conservado también su manera de obrar, sonriendo, de cara a la sala, antes de sentarse, de presentarse en cierto modo a la compañía, y Peeperkorn la secundaba dejando que se realizase la pequeña ceremonia, de pie detrás de ella, para sentarse luego al extremo de la mesa, al lado de Clawdia.

No había habido nada de saludo de hombre de sociedad, de una mesa a otra. Cuando la «presentación», los ojos de Clawdia habían resbalado sobre la persona de Hans Castorp como sobre todas las demás, para perderse luego en el fondo de la sala. Cuando el encuentro siguiente en el comedor, la cosa había pasado de la misma manera. Y luego cada comida pasaba sin que sus ojos se hubiese encontrado más que con una indiferencia ciega y distraída por parte de madame Chauchat, y eso le hacía imposible colocar su saludo de hombre de mundo.

Durante la breve reunión de la noche, los compañeros de viaje se mantuvieron en el saloncito; estaban sentados uno al lado del otro en el sofá, teniendo en torno a sus vecinos de mesa, y Peeperkorn, cuyo rostro grandioso, muy rojo, se destacaba sobre la blancura resplandeciente de sus cabellos y de su barba, vaciaba la botella de vino tinto que se había hecho servir durante la comida, pues en cada una de las principales comidas bebía una botella y media e incluso dos de vino tinto, sin hablar del «pan» con el que comenzaba su desayuno.

Ese hombre principesco sentía una necesidad extraordinaria de confortarse. Para corregir eso apelaba al café extraordinariamente fuerte que tomaba varias veces al día, no solamente por la mañana muy temprano, sino también por la tarde. Lo bebía en una taza muy grande, tanto después de las comidas como durante estas, al mismo tiempo que el vino. Según se enteró Hans Castorp, una y otra cosa eran buenas para la fiebre, sin hablar de su efecto deleitoso, excelentes contra la fiebre intermitente que, al segundo día, le retuvo algunas horas en su habitación y en la cama. Era una fiebre cuartana, dijo el consejero, porque el holandés se sentía atacado aproximadamente cada cuatro días. Empezaba por castañetear los dientes y luego el ardor comenzaba, acompañado de transpiración. Su enfermedad tenía, además, como efecto, la dilatación del bazo.

Vint-et-un

Así pasaba el tiempo. Fueron semanas, al menos tres o cuatro semanas, si lo contamos, pues no podemos en modo alguno fiarnos de la opinión y del sentido que Hans Castorp tenía del tiempo. Resbalaban sin aportar nuevos cambios y fomentaban en nuestro héroe una cólera que se hacía habitual, contra ciertos acontecimientos imprevistos que le habían impuesto una reserva meritoria; contra el hecho de que se nombrase a sí mismo Pieter Peeperkorn cuando absorbía un dedo de aguardiente; contra la existencia entorpecedora de aquel hombre pintoresco, imponente e indistinto, entorpecedor de una manera mucho más agresiva que las maneras de Settembrini. Arrugas de descontento y de irritación se dibujaban verticalmente entre las cejas de Hans Castorp, y por debajo de esos pliegues contemplaba cinco veces por día a la bella dama, a pesar de todo, feliz de poder contemplarla, y lleno de desprecio hacia la presencia de alguien que no sospechaba lo equívoco que era el pasado de su compañera.

Pero una noche, como ocurre muchas veces sin ninguna causa que lo explique, la reunión en el vestíbulo y los salones adquirió un aspecto más animado que de ordinario. Se había hecho música —melodías cíngaras ejecutadas con brío por un estudiante húngaro—, después de lo cual el consejero Behrens, que había aparecido con el doctor Krokovski, había obligado a uno de los pensionistas a tocar, en el piano, el «*Coro de peregrinos*» de *Tannhäuser* mientras él mismo pasaba sobre los registros agudos del piano un cepillo, parodiando así el violín. Aquello hizo reír. En medio de los aplausos, encogiéndose de hombros con benevolencia, como sorprendido de su propia alegría, el consejero abandonó el salón. Pero la reunión se prolongó, se continuó haciendo música sin que exigiese ésta una atención demasiado concentrada, se formaron partidas de dominó, y de bridge, y se encargaron bebidas. Unos se divertían con la ayuda de los juguetes ópticos y otros bromeaban. Los habituales de la mesa de los rusos distinguidos se habían mezclado con los grupos del hall y del salón de música. Se vio a Mynheer Peeperkorn aparecer en distintos lugares y no se podía dejar de verle, pues su cabeza majestuosa dominaba a los que le rodeaban, triunfaba por su fuerza real e imponente, y los que se habían visto atraídos por su reputación de riquezas, ahora se sentían atraídos únicamente por su personalidad. Se hallaba allí sonriendo, aprobaban con la cabeza, le animaban, fascinados, por la mirada pálida bajo los formidables pliegues de la frente, mantenidos en suspenso por la insistencia de los gestos refinados de sus uñas oblongas, y sin experimentar decepción alguna por lo ininteligible, lo incoherente y lo gratuito de sus palabras.

Si en esta circunstancia nos ponemos en busca de Hans Castorp, le encontraremos en el salón de lectura y de correspondencia donde, en otro tiempo (ese otro tiempo es vago: el narrador, el lector y el héroe no ven muy claro respecto al grado de la

lejanía), le fueran hechas confidencias importantes sobre la organización del progreso de la humanidad. En aquel lugar se estaba más tranquilo. Solamente estaban allí algunas personas. Un enfermo que escribía en uno de los escritorios dobles, bajo la lámpara eléctrica, y una dama, que llevaba unas antiparras sobre la nariz, ojeaba, cerca de la biblioteca, un volumen ilustrado. Hans Castorp se hallaba sentado en la proximidad del salón, volviendo la espalda a la puerta, con un diario en la mano; estaba sentado en una silla renacimiento recubierta de peluche, con un respaldo alto y derecho, sin brazos. El joven mantenía su periódico como se tiene para leer, pero no lo leía, pues con la cabeza baja escuchaba la música que llegaba hasta allí a través del rumor de las conversaciones, mientras sus párpados sombríos demostraban que aquello también lo hacía distraídamente y que sus pensamientos seguían caminos menos musicales. Seguían los caminos espinosos de la decepción que le habían causado los acontecimientos que se burlaban de un joven paciente, al final de una larga espera, caminos llenos de amargas revueltas. Algunas veces estaba a punto de tirar el diario sobre aquella silla incómoda que se encontraba allí por casualidad, abandonar aquella reunión y sumirse en la soledad glacial de su balcón, una soledad de dos: él y María Mancini.

—¿Y su primo, señor? —preguntó detrás de él, por encima de su cabeza, una voz.

Era una voz acariciadora para sus oídos, que estaban predestinados a encontrar infinitamente agradable aquel timbre velado y un poco ronco. Era la idea misma del placer, llevada hasta su límite extremo, era la voz que había dicho, hacía mucho tiempo: «Con mucho gusto, pero no lo rompas»; era una voz irresistible, una voz fatal, y, si no se equivocaba, había preguntado por el infortunado Joachim.

Dejó caer lentamente el periódico y elevó un poco el rostro de manera que su cabeza quedó apoyada sobre la vértebra cervical, apretada contra el respaldo recto. Cerró un poco los ojos, pero los abrió enseguida para elevarlos oblicuamente hacia lo alto, en la dirección que le era permitido a causa de la posición de su cabeza, no importa dónde, hacia el vacío. ¡Bravo, muchacho! Se hubiera dicho que su expresión era casi la de un vidente o la de un sonámbulo. Deseó que se le hiciese de nuevo la pregunta, pero no fue así. No estaba seguro todavía de que ella se hallase de pie tras él; después de esperar algún tiempo, con una mirada extraña y a media voz respondió:

—Ha muerto. Fue a incorporarse a su regimiento en la llanura y murió.

El mismo notó que la primera palabra pronunciada entre ellos y que estaba llena de un acento extraño, era la palabra «muerte». Notó, al mismo tiempo, que a causa de no estar familiarizada con su lengua, ella elegía expresiones demasiado ligeras para expresar su pésame, cuando dijo detrás de él:

—¡Ay! ¡Qué lástima! ¿Completamente muerto y enterrado? ¿Desde cuándo?

—Desde hace ya algún tiempo. Su madre se lo llevó. En su barbilla había crecido una barba de guerrero. Se dispararon tres salvas de honor sobre su tumba.

—Se las había merecido. Fue siempre un valiente. Era más valiente que muchos.

—Sí, era valiente. Rhadamante hablaba siempre de su exceso de celo. Pero su cuerpo no quería saber nada. *Rebelio carnis*, dicen los jesuitas. Siempre se había preocupado mucho por las cosas del cuerpo. Pero había dejado que penetrase en él el deshonor y se burló de su exceso de celo. Es, por otra parte, más moral perderse uno mismo que preservarse.

—Veo que continuamos siendo un filósofo que no sirve para nada. ¿Quién es Rhadamante?

—Behrens. Settembrini le llama así.

—¿Ese italiano que…? No me era simpático. No era bastante humano. —Su voz pronunciaba la palabra «humano» con un acento lánguido, despreocupado y con una especie de pereza soñadora—. ¿No está aquí? ¡Soy tonta! No sé lo que es Rhadamante.

—Algo humanista. Settembrini ya no vive aquí. Hemos filosofado largamente esos últimos tiempos, él, Naphta y yo.

—¿Quién es Naphta?

—Su antagonista.

—Si es su antagonista me gustaría conocerlo. ¿Pero no le había dicho yo que su primo moriría si intentaba ser soldado en la llanura?

—Sí, tú lo sabías.

—¿Qué es lo que dice?

Silencio prolongado. No rectificó nada. Esperó, con la vértebra apoyada contra el respaldo recto, con una mirada de vidente, que la voz se dejase oír de nuevo si se hallaba todavía detrás de él, temiendo que la música confusa que llegaba de la habitación contigua hubiese apagado el ruido de sus pasos. Al fin oyó de nuevo:

—¿Y el señor no ha ido siquiera al entierro de su primo?

Él contestó:

—No. Le dije adiós aquí, antes de que tapasen el ataúd, porque comenzaba a sonreír. No puedes imaginarte lo fría que estaba su frente.

—¿Todavía? ¿Qué manera es ésa de hablar a una mujer a la que apenas conoce?

—¿Debo hablar como humanista o como ser humano? —A pesar suyo, pronunció a su vez esa palabra de una manera arrastrada y soñolienta, como uno que se estira y bosteza.

—*Quelle blague*! ¿Ha permanecido usted aquí todo ese tiempo?

—Sí, he esperado.

—¿A quién?

—A ti.

Por encima de su cabeza sonó una risa, al mismo tiempo que la palabra «loco».

—¡A mí! No habrán dejado que te marchases.

—Sí, Behrens me habría dejado marchar, un día, en un acceso de cólera, pero no hubiese sido más que una partida en falso, pues, además de las viejas cicatrices de otro tiempo, de mi tiempo de colegial, ¿sabes?, hay una mancha fresca que Behrens ha descubierto y que me produce fiebre.

—¿Todavía fiebre?

—Sí, todavía. Casi siempre. Por intermitencias. Pero no es fiebre intermitente.

—¿Alusiones?

El permaneció silencioso, frunció las cejas con un aire sombrío por encima de su mirada de vidente y, al cabo de un momento, preguntó:

—Y tú, ¿dónde has estado?

Una mano dio un golpe sobre el respaldo de la silla.

—*Mais c'est un sauvage!* ¿Dónde he estado? En todas partes. En Moscú —la voz dijo «Moscú» con un acento lánguido análogo al que había empleado al pronunciar la palabra «humano»—, en Bakú, y asimismo en las estaciones termales alemanas, en España…

—¡Oh, en España! ¿Qué tal es España?

—Mira…, se viaja mal. Las gentes son medio negras. Castilla es muy seca y dura. El Kremlin es más bello que ese castillo o convento allá abajo al pie de la montaña…

—¿El Escorial?

—Sí, el castillo de Felipe. Un castillo. Me ha gustado mucho más el baile popular de Cataluña, la sardana, acompañada de la tenora. Yo también bailé. Todos se dan la mano y se baila en círculo, en la plaza llena de gente. Es encantador, es humano. Me compré un pequeño bonete azul, como todos los hombres y muchachos del pueblo lo llevan; casi es un fez. Llevo la boina en mi cura de reposo y en otras ocasiones. El señor juzgará si me está bien.

—¿Qué señor?

—El que está sentado aquí, en esta silla.

—Creía que era Mynheer Peeperkorn.

—Ya lo ha juzgado. Dice que estoy encantadora.

—¿Ha dicho eso? ¿Ha acabado diciendo eso? ¿Ha terminado la frase de manera que se ha podido comprender?

—¡Ah, parece que estamos de mal humor! Queremos ser malos, mordientes, desearíamos burlarnos de gentes que son más grandes, mejores y más humanas que nosotros mismos, comprendiendo nuestro… *ami bavard de la Mediterranée,* nuestro *maître grand parleur*… Pero yo no permitiré que a mis amigos…

—¿Tienes todavía mi retrato interior? —interrumpió él con acento melancólico.

Ella rió.

—Tendré que buscarlo.

—Yo llevo el tuyo siempre conmigo. Tengo un pequeño caballete sobre mi

cómoda, donde, por la noche…

No tuvo tiempo de acabar su frase. Peeperkorn se hallaba de pie delante de él. El holandés buscaba a su compañera de viaje, había entrado y se encontraba delante de la silla. Estaba allí como una torre, tan cerca de los pies de Hans Castorp que éste comprendió que, a pesar de su sonambulismo, se trataba ahora de ponerse en pie y de ser educado. Le costó trabajo levantarse de su silla entre los dos, pero tuvo que hacerlo dando un paso de lado, de manera que los tres personajes quedaron formando un triángulo con la silla colocada en el centro.

Madame Chauchat cumplió con las reglas del Occidente civilizado haciendo la presentación de ambos. Un amigo de antaño, dijo al hablar de Hans Castorp, un amigo del tiempo anterior. La existencia de Peeperkorn no sugería ningún comentario. Le nombró y el holandés —con su ojo pálido dirigido sobre el joven bajo el arabesco de los pliegues de su frente y de sus sienes de ídolo— le tendió su mano ancha y pecosa.

«Una mano de capitán —pensó Hans Castorp—, si se omiten las uñas puntiagudas.»

Por primera vez sufría el efecto inmediato de la vigorosa personalidad de Peeperkorn. «Personalidad», se pensaba siempre en esta palabra ante su presencia; se comprendía repentinamente lo que era una personalidad, cuando se le veía, y uno quedaba convencido de que una personalidad no podía tener un aspecto diferente. Y aquel sexagenario, ancho de espaldas, con la cara roja y los mechones blancos, con aquella boca dolorosa y desgarrada y aquella barba que pendía larga y estrecha sobre el chaleco cerrado de eclesiástico, aplastaba bajo su peso al frágil joven. Por otra parle, Peeperkorn era la amabilidad misma.

—Señor —dijo—. Absolutamente. No, permítame…, ¡absolutamente! Le conozco a usted esta noche, conozco a un joven que inspira confianza, lo hago con toda conciencia, señor, me hallo absolutamente al corriente. Me es usted simpático. Yo…, ¡haga el favor! ¡Archivado!

No había nada que objetar. Sus gestos eran perentorios. Hans Castorp le era simpático. Y Peeperkorn sacó de eso la conclusión que manifestó por medio de alusiones y que la boca de su compañera de viaje precisó caritativamente.

—Hijo mío —añadió—, todo va bien. ¿Pero qué cree usted? Le ruego que no interprete las cosas torcidamente. La vida es corta y nuestra capacidad de responder a sus exigencias… De esta manera… Se trata de hechos, hijo mío. Leyes. Cosas intangibles. En una palabra, hijo mío, la cosa es perfecta.

Hizo durar su gesto expresivo, que invitaba a tomar una decisión, declinando toda responsabilidad para el caso en que, a pesar de su proposición, se cometiese una falta grave.

Madame Chauchat era, al parecer, práctica en adivinar sus deseos. Dijo:

—¿Por qué no? Podemos permanecer todavía juntos un poco, jugar a algo y beber una botella de vino. ¿Qué espera usted? —Y volviéndose hacia Hans Castorp—. ¡Muévase! No nos vamos a quedar aquí los tres. Es preciso que busquemos compañía. ¿Quién hay todavía en el salón? ¡Invite a los que encuentre! Busque algunos amigos. Invitaremos al doctor Ting Fu a nuestra mesa.

Peeperkorn se frotó las manos.

—¡Absolutamente! —dijo—. ¡Excelente, perfecto! ¡Dése prisa, joven! ¡Obedezca! Formaremos un círculo. Jugaremos, comeremos, beberemos. Sentiremos que nosotros… ¡Absolutamente, joven! ¡Perfecto…, muévase!

Hans Castorp se metió en el ascensor y subió hasta el segundo piso. Llamó a la puerta de A. C. Ferge, el cual, por su parte, fue a buscar a Fernando Wehsal y al señor Albin, a la *chaise-longue*, en la sala de reposo de abajo. Encontraron también en el vestíbulo al procurador Paravant y a los esposos Magnus, y en el salón, a la señora Stoehr y a Herminia Kleefeld.

Se dispuso una amplia mesa de juego bajo la lámpara central y a su alrededor sillas y veladores.

Mynheer saludaba a cada uno de los invitados que se presentaban con una mirada pálida y cortés, bajo el arabesco de su frente atenta y arrugada.

Se sentaron doce a la mesa —Hans Castorp entre el anfitrión majestuoso y Clawdia Chauchat—, se buscaron cartas y dados (pues se habían puesto de acuerdo para hacer una partida de «*vingt-et-un*») y, con su procedimiento imponente, Peeperkorn encargó a la enana, a la que había llamado, vino generoso, un Chablis de 1906, tres botellas para empezar, y algunos dulces, todos lo que pudiese encontrar en materia de frutas secas y frutas confitadas.

La manera como se frotó las manos al recibir las cosas sabrosas que se le servían, demostraba su viva satisfacción, y por la incoherencia imponente de sus frases, intentaba expresar sus sensaciones, cosa que consiguió perfectamente, pues todos experimentaban el ascendiente de su personalidad. Ponía sus dos manos sobre los antebrazos de sus vecinas, elevaba su índice puntiagudo y reclamaba y obtenía, con un éxito completo, la atención de todos hacia el esplendido color dorado del vino en las copas, hacia el azúcar que rezumaban las pasas de Málaga, hacia una especie de pequeñas aceitunas saladas, que calificó de divinas, saliendo al paso a toda contradicción que hubiese podido formularse contra aquella palabra enérgica.

Fue el primero en encargarse de la banca, pero pronto se la cedió al señor Albin, porque aquella preocupación perjudicaba el placer que sentía de poderse expansionar libremente.

La suerte, visiblemente, le importaba muy poco. Se jugaba por nada, según su opinión. A propuesta suya se había fijado la apuesta máxima a cincuenta céntimos, pero esto era mucho para la mayoría de los jugadores.

El procurador Paravant, lo mismo que la señora Stoehr, se ruborizaban y palidecían a cada momento, y ésta, sobre todo se hallaba presa de terribles luchas interiores cuando se planteaba la cuestión de saber si con dieciocho debía todavía pedir. Lanzaba gritos agudos cuando Albin, con su tranquilidad habitual, le enviaba una carta que, de pronto, hacía que se derrumbasen todos sus cálculos audaces, y Peeperkorn reía cordialmente.

—¡Grite, grite, señora! —decía—. Es un sonido agudo, lleno de vida, y que viene del fondo de… Beba, deleite de nuevo su corazón.

Y le vertía vino, y servía también a sus vecinos y a sí mismo. Encargó otras tres botellas y bebió a la salud de Wehsal y de la calamitosa señora Magnus, porque uno y otro parecían tener una necesidad particular de ser confortados. Rápidamente el vino, que era, en efecto, maravilloso, coloreó los rostros, a excepción del doctor Ting Fu, que permanecía invariablemente amarillo, con sus pupilas de rata de un negro de jaspe, y que, con una suerte insolente, hacía apuestas elevadas.

Los demás no querían permanecer en segundo lugar. El procurador Paravant, con la mirada turbia, provocó al destino apostando diez francos a una carta de apertura que no prometía mucho, pujó palideciendo y ganó el doble de su apuesta, porque el señor Albin, fiándose en que tenía un as, había hecho doblar todas las posturas.

Eran emociones que no se limitaban a la persona del que se las procuraba. Todo el círculo tomaba parte en ellas, e incluso Albin, que rivalizaba por su fría circunspección con los croupiers del casino de Montecarlo, que pretendía haber frecuentado mucho, no podía dominar más que con gran trabajo su fiebre. Hans Castorp también jugaba fuerte, lo mismo que la Kleefeld y madame Chauchat.

Se pasó a las «vueltas», se jugó al «ferrocarril» y a la peligrosa «diferencia». Muestras de alegría y expresiones de desesperación, arrebatos de cólera y crisis de risas histéricas eran provocados por la excitación que la suerte caprichosa ejercía sobre los nervios, y todas esas manifestaciones eran auténticas, serias; no hubieran sido diferentes si se hubiese tratado de un acontecimiento de la vida real.

Sin embargo, no era solamente el juego, no era precisamente el juego lo que determinaba en todos ellos aquella tensión del alma, aquel ardor de los rostros, aquella dilatación de los ojos brillantes o lo que hubiese podido llamarse el esfuerzo que realizaba aquella pequeña sociedad, su estado de tensión dolorosa, de concentración extrema; era también la influencia del jefe que se encontraba entre los asistentes, la «personalidad» que se hallaba entre ellos, Mynheer Peeperkorn, que mantenía la dirección con los magníficos gestos de sus manos y que hacía sentir a todos la fascinación del momento por medio del espectáculo de su gran fisonomía, por su mirada pálida bajo los pliegues monumentales de su frente, por su palabra y la expresión de su mímica.

¿Qué decía? No eran más que cosas muy confusas y que se hacían cada vez más

indistintas a medida que iba bebiendo. Pero todos estaban suspensos de sus labios, miraban fijamente, sonreían con las cejas enarcadas, pendientes del círculo que formaban su pulgar y su índice y por encima del cual los otros dedos apuntaban como lanzas, mientras que un trabajo expresivo se iba realizando en su rostro de príncipe, y sin resistir se sometían a una servidumbre sentimental que rebasaba, con mucho, la medida de la pasión de que esas gentes se hubiesen creído ordinariamente capaces. Esa servidumbre era superior a la fuerza de algunos. Al menos, la señora Magnus se sintió indispuesta. Estuvo a punto de desmayarse, pero se negó obstinadamente a marchar a su habitación y se contentó con tenderse sobre la *chaise-longue*, con una servilleta mojada sobre la frente; pero pronto volvió a unirse al círculo, después de haber descansado un poco.

Peeperkorn pretendía explicar ese desfallecimiento atribuyéndolo a una alimentación insuficiente. Con palabras de una incoherencia significativa, el índice en alto, habló en ese sentido: Era preciso comer, comer convenientemente para defenderse; eso es lo que dio a entender, y pidió alimentos para restaurar a sus invitados: carne, emparedados, lengua ahumada, pechuga de pato, asado, salchichón y jamón, platos y platos de cosas sabrosas adornados con burbujones de mantequilla que parecían flores.

A pesar de que se hiciese gran honor a esos platos después de la cena, cuya solidez estaba fuera de toda duda, Mynheer Peeperkorn declaró, después de algunos bocados que aquello no era más que «bagatelas», y esto lo dijo con una cólera que demostraba lo imprevisto e inquietante de sus arrebatos de gran señor. Se puso furioso cuando alguien se atrevió a defender aquella comida. Su poderosa cabeza se hinchó, y dio un puñetazo en la mesa declarando que todo aquello no era más que «porquería», al oír lo cual todos callaron cohibidos, puesto que, en suma, el anfitrión que invitaba tenía derecho a juzgar lo que ofrecía.

Por otra parte, por extraño que pueda parecer, esta cólera convenía perfectamente a la fisonomía de Peeperkorn, como Hans Castorp tuvo que reconocer. No le desfiguraba en modo alguno, no le disminuía, hacía gran efecto, y lo extraño era que nadie se atrevía, ni en su fuero interno, a ponerla en relación con las enormes cantidades de vino que había bebido. Se mostró tan grande y tan pintoresco, que todos inclinaron la cabeza y se guardaron muy bien de tomar un solo bocado más de los platos.

Madame Chauchat tranquilizó a su compañero de viaje. Le acarició su ancha mano de capitán que, después del puñetazo, había permanecido inmóvil sobre la mesa, y le dijo con voz mimosa que no había ninguna dificultad para que se encargase otra cosa, un plato caliente, si quería y si había medio de obtener eso del cocinero a aquella hora.

—Bien, hija mía —dijo.

Y conservando, sin embargo, toda su dignidad, encontró una transición entre su loca cólera y un estado moderado, besando la mano de Clawdia.

Deseaba tortillas para él y para todos, para cada uno una buena tortilla, a fin de que fuese suficiente para las exigencias de la boca. Y, al mismo tiempo que el encargo, envió a la cocina un billete de cien francos para decidir al personal a ponerse a trabajar a pesar de lo avanzado de la hora.

Había, por otra parte, recobrado plenamente su buen humor cuando apareció la humeante tortilla difundiendo en la habitación un olor tibio y dulzón de huevos y manteca.

Se hizo honor al plato, al mismo tiempo que Peeperkorn y bajo su vigilancia, pues, por medio de palabras incoherentes y de gestos autoritarios, obligaba a cada uno a disfrutar con atención, incluso con fervor, de ese don de Dios, e hizo servir ginebra holandesa, una ronda completa, y obligó a todos a absorber con recogimiento atento ese líquido claro que desprendía un aroma santo de trigo y recordaba ligeramente a la ginebra.

Hans Castorp fumaba. Madame Chauchat fumaba también cigarrillos de boquilla de cartón, que sacaba de una petaca de laca rosa, ornada con una troika, que para su comodidad había puesto sobre la mesa, y Peeperkorn no censuraba a sus vecinos por entregarse a aquel placer, a pesar de que él no fumaba nunca. Por lo que se podía comprender lo que iba diciendo, el consumo del tabaco despertaba, según él, placeres demasiado refinados a los cuales uno no podía entregarse más que a costa de la majestad de los dones sencillos de la vida, de esos dones y de esas exigencias a los cuales nuestra sensibilidad conseguía apenas satisfacer.

—Joven —decía a Hans Castorp, fascinándole con su mirada y su gesto alambicado—. Joven, ¡la sencillez es lo sagrado! Bueno, usted ya me comprende. Una botella de vino, un plato humeante de huevos, un alcohol de trigo puro y transparente; si tenemos esto y lo disfrutamos alguna vez, si lo consumimos, satisfacemos verdaderamente al… Absolutamente, señor. ¡Archivado! He conocido gentes, hombres y mujeres, cocainómanos, fumadores de hachís, y morfinómanos. Bueno, querido, ¡perfectamente! No debemos juzgar a nadie. Pero esas gentes habían fracasado absolutamente ante lo que es sencillo y grande, ante lo salido de Dios… ¡Archivado, amigo mío! ¡Condenado, maldito! No habían satisfecho nada. Sí, joven, ¿cómo se llama usted? Lo he sabido pero lo he olvidado… No es en la cocaína, no es en el opio, no es en el vicio en lo que consiste el vicio. El pecado que no puede ser perdonado es…

Se interrumpió. Ancho y alto, vuelto hacia su vecino, permaneció sumido en un silencio poderosamente expresivo que obligaba a comprender, con el índice en alto y la boca encogida bajo el labio superior fofo y rojo, ligeramente herido por un golpe de navaja. Los pliegues móviles de su frente rodeada de llamas blancas se hallaban

dolorosamente fruncidos, sus ojillos pálidos estaban dilatados por algo parecido al espanto —según pareció a Hans Castorp—, pero el pensamiento del crimen, de ese gran pecado, de aquella debilidad imperdonable a la que había aludido y cuyo horror invitaba en silencio a meditar con toda la potencia de la fascinación que emanaba de su naturaleza de soberano…

Un espanto abstracto —pensó Hans Castorp—, pero también algo así como un terror personal poseía a ese hombre principesco. No un temor pequeño y mezquino, sino algo parecido a un terror, a un pánico que parecía en aquel instante surgir del fondo de su ser, y Hans Castorp se hallaba demasiado inclinado al respeto —a pesar de todas las razones que podía tener para albergar sentimientos hostiles contra el majestuoso compañero de viaje de madame Chauchat— para no sentirse impresionado por tal observación.

Bajó los ojos y encogió los hombros para dar a su augusto vecino la satisfacción de haber sido comprendido.

—Es muy cierto —dijo—. Eso puede ser un pecado, y un signo de insuficiencia el complacerse con los refinamientos sin haber probado los dones de la vida, sencillos, naturales, grandes y sagrados. Tal es su opinión, si he comprendido bien, Mynheer Peeperkorn, y a pesar de que esa idea no se me hubiera ocurrido nunca, puedo aprobarla con convicción desde el momento en que usted llama mi atención sobre ella. Por otra parte, ocurrirá muy raramente que se rinda todo lo que se debe a esas ventajas sanas y sencillas de la vida. La mayoría de los hombres son ciertamente demasiado negligentes, demasiado despreocupados y demasiado gastados interiormente para entregarse a ellas de un modo pleno. Sin duda debe ser así.

El formidable holandés pareció estar muy satisfecho.

—Joven —dijo—. ¡Perfecto! ¿Quiere usted permitirme…? Ni una palabra más. Le ruego que beba conmigo, que vacíe su vaso entrelazando nuestros brazos. Eso no quiere decir que yo le proponga que nos tuteemos fraternalmente…, es decir, estaba a punto de hacerlo, pero reflexiono y me parece que sería demasiado precipitado. Muy probablemente, le daré permiso dentro de tiempo muy… Cuente con ello. Pero si usted desea y persiste en…

Hans Castorp se declaró de acuerdo con el aplazamiento que Peeperkorn acababa de proponer.

—Bien, amigo mío; bien, camarada. Insuficiencia…, bien. Bien y espantoso. Demasiado despreocupado…, muy bien. Los dones…, no está bien. ¡Las exigencias! Las exigencias sagradas de la vida, que es mujer, en lugar del honor y de la fuerza.

Hans Castorp se dio cuenta, de pronto, de que Peeperkorn estaba completamente borracho. Pero su embriaguez misma no era ni vil ni humillante; no era un estado deshonroso. Se confundía con la majestad de su naturaleza en un fenómeno grandioso que imponía respeto. Baco mismo —pensó Hans Castorp— se apoyó sobre sus

compañeros en su embriaguez, sobre sus compañeros entusiastas, sin perder nada de su naturaleza divina, y en suma, lo importante era saber quién estaba borracho, si una personalidad o un tejedor. Se guardó, hasta en lo más íntimo de sí mismo de faltar al respeto a aquel impresionante compañero de viaje, cuyos gestos se habían relajado y cuya lengua balbuceaba.

—Hermano, deja que te tutee —dijo Peeperkorn, echando hacia atrás su poderoso cuerpo presa de una embriaguez libre y orgullosa, tendido el brazo sobre la mesa y golpeando ligeramente con el puño—, deja que te tutee, te tutearé dentro de poco…, dentro de poco, cuando la reflexión… Bien. ¡Archivado! La vida, joven, es una mujer tendida, con los senos llenos y apretados, con un gran vientre liso y blando entre las caderas robustas, con los brazos frágiles, las nalgas redondas y los ojos entornados, que, en su provocación magnífica y burlona, exige nuestro más alto valor, toda la tensión de nuestra potencia de macho que le haga frente o que se rinda vencido…, vencido, joven, ¿comprende usted lo que esto quiere decir? La derrota del sentimental ante la vida, la insuficiencia, para la cual no hay perdón, no hay piedad, no hay dignidad, que es despiadada y sardónicamente maldecida, ¡archivada, joven!, y vomito… La desvergüenza y el deshonor son palabras pálidas para indicar esa ruina y esa quiebra, para ese espantoso ridículo. Es la desesperación infernal, el fin del mundo.

Mientras hablaba, el holandés había ido echando su cuerpo poderoso cada vez más atrás, mientras su cabeza se inclinaba hacia el pecho como si fuese a dormirse. Pero, al decir la última palabra, adquirió empuje y dejó caer con un golpe pesado su puño sobre la mesa, de manera que el débil Hans Castorp, presa de un estado nervioso a causa del juego y del vino, se sobresaltó y contempló al amo con un respeto lleno de espanto.

«¡Fin del mundo!» ¡Qué bien le sentaban esas palabras! Hans Castorp no recordaba haberlas oído pronunciar más que durante la clase de religión, y no por casualidad, pensó, ¿a qué hombre entre los que conocía podía convenir esa palabra fulminante? ¿Quién estaba a la altura de ella?

El pequeño Naphta hubiera podido, sin duda, utilizarla en el momento oportuno. Pero hubiese sido una usurpación y una simple charla, mientras que en la boca de Peeperkorn esa palabra fulminante adquiría su aplastante poder, vibraba con el sonido de las trompetas, alcanzaba toda su grandeza bíblica.

«¡Dios mío, es una recia personalidad! —pensó por centesima vez—. ¡He caído en manos de un gran carácter, y es el compañero de viaje de Clawdia!»

El mismo, bastante turbado, hacía girar sobre la mesa su vaso de vino, tenía la otra mano en el bolsillo de la chaqueta y guiñaba un ojo a causa del humo del cigarrillo que tenía en la comisura de los labios. ¿No debía permanecer silencioso después de haber pronunciado una personalidad palabras tan fulminantes? ¿Para qué

hacer de nuevo oír su voz seca? Pero, acostumbrado a la discusión por sus educadores demócratas —los dos de naturaleza democrática, a pesar de que uno de ellos negase serlo—, se dejó arrastrar por los comentarios ingenuos, y dijo:

—Sus observaciones, Mynheer Peeperkorn —¿qué podía decir con eso de «sus observaciones»? ¿Se hacen observaciones sobre el fin del mundo?—, sus observaciones hacen coincidir mis pensamientos en la conclusión sobre la cual nos hallábamos, hace un momento, de acuerdo respecto al vicio, a saber: que constituye una ofensa a los dones sencillos y, como usted dice, sagrados de la vida, o como yo preferiría decir, a los dones clásicos, a los dones «*in folio*», anteponerles los dones tardíos y refinados, los refinamientos a los que uno se «abandona», como uno de nosotros ha dicho hace un momento, mientras que los demás dones son sacrificados. Pero en este punto me parece que se puede llegar a formular una excusa (perdóneme, tengo un temperamento inclinado a formular excusas, a pesar de que las excusas no tengan importancia, lo comprendo claramente), la excusa del vicio, precisamente porque el vicio proviene de la insuficiencia y usted ha dicho, sobre el terror, cosa de tal calibre que me ha producido gran impresión. Pero creo que el hombre vicioso, lejos de ser insensible a esos terrores, le hace completa justicia considerando la flaqueza de su sensibilidad ante los dones clásicos de la vida, debilidad que le empuja al vicio, lo que no constituye necesariamente una ofensa a la vida, puesto que este estado puede ser considerado también como un homenaje a la vida, principalmente teniendo en cuenta que los refinamientos constituyen una serie de medios de embriaguez y de exaltación, estimulantes, apoyos y tónicos de la sensibilidad, de manera que la vida, a pesar de todo, su objetivo y su sentido, el amor de la sensibilidad, la necesidad de remediar la insuficiencia de ésta… quiero decir…

¿Qué decía? ¿No constituía una impertinencia democrática eso de decir «uno de nosotros» cuando se trataba de una personalidad? ¿Procedía el valor de su insolencia de ciertos hechos del pasado que se referían turbiamente al derecho de propiedad? ¿Qué mosca le había picado para que se decidiese a meterse en un análisis igualmente impertinente del vicio? Lo único que ahora podía hacer era escurrirse como pudiese, pues había provocado una tempestad.

Mientras Hans Castorp hablaba, Mynheer Peeperkorn había permanecido apoyado contra el respaldo de la silla, con la cabeza inclinada, de manera que no se podía saber si había oído o entendido las palabras del joven. Pero, poco a poco, mientras Hans Castorp iba perdiendo la serenidad, comenzó a ponerse tieso, a hacerse cada vez más alto, a aparecer con toda su grandeza, mientras su cabeza majestuosa se hinchaba y enrojecía, los arabescos de su frente se ponían tensos y sus ojillos se dilataban cargados de pálidas amenazas. Comenzaba a iniciarse un acceso de cólera, comparado con el cual el que acababa de tener, hacía un momento, no era más que un ligero mal humor. El labio inferior de Mynheer Peeperkorn se comprimía con una

expresión de terrible ira contra el labio superior, de tal manera que las comisuras de la boca se dibujaban hacia abajo y la barbilla se hacía saliente. Su brazo derecho se elevó de un modo lento, abandonando la mesa y alzándose hasta la altura de la cabeza y luego sobrepasándola. El puño se cerró con un empuje grandioso para destruir, de un solo golpe, a aquel charlatán demócrata que asustado y al mismo tiempo regocijado ante aquella imagen de una cólera regia y expresiva, podía apenas ocultar el deseo de escaparse. Entonces Hans Castorp dijo apresuradamente:

—Sin duda me he expresado mal. Todo eso es una cuestión de gradaciones y nada más. No puede llamarse vicio lo que adquiere grandes proporciones. El vicio no ha tenido jamás grandeza. Los refinamientos no tienen grandiosidad. Pero, en todos los tiempos, el hombre ávido de grandes sentimientos ha dispuesto de medios para embriagarse y entusiasmarse, y, entre ellos, uno de los medios clásicos, un remedio «*in folio*», si se me permite que me exprese así, es el vino, un presente de los dioses al hombre, como ya dijeron los antiguos pueblos humanistas. El invento filantrópico de un dios al cual se halla, en cierta manera, unida la civilización. Permítame que lo recuerde. ¿No se dice que, gracias al arte de plantar la viña y exprimir los racimos, el hombre ha salido de su estado de salvajismo y ha conquistado la civilización? ¿Y hoy mismo, los pueblos que producen buen vino, no se consideran como más civilizados que los que no tienen viñas? ¿No vale la pena hacer notar eso? ¿No es acaso la civilización una cuestión de entusiasmo, de embriaguez, de sentimiento deleitoso, más que de clarividencia y de elocuencia? ¿No es ésa su opinión?

¡Qué astuto era ese Hans Castorp! O, como había dicho Settembrini, con su finura de escritor, un «humorista». Imprudente y, al mismo tiempo, impertinente en sus relaciones con las personalidades, pero no menos astuto cuando se trataba de salir del atolladero. Ahora, en una situación violenta, viéndose obligado a improvisar, había conseguido salvar el honor de la embriaguez con bastante elegancia, después de lo cual, incidentalmente, había hablado de civilización, pues la actitud espantosa de Mynheer Peeperkorn no auguraba nada bueno, y finalmente había combatido esa actitud y la había hecho aparecer como fuera de lugar haciendo una pregunta a la cual era imposible contestar con el puño levantado.

El holandés modificó, en efecto, su actitud de cólera antediluviana; lentamente su brazo se aproximó a la mesa y su cabeza se deshinchó: «¡Tienes suerte!», podía leerse en su mirada, que ya había perdido su impulso amenazante. La tempestad se disipaba, y, para acabarla de ahuyentar, madame Chauchat intervino llamando la atención de su compañero de viaje acerca de los contertulios, que comenzaban a dar muestras de cansancio.

—Querido amigo, usted se olvida de sus invitados —dijo en francés—. Usted se consagra excesivamente a ese señor, con el cual tiene usted sin duda importantes asuntos que ventilar. Pero durante este tiempo, el juego ha cesado casi completamente

y temo que venga el aburrimiento. ¿Quiere usted que levantemos la sesión?

Peeperkorn se volvió inmediatamente hacia los invitados. Era exacto. La desmoralización, la letargía, el marasmo, se había apoderado del terreno, los invitados se ocupaban de cosas distintas, como los escolares cuando no se hallan bajo la vigilancia del maestro. Algunos estaban a punto de dormirse. Peeperkorn tomó inmediatamente las riendas que había abandonado.

—Señoras y señores —exclamó con el índice levantado, y ese dedo puntiagudo era como una espada que diese la señal, como una bandera o como el llamamiento: «¡Qué me sigan los que no sean cobardes!», de un jefe que quiere detener la derrota. La intervención de su personalidad les hizo reaccionar inmediatamente. Los rostros fatigados se reanimaron, las sonrisas respondieron a la sonrisa pálida del anfitrión, a la sonrisa potente que se dibujaba por debajo de las arrugas de su frente de ídolo. Les había fascinado y les exhortaba de nuevo a cumplir con su deber, uniendo las yemas del índice y del pulgar y dejando tiesos a los demás que mostraban sus uñas puntiagudas. Extendió luego su mano de capitán, con un gesto protector, y de sus labios, dolorosamente desgarrados, comenzaron a escaparse palabras cuya confusión ejerció, gracias al apoyo de su personalidad, una poderosa influencia sobre los espíritus.

—Señoras y señores: ¡Perfectamente! La carne, señoras y señores, es de ese modo… ¡Archivado! No, permítanme. «Débil», eso es lo que podemos leer en la Escritura… «Débil», es decir, inclinada a zafarse de las exigencias… Pero apelo a ustedes. En una palabra, bello y bueno. Ustedes responderán: el sueño. Bueno, señoras y señores, perfectamente, excelente. Amo y rindo honores al sueño. Venero su voluptuosa profundidad, dulce y deleitosa. El sueño se halla entre (¿cómo decía usted, joven?), se halla entre los dones clásicos de la vida, entre los primeros, completamente entre los primeros… ¿Quieren ustedes hacer el favor de recordar? Getsemaní. «Se llevó con él a Pedro y a los hijos de Zebedeo. Y les dijo: Permaneced aquí y velad conmigo.» ¿Se acuerdan ustedes? «Y vino junto a ellos y les encontró dormidos, y dijo a Pedro: ¿No podéis, pues, velar una hora conmigo?» ¡Intenso, señoras y señores, impresionante, emocionante! «Y vino, pero los encontró dormidos, y sus ojos se hallaban llenos de sueño. Y Él les dijo: ¡Ah, queréis dormir y reposar! Ha llegado la hora…» ¡Señoras y señores, trastornador, desgarrador!

En efecto, todos estaban impresionados y turbados hasta el fondo del alma. Había juntado las manos sobre el pecho, sobre su barba y había inclinado oblicuamente la cabeza. Su mirada pálida se había casi borrado, al mismo tiempo que una solitaria y mortal tristeza le subía a los labios.

La Stoehr sollozó; la señora Magnus lanzó un profundo suspiro y el procurador Paravant se vio obligado, en calidad de representante y en cierto modo de delegado de la sociedad, a dirigir en voz baja algunas palabras al honorable huésped para

expresarle la seguridad de la adhesión de todos. Debía haber un error. Todo el mundo estaba alegre y despierto, y todo el mundo se hallaba pendiente de él con todo el corazón. Era una velada de fiesta tan bella, tan extraordinaria, que todos se daban cuenta de ello y nadie pensaba ni remotamente en hacer uso, ni siquiera provisional, de ese don de la vida que es el sueño. Mynheer Peeperkorn podía contar con invitados, con todos juntos y con cada uno en particular.

—¡Perfecto, excelente! —exclamó Peeperkorn, y se puso tieso. Sus manos se separaron y, al mostrarse extendidas y abiertas, dejaron ver las palmas hacia el exterior, como para iniciar una plegaria pagana. Su fisonomía grandiosa, que se había mostrado por unos instantes llena de dolor gótico, florecía opulenta y alegre. Un pequeño hoyuelo de sibarita se dibujó en su mejilla—. Ha llegado la hora —murmuró. Se hizo traer la carta. Ajustó su monóculo de armadura de carey y encargó champán; tres botellas de Mumm, Cordon rouge, *très sec*. Además, *petits fours*, deliciosas golosinas en forma de cono y helados de delicadas cremas, rellenos de chocolate y de bizcocho, servidos sobre servilletas de papel.

La señora Stoehr se lamía los dedos. El señor Albin, con una maestría de técnico, liberó el primer tapón de corcho de su jaula de alambre, retiró el tapón en forma de seta con el ruido de una pistola de juguete y lo hizo saltar hasta el techo, después de lo cual, según la tradición elegante, envolvió la botella en una servilleta para escanciar el vino. La noble espuma manchó el mantel. Se entrechocaron las copas, que fueron vaciadas de un solo trago, y el estómago se sintió electrizado por aquel picoteo frío y perfumado. Los ojos comenzaron a brillar. El juego había quedado interrumpido, sin que se hubiese juzgado necesario retirar las cartas ni el dinero. Los contertulios se abandonaban a una deliciosa pereza, continuando su charla sin sentido, cuyos elementos estaban proporcionados a cada uno por su estado de sensibilidad exacerbada, elementos que en su estado primitivo presagiaban una belleza suprema, pero que, al buscar su expresión, degeneraban en una especie de galimatías fragmentario y pesado, ininteligible, que hubiera causado gran sorpresa a cualquier persona en estado normal, pero que los interesados consideraban como completamente lógico, pues todos se hallaban sumidos en el mismo estado de irresponsabilidad.

Incluso la señora Magnus tenía las orejas encarnadas y aseguraba que se sentía llena de vida, afirmación que parecía no causaba mucha alegría al señor Magnus.

Herminia Kleefeld se apoyaba sobre el hombro del señor Albin y le tendía la copa para que se la llenase de vino.

Peeperkorn dirigía la bacanal, vigilando el aprovisionamiento y atendiendo a que no faltase nada. Después del champán hizo servir café, un moka muy fuerte, que acompañó de nuevo con «pan» y con licores dulces, abricot brandy, chartreuse, crema de vainilla y marrasquino para las señoras.

Se sirvieron luego filetes de pescado y cerveza, y finalmente té, té chino, lo mismo que manzanilla para los que preferían abandonar el champán y los licores y entendérselas de nuevo con un vino serio, como el mismo Peeperkorn que, después de medianoche, había vuelto, con madame Chauchat y Hans Castorp a beber vino tinto de Suiza, picante, y con una sed insaciable vaciaba vaso tras vaso.

A la una todavía duraba la sesión, prolongada en parte por una borrachera de plomo, en parte por el placer singular de perder la noche y en parte por el efecto de la personalidad de Peeperkorn, y tal vez también por no seguir el ejemplo de san Pedro y de los suyos. Nadie quería hacerse culpable de semejante debilidad.

Hablando de un modo más general, las mujeres parecían más resistentes, pues mientras los hombres, rojos o pálidos, estiraban las piernas, hinchaban los carrillos y bebían con tiento, de un modo completamente maquinal, ellas se mostraban más enérgicas. Herminia Kleefeld, con los codos desnudos apoyados sobre la mesa y las mejillas en las manos, señalaba riendo a Ting Fu, que hacía visajes mostrando la blancura de sus dientes, mientras la señora Stoehr, con la barbilla metida en el escote, charlaba por encima del hombro, esforzándose en hacer volver a la vida al procurador. Con la señora Magnus ocurrió lo siguiente: había acabado sentándose sobre las rodillas del señor Albin y le tiraba de las orejas, lo que parecía causar un gran placer al señor Magnus. Antonio Carlovitch Ferge fue invitado a contar la historia del choque en la pleura, pero se embrollaba de tal manera que no consiguió decir nada, confesando honradamente su impotencia, lo que decidió a los demás a reanudar la bebida. Wehsal comenzó, de pronto, a verter amargas lágrimas, nacidas de lo más hondo de su miseria, pues consideraba que no podía expresarse con palabras, pero los demás consiguieron reanimarle haciéndole beber café y coñac. Y entonces, a causa de sus gemidos y de su barbilla temblorosa por la que resbalaban las lágrimas, despertó el interés de Peeperkorn, quien, con el índice en alto y frunciendo los arabescos de sus cejas, llamó la atención general sobre el estado de Wehsal.

—¡Miradle cómo está…! —dijo—. ¡Miradle cómo está…! Sécale la barbilla, ángel mío. ¡Toma mi servilleta! O mejor, no, déjale. Él mismo renuncia. Señoras y señores… ¡Sagrado…! Sagrado en todos los sentidos, tanto en el sentido cristiano como en el sentido pagano. Un fenómeno de primer orden… De los más grandes… no… no…

Esas palabras explicativas fueron acompañadas de gestos precisos, ligeramente burlones, mientras repetía el estribillo: «Miradle cómo está.» Tenía una manera especial de unir el índice y el pulgar formando un círculo, manteniendo la mano por encima de la oreja e inclinando la cabeza con ironía, gesto que despertaba sentimientos semejantes a los que despertaría un venerable sacerdote de un culto extraño que, recogiendo su veste sacerdotal, se pusiese a bailar con una gracia

chocante delante del altar de los sacrificios. Luego, sentado en una actitud grandiosa, agarrándose a las sillas vecinas, obligaba a todos a sumirse con él en una evocación viviente y arrebatadora de la mañana, una mañana de invierno helada y sombría, cuando la luz amarillenta de nuestra lámpara se refleja en los vidrios de la ventana entre las ramas desnudas, perdidas en una bruma helada y matinal, dura como el graznar de los cuervos y el paisaje que se ve a través de esa ventana. A fuerza de alusiones consiguió hacer tan intensa esa fría aparición del día, que todos se estremecieron, principalmente en el momento en que evocó el agua helada exprimida de la esponja, resbalando sobre la nuca, agua que él llamó lustral.

No era más que una digresión, que un apólogo que obligaba a fijar la atención sobre las cosas de la vida; una improvisación fantástica que abandonó inmediatamente para insistir sentimentalmente sobre esa hora nocturna que resbalaba en una atmósfera de fiesta. Se mostró enamorado de toda su sociedad femenina, sin preferencias y sin conceder la menor atención a las personas. Hizo a la enana proposiciones de tal calibre que el rostro envejecido y simiesco de la desgraciada criatura se llenó de muecas y de pliegues. Dijo a la señora Stoehr galanterías tales que ella, vulgar por naturaleza, comenzó a mover los hombros más exageradamente que de costumbre y lanzó gritos que parecían de loca. Rogó a Herminia Kleefeld que le diese un beso en su boca desgarrada, e hizo grandes coqueterías con la infortunada señora Magnus; todo eso a pesar de su tierna adhesión a su compañera de viaje, cuya mano se llevaba con frecuencia a los labios con un fervor galante.

—¡El vino! —decía—; ¡las mujeres…! Eso es…, a pesar de todo… Permítanme… ¡El fin del mundo…! ¡Getsemaní…!

A las dos de la madrugada corrió la noticia de que el «viejo» —es decir, el doctor Behrens— se acercaba a marchas forzadas al salón. Entonces se produjo un gran pánico entre los pensionistas fatigados. Fueron derribados sillas y cubos y se dieron a la fuga por la biblioteca.

Peeperkorn, poseído de una cólera regia al ver cómo se dispersaba tan bruscamente su fiesta de la vida, dio grandes puñetazos sobre la mesa y trató de esclavos miedosos a todos los que huían, pero Hans Castorp y madame Chauchat consiguieron amansarle, hasta cierto punto, haciéndole ver que la recepción había durado unas seis horas y que debía, a pesar de todo, terminar. Escuchó también una especie de alocución poniendo de relieve el sagrado placer del sueño y consintió en dejarse llevar a la cama.

—¡Sosténme, hija mía! ¡Sosténme tú también, joven! —dijo a madame Chauchat y a Hans Castorp. Sostuvieron, pues, su pesado cuerpo, cuando se levantó de la silla, y le ofrecieron el brazo. Apoyado en ambos comenzó a andar a grandes pasos con su poderosa cabeza inclinada sobre uno de los hombros y zarandeando a sus guías en sus oscilaciones. De esta manera se dirigió a descansar.

Sin duda era un lujo real que se permitía el hacerse sostener de aquella manera. Si hubiese sido necesario, habría podido andar solo, pero desdeñaba ese esfuerzo que, todo lo más significaría que quería disimular ante el público su magna borrachera, de la cual, no solamente no se avergonzaba, sino que se complacía en ella con una grandeza magnífica, y se divertía de un modo regio al empujar, titubeando, a derecha e izquierda, a sus dos servidores. Mientras andaba, dijo:

—¡Hijos míos…! ¡Tontería…! Naturalmente, nada de eso… Si este instante… Deberíais verlo… ¡Ridículo…!

—¡Ridículo! —confirmó Hans Castorp—. ¡Perfectamente! Se tributa el don clásico de la vida lo que se le debe, haciendo eses, sin vergüenza, en su honor. Pero seriamente… Yo también siento algo, aunque, a pesar de mi pretendida embriaguez, tengo la clara conciencia de que me cabe el honor excepcional de conducir a la cama a una notable personalidad. Por débil que sea sobre mí el efecto de la embriaguez, respecto al tamaño, no hay manera de comparar…

—¡Está bien, pequeño charlatán! —dijo Peeperkorn y, titubeando, le lanzó contra la barandilla de la escalera, arrastrando con él a madame Chauchat.

Evidentemente, el rumor de que el consejero se acercaba no había sido más que una alarma infundada. Tal vez la enana, ya cansada, había puesto el rumor en circulación, para poner fin a la velada. Al darse cuenta de esto, Peeperkorn se detuvo y quiso volver atrás para continuar bebiendo; pero ambos le disuadieron y se dejó arrastrar de nuevo.

El criado malayo, ese pequeño servidor de corbata blanca y zapatos de seda negra, esperaba a su señor en el pasillo, delante de la puerta de la habitación, y le acogió con un solemne saludo, poniendo una mano sobre el pecho.

—¡Daos un beso! —ordenó Peeperkorn—. Para terminar da un beso en la frente a esa encantadora mujer —dijo a Hans Castorp—. Usted no pondrá inconvenientes y se lo devolverá. Hacedlo a mi salud y con mi permiso.

Pero Hans Castorp se negó.

—No, sir —dijo—. Perdóneme, eso no puede ser.

Peeperkorn, apoyado en su criado, frunció el arabesco de sus cejas y quiso saber por qué no era posible.

—Porque yo no puedo cambiar un beso con la compañera de viaje de usted —dijo Hans Castorp—. ¡Buenas noches! No, ¡eso sería, desde todos los puntos de vista, una gran tontería!

Y como madame Chauchat se dirigía también hacia la puerta de su habitación, Peeperkorn dejó que el joven se marchase, siguiéndole sin embargo con la mirada durante un momento, por encima de su propio hombro y del hombro del malayo, con las cejas arqueadas, sorprendido de aquella insubordinación que su naturaleza de soberano no estaba acostumbrada a soportar.

Todavía Mynheer Peeperkorn

Mynheer Peeperkorn residió en el sanatorio Berghof durante todo el invierno —durante los meses de invierno que restaban— y hasta la primavera, de manera que al final pudo aún hacerse una excursión memorable, en la que Settembrini y Naphta también tomaron parte, al valle de Fluela, hasta la cascada «¿Al final?» ¿No permaneció aquí, por lo tanto, mucho más tiempo Peeperkorn? —No, no permaneció más tiempo—, ¿Se marchó? —Sí y no—, ¿Sí y no? ¡Por favor, basta de misterios! Sabremos guardar la tranquilidad. El teniente Ziemssen también se marchó por no hablar de otros tantos danzantes de la muerte menos honorables. ¿Peeperkorn murió acaso de su fiebre maligna? —No, no de fiebre, ¿pero por qué tanta impaciencia? Es condición de la vida y la narración que las cosas no pueden ocurrir simultáneamente, y conviene respetar las formas del conocimiento humano que debemos a Dios. Rindamos al tiempo los honores que la naturaleza de nuestra historia nos permite rendirle. Es, por otra parte, muy poca cosa; de todos modos, como quien no quiere, seguimos marchando, y si no resulta una palabra demasiado onomatopéyica procuraremos avanzar más silenciosamente.

Una pequeña aguja mide nuestro tiempo. Anda a breves sacudidas, como si marcase los segundos, pero ella indica Dios sabe qué, cada vez que fríamente y sin descanso franquea su punto culminante. Hay años en que estamos en las alturas —eso es seguro—, sentimos vértigos y soñamos artificialmente sin opio y sin hachís; el tribunal de las buenas costumbres nos condenará, sin embargo, nosotros oponemos a esa terrible anulación mucha lucidez y lógica. No es por casualidad por lo que estamos rodeados de cerebros como los de Naphta y Settembrini, en vez de hallarnos reducidos a Peeperkorn indistintos, y esto nos lleva a una comparación que, desde muchos puntos de vista y particularmente en lo que se refiere a las categorías, resulta en ventaja de ese personaje tardíamente aparecido. Hans Castorp convenía en ello en su fuero interno, cuando estaba tumbado en su balcón, y reconocía que los dos educadores demasiado articulados que se habían repartido entre ellos su pobre alma, se repetían en presencia de Peeperkorn de manera que se sentía inclinado a clasificarlos de «meros charlatanes», y se juzgó feliz de que la pedagogía hermética le hubiese puesto en contacto con un personaje tan destacado.

Era otra cuestión que no turbaba el discernimiento de Hans Castorp en lo que se refiere a los valores, el hecho de que esa personalidad hubiese aparecido en calidad de compañero de viaje de Clawdia Chauchat y que fuese, en consecuencia, un formidable obstáculo. No se modificó por eso su sincera estima ni su simpatía hacia ese hombre de talla, ante la razón de que su bolsa fuese común con la de la mujer a la que Hans Castorp había pedido prestado un lápiz la noche de Carnaval. Aceptamos que algunos de nuestros lectores se sorprenderán ante la falta de temperamento,

prefiriendo que hubiese odiado y evitado a Peeperkorn y que, en su fuero interno, no hubiese hablado de él más que como de un viejo imbécil y temible borracho, en vez de visitarle cuando se hallaba presa de sus fiebres intermitentes y sentarse a la cabecera de la cama a «charlar» con el —esa expresión no puede aplicarse, naturalmente, a las palabras de Hans Castorp ni a las efusiones de Peeperkorn—, y exponerse a la acción de esa personalidad con la curiosidad de un viajero que quiere instruirse.

La cosa ocurría de ese modo y así lo consignamos, indiferentes ante el peligro de que alguien se acuerde de Fernando Wehsal. Las profundidades de la miseria espiritual no rezaban con él. En suma, no era un héroe, es decir, la mujer no determinaba sus relaciones con el sexo masculino. Fieles a nuestro principio de no hacerle mejor ni peor de lo que era, hacemos constar que sencillamente evitaba —no consciente y expresamente, sino de un modo ingenuo— el dejarse llevar por influencias novelescas y apartarse de la justicia que intentaba rendir a su propio sexo, ateniéndose al sentido práctico de que de esa relación obtendría ventajas para su cultura. Eso puede no gustar a las mujeres. Creemos que madame Chauchat se irritó contra su voluntad. Las observaciones irónicas que dejó escapar y que nosotros señalaremos, lo hacen suponer así. Seguramente ese temperamento de Hans Castorp era lo que le hacía tan propicio a las disputas de los pedagogos.

Peeperkorn se hallaba con frecuencia enfermo. No causará extrañeza saber que, al día siguiente de esa velada consagrada al juego y al champán, se había sentido mal. Casi todos los invitados a la reunión se habían sentido también indispuestos y fatigados, sin exceptuar a Hans Castorp, que sufría un violento dolor de cabeza pero que no dejó por eso de ir a visitar a su compañero de mesa.

Se hizo anunciar a Peeperkorn por el criado malayo, que encontró en el pasillo del primer piso y fue invitado a entrar.

Penetró en el dormitorio del holandés, atravesando un salón que le separaba de la habitación de madame Chauchat, y pudo comprobar que esa habitación se diferenciaba de los habituales cuartos del Berghof, tanto por sus dimensiones como por su elegancia y comodidad. Había sillones tapizados de seda y mesas de patas curvas. Una mullida alfombra cubría el suelo, y las camas no eran como las corrientes camas mortuorias, sino incluso magníficas, de cerezo barnizado con adornos de cobre y con un dosel sin cortinas.

Peeperkorn se encontraba tendido en una de las dos camas. Sobre la colcha se veían libros, cartas y periódicos y estaba leyendo *Der Telegraaf* con los lentes puestos.

Sobre una silla, al lado de la cama, había una bandeja con un servicio de café; en la mesita y entre algunos medicamentos destacaba una botella de vino tinto, medio vacía; era el vino picante de la pasada noche.

Hans Castorp vio, con discreta sorpresa, que el holandés no llevaba una camisa blanca, sino una camisa de lana de mangas anchas, sin cuello y con botones en los puños, que se pegaba a las anchas espaldas y al poderoso pecho del anciano. La magnificencia de su cabeza sobre la almohada aparecía más allá de la esfera de lo burgués, por aquel indumento que daba a su figura un carácter semipopular, semiobrero, semieterno y escultural.

—¡Absolutamente, joven! —dijo, cogiendo su monóculo de carey y dejándolo sobre la colcha—. Le suplico… ¡Nada de eso, al contrario!

Y Hans Castorp se sentó cerca de él y disimuló su sorpresa compasiva (¿no era acaso una verdadera admiración lo que se veía obligado a sentir?) con una charla amistosa y animada que Peeperkorn secundaba con una incoherencia grandiosa y gesticulando insistentemente.

El holandés no tenía buen aspecto; estaba amarillo, presentaba las marcas del sufrimiento. Por la mañana había tenido un violento acceso de fiebre y la fatiga resultante se combinaba con las consecuencias de la embriaguez.

—Ayer fuimos demasiado lejos —dijo—. No, permita. ¡Demasiado duro! Usted está todavía… Bueno, eso no tiene importancia… Pero a mi edad y en un estado tan peligroso… ¡Hija mía! —y se volvió con una severidad tierna, pero decidida, hacia madame Chauchat, que acababa precisamente de entrar—, todo va bien, pero repito, que hubiese sido mejor ir con cuidado, que deberías haberme impedido…

Algo semejante a una tempestad de cólera se anunció en su fisonomía y en su voz. Pero bastaba con imaginar la tempestad que hubiese estallado si seriamente se le hubiese impedido beber, para medir toda la ironía e injusticia de su reproche. Tales consecuencias formaban sin duda parte de su grandeza.

Su compañera de viaje no le hizo caso alguno y saludó a Hans Castorp, que se había puesto en pie; no le tendió la mano, pero le invitó, con una sonrisa, a que se sentase, a que en manera alguna interrumpiese su conversación con Mynheer Peeperkorn.

Luego la mujer comenzó a ir y venir por el cuarto, ocupada en mil cosas, dio orden al criado de que se llevase la bandeja del desayuno, desapareció un momento y volvió de puntillas para participar, por un instante, en la conversación y, si queremos reflejar la impresión vaga de Hans Castorp, para vigilarle un poco.

Naturalmente, ella había podido volver al Berghof acompañada de una personalidad de gran talla, pero desde el momento en que él, que la había esperado tanto tiempo aquí, testimoniaba, de hombre a hombre, todo el respeto debido a esa personalidad, ella manifestaba inquietud y al mismo tiempo un poco de amargura. Hans Castorp sonrió, inclinando un poco la cabeza para disimular esta sonrisa, y se sintió poseído de una gran alegría interior.

Peeperkorn sirvió unos vasos de vino de la botella que se hallaba sobre la mesita

de noche. En tales condiciones, dijo el holandés, lo mejor era tomar las cosas desde el punto en que habían quedado la noche pasada y ese vino suplía maravillosamente el agua carbónica. Bebía a la salud de Hans Castorp, y éste, mientras bebía, miraba la mano del capitán, pecosa, de puntiagudas uñas, aprisionada en los puños por el botón de la camisa de lana; veía esa mano que elevaba el vaso, los labios anchos y desgarrados que tocaban el borde y cómo el vino iba resbalando por la garganta de obrero o de estatua, cuya nuez bajaba y subía.

Luego hablaron del medicamento que había sobre la mesita de noche, un jugo oscuro del que Peeperkorn tomó una cucharada que madame Chauchat le había ofrecido, después de recordarle que era la hora. Se trataba de un febrífugo que contenía principalmente quinina.

Peeperkorn lo hizo probar a su visitante para que apreciase el gusto característico, el sabor amargo de aquella preparación, e hizo el elogio de la quinina, que era bienhechora, no sólo porque destruía los gérmenes y ejercía una influencia saludable sobre el calor general, sino porque debía ser apreciada también como tónico: reducía la eliminación de albúminas, favorecía la asimilación; en suma, era una bebida deleitosa, un verdadero medicamento que confortaba, reanimaba, pero que era también un estupefaciente. Y comenzó a bromear de un modo grandioso, semejante, como la noche anterior, a un sacerdote pagano que bailase.

Sí, una materia magnífica era esa corteza antifebril. No hacía todavía tres siglos que la farmacopea de nuestro continente la conoció, y no hacía aún cien años que la química había descubierto, hasta cierto punto analizado, el alcaloide al que debía sus virtudes: la quinina. Pero la química no podía pretender que hubiese dilucidado completamente la constitución de ese medicamento, ni que fuese capaz de producirlo artificialmente. Nuestra farmacopea hace bien en no presumir de su ciencia, pues, pasa lo mismo en muchas otras materias. Sabía ciertas cosas del dinamismo de los efectos producidos por los cuerpos, pero la cuestión de saber a qué son debidos esos efectos la pone muchas veces en un aprieto.

El joven podía estudiar la toxicología, podía estudiar las propiedades elementales que determinaban los efectos de lo que se llamaban tóxicos. ¡Pero nadie podría decirle nada! Hay, por ejemplo, los venenos de las serpientes, sobre los cuales no se sabe más que lo siguiente: que esas secreciones animales son sencillamente combinaciones de albúmina que se componen de diferentes albuminoides, los cuales no producen su efecto fulminante más que a una dosis determinada, es decir, absolutamente indeterminada. Producen efectos sorprendentes en la circulación de la sangre, puesto que no estamos acostumbrados a considerar la albúmina como un veneno. Pero la materia contiene, al mismo tiempo, la vida y la muerte. Todos son, a la vez, remedros y venenos, la medicación y la toxicología; son una sola y misma cosa, se cura con venenos, y lo que se consideraba como una fuerza vital puede, en

ciertas condiciones, matar en un solo espasmo, en el espacio de un segundo.

Habló con insistencia y con una coherencia excepcional de los venenos y las antitoxinas, y Hans Castorp le escuchaba, inclinado, menos absorto por el contenido del discurso, que parecía interesar mucho a Peeperkorn, que por el estudio, en silencio, de las manifestaciones de su personalidad que eran tan inexplicables como los efectos de los venenos de las serpientes.

El dinamismo era lo importante en el mundo de la materia; todo es dinamismo, decía Peeperkorn, lo demás está condicionado a él. La quinina también era un medicamento-veneno, incluso más poderoso que ningún otro. Cuatro gramos de quinina producían sordera, vértigo, cortaban la respiración, turbaban la vista como la atropina, embriagaban como el alcohol, y los obreros que trabajaban en las fábricas de quinina tenían los ojos inflamados, los labios hinchados y sufrían erupciones.

Y comenzó a hablar de la quinina de las selvas vírgenes de la Cordillera, patria de ese árbol, a tres mil metros de altura. Se trajo esa corteza a España, muy tardíamente, bajo el nombre de «polvos de los padres jesuitas»; esa corteza, cuyas virtudes conocían, desde los tiempos más remotos, los indígenas de Sudamérica.

Describió las formidables plantaciones de quina que el gobierno holandés posee en Java, y los millones de libras de corteza roja y semejante a la canela que cada año eran embarcados hacia Amsterdam o Londres.

La corteza, y en general los tejidos de las plantas silvestres, desde la epidermis hasta el meollo poseían extraordinanas virtudes dinámicas, tanto para el bien como para el mal. Los pueblos de color eran muy superiores a los nuestros desde el punto de vista del conocimiento de las drogas. En algunas islas, al este de Nueva Guinea, los jóvenes se preparaban un filtro de amor con la corteza de un determinado árbol, probablemente un árbol venenoso, como el antiaris toxicaria de Java, que se parecía al manzanillo y emponzoña el aire con sus emanaciones aturdiendo mortalmente a los hombres y a los animales. Machacaban la corteza de ese árbol, mezclaban el polvo así obtenido con nuez de coco, envolvían esa mezcla en una hoja y la cocían. Durante su sueño vertían sobre la mujer cruel que adoraban esa sustancia, y ella se sentía presa de amor. A veces era la corteza de la raíz lo que poseía el poder, como en el caso de una liana del archipiélago malayo, llamada *Strychnos Tieuté*, por medio de la cual los indígenas preparaban, añadiendo veneno de serpiente, el *Upas radscha*, una droga que, introducida en la circulación de la sangre, por ejemplo, por medio de una flecha, producía una muerte instantánea, sin que nadie pudiera decir cómo. Sólo se sabía que, en relación al dinamismo, el *Upas* era muy cercano a la estricnina… Peeperkorn —que había terminado por sentarse a la cama y que elevaba de vez en cuando con su mano temblorosa de capitán el vaso de vino hasta sus labios desgarrados, para beber a grandes sorbos—, habló del *Strychnos* de la costa de Coromandel, cuyas bayas color naranja —la nuez vómica— contenían el alcaloide

más dinámico: la estricnina. Habló en voz baja y con las cejas arqueadas de ese follaje extraordinariamente brillante y de las flores de un amarillo verdoso de ese árbol, de tal manera que el joven Hans Castorp tuvo ante él una imagen a la vez triste e histérica y se sintió un poco inquieto.

Madame Chauchat intervino entonces en la conversación, haciendo notar que Peeperkorn se fatigaba y que tendría, de nuevo, fiebre. Sentía interrumpir la entrevista, pero se veía obligada a rogar a Hans Castorp que la diesen por terminada por ese día.

Éste obedeció, como era natural; pero después de los accesos de la cuartana, durante los meses que siguieron, se le vio sentado junto a la cama de ese hombre principesco, mientras madame Chauchat vigilaba discretamente la entrevista o tomaba parte en la conversación. E incluso los días en que Peeperkorn no tenía fiebre, Hans Castorp pasaba unas horas con él y su compañera de viaje.

Cuando el holandés no se hallaba en la cama, reunía en torno suyo después de la comida un pequeño círculo de pensionistas escogidos del Berghof, para jugar, beber y dedicarse a toda suerte de diversiones, bien en el salón o en el restaurante, y Hans Castorp ocupaba su sitio de costumbre entre la lánguida mujer y el hombre magnífico.

Daban igualmente paseos por el campo, uniéndose a ellos los señores Ferge y Wehsal, y luego Settembrini y Naphta, los dos adversarios a los que encontraron un día y que Hans Castorp se sintió verdaderamente satisfecho de poder presentar a Peeperkorn, lo mismo que a Clawdia Chauchat, sin preocuparse para nada de saber si esa presentación y esas relaciones serían agradables o no a los antagonistas, y con la secreta convicción de que tenían necesidad de un objetivo pedagógico y que preferían acoger bien a sus compañeros indeseables que renunciar a discutir delante de él.

En efecto, no se equivocaba respecto al presentimiento de que los miembros de su círculo de amigos se acostumbrarían a no acostumbrarse los unos a los otros. Se producían, naturalmente, entre ellos, diferencias, incompatibilidades, incluso una tácita hostilidad, y nos sorprende a nosotros mismos que nuestro insignificante héroe consiguiese agruparlos en torno suyo. Nos lo explicamos por su afabilidad, por sus impulsos que le hacían considerar que todo era interesante y principalmente por su carácter sociable, que no sólo lo unía a las personas y a las responsabilidades más diversas, sino que producía también la unión entre ellas.

¡Singulares relaciones! Nos sentimos tentados a hacer aparecer por un instante los embrollados hilos que las movían y que Hans Castorp mismo, durante los paseos, observaba con los ojos astutos y benevolentes.

Se hallaba con ellos el desgraciado Wehsal, que deseaba ardientemente a madame Chauchat y adulaba bajamente a Peeperkorn y a Hans Castorp. Al primero, a causa de su soberanía presente, y al segundo, en consideración a su pasado. También estaba

Clawdia Chauchat, la viajera enferma y bella, la sierva de Peeperkorn, un poco inquieta y secretamente despechada al ver al caballero de una lejana noche de Carnaval intimando con su dueño y señor. ¿No hacía pensar esa irritación en la que se manifestaba en sus relaciones con Settembrini, con ese gran hablador y humanista que le era tan antipático y al que consideraba presuntuoso e inhumano? Madame Chauchat hubiera preguntado con mucho gusto a Settembrini qué palabras había pronunciado con desdén en ese idioma mediterráneo que ella apenas comprendía, al joven alemán tan correcto, a ese lindo burgués de buena familia y de la lesión húmeda, cuando éste se disponía a acercarse a ella.

Hans Castorp, perdidamente enamorado, como vulgarmente se dice, no en el sentido de esa expresión, sino amando como se ama cuando el amor está prohibido y no hay manera de cantar las tranquilas cancioncillas de la llanura, tristemente enamorado por consiguiente, y por lo tanto sumiso, sufriendo en silencio y procurando ser servicial, era sin embargo, un hombre capaz de conservar, incluso en la esclavitud, la suficiente malicia para darse perfecta cuenta del valor que su adhesión podía tener a los ojos de la enferma del lánguido andar y de los ojos de tártaro embrujadores. Madame Chauchat sospechaba esa posición de Hans Castorp, y si se hubiese fijado en la actitud de Settembrini, hubiera visto confirmada su sospecha; pero ella era demasiado distraída para eso, todo lo distraída que permitía la urbanidad humanista.

Pero lo peor, a los ojos de Hans Castorp, estaba en sus relaciones con Naphta, de las cuales ella esperaba mucho, pero que sin duda le defraudaron. A veces, Clawdia y el hombrecillo sostenían una conversación aparte; hablaban de libros, de problemas de filosofía y política, y los dos trataban esos asuntos dentro de un espíritu extremista. El terrorismo español de Naphta armonizaba, en el fondo, bastante mal con la humanidad vagabunda y despreocupada de madame Chauchat. Y Naphta añadía a esto un elemento todavía más sutil, una hostilidad ligera y apenas perceptible respecto a ella. Madame Chauchat mantenía relaciones con los dos adversarios, Settembrini y Naphta —cosa que se explicaba perfectamente su caballero del Carnaval—. El mal humor del pedagogo respecto a la mujer constituía el elemento turbador de esas relaciones, creando una hostilidad secreta y de principio; pero esa hostilidad quedaba neutralizada por sus sentimientos comunes de pedagogos y les acercaba el uno al otro.

¿No había también un poco de esa hostilidad en la actitud que los dos pedagogos adoptaban respecto a Mynheer Peeperkorn? Hans Castorp creía observarlo, tal vez porque lo había maliciosamente previsto, y en suma había deseado unir en el círculo a sus dos «consejeros de gobierno», como decía a veces en broma, y estudiar el efecto de esa confrontación.

Mynheer no era tan impresionante al aire libre que dentro de la casa. El ancho

sombrero de fieltro, que se hundía sobre la trente y que ocultaba sus largos mechones blancos y los amplios dibujos de su frente, empequeñecía sus facciones, las contraía en cierto modo, haciendo incluso desaparecer la majestad de su nariz, que se enrojecía.

Era más imponente cuando permanecía inmóvil que cuando andaba. Tenía la costumbre de apoyar todo su cuerpo en una de las piernas a cada paso que daba, lo que hacía pensar en un buen anciano más bien que en un gran rey. Además, no andaba erguido, sino encorvado. Sin embargo, dominaba en más de un palmo tanto a Lodovico como al pequeño Naphta, y este hecho no era el único por el que su presencia pesaba sobre la existencia de los dos políticos de un modo tan definitivo como Hans Castorp había previsto.

Era una presión, una disminución, un prejuicio que hacía de la comparación, cosas perceptibles para un observador malicioso, pero seguramente también perceptibles a los interesados, tanto a los hombres tímidos como a los orgullosos. Peeperkorn trataba a Naphta y a Settembrini con una corrección y atención extremas, con un respeto que Hans Castorp hubiera calificado de irónico, si no hubiese tenido la sensación de que aquella actitud no se concillaba con la idea de un hombre de su talla. Los reyes no conocen la ironía, ni siquiera en el sentido de un procedimiento retórico directo y clásico, y mucho menos en un sentido complicado. Era más bien una burla a la vez sutil y magnífica lo que, bajo una apariencia de serenidad un tanto exagerada, caracterizaba la conducta del holandés respecto a los amigos de Hans Castorp.

—Sí, sí —decía, por ejemplo, amenazándolos con el dedo, inclinando la cabeza y sonriendo con aire burlón—. Son… Son… Señoras y señores, llamo su atención… *Cerebrum*.… cerebral. ¡Ya me entienden…! No… No…, perfectamente, extraordinario, es eso…, se ve claramente…

Los otros vagaban intercambiando miradas que luego se elevaban desesperadamente hacia el cielo y que después buscaban los ojos de Hans Castorp, pero éste procuraba hacerse el desentendido.

Ocurría que Settembrini pedía directamente cuentas a su discípulo y manifestaba así su inquietud de pedagogo:

—¡En nombre de Dios, ingeniero! ¡Es un viejo estúpido! ¿Qué le encuentra usted de extraordinario? ¿En qué puede serle útil? No lo comprendo. Todo estaría claro, sin que pudiese por otra parte alabarlo, si usted se limitase a tolerarle, si buscase por su mediación, la compañía de la que momentáneamente es su querida. Pero es imposible no darse cuenta de que usted se ocupa de él tanto como de ella. Ayúdeme a comprender, se lo ruego…

Hans Castorp se echó a reír.

—¡Absolutamente! —dijo—. Perfectamente… Parece que… Permítame… ¡Bien!

—Y se esforzaba en imitar los gestos de Peeperkorn—. Sí…, sí… —Y seguía riendo—. Eso le parece estúpido, señor Settembrini; de todos modos, es muy poco claro, lo que a sus ojos debe de ser peor que estúpido. ¡Ah, la tontería! ¡Hay tantas clases distintas de tontería! Y la inteligencia no es seguramente la mejor clase… ¡Me parece que he dicho algo, que he pronunciado una frase! ¿Le gusta?

—Mucho. Espero con impaciencia la publicación de sus aforismos. Tal vez estoy todavía a tiempo de rogarle que tenga en cuenta ciertas consideraciones, que ya estudiamos un día, sobre el peligro que la paradoja encierra para el hombre.

—No dejaré de tenerlo en cuenta, señor Settembrini. No, no me dedico en modo alguno a cazar paradojas. Quería sencillamente decirle que existen muchas dificultades para discernir la estupidez de la inteligencia. Es tan difícil de distinguir, tan confuso… Lo sé perfectamente, usted odia el *guazzabuglio* místico y se atiene al juicio, a las valoraciones, y en esto le doy la razón. Pero distinguir la estupidez de la inteligencia constituye a veces un misterio y en ocasiones tenemos derecho a ocuparnos de misterios, admitiendo que sea con el sincero deseo de profundizar dentro de la medida posible. Voy a hacerle una pregunta: ¿Puede negar que se nos mete a todos en el bolsillo, absolutamente a todos? Me expreso de un modo vulgar, pero según parece, creo que no puede negarlo. Se nos mete a todos en el bolsillo y tiene indudablemente, no se por qué, el derecho de burlarse de nosotros. ¿Por qué? Seguramente no es por privilegio de su inteligencia. Le concedo que no puede hablarse de inteligencia. Es un hombre sensible, pero sus ideas son confusas; no es a fuerza de inteligencia como nos domina, no es por la lógica de sus pensamientos. No es por eso; pero tampoco nos domina por razones físicas. No es por sus hombros de capitán, ni por su fuerza muscular y brutal, ni porque podría derribarnos a todos de un puñetazo. No se le ocurre pensar en lo que sería capaz de hacer y, si alguna vez piensa en ello, bastan unas palabras civilizadas para calmarle… No se trata, por lo tanto, de cualidades físicas. Sin embargo, no cabe dudar, el cuerpo desempeña un papel en todo eso, no en el sentido de la fuerza muscular, sino en otro sentido, en un sentido místico, y el elemento físico se cambia en elemento espiritual, o inversamente, de manera que ya no puede distinguirse la bestialidad de la inteligencia, pero el efecto, el dinamismo, se produce y se nos mete a todos en el bolsillo. Y no podemos disponer más que de una palabra para expresar eso, decimos: «personalidad». Sin duda nos servimos apropiadamente de esa palabra, pues todos somos personalidades, morales y jurídicas, o lo que usted quiera. Pero es precisamente eso lo que quiero decir. Quiero referirme a un misterio que está más allá de la inteligencia y la bestialidad, y del cual debemos preocuparnos, bien para penetrarlo en la medida de lo posible, o bien para nuestra edificación. Y si tiene en cuenta los valores positivos, la personalidad es, en definitiva, un valor positivo, más positivo que la brutalidad y la inteligencia, un positivo de primer orden, de un modo

absoluto, como la vida. En una palabra, es un valor de la vida y debe interesarnos de un modo especial. Esto es lo que creo debo decir en respuesta a lo que usted ha dicho respecto a la tontería.

Desde hacía algún tiempo, Hans Castorp no se turbaba ni se desorientaba cuando exponía sus ideas. Llegaba hasta el final de su replica sin bajar la voz, seguía su camino como un hombre, hasta poner el punto final a pesar de que todavía se ruborizaba y que, en secreto, temiese un poco el silencio crítico que seguía a sus palabras, y durante el cual tenía tiempo para avergonzarse. Settembrini hizo durar ese silencio y luego dijo:

—Usted niega de hecho las paradojas. Pero sabe perfectamente que no me gusta verle proseguir los misterios. Haciendo de la personalidad un misterio corre el peligro de caer en la idolatría. Usted venera a una máscara. Usted ve una mística donde no hay más que una mixtificación. Nos hallamos en presencia de una de esas formas vacías y engañosas por medio de las cuales el demonio del cuerpo se complace a veces en burlarnos. ¿Nunca ha frecuentado la sociedad de los comediantes? ¿No conoce esas cabezas de actores que reúnen los rasgos de Julio César, de Goethe y de Beethoven, y cuyos felices posesores, inmediatamente que abren la boca, no hacen más que revelar que son los más lamentables seres que pueden existir sobre la tierra?

—¡Bien! Un juego de la naturaleza —dijo Hans Castorp—. Pero no es sólo eso, no es únicamente un engaño, pues cuando esos hombres son actores, es preciso que tengan talento, y el talento es superior a la inteligencia y a la estupidez, y también es un valor de la vida. Mynheer Peeperkorn tiene también talento, a pesar de lo que usted diga, y gracias a su talento se nos mete a todos en el bolsillo. Coloque en una habitación al señor Naphta y hágale pronunciar una conferencia que sea de gran interés, una conferencia sobre Gregorio el Magno y sobre el reino de Dios. En el otro extremo de la habitación ponga a Peeperkorn con su boca extraña y las cejas arqueadas, sin decir más que «Absolutamente… Permítanme… ¡Clasificado!» Ya lo verá, el público se agolpará en torno a Peeperkorn; todo el mundo a excepción de Naphta, que se quedará solo con su inteligencia y su reino de Dios, a pesar de que se exprese con una claridad tal que nos penetre hasta la médula.

¿No le avergüenza adorar, hasta este punto, el éxito? —preguntó Settembrini—. *Mundus vult decipi*. No pido que se reúnan en torno a Naphta, pues se trata de un espíritu pernicioso que puede extraviarlos. Pero me siento inclinado a declararme su partidario en presencia de la escena imaginaria que usted ha descrito y que parece que aprueba de un modo censurable. Puede despreciar la claridad, la precisión, la lógica, el lenguaje humano y articulado, para preferir un galimatías, un charlatanismo intuitivo…, pero sin duda es usted un hombre perdido.

—Le aseguro que habla de un modo muy coherente cuando se anima —dijo Hans Castorp—. Me habló recientemente de drogas dinámicas y árboles venenosos

asiáticos. Era tan interesante que me llegaba a producir una impresión siniestra, y lo que iba diciendo se hacía todavía más notable a causa del efecto producido por su personalidad. Era, a la vez, interesante y siniestro.

—Naturalmente, ya conocemos su debilidad por las cosas asiáticas —respondió Settembrini—. Yo no puedo ofrecerle milagros de ese género.

Settembrini había hablado con tanta amargura que Hans Castorp se apresuró a manifestar que las ventajas que había sacado de las enseñanzas de Settembrini eran de un orden completamente distinto, y que nadie podía atreverse a hacer comparaciones que serían injustas para ambas partes.

Pero el italiano desdeñó esos cumplidos y continuó diciendo:

—De todos modos, me permitirá, ingeniero, que admire su objetividad y tranquilidad de espíritu. Casi llega a lo grotesco, creo que estará conforme, pues las cosas, tal como se presentan… Al fin y al cabo, ese grandullón le ha robado a Beatrice… Llamo a las cosas por su nombre… ¿Y usted…? Eso no tiene precedentes.

—Diferencias de temperamento, señor Settembrini. Diferencias de la raza, en lo que se refiere a la galantería caballeresca y al ardor de la sangre. Naturalmente, usted, como hombre del sur, habría recurrido al veneno o al puñal, y en todo caso daría a la aventura un carácter mundano y apasionado; en una palabra, usted obraría como un gallo. Eso sería sin duda muy viril y galante, pero respecto a mí, la cosa es diferente. Yo no soy viril hasta el punto de ver en el rival más que el macho enamorado de la misma mujer; en realidad, tal vez no soy nada viril, o al menos no lo soy de esa manera que llamo a pesar mío, «mundana», no sé por qué. Me pregunto de todo corazón si tengo algo que reprocharle. ¿Me ha ofendido en algo? Una ofensa debe hacerse con intención; de lo contrario, ya no es ofensa. Respecto al hecho tendría que dirigirme a ella. Pero yo no tengo ningún derecho, ni de un modo general ni particularmente, en lo que se refiere a Peeperkorn. En primer lugar, es una personalidad, lo que significa algo para las mujeres, y en segundo lugar no es un civil como yo, es una especie de militar, como mi primo, es decir, que tiene pundonor, es el sentimiento, la vida… Digo tonterías, pero prefiero embrollarme un poco y expresar las cosas difíciles a medias, antes de apelar a los lugares comunes tradicionales. Tal vez hay algún rasgo militar en mi carácter, si me permite decirlo así…

—Dígalo, dígalo —manifestó Settembrini—. En todo caso, sería un rasgo digno de alabanza. El valor de conocerse y expresarse, es literatura, humanismo…

Y se separaron sin añadir más. Settembrini había dado al debate un aire conciliador y tenía excelentes razones para hacerlo. Su posición, en efecto, no era inatacable, y no hubiese sido prudente por su parte el llevar demasiado lejos la severidad. Una conversación que versaba sobre los celos constituía un terreno muy resbaladizo para él. En un momento dado, había tenido que contestar que, desde el

punto de vista pedagógico, sus relaciones con el hombre no eran de un carácter exclusivamente social, y que el soberano Peeperkorn aparecía en un plano de igualdad con Naphta y con madame Chauchat. Y en definitiva no podía esperar sustraer a su discípulo a la influencia y la superioridad natural de una personalidad a la que el tampoco podía escapar de sus debates intelectuales.

La conversación era mucho más difícil cuando versaba sobre asuntos elevados, cuando discutían y llamaban la atención de los transeúntes con sus debates a la vez elegantes y apasionados, académicos, pero mantenidos en un tono como si se tratase de una actualidad candente, de una importancia vital, debate que mantenían ellos solos, pues, mientras duraban, el «gran in folio» se hallaba, en cierto modo, neutralizado porque no podía tomar parte más que con exclamaciones de sorpresa, frunciendo el entrecejo y diciendo cosas incoherentes, absurdas y burlonas. Pero incluso en esas condiciones ejercía presión, arrojaba su sombra sobre la discusión, de manera que esta parecía perder algo de su brío; la alteraba, oponía algo a todos y de este modo no favorecía a ninguna de las dos causas, haciendo perder a la querella su importancia capital, e incluso —titubeamos en decirlo— la hacía parecer vana. O más bien, la sutil controversia continuada a todo trance se refería secretamente, de una manera subterránea e indeterminada, al «in folio» que marchaba a su lado, y su magnetismo debilitaba el alcance. No podía caracterizarse de otro modo ese fenómeno misterioso y muy desagradable para los dos adversarios. La discusión hubiera adquirido una mayor intensidad si Peeperkorn no hubiese estado allí o se hubiera visto obligado a tomar parte en ella de una manera mucho más clara poniéndose, por ejemplo, del lado de Leo Naphta, que defendía el carácter revolucionario de la Iglesia contra la tesis de Settembrini, que no quería ver en esta potencia histórica más que la protectora de las formas absurdas del conservadurismo, y que pretendía que todas las tendencias favorables a la vida y al porvenir, todas las potencias de revolución y renovación, habían salido de los principios claros, científicos y progresivos de la época gloriosa del renacimiento de la civilización, y persistía en esta profesión de fe con una fuga de palabras y gestos.

Con palabras mordientes, Naphta se esforzó entonces en demostrar —y lo demostró con una evidencia cegadora—, que la Iglesia, encarnación del principio del ascetismo religioso, estaba, en sustancia, muy lejos de querer la defensa y el apoyo de lo que quería persistir: la cultura humana, por consiguiente, los principios jurídicos del Estado; por el contrario, ella mantenía constantemente el principio revolucionario más radical, la transformación más completa y que, en resumen, todo lo que se consideraba digno de ser conservado, todo eso que los débiles, los cobardes, los conservadores, los burgueses intentaban mantener —el Estado, la familia, el arte y la ciencia profana— había estado siempre en oposición consciente con la idea religiosa, con la Iglesia, cuya tendencia inicial y objetivo invariable era la disolución de las

órdenes temporales y la reorganización de la sociedad según el modelo del reino ideal y comunista de Dios.

Settembrini tomó de inmediato la palabra e hizo de ella un buen uso. Tal confusión de la idea revolucionaria, luciferina, con la sublevación general de todos los malos instintos, era deplorable. El espíritu innovador de la Iglesia había consistido, durante siglos, en perseguir por la Inquisición al pensamiento fecundo, estrangularlo, ahogarlo en el humo de las hogueras y hoy se hacía proclamar revolucionaria por sus mensajeros, pretendiendo que su objetivo era reemplazar la libertad, la civilización y la democracia por la dictadura de la plebe y la barbarie. En efecto, había en eso un ejemplo de consecuencia contradictoria, de contradicción consecuente…

Naphta objetó que su contrincante no dejaba de cometer contradicciones análogas. Demócrata, según su opinión, no manifestaba mucha simpatía hacia el pueblo, por el contrario, daba muestras de una pretensión aristocrática censurable al calificar de «plebe» al proletariado universal llamado a una dictadura provisional. Pero cuando se manifestaba demócrata era cuando se enfrentaba con la Iglesia, que era la potencia más noble de la historia de la humanidad, noble en el sentido supremo y más elevado, en el sentido espiritual. Pues el espíritu ascético —si es posible servirse de ese pleonasmo—, el espíritu de la negación y la aniquilación del mundo era la nobleza por excelencia, el espíritu en su estado más puro. No podía ser popular, y por eso la Iglesia había sido siempre en el fondo impopular. Por poco que Settembrini investigase en la literatura de la Edad Media, descubriría la violenta antipatía que el pueblo —el pueblo en el sentido más amplio— sentía respecto al estado eclesiástico. Existían, por ejemplo, ciertas figuras de frailes, imaginados por poetas populares, que habían opuesto de una manera ya muy luterana el vino, las mujeres y las canciones a la idea del asceticismo. Todos los instintos del heroísmo profano, todo el espíritu guerrero y, además, la poesía galante, se habían hallado en conflicto más o menos abierto con la idea religiosa y, por consiguiente, con las jerarquías. Todo eso era el «siglo» y el espíritu plebeyo en comparación con la nobleza espiritual representada por la Iglesia.

Settembrini agradeció a su contrincante que le refrescara la memoria. El monje Ilsan, en el *Jardín de las rosas*, era en efecto muy sabroso en lo que se refiere al aristocratismo de la tumba, y no era un partidario del reformador alemán al que acababa de aludir. Pero estaba dispuesto a defender con ardor todo el individualismo democrático, que era la base misma de su doctrina, contra toda forma de feudalismo espiritual y acaparamiento de la personalidad.

—¡Eh, eh, un momento! —exclamó, de pronto, Naphta. Su interlocutor quería insinuar que la Iglesia era muy poco demócrata, que no tenía el sentido del valor de la personalidad humana. ¿Y qué hacía con la tan humana ausencia de prejuicios del

derecho canónico, que no había exigido más que el pertenecer a la comunidad de la Iglesia y la fidelidad al dogma, mientras el derecho romano había hecho depender del estado de ciudadano el ejercicio del derecho de la posesión, y mientras el derecho germánico lo había unido a la nacionalidad y a la libertad personal? La Iglesia se había liberado de todas las consideraciones sociales y públicas, declarando a los esclavos, a los prisioneros de guerra y a los siervos, capaces para testar y heredar.

—Este aspecto —observó Settembrini, mordazmente— habrá sido mantenido con el secreto pensamiento del diezmo cobrado sobre cada herencia.

Habló luego de demagogia clerical, atribuyó a una potencia desprovista de escrúpulos el hecho de que la Iglesia crease de nuevo a Caronte cuando los dioses se apartaban de ella y afirmó que lo que importaba a la Iglesia era aparentemente la cantidad de alma más que su calidad, o que permitía deducir que se hallaba falta de nobleza espiritual.

¿La Iglesia falta de nobleza? Naphta llamó entonces la atención de Settembrini sobre el aristocratismo inflexible que se inspiraba en el principio de la herencia de las taras, la transmisión de una falta grave a los descendientes que, democráticamente hablando, eran sin embargo inocentes: el oprobio que durante toda su vida pesaba, por ejemplo, sobre los hijos naturales privados de todo derecho.

El italiano le rogó que no insistiese porque sus sentimientos humanos se sublevaban contra tal estado de cosas y, además, porque estaba cansado de los artificios de apologética de su adversario, que reconocía el culto infame y diabólico de la nada que quería ser llamado «espíritu», y pretendía hacer de la impopularidad confesada del principio ascético una cosa legítima y sagrada.

En este momento, Naphta pidió permiso para echarse a reír. ¡Hablar del nihilismo de la Iglesia! ¡Del nihilismo del sistema de gobierno más realista de la historia del mundo! ¿No se había dado cuenta, el señor Settembrini, de ese soplo de ironía humana con que la Iglesia hacía a la carne concesiones incesantes, ocultando bajo una condescendencia comprensiva las últimas consecuencias del principio y dejando reinar el espíritu como una influencia reguladora, sin forzar severamente la naturaleza? ¿No había tampoco oído hablar de ese sutil concepto de la «indulgencia», que se extendía incluso a un sacramento, el del matrimonio, que no era en modo alguno un bien positivo, como los otros sacramentos, sino simplemente una defensa contra el pecado, concedida para moderar los apetitos de los sentidos y la intemperancia, de manera que el principio ascético, el ideal de la castidad, era mantenido sin que se violentase a la carne con un rigor poco diplomático?

El señor Settembrini no podía dejar de protestar contra ese abominable concepto de la «política», contra ese gesto de una indulgencia y una prudencia presuntuosa que pretendía acaparar del espíritu —o lo que era presentado corno tal— obrando, respecto a su contrario culpable políticamente, cuando en realidad no había necesidad

alguna de esa indulgencia envenenada. Settembrini protestaba contra la maldita duplicidad de un concepto ontológico que poblaba el universo de demonios. Comenzó a hablar sobre la inocencia de la voluptuosidad —lo que hizo pensar a Hans Castorp en el pequeño desván del humanista con su pupitre, sus sillas de enea y la botella de agua—, mientras Naphta afirmaba que no había voluptuosidad sin pecado, y que la naturaleza tenía motivos para mostrarse inquieta ante el espíritu, definiendo luego la política de la Iglesia y la indulgencia del espíritu como «amor», a fin de refutar el nihilismo del principio ascético. Y Hans Castorp juzgó que la palabra «amor» armonizaba muy mal con la aparición del enjuto y violento Naphta.

Parecía que esas discusiones nunca terminarían. Hans Castorp ya conocía el juego, y nosotros, como él, hemos escuchado para darnos cuenta del aspecto que adquiría una de esas discusiones peripatéticas a la sombra de la «personalidad» que acompañaba a los paseantes, y cómo esa presencia hacía moderar secretamente el debate. La necesidad de tener en cuenta dicha presencia hacía que se apagase la chispa que de vez en cuando brillaba, y que se produjese esa sensación de descorazonamiento que se apodera de nosotros cuando queda interrumpida la corriente eléctrica. Ya no había crepitaciones, chispas, ni corriente; Hans Castorp se daba cuenta de esto con sorpresa y curiosidad.

¡Revolución y conservación…! Y las miradas se fijaban en Peeperkorn. Se le veía andar, menos majestuoso, con el paso indeciso, y el sombrero inclinado sobre la frente. Movía sus gruesos labios desigualmente rasgados y se le oía decir, designando irónicamente a los interlocutores:

—¡Sí, sí, sí! *Cerebrum*, cerebral, ¿me comprenden? Eso es. Por otra parte, es evidente…

Y la corriente quedaba cortada. Entonces se buscaba otro tema más apasionante. Hablaban del «problema aristocrático», de la popularidad y la nobleza. Pero la chispa no saltaba. Como por arte de magia la conversación adquiría un carácter personal. Hans Castorp veía al compañero de viaje de Clawdia tendido en su cama, bajo la colcha de seda roja, con su camiseta de punto sin cuello, que le daba un aspecto de proletario y a la vez casi imperial y después de algunos sobresaltos el resorte de la disputa se rompía. Negación y culto de la nada por una parte, afirmación eterna y amor del espíritu hacia la vida, por la otra. ¿Dónde quedaba entonces el resorte, la chispa y la corriente eléctrica cuando miraban a Peeperkorn, cosa que ocurría indefectiblemente a causa de una atracción secreta?

Hans Castorp comprobaba que se trataba sencillamente de un misterio. Para su colección de aforismos podía anotar solamente que se trataba de un misterio, y un misterio no se expresa por medio de palabras sencillas.

Sin embargo, para expresar el misterio en cuestión, podía decirse sencillamente que Peeperkorn, con su máscara imperial y cubierta de arrugas, con su boca

desfigurada por una mueca amarga, era partidario de los dos bandos, y que estos se anulaban en él cuando se le miraba. ¡Así ocurría con ese estúpido anciano, con ese cerebro soberano! Paralizaba el nervio de la controversia, no embrollaba las cosas como Naphta, ni se mostraba ambiguo. Estaba hecho de una materia positiva, el misterio estaba más allá de la estupidez y la inteligencia; más allá de la antítesis que Settembrini y Naphta evocaban para obtener la alta tensión necesaria a sus objetivos pedagógicos.

La personalidad no era, al parecer, educadora y, sin embargo, ¡qué hallazgo constituía para alguien que viajaba con objeto de educarse! Era extraño observar esa duplicidad de un rey cuando los querellantes hablaban del matrimonio y el pecado, del sacramento y la indulgencia, del pecado y la inocencia de la voluptuosidad, inclinaba la cabeza sobre el pecho, sus labios se entreabrían dolorosamente, la nariz se dilataba, los pliegues de la frente se hacían más profundos, y sus ojos se agrandaban con una pálida mirada de sufrimiento. ¡Era la imagen completa de la amargura!

Y en ese mismo instante, esa cara de mártir se hacía voluptuosa. La inclinación oblicua de la cabeza se hacía maliciosa, los labios todavía abiertos sonreían impúdicamente y el hoyuelo de sibarita, ya observado en otras ocasiones, aparecía en su mejilla. El sacerdote pagano y el danzante estaban allí, y mientras con la cabeza designaba burlonamente hacia la dirección intelectual, se le oía decir:

—¡Toma, toma, toma! ¡Perfectamente! Eso es, efectivamente… cosas nuevas… El sacramento de la voluptuosidad, ¿comprendes?, ¿lo comprenden, verdad?

Sin embargo, como ya hemos dicho, los amigos y los maestros destituidos de Hans Castorp se encontraban todavía en una situación relativamente favorable mientras pudiesen discutir. Se hallaban en su elemento, mientras que el «hombre de gran talla» no estaba en el suyo y no cabía indecisión alguna sobre el papel en que se hallaba en este caso. La situación les era netamente ventajosa cuando no se trataba ya del ingenio, de palabras y de espíritu, sino de cosas terrenales y prácticas, de cuestiones y cosas que ponían a prueba la naturaleza del soberano. Entonces los discutidores eran derrotados, se sumían en la sombra, se convertían en cosas insignificantes, y Peeperkorn tomaba el cetro, determinaba, decidía, ordenaba, delegaba… ¿Es acaso extraño que intentase llevar las cosas por ese camino y salir de la logomaquia? Sin duda sufría cuando ésta se prolongaba, cuando duraba demasiado tiempo. Pero no sufría por vanidad. Hans Castorp estaba seguro de ello. La vanidad no es algo grande y la grandeza no puede por tanto ser vanidosa. No, la sed de realidades palpables que sufría Peeperkorn era debida a otras razones, a su «temor», a su celo, a ese celo y a ese punto de honor que Hans Castorp había invocado en sus conversaciones con Settembrini y que quiso presentar como un rasgo en cierta manera militar.

—Señores —decía el holandés, elevando su mano de capitán con un gesto imperioso—. ¡Bien, señores! Perfecto, muy notable. El ascetismo, la indulgencia, la voluptuosidad… Desearía… ¡Absolutamente! Muy importante. Muy discutible. Pero, permítanme, temo que nos hagamos culpables de un grave… Intentamos escapar. Señores, escapamos de una manera injustificable de los más sagrados… —Y respiraba profundamente—. Ese aire, señores, ese aire anunciador de *foehn* que respiramos hoy nos penetra con su delicado aroma primaveral, cargado de presentimientos y recuerdos; no deberíamos aspirarlo para luego espirarlo en forma de… Se lo ruego, no deberíamos hacer eso. Es una ofensa. A él sólo queremos consagrar nuestra completa… ¡Clasificado, señores! Para celebrar dignamente sus virtudes, deberíamos con este pecho… Me interrumpo en honor… —Y permanecía de pie un poco retrasado, proyectando la sombra de su sombrero sobre los ojos, y todos seguían su ejemplo—. Llamo su atención hacia esa altura, hacia esa gran altura, hacia ese punto negro de allá arriba, por encima de ese azul extraordinario que tiende al negro… Es un pájaro de presa, un gran pájaro de presa. Señores, y tú, hija mía, ¡es un águila! Llamo decididamente su atención. ¡Miren! No se trata de un buitre. Si ustedes fueran tan cortos de vista como yo a medida que… Sí, seguramente, hija mía, a medida que yo me… Mis cabellos son blancos, es cierto… Ustedes pueden ver, lo mismo que yo, la forma redondeada de las alas. Un águila, señores, un águila imperial. Se cierne sobre nosotros, sin mover las alas a una altura prodigiosa, y sus ojos potentes y penetrantes, bajo las órbitas salientes, seguramente miran… El águila, señores, el pájaro de Júpiter, el rey de su especie, ¡el león de los aires! Tiene un vestido de plumas y un pico de acero curvo en la punta, garfios replegados en el interior. Los de delante forman un cinturon de hierro con los de detrás. ¡Miren! —Y con su mano de capitán, de puntiagudas uñas, intentó representar las garras del águila —. ¡Compadre!, ¿qué miras? —dijo mirando hacia el águila—. Vacíale los ojos con tu pico de acero, desgárrale el vientre a la criatura de Dios… ¡Perfecto! ¡Clasificado! Es preciso que tus garras se enreden en los intestinos y que de tu pico rezume la sangre.

Se hallaba poseído del mayor entusiasmo y todo el interés de los paseantes por las discusiones entre Naphta y Settembrini había desaparecido. Por otra parte, la aparición del águila continuó ejerciendo influencia sobre las decisiones e iniciativas que siguieron bajo la dirección de Peeperkorn. Regresaron, comieron y bebieron a una hora completamente desacostumbrada, pero con un apetito excitado por el recuerdo del águila. Comieron buenos manjares como hacían con frecuencia a instigación de Peeperkorn allí donde se encontraban, en Platz, en Dorf, en una hostería de Glaris o de Kloster donde iban de excursión. Eran consumidos los dones clásicos de la vida bajo las órdenes de Peeperkorn, tomaban café con leche, pan moreno, suculento queso acompañado de una exquisita mantequilla de los Alpes,

castañas asadas y vino tinto de Valteli, y todo en abundancia.

Peeperkorn llenaba estas comidas improvisadas de palabras incoherentes e invitaba a Antonio Carlovitch Ferge a hablar; a ese valiente mártir ajeno a todo asunto elevado pero que sabía contar muy instructivamente la fabricación del caucho ruso. Se mezclaban al caucho azufre y otras materias, y entonces se «vulcanizaba» a una temperatura de cien grados. Hablaba también del círculo polar, pues sus viajes de negocios le habían llevado a las regiones árticas, del sol de medianoche y del invierno eterno del Cabo Norte. Allí, afirmaba por debajo de sus bigotes, el vapor le había parecido minúsculo en comparación con las rocas formidables y la extensión gris acero del mar. Zonas de luz amarilla se encendían en el cielo: era la aurora boreal. Y todo eso había parecido mágico a Antonio Carlovitch, el paisaje e incluso él mismo.

En lo que se refiere a las relaciones de Hans Castorp con sus demás compañeros, conviene relatar dos conversaciones extrañas que en este tiempo sostuvo a solas nuestro poco heroico héroe con Clawdia Chauchat y con su compañero de viaje. Habló con ella en el vestíbulo después de la comida, cuando Peeperkorn se hallaba presa de la fiebre, y con él una de las tardes que le visitaba, sentado a su cabecera.

El vestíbulo aquella noche se hallaba sumido en la penumbra. La reunión de costumbre había sido breve y estuvo muy poco animada, y los huéspedes se habían retirado temprano a sus balcones para la cura nocturna. Una lámpara solitaria estaba encendida en el techo y los salones vecinos se encontraban también casi a oscuras. Pero Hans Castorp sabía que madame Chauchat, que había comido sola, no había subido todavía al primer piso, permanecía en el salón de lectura y por eso él también había tardado en subir. Había permanecido sentado en el fondo del vestíbulo, separado de la parte central por algunos pilares blancos revestidos de madera. Se hallaba sentado delante de la estufa de loza, en un sillón, parecido al sillón en que Marusja se balanceaba la noche en que Joachim había tenido con ella su única conversación, y fumaba un cigarrillo como estaba permitido a todo el mundo en aquella hora.

Ella llegó. El oyó sus pasos y el roce de su vestido. Luego se puso a su lado. Se abanicaba con una carta, que sostenía por una de sus puntas, y dijo con su voz de Pribislav:

—El portero se ha ido. Deme un sello.

Aquella noche llevaba un vestido de seda oscuro y ligera, un vestido de escote redondo y amplias mangas que se abrochaban en los puños. Iba engalonada con su collar de perlas, que brillaban con un pálido resplandor en la penumbra. Él elevó los ojos hacia el rostro de tártaro y dijo:

—¿Un sello? No tengo ninguno.

—¿Cómo es eso? *Tant pis pour vous*. ¿No puede ser útil a una mujer? —Hans Castorp apretó los labios y se encogió de hombros—. Me decepciona. Debería ser un

poco más previsor y ordenado. Imaginé que usted llevaría en su cartera un pequeño surtido de sellos clasificados por precios.

—No. ¿Para qué? —contestó él—. Nunca escribo cartas. ¿A quién he de escribir? A veces compro una tarjeta postal ya franqueada. ¿A quién he de escribir cartas? No tengo a nadie. No tengo relación alguna con la llanura. He perdido todo contacto, Tenemos entre nuestras canciones populares una que dice: «Estoy perdido para el mundo.» Ese es mi caso.

—Bueno. Déme al menos un cigarrillo, hombre perdído —dijo ella sentándose ante él, en el banco cubierto con un almohadón, cruzando las piernas y tendiendo la mano—. Al menos debe de tener cigarrillos. —Y negligentemente, sin darle las gracias, cogió un cigarrillo de la petaca de plata que él le ofrecía y lo encendió, tomando fuego con las tenacillas e inclinándose.

Ese indolente «deme al menos» y el hecho de aceptar el cigarrillo sin dar las gracias revelaban a la mujer mimada. Además, ese gesto adquiría el sentido de una comunidad humana, o más bien, *humainement*, una sencillez natural, a la vez salvaje y dulce. Hans dijo:

—Sí, de esto estoy siempre provisto. ¿Sería posible pasar aquí sin tabaco? A eso se llama pasión. Pero he de confesar que no soy un hombre apasionado, aunque tengo pasiones, pasiones flemáticas.

—Eso me tranquiliza completamente —dijo ella, soltando el humo de su cigarrillo—, me tranquiliza saber que no es un hombre apasionado. Si fuese apasionado, no podría ser lo que es. La pasión significa vivir por amor a la vida. Ya sabemos que usted vive por las sensaciones que la vida le produce. La pasión es el olvido de uno mismo y usted no tiene más preocupación que la de enriquecerse. *C'est ça*. No se da cuenta de que se trata de un abominable egoísmo y que usted aparecerá un día como un enemigo de la humanidad.

—¡Vamos, vamos! ¿Enemigo de la humanidad? ¿Qué dices, Clawdia? ¿En qué cosas precisas y personales estás pensando al decir que no nos preocupamos de la vida, sino de enriquecernos? Vosotras las mujeres no predicáis moralidad sin sentido. ¡Oh, la moral! Eso es más bien un tema de discusión para Naphta y Settembrini. ¿Se puede saber si uno vive por amor a la vida o por amor a sí mismo? Quiero decir que no hay límite preciso entre una cosa y otra. Hay sacrificios egoístas y egoísmos desinteresados… Creo que eso pasa en todo, incluso en el amor. Sin duda es inmoral el que yo no pueda conceder importancia a lo que tú dices sobre la moral y que, ante todo, yo me sienta feliz porque nos hallamos reunidos como no lo hemos estado más de una vez hasta ahora y como nunca desde tu regreso. Y que pueda decirte lo bien que te sientan esas mangas que te aprietan los puños y esa seda que flota en torno a tus brazos…

—Me marcho.

—¡No, te lo ruego! Tendré en cuenta las circunstancias y las personalidades.

—Eso es lo menos que se puede esperar de un hombre sin pasión.

—Sí, ¡ya ves! Te burlas y me regañas cuando yo… Y te quieres marchar cuando…

—Le ruego que hable de un modo más preciso si desea que le comprenda.

—¿No me ayudarás con tu habilidad a completar las frases inacabadas? Diría que es injusto, si no comprendiese que la justicia no tiene nada que ver con eso.

—¡Oh!, no, la justicia es una pasión flemática muy diferente de los celos con los que la gente flemática se pone inevitablemente en ridículo.

—¿Lo ves…? ¡Ridículo! ¡Concédeme, pues, la flema! Te lo suplico. ¿Cómo podría seguir viviendo sin ella? ¿Cómo habría podido, por ejemplo, soportar el tiempo que te he estado esperando?

—¿Cómo?

—El tiempo que te he estado esperando…

—*Voyons, mon ami*. No quiero seguir hablando de la forma absurda en que usted se dirige a mí. Acabará por cansarme. Además, yo no soy una burguesa susceptible…

—No, porque estás enferma. La enfermedad te concede la libertad más completa. Te hace… ¡un momento! Se me ha ocurrido una palabra que jamás había usado… ¡Te hace genial!

—Ya hablaremos en otra ocasión de la genialidad. No es eso lo que quería decir. Me pregunto una cosa. Supongo que no pretenderá que yo he contribuido a que usted me esperase y tampoco que le he autorizado… Usted dirá inmediatamente que se trata de lo contrario…

—Con mucho gusto, Clawdia. Tú no dijiste que te esperase. He esperado espontáneamente. Comprendo que des importancia a eso.

—Incluso sus concesiones tienen cierta impertinencia, Dios sabe por qué. No sólo en sus relaciones conmigo, sino también en otras circunstancias. Incluso su admiración, su subordinación tienen algo de impertinentes. ¿Cree que no me doy cuenta? Ni siquiera debería dirigirle la palabra; además, es usted muy atrevido al hablar de espera. Es injustificable que se halle aún aquí. Desde hace mucho tiempo debería estar reintegrado a su trabajo, en los astilleros o donde sea…

—Ahora hablas sin genio y según las conveniencias, Clawdia. Pero eso no es más que una manera de hablar. Al igual que Settembrini, no puedes pensar eso. Cuando habláis así, no puedo tomarlo en serio. No me marcharé súbitamente como mi pobre primo que, como habías predicho, murió después de intentar cumplir con su deber en la llanura. Él sabía perfectamente que iba a morir, pero prefirió hacerlo antes que continuar al servicio de la cura. Bueno, por algo era soldado. Yo soy un civil. Para mí sería desertar el comportarme como él y querer a toda costa, a pesar de la prohibición de Rhadamante, servir allá abajo a la causa del progreso y realizar una tarea útil.

Sería la mayor de las ingratitudes y la mayor infidelidad para con la enfermedad y el genio, y también para con mi amor por ti, del que llevo las antiguas cicatrices y las heridas recientes, y para con tus brazos que conozco, aunque conceda que no los haya conocido más que en sueños, en un sueño genial, de manera que no resulta para ti ninguna consecuencia, ninguna obligación ni ninguna limitación de tu libertad…

Ella se echó a reír con el cigarrillo en los labios; sus ojos de tártaro se entornaron y apoyada en la pared con las manos sobre el asiento y una pierna cruzada sobre la otra, balanceó su pie calzado de negro.

—*Quelle générosité! Oh, là, vraiment*, así he imaginado siempre a un *homme de génie*. ¡Pobre chico!

—Olvídalo, Clawdia. No he nacido para ser un *homme dé génie* ni un hombre de talla. Eso es evidente, Dios mío. Pero es por azar (yo llamo a eso azar) por lo que he sido transportado tan arriba, a esas regiones geniales… En una palabra, tú ignoras que existe una pedagogía, una alquimia hermética, la transustanciación en una especie superior, la sublimación por consiguiente, para que lo comprendas. Pero como es natural, un cuerpo que se muestra capaz de tal desarrollo debe tener ciertas cualidades propias. Lo que había en mí es que, desde hace tiempo, estaba familiarizado con la enfermedad y la muerte ya que, siendo todavía niño, hice la locura de pedirte prestado un lápiz lo mismo que aquí una noche de Carnaval. Pero el amor irracional es genial, pues la muerte es el principio genial, la *res bina*, el *lapis philosophorum*, y es también el principio pedagógico, pues el amor por ese principio conduce al amor de la vida y del hombre. Descubrí eso en mi balcón y estoy muy satisfecho de podértelo decir. Hay dos caminos que llevan a la vida. Uno es el camino ordinario, directo y honrado. El otro es peligroso, es el camino de la muerte, y éste es el camino genial.

—Eres un filósofo loco —dijo ella—. No pretendo comprender todos tus chocantes pensamientos alemanes, pero todo eso parece humano, como dices, y seguramente eres un buen muchacho. Por otra parte, te comportas como un perfecto filósofo, hay que concederte eso…

—Demasiado filósofo, según tu opinión. ¿No es cierto, Clawdia?

—¡No seas impertinente! Eso me fastidia. Era estúpido esperar y yo no te había autorizado. Pero ¿me guardas rencor por haber esperado inútilmente?

—Eso es un poco duro, Clawdia, incluso para un hombre de pasiones flemáticas. Duro para mí y duro por tu parte el que hayas vuelto acompañada de él, pues naturalmente tú sabías por Behrens que me hallaba aquí y que te esperaba. ¿No te he dicho acaso que consideraba nuestra noche como una noche de sueño y que reconocía tu libertad? Finalmente no he esperado en vano, pues estás de nuevo aquí, nos encontramos sentados uno cerca del otro como aquel día, oigo tu voz maravillosamente aguda y desde hace tiempo familiar a mis oídos, y bajo esa seda

sutil se hallan tus brazos que conozco tan bien como tu compañero de viaje, que reposa allá arriba presa de la fiebre, el gran Peeperkorn, que te ha regalado esas perlas…

—Y con el cual te entiendes tan perfectamente para enriquecer tu experiencia.

—¡No debes guardarme rencor, Clawdia! Settembrini me amonesta por la misma razón, pero eso no es más que un prejuicio. Aprendo mucho con la sociedad de ese hombre, es una gran personalidad. Es verdad que es viejo. Comprendo, sin embargo que, como mujer, le ames infinitamente. ¿Le amas mucho?

—Por mucho que reconozca tu filosofía, mi pequeño Hans alemán —dijo ella acariciándole los cabellos—, no me parece humano hablarte de mi amor hacia él.

—¿Por qué no, Clawdia? Creo que la humanidad comienza allí donde la gente sin genio imagina que acaba. Hablemos, pues, tranquilamente de él. ¿Le amas con pasión?

Ella se inclinó para arrojar el cigarrillo en la chimenea y permaneció luego con los brazos cruzados.

—Me ama —dijo— y su amor hace que me sienta orgullosa, agradecida y sumisa a él. Has de comprenderlo, de lo contrario, no serías digno de la amistad que te concede… Su amor me ha obligado a seguirle y a servirle. ¿Era posible otra cosa? ¡Juzga tú mismo! ¿Crees posible resistir a sus sentimientos?

—Es imposible —confirmó Hans Castorp—. Es absolutamente imposible. ¿Cómo es posible que una mujer pudiese desdeñar sus sentimientos y abandonarle en Getsemaní…?

—No eres tonto —dijo ella, y sus ojos oblicuos adquirieron un aspecto soñador —. Eres inteligente. La angustia de sentir…

—No es necesaria mucha inteligencia para darse cuenta de que debes seguirle, a pesar de que su amor tenga algo de angustioso, o más exactamente, porque debe de tener algo de angustioso.

—*C'est exact*… ¡Angustioso! Tengo muchas preocupaciones por causa de él, muchas dificultades…

Había cogido su mano y jugaba inconscientemente con sus falanges. De pronto, elevó los ojos frunciendo el entrecejo y preguntó:

—¿No cometemos una vileza hablando de él de esta manera?

—Seguramente, no, Clawdia. No, nada de eso. Es humano. Te gusta esta palabra, la pronuncias con un acento seductor; siempre la he oído con interés pronunciada en tu boca. A mi primo Joachim no le gustaba por razones militares. Decía que significaba indolencia, y si se la interpretara como una expresión de tolerancia sin límites también yo formularía algunas objeciones. Pero cuando tiene el sentido de libertad, de genio y de bondad, es una gran cosa que nosotros podamos invocarla para la defensa de nuestra conversación sobre Peeperkorn y las preocupaciones y

dificultades que te causa. Nacen naturalmente de su honor, de su miedo de no superar sus sentimientos que le hacen amar las fuentes clásicas de la vida y todo lo que es deleitoso. Podemos hablar con todo respeto, pues en él todo es grandioso y regio y no nos rebajamos ni le rebajamos hablando de eso humanamente.

—No se trata de nosotros —dijo ella. Había cruzado de nuevo los brazos—. No sería mujer si por el amor de un hombre, de un hombre grande, como tú dices, que nos produce un sentimiento que llega hasta la angustia, no se aceptase incluso el rebajarse.

—Ciertamente, Clawdia, es así. La humillación también acaba por ser grande, por tener categoría, y la mujer puede hablar, desde lo alto de su humildad, a los que no tienen categoría regia, con tanto desdén como tú lo hacías hace un momento al hablar de los sellos, y en el tono en que tú has dicho: «Debería ser un poco más previsor y ordenado.»

—¿Tan susceptible eres? Dejémoslo. Mandemos a paseo la susceptibilidad. ¿No estás conforme? Yo también me he mostrado susceptible a veces, debo reconocerlo, puesto que esta noche nos hallamos sentados aquí, uno al lado del otro. Me he irritado a causa de tu flema y de que te entiendas tan bien con él, por amor a tu experiencia egoísta de la vida. Y sin embargo, esto me produce placer y te estoy agradecida de que le hayas demostrado respeto… Había mucha lealtad en tu conducta, a pesar de que fuese acompañada de un poco de impertinencia. En definitiva, me he visto obligada a tenerte en cuenta.

—Eres muy buena conmigo.

Ella le miró.

—Creo que eres incorregible. Eres malicioso. No se si tienes talento, pero seguramente estás lleno de malicia. Bueno, podemos hacer las paces. Incluso se puede sentir amistad por ti. ¿Quieres que seamos buenos amigos y que formemos una alianza para él, como se hacen alianzas contra alguien? ¿Me das la mano? A menudo tengo miedo… A veces tengo miedo de estar sola, de sentirme interiormente sola. ¡Es angustioso! En ciertas ocasiones tengo miedo de acabar mal… ¡Me estremezco! ¡Me gustaría tanto tener un hombre bueno a mi lado! En fin, si quieres saberlo, es tal vez por eso por lo que he vuelto aquí con él…

Se hallaban sentados, uno frente a otro, él en el sillón, ella en el banco. Estrechaba la mano de Hans Castorp al pronunciar estas palabras y la mantenía muy cerca de su rostro.

Él dijo:

—¿Por mí? ¡Oh, qué bello! ¡Oh, Clawdia!, eso es algo inesperado. ¿Has vuelto aquí con él porque estaba yo? ¿Y pretendes que he sido tonto al esperarte? ¿Qué he esperado sin permiso e inútilmente? Sería muy torpe si no apreciase el ofrecimiento de tu amistad, de una amistad contigo por él…

Entonces ella le besó en la boca. Era un beso ruso, de los que se cambian en ese vasto país lleno de alma, en las sublimes fiestas cristianas, como una consagración del amor. Pero como se trataba de un joven notoriamente «malicioso» y de una mujer encantadora, de lánguido andar, nos hacen pensar, a pesar nuestro, en la manera hábil pero un poco equívoca con que el doctor Krovovski hablaba del amor, con un espíritu ligeramente vacilante, de manera que nadie hubiese podido tener la certeza de si se trataba de un sentimiento piadoso o de algo carnal y apasionado. ¿Imitamos nosotros al doctor Krokovski o Hans Castorp y Clawdia le imitaron en su beso? ¿Qué diría el lector si nos negásemos a llegar al fondo de la cuestión? Según nuestro modo de ver, se trataría sin duda de un buen análisis, pero sería, como diría Hans Castorp, «muy poco hábil» (por otra parte, manifestaríamos poca simpatía hacia la vida) si quisiéramos distinguir claramente entre la piedad y la pasión. ¿Qué significa aquí «claramente»? ¿Qué significa «incertidumbre» y «equívoco»? No ocultaremos que nos burlamos francamente de estas distinciones. ¿No es bueno que la lengua no posea más que una palabra para todo lo que puede comprenderse en dicha palabra, desde el sentimiento más piadoso hasta el deseo carnal? Este equívoco es, pues, perfectamente un «unívoco», pues el amor más piadoso no puede ser inmaterial ni puede estar falto de piedad. Desde su aspecto más carnal continúa siendo el mismo; tanto si es alegría de vida como pasión suprema, es la simpatía hacia lo orgánico, el abrazo conmovedor y voluptuoso de lo que está destinado a la descomposición. Hay caridad hasta en la pasión más admirable y aun en la más espantosa. ¿Un sentido vacilante? Pues, dejemos vacilar el sentido de la palabra «amor». Esa vacilación es la vida y la humanidad, y sería dar pruebas de una falta desesperante de malicia el inquietarse por eso.

Mientras los labios de Hans Castorp y madame Chauchat se juntaron así en un beso ruso, dejemos a oscuras nuestro escenario para pasar a un nuevo cuadro, pues ahora va a tratarse de la segunda de las dos entrevistas de las que hemos prometido dar cuenta.

Demos la luz, la turbia de un día de primavera que toca a su fin en la época del deshielo. Vemos a nuestro héroe en una situación que para él ya se ha convertido en habitual, sentado a la cabecera de la cama del gran Peeperkorn, en conversación respetuosa y amistosa con él.

Después del té de las cuatro, servido en el comedor donde madame Chauchat había aparecido sola —como en las tres anteriores comidas— para ir inmediatamente después de compras en Platz, Hans Castorp se había hecho anunciar a Peeperkorn para manifestarle su interés y disfrutar de la compañía de su personalidad. En una palabra, por razones tan inciertas como vivas.

Peeperkorn dejó el *Der Telegraaf*, puso las lentes sobre el periódico y tendió al visitante su mano de capitán, mientras sus labios desgarrados se movían

confusamente con una expresión dolorosa. Como de costumbre, tenía a su alcance vino tinto y café. El servicio de café se hallaba colocado sobre la silla, manchada a causa del uso. Peeperkorn había tomado su café de la tarde, muy caliente, con azúcar y leche, y estaba sudando. Su rostro, rodeado de mechones blancos, se había enrojecido, y pequeñas gotas perlaban su frente y se estacionaban encima del labio superior.

—Sudo un poco —dijo—. Sea bienvenido, joven. Siéntese. Es un signo de debilidad cuando, después de haber absorbido una bebida caliente… ¿Quiere usted hacerme…? Precisamente… El pañuelo… Muchas gracias.

El enrojecimiento de su rostro había ido desapareciendo poco a poco y en su lugar quedó una palidez amarilla, esa palidez que cubría ordinariamente la faz del hombre magnífico después de un ataque de fiebre. Esta tarde la fiebre cuartana había sido muy fuerte en sus tres fases, la fase fría, la fase ardiente y la fase húmeda. Y los ojos pálidos de Peeperkorn tenían una mirada fatigada bajo los arabescos de su frente de ídolo. Dijo:

—En… en absoluto, joven…, la palabra «apreciable» me parece… Absolutamente… Es usted muy amable al no olvidarse de un anciano enfermo y al…

—¿Visitarle? —preguntó Hans Castorp—. De ninguna manera, Mynheer Peeperkorn. Soy yo quien debo manifestar mi agradecimiento por poderme sentar un instante cerca de usted. Yo me aprovecho mucho más que usted. Vengo por razones puramente egoístas. Pero qué calificación más singular e inexacta hace de su persona: «Un anciano enfermo.» Nadie podría adivinar que se refiere a usted. ¿No se trata de una imagen completamente falsa?

—¡Bien, bien! —respondió Peeperkorn, y cerró por unos instantes los ojos, con su cabeza majestuosa reposando sobre la almohada, la barbilla en lo alto, sus largos dedos de alargadas uñas sobre el pecho real que se dibujaba bajo la camisa de punto —. Está bien, joven; tiene buenas intenciones, estoy seguro. Ayer por la tarde la cosa era muy agradable en ese lugar hospitalario…, he olvidado el nombre… donde comimos aquella deliciosa mortadela con huevos duros y aquel vinillo del país…

—¡Era magnífico! —confirmó Hans Castorp—. Disfrutamos de un placer casi prohibido; el director del Berghof se hubiera irritado de habernos visto. El señor Settembrini estaba encantado, comía con los ojos. Es un patriota, como usted ya debe de saber, un patriota demócrata. Ha consagrado su alabarda de ciudadano en el altar de la humanidad para que la mortadela no tenga que pagar aduana al pasar la frontera del Brenner.

—Esto no tiene importancia —declaró Peeperkorn—, es un hombre caballeresco, alegre y locuaz; un caballero, a pesar de que no pueda disfrutar las ventajas de cambiar con frecuencia de traje.

—Nunca se lo cambia —dijo Hans Castorp—. Jamas ha disfrutado de esa ventaja.

Le conozco desde hace mucho tiempo y nos hallamos unidos por una vieja amistad. Se ha interesado por mí de una manera que nunca podré agradecerle bastante, puesto que él ha estimado que yo era un «niño mimado por la vida» (es una expresión de que se sirve y cuyo sentido no está muy claro) y se esfuerza por ejercer sobre mí una influencia provechosa. Pero jamás le he visto con otro traje; tanto en invierno como en verano lleva ese pantalón a cuadros y esa levita raída. Por otra parte, lo lleva con una corrección verdaderamente notable, como un hombre distinguido; le doy toda la razón sobre ese punto. La manera como viste constituye un triunfo sobre la pobreza y sobre la elegancia del pequeño Naphta, que nunca me ha parecido muy católico. Se trata de una elegancia diabólica y sus recursos son de origen muy tenebroso, estoy bastante informado sobre su situación.

—¡Un hombre distinguido! —replicó Peeperkorn—. Pero permítame ciertas reservas. Mi compañera de viaje no le aprecia mucho, como ya se habrá dado cuenta. Habla de él sin simpatía, probablemente porque la actitud que él observa respecto a ella supone ciertos prejuicios. Ni una palabra más, joven. Estoy muy lejos, en lo que se refiere a Settembrini y a los sentimientos amistosos de usted hacia él, de querer… ¡Clasificado! No pretendo que en lo que se refiere a la cortesía respecto a una mujer debida por un caballero… Perfectamente, querido amigo, sin reproche. Pero hay, de todos modos, un límite, una reserva, una cierta recusación que pone de mal humor a la señora humanamente hablando, muy…

—Comprendido. Que lo justifica plenamente. Perdóneme, Mynheer Peeperkorn, que termine su frase. Me atrevo porque soy consciente de que estoy de acuerdo con usted. Sobre todo si se considera que las mujeres (no se sonría al oírme hablar a mi edad de este modo de las mujeres) adoptan una actitud, respecto al hombre, en relación con la actitud que el hombre adopta respecto a ellas. Esto no tiene nada de extraño. Las mujeres son criaturas que reaccionan sin iniciativa propia, son inactivas, pasivas… Permítame que desarrolle este punto de vista de un modo un poco más completo. La mujer, por lo que he podido observar, se considera, en los asuntos amorosos, en primer lugar como un objeto; deja que se le aproximen, no elige libremente, se convierte en el objeto del amor, el objeto que elige después que el hombre ha elegido, e incluso en este momento su libre albedrío se halla muy limitado y disminuido por el mismo hecho de que ella ha sido el objeto elegido. Seguramente todo lo que estoy diciendo no son más que lugares comunes, pero cuando uno es joven todo parece nuevo, muy nuevo y sorprendente. Si preguntamos a una mujer: «¿Le amas?», la mujer nos contesta: «¡Me ama tanto!» Imagine una respuesta semejante en boca de uno de nosotros (perdone que me ponga en el mismo plano que usted). Tal vez hay hombres que deberían contestar de esta manera, pero en tal caso son netamente ridículos, juguetes del amor, para expresarme de un modo epigramático. Desearía saber qué importancia se atribuye la mujer cuando contesta de

este modo. ¿Estima que debe al hombre una adhesión sin límites, al hombre que concede a una criatura tan inferior la gracia de su amor, o ve en el amor que el hombre siente por su persona un signo infalible de su perfección? Me he preguntado muchas veces eso durante mis horas de reposo.

—Verdades eternas, hechos clásicos. Usted habla, joven, de un modo bastante hábil de sentimientos sagrados —respondió Peeperkorn—. El hombre se embriaga con su deseo, y la mujer pide y espera ser embriagada por el deseo del hombre. De esto proviene para nosotros la obligación sentimental, de aquí nace la espantosa vergüenza de la insensibilidad, de la impotencia en despertar el deseo de la mujer. ¿Quiere beber un vaso de vino tinto? Yo bebo… Tengo sed. El gasto de humedad ha sido muy considerable.

—Muchas gracias, Mynheer Peeperkorn. Lo cierto es que no tengo costumbre de beber a esta hora, pero beberé con mucho gusto a su salud.

—Pues bien, coja el vaso, no hay más que uno. Yo beberé con el jarro. Creo que no ofendo a ese vinillo si lo bebo en un recipiente tan humilde.

Con su mano temblorosa de capitán escanció el vino y luego, ansiosamente, vació de un tirón el recipiente en su garganta de estatua, lo mismo que si se hubiese tratado de agua clara.

—Esto causa placer —dijo—. ¿No bebe más? Vamos, permítame que yo vuelva a beber…

Derramó un poco de vino al servirse de nuevo en el jarro, y la sábana quedó manchada de rojo.

—Repito —dijo con el dedo en alto mientras el jarro de vino temblaba en su otra mano—. Repito: por eso tenemos nosotros la obligación de sentir. Nuestra sensibilidad es la fuerza viril que despierta a la vida. La vida duerme. Quiere ser despertada por el divino sentimiento, pues el sentimiento, joven, es divino. El hombre es divino en la medida en que es sensible. Es la sensibilidad de Dios. Dios le ha creado para sentir a través de él. El hombre no es más que el órgano mediante el cual Dios realiza sus bodas con la vida despierta y embriagada. Si el hombre falta a la sensibilidad, falta a Dios, es la derrota de la fuerza viril de Dios, constituye una catástrofe cósmica, un terror inimaginable…

Y vació su jarro.

—Permítame que le tome el jarro, Mynheer Peeperkorn —dijo Hans Castorp—. Me es muy provechoso seguir sus razonamientos. Usted desarrolla una teoría teológica por la cual atribuye al hombre una función religiosa muy honrosa, aunque tal vez un poco unilateral. En su opinión, permítame que lo indique, hay un rigorismo bastante angustioso, ¡perdóneme! Toda la austeridad religiosa es realmente angustiosa para los hombres de una categoría más modesta. No deseo desviarle de la conversación, pero desearía volver a hablar de lo que usted ha indicado como

«prejuicios», esos prejuicios opuestos por Settembrini a su señora compañera de viaje. Conozco desde hace mucho tiempo al señor Settembrini, desde hace muchos días y muchos años. Y puedo asegurarle que sus prejuicios, aunque existiendo realmente, no tienen, en modo alguno, un carácter mezquino ni burgués. Sería ridículo pensar semejante cosa. No puede tratarse más que de prejuicios de altos vuelos, y, por consiguiente, de un carácter impersonal, de un carácter pedagógico, respecto a los cuales, he de confesárselo abiertamente, el señor Settembrini me ha clasificado como a «un hijo mimado por la vida»… Pero eso nos llevaría bastante lejos. Se trata de una cuestión demasiado vasta para que pueda resumirla en dos palabras…

—¿Ama usted a la señora? —preguntó de pronto Mynheer Peeperkorn, y volvió hacia su visitante su rostro regio, de boca desgarrada, de ojos pálidos y de arrugas en la frente…

Hans Castorp sintió miedo. Luego balbuceó:

—Si yo…, es decir… Respeto, naturalmente, a madame Chauchat en su calidad de…

—Se lo suplico —dijo Peeperkorn tendiendo su mano como para rechazar con un gesto la respuesta de Castorp—. Déjeme repetir que estoy muy lejos de reprochar a este señor italiano el haber faltado a las reglas de la cortesía. No formulo un reproche contra nadie, contra nadie… Pero me extraña una cosa… En este momento me causa más bien satisfacción… ¡Bien, joven! Todo está muy bien. Lo celebro, no cabe duda alguna, me es verdaderamente agradable. Sin embargo, me digo… En una palabra, me digo: usted conoce a la señora desde hace más tiempo que yo. Usted ya compartió su anterior estancia en estos lugares. Además, es una mujer llena de encantos y yo no soy más que un anciano enfermo… Como estoy indispuesto, ella se ha marchado sola esta tarde para hacer unas compras en la aldea. No es una desgracia. No, seguramente… Pero no es dudoso que… Debo explicarme por la influencia de los principios pedagógicos del señor Settembrini que usted no haya seguido el impulso caballeresco… Le ruego que me comprenda. Literalmente…

—Literalmente, Mynheer Peeperkorn. ¡Oh, no! De ninguna manera. Obro absolutamente por mi propio impulso. Por el contrario, el señor Settembrini, en una ocasión incluso… Veo una mancha de vino en la sábana, Mynheer Peeperkorn. ¿No deberíamos? En casa teníamos la costumbre de poner sal…

—Eso no tiene importancia —dijo Peeperkorn, sin mirar a su visitante.

Hans Castorp se puso pálido.

—Las cosas ocurren fuera de lo acostumbrado —afirmó—. El espíritu que aquí reina no es un espíritu convencional. El enfermo, hombre o mujer, es quien tiene la prioridad. Los preceptos de la galantería se borran ante esa regla. Usted está pasajeramente indispuesto, Mynheer Peeperkorn. Es una indisposición aguda. Su

compañera de viaje se encuentra relativamente bien. Creo obrar completamente con arreglo a la manera de pensar de la señora, imaginándola cerca de usted durante sus ausencias (si puede hablarse de imaginación) en vez de imaginarle a usted cerca de ella y acompañarla a la aldea. ¿Con que derecho impondría yo a su compañera mis oficiosidades de caballero adorador? No tengo títulos ni mandato para hacerlo. Debo decir que tengo mucho sentido para las situaciones de derecho positivo. En una palabra, yo creo que mi actitud es correcta, que responde a la situación general, y principalmente a los caros sentimientos que me ligan a usted, Mynheer Peeperkorn. Creo haber dado una contestación satisfactoria a su pregunta, pues sin duda usted había hecho una pregunta.

—Una respuesta muy agradable —contestó Peeperkorn—. Escucho con un placer involuntario sus palabras ágiles, joven. Franquean todos los obstáculos y dan a las cosas una forma amable. Pero ¿satisfacción? No. Su respuesta no me satisface completamente. Perdone que le cause una decepción. «Rigorismo», querido amigo; usted se ha servido hace un momento de esa palabra al hablar de ciertos conceptos formulados por mí. En sus palabras hay también un cierto rigor, algo severo y forzado que me parece no armoniza con su temperamento, a pesar de que ya haya hecho sobre su manera de comportarse observaciones análogas. Es el mismo aire cohibido que usted mantiene respecto a la señora durante nuestras entrevistas y nuestros paseos en común (aire que usted no tiene con nadie más) y esto debe explicármelo; es un deber, es una obligación, joven. No me equivoco. Mis observaciones se han confirmado muchas veces, y es improbable que otros no lo hayan observado también, con la diferencia de que esos otros observadores poseen probablemente la explicación del fenómeno.

A pesar de que se hallaba agotado por la fiebre, Mynheer Peeperkorn hablaba esa tarde en un estilo excepcionalmente preciso, sin incoherencias. Se encontraba sentado en la cama, mostrando sus formidables hombros, con su magnífica cabeza vuelta hacia su visitante, con un brazo alargado sobre las sábanas, y su mano de capitán, saliendo de la manga de lana, formaba un círculo con sus dedos puntiagudos mientras su boca iba articulando las palabras con una fluidez tan precisa que el mismo Settembrini hubiera podido envidiarla.

—Usted se sonríe —continuó diciendo—, mueve la cabeza y hace guiños con los ojos. Parece que se tortura vanamente el cerebro. Pero es indudable que comprende lo que quiero decir y de qué se trata. No pretendo afirmar que no dirige la palabra a la señora o que usted evita contestarle cuando la conversación lo exige. Pero repito que siente cierta timidez, más exactamente, que procura evitarla. Al parecer, se tiene la impresión de que, según los términos de cierto convenio, usted no tiene derecho a dirigirle directamente la palabra. En cambio, usted evita eso regularmente y sin excepción, y no le dice jamás «usted».

—Pero Mynheer Peeperkorn… ¿De que ha de tratarse?

—Permítame que llame su atención sobre un hecho del cual sin duda se ha dado cuenta: se ha puesto usted extraordinariamente pálido.

Hans Castorp no levantó los ojos. Inclinado, contemplaba con gran atención la mancha roja de la sábana.

«Había de llegar a eso —pensaba—. Eso es lo que él quería. Creo que yo mismo he hecho todo lo que estaba en mi poder para llegar a este momento. Ahora me doy cuenta. ¿Me he puesto verdaderamente pálido? Es muy posible, pues ha llegado el instante de que se puede bordear la cosa o de que se rompa. No se sabe lo que va a ocurrir. ¿Puedo mentir? Sería posible, pero no quiero. Provisionalmente seguiré contemplando esa mancha de sangre, esa mancha de vino.»

El otro permaneció igualmente callado. El silencio duró dos o tres minutos, lo que permitió que se dieran cuenta de la extensión de esas minúsculas unidades en determinadas circunstancias. Fue Peeperkorn quien reanudó la conversación.

—Fue en la noche en que tuve el honor de conocerle —comenzó diciendo con voz sonora, voz que luego fue amortiguándose como si hubiese pronunciado la primera frase de un largo período—. Habíamos organizado una pequeña fiesta, habíamos comido y bebido y, en un alegre estado de alma, en un estado de abandono humano, nos dirigíamos del brazo a nuestros lechos, a una hora muy avanzada de la noche. Sucedió entonces que aquí, delante de mi puerta, al despedirnos, se me ocurrió la idea de invitarle a besar la frente de la mujer que le había presentado a usted como a un buen amigo de otros tiempos. Usted rechazó mi proposición, la rechazó manifestando que le parecía absurdo el besar en la frente a mi compañera de viaje. No negará que eso fue una aclaración incompleta que a su vez, precisaba una explicación; una explicación que hoy todavía me debe. ¿Está dispuesto a pagar esa deuda?

«¡Ah!, ¿conque te habías dado cuenta de eso? —pensó Hans Castorp, y se dedicó con mucha más atención a contemplar la mancha de vino y a rascarla con la punta de la uña del dedo pulgar—. En efecto, yo deseé aquel día que te dieses cuenta. Si no, ¿por que hubiera dicho eso? Pero ahora, ¿qué va a ocurrir? Mi corazón late con bastante fuerza. ¿Asistiremos a un regio acceso de cólera de primer orden? ¿He de preocuparme de su puño que tal vez me está amenazando? Decididamente, me encuentro en una situación muy singular y muy crítica.»

De pronto sintió que la mano de Peeperkorn le cogía la muñeca derecha.

«Ahora me coge la muñeca derecha —pensó—, vamos, soy ridículo, estoy cogido como un perro mojado. ¿Le he faltado? De ninguna manera. En primer lugar, quien tiene derecho a quejarse es su mando. Luego otros y después yo. Él no tiene ningún derecho, según creo. ¿Por qué late, pues, mi corazón? Es ya tiempo de que me ponga en pie y que le mire francamente, aunque con respeto, a su rostro de soberano.»

Y lo hizo de esta manera. La cara principesca estaba amarilla, los ojos lanzaban una mirada blanda y bajo las arrugas de la frente, la expresión de los labios desgarrados era amarga.

El gran anciano y el hombre insignificante leyeron el uno en los ojos del otro. Finalmente, Peeperkorn dijo con dulzura:

—¿Fue usted el amante de Clawdia Chauchat durante la anterior estancia de ella aquí?

Hans Castorp inclinó de nuevo la cabeza, pero la volvió a elevar inmediatamente y dijo:

—¡Mynheer Peeperkorn! Me disgusta, hasta el más alto grado, el decir mentiras y me esfuerzo en evitarlo en la medida de lo posible. No es fácil. Exageraría si confirmase su pregunta y mentiría si la desmintiese. Pasó lo siguiente: Viví tiempo, mucho tiempo, en esta casa con Clawdia, perdóneme, con su actual compañera de viaje, sin haberle sido presentado. Nuestras relaciones no tenían nada de mundano, al menos mis relaciones con ella, cuyo origen se hallaba sumido en la oscuridad. En mi pensamiento, yo no he tratado jamás a Clawdia más que de «tú». Lo mismo ha ocurrido en la realidad. La noche en que me liberé de ciertos lazos pedagógicos de que hemos hablado hace un momento y en que me acerque a ella (mediante un pretexto que me proporcionaba un recuerdo lejano), era una noche de máscaras, una noche de Carnaval, una noche sin responsabilidad, una noche en que el «tú» era la costumbre y en el curso de la cual el «tú» adquirió todo su sentido, de una manera apenas consciente y como en un sueño. Era, además, la víspera de la partida de Clawdia.

«Todo su sentido» —repitió Peeperkorn—. Usted, muy amablemente…

Soltó a Hans Castorp y comenzó a pasar sus manos de capitán por la cara. Luego las juntó sobre la sábana manchada de vino e inclinó la cabeza.

—Le he contestado lo más exactamente posible, Mynheer Peeperkorn —dijo Hans Castorp—, y me he esforzado con toda conciencia en no decir poco ni demasiado. Se trata, ante todo para mí, de hacerle notar que usted es completamente libre de tener en cuenta o no esa noche dedicada al «tú», que era una noche situada fuera de todo orden y fuera casi del calendario, un entremés, por decirlo así, una velada suplementaria, el 29 de febrero, y por tanto no habría más que una mentira a medias si hubiese contestado negativamente a su pregunta.

Peeperkorn no contestó.

—He preferido —dijo Hans Castorp, después de una pausa—, decirle la verdad, corriendo el peligro de perder su benevolencia, lo que, hablando francamente, hubiese sido para mí una pérdida sensible, incluso un golpe, un golpe rudo que se hubiera podido comparar al que constituyó para mí la llegada de madame Chauchat cuando no lo hizo sola, sino como su compañera de viaje. He corrido ese peligro

porque desde hace tiempo ése era mi deseo, el deseo de que todo se aclarase entre nosotros, entre ustedes, hacia los que siento profundo respeto, y yo, y eso me parece más bello y humano (usted sabe cómo Clawdia pronuncia esa palabra con voz maravillosamente velada alargándola deliciosamente) que el silencio o el fingimiento; y desde este punto de vista ha experimentado un gran alivio cuando, hace un momento, usted ha planteado el asunto.

No hubo respuesta.

—Todavía otra cosa, Mynheer Peeperkorn, hay otra cosa que me hace desear decirle la verdad; es la experiencia personal que he adquirido de una incertidumbre irritante. Usted sabe ahora con quién Clawdia ha vivido y realizado un veintinueve de febrero, antes de que una situación de derecho positiva se hallase establecida entre ustedes, una situación completamente positiva ante la cual constituiría una locura no inclinarse. Por mi parte, yo no he podido adquirir jamás tal certeza, aunque no he dejado de pensar que haya podido haber antecesores, y a pesar de que no conociese más que la existencia del consejero Behrens, que, usted lo que sabe tal vez, como aficionado a la pintura, hizo un retrato de ella en numerosas sesiones, un retrato notable que reproduce la calidad de la piel con una verdad que, entre nosotros, me dejó bastante perplejo. Esto me atormentó mucho, me dejó bastante inquieto y hoy todavía me causa preocupación.

—¿La ama todavía? —preguntó Peeperkorn, sin cambiar de posición y volviendo la cabeza en sentido contrario.

La habitación se iba sumiendo en la penumbra.

—Perdóneme, Mynheer Peeperkorn —contestó Hans Castorp—, mis sentimientos hacia usted, sentimientos de profundo respeto y admiración, me harían parecer como poco educado al hablar de mis sentimientos respecto a su compañera de viaje.

—¿Y los comparte ella? —preguntó Peeperkorn a media voz— . ¿Los comparte hoy todavía?

—No digo que los haya jamás compartido. Eso me parece poco probable. Hemos tratado, hace un momento, este asunto de una manera teórica, cuando hablamos de las reacciones de la naturaleza femenina. No hay mucho que amar en mí. ¿Qué importancia tengo? Juzgue usted mismo. Si por casualidad se produce un… un veintinueve de febrero, esto es debido únicamente al hecho de que la mujer puede dejarse seducir por la elección que el hombre hace de ella… Desearía añadir, que tengo la impresión de alabarme y de faltar al buen gusto hablando de mí como de un «hombre»… En cambio, Clawdia es, ciertamente, una mujer.

—Ha seguido sus sentimientos —mumuró Peeperkorn, con los labios desgarrados.

—Como lo ha hecho, en el caso de usted, con mucha más obediencia —dijo Hans Castorp—; y como, según toda probabilidad, lo ha hecho ya en otros casos. Sobre

este punto no puede haber dudas para quienes se hallen en esa situación…

—¡Alto! —dijo Peeperkorn, con la cabeza vuelta, pero alargando la mano hacia su intelocutor—. ¿No es vil hablar de ella de esta manera?

—No lo creo, Mynheer Peeperkorn. No lo creo. Hablamos de cosas humanas, tomando la palabra «humano» en sentido de libertad, de «genialidad». Disculpe esa palabra un poco rebuscada, pero me he apropiado de ella porque tenía necesidad.

—Bien, continuemos —ordenó Peeperkorn, con dulzura.

Hans Castorp habló también dulcemente, sentado al borde del asiento de su silla, inclinado hacia el regio anciano.

—Pues ella es una criatura genial —dijo— y el marido está más allá del Cáucaso (usted sabe sin duda que ella tiene un marido más allá del Cáucaso) y le concede esa libertad genial, bien sea por estupidez o por inteligencia, pues no conozco a ese muchacho. De todos modos, hace bien en concederle esa libertad, pues al principio genial de la enfermedad a lo que debe el ser de este modo y a quien se halle en su misma situación hará bien en seguir su ejemplo y no lamentarse ni del pasado ni del porvenir.

—¿No se lamenta usted? —preguntó Peeperkorn, y volvió la cara.

Parecía estar muy pálido en la penumbra; los ojos estaban adormecidos y, bajo su frente de ídolo, la gran boca desgarrada estaba entreabierta como la de una máscara trágica.

—Me parece —respondió modestamente Hans Castorp— que no debe hablarse de mí. Me esforzaba en conseguir que usted no se lamentase y que, a causa de los acontecimientos pasados, no me retirase su benevolencia.

—Sin embargo —dijo Peeperkorn—, sin saberlo he debido causarle una pena profunda.

—Si esto es una pregunta —respondió Hans Castorp— y si digo que sí, eso no significa en ningún caso que yo no aprecie la inmensa ventaja de haberle conocido, pues tal ventaja se halla inseparablemente unida a esa decepción.

—Se lo agradezco, joven. Aprecio la delicadeza de sus frases. Pero si hacemos abstracción de nuestras relaciones…

—Eso es difícil —dijo Hans Castorp—; yo no puedo hacer abstracción. El hecho de que Clawdia haya venido acompañada de una personalidad de la altura de usted no podía menos de agravar y aumentar el mal que resultaba para mí el hecho de que hubiese vuelto en compañía de otro hombre. Eso me causó mucha pena y me la causa hoy todavía, no lo niego, y con toda intención me he atenido, en la medida de lo posible, al aspecto positivo de la aventura, a mi sincera veneración hacia usted, Mynheer Peeperkorn, lo que causaba un poco de contrariedad a su compañera de viaje, pues las mujeres no gustan de que sus amantes se entiendan.

—En efecto —dijo Peeperkorn, y disimuló una sonrisa, pasándose la mano por la

boca y la barbilla, como si temiese que madame Chauchat le viese sonreír.

Hans Castorp también sonrió discretamente y luego ambos se encogieron de hombros, en completo acuerdo.

—Esta pequeña venganza —continuó diciendo Hans Castorp— me correspondía, en cierta manera, pues tenía algún derecho de quejarme, no de Clawdia ni de usted, Mynheer Peeperkorn, sino de mi vida y mi destino. Puesto que tengo el honor de gozar de su confianza, y esta hora crepuscular es tan singular en varios aspectos, quiero, al menos por alusiones, hablarle un poco.

—Con mucho gusto —dijo cortesmente Peeperkorn. Hans Castorp dijo:

—Me hallo aquí desde hace bastante tiempo, desde hace muchos años, no sé exactamente desde cuándo, desde hace años de mi vida. Por eso he hablado de «vida», y en el momento oportuno volveré a hablar del destino. Mi primo, al que yo tenía intención de hacer una corta visita, un militar lleno de valientes y leales intenciones que no le sirvieron de nada, murió, me fue arrebatado y yo continúo aquí. Yo no era militar, tenía una profesión civil, como usted quizá ya sabe, una profesión sólida y razonable que contribuye, según parece, a la solidaridad internacional, pero no sentí nunca mucha afición hacia ella, se lo confieso, y eso por razones que no puedo explicar bien, que son bastante oscuras, que se refieren a los orígenes de mis sentimientos hacia la compañera de viaje de usted (me refiero a ella de esta manera para poner de relieve que no tengo intención alguna de violentar los derechos positivos de usted), de mis sentimientos por Clawdia y de nuestro tuteo, del cual no he renegado jamás desde que vi por primera vez sus ojos y éstos me dominaron, ¿comprende? Por amor a ella, y desafiando a Settembrini, me sometí al principio irrazonable, al principio genial de la enfermedad, al cual, en verdad, estaba sujeto desde siempre, y me hallo aquí no sé exactamente desde cuándo, pues lo he olvidado todo y he roto con todo, con mis parientes y mi profesión en la llanura y con todas mis esperanzas. Cuando Clawdia se marchó yo la esperé, no cese de esperarla aquí, de manera que estoy definitivamente muerto. En esto pensaba cuando he hablado del «destino» y por eso me he permitido insinuar que tenía el derecho de quejarme de mi situación y de mi derecho lesionado. Leí una vez una historia (no, no la leí, la vi una vez en el teatro), la historia de un hombre (era militar como mi primo) que se enamora de una encantadora gitana, con una flor en la oreja, una mujer fatal y salvaje, y la ama hasta tal punto que reniega de todo y lo sacrifica todo, deserta, se hace contrabandista y se deshonra desde todos los puntos de vista. Cuando ha realizado todo esto, ella se cansa de él y se escapa con un torero, una personalidad de marca con una espléndida voz de barítono. La cosa termina de esta manera: el soldadito, pálido como la muerte, con la camisa abierta, la apuñala junto a la plaza, crimen que ella había provocado. Cuento esta historia sin motivo alguno. Pero ¿por qué se me ha ocurrido ahora?

Cuando Hans Castorp había hablado de «apuñalar», Mynheer Peeperkorn había cambiado ligeramente de posición, había retrocedido, volviendo bruscamente su rostro hacia su visitante y le había mirado a los ojos con un aire investigador. Luego se apoyó en el codo y dijo:

—Joven, he escuchado y ahora estoy al corriente. Permítame que le ofrezca mis leales explicaciones. Si mis cabellos no fuesen blancos y no me hallase afligido por una fiebre maligna, me vería dispuesto a darle satisfacción, de hombre a hombre, con el arma en la mano, por el daño que le he causado inconscientemente y al mismo tiempo por el que mi compañera de viaje le ha causado, del que también le debo cuenta. Perfectamente, señor. Usted me vería dispuesto. Pero dado el estado actual de cosas, permítame que le someta otra proposición. Es la siguiente: recuerdo que, en un momento de exaltación, al comienzo de nuestras relaciones (lo recuerdo a pesar de que había hecho entonces honor a la botella), en un instante en que quedé agradablemente impresionado por su carácter, estuve a punto de proponerle que nos tuteásemos fraternalmente, pero comprendí de inmediato que era prematuro. Pues bien, hoy me refiero a ese instante y declaro que el plazo que habíamos calculado se ha cumplido. Joven, somos hermanos. Usted ha hablado de un tuteo en el sentido completo. El nuestro tendrá también toda la plenitud, el sentido de una fraternidad sentimental. La satisfacción que la enfermedad y la edad me impiden darle con las armas, se la ofrezco bajo esa forma, se la ofrezco en el sentido de un trato fraternal de alianza, como se hace a veces en el mundo contra un tercero, pero que nosotros concluimos en el sentido de un sentimiento común hacia alguien. Tome su vaso, joven, yo tomaré mi jarro, sin querer con esto ofender para nada el mérito de ese vino nuevo…

Con su mano de capitán, ligeramente temblorosa, llenó los vasos, ayudado por Hans Castorp, respetuoso y trastornado.

—Cruce el brazo conmigo y bebamos así —propuso Peeperkorn—. Vacía el vaso. Perfectamente, joven. ¡Clasificado! Aquí está mi mano. ¿Estás contento?

—Naturalmente, ésta no es más que una manera de hablar, Mynheer Peeperkorn —dijo Hans Castorp, que había vaciado con dificultad el vaso de un solo trago y se limpiaba las rodillas con el pañuelo, pues había derramado un poco de vino—. Diré que me siento infinitamente feliz y que no comprendo cómo he podido ser honrado con tal favor. Francamente, es como si soñase. Es un inmenso honor para mí, no sé cómo puedo haberlo merecido de una manera tan pasiva, y no ha de extrañarle que al comenzar me parezca un poco aventurado servirme de esa fórmula nueva; me resulta violento, sobre todo en presencia de Clawdia que, en calidad de mujer, podría no mostrarse de acuerdo con esas resoluciones.

—Déjame hacer —contestó Peeperkorn—, ¡no es más que una cuestión de ejercicio y costumbre! Y ahora, joven, vete. ¡Márchate, hijo mío! Es ya de noche,

nuestra amiga puede volver de un instante a otro y tal vez vale más que no nos vea ahora juntos.

—Te saludo, Mynheer Peeperkorn —dijo Hans Castorp, y se puso de pie—. Como ve, venzo mi dificultad legítima y me ejercito en esta fórmula de una loca temeridad. Es verdad, es de noche. Imagino que si Settembrini entrase en este momento, encendería la luz para que la razón y las costumbres de la sociedad entrasen con él; es su punto débil. Hasta mañana. Me voy de aquí alegre y orgulloso como no había podido imaginar. Vas a tener ahora al menos tres días sin fiebre, durante los cuales podrá usted atender a todo. Esto me causará tanto placer como si yo fuese tú. ¡Buenas noches!

Mynheer Peeperkorn termina

Una cascada es siempre un objetivo de excursión muy atrayente, y es difícil de explicar por que Hans Castorp, que había sentido siempre una afición particular por estos espectáculos, no había visitado todavía la pintoresca y famosa del valle de Fluela. En tiempo de Joachim, los escrúpulos de su primo, que no había venido aquí para divertirse, y que, sin perder jamás el objetivo que se proponía con su estancia en la altura, había limitado su rayo visual a los alrededores inmediatos del Berghof, podían haber sido una excusa. Después de la muerte de Joachim, Hans Castorp había observado, en sus relaciones con la región, la misma uniformidad conservadora, cuyo contraste con sus experiencias íntimas y con sus deberes de «gobierno» no se encontraban faltos de encanto. No obstante, aprobó con vivacidad el proyecto acariciado por el círculo de sus amigos, por esas siete personas, contándole a él, que constituían su círculo habitual, de ir en coche hasta aquel reputado lugar.

Era el mes de mayo, el mes de la felicidad si uno ha de fiarse de lo que dicen las inocentes canciones de la llanura, un mes bastante fresco y sin dulzura en estas cumbres. Sin embargo, al menos podía considerarse como terminado el deshielo. Había nevado últimamente, pero ya no quedaba nada de los gruesos copos; no habían dejado más que un poco de humedad. Las masas compactas del invierno se habían fundido y ya casi no quedaban vestigios. El mundo se cubría de verdor, se hacía practicable y constituía una verdadera tentación para todo espíritu emprendedor.

Además, las relaciones del grupo se habían visto influidas por la enfermedad de su jefe, el magnífico Peeperkorn, cuya fiebre maligna no había querido ceder a los efectos del clima extraordinario ni a los antídotos de un médico tan notable como el consejero Behrens. Tuvo que guardar cama largo tiempo, y no sólo durante los días en que la fiebre cuartana ejercía sus derechos, pues el bazo y el hígado le daban mucho quehacer, según había dicho el consejero, en particular a sus más próximos amigos. El estómago tampoco se hallaba en un estado completamente clásico, y Behrens no dejó de hacer alusión a los peligros de un debilitamiento crónico que incluso una naturaleza potente como la de Peeperkorn podía correr.

Durante esas semanas, Mynheer Peeperkorn no pudo presidir más que un solo festín nocturno, y tuvo que renunciar igualmente a los paseos, exceptuando uno sólo a muy corta distancia.

Por otra parte —dicho entre nosotros—, Hans Castorp sintió, con ese relajamiento de la comunidad, una especie de alivio, pues se encontraba verdaderamente cohibido por haber fraternizado con el compañero de viaje de madame Chauchat. En efecto, en sus conversaciones comunes tenía que hacer las mismas habilidades, los mismos rodeos y evitar ciertas formas, como había hecho antes con Clawdia, eludiendo, por medio de chocantes circunloquios, dirigirse directamente a Peeperkorn todas aquellas

veces que no había manera de evitar el «tú». Era el mismo dilema, o un dilema opuesto al que pesaba en sus relaciones con Clawdia en presencia de otras personas, o ante la única presencia de su dueño, que, gracias a la satisfacción que había recibido de él, se había ampliado hasta el punto de cohibirle doblemente.

Como hemos dicho, el proyecto de una excursión a la cascada estaba en el orden del día. Peeperkorn en persona había fijado el itinerario y se encontraba dispuesto a realizar aquella empresa. Era el tercer día después de su acceso de su fiebre cuartana, y Mynheer hizo saber que tenía intención de aprovecharse de ello. No había comparecido en las primeras comidas y, como hacía con frecuencia, se había hecho servir en su habitación en compañía de madame Chauchat. Pero a la hora del desayuno, el portero cojo había transmitido a Hans Castorp la orden de encontrarse dispuesto para el paseo una hora después del almuerzo, y de comunicar esta orden a los señores Ferge y Wehsal, y hacer avisar además a Settembrini y Naphta deque se les pasaría a buscar. También recibió la orden de encargar dos coches para las tres de la tarde.

A esa hora se encontraron ante la puerta del Berghof Hans Castorp, Ferge y Wehsal, y esperaron allí a sus señores distrayéndose en acariciar los caballos que, con sus belfos negros y húmedos, cogían los terrones de azúcar que se les ofrecían en el hueco de la mano. Los compañeros de viaje aparecieron con un pequeño retraso. Peeperkorn, cuya regia cabeza se había alargado un poco, saludó de pie, al lado de Clawdia, quitándose el sombrero blando y redondo, y sus labios articularon un «buenos días» general, aunque imperceptible. Luego cambió un apretón de manos con cada uno de los tres hombres, que se adelantaron al encuentro de la pareja hasta el umbral de la puerta.

—Joven —dijo Mynheer a Hans Castorp, poniéndole la mano izquierda sobre el hombro—. ¿Cómo estás, querido hijo?

—Muy bien, gracias. Espero que todo irá bien.

El sol brillaba. Era un día bello y claro, pero, a pesar de esto, todos llevaban abrigos de entretiempo. Era muy probable que sintieran frío en el coche. Madame Chauchat también traía un grueso abrigo de una tela peluda, a grandes cuadros y cuello de piel. Llevaba en el sombrero un velillo color aceituna, que le caía hasta la barbilla, que le sentaba muy bien, y todos sus compañeros experimentaron una especie de sufrimiento, a excepción de Ferge, que era el único que no estaba enamorado de ella. Y su indiferencia dio por resultado que, en el reparto provisional de asientos hasta que se hubieron unido los invitados que vivían fuera, fuese a él a quien se concediese el lugar en el primer coche, delante de Mynheer y de la señora, mientras Hans Castorp, no sin haber recogido una sonrisa burlona de los labios de Clawdia, subió, con Fernando Wehsal, al segundo coche. La delgaducha persona del criado malayo tomaba parte en la excursión. Había aparecido detrás de sus señores

con una cesta muy voluminosa, de la cual asomaban algunos cuellos de botellas, y se había colocado en el asiento delantero del primer coche, con los brazos cruzados, al lado del cochero. Se dio la señal de partida.

Wehsal advirtió también la sonrisa de madame Chauchat y, enseñando sus dientes cariados, habló en estos términos a su compañero de viaje:

—¿Se ha fijado cómo se burla de usted —dijo— porque se ha visto obligado a subir al mismo coche que yo? Cuando uno está enfermo sufre, además, la vergüenza de estarlo. ¿Es que le molesta tanto sentarse a mi lado?

—Por Dios, Wehsal, no hable tan alto, haga el favor —dijo, riñéndole, Hans Castorp—. Las mujeres sonríen por la menor causa, por el placer de sonreír. ¿Por qué se rebaja siempre de este modo? Usted, como todos, tiene sus cualidades y defectos. Por ejemplo, toca muy bien *El sueño de una noche de verano*, cosa que no está al alcance de todo el mundo. Debería usted tocarlo uno de esos días.

—Sí —contestó el mísero—, usted habla desde lo alto de su grandeza y no se da cuenta de la impertinencia de sus palabras consoladoras, ni de que me humilla aún mucho más hablando así. Le es fácil hablar desde lo alto de su pedestal, pues si hoy está en una situación un poco ridicula, sabe perfectamente que le tocará el turno y ¡ya ha estado usted en el séptimo cielo, Dios mío! Ha sentido sus brazos en su nuca, y todo eso me quema la garganta, y usted considera mis torturas con plena conciencia de las ventajas con que usted se beneficia…

—No es muy noble todo eso que está diciendo, Wehsal. Incluso es repugnante; no es necesario que se lo oculte, puesto que me reprocha que soy impertinente y es muy posible que usted haga todo lo posible por parecer repugnante. Hace todo lo posible para aparecer poco atrayente y no cesa de torturarse.

—¡Terriblemente! —respondió Wehsal, moviendo la cabeza—. No es posible explicar los tormentos que sufro, la sed y el deseo que siento de ella; desearía decir que eso será mi muerte, pero no se puede ni vivir ni morir con ello. Durante su ausencia me sentía mejor, la perdía poco a poco de vista. Pero desde que ha regresado y la tengo cada día ante mis ojos, me siento tan desesperado que me muerdo los brazos, gesticulo en el vacío y no sé que hacer. No debería existir semejante cosa, pero no me atrevo a desear que no exista. Cuando uno siente eso no puede desear que este sentimiento no exista, pues sería abolir la propia vida que está amalgamada con él; ¿de que serviría morir? Después sí, ¡con placer! ¡En sus brazos, con mucho gusto! Pero antes es estúpido, pues la vida es el deseo, es el deseo de vivir, que no puede volverse contra sí mismo, y de esta manera, ¡condenación!, nos hallamos continuamente cogidos. Y cuando digo «condenación» no es más que una manera de hablar, lo digo como si fuese otro, pues yo mismo no puedo pensar. Hay muchas torturas, y el que sufre una tortura quiere verse liberado, lo quiero a todo trance, a toda costa. Pero uno no puede verse liberado de la tortura del deseo carnal más que a

condición de satisfacerlo, no hay otro medio, no hay otro camino. Cuando uno no experimenta esto, no puede comprenderlo, pero cuando lo experimenta se comprende a Cristo y las lágrimas fluyen a los ojos. ¡Dios del cielo! ¡Qué cosa más singular que nuestra carne desee de ese modo la carne, sencillamente porque no es nuestra carne y pertenece a otra alma! ¡Qué extraño y, mirando más de cerca, qué poca cosa! Se podría decir: si la carne no desea nada más que eso, ¡séale concedido en el nombre de Dios! ¿Es que quiero derramar su sangre? ¡No quiero más que acariciarla! Castorp, mi querido Castorp, perdóneme que gima de esta manera, pero ¿no podría entregárseme? Hay en esto algo muy elevado, no soy una bestia; a mi manera soy yo, a pesar de todo, un hombre. ¡El deseo de la carne va en todos los sentidos, no está atado, no está fijo, y por eso lo llamamos bestial! Pero cuando se ha fijado sobre una persona humana con un rostro, nuestros labios hablan de amor. No es únicamente su torso lo que yo deseo, o la muñeca de carne de su cuerpo, pues si su rostro fuese de una forma tan sólo un poco diferente cesaría tal vez de desearla toda entera, y se ve claramente que es su alma lo que yo amo con mi alma, ya que el amor hacia un rostro es el amor del alma…

—¿Qué le pasa, Wehsal? ¡Se halla fuera de sí y habla en un tono extraño!

—Pero por otra parte, y aquí está precisamente la desgracia —continuó diciendo el pobre hombre— es precisamente que ella tenga su alma, que sea un ser humano provisto de cuerpo y alma, ya que su alma no quiere saber nada de la mía, y su cuerpo no quiere saber nada del mío. ¡Qué tristeza y qué miseria! ¡Por eso mi deseo está condenado a la vergüenza y mi cuerpo se retuerce eternamente! ¿Por qué no quiere saber nada de mí, ni por el cuerpo ni por el alma? ¿No soy, acaso, un hombre? Un hombre repugnante, ¿no es un hombre? Soy un hombre en la más alta expresión de la palabra, se lo juro. Soy capaz de realizar proezas sin precedentes si ella me abre el remo de las delicias de sus brazos, que son tan bellos porque forman parte del aspecto de su alma. Le daría todas las voluptuosidades del mundo, Castorp, si no se tratase más que de cuerpos y no de almas, si no hubiese su alma maldita que no quiere saber nada de mí, pero sin la cual yo no desearía tal vez todo su cuerpo. Ése es un infierno de todos los diablos y por eso me retuerzo eternamente…

—Wehsal, hable más bajo. El cochero lo oye. Disimula y no vuelve la cabeza, pero sé que nos escucha.

—¡Comprende y escucha, Castorp! ¡Ya está aquí de nuevo la maldita historia con su carácter y sus particularidades! Si hablase de palingenesia, o de… hidrostática no comprendería nada, no escucharía siquiera, no le interesaría nada, pues no sería popular. Pero el asunto más alto, más importante y el más espantoso secreto de nuestra carne y de nuestra alma ha sido planteado y puede burlarse del que se halla cogido y para quien el día es una tortura de voluptuosidad y la noche un infierno de vergüenza. Castorp, mi querido Castorp, ¡déjeme gemir un poco en mis noches! Cada

noche sueño con ella. ¡La garganta me quema cuando pienso en ello! Y el sueño termina siempre con arañazos, ella me araña, me escupe a la cara; con el rostro de su alma convulsionado por el asco me escupe, y en ese momento me despierto bañado en sudor, en placer y en vergüenza…

—Vamos, Wehsal, procure calmarse y guardar silencio hasta que algún otro compañero suba a nuestro coche. ¡Se lo ruego, se lo ordeno! No quiero lastimarle y le admito que se encuentra en una difícil situación, pero en nuestro país se cuenta la historia de un individuo que fue castigado de modo que al hablar le salían serpientes y sapos por la boca, y cada palabra era un sapo o una serpiente. La historia no dice cómo pudo salir del apuro, pero yo supongo que fue cerrando la boca.

—Pero hablar es una necesidad humana —dijo Wehsal lastimosamente—, es una necesidad del hombre, mi querido Castorp; es necesario hablar y aliviar el corazón.

—Incluso es un derecho del hombre, Wehsal, si usted quiere. Pero según mi opinión, hay derechos que es mucho mejor no usarlos.

Permanecieron callados, como Hans Castorp había decidido, y llegaron muy pronto a la casa de la parra. Naphta y Settembrini se encontraban ya en la calle, el uno enfundado en su abrigo raído y el otro con un abrigo amarillento. Se cambiaron saludos. Naphta subió al primer coche, sentándose al lado de Ferge, y Settembrini, que estaba de muy buen humor y hacía alegres bromas, se unió a Castorp y a Wehsal. Éste cedió su lugar y Settembrini lo ocupó, adoptando la actitud de un paseante por el *corso*, una actitud de abandono y distinción.

Settembrini comenzó a celebrar los atractivos del paseo, lo agradable de ir bien sentado contemplando el paisaje cambiante, testimonió a Hans Castorp sentimientos de afecto fraternal y dio golpecitos en la mejilla de Wehsal, invitándole a olvidar su propio ego antipático para contemplar el mundo luminoso que iba señalando con su mano enfundada en un guante usado.

Dieron un excelente paseo. Los caballos, vivos, bien alimentados, de pelo liso y lustroso, trotaban por una excelente carretera que no se había cubierto aún de polvo. Macizos de rocas, entre cuyas junturas crecía la hierba y aparecían algunas flores, pasaban muy cerca de ellos; los postes del telégrafo iban quedando atrás; los bosques se extendían a lo largo de los taludes; la carretera describía curvas graciosas, manteniendo siempre despierta la curiosidad, y cadenas de montañas cubiertas de nieve en algunos puntos, aparecían en la lejanía a pleno sol.

Pronto se perdió de vista el paisaje familiar del valle, y el desplazamiento de la decoración cotidiana producía sobre el alma un efecto confortante. Se detuvieron en el lindero de un bosque. Desde aquel punto los excursionistas debían seguir a pie hasta el final, hasta el lugar pintoresco que ya se comenzaba a columbrar. Todos oyeron un ruido lejano, un rumor, un zumbido.

—Por el momento —dijo Settembrini, que había ido algunas veces hasta aquel

lugar—, por el momento el ruido parece bastante tímido, pero cuando se llega allí, sobre todo en esta estación es brutal. No podremos oír nuestras voces.

Penetraron en el bosque por un sendero cubierto de húmeda hierba. Peeperkorn iba delante, apoyado en el brazo de su compañera, el sombrero metido hasta las orejas y andando con paso vacilante; después seguía Hans Castorp, sin sombrero, como todos los demás, con las manos en los bolsillos, la cabeza inclinada y silbando ligeramente. Luego iban Naphta y Settembrini, después Ferge y Wehsal, y finalmente el criado malayo, que llevaba la cesta de la comida.

Todos hablaban del bosque. Aquel bosque no era como los demás; presentaba un pintoresco aspecto, un aspecto singular, exótico y, sobre todo, lúgubre. Por todas partes aparecía una especie de liquen musgoso de largas barbas unicolores que se agarraban a las ramas de los árboles. No se veía más que guirnaldas de musgo y eso desfiguraba extrañamente el bosque, que ofrecía un aspecto enfermizo y encantado. El bosque no gozaba de salud, sufría una enfermedad llena de lujuria que amenazaba ahogarlo, tal era la opinión general de la pequeña tropa que según avanzaba por el sendero escuchaba el ruido de la cascada que iba aproximándose, un estrépito y un silbido que se convertían, poco a poco, en un verdadero trueno y parecían confirmar la predicción de Settembrini.

Al dar la vuelta por el pequeño camino apareció la garganta rocosa y cubierta de boscaje, atravesada por un puente y a cuyo fondo caía la cascada. Entonces el ruido pareció aumentar; era un estrépito infernal. Las masas de agua caían verticalmcntc desde una altura de siete u ocho metros. Luego el agua iba resbalando entre las rocas, levantando un estruendo incesante en el que parecían mezclarse todos los ruidos y todas las sonoridades posibles: el rumor del trueno, los silbidos, los balidos, los aullidos, la crepitación, el gruñido, el sonar de las campanas. Verdaderamente aquello ensordecía. Los visitantes se habían acercado a la roca y contemplaban el soberbio espectáculo azotados por un soplo húmedo, envueltos en un vaho de agua, con los oídos entumecidos por el ruido. Se miraban mutuamente, se encogían de hombros y sonreían intimidados. Era una catástrofe continua hecha de espuma y ruido, cuyo loco rugir les aturdía, les causaba miedo y provocaba ilusiones del oído. Se creía oír detrás de sí y por todas partes gritos de alarma y amenazas, trompetas y voces rudas de hombre.

Agrupados detrás de Mynheer Peeperkorn —madame Chauchat se encontraba entre los cinco hombres—, contemplaban con él aquella gran oleada. No distinguían el rostro de Peeperkorn, pero vieron cómo descubría su cabeza cana y cómo dilataba su pecho llenándolo de aquel aire fresco. Se comunicaban entre sí por medio de signos y miradas, pues las palabras, incluso las que se pronunciaban junto al oído, quedaban completamente ahogadas por el estruendo del agua. Los labios formulaban frases de sorpresa y admiración, pero no se oían.

Hans Castorp, Settembrini y Ferge convinieron, por medio de señas, escalar la roca y contemplar el agua desde la altura. No era muy fácil de realizar. La subida era dura, por los desiguales escalones, tallados en la roca, que conducían a una especie de estanque superior. Subieron, uno detrás de otro, pusieron el pie sobre la pasarela y, al hallarse a la mitad del puente suspendido por encima de la curva de la cascada, hicieron señales a sus amigos que se hallaban abajo. Luego atravesaron el puente, descendieron con esfuerzo por el otro lado y reaparecieron a los ojos de los que habían quedado más allá del torrente.

La mímica se refirió luego a la comida. Algunos estimaban que convenía alejarse de la zona hirviente a fin de poder disfrutar de una comida al aire libre y no tener que permanecer sordos y mudos, liberándose de una vez de aquel ruido. Se dieron, sin embargo, cuenta de que Peeperkorn no opinaba lo mismo. Meneó la cabeza, señaló repetidamente con el dedo índice el fondo de la garganta y sus labios desgarrados articularon con esfuerzo «aquí». En estas cuestiones de gobierno era el jefe. El peso de su personalidad hubiera decidido la cuestión aunque no hubiese sido, como siempre, el organizador y el iniciador de la empresa. Aquel hombre de gran tamaño había sido siempre tiránico, autocrático y continuaría siéndolo. Mynheer quería comer junto a la cascada, sumido en el ruido del trueno; tal era su capricho soberano y quien no quisiera verse privado de la comida debía quedarse.

La mayoría de ellos estaban descontentos. Settembrini, que vio desaparecer toda posibilidad de relación humana, de charla o de debate democrático y bien articulado, elevó la mano encima de su cabeza en señal de desesperación y resignación. El malayo se apresuró a cumplir las órdenes de su dueño. Trajo dos silletines plegables, que dispuso junto a la roca, para Mynheer y la señora. Luego extendió a sus pies un mantel y comenzó a sacar el contenido de la cesta: tazas, termos, pasteles y vinos. Comenzó la distribución de víveres. Los demás se hallaban sentados en los salientes de las rocas, junto a la balaustrada del puente, con la taza de café en la mano y el plato sobre las rodillas. Y comenzaron a comer en silencio, sumidos en aquel ruido.

Peeperkorn, con el cuello del abrigo levantado y el sombrero en el suelo, bebió en un vaso de plata y lo vació repetidas veces. De pronto, se puso a hablar. ¡Extraño hombre! Era imposible que oyese incluso su propia voz, y los demás, con mucha razón, no podían oír una sola sílaba. Pero elevaba el dedo índice, alargaba el brazo izquierdo, sostenía el vaso en la mano derecha, y se veía su rostro regio movido por las palabras; se veía cómo su boca articulaba vocablos que no tenían sonido como si hubiesen sido pronunciados en un espacio vacío de aire.

Todos pensaban que renunciaría pronto a aquel inútil esfuerzo, pero él continuaba hablando, haciendo con su mano izquierda gestos fascinadores que obligaban a la atención, a pesar del estrépito espantoso, y dirigiendo las miradas de sus ojillos pálidos y fruncidos con esfuerzo a unos y a otros, de manera que el que recibía

aquellas miradas se veía a su vez obligado a hacer signos de aprobación con la cabeza, a ponerse la mano junto a la oreja, o a abrir la boca, como intentando remediar de alguna manera aquella desesperada situación. ¡Incluso llegó a ponerse en pie! Con el vaso en la mano, envuelto en su capa de viaje que le llegaba casi a los pies, descubierto, su amplia frente de ídolo rodeada de llamas de cabellos blancos, se apoyaba en la roca y su rostro se animaba con un gesto doctoral juntando la yema de los dedos como para acompañar su brindis mudo y confuso con un signo imperioso de exactitud. Se comprendía por sus gestos y se leían en sus labios ciertas palabras que ya se tenía costumbre de oír de su boca: «perfecto» y «clasificado», nada más. Luego inclinaba la cabeza, una gran amargura desgarraba sus labios y ya no era más que la imagen del dolor. Luego se veía florecer en sus mejillas el hoyuelo picaresco de sibarita, se tenía la ilusión de que danzaba sosteniéndose la capa, y aparecía de nuevo con el impudor sagrado de un sacerdote pagano. Elevó su vaso, le hizo describir un círculo ante los ojos de los invitados y lo vació en dos o tres sorbos. Luego alargando el brazo, dio el vaso al malayo, quien lo tomó inclinándose con una mano sobre el pecho. Después dio la señal de partida.

Todos se inclinaron ante él para darle las gracias y se dispusieron a obedecer sus órdenes. Los que estaban sentados en el suelo se pusieron inmediatamente de pie. El frágil javanés recogió la vajilla. En el mismo orden de marcha en que habían venido siguieron por el sendero húmedo, a través del bosque transfigurado por el liquen, dirigiéndose adonde esperaban los coches.

Esta vez Hans Castorp tomó asiento en el que iban el señor y su compañera. Se hallaba sentado ante la pareja, al lado del excelente Ferge, a quien las cosas elevadas eran completamente extrañas. Casi no se habló nada durante el regreso. Mynheer permanecía con las manos sobre la manta que envolvía sus piernas y las de Clawdia, y tenía la boca abierta. Settembrini y Naphta descendieron antes de que el coche hubiese franqueado la línea férrea y el curso de agua. Wehsal permaneció solo en el segundo coche. Luego se pararon ante la puerta del Berghof.

Durante la noche el sueño de Hans Castorp fue de una ligereza muy particular. ¿Era a consecuencia de una alarma interior de la que su alma no sabía nada, o porque había percibido algo anormal en el habitual silencio nocturno del Berghof? ¿El rumor, apenas sensible en la casa, de un paso lejano había bastado para despertarle sobresaltándole con plena conciencia?

En efecto, se había despertado algún tiempo antes de que llamasen a su puerta, lo que ocurrió poco después de las dos de la madrugada. Contestó al instante, completamente despierto, con toda su energía y su presencia de espíritu. Era la voz alta e insegura de una enfermera que le rogaba, de parte de madame Chauchat, que bajase inmediatamente al primer piso. Contestó que bajaría de inmediato. Saltó de la cama, se vistió rápidamente, rechazó con la mano los cabellos de su frente y bajó sin

prisa, pero también sin lentitud, preocupado, no de lo que se trataba, sino de que fuese a aquella hora.

Encontró completamente abierta la puerta del salón de Peeperkorn, lo mismo que la del dormitorio del holandés, en el que estaba encendida la luz. Los dos médicos, la superiora Mylendonk, madame Chauchat y el criado malayo se encontraban allí. Este no iba vestido como de costumbre: vestía una especie de traje nacional, una blusa a anchas rayas, de mangas amplias y largas, una especie de faldellín en vez de pantalones y un bonete cónico de tela amarilla en la cabeza. Llevaba, además, sobre su pecho unos amuletos. Se mantenía inmóvil con los brazos cruzados, a la izquierda de la cabecera de la cama en la que Peeperkorn se hallaba tendido, de espaldas. Hans Castorp contempló, muy pálido, aquella escena. Madame Chauchat le volvía la espalda. Estaba sentada en un sillón bajo, a los pies de la cama, con el codo apoyado, la barbilla en la mano y mirando el rostro de su compañero de viaje.

—B. N. (buenas noches), amigo mío —dijo Behrens, que había hablado a media voz con el doctor Krokovski y la superiora, y se encogió de hombros con aire melancólico, atormentándose con la mano el bigotito. Venía vestido con la blusa de médico, y el estetoscopio asomaba en el bolsillo. Llevaba zapatillas bordadas y cuello bajo.

—No hay nada que hacer —añadió a media voz—. ¡Trabajo fino! Acérquese, pues. Lance sobre eso una mirada inteligente y me concederá que se ha previsto concienzudamente toda intervención médica.

Hans Castorp se acercó a la cama sigilosamente. Los ojos del malayo vigilaban cada uno de sus movimientos y le seguían sin que saliese de su inmovilidad, de manera que se le veía el blanco de los ojos. Por medio de una mirada comprobó que madame Chauchat no se preocupaba de él y permaneció de pie, en su actitud característica, apoyado en una pierna, con las manos juntas sobre el vientre, la cabeza inclinada, sumido en una contemplación respetuosa y pensativa.

Peeperkorn se hallaba tendido sobre la colcha de seda roja, vestido con su camiseta de punto como Hans Castorp le había visto con frecuencia. Sus manos estaban hinchadas y habían adquirido un color azulado, casi negro; lo mismo ocurría en ciertos lugares de su rostro. Esto le desfiguraba sensiblemente, a pesar de que sus rasgos no hubiesen cambiado mucho. El dibujo de su amplia frente de ídolo, rodeada de mechones blancos —cuatro o cinco rizos horizontales que descendían en ángulo recto a los dos lados de las sienes hundidas por la tensión habitual de toda una vida —, se destacaba intensamente por encima de los párpados cerrados. Los labios, con su amargo desgarrón, se hallaban entreabiertos. Su tono azulado denotaba una detención brusca, violenta y apoplética de sus funciones vitales.

Hans Castorp permaneció un instante en recogimiento, interrogándose sobre la situación. Titubeaba en cambiar de actitud, esperando que la «viuda» le dirigiese la

palabra. Como no lo hacía, prefirió no molestarla y se volvió hacia el grupo de las otras personas que estaban a su espalda. El consejero hizo un signo de cabeza en la dirección del salón. Hans Castorp le siguió.

—¿Suicidium? —preguntó en voz baja.

—¡Caramba! —exclamó Behrens, con un gesto despreciativo, y añadió—: ¡Y de qué manera! En tono superlativo. ¿Ha visto alguna vez ese objeto de lujo? —preguntó extrayendo del bolsillo de la blusa un estuche de forma irregular del que sacó un pequeño objeto que presentó al joven—. Yo nunca lo había visto, pero vale la pena observarlo. Nunca se sabe bastante. Se trata de una ingeniosidad fantástica. Se lo he quitado de la mano. ¡Cuidado! Si le cae una gota sobre la piel puede quemarse.

Hans Castorp cogió entre sus dedos aquel objeto misterioso. Era de acero, de marfil, de oro, de caucho, y tenía un aspecto muy extraño. Se veían dos puntas de agujas, curvas y muy afiladas, de acero, en la parte media ligeramente onduladas montadas en marfil nielado de oro, y terminando en una especie de pera rígida de caucho.

—¿Qué es eso? —preguntó Hans Castorp.

—Esto —contestó el doctor Behrens— es una jeringa de inyecciones. O, desde otro punto de vista, es un mecanismo que reproduce los dientes de la serpiente de cascabel. ¿Comprende? —añadió al ver que Hans Castorp no separaba los ojos del extraño instrumento—. Aquí están los dientes. No son completamente macizos, se hallan atravesados por un tubo capilar, por un canal muy fino cuyo comienzo puede ver claramente aquí, en la parte de delante, un poco por encima de las puntas. Por supuesto, esos pequeños tubos están igualmente abiertos en el otro extremo y comunican con la pera de caucho que se halla unida a la parte media de marfil. En el momento de la mordedura los dientes se contraen ligeramente, es fácil de comprender, y ejercen sobre el depósito que los alimenta una ligera presión, de manera que en el instante preciso en que las puntas penetran en la carne la dosis es precipitada en la circulación de la sangre. Eso parece muy sencillo, cuando se tiene el objeto ante los ojos, pero era necesario que se le ocurriese a alguien. Sin duda lo fabricaron según sus propias indicaciones.

—Seguramente —convino Hans Castorp.

—La dosis no puede haber sido muy considerable —continuó diciendo el consejero—. La cantidad ha tenido que ser sustituida por…

—El dinamismo… —completó Hans Castorp.

—Si usted quiere. Ya aclararemos de qué se trata. Se puede esperar con una cierta curiosidad el resultado del análisis, eso nos dará sin duda la ocasión de aprender cosas nuevas. ¿Quiere apostar que nuestro exótico personaje, el sirviente que se halla allá dentro, podrá informarnos muy exactamente? Supongo que se trata de una amalgama de venenos animales y vegetales, el fin del fin, pues el efecto ha tenido que

ser fulminante. Todo indica que la pócima le cortó inmediatamente la respiración. Comprenda: asfixia rápida y probablemente sin esfuerzo ni dolor.

—¡Dios lo habrá querido así! —dijo Hans Castorp piadosamente, y suspirando devolvió el inquietante instrumento al consejero y volvió al dormitorio.

Únicamente se hallaban en él el malayo y madame Chauchat. Esta vez Clawdia elevó la cabeza hacia el joven cuando éste se acercó de nuevo a la cama.

—Usted tenía derecho a que se le llamase —le dijo.

—Ha sido muy amable —respondió—, tiene razón. Nos tuteábamos. Me avergüenzo hasta el fondo del alma que me costara hacerlo ante la gente y haber recurrido a subterfugios. ¿Se hallaba usted a su lado durante sus últimos instantes?

—El criado me avisó cuando todo había terminado.

—Era un hombre admirable —manifestó Hans Castorp— que experimentaba el desfallecimiento del sentimiento ante la vida como una catástrofe cósmica, como una vergüenza delante de Dios, pues él se consideraba como el órgano nupcial de Dios. Era de una locura regia… Cuando uno está impresionado tiene valor de servirse de expresiones que parecen groseras e impías, pero que son más solemnes que las palabras usuales de recogimiento.

—Es una renunciación —dijo ella—. ¿Estaba al corriente de nuestra locura?

—No pude ocultárselo, Clawdia. Lo adivinó cuando me negué a besarla a usted, delante de él, en la frente. Su presencia en este momento es más simbólica que real, ¿me permite que lo haga ahora?

Con un movimiento breve, ella elevó su frente hacia él con los ojos cerrados, y Hans aproximó los labios. Los ojos castaños del malayo vigilaban la escena, dirigidos hacia ellos, mostrando el blanco de sus córneas.

El gran embrutecimiento

Una vez más oímos la voz del doctor Behrens. ¡Escuchemos! Será, quizá, la última vez que le oigamos. Esa historia misma tendrá un fin, su tiempo más largo ha pasado, o mejor, la duración de su contenido ha adquirido tal empuje que ya no hay manera de detenerlo, y su duración musical también toca a su término, de manera que tal vez ya no tendremos ocasión de escuchar la voz alegre y las locuciones proverbiales de Rhadamante. Decía a Hans Castorp:

—Castorp, viejo tronco, usted me fastidia. Me hace la vida imposible, leo cada día en su frente su mal humor. Es usted un tipo agotado. Castorp, ha sido mimado por las sensaciones, y si no se le propone cada día una novedad de primer orden se enfurruña durante todo el tiempo de las vacas flacas. ¿Tengo o no razón?

Hans Castorp permaneció en silencio, y esta actitud testimoniaba que, en efecto, reinaba bastante oscuridad en su interior.

—Tengo razón, como siempre —se contestó a sí mismo Behrens—. Y antes de que propague aquí el veneno del descontento, ciudadano rebelde, va a ver que no se halla completamente abandonado de Dios y los hombres, que las autoridades le vigilan, que no le han perdido de vista, querido mío, y que buscan sin descanso ni reposo el divertirle. Vamos, bromas aparte, amiguito mío. Se me ha ocurrido una idea. ¡Y Dios sabe cuántas noches de insomnio he pasado antes de que se me ocurriese! Se podría hablar de una iluminación: el hecho es que yo espero mucho de mi idea, es decir, espero nada menos que su desintoxicación y su marcha triunfal en una fecha próxima insospechada. No abra de esa manera los ojos —continuó diciendo después de una pausa calculada, a pesar de que Hans Castorp no hubiese abierto los ojos, sino que le miraba de un modo soñoliento y distraído—. Usted no puede sospechar lo que el viejo Behrens quiere decir. He aquí mi opinión. Hay algo en usted que no marcha en el sentido de que sus fenómenos de intoxicación no corresponden, desde hace tiempo, a su estado local, incontestablemente mejorado. No, estoy pensando desde ayer: aquí tenemos su última fotografía. Aproximemos a la luz ese objeto mágico. Como ve, nuestro mayor pesimista y embadurnador de negro no podría descubrir nada aquí. Algunos focos se encuentran completamente reabsorbidos, el nido se ha encogido y delimitado netamente, lo que (usted es sabio y no lo ignora) constituye un indicio de curación. Este estado de cosas no explica la irregularidad de su temperatura, muchacho. Y el médico se ve obligado a buscar otras causas.

El movimiento de cabeza de Hans Castorp expresó una curiosidad cortés y nada más.

—Usted pensará, Castorp, que el viejo Behrens deberá convenir en que el tratamiento ha fracasado. Pero en tal caso, pensaría como un aprendiz y no se

mostraría a la altura de la situación ni del viejo Behrens. Su tratamiento no ha fracasado, pero es posible que haya sido demasiado unilateral. He considerado esta posibilidad al ver que sus síntomas no se refieren exclusivamente a la tuberculosis, y deduzco esta probabilidad del hecho de que en efecto hoy no hay otra manera de explicárselo. Sus disturbios deben de tener otro origen. Según mi opinión, usted tiene «cocos». Según mi convicción profunda —y el consejero acentuó su afirmación después de haber observado cómo Castorp se encogía de hombros—, usted tiene *streptos*, lo que por otra parte no es una razón para que se asuste.

No podía hablarse de susto; la fisonomía de Hans Castorp expresaba más bien una especie de agradecimiento irónico, ya sea por la perspicacia que se le atribuía, ya por la nueva dignidad con que el consejero le investía a causa de su hipótesis.

—No hay motivo alguno para sentirse presa del pánico —añadió el consejero—. Todo el mundo tiene «cocos», todos los imbéciles tienen *streptos*. No tiene usted ningún motivo para sentirse orgulloso. Desde hace algún tiempo sabemos que se pueden tener estreptococos en la sangre y no manifestarse ningún síntoma visible de infección. Nos hallamos en presencia de un hecho que muchos de nuestros colegas ignoran todavía, a saber: que la sangre puede tener tubérculos sin que resulte nada de ello. No nos hallamos incluso lejos de suponer que la tuberculosis podría ser únicamente una enfermedad de la sangre.

A Hans Castorp esto le pareció muy notable.

—Por consiguiente, cuando yo digo *streptos* no ha de imaginar usted la conocida imagen de una enfermedad grave. El análisis bacteriológico de la sangre demostrará si esos pequeños cuerpos se hallan instalados verdaderamente en usted. Pero únicamente el tratamiento por las vacunas nos demostrará si éste es el origen de su estado febril. He aquí el camino que convendrá seguir, amigo mío, y como ya le he dicho, espero un resultado completamente inesperado. La tuberculosis puede arrastrarse indefinidamente, pero se registran con frecuencia curaciones muy rápidas de enfermedades de esta naturaleza, y verdaderamente, si usted reacciona a estas inyecciones, dentro de seis semanas se sentirá como un pez en el agua. ¿Qué dice? ¿No vigila el granero el viejo Behrens?

—Por ahora esto no es más que una hipótesis —contestó Hans Castorp sin entusiasmo.

—Una hipótesis que puede confirmarse, una hipótesis muy fecunda —replicó el consejero—. Usted podrá darse cuenta de hasta qué punto es fecunda cuando vea nacer las cascarillas en nuestros cultivos. Mañana por la tarde, Castorp, le sangraremos con arreglo a las reglas del arte de los barberos del pueblo. Esto ya constituye en sí mismo un placer y no puede dejar de ejercer sobre el alma y el cuerpo los más felices efectos…

Hans Castorp se manifestó dispuesto a esta diversión y dio las gracias al

consejero por la atención que le había concedido. Con la cabeza inclinada sobre el hombro contempló cómo se alejaba Behrens. La intervención del patrón se había producido en el instante crítico. Rhadamante había interpretado con bastante exactitud el juego de fisonomía y el estado anímico del pensionista del Berghof, y su nuevo experimento estaba destinado —no lo había ocultado— a ayudar a Hans Castorp a franquear el punto muerto a que había llegado desde hacía algún tiempo, como podía deducirse de su expresión, que recordaba muy precisamente la que había tenido el difunto Joachim cuando ciertas decisiones sombrías se iban preparando en él.

Hay que decir todavía más. No sólo Hans Castorp parecía haber llegado a tal punto, sino que también parecía hallarse en esa situación todo el conjunto, toda la «asamblea».

Después del final excéntrico de sus relaciones con cierta personalidad, después de los disturbios de toda suerte que este fin había producido en la casa, después de que Clawdia Chauchat había abandonado de nuevo la comunidad de los de aquí arriba, después del adiós que habían cambiado en la sombra trágica de una gran renunciación por respeto hacia el difunto, desde este momento le parecía al joven Castorp que algo flaqueaba en la vida; se le antojaba que iba cada vez peor, y que una ansiedad creciente se había apoderado de él, como si un demonio se hubiese hecho cargo del poder, un demonio peligroso y burlón que desde hacía algún tiempo había desempeñado un papel bastante importante y que ahora acababa de proclamar, sin reservas, su autoridad, inspirando un terror misterioso y sugiriendo pensamientos de huida, un demonio que tenía por nombre «embrutecimiento».

Se juzgará que el narrador ha encargado su paleta de una manera demasiado romántica asociando la palabra embrutecimiento con el principio demoníaco y afirmando que producían un terror místico. Sin embargo, no se trataba de una fábula y nos atenemos muy exactamente a la aventura personal de nuestro héroe, aventura cuyo conocimiento se escapa a todo control y que demuestra que el embrutecimiento pueda, en ciertas circunstancias, adquirir ese carácter e inspirar tales sentimientos.

Hans Castorp miró alrededor de él. No veía más que cosas lúgubres, inquietantes, y sabía lo que veía, veía la vida del tiempo, la vida despreocupada y privada de esperanza, la vida muerta.

Esa vida era activa a su manera. Existían ocupaciones de todas clases, pero, de vez en cuando, una de ellas degeneraba en una moda furiosa a la que todo el mundo se sacrificaba con fanatismo.

La fotografía de aficionado había ocupado siempre un lugar importante en el mundo del Berghof. Por dos veces —pues cuando se permanecía algún tiempo en la altura podía verse cómo se repetían las epidemias— esa pasión se había convertido, durante semanas y meses, en una locura sobre un aparato apoyado encima del

estómago, que no enfocase un objetivo y no terminase por hacer circular fotografías durante las comidas. Desde hacía tiempo, la cámara oscura, que se encontraba a disposición de los pensionistas, era insuficiente para cubrir las necesidades. Se cerraban las puertas y los balcones de los cuartos y se cubrían con cortinas negras; se manipulaba, a la luz roja, en los baños químicos, hasta que estuvo a punto de producirse un incendio y el estudiante búlgaro de la mesa de los rusos bien corrió el peligro de quedar convertido en ceniza. Entonces las autoridades prohibieron ese ejercicio en las habitaciones.

Por otra parte, no se tardó mucho en desinteresarse por la fotografía sencilla. Fueron lanzadas las fotografías al magnesio y la fotografía en color por el procedimiento Lumière. Circulaban los retratos de personas que, sorprendidas por el relámpago de magnesio, con los ojos fijos y los rostros convulsos, parecían cadáveres de gentes asesinadas que hubiesen sido puestos de pie y se les hubiesen abierto los ojos.

Hans Castorp conservaba una placa encuadrada en cartón en la que, cuando la miraba al transparente, se veía él mismo entre la señora Stoehr y la señorita Levy del rostro de marfil. La primera llevaba una blusa azul, la segunda una blusa púrpura, los rostros eran cobrizos y por fondo tenía un prado.

Reinaba también la afición a coleccionar sellos. Esta manía practicada por algunos pensionistas, se convertía de pronto en una locura general. Todo el mundo pegaba, cambiaba y traficaba. Se abonaban a revistas de filatelia, se sostenía correspondencia con casas especializadas de todos los países, con asociaciones y aficionados, se destinaban sumas inverosímiles a la compra de sellos raros e incluso se daba el caso de que pensionistas cuya situación financiera no les permitía más que pasar algunos meses en ese lujoso establecimiento, hacía importantes compras de sellos.

Esta epidemia duraba hasta que otro entretenimiento la vencía y el buen tono exigía, por ejemplo, que se reuniesen y devorasen grandes cantidades de chocolate de las marcas más variadas. Todo el mundo aparecía entonces con los labios morenos, y los productos más apetitosos de las cocinas del Berghof ya no podían ser apreciados por aquellos estómagos que estaban atiborrados de Milka, «*Chocolat à la crême d'amandes*», «*Marquis-Napolitain*» y lenguas de gato salpicadas de oro.

El dibujo de pequeños cerdos —diversión instaurada una noche de Carnaval por la más alta autoridad—, puso de moda los juegos de paciencia, a los cuales se consagraba el esfuerzo mental de todos los pensionistas del Berghof, y que exigían los últimos esfuerzos, las supremas manifestaciones de energía de los moribundos. Durante semanas, la casa estuvo bajo el signo de una figura complicada que se componía de ocho grandes círculos, de ocho pequeños y de algunos triángulos inscritos uno dentro del otro. Se trataba de dibujar esa figura de un solo trazo; pero la

más completa maestría consistía en realizar este trabajo con los ojos vendados. El procurador Paravant fue el único que lo consiguió, pues era el que se hallaba más atacado de esta manía de precisión.

Sabemos que se consagraba a las matemáticas, nos enteramos por boca del propio consejero, y conocemos el púdico origen de esa manía cuyos efectos calmantes ya hemos oído celebrar. Embotaba el aguijón de la carne, y si todo el mundo hubiese imitado el ejemplo del procurador, ciertas medidas de precaución que habían sido tomadas recientemente hubiesen resultado superfluas.

Estas medidas consistieron en cerrar los pasos de los balcones, entre la balaustrada y los biombos de cristal esmerilado, por medio de pequeñas puertas que iba cerrando por las noches el masajista, con una sonrisa jovial. Desde entonces, las habitaciones del primer piso que daban a la galería eran muy buscadas porque, saltando de la balaustrada, se podía ir de balcón en balcón pasando por encima del techo de cristal. Pero si todos hubiesen sido como el procurador no se hubiera hecho necesario recurrir a esa nueva disciplina.

La peligrosa excitación que la presencia de una cierta Fatma egipcia había producido en Paravant había sido dominada desde hacía tiempo, y ésta fue la última agitación de sus sentidos.

Con un fervor redoblado se había lanzado en brazos de la diosa de los ojos claros, cuyo poder calmante había sido celebrado por el consejero en términos muy edificantes, y el problema que día y noche ocupaba su pensamiento, y al cual se entregaba con perseverancia, con tenacidad deportiva, hubiese podido convertir a los desgraciados pecadores. Ese problema era la cuadratura del círculo.

El funcionario desplazado había adquirido, en el curso de sus estudios, la convicción de que las pruebas por las cuales la ciencia demostraba la imposibilidad de esta construcción no eran sólidas, y que la Providencia le había alejado de la humanidad inferior del mundo de los vivos y le había transportado aquí, porque le había elegido para transformar ese problema insoluble en una de las posibilidades terrenales.

Trazaba círculos y efectuaba cálculos en todas partes donde se hallaba, cubría cantidades formidables de papel con cifras y rayas, con signos algebraicos, y su rostro bronceado, el rostro de un hombre aparentemente sano, adquiría la expresión de un maniático. Su conversación se refería exclusivamente, y con espantosa monotonía, al número proporcional pi, a esa fracción desesperante que el genio inferior de un calculador llamado Zacarías Dase había calculado un día hasta doscientas cifras decimales, y eso por puro lujo, porque ni dos mil decimales habrían agotado las posibilidades de obtener una precisión irrealizable.

Todo el mundo procuraba escaparse de aquel pensador atormentado, pues los que él conseguía cazar tenían que escuchar palabras apasionadas destinadas a hacerles ver

la vergüenza que constituía para el espíritu humano la irracionalidad irremediable de esa proporción mística. La inutilidad de las multiplicaciones eternas del diámetro por pi, para determinar la periferia del cuadro, para obtener el área de la superficie del círculo, hacían pasar al procurador por accesos de duda.

Se preguntaba si, desde el tiempo de Arquímedes, la humanidad había complicado inútilmente la solución del problema, y si esta solución no era en realidad, de una sencillez pueril. ¡Cómo! ¿No podía convertirse en recta la línea circular? ¿No se podía cambiar toda línea recta en un círculo? A veces Paravant se creía muy cerca de una revelación. Se le veía con frecuencia, a altas horas de la noche, sentado ante su mesa, en el comedor vacío y poco alumbrado. Disponía cuidadosamente un pedazo de hilo en forma de círculo; luego lo estiraba bruscamente, lo convertía en una línea recta; y después, apoyado en la mesa, se perdía en una meditación amarga.

El consejero le animaba algunas veces y hablaba con él. El desgraciado se dirigió también a Hans Castorp, en cierta ocasión, y luego en otra, porque había encontrado en él una simpatía amorosa hacia el misterio del círculo. Demostraba al joven el callejón sin salida de pi por medio de un dibujo muy preciso, en el cual, realizando un esfuerzo jamás visto, había encerrado un círculo en un polígono exterior y otro interior, de lados minúsculos e innumerables, con el máximum de aproximación a que el hombre puede llegar. Pero la curva se escapaba de una manera espiritual a la racionalización del cálculo.

—Eso —decía el procurador Paravant, con el maxilar inferior tembloroso—, eso es pi.

Hans Castorp, a pesar de toda su afabilidad, mostraba menos interés por pi que por su interlocutor. Dijo que se trataba de un engaño, aconsejó a Paravant que no se preocupase demasiado seriamente y le habló de los puntos de inflexión sin extensión de que se componía el círculo desde su principio, que no existía, hasta su fin, que tampoco existía, lo mismo que la melancolía presuntuosa de la eternidad que sin duración de dirección, continúa en sí misma. Habló de todo eso con una devoción tranquila que ejerció pasajeramente una influencia tranquilizadora sobre el procurador.

Por otra parte, la naturaleza del excelente Hans Castorp le inclinaba a acoger benévolo las confidencias de más de uno de sus compañeros que se hallaban presa de alguna idea fija y sufrían por no encontrar comprensión cerca de los demás pensionistas, que tomaban la vida a la ligera.

Un viejo escultor, natural de una provincia austríaca, de blanco bigote, nariz ganchuda y ojos azules, había concebido un plan financiero —lo había caligrafiado subrayando con tinta china los párrafos más importantes— que consistía en lo siguiente:

Cada abonado a un diario debería estar obligado a entregar, el primero de cada mes, una cantidad correspondiente a cuarenta gramos de papel viejo por día, lo que sumaría al año unos 14.000 gramos y en veinte años más de 288 kilos, lo que representaba, valorando el kilo a 20 *pfennings*, un importe de 57-62 marcos alemanes. Cinco millones de abonados proporcionaban, pues, en veinte años, la suma formidable de 288 millones de marcos, de los cuales las dos terceras partes serían deducidas del precio de su nuevo abono, mientras que el resto, otra tercera parte, o sea 100 millones de marcos, estaría consagrado a obras humanitarias, a sostener sanatorios populares para enfermos de pulmones, fomentar los talentos pobres y otras cosas.

El plan había sido elaborado de un modo muy completo. Su autor había representado, por medio de gráficos, las tablas con arreglo a las cuales el organismo encargado de recoger el papel debía calcular, todos los meses, el valor, y hasta los formularios taladrados que servían de recibo por las cantidades de papel entregadas. El proyecto estaba justificado y era fundado desde todos los puntos de vista. El gasto insensato de papel y la destrucción de papel de periódico que las gentes no advertidas dejaban que se perdiese por las cloacas o por el fuego representaba una alta traición para nuestras selvas, una herida causada a la economía nacional. Ahorrar el papel, economizar el papel, era ahorrar y economizar la celulosa, los bosques, el material humano que exigía la fabricación de la celulosa y del papel. Como el papel viejo de periódicos podía adquirir un valor triple, con la producción de cartón para embalajes, se podía convenir en objeto de impuestos de carácter fiscal muy provechosos para el Estado y las municipalidades, y los lectores de periódicos podrían ser desgravados de sus contribuciones.

En una palabra, el proyecto era bueno, irrefutable, y si tenía algo de siniestro y gratuito, de molesto e incluso de chocante, esto no era debido más que al fanatismo exorbitante con que el viejo artista defendía, con exclusión de todo otro, un proyecto económico que, en realidad, él mismo se tomaba poco en serio, pues no hacía ninguna tentativa para su realización.

Hans Castorp escuchó a nuestro hombre con la cabeza inclinada, aprobaba cuando su interlocutor elogiaba ante él, con palabras febriles y fáciles, su panacea, y analizaba la naturaleza del desprecio y de la repugnancia que le impedían tomar la postura del inventor en un mundo completamente aturdido.

Había, desde hacía algún tiempo, un grupo de ingleses que habían introducido el siguiente juego de sociedad: Uno de los que tomaban parte hacía la siguiente pregunta: *Did you ever see the devil with a night-cap on*? [4]El otro contestaba: *No! I never saw the devil with a night-cap on*[5], después de lo cual hacía al siguiente la misma pregunta y así sucesivamente, el uno después del otro. ¡Era espantoso!

Pero el pobre Hans Castorp se sentía mucho más molesto ante los que se

dedicaban a hacer solitarios, a los que se podía encontrar por todas partes y a todas las horas del día. Esta pasión se había manifestado hasta tal punto que él mismo había sido algunas veces víctima de ella, y tal vez el más gravemente atacado, de esa epidemia. El que le había embrujado era el solitario de las once; el juego consiste en disponer tres hileras de cartas y cubrir dos que, juntas, sumen once puntos, lo mismo que las tres figuras cuando se presentan, hasta que un azar adorable desenlaza la partida. Cuesta trabajo admitir que el alma pueda verse estimulada hasta la obsesión por cosas tan sencillas. Sin embargo, Hans Castorp, semejante a los demás, dependía de ese azar y, con las cejas fruncidas, experimentaba los contratiempos de la mala fortuna. Entregado a los caprichos del demonio de las cartas, subyugado por ese favor fantástico y cambiante que multiplicaba en un vuelo feliz las parejas de once puntos, los encuentros de la sota, la reina y el rey, de manera que el juego ya se había dado todo entero antes de que la tercera serie hubiese terminado (triunfo pasajero que no hacía más que aguijonear los nervios para nuevas tentativas), y otras veces negaba a la novena y última carta toda la posibilidad de éxito, contrariando en el último momento, con una detención brusca, un éxito casi seguro; hacía tentativas a todas horas del día, por la noche bajo las estrellas, por la mañana en pijama, en la mesa e incluso en sueños. Se estremecía, pero continuaba, y un día la visita de Settembrini le «estorbó».

—*Accidente*! —dijo el visitante—. ¿Echa usted las cartas, ingeniero?

—No es eso precisamente. Lucho con el azar abstracto. Su versátil capricho me intriga; unas veces es de un servilismo amable y otras de una increíble resistencia. Esta mañana, al levantarme, he triunfado tres veces seguidas, una de ellas en dos series, lo que constituye un récord. Pero ¿creerá usted que ahora he ensayado treinta y tres veces y no estoy más que a la mitad del juego?

Settembrini le miró como había hecho ya con frecuencia durante los tres cortos años, con sus ojos negros y entristecidos.

—De todos modos me parece usted preocupado —dijo—. Creo que no podré encontrar aquí un consuelo para mis preocupaciones ni un bálsamo para el conflicto íntimo que me atormenta.

—¿Conflicto? —repitió Hans Castorp, y tiró una carta.

—La situación mundial me turba —gimió el francmasón—. El acuerdo balcánico se realizará, ingeniero; todas mis informaciones lo indican. Rusia trabaja febrilmente y la punta de la combinación se halla dirigida contra la monarquía austrohúngara, sin la destrucción de la cual ningún punto del programa ruso se puede realizar. ¿Comprende mis escrúpulos? Odio a Viena con todo mi corazón, como usted sabe. Pero ¿es ésa una razón para conceder al despotismo sármata el apoyo de mi alma cuando está a punto de traer la tea incendiaria a nuestro continente? Por otro lado, una colaboración diplomática, incluso ocasional, de mi país con Austria, me heriría

como un deshonor. Éstos son los escrúpulos de conciencia que…

—Siete y cuatro —dijo Hans Castorp—. Ocho y tres. Sota, caballo, rey. Todo va bien. Me trae la suerte, señor Settembrini.

El italiano calló. Hans Castorp sintió sus ojos negros, la mirada profundamente entristecida de la razón y el sentido moral, pero continuó todavía un instante cubriendo las cartas, antes de apoyar la mejilla en la mano y elevar los ojos hacia su mentor —que se hallaba en pie delante de él— con la expresión impertinente y de falsa inocencia de un píllete.

—Sus ojos —dijo Settembrini— se esfuerzan en vano en ocultar que usted sabe perfectamente a dónde ha llegado.

—*Placet experiri* —fue la impertinente contestación de Hans Castorp, y el señor Settembrini le abandonó. Después de haberse quedado solo, el joven permaneció todavía algún tiempo con la mejilla apoyada en la mano, sentado ante la mesa, en medio de la habitación blanca, sin echar cartas, y en el fondo de sí mismo presa de espanto ante ese estado siniestro e incierto en que veía al mundo, ante la sonrisa del demonio, de ese dios simiesco, bajo cuyo poder insensato y desenfrenado se hallaba y cuyo nombre era «el gran embrutecimiento».

Nombre grave y apocalíptico, apropiado para inspirar una ansiedad secreta.

Hans Castorp estaba sentado y con la palma de la mano se frotaba la frente y la región del corazón. Tenía miedo. Le parecía que «todo aquello» no podía acabar bien, que aquello terminaría con una catástrofe, con una sublevación de la naturaleza paciente, con una tempestad que limpiaría todo, que rompería el maleficio que pesaba sobre el mundo, que arrastraría la vida más allá del «punto muerto», y que el período de la pesadilla iría seguido de un terrible juicio final. Sentía ganas de huir, lo hemos ya dicho, y constituía, pues, una suerte que las autoridades tuviesen el ojo sobre él, como ya se sabe, que hubiesen leído la verdad en su fisonomía y se hubiese encargado de distraerle con nuevas y fecundas hipótesis.

Con un tono de jovialidad, la autoridad suprema había declarado que se estaba sobre la pista de las verdaderas causas de la temperatura irregular de Hans Castorp, causas que tendrían fácil remedio y prometían la curación y la marcha legítima al país llano en una fecha próxima.

El corazón del joven latía asaltado por múltiples impresiones cuando tendió su brazo para la sangría. Haciendo guiños con los ojos y palideciendo ligeramente, admiró el maravilloso color rubí de su jugo vital que llenó el recipiente transparente. El consejero mismo, asistido del doctor Krokovski y de una enfermera, realizó aquella pequeña operación cuyo alcance era tan grande.

Luego pasaron una serie de días dominados por el deseo de Hans Castorp de saber si la sangre dada, analizada fuera de él, respondería a los ojos de la ciencia.

Naturalmente, no había tenido tiempo de germinar, comenzó por decir el

consejero. Desgraciadamente, hasta ahora no se había descubierto nada, dijo más tarde. Pero llegó una mañana, a la hora del desayuno, en que el consejero se acercó a Hans Castorp, que se sentaba ahora a la mesa de los rusos bien, en el sitio de esa mesa donde se había sentado en otro tiempo una cierta personalidad a la que había tuteado, y le anunció, con muchas felicitaciones, que el estreptococo había sido finalmente descubierto en uno de los cultivos preparados.

Se trataba de un problema de cálculo de probabilidades, de establecer si los fenómenos de intoxicación debían ser atribuidos a la pequeña tuberculosis que existía incontestablemente o a los estreptococos que habían sido descubiertos en una proporción modesta.

Behrens se proponía examinar la cosa más detenidamente. El cultivo no había adquirido todavía todo su desarrollo. Se lo enseñó en el «labo». Era una especie de gelatina roja sobre el cual se distinguían unos puntitos grises. Aquello eran los «cocos».

Separada de Hans Castorp, bajo los ojos de la ciencia, la sangre coagulada del joven continuaba evolucionando. Llegó una mañana en que el consejero informó, con una emoción estereotipada, que los cocos se habían desarrollado no solamente en uno de los cultivos, sino también en todos los demás, y que germinaban en grandes cantidades. No era muy seguro que todos fuesen estreptococos, pero era más que probable que los fenómenos de intoxicación procedían de ellos, aunque no se pudiese saber exactamente si se debía tener en cuenta la tuberculosis, de la que había estado indudablemente enfermo y de la cual no se hallaba completamente curado.

¿Qué conclusión se debía sacar de todo eso? ¡Una autovacuna de estreptococos! ¿El pronóstico? Extraordinariamente favorable. Además, la tentativa no tenía ningún peligro, no podía en manera alguna hacerle daño, pues el suero se sacaba de la propia sangre de Hans Castorp, de manera que la inyección no introduciría en su cuerpo ningún elemento de enfermedad que no se encontrase ya en él. Pensando lo peor, el tratamiento podía ser estéril. Cero… Pero el hecho de que el enfermo debiese entonces continuar aquí ¿podría ser considerado como una cosa grave?

En modo alguno. Hans Castorp no podía suponer eso. Se sometió al tratamiento, a pesar de que lo juzgaba ridículo y deshonroso. Estas vacunas con su propia sangre le parecían una diversión espantosamente desagradable, una especie de incesto ignominioso consigo mismo, estéril e inútil. De este modo juzgaba, sumido en su hipocondría de ignorante. No tuvo razón más que en lo que se refería a la inutilidad (en este punto plenamente y sin reservas). La diversión duró semanas. Parecía, algunas veces, que le hacía daño, lo que no podía ser más que un error; otras, parecía que le era provechosa, lo que también pudo comprobarse que era un error. El resultado fue cero, sin que se proclamase eso expresamente. La empresa se perdió en el vacío y Hans Castorp continuó haciendo solitarios cara a cara con el demonio,

cuyo reinado absoluto sobre su espíritu debía tener un fin violento.

Ondas de armonía

¿Qué adquisición e innovación en el Berghof iba a liberar a nuestro viejo amigo de la manía de las cartas para arrojarle en brazos de otra pasión más noble aunque, en suma, no menos extraña?

Estamos a punto de informar de ello al lector impaciente.

Se trataba de un complemento de los juegos de sociedad, imaginado y decidido por el comité de la casa y adquirido a costa de grandes gastos, y con un cuidado que podemos calificar de generoso, por la dirección de esta institución tan recomendable.

¿Se trataba de un juguete ingenioso como la caja estereoscópica, el calidoscopio en forma de anteojo o el tambor cinematográfico? Sí y no. Pues, en primer lugar, no era un aparato de óptica, sino un aparato acústico, que fue encontrado, una noche, en el salón de música. No podían compararse con él ni por el género ni por el rango ni por su valor los demás artilugios de distracción. No era un pueril y monótono aparato de prestidigitación, del cual se cansarían pronto y al cual no se le haría caso más que dos o tres semanas. Era un cuerno de la abundancia que dispensaba placeres artísticos alegres o melancólicos. Era un instrumento de música. Era un fonógrafo.

Nuestro primer temor es que esta palabra sea tomada en un sentido indigno y desacreditado y que evoque una idea que corresponde a una forma pasada a la historia y no a la imagen de nuestro objeto verdadero, lleno de perfección a causa de los esfuerzos incansables de la técnica consagrada a las musas. ¡Amigos míos! Ciertamente no se trataba de esa miserable caja a manivela que, en otros tiempos, coronada por el disco y la aguja, prolongada por una deforme trompeta, llenaba los oídos con sus balidos nasales. El cofrecillo, en negro mate, un poco más profundo que ancho, unido por un cable de seda a la corriente eléctrica, reposaba, con su sobria distinción, sobre un pequeño mueble con estantes y no tenía nada de común con aquella máquina grosera y antediluviana. Se abría la tapa que un pequeño tirante de metal mantenía en posición oblicua y protectora, y se veía entonces un disco cubierto de paño verde y bordeado de níquel. Se veía, además, a la derecha y en la parte delantera, un dispositivo cifrado a la manera de un reloj que permitía regular la velocidad; a la izquierda se encontraba la palanca que se accionaba para poner en marcha o detener el movimiento. Finalmente se veía a la izquierda y en la parte de atrás el codo articulado, de níquel, con su diafragma redondeado y plano provisto de un tornillo destinado a sostener la aguja. Se abrían, además, los batientes de la puerta situada delante del aparato y se veía una especie de persiana formada por pequeñas planchas oblicuas, de madera barnizada. Y nada más.

—Es el último modelo —dijo el consejero, que había entrado al mismo tiempo que los pensionistas—. Última adquisición, hijos míos. Primera calidad, no se fabrica mejor.

Pronunció esas frases con una ridiculez extrema, a la manera de un mercader inculto que quiere vender su mercancía.

—No es un aparato ni una máquina —continuó diciendo mientras sacaba de una cajita de metal una pequeña aguja y la fijaba—. Es un instrumento, es un Stradivarius, un Guarneri, posee cualidades de resonancia y vibración de un gran refinamiento. La marca es «Pohlyhimnia», como pueden ver en la inscripción que se halla en el interior de la tapa. Fabricado en Alemania, ¿no es cierto? Nosotros somos los que lo hacemos mejor en este género. La verdadera música en una formación moderna y mecánica. El alma alemana *up to date*. Y aquí está la discoteca —añadió designando un pequeño armario lleno de gruesos álbumes—. Les hago entrega de estos hechizos para que se distraigan, pero lo recomiendo a la protección del público. ¿Quieren que a título de ensayo demos una audición?

Los enfermos se mostraron muy satisfechos y Behrens tomó uno de aquellos libros mágicos mudos, pero llenos de sustancia, volvió las pesadas páginas, sacó un disco de una de las camisas de cartón con un agujero redondo en el centro para que se viesen los títulos en color, y lo ajustó en el aparato. Con un gesto dio la corriente, esperó dos segundos hasta que el aparato adquirió una velocidad normal y aplicó con cuidado la pequeña punta de la aguja de acero en el borde del disco. Se oyó una ligera crepitación. Cerró la tapa y al mismo instante, por la puerta abierta del instrumento, entre la celosía y de todos los lados del cofrecillo, estalló una locura instrumental, una melodía alegre, ardiente y apresurada, los primeros compases saltarines de una obertura de Offenbach.

Todos escuchaban sonriendo, con la boca abierta. No podían dar crédito a sus oídos, tan puras y naturales eran las notas que daba la madera. Un violín, un solo violín preludió de un modo admirable. Se distinguía el golpe del arco, el trémolo de las cuerdas, el suave paso de un registro a otro. La melodía era un vals… ¡*Ay, la he perdido*! La armonía de la orquesta apoyaba discretamente la melodía acariciadora, y era una delicia oír cómo luego toda la orquesta repetía el motivo. Naturalmente, no era como si una verdadera orquesta hubiese tocado en la habitación. La perspectiva del sonido se hallaba acortada, a pesar de que su masa no se alterase. Se hubiese dicho —si es posible comparar un fenómeno del oído con un fenómeno de la vista— que se trataba de un cuadro contemplado a través de unos gemelos puestos al revés, de manera que parecía alejado y empequeñecido, sin perder nada de la claridad de su dibujo, de la luminosidad de los colores. El fragmento de música, vivo y resplandeciente de talento, fue reproducido con toda brillantez. El final era una pura turbulencia, un galope que comenzaba con titubeos, un cancán impertinente que evocaba la visión de los sombreros de copa agitados en el aire, rodillas lanzadas hacia adelante, enaguas revueltas, y que no acababan de definir su cómico triunfal. Luego el movimiento se detuvo automáticamente. Todos aplaudieron.

Reclamaron más y les fue concedido. Una voz humana se escapó del cofrecillo, una voz viril, dulce y potente, acompañada por una orquesta. Era un barítono italiano de célebre nombre, y ahora no podía hablarse ya de velo ni alejamiento de ninguna especie. El magnífico órgano resonaba con toda su extensión natural, con toda su fuerza, y si se iba a una de las habitaciones vecinas y se dejaba de ver el aparato, se hubiese podido decir que el artista en persona estaba presente en el salón, con su papel de música en la mano.

Cantaba en su lengua un aria de ópera: «*Eh, il barbiere. Di qualità, di qualità! Figaro qua, Figaro là, Figaro, Figaro, Figaro*!» El auditorio se echó a reír al escuchar el parlando en falsete, por el contraste entre aquella voz de ogro y aquella rapidez en mover la lengua. Los más competentes podían seguir y admirar su fraseado y su técnica respiratoria. Maestro de lo irresistible, virtuoso educado en el gusto italiano, comenzaba ya a hilar la nota anterior a la tónica final, dando la ilusión de que se adelantaba hacia las candilejas con la mano en alto. Cuando acabó, todos prorrumpieron en aclamaciones. La cosa era magnífica.

Oyeron todavía algo más. Un cuerno de caza ejecutó, con una limpieza notable, variaciones sobre una canción popular. Una soprano hizo resonar el *staccato* y los trinos de una melodía de *La Traviata*, con una frescura y una precisión seductoras. El fantasma de un violinista de renombre mundial tocó, como si se hallase detrás de unos velos, con acompañamiento de piano, una romanza de Rubinstein. Del cofrecillo maravilloso se escapaban sonidos de campana, arpegios, trompas y redobles de tambor. Finalmente, se tocaron discos de baile. Se poseían unas muestras de las modas más recientes, de gusto exótico, de cabaret de puerto: el tango, llamado a convertir el baile vienes en una danza para las abuelas. Dos parejas, que conocían el paso de moda, bailaron sobre la alfombra. Behrens se había retirado después de recomendar que no se sirviesen más que una vez de cada aguja y que tratasen los discos «exactamente como huevos frescos». Hans Castorp tomó a su cargo el aparato.

¿Por qué precisamente fue él? La cosa se había producido de un modo automático. Brevemente y en voz baja había rechazado a los que, después de haberse marchado el consejero, habían querido ocuparse de cambiar las agujas y los discos y conectar o interrumpir la corriente. «¡Dejadme hacer!», había dicho separándoles, y ellos, indiferentes, le habían cedido el sitio, primeramente porque parecía esperar esto desde hacía largo rato, y luego porque se preocupaban muy poco de hacerse útiles, dispensándose cómodamente y sin responsabilidad.

No ocurría lo mismo con Hans Castorp. Cuando el consejero presentó la nueva adquisición, se había mantenido tranquilamente en un rincón de la habitación, sin reír, sin aplaudir, pero siguiendo cada pieza de música con una atención sostenida y atormentándose, según su costumbre, con los dedos, una de sus cejas. Presa de agitación, había cambiado algunas veces de lugar. Fue a la biblioteca para escuchar

desde más lejos, con las manos en la espalda, y con expresión absorta había terminado por detenerse cerca de Behrens, con los ojos fijos en el cofrecillo, observando el fácil manejo del fonógrafo. Algo decía en él: «¡Alto, alto! ¡Atención! ¡Qué acontecimiento! ¡Acaba de sucederme algo!» El preciso presentimiento de una pasión, de un encadenamiento y de un amor por venir le animaban. El joven de la llanura, a quien la flecha del amor había herido en pleno corazón a la primera mirada que había lanzado sobre una muchacha, no tuvo distintos sentimientos. Los celos intervinieron enseguida en la actitud de Hans Castorp. ¿Propiedad común? La curiosidad despreocupada no tiene ni el derecho ni la fuerza de poseer. «¡Dejadme hacer!», dijo entre dientes, y todos le obedecieron.

Bailaron todavía un poco al son de ligeras melodías; reclamaron una pieza de canto, un dúo de ópera, la barcarola de los *Cuentos* de Hoffmann, que maravilló sus oídos, y cuando Hans Castorp cerró la tapa, se marcharon superficialmente excitados, charlando. Esto era precisamente lo que él esperaba. Lo dejaron todo abandonado, las cajas de agujas, los álbumes y los discos esparcidos. ¡Así era su carácter desordenado! Él hizo ver que los seguía; pero abandonándoles secretamente en la escalera, volvió al salón, cerró todas las puertas y permaneció gran parte de la noche profundamente absorto.

Pronto se familiarizó con la nueva adquisición. Examinó, sin que nadie le estorbase, el tesoro de los discos, el contenido de los pesados álbumes. Había doce, de dos tamaños, conteniendo cada uno doce discos, y como muchas de las placas negras grabadas concéntricamente tenían doble cara —no solamente porque se extendían sobre el disco entero, sino también porque algunas llevaban dos obras distintas—, había allí un dominio de bellas posibilidades del cual uno no podía darse cuenta al primer golpe de vista y cuya riqueza resultaba turbadora. Escuchó unos veinticinco discos, sirviéndose de agujas con sordina para no molestar a los demás y para no ser oído por la noche, pero aquello era apenas la octava parte de lo que se le ofrecía. Por el momento se contentó con recorrer los títulos y probar de tiempo en tiempo algunos de aquellos gráficos circulares y mudos, colocándolos en el aparato para hacerlos sonar. A simple vista, esos discos de ebonita no se distinguían unos de otros más que por sus etiquetas coloreadas. Todos estaban cubiertos de círculos concéntricos y, sin embargo, el fino trazo de aquellas líneas contenía toda la música imaginable, las inspiraciones más felices de todas las regiones del alma, con una interpretación de primer orden.

Había allí una gran cantidad de oberturas y de tiempos pertenecientes al universo de la sublime sinfonía, tocados por orquestas famosas cuyos directores eran señalados por sus nombres. Luego una larga serie de arias, cantadas, con acompañamiento de piano, por cantantes de ópera mundialmente conocidos; otros eran sencillos cantadores populares y el resto ocupaban un lugar intermedio. Se trataba de canciones

populares artificiales, sin querer disminuir su valor con ese epíteto. Había una, en particular, que Hans Castorp conocía desde su infancia y por la que sentía ahora un amor lleno de lazos misteriosos y de la que ya se hablará.

¡El número de óperas era infinito! Un coro internacional de cantantes célebres, acompañados en sordina por una orquesta discreta, presentaba el don divino de sus voces ejercitadas en la ejecución de las arias y de los dúos, en escenas enteras de conjunto que representaban las regiones y las épocas más diversas del género lírico: la esfera de la belleza meridional, a la vez generosa y frivolamente apasionada; el mundo popular alemán, unas veces ingenuo y otras satánico; la gran ópera y la ópera cómica francesa. ¿Era eso todo? ¡Oh, no! Venía después la serie de música de cámara, cuartetos y tríos, solos de violín, violoncelo, flauta y piano, sin hablar de las simples diversiones, cuplés y discos bailables en los que habían sido registradas orquestas de baile y que exigían una aguja más fuerte.

Hans Castorp exploraba, clasificaba todos esos discos, manipulando en la soledad el instrumento que le transportaba a una vida sonora. Con la cabeza ardiendo, fue a acostarse a una hora tan avanzada como el día del primer banquete organizado por Peeperkorn, de alegre y fraternal memoria, y desde las dos de la madrugada a las siete de la mañana estuvo soñando con el cofrecillo mágico. En sueños veía el disco móvil que giraba en torno a su eje tan rápidamente que se convertía en invisible y silencioso, con un movimiento que no consistía únicamente en un girar vertiginoso, sino que era, al mismo tiempo, una especie de ondulación lateral muy singular, por lo cual el codo articulado que sostenía la aguja sufría una vibración elástica y como respiratoria, como para ayudar al vibrato y portamento de los violines y de la voz humana. Pero era incomprensible, tanto en el sueño como en la vigilia, que siguiendo una línea fina como un cabello, por encima de una caja de resonancia, se pudiese, por la sencilla vibración de una lámina, reproducir la rica composición de los cuerpos sonoros que llenaban en sueños los oídos del durmiente.

Muy temprano volvió al salón, mucho antes del desayuno, y, con las manos juntas, sentado en una silla, escuchó cómo cantaba en el cofrecillo un magnífico barítono acompañado de arpa: «Si en ese noble círculo yo miro alrededor de mí…» El arpa tenía un sonido perfectamente natural, era un arpa auténtica, no disminuida, que resonaba en la caja al tiempo que la voz humana respiraba y articulaba de una manera en extremo sorprendente. Fue extraordinariamente tierno el dúo de una ópera italiana que Hans Castorp puso luego en el aparato; extraordinariamente enternecedora esa intimidad humilde y ferviente entre el tenor de renombre mundial, que figuraba con tanta frecuencia en los álbumes, y una pequeña voz de soprano suave y transparente como el cristal; nada tan enternecedor como esa melodía «*Da mi il braccio, mía piccina*…» y la frasecita sencilla y dulce de un aire melancólico, con que ella le contestaba.

Hans Castorp se sobresaltó cuando la puerta se abrió detrás de él. Era el consejero que venía a observar. Con su blusa blanca y el estetoscopio asomando por el bolsillo, permaneció un momento con la mano en el pestillo de la puerta y saludó con un signo de cabeza al alquimista. Éste contestó por encima del hombro, después de lo cual la figura del jefe, con sus mejillas azules y su bigotito, desapareció detrás de la puerta, que inmediatamente se cerró, y Hans Castorp se consagró de nuevo a la amorosa pareja invisible y armoniosa.

Más tarde, durante el día, después del almuerzo, tuvo oyentes, un público que se renovaba, si no se le consideraba a él mismo como formando parte del público. Personalmente procuraba representar su papel de otorgador de placer, y los pensionistas le dejaron hacer, admirando desde el principio, en silencio, que se hubiese constituido en guardián y administrador de aquella institución pública. Eso era agradable a aquellas gentes, pues, a pesar de su entusiasmo superficial cuando el tenor se embriagaba de melodía, cuando la voz se fundía en arpegios y en el acento sublime de la pasión; a pesar de su entusiasmo manifestado en voz alta, lo hacían sin amor y, por consiguiente, muy dispuestos a abandonar la preocupación del manejo a quien se quisiese encargar de él.

Era Hans Castorp quien vigilaba sobre el tesoro de los discos, quien inscribía el contenido de los álbumes en el interior de la tapa, de manera que se podía encontrar inmediatamente la obra pedida, y era él quien manejaba el instrumento.

Pronto se le vio manipular con gestos breves, prácticos y delicados. En efecto, ¿qué habrían hecho los otros? Habrían estropeado los discos sirviéndose de agujas usadas, dejándolos abandonados por las sillas; se habrían entregado a bromas estúpidas con el aparato, haciéndole tocar una pieza noble a la velocidad de 110, o colocando la aguja en el cero para producir un gemido histérico y ahogado. Habrían hecho ya todo eso. Estaban enfermos, pero, además, eran groseros. Por eso, al cabo de algún tiempo, Hans Castorp confiscó sencillamente la llave del armario que contenía los discos y las agujas, de manera que era preciso llamarle cuando se quería tocar el fonógrafo.

Muy tarde, por la noche, después de la reunión, cuando se habían marchado todos, llegaba su mejor hora. Se quedaba entonces en el salón o volvía a él en secreto, y escuchaba el aparato solo, en lo profundo de la noche. No podía turbar el sueño de la casa, pues la música de sus fantasmas sonaba quedamente y las vibraciones producían un efecto sorprendente junto al aparato, pero eran débiles, de una potencia aparente, como conviene a los fantasmas cuando se alejan. Hans Castorp estaba solo entre cuatro paredes, con las maravillas del cofrecito, con las producciones florecientes de aquel pequeño ataúd tallado en madera de violín, de aquel pequeño templo negro y mate, delante de la puertecilla de dos hojas, con las manos juntas, la cabeza inclinada sobre el hombro, inundándose en armonía.

No veía a los cantantes que oía, pues su forma humana estaba en América, en Milán, en Viena, en San Petersburgo, pero tenía lo mejor de ellos mismos, tenía la voz y apreciaba aquella depuración, aquella abstracción, que era bastante perceptible a los sentidos para permitirle ejercer un buen control humano eliminando todos los inconvenientes de una aproximación personal sobre todo cuando se trataba de compatriotas, de alemanes. La expresión, el acento, el origen exacto del artista podía distinguirlos perfectamente, y el carácter de la voz le informaba sobre la calidad del alma de cada uno, y el grado de su inteligencia se revelaba por la manera cómo sacaban partido de las posibilidades de un efecto. Hans Castorp se enfadaba cuando los veía fracasar en su papel, sufría y se mordía los labios de despecho cuando la reproducción técnica presentaba imperfecciones; estaba sentado como sobre ascuas cuando, mientras sonaba un disco tocado muchas veces, una melodía se convertía en chillona o ronca, lo que ocurría muy fácilmente con la voz de mujer. Pero lo soportaba todo porque el amor debe saber sufrir.

Algunas veces se inclinaba hacia el instrumento, que giraba como sobre un ramo de lilas, sumida la cabeza en la niebla de los sonidos, permanecía de pie, delante del cofrecillo abierto, disfrutando los placeres soberanos del director de orquesta indicando al metal, con un gesto de la mano, el instante exacto en que debe atacar.

Tenía en la colección discos preferidos, algunos números de canto o instrumentos que no se cansaba jamás de oír. No podemos dejar de citarlos.

Un grupo de discos presentaba pomposos finales de escenas de ópera, desbordantes de genio melódico, que un gran compatriota de Settembrini, un viejo maestro de la música dramática meridional, había compuesto por encargo de un soberano oriental en la segunda mitad del pasado siglo, para una circunstancia solemne: con motivo de la entrega de un monumento destinado a aproximar a los pueblos.

Hans Castorp sabía poco más o menos de que se trataba. Conocía, en sus grandes líneas, la suerte de Radamés de Amneris y de Aida, que cantaban para él en italiano en el cofrecillo, y comprendía, por lo tanto, bastante bien lo que cantaban el incomparable tenor, la contralto majestuosa, con ese espléndido cambio de timbre en el registro medio, y la soprano argentina. No lo comprendía todo, sino una palabra de vez en cuando, gracias a su conocimiento de la situación y a la simpatía afectuosa que aumentaba a medida que tocaba esos cuatro o cinco discos y que se había convertido en un sentimiento amoroso.

Primeramente, Radamés y Amneris tenían una explicación: la princesa hacía conducir ante ella al prisionero, al que amaba y deseaba ardientemente salvar, a pesar de que hubiese renegado de su patria y a pesar de su amor por una esclava bárbara, aun cuando, como él decía, «en lo más hondo del corazón el honor había quedado intacto». Por esa integridad interior, a pesar de su grave falta, no le servía de nada,

pues su crimen manifiesto le entregaba al tribunal de los sacerdotes, para el cual todos los sentimientos humanos son ajenos y que seguramente no tendría ninguna consideración ni ninguna piedad hacia él si no se decidía, en último extremo, a abjurar de su amor por la esclava y a lanzarse en brazos de la contralto real que, desde el punto de vista acústico, lo merecía plenamente. Amneris luchaba con todas sus fuerzas a favor del armonioso tenor, que se hallaba trágicamente cegado y desviado de la vida, cantando siempre de nuevo «No puedo» y «En vano» cuando ella suplicaba a Radamés que renunciase a la esclava porque su vida estaba en juego. «No puedo.» —«Escucha una vez más; renuncia a ella.»— «En vano.» Una mortal ceguera y el más ardiente amor se aliaban en un dúo que era de una extraordinaria belleza, pero que no dejaba ninguna esperanza. Amneris acompañaba con sus gritos de dolor las fórmulas espantosas del tribunal sagrado que resonaban sordamente en las profundidades, y el infortunado Radamés no tenía salvación.

—¡Radamés, Radamés! —cantaba con insistencia el gran sacerdote, y en la forma más violenta le representaba el crimen de su traición.

—Justifícate —ordenaban los sacerdotes en coro.

Y como el gran sacerdote observaba que Radamés permanecía silencioso, todos, con una cavernosa unanimidad, le declaraban culpable.

—¡Radamés, Radamés! —repetía el gran sacerdote—. Has abandonado el campo antes de la batalla.

—Justifícate —ordenaban los sacerdotes en coro.

—Mirad cómo calla —repetía por segunda vez el director del debate, claramente prevenido contra el culpable, y desde entonces todas las voces se reunían esta vez en el veredicto: «Culpable.»

—¡Radamés, Radamés! —decía por tercera vez el despiadado acusador—. Has traicionado tu juramento a la patria, al honor y al rey.

—Justifícate —resonaba de nuevo el coro—. ¡Traición! —reconocía definitivamente y con espanto el cuerpo de sacerdotes.

Lo ineludible se iba, pues, a realizar; el coro, cuyas voces desde el principio estaban acordes, iba a anunciar al miserable que su suerte estaba decidida, que moría con la muerte de los malditos, que entraría vivo en la tumba, bajo el templo de la divinidad irritada.

Era preciso imaginar la indignación de Amneris ante aquella crueldad clerical, ya que faltaba lo que seguía. Pero Hans Castorp tuvo que cambiar de disco, lo que hizo con gestos silenciosos y breves, con los ojos bajos, y cuando se hubo sentado para escuchar oyó la última escena del drama, el dúo final de Radamés y de Aida, cantando en el fondo de su tumba subterránea, mientras sobre sus cabezas los sacerdotes fanáticos y crueles celebraban su culto, abrían los brazos y dejaban oír una sorda letanía.

—*Tu, in questa tomba*! —exclamaba la voz de una seducción indecible, a la vez dulce y heroica, de Radamés, horrorizado y maravillado… Sí, ella se le había unido, la amada, por amor del que había perdido la vida y el honor; ella le esperaba allí para hacerse emparedar con él, para morir con él, y los cantos que cambiaban, interrumpidos por el sordo rumor de la ceremonia que se desarrollaba encima de sus cabezas, o a los cuales se unían, eran los cantos que en realidad habían emocionado hasta el fondo del alma al oyente solitario y nocturno, tanto a causa de la situación como de la expresión musical. Se hablaba del cielo en esos cantos, pero ellos eran, en sí mismos, celestes y estaban cantados divinamente.

La línea melódica que las voces de Radamés y de Aida, separadas o confundidas, no dejaban de trazar (aquella curva sencilla y feliz en torno de la tónica y de la dominante, subiendo de la tónica largo tiempo prolongada en un medio tono antes de la octava y que después de un encuentro fugitivo con ésta se dirigía hacia la quinta), se le antojaba al oyente la más maravillosa de las excelsitudes que jamás hubiese conocido. Pero se hubiera sentido mucho menos entusiasmado por los sonidos si no hubiese existido la situación de los héroes, que terminaba haciendo su alma más sensible a la dulzura que se desprendía de la música. ¡Era tan bello que Aida se hubiese unido a Radamés, que estaba perdido, para compartir con él, por toda la eternidad, su sepulcral destino! Con razón, el condenado protestaba contra el sacrificio de una vida tan encantadora, pero a través de su desesperación *No, no!, troppo sei bella*, triunfaba el encantamiento que experimentaba por aquella unión *in extremis* con Aida, a la que creía ya no ver nunca más, y Hans Castorp no tenía necesidad de hacer ningún esfuerzo de imaginación para sentir claramente aquel encantamiento y aquella devoción.

Pero lo que experimentaba, lo que comprendía, lo que le hacía disfrutar por encima de todo era la idealidad triunfante de la música, del arte, del corazón humano, la alta e irrefutable sublimación que la música operaba sobre la vulgar fealdad de lo real.

Basta con imaginar lo que estaba sucediendo. Dos enterrados vivos, con los pulmones llenos de aire viciado iban a perecer juntos o, aún peor, uno al lado del otro atenazados por el hambre, y luego la descomposición realizaría en sus cuerpos su obra destructora hasta que los esqueletos reposasen bajo la bóveda, indiferentes al hecho de hallarse tendidos solos o en compañía. Tal era el aspecto real y objetivo de las cosas, aspecto que no era tenido en cuenta por el idealismo del corazón, y que el espíritu de la belleza y de la música relegaba triunfalmente a la sombra. Para los corazones de ópera de Radamés y de Aida, la suerte real que los amenazaba no existía. Con felicidad sus voces se enlazaban al unísono, asegurando que el cielo se abría ahora ante ellos y que ante ellos resplandecía la luz de la eternidad. El poder consolador de aquella sublimación producía un bien infinito al oyente y contribuía

mucho a que ese número fuese el predilecto de su programa habitual.

Tenía la costumbre de descansar de sus esfuerzos y sus éxtasis escuchando otra pieza de música que era breve, pero que tenía una magia concentrada, un contenido mucho más pálido. Era un idilio, pero un idilio refinado, pintado y formado con medios, a la vez discretos y complicados, de un arte más moderno: era un fragmento de orquesta sin canto, un preludio sinfónico de origen francés, realizado con un aparato orquestal relativamente sencillo con relación a los recursos de la época, pero bañado por todos los lados de una sabia y moderna técnica sonora y sublimemente hecho para capturar el alma y envolverla en una red de sonidos.

Lo que soñaba Hans Castorp al oír aquella pieza musical era lo siguiente: se hallaba tendido de espaldas en un prado soleado y sembrado de flores, en forma de estrellas, de todos los colores. Tenía las piernas cruzadas (hay que advertir que eran patas de macho cabrío). Sus dedos tocaban para su propio placer, pues la soledad del prado era completa, una pequeña flauta de madera, una especie de caramillo del cual salían sonidos apacibles y nasales, uno después de otro, al azar, y, sin embargo, en una armonía perfecta, y aquellos sonidos se elevaban hacia el cielo azul, bajo el cual los finos follajes ligeramente agitados por el viento brillaban al sol. Pero aquel sonido monótono y contemplativo, apenas melódico, no era por mucho tiempo una voz solitaria. El zumbido de los insectos en el aire caliente y estival por encima de la hierba, el sol mismo, el viento ligero, el balanceo de las ramas, el brillo de las hojas, toda la paz dulcemente agitada del verano, se convertían en una mezcla de sonidos que daban un sentido armónico y sorprendente a su inocente caramillo. El acompañamiento sinfónico se borraba algunas veces, pero Hans Castorp, con sus patas de macho cabrío, continuaba tocando y despertaba de nuevo la magia sonora y coloreada de la naturaleza, que después de una nueva interrupción, terminaba por desplegar en un instante, superándose a sí misma, toda una plenitud inimaginable con la intervención sucesiva de voces instrumentales siempre nuevas y siempre más agudas. El joven fauno se sentía muy feliz en su prado soleado. No había aquí nada del «justifícate», nada de responsabilidad, de tribunal eclesiástico o militar, de llamar a juzgar a un hombre que había olvidado el honor y se había perdido. Reinaba el olvido, la bienaventurada inmovilidad, el estado inocente de la ausencia del tiempo. Era la negación, en un sueño de apoteosis, de todo imperativo occidental de la acción, y la tranquilidad que se desprendía del precioso disco le hacía inestimable a nuestro músico nocturno.

Habia aún una tercera pieza musical… En realidad, eran algunos discos formando una suite, un todo, pues el aria de tenor que contenía ocupaba por sí sola una cara entera, cuyo dibujo circular se extendía casi hasta el centro. Era también un trozo de una ópera francesa que Hans Castorp conocía muy bien, pues había aludido a ella durante una conversación e incluso en una conversación decisiva…

Era el segundo acto, en la taberna española, una hostería, decorada con un dudoso estilo moro. La voz, un poco ruda pero arrebatadora, declaraba que quería bailar delante del sargento y ya se oían las castañuelas. Pero en ese mismo instante, sonaban trompetas y clarines. Era una llamada militar que hacía sobresaltar al mancebo. «¡Espera un poco!», exclamaba, irguiendo las orejas como un caballo. Y Carmen preguntaba: «¿Por qué?» «¿No oyes?» —respondía él, sorprendido—. Son los clarines del cuartel que tocan a retreta. Me parece que allá abajo…» Pero la gitana no podía o no quería comprender aquello. Tanto mejor, decía ella; para bailar no tenían necesidad de castañuelas, el cielo les enviaba la música. Él estaba fuera de sí, su propia y dolorosa decepción se borraba ante sus esfuerzos para hacerle comprender de qué se trataba. ¿Cómo era posible que no comprendiese una cosa tan fundamental y absoluta? «Es preciso que vaya al cuartel», exclamaba él, desesperado, ante la confusión de la mujer. ¡Pero había que oír la respuesta de Carmen! Estaba furiosa, indignada hasta el fondo de su alma: su voz no era más que amor decepcionado e irritado. «¿Al cuartel?» ¿Y qué valía su corazón, su corazón tan tierno y tan bueno que, en un momento de debilidad, se había prestado a divertirle? Con un gesto de feroz burla ella se llevaba la mano a la boca remedando la trompeta. «¡Ta-ra-rá!» ¡El imbécil quería irse! «¡Bueno, vete!» Ella le tendía el sable, la mochila. «¡Vete, muchacho, vuelve a tu cuartel!» Él imploraba piedad. Pero ella continuaba burlándose amargamente. ¡Dios mío, llegaría demasiado tarde! «Pues bien, vete, es lógico, con ese toque te llaman; es muy natural, imbécil, que me abandones en el momento en que iba a bailar.»

¡Situación angustiosa! Ella no comprendía. ¡La mujer, la gitana, no quería comprender! No quería comprender y en sus sarcasmos había algo que rebasaba el elemento personal, una hostilidad profunda contra el principio que, por la voz de los clarines franceses, llamaban al pequeño soldado enamorado; algo sobre lo cual hubiese deseado triunfar. Ella poseía un medio muy sencillo: afirmaba que si se iba ya no le amaría. Y era eso lo que don José no podía soportar. La conjuraba para que le dejase hablar. Ella no quería. Entonces la obligaba a que le escuchase; era un instante de satanismo, sonidos trágicos se elevaban de la orquesta, un motivo sombrío y amenazante que Hans Castorp sabía se prolongaba a lo largo de toda la ópera hasta la catástrofe final, y que formaba también la introducción en el disco que iba a seguir:

«*La flor que me diste…*»

Don José lo cantaba maravillosamente. Hans Castorp ponía a veces ese disco separadamente, fuera del conjunto familiar, y lo escuchaba siempre con atenta simpatía. Las palabras de aquella canción no valían gran cosa, pero la expresión suplicante de los sentimientos era absolutamente conmovedora. El soldado cantaba la flor que Carmen le había arrojado al encontrarse por primera vez y que fue su más

querido bien cuando fue arrestado por causa de ella. Admitía que en algunos momentos había maldecido su suerte por haber encontrado a Carmen, pero inmediatamente lamentaba aquella blasfemia y rogaba a Dios de rodillas que le concediese volverla a ver. «Volverte a ver», y cantaba en el tono agudo con que había cantado antes «En la noche te veía».

Volverla a ver, y ahora toda la magia instrumental apropiada para pintar el dolor, la nostalgia, la ternura, la desesperación del soldado, estallaba en la orquesta. Ella había surgido ante su mirada con todos sus encantos fatales; había comprendido claramente que ella «se había apoderado de todo su ser» (*apoderado* con una apoyadura sollozante de un tono entero en la primera sílaba). «Mi alegría, mi felicidad», cantaba el desesperadamente, con una melodía que se repetía y que la orquesta recogía sollozando, melodía que, partiendo del tono principal, subía dos intervalos y volvía con fervor hacia la quinta inferior. «No tenía más que verte», añadía él de un modo superfluo y pasado de moda, pero infinitamente tierno, y escalaba luego la gama hasta el sexto grado para añadir: «No tenía que lanzar más que una mirada sobre ti.» Dejaba caer luego su voz diez tonos y repetía trastornado «Yo era una cosa tuya», cuyo final era dolorosamente prolongado por un acorde de armonía variable, antes de que el «tuya» se fundiese en el acorde principal.

—Sí, sí —decía Hans Castorp con melancolía y volvía a poner el final en el que todos felicitaban al joven José de que su pelea con el oficial le hubiese impedido toda posibilidad de volver, por lo cual debía desertar, como Carmen le había exigido ya en otro tiempo, asombrándole cantaban a coro.

«*Síguenos a las cimas rocosas*
Donde los vientos soplan más fuertes, pero más puros.»

La letra se entendía bastante bien.

«*El cielo abierto, la vida errante;*
Por patria el universo, por ley la voluntad,
y por encima de todo la embriaguez
de la Libertad, ¡la Libertad!»

—Sí, sí —dijo de nuevo Hans Castorp, y pasó a otro pasaje que también le era muy querido.

No somos responsables de que esa obra fuese también francesa ni del reproche de que reine todavía en ella el espíritu militar. Era una melodía intercalada, un solo de canto, una plegaria del Faust de Gounod. Aparecía alguien muy simpático que se llamaba Valentín, pero que Hans Castorp llamaba de otro modo en su fuero interno, dándole un nombre melancólico y más familiar, identificando la persona con la voz

que oía dentro de la caja, aunque esa voz era infinitamente más bella. Era una voz de barítono y su canto se dividía en tres partes: se componía de dos estrofas muy semejantes una a otra, que tenían un carácter piadoso, casi el estilo de un coral protestante, y una estrofa central de un atrevimiento caballeresco, guerrero, frívolo, pero sin embargo ferviente, y en esto estaba principalmente el carácter francés y militar. El invisible cantaba:

«*Como tengo que abandonar mi patria querida…*»

con este motivo elevaba una plegaria al Señor de los cielos para que, durante aquella ausencia, protegiese a su hermana querida. Se marchaba a la guerra; el ritmo cambiaba, las preocupaciones y la pena se iban al diablo, el invisible quería lanzarse, con un fervor completamente francés, al fragor de la batalla. «Pero si Dios me llama al cielo —cantaba—, desde allá arriba velaré por ti.» Ese «ti» se refería a su hermana, pero impresionaba a Hans Castorp hasta el fondo del alma, y esta emoción no le abandonaba hasta el final de la pieza, en que Valentín cantaba, a los sonoros acordes del coral:

«*Señor del Cielo, escucha mis plegarias*
y toma bajo tu protección a Margarita.»

Este disco no presentaba ningún otro interés. Hemos creído nuestro deber comentarlo brevemente, porque Hans Castorp sentía por él una preferencia muy viva, y también porque, más tarde, representará un papel en circunstancias bastante extrañas.

Por el momento llegamos al quinto y último fragmento de música de los discos preferidos, un disco que no tiene nada de francés: es específicamente alemán. No se trata de un trío de ópera, sino de un *lied*, de una de esas canciones maestras sacadas del pueblo que deben precisamente su humildad y su espiritualidad particular a su origen. Pero ¿para qué tantas explicaciones? Se trata de *El tilo*, de Schubert, sencillamente: *Cerca del pozo, ante el portal*. Una canción familiar a todos.

La cantaba un tenor con acompañamiento de piano, un muchacho lleno de tacto y de gusto, que sabía tratar el tema a la vez de un modo sencillo y sublime, con mucha inteligencia, sentido musical y justeza en la expresión. No se ignora que la admirable canción se halla en boca del pueblo y de los niños en una forma un poco diferente de la artística. Ellos la simplifican, la cantan por estrofas, con arreglo a la melodía principal, y ésta está modulada en bemoles desde la segunda de las estrofas de ocho líneas, para volver después, de un modo dramático, a «los vientos fríos». La inflexión particularmente arrebatadora de la melodía se produce tres veces en su segunda mitad modulada; la tercera vez, por consiguiente, fuera de la última semiestrofa: «Hace

muchas horas…» Esta inflexión mágica, que no podemos describir con palabras, acompaña los fragmentos de frases: «Tantas palabras queridas…», «Como si me llamaran…», «Lejos de aquel lugar…», y la voz del tenor, clara y cálida, inclinándose con un sollozo lleno de medida, la cantaba cada vez con un sentido tan inteligente de la belleza de esa frase, que tocaba el corazón del que le escuchaba, y aún más porque en los versos «Hacia él siempre…», «Hallas aquí tu reposo…», el artista sabía reforzar su efecto con sonidos de un extraordinario fervor. Pero en el último verso repetido, en el «Hallarás allí reposo», cantaba «hallarías» la primera vez con una plenitud de nostalgia, y la segunda con un trémolo sostenido.

Creemos poder jactarnos de haber mostrado a nuestros lectores la simpatía íntima que Hans Castorp sentía hacia los números preferidos de sus programas de concierto nocturno. Pero expresar lo que este último número, lo que ese viejo *Tilo* significaba para él es una empresa muy delicada, y una prudencia nos recomienda guardar la mesura si no queremos comprometer nuestro propósito.

Presentaremos las cosas como sigue: Un objeto que atañe al espíritu, es decir, un objeto que tiene una significación, es «significativo» precisamente porque rebasa su sentido inmediato, porque expresa y expone una cosa de un alcance espiritual más general, todo un mundo de sentimientos y de pensamientos que han hallado en él un símbolo más o menos perfecto, lo que da precisamente la medida de su significación. El mismo amor que se experimenta hacia tal objeto es, en sí mismo, «significativo». Nos informa sobre el que experimenta ese sentimiento, caracteriza sus relaciones con las cosas esenciales, con ese mundo que el objeto simboliza y que, consciente o inconscientemente, es amado a través de él.

¿Se nos creerá si decimos que nuestro sencillo héroe, después de tantos años de desarrollo hermético y pedagógico, había entrado bastante profundamente en la vida espiritual para adquirir conciencia de la «significación» de sus inclinaciones? Afirmamos que éste es el caso. La canción en cuestión significa mucho para él, todo un mundo, un mundo al que debía sin duda amar, pues si no hubiese sido así no se hubiera sentido atraído por el objeto que los simboliza.

Medimos nuestras palabras cuando añadimos —tal vez de un modo un poco oscuro— que su destino hubiera sido diferente si su alma no hubiese sido particularmente accesible a los encantos de la esfera sentimental, y, en general, a la actitud espiritual que esta canción resumía con un fervor tan misterioso. Pero ese destino precisamente había acarreado sensaciones, aventuras, descubrimientos, había planteado en él problemas de «gobierno» que le habían ido madurando con una crítica llena de presentimientos, ejercida sobre ese mundo; sobre el símbolo de ese mundo, digno, sin embargo, de toda su admiración; sobre ese amor que no era el suyo.

Pero sería preciso no entender nada en las cosas del amor para suponer que tales

dudas pueden perjudicarle. Por el contrario, le prestan su razón. Añaden al amor el acicate de la pasión, de manera que se podría definir la pasión como un amor que duda. ¿En que consistían, pues, las dudas de conciencia y de gobierno de Hans Castorp en lo que se refiere a la legitimidad de sus inclinaciones hacia esa canción encantadora y a su universo? ¿Qué mundo se abría en esa canción que, según el presentimiento de su conciencia, debía ser un mundo de amor prohibido?

Era la muerte.

¡Pero esto era pura demencia! ¿Una canción tan maravillosa? ¡Una pura obra maestra, nacida en las profundidades más sagradas de la cantera popular, un tesoro inestimable, un modelo de todos los fervores, el encanto mismo! ¡Qué villana calumnia!

Sí, sí, cien veces sí, es de este modo como debe hablar todo hombre honrado. Y sin embargo, detrás de esa producción adorable acechaba la muerte. Existían relaciones entre ambas, relaciones que uno podía incluso amar, no sin darse cuenta de que tal amor era hasta cierto punto ilícito. En su naturaleza primitiva, la canción no podía soportar ninguna simpatía hacia la muerte sino, por el contrario, algo muy popular y vivo. Pero la simpatía que el espíritu experimentaba hacia ella era una simpatía hacia la muerte. La pura piedad, la ingenuidad de su principio, no atajaba ese sentimiento. Pero luego venían los productos de las tinieblas.

¿De qué hablábamos?, se preguntará. No se hubiese podido disuadir a Hans Castorp. ¡Producto de las tinieblas! ¡Tenebrosos productos! Un espíritu de inquisidor y de misántropo vestido de luto español, con la golilla redonda y la lujuria a guisa de amor; todo eso emanaba de aquella piedad de mirada tan franca.

En verdad, el literato Settembrini no era hombre en el que Hans Castorp tuviese una confianza absoluta, pero recordaba las enseñanzas que su mentor le había dado en otro tiempo, al principio de su carrera hermética, sobre la propensión al *retroceso*, hacia cierto mundo, y juzgó oportuno aplicarse la lección. Settembrini había calificado esa tendencia de «enfermiza». El concepto mismo de ese mundo y el período especial que representaba debían sin duda aparecer como «enfermizos» en su sentido pedagógico. ¿Pero cómo era posible? La adorable canción nostálgica de Hans Castorp, la esfera sentimental de la que emanaba, y su inclinación hacia esa esfera, ¿eran también «enfermizas»? ¡Nada de eso! Eran lo más gozoso y sano. Sin embargo, se trataba de un fruto que, no obstante hallarse un momento antes y aun en aquel mismo momento, fresco y esplendoroso, propendía extraordinariamente a la descomposición y a la podredumbre, y siendo pura delicia del alma, siempre que se probase en el instante oportuno, difundía un momento después la podredumbre y la perdición entre los humanos que querían gustarlo.

Era un fruto de la vida engendrado por la muerte y que producía la muerte. Era un milagro del alma, el más alto tal vez desde el punto de vista de la belleza desprovista

de conciencia, y bendecido por ella, pero que, por razones de peso, era considerado con desconfianza por la mirada de quien amase la vida orgánica y tuviese conciencia de su responsabilidad. Era un objeto al que, escuchando el veredicto de la conciencia, convenía renunciar.

Sí, renunciamiento y dominio de sí mismo, tal podía ser la naturaleza de la victoria sobre ese amor, sobre esa magia del alma de tenebrosas consecuencias.

Los pensamientos de Hans Castorp, o los semipensamientos cargados de presentimiento, iban volando, mientras que en la noche y en la soledad se hallaba sentado ante su pequeño ataúd de música y esos pensamientos volaban siempre más altos, más allá de la razón; eran lucubraciones de alquimista.

¡Oh, era arrebatadora esta magia del alma! Todos éramos hijos y podíamos realizar grandes cosas en el mundo con sólo servirla. No había necesidad de tener más genio, sino sólo más talento que el autor de la canción del *Tilo*, para darle, como magreo del alma, proposiciones gigantescas y conquistar para ella el mundo entero. Probablemente, podíase fundar sobre ella incluso imperios, imperios terrestres, demasiado terrestres, muy rudos y aptos al progreso, en modo alguno nostálgicos, en los cuales la canción se corrompía convirtiéndose en música de fonógrafo eléctrico. Pero su mejor hijo debía ser el que pesaba sobre su vida dominándole a sí mismo y teniendo ya en los labios la nueva palabra de amor que no sabía aún pronunciar. ¡Era tan dulce morir por ella, por esa canción mágica! Pero quien moría por ella dejaba, en realidad, de morir por ella y convertíase en héroe tan sólo porque, en el fondo, moría ya por una cosa nueva, por las nuevas palabras del amor y del porvenir que presentía el corazón…

Tales eran, pues, los dioses preferidos de Hans Castorp.

Dudas supremas

Las conferencias del doctor Krokovski habían adquirido, en esos breves años, una orientación inesperada. Siempre sus investigaciones sobre el análisis de los sentimientos y de la vida de los sueños habían estado llenas de un carácter subterráneo y sombrío. Pero, desde hacía algún tiempo, por una transición apenas sensible al público, se habían orientado en el sentido de los misterios de la magia, y sus conferencias bimensuales —principal atracción de la casa, orgullo del prospecto —, esas conferencias que pronunciaba en el comedor, vestido de levita y con sandalias, delante de una mesa cubierta con un tapete y con un acento exótico, ante el público atento del Berghof, esas conferencias ya no trataban de la actividad amorosa ni de la transformación de la enfermedad en el sentimiento consciente; trataban de las ocultas extrañezas del hipnotismo y del sonambulismo, de los fenómenos de la telepatía, del sueño revelador y de la doble vista, de los milagros de la histeria, y sus comentarios ampliaban el horizonte filosófico hasta el punto de que aparecían, a los ojos de los oyentes, enigmas de tal calibre como las relaciones entre la materia y el espíritu como el enigma mismo de la vida, que no había probabilidades de descifrar y que adquiría incluso un aspecto inquietante por el camino de la enfermedad y de la salud.

Mencionamos estos hechos porque estimamos que nuestro deber es el de confundir a los espíritus superficiales que suponen que el doctor Krokovski no se había dedicado a los problemas ocultos más que a fin de preservar a sus conferencias de la monotonía y, por consiguiente, para mantener viva la curiosidad. Así opinaban sus detractores. Es verdad que, en las conferencias del lunes, los oyentes aguzaban el oído para oír mejor, y la señorita Levy parecía, mucho más que antes, una figura de cera que ocultase un resorte en su seno. Pero esos efectos eran también legítimos a causa del desarrollo que habían adquirido las ideas del sabio, cuya rectitud lógica era completamente defendible. Siempre había orientado sus investigaciones hacia ese lado vasto y tenebroso del alma, hacia esas regiones designadas con el nombre de «subconsciente», aunque se haría mejor en hablar de una «superconciencia», puesto que esas esferas proceden por medio de una sabiduría que rebasa en mucho la conciencia del individuo y sugieren el pensamiento de que podría existir una relación o lazo entre las regiones inferiores y oscuras del alma individual y un alma universal y omnisciente.

El dominio del subconsciente «oculto», en el sentido propio de esta palabra, sería, pues, igualmente oculto en el sentido más limitado del vocablo y constituiría una fuente de la cual manan los fenómenos que son llamados ocultos. Quien considere el síntoma orgánico de la enfermedad como el resultado de sentimientos rechazados fuera de la vida consciente del alma, como en la materia, reconoce el poder creador

de las fuerzas físicas en el dominio de la materia, un poder que hay que considerar como la segunda fuente de los fenómenos mágicos. El idealista patológico, por no decir el idealista de la patología, habrá llegado así al punto de partida de los razonamientos que conducen infaliblemente al problema del ser en general, es decir, al problema de las relaciones entre el espíritu y la materia. El materialista, hijo de una filosofía de la fuerza pura, se obstinaría en explicar el espíritu como un producto fosforescente de la materia. El idealista, por el contrario, partiendo del principio de la histeria creadora, se inclinará y no tardará en resolver en un sentido exactamente opuesto el problema de la primacía. En suma, se trata de la vieja disputa de saber si existió antes la gallina o el huevo, esa querella que se halla tan extraordinariamente embrollada por el doble hecho de que no se puede imaginar un huevo que no haya sido puesto por una gallina, ni una gallina que no haya nacido de un huevo.

El doctor Krokovski comentaba estas cuestiones en sus conferencias desde hacía algún tiempo. Había llegado a un desarrollo orgánico, legítimo y lógico; hemos de insistir en eso, y hemos de añadir que, además, se había metido en consideraciones de esta especie antes de que Ellen Brand las hiciese pasar al dominio empírico y experimental.

¿Quién era Ellen Brand? Hemos estado a punto de olvidar que nuestros lectores lo ignoran, mientras que su nombre no es naturalmente familiar. ¿Quién era? ¡A primera vista casi nadie! Una amable muchacha de diecinueve años llamada Elly, de un rubio de lino, una danesa, que no era ni siquiera de Copenhague, sino sencillamente de Odense, en Fionia, adonde su padre se dedicaba al comercio de mantequilla. Ella había entrado en la vida práctica desde hacía años, pues estaba empleada en la sucursal provinciana de un banco de la capital, sentándose en un taburete, delante de grandes libros, con una manga de lustrina en el brazo derecho, y fue allí donde empezó a alterarse su temperatura.

El caso no era grave, como mucho se podía decir que era sospechoso, a pesar de que Elly se encontrase efectivamente delicada y anémica. Además, era muy simpática, y el consejero le pasaba la mano por los cabellos rubios cuando hablaba con ella en el comedor. Se hallaba envuelta en una frescura nórdica, en una castidad cristalina, en una atmósfera infantil y virginal completamente encantadora. La mirada de sus ojos azules era purísima y su lenguaje era agudo, fino y claro. Hablaba un alemán un poco inhábil, con faltas típicas de pronunciación. Sus rasgos no tenían nada de particular. Su barbilla era un poco corta. Estaba sentada a la mesa de Herminia Kleefeld.

Era, pues, esa muchachita, esa Elly Brand, esa amable ciclista y contable danesa a la que se hallaba en condiciones que nadie hubiese podido sospechar a primera vista, pero que algunas semanas después de su llegada aquí comenzaron a manifestarse y que el doctor Krokovski descubrió en toda su extrañeza.

Durante los juegos de sociedad, en la reunión de la noche, la muchachita llamó la atención del sabio. Se hacían adivinanzas, luego se buscaban objetos que habían sido escondidos ayudándose por medio del piano que era tocado más alto o más bajo según se acercasen o se alejasen del escondite. Se debían también realizar acciones más o menos complicadas que habían sido concertadas fuera de la vista del que debía repetirlas; como, por ejemplo, cambiar las sortijas de dos personas; invitar a alguien, por medio de tres reverencias, a bailar; tomar un libro determinado de la biblioteca, para entregarlo luego a una persona determinada.

Hay que hacer notar que juegos de tal especie no habían entrado hasta ahora en las costumbres del Berghof. No se puede saber luego de quién había partido la idea. Seguramente no había sido de Elly. Sin embargo, esto no había ocurrido más que después de su llegada.

Los que tomaban parte en los juegos —casi todos viejos conocidos, entre los cuales se hallaba Hans Castorp— se mostraban más o menos hábiles o completamente incapaces. Pero la aptitud de Elly Brand era extraordinaria, sorprendente e inconveniente. Su seguridad para encontrar los objetos escondidos había parecido admirable. Pero cuando comenzó a realizar acciones complicadas, la sorpresa hizo guardar silencio. Inmediatamente, al entrar en la habitación, realizaba todo lo que secretamente se había acordado, sin titubeos y sin necesidad de la música. Cogía en el comedor un poco de sal, la echaba sobre la cabeza del procurador Paravant, le cogía luego por la mano y le conducía al piano, donde ella tocaba con el dedo índice el principio de la canción *Un pájaro que vuela*. Luego le conducía a su sitio, le hacía una reverencia, cogía un taburete y se sentaba a sus pies, exactamente como se había acordado en secreto.

¡Había escuchado!

Ella se ruborizó. Al ver cómo se confundía, todos comenzaron a reñirla verdaderamente aliviados. Pero ella aseguraba que no había escuchado detrás de la puerta. ¡No, no! Ella escuchaba en la sala misma, no podían impedírselo. ¿No podían impedírselo? ¿En la sala?

—Algo me lo dice —manifestó. Algo le decía lo que debía hacer, en voz muy baja, pero distinta y clara.

Eso parecía una confesión. Elly tenía, en un cierto sentido, conciencia de haber cometido un error: había engañado. Debía haber manifestado que no podía seguir aquel juego, ya que todo se lo decían. Un concurso pierde todo sentido común cuando uno de los concurrentes posee un don sobrenatural, y en el sentido deportivo del juego, Ellen debía ser descalificada.

Varias voces a la vez reclamaron al doctor Krokovski. Corrieron a buscarle y vino. Llegó con una sonrisa jovial, invitando, con todo su aspecto, a la confianza. Se le comunicó, a toda prisa, que había surgido un vidente, una muchacha que oía sus

voces.

—Vamos, vamos, calma, amigos míos. Vamos a ver. —Era su terreno, un terreno pantanoso para todos, pero en el cual él se movía con seguridad.

Hizo preguntas.

—¡Hola! ¡Hola! ¿Así que es usted, hija mía? —Y, como todo el mundo hacía, puso la mano sobre la cabeza de la muchacha.

Existían muchas razones para sentir curiosidad, pero ningún motivo para asustarse. Hundió la mirada de sus ojos morenos y exóticos en el azul claro de los ojos de Ellen Brand, mientras la acariciaba dulcemente con la mano, desde el hombro hasta el brazo. La joven contestaba a su mirada con otra cada vez más lamentable, y su cabeza se iba inclinando hacia el pecho. Cuando sus ojos comenzaron a volverse, el sabio describió, ante el rostro de la muchacha, un movimiento circular con la mano, después de lo cual declaró que todo marchaba perfectamente, y envió a toda la compañía, muy excitada, a su cura de reposo, a excepción de Elly Brand, con la que quería todavía «charlar» un instante.

¡Charlar! Ya se podía imaginar lo que pasaría. Nadie se sintió tranquilo cuando el alegre camarada Krokovski pronunció esa palabra. Todos se sintieron recorridos por un escalofrío, incluyendo a Hans Castorp que, cuando se hubo tendido en su *chaise-longue*, recordó cómo había sentido vértigo cuando Elly había realizado sus proezas inconvenientes, y la ansiedad física que le había poseído.

Nunca había vivido un terremoto, pero se dijo que debían de producirse impresiones análogas, poniendo aparte la curiosidad que las aptitudes fatales de Ellen Brand le inspiraban. Una curiosidad que implicaba el sentimiento de su vanidad —es decir, la conciencia de que el dominio hacia el cual avanzaba a tientas era inaccesible a la razón— y, por consiguiente, la cuestión de saber si la joven no era también culpable, lo que no le impedía seguir sintiendo curiosidad.

Hans Castorp, como todo el mundo, había oído hablar de muchas cosas sobre los fenómenos ocultos o sobrenaturales. Hemos hecho alusión a cierta tía-abuela, cuya leyenda melancólica había oído contar, pero jamás se le había presentado un hecho tan de cerca. Hans Castorp no había realizado jamás experimentos en este terreno, y su antipatía hacia ellos igualaba a la curiosidad que despertaban en él. Presentía claramente que esos experimentos no podían ser más que de mal gusto, ininteligibles e indignos del hombre. Sin embargo, ardía de impaciencia por entregarse a ellos. Comprendía que la alternativa «ocioso o culpable» no era, en realidad, una alternativa, porque esos dos términos coincidían, y el escepticismo de la razón no era más que una forma extramoral de esa prohibición. Pero el *placet experiri* que había tomado de una persona que hubiera desaprobado, sin duda, tales tentativas en los términos más plásticos, continuaba anclado en el espíritu de Hans Castorp, y su sentido moral coincidía con su curiosidad, con la curiosidad ilimitada de quien viaja

para formar su espíritu, y esta curiosidad adquiría un aspecto de valor militar no evitando las cosas prohibidas cuando se presentaban.

Hans Castorp resolvió, pues, permanecer en su puesto y no alejarse si se iban a intentar con Ellen Brand nuevas aventuras.

El doctor Krokovski había prohibido que se entregasen, lejos de su presencia, a experimentos sobre los dones secretos de la señorita Brand. Había requisado la muchacha para la ciencia, tenía sesiones con ella en su caverna analítica, la hipnotizaba, según parece, y se esforzaba en desarrollar sus aptitudes latentes, en disciplinarla, en explorar su vida psíquica anterior.

Herminia Kleefeld, la antigua fraterna de la muchacha, hacía lo mismo y se enteraba, bajo promesa de secreto, de toda clase de cosas que luego iba propalando por toda la casa. Se enteró, por ejemplo, de que la persona o la cosa que había revelado a la muchacha el juego de los gestos que debía hacer, se llamaba Holger. Era el adolescente Holger un espíritu que le era familiar, un ser difunto y etéreo, una especie de ángel guardián de la pequeña Ellen. ¿Era él quien le había comunicado la idea de la sal en la cabeza de Paravant? Sí, sus labios invisibles habían acariciado el oído de Ellen, le habían cosquilleado, haciéndole sonreír y le habían revelado el secreto.

Sin duda le comunicaría las lecciones en la escuela, cuando no las había estudiado. A esa pregunta, Ellen no había contestado. Tal vez eso no le era posible a Holger, dijo luego; quizá no se puede mezclar en cosas tan serias, o sin duda él no sabía sus lecciones.

Se supo también que Ellen había tenido, desde su tierna edad, apariciones visibles e invisibles —¿qué significaba «apariciones invisibles»?—. Por ejemplo: la muchacha se hallaba sentada un día, sola, en el salón de la casa de sus padres, delante de una mesa redonda, haciendo costura; al lado de ella estaba echado en el suelo un perro dogo perteneciente a su padre, la perra llamada Freia. La mesa se hallaba cubierta con un tapete de colores, con uno de esos viejos chales turcos. Diagonalmente, las puntas del chal caían a los lados de la mesa. De pronto, Ellen vio que la punta que colgaba ante ella se había enrollado, se enrollaba lenta, tranquila, cuidadosamente, hasta la mitad de la mesa, de manera que el rodillo formado era bastante largo. Mientras esto ocurría, Freia, sobresaltándose, se puso furiosa, con las patas delanteras tiesas y el pelo erizado. Luego se precipitó ladrando debajo del sofá y durante un año entero no se consiguió que volviese a entrar en el salón.

—¿Fue Holger quien enrolló el chal? —había preguntado la Kleefeld, pero Ellen Brand no lo sabía.

»¿Y qué pensó cuando se produjo? —Ellen no había pensado nada de particular —. ¿Había hablado a sus padres? —No. La cosa era chocante. Aunque no hubiese pensado más, Ellen había comprendido que, tanto en este caso como en otros

análogos, debía mantener el silencio y guardar púdicamente el secreto—. ¿Costaba guardar el secreto? —No, no costaba nada.

Pero también le habían pasado otras cosas. Por ejemplo, ésta: Hacía un año, también en casa de sus padres, en Odense, había salido muy temprano de su habitación, que se hallaba situada en el piso bajo, y había querido atravesar el vestíbulo y subir la escalera para ir al comedor y preparar el café, como tenía por costumbre hacer antes de que sus padres se levantasen. Había llegado ya al primer rellano de la escalera cuando, en ese mismo lugar y al borde del escalón, vio a su hermana mayor, que estaba casada y residía en America, a su hermana mayor en carne y hueso. Llevaba un vestido blanco y, cosa extraña, tenía puesta en la cabeza una corona de ninfeas. Sus manos se hallaban juntas y le hacía señas con la cabeza.

—¡Cómo, Sofía! ¿Eres tú? —había exclamado Ellen, petrificada, medio alegre y medio asustada.

Sofía se encogió de hombros y luego desapareció. Se había vuelto transparente y desapareció, como deslizándose en el aire.

El camino había quedado libre para Ellen.

Poco tiempo después se enteró de que, a la misma hora, su hermana Sofía había muerto en Nueva Jersey, de un ataque al corazón.

—Vamos —estimó Hans Castorp cuando la Kleefeld le contó la aventura—, eso tiene un cierto sentido, se puede justificar. La aparición aquí, la muerte allí; se puede distinguir al menos una cierta relación entre las dos cosas.

Y consintió en tomar parte en una sesión de espiritismo, en una partida de vasos giratorios, que se había decidido organizar a pesar de las prohibiciones celosas del doctor Krokovski.

No fueron admitidas a la sesión más que algunas personas. El lugar era la habitación de Herminia Kleefeld. Además de ésta, se hallaban Hans Castorp y la pequeña Brand, la Stoehr y la Levy, el señor Albin, el checo Wenzel y el doctor Ting Fu.

Por la noche, a las diez, se reunieron discretamente y fueron inspeccionados los preparativos que Herminia había hecho. En una mesa redonda de mediana altura, colocada en medio de la habitación, había sido puesta una copa boca abajo. En el borde de la mesa, espaciados convenientemente, habían sido colocados dados de hueso, sobre los cuales se había escrito con tinta una letra distinta del alfabeto.

Herminia Kleefeld comenzó sirviendo el té, que fue acogido con agradecimiento, porque a pesar de la puerilidad inofensiva de la empresa, las señoras Stoehr y Levy se quejaban de tener las extremidades frías y sufrir palpitaciones. Cuando se hubo reaccionado, se sentaron en torno de la pequeña mesa y a una luz rosa y tamizada —para crear una atmósfera apropiada había sido apagada la lámpara de la mesita de noche— y todos apoyaron un dedo de su mano en el borde de la copa de cristal. Era

tal como prescribía el método. Se esperaba el instante en que la copa comenzaría a moverse.

Esto se podía producir fácilmente, pues la mesa era lisa, el reborde del cristal, pulido, y la presión que ejercían los dedos temblorosos por ligero que fuese el contacto, bastaría a la larga, pues esa presión se producía de una manera desigual, vertical aquí, lateral al otro lado, y movería la copa. Al moverse la copa iría a dar a los dados, componiendo palabras que podían tener un sentido, y esto constituiría un fenómeno inquietante de una complejidad bastante turbia, una mezcla de elementos conscientes, semiconscientes y completamente inconscientes, determinado por la voluntad de unos participantes —tanto si se confesase como no su intención— y por el acuerdo secreto y la colaboración subterránea de todos en busca de resultados en apariencia extraños, resultados a los que las veleidades oscuras de cada individuo daría un sentido más o menos amplio, y sobre todo, sin duda la veleidad de la encantadora Elly.

Todos sabían eso por adelantado y Hans Castorp, según su costumbre, llegó incluso a decirlo mientras se hallaban esperando con los dedos puestos en el borde de la copa. Y en efecto, las extremidades frías y el corazón palpitante de las mujeres, así como la alegría angustiosa de los hombres, no procedían más que de que sabían eso, de que se habían reunido en el silencio de la noche para entregarse a un juego sucio con la naturaleza y escrutar, con una curiosidad temerosa, las partes desconocidas del yo, esperando esas apariciones o esas semirrealidades que se llaman mágicas. Para dar al experimento una cierta forma, se admitía que los espíritus de los difuntos se dirigían a la asamblea por medio de la copa de cristal. El señor Albin se ofreció a llevar la palabra y a negociar con los espíritus que acudiesen a su llamamiento, porque había asistido ya otras veces a sesiones de espiritismo.

Pasaron más de veinte minutos. Los temas de conversación se agotaron. Desaparecía la primera tensión. Se tenían que sostener el codo con la mano izquierda. Wenzel se hallaba a punto de dormirse. Ellen Brand, con el dedo ligeramente apoyado en la copa, tenía su mirada de niña fija en la luz de la lámpara de la mesita de noche.

De pronto, el cristal osciló y se escapó de las manos de las personas que se hallaban sentadas en torno a la mesa. Apenas pudieron acompañarlo con el dedo, resbaló hasta el borde de la mesa, volvió luego en línea recta al centro, dio un pequeño salto y permaneció inmóvil.

El espanto de todos fue medio alegre, medio ansioso. Con una voz temerosa, la señora Stoehr declaró que prefería no seguir adelante, pero se le hizo ver que debía haberse decidido antes y que ahora no tenía más remedio que continuar. Se estipuló que, para decir sí o no, el cristal no tendría necesidad de ir a chocar contra las letras y bastaría que diese uno o dos golpes.

—¿Se halla presente un espíritu? —preguntó el señor Albin con el rostro severo, mirando por encima de las cabezas hacia el vacío. Hubo un momento de duda. Luego la copa dio un golpe y contestó «sí».

—¿Cómo te llamas? —preguntó el señor Albin con un tono casi rudo y poniendo de relieve la energía de su pregunta con un movimiento de cabeza.

La copa comenzó a resbalar. Recorrió resueltamente y en zigzag diferentes dados, volviendo, ocasionalmente, al centro de la mesa. Tocó la «H», la «O», la «L»; entonces pareció agotada, pero reanudó de nuevo la marcha y tocó la «G», la «E» y «R». Hubo un momento de titubeo. Era Holger en persona, el espíritu de Holger que se había enterado de la historia de la sal, pero que no había querido mezclarse con los deberes escolares. Se hallaba allí, se cernía en los aires, envolvía a nuestro pequeño círculo. ¿Qué iban a hacer con él? Reinaba cierta timidez entre los reunidos. Se deliberó en voz baja, y en cierta manera bajo mano, para saber qué preguntas era conveniente tantear. El señor Albin decidió preguntarle cuál había sido la ocupación y profesión de Holger en vida. Hizo la pregunta severamente, con el entrecejo fruncido.

La copa guardó un instante de silencio. Luego, oscilando y saltando, se dirigió hacia la «P», se alejó y designó la «O». ¿Qué iba a decir? La impaciencia era grande. El doctor Ting Fu manifestó entre risitas su creencia de que Holger debía de haber sido policía; la señora Stoehr rió de un modo histérico sin interrumpir el trabajo de la copa que, tropezando, resbaló hasta la «E» y tocó después la «T» y la «A». Había formado la palabra «poeta».

¡Qué diablos! ¿Holger había sido poeta? Inútilmente y como por orgullo, el cristal dio un golpe y confirmó.

—¿Un poeta lírico? —preguntó la Kleefeld pronunciando la «i» como una «u», como Hans Castorp le hizo notar con impaciencia.

Pero Holger no parecía dispuesto a dar detalles. No contestó. Se limitó a repetir lo anterior una vez más, rápidamente, con claridad.

Bien, bien, un poeta. La inquietud fue en aumento, una inquietud chocante, nacida del hecho de que esas manifestaciones turbadoras emanaban de regiones oscuras de la vida interior, tocando, sin embargo, de un modo falaz a una realidad exterior.

Se quiso entonces saber si Holger era feliz en aquel estado. La copa formó la palabra «resignado». ¡Ah! Sí, sí, resignado. A nadie se le hubiese ocurrido, pero como la copa había formado aquella palabra, parecía ahora muy bien dicho. ¿Desde cuánto tiempo se hallaba Holger en ese estado de resignación? De nuevo ocurrió algo en que nadie hubiese podido pensar, algo que parecía decir en sueños «duración rápida»… Muy bien… Se hubiese podido decir también «rapidez duradera», era un oráculo de poeta ventrílocuo venido al mundo exterior. Hans Castorp, sobre todo, lo juzgó excelente. Una duración rápida era el elemento de tiempo en que vivía Holger; naturalmente debía contestar por un oráculo, sin duda había olvidado las palabras y la

medida de una reunión terrenal. —¿Qué más querían saber?— La Levy confesó su deseo de preguntar cuál era o cuál había sido el aspecto de Holger. ¿Era un joven bello?

—Pregúntelo usted misma —ordenó el señor Albin, que juzgaba que una curiosidad de este género ofendía a su dignidad. Ella preguntó, tuteándole, si el espíritu de Holger tenía rizos rubios.

—Bellos rizos castaños, castaños —contestó la copa, repitiendo dos veces «castaños». Una animación alegre reinaba en el círculo. Las damas se mostraban francamente enamoradas. Enviaban besos hacia el techo. El doctor Ting Fu dijo, riendo socarronamente, que míster Holger debía de ser bastante fatuo.

Y en este momento la copa enloqueció de cólera. Recorrió la mesa en todos los sentidos como presa de rabia, luego se tumbó y fue a rodar sobre las rodillas de la señora Stoehr que, moralmente pálida, con los brazos abiertos, se quedó contemplándola. Con muchas precauciones y excusas la pusieron en su sitio. Reprendieron al chino. ¿Cómo se había atrevido a permitirse tales observaciones? Pero ¿qué hacer si Holger continuaba irritado, si se había marchado o si se negaba a pronunciar ahora la menor palabra? Se insistió en términos persuasivos a la copa. ¿Consentiría en hacer una poesía? ¿No había sido poeta antes de cernerse en la duración rápida? ¡Qué curiosidad sentían todos por conocer un poema compuesto por él! Se lo suplicaban de todo corazón.

Y la copa de cristal dio un golpe: «Sí.»

Se manifestaba completamente conciliador. Entonces el espíritu de Holger comenzó a componer, compuso sin reflexionar, por medio de aquel complicado aparato, Dios sabe cuánto tiempo. Parecía que no iba a callar jamás. Era un poema sorprendente, era una cosa mágica, sin límites como el mar, y en el cual se hablaba principalmente de aluviones a lo largo de la bahía redondeada del país de las islas de escarpadas dunas. «¡La inmensidad verde se borra y pierde en lo eterno, allá lejos en las regiones de la niebla, allá donde, sumiéndose en un carmín rubio y en luces lechosas, el sol de verano se pone lentamente! Las palabras no pueden expresar el reflejo plateado y móvil del agua que se cambia en un resplandor de nácar, en un juego inefable de colores, en una calidad de luz lunar. Secretamente, como ha surgido, se desvanece la magia luminosa. El mar se duerme. Pero queda todavía el rastro de la muerte del sol. Hasta en lo más profundo de la noche no reinará oscuridad. Una claridad espectral reina en el bosque de pinos, sobre las dunas, y hace resplandecer la arena blanca de las profundidades como si fuese nieve. ¡Engañoso bosque de invierno en el silencio atravesado por el vuelo de un búho! ¡Noche tierna, sé nuestro refugio! Lentamente allá abajo respira el mar, murmura en sueños. ¿Deseas volverla a ver? Aproxímate a las vertientes pálidas de las dunas y sube hundiéndote en esa cosa blanda que resbala frescamente por tus zapatos. Dura y blanda, la tierra

desciente en rápida vertiente hacia los guijarros, y los vestigios del día que se ciernen todavía en la lejanía indistinta… ¡Siéntate allá arriba, en la arena! ¡Qué frescor mortal, qué dulzura de seda y de harina! Resbala en tu mano, forma un pequeño chorro incoloro y se amontona. Es la huida silenciosa a través del estrecho paso del reloj de arena, del instrumento grave y frágil que orna la celda del eremita. Un libro abierto, un cráneo, y en su pequeño andamiaje, el doble cristal sopla un poco de arena acogida a la eternidad y marcha silencioso y misterioso expresando el tiempo…»

De esta manera improvisaba el espíritu de Holger, con extrañas asociaciones de ideas del mar de su país natal, de un eremita y del instrumento de su contemplación; palabras de un atrevimiento de ensueño que sorprendían prodigiosamente a la asamblea. Habló de muchas cosas humanas y divinas, letra por letra. Apenas se había tenido tiempo de aplaudir cuando comenzaba el zigzag de otras nuevas materias y no se detenía. Al cabo de una hora no se preveía aún el final de aquellas inagotables efusiones poéticas que trataban de los dolores del parto y del primer beso de los amantes, de la corona del sufrimiento y de la benevolencia paternal y grave de Dios que se sumía en la vida de la criatura, que se perdía en el tiempo, en el paisaje y en los espacios estelares. Hizo alusión a los caldeos y al Zodíaco, y esas evocaciones hubieran durado toda la noche si los reunidos no hubiesen terminado por separar los dedos de la copa y no hubiesen manifestado a Holger, con el más vivo agradecimiento, que ya era bastante por aquella noche, que todo aquello había tenido un esplendor insospechado y que constituiría para ellos una eterna pena que nadie hubiese transcrito el poema que debía caer inexorablemente en el olvido a consecuencia de una cierta falta de consistencia propia de los sueños.

La próxima vez no dejarían de invitar a tiempo a un secretario y se podría dar cuenta del efecto que debería producir, conservado en negro y blanco y recitado de un modo seguido, ese maravilloso poema. Pero por el momento y antes de que Holger se sumiese en la resignación de su duración rápida, se le suplicaba tuviese a bien contestar a una pregunta precisa, no se sabía todavía cuál. Se le rogaba que manifestase si, en caso oportuno, estaría en principio dispuesto a contestar.

«Sí», fue la respuesta.

Pero todos estaban perplejos. ¿Qué iban a preguntar? Era como en los cuentos, cuando el hada o el enano permiten que se haga una petición y se corre el peligro de dejar perder la preciosa oportunidad. Se deseaba saber muchas cosas y era correr una gran responsabilidad al elegir la pregunta.

Como nadie tomaba una decisión, Hans Castorp, con un dedo apoyado en la copa y la mejilla izquierda en el puño, dijo que deseaba saber cuánto tiempo duraría su permanencia aquí, tiempo que había sido fijado, al principio de su llegada, en tres semanas.

Como no se encontraba nada mejor, se preguntó eso al espíritu. Después de unos

titubeos, la copa dio un golpe sobre la mesa. Decía algo bastante extraño que parecía no tener relación con la pregunta y que no era posible interpretar. Formó la sílaba «va» y luego la palabra «revés», y no se sabía qué deducir cuando habló de la habitación de Castorp, de manera que se podía interpretar la respuesta como una orden dada al que había hecho la pregunta. ¿Ir a su habitación? ¿Ir al número 34? ¿Qué significaba eso? Mientras se hallaban deliberando, un formidable puñetazo hizo temblar de pronto la puerta.

Todos quedaron petrificados. ¿Se presentaba el doctor Krokovski para interrumpir la sesión? Se miraron confundidos esperando ver aparecer al médico. Pero en el mismo instante, un segundo golpe resonó en el centro de la mesa, igualmente un puñetazo, como para hacer comprender que el puño había golpeado no al exterior, sino en el interior de la habitación.

¡Había sido una broma pesada del señor Albin! Éste negó, dando su palabra de honor, y todos estaban seguros de que ninguno de ellos había dado los puñetazos. ¿Había sido Holger? Miraron a Elly, cuya actitud tranquila acababa de sorprender a todo el mundo. Se hallaba sentada, apoyada contra el respaldo, con las manos caídas, la punta de los dedos sobre el borde de la mesa, la cabeza inclinada sobre el hombro, las cejas enarcadas, la boca contraída ligeramente por una sonrisa que tenía algo a la vez de disimulado e inocente, y sus ojos azules de muchacha miraban oblicuamente al vacío. Se la llamó sin que diese señales de vida. En el mismo instante, la lámpara de la mesilla de noche se apagó.

¿Se apagó? La señora Stoehr comenzó a lanzar gritos, pues había oído el ruido del interruptor. La luz no se había apagado, había sido apagada por una mano extraña. ¿Era la mano de Holger? ¡Se había mostrado, hasta aquel momento, tan dulce, disciplinado y poético! Su naturaleza daba ahora muestras de picardía y turbulencia. ¿Quién podía asegurar que una mano que daba puñetazos en la puerta y en los muebles y que tenía la insolencia de apagar la luz, no pudiese también agarrar a alguien por la garganta? Se reclamaron cerillas, una lámpara de bolsillo.

La Levy comenzó a gritar que le tiraban de los cabellos. En su miedo loco, la señora Stoehr no se avergonzó de rogar a Dios en voz alta. Gimió e imploró al Señor que le concediese la gracia, a pesar de que ella hubiese tentado al infierno.

Fue el doctor Ting Fu quien tuvo el razonable pensamiento de encender la luz eléctrica, de manera que la habitación quedó inmediatamente alumbrada. Se pudo comprobar que la lamparilla de la mesita de noche no se había apagado por casualidad; había sido apagada, y era necesario para encenderla repetir el gesto humano de dar la vuelta al interruptor, lo mismo que había hecho la mano oculta.

Hans Castorp sintió personalmente una sorpresa que podía considerarse como su primer interés por las puerilidades que se estaban consumando.

Sobre sus rodillas encontró un objeto ligero, «el recuerdo» que había en otro

tiempo asustado a su tío cuando lo había encontrado en la habitación de su sobrino: el dispositivo que mostraba el interior de Clawdia Chauchat y que Hans Castorp, en lo que se refiere a él, no había llevado a la habitación. Lo guardó en su cartera sin hablar para nada de este fenómeno.

Todos estaban ocupados con Ellen Brand, que continuaba sentada en su sitio en la actitud que ya hemos descrito. El señor Albin le sopló en la cara e imitó el gesto de la mano por el que el doctor Krokovski la había despertado. De inmediato, ella recobró los sentidos y derramó algunas lágrimas.

La acariciaron, la consolaron, la besaron en la frente y la enviaron a la cama.

La señorita Levy se declaró dispuesta a pasar la noche con la señora Stoehr porque la pobre mujer se hallaba asustada hasta tal punto que no se atrevía a meterse en la cama.

Hans Castorp, con su placa en el bolsillo, no hizo objeción alguna cuando los demás hombres propusieron terminar aquella noche yendo a tomar algo a la habitación del señor Albin, pues él opinaba que incidentes de ese género ejercían, no sobre el corazón o el espíritu, sino sobre los nervios del estómago, un efecto tan prolongado como el mareo en un viaje por mar, que se siente luego horas enteras en la tierra firme, causando vértigos y náuseas.

Por el momento, su curiosidad estaba satisfecha. El poema de Holger no le había parecido malo, pero había experimentado netamente el sentimiento de la vanidad y la falta de gusto de todo aquello, y consideró que era mejor pararse allí y contentarse con esas chispas de la llama infernal. Cosa que Settembrini le aconsejó también cuando Hans Castorp le puso al corriente del experimento.

—¡No faltaba más que eso! —exclamó Settembrini—. ¡Oh miseria, oh miseria! —Y declaró que la pequeña Elly era una bribona.

Su discípulo no se pronunció. Declaró que no se había hecho una división entre lo real y lo equívoco y que, por lo tanto, no podía hablarse de impostura. Tal vez había transiciones entre una cosa y otra, grados diferentes de realidad en el seno de una naturaleza muda y neutra, grados de realidad rebeldes a toda apreciación que entrañase un juicio.

¿Qué pensaba Settembrini de la palabra «fantasmagoría», de ese estado en que los elementos de la realidad forman una mezcla extraña a nuestros pensamientos cotidianos? El misterio de la vida es realmente insondable, no era nada extraño que surgiesen a veces fantasmagorías que… y de esta manera iba hablando, amablemente conciliador, nuestro héroe.

Settembrini consiguió momentáneamente fortificar la conciencia de Hans Castorp y obtuvo una especie de promesa de que no participaría en tales ignominias.

—¡Respete al hombre que está en usted, ingeniero! Fíese del pensamiento claro y humano, y huya de esas convulsiones del cerebro. ¿Fantasmagoría? ¿Misterio de la

vida? Caro mio. Allí donde flaquea el valor moral de optar entre la impostura y la verdad, se termina la vida en general, el juicio, el valor, y comienza la obra espantosa de la descomposición, del escepticismo moral. El hombre es la medida de las cosas, tiene el derecho imprescriptible de pronunciarse sobre el bien y el mal, sobre la verdad y las falsas apariencias, y es un desgraciado el que tiene la audacia de desviar la fe de sus derechos creadores. Vale más que le arrojen a uno a un profundo pozo con una piedra al cuello.

Hans Castorp asintió con la cabeza y comenzó, en efecto, a mantenerse separado de esos experimentos. Se enteró de que el doctor Krokovski organizaba, en el subterráneo analítico, sesiones con Ellen Brand, a las cuales se admitía a algunos huéspedes privilegiados. Pero declinó con indiferencia la invitación que se le hizo, lo que naturalmente no le impidió enterarse de ciertas cosas por boca de los espectadores y del mismo doctor Krokovski relativas a los éxitos obtenidos. Manifestaciones de fuerza, de la especie de las que se habían producido involuntaria y brutalmente en la habitación de Herminia Kleefeld —golpes contra la mesa y contra las paredes, extinción de lámparas, y otras manifestaciones más significativas—, fueron intentadas y conseguidas durante esas reuniones, de una manera sistemática y con todas las garantías posibles de autenticidad, después de que el camarada Krokovski hipnotizara a la pequeña Elly según las reglas del arte y la hubo transportado a un estado de sonambulismo. Se había demostrado que un acompañamiento musical facilitaba esos ejercicios, y el fonógrafo era trasladado aquellas noches, requisado por el círculo mágico. Pero como Wenzel, que se encargaba del servicio del instrumento, era un buen músico que no rompería ni estropearía nada, Hans Castorp podía confiárselo sin inquietud. Ponía a disposición de los espíritus, para ese uso particular, un álbum especial de discos en el que había reunido toda clase de melodías ligeras, danzas y pequeñas oberturas perfectamente apropiadas, pues Elly no exigía música de más categoría.

Hans Castorp se informó de que, con este acompañamiento, un pañuelo había comenzado a volar o había sido arrebatado por una «garra», la papelera del doctor había subido hasta el techo, el péndulo de un reloj se había detenido y luego puesto de nuevo en marcha «por nadie», una campanilla se había agitado por sí misma y habían acaecido otras tonterías misteriosas del mismo genero.

El sabio doctor, director de los experimentos, tenía la ventaja de poder dar nombres griegos de carácter científico. Eran, decía él en sus conferencias y conversaciones, fenómenos «telecinéticos». El doctor los clasificaba en una serie que la ciencia había bautizado con el nombre de materializaciones y a los cuales tendían sus esfuerzos en las tentativas que realizaba con Ellen Brand.

Hablando su lenguaje, se trataba de proyecciones biopsíquicas de complejos subconscientes del objeto, de procesos cuya fuente había que buscar en la

constitución de médium, en el estado de sonambulismo, y que podían considerarse como imágenes de sueños objetivos en las que se manifestaba una facultad ideoplástica de la naturaleza, una aptitud del pensamiento a atraer, en ciertas condiciones, a la materia y a revestirse de una realidad efímera. Esta materia se desprendía del cuerpo del médium para adquirir, fuera de él y pasajeramente, formas biológicas y vivas de extremidades de manos que realizaban los actos insignificantes y sorprendentes que ocurrían en el laboratorio de Krokovski.

¡En ciertas circunstancias esos miembros eran visibles y palpables! Sus formas se conservaban en la parafina y en el yeso. Pero en otras condiciones se iba todavía más lejos. Cabeza, rostros individualizados de hombres, fantasmas completos se corporeizaban ante los ojos de los que se entregaban a los experimentos, entraban incluso en relación con ellos y aquí la doctrina del doctor Krokovski parecía desdoblarse y comenzaba a adquirir un carácter inestable y equívoco, análogo al que habían tenido sus exploraciones sobre «el amor». No había manera de evitar entonces las confusiones. Entidades ajenas, procedentes de fuera, se mezclaban al juego. Se trataba tal vez, pero eso no se podía confesar, de seres no viables, de criaturas que se aprovechaban del favor dudoso y secreto del instante para volver a la materia y manifestarse a los que les llamaban; en una palabra: se trataba de la evocación de los muertos.

Tales eran, pues, los resultados a los que tendía el camarada Krokovski en los trabajos que realizaba. Sonriendo cordialmente, invitando a una confianza alegre, se comprendía que su persona se hallaba muy bien sumida en lo vicioso, en lo sospechoso, en lo sobrehumano, y era por tanto un buen guía en esas regiones, incluso para los tímidos y llenos de dudas.

El éxito parecía sonreírle gracias a los dones extraordinarios de Ellen Brand, los dones que procuraba desarrollar y educar. Manos materializadas habían tocado a ciertas personas presentes. El procurador Paravant había recibido un arañazo y había llevado su curiosidad a ofrecer la otra mejilla, sin consideración a sus cualidades de hombre de mundo, de jurista, y de caballero que se hubiera visto precisado a adoptar una actitud muy diferente si el hecho hubiese ocurrido en el mundo de los vivos.

Ferge, el sencillo mártir a quien todas las cosas elevadas le estaban vedadas, había tenido en su propia mano la mano de uno de esos espíritus, y había podido comprobar la exactitud y plenitud de su forma, después de lo cual el miembro se le había escapado de una manera que no era posible describir exactamente.

Era preciso un tiempo bastante largo, casi dos meses y medio, a razón de dos sesiones por semana, antes de que una mano del más allá, iluminada por la luz rojiza de la lamparilla —la mano de un joven, según parecía— se hubiese mostrado a todas las miradas tanteando sobre la mesa y dejando su rastro en un bote lleno de harina. Pero ocurrió que, ocho días más tarde, un grupo de colaboradores del doctor

Krokovski: el señor Albin, la señora Stoehr, los Magnus, irrumpieron en la habitación de Hans Castorp, que dormitaba sumido en el frío mordiente, y le comunicaron a la vez que el Holger de Elly se había mostrado, que su cabeza había aparecido por encima de los hombros de la sonámbula y que, en efecto, tenía bellos rizos y una expresión melancólica inolvidable.

«¿Cómo armonizar —pensó Hans Castorp— ese noble dolor con la conducta de ese Holger, con sus niñerías banales y sus frivolas bromas, por ejemplo con el arañazo desprovisto de melancolía que había recibido el procurador Paravant? Seguramente no se podía exigir, en estos casos, una lógica perfecta en el carácter. Tal vez, en un estado de alma análogo al del jorobadillo de la canción, era malévolo.»

Y sonrió con dulzura. Los admiradores de Holger no parecían reflexionar sobre eso. Lo que les interesaba era decidir a Hans Castorp a que renunciase a su abstención, ahora que todo iba tan bien, pues Elly había prometido en su sueño hacer aparecer, la próxima vez, al difunto que el círculo reclamase.

¿Al que se reclamase? Hans Castorp se mostraba reservado. Pero el hecho de que pudiese ser «cualquier muerto», le preocupó hasta el punto de que, en los tres días siguientes, cambió de resolución. A decir verdad, no fueron necesarios tres días, sino unos minutos. El cambio en su espíritu se efectuó en la hora solitaria en que hacía girar en el salón el disco en que se hallaba impresa la personalidad simpática de Valentín, mientras escuchaba la plegaria del valiente que se despedía, que marchaba al campo del honor y cantaba:

«*Pero si Dios me llama al cielo,*
desde allá arriba velaré por ti,
¡oh, Margarita!»

Como ocurría cada vez que oía ese canto, se sintió poseído por la emoción y pensó: «Tanto si constituye pecado como si no, sería una cosa extraña y emocionante y una aventura muy notable. Tal como era, no me guardaría rencor.» Y recordó entonces el «como gustes» que le había contestado en el laboratorio de radioscopia cuando había creído que tenía que pedir permiso para ciertas indiscreciones ópticas.

Al día siguiente por la mañana anunció que tomaría parte en la sesión de la noche, y una hora después de la cena se unió a los demás, que charlaban sin ansiedad, como acostumbrados a lo sobrenatural. El círculo no se hallaba compuesto más que de veteranos establecidos desde hacía tiempo en la casa, como el doctor Ting Fu y el checo Wenzel, a los que encontró en la escalera. Luego, en el gabinete del doctor Krokovski, vio a Ferge, a Wehsal, al procurador, a las señoras Levy, Stoehr y Kleefeld, a los esposos Magnus y también, naturalmente, a la médium Elly Brand.

La muchacha nórdica, se hallaba ya bajo la guarda del doctor. Hans Castorp entró en la habitación. Krokovski, vestido con su blusa negra de trabajo, la tenía

paternalmente abrazada, y ella iba saludando a los que llegaban. Esos saludos tenían, por ambas partes, una cordialidad alegre y despreocupada. Parecía que querían evitar toda solemnidad. Se hablaba en alta voz y se hacían bromas. Los dientes de Krokovski aparecían a cada momento entre su barba, con una sonrisa cordial y tranquilizadora. Cuando saludó a Hans Castorp, que parecía cohibido, la expresión del doctor parecía decir: «¡Valor, amigo mío! ¿Para qué poner esa cara? Aquí no hay nada más que un buen humor viril, una investigación científica sin prevenciones.» A pesar de esa pantomima, Castorp no se sintió muy tranquilo.

Como ya estaban todos reunidos, el doctor Krokovski se retiró con dos ayudantes —esta vez, la señora Magnus y Levy— a la habitación vecina para inspeccionar a la médium mientras Hans Castorp esperaba, con los otros nueve invitados, el término de aquella ceremonia que se repetía regularmente y siempre sin resultado, con rigor científico, en el gabinete de consultas del doctor.

El lugar le era familiar desde hacía tiempo, por haber pasado en él horas de charla con el analista. Era el gabinete de un médico, con la mesa, el sillón destinado al enfermo a la izquierda, detrás de la ventana, la *chaise-longue* cubierta de hule, colocada oblicuamente en el ángulo derecho de la habitación y separada de la mesa por un biombo, la vitrina de instrumentos en el mismo ángulo, un busto de Hipócrates en el otro rincón, y un aguafuerte reproduciendo la *Anatomía* de Rembrandt encima de la estufa, en la pared de la derecha.

Pero ahora se podían comprobar algunas modificaciones. En lugar de la mesa redonda que, rodeada de sillas, se hallaba en el centro de la habitación, bajo la lámpara eléctrica, había sido colocada otra mesa pequeña cubierta con un tapete, encima de la cual había una lamparilla con pantalla roja. Había, además, otra bombilla eléctrica envuelta en una tela roja y blanca. Sobre esta mesita se hallaban otros objetos: dos campanillas de diferente construcción, un plato lleno de harina y una papelera. Una docena de sillas y sillones distintos rodeaban la mesa formando medio círculo, desde el extremo de la *chaise-longue* hasta el centro de la habitación, exactamente bajo la lámpara. Cerca de la puerta que comunicaba con la otra pieza había sido colocado el fonógrafo. El álbum de discos estaba sobre una silla. Tal era el orden previsto.

Las lamparillas rojas no habían sido aún encendidas. La lámpara del centro difundía una luz clara y la ventana se hallaba oculta tras una cortina oscura, ante la cual había sido puesto un transparente color crema adornado con puntillas.

Al cabo de diez minutos, el doctor Krokovski salió del gabinete acompañado de las tres mujeres. El aspecto de la pequeña Elly se había modificado. Llevaba una especie de bata de color claro, un cordón en torno a la cintura y los delgados brazos desnudos. Los pechos de la muchacha se dibujaban bajo la bata, blandamente, dando la impresión de que no llevaba más que aquel vestido.

Fue saludada con vivacidad: «¡Hola, Elly! ¡Estás encantadora! ¡Una verdadera hada! ¡Trabaja bien, angelito!»

Ella sonrió.

—Inspección previa negativa —anunció el doctor Krokovski— . ¡Al trabajo, camaradas!

Hans Castorp, desgraciadamente impresionado por esta última palabra, se disponía a elegir su sitio cuando el doctor Krokovski se dirigió personalmente a él:

—Como usted asiste en calidad de invitado o de novicio a nuestro círculo, desearía esta noche concederle derechos particulares. Le encargo el control de la médium. Practicamos el control del modo siguiente.

Y rogó al joven que se aproximase a uno de los extremos del semicírculo, cerca de la *chaise-longue*, donde Elly, con la cara vuelta hacia la puerta, estaba sentada en un sillón. El doctor se sentó en otro que estaba delante de la médium y cogió las manos de ésta, apretando las rodillas de la muchacha entre las suyas.

—Imíteme —ordenó, e hizo sentar a Hans Castorp en su sitio—. Ha de reconocer que el aislamiento es perfecto. Para más precaución, le ayudará la señorita Kleefeld.

Y la joven movilizada se unió al grupo, cogiendo con sus dos manos los frágiles puños de Elly.

No era posible para Hans Castorp evitar el mirar a la cara, tan próxima a la suya, a la muchacha prodigio que tenía tan estrechamente aprisionada. Los ojos se encontraron, pero los de Elly se entornaban, manifestando un pudor que la situación explicaba perfectamente; al mismo tiempo sonreía de una manera un poco afectada, con los labios ligeramente apretados, como había ocurrido cuando la sesión de la copa. Ese gesto evocó, además, en su vigilante, otro recuerdo más lejano. De esta manera había sonreído Karen Karstedt cuando, en unión de Joachim, habían estado con ella junto a la tumba vacía del cementerio de Dorf…

Todos se habían sentado en semicírculo. Había trece personas, sin contar el checo Wenzel que tenía la costumbre de consagrarse al instrumento Polyhymnia, y que, después de haber preparado el aparato a espaldas de los espectadores, se sentó en un taburete. También tenía una guitarra a su lado.

Bajo la lámpara, allí donde terminaba la hilera de los sillones, el doctor Krokovski se había sentado después de encender las dos lamparillas veladas de rojo y apagar la del techo.

Ahora reinaba una penumbra suavemente rojiza, y los rincones más apartados desaparecían a la mirada. En suma, únicamente la mesita y lo que lo rodeaba inmediatamente estaban alumbrados. Luego los ojos fueron habituándose a aquella luz.

El doctor consagró unas palabras al alumbrado, deplorando su insuficiencia desde el punto de vista científico. Era preciso no considerar esto como destinado a crear una

atmósfera propicia a las mixtificaciones. Desgraciadamente, a pesar de su buena voluntad, no se había podido establecer un alumbrado mejor. La naturaleza de las fuerzas que se trataba de estudiar no podían desarrollarse ni ejercer una acción eficaz a la luz blanca. Era una condición que necesariamente debía tenerse en cuenta. Hans Castorp se declaró satisfecho. La oscuridad le producía bienestar. Además, para justificar esta oscuridad recordó la de la sala de radioscopia, en la que había bañado sus ojos antes de «ver».

—La médium —continuó el doctor Krokovski, y con toda evidencia dirigiéndose a Hans Castorp— no tiene ya necesidad de que se la duerma.

Como Hans vería, ella misma caía en trance, y ocurrido eso, su espíritu guardián, el famoso Holger, hablaba a través de ella, y era a él y no a ella a quien debía dirigirse la palabra. Además, constituía un error que podía provocar fracasos el creer que era preciso concentrar la voluntad y la fuerza del pensamiento sobre el fenómeno que se esperaba. Por el contrario, una atención medio distraída, una charla despreocupada, era lo más indicado. Recomendó sobre todo a Hans Castorp que vigilase las extremidades de la médium.

—¡Qué se forme la cadena! —terminó ordenando el doctor Krokovski, cosa que se hizo riendo, pues, en la oscuridad las manos no se encontraban.

El doctor Ting Fu, vecino de Herminia Kleefeld, puso la mano sobre la espalda de ésta y tendió la izquierda a Wehsal, que estaba al otro lado. Al lado del doctor se hallaban sentados el señor y la señora Magnus, a los que se unió Ferge, quien, si Hans Castorp no se equivocaba, tenía en su mano derecha la mano de la señorita Levy, y así seguía la cadena.

—¡Música! —ordenó el doctor Krokovski.

Y el checo, a espaldas del doctor y de sus vecinos, puso el mecanismo en movimiento.

—¡Hablemos! —ordenó de nuevo el doctor, mientras se oían los primeros compases de una obertura de Milloecker.

Y dócilmente todo el mundo se esforzó en iniciar una conversación en la que no se hablaba de nada notable: de la blancura de la nieve, de la última comida, de una llegada o de una partida normal, conversación que, medio en vuelta por la música, se detenía y se reanudaba artificialmente. Así pasaron unos minutos.

El disco todavía no había terminado cuando Elly tuvo un violento sobresalto. Suspiró, se inclinó, de manera que su frente tocó la de Hans Castorp y, al mismo tiempo, sus brazos comenzaron a moverse de un modo extraño, como si accionase una bomba.

—Trance —anunció la experta Herminia Kleefeld. La música enmudeció. La conversación quedó interrumpida. En el súbito silencio se oyó la voz de barítono del doctor que hacía la pregunta siguiente:

—¿Se halla presente Holger?

Elly tembló. Vaciló un sillón. Luego Hans Castorp sintió que las manos de la médium estrechaban rápidamente y con fuerza las suyas.

—Ella me aprieta las manos —anunció Hans Castorp.

—Él —rectificó el doctor Krokovski—. Es él quien le aprieta las manos. Se halla, pues, presente. Te saludamos, Holger. ¡Te damos la bienvenida de todo corazón, compañero! La última vez que estuviste entre nosotros nos prometiste que evocarías al difunto que te nombráramos, tanto hermano como hermana, y que le harías aparecer a nuestros ojos mortales. ¿Estás dispuesto a cumplir hoy la promesa? ¿Te sientes capaz?

De nuevo Elly se estremeció. Gimió y titubeó antes de contestar. Lentamente se llevó las manos a la frente y las mantuvo un momento inmóviles. Luego murmuró al oído de Hans Castorp un «sí» ardiente.

El soplo de aquella palabra causó a nuestro amigo un cosquilleo en la epidermis, le produjo lo que se llama vulgarmente «carne de gallina», cuyo origen le explicó un día el consejero. Hablamos de cosquilleo para distinguir la impresión puramente física de la reacción del alma. No podía hablarse de espanto. En ese momento preciso pensaba: «Vamos, la cosa va en serio.» Pero al mismo tiempo se sentía emocionado, incluso trastornado. Era un sentimiento producido por el hecho engañador de que una muchacha hubiese pronunciado a su oído la palabra «sí».

—Él ha dicho «sí» —manifestó Hans Castorp, avergonzado.

—Está bien, Holger —dijo el doctor Krokovski—. Confiamos en que harás lealmente todo lo que este en tu poder. Ahora vamos a nombrarte al querido difunto que deseamos ver cómo se manifiesta. Camaradas, pronunciad el nombre. ¿Quién de vosotros tiene un deseo? ¿A quien debe hacer aparecer el amigo Holger?

Reinó el silencio. Todos esperaban que el vecino hablase. Es algo complicado y delicado el hacer aparecer a los muertos, es decir, desear su vuelta. En el fondo, para decirlo claramente, eso no se puede desear. Es un error hacerlo. El deseo es tan imposible como la cosa misma. Lo que llamamos dolor se debe, probablemente más que a la imposibilidad de ver a los muertos volver a la vida, a nuestra impotencia para desearlo.

Ese sentimiento es, tal vez, el que tenían todos, a pesar de que no se tratase de una vuelta seria y práctica a la vida, sino de una combinación puramente sentimental y teatral, durante la que no se haría más que ver al difunto, y todos tenían miedo de la cara en la que estaban pensando y con gusto dejaban al vecino que manifestase su deseo. Hans Castorp creyó oír el liberal y complaciente «como gustes, como gustes» de cierta hora oscura, pero se contuvo, y se sentía, en el último momento, muy dispuesto a dejar la elección a otros. Pero como aquello duraba demasiado tiempo, dijo, con la cabeza vuelta hacia el presidente de la sesión, con una voz helada:

—Desearía ver a mi difunto primo Joachim Ziemssen. Fue una liberación para todos. De todos los presentes, sólo el doctor Ting Fu, el checo Wenzel y la médium no habían conocido personalmente al que acababan de evocar. Los demás manifestaron en voz alta y alegre su aprobación, e incluso el doctor Krokovski hizo un gesto de satisfacción, a pesar de que sus relaciones con Joachim hubiesen sido siempre frías, pues este se había mostrado poco dócil al análisis.

—Muy bien —dijo el doctor—. ¿Lo oyes, Holger? En la vida, el que nosotros hemos nombrado te era desconocido. ¿Podrás reconocerle más allá de las cosas y estás dispuesto a traérnosle?

Una larga espera. La sonámbula titubeó, gimió. Parecía buscar y luchar. Inclinándose hacia un lado y luego hacia otro, murmuraba palabras ininteligibles, unas veces al oído de Castorp, otras al de la Kleefcld. Finalmente, Hans Castorp sintió la presión de dos manos, cosa que significaba «sí», y dio cuenta a los demás.

—Muy bien —manifestó el doctor Krokovski—. Al trabajo, Holger. ¡Música! ¡Conversación! —Y recordó, una vez más, que se servía a la causa no concentrando su pensamiento, sino manteniendo una atención vaga.

Ahora siguieron las horas más extrañas que nuestro héroe había vivido hasta entonces y, aunque debamos perderle de vista en un momento determinado de su historia, nos sentimos inclinados a admitir que fueron las horas más extrañas que vivió jamás.

Fueron más de dos horas, lo decimos de inmediato, incluyendo una interrupción en el trabajo de Holger, o más exactamente, de la joven Elly, de manera que estuvo a punto de dudar si se obtendría resultado. Además, por pura piedad, se sentía con frecuencia inclinado a renunciar, pues le parecía que aquello rebasaba las frágiles fuerzas de la muchacha.

Nosotros los hombres, cuando no huimos de la vida, hemos experimentado esa piedad insoportable que nadie admite y que es indudablemente injustificada, pues, a pesar de todo, es preciso llegar hasta el fin. Se ha comprendido que hablamos de nuestra situación de esposos y padres, del acto de parir, al cual la lucha de Elly se parecía de una manera tan sorprendente e indiscutible que, incluso los que no conocían ese hecho, debían en aquel momento conocerlo. Tal era el caso del joven Hans Castorp que, como se había escapado de la vida, aprendió a conocer el aspecto de un acto lleno de misticismo orgánico. ¿En qué condiciones? Hay que calificar de escandalosos los caracteres y detalles de aquella habitación de parturienta iluminada por la luz roja, tanto en lo que se refiere a la juvenil persona de la muchacha, con su veste flotante y sus brazos desnudos, como a las demás circunstancias, a la continua música ligera del fonógrafo, a la charla artificial, a las palabras de ánimo que se pronunciaban: «¡Vamos, Holger! ¡Valor! ¡Un pequeño esfuerzo y lo conseguirás!»

No exceptuamos aquí, en modo alguno, la persona del «esposo» —si podemos

considerar así a Hans Castorp, que es quien había formulado el deseo—, el esposo que sostenía las rodillas de la «madre» entre las suyas, que tenía también sus manos, esas manos tan húmedas como habían sido las de la pequeña Leila, de manera que le era preciso apretar a cada momento para que no resbalasen entre las suyas.

A su espalda, la estufa de gas irradiaba calor.

¿Sagrada mística? ¡Oh!, no, se comportaban sin delicadeza en la penumbra rojiza a la que los ojos se habían habituado. La música y los gritos hacían pensar en los métodos que emplea el ejército de salvación para galvanizar a sus oyentes. La escena parecía mística, misteriosa, piadosa, no en un sentido fantasmagórico, sino únicamente en un sentido natural, orgánico. Semejantes a los dolores del parto, los esfuerzos de Elly se producían por intervalos durante los cuales se sumía en su sillón en un estado de inconciencia que el doctor Krokovski calificaba de «trance profundo». Luego se sobresaltaba de nuevo, gemía, luchaba con sus vigilantes, murmuraba palabras ardientes y desprovistas de sentido a sus oídos, parecía querer expulsar alguna cosa de sí misma, hacía rechinar los dientes y mordía la manga de Hans Castorp.

Esto duró más de una hora. Luego el director de la sesión estimó que, en interés de todos, debía hacerse un entreacto. El checo Wenzel, que había abandonado el fonógrafo y ahora tocaba la guitarra, dejó el instrumento. Las manos se desenlazaron. El doctor Krokovski se dirigió hacia la pared para encender la lámpara. Surgió la claridad blanca, cegadora, y todos los ojos comenzaron a hacer guiños estúpidos. Elly estaba medio dormida, inclinada, con el rostro casi sobre las rodillas. Se la veía hacer gestos que parecían familiares a los demás, pero que Hans Castorp observó con atención y sorpresa. Luego, después de unos sobresaltos, recobró la conciencia, miró con ojos estúpidos y adormecidos y sonrió.

Sonrió con una coquetería un poco lejana. La piedad que se había sentido aparecía ahora desplazada. No parecía agotada. Tal vez no se acordaba de nada. Se hallaba sentada en el sillón de los enfermos, de espaldas a la mesa escritorio, apoyaba uno de sus brazos sobre la mesa y miraba.

Se trataba de un verdadero descanso después del trabajo realizado. Los hombres sacaron sus pitilleras. Se fumaba por grupos y se discutía el carácter de la sesión. Faltaba poco para que desesperasen de obtener resultados. Los que se hallaban al extremo del círculo afirmaban que durante el experimento habían oído una respiración en un rincón de la habitación. Otros pretendían haber visto fenómenos luminosos, manchas blancas, aglomeraciones móviles de fuerzas que se habían manifestado cerca de la mampara. Holger había dado su palabra y no debía dudarse de él.

El doctor Krokovski dio la señal para reanudar la sesión. Condujo a Elly a su silla de tortura acariciándole los cabellos. Los demás se sentaron en sus sitios. Castorp

pidió ser reemplazado en su puesto de vigilante, pero el presidente se opuso. Era necesario —dijo— conceder al que había formulado el deseo la garantía material contra toda manipulación fraudulenta del médium. Hans Castorp se sentó, pues, ante Elly. La luz se hizo roja. La música se reanudó. Tras unos minutos, Elly se sobresaltó de nuevo, hizo los mismos gestos y esta vez fue Hans Castorp quien anunció el «trance». El escandaloso parto continuaba.

¡De qué modo más espantoso se iba realizando! ¡Qué locura! ¿Dónde encontrar la maternidad? La liberación… ¿de qué? «¡Socorro, socorro!», gemía la muchacha, mientras que sus dolores amenazaban degenerar en eso que los sabios tocólogos llaman eclampsia. Llamaba al doctor, le rogaba que le impusiese las manos. Él lo hizo jovialmente. Y ella se sintió fortalecida para nuevas luchas.

Así transcurrió media hora, mientras sonaba la guitarra o el gramófono. Entonces ocurrió un incidente. Fue Hans Castorp quien lo provocó. Sugirió una idea, expresó un deseo, un pensamiento que tenía desde el principio y que, a decir verdad, debía haber formulado mucho antes. Elly se hallaba en «trance profundo». Wenzel se disponía a cambiar de disco cuando nuestro amigo dijo, con aire decidido, que deseaba hacer una proposición sin importancia. Sin embargo, pensaba que su adopción podía ser muy útil. Había allí, o más exactamente, en la colección de discos, un fragmento del *Faust*, de Gounod, la Plegaria de Valentín, con orquesta. Era muy sugestivo. Opinaba que se debía intentar con aquella pieza.

—¿Y por qué? —preguntó el doctor en la penumbra roja.

—Cuestión de atmósfera, de sensibilidad —respondió el joven—. El espíritu de esta obra es muy particular. —Según su opinión, era posible que aquella música favoreciese el resultado.

—¿Está aquí el disco? —preguntó el doctor.

No, no estaba allí, pero Hans Castorp podía ir a buscarlo.

El doctor rechazó esa proposición. ¿Cómo Hans Castorp quería ir y venir y luego reanudar el trabajo interrumpido? Era imposible. Todo quedaría destruido, habría que volver a empezar. La exactitud vedaba esas idas y venidas. La puerta estaba cerrada. Él llevaba la llave en el bolsillo. En una palabra, si no se podía disponer de ese disco… Hablaba todavía cuando el checo dijo:

—¡El disco está aquí!

—¿Aquí? —preguntó Hans Castorp.

Sí. Plegaria de Valentín. *Faust*. Se hallaba por casualidad en el álbum de discos ligeros y no en el álbum verde, número 11, donde tenía su sitio normal. Por casualidad, por puro azar, por una negligencia feliz, estaba allí, entre las piezas diversas. No había más que ponerlo en el fonógrafo.

¿Qué dijo Hans Castorp? ¡Nada! Fue el doctor quien habló: «Tanto mejor», y algunas voces repitieron esas palabras. La aguja rechinó, la tapa fue cerrada y una

voz varonil comenzó a cantar, entre los acordes del coral:

«Como tengo que abandonar mi patria querida…»

Nadie hablaba. Todos escuchaban. Apenas hubo comenzado el canto, los esfuerzos de Elly cambiaron de carácter. Se había sobresaltado, temblaba, gemía, jadeaba y se llevaba de nuevo las manos húmedas a la frente. El disco giraba. Llegó la estrofa intermedia en que el ritmo cambia y suena la batalla y el peligro, muy piadoso y francés. Llegó el fin, el estribillo apoyado en la orquesta, con potente sonoridad:

«Señor del Cielo, escucha mis plegarias…»

Hans Castorp aguantaba con gran esfuerzo a Elly, que se ponía rígida y se contraía, y que luego permaneció inmóvil. Hans Castorp se inclinó inquieto hacia ella cuando oyó a la señora Stoehr que decía con voz gimiente:

—¡Ziem… ssen!

Él no se movió. Sintió un sabor amargo en la boca y oyó otra voz baja y fría que contestaba:

—Hace rato que lo estoy viendo.

El disco llegaba a su fin, el último acorde resonaba. Pero nadie detenía el aparato. Rascando el vacío, la aguja continuaba colocada en el centro del disco. Entonces Hans Castorp elevó la cabeza y, sin buscar, sus ojos tomaron la dirección justa.

Había en la habitación una persona más. Allá, separado del grupo, en el último plano donde los vestigios de la luz roja se perdían casi en la noche, de manera que los ojos no podían ver más allá, en el sillón colocado cerca de la puerta de la habitación en que Elly había descansado durante la pausa, se hallaba sentado Joachim.

Era Joachim, con las cavidades sombrías de sus pómulos, con la barba de guerrero de sus últimos días, entre la que aparecían los labios gruesos y orgullosos. Estaba apoyado contra el respaldo y tenía una pierna cruzada sobre la otra. En su rostro se distinguía la marca del sufrimiento, la expresión de gravedad y virilidad que le había embellecido tanto. Dos pliegues surcaban su frente. Los ojos estaban profundamente hundidos en sus órbitas; pero eso no disminuía la dulzura de su mirada, la dulzura de aquellos bellos ojos sombríos que se dirigían, con una interrogación amistosa, a Hans Castorp, a él sólo. Su pequeño defecto, las orejas separadas, aparecía bajo el bonete que llevaba, un bonete que Hans Castorp jamás había visto. El primo Joachim no iba vestido de paisano, su sable aparecía apoyado en la pierna cruzada, con el puño en la mano, y se podía distinguir el revólver que pendía del cinturón. Pero no llevaba un verdadero uniforme. No se podía apreciar nada claro. Sobre un lado del pecho brillaba una cruz.

Los pies parecían grandes, y sus piernas, muy delgadas, se hallaban enfundadas en unas polainas más deportivas que militares. ¿Y qué era aquel bonete? Aquello producía un efecto antiguo y marcial; era extraño, pero le sentaba muy bien; se le hubiese tomado por un *lansquenete*.

Hans Castorp notó la respiración de Ellen Brand sobre sus manos. A su lado oía la de Herminia Kleefeld, una respiración acelerada. No se oía nada más que el ruido de la aguja rascando el disco que nadie detenía. Hans Castorp no se volvió hacia ninguno de sus compañeros, no quería saber ni ver nada de ellos. Inclinado hacia adelante, miraba fijamente a través de la penumbra roja al visitante sentado en el sillón.

Por un momento pareció que iba a tener náuseas. Su garganta se contrajo y se sintió sacudido por cuatro o cinco sollozos convulsivos y fervientes.

—¡Perdóname! —murmuró, y sus ojos se llenaron de lágrimas, de tal manera que ya no pudo ver nada más.

Oyó cómo murmuraban: «¡Diríjale la palabra!»

Oyó también la voz de barítono del doctor que pronunciaba alegremente su nombre para reiterar la invitación, pero en lugar de contestar retiró la mano de las manos de Elly y se puso en pie.

De nuevo el doctor Krokovski pronunció su nombre, esta vez en un tono severo de amonestación. Pero Hans Castorp, que estaba ya junto a la puerta de entrada, con un gesto breve dio la vuelta al interruptor y brilló la luz blanca.

Elly Brand se sobresaltó en un choque violento y comenzó a estremecerse entre los brazos de Herminia Kleefeld.

El sillón apartado se encontraba vacío.

Hans Castorp se dirigió hacia Krokovski, que protestaba. Quiso hablar, pero ninguna palabra pudo salir de su garganta. Con un brusco movimiento de cabeza tendió la mano.

Cuando hubo recibido la llave, hizo al doctor unos movimientos de cabeza amenazantes, dio media vuelta y salió de la habitación.

La gran irritación

A medida que los cortos años iban pasando, comenzó a reinar un nuevo espíritu en la casa del Berghof. Hans Castorp no dejaba de darse cuenta de que se trataba de la obra del demonio del que anteriormente ya hemos hablado. Con la curiosidad y el desprendimiento del viajero que no tiene más preocupación que la de instruirse, había estudiado ese demonio e incluso había hallado en sí mismo aptitudes inquietantes para desempeñar un importante papel en el culto monstruoso que se le tributaba. Notó, con espanto, en sus palabras y en sus maneras de comportarse, por aquella infección a la que nadie podía sustraerse.

¿Qué pasaba? ¿Qué flotaba en el aire? Un espíritu de querella. Una crisis de irritación. Una impaciencia sin nombre. Una tendencia general a discusiones envenenadas, a explosiones de ira.

Grandes discusiones, gritos sin objeto ni medida estallaban cada día entre individuos o entre grupos enteros, y la característica de estos ataques era que los que no tomaban parte en la disputa, en lugar de sentirse movidos a tranquilizar a los que discutían y se peleaban, tomaban una parte activa en ella y se abandonaban al mismo vértigo.

Los huéspedes palidecían y temblaban de ira, sus ojos brillaban y las bocas se retorcían apasionadamente. Se envidiaba a los que tenían más derecho a gritar por ser los protagonistas de la pelea. El deseo de imitarlos torturaba el alma y el cuerpo, y aquel que no tenía la fuerza de voluntad de refugiarse en la soledad se sentía irremisiblemente arrastrado por el torbellino.

Los conflictos banales, las acusaciones recíprocas en presencia de conciliadores daban por resultado que éstos se dejasen llevar, con una espantosa facilidad, por la grosería y los gritos. Esta clase de escenas se multiplicaban en el Berghof. Los que salían de la casa relativamente tranquilos no podían afirmar en qué estado de espíritu regresarían.

Una pensionista que se sentaba a la mesa de los rusos distinguidos, una joven natural de Minsk, muy elegante y ligeramente enferma —se le habían prescrito solamente tres meses—, se marchó un día a la aldea para hacer compras en la camisería francesa. Pero se sintió poseída de una cólera tan violenta contra la vendedora, que regresó presa de una gran agitación y tuvo una hemoptisis terrible que la convirtió en una enferma incurable. Se avisó a su marido que estaba condenada a quedarse para siempre en el sanatorio.

Éste es un ejemplo de lo que pasaba. Contra nuestra voluntad, citaremos otros. Tal vez algunos de nuestros lectores se acuerden de aquel colegial con gafas, de la mesa de la señora Salomon, de aquel tímido joven que tenía la costumbre de transformar la comida en una especie de pasta y engullirla inclinado sobre el plato,

limpiando de vez en cuando los cristales de sus gafas. Se había comportado de esa manera durante todo el tiempo, había devorado y se había limpiado las gafas, sin que hubiese sido necesario conceder una atención particular a su persona.

Pero una mañana, a la hora del desayuno, tuvo un acceso repentino de cólera que llamó la atención general y que hizo que todos los que se encontraban en el comedor se pusieran de pie.

Muy pálido, gritaba dirigiéndose a la enana, que se hallaba de pie cerca de él:

—¡Usted miente! —aullaba con voz ronca—. El té está frío. El té que me ha traído está helado. Pruébelo antes de mentir. Ya me dirá si eso no es lejía tibia y si un hombre honrado puede beberlo. ¿Cómo se atreve a servirme té helado? ¿Cómo ha podido ocurrírsele servir ese brebaje? ¡No beberé!

Y comenzó a dar puñetazos sobre la mesa, haciendo retemblar toda la vajilla.

—¡Quiero té caliente, té hirviendo! ¡Tengo derecho ante Dios y los hombres! Antes reventar que beber un solo sorbo de esa porquería. ¡Aborto maldito!

Su voz era chillona, hacía gestos como si desease morder y parecía sentir con entusiasmo la libertad de la locura furiosa. Alzó los puños contra Emerenciana y le enseñó los dientes. Luego continuó aporreando la mesa y gritando: «¡Quiero!», «¡No quiero!»

Una simpatía terrible había nacido en torno al colegial delirante. Algunos se habían sobresaltado y cerraban también los puños, hacían rechinar los dientes y tenían la mirada encendida. Otros que permanecían sentados, se habían puesto pálidos y temblaban. Este estado duró largo tiempo, aun después que le fue llevado té caliente al colegial, que ya no pensó ni siquiera en beberlo.

¿Qué ocurría?

Entró un hombre en la comunidad del Berghof, un ex negociante de unos treinta años de edad, que tenía fiebre desde hacía mucho tiempo y que había ido, durante años enteros, de sanatorio en sanatorio. Este hombre era un enemigo de los judíos, un antisemita; lo era por principio y hacía de ello un deporte.

Esta actitud de oposición era el orgullo de su vida. Había sido negociante, y ya no lo era; ya no era nada en el mundo más que enemigo de los judíos. Estaba gravemente enfermo, tenía una tos blanda, y entre los accesos parecía que su pulmón estornudaba con un sonido agudo, corto, aislado, inquietante. Pero no era judío, y esto era una cosa positiva. Se llamaba Wiedemann, tenía nombre cristiano, no era un nombre impuro. Estaba abonado a una revista titulada *La Antorcha Aria* y decía cosas como la siguiente:

—Llego al sanatorio X, en B… Estoy a punto de instalarme en la sala de curación. ¿Qué es lo que veo a mi izquierda, en una *chaise-longue*? ¡Wolf! Naturalmente, me marché enseguida…

«No faltaba nada más que eso», pensó Hans Castorp con antipatía.

Wiedemann tenía una mirada miope y recelosa. Parecía que llevaba un plumero en la punta de la nariz, que sus ojos estaban fijos en él y que, salvo ese plumero, ya no veía nada más. La falsa idea que poseía se había convertido en una verdadera manía de persecución que le llevaba a poner en claro toda impureza oculta o disfrazada que podía hallarse entre los que le rodeaban. En una palabra, se pasaba los días poniendo en la picota a todo ser vivo que no poseyese la ventaja de la que él podía enorgullecerse.

El estado de espíritu del Berghof que acabamos de describir agravó extraordinariamente la enfermedad de este hombre. Y como no podía dejar de encontrar aquí seres afectados por la tara de la que él estaba libre, este estado general provocó una escena lamentable a la que Hans Castorp tuvo que asistir y que nos servirá como nuevo ejemplo de lo que estamos describiendo.

Estaba allí otro hombre. No había nada que desenmascarar en él, pues su situación era clara. Ese hombre se llamaba Sonnenschein y, como no podía existir nombre más repugnante, la persona de Sonnenschein, desde el primer día fue el plumero suspendido delante de la nariz de Wiedemann, hacia el cual miraba con una miopía malvada y hacia el que tendía la mano para tocarle y hacer que el plumero se balancease a fin de irritarse más con esto.

Sonnenschein, negociante como el otro, estaba también gravemente enfermo y tenía una susceptibilidad enfermiza. Era un hombre amable, nada tonto, incluso alegre, y odiaba a Wiedemann a causa de sus ironías, de sus alusiones, y una tarde todo el mundo acudió corriendo al vestíbulo porque Wiedemann y Sonnenschein se habían agarrado por los pelos con una violencia bestial y desenfrenada.

Era un espectáculo entristecedor y abominable. Se pegaban como muchachos, pero con una desesperación de adultos que se ven reducidos a tal extremo. Se arañaban la cara, se agarraban por la nariz y la garganta, se golpeaban uno contra otro, se estrechaban, caían por el suelo presa de una cólera negra, se escupían y se daban patadas.

Los empleados de la oficina, que habían acudido de inmediato, hicieron grandes esfuerzos para separarlos. Wiedemann sangraba, en su rostro se veía la estupidez de la cólera, y presentaba el curioso fenómeno de los cabellos erizados. Hans Castorp nunca había visto eso y no creía que fuese posible. Los cabellos de Wiedemann se mostraban tiesos sobre su cabeza, rígidos y derechos, y en este estado se alejó corriendo, mientras se llevaban a Sonnenschein, uno de cuyos ojos desaparecía bajo una mancha azul, y el cual mostraba un agujero en la coronilla.

Esto es lo que pasó entre Wiedemann y Sonnenschein. Todos los que lo presenciaron estuvieron temblando durante horas.

Ante tal miseria, constituye para nosotros un hecho halagador el poder narrar un verdadero asunto de honor que se desarrolló durante ese período que merece este

título hasta el ridículo, gracias a la solemnidad formalista con que fue tratado.

Hans Castorp no asistió a las diferentes fases de este asunto, pero fue informado de su dramático curso por las actas que fueron difundidas en copias, no sólo en el Berghof, en la aldea y en el cantón, sino también en el extranjero e incluso en América.

Era un asunto polaco, un asunto de honor que había estallado en el seno de un círculo polaco que se había formado recientemente en el Berghof, en una pequeña colonia que ocupaba la mesa de los rusos distinguidos. Hans Castorp, advirtámoslo de paso, ya no se sentaba a esa mesa. Al pasar el tiempo se sentó a la de Herminia Kleefeld, luego a la de la señora Salomon y finalmente a la de la señorita Levy. Dicho círculo tenía un barniz muy elegante y mundano, y bastaba con fruncir el entrecejo para que todo el mundo se diese por enterado. Había allí una pareja, una señorita que mantenía con uno de aquellos señores íntimas relaciones de amistad, y otros hombres de mundo. Se llamaban: Zutavski, Cieszynski, Rosinski, Miguel Lodygovski, León de Asarapetian y otros más.

En el restaurante del Berghof, al beber champán, un cierto Japoll había hecho en presencia de otros dos caballeros algunas consideraciones referentes a la esposa de Zutavski y a la amiga de Lodygovski, llamada señorita Krylov, consideraciones de un calibre que resulta difícil repetir aquí. Se hicieron luego gestiones y se levantaron actas, que fueron distribuidas por todas partes.

Hans Castorp pudo leer:

«Declaración traducida del original polaco. —El 27 de marzo de 19… el señor Stanislav de Zutavski se ha dirigido a los señores doctor Antonio Cieszynski y Stefan de Rosinski para rogarles vayan en su nombre a visitar al señor Casimir Japoll y le pidan una reparación conforme al código de honor por las graves ofensas y difamaciones de que el señor Casimir Japoll se ha hecho culpable respecto a la señora Jadwiga de Zutavski, en una conversación con los señores Janusz Teofil Lenart y León de Asarapetian.

»Cuando el señor de Zutavski tuvo indirectamente conocimiento de la conversación mencionada, cosa que ocurrió a fines de noviembre, hizo inmediatamente lo necesario para obtener una certidumbre completa sobre la naturaleza de la ofensa de que había sido objeto. Ayer, 27 de marzo de 19… la difamación y la ofensa fueron demostradas por boca del señor León de Asarapetian, testigo directo de la conversación durante la cual las palabras ofensivas y las insinuaciones fueron pronunciadas. El señor Stanislav de Zutavski juzgó entonces oportuno dirigirse a los abajo firmantes concediéndoles mandato para entablar, sin pérdida de tiempo, un procedimiento contra el señor Casimir Japoll, de conformidad con las leyes del honor.

»Los abajo firmantes hacen, pues, la siguiente declaración:

»1.° En virtud del acta levantada por una de las partes el 9 de abril de 19…, redactada en Lemberg por los señores Zdsistav y Zygulski y Tadeusz Kadyj en el asunto del señor Ladislao Goduleczny contra el señor Casimir Japoll, y ateniéndose a la declaración del jurado de honor de 18 de junio de 19… redactada en Lemberg respecto a dicho asunto, se hace constar que, «a consecuencia de las reiteradas faltas a las exigencias del honor», el señor Casimir Japoll no puede ser considerado como un caballero.

»2.° Los abajo firmantes deducen de los hechos consignados las conclusiones que se impone y comprueban que el señor Casimir Japoll no puede, en modo alguno, conceder una reparación por sus actos.

»3.° Los abajo firmantes estiman que no es admisible entablar un procedimiento de honor contra un hombre que ha faltado al honor, ni intervenir en tal procedimiento.

»A causa de este estado de cosas, los abajo firmantes llaman la atención del señor Stanislav Zutavski sobre el hecho de que es vano entablar contra el señor Casimir Japoll un procedimiento de honor, y le aconsejan que denuncie a éste a los tribunales a fin de impedir que una personalidad que ya no está en situación de conceder reparaciones, como es el caso del señor Casimir Japoll, le cause nuevos perjuicios.

»Fechado y firmado: Dr. Antonio Cieszynski, Stefan de Rosinski.»

Hans Castorp pudo también leer lo siguiente:

«Acta de los testigos del incidente entre los señores Stanislav de Zutavski y Miguel Lodygovski, de una parte, y Casimir Japoll y Janusz Teofil Lenart, por otra, sobre el incidente que se produjo en el bar de Kurhaus de D…, el 2 de abril de 19…, entre las siete y media y las ocho menos cuarto de la tarde.

»Considerando que el señor Stanislav de Zutavski, en virtud de la declaración de sus representantes los señores doctor Antonio Cieszynski y Stefan de Rosinski en el asunto del señor Casimir Japoll, del 28 de marzo de 19…, ha llegado, después de una madura reflexión, al convencimiento de que la denuncia a los tribunales contra el señor Casimir Japoll no puede constituir una reparación suficiente de la grave ofensa de difamación de su esposa Jadwiga.

»Considerando que hay razones para temer que, llegado el momento, el señor Casimir Japoll no comparezca ante la justicia y que las denuncias contra él, en su calidad de subdito austríaco, sean no sólo difíciles, sino imposibles:

»Considerando, además, que una condena en justicia del señor Casimir Japoll no puede borrar la ofensa por la que el señor Casimir Japoll ha intentado deshonrar calumniosamente el nombre y la casa del señor Stanislav de Zutavski y su esposa

Jadwiga.

»El señor Stanislav de Zutavski ha elegido la vía más directa y, en razón de las circunstancias dadas, la más oportuna, después de haberse enterado indirectamente de que el señor Japoll se proponía ir al lugar más abajo indicado.

»Y el 2 de abril de 19…, entre las siete y media y las ocho menos cuarto de la tarde, en presencia de su esposa Jadwiga y de los señores Miguel Lodygovski e Ignacio Mellin, ha abofeteado varias veces al señor Casimir Japoll, que iba acompañado del señor Janusz Teofil Lenart y de dos mujeres desconocidas, cuando se hallaba consumiendo bebidas alcohólicas en el bar Americano de Kurhaus.

»Inmediatamente después, el señor Miguel Lodygovski ha abofeteado al señor Casimir Japoll, manifestando que era a causa de las graves ofensas que había hecho a la señorita Krylov y a él.

»Acto seguido, el señor Miguel Lodygovski ha abofeteado al señor Janusz Teofil Lenart por el daño causado a los señores de Zutavski, después de lo cual, sin perder un instante, el señor Stanislav de Zutavski ha abofeteado repetidas veces al señor Janusz Teofil Lenart por haber manchado calumniosamente el honor de su esposa y el de la señorita Krylov.

»Los señores Casimir Japoll y Janusz Teofil Lenart han permanecido pasivos durante todos estos incidentes.

»Fechado y firmado: Miguel Lodygovski, Ignacio de Mellin.»

La situación interna impidió a Hans Castorp reírse de aquella avalancha de bofetadas oficiales, como sin duda lo hubiese hecho en otro tiempo. Tembló mientras leía, y la corrección inatacable de los unos y el deshonor crapuloso de los otros le impresionaron profundamente por su contraste. Lo mismo ocurrió a todo el mundo. Todos estudiaban apasionadamente el asunto de honor polaco y lo comentaban con igual pasión, apretando los dientes.

Una réplica del señor Casimir Japoll enfrió un poco los ánimos. Japoll afirmaba que Zutavski había sabido que él, Japoll, había sido en otro tiempo descalificado por un cualquiera, y que todas las gestiones que Zutavski había hecho no habían sido más que pura comedia, porque sabía que no podía batirse. Por otra parte, Zutavski había renunciado a denunciarle por razones que todo el mundo conocía perfectamente, o sea, que su mujer Jadwiga le había gratificado con una variada colección de cuernos, cosa que Japoll hubiese hecho constar ante la justicia, y la presencia de la señorita Krylov, ante el juez, no hubiese sido menos edificante. Se había establecido que, en lo que se refiere a él, no podía haber reparación por medio de las armas, pero no ocurría lo mismo con otro de los ofensores, y Zutavski no había hablado de él para no correr peligro. Respecto al papel que Asarapetian había desempeñado en este asunto,

valía más no hablar. En lo que se refería a la escena del bar de Kurhaus, convenía señalar que Japoll era un hombre de constitución débil, a pesar de que tuviese réplicas vivas y espirituales. Zutavski, acompañado de sus amigos y de su esposa, que era una mujer extraordinariamente vigorosa, se hallaba en una situación muy superior, mientras que las mujercitas que estaban en su compañía eran criaturas sin duda alegres, pero temerosas como gallinas. Para evitar un espantoso conflicto había rogado a Lenart que permaneciese tranquilo y se había decidido a soportar los contactos pasajeros con Zutavski y Lodygovski, pues no habían sido muy dolorosos y los vecinos los habían tomado por amistosas bromas.

Así se defendió Japoll que, naturalmente, no tenía mucho que salvar. Sus observaciones no pudieron borrar el bello contraste entre el honor y la cobardía más que de un modo superficial, pues no poseía los medios técnicos de que disfrutaba el partido de Zutavski y no pudo distribuir más que algunas copias a máquina. En cambio, las actas que acabamos de consignar fueron repartidas a todo el mundo. Llegaron igualmente a Naphta y a Settembrini. Hans Castorp vio esos documentos entre las manos de sus amigos y observó, con sorpresa, que los estudiaban detenidamente.

Esperaba que Settembrini haría algunas bromas, pero la epidemia reinante había contagiado también el claro espíritu del francmasón y le quitaba las ganas de reír haciéndose sensible a las bofetadas. Además, el estado de salud de Settembrini empeoraba de un modo lento pero regular; eso le ponía sombrío y le hacía maldecir su estado, sentía vergüenza y se despreciaba, y en esa época tuvo que guardar cama unos días.

Naphta, el vecino y adversario de Settembrini, no estaba tampoco muy bien de salud. En su organismo progresaba la enfermedad que había sido la causa física —o el pretexto— de la interrupción de su carrera, y las cualidades del aire que respiraba no podían atajar el mal. Con frecuencia también tenía que guardar cama. Lo cascado de su voz se hacía ahora sensible y, a medida que su fiebre subía, se mostraba más radical y más mordiente.

Esas resistencias dolorosas a la enfermedad y a la muerte que tanto deprimían a Settembrini, debían de ser desconocidas para Naphta, que acogía la agravación de su estado físico, no con tristeza, sino con una alegría sarcástica, con una combatividad sin ejemplo, con una necesidad de crítica, de negación y de perturbación espirituales que irritaban peligrosamente la melancolía de Settembrini, y aguzaban, cada vez más, sus querellas intelectuales.

Naturalmente, Hans Castorp no podía hablar más que de las que había presenciado, y tenía la impresión de que su asistencia era necesaria para contener el tono de las controversias. Causaba gran pena a Settembrini el oír cómo Hans Castorp alababa las maldades de Naphta, aunque reconocía que éstas rebasaban toda medida y

con frecuencia los límites de un espíritu sano.

Este enfermo no tenía la fuerza ni la buena voluntad de sobreponerse a la enfermedad, y veía al mundo entero bajo el signo del mal. Con gran cólera de Settembrini, que hubiese deseado que su discípulo saliese de la habitación, Naphta declaraba que la materia era una sustancia demasiado grosera para que el espíritu se encarnase en ella. El resultado práctico de la Revolución Francesa, tan alabada, era el Estado burgués capitalista. ¡La república universal sería indudablemente la felicidad! ¿El progreso? ¡Dios mío! Era este famoso enfermo que cambia sin cesar de posición porque espera encontrar alivio. El deseo inconfesado de ver estallar una guerra era la expresión de este estado. ¡Ya vendría la guerra! A pesar de que traería cosas muy diferentes de las que esperaban sus autores, Naphta despreciaba el Estado burgués, preocupado de su seguridad. Aprovechó la ocasión de expresar su punto de vista un día de otoño, mientras se paseaban por la carretera y comenzaba a caer una lluvia fina, de manera que todo el mundo abrió los paraguas: eso era para él signo de la cobardía, trivial resultado de la civilización. Un accidente como el naufragio del *Titanic* llevaba al hombre a sus orígenes. Entonces, a grandes gritos, habían reclamado más seguridad en los medios de transporte. De un modo general, se manifestaba la mayor indignación cuando la seguridad parecía amenazada. Era lamentable, y esa debilidad humana concordaba muy bien con el salvajismo bestial e infame del campo de batalla económico que constituía el Estado burgués. ¡Guerra, guerra! Y aquella impaciencia le parecía incluso honrosa.

Pero apenas Settembrini introducía en la conversación la palabra «justicia» y recomendaba ese elevado principio como un medio preventivo contra las cuestiones interiores y exteriores, Naphta, que hacía un momento había juzgado que el espíritu era demasiado puro para encarnarse en una forma terrestre, ponía en duda ese espíritu mismo y se esforzaba en denigrarlo. ¡La justicia! ¿Era ésta una idea digna de admiración? ¿Es un principio divino, un principio superior? Dios y la naturaleza, concedían a los unos ventajas peligrosas y preparaban a los otros una suerte fácil y banal. ¿Y el hombre provisto de voluntad? A sus ojos, la justicia era, por una parte, una debilidad que paralizaba y, por otra, una música que impelía al hombre a realizar actos irreflexivos. Se era justo, además, desde un punto de vista o desde otro. Lo demás no era otra cosa que liberalismo. La justicia era una palabra vacía de la retórica burguesa, era preciso saber en la acción de qué justicia se hablaba, de la que quería conceder a cada uno lo que le pertenecía o de la que quería dar la misma cosa a todos.

Hemos elegido al azar un ejemplo de las discusiones sin salida, para demostrar la manera cómo Naphta intentaba turbar toda la razón. Pero era todavía mucho peor cuanto hablaban de ciencia, en la que no creía. No creía porque el hombre era absolutamente libre para creer o no creer. Era una fe como cualquier otra, pero más

estúpida y más perjudicial, y la palabra «ciencia» era la expresión del realismo más estúpido que circulaba como el dinero. Era la cosa más desprovista de espíritu que se haya inculcado al género humano. ¿La idea de un mundo material existente por sí, no es la más ridicula de todas las contradicciones? La ciencia natural moderna, como dogma, reposa únicamente en esa hipótesis metafísica de las formas de conocimiento que nos son propias; espacio, tiempo, causalidad —formas en las que se desarrolla el mundo fenomenal—, y que existen independientemente de nuestro conocimiento. Esa confirmación monista era la impertinencia más audaz dicha respecto al espíritu. El espacio, el tiempo, la causalidad, en lengua monista se llamaban evolución, y éste era el dogma central de la seudorreligión de los librepensadores y los ateos. ¡Empirismo! ¿Se pretendía que el átomo, esa bella broma matemática de la «más pequeña parte indivisible», era una cosa cuya existencia estaba demostrada? ¿La doctrina de lo infinito del espacio y el tiempo se basaba en la experiencia? En efecto, para demostrar la realidad del espacio y el tiempo se pueden realizar experiencias que dan un resultado regocijante: la nada. Hay que convenir en que el realismo es el verdadero nihilismo. ¿Por qué? Por la sencilla razón de que la relación de cualquier medida con el infinito es igual a cero. No hay medida en el infinito, ni duración ni cambios en la eternidad. En el infinito espacial, cuando la distancia es matemáticamente igual a cero no se pueden concebir siquiera dos puntos situados uno al lado del otro. Esto lo hacía constar Naphta para contestar a la desvergüenza de la ciencia al presentar sus combinaciones astronómicas, su charla sobre el universo como un conocimiento absoluto. ¡Infortunada humanidad que, ante una larga exposición de cifras equivalentes a cero, se había dejado sugerir el sentimiento de su propia nulidad, se había dejado privar del sentido patético de su propia importancia! Se puede aceptar que la inteligencia humana se contente con sus experiencias sobre lo objetivo y lo subjetivo, manteniéndose en el dominio terrenal, pero cuando rebasa este círculo y se introduce en los enigmas eternos entregándose a la pretendida cosmología, a la cosmogonía, la broma va demasiado lejos y la presunción se hace siniestra. ¡Qué estúpida blasfemia el querer medir la distancia de la Tierra a una estrella en trillones de kilómetros o en años luz, e imaginar que con esas fanfarronadas se puede dar al espíritu humano una vista al infinito y a la eternidad, cuando el infinito no tiene nada de común con la distancia, ni la eternidad significa la abolición de lo que nosotros llamamos naturaleza! Preferiría mil veces la ingenuidad de un niño que cree que las estrellas son agujeritos de la tela del cielo a través de los cuales traspasa la luz eterna, a la charla insensata, vacía y presuntuosa de la ciencia monista al tratar del «universo cósmico».

Settembrini le preguntó si, por su parte, se explicaba la existencia de las estrellas, a lo que Naphta contestó que reservaba a su escepticismo toda humildad y libertad. Se podía deducir de nuevo, de esa confirmación, la idea que tenía de la «libertad», y

Settembrini temía que Hans Castorp encontrase tales cosas dignas de consideración.

Naphta buscaba, con mala intención, las ocasiones que podían poner de relieve la debilidad del progreso vencedor de la naturaleza. Los aviadores, decía, eran con frecuencia individuos tortuosos y desagradables, sobre todo muy supersticiosos. Llevaban mascotas, un cuervo, escupían tres veces a un lado y a otro, se ponían los guantes de sus antecesores afortunados. ¿Cómo era posible que una cosa tan primitiva se conciliase con los conceptos filosóficos sobre los que se apoyaba su profesión…? Pero no podríamos agotar los ejemplos del humor agresivo de Naphta. Debemos ceñirnos a cosas más reales.

Una tarde de febrero estos amigos se pusieron de acuerdo para ir a Monstein, a una hora y media de trineo de su lugar de vida habitual. Eran Naphta, Settembrini, Hans Castorp, Ferge y Wehsal. Se marcharon en dos trineos tirados por dos caballos cada uno. Hans Castorp iba con el humanista, Naphta con Ferge y Wehsal —este último sentado al lado del cochero—. El ruido de los cascabeles rompía agradablemente el silencio del paisaje nevado. Pasaron por delante de Frauenkirch y Glaris, hacia el sur. La nieve salía rápidamente a su encuentro. El frío era vivo, la montaña estaba cubierta de bruma. La ruta que seguían entre la montaña y el abismo subía recta por un bosque de abetos. Avanzaban al paso.

Al hallarse cerca del término de su camino apareció la bella vista de Zugen. Los excursionistas salieron de entre sus mantas ante la pequeña hostería de Monstein, llamada Kurhaus, y, dejando los trineos atrás, avanzaron unos pasos para poder contemplar el Stulsergrat. El muro inmenso de tres mil metros de altura se hallaba velado por la bruma, haciendo pensar en un Walhalla santamente inaccesible. Hans Castorp admiró ese espectáculo y fue él quien, con sentimiento de humildad, pronunció la palabra «inaccesible», dando así ocasión a Settembrini para hacer observar que, naturalmente, ya se había llevado a cabo la ascensión a ese pico. Podía decirse que la palabra inaccesible no existía, pues ya no había lugar de la Tierra en que el hombre no hubiese puesto su pie. Naphta hizo constar que esto era una pequeña exageración y una baladronada. Citó el monte Everest, que se hallaba cerrado ante la temeridad de los hombres y que parecía querer permanecer aún mucho tiempo en actitud de reserva y el humanista se molestó.

Los excursionistas se dirigieron al Kurhaus, ante el cual se hallaban algunos otros trineos junto a los suyos.

En el primer piso había habitaciones por alquilar. Allí estaba situado también el comedor, de un aspecto rústico y bien caldeado. Los excursionistas encargaron la comida al hostelero: café, miel, pan blanco y pan de pera, especialidad del lugar. Se envió vino a los cocheros. Visitantes suizos y holandeses se hallaban sentados a las otras mesas.

Estamos tentados de decir que el café caliente y muy bueno había hecho que la

conversación entre nuestros amigos se hiciese más elevada, pero sería inexacto. La conversación consistía en un monólogo de Naphta que, después de unas palabras pronunciadas para los demás, comenzó un tema que condujo de una manera muy chocante desde el punto de vista de las conveniencias, porque el antiguo jesuita se volvía únicamente hacia Hans Castorp instruyéndole amistosamente, pero volviendo la espalda a Settembrini. Tampoco hacía caso de los otros compañeros.

Hubiese sido difícil decir cuál era el tema de su improvisación, que Hans Castorp iba acompañando con movimientos de hombros y cabeza. Sin duda no se refería a un tema único, se movía arbitrariamente en el dominio del espíritu, tocando una serie de problemas y tendiendo a demostrar la ambigüedad de los fenómenos espirituales de la vida, la naturaleza incierta y la inutilidad de la lucha por los grandes principios. Se hubiera podido decir que su conferencia se refería al tema de la libertad, y que la cuestión era tratada con intención de embrollar más el tema. Habló, entre otras cosas, del romanticismo y del doble sentido fascinador de ese movimiento europeo de principios del siglo XX, ante el que los conceptos de reacción y revolución se desvanecieron, no pudiendo sin embargo condenarse en un concepto más alto. Era ridículo eso de querer ligar la idea revolucionaria a la del progreso y civilización victoriosa. El romanticismo había sido un movimiento liberalizador: anticlásico, antiacadémico, dirigido contra el antiguo gusto francés, contra la antigua escuela de la razón, Naphta comenzó entonces a hablar con entusiasmo de Fichte y de las guerras de liberación. Luego exhortó a su joven oyente a que se diese cuenta de la diferencia, o más exactamente del contraste entre la libertad exterior y la interior, y examinase la cuestión de saber qué servidumbre era menos compatible con el honor de una nación. La libertad era, en realidad, un concepto más romántico que progresista. La tendencia individualista a la liberación había preparado el culto histórico o romántico, procedía de la Edad Media en su concepto de la importancia infinita y cósmica del individuo. Por otra parte, el individualismo era una cuestión del humanismo liberalizante, que se inclinaba a la anarquía y quería impedir que el individuo fuese sacrificado a la colectividad. Pero había que convenir que la exaltación de la libertad había provocado los más brillantes adversarios de la libertad, los campeones más espirituales del pasado, en la lucha contra el progreso destructor e impío. Naphta citó a Arndt, que había maldecido al industrialismo y elevado hasta las nubes a la nobleza. Citó a Goerres, el autor de la *Mística cristiana*. ¿Y la mística no tenía nada de común con la libertad? Había que considerar la jerarquía como una potencia liberal, pues había opuesto una muralla a la monarquía absoluta. Pero el misticismo, a fines de la Edad Media, había afirmado su naturaleza liberal siendo el precursor de la Reforma —¡de la Reforma…! que, por su parte, era una maraña indisoluble de libertad y reacción medieval.

El gesto de Lutero… sí, tenía la ventaja de demostrar con ruda evidencia la

naturaleza problemática de la acción misma, de la acción en general. ¿El oyente de Naphta sabía lo que era un acto? Un acto había sido, por ejemplo, el asesinato del consejero de Estado Kotzebue por el estudiante Sand. ¿Qué había armado la mano de Sand? El entusiasmo por la libertad. Pero visto de más cerca, ese entusiasmo había sido un fanatismo de la moral, del odio contra una frivolidad contraria al espíritu nacional. Mas, por otro lado, Kotzebue había estado al servicio de la Santa Alianza; sin embargo, Sand había apuñalado por amor a la libertad, lo que por otra parte parecía poco probable, pues entre sus mejores amigos se habían contado los jesuitas. De todos modos, fuese el que fuese el acto perpetrado, era un mal sistema para poner de manifiesto su pensamiento y no contribuía a dejar en claro los problemas espirituales.

—¿Puedo informarme de cuándo terminará con sus equívocos?

Settembrini hizo esta pregunta con un tono mordaz, mientras golpeaba con los dedos sobre la mesa. Había terminado su paciencia, estaba pálido y miraba a su enemigo con los ojos brillantes.

—¿Qué ha tenido usted a bien manifestar? —fue la pregunta con que contestó Naphta.

—He tenido a bien —dijo el italiano, y tragó saliva—, he tenido a bien hacerle saber que estoy decidido a impedir que importune a una juventud sin defensa.

—Señor, le ruego que mida sus palabras.

—Señor, no hay necesidad de tal invitación. Tengo la costumbre de hacerlo, y las que he pronunciado responden exactamente a las circunstancias. Digo que su manera de dirigirse a la juventud constituye una *infamia*, y las palabras no son suficientes para castigarla…

Cuando pronunció la palabra «infamia», Settembrini dio un golpe sobre la mesa, rechazó su silla y se puso en pie, lo que imitaron todos los demás. Los que estaban en las otras mesas se dispusieron a escuchar. Todos los de nuestra mesa se hallaban, pues, de pie, todos pálidos y temblorosos. ¿Los compañeros desinteresados no debían intervenir en un sentido conciliador, hacer desaparecer la tirantez con alguna broma, arreglarlo todo con palabras tranquilizadoras? No hicieron esta tentativa. Su estado anímico se lo impedía. Permanecieron de pie, nerviosos y, contra su voluntad, sus puños se cerraban. El mismo Ferge, para quien todos los asuntos elevados estaban fuera de su alcance, como él mismo había dicho —y, por lo tanto, no podía medir la importancia de la querella—, estaba convencido de que se trataba de doblegarse o de romper y que, arrastrado él mismo al debate, no podía hacer más que las cosas siguiesen su curso. Su bigote espeso y jovial subía y bajaba violentamente.

Todos permanecían en silencio y por eso se podía oír el rechinar de dientes de Naphta. Para Hans Castorp, fue una experiencia análoga a la de los cabellos erizados de Wiedemann. Creía que se trataba de una frase y que, en realidad, ese hecho no se

produciría jamás. Pero ahora, Naphta, en efecto, hacía rechinar los dientes. Era un ruido terriblemente desagradable, salvaje, pero que no dejaba de ser por eso la señal de un dominio de sí mismo, pues dijo con voz suave:

—¿Infamia? ¿Castigar? ¿El asno virtuoso también lanza voces? ¿La policía pedagógica de la civilización va a sacar la espada? Eso constituye un éxito fácilmente obtenido, lo digo con desdén, pues una burla ligera ha puesto en pie de guerra el sentido moral vigilante. Lo demás ya se hará solo, señor. Y el «castigo» también. Espero que sus principios de ciudadano no le impedirán saber lo que me debe, pues, si no fuese así, me vería obligado a poner esos principios a prueba, por medios que…

Y al ver que Settembrini se erguía, añadió:

—¡Ah, veo que no será necesario! Arreglaremos, pues, esa pequeña diferencia en el lugar conveniente. Por el momento, he de manifestar que, en su temor devoto por el estado escolástico de la Revolución jacobina, usted considera mi manera de hacer dudar a la juventud, de desposeer a las categorías de su calidad académica y de su apariencia de virtud, como un crimen contra la pedagogía. Este temor está bien justificado, pues ya se halla completamente desacreditada su humanidad, se lo aseguro. Ya no es más que una peluca vieja, un objeto clásico y pasado de moda, una cosa muy aburrida que hace bostezar, y que la nueva revolución, la nuestra, señor, se dispone a arrinconar. Cuando nosotros, como educadores, sugerimos la duda, sabemos perfectamente lo que hacemos. No es más que el escepticismo extremo, el caos moral que se desprende del absoluto, el terror sagrado de que la época tiene necesidad. Esto lo digo para justificarme y para su gobierno; lo demás se decidirá en otra parte. Ya tendrá noticias mías.

—Y usted ya tendrá con quién hablar, señor —exclamó Settembrini a Naphta, que había abandonado la mesa y se dirigía precipitadamente hacia la percha para apoderarse del abrigo. Luego el francmasón se dejó caer pesadamente en la silla y se puso ambas manos sobre el corazón.

—*Distruttore! Cane arabbiato! Bisogna ammazzarlo!* —gritó casi sin aliento.

Los demás continuaban de pie en torno a la mesa. El bigote de Ferge seguía subiendo y bajando. Wehsal tenía la boca abierta. Hans Castorp apoyó su barbilla a la manera de su abuelo, pues su nuca temblaba. Todos, sin exceptuar a Settembrini, pensaban que era una ventaja que hubiesen tomado dos trineos y no uno común. Esto facilitaba el regreso. Pero ¿y después?

—Le ha provocado en duelo —dijo Hans Castorp, con el corazón oprimido.

—En efecto —contestó Settembrini.

—¿Acepta usted? —preguntó Wehsal.

—¿Y me lo pregunta? —respondió Settembrini, mirándole severamente por un instante—. Señores, deploro el resultado de nuestro paseo, pero todo hombre debe esperar en la vida tales incidentes. Desapruebo teóricamente el duelo, y deseo

conformarme a la ley; pero en la práctica es otra cosa y hay situaciones que… contrastes que… En una palabra, estoy a disposición de ese señor. Me resultará ahora útil el poco de esgrima que hice durante mi juventud, y algunas horas de ejercicio me desentumecerán el puño. ¡Vamos! Supongo que ese señor ha dado ya la orden de que enganchen.

Durante el regreso, y aun después, Hans Castorp tuvo momentos en que se sentía presa de vértigo ante lo extraño del inquietante acontecimiento que se anunciaba, sobre todo cuando vio que Naphta no quería saber nada de florete ni de espada y persistía en pedir el duelo a pistola, y que él tenía derecho a elegir armas, pues, según los preceptos del honor, él era el ofendido.

Hay que decir que en ciertos momentos Hans Castorp conseguía sobreponerse a la enfermedad general y se decía que se trataba de una locura que era preciso evitar.

—¡Si hubiese una verdadera ofensa! —exclamó en su conversación con Settembrini, Ferge y Wehsal, que Naphta había elegido como testigos, y que llevaban las negociaciones entre las partes—. ¡Una injuria de carácter burgués y mundano! Si se hubiese arrastrado el honorable nombre del otro en el barro, si se tratase de una mujer o de cualquier otra fatalidad análoga y palpable de la vida, entonces bueno, en estos casos el duelo es el último recurso indicado, y cuando la ceremonia se ha efectuado se puede decir «los adversarios se han separado reconciliados», incluso se puede decir que el duelo es una buena institución para los casos complicados. Pero ¿qué ha hecho? No quiero, en modo alguno, hacerme su defensor, pregunto sólo ¿en que le ha ofendido? Ha zarandeado las categorías, ha despojado ciertas nociones de su dignidad académica. Se ha sentido por eso ofendido, admitamos que con razón…

—¿Admitamos? —repitió Settembrini, y le miró con altanería.

—¡Con razón, con razón! Pero no le ha insultado. Hay una diferencia, permítame. Se trata de cosas abstractas, intelectuales. Se puede ofender con temas intelectuales, pero nunca insultar. Es un axioma que todo jurado de honor admitiría, puedo asegurárselo. Y lo que usted le contestó sobre «infamia» y «castigo severo» tampoco es un insulto, pues se expresó en un sentido simbólico, intelectual, y eso no tiene nada de común con una cuestión personal. El pensamiento jamás puede ser personal, es el complemento y la interpretación del axioma, y por eso…

—Usted se equivoca, amigo —contestó Settembrini con los ojos cerrados—. Se equivoca primeramente al admitir que el pensamiento no puede tener un carácter personal. No debería pensar eso. —Y sonrió finalmente y con expresión dolorosa—. Pero se equivoca principalmente en la apreciación de que el espíritu, en general, es una cosa demasiado débil para acarrear conflictos. *All'incontro!* El elemento abstracto purificado, ideal, es a veces absoluto y, por consiguiente, el elemento de más rígido rigor, que encarna más que el comercio social, posibilidades más inmediatas y más radicales de odio, de oposición absoluta e irreductible. No puede extrañarse que lleve

a una oposición entre el «tú» y el «yo», a una situación verdaderamente extrema, a la del duelo, de la lucha física. El duelo no es una «institución» como cualquier otra. Es un último recurso, es la vuelta al estado de la naturaleza primitiva, apenas atenuado por ciertas reglas de carácter caballeresco que son muy superficiales. Lo esencial de esta situación es su elemento netamente primitivo, el cuerpo a cuerpo, y todos debemos estar dispuestos para esa situación, por alejados que nos sintamos de la naturaleza. Quien no es capaz de defender una idea pagando con su vida y con su sangre, no es digno. Y se trata de ser un hombre, por espiritualista que sea.

Hans Castorp había recibido una lección. ¿Qué podía contestar? Permaneció callado, meditativo. Las palabras de Settembrini parecían lógicas; sin embargo, un poco extrañas en su boca. Sus pensamientos ya no eran sus pensamientos, como tampoco era él quien había tenido la idea del combate singular, era una idea del terrorista, el pequeño Naphta. Era la expresión del malestar general, y Settembrini se había convertido en su esclavo.

En Hans Castorp había también un malestar moral. Recordaba el estremecimiento de la pelea entre Wiedemann y Sonnenschein, agarrados en una lucha bestial y desesperada, y comprendía que al final de todas las cosas no quedaban más que los cuerpos, las uñas y los dientes. Sí, sí, era preciso batirse, de esta manera se podía atenuar el estado de naturaleza por medio de un código caballeresco. Hans Castorp se ofreció a Settembrini como padrino.

Su ofrecimiento no fue aceptado. No, eso no podía ser, le manifestó Settembrini con una sonrisa. Ferge y Wehsel opinaron lo mismo, sin que pudiesen justificar esa opinión. Tal vez podría asistir como árbitro para poner atenuaciones caballerescas a la bestialidad. Naphta se pronunció en este sentido por mediación de su representante Wehsal, y Hans Castorp se declaró satisfecho. Testigo o arbitro, fuese lo que fuese, tenía la posibilidad de influir sobre las modalidades del combate, que creía era una necesidad cruel.

Naphta estaba fuera de sí y sus proposiciones rebasaban toda medida. Reclamó cinco pasos de distancia y el cambio de tres balas en caso de necesidad. La misma noche del incidente hizo comunicar esta locura por medio de Wehsal, que persistía en defender estas proposiciones en parte para cumplimentar las órdenes y en parte por gusto personal. Settembrini no tuvo nada que objetar, pero Ferge y el imparcial Hans Castorp se mostraron indignados. Castorp incluso estuvo grosero con Wehsal. ¿No le daba vergüenza decir tales insensateces, cuando se trataba de un duelo puramente abstracto que no se basaba en ninguna injuria real? No se trataba de tirar contra Wehsal a una distancia de cinco pasos, por eso podía manifestarse tan intransigente como mandatario. Wehsal se encogió de hombros. Durante las idas y venidas se consiguió reducir el número de balas a una, y regular la cuestión de la distancia de manera que los beligerantes serían colocados a una separación de quince pasos y

tendrían derecho a avanzar cinco pasos antes de disparar.

No tenían pistolas, pero el señor Albin, además del pequeño revólver con que se complacía en asustar a las mujeres, poseía un par de pistolas de reglamento, de origen belga, encerradas en un estuche. Hans Castorp las había visto un día, y, contra su propia convicción, se ofreció para pedirlas prestadas. Así lo hizo sin disimular el objeto de aquella gestión, pero invocando la discreción del caballero. Albin le enseñó incluso a cargarlas y disparó al blanco varias veces.

Todo eso exigió tiempo y trascurrieron dos días. El lugar del encuentro había sido propuesto por Hans Castorp. Era un sitio pintoresco, cubierto de flores azules, al que se retiraba para «gobernar» sus sueños.

En este lugar, la querella sería solventada a la tercera mañana. A última hora de la noche, Hans Castorp tuvo la idea de que era preciso llevar un médico y deliberó inmediatamente con Ferge sobre este punto verdaderamente difícil de resolver. Rhadamante había sido sin duda miembro de una corporación de estudiantes, pero era imposible solicitar el concurso del director del establecimiento para semejante ilegalidad y, además, por tratarse de enfermos. De un modo general, había muy pocas probabilidades de encontrar aquí un médico que estuviese dispuesto a asistir a un duelo entre enfermos graves. En lo que se refiere a Krokovski, no era muy seguro que ese cerebro exaltado fuese capaz de curar una herida.

Wehsal manifestó que Naphta había ya hablado en este sentido y que no quería médico. No iba al terreno del honor para hacerse curar, sino para batirse seriamente. Lo que ocurriría después le era completamente indiferente y ya se arreglaría por sí solo. Esto parecía una declaración de mal augurio, pero Hans Castorp se esforzó en interpretarla como si Naphta estimase que, aparte de él, no habría necesidad de médico para Settembrini. Éste dijo también que la cuestión no le interesaba. No era descabellado pensar que los dos adversarios estaban secretamente de acuerdo para no verter sangre. Se había ya dormido dos veces pensando en el asunto, y por la mañana, con la pistola en la mano, los dos contrincantes ya no serían los mismos que la tarde de la querella. Obrarían mecánicamente, movidos por el sentimiento del honor y no por el placer y convicción como hubieran hecho si hubiesen obrado inmediatamente.

Hans Castorp no se equivocaba en sus reflexiones, tenía razón, pero de una manera que nunca hubiera podido imaginar, ni siquiera en sueños. Tenía perfecta razón por lo que se refería a Settembrini. Pero si hubiese podido sospechar en qué estado se hallaba Naphta, hubiera modificado sus intenciones en el instante decisivo, a pesar de que no hubiera hecho esfuerzo alguno para impedir lo que iba a pasar.

A las siete, el sol estaba muy lejos de aparecer, pero una luz nebulosa surgía ya por encima de la montaña cuando Hans Castorp abandonó el Berghof, después de una noche agitada, para dirigirse al terreno. Los criados que limpiaban el vestíbulo le miraron sorprendidos. La puerta se hallaba ya abierta; sin duda Ferge y Wehsal,

juntos o separadamente, se habían marchado ya. El uno para ir a buscar a Settembrini, el otro para acompañar a Naphta. Hans Castorp iba solo, porque su calidad de arbitro no le permitía unirse a ninguno de los bandos.

Andaba maquinalmente. Constituía para él una necesidad el asistir al encuentro. Era imposible mantenerse al margen y esperar el resultado en la cama, en primer lugar porque… —no desarrolló este primer punto— y en segundo lugar porque no se podía dejar que aquello siguiese su curso. Gracias a Dios, todavía no había ocurrido nada grave y era preciso evitar que ocurriese. Las cosas no adquirieron para Hans Castorp un aspecto desagradable, vale más no tratar de adivinar por qué, pero a pesar de esto, aquella mañana fue la mañana más desagradable de todas las que podía recordar. Sin vigor y fatigado por el insomnio, Hans Castorp no podía impedir que le castañeteasen los dientes. Wiedemann y Sonnenschein —el asunto de honor polaco— se agitaban en su espíritu. No podía imaginar que, en su presencia, dos hombres disparasen el uno contra el otro y se cubriesen de sangre. Pero cuando pensó en lo que había ocurrido, en su presencia, entre Wiedemann y Sonnenschein, desconfió de sí mismo y de su universo, y temblaba bien abrigado en su abrigo de pieles con una cierta conciencia del carácter extraordinario y de lo patético de la situación, al mismo tiempo que los elementos fortificantes del aire matinal le exaltaban y le animaban. Presa de esos sentimientos subió por la pendiente, pasando por Dorf y por la pista de *bobsleigh*, llegando hasta el bosque completamente cubierto de nieve. Como andaba deprisa, alcanzó pronto a Settembrini y a Ferge. Este último llevaba la caja de las pistolas. Hans Castorp no dudó en unirse a ellos, y apenas había llegado a su lado cuando vio igualmente a Naphta y Wehsal que marchaban delante a corta distancia.

—Mañana fría, al menos 18 grados —dijo con buena intención, pero él mismo se asustó de la frivolidad de sus palabras, y añadió—: Señores, estoy persuadido…

Los otros permanecieron en silencio. Ferge hacía subir y bajar su bigote. Al cabo de un momento, Settembrini se detuvo, cogió la mano de Hans Castorp y dijo:

—Amigo mío, yo no mataré. No haré eso. Me expondré a su bala, es todo lo que el honor puede exigirme. Pero no mataré, confíe en mí.

Soltó la mano de Hans Castorp y continuó andando. Éste, que estaba profundamente emocionado, dijo después de unos pasos:

—Es una gran generosidad por su parte, señor Settembrini; pero por otra… Si por el otro bando…

Settembrini se limitó a encogerse de hombros. Y Hans Castorp pensaba que, si uno no disparaba, el otro tampoco se decidiría a hacerlo, y estimó que todo se anunciaba y que sus suposiciones comenzaban a confirmarse.

Cruzaron la pasarela que atravesaba la garganta, por la cual descendía el torrente ahora helado. Naphta y Wehsal iban y venían por la nieve, ante el banco en el cual, en otro tiempo, Hans Castorp se vio asaltado por recuerdos extraordinarios que

terminaron con una hemorragia de la nariz. Naphta fumaba un cigarrillo, y Hans Castorp se preguntó si tenía también ganas de fumar y dedujo, después de esta pregunta, que Naphta lo hacía por afectación.

Miró alrededor y vio con satisfacción la intimidad de su valle que, bajo la nieve, era también bello. Los troncos y ramas de pino aparecían cargados de blancas almohadas.

—Bueno días, señores —dijo con voz clara, con el deseo de introducir un tono natural en la reunión, para contribuir a disipar las nubes. Pero no tuvo éxito, pues nadie le contestó. Los saludos cambiados consistían en reverencias mudas, tan tiesas, que se hacían invisibles. Sin embargo, se manifestó resuelto a hacer servir, para un resultado favorable, la rapidez cordial de su aliento, el calor que le había comunicado la marcha rápida a través de la mañana de invierno y comenzó diciendo:

—Señores, estoy convencido…

—Ya desarrollará en otra ocasión sus convicciones —interrumpió Naphta fríamente—. Las armas, si gusta —añadió con la misma actitud altiva.

Y Hans Castorp tuvo que mirar cómo Ferge sacaba las pistolas del estuche; cómo Wehsal cogía una para entregarla a Naphta y Ferge entregaba la otra a Settembrini.

Luego Ferge, en voz baja, les rogó que comenzasen a medir distancias y a marcarlas. La línea fue trazada con taconazos en la nieve, y las barreras interiores por medio de los bastones de Hans Castorp y de Settembrini.

¿Qué hacía el mártir bonachón? Hans Castorp no podía dar crédito a sus ojos. Ferge daba largos pasos, de manera que quince pasos fueron una distancia respetable, a pesar de que hubiese luego el límite de avance. Seguramente estaba lleno de buenas intenciones. Pero ¿cómo se podían hacer preparativos tan siniestros?

Naphta había arrojado su abrigo de pieles sobre la nieve; se situó, con la pistola en la mano, en uno de los límites exteriores, mientras Ferge se hallaba todavía ocupado en trazar otras líneas de demarcación.

Cuando hubo terminado, Settembrini se colocó en su sitio, en posición, con el abrigo desabrochado. Hans Castorp se arrancó de su letargia y avanzó rápidamente.

—Señores —dijo, ansioso—, no se apresuren. Es, a pesar de todo, mi deber…

—¡Cállese! —gritó Naphta—. Exijo la señal.

Pero nadie daba la señal. No se habían puesto de acuerdo sobre este punto. Sin duda era preciso decir «¡vamos!», pero el arbitro no había pensado en hacer esa espantosa invitación. Hans Castorp permaneció mudo y nadie le sustituyó.

—Comencemos —declaró Naphta—. ¡Avance, señor, y dispare! —gritó a su adversario, y comenzó él mismo a avanzar con el brazo tendido y la pistola dirigida hacia Settembrini a la altura del pecho. Settembrini hizo lo mismo, y al tercer paso (el otro había llegado a la barrera) elevó la pistola desviándola y apretó el gatillo.

La seca detonación fue repetida por un eco múltiple. Las montañas devolvían el

sonido. Hans Castorp pensó que aquello iba a intranquilizar a los habitantes de toda la región.

—Usted ha disparado al aire —dijo Naphta dominándose y bajando el arma.

Settembrini contestó:

—Disparo como me place.

—¿Va a disparar otra vez?

—No pienso hacerlo. Ahora le corresponde a usted.

Settembrini miraba hacia el cielo y se había puesto ligeramente de perfil. Se notaba que había oído decir que no era conveniente presentarse al adversario en toda su anchura y se inspiraba en este consejo.

—¡Cobarde! —gritó Naphta, haciendo con este grito una concesión al sentimiento humano de que es necesario más valor para disparar que para que disparen. Y elevando su pistola de una manera que no tenía nada que ver con un combate, se disparó en la cabeza.

¡Un espectáculo lamentable e inolvidable! Titubeó y cayó al suelo, mientras las montañas jugaban a la pelota con el ruido seco.

Todos permanecieron un instante inmóviles. Settembrini arrojó lejos de sí el arma y fue el primero en inclinarse sobre su adversario.

—*Infelice*! —exclamó—. *Che cosa fai, per l'amor di Dio*!

Hans Castorp le ayudó a volver el cuerpo. Vieron un agujero negro y rojo en la sien, y vieron su rostro, que fue cubierto inmediatamente con un pañuelo de seda que asomaba del bolsillo de la chaqueta de Naphta.

El trueno

Durante siete años, Hans Castorp vivió entre la gente de aquí arriba. No es una cifra redonda para los adeptos del sistema decimal, sino una cifra manejable a su manera, una extensión mística y pintoresca del tiempo, más satisfactoria para el alma que, por ejemplo, una simple media docena. Había comido en cada una de las siete mesas del comedor, aproximadamente un año. En último lugar se encontró sentado a la mesa de los rusos ordinarios, con dos armenios, dos irlandeses, un bucovino y un kurdo. Estaba sentado allí, con una barbilla que se había dejado crecer, rubia como la paja, de forma bastante indeterminada y que nos vemos obligados a considerar como el testimonio de cierta indiferencia filosófica respecto a su apariencia exterior. Debemos incluso ir más lejos y unir esta tendencia a abandonar su persona a una tendencia análoga que el mundo exterior manifestaba respecto a él. Las autoridades habían cesado de aguzar el ingenio para encontrar diversiones para su persona.

Además de la pregunta matinal de si se había «finalmente» dormido —pregunta de pura retórica que era dirigida en forma colectiva—, el consejero no le dirigía con mucha frecuencia la palabra, y Adriática von Mylendonk —su orzuelo había madurado mucho en la época a que nos referimos— tampoco hablaba con él todos los días. Considerando las cosas más detenidamente, esto ocurría muy raramente o, más exactamente, nunca.

Le dejaban en paz, a la manera de un escolar que disfrutaba de un privilegio particular, porque repetirá el curso y nadie se ocupa ya de él. Forma orgíaca de libertad, añadimos nosotros, preguntándonos si puede haber una libertad bajo otra forma o de otra especie.

En cualquier caso, las autoridades ya no tenían necesidad de vigilar, porque estaban seguras de que ninguna resolución subversiva palpitaba en el pecho de un hombre definitivamente aclimatado que, desde hacía tiempo, ya no sabía adonde ir y que ya no era ni siquiera capaz de concebir un regreso a la llanura.

El hecho de hallarse sentado a la mesa de los rusos ordinarios ya constituía una manifestación de una cierta despreocupación hacia su persona. No queremos con esto criticar, en modo alguno, la mesa mencionada. No había entre las siete ninguna diferencia tangible. Era una democracia de mesas de honor, si está permitida la frase. Las mismas formidables comidas eran servidas en todas y Rhadamante mismo se sentaba a veces y juntaba sus enormes manos sobre el plato cuando le correspondía el turno en ella. Los representantes de las diversas razas que la ocupaban eran honorables miembros de la humanidad, aunque no supiesen latín y no comiesen de un modo completamente elegante.

El tiempo, que no era de la especie del tiempo medido por los relojes de las estaciones, cuyas agujas avanzan por sacudidas de cinco en cinco minutos, sino más

bien el tiempo de los pequeños relojes, cuyo movimiento de agujas permanece invisible, o de la hierba, que ningún ojo ve crecer a pesar de que continuamente crezca, el tiempo —una línea compuesta de puntitos sin extensión— había continuado arrastrándose invisible, secreto y, sin embargo, activo, produciendo cambios.

El joven Teddy, para no citar más que uno, cierto día —naturalmente no es posible decir qué día— no fue joven. Las damas ya no podían sentárselo sobre las rodillas. Insensiblemente la situación había dado la vuelta; era ahora él quien las sentaba sobre las suyas, lo que producía a uno y otras gran placer. Se había convertido en un adolescente. Hans Castorp no se había dado cuenta, pero ahora lo veía. Por otra parte, ni el tiempo ni el crecimiento fueron provechosos al joven Teddy. Sus días estaban contados. A los veintiún años, Teddy murió de la enfermedad que había cobijado en él, y su habitación fue desinfectada. Decimos esto tranquilamente, porque no había gran diferencia entre su nuevo estado y su estado anterior.

Hubo casos de muerte más importantes, casos de muerte en la llanura que atañían a nuestro héroe, o que al menos en otros tiempos le hubiesen atañido. Queremos hablar de la muerte del viejo cónsul Tienappel, tío abuelo y tutor de Hans, cuyo recuerdo se había hecho ya vago. Había evitado con cuidado las condiciones de presión atmosférica contraria a su temperamento, y había dejado al tío James el cuidado de cubrirse de ridículo, pero finalmente no había podido escapar a la apoplejía, y la noticia de su muerte, de una brevedad telegráfica pero concebida en términos discretos, llegó un día hasta la excelente *chaise-longue* de Hans Castorp, después de lo cual éste compró papel de cartas bordeado de luto y escribió a los tíos primos que él, huérfano de padre y madre, debía considerarse como huérfano por tercera vez, y se sentía muy desolado de verse impedido de acompañar al tío abuelo a su última morada.

Sería exagerar las cosas hablar de luto; no obstante, los ojos de Hans Castorp tuvieron aquellos días una expresión más pensativa que de costumbre. Aquella muerte significaba la ruptura de un nuevo lazo con la esfera inferior, terminaba de hacer completo lo que Hans Castorp llamaba, justamente, su libertad.

En efecto, en esos tiempos había cesado toda relación entre él y la llanura. No escribía cartas ni las recibía. Ya no encargaba María Mancinis. Había encontrado aquí una marca muy apreciable y le mostraba tanta fidelidad como a la antigua. Un producto que hubiese ayudado a los exploradores del Polo a franquear las etapas más penosas. Era un cigarro fabricado con cuidado particular, llamado Rutli, un poco más compacto que el María, de un gris ratón, rodeado de una sortija azul, que se consumía regularmente dejando una ceniza compacta de un blanco de nieve.

De este modo vivía Hans Castorp, y de este modo permanecía tendido, en pleno verano, por séptima vez después de su llegada, y el año terminó su revolución,

cuando… resonó…

Pero la reserva y el pudor nos impiden investigar lo que ocurrió entonces. Moderemos nuestra voz para anunciar que resonó el trueno que todos conocemos, esa explosión aturdidora de una mezcla funesta de embrutecimiento e irritación acumulados, un trueno histórico que —digámoslo en voz baja y con respeto— estremeció los fundamentos de la Tierra, y que es para nosotros el trueno que hace saltar la montaña mágica y que pone brutalmente en la puerta a nuestro dormilón sobresaltado. Estupefacto, se halla sentado sobre la hierba y se frota los ojos como un hombre que a despecho de todas las amonestaciones, se ha olvidado de leer los periódicos.

Su amigo y mentor mediterráneo se había esforzado y había tenido el valor de informarle sobre los acontecimientos de allá abajo. Había encontrado siempre poca atención en el discípulo, que se complacía en soñar y en «gobernar» las sombras espirituales de las cosas, pero que jamás concedía atención a las cosas mismas, por lo que no podemos censurarle severamente, puesto que las relaciones entre las dos no están bastante aclaradas.

No era como el día lejano en que Settembrini, después de encender repentinamente la luz, se había sentado a la cabecera de la cama de Hans Castorp y se había esforzado en influirle favorablemente con relación a los problemas de la vida y la muerte. Ahora era él quien se hallaba sentado a la cabecera de la cama del humanista, haciendo compañía al italiano, y escuchaba atentamente sus consideraciones sobre la situación mundial, pues Settembrini abandonaba raramente la cama. El fin penoso de Naphta, el acto de terrorismo de su adversario desesperado, le había producido una ruda impresión, no podía rehacerse, y sufría desde hacía tiempo una gran debilidad. Había interrumpido su colaboración en la Pathologie Sociologique y la liga esperaba en vano ese volumen de su enciclopedia. Settembrini se vio obligado a limitarse a la propaganda oral, y las visitas amistosas de Hans Castorp le ofrecían precisamente ocasión para ello.

Hablaba con una voz débil pero larga, agradablemente y con todo su corazón, del perfeccionamiento social de la humanidad. Su palabra volaba como alas de paloma; pero cuando hablaba de los pueblos liberados, de la felicidad común, había en sus palabras como un rumor de vuelo de águilas. Existían, en esa gama, contradicciones. Settembrini era humanitario de una manera más o menos consciente, pero al propio tiempo era militarista. Se había conducido con humanidad en un duelo con el espantoso Naphta, y en las grandes cosas, allí donde el sentimiento humano se aliaba, con entusiasmo, a la política, para proclamar la victoria y el reino de la civilización, en que se consagraba la lanza del ciudadano en el altar de la humanidad, era dudoso que se mostrase dispuesto a ahorrar la sangre… Incluso su estado de espíritu era tal, que sus bellas disposiciones, el atrevimiento del águila dominaría, cada vez más,

sobre la dulzura de la paloma.

Con frecuencia, sus relaciones con las grandes constelaciones del mundo eran contradictorias y se veían cohibidas por los escrúpulos. Hacía año y medio o dos años, la colaboración diplomática de su país con Austria, contra Albania, había turbado el curso de sus ideas y esa colaboración que le satisfacía porque iba dirigida contra su país medio asiático, contra el knut y las bastillas zaristas, al mismo tiempo le atormentaba por una especie de contubernio con el enemigo hereditario, con el principio de la reacción y del servilismo de los pueblos.

El pasado otoño, el emprésito ruso emitido en Francia para la construcción de una red de vías férreas en Polonia había despertado en él dos sentimientos igualmente contradictorios. Settembrini pertenecía al partido francófilo de su país, lo que no puede sorprender si se recuerda que su abuelo había concedido a los días de la Revolución de julio la misma importancia que a los días de la creación del mundo. Pero ese convenio de la república con la Bizancio escita despertaba en él una angustia de carácter moral, una operación que se convertía, a pesar de todo, en una esperanza cuando pensaba en la importancia estratégica de la red ferroviaria.

Entonces fue cuando tuvo lugar el asesinato del archiduque que, para todos a excepción de algunos dormilones alemanes, fue el anuncio de la tempestad, la señal para los que sabían entre los cuales se hallaba Settembrini.

Sin duda Hans Castorp le veía temblar como individuo ante tal acto de terrorismo, pero veía también cómo se hinchaba el pecho al pensamiento que se trataba de un acto que liberaba a un pueblo y que iba dirigido contra el objeto de su odio, aunque había que ver en ello el resultado de las intrigas moscovitas, lo que causaba a Settembrini un cierto malestar que no le impedía calificar, sin embargo, de ofensa hecha a la humanidad y de crimen espantoso el ultimátum que la monarquía dirigió, tres semanas más tarde, a Serbia. En una palabra, las impresiones de Settembrini eran muy complicadas, como la fatalidad que veía precipitarse y sobre la cual intentó informar a su discípulo, a pesar de que una especie de urbanidad nacional y de piedad le impidiesen hablar abiertamente. Los días de las primeras movilizaciones, de la primera declaración de guerra, había adquirido la costumbre de tender las manos a su visitante.

—Amigo mío —decía el italiano—, ¡la pólvora, la imprenta! Es incontestable que vosotros habéis inventado eso. Pero si suponéis que nosotros marcharemos contra la revolución… *Caro*…

Durante los días de espera, en los que los nervios de Europa permanecieron tensos en una verdadera tortura, Hans Castorp no vio a Settembrini. Las atroces noticias llegaban directamente de las profundidades de la llanura hasta su balcón, hacían temblar la casa, llenaban el comedor de un olor de azufre que oprimía el pecho, un olor que llegaba incluso a los cuartos de los moribundos y de los enfermos.

Eran esos instantes en que el durmiente, tendido en la hierba, no sabiendo lo que iba a ocurrir, se sentaba en el suelo y se frotaba los ojos.

Vamos a desarrollar esta imagen para darnos cuenta de su estado de alarma. Se puso en pie y miró alrededor. Se vio salvado, liberado, no por sus propias fuerzas, como tuvo que reconocer para gran confusión suya, sino expulsado por fuerzas elementales y exteriores para las que su liberación era completamente accesoria. Pero aunque su pequeño destino se perdiese en el destino general, cierta bondad, cierta justicia que le atañía directamente se manifestaba a pesar de todo. La vida se cuidaba, una vez más, de su hijo mimado, no de una manera ligera, sino de una manera grave y serena, en el sentido de una prueba que en este caso particular no significaba tal vez precisamente la vida, sino tres salvas de honor, para él, el pecador.

Cayó de rodillas, con el rostro y las manos elevados hacia el cielo, que estaba sombrío y cargado de vapores de azufre, pero que ya no era la bóveda cavernosa de la montaña de los pecados.

Settembrini le encontró en esta posición —hablando metafóricamente pues, en realidad, la reserva de nuestro héroe excluía actitudes tan teatrales—. En la fría realidad, el mentor le encontró ocupado en hacer las maletas, pues, desde el mismo instante de su despertar, Hans Castorp se había visto arrastrado en el torbellino de las partidas precipitadas a las que el trueno había dado la señal.

El país más alto se parecía a un hormiguero presa del pánico. El pueblo de aquellos hombres de las alturas tomaba el tren por asalto, viajaba incluso en los estribos y llenaba las estaciones. Hans Castorp se precipitaba también.

Settembrini le encontró en aquel tumulto y con efusión le tomó en sus brazos, le abrazó como un meridional, o como un ruso, besándole en las dos mejillas, lo que no dejó de cohibir, a pesar de toda su emoción, a nuestro viajero.

¡Pero lo inesperado fue cuando Settembrini, en el último momento, le llamó por su nombre, le llamó «Giovanni», despreciando además la forma usada en el Occidente civilizado, es decir, tuteándole!

—*È cosa inù* —dijo— , *in giù finalmente! Addio, Giovanni mio*! Hubiese preferido verte partir en otras circunstancias, pero los dioses lo han dispuesto así y no de otro modo. Esperaba verte volver al trabajo, y vas a combatir por los tuyos. Dios mío, te ha tocado a ti y no a nuestro teniente. Es la vida… ¡Combate valientemente! ¡Nadie puede ahora hacer otra cosa! ¡Perdóname si empleo el resto de mis fuerzas en arrastrar a mi país a la lucha, con el bando del espíritu y los intereses sagrados! *Addio*!

Hans Castorp asomaba su cabeza entre otras diez que llenaban el marco de la ventanilla, haciendo señas por encima de ellas. También Settembrini levantó su mano derecha mientras tocaba delicadamente, con la punta del dedo anular de su otra mano, el ángulo interno de sus ojos.

¿Dónde estamos? ¿Qué es eso? ¿Dónde nos han transportado los sueños?

Crepúsculo, lluvia y barro. Un rojo turbio en el cielo incendiado. Un sordo trueno resuena sin descanso y llena el aire húmedo, desgarrado por silbidos agudos, rabiosos e infernales. Estrépito de explosiones, de crujidos, de gemidos, de gritos, de címbalos entrechocados que amenazan romperse, deprisa, cada vez más deprisa…

Hay allá abajo un bosque del que surgen enjambres grises que corren, caen y saltan.

Una línea de colinas se extiende ante el incendio lejano, cuyos rojos resplandores se condensan a veces en llamas vivas.

En torno a nosotros, campos ondulantes, trastornados. Un camino cubierto de ramajes, un camino de campaña, que se lanza hacia la colina; troncos de árboles bajo la lluvia fría, desnudos, sin ramas…

Aquí hay un poste indicador —¡inútil mirarlo!, la penumbra nos velaría la inscripción.

¿Este u oeste?

Estamos en la llanura, es la guerra. Y nosotros somos sombras tímidas al borde del camino, confusos de gozar de la seguridad de las sombras para mirar el sencillo rostro de una camarada gris, de uno de esos camaradas grises que corren y se precipitan; del compañero de tantos años, del valiente pecador cuya voz hemos oído con tanta frecuencia, para mirar una última vez ese rostro antes de perderlo para siempre de vista.

Han sido conducidos para prestar su último empuje a la batalla que ha durado todo el día y cuyo objeto es recuperar las posiciones de las colinas. Es un regimiento de voluntarios, de sangre joven —estudiantes en su mayor parte—, que no se hallan en el frente desde hace mucho tiempo. Han sido avisados por la noche y han marchado bajo la lluvia hasta la tarde, por malos caminos —no eran caminos, los caminos se encuentran entorpecidos—. Si no querían perder sus botas tenían que agacharse a cada momento y tirar de ellas para que no se quedasen hundidas en el barro. Han necesitado una hora para franquear el pequeño prado. Sus cuerpos, agotados, pero excitados por profundas reservas vitales, no se inquietan ni del sueño ni del alimento de que están privados. Sus rostros mojados, manchados de barro, arden bajo los cascos grises. Están inflamados por el esfuerzo y las pérdidas que han sufrido al atravesar el bosque pantanoso.

El enemigo, que se ha dado cuenta de su paso, ha dirigido contra ellos un fuego de cortina. Es preciso que estos tres mil muchachos febriles avancen, es preciso que decidan con sus bayonetas el resultado del asalto contra las trincheras y las aldeas en llamas, detrás de la cadena de colinas, y que lleven el ataque hasta un punto fijado en la orden que su jefe lleva en el bolsillo. Son tres mil para que puedan ser dos mil cuando lleguen ante las colinas y las aldeas. Forman un cuerpo compuesto de tal

manera que, aun después de graves pérdidas, pueden obrar y vencer, saludando la victoria sin pensar en los que han caído.

Ya inundan el terreno, el camino, los campos esponjosos… Nosotros, las sombras espectadoras al borde del camino, nos hallamos entre ellos. Todos se echan de bruces bajo los proyectiles silbantes, para saltar luego y reanudar su carrera hacia adelante. Caen, baten los brazos, heridos en la frente, en el corazón, en las entrañas. Están inmóviles con el rostro hundido en el barro y ya no se mueven. Pero el bosque envía otros que saltan y avanzan, tropezando con los que no se levantan.

¡Bella juventud, con sus mochilas y sus bayonetas! Se podría, con una imaginación humanista, soñar con otras imágenes; se podría presentar a esa juventud bañando caballos en una bahía, paseando por la arena con la amada, los labios junto al oído de la dulce muchacha, o aprendiendo, con una amistosa sonrisa a tirar el arco. En lugar de esto está tumbada con la nariz pegada al barro. Es admirable y extraño que se presten a ello alegremente, aunque se sientan presa de terrores jamás sentidos y de una inexpresable nostalgia de sus males.

¡He aquí a nuestro amigo! ¡He aquí a Hans Castorp! De muy lejos le hemos reconocido a causa de la barbita que se dejó crecer cuando se sentaba a la mesa de los rusos ordinarios. Arde traspasado por la lluvia, como los otros. Corre con los pies pesados por las botas, con la bayoneta en el puño. Ved cómo pisa la mano de un camarada caído; su bota claveteada la hunde en el suelo pantanoso. Sin embargo, es él.

¿Cómo? ¡Canta! Canta sin saberlo, en una excitación embrutecedora, sin pensar en nada, a media voz:

«*Y grabé en su corteza.*
Más de una palabra querida…»

Ha caído. No; se ha lanzado al suelo porque llega un perro infernal, un gran obús, un atroz pan de azúcar de las tinieblas. Está tendido, con la cara en el barro fresco y las piernas abiertas. El producto de una ciencia que se ha convertido en bárbara, cargado de lo peor que puede haber, penetra a treinta pasos de él oblicuamente en el suelo, como el diablo en persona, y estalla con un espantoso alarde de fuerza, levantando a la altura de una casa una fuente artificial y maligna, una fuente de tierra, fuego, hierro, playa y humanidad despedazada.

¡Oh, vergüenza en nuestra seguridad de sombras! ¡Partamos! ¡No queremos contar eso! ¿Ha sido herido nuestro amigo? Por un instante ha creído estarlo. Un montón de tierra ha ido a chocar contra su pierna. Se levanta, titubea, avanza cojeando, con los pies pesados por el barro y canturreando inconscientemente:

«*Y sus ramas murmuraban,*

como si me hablasen…»

Y de este modo, bajo la lluvia del crepúsculo, le perdemos de vista.

¡Adiós, Hans Castorp, hijo mimado de la vida! Tu historia ha terminado. Hemos acabado de contarla. No ha sido breve ni larga; es una historia hermética. La hemos narrado por ella misma, no por amor a ti, pues tú eras sencillo. Pero en definitiva es tu historia. Puesto que la has vivido, debes sin duda tener la materia necesaria, y no renegamos de la simpatía pedagógica que durante esta historia hemos sentido hacia ti y que podía llevarnos a tomar delicadamente, con la punta del dedo, un ángulo de nuestros ojos, al pensar que ya jamás te volveremos a oír ni a ver.

¡Adiós! ¡Vas a vivir o a caer! Tienes pocas perspectivas; esa danza terrible a la que te has visto arrastrado durará todavía unos cortos años criminales, y no queremos apostar muy alto que puedas escapar. Francamente, nos tiene sin cuidado dejar esta cuestión sin contestar. Las aventuras de la carne y el espíritu, que han elevado tu simplicidad, te han permitido vencer con el espíritu lo que no podrás sobrevivir con la carne. Hubo instantes en que surgió en ti un sueño de amor lleno de presentimientos —sueño que «gobernabas»—, fruto de la muerte y la lujuria del cuerpo. De esta fiesta mundial de la muerte, de este temible ardor febril que incendia el cielo lluvioso del crepúsculo, ¿se elevará algún día el amor?

FINIS OPERIS

Comentario de la *La montaña mágica* por Thomas Mann

La posteridad deberá decidir si habrá de contarse *La montaña mágica* entre las «obras maestras» en el sentido en que se define el resto de los objetos clásicos de sus estudios. De cualquier modo, tal posteridad sí podrá ver en ella un documento del ambiente y de cierta problemática espiritual europea del primer tercio del siglo veinte, y por ello tal vez acoja con benevolencia un par de observaciones del autor acerca del surgimiento del libro y las experiencias a que dio pie.

Hay autores cuyo nombre va ligado al de una única gran obra, que llegan a identificarse con ella, y cuya esencia llega a expresarse cabalmente en esta, única, obra. Dante con la Divina Comedia. Cervantes con el Don Quijote. Pero hay otros —entre los que me cuento— para los que la obra aislada no posee de ningún modo una representatividad perfecta, no pasa de ser el fragmento de un todo mayor, de la obra de sus vidas, e incluso de su vida y su persona […]. Del mismo modo, también la obra de una vida en cuanto todo posee sus *leitmotiv*, que sirven al propósito de conferir unidad, de hacer palpable tal unidad y resaltar el todo en la obra aislada. Pero precisamente por este motivo no haremos justicia al fragmento si lo consideramos aisladamente, sin atender a sus vínculos con la obra global y al sistema de relaciones en que se encuentra. Resulta, por ejemplo, muy difícil y casi impracticable hablar de *La montaña mágica* sin referirse a las relaciones que —en un sentido retrospectivo— guarda con mi novela de juventud *Los Buddenbrook*, con el tratado crítico-polemizante *Reflexiones de un apolítico* y con *La muerte en Venecia*, así como con —en sentido prospectivo— las novelas del ciclo de *José*.

Quizá sea mejor que les cuente algo de la historia y de las anécdotas que rodearon la concepción y el surgimiento de la novela, tal y como se produjeron en el transcurso de mi vida.

En al año 1912 —casi ha transcurrido una generación, sin contar con que quien hoy es estudiante en aquella época aún no había nacido— mi esposa contrajo una dolencia pulmonar —nada grave— que, sin embargo, la obligó a permanecer durante medio año en la montaña, en un sanatorio de la región suiza de Davos. Entretanto, yo permanecí con nuestros hijos en Münich y en nuestra casa de Tölz an der Isar; pero en mayo y junio de aquel mismo año visité a mi mujer durante varias semanas y, si leen ustedes el primer capítulo de *La montaña mágica* titulado "La llegada", en el que

el invitado Hans Castorp cena con su primo enfermo Ziemssen en el restaurante del sanatorio, probando no sólo la excelente cocina del lugar, sino también la atmósfera del mismo y de la vida "aquí arriba", si leen este capítulo obtendrán una descripción relativamente precisa de nuestro encuentro en dicho ambiente y de mis propias extrañas impresiones de entonces.

Una de sus experiencias —en realidad la principal— es una transposición exacta de una experiencia del autor, a saber, la auscultación de un invitado ajeno, procedente de tierras llanas, y el descubrimiento de que está enfermo.

Hacía aproximadamente diez días que había llegado cuando contraje, a causa del frío y de la humedad reinantes en el balcón, un catarro de las vías respiratorias superiores. El director, que, como pueden imaginarse, se parece en ciertos detalles externos a mi consejero Behrens, golpeó mi pecho y constató con extraordinaria celeridad cierta amortiguación, como suele denominarse, un punto enfermo en mi pulmón que, de haber sido yo Hans Castorp, tal vez habría dado a mi vida un rumbo enteramente distinto. El médico me aseguró que sería sensato que permaneciera allá arriba durante medio año sometiéndome a una cura y, de haber seguido su consejo, ¿quién sabe?, tal vez ahora seguiría allí. Pero preferí escribir *La montaña mágica* haciendo uso de las impresiones que acumulé durante las breves tres semanas que permanecí allí y que bastaron para darme una idea de los peligros que entraña tal ambiente para los jóvenes —y la tuberculosis es una enfermedad de jóvenes—. El mundo de enfermos que se respiraba allá arriba es de una cerrazón tal y posee la fuerza envolvente que seguramente habrán experimentado ustedes al leer mi novela. Se trata de una especie de sucedáneo de la vida que logra, en poco tiempo, enajenar al joven y alejarlo completamente de la vida real y activa. Todo es, o era, suntuoso allá arriba, también la noción de tiempo.

La idea de transformar mis impresiones y experiencias de Davos en un relato pronto se apoderó de mí. […] El relato que planeaba escribir —que desde el primer momento recibió el título de *La montaña mágica*— no debía ser más que la contrapartida humorística de *La muerte en Venecia*, también en cuanto a su extensión, por lo que debía adoptar la forma de una «short store» un poco larga. La había concebido como un juego satírico relacionado con la trágica novela corta que acababa de concluir. Su ambientación debía ser una mezcla de muerte y diversión, mezcla que había percibido en aquel extraño lugar de la montaña. La fascinación por la muerte, el triunfo del embriagador desorden sobre una vida dedicada al orden más excelso, descrito en *La muerte en Venecia*, debía plasmarse en clave humorística. Un héroe simple, el cómico conflicto planteado entre ciertas macabras aventuras y la honorabilidad burguesa, así rezaban mis intenciones. El final era incierto, pero ya se encarrilaría; el conjunto parecía poder adquirir cierta ligereza y divertir, y no ocuparía muchas páginas. Al regresar a Tölz y Münich comencé a escribir el primer capítulo.

No tardó en asaltarme una secreta sospecha de los peligros de la ampliación de la historia, de la inclinación de aquel material por la seriedad y la vaguedad intelectual. No podía ignorar que me encontraba en una encrucijada difícil. La subestimación de una empresa es una experiencia recurrente que tal vez no sólo me afecte a mí. Durante el proceso de su concepción, un trabajo suele presentársenos bajo una luz inocua, sencilla y práctica. No parece exigir excesivo esfuerzo, y su ejecución parece simple. Si fuera posible representarse de antemano todas las posibilidades y dificultades de una obra, si uno conociera la voluntad de ésta, a menudo muy distinta de la del autor, probablemente renunciaríamos y no tendríamos siquiera el valor de comenzar. Una obra tiene en muchos casos sus propias ambiciones, que pueden sobrepasar con mucho las del propio autor, lo que no está mal. Porque la ambición no debe ser la de una persona, el autor no debe anteponerse a la obra, sino que la obra debe extraerla de sí misma y forzarse. De este modo, creo, han surgido las grandes obras, y no del afán previo de crear una.

En pocas palabras, pronto noté que la historia de Davos tenía esta ambición y que sus intenciones eran muy distintas a las mías. Esto era así incluso en lo exterior, puesto que el ampuloso estilo humorístico inglés con el que pretendía recuperarme del rigor de *La muerte en Venecia* reclamaba para sí el espacio y el tiempo necesarios. Luego llegó la guerra cuyo estallido me proporcionó un fácil final para la novela, y cuyas experiencias enriquecieron el libro de un modo insospechado, pero que interrumpió su redacción durante años.

Retomé *La montaña mágica*, interrumpiendo su redacción continuamente con ensayos críticos que la acompañaban, y de los cuales los tres principales eran, por su contenido, vástagos espirituales directos de la gran novela madre: los titulados "Goethe y Tostoi", "De la república alemana" y "Experiencias ocultas".

Finalmente, en otoño de 1924, aparecieron los dos volúmenes surgidos del proyecto original de «short store» y que, a fin de cuentas, no me habían tenido atado a su yugo siete, sino doce años; aun si su recepción por parte de los lectores hubiera sido mucho más negativa, habría superado con creces mis expectativas. Estoy acostumbrado a entregar una obra acabada con callada resignación, sin albergar la menor esperanza de éxito mundano. Los encantos que ésta irradió, embargándome a mí, su tutor, se han diluido ya en ese momento de tal manera que su terminación no pasa de ser un deber ético de producción, en realidad, de obstinación. En general, todos esos años de tesón me parecen tan marcados por la obstinación, siendo éste un placer excesivamente privado y problemático como para que pueda confiar lo más mínimo en la posible participación de muchos en la huella que dejan mis extrañas mañanas.

Los problemas que se planteaban en *La montaña mágica* no afectaban por su naturaleza a la gran mayoría del público, pero la masa del público culto sí se veía

acuciada por ellos, y la miseria general había conferido a la receptividad del gran público precisamente esa «gradación" alquímica que constituía el núcleo de la aventura del joven Hans Castorp. Sin duda, el lector alemán se volvía a reconocer en el sencillo, aunque algo "travieso» héroe de la novela; podía y quería seguirle.

¿Qué puedo decir sobre el libro y sobre cómo hay que leerlo? Comienzo haciendo una exigencia muy arrogante, a saber, la de leerlo dos veces. Esta exigencia se retirará naturalmente de inmediato en el caso de que la primera lectura haya resultado aburrida. El arte no debe ser tarea escolar ni aburrimiento […], sino que quiere y debe deparar alegría, debe entretener y dar vida, y aquel sobre el cual una obra determinada no ejerza efecto debe dejarla y volcarse en otra. Pero a quien haya llegado al final de *La montaña mágica* le recomiendo leerla de nuevo, porque su forma especial, su carácter en cuanto composición, implica que el placer del lector aumentará y se profundizará en la segunda lectura, del mismo modo que hay que conocer una pieza de música para poder disfrutarle plenamente. No he utilizado casualmente la palabra "composición", que normalmente suele reservarse a la música. La música siempre ha ejercido un influjo notable sobre el estilo de mi obra. Los escritores suelen ser "en realidad" otra cosa, pintores o ilustradores frustrados, escultores o arquitectos. En lo que a mí respecta, debo incluirme entre los músicos que han engrosado las filas de los escritores. Desde siempre, la novela ha sido para mí una sinfonía, una obra de contrapunto, un entramado de temas en el que las ideas desempeñan el papel de motivos musicales. En alguna ocasión —incluso yo mismo lo he hecho— se ha reparado en la influencia que el arte de Richard Wagner ha ejercido sobre mi producción. No niego la existencia de tal influencia, y sobre todo sigo a Wagner en la utilización del *leitmotiv*, que apliqué en la narración y no, como era el caso en la obra de Tolstoi y de Zola y también en mi novela de juventud *Los Buddenbrooks*, de un modo meramente naturalista con fines de caracterización, es decir, mecánicamente, sino de acuerdo con los aspectos simbólicos de la música. Ensayé tal práctica por primera vez en *Tonio Kröger*.

Vuelvo sobre algo ya conocido, a saber, sobre el misterio del tiempo, que la novela trata de diversos modos. Se trata de una novela temporal en un doble sentido: primero en el histórico, ya que se trata de trazar un cuadro de los aspectos internos de una época, de Europa en vísperas de la guerra; pero también porque se ocupa del propio tiempo y no sólo en cuanto experiencia de su héroe, sino también en sí misma, como novela, y a través de sí. El mismo libro es aquello que cuenta; porque, al describir el hermético encantamiento que hace al joven héroe sucumbir a la atemporalidad, aspira a anular el tiempo gracias a sus medios artísticos, mediante el intento de conferir una presencia total en todo momento al mundo ideo-musical que abarca […]. Sin duda opera con los medios de la novela realista, pero no lo es, traspasando continuamente el elemento realista, dándole un alcance simbólico y

haciéndolo inteligible en la esfera de lo espiritual y lo ideal. Esto es así incluso en el tratamiento de sus personajes, que para el lector son más de lo que parecen: todos ellos son exponentes, representantes y enviados de ámbitos, principios y mundos espirituales. Confío en que no sean por ello meras sombras o alegorías en peregrinación. Por el contrario, me tranquiliza la experiencia de que el lector perciba a estas personas, a Joachim, Claudia Chauchat, Peeperkorn, Settembrini, etc., como personas reales que recuerda como si de auténticos conocidos se tratase.

Pero la crítica de la terapia practicada en los sanatorios no es más que la fachada, una de las fachadas, del libro, cuya esencia es más bien lo oculto. El doctoral aviso sobre los peligros morales que entraña la cura de reposo y todo aquel siniestro ambiente queda en realidad a cargo del señor Settembrini, ese parlanchín racionalista y humanista que no pasa de ser un personaje más, un personaje humorístico que despierta simpatías, aunque a veces también sea portavoz del autor, aunque no el propio autor.

Lo que aprende [Hans Castorp] es que la salud más perfecta se adquiere mediante las profundas experiencias de la enfermedad y la muerte, del mismo modo como el conocimiento del pecado constituye una condición previa para la redención. «Para vivir», dice en una ocasión Hans Castorp a Madame Chauchat, «para vivir hay dos caminos: uno es el común, el directo y correcto. El otro es tremendo, conduce a través de la muerte y es el camino genial». Esta concepción de la enfermedad y la muerte como estación de paso necesaria en el camino hacia el conocimiento, la salud y la vida, convierte a *La montaña mágica* en una novela de iniciación.

Este vínculo no es de mi cosecha. La crítica me lo ha proporcionado, y yo hago uso de él, ya que debo hablarles de *La montaña mágica*. Desde luego, acepto la ayuda de la crítica ajena, porque es un error creer que el propio autor sea el mejor conocedor y comentador de su propia obra. Tal vez lo sea mientras permanece y trabaja en ella. Pero una obra terminada y distante en el tiempo cada vez se convierte más en algo separado, ajeno a él, en algo de lo que otros con el tiempo podrán saber mucho más que él, de forma que podrán recordarle mucho de lo que olvidó o incluso de lo que nunca supo a ciencia cierta. Es necesario que se lo recuerden a uno. Por que uno nunca es dueño de sí mismo, nuestra autoconciencia es débil en la medida en que nunca podemos tener presentes a un tiempo todos los elementos que nos conforman.

Sea como fuere, tiene su encanto dejarse ilustrar por los críticos sobre uno mismo, aleccionar en relación con obras ya lejanas en el tiempo y volver a adentrarse en ellas, proceso que probablemente no excluirá ese sentimiento que se expresa de un modo incomparable con las palabras francesas: «*Posible que j'ai eu tant d'esprit*?». Mi fórmula de agradecimiento perpetuo para tales muestras de afecto reza: «Les agradezco enormemente que hayan tenido la amabilidad de recordarme a mí mismo».

Hace poco llegó a mis manos un manuscrito inglés redactado por un joven erudito

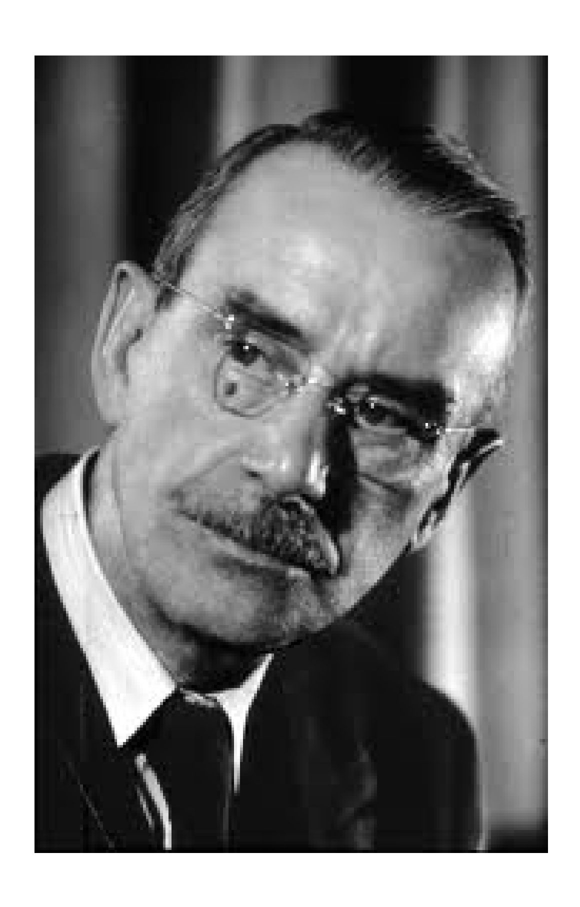
de la Universidad de Harvard. Se titula “*El héroe buscador. El mito como símbolo universal en las obras de Th. M.*", y su lectura no me ha refrescado menos el recuerdo y la conciencia de mí mismo. El autor sitúa a la *Magic Mountain* y su simple héroe en una gran tradición no sólo alemana, sino universal: los incluye en un tipo de género que denomina "The Quester Legend" y que se remonta a las primeras obras escritas de los pueblos. Su forma alemana más conocida es el *Fausto* de Goethe.

Hans Castorp sería otro héroe buscador, según explica el autor de este análisis, ¿y acaso con razón? El buscador del Grial, sobre todo Perceval, es descrito al principio de sus aventuras como un idiota, un completo idiota, un cándido. Estos epítetos equivalen a la «sencillez», simplicidad y ausencia de amaneramiento que se atribuyen constantemente al héroe de mi novela, como si cierta tradición me hubiera obligado a persistir en este rasgo.

En una palabra, *La montaña mágica* es una variante del templo iniciático, sede de una peligrosa investigación que persigue el misterio de la vida, y Hans Castorp, el «viajero que se ilustra», cuenta con harto distinguidos predecesores mítico-caballerescos: es el típico, el más curioso neófito que abraza voluntariamente, demasiado, la enfermedad y la muerte, porque ya su primer contacto con ellos le proporciona la promesa de una comprensión extraordinaria, de increíbles aventuras, naturalmente unidas a un riesgo equiparable.

Hans Castorp como buscador del Grial […] seguramente no lo vieron así al leer su historia, y si yo mismo lo pensé, no fue otra cosa que pensamiento. Tal vez vuelvan a leer el libro bajo esta perspectiva. Se darán cuenta entonces de lo que es el Grial, el conocimiento, la iniciación, aquello que no sólo constituye el objetivo del necio héroe, sino del propio libro. Lo encontrarán en el capítulo titulado «Nieve», donde Hans Castorp, perdido en mortales alturas, sueña su poema-sueño sobre el hombre. El Grial que, a pesar de no encontrarlo, intuye en el sueño provocado por la cercanía de la muerte, antes de que se vea arrastrado, desde sus alturas, hasta la catástrofe europea, es la idea del hombre, la concepción de una humanidad futura que haya atravesado el conocimiento más profundo, la enfermedad y la muerte. Porque el hombre mismo es un secreto, y toda humanidad descansa en el respeto al secreto del hombre.

CONFERENCIA DICTADA A LOS ESTUDIANTES DE LA UNIVERSIDAD DE PRINCETON (USA) EL 10 DE MAYO DE 1939



THOMAS MANN, es una de las figuras más importantes de la literatura de la primera mitad del siglo XX; sus novelas exploran la relación entre el artista y el burgués o entre una vida de contemplación y otra de acción. Mann, hermano menor del novelista y dramaturgo Heinrich Mann, nació en una antigua familia de comerciantes en Lübeck el 6 de junio de 1875. Después de la muerte de su padre, la familia se trasladó a Munich, donde se educó Mann. Fue oficinista en una compañía de seguros y miembro del comité de dirección de la revista satírica *Simplicissimus* antes de dedicarse a la escritura como profesión. Estuvo influido por dos filósofos alemanes, Arthur Schopenhauer y Friedrich Nietzsche, aunque rechazaba las ideas de este último. Sus novelas se caracterizan por una reproducción precisa de los detalles de la vida moderna y antigua, por un profundo y sutil análisis intelectual de las ideas y los personajes, por un punto de vista distanciado e irónico, combinado con un profundo sentido trágico. Sus héroes son con frecuencia personajes burgueses que sobrellevan un conflicto espiritual. Desde 1933 se exilió de Alemania, con la llegada de Adolf Hitler. Mann se refugió primero en Suiza y después en los Estados Unidos (1938), de donde se hizo ciudadano en 1944. En 1953 se estableció cerca de Zurich (Suiza), donde murió el 12 de agosto de 1955.

Mann fue laureado con el Premio Nobel en 1929 principalmente en reconocimiento a la inmensa popularidad que cosechó tras la publicación de *Los Buddenbrook* (1901), *La montaña mágica*, así como por sus numerosos relatos breves (de hecho, en el acto de entrega sólo se citó expresamente la primera de estas obras).

Notas

[1] Camarera en el alemán hablado en Suiza.(N. del T.) <<

[2] En lugar de famulus, en latín, asistente. (N. del T.) <<

[3] *Urgrossvaters*: bisabuelo; *Ururgrosvaters*: tatarabuelo, etc. (N. del T.) <<

[4] ¿Ha visto usted alguna vez al demonio con un gorro de domir? (N. del T.) <<

[5] ¡No! Nunca he visto al demonio con un gorro de dormir. (N. del T.) <<

Traducción

A continuación se traduce íntegramente el resto del capítulo [regreso al texto original]

—Es un joven muy rígido, honesto y alemán.

—¿Rígido, honesto? —repitió él—. Comprendo el francés mucho mejor de lo que lo hablo. Me parece que quieres decir que es un pedante. ¿Nos consideras tú como pedantes a nosotros los alemanes?

—Hablamos de tu primo. Pero es verdad, todos sois un poco burgueses. Amáis más el orden que la libertad, toda Europa lo sabe.

—Amar, amar, ¿qué es eso? Esa palabra está falta de definición. El uno la posee, el otro la ama, como dice nuestro proverbio —afirmó Hans Castorp. Y continuó diciendo—: En estos últimos tiempos he reflexionado con frecuencia sobre la libertad. Es decir: he oído esta palabra con tanta frecuencia que me ha hecho reflexionar. Te diré, en francés, lo que pienso. Eso que toda Europa llama libertad es tal vez una cosa bastante más burguesa que nuestra necesidad de orden, ¡eso es!

—¡Qué divertido! ¿Piensas en tu primo al decir esas cosas tan extrañas?

—No, es verdaderamente un alma bondadosa, una naturaleza sencilla que no se ve amenazada por nada, ¿sabes? Pero no es un burgués, es un militar. —¿Qué no se ve amenazada por nada? —inquirió ella con esfuerzo—. ¿Quieres decir: una naturaleza completamente firme, segura de sí misma? Pero si está gravemente enfermo, tu pobre primo.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Aquí estamos bien informados los unos de los otros.

—¿Te ha dicho esto el doctor Behrens?

—Tal vez, cuando me enseñaba sus cuadros.

—Es decir: ¿cuándo pintaba tu retrato?

—Tal vez, ¿Te gustó mi retrato?

—Sí, extraordinariamente. Behrens ha conseguido dar exactamente la sensación de tu piel. ¡Oh, con mucha fidelidad! A mí también me gustaría mucho ser retratista, para tener ocasión de estudiar tu piel, como él.

—Hable usted en alemán, si gusta.

—Oh, yo hablo alemán incluso en francés. Es una especie de estudio artístico y médico; en una palabra: se trata de literatura humana, ¿comprendes? ¿Qué decides? ¿No quieres bailar?

—No, es cosa de chiquillos. A escondidas de los médicos. Inmediatamente que Behrens aparezca, todo el mundo se precipitará hacia las sillas. Será una cosa muy

ridicula.

—¿Tanto respeto le tienes?

—¿A quien? —preguntó ella, pronunciando la interrogación con una brevedad extranjera.

—A Behrens.

—¡Déjame en paz con tu Behrens! Ya ves que aquí no hay sitio para bailar. Además, sobre la alfombra… Veremos cómo bailan los demás. —Sí, es mucho mejor —aprobó él, y se puso a mirar, sentado cerca de ella, con el rostro pálido, los ojos azules, con la mirada pensativa de un abuelo, cómo saltarineaban los enfermos disfrazados, en el salón, y al otro lado, en la biblioteca. La «hermana muda» bailaba con el «Heinrich azul», y la señora Salomon, disfrazada de bailarín, con frac y chaleco blanco, un plastrón saliente, un bigote y un monóculo, giraba sobre sus altos tacones que salían por debajo del largo pantalón de hombre, con el Pierrot, cuyos labios brillaban con un rojo de sangre en la cara espolvoreada de blanco, y cuyos ojos parecían los de un conejo albino. El griego, en mantilla, agitaba sus piernas armoniosas, enfundadas en punto lila, en torno de Rasmussen, escotado y resplandeciente de jade negro. El procurador, vestido con un quimono, la señora Wurmbrand y el joven Gaenser bailaban juntos, manteniéndose entrelazados, y la señora Stoehr bailaba con su escoba, que apretaba contra su corazón, acariciando el plumero como si fuese la erizada cabellera de un hombre.

—Eso es lo que haremos —repitió Hans Castorp maquinalmente. Hablaban bajo y el piano ahogaba sus voces—. Permaneceremos sentados aquí y miraremos como en sueños. Para mí es como un sueño, ¿sabes?, como un sueño singularmente profundo, pues es preciso dormir profundamente para soñar de este modo… Quiero decir: es un sueño bien conocido, soñado siempre, eterno, largo; sí, estar sentado cerca de ti, como ahora, eso es la eternidad.

—¡Poeta! —dijo ella—. Burgués, humanista y poeta. ¡Un alemán completo, comme il faut!

—Temo mucho que no seamos *comme il faut* —dijo él—. Bajo ningún aspecto. Somos tal vez niños mimados por la vida sencillamente.

—Hermosa palabra. Dime, pues… No hubiera sido muy difícil tener ese sueño más pronto. Es un poco tarde cuando el señor se decide a dirigir la palabra a su humilde servidora.

—¿Para qué hablar? —dijo él—. ¿Para qué sirven las palabras? Hablar, discurrir, es una cosa muy republicana, lo admito. Pero dudo que sea poético en el mismo grado. Uno de nuestros huéspedes, que se ha hecho amigo mío, monsieur Settembrini…

—Acaba de dirigirte algunas palabras.

—Es sin duda un gran hablador, le gusta mucho recitar bellos versos, pero ¿es

acaso un poeta ese hombre?

—Lamento sinceramente no haber tenido jamás el placer de hablar con ese caballero.

—Me lo figuro.

—¡Ah!¿Lo crees?

—¿Cómo? Era una frase completamente indiferente lo que acabo de decir. Ya te darás cuenta de que no hablo con frecuencia el francés. Sin embargo, contigo prefiero esa lengua a la mía, pues, para mí, hablar en francés es hablar, en cierta manera, sin responsabilidad, o como decimos ahora, en sueños. ¿Comprendes?

—Me parece que sí.

—Eso basta… Hablar —continuó diciendo Hans Castorp— ¡pobre asunto! En la eternidad no se habla de nada. En la eternidad, ¿sabes?, se hace como cuando se dibuja un cerdito: se inclina la cabeza hacia atrás, se cierran los ojos.

—¡No está mal eso! Te bailas en la eternidad lo mismo que en tu casa, sin duda alguna la conoces a fondo. Hay que confesar que eres un pequeño soñador muy curioso.

—Y además —dijo Hans Castorp—, si te hubiese hablado más pronto, hubiera sido necesario tratarte de «usted».

—¿Es que tienes la intención de tratarme de «tú» siempre?

—Seguramente. Te he tuteado siempre y te tutearé eternamente.

—Es un poco fuerte. En todo caso, no tendrás por mucho tiempo ocasión de decirme «tú». Me marcho.

Esta palabra tardó algún tiempo en penetrar en su conciencia. Luego Hans Castorp se sobresaltó, mirando en torno de él con aire extraviado, como un hombre que despierta de repente. Su conversación había continuado con bastante lentitud, pues Hans Castorp hablaba el francés de un modo muy pesado y con un titubeo pensativo. El piano, que había permanecido callado un instante, resonaba de nuevo, esta vez bajo las manos del joven Mannheim, que sustituía al joven eslavo y había cogido un cuaderno de música. La señorita Engelhart estaba sentada a su lado y volvía las páginas. El baile se había desanimado. Numerosos pensionistas habían tomado la posición horizontal. Nadie se hallaba sentado ya delante de ellos. En la sala de lectura jugaban a las cartas. —¿Qué quieres hacer? —preguntó Hans Castorp, con la mirada extraviada.

—Quiero marcharme —contestó ella sonriente, como sorprendida, al ver su estupor.

—No es posible. Se trata de una broma.

—Nada de eso. Formalmente, me marcho.

—¿Cuándo?

—Mañana. Después de comer.

Un gran cataclismo se produjo en él. Luego añadió:

—¿Adónde vas?

—Muy lejos de aquí.

—¿Al Daguestán?

—No estás mal informado. Tal vez, por el momento.

—¿Estás, pues, curada?

—Respecto a eso… no. Pero Behrens cree que, por el momento, no puedo realizar grandes progresos aquí. Por eso voy a probar un cambio de aires. —¿Volverás, pues?

—Tal vez. Pero no sé cuándo. Respecto a mí, ¿sabes?, amo la libertad ante todo, y especialmente la de elegir mi domicilio. No puedes comprender eso: tener la obsesión de la independencia. Tal vez es a causa de mi raza.

—¿Y tu marido, en el Daguestán, te concede la libertad?

—Es la enfermedad la que me la concede. Estoy aquí por tercera vez. Esta vez he pasado un año. Es posible que vuelva. Pero entonces tú estarás muy lejos.

—¿Lo crees, Clawdia?

—¡También mi nombre! ¡Verdaderamente te tomas muy en serio las costumbres del Carnaval!

—¿Sabes tú, pues, en qué medida estoy enfermo?

—Sí, no. Como estas cosas se saben aquí. Tienes una pequeña mancha húmeda, aquí dentro, y un poco de fiebre. ¿No es eso?

—Treinta y siete, ocho o nueve por la tarde —dijo Hans Castorp—. ¿Y tú?

—Oh, mi caso es un poco más complicado… nada sencillo.

—En esa rama de las letras humanas llamada la medicina —dijo Hans Castorp— hay algo que se conoce con el nombre de obturación de los vasos de la linfa.

—¡Se ve bien que has fisgoneado, querido!

—Y tú. ¡Perdóname! ¡Permite que te pregunte algo con insistencia y en alemán! El día en que me levante de la mesa para ir a la consulta, hace seis meses… Tú te volviste, ¿recuerdas?

—¡Qué pregunta! ¡Hace seis meses!

—¿Sabías adónde iba?

—Ciertamente, era por pura casualidad…

—¿Te lo había dicho Behrens?

—¡Siempre ese Behrens!

—¡Oh!, ha reproducido tu piel de una manera tan exacta… Por otra parte, es un viudo de mejillas ardientes que posee un servicio de café muy notable. Creo que conoce tu cuerpo, no sólo como medico, sino también como adepto de otra disciplina de las ciencias humanas.

—Tienes toda la razón al decir que hablas en sueños, amigo mío.

—Sea… Déjame soñar de nuevo después de haberme despertado tan cruelmente con esa campana de alarma de tu marcha. Siete meses bajo tus ojos… ¡Y ahora, que en realidad hablo contigo, me hablas de que te vas!

—Te repito que hubiéramos podido hablar mucho antes.

—¿Lo hubieras deseado?

—¿Yo? No me cogerás. Se trata de tus intereses. ¿Es que eres demasiado tímido para acercarte a una mujer a la cual hablas en sueños ahora? ¿O es que había alguien que te lo impedía?

—Ya se lo he dicho, no quería tratarte de «usted».

—No bromees. Contesta: ese charlatán, ese italiano que ha abandonado la velada, ¿qué es lo que te ha dicho ahora?

—No he oído absolutamente nada. Me preocupo muy poco de ese señor cuando te ven mis ojos. Pero olvidas… No hubiera sido muy fácil trabar amistad en ese ambiente. Estaba mi primo, con el cual estoy ligado y que tiene muy pocos deseos de divertirse aquí. No piensa más que en volver a la llanura para hacerse soldado.

—¡Pobre diablo! Está, en efecto, más enfermo de lo que cree. Tu amigo italiano tampoco está muy bien.

—El mismo lo dice. Pero mi primo… ¿Es verdad? Me asustas.

—Es muy posible que muera si intenta ser soldado en las llanuras.

—Que muera… La muerte. Terrible palabra, ¿no es verdad? Pero es extraño, no me impresiona en modo alguno hoy. Era un modo de hablar completamente convencional cuando te decía: me asustas. La idea de la muerte no me asusta. Me deja muy tranquilo. No tengo piedad ni de mi buen Joachim, ni de mí mismo, al oír que es posible que muera. Si eso es verdad, su estado se asemeja mucho al mío, y me parece muy imponente. El está moribundo y yo enamorado. ¡Bien! Hablaste a mi primo en el taller de fotografía íntima, en la salita de espera, ¿te acuerdas?

—Un poco.

—¿Hizo aquel día Behrens tu retrato transparente?

—¡Dios mío! ¿Lo llevas?

—No, lo tengo en mi cuarto.

—Ah, ¿en tu cuarto? Yo llevo siempre el mío en la cartera. ¿Quieres que te lo enseñe?

—Muchas gracias. Mi curiosidad no es invencible. Será un aspecto muy inocente.

—Yo he visto tu retrato exterior. Me gustaría mucho más ver el retrato interior que tienes encerrado en tu cuarto… ¡Permíteme que te pregunte otra cosa! A veces, un señor ruso que vive en la ciudad viene a verte, ¿Quién es? ¿Con qué objeto viene ese hombre?

—Eres muy fuerte en espionaje, lo confieso. Pues bien, te voy a contestar; Sí, es un compatriota enfermo, un amigo. Le conocí en un balneario hace muchos años.

¿Nuestras relaciones? Tomamos el té juntos, fumamos dos o tres pápiros, charlamos, filosofamos, hablamos del hombre, de Dios, de la vida, de la moral, de mil cosas. Esta es mi información. ¿Estás satisfecho?

—¡También de moral! ¿Y qué es lo que habéis descubierto en cuestiones de moral, por ejemplo?

—¿La moral? ¿Eso te interesa? Pues bien, nos parece que habría que buscar la moral no en la virtud, es decir: en la razón, la disciplina, las buenas costumbres, la honestidad, sino más bien en lo contrario, quiero decir: en el pecado, dándose cuenta del peligro, de lo que es perjudicial, de lo que nos consume. Nos parece que es más moral perderse y el dejarse languidecer que el conservarse. Los grandes moralistas no eran en modo alguno virtuosos, sino aventureros del mal, viciosos, grandes pecadores que nos enseñan a inclinarnos cristianamente ante la miseria. Todo eso te debe de disgustar mucho, ¿no es verdad?

Él guardó silencio. Se hallaba todavía como al principio, las piernas cruzadas bajo el asiento, que crujía, inclinado hacia la mujer, que se encontraba sentada, con su tricornio, y conservaba su lapicero entre los dedos.

Los ojos azules de Hans Castorp contemplaban la habitación que se había ido quedando vacía. Los pensionistas se habían dispersado. El piano, en el ángulo, ante ellos, no dejaba oír más que algunos sonidos incoherentes; el enfermo de Mannheim tocaba con una sola mano, y a su lado estaba la institutriz sentada, hojeando una partitura que tenía sobre las rodillas.

Cuando la conversación entre Hans Castorp y Clawdia Chauchat expiró, el pianista cesó también de tocar, dejando caer sobre sus rodillas la mano que había acariciado el teclado, mientras la señorita Engelhart continuaba mirando sus notas. Las cuatro únicas personas que habían quedado de la fiesta del Carnaval se encontraban sentadas, inmóviles. El silencio duró algunos minutos. Lentamente, a causa de su propio peso, las cabezas de la pareja que estaba cerca del piano parecieron inclinarse más, la del joven de Mannheim hacia el piano, la de la señorita Engelhart hacia la partitura. Finalmente, los dos al mismo tiempo, como si se hubiesen puesto secretamente de acuerdo, se pusieron en pie y, sin ruido, evitando dirigirse hacia el otro lado de la habitación que se hallaba todavía ocupado, con la cabeza y los brazos colgantes, el joven de Mannheim y la institutriz se alejaron juntos, por la sala de correspondencia y de lectura.

—Todo el mundo se retira —dijo Mme. Chauchat—. ¡Eran los últimos!. Es tarde. Bueno, la fiesta de Carnaval ha terminado. —Y elevó los brazos para quitarse con las dos manos el tricornio de papel de su cabellera roja, cuya trenza se hallaba arrollada en torno de la cabeza como una corona—. Ya conoce usted las consecuencias, señor.

—Jamás, Clawdia. Jamás te trataré de «usted»; jamás en la vida ni en la muerte, si se puede decir de este modo. Esa forma de dirigirse a una persona, que pertenece al

Occidente cultivado y a la civilización humanista, me parece muy burgués y pedante. ¿Para qué las formas? ¡La forma es la pedantería misma! Todo lo que habéis establecido respecto a la moral, tú y tu compañero enfermo, ¿quieres que me cause sorpresa?, ¿crees que soy tonto? Dime, ¿qué piensas de mí?

—Es un asunto que no da mucho que pensar. Eres un joven convencido, de buena familia, de aspecto agradable, discípulo dócil de sus preceptores, que volverá pronto a las llanuras para olvidar completamente que ha hablado en sueños aquí y para ayudar a hacer grande y poderoso a su país por su trabajo honrado en los astilleros. He aquí tu fotografía íntima, obtenida sin aparato. ¿La encuentras exacta?

—Faltan algunos detalles que Behrens ha encontrado.

—Los médicos encuentran siempre, son entendidos en la materia…

—Hablas como Settembrini. ¿Y mi fiebre? ¿De qué procede?

—Vamos, es un incidente sin consecuencias que pasará pronto.

—No, Clawdia, sabes perfectamente que lo que dices no es verdad, lo dices sin convicción, estoy seguro. La fiebre de mi cuerpo y las palpitaciones de mi corazón enjaulado y el estremecimiento de mis nervios son lo contrario de un incidente, se trata —y su rostro pálido, de labios estremecidos, se inclinó hacia el rostro de la mujer—, se trata nada menos que de mi amor por ti, ese amor que se apoderó de mí en el instante en que mis ojos te vieron, o más bien, que reconocí cuando te reconocí a ti, y es él evidentemente el que me ha conducido a este lugar…

—¡Qué locura!

—¡Oh! El amor no es nada si no es la locura, una cosa insensata, prohibida y una aventura en el mal. Si no es así es una banalidad agradable, buena para servir de tema a cancioncitas tranquilas en las llanuras. Pero que yo te he reconocido y que he reconocido mi amor hacia ti, sí, eso es verdad; yo ya te conocí, antiguamente, a ti y a tus ojos maravillosos oblicuos, y tu boca y la voz con que me hablas; una vez ya, cuando era colegial, te pedí tu lápiz para entablar contigo una relación social, porque te amaba sin razonar, y es por eso, sin duda, por mi antiguo amor hacia ti, por lo que me quedan esas marcas que Behrens ha encontrado en mi cuerpo y que indican que en otro tiempo yo estaba ya enfermo…

Sus dientes rechinaron. Había sacado un pie de debajo del asiento de la silla, que crujía, mientras iba divagando y, al avanzar ese pie, con la otra rodilla tocaba casi el suelo, de manera que se arrodillaba delante de ella con la cabeza inclinada y temblando todo su cuerpo.

—Te amo —balbuceó—, te he amado siempre, pues tú eres el Tú de mi vida, mi sueño, mi destino, mi deseo, mi eterno deseo.

—¡Vamos, vamos! —dijo ella—. ¡Si tus preceptores te viesen!

Pero él meneó la cabeza con desesperación, inclinando el rostro hacia el suelo, y contestó:

—Me tendría sin cuidado, me tienen sin cuidado todos esos Carducci, la República elocuente, el progreso humano en el tiempo, pues ¡te amo! Ella acarició dulcemente con la mano los cabellos cortados al rape en la nuca.

—Pequeño burgués —dijo—. Lindo burgués de la pequeña mancha húmeda. ¿Es verdad que me amas tanto?

Y exaltado por este contacto, ya sobre las dos rodillas, la cabeza echada hacia atrás y los ojos cerrados, él continuó hablando:

—Oh, el amor, ¿sabes…? El cuerpo, el amor, la muerte, esas tres cosas no hacen más que una. Pues el cuerpo es la enfermedad y la voluptuosi dad, y es el que hace la muerte; sí, son carnales ambos, el amor y la muerte, ¡y ése es su terror y su enorme sortilegio! Pero la muerte, ¿comprendes?, es, por una parte, una cosa de mala fama, impúdica, que hace enrojecer de vergüenza; y por otra parte es una potencia muy solemne y majestuosa (mucho más alta que la vida risueña que gana dinero y se llena la panza; mucho más venerable que el progreso que fanfarronea por los tiempos) porque es la historia y la nobleza, la piedad y lo eterno, lo sagrado, que hace que nos quitemos el sombrero y marchemos sobre la punta de los pies… De la misma manera, el cuerpo también, y el amor del cuerpo, son un asunto indecente y desagradable, y el cuerpo enrojece y palidece en la superficie por espasmo y vergüenza de sí mismo. ¡Pero también es una gran gloria adorable, imagen milagrosa de la vida orgánica, santa maravilla de la forma y la belleza, y el amor por él, por el cuerpo humano, es también un interés extremadamente humanitario y una potencia más educadora que toda la pedagogía del mundo…! ¡Oh, encantadora belleza orgánica que no se compone ni de pintura al óleo, ni de piedra, sino de materia viva y corruptible, llena del secreto febril de la vida y de la podredumbre! ¡Mira la simetría maravillosa del edificio humano, los hombros y las caderas y los senos floridos a ambos lados del pecho, y las costillas alineadas por parejas y el ombligo en el centro, en la blandura del vientre, y el sexo oscuro entre los muslos! Mira los omóplatos cómo se mueven bajo la piel sedosa de la espalda, y la columna vertebral que desciende hacia la doble lujuria fresca de las nalgas, y las grandes ramas de los vasos y de los nervios que pasan del tronco a las extremidades por las axilas, y cómo la estructura de los brazos corresponde a la de las piernas. ¡Oh, las dulces regiones de la juntura interior del codo y del tobillo, con su abundancia de delicadezas orgánicas bajo sus almohadillas de carne! ¡Qué fiesta más inmensa al acariciar esos lugares deliciosos del cuerpo humano! ¡Fiesta para morir luego sin un solo lamento! ¡Sí, Dios mío, déjame sentir el olor de la piel de tu rótula, bajo la cual la ingeniosa cápsula articular segrega su aceite resbaladizo! ¡Déjame tocar devotamente con mi boca la «Arteria femoralis» que late en el fondo del muslo y que se divide, más abajo, en las dos arterias de la tibia! ¡Déjame sentir la exhalación de tus poros y palpar tu vello, imagen humana de agua y de albúmina, destinada a la anatomía de la tumba, y déjame morir con mis labios

pegados a los tuyos!

No abrió los ojos después de haber hablado. Permaneció sin moverse con la cabeza inclinada, las manos, que sostenían el pequeño lapicero de plata, separadas, temblando y vacilando sobre sus rodillas. Ella dijo:

—Eres, en efecto, un adulador que sabe solicitar de una manera profunda, a la alemana.

Y le puso el gorro de papel.

—¡Adiós, príncipe Carnaval! ¡Esta noche la línea de tu fiebre será muy mala, estoy segura!

Al decir esto se levantó de la silla, se dirigió a la puerta, dudó un momento en el umbral, dio media vuelta, elevando uno de sus desnudos brazos con la mano en el pestillo y, por encima del hombro, dijo en voz baja:

—No olvides devolverme el lápiz.

Y salió.

[regreso al texto original, final capítulo]